A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-2
2555

S.G-15
7-3

B.P. de Soria
61109763
D-1 917

D-2
3555

526

HISTORIA UNIVERSAL.

9763

D-1
917

HISTORIA UNIVERSAL

N.º 829

POR

CESAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA HOY

VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA

CON **500 láminas** PRIMOROSAMENTE GRABADAS EN LA PIEDRA
QUE REPRESENTAN TRAJES, USOS, COSTUMBRES, ARMAS, EDIFICIOS, MONUMENTOS, ETC., ETC.,
SEGUN LOS TRABAJOS MAS MODERNOS Y EXACTOS
QUE ACERCA DE LAS ILUSTRACIONES HISTÓRICAS SE HAN HECHO EN FRANCIA,
ESPAÑA, ALEMANIA, INGLATERRA, BÉLGICA, ITALIA, Y CON
LOS MAPAS NECESARIOS PARA EL ESTUDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.
1886.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Imprenta y Litografía de F. Nacente.—Paseo de Gracia, 149.

CAPÍTULO XXIV

ITALIA.

PRIMEROS HABITANTES.

Al ver aparecer la tierra querida que nos enlaza á un hermoso nombre, á grandes recuerdos, á generosas esperanzas, como en otro tiempo los compañeros de Eneas, al descubrir las costas tan largos dias buscadas, esclamaremos con religiosa alegria *¡Italia, Italia!*

Desde la roca del Atlántico contra la cual ha venido á estrellarse su poder artificial, elevando el gran conquistador de nuestros dias su pensamiento hácia el teatro de sus primeros triunfos, los más puros de todos, hácia la patria de sus antecesores, que tanto habia adulado y engañado, se espresaba en estos términos:

Situacion.—«La Italia está rodeada por los Alpes y por el mar. Sus límites naturales están determinados con tanta precision como si fuese una isla. Comprende desde los 36 á 46 grados de latitud; y desde el 4 á 16 de longitud (1); naturalmente se divide en tres partes, la continental, la península y las islas. La primera se halla separada de la segunda por el istmo de Parma. Si desde Parma como centro, se traza una semi-circunferencia por la parte del Norte con un radio igual á la distancia que hay desde Parma á las bocas del Var, y á las del Isonzo (60 leguas), se tendrá la línea de la cordillera superior de los Alpes que separa la Italia del Continente.

Estension.—»Este medio círculo forma el territorio, de la parte dicha continental, cuya superficie es de cinco mil leguas cuadradas. La península es un trapecio comprendido entre la parte continental al Norte, el Mediterráneo al Oeste, el Adriático al Este y el mar de Jonia al Sur, cuyos dos costados laterales tienen de doscientas á doscientas diez leguas de longitud y los otros dos de sesenta á ochenta. La superficie de este trapecio es de seis mil leguas cuadradas. La tercera parte ó las islas, á saber: la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega y las menores, componen una superficie de cuatro mil leguas cuadradas, las cuales unidas á las anteriores hacen subir á quince mil leguas cuadradas la Italia.....

Montes.—»Los Alpes son las mayores montañas de la Europa, y solo un pequeño número de sus collados son practicables á los ejércitos, los viajeros y el comercio. A mil cuatrocientas toesas de altura no se encuentra señal de vegetacion; á una mayor, los hombres respiran y viven con trabajo; hállanse á mil seiscientas toesas los ventisqueros y montañas de eternas nieves, de donde proceden los pequeños rios que van en todas direcciones y desembocan en el Po, Ródano, Rhin, Danubio y en el Adriático.

»Todos los valles descienden de la cima de los Alpes al Adriático, sin que haya ninguno transversal ó paralelo; de lo cual resulta que los Alpes por la parte de Italia forman un anfiteatro que termina en las más elevadas crestas. El monte Viso se eleva á mil quinientas cuarenta y cinco toesas; el Ginebro, á mil setecientas; el pico de Gletscher en el San Gotardo, á mil novecientas, y el Brenner, á mil doscientas cincuenta. Estas alturas dominan la semicircunferencia de la alta cordillera de los Alpes; y vistas de cerca se presentan como gigantes de hielo colocados allí para defender la entrada de este hermoso pais.

»Divídense los Alpes en marítimos, cocios, grayos, apeninos, réticos, cadorinos, julios, nóricos. Los Alpes marítimos separan el valle del Po de la mar, como una segunda barrera; el Var y los

(1) Más exactamente:
longitud, del 24° 15' al 36°15' de la isla de Hierro;
latitud, del 35° 20' al 47°8';
superficie 296000 kilómetros cuadrados;
poblacion 29 millones.

Alpes cocios y grayos, separan la Italia de Francia; los apeninos de la Suiza; los Alpes réticos del Tirol; los cadorinos y julios del Austria. Los Alpes dóricos son una segunda línea y dominan el Drava y el Mur.....

»El monte Blanco y el monte Rosa son los más elevados de Europa. Desde este punto central van siempre disminuyendo de elevacion los Alpes, ya sea por la parte del Adriático, ya por la del Mediterráneo. En la cordillera que domina el monte Viso, toma su orígen el Po, que atraviesa todas las llanuras de Italia, recogiendo todas las aguas de esta pendiente de los Alpes y de una parte del Apenino: en el sistema de montañas que domina el San Gotardo toman su curso el Rhin, el Ródano, el Aar, afluente del Rhin, y el Ticino, que es de los que más enriquecen al Po: y tambien en las montañas que dominan el Brenner, nacen el Inn, que desagua en el Danubio, el Ada, que se une al Po, el Adigio, que va al Adriático; en fin en los Alpes cadorinos, el Piave, el Tagliamento, el Isonzo, el Brenta, y el Livenza salen del pié de estas montañas.

»Los Apeninos son montañas de segundo órden muy inferiores á los Alpes; atraviesan la Italia y separan las aguas que se unen al Adriático de las que se precipitan en el Mediterráneo. Empiezan donde acaban los Alpes en las colinas de cerca de Savona, de suerte que este punto es á la vez la parte más baja de los Alpes. Los Apeninos van siempre elevándose, por un movimiento inverso al de los Alpes, hasta el centro de la Italia. Divídense en Apeninos lingurienses, en Apeninos etruscos, romanos y napolitanos.....

»Los Apeninos romanos terminan en el monte Velino, que elevándose á mil trescientas toesas sobre el nivel del mar, está cubierto de nieve todo el estio. Llegados á este punto los Apeninos descienden hasta la estremidad del reino de Nápoles.....

»Aislada la Italia en sus límites naturales, separada por el mar y por muy altas montañas parece ser llamada á formar una grande y poderosa nacion; pero tiene en su configuracion geográfica un vicio capital que se puede considerar como la causa de las desgracias que ha esperimentado y de la division de este hermoso pais en muchas monarquias ó repúblicas independientes; que es el de no tener proporcion su longitud con su latitud. Si la Italia hubiera tenido por límites el monte Velino, es decir, sobre poco más ó ménos á la altura de Roma, y que toda la parte de terreno entre aquel y el mar de Jonia comprendiéndose la Sicilia, hubiese estado colocado entre la Cerdeña, Génova y la Toscana, hubiera tenido un centro cerca de todos los puntos de la circunferencia; hubiera existido unidad de rios, de climas y de intereses locales. Pero por una parte las tres grandes islas que componen un tercio de su superficie, tienen intereses, situaciones y circunstancias distintas, y el reino de Nápoles es estraño á los intereses, al clima, á las necesidades de todo el valle del Po.

»Pero la unidad de costumbres, de idioma, de literatura debe reunir, por último, en un porvenir más ó ménos remoto á sus moradores en un solo gobierno....

»Ningun pais de Europa se encuentra en situacion más ventajosa que esta península para llegar á ser una gran potencia marítima; desde las bocas del Var hasta el estrecho de Sicilia tiene doscientas treinta leguas de costas; desde el estrecho de Sicilia hasta el cabo de Otranto en el mar de Jonia, ciento treinta leguas; desde el cabo de Otranto hasta la embocadura del Isonzo, junto al Adriático, doscientas treinta leguas: las tres islas de Sicilia, de Córcega y de Cerdeña tienen quinientas treinta leguas de costas, en total 1,200 leguas, y en este cálculo no van comprendidas las de Dalmacia, de Istria, de las bocas del Cataro y de las islas Jónicas.

»Tiene la Francia en total seiscientas leguas de costa; España, contando sus islas, tiene en el Mediterráneo quinientas leguas de costa y trescientas en el Océano: Posee Francia tres puertos, cuyas ciudades cuentan cien mil almas de poblacion; Italia tiene Génova, Nápoles, Palermo, Venecia, cuya poblacion escede con mucho á la de los tres puertos de Francia á que se ha aludido. Hallándose poco distantes una de otra las costas opuestas del Mediterráneo y del Adriático, casi toda la poblacion de Italia está en comunicacion con las costas.»

Trastornos geológicos.— Esto decia Napoleon. Si interrogamos á la geologia nos dará testimonio de que aquel suelo ha sufrido grandes revoluciones. De los Alpes, gigantesca muralla de granito que inútilmente opuso la naturaleza á los extranjeros, surgió la parte occidental en época posterior á los Pirineos, pero antes que los Alpes centrales y el San Gotardo. La cordillera serpentino-calcárea de los Apeninos es anterior, y sus estremidades estuvieron y están aun agitadas por volcanes, á la vez que su aspecto tortuoso y complicado indica terremotos ó levantamientos de diversas edades. La tierra vegetal desprendida de las crestas y de las vertientes formó los anchos valles del Po, del Arno y del Tíber, quizá cuando se rompieron los diques de los Dardanelos y de Calpe, juntándose el Océano con el Mediterráneo y el mar Negro: cataclismo representado con el mito de Hércules.

Una tradicion más reciente supone que, abriéndose paso el mar entre el cabo de Pelora y el de las Armas, separó la Italia de Sicilia. Con efecto, los montes neptunianos son de la misma especie que el Apenino, é indica el nombre de Reggio esta separacion (2), que debió ser obra de las aguas

---

(2) Ῥήγνυμι, *arranco*. Dolomieu *(Memoria sobre los terremotos de Sicilia)* ha demostrado geológicamente el hecho. Cluvier habia ya recogido todos los pasajes de los autores antiguos que lo atestiguan. Nosotros nos contentaremos con los poetas:

corrientes, representadas por la fábula como peligrosísimas en el estrecho.

Los mitos que hacian de la Campania y de Inarima (*Ischia*) el teatro de la guerra de los dioses contrra Tifeo, indican tambien encumbramientos de nuevos montes y el derrumbamiento de los antiguos, pues cuentan que asaltado Júpiter por los gigantes, arrancó á tres de ellos de la tierra y anonadó á los demás, parte amontonando sobre ellos los montes de la Sicilia, y parte precipitándolos al Tártaro allende el estrecho de Gades.

Brochi (3) ha demostrado que el sitio sobre que se halla asentada Roma, era una bahia de agua dulce y de agua salada, que fué posteriormente cegada por un terreno de formacion volcánica. Se encuentra lava en el sepulcro de Cecilia Metella y en rededor de los lagos de Castel Gandolfo y de Nemi. Por el contrario la parte septentrional debió permanecer mucho tiempo inundada por el Po y por los demás rios; y con efecto han dejado allí las aguas hondos vestigios de su prolongada estancia en las espesas capas de pedernales que forman el centro de aquellos fertilísimos terrenos. Arrastrando de contínuo nuevas materias arrancadas á los montes, levantaron las llanuras, colmaron los valles y los pequeños golfos y llevaron léjos y dentro del mar sus terraplenes; trabajo que prosiguen todavia á pesar de los esfuerzos del arte (4).

.....Zancle quoque juncta fuisse
Dicitur Italiæ, donec confinia pontus
Abstulit, et media tellurem repulit unda.
OVIDIO, *Metam.* XV, 290.

Hæc loca, vi quondam et magna convulsa ruina,
(Tantum ævi longinqua valet mutare vetustas)
Dissiluisse ferunt; eum protinus utraque tellus
Una foret: venit medio vi pontus, et undis
Hesperium Siculo latus abscidit, arvaque et urbes
Litore diductas augusto interluit æstu.
VIRGILIO, *Æn.*, III, 414.

Mas ahora De Buch, comparando los montes Peloritanos con el grupo del Aspromonte en Calabria, niega que la Sicilia haya estado unida nunca al continente. Otro tanto habia sostenido ya Brocchi en la *Biblioteca italiana*, y Gemellaro en las *Efemérides científicas y literarias de Sicilia;* 1840, n.° 78. Tenore *(Ensayo sobre la geografia física y botánica del reino de Nápoles*, pág. 23) supone que tambien las islas Eolias formaron antiguamente parte de la Calabria siguiendo la costa desde el Pizo al cabo Vaticano. Pilla *(Anales civiles,* Cuad. XL) y Philippi *(Juicios geognósticos sobre la Calabria)* creen por el contrario que entre los dos golfos de Squillace y de Santa Eufemia corrió el mar de modo que la Calabria Meridional formaba una isla. A Carlos III se le propuso en efecto la idea de abrir un canal, plan que ya antes se le habia ocurrido á Dionisio de Siracusa. (PLINIO, *Hist. Nat.*, III., 15)

(3) *Del estado fisico del suelo de Roma*, 1820.

(4) No es fácil, dice Prony, determinar los cambios sucesivos sobrevenidos á orillas del Adriático, entre las estremidades meridionales de las lagunas de Comachio y las de Venecia. Adria, que dió á este mar su nombre, y cuyas murallas eran bañadas por sus olas, se halla ahora á distancia de 25,000 metros. Partiendo de Adria que estaba situada en el fondo de un pequeño golfo, se encontraba á la izquierda

Hay tambien quien pretenda que el Po desembocaba en el mar cien millas más atrás del punto donde desemboca en el dia, de modo que á partir desde la embocadura del Taro, toda la llanura no

---

un brazo del Adigio y los Fosos Filistinos, cuyo curso corresponde al que podrian seguir al Mincio y el Tártaro, si el Po resbalase todavia al Sur de Ferrara. Venia después el Delta Véneto, que tal vez ocupaba el sitio donde se vé ahora la laguna de Comachio. Atravesábanlo las siete bocas del Eridano, dejando á la izquierda, en el sitio donde se subdividen estas bocas, la ciudad de Frigópolis, que debian encontrarse á corta distancia de Ferrara. Llamábanse *Septem Maria* los lagos comprendidos en el Delta; por eso Adria se denomina aun *Urbs Septem Marium*.

Remontando la costa del Norte se encontraba después de Adria la embocadura principal del Adigio, llamada tambien *Fosa filistina*, luego el *Æstuarium Altini*, mar interior separado del grande por una porcion de islotes, en medio de los cuales habia otro archipiélago llamado Rialto, en el punto donde se alza actualmente Venecia. El *Æstuarium Altini* es la laguna de Venecia, delante de la cual han formado las islas un dique, de modo que no está en comunicacion con el mar más que por cinco puntos.

Al E. de las lagunas y al N. de la ciudad de Este se encuentran los montes Euganeos, grupo aislado en medio de un vasto terreno de aluvion, en derredor del cual se coloca la caida del Faetonte, fábula que, al decir de algunos, hubo de tener por orígen una lluvia de materias volcánicas, que se descubren efectivamente en los alrededores de Verona y de Pádua.

En el siglo XII todas las aguas del Po se derramaban al Sur de Ferrara, en el Po de Volano y en el Po de Primaro que ocupaban el lugar de la laguna de Comachio. Hizo enseguida una doble irrupcion al Norte de Ferrara y produjo el rio de Córbola ó de Lóngola, ó quizá Mazorno y el Toi. El Tártaro ó Canal Blanco iba á parar al primero; al otro el Goro, derivacion del Po.

Dirigíase visiblemente la playa del S. al N. á una distancia de diez á once mil metros del meridiano de Adria, pasando por donde se halla actualmente el ángulo occidental del recinto de la Mesola; Lorco, al Norte de Mesola, distaba apenas doscientos metros.

Hácia mediados del siglo XII el raudal del Po que corria entre diques que estaban sostenidos háčia la izquierda, cerca de la pequeña ciudad de Ficarolo, á diez y nueve mil metros al Norte de Ferrara, se derramaron por la parte septentrional del territorio de esta ciudad y en la Polesina de Rovigo, y se lanzaron á los dos canales de Mazorno y de Toi. Parece que el hombre les haya trazado este rumbo, en el que abundan cada vez más, empobreciendo las bocas del Volano y Primaro; y en ménos de un siglo fueron reducidas al estado que tienen ahora. Abrióse después el rio otros dos caminos, y al principio del siglo XVII, la boca principal, llamada Sbocco di Tramontana, se hallaba tan próxima á la embocadura del Adigio, que poseidos de susto los venecianos, abrieron en 1605 el Taglio de Porto Viro ó Po delle Fornasi, lo cual hizo que la boca maestra se halló distante del Adigio hácia el Mediodia. Del siglo XII al XVIII entraron mucho en el mar los aluviones del Po. El canal del Norte en 1600 tenia su embocadura á veinte mil metros del meridiano sur, y el de Toi á diez y siete mil; de manera que la playa habia avanzado de nueve á diez mil metros al N. y seis á siete mil al Mediodia. Entre ambos se encontraban una ensenada llamada Sacca di Goro. Construyéronse en aquella época los principales diques y se empezó á cultivar la vertiente meridional de los Alpes.

era más que una laguna (5). El territorio de Módena que se eleva por encima de las aguas corrientes, debió formarse por encumbramientos sucesivos (6). El Apenino que se estiende en toda la longitud de Italia, la divide en dos sistemas geológicos; á partir de la vertiente oriental son todos sus terrenos de segunda y tercera formacion; al lado occidental se encuentra por todas partes la huella del fuego que allí reina todavia, como dan fé de de ello el Vesubio, el Etna, Stromboli y los campos Flegreos.

A estas circunstancias geológicas que oponen á la sonrisa de perpétua primavera, la tristeza de las perpétuas nieves, debe Italia ver como prospera toda clase de vegetaciones en su territorio. Dibújase de contínuo la espesa verdura de los abetos sobre las eternas nieves del monte Cenis; del Spluga, del San Bernardo; á la falda de los Alpes se dilatan aromáticas praderas que ofrecen pastos escelentes á rebaños de terneras y de ovejas, y las ciudades lombardas se elevan en el llano en medio de hileras de álamos y de morales. Una vez cruzado el Po, veis dibujarse las alturas coronadas de jardines en terrados, y de chozas ornadas como en un dia solemne, de festones de pámpanos, en medio de los cuales centellea la argentada hoja del olivo. Luego vienen los bosquecillos de naranjos y de limoneros de la Campania; y la palmera, el cacto, el aloe os advierten la vecindad de Africa. Si llegais por mar, la sonrisa de Nápoles y de Mergellina os hace encontrar lo que os prometiera el proverbio, *un pedazo de cielo caido sobre la tierra*. Pero cuando desde la nevosa y humeante cima del Etna, con su castaño, bajo el cual pueden abrigarse cien caballos y su aloe de sesenta piés de altura, abarcais con una mirada la Italia y sus islas, desde las umbrias selvas de Scila hasta las gigantescas cimas de los Alpes; cuando recordais las ciudades sepultadas bajo las lavas, y aquellas en otro tiempo inmensas y populosas, casi desiertas en el dia; sus puertos actualmente vacios, y de donde zarpaban antes seiscientos buques; cuando traeis á vuestra memoria tantas naciones como llegaron del Norte y del Mediodia á regar aquel suelo con su sangre y con la de sus moradores, y aquella ciudad eterna que dominó primeramente por la fuerza, luego por las leyes y finalmente por la religion, os sentís poseido de una admiracion que tiene mucho de dolorosa; vuestra frente levantada con orgullo en un tiempo que ya no existe, se inclina meditabunda y murmuran vuestros labios las lamentaciones de Jeremias.

Este nombre de Italia (7) no comprendia antiguamente á toda la Italia entre el mar y los Alpes. Se derivó probablemente de uno de los pueblos que la habitaron y se redujo al pais que abarcan los golfos Lamético y Scilático; estendióse después á medida que se perdieron los nombres de Ausonia, de Ænotria (tierra de los vientos), de Esperia (tierra occidental), que le fueron dados por los griegos. Pero no se hizo general hasta que en la guerra social se ligaron ocho pueblos contra Roma.

En el movimiento de emigracion que precede á la historia, los pueblos recien llegados desalojaban á los que les habian precedido, quienes llevaban á otra parte su propio nombre, dejando en la tierra que abandonaban huellas de su paso en alguna particular denominacion del pais. En una península se debe buscar á los primeros que la invadieron entre los que habitan el estremo opuesto. De ahí la gran dificultad de determinar cuales sean los pue-

---

El Taglio di Porto Viro dirigió los aluviones dentro del eje, vasto promontorio formado hoy por las bocas del Po. Cuanto más se alejaban las embocaduras, más se aumentaban los aterramientos, por consecuencia de la disminucion de la pendiente de las aguas y de su encarcelamiento entre diques, á causa de las materias arrastradas desde los terrenos desmontados. En breve quedó cegada la Sacca di Goro, y los dos promontorios formados por las dos primeras bocas se redujeron á uno solo, cuya punta se encuentra actualmente á treinta y dos mil ó treinta y tres mil metros del meridiano de Adria; de manera que en dos siglos las bocas del Po han robado al mar cerca de catorce mil metros. Han avanzado, pues, los aluviones desde 1200 hasta 1600 veinte y cinco metros por año y setenta durante los dos últimos siglos.

Esos asertos de Prony, que los sabios aceptaron por la fama que tenia, hoy se consideran erróneos en sus datos y exagerados en sus consecuencias. Las recientes teorias sobre la edad glacial cambiaron por completo los asertos anteriores.

(5) BERTAZZOLI, *Del Sostegno di Governolo*, TREVISANO, *Della laguna di Venezia*. SILVESTRI, *Paludi Atriane*. Véase además CRANER. *Descript. of anc. Italy*.

(6) RAMAZZINI, *De fon. Mutinæ* VALLINIERI *Opusc.*, pág. 56.

Sabido es que Módena está sobre un lago, al que se une por los pozos ménos hondos.

(7) Ιταλος, significa ternera; así los etimologistas no descuidaron suponer que se derivaba este nombre de la tierra de Saturno, por el gran número de bueyes á que daba alimento. Otros lo atribuyeron á un rey llamado Italo, pensaron otros en Atlas, y creyeron en el orígen africano de la civilizacion itálica, apoyándose en el *Quæ docuit maximus Atlas de Virgilio*. Tal fué la opinion de G. D Romagnosi en su *Exame della Storia delli antichi popoli italiani*, Satisface más encontrar con Bochart *(Geografia sagrada*, libro I, cap. 30) una derivacion fenicia en este nombre. En efecto, *Itaria*, significa tierra de pesca, como *Ilipa* tierra de los metales, nombre que se alteró en Ilba y luego en Elba. Pudiera muy bien servir de apoyo á esta suposicion la cantidad de denominaciones semejantes de lugares en Italia y en la Cananea. Cerca de la Mesopotamia habitaban pueblos con el nombre de sabinos y de rasenos; Fik de Siria recuerda el Piceno: Marsi Elojun era una ciudad del litoral de Siria, cerca del rio Macra, y el Macra resbala tambien en Italia en el pais de los marsos. Hay una Ameria en Armenia y una Alba en Mesopotamia; Aulon es una ciudad de la Palestina, cerca del Jordan, y una colina cerca de Tarento. Caparbio de Italia corresponde á Cafarabis de Idumea, y Colle en la Toscana á Cholle en la Palmirena. Existe un Tamar en la Campania y en la Siria; una Tebas en Siria y en el pais de los sabinos, etc. Véase Fabroni. *Memoria letta alla academia toscana* en 1803.

blos más antiguos de Italia, tanto más cuanto que no solamente la invadieron por el Norte, ó sea por tierra, sino tambien por mar. Si es verdad que el mar inundó gran parte del valle del Po, llegando hasta las dos vertientes del Apenino, deben suponerse anteriores á todos los pueblos de las montañas.

Aborígenes.—Y en efecto el nombre de aborígenes, que se atribuye á los más antiguos, tiene una significacion de monte (ὄρος *monte*). Puede creerse que estos pertenecieron á la primera emigracion de las tribus jaféticas, llamada de los *tirsenos, tirrenos ó rasenos*, los cuales dieron su nombre á toda la península y al mar que la baña por Occidente; así como de Adria, ciudad tambien tirrena, tomó el nombre de Adriático el que la baña por Oriente. Platon (8) hace á los tirrenos contemporáneos de los atlántidas y de los egipcios; las fábulas los asocian á los recuerdos de Baco, de Júpiter y de los sátiros; y Hesiodo menciona á «los fuertes tirrenos, ilustres entre los dioses y los héroes». Pertenecian á este pueblo antiquísimo los vénetos, euganeos y orobios, anteriores á los umbrios; así como los camunios, los leponcios y otros del Tirol de la parte de acá del Brenner, ya sea que hubiesen bajado á Italia desde la parte septentrional, ó ya más bien que entre ellos hubiesen fundado establecimientos para oponerse á las correrias de los galos (9). A dichos tirrenos pertenecian tal vez los tauriscos de las tierras subalpinas, y en el centro de Italia los etruscos, los ópicos (10) y los oscos, cuyo nombre, añadiendo el artículo, se toma por el de toscos. No hay duda que éstos siempre se han considerado distintos de los sículos y pelasgos: su idioma parece haber quedado en el fondo de las lenguas itálicas; y aun en los mejores tiempos de Roma la plebe y la juventud se divertian cantando en osco las fábulas atelanas; y cuando posteriormente declinó la magestad romana, el osco quedó entre el vulgo, y quizás fué el orígen del idioma vulgar moderno.

Siguieron los iberos, gente turánica, diez y ocho siglos antes de J. C., procedentes de la Iberia asiática contigua á la Armenia, desde donde llegaron hasta España (11), á la cual dejaron su patrio nombre, y aun hasta el Africa, segun un famoso pasaje de Salustio. A esta raza pertenecian los ligurios de la alta Italia; en la central se establecieron acaso los italos, que se estendieron por la marina occidental entre la Marca y el Tíber; y en la baja Italia los sicanos. Tucídides encuentra el rio Sicano cerca del pais de los ligurios, que (segun dice) habitaban las playas sobre Marsella; y como el nombre de sicanos se parece al de secuanos, que ocupaban las tierras en que nace el Sena, hay quien los hace de origen céltico, atribuyendo al mismo orígen las muchas palabras que en el italiano y más aun en el siciliano quedaron de raiz céltica (12). Otros en cambio derivan á los sicanos del Epiro y los identifican con los pelasgos (CORCIA); otros como una rama de los tirrenos (ABEKEN), que modificada al unirse con los aborígenes ó cascos, formó á los latinos. Se pretende además que los umbrios no eran galo-celtas, sino ligurios; pero aun el nombre de ligurios es general y estaba muy difundido; hasta los oscos se llamaban ligurios; y Edwards afirma el parentesco entre las razas ligurias y célticas; de modo que quizás todos los antiguos italianos pertenecian á la emigracion que se denota con el nombre de celta.

No obstante, la série de conquistas célticas no permite creer que esta emigracion fuese anterior á las mencionadas. Celta es nombre de una estensísima raza de la cual los galos no eran sino una parte (13); pues se dice que el Danubio nace y corre entre los celtas, y celtas se llaman los pueblos situados á derecha é izquierda del Rhin.

Cuenta Appiano que Polifemo y Galatea tuvieron tres hijos: Ilirio, Celta y Gala, que partiendo de Sicilia, fueron á poblar el primero la Iliria y los otros dos la Italia bajo el nombre de umbrios (14). Este lenguaje mitológico alude á la llegada de los celtas, que en los tiempos primitivos se estendieron desde la Tesprotia y desde la Tracia hasta el cabo Domes-Nes en Curlandia y hasta las costas occidentales de España, *Finisterre*. Eran tenidos por tan antiguos que Plinio (15) los supone salvados del diluvio. En su largo errar por la selva Ercinia

(8) En el *Critias*.

(9) *Tirol, Tir, Tusis, Retzuns*, son nombres de paises réticos que indican origen tirreno. Véase HORMAYR, *Gesch. von. Tirol*, I, 127, y antes de él EGIDIO TSCHUDI, *De prisca et vera alpina Rhætia*, y SAVERIO QUADRIO, *Disertaciones crítico-históricas sobre la Retia de aquende los Alpes*. Cerca de Dos de Trento fué descubierta una inscripcion etrusca. El baron de Crazannes afirma que en Rheinzallern de la Baviera renana se encuentran muchos fragmentos de vasos con caractéres etruscos, y quiere probar que este carácter pertenece al céltico, lo mismo que al celtíbero, al euganeo, al osco, al samnita y al griego antiguo, por lo que es fácil confundirlos uno con otro. Véase *Journal des artistes*. Paris, 1832, Diciembre.

(10) De *ops*, tierra. Ὀπικοὶ καὶ πρότερον καὶ νῦν καλούμενοι τὴν ἐπονομίαν Αὔσονες. ARISTÓTELES, *Polit.*, VII. Tambien Antíoco de Siracusa en Estrabon, V. Después degeneraron hasta el punto de que equivaliese su nombre á grosero y libertino.

(11) PETIT-RADEL, *Orígenes históricos de las ciudades de España;* HUMBOLDT, *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens, vermittelst der vaskischen Sprache;* y con más novedad PRITCHARD, *Historia natural del hombre*. En vez de creer, pues, que los iberos de España hayan pasado á Italia, vemos que de Italia pasaron á ella. Humboldt opina que la emigracion de los iberos es anterior á la de los celtas.

(12) *Aqua, mare, pisces, vejæ, rota...* de *Ach, mor, fische, wagen, räder*. Segun nuestros principios no se debiera deducir sino que el latin es una de las lenguas indo-germánicas, que no ha pasado por el griego.

(13) HERODOTO, II, 23; IV, 4. DION, XXXIX. ARRIANO, I.

(14) *Iliria*, § 2.

(15) *Hist. nat.*, libro III.

que entonces ocupaba toda la Europa boreal y el Asia superior hasta las fronteras de China, perdieron la memoria de su orígen. No nos interesa buscarle aquí, y solo diremos que *Ambra* ó *Amhra* significa en su idioma, héroe, valiente. Al descender con este nombre á Italia la distinguieron en tres regiones, *Oll-Umbria*, ó alta Umbria, entre el Apenino y el mar de Jonia; *Is-Umbria* ó baja Umbria, en las cercanias del Po; *Vil-Umbria* ó del litoral, que fué posteriormente llamada Etruria. Ameria habia sido reedificada por ellos, al decir de Caton, trescientos ochenta y un años antes de la fundacion de Roma (16), fecha histórica antes de la cual solo quedan las fábulas de los tiempos de Saturno. Ocuparon, pues, la parte oriental de Italia dejando á los iberos la occidental.

Fueron contemporáneas de estas grandes emigraciones de pueblos enteros otras parciales, y no todas eran jaféticas. Los titanes, los cíclopes y los lestrigones, que parecen haber precedido á los sículos en la isla que á éstos debió su nombre (Sicilia) quizá pertenecian á la raza de Cam y procedieron del Africa.

Pelasgos.—Las tribus que siguieron no tienen el aspecto de emigrantes, sino de conquistadores. Tal fué sin duda la que llevaba el nombre de pelasgos, pueblo industrioso é infortunado, que vemos estiende sus colonias por espacio de cuatro siglos por las costas de la Europa occidental y del Asia Menor, y que precede en todas partes á los pueblos que alcanzaron alta nombradia. Tal vez vinieron á Italia en diversas ocasiones, y la primera con Enotro y Peucetio, hijos de Licaon, desde la Arcadia y la Tesalia, diez y siete generaciones antes de la ruina de Troya. Entonces encontraron sometidos y en condicion de esclavos á los tirrenos, ocupando la pendiente oriental los umbrios, y la occidental los iberos; y habiéndose introducido en una tribu de sículos llamados *ausonios*, dieron este nombre á toda la península. Jamás fueron verdaderos señores de la Italia, sino que siempre permanecieron en ella como extranjeros, y como tales armados. Pausanias afirma que la navegacion de Enotro fué la primera espedicion por mar (1710?) que salió de Grecia á fundar colonias (17). Los peucetios se situaron en la costa del mar Jónico; los enotrios al Sudoeste, en donde civilizaron á los pueblos de Campania; y por espacio de tres siglos lucharon con los sículos, único pueblo que cita Homero en Italia, hasta que los lanzaron á la isla que de su nombre se llamó Sicilia.

Mientras Argio con Triptolemo fundaba á Tarso en la Cilicia, otros pelasgos ocuparon la Macedonia y después el pais de Dodona. Desalojados de allí por Deucalion y por los helenos, dejaron vestigios de su paso en la Panonia, en la Iliria (18) y la Dalmacia, algun tanto atenuados por la civilizacion siguiente. Desde allí pasaron á la embocadura del Po, en donde edificaron á Espina 1400 años antes de Cristo. Tuvieron que pelear con los umbrios, y se coligaron con los aborígenes de la Sabina, que habian empezado á construir cabañas sin muros que las defendiesen; y entonces, unidos con los pelasgos, fundaron en las cumbres del Apenino ciudades propiamente dichas, y muy próximas entre sí. Todavia subsisten muchas de aquellas murallas, unas veces aisladas y otras cercando ciudades; y el vulgo las llama murallas del diablo, por el asombro que le causa aquel enorme hacinamiento de peñascos, irregulares unos, con sus intersticios rellenos de pedernales, como en Cossa, en Arpino, en Aufidena, semejantes á los de Micenas y de Tirinto; otros cuadrados, como el antiquísimo bastion de Roma y los de Volterra y Fregelle; algunos enteramente regulares, como en Cortona y en Fiésole, que recuerdan por su mayor circunferencia los edificios circulares de Tirinto y de Micenas; frecuentemente, como hemos observado en Grecia, de una construccion mixta, siempre sin cal, y que indican el empleo de muchos brazos y de fuerzas colosales. Terminan semejantes construcciones entre el Esis y el Ombrone, no encontrándose ningun vestigio de ellas en la Italia septentrional, y solo alguno pretende haberlas visto en Cefalú de Sicilia (19), y en el monte Erice (20), y acaso corresponden á los nuragues de Cerdeña (21) y á la torre de los Gigantes en la isla de Gozzo, anterior á la idolatria figurada.

Petit-Radel ha hecho á estas construcciones objeto de profundo estudio, y sostiene que son particulares de los pelasgos y de los aborígenes solamente, y que nada se encuentra parecido en las obras contemporáneas de los etruscos ó de los romanos. Los monumentos de los hérnicos, de los marsos, de los volscos, pueden determinar con auxilio de su método, segun dice, la historia de los pelasgos más exactamente que las murallas de Sicione, de Argos y de Micenas. Conviene buscar sus más antiguos establecimientos en la diócesis de

---

(16) Se han encontrado en 1444 en Gubbio, una de sus ciudades que llamaban *Ikuveina*, las famosas tablas Eugubinas, cinco en caractéres etruscos y dos en letras latinas y en lengua umbra, acerca de las cuales se ejercitaron la paciencia y la imaginacion de gran número de eruditos.

(17) *Arcadia*, cap. III, pág. 603.

(18) Los ilirios eran una raza címbrica que de las regiones del Cáucaso pasó á Tracia y después se estableció entre la Panonia y el Adriático, adelantándose hasta el Epiro, de donde espulsó quizá á los pelasgos (THUNMANN.—*Investigaciones sobre el idioma de los albaneses y de los valacos*. Leipzig, 1774) Los esquipetarios de las altas montañas de Albania son descendientes de los antiguos ilirios, y su idioma se diferencia del esclavon. Los liburnios en parte ocupaban á Scheria y Corcira y se establecieron en el Piceno, segun Plinio, III, 13, 14.

(19) HOUEL.—*Voyage pittoresque*, 1787, tomo I, página 91.

(20) *Memorias del Instituto Arqueológico*, cuaderno 1.°, página 83.

(21) El *Puteal* pelásgico de Suna en la Sabina tiene mucha semejanza con los nuragues.

Rieti y especialmente en el canton de Cicolana de la Suiza italiana.

Sea como quiera esto basta para no admitir la opinion de los que persisten en no ver en los pelasgos más que una horda feroz compuesta de diferentes razas y cuyas correrias no hicieron más que talar el territorio; y otros por el contrario suponen que Italia les es deudora hasta del alfabeto, procediendo Evandro precisamente de la Arcadia, habitada por los pelasgos. Introdujeron éstos además en los rústicos naturales el hogar doméstico y la piedra de límite (mojon) (22), es decir la estabilidad de la familia y la propiedad, y fundaron en la Sabina un oráculo semejante al de Epiro. Su arte, que es admirable, no por su regularidad como el griego, sino por lo enorme de los materiales y por su semejanza con las obras de la naturaleza, con las cuales llegaba á confundirse, no se empleaba en servicio de los reyes ni en honor de los dioses, antes bien en provecho de la sociedad, en muros, vias, acueductos, canales; y aquel vivo sentimiento de la vida de ciudadano revelado con la construccion de tantas ciudades, quizás influyó en los futuros y perpétuos sentimientos de los italianos, inclinados siempre á la vida comunal.

Mucho tuvieron que sufrir (23) en Italia los pelasgos por la esterilidad y la sequia de los campos y más todavia por las erupciones de los volcanes, que se estienden desde el Etna hasta Verona en una doble línea, donde se abren veinte y cinco cráteres, y que no cesan de trastornar este escelente pais desde los tiempos más remotos. Nápoles y Cumas fueron fundadas en 1139 antes de J. C. sobre cuatro capas de lava: entonces debia estar apagado el Vesubio para construir una ciudad tan cerca (24); probablemente su estincion dió pábulo á los demas, y hácia el año 1340 se vieron obligados los pelasgos por las erupciones á abandonar la Etruria, donde los pantanos formados en terrenos deprimidos con sus exhalaciones hicieron insalubres sus ciudades. Cere, una de ellas, se halla á cuatro millas del cráter invadido por el lago Braciano: la atmósfera mefítica de Gravisca era proverbial entre los romanos: el mismo motivo dejó á Cossa desierta; Saturnia, la ciudad más indisputablemente pelásgica, se encuentra sobre una de las últimas colinas del volcan de Santa-Fiora (25).

(22) *Hestia, Vesta, Zeus heiketos.*

(23) Δαιμονίοις τισὶ γόλοις ἐλαστρηθέντες. DIONISIO, libro 1.

(24) Los griegos no tenian memoria de erupcion del Vesubio, por más que lo conceptuaban volcánico. Herculano se alzaba sobre una lava semejante á la que lo sepultó y que guarda vestigios de cultivo. Esto prueba cuan antigua era esa ciudad.

(25) Más tarde, el año 91 antes de Jesucristo, pareció haberse aproximado cerca de Módena dos montañas, y quizá fué entonces cuando se hundió la ciudad sobre cuyos escombros se levanta la Módena del dia. En el mismo año el monte Epomeo vomitó llamas y quedaron destruidos por la erupcion los muros de Reggio.

Archipa quedó desde mucho tiempo antes sumergida por el lago Fucino; y otros volcanes destruyeron una ciudad en la selva Ciminia, asi como la de los vulsinios y otra llamada Sucinio, tan antigua que apenas se hace mencion de ella.

Quizá por esas catástrofes emigraron algunos pelasgos, ya volviendo á los paises de donde habian venido, ya inclinándose más á Occidente, especialmente hácia la Iberia, en donde indican un orígen pelásgico los muros de Sagunto y de Tarragona. Otros en mayor número se quedaron; y aunque no destruidos, fueron despojados y reducidos á la servidumbre por nuevos pueblos. Los sibaritas en efecto llamaban pelasgos á los esclavos, que probablemente eran los enotros sujetados por ellos, y acaso enotros eran tambien los brucios, esclavos rebelados. Habiendo quedado como criados de la nobleza urbana, destinados á trabajar en el campo, quizá en servicio de ella levantaron aquellas murallas de ciudades que mucho tiempo después conservaban su fortaleza.

Etruscos.—La gente que los desalojó de su puesto debió de ser aquella que se daba el nombre de rasenos y á quienes llamaban los griegos tirsenos ó tirrenos (26) y los romanos etruscos ó toscos. ¿Quiénes eran éstos? Herodoto dice que salieron de la Lidia, y asocia su orígen á la historia de los Heráclidas; (27) Elánico al contrario, los confunde con los pelasgos que arribaron á Espina; Dionisio de Halicarnasio desecha ambas opiniones, y los hace oriundos de Italia; pero la pérdida de sus libros relativos á los etruscos nos priva de conocer los argumentos en que se fundaba. Los modernos se han dividido entre estas opiniones, sin que ninguno nos ofrezca una prueba convincente.

Por su probidad, por la aspereza de su idioma, y por la costumbre que tenian de admitir á las mujeres en los banquetes, algunos los han creido

(26) Tenemos tambien la omision de la *s* en τύρσεις, palabra griega que los latinos mudaron en *turris*. Agretio nos dice que *Tusci natura linguæ suæ S literam raro exprimunt: hæc res fecit haberi liquidam.* (Edic. Putsch. p. 2269). Y en efecto, en los antiguos poetas latinos la encontramos elidida.

(27) El orígen lidio de los etruscos no se apoya en la filologia; pues entre las palabras de esa lengua trasmitidas por los antiguos y coleccionadas en la *Hoica* de G. Böttticher, ninguna analogia hay con las etruscas, ningun nombre lidio en los vasos, como tampoco la tienen los de las divinidades lidias Atis, Cibeles, Men (Luna), ó de algun héroe de la Meónica. Hércules se compara muy amenudo con los nombres de Heracles ó Calínicos, pero no con el de Sandan: las divinidades infernales, los lares femeninos, las psicopompas, tan frecuentes en los monumentos etruscos, no tienen relacion con la poética mitologia del Asia Menor; asi como la ciencia fulgural y los ritos expiatorios no tienen punto de contacto con las orgias de Cibeles. Por último, todo el carácter severo y misterioso de las artes etruscas se aproxima enteramente al carácter sereno del Asia Menor.

Sobre los orígenes de Italia tratamos con estension en la *Historia de los italianos.*

germánicos. Otros los han tenido por griegos, porque consultaban el oráculo de Delfos, usaban un órden que era una simplificacion del dórico y fabricaban vasos que por la materia, el trabajo, el asunto y las inscripciones son idénticos á los griegos. Hubo quien los consideró pelasgos por los números simbólicos, por la austeridad de sus doctrinas y por haberse mantenido en relacion con Mileto y Sibaris, ciudades jónicas y aqueas, hermanas de los pelasgos, mientras que aborrecian á Siracusa y á las demás ciudades dóricas. No falta quien procure conciliar estas opiniones introduciendo á los pelasgo-tirrenos (28), llamados así porque los griegos denominaban Tirrenia á la Etruria y daban el nombre de tirrénicas á las poblaciones de Grecia más allegadas á ellos. Y acaso se deriva tal nombre de Tirra, provincia de la Lidia, pues Herodoto llamó lidios á los tirrenos. Los pelasgo-tirrenos se distinguirian en este caso de las demás razas pelásgicas, porque no habitaban las costas, sino las tierras interiores, como Tesalia y Arcadia; no eran piratas, sino agrícolas; y si bien tenian afinidad con los demás pueblos pelásgicos, se diferenciaban en la religion y en el idioma.

Pero al contrario, vemos considerados por doquiera á los helenos como opresores de los tirrenos. La comparacion de su idioma, de sus creencias y de su civilizacion no conduce á tan precisas consecuencias á quien, como nosotros, admite una hermandad de pueblos anterior á las divisiones políticas. Por esto creemos que los tirrenos debieron de pertenecer á la primitiva emigracion conocida en Italia.—Pero ¿eran los tirrenos los mismos que los etruscos?

Ciertamente que los toscos no tenian un idioma análogo al griego, como lo tuvieron los pelasgos. Tenian reuniones de lucumonias y federaciones, y religion de genios y vaticinios, todo diferente de los tirreno-pelasgos. Las tribus que habitaban en las inmediaciones de Adria se unieron acaso con los oscos en una liga llamada de los Atr-Oscos, de donde vino el nombre de etruscos (29). Tal vez eran ya independientes cuando aparecieron los primeros pelasgos, durante cuya dominacion estuvieron reducidos á la oscuridad ó á la servidumbre. Algunos suponen que los rasenos bajaron de la Retia sobre la Italia, la conquistaron, estableciéndose entre las ciudades pelásgicas del interior y de la costa, y que se llamaron etruscos, como se llamó bretones á los ingleses, mejicanos y peruanos á los criollos de España, y lombardos á los italianos. Por lo demás, nada hay entre los antiguos que acredite esta conquista rasénica.

Independientemente del testimonio de Dionisio de Halicarnasio (30), prueba que los etruscos no

---

(28) Véanse NIEBUHR, OTTOFRIDO, MÜLLER, GERHARD, etc.

(29) CÁRLOS OTTFREDO MÜLLER ha resumido en sus cuatro libros titulados *Die Etrusker*, Breslau, 1828, cuanto se habia escrito antes de 1828 acerca de los etruscos. A esta obra, inferior sin duda á la que escribió sobre los dorios, precede una *Vorerinnerung über die Quellen der etruskischen Alterthumskunde*, en que discurre acerca de las autoridades griegas, romanas y tradicionales. Búrlase con frecuencia de la vanidad con que los italianos *(der patriotische Antihellenismus der Italiäner*, II, 10) rechazan el orígen griego de la civilizacion etrusca, punto que él sustenta: y sin embargo, no sé si puede encontrarse un admirador más apasionado de los griegos que nuestro L. Lanzi. El orígen itálico está sustentado principalmente por Micali en la *Historia de los antiguos pueblos italianos* (Florencia, 1832, con 120 grabados) y en la *Italia antes de la dominacion de los romanos*, 1810, quien supone constantemente una gente de nacimiento y creencia indígena á la que se juntaron otras, con otros ritos. G. B. Bruni en las *Investigaciones sobre el orígen de los pelasgo-tirrenos* sostiene que eran fenicios, como tambien Bochart, Mazzocchi, Drummond y otros. Orioli en los *Opúsculos literarios de Bolonia (De los pueblos rasenos ó etruscos)* presta apoyo al orígen lidio. Véanse tambien Niebuhr y Creuzer. Acaso ningun otro punto sobre antigüedades ha sido tan discutido en estos años como los orígenes italianos. Entre los muchísimos que han escrito acerca de él citaremos los más modernos:

G. J. GROTEFEND.—*De la geografía é historia de la antigua Italia hasta la dominacion romana*. Hannover, 1840 (aleman).

W. ABEKEN.—*La Italia media antes de la dominacion romana* (aleman). Stuttgard, 1843. Este distingue en la Italia antigua cuatro razas principales:

1.ª Los tirrenos, tal vez pelasgos, de quienes descienden los sículos, los sabinos y los latinos.

2.ª Los rasenos, rasenas ó retios, que mezclados con los vencidos dieron orígen á los etruscos; por lo cual los tirrenos entre el Arno y el Tíber se distinguen de los demás.

3.ª Los aborígenes, cascos, ausonios y auruncos.

4.ª Los helénicos.

POLETTI.—*De los pueblos y de las artes primitivas en Italia*. Roma, 1838. Desecha las irrupciones, y pretende más bien que los italianos, con el nombre de pelasgos, llevaron á otra parte la civilizacion.

(30) Ἐπειδὴ ἀρχαῖον τε πάνυ τὸ ἔθνος καὶ οὐδενὶ ἄλλῳ γένει οὔτε ὁμόγλωσσον, οὔτε ὁμοδίαιτον εὑρίσκεται. I, 50. Aquí las palabras *ningun otro pueblo* quieren decir ni griegos ni romanos. Niebuhr insiste en establecer una diferencia entre tirrenos y etruscos; Millingen, por el contrario, sostiene la paridad de estos dos nombres. De Τυῤῥηνοί ó Τυρσηνοί hace derivar Τυρησκοί, desinencia pelásgica, como las de Drabesco, Bromisco, Dorisco, Mirgisco y otras ciudades de Tracia; ó en Italia Opiscos y Opscos, Volscos, Faliscos y Gravisca. De Τυρησκοί sacaron los latinos *truscos*, y anteponiendo una *e*, etruscos, después tuscos ó thuscos. Del mismo modo Ὀπικοί fué mudado en opiscos y oscos; Ποσειδονία en Pestonum y Pestum; Πολυδεύκης en Pólluces y Pólux. Nada prueba en estos últimos nombres que la forma griega sea la primitiva, pudiendo ser más bien una alteracion de la pelásgica: por lo cual la analogia no presta ningun apoyo á aquella etimologia difícil.

Para probar su relacion con los griegos se aducen muchos argumentos, y el primero el de las etimologias. Tarconte se dice que es ἄρχον con el artículo; Tages proviene de ταγός cabeza; Trachinia, Tarrachina, de τραχύς, áspero, pendiente; Corneto de Corinto; Tarquinia de Trachinia; Faleria, Fa-

eran griegos su idioma totalmente distinto; y lo prueba tambien que los latinos dieron el nombre de pelasgos á los griegos (31) y aun á los esclavos; indicando tal vez que habiendo sido avasallados al Norte por los rasenos los restos de los pelasgos, como los enotrios y los peucetios por los helenos, formaron las clases vulgar y servil. Desde el tiempo de Caton se llamaba el pais Etruria y tuscos sus habitantes. Este último nombre parece no ser otro que el de oscos con el artículo prefijo, y se puede creer que estaba en uso en la lengua hablada, puesto que bajo los últimos emperadores, se formó el nombre de Tuscia que antes no habia sido escrito. Es estremadamente difícil comprobar el orígen de los etruscos y apreciar la parte que tomaron en la civilizacion de Italia, á causa de que disponiendo los sacerdotes de los anales podian alterarlos á su antojo, y además porque los destruyeron las enconadas guerras de los romanos: estos afectaron menospreciar á los etruscos, aun cuando sus familias ilustres se vanagloriasen de descender de ellos (32).

Resumamos las pocas noticias que tenemos diciendo que después de haber invadido los tirrenios la Italia se encontraron en frente de los umbrios, á quienes arrancaron trescientas ciudades (33), obligándolos á encerrarse dentro de una sola provincia, que conservó el nombre de Umbria, aun cuando se aliasen enseguida con ellos y les admitiesen á la comunidad de los sacrificios religiosos (34). Se estendieron por los campos que forman actualmente los territorios de Bolonia, Ferrara, Polesina, y por las llanuras entre los Alpes y el Apenino. Defendió el Po contra ellos á los vénetos. Permanecieron los ligurios al abrigo de sus montes, si bien abandonando el pais llano. Por todas partes establecieron colonias los tirrenios, y fundaron á orillas del Po una nueva Etruria, que á semejanza de la del interior contaba doce ciudades, entre ellas Adria, á la orilla del mar, Felsina, Melpo, Mántua, quizás denominada así de Manto, su Baco infernal. Habiendo caido después sobre los cascios (cascos) que habitaban el Lacio, tuvieron el Abula por límite de su territorio; luego penetraron en el de los volscos, pasaron el Liris, y fundaron en la fértil Campania otras doce colonias; siendo de este número Nola, Herculano, Pompeya y Vulturno, la primera de todas. No obstante, parece que la masa de la poblacion osca quedó en el pais.

Edificaron tambien en el Piceno ciudades como Capra junto al mar y Capra en la montaña y Adria picena. Quitaron por otra parte á los ligurios el golfo de la Espezia, donde fundaron á Luni, poseyendo así aquella costa hasta el mar.

El centro del poder de los tirrenios era la Etruria, entre el Tíber y el Arno: edificaron nuevas ciudades que ciñeron de sólidos muros, formados con gruesas piedras, ó tal vez sacaron partido de los ya levantados por los pelasgos. Entre aquellas ciudades eran las principales Clusio, Volterra, Cortona, Arecio, Perusa, Vulsinio, Vetulonia, Cere, Tarquinia y Veyos (35); tenian además una porcion de aldeas á lo largo de la costa y en lo interior del pais, que los malos aires *(mal'aria)* hace hoy dia inhabitables. Tarquinia fué la verdadera sede de la civilizacion etrusca, y Cere, la metrópoli religiosa, que tenia el tesoro comun como Delfos, lo cual indica una derivacion helénica. Pareció un momento que los etruscos estaban en vísperas de juntar bajo su dominacion toda la Italia; pero derrotados por Hieron de Siracusa, se vieron en la necesidad de limitarla á la Etruria: acosados de dia en dia más de cerca por los ligurios, los galos y los samnitas hubieron de sucumbir bajo el poder romano.

Ya no quedan casi más que los nombres de los demás pueblos antiguos de Italia. En la parte del Norte, los orobios, nombre genérico como los de aborígenes y hérnicos, que significan lo mismo que habitantes de montañas (36), residian entre los lagos de Como y de Iseo, dónde construyeron á Como (37), Bérgamo (38), Licinfforo (39) y Bara,

---

liscos de Ἀλοώς; y lo mismo se asegura respecto de Agilla, Pirgos, Alsio (Ἄλσος), Gravisca (γραῖα), Volcio (Ὁλκός ὁ ὁλκός); Veyos (ἠρμῆον) etc. Lanzi, que fué el primero que opinó así, sacó muchas etimologias del griego quitándoles el artículo *t*: así Turme se reduce á ὁ ὑρμῆ; Turan, ὁ ἄραν Marte; Talina δ' ἄλῃνα, hija del mar.

Otro de los argumentos se funda en las relaciones que la Etruria mantuvo continuamente con la Grecia; y así se alega que de Corinto pasó á Etruria una colonia con Damarato; que los de Cere tenian el tesoro en Delfos, etc.

Entre los más modernos Corssen sostiene que la lengua de las inscripciones etruscas no es más que un dialecto de la latina. Pauli *(Heinsius,* Brema) niega enteramente que sean elementos ariano-itálicos; y las palabras que parecen afines con el latin y griego son tomadas de las poblaciones colindantes.

(31) En Virgilio *passim.*

(32) Horacio ensalza á Mecenas como vástago de los tirrenios. (*Od.*, I, 1) Persio (III, 27) encomia á otro.

Stemmate quod tusco ramum millesime ducis.

(33) Plinio, III, 14.

(34) Tablas Eugubinas. Tito Livio (IX, 30), dice que los umbrios y los tuscos hablaban la misma lengua.

(35) Podrian ser las otras Rusella, Capena ó Cosa. Müller añade Pisa, Fésula, Falerio, Aurina ó Caletra, Salpino, Saturnia.

(36) Los sabinos llamaban *Erna* á la encina y á la roca. Ὄρος y βιῶν viviendo en las montañas. Hállase la misma raiz en el vocablo aborigenes.

(37) Se puede derivar este nombre de κώμη, aldea, y aun de *com*, que en celta significa seno. Véase mi *Historia de la ciudad y diócesis de Como.* Como, 1829-32 y Florencia, 1855.

(38) *Berg-hom* ó *heim* significa en lengua germánica lo que Orobio en griego.

(39) Licinfforo, sin embargo, es nombre latino, no etrusco, y quiere decir *Mercado de Licinio.* Tenemos en el Pian d' Erba una aldea llamada el *Mercado de Incino.* Bus-

no habiendo conformidad acerca del punto que ocupaba (40): vivian los euganeos en las montañas inmediatas á Brescia, Verona, Trento y Vizentino: entre el Timavo, el Po y el mar se habian establecido los vénetos; y los ligurios, que habian estendido su dominacion desde los Pirineos hasta la embocadura del Arno, habitaban el pais llamado actualmente el Piamonte: eran hombres rústicos, de largos cabellos, y se decia que un ligurio endeble valia más que un robusto galo, que sus mujeres tenian la energia de los hombres, y éstos el vigor de las fieras. Cultivaban con afan el suelo en los mismos lugares donde hay todavia treinta mil hectáreas de terreno que están sostenidos por pequeños muros escalonados. Estuvieron en guerra con los toscos y con los griegos de Marsella, que fundaron para tenerlos á raya las colonias de Nisa y de Mónaco. Ni aun los mismos romanos pudieron dominarlos, sino trasladándolos á otro punto

En los Apeninos se conservaron hostigadas por los habitantes del litoral, y por tanto casi incomunicadas con el esterior, las tribus de los sabinos, picenos y pretucios. De una primavera sagrada ó sea de una peregrinacion votiva de Testrina á Amiterno dicen que procedieron los sabinos adoradores de su dios nacional Sabos. Eran pastores y guerreros, morigerados y religiosos, y entraron en Italia por el monte Lucretil y por el valle de Aniene hasta el Tíber. Cures, ciudad de los Hastatos, era el punto donde se celebraban las asambleas nacionales. Sanco, llamado tambien Fidio y Semon, debió ser uno de sus legisladores, elevado después á la categoria de dios. En Trébula (41) veneraron con misterios á nueve dioses principales, que reemplazaron al primer culto fetichista, cuando representaba á Marte una pica clavada en tierra; y tambien enviaron con frecuencia colonias á la Italia baja y á la parte de arriba, dejando en medio á los picenios y pretucios, poblaciones numerosísimas.

Cerca de Sabina y Lacio estaban los ecuos; más adentro los hérnicos; abajo los volscos; después los aurunco-volscos, *destinados á proporcionar un ejercicio casi eterno á los guerreros romanos* (42). Sus ciudades marítimas, Ancio, Circeo, Terracina, debieron grandes riquezas al comercio, y en ellas florecieron las bellas artes; de modo que, cerca de Velletri se encontraron bajo-relieves de barro; y Turiano de Fregelle hizo el Júpiter Capitolino y otras obras en Roma (43).

En el Apenino más elevado, donde hoy están los dos Abruzzos, se hallaban establecidos los vestinos, los marrucinos, los pelignos, los marsos, entorno del Gran Peñasco de Italia, terreno cubierto de selvas, peñas y cavernas El emporio de su tráfico naval era Aterno, en donde está Pescara; y comerciaban en queso los vestinos, y los pelignos en cera y lino. Los marsos, que eran los principales de todos, son famosos por su valor y por su amor patrio, y sus sepulcros abundan en armas ofensivas.

Dormia el Vesubio en Campania; pero el ruido de los campos Flegreos, las batallas de los gigantes y las mansiones subterráneas de Tifon, expresan las revoluciones naturales de aquel pais. A consecuencia de una primavera sagrada de los sabinos se establecieron al pie del áspero Matese los samnitas, de quienes tuvieron origen los hirpinos, los lucanios, los frentanos; y se pretende que su territorio tenia dos millones de habitantes (44). Los lucanios ocuparon la extremidad de Italia, subyugando á los enotros, y siendo enemigos irreconciliables de las colonias griegas y de los tiranos de Siracusa. La parte más quebrada quedó en poder de los brucios, cuyo nombre significa esclavos prófugos ó rebelados; y nosotros los suponemos enotros subyugados, que después se libraron de la servidumbre.

Los aborígenes, á los que pertenecian los ecuos, volscos, auruncos, rútulos y laurentios, y los sabinos, entre quienes se contaban los picenos, samnitas, frentanos, hirpinos, lucanios, brucios, mamertinos, pelignos, merruvios, vestinos, hérnicos y marsos, si bien que de idiomas parecidos derivados del umbrio y de escritura semejante, fueron diferenciándose, en términos de distinguirse el samnita del osco, como el piceno del umbrio y el sabino del romano.

No es fácil conocer el orígen y los confines de cada uno de estos pueblos; con frecuencia se cambian sus nombres; y los griegos en general llamaban ligurios á los de la alta Italia, y ausonios á los de la meridional. Tanta diferencia de razas, desde el orígen de la nacion, ha impedido hasta ahora la unidad de Italia, aun después de largos siglos de lucha, de conquistas, violencias y desventuras (45).

---

car en otra parte Licinífero seria como buscar Mediolano en Toscana ó Agrigento en el Piamonte.

(40) Hay quien trae de Bara el nombre de Brianza, que es muy moderno. Mas no hago gran aprecio del pasaje de Plinio, el cual tambien se refiere á Caton.

(41) ARNOBIO, III, pág. 122.

(42) LIVIO, VI, 21.

(43) PLINIO, XXXV, 12.

(44) GALANTI, *Descripcion del condado de Moliso.*

(45) **Teorias modernas.**—Los recientes descubrimientos de objetos antiquísimos, rústicos arneses, armas de sílice, huesos empedernidos ó tallados, cráneos humanos dentro de grutas ó en medio de pantanos y turbales, y hasta debajo de terrenos de otra edad geológica, decidieron el estudio de las antigüedades prehistóricas. Haciendo atrevidísimas hipótesis sobre fenómenos y hechos mal definidos aun, se quiere últimamente creer que el hombre no es más que la trasformacion gradual del mono antropomorfo, oriundo de puntos diversos y desarrollado á través de millones de años.

No puede la historia comenzar antes de las tradiciones que tengamos, antes de nuestros monumentos, los que á decir verdad revelan un estado casi salvaje de las poblaciones indígenas, que no poseyendo todavia los metales, se

valieron de la piedra; luego usaron el cobre, aprovechándose más tarde del hierro, que vino á ser el principal instrumento de la civilizacion. Juan Cárlos Conestábile afirma que la edad del cobre fué contemporánea del uso del hierro, que encuentra muy amenudo presente y mezclado con aquel metal en los trabajos artísticos é industriales; de donde deduce que el uso del hierro comenzó en Italia mucho antes que en el Norte. Tales hombres prehistóricos serian braquicéfalos en la Italia superior ó dolicocéfalos en la inferior, y mixtos en la central.

Confrontando los descubrimientos recientes con las tradiciones tenemos que desde el periodo pliocénico estaba la Italia ocupada por el mar, en el que se alzaban como islas las más elevadas cumbres de los montes. En las selvas de alta arboleda vivian tribus salvajes á la vez que elefantes, rinocerontes, hipopótamos, ciervos de enorme cornamenta, bueyes primitivos y otras especies que han perecido. El hombre se defendia de estas fieras con armas de pedernal: habitaba las cavernas ó bien sobre las chozas alzadas en postes en medio de las aguas, donde han quedado restos de sus alimentos. Así trascurrió la edad de los hielos, que al deshacerse iban saneando las llanuras, y la gente bajaba á ellas perfeccionando la vida, los utensilios y las armas.

No escasean en Italia los testimonios de estos progresos de la piedra al bronce y luego al hierro, máxime en la parte septentrional, en las moradas palustres de los lagos de Lombardia, en las necrópolis de la Emilia, y en muchas cabañas y terromonteros; pero señalar la sucesion y la edad comparativa de ellos seria tarea sobrado difícil.

Limitándonos á examinar las poblaciones históricas parece demostrado que la estirpe aria ó indo-europea partiendo de las tierras que baña el Oxo, allende el Caspio y la Escitia, vino á Europa en cuatro ramas, la céltica, la germánica, la greco-itálica ó pelásgica, la lituana eslava. Quizá treinta siglos antes de J. C. tuvo efecto la primera emigracion de los celtas, casi contemporánea á la de los pelasgos que instalados en el Asia Menor y en el Helesponto estendieron ramificaciones á Italia, donde ocuparon las cumbres de los Apeninos, desalojando á los aborígenes, de los cuales son tal vez resíduo los japigos de la Mesapia, los opscos, los ausonios de la Lucania y los ligurios, que parecen ser los moradores más antiguos durante la edad de piedra.

De la misma rama ariana ó aria procedian los umbrios ó umbros y latinos, estendiéndose aquellos en vasto dominio y limitándose estos á las comarcas del bajo Tíber.

Hubo después una tercera inmigracion greco-pelásgica de Arcadia, Tesalia y Epiro, por mar, desembarcando en la Italia propiamente dicha, ó sea la Calabria, denominada así por Enotro y Peucetio, y á las bocas del Po donde fundaron Spina.

Los choques de los que entraban, con los habitantes, agitaron aquella edad pelásgica, en la que se iban aproximando y fundiendo las tribus diversas. Los pelasgos dilataron el uso de los metales y construyeron los muros ciclópeos.

Pero catorce siglos antes de J. C. comenzó la inmigracion pelasgo-tirrénica desde el Asia Menor á las costas occidentales de la península central y apareció el nombre de etruscos, los cuales es incierto si fueron arianos ó semitas. Para aclarar esta duda y las demás conjeturas se ha echado mano de argumentos filosóficos y físicos que no siempre están de acuerdo, ni son más decisivos unos que otros. Los antropologistas disienten fundamentalmente entre sí, y entre tanto recogen cráneos de las diversas tribus ó razas, queriendo deducir de su conformacion su orígen. Pero concretándose al pueblo que más escita la curiosidad, convienen en que los etruscos son una mezcla de gente más culta y ménos numerosa y los italiotas más numerosos é incultos.

Los filólogos refutan el orígen céltico de los umbros haciéndolos de la rama ario-pelásgica, así como los sículos y liburnos, afines de los japigos, de quienes queda alguna inscripcion no descifrada todavia, pero que pertenece á la Iliria.

El cardenal Tarquinj fué el último que sostuvo el origen semítico apoyándose en nombres geográficos como los siguientes:

APINNIN, cumbre, monte de cordillera.
PISA, abundancia.
PERUSIA, *Perusa*, campestre.
UDINE, *Odina*, amena.
SORA, *Isor*, roca.
ISCHIA, *Ischina*, mi deseo.
VESUBIO, *Veth-ubim*, casa de las tinieblas.
PENNA DI BILLI, *pinnath*, cumbre de Amon, de Bito, punta de Amon.
ASCOBI, *Aschelon* en los filisteos.
ARIMINO, *Arimanon*, allende el Jordan.
SEINA, *Senaa*, ciudad de la tribu de Benjamin.
ROMA, *Ruma* de Cananea, residencia de Abimelec.
CARIDDI, *Cor obdam*, antro peligroso.
ZANCLE, *Hoz*.

Graciadio Ascoli rechaza enteramente el concepto de Tarquinj y de Stickel; y lo mismo puede decirse de Juan Flechia, cuya *Gramática histórica comparada de los dialectos italianos* es por demás notable.

El estudio de las artes etruscas niega que los etruscos sean semíticos, y no lo niega ménos su lenguaje, aunque es poco conocido. Acaso salieron del Asia Menor por mar y no de los Alpes, donde si bien se encuentran allí vestigios suyos, solamente prueban que hasta allí se estendió el imperio de los etruscos, los cuales llegaban hasta el Báltico yendo en busca del ámbar.

Las lenguas de los tres pueblos más antiguos, oscos, umbros y etruscos, muy distintas entre sí, fueron absorbidas ó destruidas por el latin; pero de los pocos restos que nos quedan, se deduce que en el lenguaje de los oscos ó samnitas no hay huella de semítico, y es afin del latin arcáico. El umbro se aproxima á las formas del Lacio y las siete Tablas Eugubinas conducen á reconocerlo de orígen comun con el osco-romano, escluyendo toda derivacion semítica y céltica.

No hay el mismo acuerdo con respecto del etrusco, si bien no se parece á ninguna lengua semítica y céltica; y los numerosísimos monumentos, pero de pocas palabras y de ninguna importancia histórica á pesar de las abreviaciones, correcciones y alternativas fonéticas, dan á entender que pertenece á la rama ariana.

Tales son las últimas inducciones de Corssen, Fabretti y Conestábile.

CAPÍTULO XXV

INSTITUCIONES DE LOS PUEBLOS ITALIANOS.

En un pais como Italia cortado de rios y montes, cada pueblo habia de hacer vida distinta, y en efecto cultivaba una civilizacion particular. Pero la historia de Italia hasta demasiado tarde se redujo puramente á historia romana, á pesar de que convendria reparar estas injusticias de los siglos y atender los intereses del mayor número, aunque sea de los vencidos, donde se encuentran los elementos duraderos que sobrevivieron á las razas conquistadoras, exhaustas á causa de sus propios esfuerzos.

Aristocracia.—Generalmente se regian los italianos en municipios, formando entre sí federaciones que en épocas fijas celebraban asambleas junto á los templos, como en Grecia; los toscanos en los de la diosa Voltumna, los latinos en Ferentino, y los sabinos en Cere. Pero seria difícil determinar lo que se entendia por pueblo y hasta que punto tomaba éste parte en los negocios públicos.

Lo cierto es que en todas partes habia un senado compuesto de los jefes de las familias conquistadoras, en las cuales estaban vinculados los derechos de los ritos religiosos, los empleos, la interpretacion de las leyes y las ciencias divinas y humanas, de suerte que la aristocracia se apoyaba siempre en la religion que la diferenciaba de la plebe.

Magistratura suprema.—Los primitivos latinos, ecuos y sabinos tenian dictadores que, sin embargo, estaban sometidos á la autoridad nacional. En tiempo de guerra los lucanos elegian un emperador que reunia el mando militar y la supremacia civil: tal era el *Meddix Tοticus* de los oscos, volscos y campanios.

El nombre de patria siempre se refiere á corto territorio; solo encontramos pueblos reducidos y aliados con algun título más genérico, si bien que ligados únicamente entre sí por la religion y alguna asamblea política. Si formaban leyes con sus vecinos, duraban solo el tiempo que duraba el peligro ó la necesidad. Queriendo cada cual tener gobierno propio no concibieron la unidad nacional, y á causa de los recíprocos celos y envidias era imposible la fusion y fácil la conquista.

Culto.—Ya los griegos habian observado la gran semejanza que existia entre su culto y el itálico; y Dionisio nota que no solamente la habia entre los tipos y las formas que expresan las ideas de poder ó proteccion especial, sino tambien entre los atributos, trajes, usos tradicionales, treguas religiosas, solemnidades, sacrificios y formas rituales de los templos. Esta semejanza precedió á la invasion histórica de las ideas griegas; por lo cual se atribuye su orígen á los antiguos pelasgos. Introdujéronse, sin embargo, algunos dioses en tiempos conocidos, como Apolo en el año 429 de Roma, Esculapio en el 459, y en el 449 el altar máximo de Hércules; pero no se puede creer que las deidades principales se introdujeran después de constituidas aquellas sociedades, tan tenaces para conservar la tradicion, sin que les hubieran causado un trastorno general, surgiendo entre ellas una oposicion que la historia no podria haber olvidado. Debe, pues, suponerse que vinieron con los pueblos mismos, especialmente con los pelasgos, sobre todo si se consideran el aire nacional de estas deidades y su conexion con las instituciones civiles.

Mas la diferencia entre los cultos italianos revela la del orígen de la poblacion. De un fondo de tradiciones primitivas, en que estaban depositadas las verdades reveladas á los primeros hombres, sacaron aquellos pueblos ideas sublimes de la divinidad, de las cuales encontramos fragmentos, aunque escasos. En el himno sálio se llamaba á Jano *deorum deus* y este entre los númenes antiguos es el único que no se halla manchado de cul-

pas (1). Cuando dice Varron que la religion en Italia estuvo dominada siempre por el interés (2), creo que da á entender solamente el espíritu práctico que fué siempre característico de los italianos; y el mismo nombre latino de *religio*, esto es, reanudamiento, indica un fin social.

Itálico es, con efecto, el culto de la diosa Céres, que con tan bello símbolo fué hecha diosa de la civilizacion, siéndolo de los campos, pero reservándose los dogmas más puros á los iniciados, se esponia al vulgo un culto grosero de la naturaleza, y se le hacia adorar el Tíber, el Numicio y el Vulturno. Después se multiplicaron las divinidades hasta no haber fuente, casa, ni ciudad que no tuviese alguna particular. Baste decir que solamente los sabinos veneraban á Matuta, diosa de la bondad; á Mamerte (Marte) con su mujer Neriene, diosa de la fuerza; á Vacuna, diosa de la victoria; Feronia, de la libertad; Vesta, de la tierra y del fuego; Sanco, dios de los tres nombres *(Suncus, Fidius, Semon);* y Sorano y Februo, ministro de la muerte, y Sumano, del rayo. Alcanzaban principal culto Saturno-Opis, dios-diosa de la tierra; Diano-Diana, dios-diosa del cielo; Anna Perenna, la nodriza, representada en la luna que preside al año; y Palas, diosa de los pastores, cuyas fiestas siguieron celebrándose aun en la conquistadora Roma con las ferias latinas y con las lupercales, en memoria de su orígen agreste. Todos los trabajos del campo estaban encomendados á un númen particular; así que, en Roma se invocaba á los dioses *Vervactor, Reparator, Abarator, Imporcitor, Insitor, Occator, Sarritor, Subruacator, Messor, Convector, Conditor* y *Promitor* (3). El Falo está representado con frecuencia en sus monumentos y en sus tumbas; y además reverenciaban singularmente á la Fortuna bajo infinitos nombres, y la consultaban con las supersticiones más diversas. En Preneste se echaban las suertes como hacian los germanos, por medio de palitos que se revolvian, y de los cuales sacaba uno el suplicante: en Ancio auguraban los volscos por medio de dos autómatas, uno propicio y otro contrario, que con movimientos artificiales revelaban la fortuna ó la desgracia; y en el templo de Juno en Veyos hacia señales otra imágen con la cabeza.

Conservaba algo de bárbaro y antiguo el culto de Circe, la gran maga de las trasformaciones, que se aparecia en los promontorios para consternacion de los navegantes; pero el espíritu de aplicacion, propio de los italianos, se revela en el culto enteramente nacional de los genios (4); culto que del

---

(1) MACROBIO, *Saturn.*, IX: *Saliorum quoque antiquissimis carminibus deorum deus canitur.*

Valerio Sorano en Varron canta:

Jupiter omnipotens, regum, rerumque, deûmque
Progenitor, genetrixque deûm, deus unus et omnis.

Y Ciceron en las *Tusculanas*, I: *Antiquitate, quæ quo propius aberat ab ortu et divina progenie, hoc melius ea fortasse qnæ erant vera cernebat; itaque unum illud erat insitum priscis illis, quos Cascos appellat Ennius, esse in morte sensum, neque excessu vitæ sic deleri hominem, ut funditus interiret; idque, cum multis aliis rebus, tum e pontificio jure et cæremoniis sepulcrorum intelligi licet.*

(2) *De re rustica.*

(3) BRISSON, *De formulis.*

(4) Dionisio, griego y admirador de sus compatriotas, hace esta justicia á las religiones italianas. «Rómulo consideró las fábulas que han legado á los griegos sus mayores, y que contienen los crímenes y la deshonra de los númenes, como torpes ó inútiles, y nada dignas no solo de dioses, pero ni aun de hombres honrados. Así es que habiéndolas desechado, indujo á los ciudadanos á sentir y hablar bien y altamente de los inmortales y á no fingir nada que no fuese adecuado á su naturaleza celeste. Y en efecto: entre los romanos no se habla de Cielo mutilado por sus hijos, ni de Saturno que devora á los suyos por temor de que le sean traidores; ni de Júpiter que pone preso en el Tártaro á Saturno desposeido de su imperio; ni ménos de las batallas, las heridas y las prisiones de los dioses, ni de su esclavitud en poder de hombres. Ninguna de sus fiestas es fúnebre, ni se ve en ellas el luto; no lloran por dioses robados ni por tribulaciones de mujeres, como hacen los griegos por el rapto de Proserpina, ó por la suerte de Baco y otras cosas semejantes: y ni aun en estos tiempos corrompidos se encuentran entre ellos personas que se crean poseidas del númen ni el furor de los coribantes, ni bacanales secretas, ni misterios ocultos, ni reuniones nocturnas de hombres y mujeres, ni ninguna de semejantes monstruosidades, sino que todo lo concerniente á los dioses se hace y se dice religiosamente contra la costumbre de los griegos y de los bárbaros. Y lo que más me admiró, no obstante la mucha gente que se reune en esta ciudad, fué que estando todos obligados á venerar con rito doméstico los númenes de su respectiva patria, no se diese culto público á ningun dios extranjero, como sucede en otras ciudades; y si alguno ha sido introducido por mandato de los oráculos, lo veneran los naturales á su modo, eliminando las fábulas milagrosas, que se hace en la fiesta de la madre Idea. Los pretores romanos solemnizan esta fiesta inmolando víctimas y celebrando juegos todos los años; pero el sacerdocio está encomendado allí á hombres ó mujeres de Frigia, que segun su costumbre llevan á la diosa en procesion alternativamente dando vueltas é hiriéndose los pechos al son de flautas y atabales. Ningun romano libre es mitriaco, ni va errante al son de los instrumentos frigios, vestido con la síntesis, ni por decreto del Senado se inicia en las orgias de la diosa Madre. Tan opuesta es la religion á los ritos extranjeros, y se tiene por sospechosa toda solemnidad celebrada sin previo decreto.

»Y no se crea que ignoro lo utilísimas que son á los hombres algunas fábulas de los griegos, que ó indican alegóricamente las obras de la naturaleza, ó fueron inventadas para consuelo de los hombres, ó libran el ánimo de las pasiones, del terror y de las pasiones estraviadas, ó causan en fin algun otro beneficio. Lo sé tan bien como cualquier otro, pero cierto espíritu de religion me mueve á probar principalmente la teologia romana, conociendo que son escasos los bienes que se encuentran en las fábulas de los griegos, y que una ciencia concedida á pocos no puede ser útil á muchos, si no entienden el objeto de aquellas. Pero la turba vulgar é ignorante de la filosofia entiende en su peor sentido estos cuentos, de donde les resulta doble perjuicio, pues ó desprecia á los dioses como envueltos en muchas desgracias, ó no se abstiene de cualquiera iniqui-

fetichismo personal y tópico que es su carácter habitual, se eleva á veces á ideas abstractas de órden más elevado. Faltaba á estos cultos locales toda unidad de accion ó de idea, y las divinidades severas no estaban asociadas en familias, sino que en un principio eran hermafroditas, y después se dividieron en varones y hembras, siempre estériles, hasta que se introdujeron las fábulas griegas. El decir que no tenian estátuas los dioses indica acaso que no tenian formas determinadas. En efecto, el Marte sabino era venerado bajo la forma de una lanza; y aun después de introducido el culto idólatra, continuó ardiendo silencioso el fuego de la diosa Vesta sobre el altar sin imágen; y en los terremotos se oraba sin invocar á ningun dios conocido y determinado. Tambien se conservaron después varios cultos locales, como el de Feronia en las lagunas y fuentes, el de Sorano en las alturas, y el de Circe en los promontorios.

Cuando Roma absorbió en su seno á todas las demás ciudades de Italia, fueron absorbidas igualmente las religiones particulares por las vencedoras, y los dioses locales por los que más se les asemejaban en Roma. De aquí los muchos nombres ó epítetos dados á cada dios, que eran tantos que llegó á contar Varron hasta trescientos para designar á Júpiter en Italia. Pero el culto local y familiar, de carácter tan italiano, se conservó en los dioses domésticos de las familias (*sacra gentilia, dii gentiles*), y alguno de los sabinos penetró tambien entre los dioses de los conquistadores, como Semon Sanco que viene á ser el Jano latino.

Sacrificios.—La expiacion se fué exagerando desde el principio hasta llegar á los sacrificios humanos, modificados luego en costumbres ménos feroces. Hacíase en las *primaveras sagradas* voto de inmolar á los dioses todo cuanto naciese en la primavera, hasta el punto de que los padres estrangulaban á sus propios hijos; pero más adelante se sustituyó ese horrible sacrificio por la costumbre de enviar á fundar colonias en otras partes á los hombres que en aquella estacion nacian. Los ritos que practicaban los sabinos eran terribles, pareciéndose su sacerdocio al de los druidas. En los casos graves de guerra se reunian los soldados en un recinto de escasa luz, y en silencio y entre víctimas y espadas debian jurar sumision con imprecaciones tremendas contra el que desobedeciese. En Falera se sacrificaban niñas á Juno: del Sorate bajaban los hirpos pisando á pié desnudo ascuas encendidas; los marsos manejaban á su antojo culebras conforme les habia enseñado á hacerlo la maga Angitia, venerada en el sagrado bosque contiguo al lago Fucino (5).

Esas y otras tradiciones demuestran la fiereza natural de los primitivos habitantes, domada des-

---

dad ó torpeza al ver caer en ellas aun á los númenes.» *Arqueologia*, lib. II.

Si bien Creuzer, en la *Simbólica*, no se ha estendido acerca de las religiones de los italianos tanto como suele hacerlo al hablar de otras, merece que se refiera aquí la parte en que las compara con las griegas.

«No es posible encontrar en nada mayor diferencia que la que se observa entre las antiguas tradiciones itálicas, sencillas, groseras, tal vez obscenas en la forma, pero de un sentido profundamente espresivo, y las historias divinas de la epopeya griega, dominadas por un antropomorfismo elegante, pero puramente esterior. El sentimiento religioso de los antiguos romanos era superior á la fácil y novelesca elocuencia que habia invadido la religion de las griegos..... Los romanos admitieron en gran parte las religiones pelásgicas, y las conservaron por largo tiempo. En las solemnidades del Circo se llevaban alrededor muchas divinidades antiguas. Al mismo tiempo recibieron ciertos ritos muy antiguos y espresivos, los augurios, el arte de consultar las entrañas de las víctimas y otras cosas, que en breve se habian olvidado en Grecia, á lo ménos en el culto público. La mitología griega, tal como habia sido esplicada por los poetas épicos, ejerció un imperio irresistible en los ánimos; y sobre las ruinas de las creencias antiguas y de un profundo sentimiento religioso, se elevó la magestad sensible y enteramente humana del espléndido Olimpo. En Etruria y en Roma, por el contrario, el elemento poético, en la creencia de los pueblos, jamás prevaleció tanto sobre el elemento místico; porque los poetas y los artistas no llegaron á adquirir una influencia escesiva en la religion del Estado, confiada á un sacerdocio venerable. Los genios elevados y austeros de la Etruria antigua no podian dejarse engañar por la mágica epopeya jónica: traspasaban con su mirada los estrechos confines del Olimpo, cual lo habian hecho los poetas, para penetrar en los abismos del cielo y de la tierra. Los piadosos y dignos padres de este antiguo Lacio, morada de paz, de felicidad y de virtud, no podian dejarse arrastrar por la voluble imaginacion de los cantores helénicos, ni abandonar por la griega su religion, tan sencilla como sus costumbres. Por espacio de 170 años sirvieron los romanos á los dioses de sus abuelos sin necesidad de imágenes (PLUTARCO en *Numa*, c. VIII.—S. AGUSTIN, *C. de Dios*, IV. 31); y cuando hubieron tomado puestos los ídolos en las capillas sagradas, el culto de la gran Vesta perpetuó la memoria de la sencillez primitiva. Una llama pura bastó siempre en su santo y silencioso templo á la diosa, que no quiso ni estátua ni ninguna otra representacion. Cuando se hacia sentir con todo su horror en un terremoto el poder misterioso de las fuerzas ocultas de la naturaleza, el romano pensando en las creencias tan oscuras como profundas de sus padres, no invocaba á ningun dios determinado y conocido (A. GELIO, *N. Aticas*, II, 28.—DIONISIO, *Excerpt.*, XVI., 10., p. 91). Pero luego, en vez de permanecer fiel á la antigua creencia nacional, en vez de conservar sus disposiciones bajo aquel yugo sagrado, llamado con tanta propiedad *religion*, prefirió correr en pos de divinidades extranjeras, imitar á los griegos, é imitándolos no tomar de ellos sino una superficie más ó ménos brillante. Así con la indiferencia hácia la religion tan augusta, pura y moral de los antiguos romanos, prevaleció en breve entre sus descendientes el desprecio á las costumbres y á las ideas antiguas y á cuanto tenian estas de sencillas, graves y verdaderamente religiosas. Dionisio de Halicarnasio vé con razon en esto una de las causas principales de la decadencia de la república.

(5) Aun hoy los prestidigitadores procedentes de Ceilan se presentan al público manejando serpientes; y los campesinos confian en Santo Domingo de Crellino para curarse las picaduras de culebra.

pués por los tesmóforos que de otros paises fueron á instruir á las primitivas poblaciones. Tales fueron Jano, Saturno, Pico y Fauno, que con el nombre divino introducian las religiones y educaban á tales pueblos del modo como después lo hicieron los jesuitas en el Paraguay, tratándolos como á niños, no señalándoles bienes propios, sino banquetes comunes y manjares agrestes; lo cual en tiempos posteriores, más civilizados, si bien que más infelices, se consideró como una edad de oro (6). Jano tiene algo del Septentrion y se encuentra en pueblos no establecidos todavia (7). Saturno se nos presenta como oriental y se encuentra en medio de un pueblo agrícola, simbolizando acaso colonias fenicias que arrojadas de Creta pasaron á Italia. Entre los tesmóforos debe tambien contarse á Italo que en tiempo en que Teseo agregaba los demás del Atica, estableció la comunidad de bienes en la península baja, enseñó la agricultura y los banquetes sodalicios, que aun duraban en tiempo de Aristóteles (8).

Asilos.—Los tesmóforos instituyeron asilos contra la persecucion de los fuertes, poniéndolos bajo la tutela de los númenes ó de un jefe de tribu. Estos jefes se hicieron luego señores; los refugiados se convirtieron en clientes; y unidos entre sí vencieron á sus enemigos, reduciéndolos á esclavos. No pudiendo los tesmóforos abolir la guerra modificáronla con el derecho fecial, en virtud del que un sacerdote se presentaba al ofensor señalándole un plazo para reparar sus ofensas, y si no obedecia, se le declaraba enemistad pública. Otros sacerdotes hacian imprecaciones y auguraban portentos.

Aun civilizada la Italia conservó algunos vestigios de su vida nómada (9); y los dioses pastoriles, las fiestas y las divisiones del año relativas al pastoreo y á la agricultura, así como el culto del dios Término, comprueban que el método primitivo de vida fué pastoril y campestre.

(6) Como deciamos de Manú, Jano debió ser el nombre de alguno de los primitivos sabios de quienes quedó memoria en los pueblos más diversos. Al parecer significa señor: en los fenicios *Jonn* correspondia á Baal; en lengua galesa quiere decir señor, dios, causa primera; Baco se llamó *janna*, *jon*, *jona-jain*, *jaungoicoa*, dios, señor, dueño. Los escandinavos llamaban *jon* al sol, los troyanos lo adoraban con elnombre de *Jona* (JAMEISON'S, *Hermes scythicus*, pág. 60); *javnaha* se llama en persa dicho astro, y *jannan* significa cabeza. Véase PICTET, *Sobre el culto de los Cabiros en Irlanda*, pág. 104.

Se dijo que el nombre de Lacio provino de que allí Saturno *latuit*. En fenicio *saturn* quiere decir cabalmente *latens* (POKOKE.—*Specimen hist. Arabum*, pág. 120. Oxonii, 1806) Los versos saturninos y las fiestas saturnales prueban la antigüedad de este civilizador y la ignorancia de sus tiempos. *Tot sæculis*, dice Macrobio (*Saturn.*, I, 7) *Saturnalia præcedunt romanæ urbis ætatem.*

(7) Raoul-Rochette ve en *joan*, *jon*, *janus* el jefe de una colonia jónica que entró en Italia por los años 1431.

(8) *Polit*, VII, 9.

(9) DORN SEIFZEN.—*Vestigia vitæ nomadicæ tam in moribus quam in legibus romanis conspicua*. Utrecht, 1819.

Costumbres.—Los marsos eran alabados por su frugalidad y valor; los sabelios por su inculta rectitud; sus mujeres y las apulas y samnitas por su discrecion y sobriedad. A los lucanios depredadores hacian contraste los sabinos religiosos y justos; á los muelles y tímidos picentinos los belicosos pelignos y samnitas, que preferian la muerte á la esclavitud. Tenian los samnitas una educacion vigorosa (10) y tremendos ritos druídicos, conforme hemos dicho: lujosos en las armas, modestos en sus casas, pastores de vacadas y yeguadas, y tejedores de lana, contraian matrimonio en su primera juventud: escogiendo en dia solemne los diez jóvenes más fuertes y morigerados, les dejaban la eleccion de esposa (11) y se les divorciaba si se hacian indignos de sus mujeres. Entre los umbros se usaban las ordalias, semejantes á los juicios de Dios en la Edad Media (12) en el que la divinidad era invocada inmediatamente para atestiguar con un milagro la verdad discutida ó la inocencia calumniada.

En las costumbres italianas se notan caractéres que las distinguen de las griegas y asiáticas. El atrio (llamado tal vez así de los adrianos) indica una vida comun y al aire libre: entorno al hogar de los lares se reunian los niños y las mujeres (á quienes no se encerraba en los gineceos) y hasta los esclavos (13), cuyo número era muy crecido.

Productos.—Mucho prosperaba entonces la agricultura en Italia; bastando los cereales no solo para el país, sino que tambien para esportarlos (14), y en tiempo de escasez se suplian con el maiz (15). Cosechábanse muchos y esquisitos vinos, de modo tal, que aun después de conocidas España y Grecia, Horacio alaba sobre todos los vinos italianos, y Plinio dice que de estos solos se proveian las mesas imperiales. Díjose que el nombre de Italia (16) procedió de sus numerosas vacadas: los cerdos de la Galia Cisalpina alimentaban ejércitos enteros (17): las lanas reemplazaban á la seda en los vestidos de los ricos; y al lino en las tiendas militares. La de Apulia era preferida hasta á la de

(10) HORACIO.—*Odas*, III, 6.

(11) «¿Puede hallarse una institucion más noble?» esclama Montesquieu (*Espíritu de las leyes*, VI, 17). No obstante, la mujer estaba allí reducida al ínfimo grado, siendo elegida sin poder elegir ni desechar.

(12) "Ομβρικοι, ὅταν πρὸς ἀλλήλους ἔχωσιν ἀμφισβήτησιν, κατοπλισθέντες ὡς ἐν πολέμῳ μάχονται, καὶ δοκοῦσι δικαιότερα λεγειν οἱ τοὺς ἐναντίους ἀποσφάξαντες. *Gli Umbri, quand' abbiano litigio fra loro, armati come in guerra combattono, e pensano aver ragione chi l' altro uccide.* Nicola Damasceno en STOBEO, *Serm.* 13.°

(13) *Positosque, vernas, ditis examen domus,*
Circa renidentes lares.
HORACIO, Epod.

(14) *Olim ex Italiæ regionibus longinquas in provincias commeatus portabant.* TÁCITO, *An.* XII.

(15) ESTRABON, V.

(16) *Italus, vitulus.*

(17) POLIBIO, II.

Mileto; y para conservarla mórbida é intacta, se revestian con otras pieles las ovejas. Con las de Padua, mórbidas y finas, se tejian paños y alfombras (18). Eran blanquísimas las de las cercanias del Po, muy negras las de Polenza; y aunque fuesen más famosas las españolas, vencíanles en duracion las de Italia (19). Tambien abundaba esta en caballos; siendo los del Véneto buscados hasta por los extranjeros, y la Pulla alimentaba numerosas razas (20).

Algunos de los proverbios que citan los autores romanos son vestigios de la antigua sabiduria práctica, y demuestran que estuvieron en boga antes de que el cultivo fuese abandonado á manos de los esclavos. «Pobre agricultor es (decian) el que compra lo que puede suministrarle su campo. Mal amo de casa el que hace de dia lo que puede hacer de noche, escepto en casos de intemperie; peor el que hace en dias laborables lo que podria en los festivos, y pésimo el que en dias serenos trabaja á cubierto más bien que al aire libre (21). El campo debe ser menor que las fuerzas del labrador, de modo que éste venza en la lucha (22). No arar tierra gusanienta (23). Sementera temprana, engaña con frecuencia; la tardia nunca, como no sea mala (24). No defraudar la semilla (25).» Pedian á los dioses que naciesen los frutos para ellos y los vecinos (26), y los censores castigaban al que araba más de lo que podia cultivar (27). Los prados eran considerados como la mejor ganancia; y Caton, preguntado cual era el primer modo de enriquecerse con la agricultura, contestó: *Los muchos pastos son el primer medio; el segundo los medianos, y el tercero los pastos aunque malos* (28). El mismo decia: *Bien cultivar es bien arar*. Se ve, pues, que todos estos proverbios se refieren á la economia agraria predominante en Italia. Y en efecto, solo con la division y el cultivo constante de los terrenos, se puede esplicar el aumento de tantas poblaciones en un territorio no muy estenso.

Se sacaban mármoles y metales; y en tiempos posteriores prohibió el Senado romano que se ocupasen más de cuatro mil hombres en las minas del distrito de Vercellese (29).

Esos pueblos advenedizos tuvieron siempre cuidado de ocupar las costas, conociendo la comodidad que ofrecia la Italia para el tráfico. Así es que la comarca superior mantenia comercio con la Iliria, y Adria era un mercado muy notable. En Génova cambiaban los ligurios maderas, resina, cera, miel y pieles, por granos, aceite, vino y víveres de todas clases (30), y enviaban al extranjero groseras gabardinas que llamaban ligustinas. Los brucios esportaban pez y alquitran; los vénetos, samnitas y pulleses la lana; los sabinos, atravesando el alto Apenino por la via Salaria, iban á buscar sal á las costas de los pretucios; los umbrios la sacaban de las cenizas; los de la isla de Lípari, los rútulos, los volscos y los campanios recorrian el mar en largas y veloces barcas; y los ligurios en pequeñas, toscamente construidas.

Comercio.—Hércules de Tiro, es decir, el comercio, abrió una antiquísima via comercial entre los Alpes, que se estendia hasta el Báltico, como lo indica el uso del ámbar que se llevaba de allí á la alta Italia, en donde lo recibian los romanos y los griegos. Por lo mismo dieron estos al Po el nombre de Erídano, que es el *rio lejano* que desemboca en el mar Septentrional.

Etruscos.—De la civilizacion de los aborígenes y pelasgos tomó al parecer orígen la de los etruscos, que se ostenta original en muchos puntos y en otros griega ó asiática.

Cierto dia en que un aldeano abria un surco salió de allí Tages; su estatura era de niño, su sabiduria de viejo, y á semejanza del Oannes de Babilonia reveló una doctrina que fué el cimiento de la ciencia de los arúspices. Tambien se le atribuian como á Bacchedes, su discípulo, los libros sagrados (31). Este mito con el cual empieza la vida estable de los etruscos, indica un pueblo industrial y sometido á los sacerdotes.

Sacerdotes.—Aun cuando la aristocracia sacerdotal no formase una verdadera casta, era predominante y rechazaba á los extranjeros, fundándose en el derecho divino y en los auspicios. El sacerdocio hereditario en las familias estaba distribuido gerárquicamente; los novicios eran llamados *camillos*, y el soberano pontífice se elegia por los sufragios de doce pueblos. Era árbitro de la paz y de la guerra el colegio de sacerdotes. Habia ceremonias religiosas para la eleccion de los magistrados, para la fundacion de las ciudades, para los campamentos, para la distribucion del pueblo en curias y en centurias. Eran sagrados los límites así como la agricultura. Derivábanse de la adivinacion la propiedad y el derecho público y privado. Habia ordenado la misma divinidad repartir las tierras, vivir en relaciones amistosas, respetar los confines, sopena de desastres, pestes, rayos y tempestades.

---

(18) Estrabon, V.—Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 48.
(19) Varron, *De lingua latina*.
(20) Estrabon, V.
(21) Plinio, XVIII, 6.
(22) Columela, I, 3.
(23) Caton, V, 34.
(24) Columela, XI, 2.
(25) Caton, V; Plinio, XVIII, 21.
(26) Columela, XI, 3; Plinio, XVIII, 13.
(27) Plinio, XVIII, 7.
(28) Columela, VI; Plinio, XVIII, 5.
(29) Livio, XXXIII, 4.

(30) Estrabon, IV y V.
(31) *Rituales nominantur Etruscorum, libri, in quibus præscriptum est, quo ritu condantur urbes, aræ, ædes sacrentur, qua sanctitate muri, quo jure portæ, quo modo tribus, curiæ, centuriæ distribuantur, exercitus, constituantur, ordinentur, cæteraque, ejusmodi ad bellum, ad pacem pertinentia.* Festo.

Auspicios.—Entre el número de los principales cuidados de los sacerdotes se contaba la observacion del vuelo de las aves y la del rayo. Las aves eran ó *alegres* anunciando la salud y la ventura, ó *tristes* presagiando el infortunio. Cada una de estas dos clases se subdividia después en otras varias: *volsgræ*, que se despedazaban con el pico y las garras: *remores*, cuya aparicion retardaba una empresa, *inhibæ*, *inebræ enebræ*, que la detenian; *arculvæ*, *arcivæ*, *arcinæ*, que la separaban de su objeto. No están contestes sobre el sentido de los *oscines* y *præpetes*, pero parece que los primeros eran pájaros cuyo graznido era un presagio, ya propicio, ya adverso: de los demás, tenian una significacion favorable, especialmente aquellos cuyo vuelo era directo hácia el que los observaba. Si otro pájaro de mal agüero (*altera avis*) aparecia á su lado, hacia quedar sin efecto el anterior presagio (32).

A los sacerdotes etruscos se les reputaba por capaces de atraer el rayo (*elicere*), y reconocieron que producia cambiantes, y que unas veces se sumergia desde el cielo y otras se elevaba de la tierra (33). Distinguian ritualmente los rayos en *fumida*, *sicca*, *clara*, *peremptalia*, *affectata*, etc. El que estallaba en los parajes públicos atañia á todo el Estado y producia un augurio por espacio de treinta años: cerca de un particular era conveniente á un individuo, y se reducia á diez años cuando más su influjo; dentro de una casa se referia á la familia y por toda la vida: el lugar donde caia se consideraba como sagrado.

Se ensalza por un lado á los etruscos, por haberse mantenido exentos de las fábulas griegas (34); por otro lado nos los presentan como padres de una multitud de supersticiones. Sabemos que los sacerdotes de Tarquinia degollaban á los prisioneros; algunas veces los augures etruscos se presentaban al enemigo vestidos de demonios, agitando en sus manos serpientes y teas encendidas: lo cual puede combinarse si se establece una distincion entre la doctrina esotérica y las creencias del vulgo.

Creencias.—Demuestran los pocos documentos que han sobrevivido, que era grave y melancólica la religion de los etruscos; y así debia ser en una nacion en que se habia fijado de antemano el número de siglos que debian subsistir ella misma y el mundo.

Dios crió el mundo en seis mil años; en el primer periodo el cielo y la tierra, en el segundo el firmamento, en el tercero las aguas, en el cuarto el sol y la luna, en el quinto las almas de las aves, reptiles y demás animales que viven en el aire, en la tierra y en las aguas, en el sexto al hombre, cuya casta durará tanto como la creacion (35).

Si nos referimos á Passeri (36), la filosofia secreta de los etruscos admitia un solo dios, una revelacion, al hombre formado del barro y caido de un estado mejor; los buenos debian ser bienaventurados después de la muerte; espiábanse las faltas lijeras en esta vida ó en la otra; y se reservaban las penas eternas á los perversos. Eran las tres principales divinidades en la religion del vulgo Tina ó Júpiter, Cupra ó Juno y Minerva; cada una de ellas debia tener su templo en todas las ciudades confederadas. Doce dioses inferiores, seis varones y seis hembras, asistian á Tina, alma del mundo y causa primordial. Al lado de Tina y algunas veces identificado con él, se colocaba Jano, hermano de Camasenes, mujer y pescado, que tenia las llaves con que se abria el año, y con su doble faz miraba al Oriente y al Occidente. Los higos que se daban en honor suyo con hojas de laurel por aguinaldo, al principio del año, revelan el orígen agreste de su culto.

Tenian sus genios custodios los hombres, las casas, las ciudades y hasta los mismos dioses, y venian á ser una especie de mediadores entre los hombres y la divinidad. Todo hombre tiene á su lado dos genios, el uno ocupado en dirigirle al bien y el otro en impulsarlo al mal. La casa con todas

---

(32) Sábese cuanta influencia tenia la institucion de los augurios entre los romanos sobre el nombramiento de los magistrados y sobre todos los negocios públicos. El vuelo de una lechuza hacia suspender amenudo en Roma las asambleas del pueblo, porque anunciaba muerte ó fuego, al paso que era de felicisimo agüero en Atenas. Era siempre de buen augurio el águila, ave de Júpiter, entre los etruscos y entre los romanos. Véase CREUZER, *Simbólica*.

(33) *Etruria erumpere quoque terra fulmina arbitratur*. PLINIO, II, 53.

(34) *Sed Roma tam rudis erat cum, relictis libris et disciplinis hetruscis, græcas fabulas rerum et disciplinarum erroribus ligaretur, quas ipsi Hetrusci semper horruerunt*. CATONE, *Origines*. Y PLACIDIO LUTAT. (ex. TAGES, *Schol. ad Thebaidem Statii*, IX, 516); *Deum demagorgona, cujus nomen scire non licet... principem et maximum deum cæterorum numinum ordinatorem*.

(35) Encontramos entre los persas los doce milenarios divididos conforme á los signos del zodíaco. Segun los indios debe acabarse nuestra era en 12,000 años divinos. Goesio refiere en los *Agrimensores*, pág. 258 este *Fragmentum Vegoiæ Arrunti Voltymno:*

Scias mare ex æthere remotum. Cum autem Jupiter terram Hetruriæ sibi vindicavit, constituit, jussitque metiri campos, signarique agros: sciens hominum avaritiam vel terrenam cupidinem, terminis omnia scita esse voluit, quos quandoque ob avaritiam prope novi ssimi (octavi) sæculi datos sibi homines malo dolo violabunt, contingentque atque movebunt. Sed qui contingerit moveritque, possessionem promovendo suam, alterius minuendo, ab hoc scelus damnabitur a diis. Si servi faciant, dominia mutabuntur in deterius. Sed si conscientia dome, stica fiet, celerius domus extirpabitur, gensque ejus omnis interiet. Motores autem pessimis morbis et vulneribus afficientur, membrisque suis debilitabuntur. Tunc etiam terra a tempestatibus vel turbinibus plerumque late movebitur; fructus sæpe lædentur, decutienturque imbribus atque grandine, caniculis interient, robigine occidentur; multæ dissensiones iu populo fient. Hæc scitote, cum talia scelera committuntur: propterea neque fallax neque bilinguis sis, disciplinam pone in corde tuo.

(36) *Pict. Etr. in vas.*, vol. II, pág. 11.

las alegrías que la acompañan, estaba guardada por los lares; mientras que los penates, genios de la divinidad, esparcian la abundancia y los placeres, y velaban por el triple bien de la patria, de la familia y de la propiedad. Los penates eran públicos ó domésticos; colocábanse superiores á los primeros á Júpiter y Vesta, á los cuales se adoraba en los templos; tributábaseles el culto á los segundos en la casa y en el hogar doméstico. Estos últimos habian sido hombres. Cuando sus almas salian de los cuerpos, se convertian en lemures ó manes; si después de haber sido virtuosas eran adoptadas por la posteridad de su familia se les llamaba *lares domésticos;* y si rechazadas por su iniquidad, aparecian como *larvas,* terribles para los malos (37). Con este motivo eran los ascendientes exhumados en la casa. El hogar doméstico era el altar de los lares y sus imágenes se conservaban en el larario, santuario colocado en el atrio. Por lo comun volvian los manes á visitar á sus parientes; en tiempo de ciertas solemnidades determinadas salian todos de sus asilos fúnebres, y con este motivo se celebraba su conmemoracion.

Tratóse de reducir la variedad del panteon etrusco á la trinidad, introducida en Roma después de Tarquinio el antiguo; tanto más cuanto que, segun Servio (38), en la construccion de las sociedades etruscas exigia la ley que hubiese tres puertas, tres templos y tres divinidades, Júpiter, Juno y Minerva. Acaso, pues, eran distintas representaciones de un mismo númen las que tomamos por divinidades diferentes: así Tina (Júpiter) aparece, ya como el Zeus olímpico, ya con la hiedra de Baco, ya con el laurel de Apolo, ó ya con los rayos como el Sorano sabino: y es *Término* por defender los confines, *Quirino* por presidir á la guerra, y en fin dios subterráneo. Juno, cuyo nombre etrusco no ha llegado á nosotros, se asemeja á veces á Vénus, y ora es *Populonia* como diosa del pueblo, ora *Libera* como mujer de Júpiter Báquico (*Liber*). Minerva es diosa que preside al destino, idéntica á Nostia y Valente y á Illitia. De los cuatro penates etruscos la Fortuna y Palas se identifican con Minerva y con Júpiter: en cuanto á Céres, poco conocida al principio en Etruria, no puede ser más que la doble espresion de Juno; y el genio jovial, padre del milagroso Tages, indicado como la cuarta divinidad penate, era mirado como hijo de Júpiter y padre de los hombres (39). De los extranjeros y de los aborígenes aceptaron después los etruscos otros muchos númenes y genios; y hasta sacaron tantas ideas helénicas de las antiguas tradiciones pelásgicas ó de las colonias, que muchos de sus vasos parecen pintados en paises griegos.

No encontramos por lo general entre ellos más que divinidades quimeristas y disolutas, como entre los griegos. Pero habiendo permanecido su doctrina secreta entre los sacerdotes, únicos poseedores de la ciencia sagrada y de su lenguaje alegórico, nos vemos privados de noticias concernientes á ella.

Gobierno.—Sabemos, sin embargo, que los ritos eran necesarios para la consagracion de todo acto público ó privado, como en Oriente; que los hombres tenian tambien por guia la interpretacion de los sueños, de los fenómenos, de los movimientos y de los astros. Sin embargo, no habia teocracia pura como en la India, pues con el patriciado empieza la actividad ciudadana y preludia la independencia de los derechos políticos. Componíase la nobleza, es decir, la raza conquistadora de señores (*lucumones*), que guerreros y sacerdotes á la vez, como los caldeos, tenian sus casas solariegas en las alturas, desde donde sujetaban á los habitantes de las llanuras. Cada ciudad tenia un lucumon, que administraba á los demás en las asambleas generales, que se tenian en Volsinia ó Vitulonia.

Elegíase entre los lucumones el jefe de la confederacion (40); tenia por insignias el vestido de púrpura, la corona de oro, el cetro coronado con una águila, la segur, los haces, la silla curul, y doce lictores, de los cuales, cada una de las doce ciudades proveia uno.

Eran dependientes (*clientes*) de las clases superiores, las inferiores, que formaban la plebe, divididas en tribus, curias y centurias. Componíase el Estado, pues, del lucumon, de los nobles y de los plebeyos.

Estaban constituidas de diferente manera en el interior las doce ciudades, pero todas elegian en comun un pontífice supremo para las fiestas nacionales. El territorio de cada una de ellas comprendia varias otras ciudades provinciales, colonias que habitadas por la raza indígena subyugada, estaban privadas de los derechos que obtuvo la plebe de Roma, y no tenian asambleas, pues todo se decidia por la reunion de lucumones.

---

(37) MARCIANO CAPELLA *(De nuptiis Philologiæ et Mercurii,* II, 62) dice conforme á lo antiguo: *Verum illi* (Hetrusci) *manes, quoniam corporibus illo tempore tribuuntur, quo fit prima conceptio, etiam iisdem corporibus delectantur atque cum iis manentes, appellantur Lemures. Qui si vitæ primoris adjuti fuerint honestate, in Lares domorum urbiumque vertuntur; si autem depravantur ex corpore, Larvæ perhibentur ac Maniæ,* Creuzer no ha hecho tantas pesquisas ó indagaciones sobre la *Religion de los etruscos* como Müller. Véanse sus capítulos 4, 5 y 6, del lib. III.

(38) ARNOBIO, III, 40; MUELLER, II, 87.

(39) GERHARD.—*Memoria sobre el Panteon etrusco,* leida á la Academia de Berlin, en Abril de 1845.

(40) Dieron los romanos á Porsena el título de rey, por no comprender bien lo que era. Hay quien ha pretendido encontrar una série de reyes descendientes de Jano; y Dempster hace reinar en el espacio de 2500 años cuatro dinastías: los Janisenos, los Coritos, los Lartos y los Lucumones. Ott. Müller parte de las instituciones de la antigua Roma para adivinar las instituciones civiles de la Etruria, suponiendo que esta última dió las suyas á la otra; pero era preciso comprobarlo.

Este sistema era un obstáculo para la energia que nace de la union; las rivalidades entre los lucumones y entre ciudad y ciudad, la envidia de las clases inferiores, los odios de partido y raza despedazaban el pais; ellos impidieron á los etruscos formar aquella gran liga de los pueblos italianos que los pelasgos habian tentado contra ellos y que los samnitas procuraron tambien sin éxito, realizándolo en fin Roma con sus admirables ordenanzas civiles mejor que con la fuerza.

Formábanse facciones entre las familias dominantes, pero siempre en sentido oligárquico, sin que el pueblo ni el comun tuviesen ocasion de constituirse. Era escluido el vulgo compuesto de aborígenes y pelasgos vencidos, de los ejércitos, que con este motivo se reducia á caballeria. Volsinia fué la única que atacada por los romanos, armó á la clase inferior, á los labradores y á los vencidos, pudiendo de esta manera resistirse; aquellos en recompensa de su cooperacion obtuvieron los derechos de ciudadanos, el de testar, contraer alianza con la nobleza y sentarse en el senado. Semejante revolucion se presentó como un acontecimiento espantoso, tal vez por el despecho que esperimentaron los nobles. Pero si todas las demás ciudades hubieran hecho otro tanto, el estado llano se hubiera formado y la fuerza hubiera sido el resultado. Cuando después se sublevaron contra Sila, se les vió resistirse con tenacidad, pues la dominacion romana habia borrado las antiguas distinciones.

Los etruscos estendieron, sin embargo, á lo léjos sus colonias, y diferentes de otros conquistadores, en lugar de destruir ciudades, fundaron muchas. Semejantes en esto á los pelasgos hacian predominar las ideas y números simbólicos. Por esto se cuentan doce ciudades en la Etruria, doce á orillas del Po, doce en la Italia meridional (41), todas construidas sobre un plano cuadrado, orientadas segun las prescripciones del augur, y cogiendo por lo regular dos colinas, de las cuales en la más elevada estaba la ciudadela.

Industria.—Ya se quiera hacer derivar el nombre de tirrenios el gran número de torres que construyeron ó de *tirenh*, cultivador, la palabra indica siempre la industria. Era de tal manera considerada la agricultura entre ellos, que estaba bajo la vigilancia de un colegio de sacerdotes arvales y que el arado marcaba el recinto de las nuevas ciudades: era á sus ojos el arte agrícola el lazo de la vida social; ademas, ¿no habian conquistado el suelo de la patria junto á las aguas del Clani y del Arno, elevándolo por medio de arrecifes? En lugar de elevar pirámides y obeliscos, inutilidades pomposas, construyeron acueductos maravillosos, como aquel que atravesando la Gonfolina les permitia secar el lago entre Segna y Prato, cuyas aguas cubrian el sitio en que en el dia se alza Florencia: practicaron otro cerca de Ancisa para dar desagüe al Valdarno superior. Dieron otra direccion á las aguas de los pantanos del Po, en las cercanias de Adria, y llenaron el Chiana. Abrieron en otras partes, en lagos estancados y en cráteres apagados, canales subterráneos, semejantes á los pozos artesianos modernos. Las bocas del Po y del Arno fueron regularizadas con desembocaderos y desguazadores; abrieron uno que iba al lago Albano y habian ideado cerrar en un canal todo el Po, obra que tal vez harán nuestros nietos. No pudieron á pesar de su habilidad mejorar el aire de las marismas, donde tanto entonces como en el dia, se dice que se enriquecian en un año y se morian en seis meses.

En el esterior sus habitantes dominaban solos en los mares comarcanos, que tomaron de ellos el nombre de Tirrenio y el otro el de Adriático. Cuando Mileto se rindió á los persas, surcaban los navios tirrenios el Mediterráneo, en competencia con los de los fenicios (42). Proporcionó Agila sesenta galeras para combatir á los foceos en las aguas de Cerdeña. Fueron tambien llamados dueños del mar los etruscos (43). Trataron tambien de franquear el estrecho y colonizar una isla desconocida, pero se lo impidieron los celos de los cartagineses. Abrieron al comercio varios puertos, de los cuales era el más importante Luni, en el golfo de Espezia; segun parece los primeros ciudadanos se entregaban al comercio, sirviendo la Etruria de punto medio entre el mar y el resto de la Italia. Sus monedas, aunque las descubiertas no son muy antiguas, manifiestan un hermoso sistema monetario, y el gran número de escarabajos y otras obras sacadas de sus sepulcros, han hecho creer que tenian relaciones de comercio con las regiones del Nilo ó con la Cirenáica y el Báltico.

Abusaron como todos los pueblos antiguos de su poder marítimo para armar corsarios; y los piratas tirrenios tenian tan terrible renombre, que los rodios conservaban con grande honor en sus templos los mascarones cogidos de sus bajeles. Armóse Hieron de Siracusa contra ellos para libertar á los mares; los venció, y su derrota debió de ser decisiva, porque habiéndose adelantado los siracusanos poco después para conquistar la isla de Elba, ninguna flota tirrenia protegió á la Córcega, y el enemigo no se alejó sino á costa de oro: lo mismo sucedió cuando Dionisio amenazó la playa de Cere. Sea como fuere, aun cuando la Etruria estaba en decadencia, pasó por ser la provincia más rica, fuerte y poblada de la Italia (44).

---

(41) Todas sus medidas y divisiones eran múltiples ó submúltiples de 12 y de 10. La medida agraria *(versus)* es como el *plectron* griego, un cuadrado de 100 piés.

(42) Herodoto, VI, 17.

(43) Ναυτικαῖς δυνάμεσιν ἰσχύσαντες, καὶ πολλοὺς χρόνους θάλαττα κρατήσαντες. Diodoro, V.

(44) *Etrusci campi,..... frumenti ac pecoris et omnium copia rerum opulenti.* Livio, XXII, 3. *Etruscos gentem Italiæ... opulentissimam armis, viris, pecunia esse.* X, 16.

En suma, los etruscos se nos presentan como una tribu casi aislada, que si bien pertenece á la familia griega, tiene tambien mucho de original. Pueblo agrícola, habitante de ciudades, perfectamente apto para todas las artes de la vida, su union en sociedad lo elevó á un alto poderio por escelentes medios. Su austera nobleza hacia perdonar su orgullo conservando el órden. Ella fué la que desarrolló y arraigó las ideas religiosas, sostenidas con la autoridad del sacerdocio; de modo que una severa y sombria austeridad llegó á ser el carácter de este pueblo. Desenvolvióse la religion en un sistema bien ordenado, en el cual se esplicaban el orígen y los destinos del hombre, y se unian los dioses y los hombres en un solo estado y en un pacto que los ponia en continua relacion. De aquí debió resultar necesariamente el dogma de que el órden era lo más importante; y justamente por la fuerza que el órden le dió, dominó este pueblo por largo tiempo las mejores comarcas de Italia, y desarrolló grandemente su industria.

Pero mezcláronse muy pronto con esta originalidad muchos elementos estraños y especialmente un enjambre de griegos procedentes tal vez del Asia Menor, que introdujeron allí modas y costumbres no usadas, pero difíciles de distinguir después para nosotros. A consecuencia de esta mezcla aumentóse el lujo entre los etruscos, y los festines en que eran admitidas las mujeres, daban ocasion de ostentar gran magnificencia en vestidos y en manjares: eran tambien particularmente afamados por la delicadeza con que sabian sazonarlos (45). Las infamias de que Teopompo acusa á los toscanos, la comunidad de mujeres, la ostentacion de los amores contra naturaleza, deja conocer la exageracion de la sátira. Son además desmentidas en parte estas acusaciones por lo que se sabe del horror que tuvieron en sus gimnasios á la desnudez de los mancebos y por la austeridad que manifiestan en todas sus instituciones. Es muy cierto que las obscenas pinturas de ciertos vasos etruscos comprueban más estas imputaciones.

Habian dividido los etruscos el año en doce meses, teniendo cada uno de ellos un nombre particular, y estando subdividido en tres partes: llamaban *idus* al dia del medio: el dia principiaba al mediodia.

Literatura y ciencia.—Derívase el alfabeto de los etruscos de la fuente comun á todos los de Europa, y del fenicio: escribian de derecha á izquierda. Desde los tiempos más antiguos poseian una literatura (46). Varron parece que habla de un etrusco, Volumnio, como autor de tragedias. Además los romanos sacaron del vocablo etrusco *ister* el nombre de *histriones* que daban á los cómicos. Invocaban á las camenes, musas inspiradoras de los cánticos en loor de los grandes hombres (47): sin embargo, nada nos ha quedado de sus composiciones, y hasta su idioma es para nosotros un misterio. Algunos han aspirado á sacarlo del latin, como Lami, Lanzi, Passeri, Spanemio, Gori, Bourget; otros del fenicio como Reinesio; otros del hebreo como Merula; otros del Norte, como Bardetti y Scrichio; pero en sus esfuerzos le han hecho sufrir tantos cambios y alteraciones, que se necesitarian muchos ménos para deducir del latin la lengua de los malayos (48).

---

(45) La salchicha *lucánica* conservó el nombre entre el vulgo de Italia *Oöessus etruscus.* CÁTULO, XXXVII, 11. *Pinguis Tyrrhenus.* VIRGILIO, *Georg.*, II., 193; y en la *Eneida*, LI., 735:

At non in Venerem segnes nocturnaque bella,
Aut ubi curva choros, indixit tibia Bacchi,
Expectare dapes et plenæ pocula menus;

Véase tambien Teopompo en ATENEO XII, 3.

DIONISIO, IX, 16. Αβροδίαιτον γὰρ δὴ καὶ πολυτελὲς τὸ τῶν Τυρρήνων ἔθνος ἐν οἴκοι τε καὶ ἐπὶ στρατοπέδου, ὑπεραγάμενον ἔξω τῶν ἀναγκαίων πλούτου τε καὶ τέχνης ἔργα παντοῖα πρὸς ἡδονὰς μεμηχανημένα καὶ τρυφὰς.

De sus mujeres, tan bellas que Teopompo las llamó τὰς ὄψεις καλὰς, nos da Horacio *(Od.*, III, 10) una idea poco lisonjera.

Non te Penelopen difficilem procis,
Tyrrhenus genuit parens;

y aun peor las trata Plauto, *Cistell*, II, 3.

.....nom enim hici, ubi ex tusco modo,
Tute tibi indigne dotem quæras corpore.

(46) *Romuli autem ætatem jam inveteratis literis atque doctrinis..... fuisse cernimus.* CICERON, *De Repub.* II, 10.

Tambien dice San Agustin que Rómulo llegó *non rudibus atque indoctis temporibus, sed jam eruditis et expolitis. De Civ. Dei*, XVIII, 24.

(47) CICERON *Brut.*, 19, *Tuscul.*, IV, 2.

(48) Por ejemplo en una de las Tablas Eugubinas se lee:

CVESTRE TIE VSAIESVESVVVEBISTITISTE TEIES.

cuya inscripcion se divide así:

cvestre tie usaies vesv vvebis titiste teies,

para interpretar

cuestor tei οσας *vesum vuebis* τιθεστε *deies,*

esto es:

Questor dicit: quascumque visum vobis constituite dies.

No sin razon asegura Niebuhr que solo de dos palabras etruscas conocemos la significacion: AVIL RIL *vixit annos.* En sanscrito Avi significa *vivir;* RIS *cortar;* de donde vienen el griego ραιω, ρέσσω, el latin *rodo* y *rado;* el aleman *reissen;* el ruso *riezu.* Tambien Ri quiere decir *mover, trascurrir*, de donde proceden el griego ρέω, en latin *ruo;* en francés *rue;* en inglés *ride.* Así el Ril etrusco podria derivarse de uno ú otro, si se considera al año como un *trascurso* de tiempo ó como una *division.*

En la Academia real irlandesa ha emitido recientemente Guillermo Bentham una nueva opinion reducida á que el etrusco antiguo era idéntico á la lengua hiberno-céltica y al irlandés, que hoy se habla en aquellas islas; y con arreglo á esto dió la traduccion de las Tablas Eugubinas V y VII, elegidas como de más importante materia. Segun él, allí se mencionan el descubrimiento de las islas Británicas, hecho por los antiguos etruscos, y el uso de la aguja imantada en la navegacion. La VI comienza invitando á dividirse ó tomar en arriendo las tierras occidentales, donde hay tres islas de suelo rico y abundante, con bastantes bueyes y carneros

Gozaban de tanta reputacion de sabiduria, que los patricios romanos enviaban á educar á sus hijos á Etruria. Aquella comarca proveyó á Roma de distinguidos escritores, y hasta el tiempo de Alarico se iba á consultar á sus augures para la salvacion de la patria. Tambien fueron afamados en medicina (49): hicieron á los números objeto particular de estudio, y es probable que sean etruscos los guarismos que llevan el nombre de romanos. Causa sorpresa hallar entre ellos ideas de un fuego central análogas á las que por Fourrier nos han sido enseñadas. ¿Pero podian ser grandes los adelantos de la ciencia en un estado de cosas en que el estudio estaba estrictamente encerrado dentro del sistema sacerdotal y de los signos celestes?

Inventos.—Inventaron los etruscos, instrumentos de música y entre ellos las trompetas tirrénicas y la trompa encorvada; amasaban el pan y castigaban á sus esclavos al son de la flauta (50). Se les atribuye la honra del invento de los molinos á brazo, del tajamar en los buques, y de la balanza denominada *campana*. Tomaron de ellos los romanos la bula de oro, signo de nobleza, como las haces consulares, los lictores, la túnica pretexta de los mancebos, la togæ viril, la silla curul, la clámide de los triunfadores (51), los anillos de los caballeres, el calzado de los senadores y de los guerreros, las coronas triunfales, los juegos de la escena y del circo, las ceremonias de los feciales.

¿Se podrá preguntar por qué las ciudades etruscas no han producido un historiador, un poeta, un filósofo como tantas colonias griegas? ¿Cómo puede ser que ciudades de tanto comercio no hayan acuñado moneda, de tal modo que las que se encuentran en Populonia, de plata, y en Volterra, de cobre, no se remontan sino al año 300 antes de Jesucristo? ¿Por qué la Etruria no ha producido un legislador ó un héroe cuyo nombre haya atravesado los siglos y llegado hasta nosotros?

Creemos que toda la falta está en nuestra ignorancia. No nos hemos puesto sino muy recientemente á buscar nuestras antigüedades, y existen paises en Italia ménos conocidos que el Egipto y Ceilan. Habríase podido decir hace cuarenta años, que los etruscos no hicieron nunca vasos, porque los latinos no hablaban nada de ellos.

Un modo muy estraño de calcular el tiempo tuvieron los etruscos. Tomaron cuenta de todos los que habian nacido el dia en que se fundó su Estado en las marismas entre el Tíber y el Matra, y la muerte del último de ellos terminaba el primer siglo. Aquel mismo dia comenzaba el segundo, que terminaba al morir el más viejo de los que habian nacido en dicho dia, y así sucesivamente; y cada siglo se consignaba clavando un clavo en el templo de la diosa Norcia. Se ha podido determinar que los primeros cuatro siglos duraron 103 años cada uno; 123 el quinto, y 119 el sexto y séptimo. El nono acabó al morir César, 708 años de la fundacion de Roma, de modo que considerada la duracion media de tales siglos en 111 años, se puede inducir que el Estado etrusco se fundó 291 años antes de la fundacion de Roma y 1044 antes de la era vulgar.

Caton habia recogido memorias sobre todas las ciudades etruscas, y los antiguos nombran treinta y tres historiadores que han escrito sobre la fundacion de las ciudades itálicas, que hace llegar Eliano, al número de 1197 (52). Varron asegura que los anales etruscos se remontan al orígen de cada ciudad. En vez del siglo comun de cien años, lo hacian empezar el dia de la fundacion de cada una de sus ciudades, y concluir á la muerte del último de aquellos que habian nacido en dicho dia: entonces comenzaba el segundo siglo, que terminaba al morir el último de los que vivian al principiar, y así sucesivamente. Esto prueba que los etruscos tenian registros de los nacimientos y defunciones (53). Entre las pérdidas literarias más deplorables, preciso es hacer mencion de la historia de los tirrenios escrita por el emperador Claudio, pues que en general los romanos, desdeñando por una parte lo que encontraban en los paises conquistados, y deseando por otra parte rebajar la dignidad de un pueblo que habian tenido por señor, y después por institutor, guardaron de tal manera silencio con respecto á él, que apenas hacen mencion de las maravillas que ha dejado de sus muros y de sus sepulcros y vasos.

Bellas artes.—La cuestion de saber si los muros de Cortona, Rusela, Fiesole, Volterra, Populonia, Aurinia, Segna y Cossa, formando enormes polígonos, en el género que llamamos ciclópeo, pertenece á los misteriosos pelasgos ó á los etruscos, queda aun por decidir. Ofrece una bóveda

---

y muchos gamos negros, además de las minas y buenas aguas. La VII concluye recordando á los fenicios que las islas descubiertas pueden dar incremento al comercio, protegidas del mar contra los enemigos, pudiendo á toda hora servirles de asilo cuando sus paises fueran invadidos. La inscripcion se puso *trescientos años después del gran estruendo subterráneo*.

(49) Τυῤῥήνων γενεὰν φαρμακοποιὸν ἔθνος. *Los tirrenios, raza de médicos.* ESQUILO en Teofrasto, IX, 15. No alude á encantamientos.

(50) *Arist.* ap. POL. IV, 56; PLUTARCO, *Del frenar la ira*; ATENEO, XII, 3.

(51) Parece que en el pensamiento de los antiguos moradores de Italia, esta magnificencia esterior tenia algo de simbólica creyendo que aproximaba los hombres á la divinidad. Con efecto, en Roma se vestia al triunfador como á Júpiter, y á semejanza de la estátua del dios en el Capitolio, se le pintaba el rostro con minio: *Enumerat auctores Verrius quibus credere sit necesse, Jovis ipsius simulacri faciem diebus festis minio illini solitum triumphantumque corpora.* PLINIO.

(52) *Hist. varia*, IX, 16.

(53) Διεσώζοντο... παρὰ τοῖς ἐπιχωρίοις μνῆμαι κατὰ ἔθνη τε καὶ κατὰ πόλεις, εἴτ' ἐν βεβήλοις ἀποκειμέναι γραφαί. DIONISIO, II, 138.

perfectamente circular la puerta de Hércules en Volterra de diez y nueve sillares cuadrados y con figuras (54). No existen, propiamente hablando, templos de órden toscano con modificaciones del dórico en que los etruscos edificaron; pero segun la opinion de Vitrubio tenian forma de rectángulo dividido en tres porciones, de las cuales era la mayor la de enmedio; estaba adornado el pronaos con columnas del estilo á que Toscana ha dado su nombre, y encima estaba el tambor con frontispicios ornamentados con esmero. Puede considerarse como modelo de estas construcciones el templo de Céres en Roma, construido cerca del Circo Máximo por el dictador Albo Postumio 494 años antes de J. C. y demolido por Augusto. Debemos seguramente atribuir á los etruscos las obras más antiguas de Roma, tales como los muros esteriores del Capitolio, y los que están á orillas del Tíber, la gran alcantarilla (*cloaca máxima*), cuya bóveda es de un arco cuyo radio mide 18 palmos romanos, y está cerrada por otra bóveda, y ésta por una tercera, hechas las tres por trozos de peperina labrados de 7 $^{1}/_{4}$ palmos de largo por 4 $^{1}/_{6}$ de alto y unidos sin argamasa. En 1742 se descubrió otro acueducto no ménos maravilloso á 40 palmos bajo el suelo actual, hecho de travertino, y por lo tanto mas moderno y quizás posterior á la guerra púnica. Ni terremotos ni edificios superpuestos ni quince siglos de abandono pudieron remover una sola de sus piedras.

El anfiteatro de Sutrio, de mil pasos de circuito y hendido en la roca, es tambien etrusco, como asimismo el teatro de Adria, y quizá el anfiteatro de Verona. Aun existe el camino empedrado de Cere á Veyos. Bolsena en fenicio significa ciudad de los artistas; y de ella tomaron los romanos 2000 estátuas. La descripcion que Varron hace del sepulcro de Porsena, cerca de Clusio, recuerda el laberinto de Creta, edificado con piedra tallada, siendo de trescientos piés la anchura de cada uno de sus lados, de cincuenta la longitud, y sobrepuesto con cinco pirámides de ciento cincuenta piés de elevacion y de setenta y cinco de anchura, lo cual es exagerado (55). Los sepulcros de Castel-Daso y Norquia, de forma egipcia aquellos y dórica los de la última, son los más importantes entre los que se han encontrado en las ruinas, por su arquitectura esterior. En los de Norquia hay un bajo-relieve que es quizás el único ejemplo en Italia de una completa y estensa forma del fronton antiguo. La arquitectura es de aquel género enano que Vitrubio denomina *baricéfalo*, y debia estar decorada con colores.

Son sepulcros la mayor parte de las construcciones que se encuentran en Etruria. Hállanse colocados en ringleras en la roca fuera de los parajes habitados, ó en *cucumellas*, eminencias funerarias.

Se ha descubierto en la llanura de Vulci, donde se halla situada la antigua ciudad de este nombre, una de aquellas construcciones compuestas de cimbra aguda, con leones y grifos. Cerca de Toscanella, en el valle por donde resbala el Matra, están hendidas las rocas con gran número de grutas uniformes que deben ser una necrópolis. Son en la mayor parte aposentos con bóveda aguda ó cimbrada: depositaban el muerto sobre la tierra, rodeado de piedras planas ó de grandes tejas, sobre las que estaba inscrito su nombre, con diversos adornos en rededor. Posteriormente se quemaron los cadáveres, y las cenizas se conservaban dentro de unas urnas, con el nombre y edad del difunto. A veces se colocaban en el aposento sepulcral todas las vasijas que habian servido para el banquete funerario. No hay en estas inscripciones una palabra que indique un sentimiento doloroso ni una melancólica despedida.

Escavaciones.—Desde el año de 1600 fué abierta la necrópolis de Tarquinia: está socavada en toba en medio de una llanura cerca de Corneto á tres millas del mar y á doce de Civita-Vecchia; fué objeto de activas investigaciones en 1824, y lord Kinnaird sacó de allí muchas vasijas y preciosas antigüedades. Bájase á su centro por aberturas redondas en figura de embudos y con ayuda de muescas practicadas en las paredes: las bóvedas de los sepulcros son de mamposteria como las nuestras, ó de pequeños cuadrados huecos (*lacunaria*) en figura de aleta de pescado como los empedrados, y sostenidas por pilastras cuadradas de la misma toba. No reciben luz más que por la entrada, y á pesar de esto, bóvedas, muros y pilares están cubiertos de pinturas, representando en su mayor parte lides y otros peligros de la vida, ó el estado de las almas después de la muerte, como los lares acompañados del perro vigilante, de los demonios alados, arrastrando en un carro el alma del difunto, ó martilleando á un personaje desnudo que yace por tierra. Nótase en algunas de estas pinturas la influencia griega; otras conservan intacto el carácter etrusco y pueden dar una idea de las artes nacionales; pues no es de suponer que hubieran llevado aquellas vasijas de fuera. De sepulcros que aun no habian sido violados se estrajeron diferentes objetos de metal, y especialmente un escudo cincelado de más de tres piés de diámetro, una gran máscara de bronce con los ojos de esmalte, y pequeños ídolos tambien esmaltados á imitacion de las estatuillas de Egipto.

Lanzi, que queria referirlo todo al arte griego, esclamaba: «¿Dónde ha existido jamás en Etruria una divinidad con cuatro alas como las han repre-

---

(54) MARIANNA DIONIGI.—*Viaje á varias ciudades del Lacio que se dicen fundadas por el rey Saturno.* Roma, 1809.

PETIT-RADEL.—*Viage á las principales ciudades de Italia.* Paris, 1815.

(55) Thiersch *(Ueb. das Grambal des Alyattes.* Munich, 1833), sostiene la semejanza del sepulcro de Aliates, descrito por Herodoto, lib. I, c. 95, con este de Porsena, y por consiguiente el parentesco de la Etruria con la Lidia.

sentado los fenicios y los malteses, discípulos suyos? ¿Dónde se encuentran ni aun entre los antiguos bronces de Etruria, únicos que pueden aspirar á una época más remota, un ídolo, no ya con cuatro alas, sino con dos solamente?» (56) Y Winckelmann decia: «El mejor modo de sostener la opinion en favor de los etruscos seria presentar vasos encontrados efectivamente en Toscana; pero hasta ahora nadie ha podido ponerlos de manifiesto.» Mas hé aquí que después se han descubierto á millares en el mismo suelo.

Habiendo mandado escavar Luciano Bonaparte, por casualidad, en 1828 á orillas de la Fiora hácia el Norte de Tarquinia, descubrió un aposento sepulcral, detrás del cual se encontraban otros, y de tal manera, que reunió hasta tres mil vasijas muy bellas, además de muchos objetos de oro, de marfil y de bronce. Presumió que allí debió alzarse Vitulonia, sede principal de la confederacion etrusca (57). Ya estaba destruida aquella ciudad en los primeros siglos de Roma, en cuyo caso aquellos hipogeos deben de ser anteriores á Rómulo y haber precedido en cuatro siglos á la época más floreciente de las artes griegas. Convendria, pues, considerarlas como originales, proviniendo la semejanza que se encuentra en las inscripciones, del orígen comun de los alfabetos etrusco y griego, pelásgicos ambos.

Numerosas noticias históricas dan testimonio de la antigüedad de las artes en Italia. Rómulo robó en Etruria un carro de bronce, Plinio habla de las pinturas de Ardea, antes de la época de la fundacion de Roma. Recurrieron los romanos á Etruria para llevar á cabo con ayuda de sus habitantes las grandes obras ejecutadas en tiempo de sus reyes: y especialmente la cloaca máxima que atestigua el uso antiquísimo del arco. La Loba del Capitolio, que rivaliza con cualquiera obra maestra de la antigüedad, testifica tambien la prosperidad de las artes entre los etruscos en el siglo quinto de Roma, como tambien la Minerva, el Arengador de Florencia, el Niño del Cisne en Leida, y el Guerrero de bronce del museo Gregoriano. A la llegada de los galos fué tomada y destruida en los primeros tiempos de Roma la floreciente ciudad de Adria; y es claro que debieron ser anteriores á aquella invasion las obras de arte, especialmente los magníficos vasos que se encuentran en el lugar donde tuvo asiento, y donde se encontrarian muchos más si se practicaran escavaciones.

Agila ó Cere, ciudad de grande importancia marítima en el siglo sexto antes de J. C., ha revelado tambien su necrópolis, semejante á la de Tarquinia, con los mismos vasos. Ha suministrado considerable número de ellos Clusio, antigua residencia de Porsena; y son notables por sus figuras de relieve, hechas con auxilio de un molde y sin estar cocidas al horno. Adornan los más bellos la galeria del gran duque de Toscana. En Roma se fundó el museo Gregoriano con las antigüedades sacadas del territorio de los volscos, y un instituto arqueológico para dirigir tales trabajos.

El caballero Magni ha exhumado en Corneto con otros muchos objetos curiosos, una estátua de barro cocido, de tamaño natural y representando á un hombre en la fuerza de la edad con una corona de oro en la cabeza. Es la primera que se ha descubierto de esta clase. En 1835 se ha descubierto un admirable vaso en Rovo, provincia de Bari; tiene seis palmos de altura, su diámetro es de tres palmos y una pulgada; sus pinturas de estremada hermosura y dispuestas en diferentes compartimientos, presentan más de ciento cincuenta personajes, máscaras, peces, aves. Está en el museo de Nápoles.

Además, no es solamente en Etruria donde se hallan estos vasos, sino tambien en la Magna Grecia, en Nola, en Cápua, en Nápoles, en Pesto, en Sicilia, como asimismo en Atenas, en Megara; en Aulis, en la Táuride, en Corinto, en las islas griegas y hasta en la Cirenaica. Ultimamente se han encontrado muchos vasos etruscos en Crimea, y habia en Panticapea una fábrica de los mismos. Su frágil barro ha conservado los delicados rasgos que le fueran confiados, mucho mejor que lo conservaran el mármol y el bronce. Generalmente son descubiertos en las sepulturas de poca profundidad, si se esceptua Nola, punto donde los han tapado con una capa de veinte piés de espesor las erupciones del Vesubio. Consisten estos sepulcros en un aposento de estuco, pintado á veces, y yace el cadáver en su centro, con un vaso cerca de la cabeza, y otros en rededor suyo ó colgados de las paredes con clavos de bronce, variando en número y en riqueza segun la condicion del difunto. Estos vasos tienen por lo comun la forma de un aguamanil con su palangana: parecen haber sido destinados á usos domésticos: los más preciosos por su volúmen, arte y materia son de simple ornamento, puesto que les falta el fondo: todos están barnizados y cubiertos con figuras que representan sacrificios, juegos, hechos mitológicos y heróicos; y contienen asimismo palabras de buen agüero (58) ó los nombres de los artistas y los dioses.

Riqueza tanta no hizo más que complicar la cuestion en vez de resolverla. Seria prolijo repetir aquí todo cuanto se ha dicho sobre este punto, pues sin hablar de los que han descrito estos vasos, se puede decir que no hay en Europa anticuario de algun renombre, que no los haya considerado ya bajo su aspecto general, ya con relacion á algunos de sus pormenores. Otros se obstinan en no ver en

(56) Véase MICALI, lam., XXI, XXIX, XXXV. *Saggio*, tomo II, pág. 258.

(57) Esta preciosa coleccion ha enriquecido el Museo Británico.

(58) Χαιρε συ—καλος καλαθος—καλος καιρε καὶ πιει—ηο παιε καλος.

ellos más que obras griegas (59) ó fabricadas por los colonos llegados del Atica, ó hechas en Grecia y trasportadas por el comercio. Es sin embargo difícil de admitir que los italianos enterrasen voluntariamente á cientos los vasos traidos de fuera, cuando se medita sobre todo que no se hallan en Grecia sino en cantidad muy escasa. Otros (60) los creen fabricados en el pais, aunque por griegos; y apoyan esta opinion en que las composiciones están tomadas en su mayor parte de la mitologia griega, en que los caractéres son griegos (61),en que por lo comun el nombre de los autores lo es asimismo, y por último en que parece siguen el progreso de las artes helénicas. Segun su opinion, los más antiguos y componen el mayor número, son griegos y anteriores al año 460 antes de J. C., y los otros, los más modernos, no son posteriores sin embargo al año 300 antes de J. C. Después la lengua griega fué sustituida por el idioma etrusco en las inscripciones más recientes. Cuéntase que Damarato viniendo de Corinto á Tarquinia trajo consigo los alfareros Euquiris y Eugramo (62): esto prueba, esclaman, que los etruscos aprendieron de los griegos á dibujar con gracia y á modelar con esmero. Háblase, pues, sin razon del arte etrusco: es como si se denominase arte americano por los objetos que los europeos fabricasen en el continente de América. Vinieron las primeras obras á Roma de la Etruria y por esto es por lo que los romanos llamaron etrusco el estilo duro y arcaico que era tambien particular á los griegos. Cuando recibieron de la Grecia obras delicadas y perfectas, no pudieron sino persistir en la suposicion de que un estilo tan diferente, pertenecia en propiedad á los etruscos, aunque en realidad no fuese más que el antiguo estilo griego.

Desconocen por el contrario sus contradictores toda influencia griega. Creen que la civilizacion de los griegos como la de los etruscos procede de los pelasgos, ó hablando con más generalidad, de una fuente oriental comun, lo cual esplica las semejanzas, pero sostienen que la Italia precedió en la vida social á la Grecia, que confesaba haber recibido de la Sicilia los ritos de Céres, es decir, el arte de cultivar la tierra. Es, pues, más probable que el arte fué trasportado de la Italia á la Elade; que se perfeccionó por una maravillosa reunion de circunstancias, y que más tarde pudo influir sobre los etruscos, con los cuales la Grecia tenia relaciones continuas de comercio y colonias.

No se puede por otro lado dejar de conocer que las antiguas obras etruscas tienen semejanza con las de los egipcios y orientales, ofreciendo como ellas figuras de doble naturaleza, fénix alados, diversos monstruos, genios con dos y cuatro alas y multitud de escarabajos. En el primer periodo que comprende desde el siglo XVI hasta el X, vénse dominar las líneas rectas, las posturas forzadas, las formas débiles, las cabezas largas y ovaladas terminadas por una barba aguda, los ojos abiertos por la parte de la nariz, los brazos caidos, los pies paralelos y los pliegues del vestido apenas marcados por una línea. Entre el décimo y quinto siglo aparece un segundo estilo, las alineaciones están mejor dibujadas, pero tanto la espresion como los músculos y posturas son exageradas, los dedos gordos, los contornos forzados, los ojos espantados, las fisonomias comunes, los miembros mal unidos y los cabellos dispuestos en trenzas y mechas paralelas. El tercer estilo, contemporáneo del esplendor del arte griego, es la imitacion de este, si bien que se nota exageracion amanerada. Pudiera ser que tanto los maestros como las obras griegas hubiesen venido de Italia; pero nada escluye la suposicion contraria. Por lo que respecta á las inscripciones griegas y á los asuntos tambien griegos que se encuentran en ellas, debian tanto ménos preocuparnos en el dia cuanto que se continua poniendo epígrafes en latin y tratando asuntos tomados de los mitos de la antigüedad.

Es probable que tanto los griegos como los etruscos fabricaron vasos de la misma clase. Los de Volterra, Tarquinia, Perusa, Orvieto, Viterbo,

---

(59) RAOUL-ROCHETTE.

(60) MILLINGEN, O. GERHARD.

(61) Más de veinte vasos encontrados en Vulci tienen la inscripcion: τῶν Αθηνᾶθην ἄθλων (εἰμὶ); *soy de los premios de Atenas*, propia de los vasos panatenaicos de Atenas.

La prioridad de las bellas artes en Italia fué sostenida por Guarnacci *(Orígenes itálicos)*, por el P. Paoli *(Antigüedades pestanas)*, por el conde de Arco *(Patria primitiva del diseño)* y por otros autores modernos, máxime desde los últimos descubrimientos, á comenzar desde Luciano Bonaparte.

Sobre las artes etruscas pueden verse: T. DEMPSTER, 1619, con los paralipómenos de Passeri; A. F. GORI, *Museo etrusco*, 1737 á 1743, con las disertaciones de Passeri; *Museo de Guarnacci, ant. monum. etrusca*, 1744. Estaban mal distribuidos y recogidos sin crítica ó clasificados á capricho, de manera que Müller creyó no poder aprovecharlos para aclarar la historia y las creencias de los etruscos. Pero se aprovecharon de los recientes descubrimientos Francisco Inghirami, *Monumentos etruscos ó de nombre etrusco*, siete tomos de texto y seis de láminas, 1821 á 1826; y *Pinturas de los vasos fitilos*, 1832. Pueden verse las muchísimas memorias de las Academias de Cortona y Paris, del instituto de correspondencia arqueólogica de Roma etc., y los libros y opúsculos sin número de Vermiglioli, Cardinali, Orioli, Teani, Arditi, Gerhard, Raoul-Rochette, Visconti, Grifi, Bunsen, Campanari, Micali, Gargallo, Candelori, Feoli, Stackelberg, Dorow, Bröndstedt, Lewezow, Böck, Luynes, Svelcker, Panofka..... Witte y Lenormand publicaron una coleccion de vasos ceramográficos en Paris el año 1840. Véanse además *Musæi etrusci quod Gregorius XVI in ædibus vaticanis constituit, monumenta*. Roma, 1842. Los museos que más se han enriquecido con tales vasos son los de Lóndres, al cual se vendió la coleccion del príncipe de Canino; los de Munich, Leida, Berlin, del rey de Holanda; y en Italia el Gregoriano y el Campana de Roma, el Borbónico de Nápoles, las colecciones Buccelli en Montepulciano, Ruggeri en Viterbo, Venuti en Cortona, Ansidei, Oddi, y otros en Perusa, Guarnacci y Franceschini en Volterra, Jatta, Santangelo, Filangeri en Nápoles.....

(62) PLINIO, Hist. nat., XXV, 43.

Acquapendente y Corneto pertenecen más ciertamente á los segundos. Son por lo general de color pálido, bañados con un barniz rojizo; tanto las figuras de los hombres como las de los héroes, de negro, y llevan con el traje del pais la barba y los cabellos largos: las divinidades tienen alas. La tierra de los vasos griegos es más fina y lijera, negros por dentro y de color de ocre amarillo ó rojizo por fuera y algunas veces negro.

De cualquiera manera que se quiera llamar á estas obras, adoptando ya uno ya otro de los diferentes sistemas (63), se conviene generalmente en que las formas son esquisitas: las pinturas no son tan perfectas en atencion á que debian hacerse apresuradamente cuando la arcilla estaba aun fresca

Sobresalieron tambien los etruscos en el grabado sobre piedra dura, y supieron vaciar en bronce. Tenian mucha fama sus obras de cinceladura, tallado y joyeria: copas y joyas etruscas eran buscadas hasta por los atenienses en sus mejores tiempos: tambien se fabricaban copas de plata, tronos con adornos de marfil y metales preciosos, sillas curules, carros triunfales, armaduras; y de los sepulcros etruscos se extraen cada dia adornos de toda especie. Añádanse á todo esto los espejos de bronce que algunos han tenido por copas grabadas en su parte cóncava, y las urnas místicas.

Perecieron en la guerra de los marsos los recuerdos de una civilizacion tan floreciente, y después en la de Sila, que destruyeron á los hombres de elevados sentimientos, los monumentos de todas clases, y sobre todo los libros. Sucumbieron los etruscos entonces con su ciencia y su literatura. Los más magnánimos fueron castigados con la proscripcion del dictador, más tarde los poetas honraron á Augusto por haber derribado los altares de Etruria (64). Estableciéronse colonias romanas en las ciudades, hízose dominante la lengua latina, y los propietarios se vieron reducidos á la condicion de renteros; no hablaron ya los griegos de los etruscos sino como de piratas ó gente perdidida; y de los romanos como de arúspices y artistas. La dominacion extranjera sofocó bien pronto en aquel pueblo vencido los recuerdos de lo pasado, no dejándole otro pensamiento que el de convertirse del todo en romano. Sucedió esto de la misma manera que se anonadó en ménos de un siglo la civilizacion mejicana.

---

(63) Vasos etruscos, griegos, greco-italianos, italogriegos, campanios, sículos, atenienses, ceramográficos.

(64) *Eversosque focos antiquæ gentis etruscæ.* PROPERCIO, II, 1.

CAPÍTULO XXVI

MAGNA GRECIA (1).

Salió, pues, en un principio la civilizacion italiana de dos civilizaciones diversas, la pelásgica ó griega de los antiguos, si mejor place, adoptada por las poblaciones que habitaban el pais originariamente, y la rasénica de los etruscos. Posteriormente fué llevada á Italia por las colonias helénicas una nueva civilizacion más brillante y duradera que las otras dos.

Diremos de los griegos, á quienes hemos visto en otros puntos derramarse fuera de su patria luego que hubieron conquistado su libertad (2), que enviaron tambien colonias á todas las partes de Italia (3), y sobre todo á las costas occidentales, más accesibles que las orientales. Después en Sicilia y en las costas meridionales se establecieron tal multitud de colonias, que nunca reunió comarca alguna tanto número de ciudades en tan reducido espacio; añadamos que cada una de aquellas ciudades tuvo la importancia de un pueblo aparte y mereció vivir en la posteridad (4).

Hallábanse situadas las más considerables en el golfo de Tarento, y aun se estendian hácia las costas occidentales de Italia hasta Nápoles. Tenian por fundadores á los dorios, á los aqueos y á los jonios.

Hibla, Tapso, Gela, Agrigento, Mesina, Tarento, eran dóricas; Sibaris, Turio, que le sucedió, Crotona y las ciudades derivadas de esta última, Laus, Scidros, Metaponte, Posidonia, Terina, Caulonia, Pandosia, eran aqueas: Cumas, Nápoles, Zancle, de donde salieron Himera y Miles, Naxos, que tuvo por hijas á Galípolis, Leontino y Catania, con Eubea, Taormina y Reggio, jónicas ó calcídicas. Tambien eran de orígen jónico Elea y Sciletio. Trasladaron además los cretenses colonias á Brindis, á Iria, á Salentia, á Heraclea Minoa en Sicilia, los tesalianos á Crimisa y á Egesta; los etolios á Temesa, los foceos á Lagaria.

Prevalecieron, pues, los dorios en Sicilia, los aqueos en la Magna Grecia (5). Remontáronse á

---

(1) No se halla el nombre de Magna Grecia en Herodoto ni en Tucídides, pero si antes en Polibio (lib. II. c. 22). La razon de este título la han encontrado Estrabon en haberse extendido los griegos mucho; Festo y Servio (*ad Æn.* I, 573) en las muchas ciudades griegas situadas en aquel pais: otros en otra cosa; Delisle, d'Anville y Micali la dedujeron de ser más extensa que la Grecia oriental. Muchos la atribuyen á la filosofia de Pitágoras que allí nació ó se difundió, y Sinesio (*ep. ad Pœonium*), obispo del siglo V, dice que se extendió este nombre á todos los paises donde se practicaban los misteriosos ritos pitagóricos. Hay tambien quien dice que se llamó Magna porque precedió á la otra Grecia en civilizacion y filosofia. Parece que el nombre complejo duró hasta el fin del siglo III de Roma, cuando los pueblos tomaban su nombre de la comarca que cada uno ocupaba. No hay tampoco una completa certidumbre sobre los puntos que tal denominacion abraza. Suele sin embargo dividirse en ocho regiones, Locrense, Caulonita, Scilética, Crotoniata, Sibarítica, Heraclense, Metapontina y Tarentina. En general comprendia la Pulla, la Lucania y el Abruzo.

(2) Véase el capítulo X de este libro III, tomo I.

(3) Encontróse últimamente en el Pireo un decreto por el cual se mandaba enviar á Adria una colonia al mando de Milciades, sucesor del homónimo que venció en Maraton, hácia la olimpiada CXIII, con el fin de tener allí depósitos de trigo y oponer una barrera á los tirrenios. *Boletin de Correspondencia arqueólogica.* 1836, pág. 135.

(4) Véase SAINTE-CROIX, RAOUL-ROCHETTE, y especialmente HEYNE, *Prolus*, XV *de civitatum græcarum per Magnam Greciam et Siciliam institutis et legibus*, en el tomo II de su *Opuscula Academica*. Gottinga, 1787. Al tomo VII de Heeren, traduccion francesa, va unida la bibliografia completa de las colonias.

(5) COLONIAS GRIEGAS EN ITALIA, SEGUN LAS DIFERENTES ÉPOCAS DE SU FUNDACION:

los héroes de la guerra de Troya los recuerdos de algunas ciudades de estas playas; Filocteto ciñó á Petilia de nuevos muros; Metaponto fué fundada por Epeo, compañero de Nestor; Trapani y Agatino por otros de aquella misma raza. Aun admitiendo estos hechos como verdaderos, no hubieran podido modificar el carácter del pais, porque como los héroes llegaban allí sin mujeres, habian de mezclarse por necesidad con los vencidos.

Nos induce á creer las grandes alteraciones del terreno que los primeros habitantes de aquellas comarcas escogian de buen grado las montañas para fijar sus moradas, dejando las riberas desiertas é insalubres, hasta que las aguas hubiesen traido tierras cultivables. Pudieron, pues, los griegos establecerse fácilmente en estas llanuras. Mientras que los naturales multiplicaban y aumentaban sus fuerzas en las montañas, donde se entregaban al cuidado de los rebaños, las colonias griegas, como marítimas, se enriquecian y aumentaban en número por la industria y el comercio.

Los hombres diseminados por el campo eran reducidos á la esclavitud. Aquellos que venidos los primeros al pais, habian traido sus servidores y clientes, conservaban sobre ellos los mismos derechos, y cuando otros griegos impulsados por la necesidad, llegaban á buscar un asilo entre sus compatriotas, no eran admitidos como sus iguales (ἰσοπολιτεία).

Habian traido consigo los fundadores la constitucion de su patria; por lo cual prevalecia la aristocracia en las ciudades dóricas, y en las demás el gobierno popular. Pero el mismo hecho de la emigracion los hacia inclinarse al régimen democrático, no teniendo los aristócratas recuerdos de dominio territorial; y por otra parte la democracia adquiria mayores fuerzas, á medida que iban muriendo los aristócratas y que se iban aumentando el comercio y las riquezas. Entre los jonios no se limitaba el poder á las razas, pero se reservaban las magistraturas para los individuos de una clase, en la cual se ingresaba por medio del censo. No tardó en estallar la lucha entre el pueblo y los aristócratas, que con la ayuda de los esclavos, esto es, de los indígenas reducidos á servidumbre, fueron arrojados de las ciudades. Tambien se quitó la administracion á las familias para dársela á los maestros en oficio ó arte; revolucion verificada á costa de mucha sangre, y que se echa de ver por los indicios que resultan de los escasísimos documentos que han quedado.

Otras veces un oligarca se asociaba al pueblo y á los vencidos, y haciendo de árbrito entre pobres y ricos, llegaba por tal medio á convertirse en tirano.

No tenemos intencion de ocuparnos de todas estas ciudades y solo sí de las principales. Diremos que las colonias dóricas que no tuvieron centro comun, pero con frecuentes comunicaciones entre sí y con la Grecia y la Sicilia, descollaron en la poesia y en la elocuencia, tuvieron muchos vencedores en los juegos olímpicos, una escuela médica ilustre en Crotona y famosas legislaciones.

Tarento, 707.—Tarento fué fundada por aquellos partenios ó bastardos, nacidos del adulterio legal de las mujeres espartanas, durante la guerra de la Mesenia. Subyugó esta colonia á los mesapios, á los lucanios y otros pueblos comarcanos, siendo una de las ciudades marítimas más florecientes entre el cuarto y quinto siglo antes de J. C.: corrompiéronla sus riquezas, pero no hasta el grado que sus vencedores quisieron hacer creer, pues se conservó independiente hasta en tiempo de Pirro (272). Habian introducido de su patria los tarentinos el culto de Apolo Jacinto y el templado gobierno aristocrático, que después en la guerra pérsica reemplazaron con una democracia moderada. Elegíanse por suerte la mitad de los magistrados y la otra por mayoria de votos; no podia declararse la guerra sino con el consentimiento del senado. Fué cuna Tarento de ilustres ciudadanos, entre los cuales se cuentan el pitagórico Arquitas, matemático famoso (6) que se encontró varias veces al frente del Estado y de los ejércitos.

Sibaris, 725.—Fundaron á Sibaris los aqueos unidos á los locrios, la cual elevándose pronta-

---

1 300 ó 1050 Cumas, fundada por los calcidios de Eubea; dió nacimiento á Nápoles y á Zancle, de la cual salieron Himera y Miles.
1260 ó 900 Metaponto, por los pilios á su regreso de Troya, y poblada de nuevo por los aqueos y sibaritas.
756 Naxos, por los calcidios.
753 Crotona por los aqueos.
750 Leontino ó Leonzio por los nassanos y poco después Catania.
732 Siracusa por los corintios: de ella, Acra, Casmena, Camarina.
725 Sibaris, por los aqueos; sustituida por Turio en 444.
723 Reggio repoblada por los mesenios.
707 Tarento, por los lacedemonios.
683 Locria fundada por los locrios-ozolios. Se pretende que fué precedida por otra colonia en 757.
667 Zancle repoblada por los mesenios y llamada Mesina.
645 Selinunte centro de los megareses.
605 Gela de los rodios
582 Agrigento de los gelanos.
536 Elea ó Velia de los foceos.
510 Posidonia ó Pesto de los sibaritas.
444 Turio de los atenienses.
433 Heraclea de Lucania de los tarantinos.

(6) La oda en la cual Horacio hace hablar á Arquitas, muerto hacia mucho tiempo, es segun probabilidades una traduccion ó imitacion de una obra griega. Estos primeros versos:

Te maris et terræ numeroque carentis arenæ.
Mensorem cohibent, Archita.

hacen alusion, segun nuestra opinion, no á las operaciones geométricas hechas por este filósofo, sino á alguna ingeniosa solucion encontrada por él de la *arenaria*, en la que tambien se ejercitó Arquímedes. Véase lib. IV, cap. XVII de la presente obra.

mente al más alto grado de esplendor y lujo, vió aumentarse considerablemente su poblacion. Estendió su autoridad á siete pueblos comarcanos y veinte y cinco ciudades. La llanura que se dilata entre el Cratis y el Sibaris era un pantano malsano que los sibaritas secaron por medio de canales, convirtiéndola en una de las más hermosas y florecientes comarcas, pero descuidada después ha llegado á ser pestilente. Todo el mundo sabe lo que se cuenta de la molicie de esta ciudad: tenian la costumbre sus habitantes de avisar para sus convites con un año de anticipacion á fin de tener tiempo de poner en contribucion el aire, la tierra y el agua, y de preparar vestidos bordados de piedras preciosas. Presentábase á los convidados la lista de las personas y de los manjares para que cada cual midiera su gusto. Ningun oficio ruidoso debia perturbar el sueño de los habitantes ni sus silenciosos placeres: desterraron hasta los gallos: hablábase de un sibarita que no se habia podido dormir porque una hoja de rosa se habia arrollado debajo de su cuerpo: á otro le atacó calentura por haber visto á un campesino cansado del trabajo: difamaciones tal vez sin motivo, pero exageradas de seguro: la única verdad que hemos podido sacar en limpio es la inmensa riqueza del pais debida al comercio, y especialmente al de vinos y aceites con Cartago.

De tal modo aumentaron aquella poblacion la holgura, la fertilidad del terreno, y la facilidad con que se concedia el derecho de ciudad, que si hemos de dar crédito á Estrabon, los sibaritas llegaron á poner trescientos mil guerreros sobre las armas. Intentaron desvirtuar los juegos olímpicos, instituyendo en su ciudad otros juegos de mayor magnificencia y con más espléndidos premios. Su gobierno fué una democracia templada, hasta que Telis ejerció allí la tirania después de haber espulsado á más de quinientos de los principales ciudadanos (7).

Crotona, 755.—Estos se refugiaron en Crotona, colonia de los aqueos, conducida por Miscelo y Arquia y tan poderosa, que en el primer siglo de su existencia armó ya contra los locrios ciento veinte mil hombres; y aun cuando entonces esperimentó una gran derrota, asaltó posteriormente, y casi con tan numerosas fuerzas á Sibaris, por haber dado muerte á los diputados que habian ido á reclamar el llamamiento de los desterrados, y triunfó de su rival destruyéndola completamente (510).

Tito Livio atribuye á Crotona el perímetro de 12 millas (8); y se cree que su senado estaba compuesto de trescientos miembros (9) ó de mil (10). Los antiguos la llamaron grande, hermosa, esclarecida, rica y feliz; añadiendo que nunca la habia invadido la peste, de donde vino el proverbio *Nil Crotone salubrius*. El otro proverbio que decia que el último de los crotoniatas valia tanto como el primero de los griegos (11), procedia de sus muchos atletas que en veinte y seis olimpiadas habian ganado trece veces el primer premio en los juegos olímpicos. Milon lidió con un toro; y llevándolo cargado á su espalda dió en esta forma una vuelta al palenque, luego lo mató de un puñetazo y se lo comió en un dia. Habiéndose desplomado el techo de una escuela, lo sostuvo con sus hombros hasta que todos se pusieron en salvo; por último, habiendo querido hender un árbol, quedaron prendidas en el tronco sus manos, y fué devorado por los lobos.

Tambien es célebre la belleza de los crotoniatas, de tal modo que los egestios, aunque enemigos, dieron después de muerto culto divino á Filipo de Crotona como al mas hermoso de su tiempo; y Zeuxis al ver lidiar en el gimnasio á los jóvenes, arguyó que debia ser estremada la hermosura de sus hermanas, y las eligió para modelo de aquella Vénus que fué considerada como la obra maestra de la antigüedad.

Pitágoras.—Era el gobierno de Crotona una democracia templada, cuyas bases habian sido establecidas por Pitágoras, hombre ó símbolo, á quien todas las ciudades de la Magna Grecia atribuian el honor de sus constituciones. Dícese que fué formada por él la sociedad secreta de los pitagóricos, no tanto con el objeto de cambiar la forma de los gobiernos como con el de crear hombres capaces de dirigirlos. Pero habiendo pedido vanamente ser admitido en ella un tal Chilon, hombre rico é inmoral, sublevó al pueblo contra los filósofos estadistas que fueron perseguidos de muerte, abolidas sus instituciones, y cayó en la confusion todo (12). Aprovecháronse los ambiciosos de aquella coyuntura para enseñorearse del poder en las principales ciudades. Clinias (494) se hizo tirano de Crotona, hubo quienes le imitaron en otros puntos, y donde quiera estalló la guerra hasta que se ingirieron los aqueos á fin de promover la paz. Entonces se adoptaron las leyes de la madre patria, y se juró en el templo de Júpiter Omorio una liga entre muchas ciudades, á cuya cabeza se puso, segun parece, Crotona. De este modo se mantuvieron las cosas hasta el año 400, en cuyo tiempo, primero por los tiranos de Siracusa, y después por Roma, les fué quitada su independencia, decayendo de tal mane-

(7) Domenico Mariucola-Pistoja.—*De las cosas de Sibaris*. Nápoles, 1845.

(8) Libro IV.

(9) Laercio y Jamblico.

(10) Valerio y Maximo, lib. VIII.

(11) Estrabon, lib. VI.

(12) Compárense á propósito de Pitágoras y del gobierno de los pitagóricos, Heyne, *Opuscula academica*, II; Meiners, *Gesch. der Wissenschaft in Gr.* etc., I, 401, 464, 469; Müller, *los Dorios*, II, pág. 178, Welcker, *Proleg. ad Theogn.*, p. XLII, y especialmente A. B. Krische.—*De Societatis a Pythagora in urbe Croton. Conditæ scopo politico*. Gottinga, 1830.

ra, que Petronio la llamaba campo de cadáveres corrompidos y de cuervos hambrientos.

Es difícil distinguir la verdad de las fábulas en las tradiciones relativas á Pitágoras y á sus discípulos. No se sabe si conviene contar entre ellos dos ilustres legisladores de la Magna Grecia, Carondas y Zaleuco, confundidos amenudo uno con otro. Ambos han sido objeto de muchas fábulas, porque la historia que se complace en exaltar á los destructores del género humano, se cuida muy poco de los que figuran como sus bienhechores.

Carondas, 650?—Carondas era de Catania, y á semejanza de los antiguos legisladores que no contentos con mandar en las acciones, querian á mayor abundamiento restringir la voluntad, estableció por base de su código la existencia de los dioses (13), la familia y la patria. Emana de los primeros la moralidad de las obras, que remuneran ó castigan con arreglo á su mérito los genios. «Estiéndase el respeto á los padres hasta en la tierra donde reposan sus cenizas. Sea desterrado de las asambleas el que contrae segundas nupcias, porque echa gérmenes de discordia entre sus hijos. Puedan divorciarse mujer y hombre, sin que les sea dado contraer otro nuevo con persona más jóven.» (14) Intentando conservar las familias, de acuerdo con el pensamiento de los antiguos legisladores y en oposicion al de los modernos, aspiró á multiplicar las alianzas entre los parientes. El pariente mas cercano de una heredera podia alcanzarla en matrimonio; tenia este deber si era huérfana y pobre, ó al ménos estaba obligado á dotarla.

Carondas, el único legislador que quiso conjurar los males causados por la ignorancia, ordenó que todos recibieran lecciones de lectura y de escritura, y con este fin fueron dotados maestros por cuenta del Estado. Prohibió frecuentar el trato de los hombres viciosos, y sacar un ciudadano á la escena, á ménos de ser adúltero ó espia. El calumniador debia llevar una corona de tamarisco; pena tan odiosa, que algunos la evadian suicidándose; y así quedaba la ciudad libre de sicofantas. El que abandonaba su puesto en la batalla habia de estar tres dias seguidos vestido de muger en la plaza pública.

Pronunció un castigo contra los jueces que sustituyeran comentarios á la precision del texto. Admitió la pena del talion, y ordenó que todo el que propusiera una innovacion á la ley, se presentara con una soga al cuello, para ser estrangulado si el voto público le era adverso.

A fin de mantener la independencia en las asambleas habia vedado que fuese allí nadie con armas, bajo pena de muerte. Cierto dia que ejercitaba á sus soldados, supo que habia alboroto dentro de la asamblea y acudió al punto como estaba, con su espada. Reconvenido entonces por sus enemigos de que era el primero en violar sus leyes: *al contrario*, repuso, *quiero confirmarlas*, y hundió el hierro en su seno. Aristóteles elogia la precision y nobleza de su lenguaje en la redaccion de las leyes (15). Dice que las ciudades calcídicas de Sicilia, Zancle, Naxos, Leontino, Catania, Eubea, Miles, Himera, Galípolis, y aun quizá Reggio (16) recibieron de Carondas sus instituciones.

Zaleuco.—Se reputa al locrio Zaleuco por mucho más antiguo; algunos pretenden que precedió á Dracon en treinta años. Tambien hacia emanar de Dios la ley, y habia puesto al frente de su código un prólogo en el que probando la existencia de la divinidad por el órden maravilloso de la naturaleza, afirmaba que no son agradables á los dioses las ofrendas ni los sacrificios de los malos, si bien se complacen en las obras justas y virtuosas. Uniendo siempre de este modo la moral que aconseja y la ley que manda, quiere que sean gobernados por el terror los esclavos, y por el honor los hombres libres; que no alimenten odios irreconciliables uno contra otro; que nadie abandone su patria; que jamás salga una mujer con muchas criadas, ni con gran lujo á ménos de ser cortesana, y que los hombres no lleven anillos ni trajes milesios sino para acudir á los malos lugares (17). Sustituyendo leyes fijas y en corto número al capricho de la costumbre, llevó hasta el esceso el

---

(13) Al frente del código de las XII Tablas, se leian tambien estas espresiones, *Deos caste adeunto*. Justiniano pone al principio de su código el título *De Summa Trinitate et fide catholica*. Cuando se trató de redactar el código civil de Francia, Portalis decia en el discurso preliminar del proyecto que habia parecido conveniente empezarlo por un *libro del derecho y de la ley en general*. Preparó en efecto este libro con Tronchet, Bigot-Preameneu y Maleville; pero después se creyó que valia más suprimirle.

(14) Esta cláusula fué introducida posteriormente. DIODORO, XII.

(15) Ejemplo de maravillosa concision podria ser esto χρὴ δὲ ἐμμένειν τοῖς εἰρημένοις. τὸν δὲ παραβαίνοντα ἔνοχον εἶναι τῇ πολιτικῇ ἀρᾷ. Véase DIODORO, XII, 11 y siguientes.—ESTOBEO, SERM., XLIV.—ARISTÓTELES, *Polit.*, II, 9.

(16) Véase sobre Zaleuco á BENTLEY; *Opusc.* pág. 340. HEYNE, *Opusc. acad.* II, 273.

SAINTE-CROIX, *Sobre la legislacion de la Magna Grecia*; Memoria de la Academia de las Inscripciones, XLII.

Sobre Carondas, los mismos BENTLEY y HEYNE.

Sobre ambos C. G. RICHTER,—*De veteribus legum legislatoribus*. Leipzig, 1791.

Nilzot *(De historia Homeri)* ha negado que Zaleuco fuese el más antiguo de los legisladores; pero Müller le ha rebatido en el Diario de Gottinga, 1831, pág. 292.

(17) Refiere Eliano en estos términos una de sus leyes: «Si un enfermo bebe vino sin mandato del médico, aunque sane, sea condenado á muerte.» Vanamente se ha cansado Pastoret en buscar el motivo de tan estravagante medida; pero Eliano se engaña, como suele acontecerle, pues Ateneo, de donde ha sacado este testo, dice: εἴ τις ἄκρατον ἔπιε, μὴ προστάξαντος ἰατροῦ, θεραπείας ἕνεκα, θάνατος ἦν ἡ ζημία: «Si alguno bebe vino sin mandato del médico para curarse, sea castigado de muerte.»

deseo de hacerlas inmutables: prohibió la interpretacion y dió al texto una fuerza incontrastable, y hasta vedó que se informara de si habia algo de nuevo todo el que regresaba á su patria. Afirma Demóstenes que en el transcurso de dos siglos solo se modificó una de sus leyes.

Locria, 683.—Estuvieron con especialidad vigentes entre los locrios-epicefirios, colonia establecida por individuos de distintas tierras, y especialmente por locrios-ozolios. Como se entregaran sus mujeres en el curso de una prolongada guerra á los esclavos, poseidas de miedo al saber que volvian sus maridos, apelaron á la fuga, fijando su residencia con sus hijos en un confin risueño á la estremidad del Apenino. A su llegada prestaron ante los sículos este juramento que les satisfizo del todo: *mientras pisemos este pais y sostengamos nuestras cabezas sobre los hombros, seremos poseedores de este territorio en comunidad con vosotros*, si bien habian metido tierra dentro de su calzado y puesto cabezas de ajos sobre sus hombros; luego que se despojaron de esto se creyeron exentos del juramento y asumieron el mando con perjuicio de los naturales. Hizo la envidia que se rompieran las hostilidades entre ellos y los crotoniatas; estos los sitiaron en sus hogares, pero fueron vencidos á orillas del Sagra con tan desproporcionadas fuerzas, que como se divulgara la nueva del triunfo hasta Grecia, se atribuyó á la cooperacion de los dioscuros. Se atribuyó el honor de otra victoria, que alcanzaron sobre los crotoniatas, al espectro de Ayax, que se creyó habia lidiado en favor de los locrios. Residia la autoridad entre ellos en manos de cien familias, que elegian un cosmópolo, magistrado supremo, y mil senadores investidos con el poder legislativo, además de los inspectores encargados de velar por la ejecucion de las leyes. Si Locria no se engrandeció en riquezas, tuvo el mérito de conservar costumbres sencillas é intenciones pacíficas (356), hasta que Dionisio II, arrojado de Siracusa, llegó allí á buscar asilo é introdujo desórdenes de todas clases. Hasta en tiempo de Pirro se mantuvo Locria independiente.

Turio, 444.—Turio fué construida sobre las ruinas de Sibaris, pero con tal mezcla de pueblos, que se disputó acerca de quienes serian considerados como fundadores: consultado el oráculo la declaró colonia de Apolo. Allí degeneró la democracia templada en oligarquia, cuando vueltas las familias de los antiguos sibaritas se apoderaron de la autoridad y de las mejores tierras; pero fueron después espulsadas y de Grecia llegaron nuevas familias, y adoptaron las leyes de Carondas. Perpétuos enemigos de los de Turio los lucanios les batieron y continuaron inquietándolos, lo cual les decidió á implorar la proteccion de los romanos (286). Acecharon esta ocasion los tarentinos para atacarlos y los pusieron en derrota. Más tarde les redujeron los romanos al estado de colonia.

Cumas, 1300?—Fundada por los calcidios de la isla de Eubea, antes de la destruccion de Troya, Cumas, la primera de las colonias griegas prosperó por el comercio marítimo, fundó á Nápoles y á Zancle, destinadas á sobrevivirla, é hizo frente á los etruscos. Su aristocracia templada fué derrocada por Aristodemo, valeroso capitan que habiéndose conciliado el ejército por sus victorias sobre los etruscos, mandó degollar á los magnates, obligó á las viudas á casarse con sus asesinos, favoreció la propension de los habitantes al deleite, y cuidó de que sus hijos fueran educados en la molicie, pues sabia que era más fácil tiranizar á un pueblo corrompido. Acabó sus dias asesinado, y habiendo recuperado Cumas sus derechos, prosiguió el curso de sus espediciones lejanas y de sus guerras con sus vecinos, hasta que cayó (345) en poder de los romanos, conservando no obstante su importancia á causa del puerto de Pozzuoli.

Reggio, 723.—Habian fundado los mismos calcidios de Eubea unidos con los sicilianos una colonia en Reggio en el estremo ó punta de Italia, arrancándosela á los auruncos. Estaba gobernada aristocráticamente por mil ciudadanos escogidos entre las familias mesenias que se habian aliado con las familias primitivas. A medida que se estinguieron estas casas, como acontece comunmente se hizo oligárquico el gobierno, lo cual permitió á Anaxilas hacerse tirano; sucediéronle sus hijos; arrojados de allí doce años más tarde dejaron el pais sumido en la anarquia, que tuvo al fin término con la adopcion de las leyes de Carondas. Merced á ellas se mantuvo en paz Reggio hasta que fué tomada y saqueada por Dionisio I (18). Dióla algun realce Dionisio II (360); pero posteriormente la sorprendió y pasó á cuchillo á sus habitantes una legion romana acantonada en aquellos contornos. Roma castigó con la muerte á aquellos soldados, si bien no restituyó la libertad á Reggio.

Metaponto, 1260?—Casi nada nos ha sido trasmitido acerca de Metaponto, una de las más señaladas entre aquellas colonias. Fué construida por los compañeros de Nestor á su regreso de Troya. Aumentáronla los aqueos y los sibaritas; Anibal obligó á sus moradores á emigrar al Brucio; después la insalubridad creciente de las llanuras contiguas al mar acabó por despoblarla completamente, como hizo con Pesto y otras (19). Plinio cita de allí un templo de Juno sostenido por columnas de madera de cepa, prueba natural de que la arquitectura dórica tuvo por origen construcciones de madera, cuyo carácter conservaba. Son resíduos de dos antiguos templos de arquitectura policromática la iglesia de Sanson y la Mesa de los Paladinos.

Posidonia, 510.—Posidonia, fundada por los si-

(18) Habiendo pedido Dionisio por mujer á los de Reggio una de sus hijas le ofrecieron la del verdugo. Estrabon, VI.

(19) *Metaponto por el duque de* Luynes *y* F. G. Debaco. Paris, 1833, en folio; no es una simple monografia, sino una exposicion elegante con ayuda del estilo y del dibujo de las antigüedades de aquel sitio.

baritas en el golfo de Salerno y llamada Pesto por los romanos, merece ser mencionada por sus magníficos vestigios de antigüedad. Estaba construida en cuadro y en un terreno llano, sus muros edificados sin argamasa, tenian veinte piés de altura, seis de espesor y cinco millas de circuito; flanqueábanlos muchas torres y tenian solamente cuatro puertas, una en frente de otra. Poseia tres templos famosos; el de Neptuno, que todavia existe, uno de los más admirables y de los mejor conservados. Su peristilo, al cual dan subida tres escalones, se compone de seis columnas dóricas de frente y de catorce laterales; estriadas, sin base, apenas de cinco diámetros de altura y poco más de uno de intercolumio, lo que las hace tener por anteriores al tiempo en que los griegos dieron ligereza al órden dórico. Pesto era célebre por sus rosas que florecian dos veces al año. Fué destruida el año de 1000 por los sarracenos, y olvidada hasta el punto de reputarse como un descubrimiento la indicacion que hicieron de ella unos cazadores en el curso del siglo pasado.

CAPÍTULO XXVII

SICILIA.

La Tinacria, teatro de acontecimientos mitológicos, es llamada á veces tierra del sol, isla de los titanes y de los lestrigones. Las anchas grutas que se abren en muchos sitios de sus montañas y especialmente en el Val-de-Noto, en Spaccaforno y en Ipsica donde están unas encima de otras como los pisos de una casa, debian ser las habitaciones de los lestrigones, de los lotófagos y de los polifemos, tipos de los pueblos que, sin leyes sociales apacentaban sus rebaños y vivian de frutos silvestres.

En breve le sucedieron á estos Céres y Triptolemo así como el útil trabajo de los cíclopes. Apolo que apacienta los ganados en Ortigia, y Vénus que prefiere Erice á Gnido, son fábulas que indican la vetustísima civilizacion de aquella isla; como la de Aristeo que enseña á cultivar el olivo, extraer aceite y recoger la miel. Hércules que llevó allí los rebaños de Gerion descubre y enseña el uso de las aguas termales en Egesta y Emera, sustituyendo nuevas fiestas y ritos á los sacrificios humanos. Mercurio y Fauno llegan de Sicilia á Egipto, y luego los pueblos á quienes la irrupcion de otros arrojaba de Italia, refugiáronse amenudo en la isla. Así los sicanos, gente ibérica (1), y más tarde los siculos y los morgetas arrojados por los enotrios se apoderaron de la fértil region oriental empujando los sicanos hácia occidente. Más allá y hácia la punta sudoeste, en el terreno pedregoso que se estiende á orillas del rio Mazara, se hallaban los elimos, raza pelásgica procedente del Epiro, cuya capital Egesta se jactaba de haber sido fundada por el troyano Acestes. Tambien blasonaban de orígen troyano las ciudades Drepano, Entella y Erice, donde habia un templo de Vénus de construccion ciclópea. Esa tradiccion, créase de ella lo que se quiera, da indicios de colonias levantinas antiquísimas, y parece evidente que cuatro pueblos de raza pelásgica ocuparon la Sicilia.

Pronto se unieron á ellos los cretenses personificados en el Dédalo que fué acogido por Tocalo rey de los sicanos, y reclamado por Minos, rey de Creta que se apoderó de Heraclea Minoa junto al rio Alcio y allí encontró la muerte. Tambien se instalaron en ese litoral fenicios y cartagineses el siglo VIII ántes de J. C.

El ateniense Teocles naufragó en Sicilia, notó su ventajosa situacion y propuso á los suyos llevar allí una colonia. Desechado su consejo se dirigió á los habitantes de Calcis de Eubea (756), con los cuales fundó á Naxos cerca del rio Onobata. Pronto lo siguieron otros colonos, los cuales no llegaban á un suelo bárbaro, sino á un pais en donde ya florecian ciudades fenicias ó sículas, de las cuales se posesionaban, atribuyéndose el honor de la fundacion, y expulsando á la poblacion antigua para reemplazarla con otra nueva. Así, en breve tuvieron ocupada toda la costa desde el Peloro al Paquino y al Lilibeo, mientras los fenicios se refugiaban en el territorio que se extiende desde el Lilibeo al Peloro, particularmente en Motia, Selinunte y Panormo.

Entre las ciudades calcídicas, se distinguen Zancle, Megara, Himera, Catania, Miles, Leontino ó Leonzio. Al mismo tiempo habian fundado otras los dorios, entre las que se hallaban Siracusa, Acra, Casmena, Camarina, Tapso, Gela y Agrigento. La diferencia de orígen y constituciones fué el gérmen de la enemistad (2) que después de un breve es-

(1) TUCÍDIDES, VI, 2.

(2) WLADIMIR BRUNET DE PRESLE.—*Investigaciones sobre las establecimientos de los griegos en Sicilia.* Paris, 1845.

plendor condujo á todas á su ruina. Principiaron las colonias empleando su ardor guerrero en la sumision de los naturales; y quedando así los campos al arbitrio de unas pocas familias descendientes de los primeros colonos, los ambiciosos supieron aprovechar la ocasion para erigirse en tiranos.

Agrigento, 582.—El primero de ellos fué Panecio de Leontino, que alcanzó el poder excitando á los pobres contra los ricos. Agrigento, colonia de Gela, que muy amenudo rivalizó con Siracusa, se gobernó primero, como todas las de orígen dórico, aristocráticamente. Después cayó tambien bajo el dominio de los tiranos, entre los cuales contó al cretense Falaris.

Falaris, 566.—Todas las historias repiten las crueldades de éste, y hacen mencion del toro de cobre candente, en que metia á sus víctimas, y que tal vez no era otra cosa más que una tentativa para introducir el feroz rito fenicio de tostar á los hombres. Algunos recuerdan que cansado de su tirania Menalipo, pensó matarlo, y confiando el proyecto á su amigo Cariton, este le dijo que habia pensado tambien lo mismo. Encontrada la oportunidad, Cariton se acerca armado de un puñal al tirano, los guardias lo arrestan, pero ni el rigor de los tormentos le hace revelar sus cómplices. Preséntase entónces Menalipo y declara haber él sido el primero que habia meditado el hecho, é inducido á su amigo á cometerlo. Este niega y disputan los dos; y maravillado el tirano les perdona á entrambos la vida y les devuelve los bienes con la condicion de que salgan del pais (3). Por iguales sospechas se ensañó á su vez contra el filósofo Zenon (534); pero sus gritos conmovieron á la multitud de tal modo, que fué apedreado el tirano y restablecida la libertad.

Sucedió á Falaris, Alcmanes, después Alcandro, luego Teron, alabado por Píndaro y los historiadores, por haber derrotado á los cartagineses y sometido á Himera (480). Trasideo, su hijo y sucesor, muy distinto de este, fué derrotado y expulsado del reino por Hieron de Siracusa, y desde entonces Agrigento se gobernó democráticamente á ejemplo de Siracusa, y llegó al apogeo de su grandeza, convirtiéndose en una de las ciudades más opulentas y magníficas por su lujo y monumentos públicos; tanto que se decia que los agrigentinos edificaban como si nunca hubiesen de morir, y comian como si no tuvieran más que un dia de vida. Calias, riquísimo agrigentino, preparaba diariamente varios banquetes, invitando sus esclavos desde la puerta á todo caminante. Pasando un dia por allí cincuenta caballeros de Gela, les dió de comer á todos, y como después lloviese, regaló á cada uno un manto de su guardaropa. Tenia en su bodega trescientas pipas de vino de cien ánforas cada una. En suma, llegó á tal punto la molicie en Agrigento, que en tiempo del sitio se prohibió á los ciudadanos, cuando les tocaba el turno de guardia en la ciudadela, llevar más de un colchon, un cobertor y una almohada para pasar la noche. Sus riquezas provenian principalmente de su tráfico con Cartago en vinos y aceite, que aun no poseia el Africa.

Siracusa, 732.—Tambien las demás ciudades habian caido en poder de tiranos que las hacian pelear las unas contra las otras, alimentando así su ardor guerrero, pero excitando el espíritu municipal á costa del nacional. Conocida es sobre todas Siracusa, tan grande á lo ménos como Paris, de un millon y doscientos mil habitantes, número igual al que hoy tiene toda la Sicilia.

Situada Siracusa en un promontorio en forma de triángulo, defendida por tres partes por el mar, y dominada por el fuerte de Epipolis, estaba rodeada de murallas muy fuertes en un recinto de diez y ocho millas de circuito. Tenia tres puertos, el Trogilo, el pequeño de mármol, y el grande donde estaban las *Neocesias*, y en el cual podian contenerse más de trescientas galeras (4). Dividíase en cuatro cuarteles, Acradina, Tiqueo, Temeno y Ortigia ó la Isla; este último forma por sí solo en la actualidad toda la ciudad y es escesivamente grande para los catorce mil habitantes que le quedan. Las piedras sacadas de las *latomias* cercanas, trasformadas después en prisiones, habian servido para su construccion. Admirábase sobre todo su templo dórico de Minerva con sus dos fachadas y su peristilo esterior, en cuyo frente habia una inmensa égida de bronce que adornaba la Gorgona: las puertas de una madera rara estaban incrustadas con oro y marfil, y las embellecian sus hermosas pinturas; y después Arquímedes dibujó en el pavimento un meridiano en el cual brillaba el sol en línea recta en tiempo de los equinoccios.

Se gobernó como república desde la época de su fundacion (atribuida al heráclida Arquias de Corinto y poco después de la de Roma) hasta Gelon sin estenderse mucho en lo interior aunque fundó las colonias de Acra, de la Casmena y de Camarina. Hallábase la autoridad en manos de los propietarios (geomorios); pero escitados los esclavos por los demagogos se sublevaron contra ellos reduciéndolos á refugiarse á Casmena.

Gelon, 484.—Sirvióse de ellos Gelon, tirano de Gela, para adquirir el soberano poder en Siracusa y echar los cimientos de su propia grandeza y la del Estado. Aumentóse Siracusa llamando á otros griegos y trasladando allí los habitantes ricos de las ciudades destruidas de Megara, Camarina y otras; hacia al mismo tiempo vender fuera los que eran pobres, diciendo que era más fácil gobernar cien hombres que tuvieran que perder que uno solo miserable. Vino á ser de esta manera Gelon más poderoso tanto en el mar como en la tierra que nin-

(3) Eliano, II, 4.—Ateneo XIII, 8. Hoy está enteramente repudiada como apócrifa la coleccion de cartas de Falaris.

(4) Diodoro, XIV, 7.—Floro, II, 6, 24.

gun otro señor de la Grecia, máxime después de emparentado con Teron, señor de Agrigento. Dió grandes provisiones de trigo á los romanos; y en tiempo de la guerra médica, pidiéndole ausilio Esparta y Atenas, ofreció doscientos triremes, veinte mil infantes y dos mil caballos, si querian conferirle el mando de la flota aliada. Fué desechada su demanda, y los cartagineses confederados con Jerjes enviaron Amilcar á Panormo con un grueso ejército para impedir las espediciones que la Sicilia y la Magna Grecia pudieran enviar en favor de la madre patria. Sorprendió sin embargo Gelon á la cabeza de cincuenta mil hombres y cinco mil caballos al almirante cartaginés cerca de Himera y le derrotó, el mismo dia en que Temístocles conseguia la victoria de Salamina. Quedaron en el campo de batalla ciento cincuenta mil africanos (480), y los prisioneros fueron en tan gran número, que se decia que el Africa se habia trasladado á Sicilia.

Dió más honor á Gelon la paz que la victoria; pues puso á los cartagineses la condicion de abolir los sacrificios humanos. Distribuyó los tesoros adquiridos en esta guerra entre los más valientes, é hizo tambien ofrendas en los templos, y sobre todo en el de Himera. Dividiéronse los prisioneros entre los diversos cuerpos del ejército, lo cual permitió cultivar mejor los campos, terminar muchas obras, y construir en Agrigento un templo célebre y acueductos no menos famosos. Aceptó Gelon la alianza de sus rivales, y conjurado ya el peligro por esta parte, se dispuso á llevar á Grecia el socorro prometido, cuando supo que el patriotismo de sus habitantes habia bastado para rechazar al extranjero. Licenció entonces sus tropas; y habiendo reunido sus súbditos se presentó á ellos sin armas, teniéndolas ellos, dióles cuenta de su administracion y se vió saludado con vivos aplausos. Habíase mostrado Gelon rigoroso al principio, pero asegurada ya su autoridad, se hizo más humano, haciendo prevalecer la justicia, favoreciendo la agricultura, pues vivia en medio de los cultivadores: rechazó con todo su poder las artes corruptoras y mereció que sus súbditos le llamasen su mejor amigo. Cuando conoció el peso de los años, abdicó en manos de su hermano Hieron, y murió poco después. El magnífico sepulcro que se le erigió, fué destruido por los cartagineses y por el tirano Agatocles, mas no sucedió así con el recuerdo de sus virtudes.

Hieron I, 478.—Sostuvo su sucesor una corte espléndida y decia que los oidos y el palacio de un rey debian estar abiertos para todos. Enfrenó la elocuencia que se desarrollaba y favoreció con preferencia las artes de imaginacion, por la cual vió acudir á su lado á Baquílides, Epicarmo, el viejo Esquilo, desterrado de su patria, y Píndaro que no cesa de ensalzar su generosidad y su justicia, así como su amor hácia la poesia y la música, *que abria á las musas las puertas de su rico y magnífico palacio* (5), guardando empero silencio sobre su avaricia y violencias con que se deshonró. Adquirió sobre todo la confianza de este príncipe Simónides, á quien le preguntó un dia lo que pensaba sobre la naturaleza y atributos de la divinidad. Rogóle Simónides le concediera un dia para contestar, después dos y así sucesivamente doblando el término, hasta que apremiado por el rey, le confesó que cuanto más pensaba le parecia más oscura la cuestion. Hoy sabria responder un niño.

Hieron atacó (476) á Teron y á su hijo Trasideo, señores de Agrigento, porque habian concedido asilo á su hermano Polixeno, cuyo favor popular le hacia temible. Pero habiéndose hecho mediador Simónides entre ellos les hizo concluir una paz por alianzas. Envió Hieron al socorro de Cumas la flota, que consiguió una victoria sobre la de los etruscos. Transfirió á Leontino los habitantes de Catania, donde instaló nuevos colonos, á fin de adquirir el título de héroe que se daba á los fundadores de ciudades, y para proporcionarse un refugio en caso de peligro.

Trasíbulo, 467.—Murió en esta ciudad, y sucedióle su hermano Trasíbulo; pero irritados los siracusanos con sus crueldades, se convinieron con las otras ciudades, le arrojaron, é instituyeron en memoria de su caida, fiestas anuales á Júpiter libertador, con motivo de las cuales se inmolaban cuatrocientos cincuenta bueyes destinados á los banquetes y regocijos públicos.

Restableció entonces (466) Siracusa el gobierno republicano, al mismo tiempo que las otras ciudades griegas arrojaban á los intrusos para restituir sus bienes á los antiguos propietarios despojados, y concederles el privilegio de las magistraturas; resultando de esto para aquellas ciudades graves desórdenes y una guerra civil, que terminó con la espulsion de los intrusos, á los cuales se concedió para habitar la ciudad de Zancle, que habia tomado el nombre de Mesina á causa de los colonos mesenios que allí se habian instalado. Estos refugiados, así como otros de orígen italiano, fueron el núcleo de una poblacion belicosa, que después con el nombre de mamertinos abrió la isla á los romanos, esto es á la servidumbre.

Colocada no obstante Siracusa á la cabeza de las ciudades griegas de la Sicilia, era cada vez más opulenta; abundaba en *esclavos*, rebaños y todas las comodidades de la vida (6). Considerábase una señal de prosperidad la multiplicacion de los desgraciados condenados por la servidumbre á los sufrimientos y al oprobio. Era inmenso su número en Sicilia, donde se les marcaba con un hierro ardiendo, humillándolos con los más rudos tratamientos, escepto en el tiempo que duraban las Argirias, fiestas anuales instituidas por Hércules.

Mientras que Siracusa aspiraba á dominar en el esterior, se encontraba despedazada por interiores disensiones. Por el temor de la tirania instituyeron

(5) *Olymp.*, I.

(6) DIODORO, XI, 72.

el *petalismo*, que consistia en escribir en una hoja de higuera el nombre del ciudadano que ocupando el primer puesto en su patria, incurria en la sospecha de querer oprimirla. Si la mayoria de los sufragios le condenaba, era desterrado por cinco años. Esta ley, semejante á la del ostracismo de Atenas, y al *discolato* de Luca, alejaba de los negocios á los ciudadanos más dignos, para entregar la república á una muchedumbre ignorante, por lo que fué abolida muy pronto.

No habian perecido aun todos los sículos antiguos; osaron levantar la cabeza, y uniéndose todas sus ciudades, á escepcion de Hibla, emprendieron bajo el mando de Ducetio arrojar á los griegos (451). Coronó el éxito sus primeros esfuerzos, pero fueron despues vencidos, y Ducetio se refugió al pié de los altares de los siracusanos, que le enviaron á Corinto y así la antigua raza quedó sujeta para siempre.

Debió el afianzamiento de su poder Siracusa á esta victoria y á la que consiguió después contra Agrigento su rival (446). Después de haber vencido en el mar á los etruscos, estableció una paz general á favor de la cual aumentó su prosperidad. Pero envidiosos los leontinos con su poder y descontentos con verse robar el comercio (427), atrajeron contra ella á los atenienses, que el ilustre Gorgias hizo entrar fácilmente en el interés de sus compatriotas, pues ellos no querian otra cosa que mezclarse en los asuntos interiores de una isla de tan gran importancia en el Mediterráneo. Enviaron, pues, una flota en auxilio de estos jonios y de los reggianos, y tomaron, por espacio de algunos años, una parte activa en las discordias intestinas del pais, que por fin se apaciguaron, con la condicion de que cada uno conservaria lo que poseia. Entonces los leontinos ó cansados de sus disturbios interiores ó viendo que no podian defender su ciudad, la demolieron y se trasladaron á Siracusa que mantenia su supremacia, aunque los atenienses habian procurado armar contra ella una federacion.

Habiendo llegado once años después (416) á romper las hostilidades Egesto y Selinunte, tomó Siracusa el partido de la última, y vencidos los egestios reclamaron el socorro de Atenas protestando que de no dársele serian los jonios completamente subyugados por los dorios.

Guerra con los atenienses.—Habia hecho concebir á los atenienses Pericles la idea de ocupar la Sicilia; pero fué bastante prudente para no comprometer entonces á su patria en una empresa tan incierta. Impulsóla el temerario Alcibíades (página 433) por el contrario, no obstante tener á toda la Grecia armada para la guerra del Peloponeso, demostrándole, que la conquista de Sicilia seria punto de escala para el Africa y la Italia. Decretóse, pues, la guerra y fué confiada su direccion al mismo Alcibíades, á Nicias y á Lamaco. Era tan grande la confianza que se tenia en el éxito, que el Senado habia ya decidido de la suerte de las varias provincias de la isla. Oponíanse con todos sus esfuerzos á la espedicion las personas prudentes, y, aunque la ley prohibia discutir sobre una decision tomada ya, continuó Nicias oponiéndose á ella con tanto calor como empleaba Alcibíades en apresurarla. Arrastrado el pueblo por éste, y partidario naturalmente de todo lo que era peligroso, se adhirió á la opinion de la conquista y aceleró los preparativos. Reuniéronse en Corcira para el objeto ciento treinta y cuatro triremes con cinco mil soldados pesadamente armados, y además los arqueros y demás tropas lijeras con solo treinta caballos (415).

Atravesado que hubieron el mar, fueron mal acogidos los atenienses en Turio, Tarento, Locria y Reggio, aunque estas ciudades hubiesen sido colonizadas en otro tiempo por jonios; no tenian más de treinta talentos en el tesoro público los egestios que se habian comprometido á pagar los gastos de la guerra. Propuso entonces Nicias no auxiliar á los egestios, que los habian engañado, con otro socorro que aquel que pudieran pagar, y volverse á Atenas. Queria Lamaco por el contrario probar fortuna contra Siracusa, y Alcibíades entrar en negociaciones con las demás ciudades. Cundió la discordia entre los generales. Alcibíades, cuyo parecer preponderaba, fué llamado á Atenas para disculparse de la acusacion de sacrilegio. Nicias titubeaba demostrando la injusticia de la causa que sostenian y desanimaba con esto á los soldados.

Sitio de Siracusa, 413.—Fué en fin sitiada Siracusa, pero cuando ya se habia podido aprovisionar de víveres y municiones, mientras que los atenienses por el contrario, se habian debilitado en hombres y víveres, y habian perdido el denuedo.

Habia cerrado los ojos de los siracusanos el demagogo Atenágoras sobre el peligro; por eso cuando éste llegó á ser amenazador, se espantaron hasta el punto de costar gran trabajo al generoso Hermocles despertar su valor. Dirigió Nicias los trabajos del sitio con tal habilidad, que estaba próximo á apoderarse de la ciudad, cuando Alcibíades que, descontento de su patria, se habia refugiado entre los espartanos, aconsejó á éstos socorrer á Siracusa, para lo cual enviaron á Gilipo. Encontrándose Nicias en tan difícil posicion, pidió ser reemplazado, y enviáronse á tomar el mando Demóstenes y Eurimedonte. Desaprobando el primero las lentitudes de Nicias, dió la batalla, mas la perdió, y tuvo que levantarse el sitio.

No pensaban ya los atenienses más que en retirarse sanos y salvos, puesto que aun era tiempo; pero al levar el ancla se eclipsó el sol, y no queriendo Nicias embarcarse con tan mal presagio hizo retardar el viaje. Aprovechándose los siracusanos y Gilipo del momento, atacan á los atenienses por mar y tierra y les hacen sufrir la más completa derrota (agosto). Los siracusanos se habian asegurado la victoria por mar haciendo las proas ménos altas que las de los atenienses; por lo que percutian con ellas las naves enemigas á flor de agua ó más bajo, y á veces de un solo choque las

echaban á pique. Pereció Eurimedonte en el combate. Nicias y Demóstenes cayeron prisioneros y se dieron ó recibieron la muerte en sus calabozos. Se encerraron siete mil prisioneros en las canteras donde permanecieron espuestos al sol y á la lluvia, teniendo apenas con que satisfacer su hambre y sed. Murieron algunos, otros continuaron aquella penosa vida, y los restantes fueron vendidos. Entre estos últimos fueron felices aquellos que conocian las producciones literarias de la Grecia, los versos de Eurípides que recitaban de memoria, valiéndoles á varios de ellos la libertad y la vuelta á sus hogares (7). De esta manera se vengaron los siracusanos de los que venian á invadir su patria, y Atenas no se recuperó de tan gran golpe.

Diocles.—Aumentó el triunfo de los siracusanos su grandeza. Decidiéronse por consejo de Diocles (412) á reformar su gobierno, eligiendo jueces á la suerte y encargando á personas capaces la redaccion de un código. Fué elegido el mismo Diocles para presidir este trabajo, resultando unas leyes que no solo tenian por objeto castigar á los malos sino tambien recompensar á los buenos: adoptáronse por diferentes ciudades y fueron tenidas en tanta estima que se elevó un templo á Diocles (416).

Arrastraron no obstante las disensiones entre Egesto y Selinunte á Siracusa á una guerra contra Cartago, lo que bien pronto cambió el estado de las cosas en Sicilia. Los cartagineses, cuyo auxilio invocaron los egestios, tomaron á Himera (408), bajo el mando de Anibal, hijo de Giscon, que hizo degollar tres mil prisioneros, en el mismo lugar en que Amilcar su tio habia sido asesinado á puñaladas, después de vencido por Gelon; y esterminó después á los habitantes de Selinunte é Himera. Resultó de esto grande agitacion en Siracusa. Hermócrates, el hombre más ilustre de Sicilia después de Gelon (8), que tan útil habia sido á los siracusanos durante la guerra contra los atenienses y que por las intrigas de los demagogos se hallaba desterrado, intentó entrar con las armas en la mano, pero fué muerto. Proponiéndose por su parte los cartagineses la conquista de toda la isla, enviaron ciento veinte mil hombres y á su frente al anciano Anibal y al jóven Himilcon, los cuales arruinaron á Agrigento (406), y mandaron á Cartago sus preciosísimas obras artísticas, las pieles y cabezas de los muertos.

Dionisio.—Inmenso fué el terror de todos los sicilotas, y á Dionisio, hijo de Hermócrates, le sirvieron de pretesto los desastres para acusar á los jueces siracusanos de desidia y corrupcion; como no pudo probarlo, fué condenadado á una multa, pero no teniendo con que pagarla iba á perder el derecho de hablar en la tribuna, cuando Filisto (quien después escribió una historia de Silicia) satisfizo su deuda y se comprometió á hacerlo tambien en adelante si se le condenaba á otras multas. Apoyado Dionisio de esta manera fué aun más ardiente en declamar contra los gobernantes. Dispuesto el pueblo en su favor por el valor que habia desplegado con motivo de la tentativa de Hermócrates, reformó los jueces que estaban en ejercicio, comprendiéndole entre los nuevos. Hizo entonces llamar á los desterrados, con objeto de encontrar en ellos enérgica ayuda; después empezó á contrariar á sus colegas y á combatir sus proyectos, sin dejar de disimular los suyos. A fin de ser encargado solo del mando de las tropas, hizo circular la voz de que aquellos estaban en connivencia con los enemigos. Enviósele en efecto solo á socorrer á Gela, donde abrazó el partido del pueblo contra los ricos, y los bienes que confiscó le sirvieron para ganarse la voluntad del ejército, llegando de esa manera á hacerse conferir por los siracusanos el poder absoluto (405).

Rodeóse de sicarios, se alió con las familias de los poderosos, empleó sesenta mil hombres y tres mil pares de bueyes en fortificar á Epípolis y en abrir subterráneos que comunicasen con el fuerte de Labdato, obra destinada á favorecer la salida por medio de numerosas aberturas ocultas en la bóveda. No le fué propicia la fortuna en un principio, antes bien, no habiendo sabido defender á Gela, de la cual se apoderaron los cartagineses, se le sublevaron los soldados, saquearon su palacio y maltrataron á su mujer hasta el punto de morir. Pero llegó á reprimir la rebelion que tuvo que ceder á la fuerza y á la matanza. Valiéndose entonces de los esclavos emancipados, de los socorros espartanos y de haberse declarado la peste entre los cartagineses, obligó á estos á hacer la paz y á ceder todas sus conquistas en la isla, como tambien Gela y Camarina, á condicion de que permanecerian desmanteladas. De esta manera todas las plazas fuertes á escepcion de Siracusa permanecieron independientes.

Insurrecciónanse de nuevo los siracusanos (403) y redujeron á Dionisio al último estremo; pero él supo mantenerlos á raya hasta la llegada de los aliados, para vencerlos y desarmarlos. Precedido entonces por el terror, sujeta á Naxos, Etna, Catania y Leontino: los habitantes de Reggio que habian tomado las armas, imploraron de él la paz, y pudo en fin dirigir todas sus fuerzas contra los africanos, que á todo trance queria espulsar de Sicilia. Atacó, pues, á los cartagineses con ochenta mil hombres y dos mil velas (398), pero éstos mandados por Anibal é Himilcon, reunen en Palermo trescientos mil hombres y cuatrocientos barcos, toman á Erice y Motia, destruyen á Mesina hasta sus cimientos y se adelantan contra Catania y Siracusa. Entran en el puerto de esta última con doscientas galeras engalanadas con los despojos del enemigo y un millar de pequeños barcos.

Fué más funesto para Dionisio el descontento

(7) PLUTARCO en *Nicias*, 26. Contaban los sicilianos que en el momento en que iban á rechazar de su ribera un barco caunio perseguido por piratas, lo acogieron tan pronto como supieron que los que le tripulaban, sabian versos de Eurípides.

(8) POLIBIO, lib. XII, estr. 22.

de sus súbditos que aquellas imponentes fuerzas, pues abandonado por ellos, se vió reducido á refugiarse en la ciudadela. Querian recobrar su libertad los siracusanos y esperaban la cooperacion de los espartanos, cuyo socorro habian reclamado, pero éstos declararon no haber venido más que para defender á Dionisio: consiguió éste por la dulzura y suavidad apaciguar á sus súbditos, en el momento en que los cartagineses, diezmados de nuevo por la peste, se vieron reducidos á abandonar la isla y hasta á Taormina (392), que era suya por haberla fundado los italianos que vinieron en su auxilio. De vuelta á su patria su general Himilcon tuvo que expiar el sacrilegio de la violacion de los templos, vistiéndose pobremente y yendo de esta manera de santuario en santuario á confesar su impiedad, oprobio del cual se afectó en tanto grado, que murió ó se mató.

Pensó entonces Dionisio en subyugar la Magna Grecia. Trató á las ciudades conquistadas con generosidad, dejándoles su independencia y despidiendo á los prisioneros sin rescate; no se cebó sino en Reggio, vengándose muy cruelmente del asilo que habia concedido á los fugitivos siracusanos. Esta ciudad, cuya flota no contaba ménos de trescientas velas, sostuvo un sitio de once meses, mas al fin sucumbió (387) y no pudo en adelante volver á levantarse, á pesar del favor que le concedió Dionisio el Jóven. Destruida posteriormente por un temblor de tierra, fué reconstruida por César. Redújola Federico Barbaroja á cenizas; pero de nuevo edificada tuvo que resistir á los turcos (1593), luego á nuevos terremotos, cuya huella procura borrar actualmente.

Tambien llevó Dionisio la guerra á Iliria y á Etruria bajo pretesto de esterminar á los piratas: sacó mil talentos del templo de Agila, y además por valor de 500 talentos en botin y en prisioneros. Se proponia establecer colonias en las costas del Adriático, y pasar de allí al Epiro y la Fócide para saquear el templo de Delfos; mas en esto sobrevinieron los cartagineses (382) á las órdenes de Magon y hubo de renunciar á su proyecto. Al principio se declaró en contra de ellos la victoria, perdieron á su general y les negó la paz Dionisio; mas enseguida fué derrotado y se vió en la necesidad de entrar en tratos. Fijóse por límite el rio Alico, de manera que se adjudicó á Cartago Selinunte con parte del territorio de Agrigento. Mucho pesaban á Dionisio tales concesiones; así, como se declarase nuevamente la peste en el ejército africano, no tardó en asaltar las ciudades cartaginesas; pero habiéndole vaticinado un oráculo que moriria cuando venciera á un enemigo más poderoso que él, no llevó la guerra al último estremo y volvió á hacer la paz.

Tomaban parte los sículos, habitantes primitivos del pais, en aquellos contínuos combates, y hacian prevalecer el partido en cuyo favor esgrimian sus armas.

Fué hábil la administracion de Dionisio, si bien arbitraria y violenta (9). Conociendo los peligros que rodean á un tirano jamás se acostaba en el mismo aposento y hacia que sus hijas le cortaran la barba desde que su barbero habia dicho con arrogancia:—*Todas las semanas tengo la vida de Dionisio á discrecion de mi navaja.* Quitó á Júpiter un manto de oro macizo, diciendo:—*Es muy pesado para el verano y demasiado frio para el invierno.* Como regresara á toda vela de Locria, donde habia saqueado el templo de Proserpina, esclamó:—*¡Cuán propicios son los dioses á los sacrilegios!* Mandó quitar á Esculapio su barba de oro, *atendido que no era bien visto que el hijo llevase barba cuando el padre no la tenia.* A fuerza de oro fué, pues, como logró reunir bajo sus banderas hasta dos ó trescientos mil soldados, además de las tripulaciones de su flota.

Deseoso de obtener los sufragios de la libre Grecia envió á su hermano en vencer en su nombre en los juegos olímpicos, y disputar la palma poética que le habian inducido á esperar sus aduladores; mas con todo y ser rey, le silbó el gusto independiente de los griegos, y Lisias tomó á su cargo demostrar que un tirano extranjero no era digno de concurrir á una solemnidad que tenia por objeto estrechar los lazos que unian á hombres libres. Una vez leyó versos suyos al poeta ditirámbico Filoxeno, y como á éste le pareciesen malos, le mandó encerrar en las canteras. A la mañana siguiente le envió á buscar de nuevo y le leyó otros versos: después de escucharlos se volvió el poeta á los sicarios y les dijo:—*Llevadme otra vez á las canteras.* Dionisio se sonrió y le perdonó. Con no menos tranquilidad soportó los audaces discursos del joven Dion, que oyéndole hacer mofa de la administracion apacible de Gelon, le dijo:—*Tu reinas y merced á Gelon se tiene en tí confianza; pero gracias á tí ya no será posible fiarse de nadie.* Cuando apeló á la fuga su cuñado Polixeno, que se habia declarado en contra suya, mandó comparecer á su hermana Testa, y dirigiéndole severas reconvenciones por su complicidad en la huida de su esposo, repuso ella:—*¿Me crees tan cobarde que tuviera miedo de acompañar á mi esposo, si hubiera tenido noticia de sus proyectos de fuga? Hubiera querido ser partícipe de sus miserias, prefiriendo me llamaran esposa del proscripto Polixeno, mejor que hermana del tirano Dionisio.*

Quiso Platon persuadir á Dionisio, como Maquiavelo á su príncipe, que levantara sobre las ruinas de la democracia un Estado bastante fuerte para repeler toda intervencion de griegos y de cartagineses, y hacer que el idioma helénico no sustituyera á la lengua osca. Pensaba que le hu-

(9) El aleman Arnold ha escrito la historia de Siracusa hasta Dionisio. Tambien se halla en la parte cuarta de la historia griega de Mitford, en que Dionisio I queda vindicado de las imputaciones injustas de los escritores originales.

biera servido de grande ayuda, para plantear este proyecto, una oligarquia compuesta de hombres reunidos como los pitagóricos en sociedades secretas (10). Al revés Dionisio favorecia y enriquecia á los caudillos extranjeros, quienes para granjearse la voluntad del pueblo siempre hostil á los advenedizos, llevaban al esceso el lujo y el libertinaje: reconcentraba en Siracusa toda la existencia nacional y descuidaba el resto de la Sicilia: así poco satisfecho de los consejos del filósofo se entendió particularmente con el piloto lacedemonio, que le volvia á Grecia, á fin de que le arrojase al mar ó le vendiese como á esclavo. Con efecto Platon fué vendido y rescatado por los pitagóricos, quienes le dijeron que un filósofo debe mantenerse distante de los príncipes, á ménos que sea diestro en la adulacion.

Disuelta su asociacion y blanco de persecuciones, todavia los pitagóricos eran poderosos en el pais, y luchaban contra la tirania de Dionisio. Contábanse entre este número Damon y Pitias, cuya anécdota es bien conocida; habiendo sido condenado uno de ellos á muerte, por uno de aquellos delitos que imputan los malos gobiernos á los que no han cometido ninguno, se ofreció el otro á quedar en rehenes mientras que su amigo, que habia ido á despedirse de su familia, regresara á constituirse preso: habiendo trascurrido el término fijado, solicitó Pitias morir en lugar de Damon; pero este llega, se opone y se suscita entre ambos una lucha de generosidad para decidir quien habia de sufrir la pena. Conmovido Dionisio de adhesion tan profunda, dió libertad á ambos, pidiéndoles ser admitido á terciar en su amistad. ¿Era esto posible entre dos filósofos y un tirano?

Habiendo alcanzado el premio de la tragedia Dionisio en las fiestas de Baco, dió un magnífico banquete, por consecuencia del cual y ya por esceso ó por efecto del veneno murió (368), después de haber reinado más que ningun tirano.

Dionisio II.—Tuvo por sucesor á su hijo Dionisio II, bajo la tutela de Dion, su tio, ciudadano virtuoso, amigo de Platon, respetado de su cuñado, por la influencia que ejerce la virtud hasta sobre aquellos que la odian. Cuéntase que Dion aconsejó al anciano tirano dejar el poder á los hijos de su hermana Aristómaca, con esclusion del indigno Dionisio, motivo por el cual este últimó apresuró el fin de su padre y detestó á Dion. Ni este ni Platon que volvió á Sicilia, consiguieron mejorar de conducta al jóven y perverso príncipe que no vió en sus consejos más que el resultado de una trama en favor de los hijos de Aristómaca; desterró á Dion á Italia, conservó á Platon prisionero en su corte y dispersó á sus amigos los pitagóricos. Pero Dion con ayuda de los corintios se apoderó de Siracusa, derrocó á Dionisio y se colocó al frente del Estado (356).

Cuando proclamó la libertad del pais, se subió sobre un pedestal en que estaba grabado un reloj solar, lo que hizo que el vulgo dijese: *Así como el sol es movible, no durará la dominacion de este* (11). En efecto, dos años después, el ateniense Calipo que se le habia mostrado muy afecto, le asesinó y usurpó su autoridad (353), que le fué quitada á su vez al año siguiente por Hiparino, hijo de Aristómaca. Conservóla este último hasta el año 350, dejando deshonrosa memoria. En medio de las facciones siempre inquietas, consiguió Dionisio formarse un partido, y volvió á ocupar el trono después de diez años de destierro (347). El temor de encontrar en el hijo de Dion las virtudes del padre, le impulsó á corromper las costumbres de éste, que avergonzado con sus propios desmanes, puso él mismo fin á sus dias. Permitió Dionisio á los malhechores despojar á aquellos á quienes encontrasen, con objeto de que los siracusanos no salieran de noche, y concedió á las mujeres un poder omnímodo en su casa, á fin de que revelasen las maquinaciones de sus maridos. Llegó hasta encontrar aduladores, cuya bajeza fué tan grande, que aparentaban tropezar con los muebles, porque el tirano era corto de vista. ¡No se ha estinguido la especie!

Algunos ciudadanos generosos á quienes la tirania habia forzado á abandonar á Siracusa, fundaron á Ancona; otros pensaron en libertar á su patria y ponerla al abrigo de los cartagineses.

Timoleon, 345.—Pidieron para ello socorros á Corinto, que les envió á Timoleon, gran capitan y gran ciudadano. Nombrado para el mando de las tropas de Corinto su hermano Timofanes usurpó el poder. Timoleon quiso hacerle renunciar; mas cuando vió que eran vanos sus esfuerzos, se decidió á darle muerte por mano de dos de sus amigos. Exaltaron los unos su grandeza de alma, y los otros le trataron de asesino. Maldecido por su madre, resolvió dejarse morir de hambre; pero renunciando

(10) Las cartas atribuidas á Platon parecen apócrifas pero son ciertamente de una época próxima á su tiempo. y escritas por persona bien informada. Debia hacer alusion á Dionisio en el lib. IV. *De las Leyes* cuando decia: «Nada es mejor para organizar un nuevo gobierno que un tirano jóven, de memoria sólida, deseoso de saber, valiente, animado de nobles sentimientos y cerca del cual una casualidad favorable coloca á un hombre versado en el conocimiento de las leyes. ¡Feliz república la que es dirigida por un jefe absoluto aconsejado por un buen legislador!»

(11) La constitucion que queria dar conforme á las ideas de Platon, instituia un rey que velase sobre la religion y el esplendor del Estado, ó sea un sumo sacerdote. Pero á un carácter tan sagrado mal se avenia el derecho de muerte y destierro, por lo que se concedia esa facultad á treinta y cinco custodios de las leyes; los cuales para deliberar sobre la vida de los ciudadanos debian reunirse con los magistrados más justos que recientemente hubiesen desempeñado el mismo cargo. Los treinta y cinco con el senado y el pueblo decidian la paz y la guerra. Así está referido en la VIII de las cartas de Platon.

á esta desesperada resolucion, juró no mezclarse en los negocios públicos, yéndose á llorar á una soledad. Volvió á Corinto después de doce años, donde vivió como simple particular, cuando se le propuso socorriese á los siracusanos. Aceptó diciendo que su conducta probaria si debia llamársele fratricida ó destructor de tiranos.

Abordó á Siracusa con veinte barcos tripulados por solo setecientos hombres. Icetas, tirano de Leontino, que después de haber vencido á Dionisio, le tenia bloqueado en la Isla y se habia apoderado de la autoridad, procuró aunque en vano corromper á Timoleon. Viendo éste aumentadas sus fuerzas con los descontentos, derrota á Icetas, y lo condena á muerte; demuele la fortaleza de Isla, *guarida de tiranos*, y obliga á Dionisio á retirarse á Corinto (343), donde se hace maestro de escuela para ganar su sustento. Marcha enseguida contra los cartagineses; y sobrecogido de un terror pánico el general Magon, huye dándose la muerte para librarse del suplicio de la cruz que aguardaba en Cartago al general vencido. Liberta asimismo á Engia y Apolonia de la tirania de Letino; triunfa de Mamero y de Hippon, tiranos de Catania y de Mesina; restablece en Siracusa el gobierno republicano, y reune en una confederacion las ciudades libres bajo las leyes de Diocles. Es bien pronto consolidada la libertad que ha restituido, por una nueva victoria sobre los cartagineses mandados por Amílcar y Asdrúbal (340). Les obliga á reconocer la independencia de todas las ciudades de la Sicilia, en las que la paz hace renacer la prosperidad y renueva la poblacion.

Este cumplido modelo del héroe republicano de la antigüedad, hizo que fuesen juzgadas las estátuas de los reyes precedentes, no encontrándose digna de ser conservada más que la de Gelon, representado de simple ciudadano. Después de esto depuso el mando y entró en la vida privada; pero con la autoridad de sus consejos siguió dirigiendo la marcha de los negocios, y no obstante de haber quedado ciego, le consultaban los magistrados. Era objeto de los mayores honores, y la asamblea del pueblo resonaba de aplausos, cuando esponia su opinion. Murió en edad muy avanzada, sin contaminarse con la ambicion ni haber esperimentado la ingratitud popular. Cuando fué depositado en la hoguera, el heraldo esclamó: *Reconocido el pueblo de Siracusa á Timoleon por haber destruido á los tiranos, vencido á los bárbaros, devuelto sus franquicias á muchas ciudades y dado leyes á los sicilianos, ha decretado consagrar doscientas minas á sus funerales, honrar todos los años su memoria con certámenes de música, carreras de caballos y juegos gimnásticos.*

Se habia propuesto la reforma de la organizacion política del pais, no por el sistema de Pitágoras y Platon, sino por las ideas dóricas en toda su severidad; pero encontró desgraciadamente un obstáculo en las costumbres corrompidas, que ya no podian ser enfrenadas por otro que Timoleon.

Agatocles, 317.—En efecto, apenas hubo cerrado los ojos cuando tanto interior como esteriormente todo fué trastornado; aprovechóse el audaz y aventurero Agatocles para elevarse por la astucia y la violencia desde la tienda del alfarero á la autoridad suprema. Supo conservarla largo tiempo afectando popularidad, aboliendo las deudas, distribuyendo tierra á los indigentes, rehusando la diadema y las guardias, mostrándose accesible á todos; pero se encarnizaba al mismo tiempo en esterminar á los desterrados de diferentes ciudades y á los aristócratas.

Meditaba como Dionisio la ocupacion de la Magna Grecia y la espulsion de los cartagineses; pero aunque dispersados estos por la tempestad, vuelven bajo las órdenes de Amilcar, le baten y ponen sitio á Siracusa (311).

¿Mas qué hizo entonces el intrépido Agatocles? Adelantándose al pensamiento de Escipion desembarca con una parte de su ejército en la costa de Africa: como Guillermo *el Conquistador* en Inglaterra, incendia sus bajeles para no dejar á sus soldados otra probabilidad de salvacion que la victoria (12), y continua la guerra durante cuatro años sin abstenerse de atrocidades y traiciones. No le oponia Bomílcar, que aspiraba á dominar en Cartago, más que una débil resistencia; pero descubiertos sus proyectos, espiró en la cruz. Se volvió á llamar á Amílcar, pero este sucumbia en aquellos mismos momentos, bajo los golpes de los siracusanos. Informado Agatocles, que habia tomado el título de rey á imitacion de los generales de Alejandro, de que las ciudades griegas de la Sicilia se habian insurreccionado, acudió apresuradamente, abandonando á su ejército en Africa, como Bonaparte lo hizo con el suyo en Egipto. Cambió entonces la fortuna en contra de los suyos, quienes furiosos de verse abandonados, degollaron á sus dos hijos y se rindieron á los cartagineses. Vengóse Agatocles haciendo dar muerte en Sicilia á los deudos de los culpables; mas hecha después la paz, se encontraron las partes beligerantes en su primer estado (306).

Hizo Agatocles sus incursiones en Italia, atacó á Crotona, venció á los brucios, asoló el pais y se retiró con el botin. Manchó con sus crueldades las brillantes cualidades que le adornaban; pues nadie dirá, como Timeo, que solo debió su elevacion á la fortuna. La tranquilidad interior que con brazo de hierro mantuvo, manifiesta que conocia á su pais, y su audaz desembarco en Cartago demuestra que no conocia ménos á sus adversarios. Por eso cuando se preguntaba á Escipion quien habia á su parecer mostrado más habilidad en la concepcion de sus planes, y más juicioso atrevimiento en la

(12) Así lo hicieron los desterrados de Corcira en 413, desembarcados para reconquistar su patria (TUCÍDIDES, III, 85) y así tambien los árabes en el 824 de J. C., al querer conquistar á Creta.

ejecucion nombró á Agatocles y á Dionisio el Viejo.

Su sobrino Arcágato lo envenenó apoderándose de su dominio (289); pero poco después éste fué asesinado por Menon, que intenta hacerse proclamar por el ejército; si bien poco después atacado por otro Icetas, hubo de refugiarse entre los cartagineses. Icetas gobernó por espacio de nueve años con el título de estratego de la república (280), y poco después Tinion se apoderó del poder, que pronto le fué disputado por Sosistrato.

Entre tanto habian surgido nuevos tiranos en casi todas las ciudades. Los extranjeros que militaban á sueldo de Agatocles, aprovechándose de las disensiones y tiranias que se sucedian con rapidez, tomaron á Mesina, y encantados con la situacion de esta ciudad, degüellan á los hombres, se establecen en ella con el nombre de mamertinos y sujetan los Estados contiguos, á la vez que secundados por la legion romana que habia hecho en Reggio lo que acababan de cumplir en Mesina, someten á su ley á los Estados comarcanos, llevan sus incursiones los cartagineses hasta las puertas de Siracusa; esta llama entonces en su socorro á Pirro, rey de Epiro, que se habia casado con Lanaxa, hija de Agatocles, y cuyas espediciones encontrarán su lugar en la historia romana.

La envidia impulsó á los agrigentinos á declarar la guerra á Siracusa, pero les tocó la peor parte. Guardaron neutralidad durante las hostilidades con los griegos; pero cuando los cartagineses invadieron la Sicilia, fué destruida Agrigento, despojada de sus tesoros y de su refinado lujo, y apenas pudo reponerse de tan rudo golpe del que siempre se resintió. Inspiróle Timoleon un nuevo vigor, y en tiempo de Agatocles, habia ya adquirido bastante poder para ponerse á la cabeza de la liga formada contra este tirano, pero sucumbió en la lucha. Después de la muerte de Agatocles tuvo por tirano á Fintias, que fué sitiado por el siracusano Icetas. Colocaron los cartagineses su plaza de armas en Sicilia, en tiempo de sus guerras con los romanos, pero acabaron estos por apoderarse de ella. No ocupa en el dia Girgenti más que una pequeña parte del sitio en que se estendia la antigua ciudad. Pero atestiguan cual fué en un tiempo la grandeza de la patria de Empedocles, los numerosos restos de su antigua magnificencia, los sepulcros de hombres, perros y caballos que se encontraban en las calles, y las ruinas de admirables templos.

Fueron las demás ciudades de la Sicilia satélites de las dos principales. Era famosa por sus vinos Leontino, ciudad voluptuosa, y su territorio de los más fértiles. Lo mismo acontecia á Taormina, cuyos vestigios revelan tristemente su antigua magnificencia. Aun se contempla con sorpresa su teatro, cuyas bóvedas y nichos, dispuestos con grande arte para multiplicar la voz de los actores, todavia repiten el grito de admiracion de los extranjeros y el gemido de los actuales habitantes. Gózase en ella de una perspectiva sin igual: por una parte el mar hácia el cual se deprime la llanura suavemente, por la otra elevándose la campiña por grados hasta las humeantes cimas del monte Gibelo, cuyo nombre atestigua la dominacion sarracena (*gebel*).

Dominó Catania su golfo hasta que fué trastornado por el Etna. Hibla, construida por los griegos de Megara, era afamada por su miel, rival de la del Himeto. Estaba infestada Camarina por un pantano que impedia acercarse á sus inmediaciones; su saneamiento la hizo salubre, pero la dejó á merced de los siracusanos que la destruyeron. Obtuvo más éxito Empedocles dando curso á las aguas pantanosas que rodeaban á Selinunte; y sus moradores en reconocimiento á tal servicio le elevaron templos. Atraia Erice gran concurso de extranjeros, por el culto voluptuoso que se tributaba á Vénus; elevábase éste en la cima de un monte, al pié del cual estaba Egesta, á quien los romanos cambiaron el nombre en Segesta, porque no ménos supersticiosos que feroces, se espantaban ante un nombre de siniestro presagio, como lo era este por su semejanza con *egestas;* y de esta manera cambiaron tambien Malevento en Benevento. Era célebre Himera por sus baños calientes, y por ser cuna de Estesicoro, y Enna defendida por fuertes murallas en medio de risueñas campiñas, donde se celebraban solemnemente cada año las fiestas de Céres, diosa que habia nacido allí, y cuya hija habia sido robada en los campos del contorno cuando ella cogia flores.

Comercio siciliano.—No seguiremos á estas ciudades en sus particulares vicisitudes, prefiriendo reunir las pocas noticias que nos han quedado sobre el comercio de la Sicilia. Hicieron primero los fenicios y cartagineses el comercio de esportacion; y después las colonias griegas desarrollaron la industria. Las mencionadas fábulas prueban el antiquísimo cultivo de los cereales, del olivo y de los naranjos en Sicilia. Diodoro atribuye la prosperidad de Agrigento á sus envios de aceite al Africa, donde aun no se producia. En los tiempos históricos Anaxilao introdujo en Sicilia las liebres y Dionisio el plátano (13). Cogíase allí en abundancia el azafran y la miel, importantísimos productos cuando no se conocian el azúcar ni tantas especias y tinturas, pues sabemos que el azafran se tenia por el principal color después de la púrpura y por un precioso ingrediente de las viandas y perfumes. Fábulas é historias hablan de los numerosísimos rebaños sicilianos y de sus quesos. Los caballos, máxime los de Agrigento, tenian notoria fama, y eran tan numerosos, que en los ejércitos sicilianos la caballeria se contaba por una décima parte de la infanteria.

El sobrenombre de granero de Italia indica cual era la fertilidad de aquel suelo, lo cual está

(13) Teofrasto, IV, 17; Plinio, XII, 5.

bien probado por los nueve millones de sextercios que Roma gastaba cada año en provisiones de granos. Gelon ofreció alimentar el ejército griego todo el tiempo que durase la guerra de Persia. Después de la batalla de Trasimeno, hizo donacion á los romanos Hieron II de trescientas veinte mil fanegas de trigo y doscientas mil de cebada (14). Además de estas riquezas abundaba en metales, ágatas y objetos de lujo que cambiaban por géneros. La misma Roma, acostumbrada á los triunfos, se maravilló de las preciosidades que se encontraron en el saqueo de Siracusa. Ya hemos dicho cuán populosa era esta ciudad; no lo eran ménos en proporcion Agrigento, Gela, Himera, Leontino, Lilibeo y Catania: solo en los alrededores de Palermo reunió Dionisio sesenta mil obreros.

Florecieron las bellas letras en Sicilia antes de ser cultivadas en Grecia: allí fué inventada la poesia por Estesicoro; allí nació la comedia y Sofron estableció la mímica; Corax y Lisias fueron los primeros maestros de retórica; y allí tomó su mayor desarrollo el dialecto dórico. Poseemos medallas sicilianas que se remontan á cinco siglos antes de J. C. (15). Son las de ese tiempo las más bellas que existen, así como muchos de sus vasos pintados, y se distinguen en primera línea las de Gelon; vienen después las de Sibaris, de Crotona, de Reggio y de Tarento. Encargaron los espartanos á Learco de Reggio una estátua de bronce de muchas piezas reunidas por medio de clavos, en el año 178 de Roma. Dameas de Crotona ejecutó en Elide la estátua del atleta Milon por el año de 214.

Ruinas de Selinunte.—Los bajo-relieves descubiertos no ha mucho en Selinunte (16) son un magnífico testimonio de la anterioridad de Sicilia á Grecia en el cultivo de las bellas artes, puesto que esta ciudad no subsistió más que doscientos cuarenta años, y cayó antes de haberse resentido de extranjero influjo. Ya habia fijado la atencion de los anticuarios un monton de colosales ruinas, como tambien la del vulgo, que lo designaba con el nombre de *Pilares de los gigantes*. Allí es donde, segun parece, se alzaba la antigua acrópolis sobre la más elevada colina y más próxima al mar; últimamente se han hecho allí escavaciones que han producido el descubrimiento de tres templos dóricos, y en el del medio habia preciosas metopas, anteriores á las de Egina, y otras esculturas que ornan actualmente el museo de Palermo (17).

Entre todos se cuentan siete templos, y están rodeados, á escepcion de uno solo, de columnas dóricas de los primeros tiempos. Hay dos cuya doble hilera de columnas, que sustenta el pórtico de fachada, el pronaos, cerrado como un aposento, y los muros del santuario que se prolongan sin pilastras ni columnas, presentan disposiciones que no se hallan más que en los monumentos de Egipto. Tambien en las metopas de que acabamos de hacer mencion, trascienden al amaneramiento ritual y señalan la transicion del arte egipcio al arte griego, la monotonia de las cabezas, las barbas en punta, la boca, los ojos hendidos y rectos como los de las aves, los cabellos y los pliegues de las vestiduras. El gusto egipcio predomina en las tres más antiguas; otras dos se parecen á los mármoles de Egina, y cinco son de una perfeccion muy notable.

Otros muchos templos famosos poseia la Sicilia, y especialmente el de Erice, notable por *sus esclavas sagradas*, cuyo tráfico le proporcionaba pingües riquezas, y cuya hermosura recuerdan los encantos de las mujeres del monte de San Julian, poblado todavia de palomas devotas á la diosa de los amores.

Alzase en medio de una soledad el templo de Segesta; tiene ciento setenta y siete piés de longitud, setenta y cuatro de ancho, y está rodeado de treinta y seis columnas dóricas de veinte y ocho piés de elevacion y de seis de diámetro, tan fuertes que para sostenerlas se necesitaba un entablamento gigantesco de once piés. Todo conserva allí el sello de una antigüedad anterior á la civilizacion griega y mejor conservacion, porque no su-

---

(14) Ciceron dice que el diezmo del trigo producia á los romanos nueve millones de sextercios; y con cuatro sextercios se compraba un modio de aquel cereal. Luego, tres millones de modios, ó sea cuatrocientos cinco millones de libras al peso del marco, sacábanse de aquella tercera parte de la Sicilia que estaba sometida al diezmo. DUREAU DE LA MALLE, *Economia política de los romanos*, tomo II, pág. 376.

Aun en el dia, que la Sicilia se encuentra tan mal cultivada, se calcula que esporta por valor de nueve millones de granos, dos de aceite, cuatro de seda y uno y medio de naranjas y limones, sin contar la sosa, el atun y el azufre, que es su oro.

(15) PARUTA, *Sicilia numismática*.

(16) P. PISANI.—*Memorias sobre obras de escultura recien descubiertas en Selinunte*. Palermo, 1824.

HARRIS y S. ANGELL.—*Sculptur ed Metopes discovered amongst the ruins of the temples of the ancient city of Selinuns*. Londres, 1826. Harris murió en la flor de su juventud á consecuencia de una enfermedad que contrajo al esplorar estas ruinas.

J. HITTORFF y ZANTH.—*Arquitectura antigua de la Sicilia*. Paris, 1827 y siguientes.

MARTELLI.—*Las antigüedades de los siculos*. Aquila, 1830.

SERRADIFALCO.—*Las antigüedades de Sicilia*. Palermo, 1834-1837.

(17) «Se cree ver la obra de los gigantes y parece uno tan pequeño al lado de aquellas construcciones y de sus menores detalles, que no es posible comprender como la mano del hombre ha preparado y dado cima á aquellas enormes masas que casi no logra medir la vista; cada columna es una torre, cada capitel una roca.» DENON. Las columnas tienen más de diez piés de diámetro; un pedazo de arquitrabe que permanece entero, tiene veinte y cuatro piés de longitud, y es de una sola pieza.

frieron las eruditas trasformaciones de Adriano como los monumentos griegos.

Atribúyese tambien á los gigantes, es decir, á una época muy remota, los muros y templos de Agrigento: uno de aquellos templos está consagrado á Juno Lucina, con un pórtico de treinta y cuatro columnas dóricas: otro, tambien dórico, está consagrado á la Concordia, y todavia subsiste como el más bello monumento de Sicilia. El de Hércules ha perecido: ha quedado hasta nuestros dias el de Júpiter Olímpico, mayor que otro alguno, sepultado bajo escombros; luego han venido á demostrar los fragmentos exhumados y las estátuas de gigantes cuantas maravillas quedan aun por descubrir en Italia, y cuantas antiguas grandezas hay por consultar todavia.

CAPÍTULO XXVIII

ISLAS MENORES DE ITALIA.

Debieron ser pobladas desde muy luego Cerdeña, Córcega y la isla de Elba, estensas como son y próximas á tierra firme.

Cerdeña.—Suponen que el nombre de Cerdeña se deriva de *sarad*, planta del pié, y por esta misma razon la llamaron los griegos Ignusa. Sus primeros habitantes fueron probablemente los líbios (1) y los iberos, que á las órdenes de Norax fundaron allí la primera ciudad llamada Nora. Aun cuando los griegos atribuyeran, segun costumbre, á sus antiguos héroes la civilizacion de aquella isla, no arribaron á ella sino más tarde, cuando construyeron las ciudades de Caralis *(Cagliari)* y de Olbia. Formaron allí los fenicios y los cartagineses establecimientos de comercio, y destruyeron la antigua religion para sustituir el culto voluptuoso y sanguinario de sus dioses (2). Tiranizados por ellos los naturales (3) no pudieron soportar su yugo, y vestidos de pieles y de su *masturga*, armados del puñal y del escudo, buscaron en las cavernas de sus montañas un albergue donde conservaran su independencia salvaje (4). Estableciérónse allí tambien los etruscos: luego los romanos, y bajo su dominacion llegó á contar la isla cuarenta y dos ciudades, de las que solo existen dos actualmente. Desde entonces eran los sardos robustos y alegres, valientes hasta rayar en temerarios, de una imaginacion viva, vehementes en el amor é implacables en el odio.

Hállanse situados comunmente sobre las cumbres los *nuragues* (segun hemos visto en el tom. I, pág. 254), monumentos cónicos, probablemente sepulcrales.

Añadamos que se hallaron en Cerdeña las primeras piedras sardónicas. Segun Dioscórides crecia allí una planta (la *berraza*) cuya raiz causaba al que la comia, la muerte con convulsiones en el rostro semejantes á las de la risa; y de aquí provino sin duda decir una risa sardónica.

Córcega.—Córcega, llamada primeramente *Teramna*, y luego *Colista* por los fenicios, después *Tera* por los espartanos ó foceos de Asia, *Cirnos ó Cerneuti* por los celtas, *Corsis* por los griegos (5) y *Córsica* por los romanos, situada entre Italia, España y Francia, parece destinada á ser el centro de las relaciones más importantes. Quizá fueron los pelasgos sus primeros habitantes; tambien hubo allí ligurios é iberos (6): dominaron así mismo los

(1) Pausanias dice: Ὑπὸ δὲ Διβύων τῶν ἐνοικούντων καλουμένη Κορσικὴ. *Llamada Córcega por los líbicos habitantes.* O. Müllller quisiera leer Διγύων, pero sin dar razones en su apoyo. En cuanto á Cerdeña propiamente tal, la fábula dice Sardo, hijo del líbico Hércules.

(2) Véase Münter, apéndice á su obra sobre la religion de los cartagineses, *Ueber sardische Idole.*

(3) Polibio en su libro I nos presenta á la isla de Cerdeña en un estado floreciente hasta lo sumo, cuando abordaron á ella los romanos. Por el contrario Aristóteles en su libro *De mirabilibus*, cap. 105, dice: «que los cartagineses habian destruido en Cerdeña todos los árboles frutales, y prohibido á los habitantes, sopena de muerte, dedicarse á la agricultura.» Contradiccion tan manifiesta no se puede esplicar de ningun modo; pero Beckmann en la edicion que ha hecho de esta obra, ha demostrado que semejante aserto no se apoya más que en alguna tradicion vaga, y que está desmentido por la concordancia de los hechos.

(4) Hállanse en el islote de San Antioco (Enosis), cerca de Sulci, millares de sepulcros que hoy sirven de cabañas á los habitantes. Sucede lo mismo en la isla de Gozo.

(5) De *Cors*, pantano ó juncar.

(6) Séneca, desterrado allí *(Consol. ad Helv.* c. 8), dice que en Córcega la poblacion es ibérica, pero que su lengua fué sustituida por la ligúrica. Tal vez esto no significa más que la fraternidad de ligurios é iberos.

etruscos y fundaron á Nicea junto al Golo (564), y después una colonia de foceos construyó á Aleria, cuando su patria fué destruida por los persas. Estos foceos llegaron á ser bastante poderosos para hacer frente á los etruscos y los cartagineses. Alcanzaron la victoria, si bien la compraron al caro precio de cuarenta naves y de gran número de hombres, que conducidos á Agila, en Toscana, fueron allí asesinados. Habiéndose declarado poco después la peste en aquella ciudad, y consultado con este motivo el oráculo de Delfos, respondió que los habitantes debian aplacar los manes de los foceos degollados: lo cumplieron instituyendo juegos anuales y cesó la enfermedad del todo.

Apercibiéndose no obstante los foceos de que no podrian mantenerse en la isla, emigraron á Italia y á las costas de la Galia. Diodoro de Sicilia (7) atestigua que los esclavos corsos superaban á todos los demás en robustez y en toda clase de servicios útiles á la existencia. Al revés Estrabon cuenta que «Si penetrando á veces en lo interior del pais un general romano sorprendia un lugar fortificado y llevaba á Roma algunos esclavos, era singularísimo ver su feroz continente y su estupidez estremada; rehusaban vivir ó caian en una apatia absoluta, de modo que cansaban á sus amos y les inducian á arrepentirse del poco dinero que habian invertido en comprarlos.» Tal vez interpretaba así Estrabon aquel indómito amor de libertad que conservó siempre este pueblo, y al que debió la circunstancia de haber conservado tanta originalidad en su carácter y en sus costumbres. Polibio nos describe la áspera perspectiva de aquella comarca cubierta de selvas, por donde pastaban libremente numerosos rebaños obedeciendo al son conocido del cuerno de los pastores. Si éstos descubrian buques aproximándose á la isla, producian algunos tañidos, é inmediatamente acudian los bueyes y terneras; y en todo lo demás eran como salvajes.

Elba.—La isla de Elba, formada por el agrupamiento de montañas sumergidas en las aguas y llamada *Etalia* por los griegos é *Ilva* por los romanos, era famosa por los hierros que allí se esplotaban desde tiempo inmemorial. Aristóteles ó el autor que sea de las *Cosas admirables de oirse*, recuerda sus minas de hierro, llamado populonio, porque habia en Populonia los hornos de fundicion; y Estrabon aseguró que allí el metal se reproduce, idea sostenida ya por otros naturalistas antiguos. Los etruscos la señorearon á la vez que á la humeante Lípari, nido de piratas, y otras pequeñas islas del archipiélago Tirreno, junto con otras del Adriático.

En Malta y otras islas habian los fenicios introducido sus manufacturas de las que se proveian Grecia é Italia.

(7) Libro V, § 13.

CAPÍTULO XXIX

EL LACIO.

Del Lacio era de donde debia surgir el poder destinado por su fuerza á dominar no solo la Italia, sino el mundo (1). Cuéntase que los aborígenes bajaron de las cimas del Apenino para habitar las llanuras del Lacio, de donde echaron á los sículos y fundaron gran número de caserios que después se hicieron célebres, tales como Laurento, Preneste, Lanuvio, Gabio, Aricia, Lavinio, Tívoli, morada de la Sibila, y Túsculo con murallas de sillares rectángulos, Ardea, residencia de los rútulos, establecimiento enriquecido por el comercio, y enviaron colonias hasta Sagunto en España. No dejaban de unir los lazos religiosos á estas poblaciones que se habian engrandecido separadamente. El *Lucus Ferentinus*, hoy Marino, el bosque sagrado de Diana, cerca de Aricia el de Vénus, entre Lavinio y Ardea, eran otros tantos puntos de reunion para los ritos de un mismo culto. En tiempo de las ferias latinas en el monte de Albano, semejante al Panionio, se celebraba un solemne sacrificio y se distribuian las carnes de las víctimas á todas las tribus, á las cuales desde lo interior de la selva Albunea hacia oir sus oraciones el dios Fauno, divinidad comun.

Por mar llegó Saturno al Lacio, ó sea la gente que dió nombre á los latinos, y al principio se ponian los dioses penates en Lavinio junto al mar, que fué metrópoli de los latinos (μετρόπολις τῶν λατίνων γένους) aun después del engrandecimiento de Alba y Roma (1300? a. J. C.) Pico, Fauno y Latino pasan por los más antiguos reyes del Lacio. Llegó allí en en el reinado de Fauno una colonia de arcades, conducida por Evandro, que puede mirarse como una tercera colonia pelásgica que instalándose en las riberas del Tíber, fundó á Palatio. Dos generaciones después y reinando Latino llegó otra de troyanos escapados de la ruina de su patria y mandados por Eneas (1250?)

Reyes de Alba.—Habiendo conseguido superioridad este príncipe sobre la dinastia indígena, dejó á sus descendientes el trono de Alba ó Albalunga, en el que le sucedieron (1175 á 796), Ascanio, Silvio Póstumo, Eneas Silvio, Latino, Alba, Episto, Capis, Carpento, Tiberio, Arquipo, Arémulo, Aventino, Procas, y Amulio.

Arrojó Amulio del trono á su hermano Numitor y obligó á Rea-Silvia, hija única de este príncipe, á hacerse vestal. Pero el dios Marte fecundó su seno, y dió el sér á dos gemelos, Rómulo y Remo, que arrojados en el Tíber, este los depositó en la orilla y fueron amamantados por una loba. Llegados á la edad de hombres supieron el secreto de su nacimiento, y habiéndose puesto á la cabeza de una colonia de latinos, los condujeron á las orillas del Tíber á diez y seis millas de su desembocadura y á poca distancia de la confluencia del Teverone, comarca silvestre ondulada por muchas colinas. Viviendo en estas por ser ménos insalubres que la llanura, confinaban con los latinos, sabinos, y etruscos, y fundaron allí una ciudad á la que llamaron Roma (753).

Los siete reyes de Roma.—Da muerte Rómulo á su hermano Remo y reina solo: aumenta la poblacion de la nueva ciudad abriendo un asilo, ó mercado franco: distingue á los patricios de los plebeyos, pero sin dejar de unirlos con el lazo del patronato; divide á los ciudadanos en tres tribus y elige en cada una cien caballeros y cien senadores (749). Para tener matrimonios hace robar á las hijas de los sabinos: estos acuden á vengar tal atentado;

(1) Además de los autores ya citados, véase M. CONRADINI.—*De pricis ant. Lat. pop.* Roma, 1748. VULPI. *Latium vetus.* SPANGENBERG. *De vet. Latii religione domestica.*

pero suplicados por sus hijas, consienten en la paz, y los dos pueblos unidos y reconciliados no forman ya más que uno. Fueron vencidos los habitantes de las comarcas vecinas, trasportados á Roma y obligados á recibir colonias en sus propios hogares. Por fin muere ó es asesinado Rómulo y es considerado en el número de los dioses.

Sucede al héroe el legislador sabino Numa Pompilio (714). Reforma el calendario, toma de la Etruria las vírgenes vestales, los feciales, diversas ceremonias, y siguiendo el parecer de la ninfa Egeria, distribuye, el pueblo en corporaciones de artes y oficios, funda en el Argileto el templo de Jano, que debia permanecer cerrado en tiempo de paz.

Fué decidida la suerte de Alba bajo Tulo Hostilio (671) por el combate de tres campeones por parte, y Alba fué destruida y sus habitantes trasladados á Roma.

Vencedor Anco Marcio (639) de los fidenatos, volscos, veyos, sabinos y latinos, abre el puerto de Ostia, y construye salinas y prisiones.

Tarquino el Antiguo (614), originario de Corinto y lucumon de Etruria, obtiene el trono porque los augurios le son favorables; aumenta en ciento nueve el número de senadores, y agrega dos nuevas vestales al colegio de ellas; construye acueductos, cloacas y el circo Maximo; derrota á los sabinos, á los latinos y á los etruscos y muere asesinado.

Continua la guerra Servio Tulio (578) contra los etruscos, introduce el uso del dinero, instituye los censos, distribuye el pueblo en clases y centurias, y sustituye al voto por tribu el de centurias.

Es tambien asesinado por Tarquino su yerno (534), que convertido en tirano de sus súbditos, recibe de ellos el sobrenombre de Soberbio; se concilia la amistad de los aliados, edifica el Capitolio y compra á una hada los libros sibilinos que predicen los destinos de Roma. Pero habiendo atentado su hijo Sexto al honor de Lucrecia, esta se suicida; y en venganza de aquella sangre Tarquino se ve espulsado por el marido Colatino, Lucrecio el padre y Junio Bruto, pariente de aquella generosa matrona, quedando así destruida la monarquia (509) un año después de ser arrojados de Atenas los Pisistrátidas é instituyéndose la república con dos cónsules anuales.

Rechazado después el rey etrusco Porsena que habia acudido para restablecer á los Tarquinos, y dada en el lago Regilo una batalla en la que merced al valor de Albo Postumio y la asistencia de los dioscuros, los reyes perdieron la última esperanza, Roma en medio del entusiasmo de la victoria y de la libertad aumenta en poderio (496), si bien en los mayores peligros se entrega al arbitrio de un dictador. Poco después, oprimidos los plebeyos por los patricios, se sublevan y retiran al monte Sacro (493). Obtienen tambien la institucion de los tribunos, que teniendo la mision de protegerlos, pueden suspender por su *veto* las decisiones del senado, y son investidos posteriormente con el derecho de convocar al pueblo, de hacer plebiscitos y juzgar á los patricios. Declarado partidario Coriolano (491) de los nobles, es desterrado de Roma, mas le hace la guerra, y la reduce al último estremo, hasta que consiguen apaciguarle su madre Veturia y su esposa Volumnia. Deseosos en fin los romanos de tener leyes estables, comisionan para procurarse en Grecia las mejores que se encontrasen, las cuales son escritas en XII Tablas y promulgadas por los decemviros (451).

Esta es la historia de los primeros tiempos de Roma, tal como nos la han trasmitido los prosistas clásicos, y en particular Tito Livio. No hay nadie que no conozca desde sus primeros estudios los brillantes episodios de los Horacios y Curiacios, de Bruto, de Horacio Cocles, de Mucio Scévola, de Clelia, de Menenio Agripa y más tarde de los trescientos seis Fabios, de Cincinato, de Virginia, de Apio Claudio, de Camilo, etc., nombres é historias que tienen asegurado el privilegio de nunca perecer.

Pero la duracion del reinado de estos siete reyes (2), la variedad de los hechos á que dieron cima, la marcha regular de los relatos, siempre ricos en acontecimientos (3), la correspondencia

---

(2) Algarotti fué el primero que ha hecho notar en su *Ensayo sobre la duracion de los reinados de Roma* (Opere, t. III) cuan increible era que estos siete reyes fuesen electivos, que todos, escepto Rómulo, habian ocupado el trono en la edad de la madurez, y de los cuales, cuatro acabaron su vida con muerte violenta, hubieran reinado 244 años, correspondiendo como término medio para cada uno 35 años. En Venecia cuando no se elegian solamente hombres de edad y el dux era realmente el jefe del ejército y del Estado, 40 duces gobernaron desde 805 á 1311. Resulta como término medio para cada uno 12 ½ años. Desde 1587 á 1763 ocuparon el trono de Polonia siete reyes electivos; y aunque esta sea la mayor duracion de reinados que conozcamos en este pais, es de 68 años ménos que la de los reyes romanos. Los siete soberanos polacos que les habian precedido reinaron desde 1455 hasta 1586.

Los reinados hereditarios dan por duracion media de 20 á 22 años. Así en Francia los siete primeros Valois, de los cuales algunos ascendieron al trono muy jóvenes sin perecer ninguno de muerte violenta, reinaron desde 1328 hasta 1498, es decir, 24 años y 3 meses cada uno.

Los siete Borbones desde el 1560 á 1792, es decir, 232 años poco más ó ménos, 12 de diferencia de los siete reyes latinos; pero los cuatro últimos llenan un espacio de 192 años: el uno de ellos fué rey á los 10 años, y dos á los cinco.

Los siete reyes de Inglaterra desde Enrique VII hasta la república, duran 164 años, 80 ménos que los de Roma, aunque el único que no murió en su lecho, fué Cárlos I. Los siete príncipes que se sucedieron después de la república, parte electivos y parte hereditarios, reinaron 107 años. Siete reyes ingleses de la casa de Anjou duraron 222 años, y los últimos Estuardos de Escocia 227. Siete príncipes rusos empezando desde Ivan II en 1353 hasta Ivan IV, muerto en 1584, nos dan 231 años. Seis reyes de España, los últimos de la casa de Austria, y Felipe V el primero de la de Francia, llenan un intérvalo de 245.

(3) Niebuhr, Michelet y Mommsen son nuestros guias en

con tradiciones de otros paises (4), inspiran dudas: se cree con más facilidad que estas relaciones han sido sacadas de los poemas nacionales, que se cantaban en los banquetes, y donde se representaba, bajo el emblema de un hombre, el carácter histórico y el tipo de toda una época, ó bajo la forma de los acontecimientos, la sucesiva formacion de la ciudad, así como el orígen de la legislacion romana. No nos atrevemos, sin embargo, á desechar estas tradiciones como fábulas, pues el pueblo romano les concede entera fé, y tuvieron gran influencia en la série de su historia. Estas solas palabras: *¡Duermes, Bruto!* determinaron al segundo Bruto á libertar á su patria por imitar al primero: el odio al nombre de rey costó la vida á César, el desquite de recobrar el oro pagado á los galos decidió una guerra. ¿Pero quién puede decir hasta qué punto la mezcla de la mitología griega, la vanidad de los retóricos y la ambicion de las genealogias han alterado la verdad? Si las inteligencias poderosas como las de Vico y Niebuhr han llegado alguna vez, como por adivinacion, á descubrimientos más felices; no han podido sin embargo llegar á este conjunto que satisface completamente la razon; y la tarea del historiador se encuentra aun reducida á la crítica. Ensayémosla, pues, á nuestra vez, y empecemos por los reyes de Alba.

Dícesenos que Latino habia nacido del hiperboreo Palante ó de Hércules y de una hija de Fauno, lo que puede indicar la asociacion de una nacion septentrional con los indígenas. Evandro que procede de la Arcadia, es la simbolizacion de los pelasgos. Existe una tradicion muy antigua, que supone pasó al Lacio una colonia de troyanos fugitivos, después de la caida de Ilion. Escribia Timeo en 490 que los lavinios le habian enseñado que conservaban en sus templos estátuas troyanas de barro; dió esta creencia motivo á que el senado romano fundase en ella varios tratados (5). No es verdad, que haya sido introducida ulteriormente por los griegos; era nacional, mas no significa esto que fuese cierta, y no indica tal vez otra cosa sino que la ciudad de Alba fué, como Troya, fundada por los pelasgos. Puede simbolizar Eneas á los plebeyos vencidos en los conflictos heróicos y forzados á emigrar. Mucho tiempo antes de Virgilio hacia la tradicion combatir á Eneas con Turno (forma latina de Tirrenus) y con Latino que murió en el combate (6). El casamiento del jefe troyano con Lavinia (7) representa el tratado de paz y union entre los naturales y este puñado de valientes aventureros.

Podria suceder que este pequeño número de aliados hubiese llegado á apoderarse del poder; pero la lista de los reyes de Alba es variada y con seguridad de fecha reciente. En los primeros dias de Roma las mismas fábulas revelan el carácter del pueblo que las inventó, carácter enérgico y perseverante, pero duro é implacable. Tal vez las siete colinas estaban ocupadas por otras tantas ciudades pelásgicas ó etruscas, cuando una banda de pastores sabinos las sujetó. Edificada Roma sobre el Palatio, destruyó la ciudad de Remuria, su hermana, que la desafió; elevábase Quiris sobre el Quirinal; y de aquí proceden los quirites y Numa. Que fuesen sabinos los primeros habitantes ó dominadores, es lo que demuestra el poema histórico, y segun él reinó el sabino Tacio con Rómulo, sucediendo Numa á este último, lo cual produjo la reunion de las dos colinas.

Se construyó en el valle intermedio, como límite, el templo de Jano, con dos caras, con objeto de que velase sobre una y otra ciudad; permanecian las puertas del templo abiertas en tiempo de guerra, para que pudiese socorrerse mútuamente y cerra-

---

esta crítica, sin dejar de separarnos de ellos cuando nos parezca conveniente. Hemos consultado tambien las *Dudas, conjeturas y discusiones sobre los diferentes puntos de la Historia romana* por P. Ch. LEVESQUE, en las Memorias del Instituto de Francia; HOOKE.—*Discurso y reflexiones críticas sobre la historia y el gobierno de la antigua Roma*, Paris, 1834. DURUY, *Historia de los romanos desde los tiempos más antiguos hasta la invasion de los bárbaros*; W. A. BECKER,—*Handbuch der römischen Alterthümer*. Leipzig, 1843 y otros autores más recientes.

(4) Plutarco en los *Paralelos de la historia griega y romana* refiere muchas tradiciones griegas correspondientes á los romanos. Filonoma, hija de Nictimo, concibió del dios Marte dos gemelos, que fueron arrojados al rio Erimanto; el agua los dejó en el hueco de una planta, donde los amamantó una loba; y después, educados por un pastor, llegaron á ser reyes de la Arcadia.—Los habitantes de Tegea y Fenea, en guerra entre sí, convinieron en terminarla, remitiéndose al resultado del duelo de tres gemelos contra otros tres, los cuales fueron los hijos de Demostrato y los hijos de Resimaco. Critolao, que era el segundo de estos últimos, viendo á sus hermanos caidos, finge huir, se vuelve después á combatir á los tres adversarios que á distancias desiguales le seguian, y triunfa. De regreso á la ciudad mata á una hermana, y acusado por la madre, es absuelto por el pueblo.—Breno, rey de los Galos, sitia á Efeso, y Demónica le promete entregarle una puerta con tal que le dé en recompensa todas las riquezas del templo. El Galo, despues de haber entrado en la ciudad por aquel medio, hace arrojar sobre Demónica tantas riquezas, que la ahoga entre ellas.

(5) Los pelasgos hablaban el eolio, y en latin se encuentran muchas voces eólicas, mayormente en las instituciones primitivas, como τρίππυς *tribu* κύρια *curia, clasis* κλῆσις, *plebs* πλήθος, *clientes* κλύων.

(6) Servio, *Coment. sobre la Eneida*, IV, 620: *Cato dicit Laurolavinium, cum Æneæ socii prædas agerent, prælium commissum, in quo Latinus occisus est, fugit Turnus:* en el I, 267. *Secundum Catonem, Æneam cum patre ad Italiam venisse, et propter invasos agros, contra Latinum Turnumque pugnasse, in quo prælio periit Latinus;* y en el IX, 745: *Si veritatem historiæ requiras, primo prælio interemptus est Latinus in arce.*

(7) De esta manera es como Evandro casa con Hércules su hija Launa, y como Laurina, hija de otro latino, enotrio, se casó con Locro.

das durante la paz para evitar que las indiscretas comunicaciones turbasen la buena inteligencia. Para oponer á los etruscos ó á los albanos una resistencia más vigorosa, contrajeron recíprocamente casamientos, formaron un senado único y una sola asamblea electiva, y convinieron en no tener más que un rey, elegido alternativamente en la una ó en la otra, lo que hizo decir *Populus Romanus Quirites;* y después *Populus Romanus Quiritium.*

Estos dos pueblos unidos formaban las dos primeras tribus de los ramneses y de los ticienses, á las cuales vino á añadirse la tercera de los luceres, compuesta de los albanos que Tulo Hostilio trasladó al monte Celio. Los cien senadores que Tarquino el Antiguo unió á los doscientos, en ejercicio, fueron tomados en esta última y llamados *gentes minores.*

Fueron los dioses considerados por estas en comun, y á los flamines, Dial y Marcial de las dos primeras agregóse el Quirinal. Las vestales que en un principio no fueron más que dos, llegaron luego á cuatro; después instituyó otras dos más Tarquino el Antiguo, tomándolas de las familias de los nuevos senadores (8).

Los nombres que se nos han enseñado como pertenecientes á los reyes, no son probablemente más, que designaciones apelativas de caractéres idealizados. Rómulo, en efecto, era un semi-dios, y Numa platica con los dioses; lo cual revela la personificacion mítica. Estos dioses-reyes podrian, pues, representar dos épocas sucesivas, la una heróica, y la otra sacerdotal.

Rómulo.—Recibió el sér Rómulo de Marte, dios sabino, y de una sacerdotisa de Vesta, divinidad pelásgica, símbolo de la civilizacion, garantia divina de la asociacion de la mujer con el hombre, personificacion religiosa del estado doméstico y del derecho de propiedad, importantísimos cuando el régimen político está fundado sobre la familia.

Desterrado de su patria (9), construyó su fortaleza sobre una altura, al pié de la cual llegó á refugiarse la muchedumbre, cuya debilidad es protegida y dominada por los hombres fuertes, que se entregan á la guerra, mientras que los plebeyos se ocupan en el campo y en oficios diversos. Nace la primera causa de guerra de la tentacion comun á los pueblos, todavia incultos, del deseo de proporcionarse mujeres (10). Pero éstas acercándose más á la naturaleza de las razas septentrionales, adquieren dignidad; resisten primero, mas después se hacen mediadoras de paz entre sus padres y maridos, lo cuál empieza á inspirar en Roma respeto al sexo débil. Las novias son arrancadas de la casa paterna como con violencia, y una vez casadas no tienen otra ocupacion que hilar lana; los hombres les ceden el paso en las calles; no debe decirse ni hacerse nada que sea indecoroso en su presencia; ni pueden ser citadas ante los jueces que pronuncian sentencia de pena capital (11). De esta manera están indicadas como concesiones y transaciones mútuas, las lentas adquisiciones del tiempo y los efectos de las mezclas de las razas.

Entretanto se adquieren en las guerras territorios que son divididos entre los patricios; y los vencidos, reducidos á la esclavitud, son condenados á penosos trabajos. Encontrábase, pues, la nacion romana dividida en dos clases, así como todos los pueblos de la antigüedad, conquistadores y vencidos, gobernantes y súbditos, patricios y plebeyos. Sin embargo, aquí no representan dos castas con límites insuperables, sino más bien dos partidos políticos, disputándose desde el principio la preponderancia, hasta que se forma esa clase plebeya, pero libre, sobre la cual se funda el poder de Roma. Acaba la guerra contra Tacio por una de aquellas transaciones que encontramos en todas las naciones; pero al ver el nombre de los romanos cambiarse en el de quirites y un sabino suceder á Rómulo, estamos tentados por creer que Roma fué subyugada por aquellos vecinos.

Numa, Sacerdotes.—Aunque sea sabino, tiene Numa Pompilio todo el carácter sacerdotal de la Etruria: tal vez personifica una colonia sacerdotal que hubiera llegado á civilizar á los guerreros de Rómulo Quirino. En la incertidumbre de los orígenes romanos lo que la erudicion va comprobando cada vez más, es la gran parte que tuvo en ellos la Etruria: ceremonias religiosas, confundidas á veces con las del Estado; legislacion sobre el culto, estendida hasta entrar en la vida civil y política cuyos derechos y formas regula, y concentrada en manos de una aristocracia sacerdotal, son cosas etruscas en tanto grado, que Roma primitiva es el mejor comentario de la Etruria antigua. En tiempo de Numa es, segun se dice, cuando en efecto se introducen las letras, las ceremonias toscanas, con el año de doce meses. Es consagrada la propiedad por el culto del dios Término ó Júpiter piedra, y el pueblo distribuido en gremios de artes y oficios (12); se empiezan á redactar anales como

(8) DIONISIO DE HALICARNASIO, III, 67. Merece tomarse en consideracion más que PLUTARCO en la *Vida de Numa.*

(9) Los fundadores del pueblo, si podemos espresarnos de esta manera, son en su mayor parte desterrados y perseguidos: testigos Hércules, Teseo, el Outlaw, el normando Rogerio, etc. Contaban los sabinos que una doncella de los alrededores de Reati, fecundada por Marte Quirino, habia dado nacimiento á Modio Fabidio, que fundó á Cures en compañia de vagabundos. (DIONISIO DE HALIC., II.) El lobo era sagrado entre los sabinos, como lo fué tambien entre los romanos.

(10) El rapto de las sabinas tiene por semejantes los de Elena, de Dina, de Proserpina, de Europa, de los amantes de Rama y de Crisna en los poemas indios; de Brunequilda en los *Niebelungos*, de las venecianas, etc.

(11) PLUTARCO.

(12) El ejercicio de las artes mecánicas era, sin embar-

se hacia en las ciudades de Etruria, y la ferocidad de los romanos-sabinos toma un aspecto religioso: toda justicia se funda en los dioses, como sucede en el orígen de los pueblos cuando todo se hace para los dioses y por los dioses. La casa pertenecia á los lares, el sepulcro á los manes; el matrimonio fué un dios-genio, los criminales fueron consagrados á la divinidad vengadora, el hijo impio á los dioses de los padres, y á Céres el incendiario de las mieses: hasta las guerras fueron tambien sagradas segun el lenguaje de las XII Tablas.

Muchas analogias, y en particular la veneracion al buey (13), indujeron á algunos sabios á suponer que la religion fué llevada á Roma por sacerdotes indios; otros la hacen proceder de la Grecia, nosotros de un orígen más antiguo y comun, modificada por las creencias nacionales y por la naturaleza del pueblo y por el tiempo. No tuvieron los romanos al principio más que dos lares solamente, Vesta y la Palas troyana, divinidades pelasgas; después les añadieron Jano latino y Marte sabino, dios de la guerra y padre de su fundador, siguiéndole toda una generacion de divinidades agrestes. Su religion se separa ya en esto de la mitologia griega, á la cual la de los romanos es superior, por cuanto asigna á todos los dioses funciones análogas á la conservacion y perfeccionamiento del hombre. Acto importantísimo, que no se realizó sin lucha, fué la introduccion de la tres principales divinidades etruscas.

Los augures consultados con ritos que lo mismo en el antiguo que en el nuevo culto fueron considerados superiores á los de los dioses mismos, proscribieron uno después de otro los altares que impedian estender el recinto del nuevo templo; pero bajo ningun concepto quisieron ceder los de Término y Juventud, dos divinidades pertenecientes á aquella religion de los genios que hemos observado ser propia de los antiguos italianos.

Cuando el círculo de las divinidades quedó completo en Roma después de la caida de los reyes, lo vemos compuesto de doce dioses *consentes*, seis varones y seis hembras: Júpiter, Neptuno, Vulcano, Apolo, Marte, Mercurio, y Juno, Vesta, Minerva, Céres, Diana, Vénus, llamados tambien grandes, nobles, celestes, de las gentes mayores. El culto de los dioses *selectos* ó intermedios parece remontarse al tiempo de los Tarquinos y son: Saturno, Rea, Jano, Pluton, Baco, el Sol, la Luna, las Parcas, los Genios y los Penates. Siguen los dioses inferiores divididos en *indigetes* y *simones:* pertenecian á los primeros Hércules, Cástor, Pólux, Eneas, y Quirino, y á los otros Pan, Vertumno, Flora, Palas, Averrunco y Rubigo. Agregáronse á estos después muchos entes morales y númenes adoptados de las naciones sometidas (14). La religion romana fué siempre árida, prosáica y en todo política, á diferencia de la de los griegos: es libre é independiente en Grecia, mientras que en Roma los patricios la circunscriben estrechamente á un sistema inalterable y todo en provecho suyo. El Ancile, escudo de Marte, caido del cielo, el Paladion, el cetro de Priamo, el carro de Júpiter, venido de Veyos, las cenizas de Orestes, la piedra cónica, el velo de Elena ó de Iliona, constituian siete prendas sagradas de las existencia y de la prosperidad de Roma (15). Tenia dos nombres la ciudad espresando fuerza y flor (16), y además otro que perma-

---

go, prohibido (DIONISIO DE HAL., IX), y á escepcion de algunos de aquellos relativos á la guerra, todos los demás eran abandonados á los esclavos.

(13) Es la opinion de Schlegel. Plinio y Valerio Máximo hacen mencion de un ciudadano que fué acusado y condenado á perder la vida por haber dado muerte á un buey, con el fin de de regalar á un hombre de mala vida. Columela dice que es un crímen capital el matar un buey.

(14) El mayor número de las divinidades romanas de primer órden lleva el nombre griego; pero hay en esto algunas variaciones, cuya esplicacion han intentado los eruditos. J. Millingen, en una memoria inserta en 1832 en las *Transactions of the royal Society of literature of the United Kingdom*, t. II, pág. 1, quiere probar que no son más que alteraciones del griego. Es inútil señalar como de este origen á *Bacchus*, *Hercules*, *Latona*, *Themis*, *Proserpina*, *Æsculapius*, *Pollux*, *Castor*, *Sol*, *Horæ*, *Musæ*, *Gratiæ*, *Nymphæ*, *Luna* (apócope de Σελήνη) etc.; pero en cuanto á los dioses mayores, fácil es derivar *Jovis* de Ζεύς ó ΔΙΦΟΣ por trasposicion IOVIS; *Juno* de Ζήν ó Διώνη; *Apollo* ó *Phœbus* del mismo nombre; *Diana* de δεα ó διὰ ἀνα, *Vesta* de Εστια; *Ceres* de Ερα con la gutural. En cuanto á *Mars*, puede provenir de Ἄρης con la anteposicion M; *Neptunus* de νέω, νήχο, ondeo: en el dialecto eólico se cambian unas en otras las ττ y σσ, y la terminacion *unus* es comun á *Portunus*, *Vertunus*, *Tribunus*, etc. *Consus*, otro nombre eólico puede proceder de Πόντος, cambiándose frecuentemente la Π en K, como de πέντε *quinque*, de ἕπομαι *sequor*, de ἵππος *equus*. *Venus* no procede de *venire* ó de *feo* (raiz de *fetus*, *fœmina*), sino de εὐναῖα, εὐνήεσσα, ó εὖνους. *Vulcanus* viene de φλέγω y φλόξ, raiz de *fulgeo*, *fulgo*, *fulmen*. *Mercurius* no se deriva de *merx*, sino de Ἑρμ, trasponiendo las letras como *forma* de μορφή y con la final κοῦρος ó κήρυξ. Se cree que el nombre de Minerva viene de su epiteto ἐνέρεα, relativo á los despojos enemigos que se le dedicaban y con el prefijo M y el digamma F. Véase tambien HURTUNG.—*Die relig. der Römer*. Erlangen, 1836, 2 tomos en 8.°

(15) CANCELLIERI, *Las siete cosas fatales de Roma antigua*.

(16) *Roma*, *Flora*. Se pretende que su tercer nombre, el que ha quedado en el misterio, era *Amor*, anagrama de Roma, á fin de esplicar la santa union que debia existir entre los ciudadanos. Solo los pontífices podian pronunciarle en los sacrificios; ¡y desventurados de aquellos que le hubieran revelado al pueblo! Era sacerdotal el nombre de Flora, dió márgen á la institucion de las fiestas Florales, y más tarde su nombre á Florencia. El nombre civil y vulgar de Roma, se derivaba tal vez de Ῥῶμη, fuerza, ó bien de *ruma*, que en el latin primitivo significaba teta, y que nos recuerda la *higuera ruminal* bajo la que fueron criados Rómulo y Remo. Guillermo Schlegel, recordando el οὐδὰρ ἀρούρης de Homero, acepta esa última etimologia aplicándola á las colinas que se ostentan en la campiña romana.

necia secreto. Solo los patricios tenian el privilegio de los auspicios que santificaban la propiedad, los matrimonios y los juicios; ligábanse á todas las fiestas recuerdos históricos con el objeto de asociar la religion, la política y la moral.

Tulo Hostilio.—Abandona con Tulo Hostilio la historia á los dioses y se hace humana; tal vez marca el tiempo en que la fiereza latina prevalece sobre la dominacion sacerdotal. Horacio da muerte á su hermana, y el padre ejerce el derecho patriarcal absolviendo al fratricida, Meto Fufecio es descuartizado, y Alba destruida por la ciudad á que habia dado el sér, cede á ésta la supremacia que ejercia en una liga de ciudades itálicas. Muéstrase ya en esto el sistema de Roma de afiliarse los pueblos estraños absorbiéndolos en la ciudad, y de enviar colonias al territorio conquistado. Pero Tulo Hostilio que queria usurpar las funciones del sacerdote y mezclarse en los ritos fulgurales, fué muerto por un rayo y por la venganza sacerdotal.

Anco Marcio.—Anco Marcio es una mezcla de caractéres opuestos; se ocupa de conquistar y edificar á la vez (17); civiliza, establece la comunidad de religiones é introduce en Roma á los etruscos.

Tarquino el Antiguo.—Sucedióle un lucumon de Etruria, y el reinado de Tarquino el Antiguo indica tal vez la época en que Roma fué robada á los sabinos, y conquistada por los lucumones de Tarquinia, y á la época mitológica y sabina sucede la etrusca. Entonces tuvo superioridad el patriciado sagrado de los etruscos sobre el guerrero de los sabinos, y entraron dentro de los muros de Roma las artes y riquezas de una nacion civilizada. Refiérense á esta época dilatadas conquistas y muchos edificios, para los cuales apenas bastarian varias generaciones. Tarquino, cuya mirada hubiera podido abarcar todo su reino, se apoderó del territorio de los sabinos, latinos y etruscos, y poco tiempo después la única ciudad de Clusio pone á Roma á dos dedos de su ruina, necesitando luego diez años los romanos para triunfar de Veyos.

Tales contradicciones hacen suponer que Tarquino dió á Roma la fuerza que en vano habia querido dar á Etruria, esto es la union, haciéndola cabeza de una federacion que abarcó cuarenta y siete ciudades, quizás las mismas que antes estaban unidas á la destruida Alba.

Servio Tulio.—Invadió á Roma Celio Vibenna, salido de la Etruria con multitud de clientes y servidores. A su muerte, Mastarna, hijo de una esclava, reunió su ejército, y á su frente llegó á dominar bajo el nombre de Servio Tulio (18). Debió favorecer á las gentes de la clase de que él habia salido, y á aquellos que como él hacia poco tiempo que habian llegado á la ciudad. Con objeto, pues, de que los plebeyos, es decir, los extranjeros, participasen del poder, proporcionó los derechos políticos, no á la ilustracion de las familias, sino á las riquezas. Atribúyele la tradicion popular el mérito de todas las ventajas que tardó siglos la plebe en adquirir: rescató á los deudores á quienes su insolvencia habia reducido á la esclavitud, estinguió las deudas, distribuyó las tierras entre los plebeyos, y reunió á los latinos en el Aventino, colina plebeya fuera de las murallas patricias y auspiciarias de Roma.

Tarquino el Soberbio.—Pero con el fin de anular la faccion aristocrática (19) las franquicias concedidas por Servio, hizo alianza con los lucumones etruscos, que, bajo el nombre de Tarquino el Soberbio, vuelven á dominar en Roma, sin el asentimiento de las curias para dar muerte á la libertad; oprimen á la vez á los nobles sabinos y á los plebeyos latinos, y vuelven á abrir las prisiones feudales. Los ritos y adivinaciones etruscas (20), así como el lenguaje simbólico (21), tornan á engrandecerse bajo los lucumones de Tarquinia. Fueron desterradas las antiguas divinidades del Capitolio á escepcion de las tres etruscas, que llegan á ser después Júpiter, Juno y Minerva. Vence el hijo de Tarquino á Gabio, que ofrece aun, como monumento de su grandeza los muros del santuario de Juno, y después de haber subyugado á los latinos, sacrifica él mismo el toro sobre la colina de Alba, en las ferias latinas (22).

Bruto.—Sea por injurias que hubiesen sufrido las tribus primitivas ó por atacar á sus franquicias los extranjeros, se insurreccionaron contra los Tarquinos y los arrojaron, aboliendo el gobierno sacerdotal. Porsena, *lar* de Clusio, por instigacion de la dinastia desterrada, fué á conquistar á Roma, apoderándose de ella y tratándola con estremado rigor, aunque estaba defendida por Horacio Cocles (23); no permitió á los romanos servirse del

---

(17) Hizo abrir el puerto de Ostia y vemos después á los romanos desprovistos de barcos; publica los misterios de la religion, y aun durante siglos permanecen los plebeyos como extranjeros; establece á los latinos sobre las alturas del Aventino, y bastante tiempo después una ley distribuye entre los plebeyos las tierras aventinas.

(18) Este hecho, ignorado por Tito Livio y por la mayor parte de los historiadores, se nos ha trasmitido en un discurso pronunciado por el emperador Claudio con ocasion de la admision de los galos de Lion en el senado. Grabado este discurso en Lion sobre bronce, fué publicado por Justo Lipsio; y es un indicio tanto más digno de fé, por cuanto el emperador Claudio habia, como se sabe, escrito una historia de los etruscos.

(19) A la cabeza de la cual estaba la perversa Tulia, hija de Servio, casada con Tarquino.

(20) Se sabe que Tanaquilla era hábil en el arte de los augurios.

(21) Las adormideras de Gabio.

(22) No pasaba Tarquino en tiempo de Ciceron por el mónstruo que nos describe Dionisio de Halicarnasio: *Atque ille Tarquinius, quem majores nostri non tulerunt, non crudelis, non impius, sed superbus habitus est et dictus.* Philipp., III, 4. Pero en su *arenga pro Rabirio*, dice *Superbissimi et crudelissimi regis.*

(23) Horacio solamente quiere decir con todos sus

hierro más que para los trabajos de la agricultura (24). Ignórase la duracion de su dominio y cómo se libertaron los romanos de él; el hecho es que después de la espulsion de los reyes y de la batalla cerca del lago Regilo, donde pereció la raza de los antiguos héroes, constituyeron los patricios dos cónsules elegidos de los de su clase.

Constitucion.—La confusa interpretacion de las palabras rey, pueblo y libertad, perjudica á la completa inteligencia de aquel paso de un estado á otro de cosas. Aquellos reyes no eran ni absolutos ni hereditarios, y su accion era restringida por el senado, los patricios, el comun, las instituciones religiosas y nacionales, y por los vínculos de la clientela. Al principio de Roma todo es sagrado: sagrado es el derecho; solo á los dioses incumbe la iniciativa de los negocios humanos, que ejercen mediante la casta sagrada de los patricios; y las magistraturas, hasta las supremas, son sacerdocios; Numa se hace proclamar sobre una piedra misteriosa; cónsules, pretores y censores conservan, aun más adelante, los auspicios, y responde el cielo á sus invocaciones. El *pomœrium*, primer asilo del pueblo, es sagrado y está orientado á imitacion del cielo, así como son tambien sagrados los muros que les ciñen y que es un delito traspasar.

La familia romana está constituida por el culto á los antepasados y sobre el dogma de la solidaridad. El padre es una especie de dios decaido, pues casi creaba con dar la vida: mediante las obras suyas y de sus hijos merecia la dignidad de los lares. Inseparable obligacion de la herencia eran los sacrificios expiatorios de cada año celebrados por los descendientes varones con tanto rigor que, si un deudor moria insolvente y dejaba tan solo un esclavo, se le daba libertad para que los sacrificios no se interrumpieran. Por esto los límites de todo poder estaban asegurados por el dios Término.

Solemnes eran en Roma los actos judiciales. La clase sacerdotal habia logrado desarmar al pueblo, de modo que ninguno se presentaba con armas en la ciudad, y así los conquistadores del mundo eran *gente togada*. Llamábase *sacramento* todo litigio civil, y *suplicio* la pena corporal. El hogar doméstico era un santuario.

Pero la libertad humana prevaleció en forma secular; y ya los patricios etruscos se diferenciaban de los asiáticos en tener á la vez el doble carácter de sacerdotes y de guerreros.

Adelantándose más en tal progreso el patricio romano sometió la religion al Estado, y separándose enteramente de la teocracia, constituyó un cuerpo elegido de ciudadanos, *padres* y fundadores de la patria, nombrando un jefe (*rex*) para presidir á sus deliberaciones, conducirlos al combate y administrar justicia. El mismo patricio podia ser rey, general y pontífice; como rey convocaba la asamblea del Senado y la del pueblo, pronunciaba condenas, aun contra los patricios, aunque con apelacion al pueblo, es decir á sus iguales (25); y disponia tambien del territorio de los vencidos.

Tribu.—Entendíase por pueblo la reunion de las tres tribus; y es útil ocuparnos de esta division por tribus, que es comun á todas las sociedades antiguas. Procedian las tribus generalmente ó de las razas ó del territorio. Las primeras, que son aquellos en que las familias tienen un orígen comun, se asemejan á las castas; difieren de clase, y cada una vive aparte sin cruzarse por el matrimonio: pueden sus miembros descender, mas no elevarse. Si interviene la religion, como en la India, ninguna mezcla puede alterarlas, al propio tiempo que las distinciones se van suavizando hasta llegar á la igualdad (26). Son consideradas las familias precedentes al Estado como elementos necesarios, y nadie pertenece á la república que no pertenezca á una familia (*gens*) por derivacion legítima. Sucede solamente algunas veces por gran condescendencia que es admitido el hombre libre y tambien una familia nueva, cuando una de las antiguas se ha estinguido y es preciso completar el número ritual.

Corresponden las tribus territoriales por el contrario á la division del pais en distritos y aldeas; de manera que todo el que posee en esta circunscripcion al tiempo de instituirse, se encuentra miembro de la tribu, y continuan sus descendientes perteneciendo á ella, aun cuando hayan cambiado ó perdido sus propiedades. Resulta de ello una especie de genealogia, aunque ménos rigorosa.

Si un pueblo constituido de esta manera se traslada á otro pais, conserva su primitiva forma, pero admite en su seno á los extranjeros que le prestan socorro, repartiéndolos en las diferentes tribus, segun las circunstancias, y sin que ningun lazo de sangre ó patria exista entre los miembros de una misma tribu.

Dividíase cada tribu en diez curias que podian llamarse parroquias, cada una de las cuales tenia particulares dias solemnes y sacrificios, á los cuales debian asistir todos los miembros de la tribu, así como banquetes públicos que seguian á los sacrifi-

---

clientes y servidores. En el lenguaje heróico solo el jefe se cuenta, los demás son cosas. Se ha conservado la fórmula en cuanto á los reyes, y decimos aun: Alejandro conquistó la India, Napoleon fué vencido en Leipzig, etc. Roma, que poseia diez millas de territorio alrededor de sus muros, hizo donacion á Cocles de las tierras de un circuito igual á aquel que dos bueyes pueden andar en una jornada, es decir, tres millas cuadradas. Exageraciones que revelan el orígen poético de la tradicion, así como los brazaletes de oro de los soldados del sabino Tacio.

(24) Este hecho, bien opuesto á la leccion vulgar, está testificado por Tácito: *Nec Porsena, dedita urbe, neque Galli, captâ, temerare potuissent;* y por Plinio: *In fœdere quod expulsis regibus populo romano dedit Porsena; nominatim comprehensum inveninus, ne ferro nisi in agricultura uterentur.*

(25) Como sucedió con Horacio culpable de fratricidio. Livio, I, 26.

(26) A ésta llegaron los nobles en Venecia.

cios. Habia en cada curia un curion destinado al culto y un augur, elegidos por aclamacion del pueblo.

Gentes.—Quedaban, pues, las tribus compuestas de esta manera de diferentes *gentes*, sin que ningun lazo de parentesco ó derivacion fuese necesario no solo entre sí, sino tambien en una *gens*, tomada por completo, como tampoco suele existir entre nosotros en personas que llevan el mismo apellido: sucedia pues que en la misma *gente* eran los unos nobles y los otros plebeyos, segun fueran descendientes de matrimonios desproporcionados. Uníalos un mismo culto (27); se heredaban mútuamente cuando no se habian hecho disposiciones testamentarias; y daban sus nombres á los libertos que quedaban entonces como sus clientes.

Clientes.—Trasmitíase la clientela por herencia: fueron los clientes tal vez en su orígen ciudadanos de comarcas aliadas, quienes para vivir en Roma tenian necesidad de contar con un patrono, ó delincuentes y deudores, llegados á buscar un asilo á la habitacion de un hombre poderoso, ó libertos y sus hijos. Era libre el cliente de dar pruebas de deferencia y adhesion hácia su patrono; debia ayudarle á pagar sus multas, el dote á sus hijas, el rescate si aquel era prisionero; y si moria sin testar, su sucesion pertenecia al patrono: entre él y el patrono no podia haber pleito, ni el uno podia servir de testigo contra el otro. Si se encontraba el cliente sin profesion ó desprovisto de lo necesario, el patrono le asignaba una casa y dos fanegas de terreno á título de usufructuario. Pero á ser verdad que todo plebeyo tenia por patrono un patricio, como enseñan las escuelas, seria incomprensible la historia de Roma que consiste en la lucha de los aristócratas contra la plebe.

Comicios curiatos, Senado.—Habia en Roma en su orígen dos asambleas, los *comicios curiatos* y el *Senado*. Componíanse los primeros de *gentes*, y los únicos que tenian en ellos derecho de sufragio, eran los patricios de las treinta curias, en las cuales estaban divididas las tres tribus (28): formaban los trescientos senadores los jefes de tribus, los de curia y los de casa, y fué autoridad que se perpetuó bajo todas las formas de gobierno.

Cuando se conquistaba algun pais, su territorio pertenecia al dominio del Estado. Quedaba para el comun una parte de lo que gozaban los patricios y sus vasallos, y otra parte más para el rey, que designaba un tercio á los antiguos propietarios.

Plebe.—Los vencidos formaban la plebe. Conducidos á Roma eran admitidos en el vecindario, pero sin tener derecho de sufragio: no estando comprendidos en las curias, que eran las únicas que podian votar, no podian contraer matrimonios legítimos y se encontraban encadenados á los patricios. Habia, sin embargo, entre ellos quienes pertenecian á familias ilustres, y no deben confundirse con los clientes y vasallos que no fueron hasta después admitidos entre los plebeyos cuando las antiguas familias se estinguieron y la libertad progresó.

En los gobiernos aristocráticos de esta clase acaba el poder á medida que se estinguen las familias, para conservarse en las manos de algunos oligarcas. Para reprimir los reyes á aquellos, favorecian á la clase plebeya, que constituia la mayor parte del ejército, y á la que vemos bajo Anco Marcio formar una porcion libre y numerosa de la nacion: fué Tarquino el Antiguo el que tomó la primera medida en favor de la clase inferior, dobló las centurias de los caballeros y sacó de las familias plebeyas ilustres los votos para llenar los huecos del patriciado. Organizó la plebe Servio Tulio, distribuyéndola en tribus locales, en las que fué inscrito todo ciudadano no patricio, gozando de cierto bienestar; y de esta manera se formó al lado del *pueblo* de los patricios el *comun* de los vencidos, reuniéndose en comicios por tribus y con jueces, ediles y tribunales propios.

Comicios centuriatos.—Con el fin de que todos obrasen en interés mancomunado, distribuyó Servio los patricios clientes y plebeyos, tanto los de la ciudad como del campo, en centurias (29), que

---

(27) Por eso los Naucios reverenciaban á Minerva: los Fabios á Sanco; espiaban los Horacios con particulares devociones el asesinato de una hermana degollada, etc.

(28) Niebuhr comparó la primitiva ciudad romana con la de Suli, pais de la Albania, en nuestros dias memorable por su mucho valor y sus desgracias. Creemos por tanto conveniente insertar aquí la descripcion de la forma de gobierno de aquel pais, segun la da CIAMPOLINI en el § 7 de las *Guerras de los Suliotas:*

«Todo el pais se rige por usos ó por costumbres, no por leyes ni estatutos. Gobierna la familia el padre, los capitanes la guerra, y todos juntos la república. Después de celebrar en los dias festivos los divinos oficios, ya en este ya en aquel castillo, se detienen fuera de la iglesia en el sitio donde están colocados asientos á propósito, los cuales se reducen á gruesas piedras dispuestas á manera de círculo, en donde todos se sientan como en la curia ó teatro; primero los sacerdotes, después los más ancianos, sin respecto á la dignidad ni á la riqueza, y los demás segun la edad, y en el último tambien los niños mayores de cinco años. Consultan entre sí los públicos asuntos, y por el órden en que entraron hablan libremente segun su parecer. No aceptan alianzas con los vecinos, temiendo manchar la pureza de su sangre. Los suliotas tenian siete colonias, de las cuales Zeucrates era la principal, y además sesenta y seis lugares subordinados, á alguno de los cuales dieron la ciudadania. A estas campiñas bajan los suliotas á apacentar sus rebaños, y no dan á los propietarios retribucion alguna, antes como ilotas les obligaban á cultivarlas y á pagar diezmos, los cuales por no haber público erario, se reparten entre sí. Por lo demás en caso de necesidad, se impone por el comun una contribucion á cada suliota, no segun sus haberes, sino segun la voluntad de los que la imponen.»

(29) Teodoro Mommsen *(Die Römischen Tribus in administrativer Beziehung.* Altona, 1844) dice que cada media tribu comprendia cinco centurias, únicas que tenian el derecho de votar, y tres que estaban privadas de él. En las primeras estaban los ricos, capaces de llevar las armas;

participaban en proporcion á sus riquezas, del sufragio en los comicios centuriatos. Concertadas, pues, las seis centurias de los caballeros patricios, formó otras doce de caballeros plebeyos, en estado de equiparse á sus espensas en tiempo de guerra. Dividióse el resto de la plebe en cinco clases organizándose como un ejército: habia entre todas ciento setenta centurias que se dividian en jóvenes, donde entraban desde quince hasta cuarenta y cinco años, y en ancianas en las que se admitian desde cuarenta y seis á sesenta. Para la guerra daba la primera clase 40 centurias jóvenes, 30 de las cuales formaban la division de príncipes ó clásicos; 10 la de triarios; la segunda, tercera y cuarta diez cada una para los hastatos y diez para triarios, la quinta, treinta centurias de accensos, armadas más á la lijera y organizadas en batallones de treinta de frente por diez de fondo. Proveian las demás centurias la infanteria verdaderamente lijera. Teniendo más facilidad, la primera clase de proveerse de armas á toda prueba, se la colocaba en primera fila.

Tenia por objeto la organizacion de Servio Tulio el amalgamar las familias patricias con las plebeyas y asegurar á estas últimas la libertad y derechos políticos, aunque dejando siempre el gobierno á las primeras.

Constituidos de esta manera los comicios, se reunian en el campo de Marte; cada centuria tenia un jefe. Proponia el senado las elecciones y las leyes; los comicios podian desecharlas, mas no proponer otras ni discutir. Si aprobaban, era además necesario el consentimiento de las curias. De todos modos, la preeminencia quedaba en poder de los patricios, pues tenian mayoria en el senado, y podian en los comicios curiatos hacer quedar sin efecto lo que se habia decidido en los comicios centuriatos, sofocando el voto de los plebeyos con ayuda de los sufragios de sus clientes.

En efecto, hemos visto que Roma, obrando de diferente manera que los Estados orientales, lejos de escluir los elementos extranjeros, trata de asimilárselos. No pudiendo permanecer blanco de sus hostilidades, los que cultivaban las campiñas comarcanas ó vecinas, vinieron á implorar la proteccion de un jefe de familia, sin ser admitidos á participar de los derechos civiles ó políticos, sin matrimonio legal, sin patria potestad, sin personalidad, sin agnacion, sin gentilidad, sin sucesiones legítimas, sin testamento y sin tutela. Sin embargo, bajo el dominio de los reyes, los más ricos plebeyos llegaron al patriciado, y participaron del derecho divino y humano, que les aseguraba la libertad individual y el derecho de poseer. Independientemente del trabajo de los campos se empleaba á los plebeyos pobres en grandes construcciones, como acontecia en Egipto y en la India con la muchedumbre. Producia la esclavitud el efecto de que el noble podia, como las demás sociedades antiguas, pasarse sin la industria de los plebeyos, que se encontraban de esta manera privados de adquirir riquezas é importancia como en los tiempos modernos.

Es de todos modos probable que los patricios se sirvieran de ellos para derribar la monarquia sacerdotal (30): pero la espulsion de Tarquino el Soberbio, que fué una rebelion contra un tirano, y no una revolucion en la administracion de los negocios públicos, colocó enteramente á los plebeyos á merced de los grandes. En efecto, aquella espulsion fué obra de los patricios, y estuvo muy léjos de tener por resultado la libertad popular, como suponen los más; pues que, suprimidos los reyes, quedaron cerradas las puertas del Senado á los plebeyos, y las de la ciudad á las gentes vecinas, sin que el comun del vulgo fuese protegido por el sacerdocio ni elevado por los reyes; y todos los derechos concedidos en los primeros tiempos de la república, inclusa la *provocacion* de Valerio Publícola, se redujeron á simples privilegios de patricios. Aquella misma asociacion de gentes de todas razas que tan ampliamente habian llevado á cabo los reyes, quedó entonces limitada por la celosa aristocracia, deseosa de mantener la ciudad en cierto estado de mediania para reducir á la plebe á la condicion en que se hallaban los clientes etruscos.

Gobierno patricio.—Fué el primer pensamiento de la aristocracia romana mantener los límites de los campos y de las clases: rodéase, pues, de ritos y auspicios é introduce fórmulas de precision rigorosa, al mismo tiempo que rehusa á la plebe el matrimonio legítimo, la familia y la propiedad. Solo los patricios tenian el derecho de la lanza, *jus quiritium*, y de los augurios; solo ellos poseian las tierras, en las cuales las ceremonias sagradas arreglaron la particion y estaban deslindadas por los sepulcros, de tal manera que cada parte se halla encerrada en un recinto religioso, fuera del cual no hay propiedad civil. Pero la religion fué política: el mismo patricio cumplió con los ritos privados; si maldice á alguno (*sacer esto*), este morirá; envia á consultar á los sacerdotes de Etruria, pero los ha derribado del poder, y sabe, en caso de necesidad, contradecirlos y castigar la impostura sacerdotal (31).

La familia constituye un lazo político y religioso de suma severidad. El padre es el único independiente (*sui juris*) y es déspota (32); puede vender, castigar, dar muerte á sus esclavos, servidores é hijos. Si su mujer le es infiel, si bebe vino, tiene

y en las demás los pobres. El pueblo entero constaba de trescientas cincuenta centurias, comprendidas en treinta y cinco tribus: en tiempo del imperio se redujeron á instituciones propias de los pobres.

(30) Bruto, plebeyo, siervo rebelde, es la personificacion de la muchedumbre.

(31) Asunto de la estátua de Horacio Cocles.

(32) De este orígen parece el nombre italiano *padrone*, amo, dueño, patrono.

derecho de matarla: al niño monstruoso se le puede abandonar ó entregar á la muerte, y los demás pueden ser vendidos hasta tres veces. Por elevado que fuere el puesto que ocupe el hijo en la ciudad, puede el padre arrancarle de la silla curul, de la tribuna, del carro triunfal y juzgarle en su casa. La emancipacion era un castigo, pues el hijo no heredaba á su padre cuando dejaba de pertenecerle. ¿Cuál no seria el poder de semejante padre sobre toda su parentela, sobre los colonos, á los cuales da sus tierras á cultivar, sobre los clientes ó antiguos propietarios sometidos por las armas ó prisioneros ó esclavos fugitivos que han venido á pedir un asilo á los lares del noble? Todas estas clases no contaban por nada en la ciudad absolutamente, quitándoles el derecho augural, sin el cual no se concedia otro. Solo el jefe de la familia era el representante de todos, él solo tenia un nombre; su imprescriptible derecho se estendia á la tierra, bienes y herencias del enemigo, su autoridad sobre él era eterna (33). Los que estaban bajo su dependencia no tenian ninguna accion contra él, ni podia ser castigado por ellos; si caia en falta, la curia, es decir, sus jueces, declaraban solamente que habia obrado mal (*improbe factum*). En tal estado de cosas, los patricios se atenian escrupulosamente á la letra de la ley, al sentido material de las palabras (34), á los juramentos, tales como se han proferido (35); aplicaron las leyes á los hechos, aunque pareciesen duras ó implacables: tal es la razon de Estado, que considera la salvacion pública como ley suprema.

Elevábase al lado de estos patricios, que representaban el elemento oriental, la unidad, la esclusion y la individualidad nacional, los plebeyos, que representaban el carácter europeo, la espansion, la agregacion y el progreso, y mientras que este sucumbe en Oriente, prevalece en Roma, donde dos fuerzas opuestas le impulsan á su gloriosa mision. Sin el patriciado Roma hubiese perdido su originalidad; sin la plebe no hubiera conquistado el mundo (36).

---

(33) *Adversus hostem æterna auctoritas esto.*

(34) Roma prometió respetar la ciudad *civitatem* de Cartago; deja libres á los ciudadanos, pero destruyó la ciudad *urbem*. Lo mismo aconteció después de la humillacion de las Horcas Caudinas, y tambien cuando se hicieron unas treguas por algunos dias que se violaban de noche.

(35) Como Agamemnon inmolando á Ifigenia; como Jefté sacrificando su hija al Señor.

(36) Véase NIEBUHR, *I Nexi:* MICHELET obra citada; y CHR. F. SCHULZE.—*Lucha de la aristocracia y democracia en Roma, ó Historia romana desde la espulsion de Tarquino hasta el consulado plebeyo* (aleman). Altemburgo, 1802. Además

SIGONIUS, *De antiquo jure civium romanorum.*

GRÆVIUS, *Thesaurus antiq. rom.*, t. I y II.

BEAUFORT.—*La república romana, ó plan general del antiguo gobierno romano.* El Haya, 1766.—*Historia crítica del gobierno romano.* Paris, 1765.

Cerca de seiscientos cincuenta mil habitantes además de los esclavos, se habian aglomerado en el pequeño territorio de Roma (37), comprendido entre Crustumeria y Ostia, sin otra fuente de produccion que los campos y el botin, y rodeados de enemigos que durante las frecuentes guerras saqueaban las cabañas y asolaban las tierras. El plebeyo que no podia en medio de estos estragos contínuos, entregarse, para sosten de su familia, á oficios innobles, recurria á su patrono, al cual le prometia estinguir su deuda la primera vez que fuera á saquear el pais enemigo. Si no se presentaba la ocasion ó si no le producia bastante la espedicion, debia hipotecar su pequeño campo (38), sobre el cual le prestaba el patricio hasta el doce por ciento.

Estos patricios que se nos representan en las escuelas como poco afectos á las riquezas, aspiraban sin cesar á aumentar sus dominios, sobre todo después que por consecuencia de los comicios centuriatos no se graduaba el poder político por la nobleza, sino por las posesiones. A falta de comercio tenian que recurrir, para adquirir, á hacer la guerra ó á despojar á los plebeyos. Estos, en efecto, veian pronto la deuda absorver su pequeña propiedad. Convertíanse entonces tanto ellos como su familia en garantia del acreedor (*nexus*) (39). «Una vez lle-

---

TEXIER.—*Del gobierno de la república romana.* Hamburgo, 1796.

BACH.—*Historia de la jurisprudencia romana.* Leipzig, 1806.

HUGO.—*Elementos de la historia del derecho romano* (aleman), 1806.

(37) Deducimos este número de los 130,000 individuos capaces de llevar las armas enumerados en el censo de Publícola el año 246. Cuando los cónsules arrojaron á los latinos, les intimaron que no se acercasen á más de cinco millas de la ciudad. Esta era la frontera, y hasta el tiempo de Estrabon se veia á cinco ó seis millas de Roma un paraje llamado *Festi*, donde estaba el antiguo límite del territorio romano. Estendióse después; pero durante mucho tiempo no pasó por la parte de los latinos de Tívoli, Gabio, Lanuvio, Túsculo, Ardea y Ostia; y por la parte de los Sabinos, de Fidenas, Antena y Colacia; allende el Tiber de Cere y Veyos. Que después de la admision de los extranjeros menguase el principio del gobierno consular lo prueban el censo del año 278 que da solamente 110,000 ciudadanos y el de 288 que da únicamente 104,000.

(38) Rómulo habia fijado la cabida en dos fanegas por cabeza, y en tiempo de la república llegó á siete.

(39) Antes de 1590 el valle Aricia estaba repartido entre muchísimos propietarios. En tiempo de hambre la familia Savelli lo compraron por entero á cambio de trigo. Quedaban solamente cuatro posesores de dicho valle cuando en tiempo del papa Alejandro VII se vieron obligados á venderle á los Chigi que así tuvieron toda la comarca.

Llamábanse *nexi*, segun Niebuhr, los que garantizaban á un plebeyo deudor de un patricio, comprometiendo su haber, lo cual comprendia tambien á la familia, con la obligacion de satisfacer la deuda por medio del trabajo personal. Designábase tambien con esta palabra al plebeyo que por no pagar llegaba á ser esclavo del patricio, su acreedor. Si no se en-

gada la época del pago, ¿cómo debia ser tratado el deudor? Responde la ley: Sea citado ante la justicia; si no comparece, présentense testigos y oblíguesele á ello: si los años ó la enfermedad se lo impiden, provéasele de un caballo, mas no de una litera. El rico garantice al rico, al pobre el que quiera. Confesada la deuda, y juzgada la causa, se conceden treinta dias de plazo y después sea preso y conducido ante el juez. Al ponerse el sol se cierra el tribunal. Si no satisface ó no se presenta nadie á responder por él, el acreedor se le llevará y le aprisionará con cuerdas ó cadenas que no pesen más de quince libras. El preso viva de lo suyo; dale una libra de harina ó más si quieres; si no se aviene, tenle en tu poder sesenta dias cautivo, y después preséntale á la justicia durante tres dias de mercado, proclamando su deuda. A la tercera publicacion, si tiene varios acreedores, córtesele en pedazos. Pueden, si les agrada, venderle allende en Tíber» (40).

Por esto, cuando acontecia alguna carestia, se vendian á sí mismos, y otros emigraban; tambien habia quien se precipitaba en el rio.

Tal fué la libertad que dió Bruto. ¿Qué debe hacerse en semejante estado de cosas, y cuando la opresion ha llegado al esceso? O incendiar las habitaciones de sus crueles amos, como los negros de Santo Domingo, ó convencidos de la fuerza de la union presentar una resistencia compacta, y adquirir paso á paso los derechos que se les niegan. Esta fué la obra de Italia.

Presentóse un dia en la plaza pública un anciano cubierto de harapos, con los cabellos y barba erizada: semejábase más á una fiera que á un sér humano; pero llevaba las insignias que le habian trasmitido sus abuelos y el pecho acribillado de heridas que habia recibido en veinte y ocho gloriosos combates. Todos le conocen y se apiñan entorno suyo y le preguntan el porqué está tan irritado. Cuenta que en la guerra contra los sabinos, fué incendiada su casa y robados sus rebaños; y entonces bajo el peso de las cargas públicas, siempre en aumento, y las deudas aumentadas por la usura, vendió su campo y fué preso por un acreedor, maltratado con el palo y conducido, no á un trabajo forzado, sino á un verdadero tormento. La indignacion que produjeron estas palabras en unos, en otros la compasion y el interés en el mayor número, hacen que el pueblo se subleve, y multitud de voces esclaman:—Vencedores en el esterior, somos aquí esclavos, endeudados y prisioneros.— Este terrible grito popular espanta á los senadores y huyen. Preséntanse los sublevados delante del cónsul, le muestran las señales de las cadenas y de los golpes del anciano, y reclaman la congregacion de la asamblea. Impide el temor acudir á ella á los senadores, lo cual hace creer á los plebeyos que se les engaña; ensayan á su vez los patricios la violencia con Apio Claudio, y la condescendencia con Servilio; pero ni uno ni otro, ni tampoco Valerio Publícola, elegido dictador, pudieron apaciguar á la

---

contraba la deuda estinguida en un término fijo, se añadian los intereses al capital.

Piensa Vico por el contrario, y segun parece con más razon, que los plebeyos tuvieron primero en feudo las tierras de los patricios, mediante un censo anual. En el caso de no pagar la renta, podian éstos exigirla por la autoridad real y hacerse adjudicar como esclavos á los deudores insolventes. Fué fácil estender, abusando, á cualquiera otra deuda esta prerogativa feudal.

(40) El testo, segun Aulo-Gelio, es claro: *Tertiis nundinis capite pœnas dabant. Si plures forent quibus reus esset judicatus secare si vellent, atque partiri corpus addicti sibi hominis permisserunt... Tertiis nundinis, partes secanto: si plus minusve secuerunt, se fraude esto.*

Es tan atroz esta ley, que algunos han querido esplicarla en el sentido de la division de los bienes del alcanzado deudor, *sectio bonorum*. La precision de la ley hace absurda esta benigna interpretacion. Se conoce la anécdota del judio Silock prestando á un cristiano con condicion de arrancar á su deudor tantas libras de carne, en caso de no pagar el dia convenido. No pudiendo este librarse como lo habia prometido, se dirige al magistrado que declara válido el convenio, pero decide al mismo tiempo que al judio se le cortará la cabeza, si cortaba más ó ménos cantidad de la fijada en el contrato, y el usurero se vé obligado á desistir. Pero estaba previsto en Roma el caso en que el acreedor pudiera sin incurrir en ninguna pena cortar más ó ménos en la persona de su deudor. Antes bien, si uno de los acreedores permanecia inexorable, conservaba su derecho, y podia matar ó mutilar al desgraciado.

Es tal vez posible que no fuese nunca aplicada la ley ó que lo fué rara vez; que el deudor se rescatase consintiendo en el *nexum*, que sus deudos y amigos ofreciesen á los acreedores más de lo que hubiesen sacado de la venta del deudor; que los tribunos estuvieran presentes para oponerse al furioso que se hubiera negado á toda transaccion. Aun no hace mucho tiempo que el tormento y el duelo judicial eran autorizados por el derecho criminal inglés; la venta de la mujer por el marido lo es aun, y sin embargo, grandes disposiciones contrarias impedian é impiden ponerlas en práctica.

Abolió el *nexum* una ley del dictador Petilio (ó Peticio ó Popilio) en el año 435 de Roma, prohibiendo para en adelante la hipoteca de la persona, y haciéndola cesar respecto de todo deudor que declarase bajo juramento poseer lo suficiente para libertarse; *omnes qui bonam copiam jurarent ne essent nexi, dissoluti*, dice Varron. Los *addicti* no podian ser encadenados escepto en el caso que hubieran sido condenados por algun delito. Vemos en Plauto que el medio más terrible para hacerse pagar de un deudor, era la *addictio* ó carta privada. Tito Livio nos enseña que aun en tiempo de la guerra de Aníbal, los que estaban condenados á la restitucion de una suma, eran hacinados en las prisiones como criminales.

En Egipto se daba por hipoteca el cadáver de su padre, y aquel que no le rescataba, era tachado de infamia. En Tebas de Beocia el deudor insolvente era puesto en la plaza pública con una cesta de mimbres en la cabeza Los antiguos italianos los entregaban á una banda de muchachos que armaban un gran alboroto, llevando una bolsa vacia. Cuenta San Agustin *(Ciudad de Dios,* XII, 4) que los malos deudores eran espuestos al sol. Las ciudades italianas de la Edad Media practicaban usos semejantes; se les forzaba á pegar en una piedra con su parte posterior; se les esponia los dias de mercado, etc.

muchedumbre. Consideraron, pues, estos como una feliz casualidad la irrupcion de los volscos, contra los cuales enviaron á los plebeyos, á quienes prometieron suspender toda ejecucion contra los deudores que estuvieran sobre las armas. Dejáronse persuadir, fué pronunciado el juramento, y marcharon; pero notando bien pronto el lazo en que habian caido, se proponen eludir el juramento de fidelidad prestado á sus jefes, degollando á los cónsules que lo recibieron. Sin embargo, el moderado parecer de enarbolar las águilas, que habian jurado no abandonar, prevaleció, y corrieron á apostarse en el monte, que después se llamó Sacro (493).

Retirada al monte Sacro. — Establecidos en esta posicion, permanecen en ella amenazadores, sin creer ya en las fábulas y promesas, reclamando suficientes condiciones y la eleccion de dos tribunos para la proteccion de sus personas (41).

Tribunos.—No tuvieron en un principio los tribunos más derecho que el de asistir á las deliberaciones del senado, sin tomar parte en el gobierno; pero era su mision representar la comunion de los plebeyos, proteger su libertad y oponer su *veto* á las disposiciones del senado: libertad negativa, limitada á una sola palabra, y forzada, á veces, á detenerse en el vestíbulo del senado; pero sagrada, porque la persona de los tribunos lo era. Mas ella se hará poderosa, como consecuencia de la fuerza espansiva é inherente á las instituciones liberales; creará el verdadero pueblo, y cuando produzca hombres de seso y energia, como por ejemplo un Tiberio Graco, aprovechará más que las constituciones de nuestros dias, y el pueblo romano le deberá elevarse á toda la dignidad de hombre.

A la manera que los patricios sacerdotales habian entretenido y amansado la plebe por medio de la construccion de edificios, así trataron los patricios guerreros de engañarla conduciéndola al combate; y de ahí las interminables guerras cuyos pormenores omitiremos para no cansar al lector. Baste decir que estaba dividido el Lacio en dos ligas, la de los volscos y ecuos por una parte, la de los latinos y hérnicos por otra; uniéronse los romanos á la segunda (42), esterminaron la liga rival y estendieron el nombre de Lacio hasta las fronteras de la Campania. Semejantes conquistas no se parecen á aquellas que se verificaban por la momentánea fogosidad de los asiáticos y de los griegos; son por el contrario sostenidas durante dos siglos, con lentitud calculada, valor indomable en los reveses é infatigable actividad, que aun en la paz estaba pronta para el combate y atenta á aprovechar todos los acontecimientos que pudiesen asegurar el éxito de una guerra.

El agro.—No impedian las batallas que de tiempo en tiempo los plebeyos elevasen su voz para pedir el *ager* ó *agro*, nombre bajo el cual los pobres pedian pan y los ricos derechos. Ofrecia entonces el senado lejanas tierras conquistadas á los vencidos ó separadas de la liga sagrada, y á las que, por esta razon, no se conferia participacion en los auspicios ni por consecuencia los derechos de ciudadano. Trasladábanse allí en efecto los pobres en colonias, y estos establecimientos contribuyeron á estender y sostener el poder romano.

Colonias.—Cuando se queria enviar fuera una colonia, reunido el pueblo hacia la eleccion de las familias que debian formar parte de ella, se les distribuia á cada una parte del territorio conquistado y se trasladaban organizadas militarmente bajo el mando ó vigilancia de tres jefes, *triunviros*. Una vez reunida la colonia en el sitio designado por los augures, se daba principio por abrir un foso, en el cual se depositaban tierra y frutos traidos de la patria: después se trazaba con un arado, cuya reja era de cobre y arrastrada por un buey y una ternera, el recinto de la futura ciudad, de la misma manera que habia sido arreglada por los auspicios. Seguian los colonos el arado, profundizando el surco y levantando una especie de trinchera con la tierra que se sacaba. Por último eran inmolados el buey y la ternera á la divinidad que la colonia elegia por especial protectora. Tenia cuidado el senado de que nada en la colonia, fuese, al ménos en apariencia, diferente de lo que existia en la metrópoli. Allí tambien el augur y el agrimensor determinaban la distribucion de la ciudad y del campo de cada uno, destruian los linderos y sepulcros de los antiguos propietarios. Ejercian el poder de cónsules los duumviros, los quinquenales de censores, y los decuriones de pretores. Era gobernada la colonia como república ó comunidad plebeya y proporcionaba á Roma tropas. En realidad no debia ser más que un plantel de soldados, quedando Roma por única árbitra de la guerra. No se hacian poco á poco independientes estas ciudades formadas de aquella manera, como acontecia con las griegas á medida que adquirian poder, ni constituian realmente más que una estension de la metrópoli: veian elevarse á su lado otros establecimientos formados por nuevos extranjeros y adoptados por la madre patria, los cuales bajo el nombre de municipios, tenian ménos boato y más independencia; pero tanto unos como otros estaban aglomerados alrededor de Roma, única sobe-

---

(41) Junio Bruto y Sicinio Beluto. Véase otra vez á Bruto, es decir el siervo rebelde de la revolucion, contra los Tarquinos.

(42) «Habrá paz entre los romanos y las ciudades del Lacio mientras duren el cielo y la tierra.» DIONISIO DE HALICARNASIO, I. Era una confederacion militar, primero de diez ciudades, después de treinta, y enseguida de cuarenta y siete: enviaron diputados á la Fuente de Ferentino para tratar de los intereses comunes. Después la reunion llamada *Feriæ Latinæ*, se celebró en el monte Aventino y en el Capitolio. Véase FESTO, *adv. Prætor ad portam*. El *jus Latii* residia en el derecho de matrimonio entre los dos pueblos, *connúbium*, y en el *commercium*, consistiendo en la *vindicatio cessio in jure, mancipatio* y *nexum*. Véase HAUBOLD, *Instituciones* con preciosas adiciones por Otto. Leipzig, 1826.

rana y semejante á un patriarca en medio de su familia (43).

Si este disfrazado destierro satisfacia las necesidades de los pobres, no engañaba á los plebeyos que consideraban mejor *pedir tierras á Roma que poseerlas en Ancio* (44), quienes reclamaban el campo consagrado por los auspicios en los alrededores de la metrópoli.

Ley agraria.—De esta manera comenzaron á manifestarse las pretensiones relativas á la ley agraria que comprendia dos diferentes proposiciones; la primera era admitir á los plebeyos á poseer en el recinto del territorio sacro, lo que conferia el derecho de los auspicios, fuente ú orígen de todos los demás derechos civiles (45); la segunda repartir equitativamente las tierras conquistadas con la sangre de todo el pueblo, y usurpadas en su mejor parte por los patricios.

Coriolano.—Fastidiado de aquellas pretensiones un jóven patricio que habia tomado su sobrenombre de la ciudad de Coriolos, sentó el parecer de dejar morir de hambre á la muchedumbre para forzarla á callar (491). Divúlgase la proposicion, irrítase la plebe, reunen los tribunos á los comicios por tribus, y Coriolano fué condenado á destierro. Llegará el tiempo de su venganza recurriendo á las armas extranjeras contra su patria, pero se habia dado ya el primer paso y el patriciado perdia su inviolabilidad; al lado de las asambleas por curias se forman otras por tribus, convocadas y presididas por los tribunos y para las cuales no hay necesidad de auspicios.

Comicios por tribus.—Autoriza á los tribunos el comun plebeyo á que haga proposiciones, y este es el primer paso que debia conducirlos y darles gran importancia en la legislacion del pais.

Fueron citados ante los comicios por las tribus aquellos que se oponian á la ley agraria, como Espurio Servilio, Tito Menenio y tambien los cónsules Furio y Manlio. Espantáronse los patricios con este golpe de valor (472), y fué encontrado muerto en su lecho la víspera del dia del juicio el tribuno Genucio. De estas ú otras semejantes maneras era como la aristocracia se desembarazaba de sus más enérgicos antagonistas (46).

Privados de su jefe, encontrábanse los plebeyos á punto de dispersarse, doblar la cerviz bajo el yugo y dejarse arrastrar á la guerra, cuando el plebeyo Valerio rehusa dejarse inscribir en el registro, y secundado por la plebe, le nombra tribuno y le dá por colega á Letorio, quien decia:—*Yo no sé hablar, pero lo que digo una vez sé hacerlo: reunios mañana, y moriré á vuestra vista ó haré aceptar la ley.*

Preséntanse, no obstante, los patricios en la asamblea rodeados de sus clientes, y la inflexible aspereza de Apio Claudio hace desechar una vez más la ley agraria. ¿Qué hace entonces la plebe? Cede y permite que se la diezme (47). Pero citado Apio ante los comicios de tribus, no se escapa de la sentencia de la plebe sino dejándose morir de hambre (470).

A lo espuesto se reducian las pretensiones de esta plebe que se nos presenta como enemiga turbulenta de los antiguos héroes: á reclamar el derecho de poseer y contraer matrimonios solemnes, reconocidos por la ley, como los de los nobles (48). Estos por el contrario, queriendo conservar sus privilegios, hacian de vez en cuando elegir un dictador, suprema y despótica autoridad ante la cual enmudecian las demás hasta el poder tribunicio, ó enviaban á los plebeyos á la guerra bajo el mando de jefes imperiosos y violentos, ó los hacian comparecer ante los tribunales, cuyos jueces eran ellos mismos, y castigaban á aquel que más habia levantado la voz en el foro ó en las asambleas populares.

Decemviros.—Persistió, pues, la plebe en reclamar los derechos que le unian á la posesion de las tierras y logra la promulgacion de una ley uniforme. Habiéndose suspendido el consulado se encargaron diez ciudadanos de hacer la ley y ponerla en ejecucion (451), dos poderes que en la antigüedad no estuvieron jamás separados. La legislacion se completó en diez tablas, si bien al notar que debian formarse otras dos se nombraron para hacerlas al año siguiente diez decemviros; mas como éstos eran de la clase de los patricios, abusan del poder absoluto para extralimitarse y eternizarse en el poder. Quiere ultrajar Apio Claudio Crasino (de una familia tenazmente adversa al pueblo) la hija del plebeyo Virginio, quien le da muerte para salvar su honra, y corre al campo, y escita á los soldados á vengarla. Cimenta la sangre de una doncella la libertad popular, como la de una casta esposa habia cimentado la libertad patricia. Los plebeyos, recojidos en el monte Aventino (449) reeligieron

---

(43) En tiempo de Anibal tenian los romanos cincuenta y tres colonias en Italia. Véase HEYNE, *De Romanorum prudentia in coloniis regendis. De veterum coloniarum jure ejusque causis.* Opuscula, I y VIII.

(44) TITO LIVIO, III, 1.

(45) En la Edad Media, como sucedia tambien en la antigüedad, aquel que poseia podia.

(46) Positivamente lo dice Dion: *(exc. de sent.)*: Οἱ εὐπατρίδαι φανερῶς μὲν οὐ πάνυ... αντέπραττον, λάθρα δὲ συχνοὺς τῶν δρασυτατον ἐφόνευον; «no resistian mucho los nobles abiertamente, sino que se desembarazaban por la traicion de sus más audaces adversarios.»

(47) Se daba muerte á uno por cada diez.

(48) Esto es lo que significa *Tentaverunt connubia patrum,* no el procurar aliarse á los nobles. Toda la lucha de los plebeyos con los patricios está elegantemente espresada por Floro cuando dice que los plebeyos querian adquirir *nunc libertatem, nunc pudicitiam, tum natalium dignitatem, honorum decora et insignia.* El mismo autor dice aquello de que le alaba Ballanche, *Palingénésie sociale: Actus á Servio census quid effecit, nisi ut ipsa se nosset respublica?* Este es el *nosce te ipsum,* que Vico dice haber sido enseñado por Solon al pueblo del Atica.

á los tribunos y cónsules para que diesen órden y fuerza á la democracia.

Las XII Tablas.—No introdujeron nuevas instituciones las leyes de las XII Tablas, como sucede en cualquier otro código, ni hicieron más que consolidar ó modificar las ya existentes, sirviendo de fundamento al derecho hasta en tiempo de Justiniano, precisamente porque resumian las creencias y costumbres nacionales. Colocada Roma entre la civilizacion progresiva de los etruscos y magnogriegos y la rusticidad de los montañeses, se veia por un lado impulsada hacia la primera y por otro retenida por la aristocracia territorial, conservadora de las costumbres antiguas. Encuéntranse en efecto tres distintos elementos en las XII Tablas: las antiguas costumbres de la Italia, duras y feroces; las de la aristocracia heróica, tiranizando á los plebeyos, y por último las libertades que éstos reclamaban y que poco á poco obtenian. De tal modo fué como después de la invasion de los bárbaros y de su establecimiento entre los italianos, cuando éstos consiguieron resucitar la comunidad y gobernarse como república, se formaron leyes, en parte de las costumbres nacionales y en parte de las que los germanos habian introducido; tanto unas como otras modificadas por el derecho romano, que cobraba vigor con el derecho canónico que se introducia, y con la libertad que de contínuo reclamaba nuevas seguridades.

Es, pues, un error creer que la legislacion de las XII Tablas fué hecha de una sola vez, y bajo la inspiracion de un solo pensamiento; se dejan por el contrario conocer claramente los esfuerzos de los patricios, que deseaban mantener el antiguo derecho aristocrático, ó al ménos sustituir otro nuevo á aquel que se desplomaba, para poder resistir á sus adversarios y á aquellos plebeyos que querian garantias contra los patricios. Conócense los primeros en estas prescripciones: «Que no se verifique ningun matrimonio entre patricios y plebeyos; pena de la vida á los corrillos nocturnos y á aquel que componga ó cante versos infamatorios:» del mismo modo que en las fórmulas imperiosas que hemos citado contra los deudores. Déjase oir la voz popular á su vez exigiendo seguridades: «Que sea la ley invariable, general y sin privilegio; que el patrono que dañe á su cliente, sea sagrado,» es decir maldito; «que el ciudadano poderoso que rompa un miembro á un plebeyo, pague 25 libras de cobre; sino se aviene con el herido, sufra la pena del talion; que á nadie pueda privársele de su libertad con objeto de que los nobles no se venguen sino ante los tribunales; el crímen capital no podrá juzgarse sino ante los comicios centuriatos; que muera el juez que se deje corromper; que el testigo falso sea precipitado desde la roca Tarpeya; que el usurero que se descubra, restituya el cuádruplo; que aquel que rompa las quijadas á un esclavo, pague 150 ases; que el testigo que rehuse asegurar la validez de un contrato, se le considere exento de probidad y no pueda testar.» Como los nobles se apoderaban de las bestias bajo pretesto de sacrificios, permite la ley asegurarse de una prenda contra aquel que se apropia una víctima sin pagarla; tambien prohibe, bajo la pena de restituir el doble, consagrar á los dioses un objeto en litigio.

Se sustituye tambien la familia libre á la patriarcal y aristocrática. Los derechos sobre una mujer se adquieren no por la compra, sino por el consentimiento, por el goce, por la posesion de un año, con tal que no sea interrumpida durante tres noches, y aun en este caso no se adquiere la mujer como cosa, sino en tutela, mediante el matrimonio contraido libremente. El hijo se emancipará por tres ventas sucesivas, simulacion legal que manifiesta la esclavitud, pero que pone un término á ella; el hijo, padre ya de familia, no se considera unido á su familia paternal más que por una especie de patronato, cuyos lazos se relajarán de tal manera, que llegará el momento en el cual la ley deba recordar que el *mismo soldado debe cuidado y deferencia piadosa á su padre.*

Por su parte el padre no tiene ya heredero forzoso, y puede disponer de sus bienes y administracion por testamento. De esta manera la propiedad, circunscrita y encadenada á la familia, es movible, siguiendo en sus diferentes fases la libertad individual: son suficientes dos años para prescribir la posesion de los bienes inmuebles y uno para los muebles.

Supone Vico que las leyes suntuarias solo fueron promulgadas cuando los griegos hubieron introducido el lujo entre los romanos; nosotros las creemos más antiguas y dirigidas contra la opulencia de las clases inferiores, al paso que los pontífices, los augures y los nobles, representando á los dioses, pueden desplegar magnificencia tanto en los sacrificios públicos como en los privados y en las ceremonias fúnebres. «No formeis la hoguera con el hacha; en los funerales tres vestidos de luto, tres bandas de púrpura, diez flautistas; no recojais las cenizas de los muertos, para hacer después con ellas las exequias; nada de corona al difunto sino la ha ganado con su valor ó su dinero (49): no hagais al finado más de una ceremonia fúnebre; no haya oro sobre su cadáver, pero si tiene los dientes atados con un hilo de este metal, no se lo arranqueis; que no sean los muertos ni enterrados ni quemados en la ciudad»; esto último porque sirviendo los sepulcros de límites, hacian que las propiedades fuesen inviolables.

Estas leyes han sido muy antiguas para haberse recogido en Grecia; pero ya Polibio negaba su semejanza con las de los atenienses, encontrando que se parecian más á las de Cartago (50): prueba además la comparacion que si los que las han reuni-

---

(49) Por ejemplo, en las carreras con sus propios caballos.

(50) Libro VI, cap. 4 y 51.

do, visitaron la Grecia y la Magna Grecia, no imitaron nada, ni las disposiciones esenciales y características del derecho personal, ni de las formas del procedimiento. No existen relaciones sino en cuanto á objetos de un principio de derecho mucho más estenso ó en los cuales la naturaleza exigia uniformidad, lo que permite pasar en silencio ciertos mínimos detalles concernientes al uso de la propiedad (51). Por lo demás no se descubre ninguna huella ó señal de las leyes religiosas de la Grecia ni de la democracia ática, ni tampoco de las invariables constituciones de los dorios.

En Atenas el marido no daba dinero á su suegro, sino que por el contrario lo recibia; y llevando la mujer un dote gozaba de cierta independencia; podia acusar á su esposo y éste á ella; la separacion era fácil; en una palabra, en Atenas el marido era un protector, en Roma, en tanto que se conservó aristocráticamente la familia, fué un amo. En Atenas no podia el padre dar muerte á su hijo, y sí solamente negarse á reconocerle, en cuyo caso se vendia como esclavo, y tambien podia declararlo indigno cuando era adulto. Sin embargo podia dar muerte á su hija por libertinaje. Este repudio en Roma de la paternidad no es admitido, y aun emancipando á su hijo el padre no por eso abdicaba sus derechos, pues éstos no cesaban ni con la edad ni con la categoria; mientras que en Atenas el hijo á los veinte años era inscrito en una *fratria*, y jefe independiente de su casa.

Podíamos prolongar estas comparaciones, de lo cual resultaria que los romanos no pensaron modificar su derecho por un tipo extranjero, y que aquellos que debian dar al mundo el ejemplo de la más sábia legislacion, no empezaron su grande obra tomando prestado de otros. Podemos, pues, buscar en las XII Tablas los vestigios del antiguo derecho itálico, pues no se hizo entonces otra cosa que redactar por escrito y sancionar lo que ya se encontraba en uso. Niega además Vico hasta la recopilacion de las XII Tablas; afirma que solo la ley de los decemviros fué la que hizo comun á la plebe el dominio quiritario de los campos, y que después se refirieron á las XII Tablas, como á un tipo ideal, todas las leyes que por sus pasos contados hicieron que la libertad fuese igual para todos.

Sean todas estas leyes de un mismo tiempo ó de diferentes épocas, se encuentra establecida la igualdad en derecho; pero debia haberse pasado mucho tiempo antes de serlo de hecho. Continua el patricio poseyendo solo los augurios y fórmulas secretas que eran indispensables para dar autoridad á los juicios (52). No podrá el plebeyo presentarse ante el tribunal sino asistido de su patrono; éste le dirá los dias fastos y nefestos, y las precisas ceremonias por cuyo medio puede llegar á hacerse oir y obtener justicia.

Aunque las XII Tablas no determinasen bien lo que concernia al Estado, la democracia introdu-

---

(51) La distancia, por ejemplo, entre los cercados y los fosos en el límite de los campos: entre estos y los árboles, la suspension del juicio al ponerse el sol, etc.

(52) FORMAS JURÍDICAS SIMBÓLICAS.

«Siendo los hombres naturalmente poetas (dice Vico en la *Ciencia nueva*, lib. IV), naturalmente fué poética toda la jurisprudencia antigua, la cual fingia hechos que no se habian realizado, daba por nacidos á los que aun no existian y por muertos á los vivos, ó hacia vivir á los muertos tendidos en el sepulcro. Esta jurisprudencia introdujo las mil fábulas sin objeto, llamadas, *jura imaginaria*, derechos inventados por la fantasia, fundando toda su gloria en encontrar fábulas hechas de tal modo, que conservasen su gravedad á las leyes y suministrasen una razon á los hechos. Así es que todas las ficciones del derecho antiguo fueron verdades enmascaradas; y las fórmulas de que se valian las leyes, por razon de tenerse que reducir á determinadas medidas de tantas y tales palabras, ni más ni ménos, se llamaron *carmina*. Por lo tanto, todo el antiguo derecho romano fué un poema serio que se representaba por los romanos en el Foro, y su jurisprudencia una severa poesia.»

En prueba de esto citaremos varios ejemplos de *Acta legítima*.

I. Se daba á la esposa en las nupcias un anillo de hierro; y al recibirla en casa del esposo, se le entregaban las llaves, quitándoselas cuando salia de ella repudiada.

II. Se contraia una obligacion con solo cerrar la mano.

III. Se denunciaba la perturbacion de la posesion, arrojando una piedra contra la pared ilegalmente alzada.

IV. Se concluia el contrato de mandato *(manu data)* con dar la mano.

V. Para aceptar una herencia el heredero hacia resonar los dedos, *digitis crepabat*,

VI. Se interrumpia la prescripcion rompiendo una ramita.

VII. Para presentar á uno como testigo se le decia: *¿licet antestari?* Si respondia *licet*, se le replicaba *memento*, tocándole la extremidad de la oreja.

VIII. El padre de familias emancipaba á su hijo dándole un bofeton.

IX. Se pujaba en una subasta pública levantando un dedo.

X. Cuando se disputaba sobre la posesion de un fundo, se tomaban de las manos las dos partes, fingian una especie de lucha, y corrian después á buscar un terron del fundo controvertido.

A este viaje se sustituyeron luego dos fórmulas; el pretor decia *inite viam*, y un tercero añadia poco después *redite viam*, dando por comenzado y concluido el viaje en la sala de audiencia.

XI. El deudor que cedia los bienes á sus acreedores se quitaba y dejaba el anillo de oro.

XII. Para anunciar que se vendia un esclavo sin responder de él, se le ponia en venta con el sombrero en la cabeza.

XIII. El que reclamaba un mueble, lo cogia con la mano.

Ciceron en su arenga en favor de Murena dice: «Se podia proceder muy bien de este modo: *Tal fundo sabino es mio—No, mio*, y después juzgar; pero no se quiso, y en vez de esto se dice:—*El fundo que está en el territorio que llaman sabino* (estas ya son demasiadas palabras, pero atendamos á lo que sigue) *digo que es mio por derecho de los quirites;* y después: *por tanto os llamo desde el tribunal del pretor al lugar mismo, para discutir en él la*

cida por los decemviros en el derecho civil, pasó al derecho político. Se restableció el poder tribunicio que no tenia otro freno más que la necesidad de estar acordes y conformes todos los tribunos; fueron obligatorias hasta para los nobles las leyes elaboradas por la plebe reunida en tribus *(plebiscita)* (53), y ya no fueron necesarios los auspicios.

Paso importantísimo en virtud del cual siendo tribuno Canuleyo proceden los plebeyos á pedir alianzas por matrimonios con los patricios, y éstos deben consentirlo, lo cual rompe las barreras entre ellos. Piden el consulado, y los patricios antes que concedérselo, suspenden la eleccion de cónsul, confiriendo el mando de los ejércitos á tribunos militares, jefes de legion, elegidos tanto entre los nobles como entre los plebeyos que no tienen el derecho de los auspicios, y la autoridad judicial á pretores patricios.

Leyes canuleyas.—De esta manera no permaneció inmóvil Roma con su organizacion por gentes y familias: verificábase en ella el progreso con órden y mesura. Independientemente de esto no se encontraban las diferentes clases del pueblo separadas unas de otras como las castas orientales; la flor de cada una ellas ascendia siempre á la clase superior que rejuvenecia estos nuevos reclutas: por eso tanto el soldado como el jurisconsulto y el orador, tenian vivo deseo de elevarse y llevaban á su nueva clase no la indolencia de un poder cierto y hereditario, sino la actividad de aquel que ha conquistado su posicion. Existian tambien aquellas séries de magistraturas electivas en todas sus partes, que producian una especie de exámen anual y servian de aguijon para llenar con celo cada empleo; pues este era el medio de llegar á otras más importantes y trasmitir cada uno á su familia la *dignidad*, es decir, el honor que le resultaba.

Censura, 443.—Se inventó la censura que vigilase sobre las costumbres y la clasificacion de los ciudadanos, para que este adelanto progre-

---

razon. A esta palabreria del demandante nada podia responder el demandado. Entonces el jurisconsulto pasaba al lado de aquel, y á guisa de flautista en las comedias, le decia: *allí donde tú me llamas: allí te invito yo tambien á venir conmigo.* Entre tanto para que el pretor no se propasara á decir alguna cosa espontáneamente, tambien para él estaba preparada una fórmula tan absurda como las demás, la cual decia: *Ante vosotros testigos, aquí presentes, ved ahí el camino, id;* con cuyo objeto se hallaba á mano algun otro sabio que en el acto les mostraba el camino. Enseguida decia el juez: *volved*, y volvian precedidos del mismo guia. Aun á los niños creo yo que debia parecer ridículo esto de mandar marchar al que se estaba quieto en un sitio, y de verlo en el mismo momento volver del lugar donde se suponia que habia ido. Igualmente se resienten de frivolidad las demás fórmulas semejantes á éstas: *Pues que os veo ante el pretor;* y *¿os revindicais por la forma?* las cuales mientras fueron un arcano, necesariamente eran estimadas por los que las conservaban; pero á medida que se divulgaron y manosearon, se fué viendo que carecian completamente de significacion y rebosaban en fraudes y necedades.»

El derecho público, se hallaba sujeto á fórmulas, lo mismo que el privado, segun se echa de ver en los siguientes ejemplos.

TITO LIVIO, I. «Los colatinos se rindieron, y esta fué la fórmula de la rendicion. El rey preguntó: ¿Sois vosotros los enviados y oradores del pueblo colatino encargados de entregaros en nuestras manos con el pueblo?—Somos.—El pueblo colatino ¿es independiente?—Sí.—¿Os entregais vosotros, el pueblo colatino, la ciudad, los campos, el agua, los términos, los templos, los utensilios y todas las cosas humanas y divinas en mi poder y en el del pueblo romano?—Nos entregamos.—Pues yo acepto.»

Y en el mismo libro, cap. XXIV dice: «Entonces, segun hemos oido, se hizo así, y no hay memoria de otro pacto más antiguo. El fecial interrogó al rey Tulio de esta manera: ¿Quiéres ¡oh rey! que yo haga alianza con el padre patrado del pueblo albano? Y mandándolo así el rey, el fecial dijo: Dame yerbas sagradas; y el rey contestó: tómalas. —Después el fecial preguntó al rey: ¡oh rey! ¿me nombras nuncio real del pueblo romano de los quirites? ¿Apruebas la eleccion de vasos y compañeros que llevo?—El rey respondió: sí, salvo mi derecho y el del pueblo romano de los quirites. Era fecial M. Valerio y nombró padre patrado á Sp. Fusio tocándole la cabeza y el cabello con la verbena. Se nombra el padre patrado para *patrar* el juramento, esto es, para sancionar el pacto, lo cual hace el fecial con una fórmula larga que no es del caso referir. Después, leidas las leyes dijo: Oye ¡oh Júpiter! oye padre patrado del pueblo romano, oye tú pueblo albano, el pueblo romano no faltará el primero á esas leyes que desde el principio al fin se han leido y están escritas en esas tablas enceradas, sin fraude así como hoy han sido bien oidas. Si faltare el primero por consejo público ó fraudulentamente, en ese dia ¡oh Júpiter! hiere al pueblo romano como yo voy á herir á este cerdo, y tanto más, cuanto más poderoso eres.—Esto dicho hirió al cerdo con un pedazo de pedernal. Tambien los albanos recitaron su fórmula y su juramento por medio del dictador y de sus sacerdotes.»

Y en el mismo libro: «Electo rey de Numa, á ejemplo de Rómulo que habia adquirido el reino edificando la ciudad de la manera que los augurios le prescribieron, mandó que tambien se consultase á los dioses acerca de su propia persona. Por esto el augur, que en lo sucesivo desempeñó por honor este público y perpétuo sacerdocio, lo condujo á la fortaleza y lo sentó sobre una piedra vuelta hácia el Mediodia. A su izquierda se colocó el augur del mismo modo con la cabeza cubierta, teniendo en la mano derecha un cayado con nudos, llamado lituo, y después que hubo determinado los puntos de la ciudad y del campo é invocado á los dioses, señaló las regiones de Oriente á Occidente, diciendo después que las zonas del Mediodia eran propicias, é infaustas las del ocaso. Fijó mentalmente una señal en frente de sí, tan lejana cuanto podia alcanzar su vista; y pasando entonces el lituo á su mano izquierda y colocando la derecha sobre la cabeza de Numa dijo esta oracion: Padre Júpiter, si es tu voluntad que este Numa cuya cabeza tengo entre mis manos, sea rey de Roma, dánoslo á entender por medio de algunas señales en aquellos confines que yo he prefijado.—Luego esplicó cuales eran los auspicios que queria que se mandasen, y obtenido estos, Numa, ya declarando rey, bajó del templo.»

Véase tambien é CHASSAN.—*Ensayo sobre el simbólico del derecho, precedido de una introduccion sobre la poesia del derecho primitivo.* Paris, 1847.

(53) *Legem tulere ut quod tributim plebs jussisset populum teneret.* LIVIO, III, 55.

sivo se realizara con órden evitando á la vez la precipitacion y la inmovilidad. Se concedia esta como recompensa á aquellos que habian sostenido dignamente el peso de otros cargos; aunque sin poder directo ni imperativa autoridad, era omnímoda y poderosa en el movimiento de la vida pública. Cada cinco años pasaban los censores revista al pueblo romano reunido en el campo de Marte; y sin más aparato que sus oficiales y registros, inspeccionaban y depuraban las clases, tribus y gentes. Comparecian los romanos por clases y centurias al llamamiento del heraldo, para dar cuenta de su haber y conducta; entonces reformaban los censores el órden de las clases segun lo reclamaban la necesidad del Estado y los cambios de fortuna, haciendo ascender á unos, descender á otros hasta confinarlos entre los simples pecheros (*erarii*), que no conservaban más derechos de ciudadanos que el de pagar el impuesto. Detrás del pueblo, seguian los caballeros seguidos de sus corceles que llevaban de la brida. Aquellos á quienes se encontraba muy pobres ó culpables de alguna falta, ó poco cuidadosos de sus cabalgaduras, quedaban desmontados en señal de degradacion.

Si los senadores habian perdido el censo ó estaban deshonrados, eran borrados del *album* y sustituidos.

Ejecutaban esta operacion otros censores en las colonias y municipios; trasladaban á los censores de Roma el resultado, y era depositado por estos en el templo de las Ninfas y tambien los documentos del recenso general periódico.

Mientras la censura permaneció en manos del senado, este estuvo en disposicion de componer las asambleas legislativas para poderlas dominar á su antojo, pues no teniendo cada tribu y cada centuria más que un sufragio que emitir, si la multitud de ciudadanos pobres estaba reducida á un pequeño número de tribus y centurias, sucumbia bajo la mayoria de aquellas que formaban los ricos.

Aunque hasta los mismos plebeyos podian ser elevados al tribunado militar, no se confirió esta dignidad durante mucho tiempo más que á los patricios, estando la mayor parte satisfechos con la seguridad concedida entonces á la propiedad y á las personas. Pero esta seguridad permanecia siempre en peligro; eran conducidos sin cesar los deudores á prisiones particulares; no permitia la miseria á los plebeyos ocuparse de los negocios públicos, é iba á sofocar á Roma todavia en la cuna la oligarquia, cuando apareció el tribuno del pueblo Cayo Licinio Estolon.

Licinio Estolon, 366.—Aunque arrinconado ú olvidado de la historia, escrita esta siempre por miembros de la aristocracia ó en su sentido, se nos aparece como el sublime autor de una revolucion, que verificada por medios legales, sin violencia ni efusion de sangre, contribuyó poderosamente á la futura grandeza de Roma.

Primero propuso una ley por la cual anulándose los intereses acumulados, dulcificaba la condicion de los deudores; después otra que limitaba á quinientas fanegas toda propiedad adquirida sobre el *agro*, es decir, en el dominio público, á fin de que el resto fuese distribuido á los pobres, y por último una tercera ley que disponia ó exigia que uno de los dos cónsules fuese siempre plebeyo. Interponiendo su *veto* los tribunos á todas las elecciones y dejando á Roma por mucho tiempo sin magistrados, consiguieron su objeto, obteniendo que los plebeyos entrasen en el colegio de los sacerdotes sibilinos, oráculo del Estado; que pudiesen ocupar la dictadura (353 á 334), la pretura, el pontificado, la edilidad y hasta la censura, último refugio del poder aristocrático: después las leyes del dictador Filon Publilio (339) abolieron el voto por curias, hicieron que los plebiscitos fueran obligatorios para todos los quirites con solo el asentimiento del senado sin ser preciso el de las curias. Colocóse de esta manera el senado en lugar de los antiguos *padres*, compúsose el pueblo tambien de nobles, pudieron los tribunos tomar en caso necesario auspicios, y en fin un tal Flavio, secretario de Apio Claudio (305), divulgó las fórmulas judiciales y el calendario, para captarse el favor popular.

De este modo habia conquistado la plebe tanto la igualdad de derechos como la de religion. Aunque existian disensiones entre las familias patricias y plebeyas, habian cesado las dos clases de formar facciones políticas en el Estado, que democrático ya, estaba admirablemente armonizado por el concurso de los derechos del pueblo con los del senado y nobleza, como tambien por la religion que todo lo cimentaba con ayuda de inalterables formas, interponiendo obstáculos tanto á la anarquia demagógica como al despotismo militar. Sagrada la ley en los tiempos sacerdotales y misteriosa en los aristocráticos, fué en adelante divulgada y conocida. Se sustituyó á la razon divina de los auspicios revelada misteriosamente por los sacerdotes, y á la de Estado, por la cual el senado aristocrático procuraba la salvacion del pueblo heróico, la razon humana con equitativa reparticion de derechos. Desde entonces no constituyó ya el senado una autoridad de dominacion, sino de tutela, para no tener ya sobre los emperadores más influencia que la de consejo, y la libertad romana se formuló en estas tres palabras: autoridad del senado, soberania del pueblo, poder de los tribunos de la plebe.

CAPÍTULO XXX

LOS GALOS.

Desde la primera luz de la historia nos encontramos con los galos en el pais que se estiende entre el Rhin, los Alpes, el Mediterráneo, los Pirineos y el Océano; hállanse tambien en las dos islas al Noroeste de la Europa, que hacen frente á las embocaduras del Rhin y del Sena, y llamadas, una *Alb-in* (isla Blanca), y la otra *Er-in* (isla Occidental) (1). Como cazadores y pastores dividíanse en tribus formando otras tantas poblaciones reunidas por alianzas. Tales eran las de los celtas ó tribu de los bosques; las de los armóricos ó marítima; las de los arvernios ó habitantes de las alturas; de los alóbrogos ó de la parte elevada del pais; de los helvetos ó de los pastos; de los sequanos, en las riberas del Sena, de los eduos y de los biturigos (1400?) (2). Rechazados probablemente por los aquitanios los celtas, invadieron la España donde se mezclaron con los iberos (*celtíberos*), y dieron su nombre á la Galicia. Otros galos se dirigieron hácia la Italia y una horda numerosa bajo el nombre de Amhra (3), venció á los sículos y quedó dueña del valle del Po (1300?), desde allí prosiguió sus conquistas hasta el Tíber, el cual en union del Nar (Nera) y el Tronto, llegó á ser la frontera de su vasto territorio (4). Dividiéronse en tres regiones, llamando *Is-Umbria* los alrededores del Po; *Oll-Umbria*, la vertiente oriental del Apenino; *Vil-Umbria*, la orilla inferior del mar entre el Tíber y el Arno: contaban las dos primeras hasta trescientas cincuenta y ocho aldeas.

Arrebataron la dominacion á los galos los etruscos que llegaron (1050?) á establecerse en la Vil-Umbria, aunque sin esterminarlos, é hicieron la guerra á Is-Umbria que poco á poco conquistaron y donde fundaron doce colonias. Varios de los is-umbrios volvieron á la Galia, otros permanecieron en los valles de los Alpes y otros se fijaron entre el Tesino y el Adda; tambien fueron reducidos y subyugados á la comarca que conservó el nombre de Umbria, los ol-umbrios.

Cimbros.—Tambien la Galia tuvo que sufrir terribles vicisitudes; fué la más memorable la llegada de los cimbros. Habitaban desde muy antiguo los cimbros, cuyo orígen es tal vez el mismo que el de los galos, las vastas regiones que se encuentran entre el Quersoneso Táurico, el Lago-Meótides y el Tanais. En el siglo XI, antes de nuestra era, invadieron la Cólquide, el Ponto Euxino y el litoral del mar Egeo, espantando al Asia y la Grecia que los llamaban cimerios y los creian antropófagos y de raza infernal. En el siglo VII las naciones escitas y teutónicas que invadieron las costas del lago Palus-Meótides y del Ponto Euxino, arrojaron hácia Europa á los cimbros, de los cuales ocupó una parte la península címbrica (*Jutlandia*) y otros llamados boyos ó terribles, se establecieron en las cercanias de los montes Sudetas y en las selva Ercinia (*Bohemia*), mientras que los belgas se detenian ó situaban en las selvas de la orilla derecha del Rhin. Habiendo pasado el rio algunos de estos últimos, se adelantaron á través de la Galia: una parte ganó las Cevenas, donde se fijaron bajo el nombre de tectósagos y teniendo á Tolosa por metrópoli; y los otros mandados por Hesus el Poderoso, hicieron sufrir á la Galia todos los males inherentes á una invasion violenta, lo cual produjo la emigra-

(1) Inglaterra é Irlanda.

(2) *Coille*, *Coilte* bosque, selva; *armhuirich*, vecino del mar; *ar*, *all*, alto; *brog*, aldea; *elva ó selva*, rebaño; *ait*, *et*, lugar. Véase AMADEO THIERRY.—*Historia de los galos desde los tiempos más remotos hasta la total sumision de la Galia á la dominacion romana*. Paris, 1825.

(3) Véase la pág. 10.

(4) De aquí procede el gran número de nombres galos de las ciudades de la alta Italia.

cion de muchos de sus habitantes. De este número fueron aquellos que bajo la direccion de Sigoveso ganaron la selva Ercinia y se establecieron en los Alpes Ilirios (590?); así como los biturigos, los eduos, los arvernios y los ambarros, que siguieron á Italia al biturigo Beloveso (587). Se dirigieron por el monte Ginebra sobre el territorio de los ligurios taurinios, que habitan entre el Po y el Dora, y desde allí se encaminaron hácia la nueva Etruria. Fué para ellos de muy favorable augurio encontrar allí los restos de la primera invasion de los galos: por eso adoptaron el nombre de is-umbrios, que aquellos habian conservado. Era éste un pueblo fiero de cuya política no queda otro indicio que la edificacion de una fortaleza en medio del territorio conquistado (580), llamada Milan (5), para reunirse allí en asambleas y celebrar los sacrificios.

Acudieron otros con el nombre de carnutos, aulercos, chenomanos, bajo el mando de Elitovio (6), y habiéndose reunido ambas fuerzas rechazaron á los etruscos allende el Po (521), y fundaron á Brescia y Verona. Penetró una tercera horda con el nombre de salios, levios y líbicos por los Alpes Marítimos, y se detuvo al Occidente mas allá del Tesino. Tomaron parte en este movimiento los cimbros, los boyos, los lingones y los anamanos (511). Atravesaron la Helvecia y los Alpes Apeninos, la Transpadana y tambien el Erídano (7). Los anamanos poblaron á Plasencia y habiendo elegido los boyos á Felsina por residencia, la llamaron Bononia (Bolonia). Después de haber rechazado los senones á los umbrios hasta el rio Esi, edificaron á Sena (*Sinigaglia*). Ocupóse de esta manera la Transpadana por los galos y la Cispadana (8) por los cimbros; y todo aquel pais civilizado por los etruscos fué entregado á la desolacion y á la barbarie.

De tantas ciudades florecientes destruidas por los galos, á quienes les parecia que encerrarse dentro de murallas era atentar á la libertad, solo escaparon de la ruina general Mantua y Melpo en la Transpadana, y Rávena, Butrio y Arimino en la Umbria. Sucumbió Melpo poco después, y las demás tuvieron que conducirse con la mayor prudencia en medio de aquellos terribles conquistadores. Habitaban estos en aldeas sin murallas por recinto, no tenian muebles ni ninguna comodidad de la vida, dormian sobre la yerba ó sobre paja, no se alimentaban más que de carne, ni se ocupaban de otra cosa que de la guerra. Las únicas riquezas que les interesaban, porque podian trasladarse, eran el dinero y los rebaños (9). Sostenían llevando el pillage hasta la Magna Grecia, costeando el mar Superior, y evitando á los montañeses del Apenino y á los robustos hijos del Lacio.

Aumentada su poblacion, quisieron enviar fuera una colonia, y treinta mil galo-senones pasaron á Etruria. Mandáronles á preguntar los etruscos: *¿Por qué venis á una tierra donde nunca vivieron vuestros padres?* Y ellos contestaron: *Buscamos sitio donde instalarnos; cedednos el terreno que no os sirva y seremos amigos.*

Esta antigua propension de los italianos, de recurrir á los extranjeros en sus discordias fratricidas, nos haria adoptar voluntariamente la opinion de que los etruscos escitaron á sus invasores contra los romanos, que en efecto se adelantaron contra Clusio aliada á aquellos. Roma les intimó alejarse, pero habiendo tomado las armas los embajadores para la defensa de los sitiados, irritados los senones-galos marcharon contra los romanos bajo el mando de su jefe ó Breno como llamaban á sus caudillos (590), y secundados por otros ausiliares se echaron furiosos contra los romanos y los derrotaron á orillas del riachuelo Alia que de los montes Crustuminos cae en el Tíber. Viendo que no podrian defender la ciudad, los romanos la abandonaron, como lo habian hecho los atenienses en la guerra médica, y fué reducida á cenizas: solo un puñado de valientes se refugiaron con Manlio en la roca del Capitolio; pero perdida la esperanza de resistir á las armas y al hambre, trataban de capitular, cuando Furio Camilo olvidando la injusticia de sus compatriotas que le habian desterrado, se presentó á la cabeza de los fugitivos á libertar la patria, y le nombraron dictador mientras que en Pésaro (*Pesaauro*) se trataba del rescate por dinero, lo cual le hizo esclamar: *Con el hierro y no con el oro se ha de redimir la patria.* Liberta la roca, arroja á los galos y prueba con los acontecimientos la inmovilidad del Júpiter Capitolino: de ahí que fuese tenido como segundo fundador de la ciudad.

Esto dice una tradicion de vanagloria nacional y patricia y tan rica de poesia como de contrasentido y desacuerdo; pero otra más positiva opina que los romanos no se redimieron sino á precio de oro; que su rescate, trasladado á la Galia y guardado como un precioso trofeo, fué después recobrado por Druso. Es cierto que los galos no abandonaron tan pronto el pais, sino que acampados en Tívoli, recorrian las vecinas campiñas, tanto que los romanos estuvieron próximos á abandonar á Roma, donde no se encontraban en seguridad, para trasladarse á Veyos. Felizmente los

---

(5) *Meil-land*, mi pais; *May-land*, pais de mayo: *Medio amnium*; *Medo* y *Olano*, dos jefes de bandas; *Medio-lanæ*, de la cerda con lana que encontraron allí; *Medelland*, ciudad de la vírgen: *Mittellawn*, en medio de las llanuras, son diferentes etimologias de Milan. Del sanscrito *Madya* viene el *Medio* latino, que acompañado de *lan* indica la tierra por antonomasia como el *Mitta-land* galo.

(6) *Ele-dove*, el torbellino.

(7) Llamábase primero *Bodincus*, esto es, sin fondo: luego se denominó Pado de *pades* que en galo significa abeto.

(8) Aunque escriba á la izquierda del Po, adopto la vulgar denominacion latina tomada de la situacion de Roma.

(9) Polibio, II.

patricios, que hubieran perdido toda superioridad, perdiendo el territorio sacro, los distrajeron con ayuda de los augures. Reedificóse entonces sin órden la ciudad plebeya, en el mismo lugar en que el cayado etrusco habia fundado primero ritualmente la ciudad patricia.

Desde entonces los galos que se habian retirado á la parte superior de Italia, llamada por su nombre Galia Cisalpina, no cesaron de inquietar á los romanos. Estos conservaron tal odio á los bárbaros que habian arruinado su ciudad, que reservaban espresamente un tesoro para el caso en que hubiese guerra (*tumultus*) contra ellos. Encontrábanse entonces todos los ciudadanos sin escepcion alguna, obligados á tomar las armas, quedaban suspensos todos los negocios, y se elegia un dictador con objeto de cuidar de que la república no sufriese ningun daño.

CAPÍTULO XXXI

POLÍTICA ESTERIOR.—ITALIA SUBYUGADA.

Mientras que Roma seguia elaborando su evolucion interna, iba ensanchando tambien su dominio esterior; y á diferencia de los Estados griegos, celosos de su aislamiento y de su originalidad, á la vez que enemigos de trabar parentesco con extranjeros, abria sus puertas á todos y se hacia cabeza de una sociedad que iba creciendo dia por dia. Cabalmente fué causa principal del engrandecimiento de Roma aquel contínuo hacer pueblo romano de todo pueblo itálico. Los vencidos, á manera de pasto de aquel gran devorador, contribuian á vigorizarla sin cesar, existiendo para ella; al paso que ella con las colonias infundia en aquellos nueva vida: supremo descubrimiento de la política que sostuvo á Roma en tanto que fué capaz de asimilarse las partes antes de incorporárselas, y que la habria hecho perpétua, si el esceso de las conquistas no hubiese precipitado en ella á tantos extranjeros, que no fueron ya su alimento sino su plétora.

Este segundo ministerio de Roma es mucho más digno de estudio como accion social que tendia á la unificacion desconocida antes en el mundo y que ensanchó las barreras de un pequeño municipio hasta abarcar todo el género humano. Pues así como al principio habia admitido á los extranjeros de todas las naciones, así después varias tribus y hasta pueblos y razas enteras se le agregaron: ora los vencidos albanos, ora los vencedores sabinos se ven obligados ó inducidos á llevar sus penates junto á los de Roma. Y si el espíritu aristocrático del gobierno consular restringió esa introduccion de extranjeros, la plebe la deseó siempre, y los defensores de ella desde Espurio Casio hasta Julio César fueron tambien los fomentadores de los intereses italianos.

Pero á la sazon el espíritu de invasion y de injusticia escitaba y conducia las guerras contra las poblaciones italiotas que entre tanto habian sufrido alteraciones diversas. Los ópicos, residentes en la Campania, idénticos quizás á los sículos, admitieron muchas colonias griegas con las cuales y con la emigracion sabina quedó modificado su desarrollo. En la misma Campania tuvieron los etruscos muchas ciudades, mas nunca dominio completo, y con su apoyo se consolidó una aristocracia del pais que señoreó las ciudades, de las que Capua era la principal. Entre los etruscos hicieron prevalecer el carácter griego las relaciones con la Grecia y con el Asia Menor: Tarquino habia querido fortalecerlos, pero no habiéndolo logrado, pasó á fortalecer á Roma, contra la cual después, como una madre contra la hija, se armó Porsena.

Entre tanto los romanos continuando la perpétua lucha con los equos y volscos, derrotaban la aristocracia etrusca, conquistaban las ciudades sagradas de Tarquinia, Vulsinia, Capena, Fidena y Veyos. La decena de años que duró el sitio de esta última, obligó á invernar sobre las armas, por lo que hubo de asignarse por vez primera un sueldo á los combatientes; sueldo que si entonces salió de las riquezas encontradas, luego originó el grávamen de contribuciones. Roma después de vencer tambien á Falera, parecia próxima á subyugar toda la Etruria, cuando le sobrevino el azote de la guerra de los galos que hemos mencionado.

Esa guerra mejoró la táctica de los romanos, quienes sustituyeron al casco de cobre el de hierro batido, más susceptible de resistir á las largas espadas de los galos. Circundaron con hierro sus escudos; reemplazaron las largas javelinas por el *pilum*, perfeccion del *gais* galo, propio á la vez para parar las cuchilladas del enemigo y para herir tanto de léjos como de cerca. Por gratitud á los habitantes de la pelásgica Cere, que habian dado asilo á sus dioses en la invasion gala, los

romanos les concedieron la ciudadania; nueva estension dada á su política de asimilacion, pues si no bastaba llevar los vencidos á la ciudad, llevaban la ciudad al esterior sustituyendo ciudadanos fuera del territorio romano con derechos más ó ménos estensos. Pronto tuvieron la ciudadania los habitantes de Veyos, Fidena, los faliscos y otros etruscos.

En cambio los latinos fueron dominados con las armas, y los romanos que no siempre rehusaban sus elogios á los vencidos, contaron que un volsco de Priverno, preguntado sobre la pena que en su opinion merecian sus conciudadanos, respondió:—*La que merecen los hombres que se creen dignos de la libertad.—¿Y cómo*, se le replicó, *os comportareis si se os perdona?* Repuso el volsco: *Segun obreis vosotros mismos: si las condiciones son equitativas, os seremos siempre fieles y si duras, poco tiempo* (1).

Guerra con los samnitas.—Quedaban terribles enemigos por vencer; estos eran los samnitas, mezcla de sabinos y ausonios, que habiendo llegado al colmo de su pujanza, superaban entonces á Roma en poblacion y territorio: habitaban desde el mar Superior al Inferior y desde el Liris á los montes de Lucania y á las llanuras de la Apulia. Hácia la mitad del estio conducian á pacer sus rebaños en medio de las gargantas del Apenino, y eran una nacion sobria é indomable defendida por valles y torrentes y temible para los habitantes de la llanura. No constituian un solo Estado, sino que estaban divididos en varios: con municipios libres, por lo comun rivales y otras veces enemigos, pero habitualmente aliados entre sí, y con un magistrado superior á la cabeza, esto es un *induperator*.

Rechazaban las ciudades griegas y etruscas las incursiones de sus jóvenes guerreros, pero franqueando estos las barreras que se les oponian, invadieron la Volturnia (420), que bien diferente de su pais montañoso recibió de ellos el nombre de Campania (2), y las calificaciones de *Feliz* y *Tierra de Labor*, por lo favorable que era su territorio á la agricultura. Con pasar la deliciosa Capua de los sabelios á esta nacion belicosa, vió aumentarse su reputacion guerrera. No ménos afamados sus nobles ginetes que los infantes del Lacio, se alistaban á sueldo de los tiranos de Sicilia, y aun al de los griegos en tiempo de la guerra del Peloponeso. Fué émula de Roma, y hubo un momento en que pudo aspirar al imperio de Italia. Se entregaba, sin embargo, de tal manera al lujo, que la calle Seplasia estaba llena de tiendas de perfumes; mientras que los vasos que se descubren allí, manifiestan qué grado de perfeccion habia conseguido en las artes plásticas. Fueron inventados por estos samnitas las piezas burlescas de que son recuerdos la Fábulas atelanas y las máscaras del Zani y del Polichinela.

Nunca quisieron los campanios á sus dominadores montañeses, ni jamás los samnitas conocieron la política, en la cual sobresalió Roma, de fundir en un solo pueblo vencedores y vencidos, patricios y plebeyos. Mirabánse unos y otros con odiosa desconfianza. Atacados los campanios por los samnitas, pidieron socorro á los romanos, los cuales al salir por primera vez del triste Lacio (343), conocieron este admirable pais que ofrecia á sus sentidos las delicias del clima y la elegancia y sensualidad griega. Quedó de tal manera encantado el ejército, que pidió que la patria se trasladase allí; mas como fuese desechada su reclamacion, marchó contra Roma, escitó un violento tumulto, impuso la abolicion de las deudas usurarias y la eleccion de un cónsul plebeyo. Así pues las armas se imponian á ley de la patria.

Resintióse el Lacio del rechazo de esta agitacion, sacudió el yugo, se unió á las colonias romanas (3), á los campanios y sedicinos, para rechazar á los montañeses del Samnio (342) y para reprimir el orgullo siempre ascendente de Roma. Los latinos tuvieron tambien la pretension de que uno de los cónsules y la mitad de los senadores se sacasen de entre ellos. Poco acostumbrados los romanos á ceder á las amenazas, no desdeñaron reunirse á los montañeses, impulsaron á los pobres marsos y pelignios contra los ricos campanios, á los que batieron cerca del Vesubio. En esta guerra fué en la que (340) Manlio Torcuato condenó á su hijo á muerte, por haberse atrevido á combatir traslimitando sus órdenes, y en la que Decio se consagró á los dioses infernales, para aplacarlos en favor de la patria; y después de proferir las espantosas fórmulas se precipita sobre las armas enemigas: severidad patricia, conservadora antes que todo, y resto del fanatismo feroz de las religiones pelásgicas.

Castigaron los romanos la insurreccion de los latinos y campanios con la estincion de su antigua nacionalidad y trasladando á su propio territorio los habitantes del pais, y enviando en su lugar nuevas colonias. Con veinte y cuatro triunfos avasallaron á los volscos y destruyeron enteramente la fertilidad artificial de este pais, en el cual las ruinas de tantas ciudades esparcidas en medio de los insalubres pantanos, desde entonces inhabitables, demuestran la grandeza del aniquilado pueblo y la crueldad de los vencedores. Este implacable rigor era debido á los patricios, tenaces partidarios de la severidad heróica, al paso que la plebe,

---

(1) Tito Livio, VIII, 21.

(2) Καμπος, llanura. — Plinio, III, 9, 7, la llama *Campania felix*, y en el XVII, 3, 3, *in Laborino Campaniæ nobili campo*. Y Floro, I, 16, *Nihil uberius solo, ideo Liberi Cererisque certamen dicitur.*

(3) Cuando se trata de rebeliones en las colonias romanas, no se debe entender como las colonias griegas, que se quisieron hacer independientes de la madre patria. Estaba muy íntimamente ligada la existencia de los colonos romanos con la metrópoli. Eran sublevaciones de los antiguos habitantes del pais contra los nuevos, á quienes querian arrojar de sus casas, tiendas y puestos militares, comenzando contra los romanos.

recordando su orígen itálico, hubiera querido que se tuviese clemencia.

327.—En esta época varia Roma de medios, pero su objeto permanece el mismo. Arma á los latinos campanios y apulios, habitantes de la llanura, contra los samnitas, los lucanios, los vestinos, los ecuos, los marsos, los frentanos y los pelignios que lo eran de las montañas.

Horcas caudinas.—Vencidos estos, piden entrar en tratos, mas fuéles rehusado: en el furor de la desesperacion se aprovechan de una ventajosa posicion y encierran al ejército romano en el desfiladero de Caudio, que después se llamó de las Horcas Caudinas. Proponia Erenio, anciano samnita, ó pasar á todos los romanos á cuchillo ó despedirlos sin que sufriesen ningun tratamiento vergonzoso: su hijo Poncio, general y filósofo, escuchando más la voz de la humanidad que la de la política, quiere librar á los vencidos y se contenta con apoderarse de sus armas y bagages y hacerles pasar por debajo de una cruz, jurando sumision. Pronto, empero, se anuló la capitulacion que entonces juraron.

Prevaliéndose los romanos de aquella fidelidad á la letra ó texto, que cambiaba lo justo en injusto, espulsaron de la ciudad á los cónsules Postumio y Veturio que habian jurado el tratado; y después, cuando fueron acogidos por los samnitas con generosa hospitalidad, hicieron que aquellos espulsados, tenidos ya como samnitas, maltratasen al fecial enviado para pactar la paz, y pretendieron con esa nueva ficcion hallar el pretesto para un rompimiento (4). Favoreció la victoria á los perjuros; Poncio tan venerado entre sus compatriotas, que aun después del error de su clemencia, no le habian retirado ni su confianza ni el mando del ejército, fué derrotado y conducido á Roma; y aquel que no habia querido que el ejército prisionero fuese pasado á cuchillo en Caudio, aquel que habia impedido maltratar á los repudiados cónsules de Roma á pesar de su perjurio, fué cobarde, baja y legalmente entregado al verdugo.

Aprovéchanse los romanos de los dos años de tregua para hacer entrar en sus deberes á sus colonias (318). Son degollados los revoltosos en presencia del pueblo para servir de ejemplo en lo futuro, siendo como era tan necesario asegurar la tranquilidad de los colonos. Asegurados ya una vez sus establecimientos en la Campania envuelven á los samnitas en una vasta red. No encontrándose estos bastante fuertes ó poderosos para luchar con igualdad contra sus engrandecidos conquistadores reclamaron ayuda á la confederacion etrusca (316).

Guerra con los etruscos.—Habia sido reducida esta potencia por los samnitas y galos á encerrarse en sus antiguos límites, pero la poblacion era superabundante y la agricultura é industria, igualmente florecientes, eran para las ciudades fuentes inagotables de riquezas. Suspendió el comercio y las artes para socorrer á sus antiguos enemigos contra los nuevos, que se presentaban más amenazadores que lo habian sido los ligurios y los galos. Pero al frente de los romanos se encontraba Quinto Fabio, apellidado Máximo por los patricios, porque habia circunscrito á cuatro tribus el populacho que Apio Claudio habia diseminado en todas: tambien tenian por jefes á Curio Dentato que no ambicionaba, decia, poseer oro, pero sí mandar al que le tuviera; Papirio Cursor, el Aquiles romano, que hubieran opuesto á Alejandro Magno, si éste hubiera vuelto sus armas contra la Italia (5), y en fin Decio que á

(4) Admitiendo que una ficcion legal pudiese jamás dar á una iniquidad el carácter de la justicia, en el caso presente hasta la apariencia del derecho faltaba á los romanos. En efecto, el *jux exulandi* estaba en vigor entre ellos y los samnitas, y de ahí que espulsado Postumio de su patria, podia adquirir la ciudadania entre estos.

(5) Esto es lo que piensa Tito Livio, que pregunta (lib. IX, 17, 18) cuál hubiera sido el resultado de la guerra, si Alejandro hubiese llegado á atacar á los romanos. El orgullo nacional, que respira en cada línea de los escritos de este autor, se manifiesta sobre todo en este pasaje, uno de aquellos rarísimos en que dirige sus miradas fuera del recinto de Roma: Pero ¡cuán poca exactitud demuestra en sus datos! Primero dice que el nombre de Alejandro era desconocido en Roma; debia decir desconocido á la historia romana, siempre aislada como las crónicas, y sin hacer mencion de los pueblos, sino cuando Roma los encuentra con las armas en la mano. Al contrario, creerá toda persona sensata que el nombre y las espediciones de Alejandro fueron asunto no tan solo de las conversaciones de los curiosos, sino tambien de las aprensiones ó temores de los hombres de Estado en toda Italia. Sabemos además por la historia, que los tarentinos tuvieron que combatir á Alejandro, rey de Epiro, tio del conquistador macedonio, y que los mismos romanos se le unieron contra los samnitas. Recibió en Babilonia el vencedor de Dario los homenajes de los cartagineses, de los iberos, celtas, etiopes y escitas: tanta era la fama de su nombre. Nos demuestra además Arriano que los lucanios, los brucios y los tirrenios enviaron á cumplimentarle. Debian temer en efecto los lucanios y brucios que Alejandro pensase algun dia en vengar á su tio, por lo lo cual les importaba captarse su benevolencia. ¿Quién sabe si los romanos eran designados bajo el nombre de tirrenios por los historiadores, de los cuales Arriano ha sacado sus datos? En efecto, Clitarco, que escribia poco tiempo después de la muerte del héroe macedonio, dice positivamente que los romanos enviaron una embajada á Alejandro; y Plinio (*Hist. nat.*, III, 9) le cita sin oponerle la menor duda.

¿Qué hubiera sucedido si Alejandro, vencedor de Oriente, se hubiera dirigido contra Italia? Este es uno de aquellos problemas insolubles, como todos aquellos á que el tiempo ó la casualidad mezclan elementos que no está al alcance de penetrar la prevision humana. ¿Pero quién sabe si él se hubiera contentado en Italia con una supremacia semejante á la que ejercia en Grecia, y si los romanos y los samnitas se hubieran resignado á ella? Puede decirse que hubiera costado mucho más trabajo dominar á los héroes del Lacio, que vencer á las hordas de Dario; pero la historia nos demuestra que Alejandro no solo tuvo que habérselas con naciones vencidas por la molicie antes de serlo por las armas. Hubiera trasladado á Italia, además de sus treinta mil macedonios, todas las falanges que hubiera querido comprar con los tesoros del Asia, los mejores soldados

imitacion de su padre debia sacrificarse á los dioses infernales. Las tres ciudades más belicosas de la Etruria, Perusa, Arezzo (6) y Cortona, pidieron una tregua de treinta años. Las demás aunque ya desarmadas, y aunque en las asambleas que se verificaban en Voltumna, difiriesen de opinion y se debilitaran en consecuencia, desplegaron tanta energia, que por ella podemos formar idea de la fuerza inmensa de esta confederacion en su orígen: renovaron el pacto sagrado, costumbre nacional, por el cual cada guerrero elegia un hermano de armas; y velaban mútuamente uno por otro, y se creian para siempre infames si se abandonaban.

Fueron vencidos los etruscos, pero se rehicieron en el bosque de Ciminia. Hubo después entre ambos partidos alternativas de victorias y derrotas; pero al fin á pesar de los prodigios de valor de los etruscos, sufrieron estos completa derrota cerca del lago Vadimon (310), y ya no les fué posible levantar cabeza por más que varias veces se sublevaron.

Este golpe acabó con la independencia etrusca; supo conciliarse la aristocracia á los vencedores; los arúspices se convirtieron en instrumentos de la grandeza romana, y el nombre de aliados de los latinos sirvió de máscara á la servidumbre. Es verdad que conservaron sus gobiernos municipales, que continuaron cultivando las artes, haciendo vasos, fundiendo el bronce y aventurándose al mar; pero llegó el momento en que los propietarios se vieron reducidos á la condicion de arrendatarios.

Domeñada ya una vez la más poderosa nacion de la península, la feliz Roma, que ya se habia adquirido un nombre temible en las anteriores guerras, concentró en sí misma la gloria y el poder adquiriendo nombre formidable. Esperan los samnitas recobrar lo perdido, reunen dos numerosos ejércitos, que fueron derrotados. Viéndose entonces abandonados por los campanios, los ecuos y los hernicos, subyugados además y rodeados de colonias romanas, descienden en medio de los etruscos, los escitan á sublevarse de nuevo (296), y forman con ellos, con los umbrios y con las hordas de los galos, llegados al opuesto lado de los Alpes, una formidable liga, que sin embargo fué vencida en Sentino (295), merced al valor calculado de Fabio y Decio. Obtuvieron la paz los etruscos, pero no los samnitas, cuyo pais fué abandonado á la devastacion soldadesca.

Recurrieron estos para defenderse á los dioses de la patria, últimos restos de la libertad itálica. Reunidos en Aquilonia, rodean de tela un espacio de veinte piés cuadrados; después de haber sacrificado víctimas, introducen uno después de otro á los guerreros en este recinto, y les hacen pronunciar delante del altar horribles imprecaciones contra sí mismos y los suyos si llegaban á huir, ó que darian muerte á los que huyesen. Todo el que se negaba á prestar el juramento, era degollado por los soldados que se encontraban alrededor del altar con la espada desenvainada.

Formaron de esta manera un ejército de treinta mil trescientos hombres, que fieles á su juramento perecieron hasta el último en Aquilonia, dando fin á la guerra, después de cincuenta años de duracion. Quedó el pais despoblado, y los samnitas que sobrevivieron, se refugiaron á los Apeninos (293). Habiendo descubierto los romanos en el año siguiente á dos mil en una caverna, los hicieron perecer por el humo. Se llevaron en triunfo dos millones y medio de libras de cobre en barras, producto de la venta de los prisioneros, como tambien 2,660 marcos de plata, procedentes del saqueo de las ciudades y de los campos. De las armas tomadas al enemigo se dejó una porcion como trofeo para los aliados y las colonias; y con las restantes se hizo una estátua de Júpiter en el Capitolio, tan gigantesca que se veia desde el monte Albano.

---

aventureros, y todo lo que Africa y España poseian de valientes guerreros. Aun cuando no se hubiese presentado más que con sus macedonios, Tito Livio hubiera podido recordar á Pirro, quien con ménos fuerzas y genio, puso á la futura metrópoli del mundo, á pique de perderse.

(6) Arezzo proporcionó con que armar y sostener el ejército, con el cual Escipion dió fin á la segunda guerra púnica.

EPÍLOGO.

Aquí terminó la época heróica de Roma, *época más fecunda en virtud que otra alguna* (1). ¡Pero qué virtud! Bruto condena á muerte sin la acostumbrada formalidad á sus dos hijos y asiste á su suplicio: Lucrecia se da muerte por un delito que ella no comete; Escévola castiga á su mano por haber errado un asesinato, asesinato aprobado por el senado entero; Curcio se precipita por supersticion á un abismo, como los Decios se arrojan en medio de las filas contrarias; un tribuno manda quemar vivos á sus nueve colegas, porque impiden reemplazar á los magistrados (2); el sabio Cincinato mancilla su vejez con un asesinato legal. Bajo la sancion de la autoridad pública y con torpes sofismas son violados los juramentos; Fabio Gargetes, edil curul, construye un templo á Vénus con el producto de las multas impuestas á las damas romanas por haber violado la fé conyugal y faltado á la honestidad pública; durante una época de epidemia (3), envenenan ciento setenta mujeres á sus maridos, y se envenenan á sí propias cuando se descubre su culpa; remedio tan deplorable como era supersticioso elegir en tales desgracias á un dictador para fijar en el templo el clavo sagrado.

La virtud de los tiempos heróicos es el egoismo del individuo y de la clase, en nada provechoso á la masa del pueblo, acosado y diezmado por contínuas guerras, empobrecido por la usura, castigado con azotes, aprisionado en calabozos ó ergástulas; en vez de prevalecer el interés público prevalece la tirania de un corto número; es el crímen de rebelion imputado á todo el que levante la voz en favor de la muchedumbre, muchedumbre insolente que se atrevia á pedir que cada cual fuese tratado como hombre y como ciudadano.

Presenta Grecia el mismo aspecto en sus numerosas aristocracias, degeneradas fácilmente en oligarquias, cuyo único objeto era conservarse á toda costa; de aquí la caza de ilotas, el juramento que se prestaba de ser siempre hostil al pueblo, y de no darle más que funestos consejos (4). Hechos increibles, si no se hubieran renovado á nuestra vista: en Friburgo, por ejemplo, donde se castiga como traidores á los diputados que con la conciencia de hombres honrados, proponen restituir á la clase media y á los habitantes de los campos los derechos que les han sido arrebatados; en Schwitz donde se privaba á sus nuevos súbditos de sus franquicias. En algunos de los Estados-Unidos, en ese pais de libertad, es un crímen dar instruccion á los negros. Una libertad con esclavos á semejanza de esta, puede suministrarnos idea, teniendo siempre en cuenta el progreso del tiempo, de la libertad antigua, haciendo que redundara todo en provecho de una clase más ó ménos crecida de dominadores.

¡Y á pesar de todo, cuánto no ha adelantado la humanidad hasta aquí, dilatándose poco á poco de Oriente á Occidente! Ha caido por tierra la barrera de las castas; ha descendido del cielo á la tierra la filosofia y arrancada la ciencia de los santuarios

(1) *Nulla ætas virtute feracior.* Tito Livio.

(2) Valerio Máximo, VI, 3, 2.

(3) Heyne ha sostenido *(Opusc.* III) que todas las pestes de Roma, de que se hace mencion hasta Lucio Vero, en el siglo II después de J. C., no eran realmente más que epidemias.

(4) Νῦν μὲν ενίαις (ὀλιγαρχίαις) ὀμνύουσι: Καὶ τῷ δήμῳ κακόνους ἔσομαι, καὶ βουλεύσω ὅ τι ἂν ἔσχω κακόν. *En algunas oligarquias se jura: Yo seré contrario al pueblo y le aconsejaré su mayor mal.* Aristóteles, *Polit.*, V, 8, 29.

es discutida en las escuelas. Alejandro escribe á Aristóteles: «Siento mucho que hayas publicado tus libros sobre las ciencias acromáticas. ¿En qué somos superiores al resto de los hombres, si las ciencias que me has enseñado llegan á ser comunes á todos? Mucho más celebraria superarles en conocimientos elevados que en poderio». Oriental orgullo que rindiendo al saber el más magnífico homenaje, se esfuerza en vano por atajar un torrente próximo á desbordarse y á esparcir por mil canales la virtud y la ciencia.

Ya no son multitudes las que se ofrecen desde entonces á la política, sino hombres. Se ha convertido el ciudadano en individuo y puede trabajar libremente. Ha facilitado la subdivision los medios de perfeccionar la obra; lo que servia de ventaja á algunos, se ha propagado á muchos; se aumenta la competencia; la habilidad brinda seguridades contra los atentados de la fuerza. Roma renuncia á la perpetuidad de leyes y de costumbres, afirmada en Oriente, caida en Esparta, y se encarga de rejuvenecerlas de siglo en siglo.

Acaso no hallaremos en nuestro camino otra época en que el espíritu humano haya avanzado tan á pasos de gigante. Esta produjo los más eminentes artistas, los más ilustres escritores, admiracion eterna de la posteridad. En su curso fueron inventadas las teorias de todas las bellas artes; se hicieron, estendieron ó aplicaron importantísimos descubrimientos. La ciencia del hombre interior se ha desarrollado más que la del cuerpo y la de la naturaleza; el pensamiento se ha entregado á confiar en sus propias fuerzas; el entendimiento y la razon han adquirido maravilloso vuelo.

A medida que el hombre adquiere mayor libertad en la potencia reguladora de la reflexion, y á medida que con emancipacion progresiva separa el mundo ideal del de las sensaciones, no le basta el presentimiento vago de la unidad de las fuerzas naturales; y la observacion fecundada por el raciocinio se eleva con fervor á las causas de los fenómenos.

Ya no es la religion como en Oriente una sustancia infinita que en la inmovilidad lo absorbe y lo contiene todo, sino que en Roma como en Etruria, toma la palabra sacerdotal por órgano de gobierno, de modo que desenvolviéndose de sus mantillas la actividad humana saca provecho por el momento hasta de las mismas creencias.

Pero se hizo más severo con Sócrates el pensamiento griego, fiel á lo bello, artista por esencia, para quien la inteligencia no se revelaba más que á través de velos y de símbolos, y de las formas de la religion, del arte, de la gracia: sacrificó entonces su ingenuidad nativa para revestirse con las formas de la reflexion é iniciarse en las profundidades de la conciencia filosófica; Platon hermana del modo más notable lo bello y lo meditado. Viene enseguida Aristóteles, que se separa totalmente del carácter helénico para seguir el suyo propio en las formas elevadas y abstractas, para esponer el pensamiento privado de todo ornamento y en la forma en que ha sido concebido. Pero cuando Grecia toda ha traspasado sus límites pierde mucho de su naturaleza armónica; no estando á su alcance sustentar el peso del mundo, sucumbe á la fatiga, para ceder el puesto á una sociedad nueva que, más rica de elementos septentrionales, deja que se desenvuelvan sin trabas la actividad y la fuerza.

Estos adelantos se advierten en rededor del Mediterráneo, en la cadena de los establecimientos fenicios, escalonándose desde Siria á Cádiz y en las dos Grecias con sus colonias. Son deudoras á los fenicios las artes y la civilizacion de haberse estendido desde el mar Caspio á Galia y á España. El Africa occidental y la Etiopia están en relacion con Cartago, Cirene y Tiro; ya no es inaccesible Egipto; recorren el Mediterráneo los griegos de la Sicilia é Italia, los etruscos y los romanos; Marsella hace el comercio de las Galias; Gades el de las costas de España; Corinto y Atenas pueblan de colonias las costas del mar Egeo y del mar Negro; las conquistas aproximan los pueblos del Asia anterior; todo anuncia que la antigüedad en la que cada nacion habia dado cima á su civilizacion aisladamente, está próxima á desaparecer, y que la diversidad absoluta de las formas políticas va á cesar en el momento en que los macedonios y los romanos hagan prevalecer una sola sobre tantos pueblos vencidos. Hasta aquí cada uno de ellos se encuentra en su puesto; en adelante estarán colocados donde les señale la espada.

¡Si, la espada! porque así como el mar, que parecia deber ser una barrera entre las naciones, las aproxima por el contrario, así la terrible necesidad de la guerra opera la mezcla de los pueblos y les ayuda á adelantar á través de la sangre.

Permanecen agenas á este impulso la mayor parte de las demás naciones. Los indios conservaban su constitucion inmoble. Habitaba la isla de Ceilan un pueblo distinto de ellos, quizá negro. Continuaba dividida Arabia entre sus chaiques gobernada patriarcalmente, y cuyos nombres, si se necesitara, podrian ser tomados de traducciones posteriores. El istmo Caucasiano, entre los mares Negro y Caspio, tenia casi los mismos habitantes que en la actualidad. La Armenia septentrional, la Georgia, la Albania no fueron sometidas por Alejandro. Al noreste del imperio persa por él destruido, se encontraba aparte la Sogdiana y la Transoxiana, habitadas acaso por aquellos que en los anales chinos están disfrazados con el nombre de Szu, y de quienes han descendido probablemente los afghanes, pertenecientes á una raza indo-germánica. Residian los masagetas al Norte de la Transoxiana, es decir, getas lejanos, del mismo orígen ó procedencia que los getas europeos, los partos y los alanos. En el centro del Asia erraban las tribus de los turcos llamados por los chinos Hian-Yun, teniendo al Norte las naciones samoyedas, al occidente de las cuales se encontraban los ascendien-

tes de los mongoles y los tungusos. Yacia la China ignorada por el funesto esceso del gobierno patriarcal, para quien el individuo no es nada con relacion al Estado.

No podemos formar una idea de las costumbres de estos pueblos sino comparándolos á otros que hayan llegado al mismo grado de civilizacion. Pero en cualquier paraje que hayan penetrado, los que nos han trasmitido relaciones, han notado una gran corrupcion esparcida sobre la inmensa y estraviada descendencia de Adan. Si Cartago inmola víctimas humanas, no debe admirarse que en Africa á poca distancia de Cirene, ciudad griega, los judanos tuviesen como á honra la prostitucion y que los atarantos maldijesen el sol. Así al Norte de la Grecia, en las cercanias de Tracia, rica aun de los cantos de Orfeo, el nacimiento de un niño es motivo de duelo público. En Europa allende el Danubio se degüella á los prisioneros para limpiar con su sangre el moho de una espada, emblema del dios de los combates; se saca los ojos á los esclavos para que trabajen con más teson; estrangulan tambien en los funerales del rey, á su mujer y servidores, y se inmolan cincuenta víctimas humanas en el aniversario de su muerte. Entre los isedones, cuando un padre muere, sirve el hijo en un banquete sus carnes á los deudos en union de otras de diferentes animales. Cerca de la colonia de Marsella se apacigua la cólera de los dioses entregando á las llamas colosos de mimbres llenos de animales y hombres vivos.

Algunas de aquellas naciones se han quedado desde entonces sumergidas en este estado de degradacion; otras se han despertado á través de mil sufrimientos, siguiendo la senda que hemos visto conducir á la plebe romana á la conquista de la igualdad de derechos. Recobrada ya una vez esta en toda su plenitud y significacion, no podia perderse; no aparecerán más los tiempos de esclavitud y embrutecimiento, pues todo demuestra en la historia que el porvenir no es nunca la repeticion de lo pasado. En medio de las calamidades de que tanto la sociedad como el individuo son siempre blanco, nada hay más agradable ni satisfactorio que la esperanza de un progreso continuo.

LIBRO CUARTO

SUCESORES DE ALEJANDRO.—Seléucidas.—Tolomeos.—Eácidas.—Guerras púnicas.—Sumision de Grecia.—Destruccion de Cartago.—Cultura.—La CHINA.

CAPÍTULO PRIMERO

SUCESORES DE ALEJANDRO.

«Luego que Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia hubo derrotado á Dario, rey de los persas y de los medos, dió todavia muchas batallas, se apoderó de todas las fortalezas, quitó la vida á los reyes de aquí abajo, llegó á los límites del mundo, se enriqueció con los despojos de tantos pueblos, y delante de él enmudeció la tierra. Reunió inmensas fuerzas, y con su ejército de valor indomable, sujetó á las diferentes naciones, hizo á sus tiranos tributarios, y su corazon se hinchó de orgullo. Después de esto cayó enfermo, mandó que se le presentasen los nobles que se habian educado en su compañia desde la primera mocedad y les repartió sus Estados (1).» En el momento de espirar dijo:—*Dejo el imperio al más digno; pero preveo que mis amigos celebrarán mis exequias con las armas en la mano.*

Con efecto el mismo dia en que dió á besar á sus soldados su mano moribunda, infantes y ginetes estuvieron á punto de acometerse á las puertas de Babilonia (2). Cuando dos dias después, reunieron sus amigos en consejo á los principales caudillos del ejército, acudieron en tropel soldados y pueblo, y muchos de los que no habian sido convocados, invadieron la asamblea con estraordinario ruido, restableciendo así el antiguo derecho macedónico de deliberar todos sobre los intereses comunes. Entonces Perdicas colocó sobre el trono las insignias reales: puso allí tambien el anillo del héroe, declarando como renunciaba al poder que parecia haberle conferido éste, depositándolo en sus manos: dijo que el imperio necesitaba un jefe; que Roxana estaba en cinta: que si daba á luz un niño, debia éste suceder á su padre. Nearco aprobó que pasase la diadema á un descendiente de sus reyes, si bien añadió que urgia tener un jefe sin aguardar el incierto parto de Roxana, y propuso á Hércules, que tuvo Alejandro de la bailarina Barsina; pero la falange dió muestras de su desaprobacion con el choque de sus armas. Tolomeo fué de dictámen de que se estableciese una regencia hasta que se tuviera un príncipe en disposicion de reinar; otros querian revestir con la dignidad real á Perdicas; por último Meleagro propuso á Arideo, hermano natural de Alejandro; y la fa-

(1) Lib. I de los *Macabeos*, cap. I.

(2) Diodoro de Sicilia que consultó la obra de Gerónimo de Cardia, escritor contemporáneo, trae en sus libros XVIII, XIX y XX la principal base de la narracion de los hechos de aquella época: Arriano habia escrito la historia de los sucesores de Alejandro; pero se ha perdido á escepcion de algunos libros conservados por Focio. Nos ha servido tambien de ayuda Plutarco en sus vidas de Eumenes, de Demetrio y Focion; Justino en el libro XIII y algunos otros que han sido examinados y puestos á contribucion por MANNERT.—*Historia de los sucesores de Alejandro*. Leipzig, 1786.

Véase asimismo FLAEHN.—*Geschichte Macedoniens und der Reichen welche von macedonischen Königen beherrscht wurden*. Leipzig, 1834.

lange adicta á la raza de sus reyes y al nombre de Filipo, que este príncipe habia tomado, aprobó la eleccion con grande algazara y á despecho de los generales, cuyo único objeto era apoderarse cada uno de la autoridad con esclusion de cualquiera otro.

Trasladábanse, pues, al templo de Júpiter Amnon (3) los restos del grande hombre, y ya formaban sus amigos el designio de esterminar á su familia y de repartirse los despojos. A fuerza de esgrimir la espada en tantas lides habian contraido aquella necesidad de accion que solamente se satisface engolfándose en la matanza; y privados desde entonces de un objeto comun y de un caudillo, era fácil de preveer sus sangrientas disensiones.

Familia de Alejandro.—De la familia de Alejandro quedaban Roxana su viuda, que tres meses después de la muerte de su esposo dio á luz un hijo heredero del nombre paterno y del imperio; Hércules y Arideo, hijo y hermano naturales del difunto monarca: su cruel y orgullosa madre Olimpia: su hermana Cleopatra, tambien viuda; la astuta Eurídice, hija de Ciana su tia, y casada más tarde con Arideo; por último Tesalónica, hija de Filipo que se desposó con Casandro de Macedonia.

Cratero, uno de los más antiguos generales, se hallaba ausente, así como Antipatro, único resto de la corte de Filipo.

Sus generales.—Al elevarse este príncipe á las primeras dignidades, depositó en él tal confianza, que una vez dijo: *He dormido profundamente porque Antipatro velaba.* Alejandro tambien le tuvo en grande estima, confiándole no solo la Macedonia, sino toda la Grecia, cuando la menor sublevacion hubiera podido interrumpir los triunfos del ejército de Asia. Leal á su señor sin ser su esclavo, conservó su aprecio toda su vida: veíase, pues, reducido necesariamente á la sazon á mantenerse en el poder con la familia real ó á caer con ella.

Los demás generales que sobrevivieron eran Leonato, Lisímaco, Ariston, Perdicas, Tolomeo, Peuceso, Piton, ya famosos en tiempo de Alejandro; Eumenes, Meleagro, Antígono, Seleuco, que adquirieron nombradia en las querellas que siguieron á la muerte del conquistador. Perdicas, superior á todos por su cuna, por su grado, por la confianza de Alejandro y de los nobles macedonios, se puso á la cabeza de la regencia en nombre del príncipe aun no nacido, mientras que Meleagro, fuerte con el voto de la falange, tomó partido en compañia de Atalo por Arideo, príncipe débil de cuerpo y espíritu, y en cuyo nombre procedia á su antojo; tuvo además maña para colocar al lado de Perdicas á Antipatro y á Cratero. Pero Perdicas consiguió deshacerse de Meleagro y de los que le prestaban ayuda, llegando una vez á mandar que fuesen pisados trescientos soldados por los elefantes; luego, y á fin de que cada uno de los generales tuviese su ambicion por satisfecha, repartió entre ellos muchos reinos, en la apariencia para administrarlos, y de hecho para ejercer allí el poder soberano.

Primera reparticion.—A Tolomeo, hijo de Lago, le tocó Egipto; á Leonato la Misia; á Antipatro y á Cratero los Estados de Europa; á Antígono la Frigia, la Licia y la Panfilia; á Lisímaco la Tracia; Eumenes obtuvo la Capadocia y la Paflagonia, aun no avasalladas; Piton la Media, donde tuvo que sostener muy pronto una guerra peligrosa.

Perdicas no reservó nada para sí, disfrazando bajo una apariencia de desinterés el deseo de continuar á la cabeza del ejército y de la regencia. Mas si creyó haber decidido así las cosas en ventaja suya, la sublevacion general pudo desengañarlo en breve. Con efecto, aquel gran pensamiento de Alejandro de hacer marchar á Europa contra Asia y de aliar una á otra en la unidad de comercio y de intereses cedio el puesto á mezquinas intrigas, á rivalidades ya abiertas y violentas, ya secretas y viles, en cuya virtud aquellos jefes, queriendo mandar todos y no obedecer ninguno, se suplantaron uno á otro en el trascurso de veinte y dos años.

Grecia.—Ya en vida de Alejandro se lamentaba Grecia de aquellas espediciones lejanas que agotaban sus fuerzas sin ventaja aparente, y con tanta más razon cuanto que trataba á los helenos con orgullosa dureza. Apenas hubo, pues, cerrado los ojos hubo alzamientos en Europa y en Asia. Aquellos á quienes habia repartido en las nuevas colonias, entre los que se hallaban facciosos desterrados de su patria y veteranos que habian combatido en Iso y en Arbela, compusieron un ejército de veinte y tres mil hombres entre infantes y ginetes; y viéndolo aumentarse de ciudad en ciudad, pensaban abrirse paso, tornar á Europa y operar allí cambios en su provecho. Tenian á su cabeza á Filon de Enos y á Lipodoro; pero Perdicas envió contra ellos diez y ocho mil hombres al mando de Piton, quien con el auxilio de los sátrapas de las provincias que cruzaba y más todavia por la traicion de Lipodoro alcanzó completa victoria. Sin embargo, Piton léjos de procurar su esterminio queria ganárselos y tener en ellos apoyo para proporcionarse una soberania independiente; mas Perdicas que habia adivinado sus designios, supo prevenirlos comunicando órden espresa á los tres mil macedonios, que para esta espedicion le

(3) Diodoro describe en el libro XVIII, cap. 9, el carro fúnebre de Alejandro, así como la pompa de las exequias, cuyos preparativos duraron dos años. Muchos eruditos se han ejercitado en esplicar del mejor modo posible este singular monumento por medio del dibujo; pero sin hablar del marqués Poleni y del conde de Caylus que se dedicaron á este trabajo antes de que nuestra época hubiese sacado á luz tantas antigüedades griegas, Saint-Croix lo reconstituyó tambien de muy distinta manera que lo hizo Quatremere de Quincy, cuya descripcion y cuyo dibujo hecho en una escala de bastante tamaño pueden verse en las *Memorias del Instituto*, tomo IV.

habia enviado, de que no diesen cuartel á los rebeldes. Así aun cuando Piton les prometió la vida y la libertad en las residencias que Alejandro les habia señalado, los macedonios se arrojaron sobre ellos y les dieron muerte. Aprovechándose Perdicas de tan propicia coyuntura y en el ardor de la victoria, hizo anular tumultuosamente por el grito de la muchedumbre aquellos reglamentos que pudieran impedirle disponer á su antojo del tesoro y de las fuerzas del Estado

No fué tan fácil apagar el incendio en Europa, donde las disposiciones de los atenienses y de los etolios, ya descontentos del perdon de los desterrados por Alejandro, acabaron por estallar contra Antipatro. Leostenes, hábil capitan, que habia conducido esta intriga, se encargó de dirigir la guerra tan luego como fuese declarada. Juntáronse los locrios y los focidios á siete mil etolios, al mismo tiempo que escitados los atenienses por los oradores Hipérides y Demóstenes, indultados del destierro, empuñaron las armas y espulsaron las guarniciones. Vanamente les aconsejaba Focion que no recurrieran á la violencia; cada cual se jactaba de estar pronto á renovar en obsequio de la libertad de Grecia los prodigios heróicos de Maraton y de Salamina.

Corruptela.—Pero ¡cuánto no habia cambiado Grecia desde entonces! Aun habia grabadas en mármoles y bronces severas leyes, mas el dinero, la intriga y la charlataneria de los sofistas eran omnipotentes en Atenas. La flota que habia vencido á los persas se ejercitaba á la sazon en la pirateria, y los capitanes de las fuerzas navales comunes exigian rescates á las islas y á las costas que no querian verse entregadas al pillaje. La espedicion de Alejando habia dado al comercio otro rumbo distinto, apartándolo del Pireo: multiplicábanse en Rodas y en Alejandria las escuelas que antes parecian privilegio de Atenas. Aun residian allí escelentes artistas, á pesar de que Alejandro llevó á muchos consigo; pero trabajaban ya para los reyes y no para el pueblo. La música y la danza, ocupacion de los espíritus que no se emplean en los negocios públicos, eran más cultivadas que la elocuencia, la historia y la poesia. Tres mil actores celebraron los juegos en honor de Efestion, y Demóstenes reconvino á sus conciudadanos por hacer tantos gastos para el teatro cuando proveian tan mezquinamente á las necesidades de la guerra.

El ejercicio de las armas se habia abandonado á manos mercenarias. Solo Esparta mantenia el espíritu belicoso, si bien habia perdido sus antiguas instituciones políticas, sin cuya rigidez nada oponia una barrera al desbordamiento de las costumbres. A sus sobrios banquetes, á su guiso negro habian sucedido esquisitos manjares, saboreados sobre elegantes alfombras: la educacion varonil habia degenerado y se habian depravado las mujeres. Calcúlese por esto el espectáculo que ofrecia la voluptuosa Atenas. Las enormes sumas derramadas por las corrupciones de Filipo y por la generosidad de Alejandro habian amontonado inmensas riquezas en las manos de algunos hombres: empleábanlas en construir casas que rivalizaban con los edificios públicos de la ciudad más famosa por su magnificencia. Epicrates poseia 600 talentos, esto es, tres millones y medio de pesetas y treinta millones en proporcion del valor actual del dinero.

Los empleos públicos, la pirateria, los servicios vendidos, el alquiler de los esclavos eran otros tantos manantiales de lucro. Se sacaban con avidez de Rodas, de Siria, de la costa de Asia, los vinos, las telas, los objetos de lujo tanto para el consumo interior, como para trasportarlos á las ciudades situadas á orrillas del mar Negro. Otros se enriquecian en el oficio de sofistas, sosteniendo el pró y el contra, adulando á los reyes y á los hombres poderosos, y otros teniendo casas de prostitucion de ambos sexos, porque no encubriéndose ya el libertinaje con aquella delicadeza en que parecia buscar su escusa en tiempos de Aspasia, anunciaba públicamente su tráfico obsceno.

Guerra lamiaca.—¿Era de esperar que con semejantes costumbres se uniese la Grecia en aquel concierto de voluntades que la hizo triunfar de los persas? ¿No podia atribuirse al delirio de un espíritu demasiado parcial en favor de sus conciudadanos, el empeñarse Demóstenes en reproducir tiempos que ya no existian? Desalentados los beocios desde el primer ardor del levantamiento por las ruinas de Tebas, que tenian delante de sus ojos, rehusaron empuñar las armas. Impidióselo á Corinto la guarnicion macedonia. Habiendo intentado los espartanos sacudir el yugo macedónico en tiempo de Agis II, habian esperimentado una derrota de que se resentian todavia, y por otra parte nunca hubieran consentido en ponerse al mando de los atenienses. Uniéronse los demás griegos á Leostenes, quien atacó á Antipatro cerca de las Termópilas y le arrancó el triunfo. Viéronse obligados los macedonios á retirarse hácia Lamia, ciudad situada en la confluencia del Aqueloo y del Esperquio, la cual dió su nombre á la guerra.

Allí estrechaban tenazmente los sublevados al enemigo, cuando los etolios fueron llamados á su patria por una invasion de los enianos. Leostenes murió en el campo de batalla; pero sucedióle Antífolo, que casi le igualaba en destreza. Antipatro llamó en su ayuda á Leonato, quien presentándose con un numeroso ejército para libertar á Lamia, fué vencido y muerto por Antífolo: la escasez de fuerzas estorbó á esta sacar partido de la victoria por haberse dispersado las milicias y no quedar apenas más que los atenienses, para hacer frente frente á los veteranos macedonios guiados por un general de los más poderosos y esperimentados. Con efecto, habiendo reunido Antipatro cuantas tropas tenia á sus órdenes, y ausiliado por Cratero, jefe de la flota, acometió á los atenienses y á los tesalios: estos lidiaron en Cranon con toda la bizarria que le inspiraba la libertad que acababan de reconquistar, y casi quedó indecisa la victoria;

pero conociendo que no podian resistir á las fuerzas macedónicas, quisieron entrar en el ajuste de tratados. Antipatro se negó á ello, y mientras duraban estas conferencias, Cratero subyugó una á una á todas las ciudades de Tesalia reuniéndolas á Macedonia bajo las más duras condiciones.

Viendo entonces los atenienses que no debian pensar en libertad, sino en obtener la servidumbre ménos ruda ó severa posible, diputaron á Focion, á Demades y á Jenocrates cerca de Antipatro. Habíase conservado el primero puro en su amor severo á la probidad y á la patria: siendo parcial de Antipatro, un dia que este le exigia un servicio que repugnaba á su rectitud de ideas, le dijo: *Tú no puedes tenerme á la vez por adulador y por amigo*, Demades, intrigante y presuntuoso, queria imitar á su colega en palabras, y decia que la república ateniense habia caido en sus manos como los restos de una gloriosa nave. Jenocrates, discípulo y sucesor de Platon, no ménos estimado por su virtud que famoso por su talento, habia sido enviado algunos años antes cerca de Antipatro para alcanzar la libertad de algunos prisioneros atenienses. No habiéndole prestado oido este en un principio, y habiéndole convidado después á un banquete, le respondió el filósofo con estos versos de Homero: *¿Cómo he de saborear las delicias de la mesa antes de rescatar y de ver á mis amigos? Si quieres de veras que me regocije, liberta y haz que vea á mis queridos compañeros.* Y Antipatro le otorgó su demanda. Pero en esta segunda embajada le miraba de reojo, como á un partidario demasiado fogoso de la democracia y aun pasó por delante de él sin saludarle, lo cual hizo decir al filósofo que en su presencia tenia vergüenza del daño que se aprestaba á causar á Atenas.

Paz.—No obstante, impaciente Antipatro de dirigirse al Asia para proseguir sus ambiciosos designios, concedió la paz á los atenienses bajo la condicion de que admitirian guarnicion en el puerto de Muniquia, le entregarian á Hipérides y á Demóstenes, instigadores de la coalicion, permitirian que fuesen trasladados á Tracia todos los ciudadanos cuyo censo no ascendiese á veinte minas (y resultó ser doce mil los comprendidos en esta cláusula), quedarian escluidos de la administracion los demás ciudadanos poco acomodados, é instituirian una oligarquia de que Focion seria jefe. Leyes ménos duras impuso Esparta á su rival después de la guerra de Peloponeso.

En el mes de Octubre (322) entraba en Atenas la guarnicion macedonia: arrancado Hipérides del templo de Ayax de Egina, fué muerto vilmente. Demóstenes, refugiado en el de Neptuno en Calauria se envenenó para no caer en manos de sus conciudadanos, deseosos de hacerle espiar el delito de haber querido la libertad. Jenocrates rehusó admitir los derechos de ciudad que Focion le ofrecia por no someterse, tal es su dicho, á una forma de gobierno que habia desaprobado. Después no pudiendo pagar la cuota como extranjero, los atenienses le vendieron como esclavo; pero Demetrio de Falera le rescató y le restituyó la libertad.

Entonces los dos generales macedonios penetraron en las montañas de la Etolia, y la disciplina hubiera vencido el valor heróico de sus habitantes, si Antipatro no hubiese necesitado otorgarles una paz más generosa que se hubieran atrevido á esperarla, á fin de unirse con Antígono y de encaminarse al Asia.

Aquella region era teatro de ambiciones rivales. Cuando todos se mostraban envidiosos de Perdicas, solo Eumenes le miraba con deferencia, tratándole como ministro de Arideo y como tutor de Alejandro Ego, hijo póstumo del héroe macedonio.

Nacido Eumenes en una condicion oscura habia llegado á ser secretario de Filipo, y después de Alejandro, que le elevó á los primeros grados militares reconociéndole general valiente, no ménos que hábil ministro. Puso sus cualidades y su adhesion á la real familia al servicio de Perdicas, que, otorgándole en cambio todo su valimiento, ordenó primeramente á Leonato y á Antígono que le pusieran en posesion de la Capadocia; y como estos, demasiado arrogantes para decidirse á la obediencia, no hiciesen cosa alguna, fué Perdicas en persona á derrocar á Ariarato, señor de la Capadocia, y después de mandar bárbaramente que fuera desollado, colocó á Eumenes en su puesto. Quiso entonces Perdicas dominar á los pisilios y á los licaonios en sus inaccesibles guaridas; pero desplegando los habitantes de Laranda y de Isaura aquella bizarria que les hizo famosos en la Edad Media, prefirieron á la servidumbre la devastacion de sus bienes, la pérdida de sus mujeres, de sus hijos, y la muerte.

Perdicas, señor de todo el territorio que va desde el Egipto al mar, contrajo matrimonio con Nicea, hija de Antipatro, lo cual no le impidió negociar otro enlace con Cleopatra, hermana de Alejandro, á fin de adquirir por ella derechos al trono. Sin embargo, obligado por la voz del ejército á que Arideo diese la mano á Eurídice, sobrina de Filipo, encontró en ésta una rival en poder y una enemiga. Reuniéronse en contra suya movidos de celos Tolomeo y Antipatro, á quienes se agregó Antígono, más astuto que sus auxiliares.

Fin de Perdicas.—Perdicas les declaró guerra, y habiendo arrancado á Samos del poder de los atenienses, se adelantó hácia Egipto para pelear en contra de Tolomeo: costóle mucha gente el paso del Nilo, y el descontento causado por tamaño desastre indujo al ejército á sublevarse; algunos traidores se aprovecharon de esta coyuntura para asesinarle con sus confidentes íntimos (Octubre de 321).

Aun cuando Eumenes, á quien Perdicas habia confiado el mando de las tropas sacadas de Asia, tuvo que hacer mucho para disciplinarlas, venció y mató á Cratero, que, odiándole personalmente le habia atacado cuerpo á cuerpo. Así tres de los principales caudillos de Alejandro fueron á juntar-

se con su jefe. Aquellos que sobrevivieron á la tempestad, se ligaron contra Eumenes, cuya pérdida juraron, resueltos á dar además muerte á otros personajes ilustres y á toda la familia de Perdicas.

A Piton, que mandaba las tropas de Perdicas, se le habian confiado la regencia del reino del imbécil Arideo y la tutela del mancebo Alejandro; pero era demasiado débil para semejante carga y Eurídice, mujer de Arideo, no hubo menester de muchos afanes para apoderarse del gobierno hasta el instante en que las tropas volvieron á manos de Antipatro el poder absoluto.

Imperio dividido.—Este hizo una nueva reparticion de los Estados del imperio (320), escluyendo á los fautores de Perdicas y de Eumenes. Conservó la India á Poro y á Taxilo; á Tolomeo el Egipto, porque no habia posibilidad de arrebatar aquellos dominios á ninguno de ellos; tocóle á Piton todo el pais comprendido desde el Candahar hasta el Indo; á Oxiartes, padre de Roxana, el confin comarcano del Paropamiso; á Stanasor de Soles la Bactriana y la Sogdiana; á Seleuco, hijo de Antíoco, Babilonia; á Antígono la Frigia y la Licia, con más el mando del ejército reunido contra Alcetas, hermano de Perdicas, Eumenes su aliado, y Atalo, que habia abrazado su causa. Empezaron las hostilidades: abandonado y vendido Eumenes por los suyos, se encerró en la fortaleza de Nora, donde se mantuvo mucho tiempo, y mereció ser contado entre los capitanes de la antigüedad más famosos.

Encargando Antígono á sus oficiales el cuidado de someterle, fué á apoderarse del Asia anterior, al mismo tiempo que Tolomeo hacia una tentativa sobre Siria y sobre Fenicia. Al morir Antipatro lidiaba en Macedonia contra los etolios: designó por sucesor al anciano Polispercon, con preferencia á su hijo Casandro, siendo en su entender el mérito y el bien público superiores á los afectos de familia; pero lejos de resignarse su hijo declaró la guerra á Polispercon. Aquel momento pareció á Antígono sumamente oportuno para sacudir toda dependencia de la casa real, y para conseguirlo procuró entenderse con Eumenes, que, fingiendo adoptar sus designios, abandonó su refugio (319) con el pensamiento de reclutar nuevas fuerzas en la alta Asia. Sabedor entonces de que Polispercon, en su calidad de regente del imperio, le habia nombrado general de las tropas reales, á la par que Casandro se habia unido á Antígono, resolvió abrazar el partido que se servia del nombre de Alejandro, y sostenido por los argiráspidas y por el tesoro, amenazó la Fenicia. A punto estaba de invadirla cuando Antígono derrotó á Clito, que debia sostenerle con la escuadra (317). Ya perdida la superioridad por mar y no pudiendo mantenerse más en el Asia Menor, Eumenes penetró en la alta Asia, donde se incorporó á los sátrapas, sublevados contra Seleuco, señor de Babilonia. Siguióle Antígono; pero su habilidad y su denuedo le hubieran puesto en el caso de hacer frente al enemigo, á no ser por la indisciplina que se propagó entre los soldados y por la rivalidad de los jefes del ejército real.

Fin de Eumenes.—Atacado por Antígono en sus cuarteles de invierno, fué entregado Eumenes por los argiráspidas rebeldes, y sin respetar la bravura de aquel desafortunado guerrero, condenóle el vencedor á muerte (315). Con él cayó el más firme y leal apoyo de la familia de Alejandro.

Habia ésta sido llevada por Antipatro á Macedonia, esceptuando á Olimpia que habia buscado refugio en Epiro. No descuidando Polispercon nada que pudiera conservarle crédito y fuerza, llamó á Olimpia, prometió dar instituciones democráticas á las ciudades; mas contrariaba Casandro sus intenciones y pretendiendo suceder solo á su padre se ligó con Tolomeo y Antígono, favoreció al partido aristocrático y le restableció en el poder, á lo menos de nombre. Confirió el mando de Muniquia á Nicanor su amigo, quien ayudado por Focion y por los oligarcas atenienses se apoderó del Pireo; pero no tardó la democracia en prevalecer dentro de Atenas, y entregándose el pueblo como de costumbre á crueles represalias, quitó á Focion el grado de general que habia tenido cuarenta y cinco veces y le condenó á beber la cicuta (317).

Muerte de Focion.—Ni una sola voz protestó contra sentencia tan vergonzosa, y aun algunos insistian en que fuese agravada con tormentos. Aquel filósofo, á la vez guerrero y hombre de Estado, murió sin miedo, como habia vivido sin tacha. Delante de sus jueces confesó que habia administrado mal la república, puesto que se le acusaba, declarando que los demás generales sus colegas y con él acusados, eran del todo inocentes; no por eso logró libertarlos del castigo que merecian por haberse proclamado sus parciales. Una multitud de deudos y amigos se agrupaba entorno de los condenados, abrazándoles y llorando con ellos: pero Focion permanecia impasible: doblemente irritados sus enemigos le agobiaban de injurias, y uno de ellos le escupió á la cara. No hizo más que dirigir un mirada á los arcontes, esclamando.—*¡No hay nadie que ponga coto á estas acciones viles!*

Desconsolado Tudippo oyendo moler la cicuta, esclamaba que hacerle morir con Focion era injusto; éste le dijo:—*¿No debieras felicitarte acaso de acompañar á Focion en la muerte?*

Preguntándole un amigo si tenia nada que encargarle para su hijo:—*Sí*, le contestó, *que olvide la injusticia que los atenienses cometen con su padre.*

Tuvo necesidad de pedir dinero á un amigo suyo para comprar cicuta, en atencion á que no le quedaba bastante. Su cadáver fué arrojado fuera del territorio de Atenas, sin que hubiese uno que le rindiera el fúnebre homenaje, ¡tan envilecidas estaban las almas! Quemóle un sepulturero, y habiendo recogido sus cenizas un megario las llevó á su casa y las enterró cerca del hogar, suplicando á los dioses que tomaran bajo su proteccion los restos de un hombre de bien, hasta que conociendo su patria aquel estravio, enviara en su busca.

Poco tardó en arrepentirse el pueblo: le erigió una estátua, persiguió á sus verdugos, y llegaron casi á ser objeto de culto público tanto sus cenizas como la humilde mansion en que habia vivido sin tacha.

Polispercon tenia bloqueada á Atenas á fin de que no adquiriera allí ascendiente Casandro, que habia entrado en Muniquia; pero queriendo introducir tambien á viva fuerza en el Peloponeso la democracia, no pudo conseguirlo y perdió su preponderancia, mucho más después de ser destruida por Antígono su escuadra delante de Bizancio. La decadencia de su poder produjo el encumbramiento de Casandro, á quien se sometiercn los atenienses de buen grado, gozosos de recuperar á costa de la libertad las delicias de la paz y las ventajas del comercio.

Oligarquia en Atenas.—Fué, pues, restablecida la oligarquia (316) en la ciudad de Minerva: todo el que no poseia diez minas estaba escluido del gobierno. En vez de una magistratura anual creó un epimeleto por tiempo indeterminado, y este empleo fué conferido á Demetrio de Falera.

Demetrio Falereo.—Este ya habia dirigido los negocios en compañia de Focion durante un quinquenio. Esta vez conservó diez años más la autoridad suprema que, si bien ilimitada, tuvo siempre por objeto el interés público.

En ausencia de Polispercon se enseñoreó Eurídice de su influencia y se dedicó activamente á estorbar la llegada de Olimpia y del jóven Alejandro. Hasta llegaron á recurrir á las armas estas dos mujeres; pero habiéndose adelantado Olimpia hasta penetrar por medio de las filas contrarias, llevando en sus brazos al hijo del héroe cuyo nombre invocaba, no osaron los soldados volver las armas contra ella. Eurídice fué entregada con su marido á Olimpia. No habia domado la edad en aquella princesa la ferocidad que hizo decir á Alejandro: *¡Cuan caros me hace pagar los meses que he pasado en su seno!* Envió á los tracios á degollar en su prision á Arideo (317), con órden de conducirlo moribundo á presencia de Eurídice, permitiéndole después elegir entre el puñal, la soga ó el veneno. *¡Ojalá,* esclamó la desventurada, *ofrezcan los dioses un dia á Olimpia presentes de esta clase!* Luego de haber restañado con su vestido la sangre de las heridas de su esposo, se ahorcó al verle exhalar el postrer suspiro. Olimpia inmoló posteriormente á cien macedonios de los más principales, entre cuyo número se contaba un hermano de Casandro.

Muerte de Olimpia.—Este no se detuvo en acudir desde Asia, demasiado tarde para socorrer á los suyos, aunque muy pronto para vengarlos. Asedió en Pidna á la viuda homicida de Filipo, se apoderó de ella y la entregó á los deudos de sus víctimas, quienes le dieron muerte (316). Polispercon y su hijo sustrajeron muchas provincias á la dominacion de Casandro, cuya autoridad se estendió sobre Argos, la costa oriental, la Tesalia, la Macedonia, y acechaba con recelosa vigilancia á Roxana y á su hijo. A fin de adquirir por lo ménos la apariencia de un título legítimo al poder que ejercia de hecho, sino de derecho y de nombre, se casó con Tesalónica, hermana consanguínea de Alejandro Magno, cuyos Estados se hallaron fatalmente repartidos entre los asesinos de su familia.

Antígono y Demetrio.—Entretanto libre Antígono de Eumenes en el Asia, se desembarazó tambien de Piton y de todo el que le hacia sombra. Su vigorosa ancianidad se apoyaba en su hijo Demetrio, mozo de gran valentia, aunque se abandonaba demasiado á los ímpetus de sus años, y quien adquirió más tarde el sobrenombre de *Poliorcetes*, es decir domador de ciudades. Antígono se envanecia tanto más de semejante hijo y de la armonia que reinaba entre ellos, cuanto mayores eran las escandalosas divisiones que agitaban á las familias de sus rivales. Un dia que estaban reunidos entorno suyo los embajadores de Casandro, de Tolomeo y de Lisímaco les presentó á Demetrio, que de vuelta de la caza y con las armas en la mano llegó á sentarse á su lado.—*Os ruego que participeis á vuestros amos*, les dijo, *como mi hijo y yo vivimos juntos* (4).

Prometió á Seleuco, el más hábil de los generales de Alejandro, la Susiana con Babilonia; si bien esto no fué por su parte más que un sagacísimo medio de apoderarse de los tesoros depositados en Susa (315). Luego que los tuvo en su poder halló pretestos para declararse contra Seleuco, quien no se creyó seguro sino al lado de Tolomeo, á quien fué á pedir asilo en Egipto (313). Después de reemplazar Antígono á Seleuco con otro Piton, resolvió entrar en Siria para arrojar de allí á Tolomeo: tomó á Gaza y Joppe, puso asedio á Tiro y se apoderó de ella al cabo de catorce meses. Llevó sus escursiones hasta el pais de los árabes nabateos en las fronteras de Judea, y habiendo sorprendido su general Ateneo á Petra, se hizo allí dueño de inmensos tesoros. Mas recobrados los árabes de su espanto le embistieron á su vuelta, arrancándole el botin con la vida.

Demetrio acometió segunda vez la empresa: halló á Petra en buen estado de defensa, la sitió, y luego ofreció condiciones; pero se le respondió que *antes*

(4) La condescencia de Antígono, respecto de su hijo, era tan escesiva que tomaba á broma sus desórdenes. Cierto dia que éste le abrazaba con ardor al regresar de un viaje lejano, le dijo:—«¿Piensas, por ventura, que estás abrazando á Lamia?»—Esta Lamia era una flautista muy amada por Demetrio. Como pretendiera hallarse mortificado por una fluxion después de pasar un dia en crapulosos festines, le preguntó Antígono:—«¿Era la fluxion de vino de Chipre ó de Tasos?»—Llegando una vez á visitarle mientras se hallaba indispuesto, vió á uno de sus mancebos salir del aposento; preguntando después á Demetrio cómo se sentia, y contestándole éste que acababa de dejarle la calentura, Antígono repuso:—«Con efecto la he encontrado á la puerta cuando se marchaba.»

de aceptar los nabateos una coyunda se retirarian al fondo del desierto. Levantó Demetrio el sitio, y visitó el lago Asfáltide. Informado Antígono por su conducto de la gran cantidad de betun que se sacaba del lago, envió allí gentes para que lo recogieran. No hicieron caso los árabes, pero cuando se trató de trasportar lo que habian estraido aquellos, cayeron sobre los soldados, dieron muerte á gran número de ellos y se aprovecharon de lo que habia producido el trabajo ajeno.

Seleuco habia organizado entretanto en Egipto una liga entre Tolomeo, Lisímaco de Misia, Casandro de Caria y el de Macedonia contra Antígono y Demetrio. Habiendo acudido Antígono para impedir la union de los confederados, arrojó á Casandro de la Caria y envió á su hijo contra Tolomeo, pero habiéndole derrotado éste en Gaza, hizo caer bajo su dominio toda la Siria y la ciudad de Tiro.

Aprovechóse Seleuco de las circunstancias para marchar apresuradamente sobre Babilonia con mil trescientos hombres elejidos y con quienes se podia contar; se volvió á apoderar del mando, y ha sido considerado el dia de su triunfo como el principio de una dinastia que se sostuvo en el Tigris y el Éufrates hasta en tiempo de los romanos (312, 1.° Octubre).

No fué de grande duracion el triunfo de Tolomeo; pues al acercarse Antígono con fuerzas superiores, tuvo que abandonar la Siria y la Fenicia para refugiarse detrás del Nilo.

Era de los Seléucidas.—En fin, en el primer año de la era de los Seléucidas concluyó Antígono la paz con Lisímaco, Casandro y Tolomeo, paz de la que fué escluido Seleuco, al cual pensaba arrebatarle la alta Asia (311). Fueron las condiciones dictadas por Antígono, que cada uno conservaria lo que poseyese; que permanecerian libres las ciudades griegas y que ascenderia al trono el hijo de Alejandro desde el momento que llegase á su mayor edad. Dejaba existente la segunda de estas condiciones, un foco de guerra que debia renacer con el más leve pretesto. Era la tercera una atroz burla.

Viendo en efecto Antígono y Tolomeo al ejército manifestar un vivo afecto á este jóven príncipe por solo el nombre de su padre, como lo hemos presenciado en nuestros dias con respecto al hijo de Napoleon, encargaron á Casandro les desembarazase de él. En consecuencia de este encargo Glaucias, comandante de la ciudadela de Anfípolis, en la que Alejandro y Roxana estaban encerrados, les dió muerte á ambos (311). Tardó poco Cleopatra en seguirles, temiendo Antígono que si Tolomeo contraia matrimonio con ella pretendiese adquirir derechos al imperio. Polispercon que, por oposicion á Casandro, le habia puesto en lucha con Hércules hijo de Barsina y de Alejandro, le dió muerte esperando conseguir el Peloponeso (309), aunque después no obtuvo más recompensa que la de cien talentos. Solo Tesalónica mujer de Casandro, sobrevivió diez y seis años á la matanza de los suyos. Con ella perecieron los últimos restos de la familia del conquistador macedonio, de aquel que en otro tiempo se quejaba de que el mundo era tan pequeño y de tener tan poco que subyugar á su espada.

Dieron pronto motivo á nuevas guerras las ciudades de la Grecia. Queria Tolomeo que Antígono retirase sus guarniciones, otro tanto exigia éste de Casandro, pero ni uno ni otro estaban dispuestos á ejecutarlo, resultando la singular consecuencia de vérseles que se hicieron la guerra por la libertad de la Grecia, destruida mucho tiempo hacia por sus propias manos.

Pareció que al ménos la tomaba sinceramente bajo su proteccion Tolomeo sobrino de Antígono, pues libertó de los macedonios á Tebas y Calcis, después á toda la Beocia y la Lócride, adelantándose hácia el Atica con objeto de hacerla independiente. Pero antes de haber podido ejecutar este último proyecto fué enviado por su tio al Peloponeso, donde restituyó la libertad á la Élide y tambien los tesoros de que habia sido despojada. Sin embargo, Antígono que queria oprimir y engañar y no rescatar y libertar, dejó conocer su resentimiento contra su sobrino, quien buscó un refugio en Egipto cerca de Tolomeo, donde murió asesinado.

Demetrio Poliorcetes.—Sucedióle su primo Demetrio Poliorcetes en la mision de libertador de la Grecia. Bien diferente de él y de pasiones despóticas, se inclinaba á los vicios lascivos y á toda la arrogancia oriental. No por ello dejaron de creer los griegos en sus brillantes promesas, y los atenienses le acompañaban con gritos de alegria, por motivo de su entrada en el Pireo con doscientos cincuenta grandes barcos y 5,000 talentos.

Atenas.—Era todavia gobernada Atenas por Demetrio de Falera, hechura de Casandro, quien hacia permanecer en la obediencia al partido popular sostenido como lo estaba por la faccion aristocrática y la guarnicion. Habiendo escluido Casandro del gobierno á aquellos que no poseian diez minas de rentas, no estaba espuesto Demetrio á los caprichos del populacho y podia obrar á su antojo. Habia puesto en vigor los antiguos reglamentos, hecho el recenso de la poblacion y restablecido la tranquilidad.

Está, pues, reducida la patria de Temístocles, en adelante, al papel de Estado secundario; habia perdido sus posesiones esteriores y veia sus rentas disminuidas; por eso tenia más inclinacion á los tiranos extranjeros, con tal que fuesen espléndidos más que por su propia nobleza. Hacia ambicionar aun á los poderosos el recuerdo de su antigua grandeza, la gloria de mandarla, y á los sabios el honor de ser alabados por ella. No habia renunciado todavia al esplendor de sus fiestas é iniciaciones, ni tampoco á los certámenes poéticos. Afluian allí los filósofos y las cortesanas, y todo aquel que le proporcionaba placer estaba cierto de ser bien venido, ya fuese Lamia la prostituta ó el

tirano Lachares, ó el retórico Demetrio de Falera.

Este último que fué apellidado por la belleza de su mirada *Caritoblefaros*, criticaba los gastos hechos por Pericles en templos, pórticos y teatros, sin conocer la importancia y el sentimiento de lo bello desarrollado por las artes: no buscando él más que el placer de los sentidos, daba magníficos festines, mostrábase galante con las más célebres cortesanas, empleaba su talento en buscarlas nombres más caprichosos que los que ellas habian traido de su pais, inventaba modas que le proporcionaban el honor de ser citado entre las mujeres más elegantes. Compró su cocinero ricos dominios, solo con el producto de las sobras de su mesa. Cuando se paseaba después de comer, los mancebos que traficaban con la infamia, corrian en tropel á su presencia y ponderaban la felicidad de Teognides, su favorito. Hollaba las más preciosas alfombras, su cabellera estaba impregnada de los perfumes más raros, y no eran sus discursos sino artificios, sutilezas, palabras llenas de énfasis (5). No estinguió la necesidad general que esperimentaban los atenienses de todas condiciones por la filosofia y la poesia; pero la estravió, alentando las disoluciones del arte, los sofismas de la erudicion y las especulaciones políticas. Cuando celebró las fiestas de Baco, alabaron los poetas su belleza, que eclipsaba la del sol, y la nobleza de su estirpe, cuando su padre habia sido esclavo de Timoteo. Este fué, sin embargo, el hombre que durante diez años mantuvo el órden y la tranquilidad en la ciudad, le impuso sabias reglas, y obtuvo su amor hasta el punto de levantarle tantas estátuas como dias tiene el año.

Pero Grecia caminaba á su ruina, habiendo muerto en ella todo valor moral, á fin de que no quedara siquier á los vencidos de Roma el consuelo de merecer un sentido recuerdo. Bastará decir que en las más urgentes necesidades de la guerra, cada hombre del pueblo recibió una dracma para ir al teatro, y que en el momento en que Demetrio Poliorcetes sitiaba á Atenas, se corria á los espectáculos como si en ellos se apaciguase el hambre (6). Se puede calcular la acogida entusiasta que los atenienses hicieron á este último, cuando entró en su ciudad y arrojó de ella á Demetrio de Falera (307), proclamandola libre y esparciendo con profusion los víveres, el dinero y los placeres á los que le inclinaba su juventud, pues solo tenia veinte y siete años.

Megara fué tambien libertada de la guarnicion macedonia, y continuó el hijo de Antígono la emancipacion de las ciudades griegas, es decir, el abatimiento del partido aristocrático, hasta el momento en que su padre le llamó á su lado para oponerse á Tolomeo, cuyo poder marítimo se habia acrecentado y que se habia apoderado de Chipre.

Batalla de Chipre.—Acudió Demetrio presuroso á Salamina, saliendo victorioso de la batalla naval de Chipre, la más sangrienta de que hace mencion la historia. Tenia á sus órdenes ciento ochenta velas, y ciento cincuenta Tolomeo, sin contar las de trasporte. Demetrio tomó cuarenta, echó á pique el doble, é hizo ocho mil prisioneros en los barcos de carga. Cuando el cortesano Aristodemo llevó tan fausta nueva á Antígono, le saludó como á rey, título que hasta entonces habia sido privilegio de los Alejandros; adoptándolo enseguida Demetrio, Seleuco, Tolomeo y Lisímaco; el único que se abstuvo fué Casandro.

La batalla de Chipre, como todas las batallas navales en general, no decidió nada, y apoyándose Tolomeo en los demás reyes, supo conjurar hábilmente la tormenta. Antígono y su hijo aceleraron de una manera estremada sus preparativos, y atacaron el Egipto (306); pero hicieron abortar la empresa por una parte las disposiciones adoptadas por Tolomeo para defenderse, y por otra parte la estacion que fué de las más desfavorables. Entonces aspiraron á perjudicarle por otro medio, arrancándole el imperio del mar y cerrando todos los puertos á los buques de Egipto, á fin de estinguir el comercio, manantial de las riquezas de aquella comarca.

Guerra de Rodas.—Rodas, ya opulenta en tiempo de Homero, dió más vasto ensanche á su comercio cuando cayó Tiro, y llegó á una prosperidad inmensa. Se gobernaba como república á las órdenes de presidentes que se renovaban por semestres y eran á la vez jefes del senado y de la asamblea del pueblo. Tenia á consecuencia de su comercio delegados en todos los paises del mundo, y á semejanza de Génova y Venecia en tiempos posteriores, desplegaba una grande actividad política al mismo tiempo que se dedicaba al negocio. No solo dominaban sus escuadras en las aguas del mar Egeo, sino que estendia sus operaciones al mar Negro y á la parte occidental del Mediterráneo hasta Sicilia, traficando con las tres partes del mundo. Abundantemente llenaba las arcas del tesoro el producto de las aduanas de los puertos; y así erigia suntuosos edificios y sostenia dignamente su categoria entre las potencias de primer órden, favoreciendo las ciencias, las letras y las Bellas Artes (7).

Su política esterior semejante á la de los pueblos comerciales, consistia en vivir en paz con todo el mundo, y en no contraer alianza particular con nacion alguna, á fin de evitar hasta las más mínimas ocasiones de guerra. Durante las recientes discordias habia procurado mantenerse en equilibrio entre los dos rivales, erigiendo estátuas tanto

(5) Véase *Caristio* segun ATENEO, libro XII.

(6) DIONISIO DE HALICARNASIO, *Del juicio de Tucídides*, capítulo XVIII.

(7) Véase G. D. CH. HAULSEN.—*Commentatio exhibens Rhodi descriptionem macedonica ætate*. Gotinga, 1818.

al uno como al otro; homenajes dignos de escusa, si la prosperidad pública era su único objeto. Aunque en contínuas relaciones con Egipto no quiso declarase contra Antígono y en favor de Tolomeo, á la vez que negó buques á Demetrio contra Chipre. De ahí tomó Antígono pretexto para comenzar las hostilidades, y Demetrio desplegó (305) contra ella toda la destreza, que le habia valido el sobrenombre de Poliorcetes. A sus doscientos bajeles de guerra, á sus ciento sesenta barcos de trasporte, cuarenta mil hombres de desembarco y á sus máquinas de guerra de terrible fuerza, opusieron los rodios la formidable constancia de ciudadanos y extranjeros, hombres libres y esclavos, peleando todos por su propia defensa: con las piedras de los templos demolidos elevaron nuevos fuertes. En vano se intentó corromper á sus jefes, y cuando se propuso derribar las estátuas de Antígono, los rodios desecharon tan baja venganza. Después de un año de furiosos asaltos comprendió Demetrio que jamás tomaria á un pueblo que le oponia tan tenaz resistencia; resignóse pues á tratar (303). Quedaron exentos los rodios de recibir guarnicion extranjera, á condicion de secundar á Antígono en todas sus empresas, escepto contra Tolomeo. Hicieron que este último les perdonase su derrota, tributándole honores divinos y dándole el título de Salvador (*Soter*) pensando no poder nunca comprar demasiado cara su seguridad y la facultad de entregarse nuevamente al lujo, al comercio, al cultivo de las artes.

Habíase decidido Demetrio á alejarse de Rodas, apremiado por la necesidad de acudir á Grecia donde Casandro y Polispercon se habian entendido para oprimir á los Estados todavia libres y á aquellos que él habia emancipado. Desembarcando en Aulide repele hácia Beocia á las tropas de Casandro, se junta á los etolios y entra en Atenas, salvada así de la venganza de Casandro: salúdasele por segunda vez como libertador dentro de la ciudad ilustre. Se le recibe en el templo de Palas al son del cántico de *Itifalo*, himno reservado para las divinidades de primer órden y los atenienses repiten á coro en torno suyo: «Solo tú eres el dios verdadero; los demás duermen, ó viajan ó no existen; pero tú, hijo de Neptuno y de Vénus, superas á todos los hombres en hermosura; tú eres amigo sincero del pueblo, y por eso te dirije su plegaria.» (8)

Habiendo sido abolida la magistratura de los arcontes, recibieron los años su nombre del del sacerdote de los *dioses salvadores*, título con el que se designaba á los dos príncipes; añadiéronse á las antiguas dos tribus más, la Demetriada y la Antigónida. Cambióse el mes muniquion en demetriades y en Demetrias las fiestas Dionisiacas.

Prodigaron los atenienses el título de rey á Demetrio y á Antígono, aun antes de que les fuese dado por los aduladores de Mileto, y les llamaron dioses antes que los egipcios. Sus proezas fueron bordadas en los velos de Palas que se ponian de manifiesto cada cinco años en la fiesta de las Panateneas, y hasta se erigió un altar en el mismo sitio donde desembarcando Demetrio tomó primeramente tierra. Descendió la adulacion todavia más abajo, porque Atenas construyó templos á Leena y á Lamia, cortesanas que él amaba, bajo los nombres de Vénus Leena y de Vénus Lamia, y sus favoritos Burico, Adimanto y Oxistemo alcanzaron tambien templos con sacrificios y libaciones.

¡Sin embargo, eran los hijos de los atenienses que condenaron á muerte á un embajador por haber saludado al rey de Persia prosternándose á la oriental! Como nada corrompe más á un tirano que hacerle creer en la vileza de los hombres, se abandonó Demetrio libremente á sus inclinaciones y holló todos los derechos, la justicia y el decoro. Durante su primera permanencia en Atenas se habia desposado con la viuda de Ofelas de Cirene, aun cuando ya tenia muchas mujeres: desde entonces se entregó sin freno al despotismo y al lujo del Asia, manchando con desórdenes de todas clases el templo de la casta diosa en que estaba alojado. Rodeábanle aquellos bufones que profanan el nombre de poetas y literatos; uno llamado Estratocles, orador y magistrado del pueblo, figuraba en primera línea como consejero, en toda su desarreglada conducta. Noticioso aquel miserable de una derrota sufrida por los atenienses corrió á la plaza y anunció que se habia vencido. Todo se convirtió en fiestas y en cantos de triunfo; aun no habia terminado el júbilo cuando llegó la infausta nueva del desastre; y como se lamentasen los atenienses de que se les habia engañado; dijo: *¿De que os quejais cuando os he hecho pasar alegremente dos dias?* Una mujer de mala vida que tenia dentro de su casa compró un dia y le sirvió á la mesa pescuezos y sesos. *¡Oh*, esclamó, *te has proporcionado estas cosas que nosotros los directores de los negocios públicos hacemos rodar como pelotas!*

Solicitó Demetrio ser iniciado en los misterios, pero como no se admitia á nadie en los grandes sino un año después de ser recibido en los pequeños, Estratocles mandó decretar que el mes muniquion, á la sazon corriente, se llamaria en adelante de antesterion, durante cuyo curso se celebraban los pequeños misterios; y luego seria llamado inmediatamente boedromion, época reservada para los grandes misterios. De esta suerte se aceleraba el año en Atenas para que todo aconteciese á medida del deseo de Demetrio.

Razon tenia aquel príncipe para menospreciar á tan viles aduladores y para esclamar que no habia un solo ateniense dotado de grande y viril alma (9); razon tenia para hacerles blanco de insultos. Pre-

(8) ATENEO, lib. VI.

(9) Ὅτι οὐδεὶς ἐπ' αὐτοῦ Ἀθηναίων γέγονε μέγας καὶ ἀνδρὸς τὴν ψυχήν. DEMOCARE.

testando un dia apremiante necesidad pidió 250 talentos, que aquellos reunieron con trabajo, y mandó á los magistrados que se los presentaron, que los llevasen á Lamia y otras á fin de que se proveyeran de perfumes. Puede decirse que amaba realmente á aquella Lamia, pues la conservó aun después de haber perdido su lozania. Tenia otra cortesana llamada Démona que se burlaba de él amenudo, y preguntándole un dia acerca de cómo tocaba Lamia la lira «¿Qué te parece?» respondió:—*Me parece vieja.* Presentándole otra vez á los postres las golosinas que le enviaba Lamia, dijo Démona: *Muchas más te enviaria mi madre si te decidieses á ser su amante.* Retruécanos semejantes habian sustituido entre los atenienses á los razonamientos propios de Pericles y Demóstenes y á la sal cómica de Aristófanes.

No contento Demetrio con las jóvenes buscaba tambien los mancebos más hermosos. Uno de ellos merece por su virtud más insigne memoria de la posteridad en razon de haber tenido ménos imitadores, siendo así que se contaban en gran número los ejemplos contrarios. Sorprendido Democles en el baño por Demetrio, para libertarse de su brutalidad se arrojó al agua hirviendo. Clenete alcanzó á costa de la infamia una carta para los atenienses con objeto de que se le absolviese de una deuda de 50 talentos. Resultó de aquí hallarse asediado Demetrio por demandas de esta clase; por lo que decretaron los atenienses una pena contra todo el que aceptara semejantes cartas. Mas habiendo manifestado su ira el hijo de Antígono, quedó revocada la pena; y además los que la habian propuesto fueron víctimas de ultrajes, declarando una ley que todo cuanto pudiera pedir Demetrio seria agradable á los dioses y adecuado á las necesidades de los hombres.

En el transcurso de todo el invierno llevó esta clase de vida el tomador de ciudades: al asomar la primavera (302) arrojó de Sicione la guarnicion de egipcios, y restituyó la libertad á esta ciudad, á Corinto y á Argos: después, á imitacion de Filipo de Macedonia, convocó hábilmente en el Istmo una asamblea de diputados de los diez y seis Estados libres de la Grecia, y allí se hizo proclamar general contra el déspota de la Tesalia y de la Macedonia.

Este paso revelaba harto bien su intencion de apoderarse del imperio: Antígono su padre lo declaró francamente cuando respondió á Casandro, en cuyo nombre se le pedia la paz, que era el único heredero de Alejandro, y no consideraba á los demás sino bajo el aspecto de vasallos. En virtud de esta declaracion sintió Casandro la necesidad de aliarse estrechamente con Seleuco, Tolomeo, y Lisímaco: dueño ya este último de Tracia, Iliria, Dalmacia, Frigia, y Heraclea junto al mar Negro, invadió súbito la Grecia. El peligro hizo abandonar á Demetrio los placeres de la voluptuosa Atenas: Antígono por su parte interrumpió los juegos que celebraba cerca de Antigonia, ciudad que él habia fundado, y prodigando liberalidades á sus soldados acreditó una actividad prodigiosa para un octogenario; acudió prontamente y estrechó de cerca á Lisímaco. Reconcentrándose entonces las fuerzas enemigas en las riberas del Asia para decidir á quien perteneceria el imperio del mundo.

Batalla de Ipso —En la primavera del año 301 vinieron á las manos los ejércitos de Seleuco y de Lisímaco con los de Antígono y de Demetrio cerca de Ipso en Frigia: Antígono, abrumado por su enorme vientre y por sus ochenta y cuatro años, rogó á los dioses que le concedieran el triunfo ó le hicieran morir en el combate, más bien que permitirle sobrevivir á su gloria. Hizo prodigios de valor, pero se adelantó demasiado en la refriega, y como le advirtiesen que le rodeaban los enemigos cada vez más numerosos. *¡Qué importa*, esclamó, *Demetrio viene en nuestra ayuda.* Miró á lo léjos y no pudo descubrirle: acometido por todas partes cayó muerto antes de saber que los suyos estaban en completa derrota. Su hijo se salvó con la mayor fatiga, merced á su valor y al socorro de Pirro, aquel rey de Epiro contra el cual tuvieron que defenderse posteriormente los romanos.

Sin ocuparse de los ausentes dividieron el imperio entre sí los dos vencedores. Lisímaco se adjudicó el Asia anterior hasta el Tauro, Seleuco el resto hasta la India; dejaron á Plistarco, hermano de Casandro, solamente la Cilicia, y entretanto Tolomeo adquiria por su cuenta la Celesiria y la Palestina, á escepcion de Tiro y de Sidon que le quedaron á Demetrio. Este se refugió á Grecia con su escuadra, pero Atenas que le habia adorado como á un dios en los tiempos de su prosperidad, le cerró sus puertas cuando supo su desventura; elocuente leccion para los grandes de la tierra, si fueran capaces de recibirla.

No podia tener término la guerra en medio de tantas rivalidades. Tolomeo hizo alianza con Lisímaco; y Seleuco, que concibió celos, se unió á Demetrio, acaso tambien por amor á Estratónice, hija de Poliorcetes. Demetrio, á quien el rey de Egipto hacia agasajos á consecuencia del miedo que esperimentaba, volvió á aparecer en Grecia y entró nuevamente en Atenas. Reunió al pueblo dentro del teatro, cercándolo de soldados; pero se satisfizo con castigar su vileza dándole un susto. Enseguida invadió el Peloponeso, y si se hubiera enseñoreado de Esparta, se hiciera dueño de Grecia y del mar. Celosos los reyes de sus triunfos, sostuvieron la resistencia del Peloponeso, y le fué preciso retirarse hácia Macedonia.

Casandro.—Sino con tranquilidad habia reinado allí Casandro apaciblemente desde la batalla de Ipso. Dejó aquel trono, adquirido á costa de tantos desafueros, á sus tres hijos, Filipo, Antipatro y Alejandro (298). Tardó poco en morir el primero. Antipatro degolló á su madre por querer reconciliarle con su hermano, y tambien él fué muerto antes de mucho. Alejandro intentó hacer asesinar á Demetrio; mas como lo delatase uno de sus con-

jurados, este se le anticipó en un dia y luego se disculpó del asesinato en una arenga estudiada, delante del ejército macedónico, que le proclamó rey (295).

Demetrio reducido poco antes al último estremo, se encontró único dueño de Macedonia, de la Tesalia, de una gran parte del Peloponeso, escepto Megara y Atenas. Pero le hacia odioso su fausto: su traje era teatral: dos años hizo esperar una audiencia á los embajadores de Atenas. Encontrándose un dia llena su clámide de peticiones que le habian sido presentadas por los macedonios, se acercó al rio y las arrojó en él (288): semejante modo de conducirse era tanto más impolítico, cuanto que todos recordaban la popular afabilidad de los antiguos reyes del pais.

Pirro.—Pirro, rey de Epiro, que le habia salvado la vida en la batalla de Ipso, era para él un peligroso vecino, y mucho más cuando le alentaban á acometerle los caprichosos arrebatos de Demetrio y las exhortaciones de los reyes sus rivales.

Aun se hallaba en la cuna este rey novelesco cuando Eácides su padre fué destronado por Casandro; salvado á duras penas del puñal, se le llevó á Glaucias, rey de Tracia, á cuyas rodillas enlazó sus tiernos brazos con gracia tan infantil, que este príncipe, á pesar del temor que le inspiraba Casandro, le cubrió con sagrada hospitalidad, despreciando las amenazas, y rechazando por último doscientos talentos que le ofrecian por entregarle.

Permaneció Pirro en este asilo hasta la edad de doce años, época en que una faccion que le habia permanecido fiel, le llamó de nuevo á Epiro. Pero poco tiempo después sus insurreccionados súbditos le dieron por sucesor á Neoptolemo su tio. Sin otra herencia que su espada, Pirro pasó al Asia, en donde se hizo célebre. Se refugió á Egipto, después de la batalla de Ipso, adquirió allí el favor de Tolomeo y de Berenice que le dieron en casamiento á su hija Antígona y le ayudaron á subir otra vez al trono de Epiro. El y su tio se pusieron de acuerdo para reinar juntos; pero poco tiempo después Pirro, bajo pretesto de que le habia querido envenenar su tio, le dió muerte en un festin, quedando solo en posesion del poder (295).

Si se quiere olvidar el modo culpable que empleó para apoderarse de él, considérese que solo Pirro era capaz de restaurar el trono de Macedonia que primero disputó á los hijos de Casandro y después á Demetrio, hasta que con la ayuda de Lisímaco y Tolomeo, consiguió hacerse dueño de él; reinó adorado de sus soldados (287), que decian que los demás reyes no sabian imitar á Alejandro Magno mas que en llevar un hombro mas bajo que el otro y en hablar con volubilidad, mientras que él no solamente se le parecia esteriormente sino que poseia tambien su valor y su capacidad; por lo que le llamaban el águila del Epiro, á lo que respondió diciendo: *Si yo soy el águila, vosotros sois mis plumas.* ¡Adulaciones seductoras!

Aunque vencedor, consintió en tratar con Demetrio; pero habiendo descubierto las intrigas que tramaba con Lanasa, su mujer, á la que por último robó, le espulsó.

Con el fin de no dejar ociosos á los soldados macedonios, y con la esperanza de recobrar el reino paterno, fué Demetrio á tentar fortuna en Asia á la cabeza de buenas tropas y de una escuadra temible por la construccion de sus buques. Pero cayó en manos de Seleuco que le trató con una generosidad real. Cuando supo que se encontraba en su poder esclamó: *Te doy gracias ¡oh fortuna! por ofrecerme tan bella ocasion en que mostrar mi clemencia.* Pero aun en esta posicion, no supo Demetrio refrenar la inquietud de su carácter activo y emprendedor; viéndose Seleuco obligado á encerrarle en una fortaleza y á rechazar las instancias que le dirigieron los reyes, príncipes y ciudades para obtener su libertad, el ofrecimiento de una suma considerable de parte de Lisímaco para hacerle morir y las súplicas é incesantes ruegos de Antígono, que ofrecia por el rescate de su padre todo lo que poseia en Grecia y hasta su misma persona en rehenes.

Muerte de Demetrio.—De este modo pasaron tres años y Demetrio acabó su vida (288), abreviada por toda clase de escesos.

Bien pronto llevó Pirro á Grecia sus armas victoriosas; pero la Macedonia no podia soportar con paciencia el verse reducida á no ser sino una provincia de Epiro, cuando en otro tiempo era dueña del mundo. Aprovechándose de este descontento, Lisímaco fuerza á Pirro á entrar de nuevo en el reino paterno, del que salió poco después para hacer la guerra en Italia (286). Lisímaco en quien la vejez no habia disminuido los vicios se entregaba á los caprichos de las mujeres, con quienes se casaba dándoles muerte con igual facilidad; concluyó por caer tambien en poder de Seleuco (282).

De ese modo la monarquia macedónica se dividió en tres ramas: la Siria, compuesta de ocho provincias del Asia Menor y de todas las del Asia Superior desde el Eúfrates al Indo, dominadas, á lo menos nominalmente, por los Seléucidas; el Egipto, que comprendia desde la Gran Sirte hasta la Celesiria y desde el Mar Oriental hasta las arenas del desierto, y á cuyo imperio se agregaban la Cirenáica, la Palestina, la Fenicia, parte de la Arabia, algunas de las Cíclades, el litoral de la Tracia y la isla de Chipre; por último, la Macedonia, cuyos límites variaban incesantemente, pero que comprendia siempre desde los montes Orbelo y Escardo hasta la Grecia Central.

Habíanse formado otros seis reinos de los restos del de Siria, á saber: la Capadocia, el Ponto, la Armenia, la Galacia, Pérgamo y la Partia; esto sin contar los lejanos imperios de la India y de la Bactriana, ni las repúblicas y pueblos que recobraron su individualidad, tales como los tracios, ni las conquistas de los gálatas que ocuparon la Frigia Septentrional comprendida entre las llanuras del Sangario y del Halis.

No bien se abrió la robusta mano que abarcaba tantas voluntades, no unidas con aquella armonia de intereses y de afectos que constituye una nacion, todo fue desórden y debilidad; y el despotismo militar multiplicó los delitos de la ambicion y de la fuerza bruta. Aquellos jefes, no siendo sino meramente guerreros, pensaron tan solo en conquistar, no en dar una organizacion duradera á lo interior del pais.

Influencia macedónica.—Mas el afan de primacia y de perpetuar su memoria llevaba á tales jefes á fundar nuevas ciudades; y así es que solo á Seleuco se atribuye la fundacion de treinta y cinco, ideadas ya por Alejandro. Los macedonios que habian sabido conservar mucho más que los libres griegos su dignidad y sus libertades, aun bajo el poder de reyes, y de reyes conquistadores, esparcieron nuevas ideas entre los pueblos del Asia; la industria griega, penetrando en la Bactriana y en todo el Oriente, animó el comercio en los Estados despóticos confinantes; y las franquicias municipales de las ciudades enseñaban al pueblo á intervenir en la formacion de las leyes que debia obedecer. La civilizacion y la lengua griega dilatándose por las comarcas conquistadas, oscurecieron ó borraron los rasgos característicos de las diversas naciones; y los idiomas de estas vinieron á convertirse en dialectos vulgares. El Asia adoptó costumbres é ideas griegas, al mismo tiempo que el lujo, la ciencia y las supersticiones del Éufrates y del Nilo pasaban á Europa: lo cual, haciendo ménos vivo el sentimiento de la nacionalidad, ménos capitales las diferencias entre los pueblos, facilitaba la conquista á cualquier extranjero poderoso que quisiera intentarla. Este extranjero fué Roma.

Sigamos la historia parcial de estos Estados hasta el momento en que llegaron á dar pábulo al valor y á adornar los triunfos de la ya gigantesca ciudad del Tíber.

CAPÍTULO II

SIRIA: LOS SELÉUCIDAS (1).

Seleuco Nicanor.—Comprendia el nuevo reino de Siria la Mesopotamia, la Media, la Bactriana, la antigua Asiria y gran parte del Asia Menor. El primer cuidado de Seleuco (307) fué asegurar á los griegos las conquistas de Alejandro en Oriente; así dominaba verdaderamente sobre todos los países situados entre el Éufrates, el Indo y el Oxo.

Sandracoto.—Sin embargo Sandracoto (2) de la casta de los guerreros que habian servido á las órdenes de Alejandro, reunió en el Pendjab algunos soldados de los que habia dejado este príncipe en la India, formó con ellos el núcleo de un fuerte ejército y declaró la guerra á los macedonios. Habiendo avanzado Seleuco en contra de él penetró hasta Bengala, si bien se decidió á celebrar con su adversario una alianza semejante á la de Alejandro con Poro. Así pudo constituir Sandracoto uno de los mayores imperios que han existido y llevar á Bengala hasta seiscientos mil hombres. Seleuco recibió de él ricos presentes y quinientos elefantes que le ayudaron poderosamente á triunfar de sus rivales. Este tratado restituyó toda su actividad al comercio de las Indias, que después no fué ya interrumpido.

Antioquia.—Después de la batalla de Ipso (301), Seleuco, el más poderoso sin disputa de los sucesores de Alejandro, fundó dos importantísimas ciudades, Seleucia, cerca del Tigris, en frente de la moderna Bagdad, y Antioquia junto al Orontes. Quitó la primera su poblacion y su brillo á Babilonia, que desapareció de la historia á contar desde este instante: Antioquia fué por espacio de diez y seis siglos la reina de Oriente, hasta que la destruyó Bibarso, soldan de Egipto.

Antioquia, famosa por su lujo, su frivolidad y sus placeres, no ménos que por su aficion á las bellas letras y á las artes, estaba rodeada en sus mejores tiempos de un recinto de 10,000 pasos de circunferencia que comprendia cuatro ciudades, cada una de ellas con sus murallas y sus fortificaciones particulares. Tuvo la primera por fundador á Seleuco, la segunda á los que acudieron allí atraidos por los privilegios otorgados á sus moradores cuando fue declarada capital del imperio: la tercera á Seleuco Calínico, y la cuarta á Antioco Epifanes. A dos leguas de distancia al mediodia del Orontes, se encontraba la pequeña aldea de Dafne, cerca de un bosque consagrado por Seleuco á Apolo y Diana, á los cuales hizo construir un templo, que llegó á ser uno de los más célebres santuarios del paganismo. El bosque que recordaba la memoria de Dafne que inútilmente se ocultó á los rayos del dios del dia, tenia ochenta estadios de circuito; y límpidos arroyos serpenteaban allí bajo deliciosas arboledas, asilos del deleite. Se encontraba en el santuario la estátua colosal del dios, representado con una copa de oro en la mano, y haciendo una libacion sobre la tierra. Habia imitado en este lugar los ritos de la Grecia la colonia griega de Antioquia: una fuente *Castalia* derramaba allí sus

---

(1) Ningun escritor trata especialmente de esta parte de la historia: nos hemos valido de aquellos que se han ocupado de la de Roma, de los libros de los Macabeos y de las *Antigüedades hebraicas* de Josefo. Hános servido la numismática de grande ausilio para coordinar fragmentos sueltos. Se pueden consultar además de las historias generales:

HEYNE.—*Opusc.*, t. IV: *Opum regni macedonici auctarum attritarum et eversarum causæ probabiles.*

VAILLANT.—*Imperium Seleucidarum, sive Historia regum Syriæ*, 1681. Se apoya principalmente en las medallas.

FRÖLICH.—*Annal. rerum et regum Syriæ.* Viena, 1754.

GUYON.—*Historia de los Seléucidas.*

NIEBHUR.—*De la version armenia de Eusebio.*

(2) *Chandra-gupta*, protegido de la luna.

proféticas linfas. Veíanse á la distancia de un estadio reproducidos los juegos de la Elide, para los cuales gastaba la ciudad anualmente quince talentos de oro. Viajeros procedentes de todas partes animaban esta aldea y llevaban riquezas al santuario, donde abundaban el oro, las pedrerias y las obras muestras del arte griego. Eran imitados á porfia los ejemplos del dios seductor, y todo el que vivia sin amores en Dafne, era considerado como hombre de poco más ó ménos (3).

Habia aumentado considerablemente su imperio Seleuco añadiéndole una parte de los paises dominados por Antígono; pero cuando sucumbió su rival Lisímaco en la batalla de Ciropedion, reunió la Siria á toda el Asia anterior (282). Hubiera proporcionado á su imperio una existencia más brillante si hubiese establecido su sede junto al Tigris y tomado al Éufrates por frontera. Acercóse por el contrario á la Grecia, y se encontró mezclado á las pequeñas guerras y á las intrigas, con ayuda de las cuales los sucesores de Alejandro quisieron mantener entre ellos el equilibrio. Conservó no obstante el Asia diez y ocho años de paz prefiriendo á la gloria militar las artes y la tranquilidad, sobre todo para hacer prosperar al comercio, y lo consiguió por la fundacion de las nuevas ciudades y por las nuevas comunicaciones que estableció por el Oxo y los demás rios. Restituyó á Atenas la blibioteca que le habia sido robada por Jerjes; dividió su reino en setenta y dos satrapias, teniendo cuidado de no nombrar sino naturales del pais, máxima que desgraciadamente olvidaron sus sucesores. Con objeto de que nadie pudiera concebir el pensamiento de desmembrar la monarquia, confió el gobierno de la alta Asia á su hijo Antíoco, al cual cedió tambien Estratónice su mujer, cuando conoció que la amaba. Fué asesinado (281) por Tolomeo Cerauno, de quien era bienhechor, en el momento en que iba á entrar en Macedonia, su patria, y el esplendor de este reino se estinguió con él.

Soter.—Su sucesor Antíoco, acudió para defender las conquistas de su padre, pero dejándose subyugar por las lisonjas de su asesino le cedió la Macedonia. Este se casó con su propia hermana, viuda de Lisímaco y degolló en sus brazos á los hijos que habia tenido de su primer marido, porque una faccion se movia en su favor; pero aun no se habia pasado año y medio, cuando él mismo sucumbia bajo los golpes de los galos (279).

Los galos.—Habian invadido estos terribles enemigos la Macedonia, la Tracia y la Tesalia, pero esperimentaron un rudo choque por parte de los griegos y de Antíoco, quien en esta circunstancia recibió el título de *Soter* ó Salvador. Entraron al servicio del rey Nicomedes de Bitinia, y les cedió la comarca que llamaron Galacia (283 á 277): se sirvió de ellos Filitero, gobernador de Pérgamo, para fundar una nueva dinastia, á pesar de los esfuerzos de Antíoco para oponérsele. Traficaban los galos con su valor, asegurando la victoria á cualquiera que comprase sus servicios, llegando á tal grado de confianza en sus fuerzas, que cuatro mil de ellos llamados á por Egipto Tolomeo Filadelfo, intentaron apoderarse del reino de los Faraones. Derrotólos Antíoco en Sardis (273), pero continuaron siendo temibles para los reyes de Pérgamo, hasta el tecer reinado. Tuvo Antíoco que renunciar (264), para oponerse á sus progresos, á la guerra que habia emprendido contra Tolomeo II, rey de Egipto, en favor de Magas, príncipe de Cirene, que se habia rebelado contra su hermano, y murió cerca de Efeso combatiendo contra ellos. Edificó dos ciudades y nada perdió de las posesiones que habia heredado. Pero es una señal de próxima decadencia para un imperio fundado en la conquista, zozobrar en nuevas empresas. Un Estado que no tiene por otra parte para sostenerse más que las cualidades personales de su jefe, no goza más que una vida artificial y pronta á estinguirse.

Antíoco Dios.—Fué en efecto, para el reino de Siria un apoyo bien débil Antíoco Dios, que cada vez se entregó más á las intrigas de las mujeres (260). Su cuñada y mujer á la vez, Laodicea, y Apamea, su hermana, le impulsaron contra Tolomeo Filadelfo. Era esta última, viuda de Magas, rey de Cirene, no queriendo conceder la mano de Berenice, su hija, á Tolomeo, que le habia sido prometida en señal de paz después de una larga guerra, habia llamado para concedérsela á Demetrio, tio de Antígono Gonatas. Pero ella se habia enamorado al verle y él la habia pagado maltratando á Berenice. Irritada esta le hizo asesinar en los brazos de Apamea, que habia acudido á la corte de Antíoco Dios para excitarle contra Tolomeo, esposo ya de Berenice, y consiguió que aquel le declarase la guerra; pero habiéndole sido contraria la fortuna, Antíoco se reconcilió con su adversario y tomó por mujer á su hija repudiando á Laodicea.

Varias provincias del Asia se habian sustraido durante este tiempo á su autoridad. Para vengarse Arsaces Fileleno del ultraje hecho por el sátrapa Agatocles al pudor de su hermano, arrojó de la Partia el gobernador macedonio (255), y habiendo reunido las tribus nómadas, formó un reino que después aumentó considerablemente, siempre en perjuicio de los Seléucidas. Empezó su hijo Tirídates la dinastia de los Arsácidas, que contó treinta príncipes y acabó con el primero de los Sasánidas.

Bactrianos.—Por otra parte, Teodoto, gobernador macedonio de la Bactriana, se hizo independiente (256), y constituyó un nuevo reino que, en su orígen, si damos crédito á Justino, no comprendia ménos de mil ciudades. Fueron griegos todos los sucesores de Teodoto, y parece que su dominacion se estendió á veces hasta las riberas del Gan-

(3) Véase ESTRABON, lib. XVI; SOZOMENES, V, 19. JUAN CRISÓSTOMO en *S. Babila*; LIBANIO, en *Nœnia*; CASAUBONO, *Ad. historiam Aug.*; GUYON, *Historia de los Seléucidas*, t. VII, págs. 35 y 36.

ges y fronteras de la China: uno de ellos, Demetrio, hijo del tercer rey, reinó en la India septentrional y en el Malabar (4). Fué este reino destruido después por los escitas, segun el parecer de Estrabon, y por los partos, segun Justino. Quedó el imperio de Dario dividido de esta manera entre varios príncipes, hasta los Sasánidas, cuando Ardeschir reunió la Persia en un solo reino, y Sapor, su hijo, hizo perecer á los descendientes de todos estos pequeños soberanos (5).

Partos.—No se sabe bien quiénes eran ni de dónde procedian los partos que figuraron después tantas veces en la historia del mundo. Ignórase si eran originarios del Curdistan, del pais de los escitas ó del de los turcos. Estos terribles ginetes de rápidas evoluciones, se establecieron en las cercanias del mar Caspio, cerca de cinco años después de la defeccion de Teodoto. Llevando desde este punto sus incursiones á otras partes de la Persia oriental (6), se estendieron cada vez más hácia el Occidente, con gran perjuicio de la Siria, sin poder fijar su permanencia en el Éufrates, el Indo y el Oxo. Tuvieron primero por capital á Hecatómpila, después á Ctesifonte en el Tigris, y á Ecbatana de Hircania. Sin comercio ni agricultura era la guerra su única ocupacion. El desenfrenado lujo de la corte de Antíoco, que en sus espediciones contra ellos, llevaba consigo más cortesanos que guerreros, dejó libre curso á su progreso. Este príncipe enviaba de Egipto á Antioquia agua del Nilo en vasos de oro, á su adorada Berenice (7); abandonaba la autoridad á Temison y á Ariston de Chipre, ministros de sus voluptuosidades. Tributábales el pueblo honores divinos, y Hércules Temison recibia las ofrendas de los grandes, tendido sobre cogines y envuelto en una piel de leon.

Seleuco II.—Cuando murió Tolomeo (247), repudió Antíoco á Berenice para volver á tomar á Laodicea y asegurar su sucesion al hijo que de ella tenia, pero temiendo ésta la inconstancia de su marido, le envenenó, y reinó como tutora de Seleuco Calinico. Le hizo perder su crueldad una gran parte de los Estados de su hijo. Su odio contra

---

(4) Los poco numerosos fragmentos de la historia de este reino habian sido recogidos por TEÓFILO SIGEFREDO BAYER, *Historia regni Græcorum bactriani in qua simul græcarum in India coloniarum vetus memoria esplicatur; accedit* CHRIST, THEODORI WALKERII *Doctrina temporum indica cum paralipomenis*. Petersburgo, 1738. Esto es lo que se ha podido saber. A Teodoto I sucedió su hijo Teodoto II en 243, quien hizo la paz con Tirídates, al cual habia hecho la guerra su padre. Fué destronado por Eutidemo de Magnesia (221), contra el cual marchó Antíoco el Grande con socorros proporcionados por Arsaces (209-206); pero aunque reducido á entregar sus propios elefantes, le permitió un tratado de paz conservar la corona y casar á su hijo Demetrio con una hija de Antioco. Estendiendo este Demetrio á lo léjos sus conquistas se hizo dueño de la India septentrional y del Malabar. Tenia en la misma época la Bactriana por rey á Menandro, que llevó sus conquistas á la Serica. Parece que en su tiempo estaba dividida la Bactriana en varios Estados griegos, que tal vez se habian hecho independientes con motivo de la espedicion de Antíoco III. Bajo el poder de Eucrátidas (181), sucesor de Menandro, se aumentó más que nunca el reino de la Bactriana, habiendo reunido este príncipe, con ayuda de Mitrídates (147), rey de los partos (148), las conquistas de Demetrio rey de la India. Después fué tal vez asesinado por Eucrátidas II, su hijo, quien le sucedió. Unióse este á Demetrio II, rey de Siria, para una espedicion contra los partos (142): pero fué después despojado por Mitrídates I de una parte de sus Estados; de modo que ya no intentó nada contra los nómadas del Asia central, y su reino dividido pasó á los partos con el pais de aquende del Oxo. Ha dispuesto Bayer de la manera siguiente esta cronologia de las dinastias griegas en la Bactriana.

256 Teodoto fundó la monarquia de la Bactriana.
250 Primeros movimientos de los partos; primera época.
246 Segunda época de la dominacion de los partos.
244 Tirídates (Arsaces II) ocupa la Hircania.
243 Prepara la guerra contra Teodoto.
242 Teodoto II concluye la paz con los partos.
241 Tirídates huye con motivo de la invasion de Seleuco Calínico.
240 Es vencido este. Tercera época de la dominacion de los partos.
239 Principio del reinado de Atalo, rey de Pérgamo.
220 Eutidemo de Magnesia arroja al rey Teodoto.
209 Antíoco el Grande hace la guerra á los partos.
208 La hace tambien á Eutidemo.
206 Hace la paz con éste.
196 Menandro, cuarto rey de la Bactriana.
181 Eucrátidas, quinto rey.
152 Mitrídates parto (Arsaces VI), ocupa la Hircania de en medio y la Elimaida.
147 Fin de la guerra india.
146 Eucrátidas II, sexto rey de la Bactriana.
141 Demetrio Nicator es cogido por los partos.
136 Muerte de Mitrídates el Grande, último rey de los partos.

No se conocian hasta nuestros dias sino muy pocas medallas de los reyes de la Bactriana: pero el general Allard, que permaneció en las Indias desde 1815 á 1835, y fué encargado de la organizacion militar del reino de Lahore, regaló á su vuelta á Francia, á la Biblioteca de Paris, varias medallas que pueden dividirse del modo siguiente:

1.° Monedas griegas de los reyes macedonios de la Bactriana y de la India septentrional.

2.° Monedas de los mismos reyes con la leyenda griega por un lado y bactriana por otro.

3.° Monedas bilingües de los conquistadores escitas.

4.° Varias otras de época incierta, en las cuales el arte ha degenerado, ofreciendo una mezcla de símbolos é inscripciones persas, griegas é indias.

Se puede con ayuda de estas medallas encontrar la série de los reyes macedonios en este pais: hasta ahora permanecia ignorado aun el nombre de varios de ellos.

Véase RAOUL-ROCHETTE.—*Noticias sobre medallas griegas inéditas de la Bactriana y de la India. Diario de los sabios*, 1834-1836.

(5) Véase sobre los reinos formados de los restos del imperio persa una memoria del mayor VANS KENNEDY en las *Transactions of the literary Society of Bombay*, t. III, Lóndres, 1823,

(6) Véase MALCOLM, *History of Persia*, t. I, c. VII.—LONGUERUE, *Anales de los Arsácidas*.

(7) ATENEO, VII, 12.

Berenice la indujo á pelear contra todo el que era favorable á Egipto, hasta el momento en que consiguió hacer degollar á su rival y al hijo de ésta. El deseo de vengar este doble asesinato hizo que se armaran las ciudades del Asia anterior y todo el Egipto. Fué devastada la Siria, y la sangre de Laodicea, los incendios y el pillaje apenas bastaron para sofocar estos resentimientos. El más temible enemigo de Seleuco II fué su hermano Antíoco Hierax (*el Buitre*), que se hizo dueño de la Lidia y de una parte del Asia Menor. Secundado por los galos, introdujo turbaciones en el reino de su hermano hasta el momento en que después de haberse librado de su cautiverio en Egipto, fué muerto por bandidos.

Mientras que Seleuco se ocupaba en defenderse contra él y en someter las provincias del Asia superior, Eumenes, rey de Pérgamo, y Tirídates (Arsaces II) de los partos, aumentaban uno y otro su poderio (238). Ligado este último con el rey de la Bactriana, venció á Seleuco, y aquella fué para los partos la verdadera época de la fundacion de su imperio. Todavia más infortunado Seleuco en su sugunda espedicion, cayó en manos de sus enemigos, y se dice que permaneció por espacio de diez años siendo su prisionero, es decir, hasta su muerte; si bien parece más verosímil que recuperase su libertad y acabara tranquilamente sus dias, fundando muchas ciudades y ensanchando á Antioquia.

Seleuco III.—Seleuco Cerauno (*el Rayo*) (225) fué envenenado después de reinar tres años, cuando se ocupaba en los preparativos de una espedicion contra Atalo, rey de Pérgamo, que habia sometido á su autoridad toda el Asia Menor, desde el Tauro hasta el Helesponto. Aqueo, tio materno del rey difunto, consolidó de nuevo el poder de los Seléucidas en el Asia anterior durante una sabia regencia; rehusó la corona que le ofrecian, y se la aseguró á Antíoco III (222), quien recibió más tarde el sobrenombre de Grande.

Antíoco el Grande.—Mientras Aqueo, nombrado por él, gobernador del Asia Menor, recobraba el dominio de manos de Pérgamo, los sátrapas Molo y Alejandro sublevaban la Media y la Persia; su primer ministro, Hermias de Caria, haciendo traicion al rey exasperaba al pueblo, y por último se sublevó el mismo Aqueo. Antíoco los venció á todos; mandó asesinar á Hermias, y Aqueo cayó en sus manos. Entonces procuró quitar á los Tolomeos sus posesiones en Siria, pero aun cuando la fortuna le favoreció en un principio, abandonóle después en Rafia (217). No fué más venturoso en su espedicion contra Artabano (Arsaces III), que se habia apoderado de Persia, pues se vió obligado á cederle completamente la Partia y la Hircania, á condicion de que le ayudaria en la guerra que iba á emprender contra la Bactriana (206). Siguióse á esta guerra una paz que aseguró á Eutidemo la corona y la totalidad del territorio. Antíoco marchó entonces contra la India, pero no cruzó el Indo ó no se adelantó á más distancia. Tantas lides no tuvieron otro resultado que el de reponer á los Seléucidas en posesion de las provincias del Asia superior, á escepcion de las que se habian separado definitivamente de su imperio.

Absorbia toda la mente de Antíoco el pensamiento de arrancar el Egipto á los Tolomeos; con este intento se unió á Filipo de Macedonia, los arrojó de Siria y se adelantó hácia el corazon de sus Estados; pero los Tolomeos demandaron ayuda á los romanos, con los cuales sostuvo tambien Antíoco la guerra (205—198).

CAPÍTULO III

LOS LÁGIDAS EN EGIPTO (1).

Jamás habia podido plegarse el pueblo de Egipto al yugo de los persas, cuya intolerancia tenia horror á la idolatria, y de vez en cuando habia protestado contra su dominacion por medio de sangrientas rebeliones; pero resignóse sin trabajo á la de los Tolomeos, que le hizo olvidar con la libertad dejada al culto y con el sentimiento del bienestar presente, sus grandezas pasadas y sus esperanzas venideras. Alejandria, simple colonia militar en un principio, adquirió muy pronto la importancia que su situacion le aseguraba.

Alejandria.—Siéntase Alejandria junto al lago Mareótides, que está formado por el Nilo y comunica con el mar; de modo que forma un puerto tan vasto como seguro, que pone en contacto el Egipto con el Mediterráneo y por angosto espacio está separado del golfo Arábigo. Dos anchísimás calles de hermosos edificios la cortaban en ángulo recto, y recibia el agua desde léjos llevada por acueductos subterráneos que la difundian por toda la ciudad. Diodoro contaba en ella un millon de habitantes, trescientos mil de los cuales eran libres (2).

Además de los indígenas y de los mercenarios asalariados por el rey, que se encontraban dentro de su recinto, era habitada por gentes de todas las naciones, confundidas bajo el nombre de alejandrinos, entre los que figuraban principalmente griegos y judios. Aun cuando seria importante hasta lo sumo conocer la historia de esta ciudad, donde convergian las diversas civilizaciones del Oriente y del Occidente, como convergen los rayos de luz al foco de la lente, nos hallamos en tinieblas respecto de cuanto la concierne, y eso que en ella se resume la historia de Egipto.

Tolomeo Soter.—Este pais de que quiso hacer Alejandro un reino poderoso, convirtiéndolo en centro principal del comercio, en sede de las ciencias y de las bellas artes, tocó en suerte al hacerse la primera reparticion del imperio, á Tolomeo Soter (323), que pasaba por hijo natural de Filipo, aun cuando se dijera nacido de Lago. De éste tomó su nombre la dinastia de los Lágidas que concluye con Cleopatra. Tan hábil en el consejo como en el campo de batalla, particularmente amado por Alejandro, Tolomeo fué el único de sus sucesores que supo moderarse en la mania de las con-

(1) Tambien aquí nos faltan historiadores particulares, y además libros hebreos y medallas. Algunas inscripciones alfabéticas y geroglíficas suplen esta escasez de documentos. Pueden ser consultados:

VAILLANT.—*Hist. Ptolomæorum.* Amsterdam, 1701.

CHAMPOLLION FIGEAC.—*Anales de los Lágidas ó cronologia de los reyes de Egipto, sucesores de Alejandro Magno.* Paris, 1819, dos tomos. Algunos de sus errores fueron corregidos por IDELER.—*Ueber die reduction ägyptischer Data aus den Zeiten der Ptolemäer.* Berlin, 1834.

LETRONNE.—*Investigaciones para servir á la historia de Egipto durante la dominacion de los griegos y romanos, sacadas de las inscripciones griegas y latinas.* Paris, 1823.

J. C. SCHMIDT, *Opuscula res maxime Ægyptiorum illustrantia*, 1765: habla principalmente del comercio de Alejandria.

(2) Dion Crisóstomo en la *Oracion á los alejandrinos*, pondera la inmensa poblacion de aquella ciudad y añade: ὁρῶ γὰρ ἔγωγε οὐ μόνον Ἕλληνας παρ' ὑμνῖ, οὐδ' Ἰταλοὺς, οὐδὲ ἀπὸ πῶν πλήσίων Συρίας, Λιβύης, Κιλικίας οὐδ' ὑπὲρ τοὺς ἐκείνους Αἰθίοπας, οὐδὲ' Αράβας, ἀλλὰ, καὶ Βακτρίους, καὶ Σκύθας, καὶ Πέρσας, καὶ Ἰνδῶν τινὰς οἱ συνθέωνται καὶ πάρεισιν ἑκάστοτε ὑμῖν, «Porque entre vosotros veo no solo griegos é italianos y aldeanos de Siria, Libia, Cilicia y los etiopes ó árabes; sino tambien bactrianos, escitas y persas y algunos indios que se amoldan á vuestra ciudad.»

quistas, y si por su conducta personal y política no se mostró más leal que los otros sucesores de Alejandro, superóles en el arte de conciliarse á los vencidos. Se grangeó el afecto de los egipcios libertándoles de las exacciones exorbitantes de Cleomenes, gobernador que les habia señalado el héroe macedonio, y consideró siempre la prosperidad del país como la suya propia.

Conservó la division de Egipto en nomos, si bien con algunas modificaciones: destinó gobernadores á las provincias lejanas, y es probable que no confirió las magistraturas más que á macedonios y á griegos. Tenia especialmente en Alejandria cuatro magistrados superiones, el *exegeta*, encargado de las provisiones de boca; un gran juez que presidia en los asuntos judiciales; un *hipomnematógrafo* ó archivero, y por último un *estratego*, ó inspector de noche, que velaba por la tranquilidad de la ciudad. Fué conservado con esmero todo cuanto se adaptaba á las costumbres presentes y á consolidar el despotismo real de las antiguas instituciones: léjos de oprimir á la religion, la puso sagazmente de acuerdo con su sistema sin atentar á los ídolos y á los ritos. Mas si guardó la religion, sus ídolos y su culto, habia descargado la dominacion de los persas tales golpes sobre la casta sacerdotal, que ya no hacia sombra al rey; servia por el contrario para consagrarle á los ojos del vulgo, porque los reyes estaban divinizados, y los sacerdotes les rendian un culto particular durante su vida y después de su muerte. Menfis, donde recibian la consagracion los príncipes, y se alzaba el templo de Fta, se consideraba como el principal santuario nacional y continuó siendo capital del reino.

Comprendiendo Tolomeo la necesidad de animar el sentimiento religioso, tan propio de los egipcios, y de conciliarlo con las ceremonias de los vencidos, refirió que en sueños habia recibido el aviso de mandar traer la estátua de Serapis que habia en el Ponto; y como los habitantes del Ponto se negasen á ceder el venerado simulacro, éste, no obstante ser de mármol, se embarcó por sí mismo y sin necesidad de piloto arribó á Alejandria, donde se le erigió un templo magnífico llamado el Serapeo, en el que prevaleció su culto al de los númenes antiguos.

Tolomeo formó una escuadra y un ejército, comprando gran número de aquellos mercenarios cuyo valor estaba al servicio del que más ofrecia. Abstúvose tambien de hacer la guerra por ambicion. Obligado á abrazar un partido á causa de las disensiones de los demás jefes, se condujo con tanta circunspeccion, que nunca arriesgó la seguridad de Egipto, y cuando hubo quien llegara á atacarle en sus Estados, supo aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la naturaleza del país.

Para él eran de estremada importancia por sus maderas de construccion la Fenicia y la Celesiria: conquistadas inmediatamente después de la caida de Perdicas (320) y después de largas luchas con Antígono, las sometió á Egipto, al cual pertenecieron hasta Antíoco el Grande. Siria y Jerusalen fueron tambien avasalladas por Tolomeo, así como Chipre y otras islas, si bien en algunas subsistieron reyes propios. Fué además el árbitro de los países de la costa del Asia anterior.

Cirene.—Habia llegado la Cirenaica á un alto grado de poderio (405); habia espulsado á sus reyes, repelido á los persas, y se gobernaba aristocráticamente rivalizando con Cartago. Agitada no obstante por las disensiones suscitadas entre ricos y pobres se dirigió á Platon para que le diese una constitucion; pero este declinó el encargo porque sus habitantes tenian demasiada opulencia y no eran bastante dóciles. Continuaron, pues, los partidos peleando, persiguiéndose y desterrándose alternativamente. Habiéndose reunido los desterrados al espartano Timbron, caudillo de los soldados mercenarios en la guerra Lamiaca, le persuadieron á que les prestase ayuda para poder tornar á su patria. Cedió en efecto á su súplica y ocupó á Cirene (321); pero en breve le arrojaron de sus muros y le condenaron á morir en la cruz los ciudadanos, sostenidos por Ofellas, general de Tolomeo. Sin embargo no cesaron las turbulencias, hasta que Tolomeo acabó por quedar dueño de ella (312), y Magas, su hijastro, la gobernó por espacio de cincuenta años.

Riquezas.—Si hemos de creer á Appiano (3), tenia Egipto un ejército de doscientos mil hombres de infantería, de cuarenta mil ginetes, de trescientos elefantes y de dos mil carros falcados: habia trescientas mil armaduras en sus arsenales; disponia de dos mil naves y de mil quinientas galeras; guardaba en su tesoro 750,000 talentos, es decir, cuatro mil millones de pesetas. Aun suponiendo que estos cálculos sean exagerados, es lo cierto que la riqueza de Egipto era inmensa, habiendo derramado allí Tolomeo los tesoros precedentes del saqueo de Asia. Abundaban allí las estátuas todavia más que en Roma. Sus grandes solemnidades atraian allí una muchedumbre prodigiosa, y con dinero en abundancia. Es verdad que al lado de tan estremada opulencia se veia la miseria más desoladora, suerte comun á los países antiguos, donde toda especie de negocios que elevan hoy á la clase media, estaban relegados á los esclavos.

Comercio.—Enriquecióse Alejandria con el comercio de que era centro. Se hacia con el Asia por medio de caravanas que se dirigian á lo largo del Oxo, del mar Caspio, del mar Negro, derramándose desde la Siria y la Mesopotamia á todas las ciudades marítimas del Asia anterior y de la Fenicia. Importantísimo era el comercio que se hacia á la parte del Occidente de Africa por medio de Cirene, aunque lo era más todavia el de Etiopia, donde penetraron los egipcios entonces y donde formaron considerables establecimientos, con especialidad para la caza de los elefantes. Hasta la

(3) *Rom. Hist. præf.*, c. X.

navegacion por el golfo Arábigo y mar Indico convenia ménos á la India que á la Etiopia. A fin de favorecerlo el segundo Tolomeo abrió nuevos puertos, tales como los de Berenice y de Miosormos en el golfo Arábigo, con un camino para las caravanas que llevaba desde Berenice por Coptos á orillas del Nilo, desde donde eran trasportadas más lejos las mercancias.

Aunque ya estaba concluido no era de grande utilidad el canal entre el golfo Arábigo y el Nilo; por eso el puerto de Alejandria, junto al lago Mareótides, era todavia más frecuentado que el que en el mar tenia.

Atrajo Tolomeo á esta ciudad gran número de colonos y construyó, así como sus sucesores, magníficos edificios, propios para rivalizar con los de Ramsés y Sesostris; al par que templos á Isis y Serapis, un teatro, un circo, un foro, una palestra, un picadero, un museo, un gimnasio y sobre todo su faro, que se cuenta entre las siete maravillas del mundo.

Faro.—Este nombre ha sido después comun á todos los fanales marítimos, y procedió de la isla de Faros, en donde Tolomeo lo hizo construir, reuniéndola al continente por un dique de una milla de longitud. Se le veia, segun se dice, desde una distancia de diez leguas marinas (4), para lo cual era preciso que tuviera una increible altura. Terminóse esta construccion en el primer año de Tolomeo Filadelfo, por el arquitecto Sostrato, que á fin de reservar para sí solo y su posteridad el honor de obra tan notable, hizo grabar en la piedra su nombre revistiéndolo con una argamasa sobre la cual esculpió el de Tolomeo. Destruyendo el tiempo el barniz, debia aparecer la inscripcion que lo cubria. Fué derribada esta torre después por un terremoto (5).

Museo.—Terminado el museo por Filadelfo contenia todo lo que en el dia constituye una universidad. Encontrábanse en él vastos pórticos para pasearse mientras se enseñaba, y las más famosas colecciones de libros de la antigüedad, con gran número de empleados para copiar, corregir, dorar y preparar el papiro. Donde quiera que habia libros se mandaban á pedir prestados, devolviendo á sus dueños numerosas copias, y conservando los originales. De esta manera fué como Atenas dió las obras de los tres trágicos mayores, recibiendo en cambio un elegante ejemplar con quince talentos. Reunió esta biblioteca hasta cuatrocientos mil volúmenes, y faltándole espacio, recibió además el Serapeo un depósito suplementario de trescientos mil volúmenes. Los más afamados sabios de todos los paises fueron llamados para profesar en el museo y dirigir la enseñanza, que, dejando poco á poco predominar la índole egipcia, acabó por tomar un carácter sacerdotal. Fué, segun dicen, el primer encargado por Tolomeo de la direccion del museo Demetrio de Falera; pero como él le habia aconsejado que eligiese á Cerauno por su sucesor con preferencia á Filadelfo, le desterró este último cuando ascendió al trono; y él se dió la muerte haciéndose picar por un aspid. Fué incendiada la biblioteca del museo en tiempo de Julio César, la del Serapeo por los sarracenos.

Veia de esta manera trasladar Atenas, á las orillas del Nilo, el árbol de las ciencias humanas, que en medio de tantos trastornos no podia encontrar una atmósfera tranquila sino á la sombra de un trono; sombra por otra parte pesada que sofocaba su libre desarrollo. Aun cuando fuese cierto que los sabios de Alejandria no hubiesen producido más que obras de crítica y un conjunto de reglas, con las que no se puede componer una obra maestra, deberemos agradecerles el habernos trasmitido el fruto de sus trabajos, y haber facilitado á la más remota posteridad el conocimiento y la inteligencia de estos hechos, comentándolos cuando su memoria era aun reciente y las costumbres todavia existian.

El reposo que disfrutó el Egipto, durante cuarenta años, mientras que en todo el mundo resonaba el estruendo de las armas, fué sobre todo de gran ventaja para él. Si en efecto basta la paz para curar los males de un pais contra el voto de sus dominadores, su influencia debia ser muy eficaz, cuando Tolomeo sabia sacar partido de lo favorable que le ofrecian los tiempos y los acontecimientos. Reunió el saber al valor, y se ocupó en escribir la historia de Alejandro y la suya propia. Aunque rodeando el trono con la más fastuosa magnificencia, vivia con la modestia de un simple particular.

Tolomeo II.—Asoció al trono en el mes de Noviembre de 285, á Tolomeo Filadelfo, que habia tenido de Berenice, su segunda mujer. Decia entonces que era más glorioso ser padre de un rey que reinar uno mismo. Cuenta Calistenes de Rodas en su historia de Alejandria las espléndidas fiestas que se dieron con este motivo.

Fiestas.—Hace primero la minuciosa descripcion de un pabellon real construido espresamente para el caso, en el cual el oro, la plata, la pedreria, los

---

(4) Eso se obtenia por medio de un espejo, el cual habria sido de mucho tiempo el precursor del telescopio de reflexion de Newton y Zucchi. Está demostrado que antes hubo uno semejante en Ragusa de Sicilia, merced á una carta que Guillermo Libri afirma haber encontrado en la correspondencia de Bouillau con el ilustre mecánico Tito Livio Burattini, autor de la *Medida universal*.

(5) Véanse en las *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, tomo IX, la descripcion de Alejandria tal como era en tiempo de Estrabon, por Bonamy. Se encuentran en ellas todos los pasajes de los antiguos autores que hablan del Faro. Esta es la inscripcion interpretada por Letronne, *Indagaciones ó apuntes para servir á la historia de Egipto*, pág. 40: Σώστρατος Κνίδιος Δεξιφανοῦς θεοῖς Σωτήρσι ὑπὲρ τῶν πλωιζομένων; *Sostrato de Gnidio, hijo de Desifano, á los dioses salvadores.* (Tolomeo y Berenice) *para la salvacion de los navegantes.* Véase tambien MANSO.—*Alejandria en tiempo de los Tolomeos;* Leipzig, 1808.

despojos de los animales más raros, los más ricos tejidos de Persia y de la India, se encontraban al lado de los muebles del más esquisito trabajo, y de las más preciosas materias. Describe la marcha del cortejo, á la cabeza del cual se veian las banderas de los diferentes cuerpos de oficios, admitidos á la ceremonia. Siendo la fiesta enteramente griega, figuraban en ella por órden gerárquico los personajes de su religion; y el mito de Baco, segun el cual los sacerdotes y sacerdotisas desempeñaban las diversas funciones, habian suministrado los principales asuntos.

Adelantábase primero un gran carro de cuatro ruedas tirado por sesenta hombres, que llevaba una figura sentada que representaba la ciudad de Nisa, y tenia de altura diez y ocho codos, adornada con un vestido amarillo bordado de oro y una túnica de Laconia. Por medio de un mecanismo interior, se la hacia levantar, verter leche en una copa y sentarse después. En la mano izquierda tenia un tirso, alrededor del cual estaban arrolladas varias cintas; su cabeza estaba coronada con yedra y uvas de oro mezcladas con perlas.

Seguia después otro carro tirado por trescientos hombres, en el cual habia una gran cuba donde sesenta sátiros pisaban la vendimia, cantando al son de la flauta canciones compuestas para el caso; presidia Sileno su obra, y el suave vino corria por el camino que seguia el cortejo.

Enseguida iba otra comparsa llevando en triunfo vasos y utensilios de oro, á saber: cuatro cráteras de oro semejantes á las de Laconia, alrededor de las cuales habia una guirnalda de pámpanos, otras además de cabida de cuatro metretos; después dos vasos corintios, con figuras notablemente bellas, cuatro grandes trípodes de oro y un aparador del mismo metal adornado con preciosa vagilla, y sobre el tablero un gran número de figuras de un trabajo esquisito, dos cálices de oro y dos de cristal dorado, con otras bellas obras.

Seguian mil quinientos niños con túnicas blancas, coronados unos con yedra y otros con ramas de pino. Doscientos cincuenta de ellos llevaban congios de oro; cuatrocientos de plata, y otros trescientos veinte copas de oro y plata. Sacaban vino de las pipas y toneles y los que se encontraban en el estadio, bebian y no moderadamente.

Veíase sobre un tercer carro de cuatro ruedas, tirado por quinientos hombres, un antro estremadamente profundo, pintado de encarnado y rodeado de yedra, desde donde volaban palomas domésticas, torcaces y tórtolas, con cintas atadas á las patas, á fin de que los espectadores pudiesen cogerlas. Brotaban de allí dos fuentes, una de leche y otra de vino; y las ninfas que iban en rededor del carro llevaban coronas de oro.

En un cuarto carro figuraba Baco á su regreso de las Indias. Era llevado el dios en triunfo sentado sobre un elefante, vestido de púrpura, ceñida á sus sienes una corona de yedra y de pámpanos de oro, un tirso del mismo metal en la mano, y con el calzado dorado. Delante de él y sobre el cuello del elefante iba sentado un sátiro de cinco codos, coronado de follaje de pino de oro, que parecia hacer una seña con la mano derecha en la que sostenia un cuerno de cabra tambien de oro. De este metal era todo el arnés del elefante, como tambien las guirnaldas de yedra enlazadas á su cuello. Seguian en pos quinientas niñas vestidas de púrpura y adornadas con trenzas de hilo de oro.

Iban después cinco numerosas cuadrillas de asnos montados por silenos y sátiros coronados; detrás de ellos veinte y cuatro carros tirados por elefantes, sesenta por dos carneros, doce por esnacos, siete por machos cabrios silvestres, quince por búfalos, ocho por avestruces, siete por gacelas, cuatro por onagros.

Otros carros tirados por dos camellos y por mulas llevaban las tiendas de naciones extranjeras y mujeres indias sentadas junto á otras mujeres vestidas de cautivas. Caminaban muchos camellos cargados con trescientas minas de incienso, con doscientas libras de azafran, de acacia, de cinamomo, de iris y de otros perfumes. Después se veian etiopes con regalos; unos con seiscientos colmillos de elefantes, otros con dos mil tablones de ébano; otros además con sesenta cráteras de oro y plata y lentejuelas de oro. Dos mil cuatro perros, tanto de la India como de la Hircania, ó molosos ó de otras clases, iban emparejados con trahillas tambien de oro. Luego se adelantaban ciento cincuenta hombres llevando árboles, de los cuales colgaba una gran cantidad de caza y de volátiles de toda especie, como papagayos, pavos reales, faraones, faisanes y otras aves de Etiopia. Venian enseguida ciento treinta carneros del mismo pais, trescientos de Arabia, veinte del Negroponto, veinte y seis bueyes enteramente blancos de la India, ocho de Etiopia, un gran oso blanco, catorce leopardos, diez y seis panteras, cuatro linces, tres osos cachorros, una girafa y un rinoceronte de Etiopia. Juntáronse todos aquellos animales con el fin de adular la pasion de Tolomeo Filadelfo á la historia natural. Aquel museo vivo debió contribuir sin duda á que hiciese adelantos esta ciencia.

Marchaban detrás de otro carro mujeres ostentosamente vestidas con magníficos adornos, llevando inscritos en sus coronas de oro los nombres de las ciudades de Jonia, de las griegas de Asia y de las islas sometidas á la dominacion de los persas.

No mencionando Calístenes más que lo que era de plata y oro, en medio de aquella maravillosa pompa, pasa en silencio muchos objetos dignos de ser vistos y contados, tales como gran número de fieras y de caballos; veinte y cuatro leones de las mejores razas, muchos otros animales salvajes; águilas de doce codos; carros de cuatro ruedas con las imágenes de los reyes y dioses; un carro que llevaba seiscientos hombres, entre los cuales se contaban trescientos tocadores de cítara, cuyos instrumentos estaban cubiertos con una lámina de

oro batido, y sus coronas eran del mismo metal; dos mil toros del mismo color con la frente y cuernos dorados; siete palmeras de altura de ocho codos, un rayo y un caduceo, ambos de cuarenta codos, y un templo todo de oro y gran cantidad de figuras doradas. Contábanse en este cortejo tres mil doscientas coronas de oro, y habia una tambien de lo mismo sumamente enriquecida con perlas y consagrada á los misterios y á las ceremonias religiosas, teniendo ochenta codos de circunferencia, tanto que circundaba la entrada del templo de Berenice. Abreviamos este relato sin mencionar los cuatrocientos carros que conducian los vasos de plata, otros veinte en que brillaban los de oro y ochocientos cargados de aromas. Toda esta procesion en la cual resplandecia tanta magnificencia, marchaba acompañada de numerosas tropas de caballeria é infanteria cubiertas con deslumbradoras armaduras.

Siguió sus huellas Tolomeo Filadelfo durante su reinado de treinta y ocho años, más tranquilo aun que el de su padre. Como no era partidario de la guerra, favoreció las ciencias con ardor. Multiplicó los edificios, embelleció á Alejandria, aumentó la fuerza naval, y convirtió el Egipto en la primera potencia marítima y en una de las primeras por tierra. Tuvo siempre dos numerosas flotas ancladas en el mar Rojo y en el Mediterráneo. Colocábanle en disposicion de no temer á ningun enemigo sus doscientos mil infantes, cuarenta mil ginetes, trescientos elefantes, dos mil carros armados con dallos y un arsenal provisto para armar trescientos mil egipcios. Si, en efecto, no poseia treinta mil ciudades (como dice Teócrito), era ciertamente uno de los más florecientes reinos: ascendian las rentas del Estado á 14,800 talentos egipcios, sin contar los tributos en especie; y á pesar del numeroso ejército que sostenia ó tenia en pié, dejó á su muerte 750,000 talentos en el tesoro. Ignoramos cual era el sistema de reparticion del impuesto; sabemos solamente que se arrendaba la recaudacion en las provincias esteriores, con grande opresion del pueblo.

Si la adulacion no tuviese tantos puntos de contacto con la burla, podia tomarse en sentido irónico el sobrenombre de Filadelfo (amigo de sus hermanos) dado á este príncipe, cuando se piensa en las disensiones contínuas que germinaban entre él y sus hermanos, que perecieron tristemente, ó á quienes hizo cortar el hilo de sus dias bajo miserables pretestos. Muchas veces le animaron sus celos contra Magas, su hermano uterino, á quien Tolomeo I habia, como ya lo hemos dicho, confiado el gobierno de Cirene. Marchó Magas contra Alejandria, pero Filadelfo introdujo en ella cuatro mil galos, al mismo tiempo que los marmáridas, pueblos nómadas de la Libia, á instigacion suya invadieron la Cirenaica, lo que forzó á Magas á volver atrás (308-296). Larga fué la contienda, hasta que habiendo por su parte Magas prometido al hijo de Tolomeo Filadelfo la mano de Berenice, su hija única, con Cirene por dote, se encontró reunida esta provincia al Egipto después de cincuenta y un años de separacion.

Tolomeo Filadelfo, cuya constitucion era débil, se dedicó á conservar la paz; sostuvo relaciones amistosas con los romanos, quienes bien pronto debian dirigir á su antojo sus Estados. Dió á Fabio Gargetes y á cada uno de los embajadores enviados por Roma una corona de oro que aceptaron; pero las colocaron al dia siguiente en las cabezas de las estátuas del rey diseminadas por la ciudad. Los demás dones que les prodigó fueron depositados por ellos mismos en el tesoro de Roma. De esta manera es como adquirian para con sus conciudadanos una reputacion de generosidad y pureza que no tardaron en desmentir.

Olvidando Filadelfo la clase de vida sencilla de su padre, introdujo la molicie asiática en sus Estados. Vióse entonces por primera vez imponer una corte el tono y la moda á todo el mundo. Corrompió las costumbres dando ejemplo de casarse con los de su propia familia, pues contrajo matrimonio con su hermana Arsinoe, viuda de Cerauno, la que ejerció sobre él un poder absoluto, aunque ya no estaba en edad de hacerle padre.

En su reinado penetró la filosofia griega hasta la Etiopia, que rompió el yugo sacerdotal que hasta entonces habia pesado sobre todas las clases. Sorprendió un dia Ergamenes, rey de los etiopes, á todos los sacerdotes en el templo, y se hizo soberano absoluto (6).

Tolomeo III.—Ascendió al trono después de él Tolomeo III, que Tolomeo Filadelfo habia tenido de su primera mujer, á quien repudió (247); pero en lugar de contentarse como él con ver á Egipto prosperar por el comercio y por una prudente política, ambicionó la peligrosa gloria de conquistador. Habiendo repudiado Antíoco II á su hermana, resolvió vengarse. Derramóse, pues, su ejercito por el Asia anterior, conquistó la Siria hasta el Éufrates y gran parte del Asia Menor, de la Cilicia y el Helesponto. Favorecieron esta espedicion las disensiones sobrevenidas entre Seleuco II y su hermano Hierax. Tuvo además Tolomeo la ventaja de no haber de combatir á los partos y á los bactrianos, cuyos reinos se acababan de fundar. Recogió en sus incursiones un inmenso botin, y lo que sobre todo lisonjeó á los egipcios, fue verle recobrar dos mil quinientos simulacros cogidos al Egipto en las guerras de Dario y seiscientos en las de Cambises. Esta patriótica y religiosa restitucion le valió la veneracion de los egipcios y el sobrenombre de Evergetes (*bienhechor*).

Acabó por celebrar con Seleuco una tregua de diez años, abandonando espontáneamente sus conquistas, escepto Seleucia-Pieria, puerto de Antioquia.

Cabellera de Berenice.—Su mujer Berenice, ha-

(6) DIODORO, I.

bia hecho voto, si volvia vencedor, de hacer ofrenda de su cabellera al templo construido en Chipre por Filadelfo, en honor de Arsinoe. Cumplió su voto, pero poco tiempo después desapareció la cabellera. Entonces declaró el astrónomo Conon de Samos haberla descubierto en el firmamento, y le dió el nombre de las siete estrellas que están cerca de la cola de Leon; al momento fiestas sagradas y profanas celebraron la cabellera de Benerice inmortalizada por los sabios y poetas.

Dirigiendo enseguida Tolomeo sus armas hácia el Mediodia, sometió la mayor parte de la Abisinia, uno porcion del pais montañoso que se estiende á lo largo del golfo Arábigo, la llanura de Senaar, hasta Darfur, y la alta cordillera que se estiende allende el nacimiento del Nilo. Dirigia en persona esta espedicion, al paso que sus generales ocupaban por tierra y mar las costas de la Arabia Feliz. Construyó Tolomeo Evergetes en Aduli de Etiopia un monumento cuya inscripcion, tema árduo para los eruditos (7), decia que su padre le habia dejado además del Egipto propiamente dicho, la Libia, es decir, el Africa occidental hasta Cirene, la Celesiria, Fenicia, Licia, Caria, Chipre y las Cíclades.

(7) Cosme Indicopleusto nos ha conservado una copia. Véase *Monumentum adulitanum*, en la *Biblit. græca de* FABRICIO, tomo II.

MONTFAUCON.—*Coll. Patrum.*, t. II.

CHISHULL.— *Antiq. Asiat*, pág. 76. *Museo para la Historia de la Antigüedad*. Berlin, 1810, tomo II, pág. 105 y 106.

SACY.—*Anales de los viajes*, tomo XII, pág. 330.

Es, en resúmen, una lista de los paises poseidos por Egipto; pero la alteracion de sus nombres hace la interpretacion muy difícil. Véase el sentido. «El gran rey Tolomeo, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Adelfos, nieto del rey Tolomeo y de la reina Berenice, dioses Soteros, descendiendo por línea paterna de Hércules, hijo de Júpiter y por la materna de Dionisio, hijo de Júpiter, habiendo recibido de su padre la corona de Egipto, Libia, Siria, Fenicia, Chipre, Licia, Caria y de las Cíclades, después condujo á Asia un numeroso ejército de infantes, ginetes, barcos y elefantes del pais de los trogloditas y de la Etiopia, cogidos por su padre y conducidos por él de aquellos paises á Egipto, donde se dedicaron á la guerra: se apoderó de todos los paises comarcanos al Éufrates, de la Cilicia, la Panfilia, la Jonia, el Helesponto, la Tracia, de las tropas y riquezas de estos paises, de los elefantes que se encontraban allí y de los reyes que los gobernaban: habiendo enseguida atravesado el rio, sometió la Mesopotamia, la Babilonia, la Susiana, la Persia y la Media con todo el pais hasta la Bactriana. Habiendo recobrado los dioses y cosas sagradas arrancadas á los egipcios por los persas, las envió á Egipto con otros tesoros cogidos en estos diferentes puntos...» (Se ha perdido lo demás).

La fecha de esa inscripcion haria suponer que Tolomeo Evergetes habia reinado á lo ménos veinte y siete años, mientras que ninguna medalla suya escede del año décimonono, y Polibio, Plutarco y otros escritores no le hacen pasar del 221 ó sea del vigésimo quinto año de reinado. Creyóse, pues, que los dos pedazos en que se encontró rota la inscripcion, pertenecian á dos asuntos diferentes, duda que disminuye todavia más su autoridad.

De esta manera fué durante todo un siglo gobernado el Egipto por tres grandes reyes, y era no obstante posible conocer que la monarquia declinaba. Todas estas espediciones la debilitaron sin fruto, á escepcion de la actividad que imprimian al comercio. Alejandria que era el centro de este, veia afluir una inmensa multitud á sus muros y se convertia en un foco de corrupcion alimentada por los despojos de los paises estremadamente ricos. Dando el ejemplo los mismos reyes de un orgullo fastuoso y una debilidad lasciva, se entregaban sin tasa á su placer por las mujeres. Tuvo Tolomeo por querida á Tais, la más célebre cortesana después de Aspasia; Filadelfo tenia un serrallo. Gobernaba Berenice á su antojo á Evergetes.

Tolomeo IV.—Caminaron las cosas de mal en peor bajo la dominacion de Tolomeo Filopator (222). Se complacia en favorecer las ciencias y elevó un templo á Homero. Mostró á Rodas gran generosidad cuando fué derribada por un temblor de tierra, pues le remitió 300 talentos en dinero, un millon de modios de trigo, los materiales necesarios para construir veinte galeras con tres órdenes de remos, otras tantas para cinco, y 3000 talentos para construir un nuevo coloso. Este regalo iba acompañado de cien arquitectos, de trescientos cincuenta obreros y de una promesa de 14 talentos por año para su sosten, mientras que los rodios tuvieran necesidad de ellos. Añadió á estos donativos otros diez mil modios de granos para los sacrificios y veinte mil para la provision de la flota (8). No por eso deja de llamar la historia á este príncipe cobarde, tirano, desenfrenado en sus vicios, sometido alternativamente á la perversa influencia de Sosibo y á la más corruptora aun de Agatocles y de su hermana Agatoclea. Ponia á sus palacios los nombres de sus cortesanas y á estas erigia estátuas en público. Debia serle funesta la guerra que le declaró Antíoco el Grande (217), mas la poco merecida victoria de Rafia salvó el Egipto.

Tolomeo V.— Cuando murió Filopator (205), culpable á la vez de parricidio, fratricidio y otros crímenes peores, Agatocles y su hermana, quisieron continuar gobernando en calidad de tutores de Tolomeo Epifanes, de edad de cinco años; pero habiéndose sublevado el pueblo hizo justicia y entregó la tutela á Sosibo el jóven y á Tlepolemo. Sabia al ménos el primero salvar las apariencias, mas el otro, pródigo por el contrario é imprudente, vino pronto á las manos con su colega (202). Se aprovecharon los reyes de Siria y Macedonia de la decadencia que siguió á esta lucha para ligarse contra Egipto, cuyos despojos se repartian ya en su pensamiento. Pero recurrieron los dos regentes á Roma y confiaron la tutela de su real pupilo al senado, que hasta entonces se habia manifestado amigo de Tolomeo y que desde este momento fué árbitro de los destinos de Egipto.

(8) POLIBIO, V; ATENEO, V.

CAPÍTULO IV

MACEDONIA Y GRECIA (1).

El tercer reino formado con los restos del imperio de Alejandro, aunque inferior á los otros dos en estension, poblacion y riqueza, se consideraba, no obstante, desde el principio como el corazon de la monarquia (311); de allí emanaba, al ménos en apariencia, toda la autoridad administrativa. Pero cuando se estinguió la familia real, formó la Macedonia un Estado distinto, en que aun tenian que luchar los reyes con el carácter independiente y con las franquicias de sus moradores, mientras que los soberanos de Asia y de Egipto se erigieron en tiranos y en medio de hombres afeminados y sin valentia, habituados á la obediencia. Además escita interés la Macedonia por estar enlazada á la fortuna de la Grecia; pues para esta no se trata ya de conducir la Europa contra el Asia, de vivir libre ó de caer en servidumbre; absorben toda su atencion las querellas de algunos ambiciosos ó las locuras populares. Solo sus gloriosas memorias la salvan del menosprecio, y si todavia brota de aquel tronco alguna vigorosa rama, los frutos que lleva no maduran ya en obsequio de la patria.

Hemos visto ya las discordias que surgieron entre Pirro y Lisímaco. Afirmado este en el trono macedonio, se anexionó la Tesalia y por algun tiempo el Asia anterior (286).

Tracios.—Ocupaban los tracios una vasta region que comprendia parte de la Macedonia y todo el pais entre el rio Estrimon, el Ponto Euxino y el monte Hemo; y aun se dilataban allende el Danubio y el Borístenes.

Tenian las diversas tribus de esta nacion sus costumbres particulares y su gobierno distinto. Homero nos presenta en Reso á un rey de los tracios, y poseyeron otros muchos, si bien no se encuentra una série no interrumpida hasta los reyes de los odrisos, nacion cuyo territorio se estendia desde el Estrimon hasta el Euxino, y desde el Hemo hasta el mar Egeo. Teres fundó ó consolidó su poderio hácia el año 430 antes de J. C. Luego Sitalces estendió la dominacion paternal, y vió como se manifestaron solícitos de su alianza los atenienses, quienes se aprovecharon de ella para vengarse de los calcidios, y de Perdicas II rey de Macedonia (véase tomo I, pág. 467).

Jeutes I sucedió á su abuelo (424): encontramos posteriormente un Mesades, después de cuyo reinado las ciudades marítimas se hicieron independientes; Medoco gobernó las demás ciudades de los odrisos; pero llegado á la edad viril Jeutes II recuperó con ayuda del griego Jenofonte todas las que se habian emancipado (400?) Era uso entre los tracios que los convidados á un regio banquete brindasen á la salud del rey y le ofreciesen un donativo proporcionado á sus recursos; no hallando Jenofonte nada que ofrecerle en el instante, dijo: *Te ofrezco mi persona y todos estos griegos que serán en tu ayuda, si nos asisten los dioses, para recuperar los Estados de tus abuelos y para ensanchar sus límites.* En efecto los griegos sometieron á Jeutes las ciudades marítimas, y si bien no fueron ó no se creyeron dignamente recompensados, continuaron la alianza.

A falta de historiadores no podemos sino recoger aquí y allí alguna mencion relativa á los reyes tracios y á los acontecimientos que les conciernen.

---

(1) Hasta la batalla de Ipso nos sirve de guia Diodoro de Sicilia: y después hasta el 224 los fragmentos del mismo historiador, los relatos de Justino y algunas vidas de Plutarco son los únicos documentos que poseemos. Después del año 224 viene en nuestra ayuda Polibio, si bien incompleto, en seguida Tito Livio y los demás historiadores de Roma. Justo es citar entre los modernos á JOHN GAST.—*The history of Greece from the accession of Alexander of Macedon till the final subjection to the roman power*; en ocho libros. Lóndres, 1782.

Por eso vemos en una carta de Filipo de Macedonia á los atenienses que los odrisos tuvieron por rey á Teres II, á quien Filipo hizo la guerra por su alianza con Atenas (380?) Reinaba Cotis por la misma época en las ciudades marítimas. Célebre por su ingratitud, su perfidia, sus desafueros y convertido en enemigo de Atenas después de haber sido su aliado, envió contra ella á su yerno Ifícrates. Respondió á un ministro que le hacia cargo de gobernar más bien como loco furioso que como rey:—*Y sin embargo, mi frenesí mantiene á mis súbditos en la obediencia.*

Habiendo sido asesinado, le sucedió su hijo Quersoblepto no sin trabajo, y permaneció, á pesar de la oposicion de los atenienses, dueño de las ciudades marítimas, hasta el momento en que Filipo le obligó á reconocerse por su tributario.

Bajo el dominio de Alejandro no se hace ninguna mencion de los reyes tracios. Después de su muerte (323), habiendo heredado su pais Lisímaco, Jeutes III se rebeló contra él, mas fué vencido á pesar de los socorros de Antígono: fundó Lisímaco un reino en la Tracia y condujo á la pelea los valientes soldados que suministraban el pais en todas las guerras que tuvo que sostener (2).

Asesinado Agatocles, valiente hijo de Lisímaco, por instigacion de Arsinoe, suegra del jóven príncipe, su viuda Lisandra se refugió con Tolomeo Cerauno, su hermano, al lado de Seleuco. Le determinaron á declarar la guerra á Lisímaco; y este perdió el trono y la vida en la batalla de Ciropedion (282). Un pequeño perro que él estimaba y que se habia acostado sobre su cadáver, le hizo reconocer entre los muertos.

Fué proclamado Seleuco rey de Macedonia y pareció llamado á ser el jefe de la monarquia: pero fué bien pronto muerto por Tolomeo Cerauno (281), quien dueño de sus tesoros, se sirvió de las tropas que se escaparon de la derrota de Lisímaco para apoderarse del trono.

Los Galos.—Entonces cayó sobre él un terrible azote, los galos. Hemos visto anteriormente. (Libro. III, cap. XXX) á los galos y á los cimbros invadir la Europa y después incendiar á Roma. Los tectósagos que habitaban, como ya lo hemos dicho, las montañas de los Cevenas, salieron de allí sin saber por qué causa, en el siglo tercero ántes de J. C. Ganaron por la selva Hercinia el valle del Danubio (340), donde doscientos años antes habian llegado otros galos bajo el mando de Sigoveso, cuando Beloveso descendió con los suyos á Italia. Habia encontrado á los galos Alejandro en su espedicion contra los escitas que devastaban las fronteras de la Tracia hácia la embocadura del Danubio, y sus enviados le habian hecho sonreir cuando respondieron á la amenaza que se les habia dirigido: *Nosotros no tenemos más que la caida del cielo.* Alejandro que simpatizaba con un valor exaltado como el suyo, hizo alianza con ellos; y sus sucesores encontraron en ellos un gran socorro. Pero sirviendo á sus órdenes aprendieron á conocer tanto la belleza de la Grecia como su debilidad, por lo cual concibieron la idea de hacerse dueños de ella. Mientras que Lisímaco continuaba la guerra contra los tracios y los getas, llegaron las hordas galas hasta el monte Hemo bajo el mando de Cambaulo (3), pero no hicieron progresos: después habiendo sobrevenido los tectósagos, cuando Tolomeo Cerauno ascendió al trono, marcharon adelante divididos en tres cuerpos, uno mandado por Ceretrio (4), se dirigió á la Tracia, otro contra la Peonia, bajo las órdenes de Breno y de Achicorio, y el tercero contra Iliria y Macedonia, bajo las de Belgio.

Rehusó Tolomeo veinte mil hombres que le ofrecian los dardanios para rechazar estos invasores (280), temibles á todos los paises comarcanos; y habiendo empeñado el combate contra este tercer ejército, fué derrotado y muerto. Los más jóvenes y hermosos prisioneros fueron inmolados en sacrificio al dios sanguinario de la Galia, los demás atados á árboles sirvieron de blanco á los *gais* de los galos y á los *matares* de los cimbros. El espanto habrá tal vez exagerado las atrocidades cometidas por estos bárbaros, pero se cuenta que bebian la sangre y comian las carnes de los niños más robustos; no podian sustraerse las mujeres á su brutalidad sino por el suicidio, y la agonia y aun la muerte no las salvaba de los últimos ultrajes (5).

---

(2) Allí dominaron después los galos, y después de espulsarles, eligieron los odrisos un rey nacional, cuyos sucesores siguieron reinando con varia fortuna, dando gran pujanza á la parte á que se aliaban, hasta que Roma redujo la Tracia á provincia, imperando Vespasiano.

(3) *Camh*, fuerza; y *baos*, destruccion.

(4) *Certh*, célebre; *certhwitz*, gloria.

(5) DIODORO DE SICILIA, *Excerpta Valesii*, pág. 316, PAUSANIAS, lib. X: «Cuando los galos hicieron una incursion en la Jonia, donde devastaron varias ciudades, las mujeres de Mileto se habian reunido para las Tesmoforias en un templo á poca distancia de la ciudad; un destacamento de la horda bárbara que habia venido á la campiña de Mileto, se dirigió por allí y robó á las mujeres que después fueron rescatadas á precio de oro y plata. Habiéndose familiarizado algunos de estos bárbaros con parte de ellas, las llevaron consigo, entre otras Eripa, mujer de Janto, ciudadano de una de las principales familias de Mileto; ella le dejó un niño de dos años. Janto que lo sentia mucho, vendió una parte de lo que poseia, y recogido que hubo mil piezas de oro, se fué primero á la Italia, después á Marsella, bajo la direccion de uno de sus huéspedes, ganando despues el pais céltico. Llegado que hubo á la casa que habitaba su mujer con un hombre de los más despreciables entre los celtas, pidió la hospitalidad. Se le concedió de buen grado. Entró, pues, y vió á su mujer, quien habiéndole estrechado entre sus brazos con gran ternura le hizo entrar. Tan pronto como volvió el celta, ella le contó el viaje de su marido y le dijo que habia venido por ella y pagaria su rescate. Este alabó la bondad de Janto y le hizo una acogida hospitalaria. Habiéndose preparado el banquete

Se encontró la Macedonia tanto más desanimada, al aproximarse los galos, cuanto más presa era de la anarquia. Meleagro, hermano de Cerauno, que se habia puesto á la cabeza del reino, habia sido arrojado á los dos meses; no le habia sucedido Antipatro hijo de un hermano de Casandro (6) sino por cuarenta y cinco dias; y en fin, Sostenes, jóven ciudadano lleno de patriotismo y energia, gobernó durante dos años, y, gracias á su valor, libertó á la Macedonia de los bárbaros.

Pero en el curso del invierno habia vuelto Breno entre sus compatriotas, trayendo en su séquito gran número de prisioneros macedonios, quienes, atados con cadenas de oro, pero feos, de corta estatura y con los cabellos rapados, caminaban al lado de robustos galos de larga cabellera. Tal espectáculo inspiró á otros muchos el deseo de ir al momento á saquear un pais en que la opulencia igualaba á la debilidad.

Pasaron, pues, el Danubio cincuenta mil hombres libres, y más cien mil esclavos, clientes y aventureros, sin armas; después habiéndose arrojado sobre los griegos, los derrotaron y dieron muerte á Sostenes. Era mucho más grande entonces el peligro que con los persas, pues no se trataba solo de dar la tierra y el agua. No supieron, sin embargo, los griegos estar acordes con respecto á la union que da la fuerza: los oráculos permanecieron mudos. Contentáronse los peloponesios con fortificar la entrada del istmo, no adelantando sino con gran lentitud la confederacion que formaban los atenienses, al paso que los galos penetraban en el pais por dos partes diferentes. Dirigíanse principalmente sus miras sobre Delfos, por los tesoros que sabian estaban acumulados allí. Habian llegado ya los compañeros de Breno á sus puertas y entregados á la embriaguez, acampaban en las faldas del monte Parnaso, cuando sorprendidos por torbellinos y avalanchas, fueron sobrecogidos de terror pánico y huyeron en desórden. Cansada al mismo tiempo la tropa de Achicorio por los etolios, se veia precisada á batirse en retirada; de esta manera, por una parte perseguidos sin descanso los galos por los etolios, y por otra teniendo que sufrir á los tesalios y macedonios, el frio y el hambre, y acosados con los prodigios divinos, perecieron casi todos.

Viéndose vencido Breno, tuvo una alegre orgia y después se dió la muerte. Algunos de sus compatriotas que habian penetrado en Tracia se mantuvieron allí y fundaron un reino que duró mucho tiempo. Causó graves inquietudes á los bizantinos, proveyó de auxiliares á los reyes de Bitinia y Pérgamo, pero después el calcedonio Sostrato, enervó con el lujo á su último caudillo que tuvo que sucumbir á los esfuerzos de les tracios (7). Se adelantaron al interior del Asia Menor algunos restos de los tectósagos, de los tolistobios y de los trocmos y se establecieron en la comarca que recibió de ellos el nombre de Galacia.

Antígono Gonatas.—Libertada la Macedonia del azote de los galos, lo fué tambien de la anarquia por el advenimiento al trono de Antígono Gonatas (278), hijo de Demetrio Poliorcetes. Pero Pirro que tenia pretensiones á este reino, volvió (274) á aparecer de nuevo, de vuelta de su espedicion á Italia, donde habian fracasado sus proyectos. Vencedor varias veces de Antígono, fué en fin proclamado rey de Macedonia. Este héroe, uno de los más singulares de la antigüedad, hubiera podido cubrirse con la gloria de Milcíades y Temístocles reuniendo la Grecia contra los galos. Permanecia por el contrario ocupado en formarse una soberania en Italia. Volvió de nuevo á turbar la Macedonia donde colocó guarniciones galas, que no respetaron ni aun las tumbas de los reyes sus predecesores; fué después á correr nuevas aventuras y atacar á Esparta por consejo del rey Cleonimo que habia sido destronado (273). Marchó, pues, Pirro en socorro de éste con veinte y cinco mil hombres, dos mil ginetes y veinte y cuatro elefantes.

Pirro II en Esparta.—La dilacion de una noche permitió á los espartanos abrir un foso y fortificarse escitando á unos y á otros á defender la patria; daba el ejemplo Quelidónida: ésta era mujer del espulsado Cleonimo y querida de Acrotato, hijo del otro rey Areo. Corria por la ciudad con una soga al cuello exhortando á todos á defenderse y protestando que queria mejor ser despedazada que caer en poder de su marido. Fué rechazado en efecto Pirro, y el adúltero Acrotato hizo prodigios de valor en esta jornada. Tambien cuenta ingenuamente Plutarco,

---

colocó á la mujer al lado del marido y le preguntó por medio del intérprete cual era el total de su fortuna.—Mil piezas de oro, respondió Janto.—El bárbaro le dijo entonces que hiciese cuatro partes, que conservase tres para él, su hijo y su mujer, y que la cuarta seria para el rescate de ésta. Cuando Janto estuvo en la cama con su mujer, ésta le riñó mucho por haber prometido tanto oro á aquel bárbaro, cuando no lo tenia, diciendo, que peligraba su vida, si no cumplia su promesa. Entonces le dijo Janto que habia ocultado mil piezas de oro en el calzado de sus esclavos, no esperando encontrar un bárbaro tan discreto. Al dia siguiente dijo esta mujer al celta el secreto de su marido, y que le preferia á él, á su patria y á su hijo, y no podia sufrir á Janto. Oyó el celta con disgusto este razonamiento y concibió el pensamiento de darle muerte; en efecto, cuando estuvo pronto para marchar Janto, le acompañó el celta con gran afabilidad, conduciendo él mismo á Eripa: llegados que hubieron á las montañas de las tierras de los celtas, dijo el bárbaro que queria hacer un sacrificio antes que se separasen: hizo traer la víctima é invitó á Eripa á que la tuviese; ella obedeció segun costumbre. Sacando entonces el celta su espada cortó la cabeza á Eripa, y persuadió á Janto que no debia afligirse, revelando los pérfidos proyectos de la que acababa de matar; le entregó además todo su oro para que se lo llevase.» PARTENIO, *De las pasiones amorosas*.

(6) Y confundido por algunos con el segundogénito del mismo Casandro. Véase libro IV, cap. I.

(7) ATENEO, *Deipn.* VII, 252.

que no habia una mujer que no envidiase á Quelidónida tal amante, y los ancianos le seguian esclamando: *Sé feliz en los brazos de tu querida Quelidónida, y que dé á Esparta hijos que se te parezcan.*

Muerte de Pirro.—Fué entonces Pirro llamado á Argos, que se habia sublevado: queria impedir que cayese en poder de Antígono. Aunque los augurios le fueron desfavorables, persistió en marchar contra esta ciudad; la atacó y se apoderó de ella, mas habiéndole tirado una mujer desde lo alto de un tejado una teja á la cabeza, le dió muerte cuando ya era vencedor (272). Acudió Alcioneo, hijo de Antígono, á llevar á su padre la cabeza de su enemigo; pero éste le reprendió severamente y aun le maltrató de obra, derramando lágrimas al recordar á su abuelo, á su padre y los prontos cambios de fortuna. Estinguióse la raza de los Eácidas, hácia el año 232, por el asesinato de Laodamia, hermana del último rey Pirro III: gobernóse el Epiro como república hasta el momento en que cayó bajo el yugo de los romanos (229).

Tal fué el fin de este rey soldado, quien en tiempo de trastorno general, y cuando los usurpadores se derribaban unos á otros alternativamente, pudo invocar en favor de su ambicion su orígen real y no manchar, al ménos como los demás, con crímenes inevitables la usurpacion. Muy hábil en una batalla, lo era poco en una guerra (8); deseoso de adquirir, no sabia conservar; seguro de vencer en un nuevo combate, no halagaba á los partidarios que se habia hecho. No estaba rodeado de aduladores como los alejandrinos; pero sí de amigos, entre los cuales basta citar á Cineas. Generoso en perdonar, entusiasta hasta el heroismo, se apasionó de los romanos; por eso es de sentir que la historia tenga que reprenderle dos culpas, el asesinato de su colega, reclamado por la política, y el abandono de Esparta.

Sistema militar.—No podria uno formar una idea más verdadera de este príncipe que comparándole á los capitanes aventureros de la Edad Media, cuando todo dependia de los ejércitos, y éstos se componian, no de ciudadanos armados en defensa de la patria, para sostener una causa ú opinion, sino de mercenarios comprados al extranjero: los que él tenia, eran principalmente galos, ó de aquellos aventureros que acostumbrados á la sangre y violencia durante las pasadas guerras se vendian á quien prometia mayor sueldo y más ocasiones de pillaje; añadíanse á éstos los que no habiendo salvado de las ruinas de su patria más que su brazo y espada, se unian á los soldados manchados con la sangre de sus conciudadanos (9). Encontráronse desde entonces los diferentes Estados á merced de los jefes militares, y su suerte dependió solamente del éxito de una batalla: consistia toda la habilidad rentística en procurarse dinero sin atender á los medios. Las últimas victorias alcanzadas en Grecia por el pueblo fueron las de Pelópidas y Epaminondas, mas desde entonces dejó de ser belicoso. Aun en la misma guerra Lamiaca, en que pareció reanimarse el ardor marcial y en la que los generales y soldados se mostraron dignos de los mejores tiempos, la mayor parte de los combatientes eran mercenarios. Teníase un mercado de soldados en el cabo Tenaro y en Creta: allí fué donde Timbron y Leostenes reclutaron sus batallones. Por su parte la falange macedónica en lugar de mostrar la disciplina que constituye la fuerza de los ejércitos, imponia leyes á sus capitanes.

Introdujeron Antipatro y Demetrio Poliorcetes grandes cambios en el arte militar. Reunió el primero los restos de los ejércitos de Cratero y Leonato, y formó un cuerpo de mercenarios, al cual confió la custodia de Atenas, desarmando de esta manera á sus conciudadanos. Introdujo tambien los elefantes en las evoluciones europeas, con las cuales supo combinar la accion de estos animales; pero conoció que se podia sacar de ellos poca ventaja. Aplicó Demetrio la ciencia de su tiempo á las máquinas de guerra y á la marina. Sus máquinas, que le valieron el nombre de Poliorcetes, fueron un modelo para los antiguos. El elépolo (toma ciudades) tenia sesenta y cinco piés de ancho y ciento cincuenta de elevacion, nueve pisos y cuatro ruedas de catorce piés de diámetro. En el primer piso estaban las máquinas para lanzar los dardos y las piedras que debian caer perpendicularmente, de las cuales algunas pesaban hasta ciento cincuenta libras: de enmedio salian los proyectiles horizontales, y de los puntos más elevados los que tenian ménos volúmen. Fué tambien muy hábil en el arte de practicar las minas.

Zoilo de Chipre, á quien empleó para perfeccionar las armaduras, le hizo dos, las más pesadas que se habian llevado; las comunes no pasaban de cincuenta libras. Almacenes de madera y arsenales fueron establecidos por él antes que por ningun otro. Hizo construir barcos de cinco y diez órdenes de remos y hasta de quince, lo que aun no se habia visto: pero después Tolomeo Filopator las usó de cuarenta órdenes armadas por trescientos marinos, cuatrocientos remeros y con trescientos guerreros (10). Eran más que nada barcos de parada; nunca construyeron Rodas ni Cartago más que de siete órdenes de remos.

Después de la muerte de Pirro ascendió al trono de Macedonia Antígono Gonatas, y lo aseguró á su descendencia, á pesar de los esfuerzos que le opuso Alejandro, hijo de Pirro (266). Concibió entonces el proyecto de someter toda la Grecia, y la toma de Corinto le dió esperanza de conseguir-

(8) *Magis in prœlio quam in bello bonus.* (Tito Livio).

(9) Llamaban á aquellos soldados *latrones*, palabra que después adquirió una triste significacion, así como la de *masnadiere* en italiano.

(10) Plutarco en *Demetrio*, 49; Diodoro, XX, 91.

lo. Pero el antiguo patriotismo se despertó en los helenos: así como los lombardos con respecto á la casa de Suabia, formaron una liga de pueblos, freno el más poderoso contra la ambicion de los tiranos.

Liga aquea.—Ya se habian visto formarse coaliciones contra temibles enemigos, tales fueron las de los aqueos contra Troya, de los jonios reunidos por Creso en interés comun contra Ciro, de los griegos contra Jerjes, de los peloponesios contra Atenas, y después aun de los alejándridas contra Antígono y Demetrio. Es de admirar que no se ligasen los aqueos contra los dorios y los Heráclidas en la época de la invasion del Peloponeso, después contra los cimerios y los escitas, y que los etruscos, los romanos y latinos no hubiesen hecho otro tanto contra los galos. Ya desde un tiempo muy anterior las ciudades aqueas de Patra, Tima, Fare, Tritea, Leonzio, Egio, Egia, Pelene, Cerinea, Bura, Hélice y Oleno (11), habian formado una alianza que duró hasta la muerte de Alejandro Magno. Se disolvió por las turbulencias que siguieron, y sobre todo cuando Demetrio y Antígono convirtieron el Peloponeso en sede de su dominacion; algunas de aquellas ciudades tuvieron entonces que recibir guarniciones extranjeras, y otras tiranos, hechura de los príncipes macedonios. Renovóse en ellas en el curso del año en que Pirro pasó á Italia (281), el deseo de reanimar su antigua asociacion, y habiéndose libertado de la servidumbre Tima, Patra, Tritea y Fare se coligaron. Produjo efecto su ejemplo, pues en los cinco años que se siguieron, otras ciudades, aprovechándose de que Antígono, ya rey de Macedonia, estaba ocupado en otras partes, arrojaron á los tiranos y guarniciones y se unieron á aquella coalicion (276): firmóse el tratado general entre todas, fué grabado en una columna con el nombre de cada nueva ciudad confederada.

Cuanto más importante es conocer la naturaleza de esta clase de ligas, con el fin de que la esperiencia nos enseñe como pequeños Estados pueden estando unidos formar un poder robusto y sustraerse á la dominacion de los fuertes, tanto más es de sentir no encontrar con respecto á este asunto sino raros ejemplos.

No imitando la confederacion aquea á las que la habian precedido, estableció una absoluta igualdad política entre todos los aliados. Cada ciudad conservó su administracion, jueces y jurisdiccion propia; pero adoptaron todas las leyes comunes, la uniformidad de pesos, medidas y monedas; reservándose cada una el acuñar las suyas con su troquel particular, como los Estados de la confederacion germánica. Todo ciudadano de treinta ó más años podia tomar asiento en las asambleas que se verificaban dos veces al año, primero en Egio y después en Corinto; pero por lo comun no acudian más que los más ricos. Duraba la reunion dos ó tres dias á lo más; debia hablarse muy brevemente escepto el estratego; lo cual es una prueba para nosotros de que no se trataba sino de aceptar ó desechar las resoluciones discutidas ya separadamente por cada una de las ciudades aliadas. Asistido el estratego de un secretario de Estado, era elegido como los diez demiurgos ó magistrados superiores de la liga en la dieta general. Asegura Polibio que jamás existió en pueblo alguno tanta igualdad de libertad y de derechos.

Verdad es que después de haber gemido sobre el abatimiento profundo en que habia caido entre la tirania espartana, la demagogia de Argos y la charlataneria ateniense, un pais digno de tantas simpatias, se regocija el alma ante el espectáculo de un pueblo de última categoria, poco antes, tornándose á levantar súbito y doblando las fuerzas de todos al reunirlos. Se complace uno en verle acoger á una ciudad, sin distincion de orígen, resuelto á abstenerse de conquistas, como tambien á no tolerar devastacion alguna; hacer prevalecer aun el espíritu democrático aqueo sobre el espíritu aristocrático dorio; producir nuevamente por un momento la concordia y la gloria, humillar la dominacion extranjera y recoger luego los últimos suspiros de la libertad (12).

Sicione.—Acrecentóse mucho el poder de la liga aquea luego que hubo admitido á formar parte de ella á otras ciudades. Aun conservaba Sicione el brillo de sus antiguas escuelas de pintura: Apeles habia morado algun tiempo dentro de sus muros, como nuestros artistas modernos van á estudiar á Roma. Ni aun dejaban de cultivar las bellas artes los tiranos, á pesar de su enemistad contra todo el que profesaba ideas generosas; así Abántidas, que poco antes se habia hecho dueño de Sicione, y aunque recelaba de la reunion más inofensiva, no se podia pasar sin la instruccion de los sabios (265), sin discutir con los dialécticos y sin admirar las obras de los pintores; tan hondas raices habia echado en la vida griega el amor de las artes y de la ciencia.

Arato.—En esta ciudad fué donde nació Arato de un ciudadano muy considerado; pero desterrado del pais natal, cuando todavia era niño, fué educado en Argos. El amor á su patria, que recordaba haber sido residencia de los primeros reyes de Grecia, cuna de las bellas artes, que veia resplandecer aun en primera línea y provista de nuevas fortificaciones, le hizo concebir el designio de

(11) Estas últimas ciudades fueron sometidas antes de la batalla de Leuctra. Nosotros nos separamos en esto de Pausanias, escritor crédulo y poco digno de fé, para seguir á Polibio, lib. II, cap. 41.

(12) Consúltense sobre las ligas aquea y etolia URBO EMMIUS en el lib. IV del *Thesaurus* de Gronovio:—TITTMANN, *Darstellung der griechischen Staatsverfassung;*—HEYNE, *Opuscola;*—E. HELWING.—*Gesch. des Achäischen Bundes.* Lemgow, 1829;—C. F. MERLEKER.—*Achaicorum libri tres.* Darmstadt, 1837.

arrojar de allí al tirano Nicocles y de asegurar su libertad.

Aun cuando Antígono Gonatas y Tolomeo Filadelfo estuviesen ligados por vínculos de hospitalidad con su padre, prefirió á su asistencia la de las ciudades aqueas. Habiendo, pues, reunido á sus amigos y escalado los baluartes de Sicione, llamó al pueblo á la libertad, y sin efusion de sangre ni violencias restituyó á su pais su esplendor antiguo (255).

Una vez emancipada Sicione, mandó derribar todas las estátuas de los tiranos y borrar sus retratos. Presentósele el de Aristrato, obra notabilísima de Apeles; pero su odio contra la tirania prevaleció sobre la admiracion de que estaba poseido, y mandó que fuese inutilizado como los demás. Hasta permaneció inflexible á las instancias de Nealces, pintor célebre y amigo suyo, quien le conjuraba con lágrimas á que perdonase aquella obra maestra, diciéndole que debia hacer la guerra á los tiranos, si bien no á su efigie. Todo lo que pudo alcanzar fué conservar de aquel cuadro el carro y la victoria, empeñando á Arato la promesa de quitar de allí la figura de Aristrato, lo cual ejecutó cubriéndola con una palma.

Apenas tenia Arato veinte años, de los cuales habia pasado la mayor parte en ejercitar sus fuerzas físicas sin descuidar el cultivo de su espíritu, cuando se encaminó á Alejandria, como Franklin á Paris, para buscar apoyo á la liga aquea. Su instruccion, que le permitió escribir más tarde la relacion de sus hechos, le valió en esta ciudad la benévola acogida de los sabios.

Vino á ser posteriormente alma de esta confederacion que organizó sobre nuevas bases, sometiéndola á un solo jefe y dando más ensanche á sus proyectos. Fué elegido generalísimo de ella á los veinte y seis años (251), y conservó toda su vida esta alta dignidad, aun cuando le faltasen muchas cualidades necesarias á un dictador. Habilísimo para dirigir una conspiracion, era bajamente celoso; su política era más astuta que firme; no tenia un asombroso denuedo en el campo de batalla, ni estremada prudencia en el consejo; tampoco poseia la primera prenda de los innovadores, la perseverancia. Fué por su parte una detestable política aliarse desde el principio con Tolomeo II. Se grangeó la amistad de este príncipe enviándole obras maestras; pero esta amistad obligó á la liga á mezclarse en los asuntos de Estados más poderosos que ella, lo cual la hizo juguete de su ambicion ó de sus intrigas.

Halagando poco tiempo antes Antígono la vanidad de Nicea, viuda de Alejandro, tirano de Corinto, á quien prometia la mano de su hijo Demetrio, habia llegado á enseñorearse de esta ciudad (243); pero Arato les echó de allí y restituyó á los corintios su ciudadela, que nunca habian recuperado desde la época de Filipo II. Entonces se unió Corinto á la liga aquea, luego Megara, la ciudad dórica; enseguida Trezene, Epidauro, la Elide, todo el Peloponeso, á escepcion de Esparta, y por último Atenas, aun cuando contrariasen los etolios aquella confederacion con todas sus fuerzas.

Liga etolia.—Formaban los etolios otra liga no ménos antigua que las de la Beocia, de la Lócride, de la Fócide, de la Arcadia y de la Tesalia, nacidas todas de la comunidad de usos y de dialectos. Débil y agotada al principio, cobró brios cuando los reyes macedonios quisieron avasallarla (284), y especialmente en la época en que Antipatro profirió la amenaza de domar el orgullo de los aliados, trasladándoles á todos á Asia. Asociáronse entonces los etolios con las ciudades de la Lócride, de la Fócide, la Tesalia y Acarnania meridionales, Cefalonia y otras islas hasta el cabo Maleo; y tambien tuvieron de su parte al tiempo de sus mayores triunfos á los arcadios, á algunas islas del mar Egeo, y hasta Chio y Calcedonia, ciudades asiáticas, y Lisimaquia en la Tracia.

Eran iguales en derechos los etolios y sus confederados, conservando cada Estado su administracion interior independiente de los demás. Celebrábase anualmente la dieta general en Termo, dentro del Panetolio, templo donde se depositaba lo que se habia recogido en el botin de más estima. Se elegian un estratego y magistrados (*apocletos*), que formaban el consejo de Estado. Sometia el estratego proposiciones á la asamblea, pero no deliberaba: no tenia el poder ejecutivo. Se nombraba además un secretario, encargado de los negocios tanto interiores como esteriores, y un jefe de caballeria, lugarteniente del estratego.

Si estaban confederados los aqueos para la defensa, lo estaban los etolios para la guerra; y como solo ellos tenian á la sazon una fuerza nacional entre los griegos, debieron naturalmente llevar la mejor parte en las lides. No parece que hicieron uso de máquinas ni de fortalezas construidas segun el modelo de aquel tiempo; habian ocupado, no obstante, desde la invasion de los galos los fuertes que guarnecian los desfiladeros de la Tesalia. Su persistencia en no admitir en su confederacion más que ciudades etolias, les impidió rivalizar en grandeza con la liga aquea. Compuesta la suya además de pueblos toscos, que vivian de rapiñas por mar y tierra, se prestaba más fácilmente á convertirse en instrumento de la política extranjera.

Demetrio II.— Antígono Gonatas hizo alianza con los etolios, intentando poner límite al engrandecimiento de los aqueos, pero cuando murió á una edad octogenaria, su hijo Demetrio II (242), escitó á los ilirios contra los etolios, y estos se juntaron entonces á los aqueos. Siendo el único pensamiento de este rey debilitar á los confederados, prestaba su apoyo á todo tirano que queria enseñorearse del poder, ya fuese en Argos, ya en otra ciudad cualquiera. Pero su hermano Antígono, que le sucedió (232) con detrimento de Filipo su nieto y que tuvo por sobrenombre *Doson*, es decir Dadivoso, á causa de las magníficas promesas que

prodigaba, no pudo favorecerlos por ocuparle enteramente la idea de desembarazarse de graves apuros: resultó de aquí parecerles más discreto á aquellos tiranos renunciar al poder, con tal de conservar sus riquezas y su influjo.

Decadencia de Esparta.—Surgia del seno de Esparta un enemigo terrible para los aqueos. Allí dejaba aparecer el tiempo los funestos resultados de instituciones que tienen por único objeto conservar sin mejorar. No, una constitucion no puede ser libre ni buena, cuando propende á inmovilizar un estado de cosas cualquiera, en vez de considerar las circunstancias que lo han producido, y cuando se afana en sofocar todos los vástagos que nacen al lado del tronco que envejece. Esta es la suerte de todas las instituciones humanas, engrandecerse y declinar luego; ningun valor tienen sino cuando están en relacion con los tiempos á que deben aplicarse; una vez mudados los tiempos, su oportunidad acaba. Echad un tizon al fuego y en breve quedará consumido; durará más si le dejais arder lentamente; solo sofocándolo impedireis que se consuma.

Hay quien conceptue posible evitar el mal venidero conservando las cosas en su estado primitivo. No es cierto. Cambian las circunstancias, se deteriora lo antiguo, y si escluis lo nuevo, no quedará de la primera constitucion una sola parte que no esté carcomida: no subsistirá más que un vano simulacro tan incapaz de reproducir el bien pasado como de remediar el mal presente. Ahogad las demandas de reforma y pervertireis la naturaleza, como acontece con una erupcion cutánea, que se hace mortal si se ataca de repente. Tal inmovilidad de instituciones es todavia peor que la total carencia de ellas; como quiera que en la anarquia operan las facultades del hombre y se desarrollan, al paso que en la estabilidad se ahogan las más nobles tiranizadas por la letra muerta bajo la apariencia de legalidad y justicia. Cumple á la sabiduria del legislador conciliar los elementos nuevos con las instituciones antiguas, señalándoles un puesto que puedan ocupar sin destruir todo lo añejo. Por muchos cambios que sufran las formas esteriores, conviene velar por la conservacion y reproduccion de lo principal y más notable, sino lo antiguo se hace tirano; y cuando se desmorona por la accion del tiempo, se derrumba el Estado, y la libertad cae por tierra.

Licurgo no habia introducido en la legislacion el principio reformador: subsistian, pues, sus instituciones en su primitiva forma, respetadas á la vez y descuidadas; no proporcionando ya remedio á la corrupcion ni correspondiendo á las necesidades.

Continuaban repitiendo los decretos en Esparta las rígidas prescripciones de la austeridad dórica; pero se habian introducido las riquezas y la usura en el Estado, y daban márgen á abusos, que la ley no reprimia á causa de no haberlos previsto. Las letras y las ciencias, que consolaban á los demás helenos de su decadencia, de seguro no tan penosa, á la par que eran una salvaguardia más ó ménos eficaz para las costumbres, seguian siendo desterradas de Esparta, ó se deslizaban escondidas, lo cual las hacia corruptoras.

En vez de decir, pues, que Esparta habia entrado en decadencia porque abandonó las leyes de Licurgo, osaremos sostener que decayó porque las seguia. Al principio podia contar proximamente con tantos ciudadanos como Atenas, Mesenia ú otra ciudad cualquiera, y predominaba porque sus habitantes eran más guerreros. Así permaneció hasta que una guerra interminable diezmó los pueblos griegos; mas cuando la industria acarreó el bienestar, Esparta continuó siendo bárbara y rechazando á los extranjeros, mientras que entorno suyo se formaban naciones ricas, activas y numerosas que de buen grado acogian á los forasteros. Obstinada en la idea de hacer la guerra al esterior, al terminar ésta, no pudo desfogarse su bélico ardor sino dentro de sí misma, y sin medios de mejorar su propia condicion, ni siquiera poderla sostener, se encontró en la situacion más deplorable. De ahí vinieron los artificios ilegales para obtener aquello que legítimamente no se podia alcanzar; los pródigos dieron sus bienes en prenda á los económicos para conseguir lo que deseaban, y las deudas y el lujo producian la desigualdad y separacion cada vez mayores entre aquellos que conservaban y aumentaban sus bienes y aquellos que los disipaban.

Escluyendo completamente la plata acuñada, no se habian ocupado los espartanos de distribuir equitativamente la propiedad, de suerte que ciertas familias se habian hecho inmensamente ricas, mientras la muchedumbre languidecia en la indigencia. A lo ménos la ley de Licurgo conservaba á cada ciudadano una propiedad imponiendo al padre la obligacion de legarla al hijo tal como la habia recibido; mas por vengarse de un hijo díscolo el éforo Epitadeo habia hecho pasar una ley autorizando que un padre pudiese en vida ó por testamento disponer de su casa y de su tierra (13). Eso bastó para que pronto se acumulase la propiedad en manos de pocos. Mientras Atenas contaba aun más de diez mil ciudadanos como en sus mejores tiempos, Esparta quedaba reducida á setecientos (14), y de éstos apenas ciento habian conservado un resto de herencia, al paso que los otros, sumidos en la miseria, no podian esperanzar más que una ocasion de cambiar de suerte.

Algunos, muy pocos, ciudadanos poseian, pues, todo el territorio, y dominaban, como actualmente los caudillos de los cleftos, en medio de una poblacion extranjera y privada de todo derecho. Ni aun los reyes tenian poder, ni moralidad las mu-

(13) PLUTARCO en *Agis*, 5.

(14) BOEKCH, *Economia política de los atenienses*, libro I, cap. VII; PLUTARCO, *idem*.

jeres. Hasta los Heráclidas iban á enriquecerse y á intrigar á la corte de Macedonia; irritado Cleonimo por haber sido depuesto del trono, perturbaba el sosiego del pais con su ambicion, mientras que el rey Areo rivalizaba por su fausto en Lacedemonia con los sátrapas de la Persia.

Deploraban aquella decadencia las almas generosas, y aun éstas en vez de aceptar su presente y preparar el porvenir, pensaban en hacer revivir en su patria los antiguos principios, aumentando por una parte el poder de los reyes con detrimento del de los éforos, y halagando por otra á la clase pobre con la abolicion de las deudas y con una nueva ley agraria.

Agis.—Escitado tal vez el rey Agis III (244) por el ejemplo de Arato su amigo, pensó formalmente en operar una reforma en Esparta. Ascendido á la edad de veinte años al trono, manifestaba no hacer caso de la autoridad, sino para volver á sus conciudadanos á sus antiguas costumbres: más interesado que los oligarcas en el bien público, quiso elevar á la categoria de ciudadanos á aquellos plebeyos desdeñados, hollados por los grandes, y hacer que circulase una nueva sangre por las agotadas venas de Esparta.

Sentia no obstante el peso que echa sobre sí todo el que emprende una revolucion; preveia, que los hombres entrados en años, se opondrian tenazmente á toda mejora, que no induciria á los oligarcas á consentir en ellas sino por la fuerza ó por la astucia; que le harian traicion los amigos de quienes se servia, y que el pueblo á quien queria servir, le maldeciria por sus beneficios.

A pesar de todo osó acometer la empresa. Empezó por vestirse, por comer y por bañarse al uso antiguo: imitóle toda la juventud á una, siempre entusiasta de cuanto le presenta una idea de generosidad y de sacrificio. Demostró á su madre que nunca podria él rivalizar en fausto con los reyes de Egipto y de Siria, ni con los sátrapas siquiera, al paso que alcanzaria la gloria dando ejemplo de sencillez y de templanza; por este medio la indujo á que le ayudara y á que hiciera entrar en sus miras á las mujeres, cuyo influjo es tan poderoso en materia de reforma, cuando quieren apercibirse de lo mucho á que alcanzan en este punto.

Hizo entonces de modo que entrara en el número de los éforos Lisandro, una de sus criaturas: éste propuso inmediatamente la abolicion de las deudas y una nueva reparticion de tierras. Leonidas II, el otro rey, se opuso vigorosamente á esta medida, y estalló la discordia. Pero antes de haber resuelto la cuestion el consejo, sometió Agis el asunto al pueblo, manifestándole el provecho que le reportaria, y ofreciéndose antes que otro alguno á poner en comunidad sus bienes, cuyo valor subia á 600 talentos. Fué imitado por los jóvenes, quienes entregaron sus créditos á las llamas, presentaron su oro y sus adornos á hicieron cesion de sus propiedades; generosidades que los partidarios de la inmovilidad no perdonan nunca. Prevalióse de ello Agis para deponer á Leonidas, sustituyéndole con Cleombroto III, que era favorable á sus designios (243). Entonces declaró sin rebozo su intencion de restablecer la antigua autoridad regia; depuso á los éforos; eligió otros nuevos, y pudo imaginarse por un momento que iba á realizar lo que habia proyectado.

Pero en tiempos corrompidos es sumamente difícil que aquellos con cuya ayuda se emprende una reforma, quieran resignarse al papel de simples ciudadanos. Cuanto más ardiente y generoso es el caudillo, hay más seguridad de engañarle. Habiendo adquirido Agesilao, tio de Agis, hombre muy astuto y agobiado de deudas, toda la confianza de su sobrino, llegó á manejarle á su antojo. Le hizo presente que no convenia hacerlo todo á un tiempo, y que seria oportuno contentarse al principio con la abolicion de las deudas. Aprovechándose enseguida de la ausencia de Agis, abusó de la autoridad é irritó al pueblo hasta el punto de que los oligarcas volvieron á recuperar su ascendiente. Fué nuevamente llamado Leonidas, y Cleombroto consiguió salvarse, apelando á la fuga; Agis tuvo que espiar el yerro de haber querido el bien de todos (239). Como se hubiese refugiado en un templo, algunos éforos le hicieron salir bajo pretestos falsos de amistad. Formósele entonces uno de esos procesos irónicos cuya sentencia es pronunciada desde luego, y fué asesinado. Su madre y su abuela á quienes habian conducido á su prision bajo el pretesto de hacerle una visita, fueron tambien degolladas. Nunca se habia cometido en Esparta una iniquidad tan descarada.

Cleomenes III.—Se vió forzada Agiátide, mujer de Agis, á casarse con Cleomenes hijo de Leonidas; pero en lugar de abandonarse á la desesperacion, su magnánimo corazon concibió el proyecto de una noble venganza: hizo de su nuevo esposo un héroe habituándole á las costumbres varoniles, inspirándole odio al lujo y á la corrupcion. Al mismo tiempo un filósofo estóico le enseñaba la política y la filosofia. Por eso cuando sucedió á su padre (238), pensó en poner en ejecucion el plan de Agis, pero con más madurez.

Comprendió que no podria triunfar de los oligarcas sin ayuda del ejército; además la ocasion de formar uno le era proporcionada por Arato, quien acercándose continuamente á la Laconia queria forzar á Esparta á entrar en la liga aquea. Habiéndole atacado Cleomenes le venció y volvió en triunfo á Esparta, mandó dar muerte á los éforos con sus partidarios, y echar á los ochenta principales oligarcas, y después haciendo el sacrificio de sus bienes particulares obligó á todos los propietarios á consentir en la division de las tierras, de las cuales se hicieron cuatro mil porciones. Al mismo tiempo fortificó á Esparta, aumentó su fuerza admitiendo en ella gran número de habitantes del campo, y volvió á la antigua austeridad á los ciudadanos con su ejemplo. Conciliábase todos los ánimos por su afabilidad y por su modo

de hablar á la vez picante y sensato. Doblegábase siempre la rigidez dórica al cambio operado en las costumbres, pues hasta copas de plata llenas de vino puro aparecian en su mesa, y reprendió un dia á uno de sus amigos por haber servido á extranjeros con quienes trataba la galleta espartana y el guiso negro.

Habia propuesto á los vencidos aqueos elegirle por jefe y formar de esta manera una sola confederacion, pero celoso Arato y reconociendo la imposibilidad de mantenerse sin un protector entre los devastadores etolios y Esparta, fuerte ya, llamó en su ayuda contra esta última á Antígono Doson y persuadió á los aqueos á preferir al rey ciudadano de Esparta el monarca absoluto de la Macedonia.

Dependia, pues, la suerte de la Grecia de la lucha que iba á empeñarse entre estos dos adversarios. Fué terrible; Cleomenes se mostró gran capitan: habiéndose procurado dinero permitiendo á todo ilota que se rescatara mediante cinco minas, reclutó soldados aventureros y los organizó segun la disciplina antigua, desterrando de los campos los bufones, las bailarinas y los titiriteros, de los cuales habia multitud en los ejércitos griegos. Pero fué en fin derrotado por completo en Selasia (15).

Fin de Cleomenes III.—Refugióse entonces (222) en Alejandria, donde Tolomeo Evergetes dejó de despreciarle cuando aprendió á conocerle, y manifestándole las consideraciones que se le debian le prometió un ejército para volver á Grecia. Pero su sucesor Filopator obró con respecto al rey de Esparta como tienen costumbre los cobardes de obrar para con los desterrados; le ultrajó y se aprovechó de la ocasion para aprisionarle. Le libertaron á viva fuerza algunos espartanos venidos con él; pero en su fuga viendo que el grito de libertad que daban no encontraba eco entre los muelles alejandrinos, se dieron muerte unos á otros (219). Mandó crucificar Filopator el cadáver de Cleomenes y perecer en los tormentos á su madre, mujer é hijos, y las mujeres de sus compañeros.

Tal fué el deplorable fin de los dos reyes que con santa, si bien que imprevisora intencion, habian querido regenerar su patria, y poner en vigor la constitucion de Licurgo. Es que habia terminado ya la mision de Esparta. Habia defendido las Termópilas, vencido en Platea, rebajado á Atenas: permanecerá en adelante en la segunda clase hasta que llegue á ser esclava. Si entonces conservó su independencia, la debió á la generosidad de Antígono Doson. No menos hábil que magnánimo, después de haber asegurado su independencia á los aqueos, quiso por un momento encontrar su propia ventaja apoderándose de Orcomene y otras plazas fuertes, á la vez que recompensar á los que anteriormente habian favorecido á los macedonios, y castigar á los contrarios; pero supo moderarse en medio de sus victorias y dejar libres á Acaya y Esparta. Debió esta á las discordias de los éforos con Licurgo y Macánidas, su sucesor, caer cada vez más en la debilidad de la cual Agis y Cleomenes habian querido sacarla: en fin, un cierto Nabis, criminal consumado, derrocó del todo la constitucion y las leyes, y se hizo dueño absoluto de ella (205).

Mujeres espartanas.—Antes de abandonar á esta ciudad, contemplemos en la magnanimidad de sus mujeres la espirante virtud de las instituciones de Licurgo. Cuando Pirro atacaba á Esparta le dijo Mandricida: *Si eres un dios no debemos temerte, pues no te hemos ofendido, si eres un hombre encontrarás aquí quienes lo son más que tú.* Habiéndose decretado que las mujeres se retirasen de los combates Arquidamia esclama: «Romped ese injusto decreto: nos deshonrais creyéndonos tan viles para sobrevivir á la patria; estamos resueltas á vencer ó morir con vosotros.» Agesistrata, madre de Agis, quizo perecer con él, proclamando que habia aprobado todos sus actos y rogado á los dioses que su injusta muerte fuese al ménos en provecho de Esparta. Se une á él en su destierro para participar de su desgracia. Quelónida, mujer de Cleomenes, le abandona en su felicidad para seguir á su padre desterrado. En el momento de marchar para Egipto como rehenes de Tolomeo, no derrama Cratesilea, madre de este príncipe, una lágrima, y exhorta á su hijo á que no cometa por ella ninguna accion que sea indigna de Esparta. Cogida en Alejandria, la mujer de Panteo, con el séquito de Cleomenes, asiste al suplicio de la viuda y de los hijos de este rey, los exhorta así como á las demás mujeres en este fatal momento, arregla honrosamente sus restos para que no sean profanados por la mano del verdugo, y llega la última á ofrecerse al golpe mortal.

Tuvo por sucesor Antígono Doson á Filipo III (16) (221), hijo de Demetrio, príncipe dotado de las más brillantes cualidades, amigo de Arato y de cuya amistad se habia aprovechado; valeroso, elocuente y consumado en el arte de hacerse amar de sus súbditos. Encontró á la Macedonia respuesta de sus pérdidas por una larga paz y colocada para en adelante á la cabeza de la Grecia por consecuencia de la alianza de Antígono con los aqueos y de la victoria de Selasia.

Guerra de las Ligas.—Ofrécesele la ocasion de mostrar su prudencia y fuerza, cuando estalla la guerra entre las dos ligas aquea y etolia, guerra producida por las incursiones de los etolios en el territorio de Mesenia, cuya defensa abrazaron los

(15) Véase sobre el órden y colocacion de esta batalla la carta escrita de Atenas, el 16 de abril de 1836, por L. Ross, en el tom. VIII de los *Anales de correspondencia arqueológica.*

(16) O bien Filipo V, si contamos Filipo Arideo y Filipo de Casandro.

aqueos. Encontrando estos últimos que Arato dirigia mal sus operaciones recurrieron á Filipo. Teniendo este de su parte á los acarnanios, epirotas, ilirios y mesenios, debia combatir tambien á Esparta y á los eleos mandados por Escopas, porque estos peleaban en favor de los enemigos de Filipo. Entró éste en la Etolia, y aquel en la Macedonia, saqueando cada uno de sus ejércitos á porfia sin perdonar ni aun los templos.

Fueron detenidos los progresos de Filipo por las intrigas de sus tres ministros Apeles, Megaleas y Leonzio, quienes celosos de Arato, á cuyos consejos estaba el rey tan agradecido y obligado, procuraban rebajarle. Pero fueron descubiertos sus manejos, y el rey mandó darles muerte, pudiendo en fin dictar las condiciones de la paz. La principal ventaja que esta proporcionó á la Macedonia, fué devolverle su preeminencia en el mar.

Estaba, sin embargo, en peligro el poder creciente de Filipo; amontonábase una tempestad contra él por la parte de Italia, hácia la cual ya es tiempo que dirijamos nuestras miradas.

CAPÍTULO V

MAGNA GRECIA.

Hemos dejado á Roma en el momento en que acababa, después de medio siglo de guerras, de subyugar á sus más tenaces enemigos, los samnitas; ahora se encontraba teniendo en frente la Magna Grecia y la Sicilia. Habian declinado desde las guerras con los lucanios y con Dionisio el Viejo las florecientes colonias de la primera. Es verdad que Posidonia habia recibido colonos extranjeros y que las demás habian recuperado sus pérdidas reclutándolos fuera; pero estaban todas de tal manera debilitadas, que su poder se encerraba en el recinto de sus murallas, y aun en el interior eran despedazadas por las disensiones civiles que les hacian pasar de una desenfrenada demagogia á una atroz tirania. Entregados los ciudadanos al comercio y á los placeres del lujo, confiaban voluntariamente su defensa á mercenarios, abriendo de esta manera el camino del poder á todo el que tenia medios para comprar soldados aventureros. Llegó con su auxilio á tiranizar á Siracusa y á dominar por la fuerza, hasta que fué derribado por el mismo medio, Agatocles, hijo de un alfarero, recogido en la calle y educado en una infame abyeccion, segun hemos dicho.

Habian procurado los mercenarios formarse un establecimiento y crearse un Estado. Habíanse apoderado los mamertinos de Mesina; Decio Jubelio, campanio, con una legion de compatriotas suyos se habia rebelado y habia ocupado á Reggio (pág. 44), y aquellos aventureros inspiraban terror á los cartagineses, romanos y habitantes de las cercanias.

Tarento.—Era Tarento una de las repúblicas más florecientes de la Magna Grecia; hácia mediados del siglo v armaba veinte mil infantes y dos mil ginetes. Habiendo perecido los nobles en la guerra contra los mesapios, prevaleció la democracia; admitió en su seno no tan solo á los griegos, sino tambien á los indígenas de modo que los numerosos elementos italianos, que contenia la acercaban más á la Italia que á la Magna Grecia. Tenia una poderosa marina, fábricas y tintorerias de telas de lana, industria muy favorable al aumento de la poblacion. Da fé de la aptitud de sus habitantes para las ciencias el ilustre pitagórico Arquitas. Las rivalidades entre ciudadanos hacian que no emplease, como Venecia, más que tropas extranjeras, y tomaba á su servicio hasta príncipes. Arquidamo II de Esparta, hijo de Agesilao y padre de Agis, que habia salido de su patria para no ser testigo de su humillacion, entró á servir á sueldo de los tarentinos y pereció con sus compañeros combatiendo contra los lucanios el dia de la batalla de Queronea (355): la historia aduladora dice que la Providencia le habia castigado por haberse decidido en favor de los focidios violadores del templo, es decir, de aquellos que solo sostenian la independencia de la Grecia contra los macedonios. Al propio tiempo Alejandro el Moloso, rey de Epiro, tio de Alejandro Magno, deseoso de emular las empresas de éste y tal vez de formarse un Estado independiente, se ajustó á sueldo tambien de los tarentinos (340); pero habiendo concebido éstos sospechas le arrojaron de su seno. Entonces contrajo alianza con Roma, con intencion de dañarles por la guerra; alianza deshonrosa para los romanos, no teniendo motivo determinado en un inminente peligro que conjurar y no yendo dirigida contra un Estado ambicioso, sino contra gentes que no querian más que defender la independencia de su patria.

Debió producir esta alianza desavenencias entre Roma y los tarentinos, cuando estos últimos se quejaron de que los romanos habian violado un antiguo convenio, navegando allende el cabo de Juno Laciniano, y detuvieron sus barcos. Llegado

que hubieron los embajadores de Roma para reclamarlos (281), fueron acogidos con ultrajes y sus togas manchadas de lodo. *Estas manchas serán lavadas con sangre*, esclama uno de los embajadores. Es declarada la guerra y los tarentinos toman á su sueldo á Pirro, rey de Epiro.

Pirro en Italia.—Gustaba á este príncipe, yerno de Agatocles, marchar sobre su huella; obligado, como ya le hemos visto, á abandonar la Macedonia, soñaba con un gran reino en la Magna Grecia ó en las costas de Africa. Tenia por moderador de su valor impetuoso al tesaliano Cineas, discípulo de Demóstenes, el único que recordase á tan gran maestro: era tan poderosa su palabra, que Pirro confesaba deberle más ciudades que á su propia espada. Cuando le espuso el rey sus proyectos sobre Italia.—«Los romanos, dijo Cineas, son en este pais un pueblo belicoso, pero si nos conceden los dioses el triunfo de ellos ¿cuánta ventaja sacaremos de esta victoria?—¿Lo preguntas? contestó Pirro; subyugados los romanos, no habrá una sola ciudad griega ó bárbara que pueda resistirnos, y toda la Italia nos pertenecerá.

Después de haber reflexionado Cineas un momento, replicó: ¿Y cuando poseamos la Italia, qué haremos?

—La Sicilia está á dos pasos, isla rica por su territorio y poblacion; nada más fácil que apoderarse de ella, agitada como lo está por discordias intestinas desde la muerte de Agatocles y hecha presa de las intrigas de los oradores que adulan sus pasiones populares.

—¿Nos detendremos en Sicilia? preguntó de nuevo Cineas.

—No ciertamente, respondió Pirro: ¿quién nos impediria entonces pasar á Africa y llegar á Cartago? ¿Una vez ya dueños y señores de ellas, quién se atreverá á hacernos frente entre los enemigos que nos desafian?

—Ninguno ciertamente; recobraremos entonces la Macedonia y dominaremos la Grecia. Pero obtenido esto ¿qué haremos después?

—Entonces, replicó Pirro sonriéndose, permaneceremos tranquilos y alegres, querido Cineas, pasando el tiempo en medio de fiestas y banquetes.

¿Y quién te impide empezar desde ahora esta vida feliz? replicó el sabio consejero que le esperaba en este punto: ¿no tienes ya todo lo que necesitas para ello sin tantas fatigas, sangre y males de toda especie?» (1)

Pero la ambicion no se sujeta fácilmente á tan buenas razones, y, al llamamiento de los tarentinos acudió Pirro con su ejército, que pronto habia aprestado. Un ciudadano con todas las apariencias de embriaguez, y la cabeza coronada aun de rosas marchitas y á su lado una flautista, se presentó delante de los tarentinos reunidos en asamblea. *¡Y bien! Meton*, le gritan, *canta y regocíjanos.—Sí*, les respondió, *cantemos y regocijémonos mientras que tenemos tiempo; otra cosa tendremos que hacer cuando Pirro esté aquí.*

En efecto, apenas habia llegado el rey (280), cuando hizo cerrar los teatros y palestras, con prohibicion á todos los habitantes de salir de la ciudad bajo pena de muerte. En su primera salida venció en Heraclea á los romanos espantados por los *bueyes de Lucania:* así era como llamaban á los elefantes, que veian por la primera vez. Sin embargo, respondió á las felicitaciones que se le dirigian: *Otra victoria como esta y somos perdidos.* Reforzado por los samnitas, los lucanios y los mesapios, se adelantó hasta Preneste, desde cuyas alturas descubrió á Roma, aquella Roma cuya grandeza era él capaz de apreciar. Dijo al contemplar los cadáveres de los soldados muertos en la pelea. *No tardaria en ser conquistado el mundo si yo tuviese á los romanos por soldados ó ellos á mí por general.* Envió á Cineas á proponer la paz, y éste no perdió la ocasion de conocer las instituciones de aquella gran ciudad. Persuadidos ya los romanos por sus dádivas, por su elocuencia y los motivos que alegaba, estaban dispuestos á tratar, cuando el ciego Apio Claudio apareció enmedio del Senado, donde el embajador creyó ver una asamblea de reyes.

Apio Claudio.—Este anciano censor, déspota en su familia, como un patriarca, habia repartido la plebe en todas las tribus para aumentar su influencia y hecho admitir en el Senado hasta los libertos. Antes de él los únicos descendientes de un cierto Poticio, aborígen, así como aquellas familias que hemos visto en Grecia privilegiadas con las funciones de un culto, habian sacrificado en el altar del gran Hércules; persuadió Apio á los Poticios, que dejaran participar de sus funciones á los esclavos del pueblo romano, haciéndolo así todo comun hasta el sacerdocio, que primitivamente era patrimonio esclusivo de los nobles. Decíanle que la cólera de los dioses habia hecho perecer en solo un año á todos los Poticios, y cegado á Apio; pero una vez derribadas las barreras ya no se reponen, y la nobleza en vano persiguió con su odio al severo censor. Fué además inmortalizada su magistratura con la construccion de un acueducto de ochenta estadios de longitud, y por el

(1) PLUTARCO, *Vida de Pirro*. Uno de aquellos filósofos á quienes se llaman santos, sacó una conclusion diferente. Habia ido Felipe Neri un dia al encuentro de un sacerdote que iba á Roma para entrar en la prelatura. Como éste le contase con todo el énfasis de la esperanza, que podria llegar á ser camarero, secretario, protonotario..... ¿Y después? le preguntó el santo.—Podré llegar á ser monseñor.—¿Y después?—Después el capelo verde puede cambiarse en encarnado.—¿Y después?—Se han visto grandes casualidades, y el que ha llegado á una cosa puede llegar á otra.—Quereis decir á la tiara ¿no es verdad? ¿Y después? y como titubease el padre en responder, añadió el santo.—¡Y después morir!

camino que hizo construir de Roma á Capua en un espacio de mil estadios; monumento que después de veinte siglos, demuestra aun la grandeza de la ciudad reina del mundo, y parece anunciar ya la reunion de la Italia á su metrópoli.

Presentóse el viejo patricio en el Senado, conducido por sus cuatro hijos, que todos habian sido cónsules, y dictó esta respuesta que debia ser llevada á Pirro: *Si quiere la paz, que empiece por salir de Italia.*

Habian cesado de espantar ya los elefantes á los romanos, que haciendo uso de dardos inflamados (2) los repelieron sobre el ejército de Pirro, y poniéndolo así en desórden, consiguieron la victoria. Fabricio Luscino, que fué enviado cerca de Pirro, para tratar del cange ó rescate de prisioneros, escitó la admiracion de este príncipe por su integridad. Habiendo sabido cuán considerado era en su patria y cuan pobre en su casa, le ofreció Pirro una gran suma de dinero, mas él la rehusó. Trató al dia siguiente de espantarle con un elefante, mas no habiéndolo conseguido esclamó: *Es más fácil hacer torcer el curso del sol que á Fabricio del camino de la probidad.* Oyendo el romano á Cineas esponer durante la cena la filosofia de Epicuro, y decir que en opinion de sus sectarios, no se ocupaban los dioses absolutamente de las acciones humanas, que se separaban de los negocios de la república y vivian en una agradable indolencia: *¡Oh dioses!* esclamó Fabricio, *¡haced que Pirro y los samnitas adopten semejante doctrina mientras estén en guerra con nosotros!*

Cuanto más le conocia Pirro, más deseaba unírsele; por eso le exhortaba á concordar la paz entre sus conciudadanos y él, y á ir enseguida á establecerse en su corte. *No seria en provecho tuyo*, le respondió Fabricio, *pues los que hoy te honran, luego que me conociesen, querrian mejor ser gobernados por mí que por tí.* (3).

Dió libertad Pirro á doscientos prisioneros sin rescate y permitió á los demás ir á Roma á ver á sus padres, con tal que Fabricio se comprometiese á hacerlos volver. Fueron tachados de infamia los prisioneros devueltos, los ginetes desmontados, los infantes incorporados á los honderos, y todos tuvieron que pasar la noche fuera del campamento, sin abrigo ni trinchera, hasta que cada uno hubiera despojado á dos enemigos. Habiendo prevenido Fabricio á Pirro que su médico le habia propuesto envenenarle (4), afectado el rey de Epiro de tanta generosidad, finalizó las hostilidades, consagró en el templo de Tarento una parte de los despojos, y no se avergonzó de declararse vencido (5); dos años y cuatro meses después de su desembarco en Tarento, abandonó la Italia con sus soldados, caballos y elefantes y pasó á Sicilia con sesenta barcos que le habian proporcionado los siracusanos. Llamado por ellos para defenderlos de los cartagineses, libertó la isla (278) y, acogido con los brazos abiertos por las ciudades y los tiranuelos, hubiera podido formarse un reino si el inútil sitio de Lilibeo, último refugio de los africanos, no hubiese hecho abortar sus proyectos y desanimado á los sicilianos que le abandonaron. Saqueó tanto como pudo, y estrechado por las instancias de los tarentinos que ya no podian resistir á los romanos, se dió á la vela para la Magna Grecia (275). Pero habia sido reclutada su marineria por fuerza, y comprendiendo los marinos que iban á ser sacrificados para salvar de la flota púnica los buques de trasporte cargados con el botin, se dejaron vencer por los cartagineses. Fueron echados á pique sesenta barcos, y solo doce pudieron llegar á Reggio. Reducido entonces Pirro á gran penuria, roba el tesoro de Proserpina en Locris, mas el remordimiento de su conciencia se lo hace después restituir. Vencido al fin de nuevo cerca de Benevento, por Curio Dentato, vuelve á Grecia, sin haber sacado ningun fruto de su espedicion.

Habian continuado, entretanto, los romanos haciendo la guerra á los lucanios, que al fin subyugaron. Fueron desterrados los prisioneros (273); la legion de Campania de Jubelio que se habia sublevado, fué conducida á Roma, y allí cuatro mil hombres, cincuenta cada dia, fueron mutilados y degollados sin exequias ni luto (6). Habia, pues, sometido Roma toda la Italia: y peleando con los terribles samnitas, habia mejorado su táctica; Pirro la habia acostumbrado á no temer á los extranjeros y enseñado la táctica macedónica: empezaba entonces á unirse con pueblos lejanos y al mismo tiempo á poner por obra aquella política que le fué propia, de encadenar á los vencidos al carro del vencedor.

Al abandonar Pirro la Sicilia habia esclamado: *¡Qué hermoso campo de batalla dejamos á los romanos y cartagineses!* Su habilidad le hacia preveer que habia llegado el momento en que estas dos potencias que se habian engrandecido cada una por su lado, debian chocar y venir á las manos. La querella que vá á emprenderse entre

---

(2) ELIANO, *Historia varia*, I, 38, dice que para espantar á los elefantes les presentaron cerdos.

(3) Los narradores de estos hechos perecieron, no quedándonos más que los argumentos de las décadas de Tito Livio y algun estracto de Dionisio, Diodoro, Apiano, á más de la vida de Plutarco.

(4) Fox reveló tambien á Napoleon en 1806, una pretendida conspiracion contra su vida, y aunque se supo por unos y otros que era una pura invencion, se sacó partido para llegar á un tratado y finalizar la guerra.

(5) Nos ha conservado Orosio estos dos versos inscritos en los trofeos por órden de Pirro:

Qui antehac invicti fuere viri, pater optime Olympi
Hos ego in pugna vici, victusque sum ab isdem.

Deben haber sido traducidos del griego, pero de seguro en una época remota.

(6) TITO LIVIO, XXXVIII, 28.

ellas nos atrae á la costa de Africa, para observar allí pueblos que desde remotos tiempos se habian engrandecido; pero que no hacen más que empezar ahora á representar un papel importante en el drama de la humanidad. No se trataba en efecto en las guerras púnicas de decidir solamente cual de dos ciudades tendria que triunfar ó si la victoria haria decir *fé púnica* ó *fé romana*, sino cual de las dos razas, semítica ó indo-germánica, habria de dominar el mundo.

CAPÍTULO VI

AFRICA.

CARTAGO.

Africa.—Africa, ó como decian los antiguos Libia, es el continente que ofrece más numerosas variedades. Empieza bajo nuestra zona templada, pasa casi en igual anchura bajo la línea equinoccial, y remata bajo la zona templada meridional casi en punta.

Es una estensa península en figura de corazon: tiene de longitud cinco mil quinientas millas y de latitud cinco mil. Súrcanla solo un corto número de caudalosos rios; no posee mares mediterráneos, ni golfos, ni casi radas, que permitan penetrar en lo interior de esa gran mole terrestre; no está rodeada de islas, y en su centro se encuentra un desierto casi tan vasto como dos veces el Mediterráneo y como la mitad de Europa (1). Estiende hácia las demás partes del mundo el cabo Sierra por el lado del Mediterráneo; por el lado de América y al Occidente el cabo Verde, el Guardafuy (*Aromatum promontorium*) al Oriente, y en el hemisferio meridional el de Buena Esperanza. Hácia otra parte se acerca por el estrecho de Gibraltar á Europa; por el de Bab-el-Mandeb á la Arabia; y el arenoso istmo de Suez la juntaba, antes de cortarlo, con el Asia. Estos diversos puntos y sus costas se han conocido y frecuentado desde hace mucho tiempo; lo demás ha permanecido y permanece casi misterioso. Se remontan los florecientes reinos de Egipto y de Meroe á los primeros tiempos de la historia humana, y en modernos viajes se han descubierto vestigios de civilizacion en lugares donde se creia que no hubiese existido nunca. Bajo el reinado de los Tolomeos se habia penetrado en lo interior del África para sacar de allí elefantes, que en las guerras de aquella época eran de utilidad suma: posteriormente dilataron los romanos sus conquistas hasta el pais de los garamantos.

La historia ha limitado sus tradiciones á la parte septentrional, ó sea á la pendiente que vá desde las cumbres del elevado Atlas (*Daran*) hasta el Mediterráneo, descendiendo por escalones, y por otro lado baja hasta el desierto de Sahara; formando una dilatada isla limitada por el mar y un desierto arenoso, á la vez que un pequeño estrecho la separa de otra ménos vasta y más llana donde se ostenta Cirene.

Herodoto dividia el Africa en tres partes, Libia habitada, Libia feroz ó salvaje y Libia desierta, que los modernos denominan Berberia, Biledulgerid y Sahara. Comprendia el resto del Africa y la Nigricia ó Sudan con el nombre genérico de Etiopia. A la Libia habitada pertenecian la Mauritania, la Numidia, el territorio de Cartago, la Cirenáica y la Marmárica, que forman hoy la parte septentrional de los Estados de Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli y Barca, paises fértiles y poblados, escepto algunas llanuras arenosas de la costa de Trípoli y del Oriente de Barca que antiguamente eran recorridas por tribus errantes. Más arriba de esa region y bajo 30° paralelo de latitud norte cruzan el Africa los montes del Atlas. Las fieras que habitan la parte occidental y los dátiles que en abundancia produce, le valieron su nombre antiguo lo mismo que el nuevo (2). Está limitada por el Sahara, desierto que desde la costa occidental cruza el Africa hasta el Egipto, y por el otro lado del mar Rojo atraviesa la Arabia y las provincias

(1) Tiene 72,000 millas geográficas cuadradas contando los oasis, 52,000 sin contarlos: su longitud es de 450 millas y su anchura de 300; ahora se trata de convertirle otra vez en mar, como lo fué en otro tiempo.

(2) *Biledulgerid*, pais de los dátiles. Llamáronle tambien los antiguos *Getulia* y los modernos *Fezzan*.

meridionales de Persia hasta el corazon de la India septentrional. Arido y arenoso, abrasado por el sol que allí cae perpendicularmente, está interrumpido por islas de verdura regadas y cultivadas; pues en ningun otro pais se vé como en África colindar la más triste aridez con la más vigorosa vegetacion.

Herodoto, filósofo viajero, no penetró en Africa, sino que durante su permanencia en Egipto se informó minuciosamente de los naturales de la Libia acerca de lo concerniente á sus respectivos paises; y hasta pudo bosquejar una descripcion de ellos muy aproximada á la verdad, como lo van demostrando evidentemente los modernos descubrimientos.

«Se conoce el Nilo, dice, hasta una distancia de cuatro meses de navegacion, además de su curso á través del Egipto. Lo que hay más léjos nadie podria decirlo positivamente por hallarse desierto el pais, á causa del calor escesivo. No obstante los cireneos, que aseguraban haber ido á consultar el oráculo de Amnon y platicado con Etearco, rey de los amnonios en las fuentes desconocidas del Nilo, cuentan haber oido decir al rey que una vez se habian presentado en su córte ciertos nasamones, pueblo líbico que habita la Sirte y un espacio de pais poco estenso al Oriente de ella. Como se les preguntase si tenian que esponer algo acerca de los desiertos de la Libia, refirieron que hubo en un tiempo en su pais ciertos jóvenes emprendedores, hijos de hombres poderosos, que llegados á la edad viril imaginaron entre otras locuras sacar por suerte cinco de ellos para esplorar los desiertos de Libia, y ver acaso alguna cosa más que aquellos que habian visitado las regiones más remotas. Toda la estension de la Libia cerca del mar Boreal, empezando por Egipto hasta el promontorio Soloes, se halla completamente habitada por libios, que se dividen en muchas naciones, esceptuando la que ocupan los griegos y los fenicios. Pero en las partes superiores más allá de las costas y de los pueblos que habitaban á lo largo del mar, se encuentra la Libia, que está invadida por fieras; y encima de la mansion de aquellos animales se descubren arenas, una aridez horrible, y por do quiera el desierto. Encamináronse, pues, aquellos jóvenes, después de hacer provision de agua y de víveres, primeramente por el pais habitado, y atravesándolo, ganaron el pais de las fieras. Desde allí se engolfaron por el desierto marchando contra el viento céfiro. Después de haber cruzado algo de terreno arenoso durante gran número de dias descubrieron al fin árboles que se alzaban en la llanura, y acercándose gustaron sus frutos. Mientras comian se presentaron unos hombres pequeños, de estatura ménos que mediana, que se apoderaron de ellos llevándoselos consigo. No entendian unos el lenguaje de otros; atravesando estensos pantanos llegaron á una ciudad donde todos eran de la misma estatura que sus guias y de color negro. Cerca de la ciudad resbalaba un caudaloso rio, cuyo raudal se dirigia de Poniente á Levante, y en sus aguas se veian cocodrilos. Este fué el relato del amnonio Etearco. Segun lo que manifestaron los cireneos, añadió, que los nasamones habian vuelto á su pais y que los hombres entre quienes habian estado eran todos adivinos. Pero Etearco conjeturaba que el rio á que se aludia era el Nilo, lo cual parece más razonable» (3).

---

(3) *Euterpe*, § 32. En otro pasaje nos conduce Herodoto á lo interior del Africa. «Los pueblos mencionados hasta aquí son los del litoral entre los libios nómadas; más arriba, en lo interior de las tierras, está la de las fieras, y más allá todavia hay un ancho cinturon de arena que se dilata desde Tebas de Egipto hasta las columnas de Hércules. En esta zona y durante un espacio de 10 jornadas de camino se hallan grandes montones de sal sobre las colinas, y en la cumbre de cada una de ellas brota del medio de la sal un agua fresca y dulce. Alrededor habitan hombres, los últimos hácia el desierto, en lo alto de la comarca de las fieras. Los primeros hombres que se encuentran á 10 jornadas de camino de Tebas son los amnonios, que tienen un santuario á imitacion del de Júpiter de Tebas; y en efecto, allí como en Tebas, se ve el simulacro de Júpiter bajo la figura de carnero. Existe entre ellos un manantial de agua viva que sale tibia por la mañana, luego más fresca cuando el mercado se llena de pueblo; á mediodia brota estremadamente fria, y entonces es cuando riegan los jardines. A medida que declina el dia pierde su frescura, hasta que el sol se pone, y va entibiándose el agua: se calienta enseguida poco á poco hasta media noche; después se refresca hasta la aurora. Tiene el nombre de «manantial del sol.» Después de los amnonios y andando otras diez jornadas de camino hay una colina de sal semejante al amnonio y agua; en rededor habitan hombres. Este territorio se llama Augila, y allí van los nasamones á coger dátiles en otoño. A otras diez jornadas de Augila hay una gran colina y agua, y llevan fruto gran número de palmeras como sobre las demás colinas. Los hombres que allí moran se llaman garamantos, nacion estremadamente numerosa; trasportan tierra á aquel suelo y la siembran. El camino que conduce desde este punto al pais de los lotófagos es de treinta jornadas. Allí es donde nacen los bueyes que pastan hácia atrás por la razon siguiente; sus cuernos son retorcidos hacia adelante y esto les obliga á pacer retrocediendo, atendido que no podrian hacerlo avanzando sin que sus cuernos se introdujesen desde luego en la tierra. Se diferencian tambien de los demás bueyes en que su piel es más espesa y más lisa. Estos garamantos toman para sus cuadrigas trogloditas etiopes, por ser más rápidos en la carrera que todos los hombres que la fama ha trasmitido á nuestro conocimiento. Se alimentan los trogloditas con serpientes y otros reptiles semejantes. Usan un lenguaje que no se parece á otro alguno, pero gritan á semejanza de los murciélagos.

«Después de los garamantos y á distancia de otras diez jornadas de camino hay otra colina de sal y agua, y habitan entorno hombres que se llaman atarantos. Entre los mortales son los únicos que no tienen nombre; juntos se llaman atarantos, pero ninguno de ellos tienen nombre particular. Vomitan maldiciones contra el sol cuando se halla en lo más alto de su carrera, y cuando devora con su fuego á los hombres y al pais, le prodigan toda clase de injurias. Más léjos, á otros diez dias de camino, hay otra colina y agua y hombres que moran en rededor. Con este punto confina el monte denominado Atlas; es estrecho y redondo en todas sus partes, y dicen que es tan elevado, que no se pueden dis-

Aun cuando no indique Herodoto en este pasaje ni en otro alguno que los viajes se hicieran por caravanas, es evidente que cinco jóvenes pertenecientes á las primeras familias, yendo con grandes provisiones de víveres y de agua no podian viajar en semejante pais de otra manera. Tambien Mungo-Park nos ha enseñado que los negros practican la magia, tienen fé en los amuletos y son hospitalarios; lo cual nos induce á creer que llegaron al pais de ellos los cinco nasamones. Lo más digno de atencion en este viaje es el curso del rio de Occidente á Oriente. Mientras no se conoció en Africa ningun rio que corriera en esta direccion, se pudo creer que se equivocaba Herodoto, pero en lo sucesivo se ha descubierto el Joliba, gran rio, ó Níger (4) que desagua en la bahia de Benin y á cuyas orillas están situadas las principales ciudades del Africa anterior.

En el interior el hombre está sujeto á la influencia de un clima desolador que aniquila la actividad intelectual y libre, de modo que la historia parece allí más unida á la tierra y más dependiente de las circunstancias físicas. Esa escasez de individual desarrollo hace que la esclavitud oprima perpétuamente á pueblos incapaces de defender su propia libertad. Dos razas principales pueblan el Africa, los negros y los berberiscos: aquellos proveyeron siempre los mercados de esclavos, y los otros conservaron sus costumbres nómadas, sin dominar la naturaleza y sufriendo las vicisitudes del tiempo, de los pueblos y del comercio, pero sin esperimentar cambios. Son frugales sin industria ni amor á la patria, cambiando de familia y amigos como de lugares.

Salustio, que pudo consultar autores antiguos acerca de los tiempos anteriores á las colonias fenicias, distinguia en el Africa septentrional tres razas. A orillas del Mediterráneo los libios oriundos de los camitas; junto á ellos y á la mitad occidental de esa region los gétulos, rama particular de los berberiscos ó bereberes, y más allá del Sahara los negros ó etiopes, nombre que después se estendió á los cuscitas del alto Egipto. Una gran invasion de persas, medos y asirios llegó allí por mar acaudillada por Hércules, lo que significa que era jafética, y con ella se formaron nuevos pueblos en el litoral, los mauros, los númidas, los libios y los maxios, quedando solamente la parte oriental á los primitivos camitas.

Otros cananeos arrojados de la Palestina se instalaron en la Zeugitana ó Africa propiamente dicha, dando orígen á los libio-fenicios.

Cartago.—Seria del mayor interés poseer noticias estensas y minuciosas sobre el único Estado independiente que se ha elevado en la costa de Africa; sobre esa Cartago, primera república conquistadora al par que mercantil, de que hace mencion la historia, y que por espacio de muchos siglos resolvió el problema difícil de hacerse rica conservando la libertad; pero la tradicion nos deja completamente á oscuras. Ciertamente tuvieron los cartagineses historiadores nacionales (5); pero sus obras han perecido. De ellos no hacen mencion, sino en lo que concernia á su pais, griegos y romanos. Hasta el mismo Herodoto, cuyo plan debia conducirle incidentalmente á hablar de Cartago, no nos ha trasmitido de ella sino algunas indicaciones, y su valor aumenta el sentimiento de que sean tan escasas. Aristóteles dijo sobre ella algunas palabras en su *Política* (6); pero con aquel juicio lleno de sutileza que hace deplorar la pérdida de sus libros sobre las constituciones. Aun cuando Justino consultó á Teopompo y á Timeo, no alegó más que noticias en su mayor parte incongruentes y además escasísimas, especialmente en lo relativo á los más prósperos tiempos de aquella república. Diodoro de Sicilia nos informa de sus guerras contra Siracusa, si bien es pobre de noticias y á mayor abundamiento inexacto. Polibio apunta preciosos pormenores sobre su constitucion y documentos auténticos ignorados de todos los demás escritores. Tito Livio y aun más Apiano, además de copiar exactamente á Polibio, no saben otra cosa que las guerras, y las cuentan con las preocupaciones del poder victorioso que aspira á borrar todo recuerdo de su rival (7).

---

tinguir sus cumbres, porque las envuelven las nubes así en invierno como en verano, y los habitantes pretenden que es la columna del cielo. Estos hombres han tomado su nombre y así se llaman atlantes. Dícese que ningun animal les sirve de sustento y que no tienen sueños nunca. Puedo mencionar los nombres de los que habitan esta zona hasta el el monte Atlas, pero no más léjos. Prolóngase, pues, la zona hasta las columnas de Hércules, y á más distancia todavia se hallan minas de sal durante diez dias de camino. Las casas de todas estas poblaciones están construidas con pedruscos salinosos, y jamás llueve en estas comarcas de la Libia; pues si lloviera siendo los muros de sal, no podrian resistirlo; la sal que se estrae de allí es de color blanco y purpurino. En toda la susodicha zona hácia el Mediodia y en la Libia Mediterránea la comarca está desierta, privada de agua y de lluvia: no se encuentran fieras, ni bosques, ni humedad alguna.» *Melpomene*, § 181.

(4) MUNGO PARK.—*Travels*, pág. 194. V. RICHARD Y LLANDER.

(5) *Qui mortales initio Africam habuerint, uti ex libris punicis qui regis Hiempsalis dicebantur, interpretatus nôbis est... dicam.* SALUSTIO, *De bello Jug.*, cap. 17.

Ciceron *(De orat.* I, 58*)* dice que los romanos hicieron presente á los reyes númidas de todas las bibliotecas encontradas en Cartago, esceptuando solamente los libros de Magon.

(6) Véase ARISTÓTELES, *De politica Carthaginiensium*, edicion de Kluge, con un comentario; el capítulo de TEODORO METOCDHITA sobre el mismo asunto; (περὶ Καρχηδόνος καὶ αὐτῆς πολιτείας); y una disertacion sobre la vida de HANNON y sobre los grandes hombres de Cartago, Breslau, 1821.

(7) Deben ser consultados entre los modernos:

HENDRICH.—*De republica Carthaginiensium.* Compilacion poco importante con hipótesis aventuradas.

DAMPMARTIN.—*Historia de las rivalidades de Cartago*

Las conquistas que las armas y la civilizacion de los franceses hacen en este momento en aquel territorio, inducen á concebir la esperanza de que nuestros conocimientos se aumentarán en este punto (8); y podremos formar algun dia una idea más clara de la constitucion y de la historia de Cartago.

Primera época, 869?—Sus principios como los de casi todas las ciudades antiguas, se pierden en una nube de fábulas (9). Al referir la tradicion vulgar que Dido ó Elisa huyó de Sidon para librarse de Pigmalion su cuñado, fratricida, se aparta sin duda de la verdad histórica; pero indica, no obstante, que las discordias civiles obligaron á parte de los ciudadanos á emigrar al Norte de Africa desde la Fenicia. Viuda esta de Sicarbal, compró en Zeugitana un terreno donde se habia levantado siglos antes la ciudad de Kambe, fundada por los sidonios. Ya se habian establecido otras colonias en aquellas playas, atraidas por la fertilidad del suelo y la facilidad de comunicaciones con la España meridional, que era entonces para los fenicios lo que Méjico y el Perú fueron más tarde para los españoles.

Fundacion de Cartago.—La colonia personificada en Dido se establecia en sitio tan favorable, que para hacerla poderosa bastaba querer que lo fuese. Fué la primera construccion la del fuerte de Birsa (10), llamado actualmente fuerte de Mastinax por los cristianos, y Almenara por los naturales: en lo sucesivo formó la parte alta de la ciudad, cuando estendiéndose la ciudad baja tomó el nombre de Megara. Se hallaba situada á 100 millas de Sicilia en un espacioso golfo formado por lo saliente de los cabos Bueno y Zibib, sobre una península entre Túnez y Utica, ciudades que se descubrian desde lo alto de sus almenas. Tiene el istmo cuatro kilómetros de ancho, y sus murallas tenian veinte y cinco de circuito.

Su orígen hizo á Cartago independiente de la madre patria; no subsistieron entre ellas más vínculos que aquellos deberes piadosos prescritos de metrópoli á colonia por el derecho público de los griegos y de los fenicios. Así los tirios negaron á Cambises el socorro de su escuadra para atacar á Cartago, que enviaba presentes y diputaciones al dios de Tiro, y los cartagineses acogieron á las familias que se desterraron de esta ciudad cuando fué sitiada por Alejandro.

Hallaron los fenicios en la ribera donde se establecieron pueblos nómadas, como por ejemplo los libios, los maxios, que se dejaban crecer los cabellos por el lado derecho y se los rapaban por el izquierdo; los zauecos, cuyas mujeres guiaban los carros de guerra: los gizantos, que se pintaban el cuerpo de minio y se alimentaban con carne de mono y con miel, muy abundante en aquellas playas. Consistió la habilidad de los recien llegados en mantenerse en cordial inteligencia con aquellas poblaciones y en servirse de ellas en interés propio; prosiguiendo así hasta que superiores á ellos en todo, llegaron á sujetarles, estableciendo allí colonias; éstas, por la mezcla de ambas naciones dieron orígen á la raza de los libio-fenicios, y les enseñaron á tener moradas fijas y á cultivar el terreno. Sin embargo, las Sirtes y la playa septentrional entre la grande y pequeña Sirte, que forma ahora el reino de Trípoli, no eran adecuadas para el cultivo. Habitábanlas los lotófagos (11) y los

---

y de Roma, y la *Historia* (en aleman) *de la república de Cartago* (Francfort, 1771), son tambien de poco valor; así como las consideraciones de lord MONTAGU, *Sobre la decadencia de las repúblicas antiguas*.

CAMPOMANES.—*Antigüedad marítima de la república de Cartago;* obra bastante interesante en dos tomos, de los cuales el primero trata del poder marítimo, el segundo del periplo de Hannon, comentado sobrado largamente, y sobre infinidad de conjeturas deducidas de la semejanza de los nombres.

BECKER.—*Vorarbeiten, etc.* Materiales para la Historia de la segunda guerra púnica.

KELLERMAN.—*Versuch einer Erklärung der punischen Stellen.* Berlin, 1812.

HAMAKER.—*Diatriba philologico-critica monumentorum aliquot punicorum interpretationem exhibens.* Leida, 1822. Esplica los monumentos traidos de Tunez al museo de Leida por Humbert.

HEEREN.—*Ideas, etc.*, obra que seguimos con preferencia á otra alguna.

BOETTIGER.—*Ges. der Carthages*, 1827.

MUNTER.—*Religion de los cartagineses*, 1816; obra aumentada en 1821.

HONORATO BRES.—*Malta antica illustrata coi monumenti e colla Storia.* Roma, 1816.

F. AGIAS DE SOLDANIS.—*Annone cartaginese ó Vera Spiegazione dell' atto quinto della commèdia di Plauto, il Pœnulus, etc.* Roma, 1767; insípido folleto.

(8) FALBE.—*Investigaciones sobre el sitio que ocupó Cartago.* Paris, 1837.

DUREAU DE LA MALLE.—*Investigaciones sobre la topografia de Cartago.* Idem.

Sir Grenville Temple dispuso que se hicieran durante seis meses escavaciones en rededor de Cartago; entre los monumentos que ha descubierto es digno de notarse el templo de Thamat ó Juno Celeste, en cuyas ruinas se encontraron setecientas monedas y diversos utensilios de barro y de vidrio; una casa de recreo á orillas del mar con las paredes pintadas y el pavimento de mosaico; una inscripcion púnica entera y fragmentos de otras muchas; restos de estátuas, lámparas, etc. Parece que estos descubrimientos y los de Falbe han confirmado las indicaciones de Dureau de La Malle sobre el antiguo asiento de esta ciudad. Se han observado especialmente dibujos que representan los amores de un centauro y de una centaura. Por aquellas cercanias se han recogido unas ciento treinta inscripciones, sepulcrales en su mayor parte; algunas son numídicas en caractéres africanos. Tambien se ha encontrado rastro de un gran acueducto que suministraba aguas para el riego de los jardines y de los campos, etc.

(9) *Kartha hadath*, ciudad nueva en lengua fenicia, Kariath Hadeshat Καρχηδών.

(10) Pretende Apiano que Cartago fué fundada cincuenta años antes de la toma de Troya; Patérculo sesenta y cinco años antes de Roma; Justino setenta y dos; Tito Livio noventa y tres.

(11) Comedores de loto, no el que crece todavia en

nasamones, pueblos pastores y nómadas que les servian de mediadores para el comercio interior; además formaban una barrera contra Cirene, con la que tuvo Cartago prolongadas querellas, hasta el momento en que determinaron sus límites los dos Estados.

Colonias.—Las demás colonias, fundadas directamente en aquella costa por los fenicios, eran más bien aliadas de Cartago, la que se hallaba al frente de la confederacion; después venia Utica. Pero esta alianza no abarcaba toda la costa; y enemistadas las poblaciones entre sí, resultaba una debilidad interior acrecida más aun con las vejaciones de que eran blanco, como acontece amenudo, por parte de los pueblos comerciales.

Ningun pueblo de la antigüedad entendió mejor el sistema de colonizacion que los cartagineses: segun ellos era el mejor modo de impedir que la poblacion fuese escesiva, de satisfacer á los ciudadanos pobres y de alimentar el comercio con la agricultura. El tributo que percibia Cartago constituia su tesoro público, y con ayuda de estos subsidios sostuvo tantas guerras é hizo tantas conquistas. No la impelia el mismo resorte que á los medos y á los persas, sino el deseo de proporcionarse nuevos establecimientos de comercio. Atenta á no adquirir más de lo que podia conservar, le parecieron bajo este punto de vista mucho más favorables las islas. Primeramente se mostraban á sus ojos en el Mediterráneo la Cerdeña y las Islas Baleares; fueron sometidas con otras no tan estensas, contándose tal vez la Córcega entre ellas. Invadieron después la Sicilia, precisamente en el momento en que se ostentaban vencedores los persas á las órdenes de Ciro, Cambises y Dario (550—480). Es de creer que tambien se apoderaron de Canarias y de la Madera. A ejemplo de los fenicios enviaban colonias á tierra firme, como á España y á la costa occidental de Africa, teniendo siempre cuidado de que permanecieran débiles, á fin de que no infundieran temor con su pujanza.

Cartago fué principalmente deudora de su dominacion en estos paises á Magon, á dos hijos suyos y á seis de sus nietos. Este fué quien creó su ejército, perfeccionó su táctica militar y asentó en Sicilia las bases de su poderio (509). Asdrúbal y Amílcar sus hijos, conquistaron la Cerdeña, donde después de haber sido once veces general, murió más tarde el primero, Amílcar se quitó la vida en Sicilia, por no sobrevivir á la derrota que le habia causado Gelon de Siracusa (véase pág. 38). Amílcar habia dado el sér á Himilcon, quien le sucedió en el mando del ejército de Sicilia, á Hannon y á Giscon. Asdrúbal habia dejado tres hijos, Aníbal, Asdrúbal y Safos, generales que pelearon victoriosamente contra los númidas y los mauritanos.

Fundaron los cartagineses en Cerdeña á Cagliari y Sulci, y como ésta era la más importante de sus provincias la consideraban al igual del Africa. Sacaban de allí granos abundantes, especialmente en los valles, donde estendieron la agricultura, si es que no fué llevada por ellos; y estraian de sus montañas piedras finas y metales.

Cuando los foceos, cansados del yugo de los persas, ocuparon la Córcega y construyeron á Aleria, hicieron sombra á Cartago, que los lanzó de aquel punto, de acuerdo con los etruscos, ménos deseosa de poseer aquella isla que de estorbar que estuviera en poder de negociantes tan activos.

Al revés, consagró todos sus afanes á hacerse señora de la Sicilia, como una posesion de la cual dependia su supremacia en el Mediterráneo, el avituallamiento de los ejércitos y el comercio de cereales, aceite y vino. No hay, pues, que asombrarse de que ostentara allí la obstinacion peculiar de los gobiernos aristocráticos: aunque enfrenadas sus colonias en esta isla con los celos naturales de las aristocracias mercantiles, no pudo nunca prevalecer absolutamente contra los griegos que defendian allí ciudades ricas, independientes y de su propia pertenencia. Sin embargo, no fundó allí establecimientos nuevos ni hizo más que ocupar los que en otros tiempos poseyeron los fenicios; de esto se alarmaron los griegos estremadamente, y con especialidad cuando Dario y Jerjes procuraban reclutar ejércitos contra sus enemigos. A pesar de todo, el dia en que éste último fué derrotado en Salamina (480), Amílcar, hijo de Magon, fué tambien vencido en Sicilia y muerto, costando mucho á los cartagineses defender sus primitivas posesiones. Procuraron adquirir otras nuevas bajo el reinado de Dionisio I, y con este fin tomaron parte en las disensiones suscitadas entre Egesta y Selinunte, adhiriéndose á la causa de la primera, lo cual les sirvió de pretesto para apoderarse de otras ciudades. Pero Dionisio y Agatocles, cuyo intento era no hacer más que un solo Estado de la Sicilia, estuvieron á punto de arrojarles de allí completamente: Agatocles osó llevar sus armas hasta bajo los muros de Cartago, donde inspiró el suficiente espanto para que sus moradores entregasen doscientos niños á su ídolo encendido (pág. 43). Pasado este peligro los cartagineses tuvieron siempre un pié en la isla del Sol, y su constancia, en contraste con la lijereza de los siracusanos, Estado el más turbulento de la Grecia, hubiera acabado por ponerles en posesion de toda la Sicilia, si hubieran tenido un caudillo de capacidad á su cabeza. Continuóse una guerra sangrienta de 410 á 264 con vária suerte, alterando de continuo la estension de las posesiones de los cartagineses, que al celebrarse la paz de 382 comprendia una tercera parte de la Sicilia y tenia por límite el rio Alico.

Egipto, sino el *rhamnus lothus* de Linneo, cuyo fruto comen aun hoy los africanos, y con el cual preparan un vino ó hidromiel que se conserva pocos dias. Teofrasto dice que Ofelas, rey de Cirene, al ir contra Cartago careciendo de toda clase de vituallas, alimentó varios dias á su ejército con el loto.

Mallorca, Menorca, Ibiza suministraban á Cartago vino, aceite, lanas finas y mulas. Gaules, Cercina, Melita (*Gozzo*, *Cherchinesso* y *Malta*) pertenecian anteriormente á los fenicios. Tenian los cartagineses, especialmente en la primera, sus principales tejedurias de lino, y les servian además todas de estaciones para el comercio y de puntos de recalada para sus naves.

Tuviéronles á distancia de la Galias los foceos de Marsilia; y sacaban de la Liguria escelentes marineros. No logrando establecerse en Italia, celebraron alianzas tanto con los etruscos como con los romanos (12), quienes sin embargo los miraban con ojeriza.

Desde muy temprano empezaron á fundar en España colonias, en las comarcas donde ya las tenian los fenicios, especialmente en Andalucia y en Gades. Mantuvieron relaciones con los diferentes pueblos del pais, se derramaron por todas partes como mercaderes, é hicieron de Cádiz su puerto de escala para navegar allende el estrecho. Ocupándose con especialidad en la esplotacion de las minas, ya abiertas por los fenicios, supieron sacar partido de ellas para sostener prolongadas guerras. Cuando posteriormente perdieron la Sicilia y la Cerdeña, aspiraron á indemnizarse conquistando toda la España.

Seria imposible comparar aquellas colonias á las posesiones de los ingleses y de los españoles, dilatándose en mayor número sobre estensas provincias; sino más bien á la cadena de establecimientos formados por Holanda y Portugal en las Indias Orientales. Allí no se enviaban más que gentes pobres, que llevaban la esperanza de enriquecerse por medio de un tiránico monopolio á estilo de los negociantes de Amsterdam y de los *nababes* británicos. Con este objeto las fundaban hasta en los paises más remotos, si bien siempre sobre el litoral, para depositar allí las mercancias y aprestar los cargamentos: estas escalas venian á ser en lo sucesivo causa accidental de más vastas conquistas. Enlazábales el culto del dios Melcarte á la ciudad madre, que procuraba esmeradamente mantenerlas en una sujeccion absoluta. Por eso á la par que las colonias fenicias y griegas se rebelaron contra la madre patria, ninguna de estas llegó á luchar con Cartago, y ménos todavia á sobreponerse á ella, ni aun siquiera Panormo (*Palermo*), la más famosa de todas.

Periplo de Hannon.—En la época más esplendorosa de la república fué enviado Hannon (13) para fundar una cadena de ciudades en la costa occidental de Africa, á lo largo del Atlántico, en los lugares donde se alzan actualmente Fez y Marruecos. Felizmente nos ha sido conservado el relato de su espedicion, depositado por él en el templo de Baal-Amnon en Cartago, donde hubo de ser

---

«Decidieron los cartagineses que navegase Hannon más allá de las columnas de Hércules, y fundara allí colonias libio-fenicias. Se hizo, pues, á la vela con una escuadra de sesenta bajeles de á cincuenta remos, llevando á bordo treinta mil individuos, hombres y mujeres, provisiones y todo lo necesario.

»Luego que estuvimos en alta mar, y que hubimos navegado dos dias fuera del estrecho, fundamos una ciudad llamada Tymiaterion *(Mamura)*; tenia cerca una gran llanura. Desde allí, continuando hácia el Occidente, arribamos al cabo de Libia, denominado Soroe, cubierto de espesos bosques, y allí levantamos un templo á Neptuno. Enseguida navegamos medio dia con rumbo á Oriente, hasta llegar á un estanque inmediato al mar, lleno de juncos, en los cuales se encontraban gran cantidad de animales salvajes y elefantes. Bordeamos este estanque durante un dia, y edificamos á orillas del mar, ciudades que se llamaron Carico-Teichos *(Aguz)*, Gitta *(Mogador)*, Acra *(Agader)*, Melita *(Uadi Messa)*, Arambia *(Arauas)*.

»Siguiendo nuestro camino, llegamos al gran rio Lixo *(Uadi Draah)* que procede de la Libia. Los nómadas lixitas hacian pacer sus rebaños en las orillas. Permanecimos allí algun tiempo, é hicimos alianza con ellos. En su parte superior habitan etiopes salvajes, en un pais montañoso y lleno de animales feroces, donde nace el Lixo. Eran habitadas las montañas por trogloditas de estraña catadura, quienes segun la opinion de los lixitas, corrian más que los caballos en la carrera.

»Tomamos intérpretes de entre los lixitas, y seguimos por espacio de dos dias una costa desierta que se estiende hácia el Mediodia. Dirigiéndonos después hácia Oriente, un dia de navegacion nos condujo á un golfo, alrededor de un islote de cinco estadios de circunferencia, donde establecimos colonos y á que llamamos Cerne *(Isla de Arguin)*.

»Calculando el camino que habíamos hecho hasta Cerne, encontramos que esta isla era la opuesta á Cartago con relacion á las Columnas, puesto que nuestra navegacion de Cartago á las Columnas habia durado tanto como de las Columnas á Cerne. Remontando un gran rio llamado Cretes, llegamos á un lago donde se encontraban tres islas más grandes que Cerne, cuyo fin hallamos navegando un dia.

»Allí se elevaban altas montañas habitadas por gentes salvajes, vestidos con pieles de animales, quienes habiéndonos atacado á pedradas nos precisaron á volver atrás. Entramos después en otro rio caudaloso, ancho, lleno de cocodrilos é hipopótamos. Desde allí volvimos á Cerne, y desde Cerne, vogando hácia el Mediodia, caminamos doce dias á lo largo de una costa habitada por etiopes, quienes parecian evitarnos, y huian cuando nos acercábamos. No comprendian su idioma los lixitas, nuestros intérpretes. Al duodécimo dia, nos encontramos cerca de altas montañas cubiertas de todas clases de árboles, que embalsaman el aire *(Cabo Verde)*. Habiendo navegado dos dias más, llegamos á un inmenso golfo *(Regolfo de Gambia)* rodeado de llanuras. Durante la noche se veian brillar por todas partes fuegos más ó ménos elevados. Hicimos allí aguada, y habiendo costeado cinco dias el golfo, llegamos á una gran bahia que nuestros intérpretes llamaron Cuerno de Poniente

---

(12) Pondremos más adelante los tratados originales con los romanos. Aristóteles en su *Política*, III, 9, dice:—«Cartagineses y etruscos hicieron muchos tratos acerca de sus alianzas y derechos recíprocos...»

(13) Probablemente hijo de Amílcar, muerto en Sicilia en 480; en su consecuencia calculamos que su viaje tuvo lugar hácia el año 450.

Hé aquí la descripcion que se da de él en los *Geógrafos griegos menores*, tomo I.

copiado inexactamente por algun griego. Vemos con que poder y vasta proporcion conducia Cartago sus empresas marítimas. Se dió á la vela con sesenta barcos llevando treinta mil colonos, entre hombres, mujeres y niños que repartió entre seis ciudades la más populosa de las cuales fué Cartago nueva (*Cartagena*) destinada á centro de las otras colonias. Se adelantó hasta la Senegambia donde procuró en vano apoderarse de algunos hombres, porque huian precipitadamente defendiéndose á pedradas. Volvió en fin con sus barcos adornados con ramas de laurel, y se erigió como un monumento á Neptuno en el cabo Blanco, un altar cubierto con bajo-relieves, representando en mosáicos figuras humanas, leones y delfines.

Establecia Himilcon hácia la misma época una série de colonias en la costa occidental de la Europa, y depositó tambien en el templo una relacion que ya no existe. Sacó partido de ella en su poema geográfico Rufo Festo Avieno. Arribó después de un viaje de cuatro meses á la Gran Bretaña, aunque las colonias que fundó no pasasen del cabo Sagrado (*San Vicente*) y el Anás (*el Guadiana*). Se han descubierto tambien señales de los cartagineses en el Jutlan meridional (14); se ha pretendido tambien haber encontrado un resto púnico en la selva de Boston: ¡pero cuántas casualidades pueden haberlo llevado allí!

Comercio por mar.—Seria demasiada exigencia querer que ellos hubiesen ya admitido lo que ciertas naciones rechazan aun en el dia, es decir, el libre cambio. Léjos de esto, su celo no descuidó nada para asegurar la conservacion del monopolio. Cartago era la cabeza y el corazon, las colonias no debian obrar sino por su interés, no enriquecerse ni abrir sus puertos á los barcos extranjeros, á los cuales cerraban *per fas et nefas* los pasos y mercados. Era tanto más codiciado el monopolio cuanto más ventajoso es ejercitarlo con bárbaros, que cambian sus géneros por bagatelas. Sino pudieron ser solos los cartagineses los que traficasen en el Mediterráneo occidental, hicieron todos sus esfuerzos para hacer frente á la competencia de sus rivales. Tenia en ellos la pirateria un enemigo vigilante. Se ocupaban poco del comercio de comision, teniendo el negociante sus barcos particulares, que él mismo conducia. Ejercíase la hospitalidad para encontrarla á su vez, y á semejanza de los griegos, cambiaban con sus huéspedes señales de reconocimiento.

Sacaban del interior del Africa los negros (muy estimados en Italia); piedras y oro, de Grecia; algodon de Malta; betun de Lípari; cera, miel y esclavos de Córcega; hierro de la isla de Elba, vendian á las islas Baleares vino y mujeres, y en cambio á veces de los servicios militares, y esportaban mulas y yeguas. Iban hasta la estremidad occidental de la Europa, á las islas Casitéridas (*Sorlingas*) á buscar estaño y ámbar: tal vez consiguiesen tambien el último en Samland, en la Prusia oriental: sus establecimientos y los de los marselleses que vinieron por tierra á estas playas, contribuyeron á civilizar á los habitantes de las dos costas de la Mancha.

Comercio terrestre.—No traficaban solo por mar, y si bien es cierto que su rivalidad hizo des-

---

(Es necesario que no se entienda por esta palabra promontorios, como les sucedió á Gosselin y Bougainville, sino brazos de rio. *Rio Geba, Rio Grande.)* Habia en esta bahia una grande isla, y en esta isla un lago salado que circundaba otro islote. Bajamos á tierra, y no vimos en todo el dia más que selvas; pero en la noche vimos brillar muchas luces, y oimos los sonidos de flautas, címbalos, timbales, y ahullidos espantosos. Nos espantamos, y nuestros adivinos nos aconsejaron que abandonásemos la isla. Habiéndonos, pues, marchado, vogamos á lo largo de una costa árida *(Costa de Bissagos)* llamada Timiamata, desde donde se lanzaban por todas partes en el mar torrentes de fuego; era tan abrasador su suelo, que no podian soportarlo los piés. Nos retiramos prontamente y nos mantuvimos á la capa cuatro dias; nos pareció la tierra toda la noche llena de fuegos. De enmedio de aquellos fuegos sobresalia uno más elevado que los demás, y que parecia ascender hasta los astros; pero de dia no se distinguia sino una alta montaña, llamada Carro de los Dioses *(Monte Sagros á la entrada de la Sierra Lauria).*

»Pasamos tres dias cerca de aquellos fuegos, después arribamos á una bahia llamada Cuerno del Mediodia (*Golfo de Sherboro).* En el centro de ésta habia tambien una isla que tambien contenia un lago, en medio del cual habia otro islote habitado por salvajes. Las mujeres, que eran en mayor número que los hombres, tenian el cuerpo velludo, y nuestros intérpretes las llamaban gorillas. No pudimos coger ningun hombre, porque huian por entre precipicios, y se defendian á pedradas; pero nos apoderamos de tres mujeres; rompian sus ligaduras, mordian y arañaban con furor; las matamos, y habiéndolas desollado, llevamos sus pieles á Cartago. No pudimos ir más léjos por falta de víveres.»

Se vé que este relato no es una relacion de viaje como nosotros los comprendemos, sino un monumento público de la espedicion, grabado en un templo principal: tiene en efecto por inscripcion: «Periplo de Hannon, quien lo espuso en el templo de Cronos.» Era costumbre entre los cartagineses colocar en los templos semejantes recuerdos de sus empresas. Estaria en lengua púnica; pero un griego desconocido, tal vez un mercader y de seguro un ignorante, lo tradujo á su lengua: alterado en parte por el tiempo, es de admirar que se haya conservado.

Ha sido objeto de las investigaciones de gran número de críticos, unos le hacen remontar á la guerra de Troya, otros le colocan en la época de Alejandro Magno; hay otros que quieren, y tal vez con más razon, que sea del tiempo de Herodoto. Existe tambien discusion acerca de saber hasta donde se llevó la navegacion, lo cual ha dejado incierto el traductor griego, mencionando alternativamente y pasando en silencio el número de jornadas, que jamás se habria omitido en el texto. Pueden verse resumidas las diferentes opiniones en MALTE BRUN.—*Historia de la geografia*, libro IV, páginas 85 y siguientes. Paris, 1836; y en HEEREN, *Ideas sobre la política y comercio cartagineses.* Parece que aquel pais de fuego no era otro que la Senegambia, de la cual ha demostrado Rennel que su naturaleza está perfectamente acorde con los fenómenos notados por Hannon.

(14) MUELLER, disertacion *Sobre los cuernos de oro de Tondern.* Copenhague, 1805.

aparecer las huellas de su comercio por tierra, podemos al ménos adivinar cual era la direccion. Nos dice Herodoto que acudian al interior del Africa en busca de esclavos, dátiles, sal que se encuentra allí por bancos y capas, tal vez depositada por un mar que yo no existe. Los dátiles crecen donde no hay trigo, en los confines del gran desierto entre los 29 y 26° lat. Norte. Recolectándose estos frutos en octubre sustituyen al pan, proporcionan tambien una bebida fermentada que se conserva fácilmente y se trasporta hasta la Nigricia y allende el Níger; sobre todo, los habitantes del desierto van á buscarlos al Biledulgerid, donde se los cambian con el producto de sus rebaños. Iban á Nigricia en busca del oro, el cual abundaba tanto allí en pepitas y en polvo, qúe lo estraian sin necesidad de los útiles usuales. El modo con que los cartagineses adquirian el oro no está aun en desuso. Depositaban sus mercaderias á orillas de un rio, donde llevaban los bárbaros la cantidad de oro que creian bastar para el cambio; volvian los mercaderes al mismo paraje, y si no encontraban suficiente, volvian á tomar sus géneros; entonces añadian los naturales á lo que habian dado hasta conformarse ambas partes.

No podia el comercio á tan gran distancia y á través de tantos peligros hacerse por traficantes aislados; era necesario reunirse en caravanas, cuyas estaciones se convirtieron en centros de operaciones muy importantes. Pudo conocer Herodoto en Egipto gentes de todos los paises de Africa y recoger detalladas noticias sobre la patria de cada uno. Seria imposible dudar, leyéndole, que recorrieran entonces los mismo caminos que en el dia para comunicarse el alto Egipto y Fezzan, Cartago y los paises situados allende el Níger (15). Estaba además atravesada toda la parte septentrional del Africa, por caminos en todas direcciones, cuya existencia se ha reconocido por los viajeros modernos. El principal emporio del comercio africano era el templo de Amnon, enriquecido con inmensos donativos ofrecidos por la gratitud de aquellos que volvian del interior del Africa después de haberse escapado de tantos peligros.

Hizo tres veces el viaje del desierto el cartaginés Magon, sin más provision que harina tostada (16).

Para mantener la ciudad tenian tambien los cartagineses colonias agrícolas en Zeugitana y Bizacena, llanura formada por los aluviones del Bagradas, donde prosperaban los cereales europeos á la par de los africanos. Habian establecido allí las tribus indígenas, y para evitar que se sublevasen les prohibian ceñirse de murallas, lo cual sin embargo dejaba á Cartago espuesta á las correrias enemigas. Habia además en las costas factorias fortificadas, como en los confines de Numidia y Mauritania, que en provecho de los cartagineses traficaban con los indígenas, asegurando la via de tierra, hasta las columnas de Hércules y una defensa á las naves en el peligroso viaje á España. Pero aquellas colonias no estaban acordes más que en odiar á la metrópoli. Además erraban por el Oriente tribus indómitas: por Occidente y desde corta distancia amenazaban á Cartago los reinos de Numidia y Mauritania; y en la misma costa hacia el Sud Túnez, Aspis, Adrumeto, Ruspina la pequeña Leptis y Tapso eran émulas de Cartago, á más de Utica que fué siempre independiente.

Fuerzas militares.— Era importante, para conservar las comunicaciones libres y las colonias en la dependencia, sostener grandes flotas, que impidiesen el desembarco de los rivales, así como tambien el de los enemigos; tal fué el sistema de los cartagineses. Aumentáronse cada vez más sus fuerzas en sus sucesivas luchas con los etruscos, griegos y marselleses y después con los romanos, y es de admirar la prontitud con que reparaban sus pérdidas. Su principal puerto era Cartago; no emplearon primero más que triremes, y después de haberlos agrandado en tiempo de Alejandro, llegaron en la época de la guerra púnica á construir barcos de cinco y siete órdenes de remos, que llevaban en su popa las efigies de sus dioses marinos, Poseidon, Triton y los Cabiros. Una galera de cinco órdenes de remos llevaba á su bordo ciento veinte soldados y trescientos marinos; por eso eran tan rápidas sus evoluciones: los esclavos remaban. Dependian los almirantes de los generales de las tropas de tierra en las espediciones que se hacian de concierto, sino procedian del senado. Eran las victorias una ocasion de regocijos públicos, así como las derrotas lo eran del general luto.

Armaron contra Siracusa de ciento cincuenta á doscientos barcos: muchos más contra Roma; y en la batalla que abrió el Africa á Régulo, trescientas cincuenta galeras, equipadas por ciento cincuenta mil hombres, pelearon contra cuarenta mil romanos que tenian trescientas galeras. Proporcionaron á Jerjes hasta dos mil grandes barcos, y tres mil de trasporte (17).

Prestaron ménos atencion á la organizacion de sus fuerzas de tierra, compuestas en su mayor parte de mercenarios reclutados entre todas las naciones: veíanse á la vez galos desnudos, iberos vestidos de blanco, ligurios, montañeses al lado de nasamones y lotófagos, á los cuales se unian los ginetes númidas y honderos baleares. Sabian los cartagineses lo que costaba un soldado griego, uno africano, galo ó campanio; por eso colocaban en la balanza los gastos de un ejército con el fruto probable de una conquista. Al fin de la campaña rescataban á los prisioneros, y se pagaban los gastos con lo que producia el pais cuya posesion se habia adquirido. Eran difíciles la desercion ó traicion en aquellas filas, compuestas de hombres de todos

(15) Herodoto, IV, 181-185.
(16) Ateneo.
(17) Diodoro, XI, 20.

paises, en atencion á que peleaban fuera de su patria y contra pueblos más pobres; eran además un obstáculo la diferencia de idioma y religion, para que pudiesen concertarse entre sí, aunque algo en detrimento de la disciplina. Eran penosos los trasportes por mar, y las epidemias frecuentes. Como semejantes soldados no tenian el valor que tiene por base el patriotismo y el sentimiento de la dignidad individual, resistian mal á tropas nacionales y disciplinadas.

Era la caballeria una arma dispendiosa, compuesta de nobles cartagineses que se adornaban con un anillo en cada espedicion en que tomaban parte. Habia una legion sagrada de ciudadanos, vestidos con ricos uniformes militares.

Ingresos.—Era, pues, entre los cartagineses el dinero el principal móvil de la guerra, esta fuerza de los Estados comerciales. Era la industria su principal fuente de riqueza, tanto para la fabricacion como para el comercio: debe añadirse á esto las aduanas, los peajes, los derechos de entradas en los puertos, los tributos de los pueblos vasallos y los de las colonias, tributos pagados comunmente en especie, y que se aumentaban segun la necesidad. Sacaban tambien gran producto de las minas que hacian esplotar por esclavos, obligando tambien á los indígenas á trabajar en ellas. En circunstancias urgentes, hacian espediciones en corso á título de represalias.

Religion.—Compúsose la religion de los cartagineses de elementos libios, mezclados con creencias fenicias; tienen nombres casi idénticos con los de los tirios sus dioses Elim, Alomin, Baalat, Melcarte y Dan. Tributaban principalmente culto al sol, como poder generador, bajo el nombre de Baal-Moloc, y era tan profunda la veneracion que le tenian, que temiendo pronunciar su nombre le designaban bajo los nombres del Anciano, el Eterno. Tanto el ídolo de Baal como el Moloc de Tiro, eran de metal, con los brazos estendidos y con una cavidad en el pecho, donde se arrojaban niños en un horno ardiendo. Estaba asociado al dios varon, la diosa Astarte, la cual tenia numerosos templos, y su culto impregnado de voluptuosidad, sobrevivió al establecimiento del cristianismo. Después seguia Melcarte, rey de la ciudad, en cuyo honor, así como en todas las colonias fenicias, se encendian grandes fuegos, y se le enviaban ofrendas á Tiro. Tributaban tambien culto á los Cabiros, de los cuales el octavo, Peon, médico divino, era venerado en toda el Africa por sus curas milagrosas; reconstruyóse su templo aun bajo el poder de los romanos, y los médicos y sabios se reunian allí para discutir é instruirse. Eran los Cabiros, como los dioscuros, protectores de los navegantes, y Cartago ostentaba por blason el caballo consagrado al dios de los mares.

Fué tambien honrada Elisa ó Dido como diosa por los cartagineses, cuyas asambleas se verificaban en su presencia; reverenciaban tambien á los hermanos Filenos, cuyos altares marcaban el límite entre Cartago y Cirene. Creian que las almas de los buenos subian hácia la luz eterna, y llamaban á la muerte el último puesto del comun descanso. Algo adoptaron de la religion de los vencidos; y así es probable que aprendieran de los africanos á adorar á los vientos, al fuego, al aire y á la tierra; provino para ellos el culto de Céres y de Proserpina de la Sicilia; el de Yolao, nieto de Hércules, de la Cerdeña. Entre ellos no formaban los sacerdotes una casta aparte: escogidos entre los principales ciudadanos se les honraba mucho, teniendo encargo de implorar en todos los actos solemnes la bendicion de los dioses por medio de ceremonias religiosas.

Pero la religion adquirió entre ellos el sello de su carácter avaro y melancólico hasta la crueldad. A la vista de la divinidad se prostituian las doncellas, y el dinero que recibian se conservaba para su dote (18). ¿De qué les servia tener un magistrado para velar por las costumbres? Hércules ó Melcarte les inspiró grandes empresas: pero el esplendor que esparcia estaba mancillado por sacrificios humanos, que se renovaban en épocas fijas: y en las circunstancias más difíciles se le inmolaban aquéllos á quienes más se queria. Cuando fueron vencidos por Agatocles, pensaron que era castigo de Melcarte, porque hacia algun tiempo que se habian mostrado poco generosos en las ofrendas que le habian enviado á Tiro. Remitiéronlas, pues, profusamente, despojando á los templos hasta de sus tabernáculos de oro. Temerosos después de que el dios estuviera irritado todavia á causa de que le inmolaban en vez de niños bien nacidos, infelices criaturas compradas, le sacrificaron doscientos de las principales familias, y además trescientos hombres, que perseguidos por diferentes delitos, se ofrecieron á morir espontáneamente (19). Durante el asedio de Agrigento, cuando la peste hacia más estragos, fueron arrojados al mar gran número de hombres para aplacar la cólera de Neptuno (20). Hallábase Aníbal en Italia cuando se le anunció que estaba señalado su hijo para el sacrificio anual, y esclamó de este modo: *preparo á los dioses sacrificios que les seran más agradables.* En vano impusieron Dario y Gelon por condicion á los cartagineses que cesaran de ensangrentar sus altares, pues la supersticion prevaleció, sobreviviendo á la pérdida de la gloria y de la independencia: resistió á los decretos imperiales, y este abominable uso subsistia aun en el siglo III después de Jesucristo, si bien á la sombra del secreto (21).

Donde quiera que estendieron los cartagineses sus armas y su comercio llevaron este detestable rito. En toda su religion dominaban imágenes som-

(18) SELDEN, *De Diis syriis*, II, cap. 7.
(19) DIODORO, XX, 3; LACTANCIO, *De falsa religion*, I, 21.
(20) DIODORO, XIII, 87.
(21) TERTULIANO, *Apologia*, cap. 9.

brias y feroces, así como abstinencias voluntarias, torturas, reuniones nocturnas en las tinieblas, supersticiones atroces y disolutas que degradaban las almas. ¿Debe por ventura estrañarse encontrar á los cartagineses tan duros, serviles, egoistas, codiciosos, inexorables, sin fé ni compasion, cuando su culto, una aristocracia mercantil y el amor al dinero, su móvil supremo, cerraban su corazon á toda emocion generosa?

Constitucion.—Insistiendo, pues, en juzgar de la bondad de un gobierno segun favorece más á la moralidad pública y privada, no podriamos unirnos de ningun modo á los que elogian el de Cartago, y ménos aun á Aristóteles que proclama la constitucion de los cartagineses y la de los espartanos como las mejores entre las de los pueblos antiguos. Disgustado este gran filósofo de las continuas agitaciones de Atenas, no hallaba mérito más que en la inmovilidad, error de que participan otros muchos, para quienes bondad y estabilidad son una misma cosa.

Era Cartago el centro de la vitalidad y de la accion; todo lo que se hacia en las provincias ó colonias debia dirigirse únicamente á su provecho: eran sus ciudadanos el cuerpo dominante. Emigrados los fenicios trasportaron probablemente al Africa los usos de su pais natal al mismo tiempo que los de una monarquia templada; pero después consiguió la victoria la aristocracia, aunque á pesar de esto, las tentativas en contra duraron hasta la guerra con los romanos. Era sin duda una nobleza hereditaria, descendiente de los principales personajes bajo cuya direccion se estableció la colonia primitiva; pero hay quien sostiene que la nobleza se concedia únicamente á los ricos, y que si las familias de Hannon, Magon y Barca fueron por tanto tiempo ilustres y las dominantes, lo debian á sus riquezas.

Presidian en el senado púnico dos sufetos, jefes del gobierno de Cartago; no eran elegidos como en Esparta en solo dos familias, sino entre todos los ciudadanos; no mandaban los ejércitos, pero ejercian funciones judiciales, á diferencia tambien de los reyes espartanos En el caso de disentimiento entre ellos y el sanhedrin aristocrático, se consultaba al pueblo, sin que por eso tuviese el derecho de votar el impuesto ni elegir magistrados más que los de órden inferior. Parece que en el espacio de cuatrocientos años nadie aspiró á la tirania: llegó después una éppca en que todos procuraron apoderarse de ella, tales como Hannon (340) y Bomílcar (309); pero no lo consiguieron.

Instituyéronse los centumviros con objeto de oponerse á los abusos de poder de los jefes del ejército; no era una popular magistradura, pues solo los grandes eran llamados á ella, y no era la suerte como con respecto á los éforos de Esparta la que decidia la eleccion, sino el mérito ó la riqueza; y mejor dicho, la riqueza, porque siendo los cargos honoríficos y no lucrativos, sino por el contrario muy costosos, solo los ricos podian aspirar á ellos (22). Al mismo tiempo que todos los miembros de la aristocracia componian el gran consejo legislativo (σύγκλητος), formaban el supremo los ciento (γερουσία), consejo ejecutivo, tribunal superior de Estado y policia, que fácilmente podia degenerar en tirania, y que al fin se abrogó la direccion de todos los asuntos. Dividíase el mismo senado en comisiones de quinqueviros (πενταρχία), quienes se ocupaban de objetos especiales y elegian á los miembros de la *gerusia*.

Compuesto el Sanhedrin del grande y del pequeño ó supremo consejo, deliberaba sobre los asuntos esteriores, las embajadas, la paz y la guerra, las rentas, y algunas veces era necesaria para su decision la sancion del pueblo.

No hubo jamás en Cartago tribunales populares, ni el sinnúmero de males que produjeron en Grecia; pero dictaban comunmente los jueces penas atroces contra los reos, condenándolos á ser mutilados, apedreados, desollados vivos, crucificados, aplastados entre piedras, pisoteados ó devorados por fieras.

Tomó fuerza la democracia durante las guerras púnicas, y llegó hasta la violencia; pretendieron los débiles no solo participar del poder, sino tiranizar á los fuertes. Multiplicándose las facciones nacidas en el Senado, por consecuencia de las rivalidades entre las dos familias más dominantes entonces, se aumentaron tambien las ocasiones de tener que recurrir al pueblo. Sobrevino después Aníbal, que derrocó la antigua constitucion haciendo decretar que serian anuales las magistraturas; aumentáronse los abusos con esta medida, y esta fué una de las causas de la ruina de Cartago (23).

Otra de las causas que contribuyeron á su pérdida fué la escesiva influencia y el predominio de ciertas familias, entre las cuales se elegia con preferencia á los generales y principales magistrados. Sirva de ejemplo la de Magon, que por espacio de cuatro generaciones dió caudillos á la república. No tenian los generales autoridad civil, y después de la guerra volvian á ser simples ciudadanos. Se les confirieron poderes ilimitados en ciertas espe-

---

(22) ARISTOTELES, *Polit.*, V: Ὅπου οὖν ἡ πολιτεία βλέπει εἴς τε πλοῦτον καὶ ἀρετήν, καὶ δῆμον, οἷον ἐν Καρχηδόνι αὐτὴ ἀριστοκρατικὴ ἐστι;—y en el II: Οὐ μόνον ἀριστίνδην ἀλλὰ καὶ πλουτίνδην οἴονται δεῖν αἱρεῖν τοὺς ἄρχοντας. La palabra ἀριστίνδην no indica el nacimiento, sino las cualidades personales.

(23) ¿Quién elegia los sufetos? ¿Eran realmente dos nombrados á la vez? ¿Tenian el carácter de vitalicios? ¿Era absolutamente hereditaria la aristocracia? ¿Era el Senado un cuerpo permanente, ó se renovaba periódicamente? ¿Podian ser admitidos á él todos los ciudadanos? ¿Cuál era el número de sus miembros? ¿Quién los nombraba? Tales son las preguntas que podrian dirigirnos los que no quieren ver eludir la precision crítica con fórmulas generales; pero nadie podria dar respuestas satisfactorias á causa de las pocas noticias que tenemos del régimen de aquella nacion.

diciones: en otras se colocaba á su lado algunos miembros de la gerusia, á quienes tenian que consultar, como sucedió con los comisionados de Venecia y de la Convencion francesa. Pero Cartago mostraba una justicia demasiado rigurosa respecto de sus generales, y por lo comun la cruz esperaba al vencido; perdia de esta manera un hombre útil y hacia que los jefes de sus ejércitos titubeasen en sus empresas. Era un sistema enteramente contrario al de Roma, donde el pueblo y el Senado salieron á recibir al cónsul vencido en Cannas para darle gracias de no haber desesperado de la salvacion de la patria y convertirle en un héroe deseoso de tomar el desquite.

Costumbres.—Muy comercial Cartago, era tambien agrícola, y sus alrededores muy fértiles estaban completamente cultivados. Viólos Polibio «cubiertos de jardines y árboles, de canales para el riego, de casas de campo á la sombra de los olivos y las viñas con praderas siempre verdes y risueñas.» Ocupábanse tanto los principales ciudadanos como los más elevados magistrados en la agricultura, y varios de ellos escribieron sobre este asunto tratados que los romanos aprovecharon. Magon con particularidad, trató de todos los trabajos campestres, en una obra de veinte y ocho libros escritos en lengua púnica que desgraciadamente se han perdido, aunque el senado romano hubiese decretado su traduccion (24). Los hijos de las grandes familias eran educados en los templos desde la edad de tres años hasta doce; aprendian en el intermedio de doce á veinte lo concerniente á la industria y diferentes oficios; y después de los veinte años se les instruia en los ejercicios militares. Debian entonces elegir la carrera en que querian entrar, ya fuera el sacerdocio ó la marina, el comercio, la industria ó la guerra. Pronto fué la lengua griega la dominante en el pais y profesores griegos enseñaban la filosofia (25).

Tenemos por único monumento del idioma de los cartagineses algunos versos de Plauto, quien al fin del *Pœnulus* hace decir á un mercader de esta nacion en su idioma vulgar, palabras que otra persona traduce enseguida en latin. Pero aunque se han tomado gran trabajo los sabios, ninguno, segun

---

(24) Sus fragmentos fueron recogidos por Heeren; copiaremos aquí algunos de sus preceptos.

La obra principia con esta sentencia:

«El que quiera comprar una tierra, debe vender su casa para que su finca urbana no se lleve la preferencia sobre la campestre. El que sea más aficionado á tener casa en la ciudad, no debe tener una posesion rural.»

Recomienda la posicion al Norte como la más productiva para las viñas; pero dice que la calidad de las vides no es tan buena como en otra situacion. Plantadas las viñas, añade, es necesario cargar los lados de los hoyos con piedras, que no deben pasar de cinco libras, para que alejen de las raices el agua del invierno y los vapores del estio. Oprimidas las raices y mezcladas con estiércol, comunican fuerza á la simiente depositada en el hoyo, haciéndola arrojar nuevas raicillas; mientras que el abono en el invierno, húmedo y frio, da calor en tiempo útil, y en el verano humedad y alimento al tronco de la vid en flor. Si el majuelo se planta en tierra delgada ó lijera, es preciso poner en el hoyo tierra grasa.

Hay dos estaciones para podar las copas de las vides; pero la mejor es la primavera, antes que empiecen á salir los retoños, porque llenas de savia pueden cortarse del modo más fácil é igual sin oponer resistencia á la podadera.

Se debe colocar la semilla de modo que el hoyo no esté enteramente lleno al año siguiente; porque entonces la cepa echa sus raices por debajo.

Los bueyes de arar deben ser jóvenes, nuevos, robustos, de gruesos miembros, cuernos largos, negros y fuertes, frente ancha y elevada, orejas duras, ojos y labios negros, nariz grande y abierta, cuello largo y encorvado, papada larga y que llegue hasta la rodilla, pecho ancho y robusto, vientre espacioso, lomo recto, robustas ancas, espalda derecha y aplanada, cuartos traseros redondos, patas rectas y llenas, más bien cortas que largas, rodillas fuertes, cola larga y cubierta de pelo, rojiza ó parda y suave al tacto. Deben castrarse los terneros cuando son nuevos, y no con hierro, sino con una vara hendida, oprimiendo las partes y aplastándolas poco á poco, etc.

Para hacer el vino de la primera calidad se escogen racimos de uvas que estén maduras y asolanadas, quitando las secas y dañadas; luego se hace un entablado de piquetas ó de horquillas, en el cual se estiende esparto; después se ponen los racimos al sol, y por la noche se les cubre para evitar el rocio. Cuando se han hecho pasas se separan las uvas del escobajo, se echan en un tonel, se pisan y se echa encima el mejor mosto. Cuando han absorbido bien el jugo de éste, se ponen al sexto dia en una vasija, se esprimen, y se obtiene el vino más escelente. Se añade después otro mosto nuevo, y se pisan y esprimen otra vez las uvas. El segundo vino se pone enseguida en vasos embreados para que no se agrie. Veinte ó treinta dias después, cuando ha cesado de fermentar, se clarifica en otros vasos, cuyas tapaderas se alquitranan enseguida y se cubren de pieles.

Las granadas se sumerjen en agua de mar caliente, y envueltas en lino ó estopa de cáñamo, hasta que pierdan el color; después se secan al sol, se cuelgan en un sitio fresco, y un dia antes de usarlas se sumerjen en agua dulce pero fria; después se ponen en una olla nueva de barro en muchas capas una sobre otra mezcladas con serrin, hasta que se llene la olla; después se pone la tapa y se cierran todas las hendiduras con cola fuerte.

Los almendros deben plantarse en tierra blanda y espuesta al sol; aunque requieren tambien tierra dura y caliente, mientras que en la gruesa y húmeda mueren y no dan fruto. Son preferidos para plantarlos los que son falciformes, después de haber estado tres dias reblandeciéndose en estiercol. La punta se coloca hácia abajo, el lado mirando hácia el septentrion: se plantan en triángulo, distantes entre sí un palmo, y se riegan cada diez dias para que crezcan.

Los álamos se plantan un año antes en hoyos sin tierra para que los penetre el sol y la humedad; y si esto no se puede hacer, es preciso encender fuego en el terreno dos meses antes y no plantarlos sino después de la lluvia.

Los olivos se plantan á distancia de 75 piés, ó á lo ménos de 45, en colinas, en terreno seco y arcilloso, entre el otoño y el invierno, y en terreno graso y húmedo entre la cosecha y el invierno. Fácil es conocer que esto se prescribia para el Africa.

(25) FABRICIO.—*Bibl. Græca*, pág. 826.

creemos, ha encontrado una interpretacion que satisfaga, ni aun el mismo Bellermann (26).

Si se da crédito á Estrabon, setecientas mil personas fueron sitiadas en Cartago por Escipion, pero aun admitiendo que se hubieran refugiado allí muchos habitantes de las campiñas comarcanas, el número es seguramente exajerado, y la poblacion comun no debió pasar de doscientas cincuenta mil almas. Estaba repartida en tres principales cuarteles ó barrios: la ciudad nueva llamada Megara, llena de jardines, huertos, canales y rodeada de una muralla que en ciertos parajes era triple y que en su parte interior tenia treinta codos de elevacion con gran número de torres y apoyado en ella habia un edificio, cuyo piso bajo servia para alojar trescientos elefantes (27) y cuatro mil caballos, además de los forrajes y equipos militares. En la parte alta se levantaba el fuerte de Birsa. Era el tercero el puerto militar abierto á mano y capaz de 200 naves de guerra, en medio del cual habia la isla de Coton, de donde tomaba el nombre y se comunicaba con el puerto mercantil cuya boca se cerraba con cadenas.

Escepto algunas inscripciones, nada ha salido de aquellas ruinas que pueda darnos á conocer el estado de las artes púnicas. Se nos ha hablado con admiracion de algunos de sus edificios, de monumentos, de un escudo de plata con el retrato de Asdrúbal; pero las columnitas votivas que se les atribuyen, son de estilo griego. En Sicilia únicamente se acuñaban sus monedas. El museo de Leida conserva monumentos funerarios cartagineses con bustos notables por sus facciones africanas y cabello lanoso. Nada demuestra tampoco que el admirable acueducto de veinte y tres metros de altura, del cual Carlos Quinto mandó sacar un bosquejo y sirvió de modelo al Ticiano para un tapiz de la casa de Austria (28), sea obra de los cartagineses ó de los romanos. El agua que conduce, se recibe en diez y seis inmensas cisternas que se comunican entre sí, y que no tienen ménos de cuatrocientos treinta pies de ancho.

Tal era el Estado contra el cual tenia que lidiar Roma.

---

(26) En 1815 publicó Mai estos versos con variaciones en los *Fragmentos inéditos* descubiertos en la Biblioteca ambrosiana. Pero últimamente un sabio prusiano, comparando aquellas variaciones con el original que existe en Milan, afirmó que el autor habia hecho un trabajo de imaginacion, añadido y compuesto segun su gusto.

(27) Concede Polibio cincuenta elefantes á los cartagineses que sitiaron á Agrigento, ciento á los que combatieron en Rodas *(anj Rhades)* contra Régulo; ochenta á Aníbal en las llanuras de Zama. Segun Diodoro de Sicilia, Asdrúbal, fundador de Cartagena, tenia doscientos en España, y hubo ciento cincuenta en la batalla de Tapso, la última que se dió en Africa donde hubo elefantes. No los sacaban los cartagineses del interior del Africa, sino del pais contiguo al suyo, en la vertiente meridional del Atlas, donde no existen hace ya mucho tiempo. Así es como desaparecen actualmente del Africa meridional, donde habia un inmenso número en tiempo de las primeras colonias del Cabo; mas después han huido ó han sido destruidos por los colonos.

Puede verse en el *Indische Bibliotek* de Schlegel una memoria eruditísima *Zur Geschichte des Elephanten*, tom. I.

(28) Fischer d' Erlach.—*Arquitectura histórica*, libro II, plano II. Viena, 1721.

CAPÍTULO VII

PRIMERA GUERRA PÚNICA (1).

Al cuarto siglo de su fundacion se muestra Cartago formidable conquistadora, lo cual debe á la familia de Magon principalmente. Su primer objeto era apoderarse de la Sicilia, mas detúvola en sus proyectos Siracusa, que con no ménos ardor se proponia lo mismo. Desde el momento en que Gelon hubo derrotado á los cartagineses, que, para impedir á las colonias socorrer la Grecia invadida por Jerjes, habian penetrado en Sicilia, nada sabemos de ellos en el discurso de setenta años, sino que estendieron y consolidaron su dominacion en Africa. Nuevamente se empezaron á entremeter en los asuntos de Sicilia durante la tirania de Dionisio, y después, como ya hemos visto, bajo Agatocles. Aquellas guerras tenian indudablemente por causa la importancia de la isla, si bien propendian asimismo á ocupar á los ciudadanos más poderosos, temiendo que con su crédito y riquezas les fuese fácil hacer servir á sus intereses á las tropas mercenarias y sofocar la libertad en su patria. Es probable que á fuerza de persistencia, de habilidad y merced al inagotable poder del oro, hubieran llegado a avasallar la Sicilia á no ser por la rivalidad de los romanos.

Primer tratado entre Cartago y Roma.— Antiguamente habia encontrado Cartago en los mares á este pueblo, cuando, ya poderoso bajo sus reyes y á la cabeza de la liga latina, luchaba contra los etruscos. En el mismo año de la espulsion de los Tarquinos celebró Cartago un tratado con Roma (509), que es el documento más antiguo de la república romana. Allí se estipula que esta y sus aliados hacen alianza con Cartago, á condicion de no navegar allende el cabo Bueno, á ménos de ser impelidos por la tempestad ó por el enemigo; y aun en este caso se obligan á no traficar, salvo en los objetos estrictamente necesarios para el avituallamiento de los buques y el culto de los dioses, y á hacerse á la vela dentro del preciso término de cinco dias. No obstante, aquellos de sus mercaderes que arriben á Cartago, estarán libres de derechos y se harán bajo la fé pública las ventas; hasta obtendrán privilegios en la parte de Sicilia sometida á los cartagineses, quienes además no causarán perjuicio alguno á los pueblos de Ancio, de Ardea, de Laurento, de Circeyo, de Terracina, ni á ningun otro pueblo latino dependiente de ellos, ni daño á las ciudades independientes: si tomaren alguna se la restituirán intacta á los romanos; no construirán fortalezas en los paises de los latinos, y si entraren en ellos con armas, no harán allí noche.

Este precioso documento bastaria para demostrar cuán inexactas son las narraciones de los escritores que nos representan á Roma como débil mientras no tomó con la república su vuelo, cuando la vemos aquí potencia marítima, soberana de muchos pueblos latinos y protectora de los otros. Cartago se muestra por otra parte celosa de conservarse dueña del Mediterráneo, y este motivo la induce á fijar límites á la navegacion extranjera, dejando no obstante á los mercaderes la libertad del comercio con la Libia y la Cerdeña (2).

---

(1) Nuestra principal autoridad es Polibio, cuyo relato llega hasta el año 216, continuando sus fragmentos hasta el año 165. Tito Livio (XXI, XLV) y Apiano siguen su huella. Refiérense al mismo tiempo las vidas de Fabio Máximo, de Paulo Emilio, de Marcelo, de Caton, de Flaminio, escritas por Plutarco.

(2) Estos documentos de la más alta importancia fueron ignorados por los historiadores romanos, y nos han sido conservados por el griego Polibio.

El testo del primero es como sigue:

Segundo tratado con Roma, 348.—Por otro segundo tratado fueron asociadas las ciudades de Tiro y Utica y sus aliadas á los cartagineses. Convínose en que si estos se apoderaban de alguna ciudad latina independiente de Roma, se la cederian sin reservarse más que el oro y los prisioneros; si los cogian en un pueblo que estuviera en paz con los romanos, aunque no bajo su dependencia, no los harian entrar en los puertos romanos; de otro modo se les restituiria la libertad solo con que tocaran á un ciudadano. Estipulóse reciprocidad por parte de los romanos que consintieron en no erigir ciudades en Africa ni en Cerdeña; pero pudieron comprar y vender en los paises cartagineses en igual pié con los indígenas, y lo mismo los cartagineses en el territorio romano (3).

1.° No navegarán los romanos ni sus aliados allende el cabo Bello, á ménos de verse allí arrastrados por la violencia de la borrasca ó por sus enemigos. Si se ven obligados á ello, no hagan tráfico ni tomen nada, á escepcion de las cosas necesarias para avituallar los buques y para los sacrificios; no puedan permanecer allí más de cinco dias, (Segun las deducciones de HEYNE, (Op. II) este cabo Bello ó Bueno τῷ καλῷ ἀκρωτηρίῳ, no puede ser otro que el *promontorium Hærmeum*, al N. de Cartago: τὸ προκείμενον αὐτῆς τῆς Καρχηδόνος ὡς πρὸς τὰς ἄρκτους, dice Polibio. Se intimaba, pues, á los romanos no navegar á lo largo de la costa del territorio cartaginés hácia la pequeña Sirte, donde se encontraban tanto la ciudad como los cantones más fértiles de Cartago).

2.° No pagará derechos el que vaya á traficar al seno de Cartago, satisfaciendo solo el salario del heraldo y del escriba; toda venta que se hiciere en presencia de estos se considerará bajo la seguridad de la fé pública, ora se verifique el mercado en Africa, ora en Cerdeña. Si un romano llegare á la parte de Sicilia que obedece á los cartagineses, gozará en todo de derechos semejantes.

3.° No harán los cartagineses ninguna injuria á los de Ardea, de Ancio, de Laurento, de Circeyo, de Terracina ni á otro pueblo alguno de los latinos que se hallan bajo la dependencia de los romanos. Tratarán asimismo con miramientos á las plazas independientes de los romanos, y si llegaran á apoderarse de ellas, se las devolverán sin causarlas ningun daño. No levantarán fortaleza alguna en la campiña latina; si entraren armados en una plaza no pasarán dentro la noche.

(3) «Habrá paz entre los romanos, sus aliados y los cartagineses, los tirios, los habitantes de Utica y sus aliados, bajo las condiciones siguientes:

1.ª No navegarán los romano allende al cabo Bello, de Mastia y Tarseya (se alude probablemente á las dos ciudades de este nombre en España; de este modo el cabo Bello designaria el límite al E., y las ciudades el límite al O. fijado á la navegacion de los romanos).

2.ª Si los cartagineses tomasen en el Lacio alguna ciudad que no dependa de los romanos, les devolverán la ciudad, llevándose el botin y los prisioneros.

3.ª Si los cartagineses hicieran prisioneros en un pueblo ligado á los romanos por un tratado escrito sin estar sometido á ellos, no podrán ser conducidos á ningun puerto romano: si lo fueren y un romano les pone la mano encima quedan libres. Se sujetan los romanos á igual convenio.

4.ª Si el romano tomare agua y víveres en un pais sometido á Cartago, no se servirá de estas provisiones para dañar á ninguno de aquellos que tengan relaciones de amistad y paz con los cartagineses.

5.ª Si se causase injuria á un cartaginés ó á un romano, comparecerá ante el juez ó el magistrado, y de no administrarle justicia, se reputará como público el agravio, y se tomará venganza con las armas de la república que lo hubiere causado.

6.ª Ningun romano traficará ni erigirá ciudades en Africa ni en Cerdeña, ni abordará allí más que para recibir víveres ó para reparar su buque; si á aquel territorio le arrastrare una tormenta, deberá partir en el preciso término de cinco dias.

7.ª Operará y venderá el romano en la Sicilia sometida á los cartagineses lo mismo que en Cartago, como es lícito á un cartaginés hacerlo. Cartago disfrutará un derecho igual á Roma (POLIBIO, I).

Tercer tratado, 278.—Cuando Pirro invadió la Sicilia, hicieron Roma y Cartago un convenio por cuyo tenor se obligaron á no tratar separadamente con el rey de Epiro. Debia Cartago en *caso de necesidad* suministrar buques, mas no podia desembarcar en Italia sin el beneplácito de Roma. Juzgando los cartagineses que la espulsion de Pirro era un caso de necesidad, enviaron por socorro á Ostia treinta galeras; pero Roma les dió gracias y las despidió, por evitar que al conseguir la victoria se llevasen esclavos y despojos del suelo italiano.

Esforzábase, pues, cada una de las ciudades para impedir que la otra poseyera nada en las tierras de su dependencia y trataban bajo el pié de una igualdad absoluta. No obstante, la constitucion interior de ambas repúblicas establecia entre ellas una gran diferencia. Cartago poseia suficiente oro para comprar tantas tropas como quisiera; pero Roma tenia la natural preponderancia de una ciudad belicosa sobre una nacion comercial. Superábala por mar Cartago, pues seria un error deducir de lo que llevamos dicho que poseia Roma buques de alto bordo; y en nuestros dias hemos visto ser formidable la marina de los Estados berberiscos sin armar navios de línea. Roma misma en aquel tratado estipulaba quizás únicamente como cabeza de la confederacion latina, ó sea de los pueblos que tenian una marina, sin que ella propiamente la tuviese. Cuando por otra parte se fija la atencion en lo que eran, hace pocos siglos, Génova, Venecia, la Toscana y en lo que son actualmente, no hay motivo para asombrarse de que Roma hubiese perdido su importancia naval en tan poco tiempo; ocupada en sujetar la Italia dejó que se deteriorara su marina en vez de mantenerla al nivel de las mejoras que introducian en la suya Dionisio y los cartagineses. Así al estallar la primera guerra púnica se encontró desprovista de recursos bajo este aspecto.

Primera guerra púnica, 269.—Aquel estado de cosas debia ser alterado por los sucesos que se verificaban en Sicilia, segun lo habia vaticinado Pirro. Siempre agitada esta isla, ora por los escesos de la tirania, ora por los de la libertad, se hallaba á la sazon dividida entre los cartagineses, los sira-

cusanos y los mamertinos. Reducidos estos al último apuro por Hieron II, rey de Siracusa, resolvieron entregarle Mesina, última posesion que les habia quedado. Pero en el momento en que se adelantaba este rey para ocuparla, celoso Aníbal, general de los cartagineses, del creciente poder de Siracusa, le impuso respeto y envió tropas á Mesina. Colocados de este modo los mamertinos entre dos enemigos, tornaron como campanios que eran sus ojos á Italia y demandaron auxilio á Roma.

Opusiéronse los ciudadanos honrados á una intervencion injusta, así como á sostener en Mesina á los mamertinos, aquellos cuya perfidia semejante se habia castigado en Reggio; aprobábanla los hombres políticos mirándola como una ocasion de adquirir nuevas posesiones y de estorbar el engrandecimiento de Cartago; y si bien la negó el Senado, la decretó el pueblo siendo ya preponderante en la república la democracia (264). El cónsul Apio Claudio Cáudice embarcó las legiones, parte á bordo de los bajeles de la Magna Grecia, parte en barcos chatos, aun cuando los mamertinos, arrepentidos, rogasen que aquella intervencion no se llevase á cabo. La flota cartaginesa y una tempestad dispersaron este armamento. Intentando Hannon apelar á la lealtad romana, da libertad á los buques que habian sido apresados; pero querellándose los enviados de la violacion de los tratados con declarar que Cartago no consentiria que Roma se apoderara del estrecho, el cónsul Apio Claudio se obstina en la espedicion, engaña la vigilancia de los cartagineses, toma tierra y derrota á los siracusanos con tal presteza que el mismo Hieron confesaba no haber tenido siquiera tiempo de apercibirse de la maniobra. Comprendiendo este rey hasta qué punto le seria más ventajosa la amistad de un pueblo sin naves que la de los cartagineses, celebró con los romanos una alianza, cuyas condiciones observó fielmente. Estos violando el derecho público se apoderaron del puerto de Mesina, y bajo pretesto de tener una conferencia aprisionaron al general cartaginés, quien para obtener su libertad hizo que la guarnicion abandonase la plaza; traicion ó cobardía por la que Hannon fué castigado en el suplicio de la cruz al regresar á su patria.

Resplandeció entonces á los ojos de los romanos la posibilidad de espulsar de la isla á los cartagineses. Y en efecto en ménos de diez y ocho meses se habian hecho dueños de sesenta y siete plazas fuertes y de la ciudad de Agrigento, defendida por dos ejércitos de cincuenta mil hombres (263). Se puede formar idea del estado en que se encontraba Sicilia, recorrida en todas direcciones por tan enorme número de tropas. ¡Y qué clase de tropas! Solo en la ciudad de Agrigento, cuya conquista costó veinte mil hombres á los romanos, vendieron estos veinte y cinco mil hombres libres. No pudiendo lograr Hannon la restitucion de Mesina, ocupada contra todo derecho, hizo pasar á cuchillo á todos los italianos que servian bajo sus banderas. A fin de acallar Amílcar las murmuraciones de los galos que tenia á sueldo, les concede el saqueo de Antella: luego da secreto aviso de esto á los romanos, quienes emboscándose los degüellan cruelmente. Estos son los desafueros tan ensalzados por los antiguos como escelentes estratagemas de guerra (4).

Sin embargo comprendieron los romanos que ya era imposible conquistar y conservar la Sicilia y defender la costa y las ciudades contra la escuadra cartaginesa, sin contar para resistirles con una marina. Suministróles el modelo que debian imitar una galera cartaginesa que habia naufragado; la cima de los Apeninos, la madera necesaria; y su índole la perseverancia. Sesenta dias les bastaron para construir ciento treinta naves de madera verde; la tripulacion se ejercitó con prontitud en la maniobra; y para anular la superior habilidad de sus adversarios inventaron los *cuervos*, especie de puentes que asentados en el buque enemigo, lo dejaban sujeto con garfios y abrazaderas de hierro; lo cual reducia la lucha á combates cuerpo á cuerpo como en tierra firme. Así lo cuenta su maravillosa historia; pero es más probable que se los proporcionase Hieron, tan poderoso en el mar como celoso de conservar el monopolio en Sicilia. Sea como fuere, el cónsul Duilio Nepote alcanzó la primera victoria marítima cerca de Lípari (260), en cuya memoria se erigió una columna rostral. Además se decretó que el vencedor fuera precedido por fanales cuando se retirara de noche á su morada, y acompañado al son de clarines. Continuó la fortuna siendo favorable á los romanos, que se apoderaron en los años siguientes de Lípari y de Malta; después de Córcega y Cerdeña.

Cuando después de su derrota conducia Aníbal á Cartago los tristes restos de su escuadra, temeroso del castigo que reservaba su patria á los generales vencidos, hizo que le precediera un enviado con encargo de decir al Senado:—*El cónsul romano se halla al frente de una numerosa escuadra; pero son de malísima construccion sus naves, aunque armadas de máquinas no usadas hasta el dia. Aníbal os pregunta si debe presentar batalla.*

—*Pues que combata,* respondieron los sufetos, *y castigue á los romanos por haber osado atacarnos en nuestro elemento.—Movido por las mismas razones que vosotros,* repuso el enviado, *ya ha peleado y ha sido vencido.* A este artificio debió el desafortunado almirante eximirse de una condena.

---

(4) Hieron II de Siracusa puso por obra un estratagema de la misma clase. Inquietado por los extranjeros alistados bajo sus banderas, en el momento de atacar á los mamertinos le ocurrió separar á su ejército en dos divisiones, una compuesta de siracusanos y otra de mercenarios. Púsose á la cabeza de los primeros para acometer al enemigo, y dejó á los demás espuestos á los golpes de los mamertinos, quienes los derrotaron completamente.—DIODORO, XXII; POLIBIO, I.—Entre los antiguos es muy comun este desprecio á la vida del hombre.

Atilio Régulo.—Ya Agatocles habia demostrado cuan débil era Cartago contra el enemigo que la acometia en su territorio, donde las colonias oprimidas y las ciudades rivales acudian en socorro de sus adversarios. Pensó, pues, Roma, en hacer un desembarco en Africa; pero el cónsul Atilio Régulo hubo de recurrir á las amenazas para decidir á los soldados á emprender lo que llamaban una travesía demasiado larga (256). Por otra parte los numerosos italianos, obligados por Roma á remar á bordo de sus galeras, habian tramado de concierto con los esclavos una conjura, que abortó por la traicion solamente. Hízose en fin Régulo á la vela con la escuadra más numerosa que habia zarpado nunca de los puertos del Lacio; dispersó la de los cartagineses en Ecnomo, y habiendo desembarcado en Africa se hizo en breve dueño de doscientas ciudades. Al ver plantadas las águilas sobre las murallas de Trípoli, tan próximas á las suyas, pidió la paz Cartago y Régulo hubiera podido obtener entonces condiciones á que no suscribió Roma hasta después de trece años de guerra y de una pérdida de más de cien mil hombres; pero temiendo dejar á otros la gloria de una espedicion á que habia dado principio, respondió que no otorgaria la paz á Cartago mientras conservara en el mar un solo buque (255). Reducidos á la desesperacion por la arrogancia de semejante respuesta, indigna de un gran capitan, confiaron los cartagineses el mando de sus fuerzas al espartano Jantipo, acaso uno de los que huian de su patria por no ser testigos de su humillacion. Este nuevo caudillo conoció que la victoria no dependia del valor de los romanos ni de la cobardía de los cartagineses, sino de la falta de generales. Enseñó á su ejército á hacer mejor uso de los elefantes y de la caballeria; atrayendo enseguida á los romanos á campo raso, los venció cerca de Túnez, cayendo el cónsul prisionero.

A dar crédito al relato de algunos historiadores, entonces enviaron los cartagineses á Roma al mismo Régulo para invitar á sus conciudadanos á consentir en el cange de prisioneros, después de exigirle el juramento de volver, si no lo conseguia. Pero prefiriendo á su propia salvacion el interés público aconsejó al Senado continuar la guerra y dejar morir prisioneros á aquellos que no habian sabido conservar su libertad. Esclavo de su promesa volvió á Cartago; donde le aguardaban crueles tormentos. Compitiendo entonces Roma en barbarie con su rival entregó á la venganza de la mujer de Régulo los prisioneros cartagineses, á quienes hizo vivir en cruel agonia hasta que volvió la autoridad pública á encargarse de ellos (5).

(5) Perecieron los libros en que debia contar Tito Livio el heróico sacrificio de Régulo. Polibio no lo menciona; Dion Casio como una tradicion, y es para Silio Itálico un texto, que en estilo poético embellece ó amplifica. El libro XXIII de Diodoro de Sicilia, escritor minucioso y muy amenudo exacto, en el cual debia ser contado prolijamente este hecho, falta del todo, y dos fragmentos del mismo autor parecen desmentirlo. Narra en el primero la derrota de Régulo, atribuyéndola esencialmente á su arrogancia, que comprometió los intereses de su patria, cuando podia asegurarle las ventajas de una paz gloriosa. «No fué el menor infortunio, dice, el que cayó sobre el autor de tantos males, pues la gloria que habia adquirido primeramente, quedó empañada por el baldon que abrumó su frente. Su desgracia fué una leccion para otros, y los enseñó á no envanecerse con insolencia en la prosperidad.» Diodoro no templa con una sola palabra de conmiseracion la dureza de la censura. Cuenta además en otro fragmento el horrible trato que daba la mujer de Régulo á los prisioneros que le habian sido confiados.—«Inconsolable por la muerte de su esposo, escitó á sus hijos á enconarse cruelmente contra los prisioneros. Encerrados en un estrechísimo recinto, se vieron obligados á tener el cuerpo doblado como animales, y á estar cinco dias sin alimento. Pereció de pesar y de inanicion Bodostar. Amílcar, cuya alma era grande, se sostenia aun, y suplicaba á la matrona romana con lágrimas, recordándole el cuidado que habia tenido con su marido, sin poder despertar en su corazon ningun sentimiento de humanidad. Esta cruel mujer dejó durante cinco dias el cadáver de Bodostar encerrado con Amílcar y no daba á éste más alimento que el necesario para dejarle el conocimiento de su padecer. Viendo Amílcar perdida toda esperanza, y sin efecto sus ruegos, empezó á implorar á Júpiter Hospitalario, y á los dioses que tienen cuidado de las cosas humanas, esclamando que sufria penas muy duras en recompensa de una buena accion que habia hecho. No murió, sin embargo, en una posicion tan dolorosa, ya fuera por efecto de la misericordia de los dioses, ya por su feliz destino que le proporcionó un inesperado socorro. En el momento en que se encontraba en la última estremidad, tanto por la horrible putrefaccion que exhalaba el cadáver, como por las demás miserias de aquel calabozo, algunos esclavos de la casa contaron el hecho á personas estrañas, las que irritadas con un modo de obrar tan cruel, la denunciaron al momento á los tribunos. Habiendo sido, pues, patentizado el hecho y notificados los Atilios por los magistrados, poco faltó para que fuesen condenados á la pena capital, por haber manchado el nombre romano con tan infame crueldad. Pero les amenazaron los magistrados con el más severo castigo, si en adelante no tenian cuidado de buena fé con los prisioneros. Aquellos, haciendo recaer sobre su madre la falta de todo lo acontecido, hicieron quemar el cadáver de Bodostar, y enviaron sus cenizas á su patria. Con respecto á Amílcar, poco á poco le reanimaron hasta que se restableció de los sufrimientos que habia padecido.»

El argumento más sólido que se puede oponer á la pretendida embajada de Régulo, podia haberse sacado de la inutilidad, por no decir más, del consejo que se le hace dar á sus conciudadanos. No hubiera hecho recobrar á Cartago el cange de prisioneros, más que mercenarios, que podia reemplazar en otra parte, solo con dinero. Roma hubiera recobrado ciudadanos, quienes podian, como los que devolvió Pirro, borrar su deshonor con grandes hazañas. ¿No podian los prisioneros ser otros tantos Régulos, grandes capitanes y grandes ciudadanos? ¿Acaso habia postrado el ánimo del cónsul el tener los brazos encadenados? La razon más poderosa que Horacio espone es el miedo del mal

Nos inclinamos á creer, atendida la recelosa envidia de aquel gobierno de mercaderes, que haciendo sombra Jantipo á los cartagineses, como á los venecianos Carmañola, aceleraron el fin del que los habia hecho vencedores, ya embarcándole á bordo de un buque destinado á ser pasado por ojo,

ya encargando á asesinos que le arrojasen al mar. En efecto, desde entonces no se volvió á saber su paradero.

Encendióse de nuevo la guerra en Sicilia, la victoria fué por espacio de ocho años contraria á los romanos que perdieron cuatro flotas (249). Su mayor revés fué el que sufrieron bajo el mando del cónsul Claudio Pulcro. Habiendo éste consultado á los pollos sagrados, y viendo que no comian, esclamó: *¡Pues bien! que beban*, y mandó arrojarlos al mar. Desanimó la impiedad del general á los soldados, que fueron vencidos antes de pelear. Fué tomada por los cartagineses Agrigento y enteramente arrasada. Pero en fin consiguieron los romanos una serie de victorias, lo cual hizo que toda la Sicilia cayese en su poder, escepto Drépano y Lilibeo. Podian ser considerados estos dos promontorios á Oriente de la isla como avanzadas de Cartago; era, pues, su posesion de grande importancia, mas fueron vanos todos los esfuerzos que se intentaron para apoderarse de ellos, gracias á Amílcar Barca, general consumado y padre del famoso Aníbal (247). Atrincherado en el promontorio de Erice, con soldados galos en su mayor parte, sin aliados en las inmediaciones, sin fortalezas ni esperanzas de socorro, supo sostenerse 5 años dirigiendo desde allí sus incursiones hasta las costas de Italia y Cumas, y varias veces batió á los romanos. Envió Cartago á apoyarle una flota de dinero y provisiones, pero pocas tropas (241). Fué derrotada esta con una pérdida considerable por Lutacio Cátulo que la encontró cerca de las islas Egatas, quien llevaba doscientos triremes. Acabaron los galos por abandonar á Amílcar, y se pasaron á los romanos, quienes por la primera vez tomaron á sueldo bárbaros.

Habia, no obstante, perdido Roma setecientas galeras en los combates navales, y por la inesperiencia de sus marinos, y aun más por las dificultades de la navegacion en la costa de Africa, dificultades que tuvieron que sufrir hasta los mismos barcos franceses en 1830; y apenas tenia que echar de menos quinientas Cartago. Escaseaba tanto entonces el dinero en la ciudad del Tíber, que el modio de trigo se vendia en un as (6). Pero Roma, cuya perseverancia era indomable, vivia de la guerra; Cartago del comercio. Ayudaba la avaricia de los cartagineses á la humanidad, calculando lo que producia la interrupcion del comercio y el aumento de gastos, y haciéndole pedir la paz en consecuencia. Roma, que la habia rehusado, por seguir, si se quiere, el consejo de Régulo, consintió en ella después de tantos ruinosos gastos y tanta sangre derramada inútilmente. Se ajustó con las condiciones siguientes: *los cartagineses abandonarian la Sicilia y las islas próximas*; *pagarian á los romanos en el término de diez años* 2200 *talentos por contribucion de guerra*; *restituirian los prisioneros y desertores y no harian la guerra á Hieron, rey de Siracusa.*

---

ejemplo, pero aun no está decidido que se pueda condenar á muerte á un hombre por dar ejemplo á otros.

Además, Roma aceptó algunos años después la paz de que Régulo la hubiera querido disuadir; por lo cual al proponerla habria evitado los estragos y la sangre del tiempo que medió; pero las vidas no entran en cuenta en los cálculos de la ambicion. El maravillarse, pues, tanto de que Régulo, cumpliendo su palabra, volviese á Cartago, no hace demasiado honor á la especie humana.

Esperamos que las dudas que espresamos sobre un rasgo de heroismo, cuyo autor se nos enseña desde nuestra infancia á reverenciar, no harán que se nos tenga entre el número de aquellos que ponen en duda actos de virtud por no creer en la virtud misma.

(6) Plinio, XVIII, 13.

CAPÍTULO VIII

ENGRANDECIMIENTO DE ROMA.

Si el pueblo helénico hubiese conservado en Sicilia el espíritu belicoso, esta isla hubiera podido tomar mayor parte en aquella guerra, y Siracusa habria merecido reconquistar el predominio en la misma isla socorriendo á los romanos no solo con víveres si no tambien con naves. Pero tiempo hacia que se habia acostumbrado á valerse de brazos mercenarios; y así fué que los sículos y campanios que se le ofrecian, vinieron á ser los auxiliares de los romanos, y de ahi que sin oposicion la Sicilia pasó al dominio de Roma esceptuando únicamente el reino de Hieron.

Introdujo allí el gobierno de las provincias (así se llamaban las tierras conquistadas fuera de Italia), á las cuales se enviaba cada año un pretor y un cuestor; el primero para juzgar los asuntos civiles, y el segundo para percibir los tributos. Habíase aumentado el poder aristocrático en el interior de Roma, como acontece en los paises libres durante las largas y felices guerras. Cerróse el templo de Jano; pero debia abrirse pronto para no volverse á cerrar sino bajo Augusto.

Guerra contra los Ilirios. — Estalló la primera guerra contra los ilirios, quienes á despecho de los tratados, hacian incursiones sobre el litoral del Adriático, y atacaban los barcos de Roma (230).

Los romanos enviaron á Teuta, su reina, á quejarse de aquellos actos de pirateria, é hizo dar muerte á los embajadores (228). Entonces declaran la guerra; fué vencida y forzada á ceder una parte de sus Estados. Se establecen los romanos en Iliria, y garantizan por este lado la tranquilidad de los griegos. En esta época manifestando la liga etolia y aquea á porfia su reconocimiento á Roma, le envian embajadas y le dan gracias; admiten los corintios á los romanos á la celebracion de los juegos ístmicos, y los atenienses al derecho de ciudadania y á los misterios de Eleusis: empiezan de esta manera á encontrarse mezclados á los asuntos de la Grecia como libertadores.

Galos.—Pero surgian otros enemigos en la misma Italia. Habia dejado tal impresion en los romanos el antiguo desastre de su ciudad, que siempre se habia considerado como nefasto el dia de la derrota sufrida á orillas del Alia, y que toda guerra contra los galos se consideraba como *tumulto* y obligaba á la masa de ciudadanos á empuñar las armas sin que pudiera eximirles ningun motivo; hasta se conservaba un tesoro especial en el Capitolio para los gastos de los tumultos galos. En el trascurso de veinte y tres años, á contar desde el instante en que los galos fueron repelidos de Roma, incendiada por ellos, se retiraron á la izquierda del Po sin salir de aquel territorio. Luego empezaron nuevamente á inquietar con sus incursiones el Lacio y la Campania. Lanzóles de allí Roma, pero tornaron á presentarse, y después de una alternativa de incursiones y de derrotas por ambas partes (336), se celebró la paz (299). Al parecer habian desistido durante mucho tiempo de sus incursiones cuando cruzando los Alpes otras nuevas bandas, bajaron á la Galia Cisalpina y pidieron tierras; entonces les fueron señaladas las florecientes campiñas de la Italia central. En esto, hallándose la Etruria en situacion de resistir sus ataques, ofreció tomarlos á sueldo para pelear contra Roma. Aceptaron, mas no bien percibieron el precio convenido, cuando se negaron á marchar en busca del adversario y volvieron á pasar el Apenino.

Liga etrusca-samnita.—Este hecho anuncia que los etruscos se hallaban en guerra con los romanos; inquietáronles los samnitas en la misma época, y conociendo que los débiles solo asociándose pueden resistir á los fuertes, formaron con los primeros (296) una liga contra Roma, desde entonces

predominante. Enviaron los nuevos aliados embajadores á Sena, Bononia, Mediolano para pedir socorro á los galos; obtuviéronlo y lidiaron con ellos por la independencia de Italia; mas sucumbieron todos (295) ante el valor de Apio Claudio, de Fabio Máximo y de Decio. Una vez que hubo avasallado Roma á los Estados itálicos después de una encarnizada guerra, encargó á Cornelio Dolabela que fuera á devastar el territorio de los senones, en el momento mismo en que Cecilio Metelo, el otro cónsul, derrotaba á su ejército en Arecio (289). Prevaleció la disciplina sobre el ímpetu de los galos; hombres, mujeres y niños y cuantos se encontraban en el territorio de los senones fueron pasados á cuchillo. Druso llevó á Roma mucho oro y ornamentos hallados en el tesoro de éstos, jactándose de haber recuperado todo el rescate pagado por la libertad del Capitolio, y se estableció una colonia en Sena.

Ya Roma habia fundado muchas; pero esta fué la primera en el territorio galo, centinela avanzada del lado de Cisalpina y eterno foco de la intriga y espionaje. A la sazon gozaban los galos en la Italia superior de prosperidad y de abundancia; de tal manera que se vendia en cuatro óbolos un modio de trigo; en dos una medida de cebada ó de vino; y en las hospederias en vez de pagar un tanto por cada manjar, costaba la comida solamente un cuarto de óbolo (1). No debe pues sorprendernos que renunciaran á su antiguo furor de conquistas, por eso cuando At y Gal, reyes de los boyos, establecidos en los alrededores de Bononia, manifestaron la intencion de declarar la guerra á los romanos y de apoderarse de Arimino, colonia fundada en 268, fueron asesinados por el pueblo.

Sin embargo, su consejo interesaba al pais, porque desde Arimino y desde Sena no cesaban los romanos de sembrar cizaña entre los galos, poniendo trabas al comercio, especialmente al de las armas. En fin, el cónsul Flaminio propuso que las tierras arrebatadas á los senones cincuenta años antes y retenidas en gran parte en poder de los patricios, fuesen tambien distribuidas al pueblo y reducidas á colonias. Este último golpe dispertó á los boyos y ensayaron oponer al peligro una liga de los pueblos de la Italia superior (238). Mas, celosos de sus vecinos, los vénetos, nacion eslava establecida á orillas del Adriático, no quisieron entrar en la alianza. Con el dinero de los de Roma habian sido ganados los chenomanos; después de una larga guerra sostenida con toda su intrepidez nativa, se habian visto acosados los ligurios en sus inaccesibles madrigueras por el cónsul Fulvio: Bebio les atrajo á la llanura y Postumio los desarmó, no dejándoles más que el hierro necesario para los trabajos de los campos. Reducidos de este modo los boyos y los insubrios á contar únicamente con sus fuerzas, recurrieron á sus compatriotas de allende los Alpes, formando la liga de gesdas (*Gesatæ*). Juntáronse entonces á orillas del Po los lingotes, los anamanos, los boyos y los insubrios (226). Pero inquietados á retaguardia por los chenomanos y los vénetos, debió quedarse una parte de ellos, para tenerlos á raya, mientras que los otros se pusieron en camino, jurando no deponer la espada sino dentro de los muros del Capitolio.

Asustada Roma por este *tumulto* y por prodigios espantosos, creyó conjurar los presagios funestos haciendo enterrar vivos en el foro Boario á un galo y á una gala (225): enseguida hizo empuñar las armas á todos sus ciudadanos. Ya no distaba el enemigo más que tres jornadas de Roma, cuando prevaleció la fortuna latina, siendo esterminados en cabo Telamon los galos. Para aprovecharse los nuevos cónsules de la victoria invadieron la Cispadana; y favorecidos al año siguiente por la traicion de los chenomanos, pasaron el Po cerca de la embocadura del Adda. Viéndose á su vez reducidos á la estremidad los galos, sacaron del santuario los *Inmóviles*: llamaban así á las enseñas de oro puro, veneradas por ellos como el estandarte de Mahoma por los turcos; y armada toda la nacion se agrupó entorno de ellas; pero fué vencida de nuevo cerca de Clastidio; y Milan cayó en poder del enemigo con el resto de la Insubria (222). Así Marcelo pudo ofrecer los ricos despojos de su caudillo Virdumaro á Júpiter Feretrio. Roma se entregó al alborozo de un triunfo solemne, y para santificarlo mejor, degolló uno á uno á todos los prisioneros de una nacion á quien daba el nombre de bárbara. Fundó junto al Po las colonias de Plasencia y Cremona, y ensoberbecida con haber dominado á los insubrios (221), consolidado su dominacion en los dos mares que la separaban de España y Grecia, ocupado la Istria y la Iliria, sometido suficiente pais en Italia para armar á su albedrio ochocientos mil hombres, desafió insolentemente á su única rival, Cartago.

(1) POLIBIO.

CAPÍTULO IX

SEGUNDA GUERRA PÚNICA.

Era fácil conocer que la paz de las islas Egatas no venia á ser más que una tregua en total ventaja de Roma, y que apenas reparase sus pérdidas, después de haber arrebatado á su rival el honor de las armas y su influencia política, hallaria cómodamente un pretesto para arrancarle además tanto sus riquezas como su independencia. Con efecto, aquel odio nacional que se emponzoña á tan alto punto en las repúblicas, se habia declarado entre las dos naciones representantes de las razas de Cam y de Jafet, y comprendian que la vida de la una debia traer consigo la muerte de la otra. Es cierto que en el curso de una de las más mortíferas guerras, Roma habia perdido ciudadanos y Cartago mercenarios; pero la primera poseia el arte de reparar la sangre perdida adoptando nuevos hijos, al paso que la otra reclutaba enemigos en sus soldados. Ya durante la guerra habian causado graves inquietudes á los generales cartagineses; hemos visto á tres ó cuatro mil galos, enviados á la carniceria bajo los muros de Agrigento; otros fueron abandonados en una isla desierta y condenados á morir allí de hambre.

Guerra de los mercenarios.—Celebrada la paz hubo que pensar en licenciar las tropas mercenarias, porque habituados los cartagineses á la especulacion y sintiendo el dispendio, hubieran querido eximirse de pagarlas; mas estas reclamaron en alta voz su sueldo, y los sucesores de Amílcar (238), quizá por espíritu de hostilidad contra la fraccion que queria la paz, les sugirieron la idea de ir á Cartago á hacer valer sus pretensiones. Encamináronse allí efectivamente las bandas, y espresándose en diversos idiomas, reclamaron con arrogancia los atrasos de sus sueldos. Pagándoles Cartago con buenas palabras y pretestando la penuria del tesoro, quiso que se contentasen con una suma inferior á la que se les debia.

Aquellos hombres temibles tuvieron algo de paciencia, pero mientras aguardaban, veian cual era la riqueza del pais más comercial del globo, y cuán fácilmente triunfarian de sus industriosos moradores. Amotináronse, pues, escitando á la independencia á las ciudades africanas, dispuestas siempre á favorecer á los enemigos de su tirana, y mucho más irritados entonces porque habia agravado el peso de los tributos. Júntanse setenta mil africanos á los veinte mil auxiliares y asedian á Cartago, que se encuentra aislada en medio de rebeldes y de extranjeros. En lo interior se acusan recíprocamente las facciones; y por último prevalece la de Barca, porque la inminencia del peligro hace que el brazo de Amílcar sea necesario.

Amílcar.—Habiéndose encargado otra vez este general del mando, soborna á los númidas á fuerza de dinero, de modo que, privados los rebeldes de caballeria, empiezan á padecer escasez de víveres. Mas irritados que domeñados aprisionan á Giscon, enviado para tratar con ellos, y después de haberle mutilado así como á setecientos cartagineses ó personas adictas á ellos, á quienes cortan las orejas y las manos, desjarretándolos y precipitándolos en el fondo de un abismo, á la par que juraban hacer otro tanto con todo el que les fuere enviado. Para usar Amílcar de represalias arrojó á las fieras á todos los prisioneros, y después de haber reclamado el auxilio de Hieron y de Roma, logró, merced á la superioridad de la disciplina, cercar á los rebeldes y reducirles al hambre hasta el punto de tenerse que devorar unos á otros. En semejante apuro se presentan á Amílcar y solicitan la paz Espendio, Antarito y otros ocho jefes. Finge Amílcar consentir en su demanda, á condicion de que le entregaran las diez personas que escogiera. No bien se celebró el tratado, dijo: *Vosotros sois los diez*; se apodera de ellos y los crucifica. Entonces

fué fácil arrollar á cuarenta mil hombres, privados de caudillos, y hacer en ellos tal matanza, que no se escapó uno siquiera. Tambien fué cogida otra banda á las órdenes de Matos, y durante mucho tiempo sirvieron de diversion en los espectáculos de Cartago los alaridos y la agonia de aquellos infelices (1).

Vencidos estos enemigos quedaba otro no ménos formidable y era su vencedor; no habiendo podido perderle los cartagineses con acusarle, le enviaron á hacer la guerra á los númidas (237), y en esta espedicion sometió toda la costa de Africa hasta el Océano. De allí llevó consigo numerosas bandas de africanos, de númidas, de mauritanos, y no teniendo otra manera de mantenerlos que la guerra y el botin, les condujo á la rica Iberia. Cartago hizo como que no se apercibia de ello, esperando ya que el denuedo de los lusitanos y de los celtíberos la desembarazase del general y de su ejército peligroso, ya que si salia vencedor, tendria necesidad para sostenerse de recurrir á la escuadra de Cartago, con lo cual le entregaria el fruto de sus conquistas.

Puede, pues, decirse que Amílcar hacia la guerra por su cuenta, y como caudillo independiente. Repartíase el botin en tres lotes, uno para los soldados, otro para el tesoro de los cartagineses, y el tercero le servia para comprar amigos en su patria, á fin de impedir que el partido de Hannon, obstinado en aconsejar la paz, llegara á prevalecer dentro de Cartago. Todos sus pasos revelaban el pensamiento de una guerra más importante que la que hacia, pues no podia soportar el baldon de haber visto á la Sicilia abandonada en un momento de desesperacion intempestiva, y á la Cerdeña arrebatada por los romanos del seno de la paz con el auxilio de otra rebelion de mercenarios. Estando á la espectativa queria indemnizarse por medio de conquistas en España, donde encontró por adversarios celtas, hermanos de aquellos á quienes habia esterminado junto á Cartago. Batiólos (228) y sometió la costa occidental de la península; pero los naturales del pais, á quienes el deseo de defender sus hogares aguzaba el ingenio, consiguieron vencerle, soltando contra los cartagineses bueyes uncidos á carros cargados de combustible ardiendo. Esta estratagema, que causó la derrota y muerte de Amílcar, libertó á Roma de un gran enemigo, y quizá á la misma Cartago.

Asdrúbal.—Entonces los partidarios de Amílcar fijaron sus ojos en Asdrúbal, su yerno, que, apoyado por la clase media, estuvo á punto de ser un tirano de Cartago; mas como abortase su proyecto pasó á España, donde se puso al frente del ejército de Amílcar. Gobernó en el pais á su antojo, se granjeó por su afabilidad y política á los reyezuelos, contra quienes hizo poco uso de la fuerza, y fundó enfrente del Africa la Nueva Cartago (*Cartagena*). Quizá se propuso convertirla en sede de una dominacion española, de una rival de Cartago y de Roma; mas habia resuelto dar muerte al general cartaginés un esclavo galo, que conservaba memoria de la matanza de sus compatriotas por los Barcas y del asesinato de su amo. Halló medio de acercársele, y le siguió tan asiduamente, con aquella tenacidad particular de los asesinos, que consiguió darle de puñaladas al mismo pié de los altares: ya satisfecho de haber cumplido su venganza, sufrió con la sonrisa en los labios los tormentos á que fué condenado (221).

Aníbal.—Privado el ejército de su jefe, reconoció por tal á Aníbal, hijo de Amílcar, mozo de veinte y un años, que habiendo salido á los trece de Carrago, podia pasar por estraño á su patria. Habíale educado su padre en las rudas fatigas de la guerra española, inspirándole odio al nombre de Roma, nacion á que le habia hecho jurar una enemistad perpétua, consagrándole por el fuego en el altar de Melcarte. No podia legar su furor implacable á más digno heredero. Nadie reunia más aptitud para las cosas más inconexas. Sabia obedecer y mandar, se hacia querer de los soldados y de los capitanes, formaba el plan de una espedicion y lo ejecutaba con igual maestria; versado en cuanto se conocia de la táctica y la estrategia, el mejor de los infantes y el más hábil de los ginetes, no se distinguia en nada de los demás en las marchas, ni en los campamentos, si bien se hacia notar en la refriega por sus armas y por su caballo: infatigable, el primero en el ataque, el último en la retirada, no tenia piedad, fé, ni respeto hácia lo más santo, ni aun á la religion del juramento.

Comprendió que para libertar á Cartago de Roma su rival, convenia llevar la guerra á Italia, poniéndose ante todo en situacion de no tener nada que temer de los bárbaros del centro de España Venció en efecto á los olcados, los carpentanos y los vacceos de ambas Castillas (220), y se encontró bien pronto en el Ebro, donde por la primera vez tuvo á los romanos á su frente. Celosos estos de los progresos de los cartagineses, se habian convenido con ellos, desde el tiempo de Amílcar, en considerar el Ebro como límite de sus posesiones, debiendo permanecer libre entre las dos potencias Sagunto, como en la actualidad Cracovia entre la raza alemana y las naciones eslavas.

Sagunto.—Fundada Sagunto por griegos de Jacinto é italianos de Ardea, era mal mirada por los españoles, quienes por este motivo secundaron con ardor á Aníbal, cuando la sitió violando los tratados. Opusieron los saguntinos la más heróica resistencia, y viendo en fin perdida su patria, sin remedio, se precipitaron en las llamas que la devoraban (219).

Deliberaba aun Roma en determinarse á socorrer á esta ciudad cuando supo que habia sucumbido ya. Envió entonces embajadores á Aníbal para quejarse de esta infraccion; y como éste no les quiso dar audiencia pasaron á Cartago. Pidieron

(1) Polibio, lib. I.

que se les entregase á Aníbal como violador del derecho público. Respondió el Senado cartaginés que aun cuando lo quisiese no podria: y decia verdad: pero haciendo Fabio Máximo Verrucoso, un pliegue con la orla de su manto, estendió el brazo diciendo: *Traigo aquí la paz y la guerra, elegid.* Respondieron á una voz los cartagineses: *Elige tu mismo:* y sacudiendo su toga, esclamó: *La guerra.*

2.ª guerra púnica.—De esta manera fué declarada la guerra que Tito Livio llama la más memorable, *maxime memorabile ommium,* y que aun considera la posteridad como una de las más importantes entre todas las que han ensangrentado el mundo. No se trataba ya para Roma de combatir á los bandidos de la Istria y la Iliria, ni aun á los galos, que si bien eran terribles, no tenian disciplina; iba á tener que luchar con una nacion que hacia veinte y tres años era vencedora en España, envanecida con haber triunfado recientemente de una ciudad belicosa, y cuyo aguerrido ejército estaba mandado por un general de gran habilidad. Era una guerra de pasion, y por eso se peleó más con la intriga y maquinaciones que con las armas; fueron variados los sucesos y hasta la victoria tuvo sus peligros.

Comprendiendo Roma cuan fatal podia serle una derrota, hizo grandes preparativos, armó á sus ciudadanos y aliados y dirigió súplicas á los dioses. Solicitó la amistad de los pueblos de España, pero estos le contestaron que se dirigiese á gentes que no supiesen con el ejemplo de Sagunto con que celo protegia á sus aliados. Dirigióse á los galos, rogándoles que no permitiesen el paso á los cartagineses. Habiendose reunido con armas los galos, para deliberar respondieron riendo que Cartago no habia merecido que ellos le hiciesen daño, ni Roma beneficios, y que solo sabian que esta última habia procurado rechazar á sus hermanos de Italia.

Paso de los Alpes.—Rico sin embargo Aníbal con los despojos de Sagunto, habiendo dejado diez y seis mil soldados á su hermano Asdrúbal para guardar la España, se puso en camino hácia Italia. Le esperaban los romanos por mar; resolvió al contrario ir por los Pirineos y los Alpes (junio 218); empresa espantosa y sin ejemplo; pero desde la espedicion de Alejandro en las Indias, nada parecia imposible á los guerreros. Así como este último habia marchado sobre las huellas de Baco, proponíase Aníbal seguir las de Hércules, que, decian, habia pasado de Iberia á Italia; por eso emprendió atravesar paises bárbaros, ganándose la voluntad de los jefes, y abrirse un nuevo camino, hazaña que los antiguos hacian superior á todo.

Hizo correr la voz de que el dios de su patria se le habia aparecido en un sueño dentro del templo de Gades para prometerle la victoria y mostrarle el sendero en las sinuosidades de una serpiente. Esto decia para el vulgo: espedia entretanto emisarios entre los boyos y los insubrios para escitarlos contra Roma, que se preparaba á dominarlos por medio de las dos colonias de Cremona y Plasencia. Ganó Aníbal las cimas de los Pirineos y calmó las inquietudes de los galos de la vertiente septentrional haciendo con ellos un tratado memorable por su singularidad. Se estipuló en efecto que cualquiera diferencia entre los cartagineses y los indígenas se someteria á la decision de las mujeres galas (2).

Después de haber verificado el paso del Ródano y del Duranzo, empezó en los primeros dias de octubre á salvar los Alpes cubiertos de nieve, sembrados de peligros y defendidos (3). Sin embargo, no damos crédito á Tito-Livio que por hacer dramática la descripcion olvida la verosimilitud de los hechos y la prudencia del gran capitan. Aquellos Alpes que Cornelio Neporte nos da como inaccesibles y tales que un hombre ágil podia apenas pasarlos, habian sido muchas veces atravesados por los galos para ir á saquear la Italia ó instalarse en ella; y no mucho antes algunos los habian bajado para unirse á sus hermanos establecidos á orillas del Po. Además, segun el mismo relato, parecen muy habitados, y no cabe duda que los galos sirvieron de guias á Anibal, que de otro modo no se habria arriesgado á pasar aquellos vericuetos desconocidos. Pero habia sido su marcha tan desastrosa, que de cincuenta mil infantes y veinte mil ginetes con los cuales habia salido cinco y medio meses antes de Cartagena, no le quedaban más de veinte mil infantes y seis mil caballos. Restábale, empero, su valor y las buenas disposiciones de los galos en favor suyo; y así, después de cinco meses de marcha y bajando quizá por el pequeño San Bernardo entró en el pais de los taurinos y bajó hácia el Po, donde habian dispersado los galos las colonias de Plasencia y Cremona, y derrotado al cónsul Manlio en la selva de Mutina.

---

(2) PLUTARCO.—*De la virtud de las mujeres.* Otra cosa semejante se cuenta por Pausanias de los eleos. Estos, dice, creyéndose ultrajados por los pisanos y habiendo en vano pedido satisfaccion á Demofonte, tirano de Pisa, convinieron después de su muerte con los habitantes de esta ciudad, en dejar la decision á diez y seis mujeres nombradas por cada una de las diez y seis ciudades. Fué tan satisfactoria, que se estableció un colegio especial de diez y seis matronas para presidir á los juegos junonios y adjudicar el premio al más digno.

(3) Entre otras fábulas cuenta Tito-Livio que Aníbal rompió los Alpes con el vinagre. De ahí que Juvenal cantase

Diducit scopulos, et montes rumpit aceto.

Aun hoy en las famosas minas del Hartz se hienden las rocas encendiendo grandes fuegos en ellas y echándoles agua cuando están bien caldeadas; operacion que debia ser comun antes de la pólvora.

Podria formarse toda una biblioteca con las obras escritas acerca de la marcha de Anibal desde España á Italia, lo cual prueba que los datos son tan arbitrarios como inútiles las consecuencias. Sin entrar en discusiones nos remitimos á Polibio, libro III, 42-56.

Sobre Anibal en Italia véanse los *Trabajos de la Academia francesa*, 1863.

Habia sido el primer pensamiento de Roma dirigir un ejército al Africa, otro á España y otro á las Galias. Este último quedó derrotado, inquietó el segundo la marcha de los cartagineses, pero cuando les vió ganar los Alpes, acudió á defender la Italia, donde permaneció el cuerpo de ejército destinado á Africa por la inesperada venida de Aníbal; hizo frente Escipion á Aníbal en el Tesino, y fué vencido; quiso tambien detenerle Sempronio en Trebia, mas tambien fué vencido. Ofrecian las llanuras del valle del Pó el más favorable terreno á los movimientos de la escelente caballeria númida, y los galos alistados por los romanos se pasaban á las filas de Aníbal, quien se encontraba ya á la cabeza de noventa mil guerreros.

No tenia, empero, mucho motivo para regocijarse. Libertados los galos del vecindario amenazador de las colonias, pensaban poco en arriesgar su propia independencia por extranjeros, cuyo número era demasiado pequeño para asegurar su libertad, y demasiado para no ser una ocasion de incomodidad y gastos. Estaba compuesto el mismo ejército de Aníbal de extranjeros de todas naciones, quienes audaces é indóciles en la inaccion, arrogantes en la victoria, pretendian imponer á su general el momento y lugar del combate; y en vez de esperar la oportunidad refrenados por un vigoroso brazo, conspiraban contra Aníbal, quien para engañar sus designios se veia obligado á cambiar de contínuo de trajes. Sea lo que fuere, tan pronto como lo permitió la estacion (217), se dirigió hácia Arezzo por el camino ménos frecuentado de las marismas del Arno y del Clani; perdió en esta marcha siete elefantes y bastante número de hombres y caballos, lo que no le impidió volver á vencer á los romanos junto al lago Trasimeno (4).

Los pueblos que Roma habia sometido y cuyo patriotismo ofendia con las colonias y con sus magistrados, daban apoyo al pretendido libertador y desde los Alpes al Peloro se lanzaba el grito de independencia.

Espárcese con estas noticias el espanto en Roma; Fabio Máximo Verrucoso elegido dictador, pone á la ciudad en estado de defensa, hace cortar los puentes, persuadido de que en adelante no se trata de proteger toda la Italia sino de libertar la capital. Tiene el valor de contemporizar y resignarse á la acusacion universal de impericia y lentitud, al paso que Aníbal pasa á su vista á la Italia Meridional y á la Umbria hasta Espoleto, y devasta las florecientes campiñas de Falerno, Masico y Sinuesa.

Batalla de Cannas, 216. — Probó el resultado cuanta prudencia habia en aquellas contemporizaciones. Pensaba en efecto Aníbal retirarse á la Galia por la escasez de víveres, cuando el consul Terencio Varron, dejándose arrastrar, á pesar de los consejos de Fabio y su cólega Paulo Emilio, á un esceso de confianza, le presentó la batalla en Cannas á orillas del Ofanto. Grande fué la alegria de Aníbal cuando formó en batalla á sus africanos, armados con los despojos ganados en Trebia y en las orillas del lago Trasimeno, sus galos con largas espadas, sus españoles con aguzados sables, aquellos desnudos hasta la cintura y estos vestidos de blanco y con escudos casi blancos tambien. Fué encarnizada la lucha, pero consiguieron la victoria los cartagineses. Perecieron cerca de setenta mil romanos, tres modios y medio de anillos, quitados á los cadáveres de los caballeros romanos, fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago. Al exhalar su grande alma Paulo Emilio en el campo de batalla, enviaba á decir á Roma que debia hacer sus preparativos de defensa antes que el vencedor cayese sobre ella. Marchó éste en efecto adelante y enarboló el estandarte del caballo sobre una altura desde donde se descubria la ciudad enemiga; pero después alejándose fué á establecer sus cuarteles de invierno á Cápua.

Situacion de Aníbal.—Aquí todos los escritores repiten á porfía las palabras de Maharbal, lugarteniente del cartaginés: *Sabes vencer, Aníbal, pero no aprovecharte de la victoria* (5).

---

(4) En ciertos dias se encienden en todas las alturas que circundan á Cortona, fogatas que ofrecen espectáculo hermosísimo. Y se dice que este uso proviene del regocijo esperimentado cuando Aníbal derrotó á los romanos junto al Trasimeno, ó sea cuando los etruscos creyeron recobrar la libertad... ¡merced al extranjero!

(5) Es bastante ridículo oir á un poeta del siglo XVIII cantar con la mayor seriedad:

El ocio en Campania de aspecto halagüeño
estrecha con fuerza la amiga desidia:
¿porqué de tu frente y del pecho esforzado
te quitas, oh libio, tu yelmo y loriga?

Tambien Bossuet en su *Discurso* dice: «Satisfecho Aníbal con sus grandes triunfos, creyó sobrado fácil tomar á Roma y demoró su empresa.» Por el mismo estilo se espresa Saint-Evremont y Rollin. Herder, pérpetuo declamador, dice:

«Aníbal, grande é incomparable héroe, ¿por qué no te fué dado evitar la ruina de tu patria, y después de la batalla de Cannas, lanzarte hácia el antro de la Loba, cuyo camino te mostraba tu odio hereditario? Una posteridad afeminada, que en su vida atravesó los Alpes ni los Pirineos, tiene la insolencia de condenarte; pero estos intrépidos censores olvidan cuáles eran los pueblos que mandaste y á que estado debian estar reducidos después de la espantosa campaña de invierno en que habias conquistado la Italia superior y el Lacio. Por boca de tus enemigos te acusan de haber afirmado mal la disciplina militar, ellos que ni siquiera saben concebir como pudiste conservar por tanto tiempo unidas bajo tu bandera las falanjes mercenarias, y al cabo de tantas marchas y facciones no reposar hasta después de haber llegado á los llanos de la Campania. Gloria eterna al nombre del más terrible enemigo de aquella Roma, que más de una vez exigió imperiosamente que le fuese entregado como una máquina de guerra. La avaricia facciosa de sus contemporáneos, y no la fortuna, le impidió llevar á cabo sin Cartago una conquista que á si solo habria debido. Pero asi como los esfuerzos de sus compatriotas no habian

Pero verdaderamente ¿podia Aníbal proseguir la guerra? Por una parte se habia separado del Norte de Italia de modo que reducido á 27000 soldados, número muy escaso para batir aquella ciudad fortificada y defendida por dos legiones, y que podia ser socorrida por Sicilia, no podia rehacer su ejército sino con levas de la belicosa Galia. Habia perdido la mayor parte de sus caballos, tan de estima para los africanos, y en general para los soldados mercenarios, que privados de la patria y familia colocan todo su afecto y esperanza de salvacion en este único objeto. No poseia ni una plaza, ni una fortaleza. Si desertaban los italianos de las banderas de Roma, era porque estaban cansados de llenar sus legiones; pero hubieran estado aun ménos dispuestos á servir en las filas de Aníbal. En las provincias conquistadas debia establecer un gobierno, tener una capital, un puerto para recibir nuevos subsidios del Africa ó de Macedonia, pero esto lo impedia la flota romana; de modo que solo hubiera podido recibir ausilio de España y de los Alpes. Sufria á más la contrariedad de Hannon, jefe de la faccion opuesta á la de Barca.

Era este Hannon un diplomático verdaderamente astuto, que hubiera hecho honor á la escuela moderna. Cuando habia pedido Asdrúbal que se le diese por teniente en España al jóven Aníbal su sobrino, habia dicho: *Reclama una cosa justa; propongo sin embargo, que se le niegue:* y desarrolló esta paradoja sosteniendo que no convenia acostumbrar desde edad temprana á un niño á un mando casi hereditario, que seria más ventajoso moderar la impetuosidad por la sumision de las leyes (6). Cuando vinieron á pedir satisfaccion los embajadores romanos respecto de la toma de Sagunto, habló con calor del derecho y justicia, insistiendo porque se entregase á Aníbal, y ahora disuadia de socorrerle diciendo: *¿Qué necesidad tiene de ello después de tantas victorias con que nos entretiene de continuo? ¿No ha dado muerte á doscientos mil romanos, hecho cincuenta mil prisioneros, sometido á los apulios, los brucios, los lucanios y los campanios, segun nos lo refiere Magon?*

No eran solo sus celos los que detenian al prudente Senado de Cartago, en los envios de socorros á Aníbal. Este general, que habia hecho la guerra de España, pudiendo decirse que por su propia cuenta, y que triunfaba en aquella hora con la misma independencia, de Italia, hacia sombra á su patria, las revoluciones que allí promovió más tarde ya vencido indican lo que hubiera hecho siendo vencedor. Reconociendo, sin embargo, la importancia de la guerra que sostenia, se pensaba en socorrerle. No necesitaba Aníbal nuevos reclutas africanos, pero si le faltaba un aguerrido ejército en España; siendo en este pais donde residia la fuerza y el poder de los Barcas; y del que sacaba diariamente Aníbal de una sola mina trescientas libras de plata (7). Las aguerridas tropas que mandaba su hermano Asdrúbal, eran las que pedia, queriendo asimismo que las levas de Africa fuesen enviadas en su lugar para hacer frente á los romanos en España. Púsose con efecto Asdrúbal en marcha, pero los Escipiones que mandaban en la península le cerraron el camino: lo mismo que á Magon que habia desembarcado de Africa con tropas de refresco, preservando á Italia de una invasion las victorias de Ibera, Iliturgis y Munda (215).

No permanecia ocioso Aníbal en Capua; pues por una parte atizaba las mal apagadas iras de los antiguos italianos contra Roma y del rey de Siracusa, á fin de que se aliasen con los cartagineses, negociando, por otra, con Filipo III rey de Macedonia para que este príncipe hiciera la guerra á los romanos, concluyendo con él un tratado (8) en el

servido más que para instruir á Roma en la navegacion, Aníbal se vió reducido á no ser para ésta sino un instrumento de perfeccion en el arte militar, etc., etc.»

Todos en las escuelas hemos declamado contra los ocios de Cápua, y hemos sido alabados por el maestro cuando amenazábamos á Aníbal con los Fabios y los Escipiones.

(6) Tito Livio, XXI, 1.

(7) *Ex quibus Bebulo puteus appellatur hodieque, qui* CCC *pondo Hannibali subministravit in dies.* Plinio, *Hist. Nat.*, XXXIII, 6.

(8) «Tratado que el general Aníbal, Magon Mirkal y Barmokal, los senadores que están con ellos y todos los cartagineses que componen su ejército, han jurado con Jenofanes, hijo de Cleomaco de Atenas, enviado en calidad de embajador por el rey Filipo, hijo de Demetrio, por sí, los macedonios y sus aliados.

«Y lo han jurado en presencia de Júpiter, de Juno y de Apolo; del genio de Cartago, de Hércules y de Yolao; de Marte, de Triton, de Neptuno y de los dioses que con ellos combaten; en presencia del sol, de la luna, de la tierra, de los rios, de los prados y de las aguas; en presencia de todos los dioses que protejen á Cartago, y de todos aquellos que protejen la Macedonia y el resto de la Grecia, y de los dioses que presiden la guerra y que son testigos de este juramento.

«El general Aníbal, todos los senadores de Cartago que están cerca de él y todos los cartagineses que componen su ejército, con el consentimiento de los nuestros y de los vuestros, nos obligamos á jurar esta alianza de amistad y de paz, como amigos, aliados y hermanos.

«El rey Filipo, los macedonios y demás griegos, sus aliados, prestarán asistencia y ayuda al pueblo de los cartagineses, al general Aníbal y á todos los que le acompañan; á los súbditos de Cartago que reconocen unas mismas leyes, á los habitantes de Utica, á las ciudades y pueblos sometidos á los cartagineses, al ejército de los aliados, á todas las ciudades y pueblos con quienes estemos ligados en Italia, en la Céltica y en la Liguria, ó con aquellos que en este pais podamos aun trabar relaciones de amistad y alianza.

«Se concederá asimismo paz y asistencia al rey Filipo y á los demás griegos aliados con los cartagineses, por los habitantes de Utica, de todas las ciudades y paises sometidos á Cartago, sus aliados y generales, y por las ciudades y pueblos que en Italia, en la Céltica y en la Liguria sean ó deseen ser nuestros aliados.

«No nos sorprenderemos ni nos tenderemos lazos de una ú otra parte. Sereis enemigos de los que lo sean de Cartago

cual, cosa notable, estipuló en su propio nombre y en el de su ejército, ocupándose ménos de los intereses de Cartago que de los de Utica su rival. ¿Quién puede saber lo que este aventurero jefe meditaba?

Pero el mayor obstáculo que tuvo que combatir fué la indómita perseverancia de los romanos. Heridos de estupor al principio llegaron á abrigar el pensamiento de abandonar una patria fundada bajo tan funestos auspicios; y ya se habian reunido muchos jóvenes de las más nobles familias para trasladarse á otra parte, cuando el jóven Escipion les hizo desistir de tal proyecto, valiéndose de medios que parecieron buenos para volverles la confianza. Súpose que un tal Marcio, autor de una coleccion de versos proféticos del género de los de Nostradamo, habia predicho la verdad respecto de la batalla de Cannas; añadiendo además que era preciso para conquistar la paz instituir solemnes juegos todos los años en honor de Apolo. Habia tanta oscuridad en sus respuestas que se empleó un dia entero en comprenderlas; apresurándose por último á seguir su consejo. Se hizo además la ceremonia de preparar el lecho y la mesa á los dioses, y se prometió una primavera sagrada (9), hiciéronse revivir todas las supersticiones etruscas, llegando al estremo de enterrar vivos en el foro á dos griegos y á dos galos, como en las más criticas circunstancias.

Si tales muestras de abatimiento rejocijaron á Aníbal, mucho debia disminuirse su confianza con la contestacion dada al embajador que habia enviado para tratar de la paz y del rescate de los prisioneros; reducido á que Roma, no tenia necesidad de soldados que se dejaban cojer vivos, y que saliera aquella noche del territorio romano.

Habiéndose puesto después en venta el dominio sobre el cual tenia establecido Aníbal su campamento, se hicieron con tanto calor las pujas, como si el enemigo no se hubiera encontrado en Italia. Efectivamente, las fuerzas de Roma se multiplicaban en los reveses: se derramó á porfia dinero en las arcas públicas por los ciudadanos: todos los jóvenes de más de diez y siete años se alistaron en sus banderas: ocho mil esclavos que se presentaron voluntariamente fueron equipados con las armas quitadas antiguamente al enemigo. Nápoles ofreció cuarenta páteras de oro, de las cuales solo fué aceptada la de ménos peso: Hieron de Siracusa envió una Victoria de oro que pesaba trescientas veinte libras, trescientos modios de trigo, doscientos de cebada, y mil hombres armados de hondas; todo fué admitido. Por último, la direccion de los negocios fué de nuevo confiada á la valerosa prudencia de Fábio Máximo, quien los restableció contemporizando siempre (10).

La ociosidad, la molicie y la indisciplina debilitaban en Capua el ejército de Aníbal, que declinaba á medida que se recobraba Roma. Claudio Marcelo logró vencerle cerca de Nola, y así reanimó la confianza entre los guerreros romanos. Filipo, rey de Macedonia, llegado allí con el designio de talar la Italia, fué derrotado en Apolonia por el pretor Levino, y tornó á embarcarse con presteza para aplicar remedio á los embarazos que le suscitaba Roma en sus Estados (214); y esta enviaba por otro lado á Marcelo con el fin de castigar á Siracusa.

Toma de Siracusa.—Después de la muerte de Hieron II, que la habia gobernado cuerdamente, cayó bajo la tirania de Gerónimo, su nieto, de quien se libertó la nacion por medio de un asesinato. Siguiéronse grandes turbulencias, durante las cuales ciertos demagogos escitaron al pueblo contra Roma, en nombre de la independencia. De aquí resultó que Apio Claudio y Marcelo llegaron á sitiar la ciudad, aquel por tierra y este por mar. Vanamente hizo el gran matemático Arquímedes en defensa de su patria el uso más santo que puede hacer un hombre de sus conocimientos, y rechazó al enemigo con el auxilio de máquinas, al propio tiempo que incendiaba su escuadra con espejos.

Muerte de Arquímedes.—Se apoderó de la ciudad Marcelo, y la entregó al saqueo y á las llamas (212), y el mismo Arquímedes, que absorto en sus meditaciones estudiosas, no se habia apercibido del tumulto del asalto, fué muerto por un soldado.

Se hallaron en Siracusa más riquezas que las que se cogieron posteriormente dentro de la misma Cartago, y Roma se hermoseó con las estátuas y columnas trasladadas á su recinto desde la ciudad destruida. Llegaron los siracusanos á querellarse de que se habia castigado en ellos la fé quebrantada por sus tiranos, y solicitaron después de tan-

---

esceptuando á los reyes, ciudades y pueblos con quienes hubieseis contraido alianza. Seremos nosotros igualmente enemigos de los del rey Filipo, á escepcion de los reyes, ciudades y pueblos con quienes tengamos hecha alianza. Sereis asimismo nuestros aliados en la guerra contra los romanos, hasta que los dioses concedan la paz á vosotros ó á nosotros. Acudireis á nuestro socorro cuando haya necesidad y segun convengamos. Si nos favorecen los dioses en la guerra contra los romanos y piden éstos la paz, la haremos de manera que quedeis comprendidos en ella; y no les será permitido haceros la guerra. No podrán caer bajo la dominacion romana Corcira, Apolonia, Epidauro, Faros, Dimala, el pais de los partinianos y el de los atintanos. Devolverán á Demetrio de Faro todos los hombres de su nacion que se encuentren en su territorio. Si los romanos atacasen á uno ó á otro, nos asistiremos mútuamente segun la urgencia del caso, aconteciendo lo mismo si otros nos hiciesen la guerra, salvo siempre los reyes, ciudades y pueblos con quienes hayamos contraido alianza.

Y si juzgásemos á propósito escluir ó añadir cualquier cosa á este tratado, podremos hacerlo de comun acuerdo.» POLIBIO, VII, 3.

(9) *Lectisternium, ver sacrum,* TITO LIVIO, XXVII, 39; SILIO ITÁLICO, XV, 495; ARRIANO, *De bello hispan.*

(10) *Unus homo nobis cunctando restituit rem.* ENNIO.

tos padecimientos ser indemnizados al ménos con la restitucion de los despojos que les habian quitado. Apoyando su reclamacion Manlio Torcuato, esclamaba de este modo: *¡Qué diria Hieron si volviese á la vida, y, habiendo sido para nosotros tan fiel aliado, viera ahora su ciudad reducida á cenizas, y á Roma engalanada con sus despojos!* Respondió el senado que deploraba su infortunio, pero que Marcelo habia obrado con arreglo al derecho de la guerra (11), y la Sicilia fué sometida á la triste condicion de provincia.

Toma de Capua.—Entonces avanzaron los romanos contra Capua; después de haber hecho Aníbal prodigios por salvarla, ejecutó con habilidad maravillosa la retirada de su ejército cargado con el botin hácia la Daunia y la Lucania en las inmediaciones del estrecho (211). No teniendo ya esperanza de salvacion los voluptuosos ciudadanos de Capua, hicieron circular entorno de la mesa, después de un espléndido banquete, la copa envenenada que debia libertarles de la venganza de los romanos; luego unos se retiraron á su morada, otros permanecieron juntos y deleitándose hasta que cayeron muertos sucesivamente. Los que habian sobrevivido fueron inmolados judicialmente, en atencion á que habiéndose imputado á los capuanos un incendio que estalló poco después en Roma, se les puso en el tormento, y confesándose culpables fueron condenados al suplicio.

Ejército de España.—No quedaba, pues, á Aníbal más esperanza que el ejército de Asdrúbal su hermano; pero á éste le detenia la guerra no ménos viva, aunque no tan célebre, que se hacia en España. Los dos hermanos Publio y Cneo Cornelio Escipion habian encontrado á la Península irritada contra los cartagineses, en virtud de la dureza con que exigian los tributos y sacaban las tropas. Al propio tiempo hadia sublevaciones en ciertas comarcas, en las que habian sido muertos hasta quince mil soldados. Aquel estado de cosas facilitó las victorias alcanzadas desde luego por los Escipiones, quienes lograron hasta recuperar á Sagunto; pero fueron derrotados á su vez y perecieron ambos (212).

Publio Cornelio Escipion.—Este acontecimiento produjo tal impresion en Roma, que nadie se atrevia á pedir el mando vacante, cuando se presentó Publio Cornelio Escipion, que tenia solamente veinte y cuatro años, para vengar á su padre y á su tio. Este jóven, que debia recibir más tarde el sobrenombre de Africano, moderaba con la amabilidad, fruto de la educacion griega, el heroismo de los antiguos patricios. Se inclinaba en favor de la nobleza, si bien halagaba al pueblo á fin de sacar de él partido. Segun cumplia á su propósito sabia prevalerse ó reirse de las leyes, de la religion y de los tratados; era, en fin, uno de aquellos hombres, cuya popularidad y cuyo ejemplo son poderosos para producir la servidumbre de una ciudad libre.

Reanimó el valor abatido de las legiones, asegurándoles que Neptuno le ordenaba ir á través de las fuerzas cartaginesas á asediar á Cartagena, arsenal y granero del enemigo; la sitió y la tomó por asalto (210). Puso Escipion en planta la ley que prescribia á los romanos pasar á cuchillo, cuando penetraban en una ciudad, hombres y animales útiles, inclusos los perros (12). Dió libertad con las demostraciones más afables á los rehenes españoles que encontró dentro, así como á las mujeres, á quienes preservó de todo insulto; esto le grangeó en gran manera el afecto de los moradores del pais, como puede imaginarse fácilmente.

Asdrúbal en Italia.—Sin embargo, no pudo impedir á Asdrúbal que condujera un ejército á Italia (208). Este general, á quien llama Diodoro el más grande después de Aníbal, atravesó en una rápida marcha los Pirineos y los Alpes; ya Aníbal se regocijaba de su próximo arribo, cuando le fué arrojada su cabeza al campamento. Habia sido derrotado y muerto cerca de Sena.

De este modo trataban los descendientes de Rómulo al hermano de aquel *bárbaro*, que habiendo recibido mucho tiempo antes el cadáver de Sempronio Graco, vencido por Magon, en vez de dividirle en pedazos, como le aconsejaban los suyos, le habia honrado con magníficas exequias, enviándole después al campamento de los romanos.

No le restaba otro recurso á Aníbal que mantenerse á la defensiva, formándose una barrera con los Abruzos, barrera insuperable cuando está custodiada por hombres. Tan admirable fué la prudencia acreditada por Aníbal en los reveses, que llegó á imponer al enemigo hasta el punto de no osar atacarle, á pesar de lo debilitado y malparado que se encontraba su ejército.

Compuesto éste de mercenarios, gentes de todos los paises, diferentes entre sí en lenguaje, religion y costumbres, siguió no obstante respetándole, al revés de lo que suele acaecer cuando cambia la fortuna: no se amotinó contra su general, aun viéndose repelido á la estremidad de la Italia, que antes recorria victorioso, y careciendo de paga y hasta de víveres con frecuencia. Cartago intentó nuevamente enviarle socorros, haciendo desembarcar en Génova á su hermano Magon al frente de catorce mil hombres (205); éste se dió maña para atraer á sus filas á los ligurios, y aumentadas sus fuerzas, penetró en la Galia, donde se mantuvo largo tiempo: pero vencido al fin, fué otra vez llamado á su patria. Tambien enviaron los cartagineses á Himilcon á Sicilia; pero la guerra se arrastraba en todas partes lentamente, como sucede cuando ni en uno ni en otro bando hay osadia para intentar un golpe atrevido. Escipion era quien debia descargarlo.

---

(11) Tito Livio, XXVI, 25 y 26.

(12) Polibio, lib. I.

La marcha de Asdrúbal le habia facilitado la conquista de toda la España cartaginesa hasta Cádiz, y la victoria, que le habia sido fiel constantemente, le valió ser elegido cónsul antes de la edad requerida. Entonces pensó en ejecutar el único proyecto, capaz en su sentir de poner término á la guerra, un desembarco en Africa. A este fin habia ya celebrado una alianza con Sifax, rey de Numidia; pero se oponian á esta espedicion los antiguos generales de Roma, ora fuese por envidia, ora fuese por prudencia; y no sin gran trabajo obtuvo treinta galeras (13). Suplió á la mala voluntad del Senado el ardor de los italianos, deseosos de librarse de las devastaciones contínuas de las bandas de Aníbal. No teniendo ya que aguardar la libertad prometida, sacaron de sus arsenales los etruscos armas y aprestos, restos todavia riquísimos de su antigua grandeza. Populonia suministró hierro, Tarquinia telas, Arezzo 30,000 escudos, cascos, javelinas, dardos, cincuenta mil picas largas y todo cuanto se necesitaba de hachas, tablones, faginas, vasijas para el agua y utensilios diversos: los habitantes de Clusio, de Perusa y de Ruselas suministraron los abetos; de suerte que Escipion reunió en Sicilia un armamento formidable, y desembarcó en Africa, mientras aparentaba hallarse sumergido en el deleite y la molicie (204).

Escipion en Africa. Sofonisba. — Choca mucho que Cartago no le opusiera ninguna escuadra durante la travesia. Escipion halló que Sifax se habia puesto del lado de los cartagineses á instigacion de Sofonisba, hija de Asdrúbal Giscon, que empleaba su belleza en suscitar enemigos á Roma. Derrocóle Escipion del trono, restituyéndole á Masinisa, valeroso guerrero, que, después de haber cumplido ochenta años, permanecia á caballo un dia entero. Anhelante de tomar venganza de los que le habian arrebatado el reino que acababa de recuperar en aquel momento, no contribuyó poco este príncipe á la victoria que Escipion alcanzó al fin sobre los cartagineses. Habiendo caido Sifax en sus manos, le robó á Sofonisba, cuyos hechizos pudieron tanto con aquel anciano que la hizo su esposa. Airado Sifax persuadió á Escipion que ella no ejerceria ménos influjo sobre el corazon de Masinisa que el que habia ejercido sobre el suyo, y le induciria á hacer traicion á los romanos. Exigió el cónsul al rey númida que le fuese entregada; y éste, no osando negarla ni queriendo cederla, monta á caballo, va en su busca, le presenta la copa envenenada y se retira: *Os doy gracias por este regalo de boda*, esclama aquella mujer intrépida; y la apura. Masinisa puso de manifiesto su cadáver á los romanos que iban á buscarla, y Escipion ciñó á las sienes del númida la corona que habia merecido por el asesinato de una mujer (203).

Aníbal llamado por Cartago.—Viéndose Cartago estrechada por todas partes llamó á Aníbal y á Magon á su seno. ¡Con cuanto pesar no abandonaria Aníbal aquel hermoso pais que habia contemplado tanto tiempo como presa suya! Habíalo recorrido por espacio de diez y seis años, saqueándolo y devastándolo á su tránsito y reduciendo al ultimo apuro así á amigos como á enemigos; esterminando las familias que le hacian traicion ó á quienes temia, ó á aquellas cuyas riquezas codiciaba para mantener á sus mercenarios. En el momento mismo de abandonarlo fingió querer inspeccionar las fortalezas de sus aliados y envió comisionados para que espulsaran y saquearan á los ciudadanos; y los que intentaron resistir á exacciones tan indebidas, fueron víctimas de sangrientas violencias.

Hubiera querido llevar al Africa cerca de veinte mil italianos que peleaban bajo sus banderas, mas como se negasen á ello todos, á escepcion de los reos de delito capital, hizo á aquellos esclavos de estos; pero avergonzándose de verse convertidos en carceleros de sus hermanos, juntó Aníbal á aquellos resíduos de auxiliares indígenas, cuatro mil caballos y gran número de acémilas, é hizo de todo una horrible matanza (14).

Tales eran las huellas que dejaba Aníbal en pos de sí, para señalar su paso (15). Apenas recibió Cartago dentro de sus muros al gran general recobró todo su aplomo: rompió la tregua jurada, maltrató los bajeles romanos impelidos por la tempestad á la costa, y estuvo á punto de dar mala cuenta de los embajadores que habian llegado en demanda de una reparacion. No obstante, Aníbal no tenia prisa de vencer; y respondia á los que le estrechaban á presentar batalla que se cuidasen de lo que les atañia; pues lo de saber si convenia maniobrar ó no moverse, era de su esclusiva incumbencia. En una conferencia con Escipion le ofreció la cesion de la Sicilia, de la Cerdeña y de la España. Escipion se negó á ello (202): vinieron á las manos en Zama; y aun cuando los celtas y los ligurios, que componian la tercera parte del ejército púnico, combatieron con toda la animosidad de la raza gala contra la nacion romana (16), Aníbal fué vencido.

Paz, 201.—Entonces prevaleció la opinion de los que querian entrar en convenios, y celebraron la paz bajo las siguientes estipulaciones: Cartago con-

---

(13) Appiano las reduce á diez solamente, y esas suministradas por donativos voluntarios. Χρήματα οὐκ ἔδωκαν πλὴν εἴ τις ἤθελε τῷ Σκιπίωνι κατὰ φιλίαν συμφέρειν. VIII, 7.

(14) Esta carniceria se halla narrada por Diodoro en sus fragmentos (lib. XXVII, 3) y por Apiano: Tito Livio no habla de ella como tampoco de otras muchas.

(15) Entre Catanzaro y Crotona se ostenta la *torre de Aníbal*, donde la tradicion supone que se embarcó.

(16) Τὸ τρίτον τῆς στρατιᾶς Κέλτοι καὶ Λίγυες La tercera parte del ejército se componia de celtas y de ligurios. APIANO.

Galli proprio atque insito in Romanos odio incenduntur. TITO LIVIO, XXX, 33.

servaba su territorio y su gobierno, entregando todos sus elefantes y todas sus naves, á escepcion de los triremes; se obligaba á pagar 10,000 talentos en el término de cincuenta años; á no emprender ninguna guerra sin el beneplácito de Roma; á restituir á Masinisa todo lo que habian poseido sus progenitores y á dar cien rehenes.

Esta era una de aquellas paces que vulneran la soberania de un pueblo. Cartago vió como se le arrebataban las quinientas naves con que no habia sabido estorbar el desembarco de Escipion: tuvo necesidad de permitir á sus puertas la vecindad del turbulento Masinisa, ocupado de contínuo en dañarla, sin que le fuera lícito declararle guerra. Cuando el embajador cartaginés se presentó en Roma para solicitar la sancion del tratado, un senador le hizo la siguiente pregunta: *¿A qué dioses invocareis ahora en testimonio, después de haber sido perjuros á todos?—A aquellos,* respondió el cartaginés, *que con tanto rigor nos han castigado.* ¡Muy humillada se sentia Cartago!

Reformas de Aníbal.—El despecho de semejante humillacion elevó á la cumbre del poder á Aníbal, que fué el único que permaneció en pié, cuando todos yacian abatidos entorno suyo. Seis mil quinientos mercenarios, habituados á vencer á y vivir del botin bajo sus órdenes en España y en Italia, le hacian señor absoluto dentro de la desarmada Cartago. Se hizo, pues, nombrar sufeto, y emprendió la reforma del gobierno. Viendo que la *gerusia* se habia arrogado un poder tiránico sobre las haciendas y las personas, de perpétuas que eran hizo anuales las magistraturas. Escarneciendo á aquellos mercaderes que se desconsolaban por tener que pagar el primer plazo del tributo impuesto, mucho más de lo que se habian desconsolado al ser incendiada su escuadra, mejoró la administracion de las rentas, recobró los antiguos créditos, ordenó que volviera al fisco el dinero mal adquirido y probó que las represiones de los concusionarios pueden producir más que un nuevo impuesto. Hizo redundar en su provecho la ociosidad de sus soldados, empleándoles en plantar olivos y en otros trabajos de la tierra, con la esperanza de que la agricultura y el comercio ayudaran á ingerir nueva sangre en las venas agotadas de Cartago, á la que queria convertir en centro de una grande coalicion contra Roma.

CAPÍTULO X

GUERRAS DE ROMA EN EUROPA Y EN ASIA.

Roma se entregaba al orgulloso júbilo de una gran victoria. Si habia visto durante una larga guerra devastados por Aníbal su territorio y el de sus aliados, acababa de asegurar su dominacion en toda Italia, en los mares y en provincias florecientes (1). En lo interior habia adquirido el Senado la preponderancia que todo gobierno suele adquirir en tiempo de guerra, y con la guerra queria conservarla. Aplicábanse, pues, los hombres de Estado a dirigir con destreza el brazo de los valientes defensores de la patria. Cuando el arte militar habia decaido en los demás paises al pasar á manos de mercenarios, ó no teniendo otras reglas que el ímpetu desordenado de la muchedumbre en unas partes y el capricho de los tiranos en otras, para Roma consistia ménos en ganar batallas que en preparar poco á poco victorias con ayuda de una intervencion pacífica, de diestras intrigas, de una constancia artificiosa, ora para impedir, ora para disolver todas las coaliciones que la envidia ó el amor de la independencia procuraban oponer á sus conquistas.

España.—Roma tenia que combatir en Oriente y en Occidente á muy diversos enemigos. Desde el año 206 formaba España dos provincias romanas, la Citerior y la Ulterior. Vencida, pero no domeñada, se alzaba otra vez con la férrea constancia de aquellos caractéres indomables contra su dominadora. ¿Debe causar asombro que se insurreccionaran gentes de este calibre y esterminaran al pretor Sempronio Tuditano y su ejército todo?

Galia.—Magon habia dejado en la Galia Cisalpina á un guerrero esperimentado, llamado Amílcar, que preferia una vida agitada en medio de los enemigos de Roma á la tranquilidad sin gloria de que hubiera podido gozar en Cartago. Supo escitar de tal modo á los cisalpinos, que boyos, insubrios, chenomanos y ligurios se ligaron mútuamente, incendiaron la colonia de Plasencia y amenazaron á Cremona (200); pero fueron vencidos bajo los muros de esta última ciudad por Lucio Furio y pereció el mismo Amílcar peleando. La suerte de la guerra varió en los años siguientes. Resuelta después Roma á acabar con ella invadió á la vez por una parte la Liguria y por otra la Insubria (197); pero le fué de suma utilidad ganar á los ávidos chenomanos, que en el furor del combate se pasaron á los romanos causando la total derrota de los galos (196). No bastó este revés á subyugar á los boyos y los insubrios; diéronse aun grandes combates antes que Claudio Marcelo se apoderase de Como y de veinte y ocho cercanos fuertes, de los cuales sacó un inmenso botin que llevó á Roma. Fueron enviados aun tres ejércitos más contra ellos en el trascurso de los años siguientes. Uniendo á la disciplina el encarnizamiento del odio nacional, asolaban todo el pais. Era tal el estrago (192), que algunos de los más ricos habitantes iban á refugiarse al lado de los mismos romanos, donde por lo comun sufrian los más horrendos ultrajes. Un mancebo objeto de los vergonzosos amores de Lucio Quincio Flaminino se quejaba de haber tenido que abandonar á Roma por seguirle en la víspera de una lucha de gladiadores, espectáculo que le divertia mucho. Estaban aun ambos en la mesa haciendo ostentacion de escesos y obscenidades, cuando se anuncia á Flaminino que acaba de llegar un jefe de boyos con su familia. Es introducido acompañado de los suyos; espone su peti-

(1) El tiempo de la mayor poblacion de Italia fué entre la primera y segunda guerras púnicas, contando cerca de 22 millones como en 1840. En el II siglo de J. C. el imperio contaba 45 millones de habitantes en Europa, 28 en Asia y 16 ó 18 en Africa.

cion y reclama proteccion y hospitalidad. Un pensamiento terrible se apodera de la imaginacion de Flaminino, y volviéndose hácia su favorito:—«Me has sacrificado, dice, el placer de una lucha de gladiadores; voy á recompensarte con el espectáculo de la muerte de estos galos.»—Al decir estas palabras blandiendo su espada hiere á los galos, quienes invocando en vano la fe divina y humana caen asesinados. Ocho años se pasaron y solo bajo la censura del severo Caton fué cuando se pidió cuenta á Flaminino de este hecho.

Júzguese de que modo obraria la soldadesca procediendo el cónsul de esta manera y dígase á cual de los dos bandos cuadraba el epíteto de bárbaro. Escipion Nasica mató un dia á veinte mil boyos, y á tres mil los cogió prisioneros. Cuando pidió al Senado los honores del triunfo, se jactó de no haber dejado con vida en el pais más que á los niños y á los ancianos, é hizo marchar detrás de su carro á los más nobles prisioneros galos, confundidos con los caballos: este era el hombre que por su virtud habia sido recompensado. Entonces depositó en el tesoro de la república mil cuatrocientos setenta collares de oro, doscientas cuarenta y cinco libras del mismo metal, dos mil trescientas cuarenta libras de plata en barras y en vasijas de fábrica gala; por último doscientos treinta mil monedas de plata. Enviado como cónsul acto contínuo á Galia Cisalpina para poner remate á su obra, ocupó á mano armada el territorio confiscado (191); pero inspiraron tal horror las enseñas romanas, que los débiles resíduos de ciento doce tribus boyas prefirieron emigrar y se trasladaron á la confluencia del Danubio y del Sava. A la sazon quedó raido del suelo italiano hasta el nombre de los boyos, de los lingones, de los anamanos. Poblâronse de nuevo las colonias de Plasencia, Cremona y Módena, fundándose las de Parma y Bolonia. Sometiéronse al yugo los insubrios; recibieron los chenomanos el precio de su perfidia; tambien cedieron los vénetos; resistieron más tiempo los ligurios á las fechorias de los romanos, aunque al fin sucumbieron á la fuerza (187).

Habian ocupado los galos la alta Italia por espacio de cuatrocientos años desde el tiempo de Beloveso. Desde entonces formó el pais la provincia de la Galia Cisalpina ó *Togata*, y Roma declaró que la naturaleza habia levantado los Alpes entre los italianos y los galos: ¡desventurados de estos si tenian la osadia de volver á salvar aquellos montes!

La opresion sublevó todavia varias veces á los galos cisalpinos y especialmente á los salasios que habitaban en el nacimiento del Po, y que en una de estas sublevaciones derrotaron á Apio Claudio Pulcro, si bien éste con sagradas ceremonias reanimó el valor de sus soldados y reparó su derrota. Cuando solicitó los honores del triunfo le fueron negados; y por quererlo celebrar á pesar de tal negativa, un tribuno le impidió que subiera al Capitolio; pero su hija, que era vestal, subió con él al carro, y así nadie se atrevió á oponerse á su paso; por lo que ella fué alabada y su padre censurado.

Oriente.—Por lo que hace á Oriente hemos visto agruparse en ligás los pequeños y turbulentos Estados de la Grecia, como tambien las grandes potencias del Asia. Habiéndose aliado Macedonia y Siria contra Egipto, esta nacion se acercó á los romanos, cuya amistad era codiciada tanto por el rey de Pérgamo, como por Rodas y la liga etolia. Tan pobres de fuerzas como opulentos de pretensiones, los etolios se colocaban al nivel de Roma; lisonjeábanse los rodios de tener la balanza entre esta y Macedonia. Donde quiera se ocultaba una inmensa corrupcion bajo la apariencia de la urbanidad, de las letras y de las bellas artes; de tantas mortíferas guerras habia salido un gobierno tan inmoral como inícuo. Mas para que los Estados puedan ser inícuos con toda seguridad se necesita que sean fuertes; y mientras estos eran pequeños y dependientes ó bien siendo grandes estaban compuestos de elementos heterogéneos, siempre con propension á desunirse, apenas se sostenian con tropas europeas enervadas en la muelle Asia.

Macedonia.—Filipo III, rey de Macedonia, habia dictado á los aliados la paz en Naupacto (página 107) para aprestarse á la guerra y equipar una escuadra contra Rodas y el rey de Pérgamo, intentando proteger la costa de Tracia, único paso para penetrar hasta la Macedonia. Cuando los aqueos reclamaron su ayuda contra la liga etolia, pudo colocarse al frente de la Grecia y reunir ambas ligas contra los romanos; y los veinte y ocho Estados griegos habrian podido resistir á la conquistadora poniéndose bajo la autoridad militar de Macedonia. Pero estos tenian celos de la antigua dominadora; y hasta Filipo mismo, á pesar de ser político delicado y de genial suave, fué corrompido por los aduladores. En vez de captarse la voluntad de los dos bandos, se la enagenó con innobles desafueros.

Muerte de Arato.—Deshonró á la familia de Arato, luego envenenó á este general cuando era por la décima séptima vez pretor de los aqueos (213). Tentó mandar asesinar á Filopemenes, se apoderó en fin por traicion de Itoma, lo cual determinó á los etolios y á los espartanos á implorar en contra suya el auxilio de los romanos.

Allí encontraba Roma uno de aquellos pretestos que buscaba de contínuo para abrazar el partido de los débiles y para combatir á los fuertes, siempre que le redundaba en provecho. Cuando el pueblo romano entendió que se le proponia una nueva espedicion contra Filipo de Macedonia, tras diez y seis años de sangrientas lides, se mostró mal dispuesto y se negaron á ella treinta y cinco tribus (201). Pero al Senado le importaba mucho conservar peleando el poder dictatorial que habia adquirido con la guerra; le convenia que los indóciles hijos de aquellos antiguos plebeyos, que guardaban memoria del Aventino y del Monte Sacro, perecieran en la lucha y cedieran el puesto á los lati-

nos, á los italianos, á los libertos, poblacion nueva y más fácil de manejar. Prevaleció, pues, el Senado y mandó dar principio á las hostilidades (200), y fiel á su sistema, quiso atacar al enemigo en el corazon de sus Estados; pero las escarpadas montañas que prestaban abrigo á la Macedonia, defendida por los infantes del Epiro y por la caballeria tesaliana, le hicieron pagar cara su tentativa.

Tito Quincio Flaminino.—Tito Quincio Flaminino vió más claro el partido que debia seguir. Era uno de aquellos hombres de guerra, á quienes inicia en las estratagemas políticas el ejercicio de las armas; leon ó zorra, segun cumplia á su designio, empleaba á los pueblos y á los individuos para el mejor logro de sus fines. Sus predecesores habian tenido costumbre de pasar casi todo el año de su consulado en disfrutar de los honores civiles; luego cuando estaban próximas á espirar sus funciones empezaban la guerra con la intencion de que se prorogara su mando, á fin de que pudiesen terminarla. Por el contrario, Flaminino desdeñando las prerogativas de la ciudad, marchó al punto al combate al frente de gran número de soldados, que á las órdenes de Escipion, y contra Aníbal y Asdrúbal, se habian amaestrado en el ejercicio de las armas (198).

Convencido de que el arsenal, el granero y el tesoro de Filipo era la misma Grecia, comprendió que á ella convenia dirigir el ataque, si bien no á mano armada, sino como hizo luego el general Bonaparte esclamando desde Querasco: *Pueblo de Italia, venimos á romper vuestras cadenas; nuestros enemigos son vuestros tiranos.* Flaminino se anunció prometiendo la libertad y como enviado por una república á fin de restablecer gobiernos de esta especie en toda la Grecia: evocaba los recuerdos del antiguo heroismo, invitando á los griegos á mostrarse tales como habian sido. Prestábanle asenso los griegos, y él riéndose de su credulidad no desperdiciaba la ocasion de aprovecharla. Adelantándose hácia Tebas para hacerse dueño de ella, sus principales ciudadanos le salian al encuentro: Flaminino les acoge con grandes demostraciones, les abraza y conversando familiarmente, prosigue su marcha y penetra en Tebas, donde suprime la libertad tan mal guardada por los beocios. Un traidor le abre paso para entrar en Macedonia, y en breve arranca el Epiro á Filipo, negándose los aqueos á asistirle como él mismo lo hiciera ántes. Se separan de la alianza de Filipo Fócide, Eubea, Beocia; irritadas las grandes ciudades de Tesalia de que por defender el pais arruinase las ciudades pequeñas, se declaran por los romanos; de suerte que Filipo ascendido al trono en tan favorable coyuntura para realzar la Grecia y el nombre macedonio, circundado desde ahora por una política esencialmente nueva, no procede más que á la aventura, alternativamente humilde, arrogante, temerario, y sin aliento. Flaminino le presenta al fin batalla (197), y la terrible falange macedonia se halla frente á frente de la legion romana. Aquella era robustísima teniendo diez y seis hombres de fondo, por lo cual era de efecto seguro en las llanuras y pueblos que solo confiaban en la caballeria; mientras que la legion romana era ténue, pero más flexible, de modo que podia adaptarse á los diferentes terrenos. Los romanos podian esquivar las posiciones tomadas por la falange, la cual en cambio difícilmente podia evitar las que no le convenian. Conocióronlo así los romanos y la atrajeron siempre á donde no les sirviese su compacto vigor; y así Flaminino aceptó la batalla cerca de las colinas de Cinocéfalos, cuyas desigualdades ponen obstáculos á la union de la falange, y permiten á la legion móvil y divisible penetrar en los huecos de aquella destruyendo así la táctica antigua.

Filipo solicita entonces entrar en negociaciones. Como se hubiese prometido á los etolios que les pertenecerian todas las ciudades tomadas, insistian á fin de que aquel rey fuese esterminado; más Flaminino, atento á estorbar su preponderancia, pretende que seria inoportuno destruir tan firme barrera contra los tracios y los galos, habla de humanidad, de generosidad, de respeto á los vencidos, declarando que bastaba á Roma haber restituido su libertad á la Grecia. Redujéronse, pues, las condiciones de la paz á que los diferentes Estados del Asia y de la Europa continuaran independientes; Filipo retiraria de allí sus guarniciones, entregaria toda su escuadra, no conservando más que 500 marinos armados; no emprenderia fuera de Macedonia ninguna guerra sin el consentimiento de Roma; pagaria una suma de 1,000 talentos, y daria en rehenes su hijo Demetrio.

Así no sacaron los etolios ningun fruto de la victoria que habian proporcionado. Su despecho les indujo á revelar á los griegos los secretos designios de Roma; decian en alta voz que aquello no era ser libres, sino arrastrar una cadena ménos pesada, y tenerla al cuello en vez de tenerla en los piés; pero los griegos tenian mucha más confianza en Flaminino, que hablaba su idioma con toda pureza, componia en griego epígramas contra los etolios, y suspendia en Delfos un escudo con una inscripcion que hacia descender de Eneas á los romanos.

Proclamacion de la libertad.—En el momento en que el sagaz caudillo presidia los juegos ístmicos, mandó que un heraldo proclamara el siguiente decreto (196): *El Senado y el pueblo romano y el proconsul Quincio Flaminino, vencedor de Filipo y los macedonios, declaran libres y exentos de tributos á los corintios, focidios, eubeos, locrios, ftiotas, magnesios, aqueos, tesalianos y perrebios.*

¿Quién es capaz de describir el alborozo de los griegos al anunciarles que su libertad les era restituida? Pidieron que se repitiera la lectura del decreto, osando apenas dar crédito á sus propios oidos, y estallaron aclamaciones tan ruidosas, que es fama haberse visto caer revoloteando por los aires algunos cuervos aturdidos por tan súbitos clamores. Flaminino corrió riesgo de morir sofo-

cado. Todo se volvió abrazos, banquetes, orgias; hubo tambien competencia de odas y de epigramas (2), dedicáronse trípodes al héroe de la raza de Eneas así como á los descendientes del mismo Eneas; se ofrecieron sacrificios en honor de Tito y de Hércules, de Tito y de Apolo Délfico. Por espacio de muchos siglos hacia un sacerdote de Flaminino libaciones sobre el ara, entonando este himno: *Veneremos la fé sin mácula de los romanos, juremos conservarles eterna memoria; cantad ¡oh musas, al grandísimo Júpiter, á Roma, Tito y la fé romana! ¡Oh Apolo curador! ¡Oh Tito salvador!*

La más grata recompesa que recibió el cónsul, fué la entrega que le hicieron los aqueos de mil doscientos romanos redimidos por ellos á razon de cinco minas por cabeza, los cuales habian caido prisioneros en la guerra de Aníbal, y vendidos como esclavos gemian en el territorio da la Grecia: lisonjeábales no ménos ver á sus hijos y á sus hermanos saludados con el título de libertadores (3).

---

(2) *Huc tulit arma olim Xerses a Perside; eodem*
Huc Titus arma tulit nuper ab Ausonia.
Ille jugum cupiens Grajis imponere; Grajûm
Imposito cupiens colla lavare jugo.
Ανθολ. I. 5, 24.

Y en nuestros dias comparando á Bonaparte con Aníbal se cantó:

Tú de la tierra italiana
eres odiado destructor
y nuestro afecto te gana
el ser su libertador.

El paralelo entre Flaminino y Napoleon entre los romanos en Grecia y los franceses en la Cisalpina fué hecho en un opúsculo de Victor Barzoni, que en su tiempo movió algun ruido.

(3) Esta felicidad imprevista para su patria hace deponer á Polibio la frialdad habitual de su relato: «Habiendo llegado el tiempo de los juegos ístmicos acudian allí los hombres más ilustres de toda la tierra en espectativa de lo que aconteciera; platicóse mucho durante toda la solemnidad de las circunstancias presentes. Unos decian que era imposible que los romanos se alejasen de ciertas posiciones y de ciertas ciudades; otros afirmaban que abandonarian los lugares más renombrados y ocuparian los que estuviesen ménos en evidencia, si bien con la certidumbre de encontrar en ellos las mismas ventajas: cada cual designaba á su interlocutor aquellos lugares, y esto daba pábulo á infinitas conversaciones. En el momento en que se entregaban todos á tales incertidumbres, se hallaba reunida la multitud en el estadio para ver los juegos, salió al frente el heraldo, y después de imponer silencio al pueblo tocando la trompeta, leyó el siguiente edicto. «El Senado de los romanos y el procónsul Tito Quincio Flaminino, habiendo vencido en guerra á Filipo y á los macedonios, declaran libres y exentos de guarniciones y tributos, y hábiles para gobernarse por las leyes de su patria, á los corintios, á los focidios, á los locrios, á los eubeos, á los aqueos, á los ftiotas, á los magnesios, á los tesalianos y á los perrebios.» Habiendo roto un estrepitoso aplauso al oirse las primeras palabras, no habian comprendido algunos el edicto, otros querian que se leyera de nuevo; pero el mayor número se resistia á creerlo, y se figuraba haber oido aquellas palabras como en sueños, visto lo estraordinario del caso. Reproduciéndose en todos el mismo ímpetu espansivo, esclamaban á unánimes voces, que se mandase al heraldo adelantarse con la trompeta al centro del estadio y fuesen repetidas las mismas palabras. Se queria, en mi concepto, no solo oir, sino ver al que hablaba, pues no podian dar fe á ló que habia sido pronunciado. Pero cuando el heraldo, avanzanzando de nuevo y apaciguando el tumulto con el auxilio de la trompeta, repitió en los mismos términos lo que habia dicho precedentemente, estalló un aplauso como no puede imaginarse el que lee actualmente este hecho. Cuando terminó el aplauso, nadie fijó ya la atencion en los atletas, antes bien todos discurrian, unos para sí, otros con los que tenian al lado, cual si estuvieran fuera de juicio. Al concluir los juegos fué tan escesivo el júbilo, que Tito estuvo á punto de morir agobiado por los que le cercaban dándole gracias. Efectivamente, éstos querian saludar á su libertador y verle cara á cara, aquellos se esforzaban en tocarle la mano, muchos le echaban coronas y cintas; de manera que por todas partes se veia acosado. Y sin embargo, el agradecimiento no parecia escesivo comparado á la grandeza de la accion; porque admiraba ver á los romanos y á su general Tito tomar resolucion semejante, después de haber soportado todo el gasto y de haber corrido todo el peligro para asegurar la libertad de los griegos. Tambien era mucho haber empleado fuerzas proporcionadas á la empresa. Lo mejor del caso era que lejos de oponerse la fortuna á aquel designio, todo lo habia favorecido, y por el contrario, pues una sola proclama habia bastado para que fuesen libres todos los griegos que moraban en Asia y Europa, exentos de guarniciones y de tributos, y hábiles para gobernarse por sus propias leyes.» *Fragmentos*, lib. XVIII, 29.

Aquel afortunado y ladino capitan retiró sus guarniciones de las fortalezas de Corinto, de Calcis y de Demetriada y prometió no dejar en Grecia un soldado romano. Sin embargo, negóse á libertar á Esparta del tirano Nabis, y aun prestó ayuda á este contra los aqueos y á Filipo contra los etolios. Querer que cada ciudad conservase sus leyes propias, era mantenerlas desunidas, á fin de poderlas avasallar fácilmente y á su albedrio; era tambien estorbar que adquiriera robustez la liga aquea; empresa tanto más cómoda cuanto que cada una de las ciudades vió formarse en su seno un partido favorable á los romanos contra otro que les fué siempre adverso. Bastaba el simple buen sentido para apercibirse de que no habia recuperado la libertad Grecia, pues todo se reducia á haber pasado de la dominacion macedónica á la romana.

Roma habia arrancado su escuadra á Grecia como se la habia quitado á Cartago, realizando así de dia en dia el proyecto de dominar los mares, sin tener una marina considerable y continuando potencia continental.

Entretanto los etolios, poco inclinados por su índole al reposo, manifestaban recelos de que los romanos diferian retirar enteramente sus tropas de la Grecia libertada, y tentaron apoderarse de Esparta, de Calcis y de Demetriada (195). No causó este movimiento poca inquietud á los romanos, atendido á que, habiéndose insurreccionado en la

misma época los españoles, habian obligado al pretor Caton á dar nuevos combates, que tuvieron por resultado la toma de cuatrocientas ciudades, cuyas fortificaciones fueron desmanteladas; y por otra parte los boyos y los ligurios oponian aun resistencia en los Alpes y hacian pagar cara la victoria á sus enemigos.

Probablemente atizaba aquellos focos de rebelion Aníbal, que deseando inspirar á todos su odio contra Roma, procuraba formar una coalicion entre Cartago, la Siria y quizá tambien la Macedonia, á que se hubieran reunido los pequeños Estados de Grecia, desengañados de las promesas romanas y persuadidos desde entonces de que la libertad no se recibe en donacion, sino que es menester conquistarla.

Antíoco III.—Las ciudades libres de Grecia pretendieron que las franquicias otorgadas por los romanos debian hacerse estensivas á las ciudades libres del Asia, especialmente á las que pertenecian á Antíoco III. Este sostenia por el contrario que nadie tenia derecho de mezclarse en los asuntos del Asia. Habia adquirido el sobrenombre de Grande no tanto por sus triunfos militares como por su liberalidad y su clemencia, y especialmente por la prudencia con que se condujera hasta la edad de cincuenta años; mas entonces cayó en una irresolucion pusilánime que fué para él orígen de grandes desastres. Cuando alegando antiguas pretensiones ocupó el Quersoneso de Tracia, los romanos accediendo á la demanda de Esmirna, de Lampsaco y del rey de Egipto, le intimaron que no pusiera el pié en Europa; pero imbuido por consejeros que, estraños á los negocios esteriores, juzgaban de Roma por el Oriente, les respondió que no se ocupaba de Italia y que procedieran ellos del mismo modo con sus Estados. Suponiendo cercana la muerte de Tolomeo Filopator, alargaba ya la mano hácia la Celesiria, la Fenicia y el Egipto. Se acrecentó aun más su ardor cuando inquietado Aníbal por los romanos en su patria, se refugió á su lado. Meditaba á la sazon el gran aventurero una alianza entre Antíoco, Filipo de Macedonia y Cartago; alianza que debia hacerle tornar con un ejército á Italia. Con este pensamiento envió á Cartago un tirio, que se presentó allí como negociante, y no dándose á conocer más que á los amigos de Aníbal, les comunicaba de viva voz lo que era peligroso confiar á la escritura; mas descubierto este agente tuvo que apelar á la fuga, y los tímidos cartagineses renovaron con este motivo las protestas de sumision á su orgullosa dominadora.

Afortunadamente para Roma no se fiaba Antíoco de Aníbal, ya porque fuese incapaz de comprender su genio, ya porque le faltara paciencia para sufrir las recriminaciones de aquel adalid severo, que le veia despechado arrastrar en pos de sí un tropel de esclavos, y soñar triunfos, cabalgando en un elefante y en medio de seductoras mujeres (193). De buen grado prestó oidos el rey de Siria á los etolios, que deseando atraer la guerra á Grecia á fin de esplotarla en su provecho, le aseguraban que los pueblos se levantarian en su favor por todas partes, y él prometia cubrir los mares con sus bajeles; pero no decia verdad ninguno de los dos contratantes. Antíoco no llevó más que diez mil soldados á Grecia; los etolios y Nabis, tirano de Esparta, fueron los únicos que se presentaron en la palestra; tuvieron los romanos sobrado tiempo para llegar á aquel punto, batirlos en detalle y mandar quitar la vida á Nabis.

Antíoco adoptaba el sistema más funesto, el de la incertidumbre. Tan pronto distinguia á Aníbal con su confianza, como convenia en que los romanos eran invencibles dondé quiera ménos en Italia, como prestaba oidos á los que le inspiraban desconfianza respecto del general de Cartago. Aspiraba á proporcionarse nuevos aliados; y á pesar de esto hizo valer añejas pretensiones á la corona de Macedonia, que le enagenaron el afecto de Filipo. Este, demasiado irresoluto para prevalerse de aquellas disensiones en ventaja de la Grecia y para engrandecimiento de su reino, abrió paso por tierra á los romanos; facilitáronselo por mar las naves del rey de Pérgamo y de los rodios; y en el momento en que los aduladores de Antíoco le aseguraban que los romanos jamás entrarian en Grecia, vióles aparecer amenazadores. Derrotado en las Termópilas y en los mares de Jonia, Glabrion le espulsó de Grecia, dejándole reducido por último á una guerra defensiva (191).

Sucediéronse los reveses hasta tal punto, que Antíoco decia que un dios le habia echado un velo sobre los ojos. Prusias y Eumenes no cesaban de engrandecerse á su costa; y Aníbal, cuyos consejos se oian tarde ó se seguian de mala manera, se esforzaba vanamente por reparar tantos desastres. Lucio Escipion, nombrado por el Africano para el mando del ejército de Asia, avanzaba con la esperanza de ser su segundo. Después de haber cruzado el Helesponto, se detenia en Troya para venerar allí la cuna de su nacion y hacer sacrificios en Ilion, cuyos moradores eran tan pobres, que ni siquiera tenian para cubrir sus casas de tejas.

Habiendo caido el hijo de Escipion en poder de Antíoco, este rey se lo envió á su padre sin obtener por esto mejores condiciones. Juntó en fin todas sus fuerzas en Magnesia al pié del monte Sipilo: podia decirse que aquel era el último esfuerzo del Oriente contra la reaccion occidental. Componian el ejército de Antioco diez y seis mil hombres armados á lo macedonio, mil quinientos galatas, ginetes y coraceros medos, argiráspidas, arqueros escitas y micios, cirteos, elimeos, tracios, capadocios, cretenses, árabes montados en dromedarios, cincuenta y dos elefantes de la India, mucho más grandes y vigorosos que los de Africa, y por último, un gran número de carros falcados (190). Pero los romanos y especialmente Eumenes II, rey de Pérgamo, suplieron al número á fuerza de valor y destreza. Derrotaron completamente á Antíoco,

matándole cincuenta mil hombres y haciéndole ciento noventa mil prisioneros.

Esta derrota abatió para siempre el poder de Siria (188). Al conceder Roma la paz á su soberano se propuso no tanto espulsarle del Asia y más acá del Tauro, como debilitarle y mantenerle en una absoluta dependencia: este fué principalmente su objeto al obligarle á pagar en doce años la suma de 12,000 talentos, y además la de 350 á Eumenes, rey de Pérgamo; á entregar todos sus elefantes y todos sus bajeles; á dar en rehenes su propio hijo y el etolio Toante. Se le impuso además la obligacion de entregar á Aníbal (4); y tal vez no consistió en él no dar cumplimiento á esta condicion, padron de ignominia para la diplomacia de los que poco antes habian denunciado á Pirro el envenenamiento meditado por su médico (5).

(4) Preténdese que en esta ocasion tuvieron Aníbal y Escipion una conferencia en Efeso, y que habiendo preguntado este último al desterrado cartaginés cual era el más gran capitan, en su concepto.—«Alejandro, dijo, que con tan poca gente deshizo ejércitos innumerables.»—¿Y después?—«Pirro que enseñó antes que otro alguno el arte de los campamentos.»—¿Y cuál es el tercero?—«Yo.»—A lo que hubo de reponer Escipion picado de esta respuesta:—¿Y qué dirias si me hubieras vencido?—«Entonces me hubiera colocado antes de Alejandro, de Pirro y de cualquier otro general.»

(5) Las cláusulas del tratado eran estas poco más ó ménos: «Habrá amistad perpétua entre Antíoco y los romanos, á condicion de que él ejecute los artículos de este tratado. Ni el rey Antíoco ni sus generales cederán paso por su territorio á los enemigos de Roma y de sus aliados, ni les suministrarán nada de lo que necesitaren. Lo mismo harán Roma y sus aliados con Antíoco y sus subalternos. Antíoco no hará la guerra á los insulares ni á los europeos, evacuará las ciudades, los campos, las aldeas y fuertes más acá del monte Tauro hasta el rio Halis, y desde el valle del Tauro hasta la vertiente de este monte por el lado de Licaonia; nada se llevarian los soldados además de sus armas, y si por casualidad habian quitado alguna cosa, seria devuelta á las ciudades evacuadas. No daria asilo á ningun súbdito ó soldado del rey Eumenes. Si se encontraban en el ejército de Antíoco algunos ciudadanos de las ciudades que habia entregado á los romanos, haria que fueran conducidos á Apamea. Si algunos habitantes de los Estados de Antíoco se hallaban entre los romanos ó sus aliados, serian árbitros de irse ó de quedarse. Antíoco se obligaba por sí y por sus generales á restituir los esclavos de los romanos y de sus aliados, los prisioneros, los desertores, y todos los que se encontraran en su poder de cualquier modo que fuese. Antíoco debia entregar en cuanto le fuese posible á Aníbal, hijo de Amílcar, cartaginés; á Emasiloco, acarnanio; á Toante, etolio; á Eubúlides y Filon, calcidios; y á todos los etolios que habian tenido los primeros grados, como tambien todos sus elefantes. Se comprometia además á entregar sus bajeles largos con sus velas y cordajes; á no tener en lo sucesivo sino 10 buques con cubierta y ninguno en corso con treinta remos, ni aun para la necesidad de una guerra que hubiese declarado. No podia navegar más allá del rio Calicadno y del promontorio Sarpedon, salvo el caso en que sus buques llevaran tributos, embajadores ó rehenes. Se prohibia á Antíoco reclutar soldados en los paises sometidos á Roma y dar asilo á los desterrados. Todo cuanto habia pertenecido á los rodios y á sus aliados y se hallaba

Consecuente Roma con el papel que habia adoptado, no reservó para sí una pulgada de terreno, y distribuyó sus conquistas á sus dos aliados más poderosos en esta guerra. Tocó á los rodios la Caria y la Licia; á Eumenes las dos Frigias, la Lidia, la Jonia, el Quersoneso. Ménos perjudicial fué para Antíoco la pérdida de aquellos Estados, que tener á su lado un rival y un vigilante tan poderoso; así como se habia colocado á Masinisa á las puertas de Cartago, y á las dos ligas cerca de Filipo.

Seleuco IV. — Enseguida fué asesinado Antíoco (186), cuando queria apoderarse de los tesoros del templo de Elimaide, para pagar el tributo que le habia sido impuesto: su hijo Seleuco IV Filopator vivió en el estado de paz á que su debilidad le condenaba. Armenia se habia hecho independiente después de la derrota de Antíoco, y los dos gobernadores Artaxias y Zariadras constituyeron (189) los dos reinos de la grande y de la pequeña Armenia, que veremos figurar más tarde en la historia romana.

Los galatas.—Hemos visto un siglo antes de estos acontecimientos establecerse los galos bajo el nombre de galatas en Frigia. Habian fundado una aristocracia militar, de la cual nombraban doce tetrarcas electivos y temporales, encargados de la administracion de las diversas provincias, y quienes formaban el gobierno. Además habia el Consejo de los Trescientos, custodio de los privilegios de la raza conquistadora y tribunal supremo de justicia. Dejaron á los vencidos su religion, y los

comprendido en el reino de Antíoco perteneceria á los rodios, como antes de la guerra que les habia hecho: si les debia dinero, seria inmediatamente exigible; si les habia quitado alguna cosa, seria buscada ó restituida. Los efectos pertenecientes á los rodios estarian exentos de derechos como antes de la guerra. Si Antíoco habia dado á otros algunas ciudades de las que estaba obligado á restituir, deberia hacer salir de ellas las guarniciones y los extranjeros. Si alguno recurria á él en lo sucesivo, le contestaria negativamente. Se obligaba á pagar á los romanos en doce años 12,000 talentos de la mejor plata ática, á razon de 1,000 por año, no debiendo pesar cada talento ménos de ochenta libras romanas; y además cuatrocientos cuarenta mil modios de trigo; sobre esto á Eumenes 350 talentos anuales por espacio de un quinquenio, en tiempo convenido, como á los romanos. Respecto del trigo debia pagar, segun lo habia estimado el rey Antíoco, 127 talentos y 1,203 dracmas, que habia consentido en tomar el rey Eumenes por convenir mejor á su tesoro. Antíoco tenia que dar veinte rehenes que se cangearian de tres en tres años, no debiendo bajar de la edad de diez y ocho años ni pasar de cuarenta y cinco. Si se hallaba diferencia en los pagos anuales, se haria la compensacion al siguiente vencimiento. En el caso de que algunas de las ciudades ó naciones, contra las que no podia Antíoco hacer la guerra, fueran las agresoras, le seria lícito combatirlas, aunque sin poder adquirir dominacion sobre ellas ni contraer alianzas. Con respecto á las diferencias que pudieran suscitarse entre ellos, seria forzoso juzgarlas. Si las dos partes contratantes querian de comun acuerdo quitar ó poner algo al tratado, tendrian facultad de hacerlo.» POLIBIO. (*Fragmento* 26 del libro XXII).

griegos continuaron adorando á Júpiter y á Diana, como los frigios á la diosa Madre, venerada en Pesinunte, bajo la figura de una piedra negra é informe caida del cielo, mezclando á esto los ritos locamente obscenos de los galos. Al tiempo de la segunda guerra púnica habian leido los romanos en los libros sibilinos que si un extranjero invadia la Italia, debia trasladarse á Roma la Cibeles de Pesinunte. A este fin enviaron embajadores á dicha ciudad y los frigios les entregaron la diosa.

Ponían se alternativamente los galatas á sueldo del rey de Siria y de Pérgamo, para quienes eran aliados indóciles y peligrosos. Este oficio y sus fechorias les valieron grandes riquezas: de tal modo que Ariamno, uno de sus feudatarios, pudo sostener mesa abierta por espacio de un año entero, obligando á los viajeros á que hicieran alto, para ser partícipes de su hospitalidad (6). Aníbal y Antíoco habian proyectado atraerlos á la liga que meditaban; pero respondieron que se hallaban sobradamente seguros en medio de sus montañas. A pesar de este baluarte el cónsul Manlio Vulson atacó á las tres tribus galatas de los trocmos, de los tolistoboyos y de los tectósagos, y secundado por los sacerdotes frigios los venció, obligándoles á restituir todas las plazas arrancadas á los aliados de Roma. Además, se les obligó á renunciar á sus fechorias y á aliarse con Eumenes II, á quien se confirió el cuidado de contenerlos (189).

Sus mujeres.—La mujer del tetrarca Ortiagono, llamada Quiomana, mereció en su derrota libertarse del olvido.

Habiendo caido prisionera fué entregada á la custodia de un centurion, que brutal y tentado de apetito, usó de violencia con ella, y luego le prometió la libertad, mediante el rescate de un talento ático. Dió ella aviso á sus deudos, quienes en el plazo convenido enviaron el rescate á orillas de un rio; el centurion se dirigió allí con ella; pero en el momento en que pesaba la plata, mandó la cautiva á los esclavos que le dieran muerte, y llevándose la cabeza fué en busca de su marido. Noticioso este de lo que habia hecho, esclamó de este modo:—*¡Oh mujer! la fidelidad es escelente cosa.—Sí, ciertamente*, repuso ella, *pero es mejor todavia poder decir, dos hombres vivos no se jactarán de haberme poseido.*

Cítase tambien á Camma, mujer del tetrarca Sinates, de quien el jóven Sinorix se enamoró tan perdidamente, que no pudiendo vencer ni satisfacer su pasion, mató á su marido y después pidió su mano á sus padres. Estrechada por su familia á consentir en aquel enlace, cedió á esta exigencia; pero el dia de la boda presentó al pié del ara una copa envenenada á su novio, después de haber bebido ella, y murió aplaudiéndose de su venganza (7).

Las ciudades de la Troade, de Eólide, de la Jonia, ofrecieron coronas á Manlio por haberlas libertado de aquellas hordas. Así continuaba Roma mostrándose libertadora; y en el espacio de diez años se habia hecho no señora, sino árbitra del mundo, desde el Éufrates hasta el Atlántico. Hallábanse las principales potencias debilitadas hasta el punto de no atreverse á desplegar una bandera sin su asentimiento: se habia puesto bajo su tutela el Egipto; los pequeños Estados ambicionaban su amistad ó imploraban su patrocinio. Presente donde quiera por sus emisarios, que bajo las insignias de embajadores, representaban el papel de espias y agitadores, mantenia vivas las recíprocas rivalidades, fomentaba las facciones dentro y las guerras fuera hasta en los más pequeños paises: admitia todas las querellas alegadas contra Filipo, contra Antíoco ó contra los etolios, dando siempre la razon á los débiles y condenando á los fuertes. Lo prodigioso es que no la habian agotado tantas guerras y que enviaba nuevas colonias. Prueba evidente de la eficacia de su sistema, que consistia en rehacerse de contínuo entre las naciones italianas y los libertos, asimilándoselos.

---

(6) ATENEO, IV, 10, 13, 15.

(7) VALERIO MÁXIMO, VI, 1.—SUIDAS, V, Ὀρτιαγών, —FLORO, II, 11.—A. VICTOR, 55.—PLUTARCO, *De la virtud de las mujeres.*

CAPÍTULO XI

ROMA EN EL INTERIOR.

En tanto que perdia Grecia su libertad en el abrazo de su pretendida hermana, despojábase Roma de su original carácter: vencido el Oriente, se vengaba propagando sus ideas y costumbres entre sus vencedores. Preservados estos hasta entonces del vicio, más bien por ignorancia que por efecto de discutidas doctrinas ó de severas creencias, no bien conocieron las estragadas costumbres asiáticas, cuando se precipitaron en ellas.

No era esto en secreto, sino públicamente en el Foro y en el Capitolio, en donde se adoraba á los dioses con ritos diferentes de aquellos de la patria. Casó el Saturno latino con la griega Rea, robóse á Marte sabino su antigua esposa Neriena, y se la confundió con el Ares homérico; el Jano etrusco se metamorfoseó en Diana, aunque permaneció al par que ésta al lado del Zeus de los griegos, ántes del cual se le nombraba siempre en las invocaciones; mezclándose á las divinidades agrícolas y á las pastoriles, una generacion de dioses guerreros, á cuya cabeza se encontraba Rómulo.

Mandó el Senado por un decreto, en el año de 534 de Roma, la demolicion de los templos de Isis y de Serapis: como no quisiese ningun ciudadano poner la mano en obra tan sacrílega, dió Emilio Paulo el primer hachazo á tales edificios. Ochenta años después, el pretor Cornelio Hispalo, arrojó de Roma y de Italia á los astrólogos caldeos y á los adoradores de Júpiter Sebatio. Hemos dicho que los romanos, con el fin de reanimar en la segunda guerra púnica el valor de los ciudadanos, habian traido de Frigia á la gran diosa, la Madre Idea, cuyo culto fué un manantial de nuevas supersticiones obcenas y despiadadas, las que se multiplicaron mientras mayores eran los peligros, no siendo tan numerosos nunca los prodigios como en la guerra con Cartago. Pronunció en el foro Olitorio la palabra *triunfo* un niño de seis meses; amontonáronse en el cielo figuras de buques; y el templo de la Esperanza fué herido por el rayo. Blandió su lanza Juno; cae en Piceno una lluvia de piedras; en otra parte sale de la tierra una sangrienta ola; ábrense los cielos; se cubren de sudor los ídolos, conviértense en gallos las gallinas; nacen cabras con el vellon de lana, choca la luna con el sol, ó aparece doble ó triple.

Para conjurar presagios tan funestos, multiplícanse las ceremonias; pareciendo que otras divinidades y otros hombres hayan reemplazado á los antiguos (1).

Si la variedad de dioses en la Grecia y la introduccion de un culto estraño era manantial de lo bello, entre los italianos naturalmente inclinados á aplicar las ideas á la práctica, alteraron su conducta y modo de vivir, proporcionando nuevo alimento á su orgullo y sensualidad. Tomaron, pues, un carácter religioso el libertinaje y el hábito de derramar sangre.

Bacanales.—Acudia el pueblo á los juegos de los gladiadores, traidos de la Campania, para saciarse en ellos con el espectáculo de la muerte; entregándose en las bacanales á toda clase de disolucion. Era el culto de Baco, entre los etruscos, desde muy antiguo, símbolo de la vida y de la destruccion; hacíanse las iniciaciones todos los años por espacio de tres dias, solo por las mujeres y á la luz del sol. Pervirtieron esas iniciaciones una sacerdotisa de Capua, llamada Paula Minia, y un sacerdote griego, admitiendo en ellas hombres y mujeres reunidos, y llegó á tener cinco reuniones nocturnas cada mes. Describe Varron las pompas báquicas en Lavinio, en donde era paseada la imágen del

(1) Tito Livio, XXV, 1; XXIX, 5.

falo en un carro por las calles, y coronada por la más casta de las matronas (2).

Habíanse introducido secretamente en Roma estos ritos de la Etruria y de la Campania. Queriendo iniciar en ellos Tito Rutilio (186) á su yerno, se lo propone; comunícalo este á su querida, que, sobrecogida de espanto, le induce á la desconfianza, diciéndole que podria ser un artificio para hacerle perecer, y no darle cuenta de sus bienes cuya administracion habia tenido su suegro. La cree y se refugia al lado de una tia. Pero denuncia esta última el hecho á los cónsules y se descubre por este medio la existencia de estos misterios, en los que los iniciados se mezclaban en la oscuridad, después de haber corrido como furiosos hácia el Tíber para sumergir en él sus encendidas teas. El que rehusaba tomar parte en las infamias que se cometian, era cojido por una máquina y precipitado en profundos abismos. Habrán alterado el espanto del vulgo la astucia de los gobernantes y el hábito de juzgar criminal todo lo que es misterioso, el relato de este hecho; pues imposible es discernir lo que hubiese de cierto en estas imputaciones, pudiéndose solo asegurar que fueron colocados durante la noche puestos de vigilancia, que se hicieron pesquisas y que se descubrieron siete mil iniciados solo en el recinto de Roma. Declaradas culpables gran número de mujeres, fueron entregadas á sus padres para que les aplicasen suplicio doméstico; y siguiendo en fin las informaciones de ciudad en ciudad, por todas partes se encontraron muchísimos iniciados.

Multiplicábanse los crímenes: en solo un año ciento sesenta mujeres fueron convictas de haber envenenado á sus maridos para casarse con otros. Ya constase el crímen, ó ya hiriese la ley á inocentes víctimas, no fué por ello cosa ménos horrible. ¿Y qué se dirá de las ceremonias destinadas á invocar ó á celebrar la victoria y de la costumbre de enterrar vivos á los hombres ó de degollarlos como rebaños en los triunfos?

Medicina.—Esta era, sin embargo, la época en que empezaban á pulirse las costumbres con el contacto de los extranjeros. Abandonada se encontraba la medicina en un principio á las supersticiones y al empirismo. Consideraba el censor Caton en su calidad de pitagórico, las coles como una panacea: prohibia á las mujeres suministrar nada á los animales enfermos; acomodaba segun el número ternario los ingredientes en los remedios que se habian de administrar á las terneras, y pretendia curar las dislocaciones por medio de mágicas fórmulas (3). El griego Arcagato fué el primero que ejerció en Roma la medicina como ciencia. Llevó de Sicilia Valerio Mesala el primer cuadrante solar; reinando tal ignorancia, que se creyó serviria en Roma cuando estaba hecho para otro meridiano. Escipion Nasica introdujo tambien la clepsidra. El lujo llegó á tal estremo, que queriendo refrenarlo el Senado por medio de la ley Apia, se sublevaron tumultuosamente las mujeres, y recorrieron la ciudad sin recato ni pudor, amenazando con no hacerse más embarazadas: el mismo Escipion el Africano, de no muy austeras costumbres, se quejaba de que se educase á las mujeres en el arte de comediantas y en prestigios deshonestos (4).

¡Si no obstante esto, hubiera el lujo ayudado en Roma al cultivo de las artes como acontece en los pueblos industriosos! pero no, necesitábase para alimentarle despojar al enemigo y oprimir á los clientes. Para hacer dinero equipaban los senadores buques de trasporte y comerciaban con sus cargamentos. Se mantenia en toda casa acomodada un esclavo griego, encargado de enseñar á los niños la lengua y la generosidad de Homero: sí ¡un esclavo!

Sin embargo, Livio Salinator, este severo censor que, durante su magisterio, amonestó á veinte y cuatro de las treinta y cinco tribus, tenia consigo de preceptor de sus hijos, al tarentino Livio Andrónico que tradujo la Odisea en latin, é hizo representar por primera vez en escena imitaciones de los dramas griegos. Encontrábase siempre llena la morada de Paulo Emilio de pedagogos griegos, sofistas, gramáticos, retóricos, escultores, pintores, escuderos y cazadores.

Ennio.—Ennio, natural de Rudias en Calabria, centurion en Sicilia y en España, que se vanagloriaba de tener tres almas, porque sabia el osco, el griego y el romano, fué el cliente y el panegirista de Escipion el Africano; pretendió que la Italia le fuese deudora de unir á la gloria de las armas la de la poesia, y escogió por tema en una epopeya la primera guerra púnica y el elogio de los Escipiones.

Decia que Roma era rica porque conservaba las antiguas costumbres (5), y sin embargo sus queridos Escipiones fueron los que más contribuyeron á alterarlas, introduciendo en ellas las extranjeras.

Nevio.—Otro poeta, el campanio Nevio, osó levantar la voz contra estas innovaciones. Para hacer la guerra á la aristocracia y á los partidarios de todo cuanto era griego, prefirió á los metros jónicos, la rudeza del *ritmo saturnino*, originario del Lacio; inventó la tragedia *pretextata*, en la cual personajes

---

(2) S. Agustin, *De civit. Dei*, VII, 21.

(3) *Luxum si quod est, hac cantione sanum fiet. Harundinem prende... incipe cantare in malo:* F. S, motas væta daries dardaries astatutaries, *dic una paries usque dum coeant... vel hoc modo:* Huat hanat huat ista pista sista, domiabo damnaustra et luxato... *vel hoc modo:* Huat huat huat ista sis tar sis ardanuabon donnaustra (S. F. quiere decir *Sanitas fracta*). *De re rust.*, c. 160.

(4) *Docentur præstigias inhonestas, eunt in ludum histrionum, in ludum saltatorium, inter cinædos virgines* En Macrobio.

(5) *Moribus antiquis res stat romana vireisque.* San Agustin.

con carácter y trajes nacionales, reemplazaban á los héroes extranjeros revestidos con el *palio*, y asestaba sus tiros contra los orgullosos patricios, los Claudios, los Metelos y los Escipiones.

Querian estas y otras casas conservar á toda costa la forma del derecho patricio que habia servido á sus antepasados para regir las familias de sus clientes y esclavos; pero favorecidas por la victoria, y por el mérito personal de sus miembros, desconocian las leyes, y anteponian su orgullo á las de la justicia; el derecho heróico, al de la ley escrita, impidiendo á la plebe llegar de hecho á la igualdad cuando la habian adquirido de derecho; siendo por esto por lo que Nevio hacia decir á uno de sus personajes: *Sufre, que tambien sufre el pueblo.* Y al pueblo: *No se atreverán estos reyes á asestar sus tiros contra lo que yo tengo sancionado en el teatro con mis aplausos. ¡Cómo arrastra tras sí la tirania á la libertad!* Los Metelos, á quienes habia atacado con este verso: *Nacen los Metelos cónsules en Roma*, le respondieron en el mismo tono con este: *Causarán los Metelos la desgracia del poeta Nevio* (6); y le redujeron á prision. En ella escribió aun contra los Escipiones, diciendo que el famoso Africano habia sido conducido por su padre desde la morada de su querida, teniendo una capa por toda vestidura. Invocaron los Escipiones en contra suya la ley de las XII Tablas, que condenaba á muerte al autor de los libelos infamatorios; pero habiéndose interpuesto los tribunos, creyóse suficiente condenarle á la esposicion pública y al destierro en Africa. Compuso su epitafio en el momento de su partida, en el que sentia que con él acabase la originalidad italiana. Guardó el pueblo su recuerdo, y dió su nombre á una de las puertas de la ciudad; en tiempo de Horacio sus versos corrian de boca en boca (7).

Llamaba Nevio reyes á estos magistrados, y tales parecian en efecto, haciéndose superiores á las leyes. Luchaba el cónsul Cayo Flaminio no solo con el Senado, sino tambien con los dioses inmortales; desconociendo la magestad de los padres conscriptos, la de las leyes y los auspicios de los dioses (8). Quincio Flaminino que se habia burlado de los galos, fué príncipe del Senado. Contrayendo alianzas entre sí estos poderosos patricios, oponian su fuerza comun á la ley y á la justicia. Seducen ciertos rasgos impresos del heróico carácter, que se ven aun en esta época. Acusado Fabio por un tribuno, responde: *Fabio no puede ser sospechoso á sus conciudadanos.* Se presenta por uno de sus yernos á quien se imputa una traicion, y dice: *Si fuera culpable no seria ya mi yerno*; y no hubo necesidad de más para absolverlo. Culpado Emilio Escauro de haber hecho á precio de oro traicion á la república, declara falsa la acusacion, y con esto basta. Perseguido un Metelo por concusion, aparta el Senado la vista de los registros que producian su culpa (9). Requerido Escipion el Africano para dar cuenta de sus dilapidaciones del erario público, recuerda sus victorias sobre los cartagineses y se sale del tribunal.

Conocemos que semejantes rasgos seducen: pero ¿qué seria la plebe cuando para justificarse, empleaban los nobles tales medios? Rehusó Escipion el Africano el consulado vitalicio, pero conservó siempre un poder dictatorial. Cierto dia en que, por estar vedado, los cuestores vacilaban en abrir el tesoro público, toma él las llaves y lo abre, aunque simple particular. Habia sido erigida su estátua en el santuario de Júpiter, encontrándose en el Capitolio la de Lucio Escipion, con el manto y el traje griego (10). Dispensaban su favor á manera de los reyes á los literatos; Plauto y Terencio fueron protegidos por Escipion y Lelio; y se decia por sus patronos que los ayudaban en sus composiciones. El filósofo Panesio y el historiador Polibio les acompañaban en sus espediciones.

Marco Porcio Caton.—Fué terrible la censura de Marco Porcio Caton para la aristocracia y las innovaciones. Dotado este jóven plebeyo de notable sagacidad, como lo indicaba su sobrenombre *(Catus)*, atrevido en sus acciones, elocuente y mordaz en sus palabras, habia combatido á los diez y siete años contra Aníbal. Vivió después en Túsculo, su patria, y de allí recorriendo por las mañanas las ciudades próximas hacia en ellas gratuitamente de abogado: despojándose de sus vestidos á su vuelta se ponia á trabajar en el campo con sus esclavos, participando de su alimento y bebiendo como ellos el aguapié ó el agua y vinagre. Sin embargo, sus esclavos no eran á sus ojos otra cosa que un rebaño; los compraba, los instruia y los vendia de nuevo: decia que el verdadero amo de casa debia deshacerse de sus carros viejos, del hierro viejo, y de los servidores antiguos. Tenia señalada una tasa para el esclavo que quisiera unirse con una esclava. Hacia azotar después de cada comida á aquellos que se habian mostrado negligentes en su servicio. Procuraba mantener en ellos motivos de disension, temiendo que se pusieran de acuerdo. Ejerció más tarde la usura más infame de la época, la usura marítima. Se embriagaba algunas veces, y mantenia en su casa relaciones con una criada, y se casó á los ochenta años de edad con una doncella, aun muy jóven, hija de uno de sus clientes.

Tal fué el severo modelo de las costumbres antiguas, el reformador de la corrupcion romana, aquel cuyo nombre sirve aun proverbialmente para indicar al hombre austero y de intacta reputacion. Llamólo á Roma Valerio Flacco, en donde con el apoyo de los Fabios, llegó á ser tribuno de una

(6) *Fato Metelli Romæ fiunt consules.*
Dabut malum Metelli Nævio poetæ.
Metellus significa faquin, ganapan.
(7) Varron, *De lingua latina*, IV, 45.
(8) Tito Livio, XXI, 27; XXII, 4.
(9) Valerio Máximo, II, 10; III, 8; IV, 1, 3; VIII, 1.
(10) Idem., III, 7, 6; VIII, 15.

legion, cuestor, pretor y cónsul, siendo censor después con su antiguo patrono (195). Cuando pasó á España en calidad de pretor despidió á todos los proveedores de víveres, pretendiendo que la guerra se sostenia con la guerra. Tomó en trescientos dias cuatrocientas ciudades ó pueblos que hizo desmantelar en el momento. Llevó inmensas riquezas al tesoro público; vendió al embarcarse su caballo de batalla, con el fin, segun decia, de escusar al fisco el gasto del trasporte. Hacia á pié todas las marchas, llevando él mismo sus armas y seguido de un solo esclavo cargado con algunas provisiones. Obtuvo los honores del triunfo; pero no bien depuso sus victoriosas insignias, cuando partió como simple tribuno á hacer la guerra á Antíoco el Grande; confesó el general deberle la victoria de las Termópilas, y fué el encargado de llevar la noticia á Roma.

Mientras que los romanos admiraban tanto á Grecia, no cesaba Caton de rebajarla, movido por esceso de orgullo nacional. No quiso nunca estudiar su literatura; y si más tarde leyó las obras de Tucídides y de Demóstenes, fué solo para juzgarlas severamente. Parecíale Sócrates un hablador turbulento, que agitaba á su patria con peligrosas innovaciones. Censuraba á Isócrates de dejar envejecer á sus discípulos en su escuela, hasta el estremo de que cuando salian no podian perorar más que en los Campos Elíseos. Reñia á su hijo porque estudiaba los autores griegos; y le causaban horror los médicos de esta nacion, pretendiendo que era su idea hacer salir de este mundo á todos los bárbaros, inclusos los romanos. Más que nada detestó su elocuencia, principalmente desde que habia venido Carneades á Roma en calidad de embajador, y habló un dia en favor de la justicia, espresándose en sentido opuesto al dia siguiente.

Puede conjeturarse por lo que sigue, el irreconciliable enemigo que encontrarian en él las innovaciones romanas. «Los ladrones privados, esclamaba, son azotados ó cargados de cadenas, al paso que los ladrones públicos están cubiertos de oro y púrpura. Temblad por los males que el porvenir nos prepara. Saboreamos las delicias de la Grecia y del Asia; han tomado nuestras manos los tesoros de los reyes; dueños de tantas riquezas, pronto seremos sus esclavos. Al traernos Marcelo las estátuas de Siracusa, ha introducido entre nosotros enemigos peligrosos: no oigo sino gente que admira el mármol y el cincel de Corinto y de Atenas, menospreciando nuestros dioses de arcilla.» (11)

(11) A. Gelio, XI, 48. «¡Qué hombre fué Caton, dioses inmortales! Prescindo del ciudadano, del senador y del general: aquí busco al orador ¿quién fué más grave que él en el lenguaje? ¿Quién más ingenioso en sus sentimientos? ¿Es álguien más hábil en la discusion y esposicion de una causa? ¿Están llenos sus ciento cincuenta discursos, pues tantos son los qué he encontrado y leido, de imágenes y espresiones magníficas ... Encuéntranse en él todas las cualidades propias del orador. ¿Y qué belleza y qué elocuencia no se encuentra en sus *Orígenes*...? Verdad es que su estilo es un poco anticuado y que algunas palabras son triviales; pero de ese modo se hablaba entonces; corregid lo que él no pudo hacer, añadid á ellas armonía, adornad más el estilo.... Y no habrá entonces persona superior á Caton.» Ciceron, *De Oratore*, 17.

Hace aun Tito Livio elogio más magnífico, por cuanto es más universal: «M. Porcio Caton sobrepujaba mucho á todos los plebeyos y patricios, y aun á aquéllos de las más ilustres familias; tenia una alma tan grande y un talento tan distinguido, que en cualquiera condicion que hubiese nacido se hubiera él mismo labrado su fortuna. Nada de lo concerniente al manejo de los negocios públicos ó privados era estraño para él. Administraba con igual habilidad los asuntos de la ciudad que los del campo. Elévanse unos á los supremos honores por el estudio de las leyes, otros por la elocuencia y muchos por la gloria de las armas; pero era tan apto su talento para todas las artes, que se le hubiera considerado como nacido esclusivamente para aquel á que se dedicaba, fuera el que quisiera. Valeroso en los combates y célebre por muchas victorias, después de haber sido elevado á empleos considerables, llegó á ser general supremo del ejército. Tambien en la paz se mostró muy versado en el estudio de las leyes y elocuentísimo en la oratoria. No fué uno de aquellos hombres á quienes no se hace caso durante su vida, y que no dejan en pos de sí ningun monumento duradero; pues de Caton aun subsiste, y todavia goza de reputacion, su elocuencia, consagrada, por decirlo así, en los libros que compuso sobre todas las materias.»

En Plutarco la vida de Caton representa el límite entre el modo de vivir italiano antiguo y el moderno, resultado de las costumbres extranjeras. A los hombres prudentes no se les oculta qué clase de virtudes son las que se recomiendan á los jóvenes con la lectura de Plutarco.

Propuso leyes suntuarias, censuró á muchos cónsules, llegando al estremo de deponer á un senador que se habia dejado ver de su hija en el momento que besaba á su mujer.

Si su infatigable actividad tenia por móvil el patriotismo, se veia tambien escitada por una animosidad personal. Desde la época en que era cuestor en Sicilia, habia acusado á Escipion el Africano por ostentar un lujo escesivo, y por imitar mucho á los griegos. Despidióle este diciendo: «*No sabria que hacer con cuestor tan exacto; tengo que dar cuenta de mis espediciones, pero no de lo que estas cuestan.*» No echó en olvido esta frase, y elegido censor pidió á los Escipiones minuciosa cuenta de cuanto se habia hecho en la guerra contra Antíoco. Se podia decir con verdad, que la habian dirigido á su albedrío y por su cuenta, llevando las hostilidades cabalmente al punto no decretado por el pueblo, y dictando los tratados de paz segun su conveniencia ¿quién sabe las sumas que habian arrancado del Asia y de los sucesores de Alejandro enriquecidos con los despojos del mundo? Citado Escipion como acusado de malversacion de los caudales públicos, escucha su acusacion, sube á la tribuna, y dice:—*Romanos, en este dia he vencido en Africa á Aníbal y á los cartagineses con el favor de los dioses, subamos al Capitolio para darles gracias y rogarles que os den siempre caudillos*

que se me parezcan. Entonces todos, pueblos, tribunos, jueces, acusadores le siguieron al Capitolio; triunfo más señalado que todos los demás, porque el vencido no era Aníbal ni Sifax, sino más bien la santidad de las leyes republicanas.

Muerte de Escipion el Africano.—Habiendo enseguida los tribunos entablado acusacion contra su hermano, Escipion les arrancó de las manos los registros públicos y los hizo pedazos, diciendo:—*Yo no daré cuenta de* 4.000,000 *de sestercios, yo, que he hecho entrar* 200.000,000 *en las arcas del tesoro, sin reservarme otra cosa que el sobrenombre de Africano.*

Aquellos eran los últimos suspiros del heroismo patricio. Obligado desde entonces á ceder á la voz preponderante del pueblo, se retiró Escipion en destierro voluntario á Linterno, en la Campania, dónde no le inquietaron los tribunos, pero de donde no le llamaron ya nunca. Murió allí y quiso que se inscribiera sobre su sepulcro: «*ingrata patria, no poseerás mis huesos.*»

Siguióse la sumaria contra su hermano á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Caton, y adoptada por voto unánime de las treinta y cinco tribus. Se falló que Lucio Escipion habia recibido de Antíoco, á fin de obtener condiciones más favorables, seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata, además de lo que habia hecho ingresar en el tesoro; que Aulo Hostilio, su enviado, habia recibido ochenta libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el cuestor Cayo Furio, ciento treinta libras de oro y doscientas de plata. ¡Tan lejanos estaban los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipion, que no se halló en estado de pagar la multa, pareció demostrar su inocencia; pero el golpe iba dirigido á la aristocracia. Alentóse más Caton á continuar sus investigaciones, á las que nadie podia sustraerse después de la condena de los Escipiones.

Política.—Pero cuando una república se halla en manos de un cuerpo como el Senado de Roma, poco importa que cambien los personajes; el puesto del que cae lo ocupan otros al punto. ¿Cómo podia esperarse por otra parte, una mejora en las costumbres privadas, cuando los ejemplos de corrupcion provenian de las costumbres públicas, cuando la severidad censorial no impedia á Caton obrar con la astucia de una política inmoral, cuando la cábala, la intriga, la traicion, la violencia, hollaban ó eludian el derecho de las naciones? Dos enemigos, Aníbal y Filipo, eran siempre asunto de recelo para Roma, pues conocia que mientras estuvieran vivos habria que temer de contínuo una coalicion general. Halagaba por esto á Antíoco, á Rodas, á la Acaya, á Eumenes, y hacia que los más insignificantes pasos de Aníbal fuesen espiados, siempre infatigable en suscitarle enemigos. Prusias II, rey de Bitinia, habia dado acogida á aquel gran capitan, y debió á su genio la victoria obtenida contra Eumenes (184) Roma envió entonces cerca de Prusias á Flaminino, libertador de Grecia, para intimarle que le fuese entregado Aníbal, que solo envenenándose pudo verse libre de sus eternos perseguidores, en el mismo año en que su vencedor moria en Linterno (183). Al saber Aníbal el intento que los romanos tenian de deshacerse de él, habia dicho: *Libertemos á Roma de tan grave cuidado, puesto que se retarda tanto la muerte de un viejo á quien tanto aborrece. Pero Flaminino habrá alcanzado una victoria infame, indigna de aquellos de sus antepasados que advirtieron á su enemigo Pirro el peligro que corria de ser envenenado. El triunfo de los romanos sobre un anciano inerme les cubrirá de oprobio en la posteridad.*

CAPÍTULO XII

LOS AQUEOS.—SEGUNDA GUERRA DE MACEDONIA.

Libres de todo miedo por aquel punto, empezaron los romanos á escitar ocultamente la Licia contra Rodas, y á Esparta contra los aqueos. Reanimábanse entre estos las disensiones, eterno legado de las repúblicas griegas; pero á lo ménos lograron la felicidad de tener á su cabeza una sucesion de hombres notables, tales como Arato, Cleomenes y Filopemenes.

Filopemenes.—Este general, nacido en Megalópolis en Arcadia, educado en los campos, de modales sencillos y hasta vulgares, dormia sobre una tarima, cultivaba su modesto dominio con viñeros y labradores, siendo la agricultura en su concepto el único medio de enriquecer á su familia, y lo que ganaba en la guerra lo empleaba en rescatar prisioneros. A sus ojos era obligacion trabajar en provecho de su casa, porque el que nada tiene suyo, difícilmente se abstiene de lo ageno. Se recreaba en discutir y en leer los filósofos y los poetas, y especialmente á Homero, porque escita la imaginacion y estimula el denuedo. Ya estuviese en marcha, ya en el campamento, proponia á los soldados discutir acerca de lo que harian, si se viesen sorprendidos en tal ó cual posicion. Elegido general de la caballeria aquea, rico de bravura, y de la esperiencia de que carecia Arato, mejoró el ejército, le enseñó á pelear á pie firme, modificó los escudos y las lanzas, le dió cascos, corazas, martingalas, y dirigió el lujo hácia la riqueza del equipo guerrero. Vióse, pues, desplegar elegancia en las armaduras, y á las mujeres trabajar en adornar las cimeras, en bordar cotas y caparazones. Sabia al mismo tiempo dirigir los negocios políticos, sostener la dignidad de la liga en una época en que ya dejaba entrever Roma sus pretensiones (1).

Cuando los aqueos se proponian por objeto comprender en su liga, á todo el Peloponeso, obedeciendo las diferentes ciudades de aquella comarca, especialmente Mesene y Esparta, á un deseo mal entendido de independencia, obraban en su interés particular. Empezando Macánidas, que se habia hecho tirano de Esparta, á amenazar la libertad de los demás Estados, Filopemenes le atacó en Mantinea y le dió muerte (205). Pero sustituyóle al punto Nabis, que por espacio de catorce años ejerció la más implacable tirania.

Tambien Filopemenes le hizo la guerra y libertó á Esparta (191) reuniéndola á la liga. Agradecida Lacedemonia decretó que se ofrecerian á Filopemenes 120 talentos, producto de la venta de los bienes de Nabis. Pero siendo conocido su desinterés por todos, nadie queria presentarse á hacerle la oferta. Al fin admitió este encargo un amigo suyo llamado Timolao: cuando vió de cerca la austera sencillez del general aqueo y su método de vida no se atrevió á cumplir su mision al principio: determinóse por último y cuando le oyó Filopemenes emprendió en su compañia el camino de Esparta. Después de dar gracias á los ciudadanos les aconsejó emplear aquel dinero que le habian destinado, en ganar á los que agitaban al pueblo de su ciudad, asegurándoles que valia más cerrar la boca á un enemigo, que á un amigo como él lo era de ellos.

Ya se resentia demasiado la liga de la influencia romana. Sobreviniendo discordias entre Mesenia y Elide, se interpuso Flaminino y aplacó á los dos bandos. Como comparase la confederacion aquea á una tortuga, fuerte mientras está dentro de la

(1) La vida de Filopemenes escrita por Plutarco, está tomada en su mayor parte de la que habia escrito Polibio y se ha perdido.

concha, y débil cuando saca la cabeza ó las patas, hubo entonces de persuadirla á ceder á los romanos la isla de Jacinto, que habia adquirido poco antes. Dueños estos de Cefalonia no tuvieron ya que atravesar más que un corto trecho para fijar su planta en el Peloponeso: desde allí se vió acudir en efecto al pretor Fulvio Nobilior para apaciguar otras disputas y disponer las cosas al gusto del senado romano. Esparta suscitó más serias enemistades, inquietando á sus desterrados, que habian ido á buscar refugio al amparo de los aqueos: Filopemenes aprovechó esta ocasion para humillarla: apoderóse de ella; mandó dar muerte cruelmente á ochenta y aun se dice que á trescientos cincuenta espartanos, y desterró á los que habian sido admitidos al derecho de ciudad por los tiranos. Vendió como esclavos á los que se negaron á obedecerle, y construyó un pórtico en Megalópolis con el dinero que sacó de esta venta. Además obligó á los que quedaron en la ciudad á arrasar sus muros y recibir colonos aqueos, y á abandonar las instituciones de Licurgo, educando sus hijos á estilo de los aqueos.

Muerte de Filopemenes.—Filipo III, que consideraba á Filopemenes como la principal fuerza de la liga, trató de que fuera asesinado, y no pudo conseguirlo. Pero habiéndose sublevado Mesene se le encargó ir á sosegarla, aunque ya era sexagenario; vino á tierra en el combate y quedó prisionero. Llevado en triunfo por los mesenianos dentro de su ciudad, fué allí condenado á beber la cicuta. Vació tranquilamente la copa (183) y pidió noticias de su ejército al verdugo. Como le respondiera que se habia retirado victorioso.—*Buena noticia*, esclamó, *puesto que no ha salido muy mal todo.*

Murió con calma. Respecto de Mesene fué castigada severamente por Licortas, quien habiendo sucedido á Filopemenes en el mando, guió contra ella á la juventud aquea, animada de un vehemente deseo de vengar al grande caudillo. Pero en él habia sucumbido el último griego; y costó á los romanos pocos afanes crearse un partido entre los aqueos especialmente cuando el vil Calicrates, que se vendió á ellos, hubo preparado por medio de la corrupcion la ruina de su patria.

Macedonia.—Tambien Filipo de Macedonia tardó poco en apercibirse de que las contemplaciones de que habia sido objeto por parte de los romanos no habian tenido otro orígen que el miedo de provocar su enemistad cuando tenian sobre sí á Antíoco. A pesar de que parecia que las circunstancias y sus talentos habian llamado á Filipo á ejercer grande influjo en los destinos de Grecia, no supo aprovecharse de las ocasiones, ni mostrarse enteramente bueno, ó completamente malo. Desbarataronse todos sus proyectos, y solo tuvo habilidad para parar los golpes dirigidos en contra suya.

Cuando le ordenó Roma levantar el asedio de Lamia, le fué lícito en compensacion dilatar sus conquistas á la Atamania, á Tracia y á Tesalia. Espulsó de allí á los moradores de las principales ciudades, especialmente de las asentadas á orillas del mar y trasladó los vencidos á Macedonia. Se ejercitó en otros escesos que provocaron en contra suya contínuas querellas, trasmitidas á Roma ó á los comisionados encargados de espiar á aquel rey. Irritóse Filipo por la ingratitud de Roma, cuyos designios contra los etolios habia secundado en gran manera, negándole ahora los derechos y los honores concedidos á Eumenes, por lo que solo respiraba venganza y ardiente deseo de recuperar la integridad de sus Estados. Pero no se sentia sobrado fuerte para atreverse á declarar la guerra; y mientras permanecia á la espectativa, ya salian de sus labios palabras amenazadoras, ya agravaba con nuevos tributos las mercancías de los romanos, ó escluia á estos de los privilegios con que estaban favorecidos otros extranjeros, y en fin por odio á Roma mandó esterminar á los habitantes de Maronea.

Cítale entonces Roma, aun siendo rey independiente, á que se justifique ante ella; se ve obligado á enviarle su hijo Demetrio, y el Senado, solo en consideracion á este príncipe, deja la corona á Filipo bajo la condicion de que no traspasaria los antiguos límites de Macedonia.

Habiéndose hallado Demetrio en clase de rehenes en Roma se habia hecho merecedor de general estima: tambien su bondad y su talento le habian valido el afecto de los súbditos macedonios; esto daba cabalmente márgen á que le aborreciera su hermano mayor Perseo, temeroso de que quisiera reinar en su puesto. Hízole, pues, sospechoso á los ojos de su padre, quien acabó por hacerle morir á instigacion suya (180). Este fué el primer asesinato doméstico cometido en el seno de la familia de Antígono el Grande, citada por su piedad filial hasta entonces. Perseo se regocijó vilmente de aquel delito; pero como reconociera Filipo que habia sido engañado, cayó en una profunda melancolía que le llevó al sepulcro (178).

Perseo.—En consecuencia Perseo sucedió á su padre, y dotado de una capacidad poco inferior á la suya encontró que tenia á su disposicion los medios que Filipo preparaba hacia largo tiempo para declarar guerra á los romanos: el tesoro estaba bien provisto de caudales; la poblacion se habia aumentado. Tracia, aquel hormiguero de valientes, estaba sujeta en su mayor parte; los dardanos, nacion vecina, de carácter inquieto é indomable tascaban el freno de los bastarnos, raza céltica, llamada al pais por Filipo, y que se hubieran dado por muy contentos de seguir á Italia al nuevo rey de Macedonia. Atraíale allí el deseo de aprovecharse de las guerras, poco importantes, si bien contínuas, que agotaban á Roma. Tales eran las que renacian en España y en la Liguria, paises indóciles siempre, y que no podian doblarse al yugo extranjero: tales eran asimismo aquellas de que Istria, Córcega y Cerdeña eran teatro.

Entretanto, una parte de aquellos bastarnos que

estaban todavia en camino, retrocedieron al saber la muerte de Filipo; otros fueron repelidos por los tracios; treinta mil solamente se establecieron en la Dardania; pero Perseo los conocia teniéndolos por pérfidos aliados y por peligrosos enemigos, y además veia engrandecerse en la opinion y en la realidad el poder de Roma. Empezó, pues, por disimular su ambicion y su avaricia, y poniendo su corona á los pies del Senado declaró que solo de su autoridad queria recibirla. Los macedonios, á quienes se mostró siempre de fácil acceso, generoso y justo, creyeron que iba á renacer el tiempo de los progenitores de Alejandro. Por otra parte aspiraba á devolver su antigua superioridad á Macedonia, conciliándose los ánimos de los griegos, pregonando moderacion y clemencia, abrazando el partido de los más pobres, á quienes protegia contra los ricos, parciales de los romanos. Aliose á Rodas, dió á su hermana en matrimonio á Prusias, rey de Bitinia, se casó con Laodicea, hija ó nieta de Seleuco Filipator, y en todo procuró buscar puntos de apoyo contra Roma.

Con el mismo objeto envió á Cartago embajadores que fueron recibidos de noche dentro de un templo, y en medio de las formidables ceremonias de una religion sanguinaria y de una aristocracia sombría. Además concluyó pactos con los tracios que se obligaron á suministrarle tropas siempre que tuviera necesidad de ellas. Allegó en fin considerables sumas y víveres en cantidad bastante para sustentar al ejército durante muchos años, ascendiendo sus fuerzas á treinta mil infantes y cinco mil caballos.

Los griegos, que poco antes habian colmado de honores á Eumenes, rey de Pérgamo, se separaban de él ahora, para unirse á Perseo, representante de la causa nacional; pero no le favorecian sino oculta é indirectamente, porque las vigilancias y las intrigas de los agentes de Roma asustaban á los aqueos. Por lo que hace á los etolios, volviendo sus armas unos contra otros, se habian colocado en la absoluta imposibilidad de tentar ninguna empresa; y acontecia lo mismo á los acarnanios, y la liga de las ciudades beocias habia sido aniquilada por los romanos.

Encolerizado Eumenes del cambio de la Grecia respecto de su persona, tuvo la vileza de denunciar á Perseo ante Roma, si bien estuvo á punto de esperimentar el castigo por mano de cuatro asesinos enviados por este. Viéndose acusado Perseo como autor de aquella tentativa y por haber querido envenenar á los primeros ciudadanos de Roma, en vez de descender á justificase, censuró la manera indigna con que trataba Roma á las repúblicas y á los reyes, renunció á su alianza, y aceptó la guerra antes de que estuviese bien preparado el enemigo (171).

Eumenes rey de Pérgamo, Antíoco, rey de Siria, y el Egipto habian abrazado la causa de los romanos; se habian alistado á las órdenes de Perseo los ilirios, los rodios y todo lo perteneciente en Grecia á la democracia: conservaba la neutralidad Prusias. Si Perseo hubiera dado impulso á las hostilidades con el mismo fervor que habia empleado en las amenazas, de seguro hubiera hecho pagar cara la victoria á los romanos; más hizo oir palabras de paz, no bien se puso en movimiento el ejército mandado por el cónsul Licinio Craso. Roma las acoge; y dejando que una engañosa tregua disipara aquella llama, consigue ganar tiempo para atraerse súbditos y aliados. Cuando vinieron á las manos junto el monte Osa hizo Perseo sufrir á los romanos la más terrible derrota que habian esperimentado en el curso de cuarenta años. Si aprovechándose instantáneamente de la victoria, hubiera llevado Perseo adelante la ventaja obtenida, y acometido con la falange el campamento enemigo, probablemente se hubiera terminado la guerra, porque ya los griegos se agitaban por todas partes á pesar de sus disimuladas cadenas, por empezar ya á sentir su peso. Al revés este príncipe se atrincheró en un sistema de defensa, bien combinado sin duda, pero estéril en circunstancias supremas, como ya lo habia esperimentado Antíoco; dejó que la ocasion pasara, luego pidió la paz al cónsul una vez y otra, deshonrándose á sí mismo y desalentando á los que le habian permanecido fieles.

Observando Eumenes sus triunfos, le ofreció primeramente su amistad á condicion de que le pagara una considerable suma; después su mediacion cerca de los romanos, exigiéndole otra cantidad nueva. Perseo celebró el tratado, mas cuando se trató de ponerlo en planta, rehusó la suma convenida, con la esperanza de que los romanos llegarian á tener noticia del convenio y de que Eumenes se veria obligado á entrar con él en acomodo para salvarse. Su prevision no salió fallida, y los romanos patentizaron á Eumenes cuanto menosprecio y odio les infundian todos los reyes; pero Perseo no sacó de esto ventaja alguna.

Como le era importante en estremo mantener á la Iliria en disposiciones favorables á su causa, puesto que aquel era el único lado por donde los romanos podian penetrar en Macedonia, se dirigió á Gencio, rey de aquel territorio, quien consintió en cooperar á sus designios mediante el pronto envio de una respetable cantidad en oro. Habia llegado á ser el oro móvil esclusivo de la paz y de la guerra. Sábese por todos cuanto habia acumulado Perseo, y todos debian ver hasta que punto era intempestivamente avaro. Habíase sublevado Gencio contra los romanos; conceptuando entonces Perseo que le tenia ya sobrado comprometido, le negó la suma convenida, y ni aun siquiera le sostuvo en la resistencia, lo cual permitió al enemigo esterminarle con su familia, sin que Perseo reportara ningun provecho. Clondico, jefe de los bastarnos, le llevó diez mil galos, que inquietando á la Tesalia, podian alejar de Macedonia á los romanos; pero al negarle Perseo la cantidad prometida, mudó de dictámen y devastó la Tracia.

Así echó á perder él mismo su propia obra, cuan-

do parecia tener grandes probabilidades de buen éxito. Eumenes, Prusias, los rodios, que se habian pronunciado por su causa, se contentaron con enviar embajadores á las romanos: estos los recibieron con altaneria, haciéndoles comprender hasta que punto eran señores imperiosos respecto de sus hechuras, y cuánta insensatez habia en quererlos poner en balanza con el rey de Macedonia. Resuelta Roma á mayor abundamiento á acabar por medio de un gran esfuerzo, armó cien mil hombres y confió el mando á Paulo Emilio (168).

Paulo Emilio.—Este general se habia formado en las terribles guerras de España y de Liguria; mas habiendo conservado todo el altanero orgullo de la antigua aristocracia, indispuesto en su contra el pueblo, le habia negado este el consulado, y hacia mucho tiempo que no se le confiaba ningun empleo. Viéndose esta vez elegido, dijo en alta voz como conocia que solo por necesidad se habia adoptado aquella medida; que desde entonces no tenia porque meterse el pueblo en cuanto al modo con que conduciria la guerra; que tuviesen los soldados pronto el brazo y afilado el acero; que por lo demás se diese tregua á las charlatanerias y á los consejos, pues él tendria cuidado de todo.

Batalla de Pidna.—Púsose, pues, en marcha y salvó el monte Olimpo: no pudo ménos de admirar en la batalla de Pidna (22 de junio de 168) el heróico denuedo de la falange macedónica, que estuvo á punto de derrotar sus legiones; pero un eclipse, que heló de espanto á los soldados de Perseo, pareció anunciar la caida del imperio de Alejandro. Alcanzó la victoria Paulo Emilio; cuarenta mil eran los macedonios y la mitad halló la muerte en la pelea; once mil fueron envueltos y quedaron prisioneros. Con una herida lidió Perseo sin coraza, en medio de su falange (2), desmintiendo así la acusacion de cobardia que le imputaron los historiadores romanos; pero quedó rendido en fin, y con él la Macedonia, que ni aun en su último dia se mostró indigna de su nombre.

Como este reino se apoyaba en el ejército, pereció con éste y quedó sometido en dos dias. Perseo, que se habia enagenado la voluntad de sus amigos castigándolos y acusándolos de sus propios errores, puso en evidencia su avaricia hasta en aquella estremidad, huyendo con su tesoro, del cual no sabia separarse. Refugióse al venerado templo de los dioses Cabiros en Samotracia, é imploró del cónsul la merced de un tratado; pero no tuvo más remedio que entregarse al vencedor por haberle abandonado los suyos, y ser despojado de sus tesoros por un astuto cretense. Paulo Emilio le recibió enmedio de sus capitanes con toda la altanera solemnidad latina, y le echó en cara su pasada conducta; no obstante, acabó por prometerle la clemencia de los romanos; volviéndose después á sus oficiales, les mostró aquel notable ejemplo de la inconstancia de la fortuna, recordándoles que el verdadero valor no consiste en envanecerse en la prosperidad, sino que más estriba en no abatirse en el infortunio.

Se declaró libre á la Macedonia, dividiéndola en cuatro gobiernos regido cada uno de ellos por leyes particulares. Ningun macedonio podia casarse ni comprar tierras fuera de su gobierno; hubieron de entregarse sus habitantes á la esplotacion de las minas de hierro y cobre, pagando á los romanos la mitad de lo que pagaban á sus soberanos, ni pudieron vender maderas de construccion, recibiendo del vencedor sus leyes. Fué investido un Senado con autoridad suprema, obligándose á ir á Italia á los grandes señores con sus hijos mayores de quince años, y á todos los que al lado de los reyes macedónicos habian desempeñado altos destinos.

Triunfo de Paulo Emilio.—Esto era lo que se llamaba libertad. Después de haber solemnizado la victoria con espléndidos juegos, de quemar las armas que no podian servir para el triunfo, de matar al corto número de servidores que habian permanecido fieles á Perseo, y de saquear las ciudades del Epiro que le habian dado apoyo, volvió á Italia Paulo Emilio en el apogeo de su gloria, arrastrando en su séquito en clase de prisioneros á Gencio, rey de los ilirios y á la familia de Perseo (167).

Cuando este último le pidió que le ahorrara la vergüenza de seguir encadenado su carro de triunfo, le respondió su vencedor: *Eso está en tu mano.* Pero Perseo no tuvo valor para quitarse la vida; y ornó con su infortunio el más ostentoso triunfo que se habia visto hasta entonces. Duró la pompa tres dias.

En el primero se pusieron en marcha mil doscientos carros, cargados de escudos de plata maciza, y otros mil doscientos de escudos de bronce; trescientos llenos de lanzas, espadas, arcos, dardos; iban delante hombres que llevaban armaduras de bronce ó estátuas, seguidos de ochocientas angarillas cargadas de armas de todas clases. Vióse en el segundo dia trasportar 1,000 talentos en moneda acuñada, y 2,200 talentos en barras; un número infinito de copas; quinientos carros atestados de estátuas grandes y pequeñas; luego escudos de oro y muchas estátuas de las galerias reales. Por último al tercer dia desfilaron ciento veinte bueyes de estremada blancura, doscientas veinte vasijas de plata, una ánfora, de diez talentos de oro, adornada de pedreria, y otras diez vasijas llenas de objetos diversos tambien de oro, dos mil colmillos de elefante de tres codos, un carro de marfil guarnecido de oro y de pedreria, un caballo con su cabezada tachonada de perlas, y lo demás del arnés de oro con sus gualdrapas de diferentes colores, una cama tambien de oro con cobertores bordados de ramos, una litera de púrpura y oro, cuatrocientas coronas, regalo que al vencedor habian hecho las ciudades. Al fin aparecia el triunfador en un magnífico carro de marfil (3). Iba detrás

(2) Plutarco se apoya en la autoridad de Posidonio, presente en la batalla.

(3) Diodoro, *Fragm.* XXXI, 8, 3.

Perseo en traje de luto, rodeado de doscientos cincuenta amigos, encadenados todos, de dos hijos y de una niña á quien los que la conducian enseñaban á tender sus manos inocentes al pueblo romano para implorar su compasion ó más bien para halagar su vanidad, manifestándole á cuantas miserias le era dado reducir á los monarcas.

Muerte de Perseo.—Enseguida fué encerrado el rey de Macedonia en un hediondo y oscuro calabozo, donde se custodiaba á los reos hasta el momento del suplicio. Allí le abandonaron siete dias sin llevarle alimento; y fué menester que movidos de compasion los demás prisioneros partiesen con él lo poco que les echaban los carceleros en medio de inmundicias; le ofrecieron una soga y un cuchillo, más aun no se atrevió á renunciar á la vida. Por último Paulo Emilio, á impulsos de la humanidad ó por respeto al infortunio, obtuvo del Senado que se le trasladase á una prision más decorosa; pero al cabo de dos años, divirtiéndose bárbaramente sus guardianes en impedirle que durmiera, sintió agotadas sus fuerzas por aquel suplicio, de que le libertó la muerte (164). El único hijo que le sobreviviera Filipo quedó reducido á ganarse el sustento en el oficio de tornero y luego en el de escribiente de los magistrados de Alba.

Poetas, historiadores, oradores, exaltaron al pueblo romano por haber vengado en el último de los Eácidas á los troyanos, sus abuelos (4); y ensalzaron hasta las nubes al gran pueblo, que anonadaba á los soberbios y perdonaba á los vencidos.

---

(4) *Ille triumphata Capitolia ad alta Corintho*
Victor aget currum, cæsis insignis Achivis.
Eruet ille Argos, Agamemnoniasque Mycenas
Ipsumque Æacidem, genus armipotentis Achillei;
Ultus avos Trojæ, temerataque templa Minervæ.
VIRGILIO, *Æn.*, lib. VI.

CAPÍTULO XIII

CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE MACEDONIA.

No perdió su libertad la Macedonia, es decir, no fué reducida á provincia, persistiendo los romanos en seguir la política adoptada en aquella empresa. Avasallada la Iliria en treinta dias por el pretor Anicio Galo, fué tratada del mismo modo, así como el Epiro, al cual se intimó el mandato de entregar al tesoro todo el oro y toda la plata que poseia; desmantelaron setenta de sus ciudades los romanos cuando penetraron en sus recintos, bajo pretesto de libertarlas de guarniciones extranjeras, y vendieron como prisioneros á ciento cincuenta mil hombres. Un decreto del Senado anunció al mundo esta nueva prueba de magnanimidad, á fin de que Macedonia é Iliria enseñaran á todos los pueblos como estaba dispuesta Roma á defender su libertad.

Rodios.—Habia aguardado al fin de la guerra para castigar no solo á los que se habian vuelto contra ella, sino tambien á los que habian acreditado poco celo por su causa. En virtud de esta conducta hubiera sufrido Rodas la suerte de Epiro, si Caton no hubiera puesto dique á aquel abuso de fuerza. Demostró que el único objeto de aquella gloriosa república marítima habia sido conservarse independiente. Si habia manifestado deseos de que Perseo saliera victorioso, así debia sentirlo cualquiera que comprendiese su interés verdadero y viera en la caida de aquel príncipe su comun servidumbre. *¿Y qué,* dijo, *castigais vosotros las intenciones? ¿Y cómo procedeis vosotros cuando encontrais ventaja? ¡Son orgullosos! ¿Y os incomoda que haya quien os iguale en este punto?* Este atrevido lenguaje valió á Rodas quedar únicamente privada de los derechos que le habian sido otorgados sobre Siria y la Caria en la repartición de los despojos de Antíoco, lo cual era en la esencia ventajoso para ella, porque esta república, semejante bajo tantos aspectos á Venecia, debió como ella todos sus reveses á su mania de tener posesiones en tierra firme, ambicion que la arrastró á su total ruina.

Terremoto de Rodas.—No pasemos adelante sin recordar el desastre de que fué teatro esta isla en 227. En el curso de este año agitaron á la naturaleza graves convulsiones que hicieron surgir del mar una nueva isla entre las Cíclades y produjeron en Rodas sacudimientos tales que destruyeron su puerto, con sus arsenales, sus palacios, é hicieron pedazos su célebre Coloso. Pero mantenian los rodios tantas relaciones fuera, y eran tan reconocidas la importancia de sustentarlas, que sin descender á ningun paso humillante, sino usando de habilidad, indujeron á los soberanos y á las ciudades á reparar sus pérdidas. Hieron y Gelon de Siracusa les dieron primeramente 75 talentos de plata, luego 5 para el aceite necesario en los ejercicios de la palestra, calderas y cántaros de plata para el mismo objeto, 10 para los sacrificios, otros tantos para los pobres, 50 catapultas de 3 codos, concediendo además escepcion de derechos á todos los rodios que abordasen á Sicilia. A más, como si se hubieran creido obligados á la gratitud, respecto de aquellos insulares, porque habian aceptado sus socorros, erigieron en el mercado de Rodas dos estátuas representando al pueblo de aquella isla coronado por el de Siracusa. Tolomeo prometió 300 talentos de plata, un millon de modios de trigo, madera para la construccion de seis naves con cinco órdenes de remos, y de diez de tres, estopa y tela para servicio de ellas, y veinte mil modios de trigo para el avituallamiento de los diez triremes; además otros doce mil modios con ocasion de los espectáculos; y por último 3,000 talentos de bronce para refundir el Coloso, y cien arquitectos con trescientos cincuenta obreros para la reconstruccion de los edificios. Antígono envió diez mil tablones, una inmensa cantidad de madera

para tabiques, 3,000 talentos de hierro, 1,000 de pez cocida, otros tantos de pez cruda y 100 talentos de plata; su mujer Criseida, añadió á esto cien mil modios de trigo y tres mil talentos de plomo. Seleuco, padre de Antíoco, otorgó exencion de derechos á todos los rodios que abordaran á sus Estados, y les envió diez naves de cinco órdenes, doscientos mil modios de trigo, cinco mil brazas de madera de carpinteria, resina y cerdas para calafatear los barcos. Prusias, Mitrídates y otros príncipes del Asia mostraron igual generosidad, y aun más las ciudades.

«Hemos referido estas cosas, dice Polibio (1), primeramente para dar idea de la magnificencia de los rodios en sus instituciones públicas, por las cuales son bien dignos de imitacion y de alabanza; y después para dar á conocer cuan mezquinos son actualmente los donativos de los reyes, y cuan miserable es lo que de ellos reciben las naciones y las ciudades, á fin de que los que hacen una liberalidad de 4 ó 5 talentos no crean haber hecho una gran cosa, y no pretendan obtener de los griegos la benevolencia y los honores que les debieron los antiguos reyes; en fin, tambien para que teniendo las ciudades á la vista la grandeza de las liberalidades pasadas, no recompensen inconsideradamente los pequeños y miserables donativos, que se hacen en el dia, con grandes y solemnes honores.»

A semejanza de Rodas se vió pagado Eumenes con ingratitudes por parte de los romanos: recelando el Senado de su engrandecimiento, le abrumó con desdenes y amenazas, y acabó por trasferir la corona á su hermano Atalo II (157).

Prusias, á quien costaba poco envilecerse, fué en persona á justificarse, rapada la cabeza y cubierto con un gorro de liberto; prosternado en el umbral de la curia, se le oyó esclamar de este modo: *¡Salud, oh dioses conservadores! vuestro liberto comparece ante vosotros y está pronto á ejecutar todos vuestros mandatos.* Tanta abyeccion y su hijo dejado en rehenes le valieron conservar la corona.

Por su parte Masinisa de Numidia envió á su hijo á quejarse de dos cosas, primera, de que el Senado le habia reclamado socorros como una gracia, siendo así que tenia derecho para exigírselos; segunda, de que habia querido pagarle el trigo que habia suministrado, siendo así que se reconocia deudor á Roma de la corona; y satisfecho de poseer el usufructo, sabia que pertenecia en propiedad al pueblo rey.

Como es fácil de imaginar, estas embajadas, y otras no ménos viles no hicieron más que alimentar el insolente orgullo de los romanos; y así desde este momento, renunciando al papel de árbitros que habian sostenido concibieron el pensamiento de convertirse en señores del mundo.

Tolomeo Epifanes.—Dirigió este sentimiento su conducta respecto de los sucesores de Alejandro, debilitándolos en tiempo de paz, con el fin de incapacitarlos para la defensa cuando sonara la hora del combate.

Tenia ocho años Tolomeo V Epifanes cuando le envió Roma embajadores para darle gracias por la constante amistad que Egipto habia siempre manifestado á Roma, aun en tiempo de sus reveses, y anunciarle la paz ajustada con Cartago (pág. 98). Aprovecháronse de esta ocasion los tutores de Tolomeo para colocar al rey niño bajo la tutela del senado romano, quien le acogió con gusto (201). Fué Marco Lépido el encargado de ejercer estas funciones confiándolas este al acarnanio Aristomenes, hombre acostumbrado á los negocios y tan prudente como fiel. Habian sido ocupadas por Antíoco III las posesiones que tenia Egipto en Celesiria, ofreciendo este último darlas en dote á su hija Cleopatra, prometida esposa del jóven rey (2). Empuñó Tolomeo las riendas del gobierno

(1) Lib. V, cáp. 88.

(2) La estela de Roseta, mencionada anteriormente (tomo I, pág. 245), pertenece á esta época. Publicaron los sacerdotes en Menfis y en honor de Tolomeo el siguiente decreto. «En el año IX, mes de mechir (marzo, 196), los pontífices y profetas, los que entran en el santuario para vestir los dioses, los epteróforos, los gerográmatas y todos los demás sacerdotes que de todos los templos sitnados en el pais han llegado á Menfis cerca del rey para la solemnidad de la toma de posesion de esta corona, que ha heredado de su padre, Tolomeo siempre vivo muy amado de Fta, dios Epifanes, muy gracioso príncipe, han pronunciado, reunidos en el templo de Menfis, el siguiente decreto:

«Considerando que el rey Tolomeo, siempre vivo, muy amado de Fta, dios Epifanes, muy gracioso, hijo del rey Tolomeo y de la reina Arsinoe, dioses Filopatores, ha hecho á los templos y á los que en ellos residen toda clase de bienes y en general á todos los que están bajo su dominacion;

»Que siendo dios hijo de un dios y de una diosa como Horo, hijo de Isis y de Osiris, vengador de Osiris, su padre, que queriendo señalar generosamente su celo en las cosas que pertenecen á los dioses, ha consagrado para el servicio de los templos cuantiosas rentas, tanto en dinero como en trigo, y hecho grandes gastos para restablecer la tranquilidad en Egipto, y levantado allí templos;

»Que no ha descuidado medio alguno para llevar á cabo actos de humanidad;

»Que con el fin de que vivieran en la abundancia la poblacion de su reino y todos los ciudadanos en general, suprimió desde luego ciertos tributos é impuestos, establecidos en Egipto disminuyendo á la vez el peso de otros;

»Que hizo además donacion de todo lo que le correspondia de los derechos de regalia, tanto por sus súbditos habitantes en Egipto, como por los otros de sus reinos, aunque por su cantidad no fuesen estos derechos de poca importancia;

»Que ha absuelto y dado libertad á aquellos presos sobre quienes pesaban hacia mucho tiempo sentencias de los jueces;

»Que ha mandado que las rentas de los templos y las regalias que les eran pagadas todos los años tanto en dinero como en trigo, lo mismo que las partes reservadas á los dioses de los viñedos, jardines y sobre todas las cosas á que tenian derecho en tiempo de su padre, que debia continuar percibiéndolas el pais;

á los catorce años, pero, corrompido por la lisonja, mostróse mal soberano, hizo morir á Aristomenes que condenaba su conducta (184), y escitó con sus desórdenes una peligrosa sublevacion que fué apaciguada por su ministro Policrates.

Creyóse entonces que Antíoco suegro de Tolomeo habia alentado estas turbulencias, por lo que éste le conservó siempre rencor, escitando á los romanos con ofrecimientos y considerables subsidios á hacerle la guerra. Precipitáronle en la tumba sus vicios á la edad de veinte y ocho años (181).

Tolomeo VI.—Aun no tenia cinco años Tolomeo Filometor, cuando le sucedió en el trono. Gobernó Cleopatra, su madre, dignamente en su nombre, pero muerta ésta, pasó la regencia á manos de Leneo y del eunuco Eubeo que manifestaron pretensiones sobre Celesiria y la Palestina ofrecidas en dote á Cleopatra; siendo esto causa de un rompimiento con Antíoco IV Epifanes. Estalla la guerra, y se apodera Antíoco del Egipto hasta Alejandria, cayendo en sus manos Filometor (170). Eligieron entonces en su lugar los alejandrinos á su hermano Tolomeo Fiscon, lo cual determinó á Antíoco á restablecer á Filometor, no por generosidad, sino con el fin de que se debilitasen mútuamente los dos príncipes haciéndose la guerra, y conquistar por este medio más fácilmente el Egipto (166). Pero adivinaron sus intenciones y se reconciliaron; y como se preparara Antíoco á atacarlos, recurrieron á Roma.

Popilio Lena, enviado en embajada cerca de Antíoco, le intimó de parte del senado, que abandonara sus conquistas. Como solicitase algun tiempo para reflexionar este monarca, Popilio describió con su baston un círculo entorno suyo, diciéndole que antes de poner el pié fuera habia de decidirse. Hubo de someterse Antíoco, y el senado respondió á sus embajadores, que le daba el parabien por su obediencia. De este modo trataba Roma á un rey, después de haber vencido á la Macedonia; y al aceptar Antíoco la paz que le dictaba el senado tuvo que ceder Chipre y Pelusio.

No debian tardar en seguirse otras escenas de humillaciones reales. Aquellos dos hermanos Tolomeos se repartieron el reino: Filometor tomó el Egipto y Chipre; Fiscon, Cirene y la Libia; pero en breve vinieron á las manos, y obligado á huir Filometor desembarcó en Italia; encaminóse á Roma, donde entró vestido pobremente, á pié, cubierto de polvo, y fué á alojarse á la humilde vivienda de un pintor de Alejandria. Encantado el Senado de la aventura le dirigió sus escusas, invi-

---

»Que ha dispensado á las tribus sacerdotales de hacer anualmente el viaje por agua á Alejandria;

»Que ha querido que los ciudadanos que habian usado de blandura con los rebeldes armados, y que aquellos cuyos sentimientos habian sido en tiempo de revueltas opuestos al gobierno, pero que después habian entrado en su deber, fuesen puestos en posesion de sus bienes;

»Que habiendo entrado en Menfis como vengador de su padre y de su corona, ha castigado como lo merecian á los caudillos de aquellos que se habian sublevado contra su padre, y habian devastado el pais y despojado los templos;

»Que ha hecho muchas donaciones á Apis, á Mnevis y demás animales sagrados del Egipto;

»Que ha ejecutado magníficas obras en el templo de Apis, dando para estos trabajos gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas;

»Que ha levantado templos, oratorios y varios altares, haciendo reparaciones necesarias en aquellos que tenian necesidad de ellas, con el celo de un dios bienhechor en todo lo que concierne á la divinidad;

»Que habiéndose informado del estado en que se encuentran los objetos más preciosos encerrados en los templos, los ha renovado en tanto que ha sido necesario bajo su administracion, habiendo los dioses en recompensa concedídole salud, victoria y otros bienes,..... debiendo pertenecerle la corona lo mismo que á sus hijos, hasta la más remota posteridad;

»Han, pues, acordado todos los sacerdotes de los templos del pais, decretar que los honores que se hagan al rey Tolomeo, siempre vivo, querido de Fta, dios Epifanes, muy gracioso, sean considerablemente aumentados, y al igual de los que son debidos á sus padres, dioses Filopatores, y á sus abuelos; que la estátua del rey Tolomeo, siempre vivo, sea erigida en todos los templos y colocada en el sitio más aparente, llamándola la estátua de Tolomeo vengador del Egipto; cerca de la misma, se colocará el dios principal del templo, quien le presentará las armas de la victoria; disponiendo el todo de la manera más conveniente. Tres veces al dia harán los sacerdotes el servicio religioso cerca de las dichas estátuas, las revestirán con los ornamentos sagrados, y cuidarán de que en las grandes solemnidades se les tributen todos los honores que estén en uso respecto de los demás dioses. Se consagrará al rey Tolomeo una estátua, y una urna dorada en lo más santo de los templos será colocada con las otras cerca del santuario, sacándose así en las grandes solemnidades la del muy gracioso dios Epifanes. Y con el fin de que á ésta se la reconozca entre las demás, lo mismo ahora que en los tiempos venideros, se pondrán encima de ella las diez coronas reales de oro, en cuya parte anterior llevarán un áspid, imitando á las coronas en figura de áspid que existen en las otras urnas, colocándose enmedio de las coronas el ornamento real llamado *pscent*, que llevaba el rey al entrar en el templo de Menfis, cuando tuvieron lugar las ceremonias legales prescritas para tomar posesion de la corona: se adherirá al tetrágono que rodea las diez coronas de que se ha hablado, filacteros de oro con la siguiente inscripcion: «Esta es la urna del rey que hizo famosas las regiones alta y baja.» Se celebrará todos los años una fiesta y una numerosa asamblea (panegiria) en honor del siempre vivo, querido de Fta, rey Tolomeo, dios Epifanes, muy gracioso; y esta fiesta tendrá lugar en todos los paises, tanto del alto, como del bajo Egipto, y durará cinco dias, empezando en el mes de Tot, durante los cuales los que hacian los sacrificios, las libaciones y demás ceremonias de estilo, llevarán coronas y se les llamará sacerdotes del dios Epifanes Eucarista (muy gracioso), y añadirán este nombre á los demás que tomen de los dioses, á los cuales están ya consagrados.

»Y con el fin de que se vea como se honra y glorifica en Egipto, como es justo, al dios Epifanes, muy gracioso monarca, se grabará el presente decreto en una columna de dura piedra, en caractéres sagrados y con letras griegas; columna que será colocada en cada uno de los templos de primero, segundo y tercer órden en todo el reino.

tándole á presentarse en traje más conveniente á hacer la esposicion de sus agravios. Después de haberlos escuchado, hizo de mediador entre los dos hermanos y logró reconciliarlos. ¿Pero qué valor podian tener los juramentos mútuos, cuando la ambicion y las causas de discordia subsistian todavia? No tardaron en estallar nuevas disensiones. Fiscon, que pretendia más estensas posesiones, se dirigió á Roma, y el Senado le dió la razon, ocupándose más del interés de la república que del derecho. Habiendo, pues, reclutado este príncipe gran número de mercenarios en Grecia, volvió á presentarse en Libia. Aunque sostenido por los romanos tenia en contra suya el voto de los pueblos, á quienes habia maltratado cuando ocupaba el trono: así después de diversas alternativas fué vencido, y Filometor le hizo prisionero. Mas le perdonó olvidando sus yerros; y aun se mostró más generoso otorgándole nuevamente Cirene y Libia, añadiendo á esta dádiva muchas ciudades, y le prometió su hija en matrimonio. Una conducta tan clemente desarmó á los romanos, quienes dejaron por entonces respirar á Egipto bajo Filometor.

Siria.—En cuanto á la Siria se ostentaba floreciente todavia con las hermosas provincias de la Comagene, Cirréstica, Seléucide y Palmirene. La Seléucide se llamaba tambien Tetrápolis por las ciudades que Seleuco Calínico fundó en los ricos valles que se ven entre el Antilíbano y el gran mar, llamadas Seleucia, Laodicea, Apamea y Antioquia. Esta última, la reina del Oriente, sobrevivió al reino de los Seléucidas. De Laodicea salian los famosos vinos del pais para ir al mediodia del Asia Menor; y Palmira debia su prosperidad á las caravanas que cruzaban el desierto, estableciendo comunicaciones entre la Europa y la India.

Antioco IV.—Antíoco Epifanes, ya mencionado muchas veces, habia sucedido en Siria á su hermano Seleuco IV Filopator (174), hijo pacífico del belicoso Antíoco el Grande. Habia sido educado en Roma hallándose de rehenes, y ascendido al trono aspiró á combinar el fausto de Siria con la popularidad romana; pero solo alcanzó hacerse blanco del odio y del desprecio. Recorria solo, seguido de dos ó tres criados y vestido modestamente las calles de Antioquia; pasaba horas enteras en las tiendas de los plateros y grabadores, discutiendo acerca de su arte; se mezclaba entre los hombres del pueblo, bebiendo y bromeando con ellos; llegaba de improviso á los puntos donde habia algun banquete ó algun regocijo; se paseaba en las plazas estrechando la mano á los transeuntes, informándose de lo que deseaban, y prestando oidos á las pequeñas disputas que se suscitaban sobre la compra y venta, segun se practicaba en Roma. Por último, á la vista de todos se entregaba en los baños á mil indecencias, que le hacian, no *ilustre*, como él se titulaba, sino escarnio de sus súbditos.

Aduló á los romanos odiándoles, é hizo venturosamente la guerra contra Egipto, que le disputaba la Palestina y la Celesiria; y habiéndose apoderado de Pelusio, en vez de esterminar á sus moradores, usó con ellos de clemencia, lo cual fué causa de que se le sometieran otras muchas ciudades. Cuando Tolomeo Filometor cayó en sus manos, le trató honoríficamente; luego, aprovechándose, como hemos visto, de sus disensiones con su hermano Fiscon, se aprestaba á reunir el Egipto á la Siria; pero interviniendo los romanos con arrogancia, le obligaron á evacuar aquel punto y á soportar la paz que quisieron imponerle.

Nada era el tributo que Siria debia pagar á los romanos, en comparacion de los donativos, por cuyo medio se veia Antíoco obligado á comprarse partidarios en Roma, donde era venal todo. Por otra parte iba en aumento el lujo en la corte de Siria. Antíoco especialmente desplegó un inaudito boato en la fiesta que dió en Dafne (166), afamada por el oráculo que hizo olvidar los de Apolo y de Diana y por las costumbres infames de que se hacia ostentacion en su recinto.

Fiestas en Dafne.—En la solemne procesion con que se abrieron los juegos, rompian la marcha cinco mil mancebos en traje de soldados romanos; luego seguian otros tantos vestidos á la misia: después tres mil cilicios armados á la ligera y ceñidas sus sienes con coronas de oro; otros tantos tracios, cinco mil galatas con escudos de plata, cuatrocientos ochenta gladiadores, mil jóvenes guerreros en magníficos caballos de Nicea, y otros tres mil ginetes, la mayor parte recamados de oro, con coronas del mismo metal en la cabeza. Iban detrás mil amigos del rey espléndidamente vestidos, sobre caballos pomposamente enjaezados, luego cuatro mil ginetes con trajes bordados de oro, cien carros tirados por seis corceles de frente, y otros cuarenta y dos por cuatro; ochocientos mancebos con diademas de oro precedian á las estátuas de los dioses y de los héroes de Grecia y de Siria, llevados por hombres magníficamente ataviados y acompañados por mil pages de Dionisio, secretario del rey, cada uno de los cuales llevaba un jarron de plata de peso de mil dracmas; los jarrones de los seiscientos pages del rey eran de oro. Iban doscientas mujeres con copas de oro, derramando aguas odoríferas sobre los espectadores. Cerraban la marcha ochenta mujeres lujosamente adornadas en literas con brazos de oro macizo; y las de otras quinientas mujeres tenian los brazos de plata.

Duró un mes la fiesta, y se sirvieron cotidianamente mil quinientas mesas en las que se prodigó lo más esquisito de Europa y de Asia. En los salones estaban colocados quince grandes jarrones llenos de preciosos perfumes, y por esto se puede calcular la magnificencia de todo lo demás. En aquellas diferentes solemnidades sirvió Antíoco miserablemente de espectáculo, y á veces de una manera obscena. Ya se le vió durante la procesion correr como un loco atrás y adelante cabalgando en un mal caballejo; ya se le vió en los banquetes servir alternativamente á una mesa ya á otra, ó

preceder con el manto real y ceñida la diadema á los que traian los manjares. Ya se tiraba de repente al suelo ó se ponia á bailar; y esto, omitiendo actos indecentes de que apartaban la vista con repugnancia los que no habian ahogado su razon en el vino. Un dia que habia convidado á los principales personajes del reino se hizo llevar al salon del festin, vestido de pantomimo, y habiéndose tendido en el pavimento, se fingió por largo rato difunto; haciendo luego que resucitaba al son de instrumentos, se puso á dar saltos y á hacer tales gestos, que no pudiendo contenerse los convidados se fueron todos (3).

Tiberio Graco, que se hallaba cerca de él entonces encargado por el Senado de vigilar á los reyes y á los Estados de Oriente, debió concebir tanto más desprecio hácia Antíoco, cuanto más se humilló á fin de merecer su cordial gracia; pues se portó respecto de su persona más bien que como rey, como esclavo, cediéndole su palacio y hasta llegando á ofrecerle su corona. Pudo de consiguiente afirmar el embajador al Senado que no tenia nada que temer por parte del rey de Siria.

(3) Polibio en ATENEO, V, 4, X, 12.—DIODORO DE SICILIA, *Frzgm.* XXXI, 16.

A pesar de cuantas riquezas habia sacado Antíoco de su espedicion á Egipto y del dinero que le suministraban sus tributarios y las provincias de Oriente, era cada vez más estremada la penuria del erario, de modo que para restablecerlo echaba mano de los tesoros de los templos, recurso siempre peligroso. Habíase tambien enagenado las voluntades de sus súbditos por su mania de querer cambiar los usos nacionales, probando á la vez á introducir en sus dominios el culto griego, no por celo religioso, sino porque se prestaba más á las ceremonias pomposas á que tenia una pasion delirante. No bien hubo dado la órden de cambiar el traje nacional y de renunciar á los antigos usos, se sublevó en contra suya Artaxias, rey de Armenia y se negó la Persia á pagarle el tributo. Obligado á recurrir á las armas, venció é hizo prisionero al primero, y luego consiguió que los demás entrasen en sus deberes; pero habiéndose puesto en marcha para saquear el templo de Elimaide, célebre por sus riquezas, sublevado el pueblo en su contra, reunió todas sus fuerzas y logró rechazarle.

Todavia resultaron de su intolerancia consecuencias más graves respecto de una nacion de que no hemos hablado hace tiempo, y que continuaba en su oscuridad guardando los tesoros de la tradicion.

CAPÍTULO XIV

LOS HEBREOS.

Cuando el gran Ciro rescató á los hebreos de la servidumbre, permitiéndoles dejar á Babilonia y volver á su patria (tomo I, pág. 366), muchos de ellos, que durante los setenta años de destierro, se habian establecido allende el Éufrates y habian adquirido propiedades, no quisieron cambiar las fértiles llanuras de la Mesopotamia por las devastadas landas de la Palestina, aun cuando fuese su patria, y permanecieron allí ofreciendo á sus hermanos vasos de oro y plata, utensilios, acémilas y toda clase de ropas. Por eso hallamos con posterioridad á esta época á los hebreos esparcidos en la Siria, en la Persia y en la Caldea en mucho mayor número que en la populosa Palestina. Entre los extranjeros continuaban viviendo segun sus leyes nacionales bajo un príncipe del cautiverio, asistido de un sanhedrin y celebraban sus fiestas religiosas en épocas determinadas (1).

42360 personas de las tribus de Judá, de Benjamin y de Leví unidas en perfecta armonia, y á más 7337 siervos, volvieron á Jerusalen á las órdenes del gran sacerdote Josué y de Zorobabel, vástago de los antiguos reyes hebreos (536). La prosperidad de la nueva Jerusalen halló trabas por sus disensiones con los cuteos, raza meda y persa, trasladados á aquel pais por Salmanasar, cuando arrancó de allí á sus moradores, y habiéndose mezclado con los indígenas formaron la poblacion samaritana: esta seguia la ley de Moisés, pero diferia de los hebreos en algunos artículos de fé, lo cual les impidió ponerse de acuerdo para restablecer la nacionalidad con auxilio de la comunidad de culto. Hasta erigieron los samaritanos un templo particular en la cima del monte Garizim cerca de Siquem, de modo que los dos pueblos llegaron á mirarse recíprocamente con aquella animosidad nacional y religiosa que léjos de amortiguarse con el tiempo, sobrevivió á la pérdida de la libertad y de la patria.

Cuanto estuvo á su alcance hicieron los samaritanos para impedir la reconstruccion del templo de Jerusalem; decian á los reyes de Persia que mandaran consultar los anales de los reinados precedentes, donde encontrarian pruebas de que los hebreos, pueblo perverso y turbulento, negarian los tributos y les harian perder la soberania del pais no bien cobraran aliento. Con efecto, primeramente bajo Cambises y luego bajo Esmerdis obtuvieron órdenes en que se les prohibia reconstruir el templo.

Reconstruccion del templo.—Pero al fin en el reinado de Dario, hijo de Histaspes fué reedificado sin nuevos obstáculos, y fué consagrado el altar con el sacrificio de cien becerros, de doscientos carneros, de cuatrocientos corderos y de doce cabras (520). Una magnificencia mucho mayor se habia desplegado en la ereccion y consagracion del templo, en el tiempo en que, libre y una la Judea, florecia bajo el reinado de Salomon. Pero el profeta predijo á los ancianos, que deploraban tamaña diferencia, que el nuevo templo superaria al antiguo, porque veria la salvacion de Israel (2).

Esdras.—Tornaron sucesivamente de Babilonia á Jerusalem otros hebreos; tales fueron los que condujo Esdras, descendiente de Aaron, que enviado por el rey de Persia para reorganizar el gobierno de los hebreos, los llevó de Mesopotamia el dinero procedente de las ofrendas del rey y de sus compatriotas (467). Se aplicó á hacer revivir la ley de

(1) Tenemos por autoridades los libros de Esdras, los de los Macabeos y las *Antigüedades judáicas de* FLAVIO JOSEFO.

(2) AGEO, II, 3, y sig.

Moisés, caida en olvido ó en desuso, recogiendo con esmero, para restablecer el código sagrado, los fragmentos sueltos, tanto de boca de los ancianos como de las copias que habian sobrevido, en lo que pudieron ayudarle los profetas Ageo, Zacarías y Malaquias, y la inspiracion divina. En la copia que de él hizo sustituyó al antiguo hebraico la escritura caldea, más cómoda y más gallarda. Inventó las vocales, los puntos y la masora (3), y escribió tambien la historia de los acontecimientos de su tiempo (4).

Haciendo uso de la autoridad con que habia sido investido por la Persia, puso término al escándalo de los matrimonios mistos, persuadiendo á los hebreos que renunciaran en conformidad con la ley, á las mujeres extranjeras; puso asimismo término á las profanaciones del culto y le regularizó con sujecion á la antigua costumbre.

Nehemias.—Después de trece años fué reemplazado por Nehemias, que llevó otros judios á Palestina, y rodeó á Jerusalen de murallas, donde reunió la poblacion esparcida hasta entonces en el campo (454).

Habian regresado, pues, á su patria cerca de setenta mil hebreos en totalidad. Acaeció entonces lo que á la India en el siglo pasado, cuando una vez conquistado y pacificado el pais por los ingleses, los habitantes de los campos á quienes las guerras intestinas habian obligado á buscar refugio en lo interior de las tierras, dejando desiertos cantones enteros, volvieron á ocupar sus casas y sus campos, como si no hubiera interrumpido su posesion ningun acontecimiento. Algun tanto se habia alterado la lengua hebráica durante una residencia tan larga entre los extranjeros; hasta las creencias habian perdido parte de su pureza, degenerando en prácticas minuciosas, en sutilezas sobre cuestiones de palabras. No obstante, las desventuras padecidas habian afirmado la esperanza del redentor prometido por los profetas, aun cuando se engañasen no queriendo ver en él más que un conquistador, llamado no solo á libertarles, sino á hacerles dueños del mundo.

Pobre de hechos la historia que nos queda de los hebreos en esta época, se compone de alteraciones introducidas por el pueblo en el culto y en los usos, de reformas predicadas por los profetas ó preceptuadas por los ministros de Persia, de discusiones con estos, y querellas con los samaritanos, cada vez más contagiados de paganismo. Dependian los hebreos de los sátrapas de Siria; pero á medida que declinaba el poderío de Persia, adquirian mayor autoridad los sumos pontífices, como acaeció con los obispos de la Edad Media, de tal modo que figuraron al fin como jefes de la nacion (332).

Alejandro en Jerusalen.—Los persas mantuvieron paz con los hebreos, y estos por gratitud sostuvieron á los reyes, especialmente á Dario último de ellos. Cuenta Flavio Josefo, que al sitiar Alejandro Magno á Tiro, pidió subsidios á los hebreos, quienes se los negaron como obligados á guardar fidelidad á Dario, y que irritado por aquella negativa, marchó contra Jerusalen (332). Pero el sumo pontífice Jaddo se adelantó á su encuentro con la pompa de sus vestiduras pontificales, y le mostró que los profetas de su nacion se habian ocupado de él mucho tiempo antes. Tanta magestad asombró al rey macedonio, y refirió que antes de su espedicion se le habia aparecido un hombre vestido de igual manera, quien le habia exhortado á emprender sus conquistas. Olvidando, pues, su cólera dejó en paz á los judios, autorizándoles para gobernarse por sus propias leyes, y aun eximiéndoles del tributo en los años sabáticos. De aquí resultó que se alistaron en su ejército muchos judios, como habian servido otros en las filas de Jerjes. Secundaron los samaritanos enérgicamente á Alejandro contra Tiro y en Egipto, lo cual les valió la exencion de cada siete años uno. Este rey restableció á muchos hebreos en su nueva ciudad de Alejandria, donde les otorgó la libertad religiosa é inmunidades iguales á las de los macedonios: tuvieron un etnarca para ser gobernados, para que juzgara sus diferencias, se ocupara de los intereses del comercio, diera las órdenes é hiciera ejecutarlas, como podia verificarlo el jefe de un reino bien consolidado.

Después de Alejandro participó la Palestina la misma suerte de la Fenicia y de la Celesiria, caidas bajo la dominacion del rey de Siria (286). Tolomeo Soter asedió á Jerusalen, y sabiendo que los hebreos no peleaban el sábado, eligió este dia para acometerles. Tomó su ciudad, y cien mil de ellos fueron trasladados á Alejandria; algunos penetraron más adelante en Africa hasta Cirene (5) y en Etiopia.

---

(3) Vocablo hebreo que significa tradicion. Llámase de este modo una crítica del texto de la Sagrada Escritura que ha fijado las variantes, el número de versículos, voces, letras etc.

(4) Segun el Coran, Esdras recuperó muchos libros del Antiguo Testamento que se habian perdido, y los escribió á la vez con cinco plumas. Algunos hebreos no quisieron creer en este prodigio, y uno de ellos dijo que su padre habia escondido un ejemplar de los libros santos en el hueco de una roca; fueron, pues, á buscarle, pero su asombro fué grande hallándole conforme á lo que habia escrito Esdras. (*Capítulo* Bacra).

Los cristianos orientales creen que Esdras tragó un poco de fango del pozo en que fué sepultado el fuego sacro antes de la servidumbre, con lo que adquirió la facultad de escribir de nuevo todos los libros santos.

De los cuatro libros de Esdras, el tercero y el cuarto se reputan como apócrifos por todo el mundo. El segundo de Esdras fué escrito por Nehemias.

(5) Independientemente de Simon que ayudó á Jesucristo á llevar la cruz, y era de Cirene, Jason, autor de una historia de los *Macabeos*, de que es resúmen el libro II de de estos, era tambien de la misma ciudad. San Lúcas

Samaritanos.—Ménos fieles observadores de la ley jurada, los samaritanos se inclinaban al partido del más fuerte, lo cual les puso en condicion de prosperar y edificar á Siquem, capital suya. Segun sus creencias no hay más que un Dios, quien envió á Moisés, cuyos libros son las únicas reglas de fé, y no las profecías, ni la tradicion, ni la historia. No puede diferirse la circuncision como hacen los hebreos, sino que debe ser practicada á los ocho dias del nacimiento. A diferencia de estos nunca se casan dos veces, y jamás se desposan con sus sobrinas; hacen una ablucion después del acto conyugal, y después de toda accidental contaminacion. Observan el sábado tan rigurosamente, que ni aun siquiera encienden lumbre, ni tocan á sus mujeres, ni salen de su casa más que para ir á la sinagoga. Su mayor solemnidad es la Pascua, luego la de Pentecostés, la fiesta de los tabernáculos y el gran ayuno de la espiacion; pero no ofrecen sacrificios más que en la cima del Garizim. Su gran sacerdote reside en Siquem, y desciende por una sucesion no interrumpida de Ruz, hijo de Finees. Debia ser el texto más auténtico el Pentateuco conservado por ellos; pero los críticos señalan pasajes alterados de intento. Como la antigua lengua hebráica era familiar á pocas personas, tenian para el uso ordinario una version griega, probablemente la única de que habian oido hablar los primeros cristianos (6).

Sectas.—Aun cuando la ley mosáica se habia conservado intacta en la primera sinagoga, no la habian alterado poco en su aplicacion los setenta años de cautiverio. Habian cesado los jubileos, interrumpiéndose tambien las solemnidades y las penitencias; la gerarquia sacerdotal habia sido modelada con arreglo á la de Babilonia, y la *cábala* ó tradicion, atestada de ritos y de opiniones caldáicas, se habia introducido en el culto. En el tiempo de la vida patriarcal se aplicaba la ley por el padre de familia, á la vez juez y sacerdote: bajo el gobierno nacional se convierte en ley parlante, activa más que especulativa, eficaz, sin fórmulas, separando los jueces de los sacerdotes, siempre clara por estar enlazada á la vida y grabada en las almas por el culto; mas una vez suspendida por el cautiverio, era menester devolverle su antiguo imperio, hacerla comprender á generaciones que no estaban habituadas á ella, ingerirla de nuevo en las costumbres públicas.

Saduceos.—De aquí se derivó el escrúpulo por observar la letra; interviniendo allí el espíritu de argucia de los griegos, fué alterada la interpretacion, lo cual dió orígen á muchas sectas. Antígono, hijo de Soco, presidente de la sinagoga, enseñó que no se debia servir á Dios por temor ni por esperanza, sino solamente por amor y por respeto (248). No elevándose Sadoc, su discípulo, á la nobleza de este pensamiento, supuso que su maestro habia entendido que no habia premios ni castigos más allá de esta vida, que bastaba la justicia positiva de la ley escrita; que no habia ángeles, ni inteligencias superiores, ni resurreccion de los cuerpos. Esta doctrina fué adoptada por los hebreos más ricos. Los caraitos, que admitian una remuneracion posterior, se separaban algo de ella.

Fariseos – Tenian estas doctrinas en contra á los asideos, ó religiosos aspirantes á mayor perfeccionamiento, divididos en esenios y fariseos. Pretendian los fariseos, que Moisés, á más de la ley escrita, habia recibido del ángel Raziel una ley oral que trasmitió á Josué, éste á los ancianos, los ancianos á los profetas, y estos á los miembros de la gran sinagoga. Esta tradicion ó cábala esplicaba las cosas secretas para la muchedumbre, el verdadero sentido de las ceremonias, de las profecías, de los enigmas. Sabian por ella que existia un Criador, un destino, una providencia, que concurria á determinar la voluntad del hombre, dejándole no obstante en libertad de decidirse por el bien ó por el mal, del que tendrá la recompensa ó el castigo en el otro mundo, donde continua viviendo el espíritu hasta que se viste de nuevo el cuerpo destinado á la resurreccion (7). Segun su doctrina podia preservarse el hombre de los castigos, observando estrictamente el ayuno, con las limosnas, las abluciones, los sacrificios, las plegarias, que tambien son eficaces para la otra vida. Haciendo más de lo que la ley exige, tambien se logra un tesoro de mérito de que puede luego disponer á su gusto. Su símbolo era: *Sed lentos en juzgar, multiplicad el número de los discípulos, rodead la ley con un cercado* (8). Por eso recorrian la tierra y los mares con objeto de hacer prosélitos (9).

(*Act. ap.*, II, 10; VI, 9), habla asimismo de los judios de Cirene. Mil de ellos fueron muertos como rebeldes en tiempo de Vespasiano. Se sublevaron en el reinado siguiente y mataron hasta doscientos mil habitantes de esta provincia. SIFILINO en *Trajano*.

(6) Et texto samaritano, perdido por los cristianos durante catorce siglos, fué indicado por Escaligero, traido á Europa é impreso en las ediciones políglotas.

(7) Josefo dice, que segun su creencia, las almas pasaban á otros cuerpos (*De bello jud.*, II, 12). Pero el rabino Maimónides es más exacto cuando escribe en la *Misna: Tertia classis statuit quod felicitas quam post mortem speramus, est resurrectio mortuorum; nimirum quod homo post mortem resuscitabitur et cum propinquis et familiaribus bibet et comedet in æternum.* Tomo IV, pág. 259 de la edicion latino-hebráica de Wageinselio.

(8) La *Misna* dice en el tomo IV. cap. Pulv: *Moses accepit legem oralem seu traditionalem de Sinai et tradidit eam Jehoschuæ; Jehoschua vero senioribus: seniores prophetis; profetæ tradiderunt eam viris sinagogæ magnæ. Isti dixerunt tres sententias: Estote moram trahentes in judicio, constituite multos discipulos, et facite semper pro lege.*

(9) Jesucristo les reconviene por ello (San MATEO, XXIII, 15); *Væ vobis, Pharisæi, quia circuitis mare et aridam, ut faciatis unum proselytum, et cum fuerit factus, facitis eum filium gehennæ duplo quam vos.*

Señalábanse además por sus particulares vestiduras, por cierta ostentacion de austeridad en su existencia, y por una arrogante facundia en la que desmentian su pretension de hablar en nombre de Dios, la sutileza de ideas, la estrechez de miras, la superfluidad de un puntilloso esmero. Pero como cada vez se hacia más inevitable el contacto con los extranjeros y el derecho nacional insuficiente en ciertos puntos, creyeron los fariseos rodear la ley con una barrera, multiplicando las prácticas esteriores. Llevaban en la frente y en las muñecas filácteros, ó si se quiere bandas de pergamino más anchas que los demás, franjas más largas en sus mantos; algunos hasta clavaban allí espinas con el objeto de que sus punzadas les trajesen á la memoria el deber de invocar á Dios. Nunca entraban en su casa sin lavarse desde el codo hasta las puntas de los dedos, y cuanto les pertenecia estaba purificado con sumo cuidado. Añadian á las prescripciones de la ley un gran número de obras supererogatorias, descuidando las de la caridad.

Por eso acusábales Jesucristo de hipocresia, y porque decian que la moralidad no debe juzgarse por las disposiciones internas, sino por las prácticas esteriores; no por una ley subjetiva, sino por una objetiva. Tenia una alta opinion de ellos el pueblo que se paga de esterioridades, y de este modo degeneraron en facciones políticas y perturbaron todo el periodo de los Asmoneos.

Esenios.—Parece que los esenios nacieron entre los hebreos refugiados á Egipto y á los confines del desierto, donde les dispusieron á la vida monástica el infortunio y la pobreza. Habiendo llegado allí á su noticia las doctrinas orientales y griegas, las mezclaron con las doctrinas mosáicas hasta formar una secta distinta, que tambien se subdividió en dos fracciones; la primera especulativa y la segunda práctica en un todo. Filon nos da á conocer su modo de vivir y sus principios. Refutando la tradicion como los saduceos, creyendo como los fariseos en la inmortalidad del alma, mirando la ciudad con hastio, vivian en los campos, se abstenian de todo tráfico, y consagrados al trabajo desterraban la servidumbre y no acumulaban riquezas; comiendo en comunidad vestian blanco ropaje, cuya propiedad no pertenecia á nadie, poniéndoselo cada cual cuando le tocaba. Sus casas estaban abiertas á todo el que llegara á sus umbrales y vivian siempre juntos. Abstenianse del matrimonio y se ocupaban de la educacion de los hijos de los demás; respetuosos á los ancianos no mentian, ni juraban, y guardaban silencio acerca de sus misterios, que no eran más que la moral escrita en la ley.

Cuando fuera llegada la hora debian dar aquellos gérmenes escelentes frutos al cristianismo; mientras que los fariseos, cambiados en faccion dominante aceleraban la ruina de la nacionalidad de los judios, de que se proclamaban fervientes defensores.

Escribas.—Aquellos que se titulaban á sí mismos tradicionalistas (*taunaim*) son llamados escribas ó doctores en el Nuevo Testamento. Eran los miembros de una segunda sinagoga, que á diferencia de la primera, fundada por Esdras, dedicándose esclusivamente á recoger y á revisar el texto canónico del Antiguo Testamento, se aplicaba á esplicarlo y comentarlo, se trasmitia la doctrina por tradicion oral y declaraba apóstata á todo el que no reconociera en las controversias la autoridad de su maestro. Como se presentaban en la vida civil muchos casos capaces de ser decididos por la ley mosáica, elegian á los escribas más sabios para tomar asiento en clase de asesores en todos los tribunales de justicia.

Version de los LXX.—Queriendo tambien Tolomeo Filadelfo enriquecer su biblioteca con los libros sagrados de los judios de que le habia hablado Demetrio de Falera, se dirigió al sanhedrin para proporcionarse personas capaces de traducirlos; en recompensa se obligó á restituir la libertad á los judios que habia hecho prisioneros. Ascendian á ciento veinte mil almas, y el tesoro de Tolomeo gastó para rescatarlos 460 ó 660 talentos (dos millones y medio ó tres y medio de pesetas), segun el diferente guarismo indicado por Aristeo y por Josefo, que narran este hecho. Envió, pues, el rey de Egipto embajadores con presentes para el sumo pontífice Eleazar, quien accedió de buen grado á su demanda, y le dirigió una copia en letras de oro de los libros santos, que debian presentarle setenta y dos delegados, igualmente versados en el conocimiento del griego y del hebreo (280). Tolomeo los acogió con grandes atenciones y se prosternó siete veces hasta tocar la tierra ante el manuscrito sagrado. Trató opíparamente por espacio de siete dias á aquellos sabios extranjeros, declarándoles que consideraba su llegada como uno de los más faustos sucesos de su reinado. Enseguida fueron llevados á la isla de Faro, á cuya orilla Demetrio habia mandado construir para ellos un magnífico edificio. Pusieron manos á la obra, trabajando desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde; volvian enseguida á la ciudad donde asistian á un banquete servido á espensas del rey. Cuando se presentaba alguna dificultad en la traduccion se discutia en asamblea general, y á medida que adelantaba la obra, se dirigia una escelente copia á Tolomeo: terminóse en setenta ó en setenta y dos dias.

Filon añade á este hecho otras circunstancias milagrosas; en su sentir cada uno de los setenta intérpretes trabajó aisladamente, y luego cuando se cotejó su trabajo se halló que habia tan perfecta igualdad en las traducciones que ni en una sílaba discrepaban una de otra. San Justino mártir añade haber visto las celdas en que habian sido encerrados separadamente por órden de Tolomeo. Epifanio que vivia hácia mediados del siglo III ha conservado la supuesta carta que dirigió Tolomeo á los hebreos para obtener aquella version de sus li-

bros (10). Dice que las celdas eran treinta y seis y recibian la luz solamente por arriba: cada pareja de intérpretes tenia para traducir un libro, y cuando estaba acabado lo trasmitia á la pareja siguiente, de modo que cada libro era traducido treinta y seis veces: trabajaban desde la aurora hasta el anochecer; se les llevaba entonces de dos en dos al palacio, donde cenaban con Tolomeo; luego se les encerraba en aposentos separados hasta el dia siguiente por la mañana en que eran conducidos nuevamente á sus celdas. Acabada la traduccion se dió lectura de ella á presencia del rey por treinta y seis personas, mientras tenia el original otro individuo y fué estremada la satisfaccion del rey al advertir su exactitud estraordinaria.

Aun podríamos contar otras muchas fábulas de la misma especie, acumuladas en derredor de un hecho tan esencialmente sencillo y que se reduce probablemente á esto. Siendo cada vez más estraños á su idioma natal los hebreos que residian en Alejandria, que olvidaban cada dia más el idioma patrio, desearon poseer una traduccion de los libros santos. Hízose, pues, con la solemnidad escrupulosa que requeria un código sagrado; revisáronla con esmero los setenta miembros del sanhedrin, constituido en Alejandria segun el modelo del de Jerusalen. En memoria de aquella traduccion auténtica los hebreos helénicos instituyeron una fiesta anual en que iban procesionalmente á la isla de Faro, mientras que los hebreos judaizantes la miraban por su parte como una obra sacrílega y la espiaban con un ayuno cada año. Sea como quiera así fueron conocidos los libros sagrados hasta por los gentiles, antes que las profecias, cuyo depósito habian recibido aquellos, se cumplieran plenamente.

Entre los hebreos llegados más tarde (132) á Alejandria se cita á Jesús, hijo de Sirac, que tradujo allí al griego el *Eclesiástico*, obra de sus antepasados, libro de moral en gran parte, con algunas noticias históricas al fin y terminado con una magnífica plegaria del mismo Jesús; «Yo te confesaré, ¡oh Señor! te alabaré, mi Dios salvador, que me concediste proteccion y ayuda, y libertaste mi cuerpo de la perdicion y de los lazos de una lengua inícua y mentirosa, y me has sostenido en presencia de los asistentes. Tú me has preservado, en la grandeza de tus misericordias, de los que rugian ávidos de mi alma; de suerte que no me quemé en medio del fuego, y permanecí salvo de la palabra mentirosa, del rey injusto, de la lengua prevaricadora. Me rodearon por todas partes; miré en torno y nadie habia en mi socorro; invoqué al Señor, mi padre, suplicándole que no me abandonara en el dia de las tribulaciones, en el tiempo de los orgullosos. Y tú me libertaste; por eso te cantaré y repetiré sin cesar tus alabanzas. Todavia mozo y antes de descarriarme invoqué la sabiduria en mis oraciones, y la buscaré hasta el fin. Mi corazon palpitó por ella, mi planta caminó en sus vias, y glorifiqué al que me ha dado la sabiduria. ¡Acercáos á mí, oh vosotros que no sabeis, y juntaos para oirme! Proporcionaos la sabiduria sin ningun dispendio; y doblad vuestra frente bajo el yugo; ved que me he fatigado poco y encontré mucho descanso. Instruíos y poseereis tesoros. Poneos á la obra antes de tiempo; cuando haya llegado el tiempo se os dará la recompensa.»

Quizá no se dignó la sabia Alejandria dirigir una mirada á las composiciones de los poetas hebreos; pero hubieran formado singular contraste con las adulaciones de los griegos, que colocaban entre el número de los dioses á reyes adúlteros, á sus mujeres que eran al propio tiempo sus hermanas, y hasta á cabelleras cortadas.

Como súbditos de Antígono permanecieron los hebreos de Jerusalen desde 311 á 301; y cuando fué derrocado su reino quedaron sometidos á los Tolomeos y fueron gobernados por sumos pontífices, denominados etnarcas ó alabarcas y asistidos de un sanhedrin. Una imposicion general servia para el sostenimiento del templo, que adquiria de este modo pingües riquezas. De aquí resultaba por una parte que la avaricia de los reyes de Siria se excitaba vivamente; y por otra que las funciones del sumo pontífice eran doblemente envidiadas; así no se conferian ya al mérito, sino que se compraban con oro, y se conservaban favoreciendo no la causa más justa, sino la más venturosa. Entre aquellos pontífices fueron los más célebres Simon I el Justo; luego el avaro é imprudente Onias II, que negando á Tolomeo Evergetes el tributo anual de 20 talentos de plata puso á Judea en el mayor peligro (229); iba á ser entregada al furor y codicia de la soldadesca, cuando José, sobrino de Onias, se presentó al rey y logró aplacarle. Habiendo manifestado á este príncipe que los derechos y tarifas de la Celesiria y de la Fenicia se habian fijado á muy ínfimo precio, propuso y alcanzó encargarse de su recaudacion por doble suma, lo cual le sirvió de gran recurso para pagar las deudas de su nacion, y continuó esplotándolas mientras esas provincias dependieron de Egipto. Hircan, hijo de aquel José, nos suministra pruebas de las enormes riquezas que allegó en aquella exaccion por arriendo con el lujo que ostentó en Alejandria donde se dirigió á fin de felicitar á Tolomeo por el nacimiento de un príncipe: compró y regaló al rey cien mancebos y cien doncellas á la reina, gastando 400 talentos, sin contar los ricos presentes hechos á toda la corte.

Al hacer un viaje por sus provincias Tolomeo Filopator quiso penetrar en el santuario del templo de Jerusalen, á pesar de la oposicion de los hebreos; mas le contuvo un espanto misterioso. El despecho que concibió por esto le hizo ser cruel con los hebreos de Alejandria; abolió sus privilegios, y ordenó que los que no apostataran, fueran marcados con una hoja de yedra. Trescientos de ellos obedecieron cobardemente: otros fueron reu-

(10) *De pondere et mensura*, núm. 9.

nidos en el hipódromo para ser pisados por los elefantes. Pero aquellos animales volvieron su furor contra los espectadores, de tal manera que Tolomeo castigó á los apóstatas, y restituyó la libertad de creencia con sus privilegios á los que habian permanecido fieles á su fe.

Semejantes tratamientos disminuyeron en mucho la adhesion de los hebreos á Egipto; así cuando Antíoco el Grande le declaró la guerra, se sometieron voluntariamente al rey de Siria, y aun le ayudaron á repeler las tropas de Egipto, que á las órdenes de Escopas habian ocupado el territorio y la ciudadela de Jerusalen (198). Antíoco, en reconocimiento de este servicio, confirmó á los hebreos sus franquicias, dió libertad á los que estaban esclavos en sus Estados, y prometió sumas de plata para la conclusion del templo.

Onias.—Pero ménos generosos y opulentos, á causa de su lujo, los sucesores de este soberano dirigieron codiciosas miradas á las riquezas del templo. Irritado el benjamita Simon, que lo administraba, por el sumo pontífice Onias III, dió noticia á Seleuco Filopator de los tesoros allí acumulados. El rey sirio envió al punto á Heliodoro para que se apoderara de ellos; mas en el instante en que el sacrílego quiso atravesar el umbral sagrado, fué repelido por un milagroso guerrero. Enseguida fué Onias despojado de su dignidad por su hermano Josué (172), que cambiando servilmente su nombre por el de Jason, compró la proteccion de Antíoco Epífanes, cuando este príncipe se proponia avasallar á los hebreos é introducir entre ellos las ideas y los usos de Grecia.

Menelao.—Después fué espulsado Josué por su hermano menor Menelao que hasta abjuró la religion de sus padres, mandó asesinar á Onias y continuó haciendo la guerra al que él habia desposeido; y por último, Antíoco, aprovechándose de la discordia se apoderó de Jerusalen (170), dió muerte á cuarenta mil ciudadanos, vendió otros tantos, inmoló cerdos en el templo, de donde ordenó que se arrebatara el altar de los perfumes, la mesa de proposicion, el candelabro, un inmenso número de vasos; sospechando posteriormente si tendrian intencion los hebreos de recurrir á los romanos, quiso arrasar á Jerusalen, la incendió, levantó una fortaleza sobre las ruinas de la ciudadela de David, dedicó el templo á Júpiter Olímpico, y se consagró totalmente á destruir aquella nacionalidad poderosa, estinguiendo todo recuerdo del antiguo culto, los sábados, la circuncision, para sustituirlos con los dioses y los usos gentiles.

Muchos hebreos abjuraron la creencia de sus padres; fácilmente aceptaron los samaritanos los ritos y las divinidades del extranjero; se erigieron ídolos y humearon delante los inciensos; los libros de la ley fueron reducidos á cenizas; los que osaban circuncidar á los niños fueron perseguidos y condenados á muerte; y llena la Judea de simulacros paganos, vino á ser teatro de las obscenas solemnidades de Baco. Por eso fueron más sorprendentes los ejemplos de una magnánima resistencia. Gran número de familias huyeron de su patria y se refugiaron á desiertos páramos.

Los Macabeos, 168.—Una madre se resignó á morir con sus siete hijos por no comer las carnes de los sacrificios. Por último, el sumo pontífice Matatías, rodeado de sus cinco hijos Juan, Simon, Judas, Eleazar y Jonatás, apelando á todos los hombres de buena voluntad y celosos por la ley de Dios (167), da muerte á los opresores, derriba sus altares, y seguido por los asideos huye hácia las montañas, asilo de la libertad. Allí circuncida á los niños, instituye jueces con arreglo á los ritos nacionales y da principio á la revolucion de la Judea; ya moribundo exhorta á sus hijos á mantenerse firmes en la ley, diciéndoles que la persecucion es prueba de la verdad, y que Dios asiste al valor, más eficazmente que millares de aceros.

Acudieron los sirios á sofocar los primeros síntomas de rebelion, si bien encontraron una generosa resistencia. Antíoco fué en persona, y habiendo aprisionado á Eleazar, anciano de noventa años, de santa vida y de instruccion profunda, nunca pudo obligarle á que comiera carne de cerdo, por más tormentos que le hizo padecer con crueldad estremada; le vió espirar intrépido y exhortando á los judíos á continuar incontrastables en su fé. Habiéndose refugiado mil de ellos al desierto, se dejaron acuchillar por no pelear en sábado; pero en seguida declararon los Macabeos que se podia sin pecado blandir las armas en el santo dia en defensa de la religion y de la patria.

Judas.—Este nombre de Macabeo provino de que Judas, hijo de Matatías, habia mandado inscribir en su estandarte las letras MCBI (11). Tan valiente en los combates como prudente en el consejo, supo aprovechar la fuerza inherente á toda revolucion producida por el deseo de la libertad religiosa; sus proezas contristaron á los reyes y regocijaron á los pueblos. Hizo revivir los antiguos usos, y antes de empeñar un choque, por desigual que fuera, mandaba proclamar, segun las prescripciones del Deuteronomio (12), que todo el que hubiera edificado una casa, tomado mujer ó plantado una viña, podia retirarse (164). Derrotó el héroe judío á los generales enviados en contra suya por Antíoco, libertó á Jerusalen y purgó de la abominacion el templo.

Habiendo muerto Antíoco al marchar contra Babilonia, fué la minoria de Eupator de gran provecho á los hebreos, con los cuales hubo Lisias de concluir la paz, asegurándoles la libertad de culto. Este fué para los hebreos el primer paso, y aspiraron á la independencia nacional muy en breve; á este fin pensaron en granjearse la voluntad de los

---

(11) Iniciales de las palabras *Mi Camoca Be-elohim Jehova (Quis similis tui in fortibus, Domine?* Vulg.), que estan en el *Exodo*, XV, 11.

(12) Véase tomo I, pág. 134.

romanos, *sabiendo que eran poderosos en soldados, prestaban de buen grado oidos á cuantos recurrian á ellos, que daban y quitaban los cetros, sin que ninguno de ellos se cubriera de púrpura ni ciñera corona*. Aceptaron los romanos su alianza é intercedieron en su favor cerca de los reyes enemigos, aunque sin resultado; encendióse, pues, la guerra más violenta contra Antíoco Eupator y contra el gran sacerdote Alcimo, que habiendo obtenido el pontificado por la intriga, lo ejercia bajo el vasallaje del extranjero.

Después de la muerte de Eupator (161) derrotó á Judas su sucesor Demetrio Soter; aquel valeroso caudillo hebreo pereció generosamente con las armas en la mano después de haber alcanzado muchas victorias, no solo sobre los sirios, sino tambien sobre los árabes, los idumeos y otros vecinos, por la causa de su dios y de su patria.

Jonatás, 160.—Desconsoló tamaña pérdida á los hebreos y sus enemigos se alegraron de ella: pero Jonatás su hermano tomo el mando, y aun á la muerte de Alcimo aspiró al pontificado supremo. Habiendo estallado la guerra entre Demetrio y Alejandro Bala por la sucesion al trono de Siria, ambos competidores solicitaron la alianza de Jonatás, quien tomó partido por Bala y recibió de su mano presentes con el título de sumo pontífice; pero más bien quiso hacer que se lo confiriera la nacion, de la cual vino á ser de este modo jefe, no solamente por una parte, sino por la totalidad, continuando á pesar de todo el pago del tributo á los reyes de Siria. Habiendo sucumbido Bala (146), conservó Demetrio Nicator la dignidad de sumo pontífice á Jonatás, quien en agradecimiento acudió en su socorro cuando Antioquia se sublevó en su contra, y tornó á Jerusalen cargado de botin.

Como faltara Demetrio posteriormente á las promesas que le habia empeñado, Jonatás se separó de él para unirse á Antíoco Dios, hijo de Bala, á quien ayudó al triunfo; alióse entónces con los romanos, y se ocupó en fortificar á Jerusalen. Pero Trifon, gobernador de Antioquía, le aprisionó traidoramente y le quitó la vida.

Sucedióle en su dignidad Simon su hermano y fué reconocido por los romanos, y por Demetrio (143), quien le nombró etnarca y eximió al pais del tributo. Habiendo caido Demetrio prisionero de los partos, su sucesor, Antíoco Sidetes, guardó su fé á Simon hasta que redujo á la razon á Trifon el rebelde; luego envió en contra suya á Condebeo, quien fué vencido.

Juan Hircano.—Simon fué asesinado por su yerno Tolomeo, quien deseaba apoderarse de la autoridad (136); pero Juan Hircano, hijo de Simon, pudo sucederle. Fué forzosamente tributario de Antíoco Sidetes hasta el instante en que, vencido este príncipe por los partos, pudo recuperar su indepencia el reino de Judea. Le permitieron conservarla, merced á la decadencia de la Siria, destrozada de contínuo por intestinas guerras, y á la alianza renovada con los romanos (129): ensanchó además su territorio, á consecuencia de las victorias alcanzadas sobre los idumeos y sobre Samaria.

Esta ciudad, habitada por una colonia macedónica, permaneció casi arruinada, hasta que fué reconstruida por Herodes, quién la denominó Sebasto. Hircano vivió respetado fuera sin estar tranquilo en lo interior, donde graves disentimientos eran causa perenne de luchas entre los fariseos y los saduceos, luchas que se envenenaron en tiempo de sus sucesores.

Fileleno.—Elegido Aristóbulo Fileleno después de la muerte de su padre, para el pontificado (107), dividió la autoridad con su hermano Antígono, luego le escluyó violentamente, retuvo á sus otros hermanos prisioneros, hizo morir de hambre á su madre, y tomó el titulo y las insignias de rey; enviado por él su hermano Antígono contra la Iturea, logró avasallarla. A su vuelta, que tuvo lugar el dia de la fiesta de los Tabernáculos, anhelante por dirigirse al templo, no depuso sus armas, ni despidió á sus compañeros, y el rey, que le miraba ya con recelo, fingió ver en aquella conducta el atentado de un rebelde y le condenó á muerte; luego aceleraron su fin los remordimientos de que se sintió devorado.

Janeo (106).—Su viuda Alejandra, llamada Salomé por los griegos, instigadora de sus crímenes, hizo que fuese proclamado su otro hermano Janeo ó Alejandro. Habiendo dado este muerte á uno de sus hermanos, redujo al otro á la vida privada, defendió el reino contra Tolomeo Laturo, y secundado por la reina Cleopatra, estendió su dominacion á lo lejos. Pero tenia por adversarios en lo interior á los fariseos, que no perdonaban manera de enagenarle la voluntad del pueblo. El dia de la fiesta de los Tabernáculos, á la que acudia el pueblo con palmas y ramas de limonero, le tiraron por todas partes toronjas mientras ofrecian sacrificios, acompañando el insulto con palabras afrentosas. Janeo mandó que les cargaran con las armas en la mano y mató á seis mil; después tomó á sueldo una guardia extranjera. Pero ni aquellos satélites ni sus nuevas victorias bastaron á enfrenar la arrogancia de sus adversarios; hasta llegaron á hacerle abierta guerra y perecieron en 6 años 50,000 hombres en aquellos sangrientos combates, que trastornaron el reino. Vanamente intentó Janeo llegar á un acomodo cualquiera: cuando preguntaba á los sublevados que era lo que deseaban, respondieron estos: *Que te ahorques*. Y finalmente recurrieron á Demetrio Euquero, quien invadió la Judea y derrotó á Janeo, pero este no tardó en recobrarse y ejerció crueles venganzas contra sus enemigos (89).

El terror restableció la tranquilidad, y Janeo pudo hacer nuevas conquistas, en medio de las cuales y engolfado en la crápula, le sorprendió la muerte (79). Habia aconsejado á Alejandra, su esposa, que tuviera oculto que habia muerto, hasta que ella se encontrase nuevamente en Jerusalen; que se grangeara entonces la voluntad de los fariseos, de quienes recordaba lo dañosos que le ha-

bian sido, y les prometiese guiarse por su dictámen en todo. Observó ella estrictamente sus indicaciones, y no solo cesaron los fariseos de ultrajar la memoria del rey difunto, sino que le proclamaron héroe y padre del pueblo; confirmaron en fin el gobierno á su viuda, en detrimento de sus dos hijos Hircano y Aristóbulo, el uno de entendimiento flaco y el otro de carácter violento.

Pero tasaron su favor en alto precio, exigiendo que Alejandra derogase todos los decretos promulgados contra ellos, que concediera una amnistia general y llamara cerca de sí á los desterrados. Degradaron la ley mosáica, sujetándola á sus caprichosas interpretaciones; y su número se habia acrecido hasta el punto de poder cuanto querian, por lo cual solicitaron que la reina esterminara á los saduceos. Fué, pues, dirigida una atroz persecucion contra aquella secta por espacio de muchos años, á pesar de los esfuerzos de Alejandra para suavizarla.

Aristóbulo.—Apenas hubo cerrado los ojos, contentos sus súbditos al verse libres de la tirania de los fariseos, se declararon en favor de Aristóbulo (70), en quien hubo de resignar Hircano las dignidades de rey y de pontífice. Mas temiendo Antipatro, gobernador de la Idumea, que el apoyo que habia prestado á Hircano le atrajera el resentimiento de Aristóbulo, persuadió al mayor de que su hermano le tendia lazos, y le decidió, á pesar de su natural indolencia, á reivindicar el trono con el auxilio de Aretas, rey de Arabia. Habiendo penetrado este chaique en Judea, venció á Aristóbulo y le asedió dentro del templo de Jerusalen, mientras que fuera se proclamaba á Hircano, bajo cuyo nombre ocultaba sus ambiciosos designios la faccion de los fariseos.

Como aquel era el tiempo en que se celebraba la Pascua suplicaron los sitiados á sus enemigos que les proporcionaran víctimas, ofreciendo hasta mil dracmas por cada cabeza de animal; pero cuando bajaron el precio convenido al pié de las murallas, se negaron á entregarles las víctimas los sitiadores. Presentáronse, pues, los sacrificadores con las manos vacias delante del ara, é imploraron la venganza de Adonaí. Entonces vivia el santo varon Onias, que, horrorizado de aquellas guerras fratricidas, se habia retirado al desierto Corrieron en su busca para que fulminara imprecaciones contra Aristóbulo; y viendo el anciano que no podia eludir aquella demanda, rogó á Dios que no prestara oidos á las súplicas de los sitiadores, ni á las de los sitiados. Irritados los hebreos le apedrearon y el cielo en señal de su cólera descargó sobre ellos una tempestad horrorosa; demostrándosela más todavia con enviarles los romanos, el más formidable azote desencadenado por la mano del Señor contra ellos.

Así caminaba rápidamente el pueblo de Dios, como todos los demás, á su pérdida completa. Sin embargo, su posicion escepcional merece particular atencion. Ante el espectáculo de las contínuas vicisitudes de aquel tiempo, de la caida de tantos reinos, la ruina de tantas ciudades, solo estaban persuadidos los gentiles de la realizacion de una decadencia siempre en aumento, cuyo presentimiento habia dejado en ellos la tradicion primitiva; en su opinion estaban destinadas á envejecer y á morir todas las cosas humanas. Hasta los que miraban como su ídolo á Roma y veneraban la eternidad del Capitolio, al que cada rey, que subia encadenado por la via Sacra, parecia añadirle una nueva piedra, pregonaban que cada generacion era peor que la precedente, y veian al mundo caminar á su ruina fatal é inevitable.

Solo Israel ha guardado viva la otra parte de la tradicion enmedio de tan terribles desastres esteriores é interiores; y venera el dogma de la regeneracion al mismo tiempo que el de la caida, y se adhiere á ellos tanto más enérgicamente cuanto mayor es su abatimiento. Solo Israel conoce entre las naciones antiguas la doctrina del progreso, carácter y gloria de la civilizacion moderna. Pero cegados los hebreos por un erróneo amor de patria no esperaban en el Redentor más que á un héroe de su nacion, un reparador de la raza de Abraham segun la carne, no segun la fe; un Mesias, judio triunfante de los enemigos de los hebreos, no al hijo del hombre encargado de proclamar la fraternidad universal, y una ley de amor independiente de los tiempos, de los lugares, y de las condiciones.

CAPÍTULO XV

SUMISION DE GRECIA.—ENVILECIMIENTO DE SIRIA.

Roma que hasta entonces habia tenido á Grecia bajo su dependencia más bien de hecho que de nombre, aspiraba ya á reducirla á provincia. Tanto como nos admira la poética grandeza de este pais, nos duele verle en su agonia y saber las humillaciones y ultrajes enmedio de los cuales sintió acercarse su última hora (1).

Desde el momento en que Arato abrió el Peloponeso á los macedonios, fué perdida la liga aquea; si Filopemenes le habia hecho recobrar algun vigor, se hizo después odiosa y despreciable, pasando alternativamente de una servil complacencia hácia el senado romano á una desesperacion ridícula, como si hubiera querido privarse á sí propia de la compasion que otorga á los que están destinados á perecer, un sentimiento generoso. Las victorias de los romanos habian inspirado escesiva audacia á sus parciales, que eran en su mayor parte hombres avaros y sin importancia personal, pero les sostenian en caso de necesidad los vencedores que no perdonaban medio de abatir, desacreditar, contrariar á todo el que tenia bastante generosidad en el alma, para oponer resistencia á todo el que amaba á su patria y trataba de sostener sus derechos. Amiga de los débiles, á fin de tener ocasion de luchar contra los fuertes, se puso Roma á favorecer particularmente á Esparta, cuyas murallas habian sido demolidas, y el que osaba contradecir á sus emisarios, era denunciado al punto como persona vendida. Señalábase entre ellos el ateniense Calicrates por su vileza y poderio; y deseoso de colocarse en primera línea, pintaba con los más sombrios colores á los que le superaban en mérito, y el tema de sus acusaciones era haber sido favorable á Perseo, aquel Perseo á quien los romanos habian tratado tan cruelmente en vida, persiguiendo después hasta su memoria.

Fueron enviados dos comisionados á la liga aquea para pedir que se formara proceso á los que habian sido denunciados de este modo; uno de aquellos inquisidores aventuró la propuesta ante la asamblea de condenar á muerte á los fautores de Perseo cuyos nombres pronunciaria acto continuo. Se tuvo esta pretension por insensata, y los aqueos se limitaron á prometer que serian condenados los que no pudieran alegar nada que les justificase.

Puesto que lo prometeis, repuso el emisario romano, *digo que todos vuestros capitanes, todos vuestros generales, y cuantos han ocupado cargos en vuestra república, se han manchado con este delito.*

Al oir semejante inculpacion se levanta Zenon, y dice: *He mandado el ejército y he sido jefe de la liga; pues bien, yo protesto no haber hecho nada contra el interés de los romanos. Si alguno osa acusarme de lo que se reputa por delito, dispuesto estoy á justificarme, sea ante la dieta de los aqueos, ó ante el Senado de Roma.*

No dejó el comisionado que pasara desapercibida aquella frase imprudente, y añadió que no se podia apelar á tribunal más equitativo. Leyendo entonces los nombres de todos aquellos, cuya lista le habia entregado Calicrates, les intimó que se presentaran en Roma para justificarse. Eran más de mil y la flor y nata de aquel territorio; y de un solo golpe tan contundente como jamás se hubieran atrevido á descargarlo los tiranos más feroces, quedó así privada de caudillos la liga aquea. Ape-

(1) La historia del inglés Jorge Grote en diez y nueve tomos formaba 30 años há la maravilla de los estudiosos de la civilizacion griega Actualmente se prefiere la del aleman Ernesto Curting, en cinco tomos, continuada por Droysen desde el punto en que la asamblea helénica vota la guerra contra los persas y nombra por caudillo á Filipo de Macedonia.

nas llegaron á Italia fueron destinados á residir en diferentes ciudades sin haberles oido siquiera, sin que se ocupasen de sus reclamaciones, ni de las diputaciones de Acaya que los aqueos enviaron una vez y otra. Jefe Calicrates de la envilecida liga, oia sin enternecerse las querellas de sus deudos que pedian que volvieran á su seno, y las vociferaciones de los muchachos que cuando se presentaba en público, corrian detrás gritando: *¡Traidor! ¡Enemigo de la patria!* Aquellos desterrados siguieron por espacio de diez y siete años (167—150), solicitando un juicio, y oyendo encomiar *la equidad romana*. Por último, como volviese Caton á la carga diciendo que la cuestion se reducia desde entonces á deliberar si debian ser enterrados por los sepultureros de Roma ó por los de Grecia, obtuvo que fuesen oidos y se diese libertad al corto número de ellos que habian sobrevivido al hambre, á la tortura y á la pesadumbre. Infame tirania contra un pais independiente como lo era Acaya y contra hombres recomendables, cuya mayor parte habia peleado en favor de los romanos.

Aquellos que tornaron á sus hogares no pudieron ménos de deplorar la abyeccion á que estaba reducida su patria, aun habiéndose hecho allí los romanos muchos enemigos por su crueldad y por su perfidia: á despecho del partido contrario aun se atrevian bastantes á murmurar ó á protestar contra las vergonzosas intrigas y los cohechos, y hasta parecian resueltos á llegar á un abierto rompimiento, arrastrados tambien por el ejemplo de Macedonia.

Tercera guerra macedónica.—Indignábase aquel reino, que en la época de Alejandro habia dado leyes al mundo, viéndose reducido á no ser siquiera un Estado independiente, sino una provincia. Aquellos de sus moradores que se habian refugiado á Roma, no economizaban instancias ni dinero á trueque de ganarse amigos en el Senado para obtener que no se usara de violencias respecto de sus compatriotas. Se granjearon la voluntad de Paulo Emilio hasta su muerte, luego la de su hijo Escipion el Africano (159), que á no ser por los movimientos de España hubiera ido á Macedonia para hacer justicia á aquellas reclamaciones; pero el Senado se ocupaba de intrigas políticas y no desperdiciaba sacar partido de las faltas de los príncipes. No presumiendo que el descontento de los macedonios pudiera originar consecuencias graves, permitian que sus agentes les tratasen peor de dia en dia, y conferia los primeros grados á los que se mostraban más sumisos á la voluntad romana.

Seudo Filipo.—Aquellas quejas y aquella cólera desdeñadas fueron atendidas por un tal Andrisco (152), persona á quien los romanos, que son los únicos que dan cuenta de este suceso, nos presentan de baja estraccion, si bien á semejanza de todos los que hace surgir una revolucion, se vanagloriaba de haber tenido por madre á una concubina de Perseo. Decia haber pasado doce años bajo el techo de un hombre pobre, por quien habia sabido posteriormente quien era. Habiéndose escapado entonces por miedo al rey Eumenes, enemigo mortal de su familia, se habia refugiado cerca de Demetrio Soter, que cometió la infamia de entregarle á los romanos para asegurarse su amistad. Temiendo estos muy poco al falso Filipo, como le denominaban, le custodiaron con tal negligencia que pudo escaparse y pasar á Tracia. Presentóse sucesivamente á los pequeños señores del pais esponiendo sus derechos, las indignidades cometidas por los romanos y manifestando la facilidad de una revolucion. A su voz se sublevan los tracios; Andrisco logra un ejército, una corte; somete algunas plazas fuertes, y en breve toda la Macedonia, convencida ó no de sus derechos y deseando turbar la paz, se pronuncia con presteza en favor de aquel vástago de sus antiguos reyes, quien para consolidarse invade las provincias inmediatas.

Roma no tenia á la sazon ejército hácia aquel punto, y era de temer que los griegos se aprovechasen de tan propicia coyuntura para vengarse de tantos agravios; sabia tambien que Cartago habia enviado embajadores á Andrisco, para tenerle por aliado en la guerra que veia inminente. Pero la Grecia, envilecida por la servidumbre, se apresuró á protestar de su adhesion hácia sus tiranos y á dar pruebas de ella. Escipion Nasica, de carácter afable y justo, sirvió mejor á su patria con su conducta conciliadora que la hubiera servido con las armas; recorrió las ciudades de la liga aquea, prestando oidos á las reclamaciones que le dirigian; y poniendo término á las diferencias que se habian suscitado entre ellas, consiguió algunas tropas, llegando de esta suerte á formar un ejército completo. Más de una vez derrotó Andrisco á las legiones de Roma, pero no reunia al valor las demás cualidades de un jefe de partido. Si habia soportado dignamente la adversidad, no supo llevar del mismo modo la fortuna: se mostró tiránico, altanero, receloso, avaro y hasta recurrió al homicidio. Pudo entonces vencerle el pretor Cecilio Metelo. Pero después de haber lidiado denodadamente se refugió al pais de los tracios y apareció otra vez con un nuevo ejército. Derrotado, segunda vez buscó asilo cerca del rey de los tracios; mas éste le entregó á los romanos, quienes le hicieron servir á la pompa de un triunfo (148).

Sumision de Macedonia.—Otros que pretendian ser asimismo hijos de Perseo procuraron aun sostener sus derechos por la fuerza, pero todos fueron vencidos (147). Metelo sometió enteramente la Macedonia, se llevó de Dio veinte y cinco estátuas ecuestres de los generales muertos en el paso del Gránico y estableció un gobierno severo, entregado á la voluntad arbitraria de los magistrados. Decio Junio Silano, uno de ellos, se señaló especialmente por su iniquidad; y los macedonios se querellaron de su proceder ante Roma. Su padre Tito Manlio Torcuato consiguió juzgarle en su casa segun la antigua ley patricia; oidas las partes y co-

nociendo que su hijo era delincuente le condenó á no comparecer nunca en su presencia. Tan herido se sintió en su honor Silano, que se ahorcó; y Manlio no cerró su casa, ni vistió de luto, declarando que el que habia perdido la virtud, no pertenecia á su familia.

Hubo de ensalzarse hasta las nubes la equidad de los romanos, continuando Macedonia oprimida como antes.

Las turbulencias de esta provincia habian parecido favorables á la liga aquea para sacudir el yugo y hacer entrar en sus deberes á Esparta, á quien los manejos de los romanos habian sublevado. Como se suscitase una cuestion entre Oropo y Atenas, los moradores de la primera ciudad acudieron á los aqueos; además prometieron 10 talentos al lacedemonio Menalcidas, general de la liga, si se pronunciaba en favor suyo. Hízolo así de acuerdo con Calicrates; mas aunque los socorros llegaron á Oropo cuando ya habia sido tomada y entrada á saco, insistieron en embolsarse el precio de la corrupcion. Así hubo de descubrirse el ajuste, y Menalcidas hubiera sido condenado, si no se hubiera hecho absolver mediante tres talentos por Dieo, quien le sucedió en el mando. Desde entonces fué este mal mirado por la liga y acusado de favorecer á los lacedemonios ¿Qué partido adopta para disculparse? Propone á la dieta despojar á los espartanos del derecho de juzgar sus propios asuntos criminales, á pesar de que este derecho les habia sido otorgado por los romanos. Dirigian los espartanos las reclamaciones á Roma, donde Dieo y Menalcidas acuden por su parte y compran su absolucion; vueltos enseguida al Peloponeso se emplean en atizar allí la discordia.

Viendo los emisarios romanos la imposibilidad de apaciguar aquellas disensiones renacientes de continuo, convocan la dieta en Corinto, y esponen allí que los romanos ven con dolor como se destrozan entre sí los griegos; que la causa estriba en la forma de gobierno federal, y que no pudiendo entenderse sus diputados, se veian en la necesidad de decidir con las armas las contiendas. Que á consecuencia de esto el senado romano habia meditado en su sabiduria que serian más venturosos, si la confederacion era menos estensa; y ordenaba, pues, que saliesen de la liga todas las ciudades que en su orígen no formaban parte de ella, como por ejemplo, Corinto, Esparta, Argos, Heraclea, Orcomene.

Seria imposible ponderar con cuanta indignacion fué escuchada aquella proposicion homicida. Furioso el pueblo asesinó á cuantos espartanos halló en Corinto y aun los enviados romanos se escaparon con gran trabajo.

Todavia en guerra Roma con Cartago y con los pretendidos hijos de Perseo, y no hallándose en aptitud de vengarse inmediatamente, comisionó á nuevos agentes con el encargo de hacer oir moderadas quejas; pero Dieo, Critolao, Demócrito, restos vivos de los desterrados vueltos de Italia, dieron á entender á los aqueos los verdaderos motivos de aquella moderacion desusada por parte de los romanos. A su vez fueron insultados otros enviados de Metelo; y escitadas todas las ciudades por aquellos jefes, como poseidos de un acceso de libertad y de heroismo, clamaron que era más glorioso morir peleando que ceder cobardemente; y así llegaron á conseguir que se declarase la guerra contra Roma y Esparta.

Mas como careciese aquella determinacion de la concurrencia de voluntades persistentes, y siendo Calcis y Tebas las únicas que acudieron en socorro de la liga, esta fué derrotada por Metelo cerca de Escarfia (146); y Critolao perdió la vida en la última batalla dada en defensa de la libertad griega. Dieo le sucedió en el mando, llamó á las armas á todos los ciudadanos, hizo que fueran alistados doce mil esclavos nacidos en el pais, invitando á hombres y mujeres á depositar en el tesoro cuanto poseyesen de oro y de alhajas. A pesar de todo era grande el desaliento: unos imploraban la clemencia de Metelo, otros se daban muerte, y algunos habia que se ponian cobardemente en salvo en el momento mismo en que sus compatriotas rehusaban las proposiciones de paz hechas por Metelo, deseoso de no dejar el mérito de la victoria al cónsul Lucio Mummio, que iba á sustituirle en el mando. Dieo, nuevo Leonidas, intentó defender el istmo contra este último con seiscientos catorce soldados; pero habiendo sido vencido, distribuyó veneno á su familia, y murió con ella.

Toma de Corinto.—Entonces se apoderó Mummio de Corinto, ciudad muy opulenta, vendió á sus moradores, incendió los edificios y recogió un botin inmenso.

Contábase el historiador Polibio entre el número de los aqueos desterrados á Italia, debiendo á su talento la amistad de los personajes más influyentes de Roma, y especialmente la de los Escipiones, con cuyo auxilio logró suavizar algun tanto las miserias de Grecia. Hallábase en Africa con Escipion cuando supo el asedio de Corinto, y acudió para llevar, si le era posible, algun socorro á su patria; pero solo llegó á tiempo de ser testigo de su ruina. ¡Cuál no debió ser la pena de aquel griego de espíritu culto, al presenciar la barbarie del vencedor, que dejaba á discrecion de soldados groseros las obras maestras de escultura, pintura y fundicion, magníficos ornamentos de la ciudad conquistada; cuando les vió jugar á los dados sobre un cuadro de Arístides, y vender en pública almoneda los lienzos de Apeles y las estátuas de Fidias! Habiendo pujado Atalo, rey de Pérgamo, un cuadro hasta 600,000 sextercios (120,000 pesetas), esclamó Mummio maravillado: *Por fuerza encierran alguna virtud mágica esas pinturas.* Mandó, pues, retirarlos de la venta y los envió á Roma, encomendando á los encargados de su trasporte el mayor esmero, sopena de reemplazarlos á su costa.

Por decreto del Senado consumieron las llamas á Corinto, 952 años después de su reconstruccion

por Aletas, descendiente de Hércules. Tan espantada quedó la liga, que ya no pensó ni en resistir al vencedor, ni aun siquiera en procurar aplacarle. Convocóse á los confederados en una gran llanura y fueron rodeados por las legiones romanas. Después de permanecer algun tiempo en aquella terrible espectativa, oyeron declarar que los corintios serian vendidos como esclavos, y que los demás aqueos quedarian en libertad. La mayor parte de las tierras de los corintios fueron compradas por los habitantes de Sicione. No pudieron salvar sus muros de la destruccion las ciudades que habian servido al extranjero. Fué abolido el gobierno popular y quedó reducida toda la Grecia á provincia, aun cuando conservasen una sombra de libertad ciertas ciudades aisladas, como por ejemplo Atenas.

En el furor de la victoria un miserable denunció á Mummio el nombre de Filopemenes, ya difunto, como un encarnizado enemigo de los romanos, solicitando que fueran demolidas las estátuas. Acometió Polibio la empresa de defenderlas, y su generosa gratitud hácia el maestro hizo que los comisionados romanos no solo respetasen las estátuas de Filopemenes, sino tambien que concedieran á Polibio las de Arato y Aqueo, fundadores de la nacion. Cuando posteriormente se pusieron en venta los bienes de aquellos que habian insultado á los enviados de Roma, concedieron los comisionados al historiador la facultad de escoger lo que quisiera entre los despojos de Dieo, mas lo rehusó diciendo, que no podia enriquecerse honrosamente con el infortunio de sus conciudadanos. Su desinterés le valió ser elegido para organizar el nuevo gobierno en las ciudades conquistadas. Desempeñó esta comision con la posible dulzura, y en su consecuencia se le erigieron estátuas, leyéndose esta inscripcion en una de ellas: *A la memoria de Polibio, que hubiera salvado á la Acaya, si se hubiera prestado oido á sus consejos; la consoló en su infortunio* (2).

Siria, Antíoco Eupator.—Veamos ahora lo que acaeció á los demás pueblos sobre que se estendió la dominacion de Alejandro.

Cuando al marchar sobre Babilonia murió Antíoco IV, dejó un solo hijo, llamado tambien Antíoco Eupator, de edad de nueve años (166), quedando por tutor Filipo su privado. Pero como este llegara á Antioquia á encargarse de la regencia, la encontró ya tomada por Lisias; y entonces se empeñó entre ellos una lucha que por espacio de muchos años comprometió cada vez más la dominacion de los Seléucidas. Por otra parte Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, que después de la muerte de su padre habia permanecido de continuo en Roma en clase de rehenes, hizo valer cerca del Senado sus derechos á la corona, representándole que era importantísimo para Siria no tener por rey á un niño; pero su reclamacion fué desechada por aquellos padres conscriptos que tenian por más ventajoso para Roma sustentar en el trono príncipes obligados á una dependencia continua. Designarónse, pues, tres tutores al rey de Siria, como se habia hecho con el de Egipto. Si no hubiesen sido ya manifestas las intenciones de los romanos, las hubieran revelado á la sazon con la órden espedida á los nuevos tutores para quemar todos los buques de ciertas dimensiones y desjarretar á todos los elefantes (3).

Mientras que Lisias hacia la guerra á los Macabeos, vuelto Filipo de Egipto, se apoderó de Antioquia con la esperanza de recuperar la regencia. Lanzóle de allí Lisias; más ¿cuánto no seria su asombro cuando supo la llegada de embajadores de Roma sin que los hubiera llamado, sin que los hubiera querido, para enseñorearse de la autoridad suprema? Desdeñando Octavio, jefe de la comision, la escolta que le ofrecia Ariarato VI Filopator, rey de Capadocia, y creyendo que bastaba con el nombre de Roma, se adelantó hácia Antioquia sin avisar siquiera al regente; pero este envió á su encuentro á un africano, que le dió muerte.

Puede imaginarse la cólera que esperimentó el Senado de Roma á consecuencia de este desacato. Demetrio creyó que aquella era la ocasion favorable de hacer valer sus derechos, y consultó con este motivo al historiador Polibio, quien le respondió de este modo. *¿Qué necesidad hay de que un príncipe cual vos se someta como un niño á la voluntad de un Senado compuesto de hombres ambiciosos é injustos? Quebrantad vuestras cadenas y sereis rey.*

Adoptando no obstante Demetrio el parecer de un amigo más prudente, pidió al Senado que se le permitiera pasar á Siria: mas cualesquiera que fuesen los motivos que para ello alegase el príncipe, se lo negó el Senado, por conocer que siendo rey no podria dirigir la Siria al antojo de Roma. Entonces se evadió Demetrio á bordo de una nave cargada de ofrendas que enviaban los cartagineses á los dioses de Tiro (162). Al llegar al reino fué proclamado soberano; Lisias y Eupator terminaron sus dias en el suplicio: aun cuando Demetrio protestase que no hacia nada sino en nombre de la república romana, no por eso le manifestaba esta ménos desconfianza: así le enviaba agentes con encargo de vigilarle. Sin embargo, ora porque se diera por satisfecha de su conducta, ora más bien porque no le conviniese un rompimiento con él, le reconoció por rey.

Demetrio Soter.—Demetrio libertó á los babilonios de la opresion en que les tenian Timarco y Heráclides, hechuras de Antíoco Epifanes; lo cual le valió el sobrenombre de *Soter*, Salvador. Avido de combates hizo primeramente la guerra á los

(2) Véase PAUSANIAS en *Arcadia*. 37; POLIBIO, XI, 10.

(3) JUSTINO, XXXIV, 3; POLIBIO, XXXI, 12; APIANO en *Syriac.*

hebreos, mas renunció á ella sin duda por órden de Roma, pues los hebreos habian solicitado su alianza, y atacó después á Ariarato, réy de Capadocia, para favorecer á Orofernes, que pretendia aquella corona.

Debemos decir que su padre el rey precedente, llamado tambien Ariarato, se habia casado con Antióquida, hija de Antíoco el Grande. Como esta princesa no llegaba á ser madre y temia perder el cariño de su esposo, supuso sucesivamente dos hijos, que Ariarato consideró por suyos. Pero aconteció que mucho tiempo después dió realmente á luz un hijo, el Ariarato de quien antes hemos hablado, y su amor hácia aquel fruto de sus entrañas la indujo á confesárselo todo al rey. Este envió al extranjero los dos hijos supuestos y conservó á su lado al recien nacido, que es el que en este momento ocupaba el trono. Uno de los dos desterrados se habia resignado á su suerte; el otro, Orofernes, reclamó la asistencia de Demetrio, que, descontento de que Ariarato hubiera renunciado á su alianza, abrazó la causa de su competidor y consiguió colocarle en el trono de Capadocia. Con esto se atrajo Demetrio la enemistad de los reyes de Pérgamo y de Egipto, escitó además el descontento de sus súbditos, entregándose á crapulosos desórdenes sin ningun freno. Urdióse pues, una conjuracion en contra suya, favorecida por Atalo II, rey de Pérgamo, Tolomeo Filometor, rey de Egipto y Ariarato, que habia recuperado la Capadocia. Por otra parte Roma miraba siempre con recelo á un soberano que no le debia su diadema (154).

Alejandro Bala.—Espulsado, como hemos dicho, Heráclides de Babilonia por Demetrio, estaba pronto á esplotar en contra suya tantas disposiciones hostiles. Habia educado en Rodas, donde se habia refugiado, á un tal Alejandro Bala, mancebo de baja estraccion; para que se fingiese hijo de Antíoco Epifanes; llevóle, después á presencia de los tres reyes y del senado romano, que aprovechó esta ocasion para humillar á Demetrio. Aun considerándole éste y todas las ciudades del reino como impostor, segun afirma Polibio, á aquel pretendiente, el Senado le entregó una declaracion formal que le autorizaba para hacer valer sus derechos á la sucesion paternal (4).

Encaminóse, pues, á Siria armado con esta investidura; y apoyado por las tropas de Egipto, de la Capadocia y de Pérgamo, ocupó á Tolemaida (150), y reunió entorno suyo numerosos descontentos, pero lo que da testimonio del decaimiento de aquel pais, es la premura con que Bala y Demetrio solicitaron la amistad de la pequeña Judea. Demetrio abandonado por sus súbditos y por los romanos, puso á salvo sus hijos, luego se aventuró á la suerte de una batalla contra su competidor; pero fué vencido, muriendo en el combate (149).

Demetrio II Nicator.—Hecho dueño Bala de la Siria, procuró sancionar su usurpacion casándose con Cleopatra, hija de Tolomeo Filometor; pero olvidó, sin duda, que la mejor base de los gobiernos reside en el amor de sus súbditos; siendo los escesos de todo género á que se entregó, aun con más abandono que Demetrio, los que que facilitaron al hijo único de este príncipe Demetrio (llamado despues *Nicator* ó *Nicanor*) los medios para recobrar la diadema.

Cuando supo Bala la defeccion de muchos de sus súbditos, trató de recurrir á las armas animado con la esperanza de ser socorrido por Tólomeo; pero ya éste habia sido ganado por Demetrio, al que dió por esposa á su hija, quitada al usurpador (146). Resultó de esto una batalla junto al Oronte en la que Filometor fué herido: causándole la muerte la alegria que esperimentó al saber la derrota de Bala y con la vista de su ensangrentada cabeza.

Quizás no entrase en sus miras, al secundar á Demetrio, sino su propia ventaja, ó el deseo de recobrar la Celesiria con la Fenicia; pero hizo su muerte dueño á Demetrio de todo lo que aquel ambicionaba. Muy débil debe considerarse la nacion en la que con tanta facilidad se suceden los cambios de dinastia. No supo Demetrio conservar mejor que sus predecesores lo que habia adquirido: monarca indolente, abandonó el gobierno de sus estados á Lasteno, quien tiranizó la Siria, hizo sacrificar todos los egipcios que Tolomeo habia dejado de guarnicion en las ciudades marítimas, persiguió á todos los que habian trabajado contra su padre, y depositó toda su confianza en los cretenses, á quienes pagaba, y en los judios.

Apareció entonces un nuevo usurpador, llamado Diodoto, Trifon por otro nombre, al que Bala, de quien era muy querido, habia encargado el gobierno de Antioquia. A la caida de su soberano, ocupó á Curacesio, plaza fuerte de Cilicia, de donde espedia corsarios para robar gente que vendia á los romanos en la isla de Delos. Al ver la mala manera con que Nicator se conducia, hizo que se le opusiese Antíoco, hijo de Bala y de Cleopatra; siendo además apoyado por el descontento de los sirios. Pidió Demetrio socorro á Jonatás, gran sacerdote de los hebreos, quien lo ayudó en efecto, haciendo entrar en su deber á los sublevados habitantes de Antioquia.

Antíoco Dios.—Pero irritándoles aun más con sus proscripciones, se atrajo la aversion de Jonatás por su perfidia; de modo que Trifon predominó venciendo á Nicator é hizo proclamar rey á Antíoco, apellidado Dios. Comienza aquí la lucha entre los dos competidores, que peleando con distinta suerte y con igual inesperiencia, emplearon la repugnante traicion en vez de la lealtad generosa que atrae y concilia (143).

En lo más reñido de estos combates recibió De-

(4) Polibio, XXXIII, 16.

metrio á unos enviados de las colonias griegas del Asia Superior, quienes lo estrechaban á que fuese á libertarlos del yugo de los partos, que habiendo invadido el Oriente, eran ya dueños del pais situado entre el Indo y el Éufrates, pertenecientes en otro tiempo á la Siria. Suplicábanle estas colonias se apresurase, comprometiéndose á suministrarle tropas para recobrar su antigua herencia y para atacar á Trifon con fuerzas superiores.

Demetrio prisionero.—Cedió á sus ruegos; y llegado que fué, se reunieron á sus banderas los elimeos, los persas y los bactrianos. Batió á los partos en muchos encuentros, pero atraido por ellos á una emboscada le hicieron prisionero (140). Mitrídates, hijo de Priapasio, que gobernaba entonces á los partos, príncipe tan generoso como valiente y sabio, paseó á su prisionero por todas las ciudades que aun rehusaban someterse, con el fin de que viendo estas la humillacion de su pretendido libertador, se determinaran á ceder; asignóle grandes rentas y le señaló la Hircania para su residencia, concediéndole además en casamiento á su hija Rodoguna. Diez años permaneció Demetrio en este real cautiverio.

Antioco Sidetes.—Habíase entretanto retirado Cleopatra, su repudiada mujer, á la Seleucia; pero instigada por los numerosos enemigos que Trifon se habia atraido con su orgullo y con haber dado muerte á Antíoco Dios su pupilo, se casó con Antíoco Sidetes (*Cazador*), jóven y valiente hermano de su marido (139). Secundado este por los hebreos sus aliados, arrancó á Trifon el reino con la vida y ocupó tranquilamente el trono. Apaciguadas por él las ciudades que se habian sublevado en Siria, marchó contra los partos (132) con un ejército enriquecido con la estorsion y el pillaje. Venció en tres batallas á Fraates II, nuevo rey de estos pueblos, y acogió bajo sus banderas á los habitantes de las antiguas provincias sirias, las que recobró en su totalidad, esceptuando la Partia.

Pero su ejército llevaba consigo mujeres, hombres cargados con municiones y gran número de esclavos, y el sosten, el lujo de tanta gente, gravaba con enormes gastos las comarcas en que habia asentado sus cuarteles. Reducidos á este estremo los habitantes del pais, conspiraron para sacrificar á todos los soldados en un mismo dia (130), pensamiento que fué ejecutado, perdiendo la vida el mismo Antíoco. Haciendo Fraates alusion á sus escesos y á su temeridad esclamó á la vista de su cádaver: *¡Oh Antíoco, el vino y una ciega confianza han acelerado tu muerte! ¿Creias poder echar el reino de Arsaces en una de tus enormes copas y sorbértelo después de un trago?* (5)

Cuando más desesperados se encontraban sus asuntos pensó Fraates dar libertad á Demetrio: indignado con la idea de que su hermano le hubiera usurpado su mujer y su reino, era su intencion enviarle á sublevar la Siria, forzando á Antíoco por este medio á la retirada. No quiso Fraates habiendo cambiado la fortuna, libertar á Demetrio; pero consiguió este escaparse, y recobrar de nuevo el cetro. Acudia Fraates á combatirle, cuando una invasion de los escitas le obligó á atender á la defensa de su propio reino.

No habia el infortunio madurado la razon de Demetrio; pues en lugar de robustecer su autoridad, débil aun, se mezcló en las disensiones que despedazaban el Egipto. Repudiada Cleopatra por Tolomeo VII Fiscon, llamóle para ser su vengador, prometiéndole la corona, logrando así este sitiar varias ciudades hasta Pelusio; pero Fiscon le obligó á la retirada, mandando en contra suya á Alejandro Zebina, quien, diciéndose hijo de Bala, reclamaba la corona de Siria (125). Vencido Demetrio por este pretendiente cerca de Damasco, se refugió en Tiro, donde fué traidoramente asesinado. Encontróse dividido el reino, después de su muerte, entre su primera mujer Cleopatra y Zebina.

Hemos traspasado los límites de esta época para acompañar hasta el fin á un imperio tan floreciente en otro tiempo. Y decimos hasta el fin, porque la historia de los Seléucidas no ofrece desde este momento sino una deporable série de guerras civiles, de domésticas disensiones y de atroces crueldades, y porque habian ocupado los partos el Asia Superior hasta el Éufrates, encontrábanse libres los hebreos de toda dependencia, limitándose el reino á la Siria propiamente dicha y á la Fenicia. Veian los romanos con regocijo estas turbaciones intestinas, que apresuraban el instante de estender tambien la mano sobre este reino y convertirlo en una nueva provincia.

---

(5) Posidonio de Apamea, en ATENEO, X, 53.

CAPÍTULO XVI

TERCERA GUERRA PÚNICA.

Orgullosa Roma de haber vencido á tantos enemigos no le restaba más que dominar á su rival Cartago. Ambas repúblicas habian celebrado la paz; pero la política romana propendia á la guerra y suministraban un fácil pretesto para que estallara las contínuas querellas que se suscitaban por una y por otra. Haciendo pesar Roma sobre Cartago toda la maldicion del *væ victis* aspiraba de contínuo á sujetarla á nuevas humillaciones, la ofendia y se quejaba como si recibiese ella la ofensa, siguiendo el estilo de los muy poderosos, y Cartago reducida y sin armas se esforzaba de contínuo en pedir la proteccion de sus vencedores é invocar la justicia de un pueblo que no escuchaba más que su propio interés.

Masinisa.—Entretanto Masinisa, rey de Numidia, padre de cuarenta y cuatro hijos, feroz y turbulento anciano, á quien pareció respetar la muerte para tormento de Cartago, se engrandecia con daño de ésta. Ladino en los consejos sembraba la desconfianza entre las dos ciudades. Acusó á Cartago de estar de acuerdo con Aníbal, y Cartago para disculparse envió naves en persecucion de su antiguo caudillo, confiscó sus bienes, arrasó su casa, y dió cuenta al senado romano de una comision por él confiada á Ariston. Enseguida atestiguó el rey númida que los cartagineses habian enviado embajadores á Filipo de Macedonia para celebrar alianza, y los embajadores llegados de Roma con este motivo, adquirieron la certidumbre de que el Senado de Cartago habia recibido de noche y dentro del templo de Esculapio á los embajadores del rey de Macedonia.

Después de hacer Masinisa que Roma desconfiase de Cartago, habia ocupado (199) el territorio de Emporio, que estaba situado á orillas del mar cerca de la pequeña Sirte. Cuando los cartagineses se querellaron de aquel desacato, los diputados enviados por Roma para comprobar los hechos dieron la razon al rey númida. Poco después invadió otra provincia, y luego otra. Escipion el Africano encargado de decidir sobre las nuevas quejas no quiso descontentar á un aliado para favorecer la justicia. Y sin embargo, todavia aseguraba Roma á los cartagineses el año 181 la integridad de su territorio. Pero el númida no tarda en apoderarse de otra provincia y de setenta ciudades ó aldeas, y Roma le deja obrar á su albedrío.

En la guerra con Perseo suministró Masinisa socorros á los romanos, quienes se lo agradecieron sobremanera: los cartagineses ofrecieron hombres, víveres, naves, y Roma no vió en esto otra cosa más que un efecto del temor y del envilecimiento. Recelando además que se unirian con el vínculo de la desesperacion á los macedonios, les envió á Caton el Censor, con el fin de conciliar las diferencias existentes; pero se mostró parcial é inflexible de tal modo, que los cartagineses rehusaron su arbitraje. Aquel rígido y orgulloso censor no olvidó semejante afrenta, y tanto por esta causa como en virtud de sus celos contra los Escipiones, omnipotentes en el Senado, no cesó de aconsejar la destruccion de Cartago. Ya fuese que conviniera á los Escipiones permitir que subsistiera aquel trofeo vivo de sus glorias, ya que temieran, como decian, que llegara á adormecerse Roma, no bien se desvaneciera la inminencia del peligro, se oponian á la ruina de la ciudad rival del Capitolio. Al revés el censor, no se cansaba de representar cuan peligrosa era su vecindad, como se aumentaba su poblacion; y cualquiera que fuese el asunto sobre que hablara en el Senado siempre terminaba sus discursos con esta frase: *Opino además que conviene destruir á Cartago.*

Decadencia de Cartago.—Todo el que conocia á Roma podia prever que al fin llevaria la mejor

parte el bando más violento. Y sin embargo, la ciudad fenicia no contribuyó poco al fácil triunfo de su implacable enemiga. ¿Cómo prescindir de detenernos aquí algun tanto á meditar sobre su decadencia? La caida de las repúblicas es mucho más instructiva que la de los imperios, porque estos se sustentan ó caen más frecuentemente por virtudes ó faltas individuales, por el carácter ó la habilidad de un monarca, al paso que la prosperidad ó la ruina de las repúblicas proviene de causas más hondas y generales.

Cartago llama particularmente la atencion por haber sido tan grande y por haber caido en un tiempo en que resplandece con tanta luz á nuestros ojos. A falta de documentos púnicos nos vemos en la necesidad de rebuscar entre los extranjeros noticias sobre aquella catástrofe memorable. Preocupado Tito Livio únicamente de la apariencia pomposa y de cuanto pueda glorificar á su querida Roma, no pensó casi en estudiar la constitucion de la ciudad enemiga. Polibio, que, siendo contemporáneo de los Escipiones los trató familiarmente y pudo examinar á fondo aquella república, le supera grandemente en este punto; pero seducido tambien por la grandeza se complace en admirar á Cartago mientras lucha con Roma; luego apenas dirige una ojeada hácia el intérvalo trascurrido entre la guerra de los mercenarios y el momento en que estalló la tercera guerra púnica. No nos quedan de Diodoro más que algunos fragmentos, si bien son preciosos, especialmente cuando se les compara con la narracion de Apiano (lib. VII y VIII), y nos ponen en disposicion de sondear las causas de los desastres de aquella república.

Venalidad de los cargos.—El engrandecimiento de Roma y la rivalidad escitada contra la familia de Barca, no bastan ni con mucho á esplicar el decaimiento de Cartago; fuerza es buscar la causa en su constitucion misma. En primer lugar debió ser perjudicialísima la venalidad de los más altos cargos, pues á la par que semejante abuso escluye al hombre de mérito, hace á los electores accesibles á la corrupcion, y acumula en una misma persona dignidades y poderes que conviene mantener separados y en mútua dependencia. Es verdad que en una república aristocrática como era Cartago, teniendo interés en conservar la constitucion interior todos los nobles, no aspiraban á destruirla como habrian podido. Aun parece que la organizacion política no se habia alterado mucho hasta la guerra con Roma, puesto que la autoridad del Senado continuaba siendo respetada y nunca se habia hablado de facciones.

Facciones.—Este azote de las repúblicas nació ó se desarrolló en Cartago durante la guerra de los mercenarios (pág. 132). Entonces entró en rivalidad con la familia de Hannon la familia de Amílcar Barca, destinada á convertir su patria en una potencia gigantesca y á arrastrarla á su ruina. Concitáronse los odios hasta tal punto, que con dificultad llegaron á adormecerlos treinta senadores en toda la inminencia del peligro, hasta el instante en que se sofocó aquel formidable levantamiento de mercenarios.

Pero tornaron luego á reanimarse. Amílcar se puso de parte del pueblo, rodeándose de gentes malvadas y turbulentas, y merced tambien al crédito que le habian valido sus victorias, dió un terrible sacudimiento á la autoridad del Senado, que hubo de reunir todas sus fuerzas para hacerle frente. No considerándose, sin embargo, sobrado fuerte para sostenerse, aconsejó la guerra, en que habia de ser necesario su brazo. Invadió la España; posteriormente los tesoros que envió desde esta comarca, justificaron el consejo y la espedicion, encendiendo cada vez más el deseo de conquistar toda la península á fin de compensar la pérdida de Cerdeña y de Sicilia, y para atenuar los efectos de la competencia con que luchaba el comercio cartaginés en el Mediterráneo.

Ahora bien, así como la posesion de América debia perder á España, la conquista de España vino á ser desastrosa para Cartago. Aun prescindiendo de lo mucho que corrompieron las inmensas riquezas estraidas de este territorio á los nobles y al pueblo, suministraron al general conquistador los medios de comprar á la muchedumbre y al Senado y de dirigir la causa pública á su antojo. Durante los nueve años que permaneció Amílcar en España, en que avasalló la parte más rica, se mantuvo poderoso en su patria, gracias á los tesoros de que disponia; y nada le hubiera impedido trastornar su constitucion, si la muerte no hubiera hecho abortar sus proyectos (228).

Su yerno Asdrúbal siguió sus huellas; hasta edificó en España una nueva Cartago (*Cartagena*) y contrajo matrimonio con la hija de un rey del territorio; ostentaba real boato; toda su conducta parecia indicar que pensaba hacer á la España independiente: un asesino libertó á Cartago de tan sérios temores (221).

Entonces el partido de Hannon, que no consentia que se durmiera su patria en el creciente peligro, queria hacer comparecer en juicio á los que se habian dejado seducir por las larguezas de Amílcar y de Asdrubal; y una magistratura semejante á la inquisicion de Estado de Venecia hubiera podido dar al traste con las maquinaciones de los Barcas, si Aníbal no hubiera provocado hábilmente la espedicion contra Roma.

Partidario el pueblo en un principio de los Barcas, celoso de su prosperidad luego, tornó á serles favorable, á causa de su admiracion por las prodigiosas campañas de Aníbal, y á sostenerlos contra el Senado. Pero los opulentos negociantes opuestos por su índole á la guerra, y las gentes sensatas, que conocian el interés de su patria, estaban conformes en no exigir de las espediciones á España y á Italia más resultado que una paz ventajosa con Roma. No era, pues, la envidia el único resorte que impelia á Hannon á contrariar una guerra que produciria solamente el engrandecimiento de la

familia Barca. Pero la generosa obstinacion de Roma por una parte, y los manejos del partido contrario por otra, nunca permitieron llegar á negociaciones hasta el momento en que la causa cartaginesa se encontraba sobrado comprometida: sobrevinieron entonces el desembarco de Escipion en Africa, los reveses de Magon y de Asdrúbal, hermanos de Aníbal, allende y aquende los Alpes, y la derrota de Zama (pág. 139), que arruinaron la influencia de los Barcas, dejando prevalecer al partido que propendia á la paz (202).

Reforma de Aníbal.—No por eso dejaron los Barcas de poseer la principal autoridad en el Senado. De caudillo del ejército pasó Aníbal á ser jefe del gobierno, y lo reformó á su gusto, haciendo anuales las magistraturas que antes eran perpétuas. Pero así como al podar un árbol recobra lozania si aun está lleno de sávia, y muere si está en decaimiento, del mismo modo acrecen las reformas la vitalidad de los Estados cuando todavia pueden recibirlas, siendo nocivas para aquellos cuya decadencia ha comenzado. Mudando de sitio las bases sobre que habian descansado hasta entonces, producen en tal caso las reformas mayores vaivenes, escitando tan hondos disgustos, que se teme más al adversario particular que al comun enemigo. Esto es lo que sucedió á Cartago, donde se exasperaron las facciones y se dividieron los ciudadanos en tres partidos; el romano, el númida, el cartaginés. No era el más numeroso el último que, después del destierro de Aníbal, no halló siquiera un caudillo que le dirigiera dignamente.

Además, todas las naciones tienen una vocacion particular. Unas se sienten inclinadas al tráfico, otras á la guerra; estas buscan la gloria, aquellas la riqueza; á este diferente objeto van dirigidas la educacion y las instituciones y en armonia con él se forma el espíritu público. Los pueblos comerciales propenden á adquirir con el auxilio de relaciones pacíficas; los otros por la via de las armas. Los primeros establecen factorias, echan las bases de operaciones de tráfico, hacen trueques, satisfacen las necesidades de diversos paises; los segundos anhelan un vasto territorio, súbditos, tributos; para los unos es el todo el interés privado; los otros no piensan más que en el interés público y en la gloria. El que pretende cambiar de papel y aspirar á los destinos de su rival, pone en peligro su propia existencia: el caso de la moderna Inglaterra no seria más que una escepcion, dado que respecto de ella estuviera la cuestion resuelta definitivamente.

Ambicion de conquistas —Mientras Cartago dilató su poder por el comercio y las colonias, como lo habia aprendido de la madre Fenicia, prosperó sin zozobras; se hizo en cuatro siglos soberana de los mares y capital de Africa, fué rica, respetada y estuvo tranquila. Una vez entregada á la ambicion de las conquistas, se enagenó el afecto de sus vecinos como potencia belicosa, en vez de grangearse su amistad por el comercio como debió hacerlo.

Sus naves empleadas en la guerra, cesaron de ser portadoras de las mercancias de que procedia su riqueza; los gastos de la guerra arrancaban del tesoro lo que habia hecho ingresar el comercio; como debia prevalecer el espíritu militar, todo tráfico debia ser abandonado, ó en el caso contrario era menester asalariar á extranjeros. No podian bastar los ciudadanos para sostener grandes guerras, y las ciudades feudatarias no suministraban hombres sino con repugnancia. Es verdad que así no se quitaban tantos brazos á la industria y á la agricultura, y el dinero reparaba las pérdidas esperimentadas con la compra de los soldados y de los capitanes; pero estos, no peleando por su patria, podian hacerse tiranos del pais ó desertar al enemigo, ó convertirse en instrumento peligroso en manos de un general que hubiera querido echar abajo la libertad.

Cartago trataba rudamente á los vencidos, asociándoselos solamente para las cargas y para las fatigas, no considerándolos como colonos, sino como siervos, á quienes no aprovechaba el suelo ni la industria; á diferencia de Roma que, conservando á lo menos la apariencia de derechos á aquellos á quienes sometia, otorgaba á los vencidos el título de colonos ó de aliados. Era, pues, aborrecida por sus súbditos Cartago; siempre estaban los númidas prontos á rebelarse; se insurreccionó hasta la Utica; otras ciudades oprimidas constituyeron nuevas potencias, ó bien dejaban al primer invasor un libre acceso, ya que los recelos de Cartago no les permitian fortificarse.

Paralelo con Roma.—El resultado más funesto de la ambicion guerrera de Cartago, fué haberla arrastrado á luchar con Roma (1). En el momento de su ruptura todas las probabilidades se presentaban en favor de la ciudad africana. Rica, poderosa en los mares, era señora de la mitad de Sicilia y de otras islas del Mediterráneo, desde donde podia desembarcar, con formidables fuerzas, en los puertos indefensos de su rival. Roma adquiere más vigor y se engrandece á cada nueva guerra, asimilándose sus vecinos y estendiendo á lo léjos su dominio, y no puede dudar del éxito de la contienda el que observe la diferencia de usos y constituciones Guerreros los romanos desde la infancia, se hallan habituados á los útiles trabajos de los campos; los cartagineses, dedicados al comercio se educan en las costumbres de las factorias y de las especulaciones: para estos, todo medio de lucro es bueno, todo provecho ambicionado, porque conduce al poder; aquellos tienen por el contrario á gloria menospreciar el oro, y sobrellevar dignamente su robusta pobreza. Cartago confiaba en sus súbditos y en el dinero, Roma no tenia fe más que en sí misma; y mientras ésta permaneció incontrastable

(1) Merece ser consultado el paralelo que establece Polibio entre ambas repúblicas, libro VI, cap. 43 y siguientes.

en su natal roca, aquella resbalaba por un arenal de oro. Faltó, pues, á los cartagineses aquel valor desesperado que proporciona el triunfo ó repara las derrotas; vencidos, temieron perderlo todo, y se doblegaron á su destino, á la par que los romanos, no teniendo que perder nada, sacan á pública subasta enmedio del mayor peligro el terreno en que Anibal está acampado. Cuando este general les propone la paz, le dan por respuesta: *Sal de Italia y trataremos entonces*. No alteraron la constitucion de Roma sus derrotas; al revés sucedió en Cartago. Después de la batalla de Zama se restringió el poder de los magistrados, y entregado el pueblo á sus ímpetus habituales prevaleció en las deliberaciones, mientras que un Senado hábil decidia medidas de interés público en Roma. Tuvo Cartago grandes generales, y á su mérito personal debió sin duda que permaneciera dudosa la decision de la suerte; pero allí la educacion no tenia por principal objeto formar héroes; no reservaba á los vencedores las solemnidades del triunfo; enmedio de sus victorias se veian los generales llenos de trabas, hijas de los celos ó de un cálculo rentístico que les rehusaban los indispensables refuerzos. Tenian que temer una derrota que les esponia á un proceso con la ignominia de la cruz en perspectiva, cuando meditaban el plan de una batalla. Roma por el contrario, va al encuentro del cónsul vencido en Canñas, le da gracias por no haber desesperado de la patria, y da cuanto posee, despoja los templos y á las mujeres para reunirle un nuevo ejército.

Y el nuevo ejército salió victorioso. Rechazado Anibal de Italia, ni aun pudo resistir dentro de su patria, la que de humillacion en humillacion alentaba á sus enemigos á esterminarla.

El partido de la causa nacional tenia que luchar contra la faccion romana; y contra la que, favorable á Masinisa, le sostenia en sus usurpaciones, atenuándolas con su indulgencia ó disculpándolas con sutilezas. Pero la audacia del númida, creciente de contínuo, inspiró al partido cartaginés doble energia, y espulsó á sus parciales (153). Entonces se adelanta Masinisa para tomar venganza como de un ultrage, y cansados de sufrir los cartagineses por tanto tiempo sus insultos, se deciden á correr la suerte de las armas. Se les declara adversa, porque secundado el monarca nonagenario por sus dos nietos, Hiempsal y Aderbal, corta toda comunicacion á su ejército, le reduce al hambre y le mata cincuenta y ocho mil hombres (150). Roma habia despachado embajadores, encargándoles que en el caso de llevar Cartago la mejor parte, le intimaran deponer las armas y mantener la paz, ó que escitaran al númida á proseguir sus triunfos si le era propicia la fortuna. Así lo hicieron, y mientras Cartago compraba á costa de nuevas concesiones la compasion de Masinisa, y condenaba como reos de Estado á los instigadores de aquella guerra, Caton se presentaba ante el senado de Roma, y sacando de debajo al de su toga higos parecer recientemente cogidos, dijo: *¡Estos frutos estaban hace tres dias pendientes de su rama en los jardines de Cartago y permitireis que subsista tan cerca de vosotros ciudad semejante!*

Guerra declarada.—Por estraño que fuera este motivo para esterminar á un vecino prevaleció enteramente; y Roma notificó á Cartago que por haber violado la paz debia aguardar un castigo (149). Pusiéronse, pues, en camino los cónsules Manilio Nepote y Marcio Censorino, con ochenta mil hombres de infanteria, cuatro mil caballos, cincuenta galeras de cinco hileras de remos é innumerable cantidad de barcos de trasporte. Llevaban órden de no poner término á las hostilidades hasta que fuera destruida Cartago. Convencidos los cartagineses de la imposibilidad de oponer resistencia, envian nuevos embajadores con plenos poderes de aceptar cualesquiera condiciones, y aun de entregarse á discrecion á los romanos, con tal de que *la ciudad fuera tratada con miramiento*. Estos duplican su orgullo en proporcion del abatimiento de la potencia rival, piden que se les entregue dentro del preciso plazo de treinta dias, y dar para seguridad de su sumision á lo que decidan los cónsules, trescientos rehenes de las primeras familias.

Pareció exorbitante la condicion impuesta, y sin embargo hubo de resignarse á ella. En medio de los gemidos de sus deudos y de la indignacion de los corazones generosos, partieron los trescientos rehenes, pero los cónsules se reservaron dar conocimiento de la voluntad del Senado para cuando llegaran á Utica. A pesar de todo, ya dentro de los muros de la ciudad, y temerosos los cónsules de que el esceso del infortunio empujara á la desesperacion á los cartagineses, no osan esponer las condiciones prescritas sino de una en una. Primeramente los cartagineses debian suministrar todo el grano necesario para las provisiones del ejército; luego debian entregar todas las galeras de tres órdenes de remos; enseguida todas las máquinas de guerra; por último todas las armas. Se remitieron á Roma dos mil máquinas, y doscientas mil armaduras completas, bien perdidas en verdad, cuando no se sabia emplearlas en la suprema defensa de la patria.

Cuando los cónsules ven á los cartagineses desprovistos de cuanto podia infundirles todavia miedo, é incapaces de sostener un asedio, declaran que la ciudad será destruida, quedando obligados á retirarse á tres millas del mar sus habitantes. Al representar los embajadores que los romanos se han comprometido á dejar libre é intacta la ciudad en el tratado, se les responde que *civitas*, significa los habitantes y no las habitaciones (2).

---

(2) El mismo Rollin, admirador decidido de la equidad romana, no alcanza á encontrarla en estas infames atrocidades, y no puede ménos de esclamar de este modo: «Aquí no se reconoce en mi sentir, el antiguo carácter de los ro-

Aterrados en un principio los cartagineses, se entregaron por algun tiempo á los pesares del desconsuelo; llorando unos á sus hijos dados en rehenes, maldiciendo otros á sus abuelos por no haber preferido una muerte gloriosa á las vergonzosas transaciones á que se habian sometido; luego abochornándose de sí propios, su abatimiento cede el puesto á un furor desesperado, y adoptan la resolucion de no abandonar su patria. Conviértese en armas todo lo que queda de metales; se hace cada taller una fábrica de ellas; fabrícanse al dia cien escudos, trescientas espadas, quinientas lanzas y mil dardos; cortan las mujeres su cabellera para hacer de ella cuerdas, y son elevados á la libertad los esclavos. Asdrúbal, caudillo de la faccion nacional, que desterrado y agraviado por los suyos iba á sitiar á Cartago á la cabeza de veinte mil hombres, se reconcilia con sus conciudadanos. Vuelve la poblacion del campo á la obediencia, ayuda á rechazar á los cónsules, y á incendiar su escuadra. Reanimada Cartago, concibe entonces la esperanza de sucumbir con honra. Aunque los romanos empleasen para abatir sus murallas, todo lo más eficaz del arte de los sitios; por mas que las batiesen, segun Apiano dice, con un ariete, movido por seis mil infantes, y secundados con otra maniobra por innumerables remeros; fué vano tanto esfuerzo ante la habilidad de Asdrúbal y el valor de los cartagineses.

Parece que la victoria estaba fatalmente ligada al nombre de Escipion, en las diversas guerras púnicas. Emiliano, hijo de Paulo Emilio vencedor de Perseo, fué adoptado por Escipion el Africano, y elevado al consulado antes de tener la edad. Es enviado al Africa; salva el ejército romano próximo á sucumbir, recoje la sucesion de Masinisa que acababa de morir (147), y se apodera de la parte baja de Cartago, llamada Megara. Estiende entonces líneas de circunvalacion al través del itsmo que une á la ciudad con el continente; construye una alta muralla flanqueada de torres, para dominar á Cartago, tanto cuanto le fuese preciso, y llamando por último en su ayuda á los sagrados ritos, profiere contra la sitiada ciudad la fórmula de imprecaciones para atraer sobre ella la cólera de los dioses, y ofrecer á las vengadoras furias aquellos que hiciesen resistencia á su patria (3).

Reducidos á tal estremidad, tientan los cartagineses un último esfuerzo: hombres, mujeres y niños trabajan sin descanso, abren á su puerto una nueva salida por entre las rocas, y lanzan contra los romanos una escuadra, que han conseguido construir con la madera de sus demolidas casas (146). Avanzan otros á nado hasta cerca de las máquinas de los romanos y saliendo de improviso de las olas, encienden antorchas y dan fuego á los instrumentos de guerra de los sitiadores, que huyen despavoridos.

Toma de Cartago.—Vence entretanto Escipion, y penetra por asalto en Cartago, cuyos ciudadanos se defienden aun de calle en calle, de casa en casa, por espacio de seis dias y seis noches, cubriendo con sus cadáveres á su moribunda patria. Cincuenta mil de ellos, encerrados en la ciudadela de Birsa, piden y obtienen la salvacion de su vida. Previendo la suerte que les esperaba, los desertores que se habian refugiado en el templo de Esculapio, dieron fuego á su asilo, y perecieron bajo los escombros. No habia cesado el general Asdrúbal de dirigir valerosamente los esfuerzos de sus conciudadanos; y como impusiese Roma siempre que se queria negociar por primera condicion, la demolicion de Cartago, protestaba, esclamando: *No, no presenciará el sol mientras yo viva la destruccion de mi patria.*

Faltole sin embargo la energia, y cayó á los piés del vencedor, pero su mujer que habia permanecido al lado de los últimos defensores de Cartago, no queriendo sobrevivir á la ruina de su patria ni á la cobardia de su marido, sube á lo alto del templo vestida con su traje más espléndido, y después de maldecir la traicion de su esposo, se precipita en las llamas con sus hijos.

---

manos, aquella grandeza de alma, aquella nobleza, aquella rectitud, aquel alejamiento declarado de las mezquinas astucias, de los disfraces, de las solapadas truhanerías, que no pertenecen al genio romano, como se ha dicho en alguna parte.»

(3) He aquí la fórmula con que se evocaban los dioses de una ciudad: *Si deus, si dea est, cui populus civitasque carthaginensis est in tutela, teque maxime, ille qui urbis hujus populique tutelam recepisti, precor venerorque, veniamque a vobis peto, ut vos populum civitatemque carthaginensem deseratis, loca, templa sacra, urbemque eorum relinquatis, absque his abeatis, eique populo civitatique metum, formidinem, oblivionem injiciatis: proditique Romam, ad me meosque veniatis; nostraque vobis loca, templa, sacra, urbs acceptior probatiorque sit, mihique populoque romano militibusque meis præpositi sitis, ut sciamus intelligamusque. Si ita feceritis, voveo vobis templa ludosque facturum.* MACROBIO, *Saturn.*, III, 9.—CF. PLINIO, *Historia natural*, XXVIII, 4; SERVIO, *ad Æn.*, II, 344.

Estotra era la fórmula para maldecir á una ciudad: *Dis pater, Vejovis, Manes, sive vos quo alio nomine fas est nominare, ut omnes illam urbem Carthaginem exercitumque, quem ego me sentio dicere, fuga, formidine terroreque compleatis; quique adversum legiones exercitumque nostrum arma telaque ferent, uti vos eum exercitum, eos hostes eosque homines, urbes agrosque eorum, et qui in his locis regionibusque, agris urbibusve habitant, abducatis, lumine supero privetis, exercitumque hostium, urbes agrosque eorum, quos me sentio dicere, uti vos eas urbes agrosque, capita ætatesque eorum, devotas consacratasque habeatis: illis legibus, quibus quandoque sunt maxime hostes devoti, eosque ego vicarios pro mea fide magistratuque meo, pro populo romano; exercitibus legionibusque nostris do, devoveo, ut me meamque fidem imperiumque, legiones exercitumque nostrum, qui in his rebus gerundis sunt, bene salvos sinatis esse. Si hæc ita faxitis, ut ego sciam, sentiam intelligamque, tunc quisquis hoc votum faxit, ubi faxit, recte factum esto. Ovibus atris tribus. Tellus mater, teque, Jupiter obtestor,* MACROBIO I. c.

De los setecientos mil habitantes de Cartago perecieron la mayor parte, siendo el resto trasportado á Italia ó esparcido en diversas provincias. Cuatro millones cuatrocientas setenta mil libras de plata adornaron el triunfo de Emiliano, apellidado desde entonces el Africano. Muchos y preciosos objetos de arte, entre los que se encontraba el toro de Falaris, fueron restituidos á la robada Sicilia; diéronse las bibliotecas al rey de Numidia, á escepcion de las obras de Magon sobre la agricultura, que fueron llevadas y traducidas en Roma; desmantelâronse todas las ciudades que eran favorables á Cartago, al paso que las que se habian declarado en su contra obtuvieron ensanche de territorio: particularmente á Utica le cupo en la particion el pais comprendido entre Cartago é Hipona. Viéronse obligados los africanos sometidos, á pagar un tributo anual, y se convirtió en provincia llamada Africa el Estado de Cartago. Consecuente á las órdenes del Senado, hizo Escipion pasar el arado alrededor de las murallas condenadas á la destruccion, renovó las imprecauciones rituales, por las que los dioses debian hacerse enemigos de la causa vencida; incendióse enseguida, y consumieron las llamas en diez y siete dias á la envejecida rival de Roma.

De esta manera, después de siete siglos y medio de existencia y de uno y medio de lucha contra Roma, fué sin motivo ni justicia estinguida esta poderosa ciudad. Tan inícua devastacion fué, sin embargo, el emblema de gloria para la familia de los Escipiones, hombres dotados de humanidad, de cultivado talento, y que siempre se habian opuesto á dicha destruccion; hizo asimismo la gloria de Emiliano, á quien todos citaban con elogio por la dulzura de su carácter, y del que Ciceron hizo su principal interlocutor en el diálogo de la república. Se decia que nunca habia cometido una mala accion, ni dicho una palabra que no fuera digna de alabanza. Habiéndose identificado Roma en su orgullo, no concibió la idea de humanidad, ni comprendió nunca más intereses que los propios: no tenia valor á sus ojos nada que no fuera romano.

Emiliano, sin embargo, á vista del desastroso espectáculo que ofrecia una nacion tan poderosa, permaneció algunos momentos absorto y silencioso, esclamando después, como el Hector de Homero:—«¡Llegará un dia en el que caerán los sagrados muros de Ilion, de Priamo y de toda su raza!»—Preguntado por Polibio que entendia por Ilion y por la raza de Priamo, respondió sin nombrar á Roma, que reflexionaba sobre el modo en que los Estados más florecientes declinan y perecen segun agrada al destino (4).

Podria creerse que la caida casi contemporánea de las dos ciudades más comerciales, Corinto y Cartago produciria un gran trastorno en el comercio del mundo: pero Rodas y Alejandria habian atraido á sí gran parte de los negocios; sucediendo Utica á su antigua dominadora.

Aunque los romanos hubiesen maldecido al que hubiera construido sobre las ruinas de Cartago, Cayo Graco fué enviado veinte y cuatro años después para establecer en ellas una colonia; levantóse de nuevo la ciudad en tiempo de Augusto. En el del emperador Gordiano, citábala Herodiano (5) grande y populosa hasta el punto de no ceder sino á Roma y de rivalizar con Alejandria. Colócala Ausonio (6) en tercer grado; nombrándola después de Roma y de Constantinopla; habla Salviano de su grandeza poco antes de la época en que fué invadida por los vándalos; y cita el acueducto, el anfiteatro, el circo, el gimnasio, el pretorio, el teatro, los templos de Escùlapio, de Astartes, de Saturno y de Apolo, sus basílicas y sus plazas. Destruyéronla enteramente al fin los sarracenos en el sétimo siglo, y del mismo modo que se sentó Mario sobre sus primeras ruinas para meditar en ellas su venganza, vino á morir San Luis de Francia en sus nuevos escombros, reflexionando sobre la nada de las cosas humanas y fortificando su alma con inmortales esperanzas.

---

(4) Polibio, en APIANO, VIII, 132; EUTROPIO, lib. IV, 6.
(5) Libro VII, 6.
(6) *Carm.* CDIX, 34.

CAPÍTULO XVII

CULTURA GRIEGA.

Apartemos en fin nuestros ojos de este espectáculo incesante de las batallas y demos descanso á nuestro espíritu con la tranquila contemplacion de los trabajos del entendimiento, de las rivalidades fecundas de la ciencia.

Acaso no ofrece la historia ninguna época en que dominase tanto el deseo general de conocimientos, en que los literatos y los artistas fuesen tan honrados como lo eran á la sazon entre los griegos. Buenos y malos reyes, ricos virtuosos ó disolutos, ciudades gloriosas ó decadentes, iban con anhelo en pos de las artes, ya como ornamento de la vida, ya como instrumento del deleite y del olvido. Todos los pintores acudian á Sicione á fin de visitar su célebre escuela, por más que la ciudad languideciese bajo la tirania, á la par que las cortesanas ambicionaban la gloria de atraer en su rededor á los literatos más ilustres y de adornar sus gabinetes con obras maestras de pintura y escultura.

No solo deben ocupar al historiador Atenas y Menfis; necesita fijar su atencion en aquella multitud de Estados que se formaran de los resíduos del imperio macedonio; observar á generaciones enteras trasladadas á los lugares donde Pitágoras y Platon apenas lograran penetrar como viajeros, y modificando su genio bajo un nuevo clima, sobre un nuevo suelo, y al aspecto de otra naturaleza y de otros monumentos.

La generosa proteccion de los Tolomeos llamó á su corte á cuantos gozaban de una reputacion merecida; y entonces vino á ser Alejandria centro de las relaciones que se anudaron entre los nuevos Estados, entre el Oriente y el Occidente. No protegieron ménos las letras los reyes de Pérgamo; antes bien rivalizaron con los Tolomeos en adquirir á costoso precio cuadros, libros y escritores, y como los Tolomeos impedian la esportacion del papiro del Nilo, se inventó en Pérgamo el papel de piel, que recibió el nombre de pergamino.

Pero si ha habido una época en que se haya demostrado con evidencia no ser suficiente la proteccion de los príncipes para producir maravillas del ingenio, fué precisamente la época á que nos referimos, puesto que no vió nacer más que abortos, trabajos de escuela, artificios de erudicion, nada que indicase espontaneidad é ingenio. De la creacion que habia ya cesado, se pasó á los análisis y á los preceptos; se dedicaron á hacer mucho, ya que bien no podian hacerlo: la memoria sustituyó á la inspiracion; se propendió al estilo sin lunares, pero quedó sin belleza. Se supo justificar con el ejemplo y con la autoridad cada paso que se andaba, en vez de hacerse perdonar las incorrecciones por la lozania del pensamiento.

Habia perecido la libertad en Grecia, y en los mismos hogares donde se habian conservado las formas, no recibia ya su inspiracion la mente del movimiento de la vida pública, ni de los grandes intereses de la nacionalidad, ni de las magnánimas luchas contra los invasores de la patria. La comedia estaba encadenada, la elocuencia reducida al silencio ó á las flores de la retórica, la poesia llamada á adormecer á los súbditos y adular á los reyes. Por una parte la corrupcion iba aumentándose sin ocultarse siquiera bajo la elegancia de las formas; y Atenas, Tarento, Mileto, Antioquia, eran teatro de escesos sobre los cuales nos cumple tender un velo: acontecia lo mismo en las ciudades aqueas, y todavia peor en las capitales de reinos. Por otra parte, era contínua y encarnizada la guerra: cada nuevo advenimiento al poder procedia de un nuevo asesinato; y eran sucesos, por decirlo así, cotidianos los parricidios y los incestos.

El mismo celo de los reyes de Egipto y de Pérgamo de reunir libros no emanaba tanto del deseo

ilustrado de facilitar medios de estudio, como de un lujo y de una rivalidad de amor propio por su parte. En sus bibliotecas no estaban clasificados los autores con arreglo al mérito de la obra, ó en razon de la materia tratada, sino segun su rareza; y los libros llegados por mar estaban colocados separadamente en un armario (τὰ ἐκ πλοίων). Llevaban esta mania hasta el punto de que la codicia hacia falsificar una porcion de manuscritos; y no se podia reconocer cuales eran los auténticos; luego como los literatos se proponian alcanzar un destino en el museo ó en la biblioteca por único objeto de sus trabajos, carecian de naturalidad, de lozanía, de libertad, de inspiracion. Aumentóse el número de los críticos como acontece siempre que hay escasez de inventiva; y aquellas gentes hubieran podido dar cuenta del menor giro de locucion, mejor que lo hubieran hecho Tucídides y Aristófanes; pero el raciocinio perdia su energía, se estraviaba la imaginacion estrañamente, y se tenia por singular mérito acumular autoridades, hasta falsificándolas con frecuencia.

Homero vino á ser el ídolo de aquella época, en la que fué más bien adorado que reverenciado; y se dedicaron tantos trabajos de erudicion sobre sus obras que sofocaban en ellas de todo punto el ingenio. Demetrio de Falera compuso muchos tratados sobre la Iliada y la Odisea: Zenodoto se consagró á fijar la mejor leccion de ellas segun los ejemplares diversos de la biblioteca de Alejandría; vinieron enseguida comentarios sobre comentarios. El mismo Tolomeo Evergetes escribió una disertacion crítica sobre la Iliada y Tolomeo Filopator erigió un templo al cantor de Aquiles.

Aristarco, 140.—Entre los comentadores de Homero se puso en primera línea Aristarco de Samotracia; se aplicó á la correccion del texto de los dos poemas con el respeto debido á las obras de los grandes hombres; eliminó muchos versos interpolados; indicó sus dudas, y no añadió de su cosecha sino lo estrictamente necesario, y aun tuvo cuidado de anotarlo, á fin de no inducir á engaño. Contábanse tanto en Roma como en Alejandría, hasta cuarenta profesores y gramáticos salidos de su escuela.

Zoilo.—Con todo, no carecia el gran poeta de detractores: fué el más célebre de todos Zoilo de Anfípolis, apodado el azote de Homero (ὁμηρομάστιξ). Atreverse á suponer defectos al cantor de Aquiles se consideró como un sacrilegio: el vulgo de los eruditos inventó cien fábulas acerca de Zoilo; y Tolomeo Filadelfo le castigó con la cruz, así como Atalo I, castigó más tarde á Dafidas, culpable del mismo delito. Escelente manera de refutar argumentos.

Los gramáticos y los retóricos que necesitaban confirmar los preceptos con la autoridad de los ejemplos, no habian aun pensado en la precision que habia de escoger entre los escritores, á fin de no imitar sino los que fuesen reputados por perfectos. Deducian las pruebas indistintamente de todos, sin establecer diferencia alguna en cuanto al grado de consideracion que merecian cada uno de ellos; así no se podia imaginar ni casualmente una locucion viciosa, en cuyo apoyo no se citara un autor cualquiera. Si todo ejemplo debia hacer regla, era fácil prever que hubieran acabado por salir triunfantes los malos escritores en razon de ser más numerosos.

El cánon.—Se necesitaba, pues, oponer un dique á la corrupcion con que estaba amenazada la lengua, y nació una nueva ciencia, la crítica. Aristófanes de Bizancio acometió la empresa de elegir esmeradamente los escritores (198), cuya autoridad era valedera entre la multitud, de aquellos de que no se debia hacer caso, y estableció diferentes categorías, á las que Aristarco dió posteriormente la última mano. La clase principal, que contenia los modelos de cada género, recibió el nombre de *cánon* (1).

Si este cánon contribuyó á la pureza de la lengua, la consideracion inherente á las producciones pregonadas como *clásicas*, fué funesta á las no incluidas en la primera categoría. Desde entonces fueron ménos buscadas, y de consiguiente se hicieron raros los ejemplares de ellas. Habia no obstante muchas que podian rivalizar con las inscritas en el cánon, debiendo algunas de estas últimas tal preferencia más bien á motivos de predileccion, que á lo trascendental de su mérito. De aquí resultó la pérdida de muchas obras de imaginacion de segundo órden y de una porcion de escritos que

---

(1) El cánon de los gramáticos de Alejandría era el siguiente:

Poetas épicos: Homero, Hesiodo, Pisandro, Paniasis, Antímaco.

Poetas yámbicos: Arquiloco, Simónides, Hiponax.

Poetas líricos: Alcmano, Alceo, Safo, Estesícoro, Píndaro, Baquílides, Ibico, Anacreonte, Simónides de Ceos.

Poetas elegiacos: Calino, Mimuermo, Filetas, Calímaco.

Poetas trágicos, primera clase: Esquilo, Sofocles, Eurípides, Ion, Aqueo, Agaton.

Segunda clase ó pléyade trágica: Alejandro el Etolio, Filisco de Corcira, Sositeo, Homero el jóven, Eántides, Sosífanes ó Sosicles, Licofron.

Poetas cómicos. Comedia antigua: Epicarmo, Cratino, Eupolis, Aristófanes, Ferecrates, Platon.

Comedia media: Antífanes, Alexis.

Comedia nueva: Menandro, Filípides, Difilo, Filemon, Apolodoro.

Historiadores: Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Teopompo, Eforo, Filisto, Anaxímenes, Calístenes.

Oradores; los diez áticos: Antifonte, Andocides, Lisias, Isócrates, Iseo, Esquines, Licurgo, Demóstenes, Hipérides, Dinarco.

Filósofos: Platon, Jenofonte, Esquines, Aristóteles, Teofrasto.

Posteriormente se formó una lista de otros siete célebres poetas, que vivian por la misma época, y fueron llamados pléyade poética.

En ella se comprendieron: Apolonio, Arato, Filisco, Homero el jóven, Licofron, Nicandro y Teocrito.

nos hubieran suministrado preciosos datos sobre el estado de la Grecia y sobre su literatura.

Sea como quiera, ni los admiradores ni los detractores de los clásicos alcanzaban á producir ni siquiera una de las bellezas de que hacian anatomía, porque nunca el análisis podrá engendrar aquella prepotente palabra del alma, que, enamorada de las bellezas de la naturaleza, se abandona á sus propias inspiraciones, y adquiere en lo pasado, que ella domina, aquella fuerza única que presagia las cosas superiores. Frios imitadores desprovistos del sentimiento de lo pasado, no pensando en lo presente más que para obtener los favores de los reyes en vez de implorar los favores de las musas; ingiriendo en las creencias la indiferencia ó la duda, no hicieron otra cosa los escritores de aquel tiempo que espigar donde sus predecesores habian cogido abundante cosecha; y su único mérito consiste en haber depurado la lengua y conservado ciertas tradiciones que de otro modo hubieran perecido con los poetas antiguos.

Apolonio de Rodas, 270.—Tal es la bella tradicion de los Argonautas, que Apolonio rodio, miembro del museo de Alejandria, la eligió para asunto de un poema. Mal mirado en su patria se retiró á Roma, donde adquirió tal renombre, que los romanos le concedieron el derecho de ciudadanía. Llevado por la índole de su asunto á una época anterior á la de los poemas de Homero, carecia totalmente de aquel instinto que adivina los tiempos, ó de aquel sentimiento que á ellos se traslada mentalmente: si á veces consigue á fuerza de arte mantenerse en una especie de mediania (2), se conoce á pesar de todo en cada verso el esfuerzo que hace para recordar antiguas memorias, sin que alcance nunca á reanimarlas, y sobre todo sin obtener la unidad de efecto. No obstante, su poema es el mejor comentario de Homero; y reproduciendo sus comparaciones, sus caractéres particulares, y hasta sus periodos bajo formas nuevas, facilitó su inteligencia á los romanos, que copiaron mucho de Apolonio; Virgilio tomó de su poema los amores de Dido, esto es, la creacion más conmovedora de la antigüedad.

Dramáticos.—Atenas continuaba entre tanto mostrándose aficionada á las representaciones escénicas. Aristóteles habia fijado preceptos para el drama. Alejandro habia tributado un verdadero culto á Sofocles y á Eurípides, y sus obras se representaban en toda el Asia; Dionisio de Siracusa escribia tragedias sobre tablillas pertenecientes á Esquilo; Tolomeo Lago invitó á Menandro á su corte, y envió bajeles para recibirlo; Artabazo, rey de Armenia, hacia recitar en su palacio tragedias de Eurípides, y Orodes, rey de los Partos, mandó improvisar un drama cuando hallándose sentado á la mesa le envió Surena la cabeza de Craso. Los ricos por imitacion hacian representar, mientras comian, ciertos *mimos* ó farsas, de cuyo género son las *Siracusanas* de Teócrito, el *Amor de Cinisca* y la *Maga*, hablando de los cuales decia Racine que no habia visto en la antigüedad nada más festivo ni más bello. Pero habian caido las instituciones libres, en las cuales se apoyaba el teatro; las composiciones dramáticas descendian á servir el capricho de los tiranos, ó á distraerlos; y las parábasis, en vez de dirigir patrióticos consejos al pueblo, dirigian lisonjas á los potentados.

Sirviéndose los alejandrinos de una metáfora arreglada al gusto de la época, denominaron pléyade trágica á la coleccion de siete autores de tragedias, cuyos nombres son los siguientes: Alejandro, Filisco, Sositeo, Homero el jóven, Dionísides, Sosifanes y Licofron. Aunque nada ha llegado á nosotros de sus numerosas obras (3), por los juicios emitidos acerca de ellos y por algunos fragmentos que han sobrevivido, logramos conocer su fastuosa pobreza. Perdió en sus manos la tragedia aquel carácter religioso que, gracias á su orígen, habia conservado con los antiguos maestros; y hasta se afectaba desdeñar á aquellos que pretendian ofrecer á la posteridad nuevos modelos.

Licofron, 250.—El escritor más notable de la pléyade trágica fué Licofron de Calcis en Eubea, que no compuso ménos de sesenta tragedias. Es imposible llevar más léjos la oscuridad de lo que la llevó este escritor, cuyo estilo fatiga el espíritu del lector cruelmente, al paso que por hacer alarde de erudicion pone el suyo en tortura. Tiene aversion al vocablo propio, á las alusiones fácilmente comprensibles, á la sencillez de la frase; no designa á un héroe ni á una divinidad más que por sus atributos ménos conocidos; rebusca ante todo las metáforas más estravagantes; sus construcciones son alambicadas, sus planes de lo más estrambótico y confuso. Oye un relámpago y vé un grito. Ulises con su musculosa espalda sostiene las amenazas de sus esclavos: Apolo es Moloso, el guarda-lecho, el vestido de túnica particular (μολοσσὸς, κυπεὺς, κοῖτος); Hércules es Palemon, calmante del destino y armado con una tea de pino (κηραμύντον πεύκεος παλαίμων), el leon de las tres noches, el dios tragado por el can de Triton, de quien desgarró las entrañas; cada una de estas frases necesita de un largo comentario para ser comprendida.

Por este motivo fué llamada su *Alejandra* el «Poema Nebuloso». En este monólogo de 1,474 versos profetiza Casandra hija de Priamo las vicisitudes que deben sobrevenir desde Io hasta Alejandro; y allí acumula el poeta cuanto habia podido imaginarse para esplicar la religion científicamente. Vese, pues, que este poema elegiaco se apoya en Homero. Pero dice más que este, puesto que se remonta á las causas de la guerra de Troya y presenta su desenlace y sus consecuencias. Lico-

(2) *Æquali quadam mediocritate.* QUINTILIANO.

(3) Nos quedan dos que se atribuyen á Licofron.

fron inventó tambien los anagramas (4): hizo además composiciones en figura de huevos y de segures. Simias formó otras en figura de alas y de cuñas. Trifiodoro escribió una Odisea lipogramática, en cada uno de cuyos cantos faltaba una letra del alfabeto; fútiles pasatiempos de una literatura vuelta á la infancia, que hacian la delicia de la corte de los Lágidas.

Menandro.—Más venturosa la comedia produjo á Menandro, último poeta que ilustrara á Atenas. A contar desde Solon, cierra el periodo de tres siglos, en cuyo trascurso se acreditó la admirable fecundidad de las musas griegas. Ya habia renunciado la comedia con la política á su licencia antigua: Menandro ingirió en ella alguna dignidad tomando ciertos elementos sérios de la tragedia, imprimiéndole un carácter filosófico y haciéndola, como después ha sido, cuadro de los vicios y del ridículo sin mezcla de sátira personal. El corto número de fragmentos que de él nos quedan, son preciosos por la elegancia del estilo; pero no podemos juzgar de la intriga, ni de la manera con que la condujo, sino por las imitaciones de Plauto y de Terencio. No tuvo la inagotable variedad de Aristófanes; se reproducen de contínuo unos mismos caractéres en sus piezas; ó mejor todavia los mismos personajes con las máscaras del teatro italiano antiguo. Puede decirse que están enumerados todos en este dístico de Ovidio:

Dum fallax servus, durus pater, improba lena,
Vivant, dum meretrix blanda, Menandrus erit (5).

Didácticos.—Pareciendo la prosa sencillísima y natural, ocupaba un lugar muy inferior al arte de los versos; de manera que el siglo ménos poético del mundo era reputado por el más eminentemente poético. Hallándose arrastrada la poesia de este modo fuera de sus vias, que son la tradicion, la representacion y la inspiracion, se quiso revestir con la gala de la versificacion lo que no es más que precepto, y se inventaron poemas didascálicos (6), forma bastarda que carece y no es capaz de los vuelos lozanos de la poesia, ni de la límpida exactitud de la prosa. Escribiéronse, pues, poemas sobre los fenómenos de la tierra y del cielo, sobre el organismo humano, sobre la astrologia judiciaria; y se reputaba á maravilla haber espresado las cosas más difíciles del modo más distante del natural, único mérito que existe en este género de composiciones. Nicandro cantó los remedios que se aplican contra los animales venenosos, adornando su estilo con espresiones anticuadas, estrañas y las más triviales de cada dialecto. Dicearco hizo una descripcion de la Grecia en versos yámbicos. Sotades pintó las obscenidades más repugnantes. El egipcio Maneton trató del influjo de las estrellas sobre la existencia; Arquestrato, de los peces, de las legumbres y de cuanto contribuia á las delicias de la mesa.

Arato, 278.—Arato de Solis en Cilicia, que superó á todos sus predecesores, compuso un tratado de anatomia en verso, y después el sistema astronómico de Eudoxio. Resultó de esto la pérdida de los libros de este último y la prueba de lo poco versado que era su intérprete en la ciencia de los astros; pero este estudio adquirió boga, merced á su poema, que en lo sucesivo sirvió de texto á los comentarios de los matemáticos. Ahora bien, á los comentarios aspiraba especialmente Arato por permanecer fiel á la distincion, establecida entonces y mantenida después por los romanos, entre el vulgo y los talentos cultivados. Ciceron aumentó su renombre traduciendo al latin su obra.

Líricos.—Dedicáronse á la poesia lírica Querilo, Agis de Argos, Pierion, Cleon de Sicilia; pero aquello era la escoria de las ciudades griegas (7); y estipendiados por Alejandro para contar sus proezas dia por dia, denigrando á los antiguos capitanes macedonios, ganaron oro, pero fueron desheredados de la gloria.

---

(4) De *Ptolemaios* hizo ἀπὸ μέλιτος, ó sea de miel, etcétera, de Arsinoe, ἴον Ἥρας, violeta de Juno, etc. No se sabe que los latinos hayan usado anagramas. Son célebres muchos de los modernos; por ejemplo: Aristóteles en *Iste sol erat*, ó bien *Erat lis etos*. Voltaire, *O alte vir*. Pierre de Ronsard, *Rose de Pindare*. Frére Jacques Clement, asesino de Enrique III, *C' est l' enfer qui m'a créé*. Maria Touchet, famosa hermosura del tiempo de Cárlos IX, *Je charme tout*. Cornelius Jansenius, *Calvini sensus in ore*. Borbonius, *Orbi bonus*. Maria Magdalena, *Grandia mala mea*. Mastai Ferretti (Pio IX) *Fert iste tiaram*. Tambien otro hizo de Galeno *Angelo*, y á muchos les convendria el epíteto *adulador* en vez de *laudador*. Los escritores italianos del siglo XVII fueron muy aficionados á anagramas, como á todo lo que tenia mucha ostentacion y poco fondo. *Sixtus Quintus de Montealto* fué combinado en *Mons tutus in quo stat lex Dei*. Sin embargo, no he encontrado citado el anagrama bellísimo de *Evangelista Turicellius* en *En Galileus alter*. Y es admirable aquello de *Ave Maria gratia plena dominus tecum*, en *Inventa sum deipara ergo inmaculata*.

Supongo que son de la época alejandrina los dos epígramas del cap. XXVIII de la *Antologia* griega, en honor el uno de Baco, y el otro de Apolo, compuesto cada uno de veinte y cinco versos, de los cuales el primero espone el argumento, y los otros veinte y cuatro se componen cada uno de cuatro epítetos que principian por la misma letra, sucediéndose en el órden del alfabeto. Este es el ejemplo mas antiguo que yo conozco de los acrósticos, y quita el mérito de la invencion á Octaviano Papirio, escritor del tiempo de Constantino Magno, á quien generalmente se le ha atribuido, y que dedicó á aquel emperador un poema abundantísimo en estos juguetes. A Sidonio se atribuyen los argumentos de las comedias de Plauto, cuyas iniciales forman el nombre de la comedia misma. Ciceron parece indicar que Ennio hizo algo semejante. En el bajo imperio hubo un diluvio de acrósticos; despues se redujeron á estudio de los poetas cortesanos y de los genealogistas.

(5) *Amores*, I.

(6) Solo los pedantes por la comodidad de la clasificacion contarán á Hesiodo entre los poetas didascálicos.

(7) *Urbium purgamenta*. Curcio, VIII, 5.

Calímaco, 250.—Vástago de la sangre real de Cirene, hizo más de ochenta composiciones tanto en verso como en prosa. No salió airoso en la comedia y pasó á la posteridad por sus himnos y por sus elegias. Esta forma poética sobrevivió en los demás, generalmente porque no exige entusiasmo, sino más bien aquellas dulces armonias que convienen á los siglos meditativos: ¿cómo podia esperarse de una época como la suya, desnuda de toda sencillez en las costumbres y en las creencias, himnos que espresaran aquel raudo vuelo de las almas piadosas hácia las sublimes regiones, desde donde se dominan los miserables acontecimientos de la tierra? Todo el que, prescindiendo de las preocupaciones de escuela, compare un salmo con el mejor himno de Calímaco, ha de sentir en el primero la efusion de los corazones fervientes y convencidos, que de cierto hallará eco en el suyo; á la par que descubrirá en Calímaco el esfuerzo del hombre erudito, que, acumulando tradiciones de tiempos y de orígenes diversos, busca en su memoria lo que no encuentra en su corazon, raciocina y recuerda donde debiera espresar lo que sentia (8).

¿Podia acontecer de otro modo en un tiempo en que tan pronto se escarnecia en la escena á los dioses como se les negaba en las escuelas, y en que se divinizaba á los tiranos y á sus cortesanas? Mil veces entonó Arato, caudillo de la liga aquea, himnos en loor de Antígono con la frente ceñida de guirnaldas. Todas las poesias de aquella época contienen las alabanzas más serviles prodigadas á los Tolomeos deificados, como los de Calímaco, que cantó asimismo la cabellera de Berenice, colocada entre las constelaciones. No obstante Calímaco gozaba entre sus contemporáneos de muy grande estima hasta el punto de haber desterrado los rodios á Apolonio por haberse atrevido á rebajar su mérito.

Bucólicos. Teócrito.—Un género nuevo hizo revivir en Sicilia la gloria de una literatura que habia suministrado á Grecia los primeros modelos de la elocuencia y del teatro. Allí fué creada la poesia pastoril por Teócrito de Siracusa (252), quien con sus magníficos versos quiso hacer que se remontara la mente á los venturosos dias en que la isla del Sol disfrutaba en sosiego de la tranquila abundancia de sus campos. Mas ¡ah! se comprende al punto que brotan sus cantos en la espléndida corte de Tolomeo; mézclanse sin cesar á los acentos de la musa pastoril las alabanzas de este príncipe y de Berenice: porque *anhela que el principio, el medio y el fin de todas sus composiciones poéticas se ennoblezcan con el nombre de Filadelfo, el más insigne de los héroes.* Se complace uno en pensar que la poesia pastoril naciera de la saciedad causada por el refinamiento de la vida de córte, y en ver como un pesar de la imaginacion embellece el recuerdo de lo que ha perdido; pero aun cuando la naturalidad de ciertos cantos de Teócrito sea favorable á semejante suposicion, se encuentra, examinándolos más de cerca, que sus versos tienen por esclusivo objeto poner más de relieve la magnificencia real, por el contraste de la sencillez campestre, y añadir á lo maravilloso las fiestas del palacio, narradas por hombres toscos, que, como dice Dante, *quedan mudos de admiracion cuando rústicos y salvajes entran en una gran ciudad.* Hay más, el panegirista de la vida campestre no se sonroja de alargar la mano á los reyes diciéndoles: *Mi musa queda olvidada en la soledad; alentadla y sabrá presentarse con noble confianza.*

Si á pesar de todo consideramos al poeta estéticamente, fuerza es confesar que la estructura de su verso y la sencillez de su locucion son admirables, aun cuando no siempre evite los juegos de palabras, delicias de su siglo; que solo él ha sabido entre los poetas bucólicos reunir la originalidad y la naturalidad, y que sus personajes son verdaderamente pastores; al paso que no se podria decir lo mismo de los de Virgilio, de Gessner, de Voss y mucho ménos todavia de los de Guarini y de Sannazaro, que revelan la ficcion mostrando por los campos una admiracion digna solamente de los que jamás han vivido en ellos.

Los idilios de Bion de Esmirna, y los de Mosco de Siracusa son ménos pastoriles y dan prueba de ménos genio; les cuadraria mejor el nombre de elegias ó de cantos mitológicos.

Epígramas.—Con los poetas que acabamos de mencionar murió el idilio, y fué menguando cada vez más la poesia; de tal manera que tocó estar en boga á los epígramas, composiciones brevísimas, totalmente diversas de lo que indica su nombre, y de la idea que actualmente tenemos de ellas. Hay algunos que brillan por su agudeza, otros solo por la espresion ó la delicadeza del pensamiento, y cualquiera que sea el asunto, deben ser tan perfectos por lo breves, que no aparezca en ellos tilde. Metrodoro compuso algunos sobre la astronomia y la geometria, que son en realidad pequeños poemas; otros contenian enigmas ó presentaban alguna dificultad para que fuera resuelta (9).

Su forma primitiva debió ser la de la inscripcion y de ello da fe su nombre (ἐπὶ γράμμα): no hay monumento, cuadro, ni estátua, en que no se trazara alguna: se grabaron en las sepulturas, en los postes levantados al borde de los caminos, en los trofeos, en las ofrendas que se hacian á los dioses al cumplir los votos. Después vinieron á ser un ejercicio

(8) Nos quedan 6 himnos y 64 epígramas suyos.
G. PARTHEY *(Das Alexandrinische Museum)* nos suministra escelentes noticias acerca de la ciencia en aquel tiempo. *Eine bon der k. Akademie der Wissenschaften zur Berlin in* 1837 *gekrönte Preisschrift.*

(9) Teon de Alejandria incluyó en un solo verso á todos los dioses que dan su nombre á los dias de la semana: (Ζεὺς, Ἄρης, Ἀφρίτη, Μήνη, Κρόνος, Ἅλιος, Ἑρμῆς).

que no se proponia más objeto que el arte: unas veces son un rasgo de talento; otras la espresion de un sentimiento cualquiera; otras un aplauso, una sátira, un chiste, un epitafio, una relacion de accidentes tiernos ó tristes; y en su variedad infinita rayan amenudo en lo sublime y aun inspiran virtudes domésticas. Cuando son leidos uno á uno halagan y se les admira; pero considerados en conjunto inducen á reflexionar tristemente sobre el agotamiento y la decadencia de aquel poderoso genio griego, que habia creado la *Iliada* y el *Prometeo*. Hiciéronse muchas colecciones y algunas con títulos muy estravagantes (10).

Un objeto de utilidad hizo emprender posteriormente otras colecciones de esta clase. Se reconoció que las inscripciones grabadas en los monumentos podian servir de grande ayuda á la historia, y se empezaron á recoger dos siglos antes de J. C. Formó una coleccion completa Palemon Periegetes, (περὶ πῶν κατὰ πόλεις ἐπιγραμμάτων). Además redactó un *catálogo de los donativos ofrecidos á los dioses* y depositados en la Acrópolis de Atenas, de los del tesoro de Delfos, y de otros santuarios. A ejemplo suyo y como simple estudio literario, otros reunieron colecciones de epígramas de todas clases, á que dieron, segun el gusto del tiempo, títulos rebuscados, llamándolos guirnaldas, ramilletes de flores, *antologias*, etc. Posteriormente á la de Meleagro de Gadara, en que están inscritas las composiciones de cuarenta y seis autores por órden alfabético segun la inicial de cada uno, Filipo de Tesalónica hizo otra más estensa y dispuesta del mismo modo en tiempo de Jesucristo. Debióse otra á Diogeniano de Heraclea, comtemporáneo de Adriano; pero se han perdido todas, como tambien la de Diógenes Laercio (Πάμμετρον), que comprendia los epígramas en loor de los varones ilustres. Quédannos doscientos veinte de la Παιδικὴ Μοῦσα de Estraton de Sardis, que celebran amores infames.

Agatias de Mirina, historiador y poeta, compiló á fines del siglo VI una coleccion de epígramas bajo el título de *Círculo* (Κύκλος), en siete libros por órden de materias. En el primero están los epígramas dedicatorios (ἀναθεματικὰ), es decir, inscritos en las ofrendas depositadas en los sagrados lugares; en el segundo las descripciones del pais y de los objetos del arte; en el tercero los epitafios; en el cuarto las relativas á la vida; en el quinto los versos escópticos, es decir, satíricos; el sexto los versos eróticos ó amorosos, y en el séptimo los versos báquicos, ó cánticos para los festines. Tambien se ha perdido (ménos el prefacio en 103 exámetros) después de haber perjudicado á las letras, haciendo desdeñar las colecciones anteriores de Meleagro y de Filipo, más ricas en trozos antiguos y de gusto más puro.

(10) La de Meleagro de Gadara se titulaba: Ἀσκιθοῦ καὶ φακῆς σύγκρισις, *Lentejas con yema de huevo.*

Muchas composiciones reunidas por estos últimos fueron salvadas por Constantino Cefalas, literato del siglo X, que no es conocido más que por su *antologia* (11). Máximo Planudes, fraile del siglo XIV, de inmensa erudicion, pero no de tan buen gusto, hizo un estracto de ella, dividiéndola metódicamente en siete partes (12), y nos conservó muchos más trozos que los recogidos por Cefalas. El manuscrito de este último no se descubrió hasta el año 1606 por Claudio Salmasio (13).

Elocuencia.—En los Estados constituidos monárquicamente estaba cerrada la carrera de la elocuencia; declinó en Grecia á medida que se apaciguaron las pasiones políticas y se aumentó el influjo extranjero, viniendo á ser patrimonio de los retóricos, cuya palabra inofensiva ni aun siquiera inspiraba zozobra á los conquistadores. Aristóteles en su *Retórica* habia sacado de antiguos ejemplos una

(11) La distribuyó en quince secciones por el órden siguiente: los epígramas cristianos, es decir, 123 inscripciones de iglesias ó de imágenes sagradas; el poema de Cristodoro en 416 exámetros; 19 epígrafes inscritos en el templo erigido en Cizico por Atalo y Eumenes á su madre Apolonia, coronados por bajo-relieves que representaban el amor filial; los prefacios de las tres antologias precedentes; las composiciones eróticas; 358 epígramas dedicatorios; 748 inscripciones funerales; 254 epígramas de San Gregorio Nazianceno; 827 epígramas epidícticos ó demostrativos, en los que se propone el poeta espresar una idea filosófica ó lucir su ingenio; 126 epígramas morales; 442 sobre los placeres de la mesa y del género satírico (συμποτικά, σκοπτικά); 258 composiciones obscenas del género de las reunidas por Estraton; 31 de diversos metros; 156 problemas, enigmas, oráculos; miscelánea de verdades.

(12) 1.ª epígramas escogidos entre los protrépticos, anatemáticos y epidícticos; 2.ª 352 de los 442 de la undécima seccion de Cefalas; 3.ª los epitafios; 4.ª los epígramas descriptivos; 5.ª el poema de Cristodoro y las inscripciones puestas en las estátuas de los que guiaban los carros dentro del hipódromo de Constantinopla; 6.ª otros anatemáticos; 7.ª los eróticos.

Solo la segunda de estas dos últimas antologias ha sido impresa muchas veces, y la edicion más estimada es la publicada en Utrecht por Gerónimo de Bosch, de 1795 á 1810: además un quinto tomo añadido en 1822 por D. J. Van Lennep. El famoso H. Grocio se habia divertido en poner en versos latinos los epígramas de esta analogia. Existe una traduccion italiana por Gaetano Carcano y Pasquale, en la bellísima edicion que se hizo en Nápoles de 1788 á 1799, en cuatro tomos.

(13) Fué enseguida publicado por fragmentos, y no se dió á luz completo más que en la edicion de Federico Jacobs, Leipzig, 1794-1814, en trece tomos, con el título de *Anthologia græca sive poëtarum græcorum lusus, ex recensione Brunckii — Frid. Jacobs animadversiones in epigrammata Anthologiæ græcæ, secundum ordinem analectorum Brunckii, adjecit.*

Posteriormente, ausiliado por nuevos descubrimientos, pudo publicar otra edicion más esmerada, con el título de *Anthologia græca ad fidem codicis olim Palatini, nunc Parisini et apografo Gothano edita. Curavit epigrammata in codice Palatino desiderata et annotationem criticam adjecit* FRID. JACOBS. Leipzig, 1815-1817, tres tomos.

série de preceptos que en nada facilitaron nuevas creaciones, ni retardaron un solo dia la decadencia del arte. Desde entonces se oyeron resonar arengas acompasadas y aduladores panegíricos en lo alto de aquella tribuna donde habia tronado la poderosa palabra de Demóstenes y Esquines. Ya no se trataba de hondos sentimientos revestidos con una espresion arrobadora, y secundados por un vivo y natural desembarazo; todo debia tomar un colorido amanerado, y engalanarse con una pompa nueva, casi oriental, con gran detrimento hasta del mismo idioma: sonoras frases suplian la falta de pensamientos, y la varonil elocuencia habia cedido el puesto á un énfasis prolijo. Si todavia se levantaba alguna voz digna de ser escuchada, era solamente en Rodas, ciudad libre, donde continuaba subsistiendo la escuela fundada por Esquines.

Ciceron dice que las arengas de Demetrio de Falera eran de intachable pureza, lo cual prueba cuan diferente es la correccion de lo bello. Orador flojo y sin energia acariciaba el oido sin inflamar el alma y sin determinar la voluntad. Se le acusa de haber emprendido antes que otro alguno á componer sobre asuntos imaginarios (14), y es honrarle mucho llamarle el último orador griego.

Historiadores.—¡Hasta donde hubiera podido la historia remontar su vuelo inspirándose con las novelescas hazañas de Alejandro, con el tumulto de tantas batallas, enmedio de las ruidosas catástrofes de las ciudades y de los reinos! Pero la vasta estension del teatro no hizo que fueran mejores las composiciones; y si se esceptua un solo hombre de corazon y de genio, ninguno ha merecido un nombre glorioso entre los que vieron la India en compañia de Alejandro, ó platicaron con los gimnosofistas y los caldeos, ó consultaron las inscripciones de Persépolis y de Babilonia; tampoco se encuentra ninguno entre los que nos han contado la historia de sus sucesores.

Teopompo, Filisto, y sus discípulos fueron harto indignos sucesores de Tucídides; y el juicio que sobre ellos formaron los que pudieron leerlos, nos ahorra todo sentimiento por la pérdida de sus obras; eran hombres tan pusilánimes que no osaban decir la verdad, ó tan medianos que no podian espresarla dignamente. Aquellos que vinieron después, falsificaron la realidad á fuerza de exageraciones, y sembraron de fábulas la relacion de las espediciones de Alejandro. Así cuando vemos que nadie concibió el pensamiento de esplotar los tesoros acumulados en las bibliotecas de Alejandria y de Pérgamo, nos asiste derecho para decir que allí estaban sepultados los libros como el oro en las arcas del avaro, no como la semilla sobre el terreno productor. A falta de otras pruebas bastaria examinar que los historiadores posteriores á la version griega de la Biblia, no sacaron ningun partido de ella, antes bien divulgaron absurdas fábulas acerca del pueblo hebreo.

Entretanto iban adquiriendo cada vez más documentos la cronologia y la geografia, estos dos ojos de la historia; entregados á investigaciones los templos y los archivos del Éufrates y del Nilo habian revelado las listas de los reyes; hacian los Tolomeos más fáciles las esploraciones científicas abriendo caminos al comercio; enviaban viajeros á reconocer las costas de la Arabia, la Península indiana, la isla de Trapobana (*Ceilan*); otros penetraban en lo interior de Africa; y luego eran llevadas las relaciones de estos viajes, con cuanto encontraban de estraordinario á Alejandria, convertida en emporio de conocimientos universales.

Pero la observacion se habia hecho minuciosa, el frio análisis sofocaba toda idea grande, y los historiadores no poseian esa imaginacion que recoge y vivifica. Multiplicábanse, pues, las obras de erudicion y hubo quienes se dedicaron á investigar el orígen de los pueblos llamados bárbaros hasta entonces. Filocoro compuso la historia de los primeros tiempos de Atenas; Cleanto trató de los dioses, de los héroes, de los mitos nacionales. Zenon é Idomeneo escribieron sobre las antigüedades de Rodas y de Samotracia; Apolonio de Rodas sobre el orígen de las ciudades; Calímaco sobre las instituciones de los pueblos bárbaros; Bitinia tuvo por historiador á Asclepíades, Fenicia á Gerónimo, Sicilia y los reyes de Siria á Timeo, Asiria á Abideno, la guerra púnica á Filino.

Evehemero, 300.—Evehemero agrigentino impugnó á los que pretendian hacer del culto un misticismo sacerdotal, y apoyándose en inscripciones que habia recogido en un viaje emprendido por órden de Casandro rey de Macedonia, pretendió demostrar (15) que todos los dioses habian sido personajes históricos, colocados en el cielo por el agradecimiento, por el miedo ó por la supersticion de los pueblos. Su libro sobre la isla de Pancaya fué el primero que se tradujo de la lengua griega á la latina, y esta traduccion tuvo por autor á Ennio (16).

---

(14) Quintiliano, II, 4, 41.

(15) Véase tomo I, pág. 321.

(16) Pancaya.—Esta isla de Pancaya es una especie de problema geográfico. Diodoro nos ha conservado con otras mil tradiciones fabulosas, el viaje de Evehemero, quien en su concepto, descubrió tres islas al Sur de la Arabia, una de ellas de longitud de doscientos estadios y la de Pancaya mayor todavia. Estaba habitada por cuatro naciones; en una de ellas se hallaba confiado el gobierno á reyes electivos, que no podian castigar con la muerte sin el asentimiento de los sacerdotes. Habia en esta isla un templo suntuoso con geroglíficos; contenia tres ciudades y allí se encontraba toda clase de árboles y de animales; prestaban sombras á sus pacíficos moradores palmeras de estraordinaria altura, viñedos, mirtos, cipreses. Vagaban por sus bosques el leon y el elefante. Aquella isla, cuya longitud era de doscientos estadios, producia suficiente incienso para el consumo de los altares de todos los dioses del mundo. Allí depositaba el fénix sobre el ara del sol los aromas con que formaba su pira y su cuna. La mayor parte de los críticos ven solo

Beroso.—Beroso (280), sacerdote caldeo, dedicó al primer Antíoco una historia en que, segun se dice, mezcló la astrologia y los mitos á las noticias que pudo proporcionarse en los archivos del templo de Belo, en Babilonia, del cual era sacerdote. Enseñó en Cos la ciencia de los caldeos; su historia de Babilonia empezaba cuatrocientos setenta y tres mil años antes de la conquista macedónica; pero pretendia que Nabonasar habia aniquilado los anales de lo pasado, aserto que no cabe ser admitido por nadie que posea algun juicio en materia de historia.

Maneton, 263.—Asi como Beroso queria halagar á los reyes de Siria afanándose por demostrar la alta antigüedad de los paises sometidos á su dominacion, del mismo modo aspiró Maneton á acariciar el orgullo de los soberanos de Egipto, exagerando la série de sus predecesores. No nos quedan de sus escritos más que algunos fragmentos copiados por Flavio Josefo (véase tom. I, pág. 214). Ya hemos tenido ocasion de discutir su mérito histórico, en cuyo favor parece que deponen los últimos descubrimientos. Eusebio, Cirilo y Sincello traen muchos fragmentos de una historia de los caldeos escrita por Abideno. Eratóstenes de Cirene, bibliotecario de Alejandria, escribió por mandato de Evergetes la historia de los reyes de Tebas, con arreglo á los registros sagrados confiados á su custodia; mas solo poseemos un corto número de retazos y una descripcion fabulosa de las estrellas.

Y más de ciento cincuenta historiadores se citan entre Jenofonte y Polibio, ó sea en el espacio de siglo y medio; mas todos se han perdido.

Polibio, 205.—Polibio supera con mucho á todos estos historiadores. Nació en el año 549 de Roma en Megalópolis, una de las últimas ciudades griegas que habian conservado la libertad, cuando acababa de perder á Arato la liga aquea. Tuvo por padre á Licortas, pretor de los aqueos, y por maestro á Filopemenes. Fué alternativamente embajador al rey de Egipto, general de la caballeria aquea auxiliar de los romanos contra Filipo, luego de las tropas de Tolomeo Filometor contra Antíoco, rey de Siria. Deportado á Roma con los mil aqueos vendidos vilmente por Calicrates y oprimidos por la deslealtad romana, su mérito le valió el favor de los Escipiones, quienes manifestaban empeño de civilizar á su patria con el auxilio de las artes de Grecia. Cuenta el mismo (17) cuanta destreza empleó para llegar á ser cliente y amigo de Escipion Emiliano, de cuyo patrocinio se aprovechó en ventaja de sus compañeros de infortunio, inclinando, por ejemplo, á Caton censor por mediacion de su ilustre patrono á que aconsejara la medida de alzarles el destierro.

Vuelto á Grecia exhortó á la paz á sus conciudadanos, á evitar todas las revoluciones imprudentes que empeorarian la situacion por único producto y á respetar á los romanos que les eran superiores en fuerza. Cuando se verificó la toma de Corinto, acude desde Africa, donde habia seguido á Escipion, con el fin de aliviar, en cuanto estuviera á su alcance la mísera suerte de los vencidos. Rehusa

---

un producto de la imaginacion en esta isla de Pancaya. Sin embargo, las circunstancias locales de que acabamos de hacer mencion, parece que se refieren á la costa oriental de Africa, y el gobierno es semejante al del Yemen (NIEBHUR, *Descripcion de Arabia*, II, 32). ¿No se propondria Evehemero señalar de este modo el cabo de Guardafuy con las islas de Socotra y de Abdal-Curia? ¿O aludiria tal vez á la isla de Masira en la costa de Arabia?

(17) «Nuestra correspondencia (con Escipion) habia comenzado por discusiones sobre los libros que me prestaba. Ya nos habíamos unido con vínculos de afecto, cuando los griegos conducidos á Roma fueron dispersados en diferentes ciudades. Entonces los dos hijos de Paulo Emilio, Fabio y Publio Escipion, solicitaron instantáneamente del pretor permiso para dejarme vivir en su compañia, y les fué otorgado. Halléme, pues, en Roma, cuando una circunstancia singular contribuyó á estrechar más todavia nuestras relaciones amistosas. Cierto dia que habiéndose dirigido Fabio al foro nos paseábamos Publio Escipion y yo por otro lado, este jóven se quejaba con ademan dulce y afectuoso y aun sonrojándose algun tanto, de que cuando nos sentábamos á la mesa siempre dirigia yo la palabra á Fabio y á él nunca.—«Bien conozco, añadió, que esta frialdad por »vuestra parte procede de la opinion en que estais, como »todos mis conciudadanos, de que soy un jóven indolente, »inepto para las ciencias, que florecen actualmente en Roma, »y eso porque no se me vé aplicado á los ejercicios del foro, »ni cultivar la elocuencia. ¿Pero cómo habia de hacerlo, mi »querido Polibio? Se me dice cotidianamente que no se »aguarda un orador de la familia de los Escipiones, sino un »general de ejército. Os confieso que vuestra frialdad me »hiere y me aflige en el alma.»—Sobre manera me sorprendió este discurso, que no aguardaba oir de boca de un mozo de diez y ocho años.—«Por favor, le dije, querido Escipion, »no presumais ni digais de ningun modo que si dirijo co»munmente la palabra á vuestro hermano es por efecto de »teneros en poca estima. Es el mayor y por eso le hablo »más que á vos, sabiendo perfectamente por otra parte que »ambos pensais del mismo modo. Pero no puedo ménos de »regocijarme viéndoos tan convencido de que sentaria muy »mal á un Escipion la pereza. En eso se manifiestan vuestros »sentimientos muy superiores á los del vulgo. Por lo que á »mi hace me ofrezco sinceramente y de todo mi corazon á »vuestro servicio. Si me considerais capaz de poderos dirigir »hácia un género de vida digno de vuestro gran nombre, »podeis disponer de mí á vuestro gusto. Respecto de las »ciencias, á que os mostrais aficionado, hallareis sobrado »auxilio entre ese gran número de hombres instruidos que »cotidianamente llegan de Grecia; pero para el oficio de la »guerra, en que deseais instruiros, creo poderos ser más »útil que otro alguno.»

»Entonces asiendo Escipion mi mano y estrechándola entre las suyas, me dijo:—«¿Cuando veré llegar el venturoso »dia en que podais dedicaros á formar mi espíritu y mi cora»zon, hallándoos libre de todo otro compromiso y siempre á »mi lado? Entonces, sí, me creeré digno de mis antepasados.» —Desde aquel momento no pude separarme de su lado. Su mayor recreo era estar en mi compañia, y los diferentes negocios en que nos hallábamos juntos no hicieron mas que intimar nuestro amistoso cariño. Me respetaba como á un padre, y yo le amaba como á un hijo.» Lib. XXXIII, 9, 10.

enriquecerse con los despojos de sus compatriotas, ayuda con sus consejos á Escipion, quien le facilita los medios de viajar por Bretaña, por Egipto, por la costa occidental de Africa hasta el quinto paralelo boreal, el pais denominado hoy dia costa de Guinea. Después de haber sido muerto Emiliano se retira á su patria, donde muere á la edad de ochenta y dos años.

Empezó la historia universal de su tiempo (220 antes de J. C.) en la centésima cuadragésima olimpiada y en el momento en que la guerra de las ligas confundió, segun su dicho, los intereses de Europa y de Asia, que antes estaban aislados: conduce esta historia hasta la centésima quinquagésima octava olimpiada (146 antes de J. C.) De los cuarenta libros de que se componia, solo cinco nos han llegado completos. Se debe gran número de fragmentos de los demás libros al emperador Constantino Porfirogénito, quien los insertó en sus estractos de escritores políticos. Las demás obras de Polibio se han perdido totalmente.

El destierro le conservó puro del contagio de los retóricos; repudió la fraseología y todo lo que no era más que ejercicio del arte; y sin embargo, no se eleva en la forma á más altura que sus contemporáneos, porque las más veces carece de elegancia su estilo, se halla atestado de latinismos y falto de gusto. No hay que buscar en él la combinacion épica de Herodoto, ni la gracia de Jenofonte, ni la energía de Tucídides, si bien les supera á todos como hombre de Estado: desaliñado, pero enérgico, podríamos compararlo con Maquiavelo. Severo con los historiadores precedentes, escribe para guerreros y políticos: y de ahí sus frecuentísimas digresiones, sean oportunas ó no. Juzga á los gobiernos sin conceder preferencia á uno sobre otro. Nacido en un pais decadente, adoptado por otro próspero y engrandecido, mide los progresos de este con arreglo á la esperiencia que aquel le proporciona: fué el único en su siglo, y el primero entre los historiadores, que abrazó consideraciones de esta especie. Abandona las supersticiones de sus predecesores, ni hace gran caso de los dioses populares; y quizás el título de *pragmática* que dió á su historia y que tan diversamente se ha interpretado, no significa más que historia positiva, ya que desechando las fábulas busca únicamente los hechos y aquella verdad que, á su decir, es para la historia lo que son los ojos para un animal. Visitó los lugares en cuya historia pensaba ocuparse; porque *nuestro tiempo*, decia, *reclama todo este esmero* (18); y las descripciones con que matiza su obra, ofrecen toda la vivacidad que habia podido comunicarles un testigo ocular de los sucesos. No están fuera de su lugar como se advierte en sus imitadores; antes bien, al paso que brindan reposo al alma en medio de contínuas lides, dan relieve á los grupos históricos, determinan tambien mejor la índole de los hechos y la disposicion de las batallas, en cuya narracion se conoce al amigo del más insigne guerrero de la época, á un hombre, en fin, que tambien es guerrero.

Polibio, que poseia la lengua latina, registró las antigüedades de los romanos y descubrió documentos, cuya existencia ignoraban ellos mismos. Nos instruye mejor que ellos de su constitucion, porque no supone á imitacion suya muchas cosas conocidas, aun cuando á decir verdad, solo contemplara el esterior de la ciudad. No se contenta con atribuir el engrandecimiento de Roma á la fortuna, vocablo vacío de sentido ó insensato, sino que lo atribuye al patriotismo de los ciudadanos, al genio de los legisladores; califica la constitucion romana como superior á las de Esparta y Cartago, y añade que al lado de ella la república de Platon es lo que una estátua al lado de un hombre dotado de vida y de sentimiento.

El caudal de materiales históricos se habia enriquecido en su tiempo, habian surgido ó se habian desmoronado ciudades y reinos en bastante número para que se dedujeran principios generales de tantas revoluciones. Esto fué lo que hizo Polibio, quien antes que otro alguno aplicó teorías filosóficas á la historia. En su concepto la realizacion de un acto de ingratitud, dió las primeras nociones del deber; el espectáculo de una accion generosa ó vil, inspiró las del honor y de la vergüenza. El reconocimiento hace otorgar á un particular la categoría suprema; pero la monarquía degenera muy pronto en tiranía, y esta produce las conspiraciones. A las conspiraciones suceden las aristocracias, que se cambian en demagogia y anarquía, hasta que renace el gobierno de uno solo; círculo fatal á que no se puede señalar período, aunque su sucesion sea inevitable.

Vése como se aparta de los platónicos y de los filósofos más célebres, haciendo nacer de la esperiencia las ideas de la virtud y del vicio, que en su consecuencia serán variables y privadas de sancion; pero si la vista de una accion vergonzosa ú honorífica escita en nosotros un sentimiento de desagrado ó de gusto, fuerza es que resida ya en nosotros una idea de la virtud, un poder de la conciencia. ¿Y de dónde proceden?

Hasta aquí habian acreditado no solo religion, sino piedad los historiadores. En Herodoto no intervienen ménos los dioses en los acontecimientos humanos, que en Homero, en medio de los combates de griegos y troyanos. En Tucídides se realiza todo con auxilio de los oráculos y de los augurios. Jenofonte reanima de contínuo por el amor de los dioses su benevolencia hácia los hombres. Sin embargo, ya otros escritores pertenecientes á la escuela de Alejandría, habian introducido el ateismo en la historia, mofándose de toda conviccion, de todo sacrificio, y haciendo más atroz la impiedad, poniéndola con los dolores de la humanidad en contacto. Llega Polibio, y no solo repudia la supersticion de sus predecesores,

(18) Libro IV, 40.

sino que tambien escluye la idea de la Providencia (19). Supone que las opiniones concernientes á los dioses, son pura invencion de los hombres hábiles, así como la creencia de los premios y castigos después de la muerte. En virtud de esto, no se concibe qué significa aquel poder de la conciencia que nos dice se alberga en el corazon de cada hombre, poder en que no hallaríamos un acusador más formidable que cualquier otro. Si es posible que subsistan tales teorías, toda idea de armonía y de causa final, debe desaparecer de los acontecimientos humanos; y si Bruto lee á Polibio antes de herirse con el mortal golpe, tendrá razon de exclamar que la virtud es una palabra vana.

Mucho se encomia la imparcialidad de Polibio, que supo preservarse del entusiasmo general hácia Roma, y pronunciar algunas verdades al oido del adalid victorioso, declarándole que las obras maestras de Corinto habian sido robadas contra toda justicia, y que el desinterés y la magnanimidad hubieran reportado mayor gloria á Roma. Confesemos, á pesar de todo, que no siempre se preserva en su narracion fria y calculada de aquella simpatía, tan comun como funesta hácia el que triunfa. Los favores que le dispensaron los Escipiones túrbanle á veces la vista, y atónito ante su urbanidad y sus virtudes domésticas, no tiene presente que los romanos eran violentos y astutos. Cuando los aqueos sofocan la generosa tentativa de Cleomenes, Polibio lo aprueba y se pronuncia en su contra cuando son derrotados por los romanos. Estos hacen que el rey de Egipto les entregue un desventurado que busca su salvacion en la fuga, y Polibio censura y hasta insulta á la víctima de la traicion. Imputa á delito que el historiador Filarcas manifieste compasion hácia Aristómaco, tirano de Argos, arrojado al mar por Antígono y Arato; llega á hacerse apologista de estos y de la crueldad de los aqueos respecto de Mantinea. Siempre es favorable á los cartagineses durante la guerra contra los mercenarios, luego cuando sucumben bajo el ascendiente de la fortuna romana, se complace en presentar como á un rey de teatro á aquel Asdrúbal, abultado de vientre, de rostro bermejo, que sostuvo el sitio de Cartago, y á quien no faltó más que perseverar hasta lo último para ser colocado entre el número de los héroes.

No es el arte el único mérito del historiador; la posteridad le pide además cuenta de sus sentimientos, y de las ideas bajo cuya inspiracion escribia para divulgarlas entre los hombres.

---

(19) Libro VI, 56.

«Aquello de que se escarnece á los demás, me parece que viene en ayuda de los romanos: quiero hablar del escrúpulo en punto á las cosas divinas: se hace allí de él tanta ostentacion y entra por tanto en los actos de la vida pública y privada, que nada podria compararse á su influjo. Habrá muchos á quienes sorprenda la creencia en que estoy de que por el vulgo proceden de este modo. Si fuera dable componer una república solo de hombres instruidos, semejante órden de cosas fuera sin duda innecesario; pero siendo ligera la muchedumbre y hallándose poseida de ilegítimos caprichos, irrazonable en la cólera, propensa á usar de la violencia, no queda otro medio de enfrenarla que los terrores misteriosos y las ilusiones trágicas de esta clase. No fué, pues, en mi concepto, obra de la temeridad ni del acaso, la introduccion por los antiguos de semejantes opiniones respecto de los dioses y de las penas del infierno; mas temerariamente y con ménos razon han obrado proscribiéndolas los modernos. Así, para no citar más que un ejemplo, si se confia un talento á los que administran los caudales públicos, entre los griegos, será inútil exigir lealtad aunque se tengan diez veedores, otros tantos sellos y doble número de testigos. Al revés, los romanos tienen que manejar mucho dinero en las magistraturas y en las embajadas, y observan lo que el deber les prescribe bajo la sola fé del juramento; y mientras que en las demás naciones es raro abstenerse de tocar á los caudales públicos, semejante delito es raro entre los romanos.»

CAPÍTULO XVIII

ARTES Y CIENCIAS.

Mecánica.—En tiempo de guerras hace adelantos el arte militar, y ya hemos visto que se inventaron máquinas nuevas y de sorprendente pujanza tanto para el ataque como para la defensa de las ciudades (pág. 102). En aquella época se ejercitó además el arte de la mecánica en otros trabajos. En la coronacion de Tolomeo Filopator se levantó de lo alto de su carro una estátua colosal que representaba á la nodriza de Yaco, derramaba leche de una vasija de oro y volvia á sentarse. Hieron envió á este mismo Tolomeo una nave con veinte hileras de remos, contruida por Arquias de Corinto, bajel que sobrepujaba á todos los de construccion egipciaca por su velocidad y por su ingenioso mecanismo. La madera cortada en el Etna para hacerlo hubiera bastado para sesenta galeras. Cuando se botó al mar solo estaba concluido el casco, lo demás se terminó posteriormente. Llegó felizmente desde Siracusa á Egipto, donde se le hizo entrar en el Nilo como una maravilla para un pais que contaba tantos bajeles. Contenia cámaras espléndidas con treinta mesas para cuatro personas (τετρακλίνοι), un pavimento de marqueteria representaba la guerra de Troya; se veian allí voluptuosos gabinetes, embaldosados de ágata y otras piedras de Sicilia, galerias de cuadros, caballerizas, almacenes, cocinas, un horno, un reloj, un paseo con su jardin correspondiente. Arquímedes, que habia trazado el diseño, y que tal vez inventó en aquella ocasion las poleas y el tornillo sin fin, le añadió un aparato de guerra, rodeándola con una especie de muro, con máquinas que arrojaban vigas de veinte piés de longitud y piedras de ciento veinte y cinco libras de peso á distancia de ciento veinte y cinco pasos (1).

(1) **Galeras.**—Esto es lo que cuenta Ateneo (V, 10); pero Montucla opina que se debe tener por fábula semejante relato: «Los que saben (dice) cuan considerable es la pujanza que quita á toda máquina el rozamiento, comprenderán que esto es una ficcion. Hay más, es un principio de mecánica que se pierde en velocidad á medida que se gana en fuerza. Si pues se consigue que un hombre haga á beneficio de una máquina lo que podrian ejecutar ciento con sus fuerzas naturales, lo hará cien veces más despacio. Segun este principio hubiera necesitado Arquímedes de considerable tiempo para hacer avanzar sensiblemente una máquina tan enorme.»

Suponer un buque de veinte órdenes de remos, unos encima de otros y aun de cuarenta, como era la de Tolomeo Filopator, deberia tener el bordo de tal altura, y los remos de tan desmesurada longitud, que racionalmente no puede creerse que existiera. La nave de Tolomeo τεσσαρακόντερον tenia de obra viva 47 piés y medio: ¿cómo repartir en ella cuarenta filas de remos, aun cuando se pudiese imaginar movible un remo tan largo, que tocase al agua estando en la fila superior, para lo cual no deberia ser menor de 500 piés?

Fué pues necesario buscar una esplicacion algo más natural que la comun; y se dijo que aquel número indicaba no el de los órdenes de remos, sino el de los remeros, de tal modo que las palabras εἰκόστερες, τριακόστερες, τεσσαρακόστερες significan que se requerian 20, 30, 40 hombres para lanzar el remo desde el órden más alto. Este órden se llamaba *thranum*, *mediojugum* el de enmedio, y *thalamus* el más inmediato al agua.

En la *Táctica* del emperador Leon se lee: «Háganse grandes buques de tres órdenes de remos, capaces de contener 200 hombres, cincuenta de los cuales serán puestos en el tálamo, y estando los otros en el piso superior rechazarán al enemigo.» Véase aquí una galera de tres órdenes con dos pisos, lo que induce á creer que tomó principalmente aquel

Arquímedes, 287 á 214.—Arquímedes es uno de aquellos nombres que se graban á perpetuidad en la historia de las ciencias haciéndolas progresar; y Leibnitz ha dicho que á todo el que sepa comprender á Arquímedes ha de quedarle muy poco

que admirar entre los modernos (2). Para apreciar exactamente su mérito se necesitaria conocer con certidumbre adonde habia llegado antes de él la ciencia. Las cartas con que acompaña sus diferentes libros, tal vez insinuen que habia aprendido y no inventado muchas cosas. Sea como quiera, sus teorias son todavia en la actualidad el fundamento de los métodos para medir los espacios terminados por líneas, ó periferias curvas, y para calcular las relaciones con las figuras y los planos rectilíneos. Le somos deudores de la relacion aproximativa entre el diámetro y la superficie del círculo. Halló de dos modos, independientes uno de otro, la cuadratura de la parábola, se elevó en su tratado sobre las espirales á las consideraciones más árduas, conduciendo las tangentes y midiendo las áreas de estas curvas que hoy miramos como trascendentales. Lo consiguió con métodos tan sutiles y espinosos, que el astrónomo Bouliau declaraba no comprenderlo, y Vieti le acusaba de impostura, cuando al cabo el cálculo diferencial é integral vino á probar la exactitud de sus resultados.

No solo demostró que en todo sistema de cuerpos existe un centro de fuerza y de gravedad, sino que determinó este centro en el paralelógramo y en el triángulo; así hizo entrar en el dominio de la mecánica racional todos los problemas relativos al equilibrio de los sólidos. Descubrió la relacion entre el cilindro y la esfera, demostrando que la superficie de esta es igual á la convexidad del cilindro circunscrito; lo cual es todavia el más elegante teorema de la geometria elemental; y tanto le encantó á él mismo, que quiso que las dos figuras de este teorema fueran esculpidas en la lápida de su sepulcro, así como J. Bernoulli pidió que se grabara sobre la del suyo la espiral logarítmica con estas palabras: *Eadem mutata resurgo.*

Su *Arenaria* podria ser considerada como una simple distraccion de curiosidad teniendo por objeto refutar al que pretendia que ningun número, por grande que fuera, bastaria á espresar la cantidad de las arenas de la playa; pero Arquímedes dando la formacion de una progresion numérica, á beneficio de la cual se podrian espresar no solamente los granos de arena contenidos en un globo de la mole del nuestro, sino tambien los de una esfera igual á aquella en que se suponia entonces que estaban fijas las estrellas, precisó las ideas contemporáneas respecto del sistema del mundo, y aplicó el cálculo á conocer el diámetro del sol. Agrada ver cuanto tuvo que luchar este hombre de genio contra la imperfeccion de la aritmética griega, que carecia de guarismos para numerar más de cien millones (3). Es probable que se le deba tambien la primera idea de la refraccion astronómica y las más antiguas indagaciones sobre las ecuaciones indeterminadas (4).

---

nombre por destinarse tres hombres para cada remo. En la nave de Tolomeo, suponiendo 50 remos como en la de Leon, pónganse 10 hombres por remo en el tálamo, 50 en el *mediojugum*, 40 en el piso superior, y resultará que se componia de 4,000 la tripulacion de aquella *tesseracontero*, siendo los remos más largos de 47 piés. Quizás tambien los remos, en vez de distribuirse por igual en todo el bordo, estaban distribuidos en bancos de dos, tres ó cuatro.

(2) *Qui Archimedem intelligit recentiorum summorum virorum inventa parcius mirabitur.*

(3) **Los números.**—No se necesita de otro dato en nuestro concepto para refutar á los que pretenden que los griegos conocieron el sistema numérico indiano, en que los guarismos adquieren un valor de colocacion. Tambien se ha querido encontrar en ellos la primera idea de los logaritmos. Delambre ha demostrado que ni Arquímedes ni Euclides pensaron en la trigonometria rectilínea ni en la trigonometria esférica. Puede ser consultada una memoria de Delambre sobre la aritmética de los griegos, al fin de la traduccion francesa de las obras de Arquímedes por Peyrard. Paris, 1802, 2 tomos en 8.°

En el *Miles gloriosus* de Plauto se leen estos versos:

Pectus digitis pulsat; cor, credo, evocaturus est foras.
Ecce autem avortit visus; lævo in femore habet lævam manum.
Dextera digitis ratione computat, feriens femur
Dexterum: ita, vehementer quod facto opus est, ægre suppetit.
Conrepuit digitis; laborat; crebro commutat status.
Eccere autem capite nutat; non placet quod repperit.
Quidquit est, incoctum non expromit, bene coctum dabit.
Ecce autem ædificat; columnam in mento suffulsit suo.

Acto II, esc. 2.

De aquí aparece un método que los antiguos tenian de expresar los números por medio de movimientos de la mano y de los dedos. Beda tiene una obra *De loquela per gestum digitorum*, que dice: *Veteres cum decem millia significabant, medium pectori lævam supinam admovebant digitis ad collum erectis; cum viginti millia, eadem manu prona et tamen erecta, pollicem ad cartilaginem medii pectoris adfigebant; cum cuadraginta millia, eamdem in umbilico erectam supinabant; cum quinquaginta millia, ejusdem pronæ et erectæ pollicem umbilico applicabant; cum septuaginta millia eamdem supinam femori item lævo imponebant; cum octoginta millia, eamdem pronam femori admovebant.*

A este modo de contar alude Quintiliano diciendo: *Nam gestum poculum poscentis ant verbera minantis, aut numerum quingentorum flexo pollice efficientis, ne in rusticis quidem vidi.* Instit. orat., II, 3.

Los números inferiores al 400 se expresaban con flexiones y movimientos de la mano izquierda; los superiores con la derecha, así como aparece de este epígrama de la Antologia;

Ἡ φάος ἀθρήσασα ἐλάφου πλέον, ἡ χηρὶ λαῖα
Γῆρας ἀριθμεῖσθαι δεύτερον ἀρξαμένη.

(4) Teon de Alejandria en su *Comentario* atribuye á Arquímedes, en la Catóptrica, el descubrimiento de la refraccion que sufren los rayos del sol al pasar por un líquido y que ofrecen á los ojos un ángulo mayor. Ideler ha pintado en su comentario en favor de la meteorologia de Aristóteles los pasajes relativos á la Catóptrica de Arquímedes. Puede deducirse la prueba de que se ocupó en el análisis indeterminado, el problema en verso descubierto por Lessing y publicado en el *Zur Geschichte und Litteratur*, Brunswick, 1773. Pero ya los pitagóricos habian hecho investigaciones acerca de los triángulos rectángulos aritméti-

Queriendo asegurarse Hieron II de si su platero habia empleado realmente en la fusion de su corona la cantidad de oro que le habia sido entregada, propuso á Arquímedes buscar un medio para reconocer en qué proporcion habia entrado la liga. Arquímedes no cesó de pensar el ello hasta el instante en que sumergiéndose en un baño brilló de repente á sus ojos la primera idea del peso específico (5).

Sea ó no verdadera esta anécdota redunda de seguro en honor de Arquímedes la invencion ó perfeccionamiento de la hidrostática; descubrió que cada partícula de un fluido cualquiera está comprimida por una columna del mismo fluido que le está sobrepuesta verticalmente y que la parte más comprimida repele á la que lo está ménos. Cuando le hubo confirmado la esperiencia en la verdad de su observacion, vió que un fluido pesando hácia el centro del globo debia presentar una superficie esférica; que pesando un sólido tanto como un volúmen igual de líquido, quedará totalmente sumergido, á la par que los más lijeros no se sumergirán más que en parte. De aquí dedujo con exactitud que los cuerpos sumergidos son repelidos por medio de una fuerza representada por la diferencia entre su peso y el de un volúmen igual de fluido; y que todo sólido pierde en la inmersion un peso igual al del volúmen de agua cuyo sitio ocupa, lo cual constituye la verdadera base de la hidrostática.

Continuando sus estudios reconoció que los cuerpos repelidos por un fluido suben por la perpendicular que pasa por su centro de gravedad; pudo, pues, determinar con ayuda de la geometria la figura más adecuada á los cuerpos flotantes, á fin de que se alcen cuando se inclinen; principio fundamental en la construccion de las naves, desenvuelto por Eulero y Bouguer, pero que todavia subsiste en totalidad como lo estableció el gran geómetra siciliano.

Tambien se le deben las primeras nociones científicas sobre la barologia, al ménos por lo tocante á los sólidos. Con efecto generalizando la observacion vulgar estableció antes que nadie que el esfuerzo estático producido en un cuerpo por su gravedad, ó de otro modo, por su peso, depende de su volúmen y no de la forma de su superficie. Esta nocion, que en la actualidad debe parecer de las más sencillas, fué no obstante el gérmen de una proposicion capital, que no tuvo su complemento hasta fines del siglo pasado; á saber que el peso es independiente no solo de la figura y de las dimensiones de un cuerpo, sino tambien de la manera con que sus moléculas están agregadas. Poco después descubrió la escuela de Alejandria lo que se habia escapado á Arquímedes, es decir, que el peso no se dirige de una manera constante, sino que sigue la normal á la superficie del globo; descubrimiento esencial debido á la astronomia, única que poseia los términos de comparacion propios para medir la divergencia de la vertical.

La antigüedad atribuyó á Arquímedes cuarenta inventos mecánicos; la teoria del plano inclinado, los sistemas de las poleas, una máquina para limpiar la sentina de los barcos, el tornillo sin fin ó espiral y el tornillo inclinado, de que hicieron uso los egipcios para absorver las aguas que quedaban sobre el terreno después del desbordamiento del Nilo. Construyó tambien una esfera que representaba los movimientos de los astros (6), y no sorprendió poco á Hieron cuando le dijo que con tal que le diese un punto de apoyo removeria el universo (7). Como buscaba la verdad por sí misma y

---

cos. Segun Proclo sobre la proposicion 47.ª del libro I de Euclides, la fórmula de que se servian para formar una infinidad de triángulos de esta especie, puede escribirse algebraicamente de este modo:

$$a^2+\left(\frac{a^2-1}{2}\right)^2=\left(\frac{a^2+1}{2}\right)^2$$

Platon determinaba en números los triángulos rectángulos con arreglo á un método espresado por esta ecuacion:

$$a^2+\left(\frac{a^2-1}{4}\right)^2=\left(\frac{a^2+1}{4}\right)^2$$

Véase tambien LIBRI, *Historia de las ciencias matemáticas en Italia*. Paris, 1838.

(5) No obstante, ya hemos dicho (tomo I, pág. 550) que habia sido indicada por Aristóteles.

(6) *Jupiter in parvo cum cerneret æthera vitro,*
Risit, et ad superos talia verba dedit:
Huccine mortalis progressa potentia curæ!
Jam meus in fragili luditur orbe labor.
Jura poli, rerumque fidem, legesque deorum
Ecce syracusius transtulit arte senex...
Quid falso insontem tonitru Salmonea miror?
Æmula naturæ parva reperta manus.
CLAUDIANO, LXVIII, 1.

(7) *Da ubi consistam, et cœlum terramque movebo.* Si esta frase que le atribuye Pappo es con efecto de Arquímedes, no pensó en la palanca. Para levantar no el cielo, sino solo la tierra, se necesitaria de una palanca tal que siendo posible correr con la rapidez de una bala de cañon y hacer 48 millas por hora, aun así se hubiera tardado 44.963,540.000,000 de años para levantar la tierra apenas una pulgada. Este cálculo lo ha hecho Ferguson.

La tierra es una esfera de cerca 40,000 kilómetros de circunferencia; su volúmen tiene 1,080 trillones de metros cúbicos; y si pesa como quiere Maskelyne, 4 1/2 veces más que el agua, lo que es ménos de la realidad, el peso total será 4 trillones, 860,000 billones de toneladas de á 1,000 kilógramos cada una. Supóngase una palanca sin peso, capaz de una resistencia indefinida y que se mueva en derredor de un punto de apoyo, situado de manera que el brazo más pequeño, al que esté adherida la tierra, no tenga de largo más de un metro, y el mayor en el que ejerza el hombre la fuerza de 50 kilógramos, tenga de longitud casi 3,200 veces la distancia de las estrellas más próximas á nosotros, que se sabe es tal, que se necesitan cuando ménos tres años para que su luz llegue á la tierra; en este caso

no por sus aplicaciones, no nos ha dejado la descripcion de estas máquinas; ellas son no obstante las que le han valido su fama, no teniendo en cuenta la opinion popular más que las aplicaciones.

Aun tenemos que admirar al hombre en el sabio. Se complace uno en verle interrumpir sus áridos cálculos para deplorar con una gravedad dórica la muerte del astrónomo Conon, el que sitió en el cielo la cabellera de Berenice y á quien profesaba tierna amistad; léese en un escrito que dirigia á Dositeo en respuesta de sus apremiantes preguntas, sobre la solucion de ciertos teoremas relativos á las roscas, las palabras siguientes: *He diferido hasta ahora darlos á luz, porque queria que otro versado en las matemáticas tuviera tiempo de encontrarlos. Si Conon viviera hubiera sabido estender con este descubrimiento y con otros más los límites de la geometria, por lo estudioso que era y lo admirablemente hábil en esta ciencia.* Así rinde hasta cierto punto homenaje á su amigo por sus propios descubrimientos. En otra carta se espresa de este modo: *Se me habia referido que Conon, el único amigo que me quedaba, habia muerto: sabiendo que tú le profesabas afecto y eras habilísimo en geometria, en mi pesadumbre por la muerte de persona tan amada y rica de una sagacidad tan profunda en matemáticas, me determiné á enviarte como á otro yo, un teorema de geometria...* (8).

Arquímedes hizo de sus conocimientos en mecanica el mejor uso que puede hacer un hombre; los empleó en defensa da su patria. Con efecto, en el asedio de Siracusa por los romanos puso en planta cuanto le sugirió el arte para defender sus hogares, contra la fuerza material hecha invencible por la disciplina. Marcelo recurria á los medios de más eficacia indicados por el arte para el ataque de las plazas; pero en el instante en que ponia en juego sus máquinas veia de contínuo nuevos aparatos que hacian impotente su fuerza. Tan pronto eran desfondados sus bajeles como levantados en los aires ó vueltas hácia arriba sus quillas, de modo que desesperaba de la empresa y hasta queria renunciar á ella. Todo el mundo ha oido hablar de aquellos famosos espejos ustorios, magnífica aplicacion de la teoria de la luz, por medio de los cuales incendiaba Arquímedes á distancia las naves de Marcelo (9). No pudo preservar de la traicion á su patria; y ya la habia invadido el enemigo, cuando abismado en sus cálculos, ni aun siquiera oyó la voz del soldado romano que llegaba á invitarle á que se presentára á Marcelo. Creyéndose insultado el brutal guerrero porque no escuchaba el sabio sus palabras le dió muerte.

Los desastres de la Sicilia, cuyo antiguo esplendor se eclipsaba entonces para siempre, ni siquiera permitieron que sobreviviera en su seno el pensamiento de honrar al gran ciudadano. La pequeña columna con la esfera y el cilindro, que señalaba el rincon de tierra donde reposaban los restos de

---

serian precisos 3,000 años para mover la tierra una millonésima parte de un milímetro. Bastarian seis diezmillonésimos de la longitud de la palanca y del tiempo indicado, si únicamente hubiera que vencer la fuerza de atraccion entre la tierra y el sol, no calculando el movimiento de traslacion de nuestro planeta en el espacio.

Tambien Descartes dijo que le bastaria tener materia y movimiento para construir todo un mundo; aserto que oimos repetido con aplauso por algunos. Pero los que ensalzan á Descartes por esta frase no se aperciben de que aun le faltaria cuanto dice relacion al órden moral é intelectual; con semejantes elementos se hace una máquina, no un mundo. Insistimos sobre esto; porque vemos á ciertas personas atenerse á la espresion literal de algunas sentencias que el análisis prueba ser totalmente falsas. Así no habria ménos de falsedad que de precision en decir que un triángulo comprende tres ángulos rectos. Por el contrario hay verdades que no admiten esta concision de vocablos. Es un error quererlo revestir todo con cierto colorido geométrico, lo cual solo produciria ilusion á ciertos espíritus superficiales que pasan por profundos.

(8) La primera de estas cartas se halla al frente del tratado de las *Hélices*; la segunda precede al de la *Cuadratura de las parábolas*.

(9) **Los espejos incendiarios.**—De este hecho no hablan una palabra Polibio, Tito Livio ni Plutarco; únicamente Zonara y Tzetze, historiadores del Bajo Imperio, aluden á pasajes de Dion y Diodoro de Sicilia, que se han perdido. Han discutido sériamente los sabios á fin de averiguar si era posible hacer un espejo capaz de incendiar una nave, y Buffon pareció resolver el problema prácticamente, construyendo uno formado de 168 lunas pequeñas, unidas de manera que presentaban una superficie convexa, concentrándose en el medio, como en una lente, todos los rayos del sol. Incendió con él una tabla gruesa de pino, á la distancia de 150 piés, el dia 10 de abril, á la una de la tarde. Aumentáronse luego las pequeñas lunas hasta 224, y á la distancia de 45 piés se consiguió derretir varios vasos de plata en ocho minutos; á la de 200 se hizo pasar un buey, el cual cayó herido.

Cuando Buffon dió esta esplicacion del espejo de Arquímedes, no tenia noticia de un pasaje de Isidoro de Mileto, que en tiempo de Justiniano escribió περὶ παραδόξων μηχανημάτων. En uno de los cuatro problemas que nos quedan de esta obra se propone el autor construir una máquina capaz de encender con los rayos del sol una materia combustible, situada fuera del alcance del tiro. Viendo que era imposible conseguirlo con los espejos cóncavos, demuestra que Arquímedes pudo incendiar las naves de Marcelo reuniendo muchos espejos planos exágonos. El pasaje á que aludo, fué publicado por Dupuy en las *Mem. de la Academia*, etc., tomo XLII. Paris, 1774.

Probóse, sin embargo, la inmensa dificultad de hacer obrar á todas aquellas pequeñas lunas de modo que los rayos luminosos se concentrasen constantemente en el mismo punto. La mejor solucion de este problema la dió Peyrard, traductor de Arquímedes en 1807, el cual calculó que con 590 espejos de 50 centímetros por lado, podria incendiarse uea escuadra á la distancia de un cuarto de legua.

Con todo, aun demostrada la posibilidad del hecho, ¿es de creer que las naves romanas permaneciesen inmóviles el tiempo necesario para que el fuego ejerciese su accion? ¿Y por qué habia de acudir á semejante medio Arquímedes, cuando tantos otros poseia para incendiar buques situados al alcance de sus reflectores?

Arquímedes, yacia olvidada enmedio de sepulcros vulgares, cuando Ciceron (10) fué á buscar el sitio donde se encontraba y á enseñárselo á los olvidadizos siracusanos.

Entre los mecánicos nos han sido conservados los nombres de Mosquion, que ayudó á Arquímedes en la construccion de la nave de Hieron; de Diognetes, ingeniero del helépolis de Demetrio; de Timeo, que levantó la pira de Dionisio de Sicilia, como Gerónimo habia construido el carro fúnebre de Alejandro; de Ctesibo, que hizo la primera bomba aspirante; de Hieron inventor del sifon y de la fuente que aun lleva su nombre.

Geometria. Euclides, 320.—No habia repudiado la escuela de Platon el respeto que profesaba el maestro á la geometria, y de esta escuela salió Euclides. Veinte siglos y todos los adelantos hechos en la ciencia no han disminuido en nada el mérito de sus *Elementos*: tanta es la naturalidad con que están encadenadas las demostraciones. A Tolomeo Soter, que se querellaba de la dificultad de su método, le dió por respuesta: *No hay camino aparte para los reyes*. Mil veces se ha achacado á Euclides, hasta entre los modernos, la falta de ser prolijo, redundante, difícil para los principiantes; y se han propuesto medios más cómodos, aspirándose asimismo á corregir algunos de sus teoremas particulares, como su doctrina de las paralelas; pero nada satisfactorio han producido tales tentativas.

Para mayor abundamiento los dos últimos libros de Euclides se atribuyen á Ipsicles, matemático del siglo II; y tal vez los tratados sobre la óptica y la catóptrica no son tampoco suyos.

Como ha notado muy bien Bossut los geómetras de la antigüedad enderezaban su solicitud á dar á sus demostraciones la mayor rigidez posible. Sacaban de un corto número de axiomas ó de proposiciones evidentes por sí mismas, la prueba incontestable de las verdades secundarias, sin admitir las suposiciones harto libres que emplean á veces los modernos para simplificar los raciocinios y las consecuencias. Lo que llaman la *Exhaustion* de Arquímedes y era uno de sus mejores métodos de demostracion, consistia en sustituir á la curva la consideracion auxiliar de un polígono inscrito ó circunscrito para elevarse después hasta la misma curva. Demostraban la igualdad de dos magnitudes, estableciendo que la diferencia seria menor que otra magnitud aparente cualquiera. Esta es sin duda la idea generadora de nuestro método infinitesimal; mas seria engañarse creerla equivalente, pues no quedaba á los antiguos ningun método racional y general para determinar estos límites, donde frecuentemente estriba la principal dificultad de la cuestion. Tampoco se encaminaban á las soluciones con el auxilio de aquellas reglas abstractas é invariables que, aplicadas uniformemente, guian con certidumbre al conocimiento solicitado, como lo verifica nuestro análisis trascendental.

Si Euclides no habia hecho más que ordenar la geometria de las líneas, de las superficies y de los volúmenes (11) y una parte de la aritmética, como hizo Aristóteles respecto de la lógica. Apolonio de Perga (204), instruido en la escuela de Alejandria bajo los sucesores de Euclides, enriqueció estas ciencias con escelentes descubrimientos. Solo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos de sus numerosas obras. Pero basta el tratado de las secciones cónicas para colocarle en la categoria de los maestros. No contento con ordenar y con deducir inventó verdaderamente. Fué el primero que habló de la elipse y de la hipérbole, hasta se nota en su libro V una vislumbre de la teoria de las evolutas engrandecida después por Huygens (12).

La série de descubrimientos geométricos de la antigüedad, representados por Arquímedes, Euclides, Diofante y Apolonio, se cierra en este último. Puede decirse con certeza que desde la fundacion de la escuela de Alejandria hasta su tiempo conquistaron las matemáticas más terreno que el que habian adelantado desde el instante en que se empezó á estudiarlas. Aquí no podemos abstenernos de hacer una reflexion dolorosa, apropósito de la tendencia harto habitual de nuestro siglo á investigar más bien las aplicaciones que las verdades, y á preguntar con motivo de una investigacion cualquiera *¿Y de qué servirá?* ¿Quién no descubre en esto vulgaridad y estrechez de miras contrarias á la estension del entendimiento humano, ávido siempre de lo infinito? ¿Qué seria de la ciencia si se hubiese limitado solamente á las indagaciones de una utilidad práctica é inmediata? Al revés, si consultamos la historia vemos que las aplicaciones más importantes nacieron con posteridad á las doctrinas establecidas con un objeto puramente científico, y á las esploraciones abstractas de la verdad, ídolo del espíritu humano. Las investigaciones de Arquímedes y de Apolonio eran teóricas

(10) Que dice de Arquímedes en su orgullo romano: *Humilem homunculum a pulvere et radio excitabo*. Tusculanas, V, 33.

(11) Nos hemos permitido usar de la voz *volúmen*, en vez de la espresion vulgar aunque inexactísima, de *sólido*. Nunca seria un sólido, una porcion de espacio indefinido, considerado como aeriforme; este término no puede conciliarse con la costumbre que tenemos de suponer con frecuencia vacío el interior de los volúmenes para que sean penetrados más fácilmente.

(12) Sábese que llevados á Roma los cuatro primeros libros del tratado de Apolonio, hizo Regiomontano de ellos una traduccion latina que no fué publicada; pero la de Ramo se imprimió en Venecia en 1537, y la de Comandino en 1566. Como se desesperaba de encontrar los demás libros, Viviani concibió la idea de suplir esta falta consultando diferentes autores, que habian leido toda la obra de Apolonio, y publicó la *Divinatio in quintun librum Apollonii*. Por el mismo tiempo Golio y Navio llevaron á Roma una version árabe de los libros V, VI y VII; luego Borelli descubrió un manuscrito en la biblioteca de Florencia, y resultó que Viviani se habia acercado mucho á la verdad.

en un todo; y no obstante, limitándonos á citar un ejemplo, sus maravillosas especulaciones acerca de las secciones cónicas comunicaron después de muchos siglos nuevo impulso á la astronomia (13); y, como dice Condorcet, el marino preservado del naufragio por las observacion exacta de las longitudes, debe la vida á una doctrina concebida dos mil años antes por hombres de genio, dedicados esclusivamente á especulaciones geométricas: ¡cuán insignificantes aparecen las ciencias, si uno se detiene en los hechos desnudos sin remontarse á las ideas!

Astronomia.—No tardó la geometria en favorecer los adelantos de la astronomia y de la geografia. Fué la primera reducida á sistema en las escuelas de Alejandria, donde se pudo sacar partido de las observaciones de los caldeos, aun contándose entre el número de las fábulas el aserto que Calístenes trajo de la Caldea de las observaciones que se remontaban á millares de años. Arístilo y Timocaris (292) fueron los primeros que en la escuela de Alejandria dirigieron sus estudios á la astronomia, procurando determinar la posicion de las estrellas en el cielo. Aristarco de Samos (280) ensanchó los límites de la creacion, cuando halló á beneficio de un método gráfico, á qué distancia se halla el sol de la luna y de la tierra, midiendo el triángulo formado por estos tres astros. No podemos observar directamente en semejante triángulo más que el ángulo con relacion á la tierra, cuando habia necesidad de conocer dos por lo ménos. No obstante, cuando la luna entra en su primero y en su último cuarto, este otro ángulo queda calculado por su naturaleza, puesto que es precisamente recto. Basta, pues, observar la distancia angular de la luna y del sol en el instante fijo de la cuadratura, y la secante de este ángulo nos representaria la relacion entre la distancia solar y la distancia lunar. Aun siendo este método de los más ingeniosos, no conduce á la exactitud completa, atendida la imposibilidad de asir el momento fijo de la dicotomia y la gran diferencia producida por un error, aunque este sea muy lijero, en el resultado final, no perdiéndose de vista que el ángulo con la tierra es casi recto. Efectivamente, Aristarco calculó que el sol estaba con relacion á nosotros diez y nueve ó veinte veces más distante que la luna, lo cual es apenas una vigésima parte de la verdad (14).

Quiso además determinar el diámetro del sol, que halló ser la septencentésima vigésima parte del círculo que describe, sostuvo tambien la opinion pitagórica del movimiento de la tierra, pero fué impugnado por Zenon y por Aristóteles, y el historiador Cleanto le imputó á delito haber perturbado el reposo de Vesta. Autólico compuso dos obras sobre la esfera y sobre los diversos fenómenos de las estrellas fijas. Euclides, autor de los *Elementos*, fué el primero que esplicó geométricamente los fenómenos de las diferentes inclinaciones de la esfera.

Hiparco.—Hiparco dejó en zaga á todos sus predecesores; nacido en Bitinia hácia el año 190, educado en Rodas, vivió en Alejandria donde terminó su existencia á los 65 años.

El conjunto de las observaciones que los caldeos, los indios y los egipcios habian hecho sobre el curso de los astros, partiendo de nociones elevadísimas y misteriosamente adquiridas, se habia aumentado prodigiosamente; así debia suceder naturalmente en los colegios sacerdotales donde se trabajaba de concierto y donde todos los conocimientos adquiridos eran conservados y trasmitidos para servir á la posteridad. Al revés, los griegos estudiaban aisladamente, y si no podian esperar hacer de este modo grandes conquistas, guardaban al ménos más independencia y libertad en el debate. Por eso pudo hacer un griego lo que ni aun siquiera se habia tentado hasta entonces, es decir, abarcar en un solo cuadro general y metafísico las verdades antes de su tiempo descubiertas, y reunirlas entre sí de manera que acabaran de ser la erudicion de los hechos ya comprobados, y se convirtieran en segura guia para *prever* los hechos, objeto de toda verdadera ciencia. Esto fué lo que hizo Hiparco aprovechándose de los conocimientos acumulados anteriormente, y rechazando toda opinion arbitraria.

Por poco que se reflexione acerca de estos descubrimientos, es árduo concebir que sesenta años de la vida de un hombre hayan sido bastantes para llevarlos á cabo, y más en una ciencia como la astronomia, en que el genio creador no puede andar á pasos de gigante, sino que necesita de contínuo proceder por el cálculo y la esperiencia. Conviene, no obstante, rebajar algo de la admiracion entusiasta de ciertos sabios que quieren tenerle por más que hombre (15), para considerarle no como

(13) Debemos no obstante esplicarnos. El descubrimiento fundamental de Keplero, á saber, que la elipse es la curva descrita por los planetas, no hubiera sido posible mientras la elipse hubiera sido considerada únicamente como la seccion oblícua de un cono circular; tampoco se podia emplear la propiedad más usual de la elipse, á saber; que la suma de las distancias de todas sus puntos, á partir de dos puntos fijos, es siempre constante. El único carácter capaz de ser comprobado inmediatamente en el cielo, y que puede admitir una interpretacion astronómica, era el que se saca de la relacion entre la longitud de las distancias de los focos y su distancia. Para que Keplero pudiera pasar de este modo de lo abstracto á lo concreto, escogiendo entre los caractéres diversos el que podia comprobarse más fácilmente por las órbitas de los planetas, se necesitaba que los geómetras griegos hubiesen estudiado la generacion y las propiedades de las secciones cónicas bajo todos sus diferentes aspectos.

(14) Sábese que, á beneficio de la observacion del paso de Mercurio y de Vénus por encima del sol, llegó á encontrar Halley que éste se halla cuatrocientas veces más distante de nosotros que la luna.

(15) La admiracion de Delambre, puede tener por contrapeso la crítica severa de J. B. P. Marcoz.—*Astronomia*

inventor, sino como propagador de un gran número de verdades cuyo descubrimiento se le atribuye. No por eso puede privársele del inmenso mérito contraído por haber juntado las nociones sueltas á fin de formar una ciencia, y de haber enlazado á leyes geométricas el fenómeno general del movimiento diurno.

Comprobó, pues, la oblicuidad de la eclíptica y vió la necesidad de repartir las diferencias entre mayor número de años. Cuando se apercibió de que el sol permanecia más tiempo en la parte boreal de la eclíptica que en la parte austral, atribuyó la causa á que la tierra no se hallaba en el centro del círculo que describe en rededor de ella; hipótesis próxima á la verdad y que le sirvió de punto de partida para trazar sus tablas casi exactas de los movimientos del sol; de modo que sus observaciones para determinar el equinoccio suministraron á Lalande los elementos de sus cálculos para fijar el año tropical en trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas, cuarenta y ocho minutos y cuarenta y ocho segundos. Proclamó la precesion de los equinoccios, es decir, el movimiento general de los astros, que sin alteracion de su posicion relativa se adelantan de Occidente á Oriente, descubrimiento sin el cual no seria posible hallar en el cielo las estrellas observadas muchos siglos antes. Halló tambien el cálculo de la paralaje, de que hizo uso para medir la distancia de la tierra al sol y á la luna; determinó el nodo, el apogeo, la ecuacion del centro, y la inclinacion de la órbita de la luna.

La desaparicion inesperada de una gran estrella, inspiró á Hiparco la idea de componer un catálogo, donde inscribió muchas, dándoles sus posiciones relativas y sus configuraciones en grupos: contó ciento y ocho de ellas, determinándoles su situacion por medio de la ascension recta y de la declinacion. Luego comparando la longitud de estas mismas estrellas á la longitud observada un siglo y medio antes por Aristilo y Timocaris, y viendo que habian avanzado, calculó en cuarenta y ocho segundos por año su progresion en longitud.

Sin embargo, no tenia á su disposicion más que instrumentos toscos (16); pero si reflexionamos que la astronomia renació cuando aun no se habian introducido instrumentos exactos; que no hay en el dia un particular que no desee tener un anteojo mejor que el de Galileo, conservado en el museo de Florencia; que Tico-Brahe dió cima á sus ingeniosísimas observaciones con los únicos medios materiales de los griegos; que Keplero para determinar las supremas leyes astronómicas no tuvo otros; que la gravitacion ha sido encontrada casi sin instrumentos de medicion, reconoceremos que la astronomia ha sido llevada á sus descubrimientos fundamentales por la geometria, y desde Galileo por la dinámica racional; y debe aparecer de mucho más bulto el mérito de Hiparco, que inventó la trigonometria lineal y esférica de los antiguos.

Para determinar la posicion de las estrellas, hizo pasar ciertos círculos paralelos del Oriente al Occidente, y otros del Norte al Mediodia que se cruzan en los dos polos; paralelos y meridianos que sirven para determinar la longitud y la latitud. Hagan nuevamente memoria los espíritus estrechos, que anhelarian contener todo desenvolvimiento grandioso en las ciencias, solicitando una aplicacion inmediata, de que, merced á este descubrimiento de Hiparco, perfeccionado después por las sublimes especulaciones de los geómetras, sobre la mecánica celeste, sin que se les haya añadido de esencial cosa alguna, pudo calcular el navegante infaliblemente (17) su posicion en medio de los mares.

Geografia.—Este método trasladado del cielo á la tierra, ayudó estremadamente á los adelantos de la geografía. Ya Piteas de Marsella (18) habia aspirado á fijar la latitud de su patria, observando la altura meridiana del sol en el solsticio de verano por medio de un gnomom elevadísimo: habia comprendido que cuanto más se levanta este antiguo instrumento de observacion, más se disminuye la incertidumbre producida por la penumbra (19).

Eratóstenes.—Posteriormente Eratóstenes de Cirene tomó la astronomia por base de las indagaciones geográficas. Este hombre, cuya sabiduria era enciclopédica, habia dirigido sus estudios á la poesia, á la cronologia, á la filosofia, á la gramática, á las matemáticas; y cuando Tolomeo Evergetes le confió la direccion de la biblioteca de Alejandria, obtuvo de él las armilas ecuatoriales con que acometió la empresa de calcular la oblicuidad de la eclíptica.

Pero lo que le inmortaliza es haber medido la circunferencia de la tierra. Al nacer su astronomia matemática pudo observarse que en el espectáculo general del movimiento diurno, que varia segun los lugares, la altura del polo en cada horizonte era proporcionada á la longitud del camino recorrido á lo largo de un meridiano; carácter evidente de la esfera, y de la cual es únicamente propio. Mi-

---

solar de Hiparco. Paris, 1828. Véase tambien JORGE CORNEWALL LEWIS.—*An historial survey of the astronomie of the ancients*. Lóndres, 1862.

(16) Si el genio inventivo de los griegos no se aplicó á perfeccionarlos, consistió tal vez en que ignoraban los métodos para calcular las refracciones y las paralajes. Aun los instrumentos más perfectos hubieran producido con sus medidas angulares un error habitual de dos ó tres grados.

(17) Salvo un error de dos ó tres leguas á lo más de longitud en los mares ecuatoriales.

(18) Véase la pág. 411 del tom. I, y MONTUCLA, *Historia de las matemáticas* parte 1, lib. III, § 22.

(19) Conocian los antiguos el hemisferio hueco de Beroso, que aplicaba el gnomon al doble uso á que se adecuaba, es decir, á medir el tiempo y la distancia angular del sol al zenit. Domingo Cassini fué el último astrónomo que se sirvió de los procedimientos gnómicos para la teoria del sol. Actualmente solo se emplean para describir el meridiano.

didiendo, pues, la longitud efectiva de una porcion de meridiano cualquiera, se obtendrá la circunferencia completa. Tal es el raciocinio que hizo Eratóstenes. Sea el que fuere su punto de partida, supuso que Siene en Etiopia estaba bajo el mismo meridiano que Alejandria (20); y sabiendo que en el solsticio de verano daba el sol en el fondo de un pozo de Siene, y que los cuerpos no proyectaban allí sombra en una circunferencia de ciento cincuenta estadios, dedujo que aquel lugar se encontraba precisamente bajo el trópico. Hizo su observacion el mismo dia en Alejandria y encontró que el arco celeste comprendido entre estas dos ciudades era de $^1/_{50}$ de la circunferencia total del globo (21). No tuvo sin duda en cuenta en esta medida ni los sesgos de los caminos, ni las alturas comparadas de ambas localidades sobre el nivel del mar. Así se apercibió de que, saliendo del estrecho de Cádiz y siguiendo el mismo paralelo se podia navegar hasta la India en busca de nuevas tierras; presentimiento conforme en un todo al que reveló á Cristóbal Colon un nuevo mundo.

Viajes.—Ya habia tenido la geografía de que aprovecharse prácticamente en la espedicion de Alejandro Magno y de sus sucesores, aun cuando tuvieran solo por objeto encontrar oro y establecer relaciones de comercio. En tiempo de los Lágidas se llevó á cabo la vuelta de la Arabia por mar, á que no pudo dar cima la escuadra de Alejandro (22). Tolomeo Filadelfo encargó á Timóstenes visitar y describir las riberas del mar Rojo, donde estableció enseguida muchos puntos de recalada para facilitar las relaciones mercantiles, y para la comodidad de aquellos á quienes enviaba á la pesca de topacios y á la caza de elefantes. Fueron los principales Tolemaida, Epitera, Adulis, Filotera, Arsinoe, Berenice. Una vez llegadas á aquellos puertos las mercancías de la India, eran trasportadas á Coptos por un camino abierto al efecto, y descendian desde allí por el Nilo hasta Alejandria, y de allí al Mediterráneo. Como entonces no se conocian los vientos periódicos, costeando las flotas de Tolomeo, no llegaron más que hasta la embocadura del Indo. Así, grandes geógrafos y el mismo Tolomeo no podian persuadirse de que el Atlántico se comunicase con las Indias. El principal comercio de Egipto se hacia en las costas de Etiopia, del Abesc, del Adel moderno y los puertos de la Arabia Feliz, mientras que las caravanas continuaban encaminándose á la India septentrional por el Norte de Persia y de la Bactriana.

Segun Posidonio, un tal Eudoxio de Cizico, encargado por su ciudad natal de llevar ofrendas á los juegos de Corinto, fué á Egipto en tiempo del reinado de Evergetes II. Platicó con el rey y sus ministros acerca de la navegacion del Nilo, especialmente en su parte superior, atendido á que se complacia en saber las circunstancias particulares de cada pais. En esto quiso la casualidad, que los guarda-costas del golfo Arábigo trajeran á presencia del rey un indio, diciendo haberle hallado solo y moribundo á bordo de un buque; pero no sabian quién era, ni de dónde venia, puesto que no comprendian su idioma. Mandó el rey que se enseñara á aquel hombre la lengua griega: entonces contó que habiendo partido de la India y tomado rumbo en línea recta, se habia estraviado, y después de haber visto morir á sus compañeros de hambre habia llegado al punto donde se le habia encontrado. Ofreció enseñar el camino de su pais á los que el rey quisiera enviar en su compañia. Contóse en el número de ellos Eudoxio. Se embarcó con diferentes regalos y trajo aromas y piedras preciosas. Habia, segun su dicho, otras muchas en aquella comarca, donde las arrastraban los rios entre las guijas; y tambien se estraian de la tierra donde se formaban por la concrecion de las aguas, como en otros puntos los cristales. Salieron fallidas las esperanzas de Eudoxio, pues le tomó el rey cuanto traia en la nave.

Después de la muerte de Evergetes, Cleopatra, su viuda y sucesora, tornó á enviar á Eudoxio á los mismos lugares. Esta vez habia hecho considerables preparativos. Arrojado por los vientos á las costas de Etiopia, abordó á ellas, se grangeó la benevolencia de los habitantes, dándoles trigo, vino, higos secos, de que carecian, recibiendo en cambio agua y guias para su viaje. Apuntó algunos vocablos de su idioma, y encontró en la ribera una proa en que estaba esculpida la cabeza de un caballo. Y como se le dijese que era resíduo de un barco procedente de Occidente, la recogió y tornó sano y salvo á Egipto.

Habia sucedido á Cleopatra su hijo, y Eudoxio fué despojado de nuevo, porque se concibieron sospechas de que se habia apropiado muchas cosas. La proa que habia puesto de manifiesto en el mercado, haciéndosela ver á gentes de mar, debia haber pertenecido en su concepto á algun buque gaditano; fundándose en que los mercaderes de Gades hacen uso de buques bastante grandes, á que dan el nombre de *caballos*, por la figura que llevan en la

---

(20) La diferencia es de más de un grado al Este. Incurrió en el mismo error colocando bajo igual meridiano á Meroe, Rodas, Bizancio, y el Boristenes; y bajo el mismo paralelo á Rodas, los estrechos de Gibraltar y de Sicilia, el cabo Sunio y el golfo de Iso.

(21) Hánnos trasmitido los antiguos diversas medidas de la tierra. Eudoxio de Gnido calcula su circunferencia en 400,000 estadios; Arquímedes y Cleomedes en 300,000; Hermes ó los egipcios en 360,000; Posidonio en 240,000, ó segun otros testimonios en 180,000. Hay quienes la han evaluado en 216,000, en 270,000, en 225,000 estadios. Eratóstenes, Hiparco y Estrabon le han atribuido de 250,0 o á 252,000 estadios. Estas diferencias proceden en parte de la diversa unidad de medida, y en parte de la imperfeccion de los instrumentos destinados á este uso. Además es todavia un problema averiguar por quién, cuándo y cómo fué medido entre los antiguos un arco de meridiano con la doble ejecucion astronómica y geodésica. Eratóstenes no hizo más que la última; á ninguna de las dos recurrió Posidonio.

(22) PLINIO, lib. VI, 26.

proa, como sucedia cabalmente con el fragmento de que se trata. Con estas embarcaciones van á pescar á las costas de la Maurusia (Mauritania) y se adelantan hasta el rio Lixo. Algunos marinos pretendieron reconocer en aquella proa la de uno de los barcos que habian intentado ir más allá del Lixo, de los cuales nada se habia vuelto á saber.

Así acabó Eudoxio por deducir de todo esto que era posible dar vuelta por mar á la Libia (el Africa). De retorno en su patria, cargó un buque con todo lo que poseia, arribó á Dicearquia (cerca de Nápoles), luego á Marsella; y después de haber tocado en todas las playas intermedias, llegó á Gades, divulgando por donde quiera su proyecto. Obtuvo en esta última ciudad alguna asistencia, equipó un buque de alto bordo con dos canoas á estilo de los piratas, embarcó mancebos esclavos, instruidos unos en música y medicina, otros en diferentes oficios; y luego hizo rumbo á la India, empujada su nave por brisas contínuas. Pero fatigados sus camaradas de lo largo de la travesia le obligaron á abordar donde le llevase el viento, aun cuando fueran de temer los funestos resultados del flujo y del reflujo. Con efecto zozobró el buque, si bien no de repente; lo cual permitió que, antes de irse á pique, sacaran á tierra las mercancias, y aun mucha parte de la tablazon del bastimento, que se empleó en construir otro de la clase de los de cincuenta remos. Eudoxio tornó á hacerse á la vela y llegó entre pueblos que hablaban un idioma semejante á aquel de que hemos dicho que apuntó algunos vocablos. Cuando se apercibió de ello, imaginó que aquellas gentes eran de la nacion de los etiopes y parecidas á los moradores del reino de Bocco (Fez). Renunciando, pues, al proyecto de navegar hácia la India, retrocedió y encontró en el camino una isla abundante en agua y en verdor. Después de llegar felizmente á Maurusia vendió su barco y se encaminó por tierra al rey de Bocco, á quien quiso persuadir á enviar una nave á aquellas playas: mas desviaron á este príncipe de tal propósito sus familiares, haciéndole observar que era de temer que una espedicion semejante abriera camino á una invasion de extranjeros. Como se le informase á Eudoxio de que iria encargado de aquella espedicion aparentemente, y que el designio verdadero se reducia á abandonarle en una isla desierta, huyó á la provincia romana próxima á la Mauritania, y desde allí se dirigió á España. Nuevamente equipó un bastimento de quilla chata y otro largo de cincuenta remos; propio para navegar en alta mar el primero, y el segundo cerca de la costa. Tomando consigo instrumentos agrícolas, semillas y gentes hábiles en construir casas, se puso en marcha para emprender el mismo periplo que antes, siendo su intencion pasar el invierno en la isla que habia reconocido en su precedente viaje, sembrar allí para el caso en que su navegacion se prolongase demasiado y hacerse de nuevo á la vela para realizar su proyecto, después de haber cogido la cosecha. Tal es la relacion literal de Posidonio, quien añade: «Los habitantes de Gades y de la Iberia sabrán sin duda el paradero de Eudoxio».

Hemos querido trasladar íntegro este documento, porque gusta ver en la simple relacion de este maravilloso viaje, al intrépido y prudente navegante, preocupado como Colon de un gran pensamiento, y luchando á semejanza suya contra las preocupaciones del siglo, la injusticia de los reyes, la indiferencia de los hombres y los obstáculos de la naturaleza.

Polibio, enviado por Escipion fuera del estrecho de Gades para devastar las posesiones de la abatida Cartago, llegó hasta las costas de Guinea, si bien siguiendo las huellas de Hannon. Es de sentir que su relacion se haya perdido, salvo lo poco que de ella nos ha conservado Plinio (23); porque aquel filósofo guerrero tomó sin duda nota de lo que se descuidó en todos los demás periplos, esto es, de las costumbres, de los caractéres, de las tradiciones de las naciones visitadas.

Historia Natural. Teofrasto, 371 á 286?—Debieron suministrar los viajes nuevos materiales á la historia natural, especialmente en un tiempo en que se habia fijado toda la atencion en los cuerpos, después de haberse dirigido esclusivamente al espíritu humano en el anterior siglo. Teofrasto, de Ereso (Lesbos), autor de la *Historia de las plantas*, reunió á la elevacion de miras, que es el carácter de la inteligencia de los griegos, el espíritu de observacion, prenda rarísima en ellos, y gozaria ahora de inmenso renombre, si no hubiera sido eclipsado por Aristóteles. Con la asistencia de Demetrio de Falera fundó en Atenas un jardin de plantas exóticas; pero aisladas y fuera del suelo natal, no suministraban el colorido necesario á sus descripciones; lo cual es tanto más sensible atendido que carecia de imaginacion Teofrasto. Es todavia peor cuando se fia de ojos ajenos, como tal vez le sucede hablando de cualquiera de los paises que no son la Grecia, de la cual en cambio no equivoca los arbustos de las llanuras con los de la montaña, ni las plantas de los jardines con las de los prados, estanques, rios, lagos, pantanos, ni ménos sobretodo las plantas de las flores que sirven para tejer las coronas. Hipócrates habia advertido la influencia de los lugares en la economia del hombre; Aristóteles en los animales; Teofrasto la observó en las plantas y demostró que el ciprés prosperaba en Creta, la centaura en la Élide, el cedro en el Líbano, el serbal en Arcadia, la mejorana á orillas del Nilo, el tamarindo cerca del Meandro, el chopo á orillas del Aqueronte, el olivo á las del Alfeo, el terebinto en los campos de Damasco, la palmera en las llanuras de Babilonia, la encina en la isla de Chipre: probó que el pino de Macedonia supera á todos los demás en galanura, hasta á los del Parnaso, que la palmera se hace estéril en Grecia, que los árboles conservan por largo tiempo su verdor en Egipto, que la higue-

(23) *Hist. nat.* I, V.

ra y la vid jamás pierden sus hojas cerca de Elefantina (24).

Apenas describe Teofrasto quinientas especies de plantas de las cien mil que se conocen actualmente; pero enriqueció la fisiologia vegetal con descubrimientos importantes. Fué el primero que habló con fundamento de la diversidad de sexo en los vegetales, y en su tratado sobre la causa de la vegetacion examina los órganos de la nutricion y de la reproduccion, comparándolos á los de los animales; descubrimiento que basta para darle un lugar insigne entre los historiadores de la naturaleza (25).

Dioscórides *el buen clasificador de las plantas*, fué en punto á botánica la principal autoridad de Plinio, y sus obras son las que sirvieron de punto de partida á los árabes durante el curso de la Edad Media.

Pudieron servir de mucho auxilio á la zoologia las grandes colecciones de los Tolomeos, aunque se hubieran reunido con un simple interés de curiosidad y pompa y contuvieran principalmente lo más raro y monstruoso. Hasta compuso un rey de Egipto una obra sobre los animales; tambien el último rey de Sicilia habia redactado un tratado de agricultura, encomiado por Varron y por Columela; y el último rey de Pérgamo se dedicó al cultivo de gran número de plantas con interés puramente científico; Arquelao, rey de Macedonia, escribió acerca de las piedras, y Mitrídates el Grande, rey del Ponto, sobre los venenos, y compuso además, un famoso antídoto en que entraban cincuenta y cuatro ingredientes.

La mineralogia estaba aun más atrasada, y la primera obra en que se trató de ella, fué el libro de Teofrasto, escrito sin sistema científico, pero en el cual procuró el autor esplicar la formacion de los minerales por el agua y por la tierra.

Medicina.—Todos los animales y vegetales procedentes de la India y de la Etiopia fueron de grande auxilio para la medicina, y la escuela de Hipócrates fué continuada por médicos ilustres, fieles al dogmatismo.

Aun cuando los Tolomeos permitieran la disección de los cadáveres humanos, escitó tal horror Herófilo de Calcedonia (v. 320), que hasta se le imputó haber abierto á los malhechores cuando aun tenian aliento, como se dijo más tarde de Vesalio y Mondini, restauradores de la medicina moderna. Ya habia distinguido Praxágoras de Cos las venas de las arterias; pero Herófilo hizo adelantar más que todos la anatomia, hasta el punto de haber sido calificado de infalible por Falopio: reconoció en los nervios los órganos de la sensacion y su foco comun en el cerebro. Analizó el ojo y batió la catarata; distinguió los vasos del mesenterio que van á parar al hígado, de los que se dirigen hácia las glándulas ó venas lácteas, como se las ha llamado. El fué quien dió á una parte de los intestinos el nombre de *duodeno;* describió con exactitud la coroides, el hioides y el hígado, indicando en que se diferencia el del hombre y el de la bestia. Parece que conoció la relacion existente entre la pulsacion de la arteria y la respiracion: fué inventor de la anatomia patológica. Sin embargo, en la la práctica se entregó á un ciego empirismo.

Erasistrato de Ceos (257), nieto de Aristóteles, comunicó más luces á la anatomia, con especia-

---

(24) *Historia de las plantas*, lib. V y VI.

(25) Ya mucho tiempo antes algunos filósofos observadores habian creido hallar una analogia maravillosa entre la vida de los animales y la de las plantas. Empedocles habia comparado las raices, las hojas y los frutos de éstas con el pelo y los huevos de aquellos. *(De las causas de la vegetacion,* lib. I, cap. 2), y Anaxágoras habia dicho no solo que las plantas respiraban, sino que su alma era una emanacion del alma universal (ARISTÓTELES, *De las plantas* lib. I, capítulo 2). Pero tales creencias no eran más que meras hipótesis; y los filósofos en cuya mente habian tenido orígen, no pensaban en darles sólido fundamento mediante una série no interrumpida de observaciones.

Pero vino finalmente con Aristóteles el tiempo de la filosofia esperimental, y los fenómenos de la vida en los vegetales fueron estudiados con un fin científico. Tal es el objeto del tratado de Teofrasto *Sobre las causas de la vegetacion;* el cual es una especie de continuacion y el complemento necesario de su *Historia de las plantas*. Dos cosas examina Teofrasto en los vegetales; los órganos de la nutricion y los de la reproduccion, comparándolos casi siempre con los órganos que sirven para las mismas funciones en la economia animal. Segun él, el sémen es el huevo vegetal, del cual una parte sirve para formar el tallo, y otra para nutrir el gérmen y desarrollar las raices, que son como el receptáculo en que se prepara y elabora la nutricion de la planta. Los jugos nutritivos así elaborados son absorbidos por tubos capilares fibrosos (lib. I, cap. 3 y 4), y por otros vasos que Teofrasto llama venas (lib. I, cap. 4), y que como los primeros se prolongan hasta la flor y el fruto (cap. 16 y 17): en el interior está la médula, órgano importantísimo de la vida vegetal, en el cual se verifica la combinacion del húmedo radical con el calor integrante (cap. 5 y 23); después de todo queda encerrado en dos membranas, de las cuales la externa hace el papel de epidermis, y la otra, peculiar de las plantas leñosas, es la que se llama con propiedad corteza (libro VI, cap. 18). Hojas variadas hasta lo infinito por su forma, disposicion y gradacion de su color verde, cubren todas las ramas para resguardar los frutos *(De las causas de la vegetacion*, lib. I, cap. 20, 22), y acaso tambien para absorber materias nutritivas por medio de su superficie inferior *(Historia de las plantas*, lib. I, cap. 16).

Pero en el lujo de las flores, es donde especialmente parece haber reunido la naturaleza las mayores maravillas de la vegetacion, no solo por la brillantez de los colores, la suavidad de los perfumes, la elegancia de las formas y la finura de los tejidos, sino sobre todo por los curiosos fenómenos de la reproduccion, cuyos órganos están colocados en la corola, llamada muy propiamente por Linneo el lecho nupcial de las flores. Teofrasto, que estuvo léjos de conocer todas las particularidades de este fenómeno, fué sin embargo, el primero que habló con conocimiento de causa de la diferencia de sexos en las plantas, como se deduce de cuanto dice del enebro (id. lib. III, c. 6), y de la esterilidad de las flores dobles (lib. I, cap. 22). Un descubrimiento tan maravilloso, y esclusivamente suyo, señala una época memorable en los anales de la ciencia.

lidad en lo concerniente á la leche y á las funciones del cerebro y de los nervios, distinguiendo los que sirven para las sensaciones de los que producen los movimientos musculares. Demostró las funciones de la traquearteria, de las aurículas del corazon, y casi indicó la circulacion de la sangre: por último sostuvo que unos mismos alimentos y remedios operaban diversamente en diferentes individuos. Desaprobó en la práctica las sangrias y las purgas, limitándose á prescribir dieta, vomitivos, baños y ejercicio. Es célebre por haber curado á Antíoco, hijo de Seleuco Nicanor rey de Siria, descubriendo por la alteracion de su pulso que estaba prendado de Estratónice, su madrastra. Compareció ante el rey y le dijo que habia descubierto la causa de la enfermedad del príncipe y el remedio necesario, si bien este último no era posible.—*¿Qué hay de imposible*, repuso el rey, *para salvar á mi hijo?*—*Es que está enamorado de mi mujer*, manifestó el médico.—*Pues bien, cédesela. ¿Qué ménos puedes poner por obra para asegurarte el favor del soberano?* Erasistrato se negaba añadiendo como al descuido:—*Vos mismo que sois padre ¿le cederíais la vuestra?* Luego que el rey hubo respondido afirmativamente, Erasistrato le declaró la verdad, y cogida al rey la palabra, obtuvo el hijo el objeto de sus ansias. No es el menor mérito de la medicina indagar las causas morales del mal y aplicarle el remedio que debe curarlo.

Los discípulos de Erasistrato formaron en Alejandria una acreditadísima escuela, la de los *Metodistas* que se estendió por el Asia Menor. Pero así como fué viciada la literatura por los comentadores de Homero, lo fué la medicina por los de Hipócrates, á quien se atribuyeron tratados que evidentemente son de otra mano. Y como los poetas componian epígramas de formas simétricas, los cirujanos disponian sus vendajes en dibujos, cuyo mérito consistia en ofrecer las combinaciones más complicadas. No obstante, la medicina ganó entonces: dividiéndose en farmacéutica, dietética, y quirúrgica, hizo más adelantos en cada una de sus partes. Así Ammonio inventó un instrumento para romper la piedra sin estraerla de la vejiga (26), adelantándose con mucho á la admirable litotricia de nuestros dias.

Fastidiados Filino de Cos y Serapion de Alejandria de las divisiones absolutas de los dogmáticos, fundaron una escuela *empírica* que escluyendo del todo la teoria, la anatomia y la psicologia, estudiaba únicamente los síntomas, oponia al raciocinio la observacion, la historia y la sustitucion de cosas semejantes. Como acontece á los que están animados por el espíritu de partido, no buscaban de buena fe la verdad, á que hubiera podido conducirles la esperiencia; sino que sostenian estrañas tésis insinuando que el sofisma y el empirismo son necesarios en la medicina. A mayor abundamiento esto no les impedia encontrarse amenudo de acuerdo en la práctica con sus antagonistas acerca de los medios curativos, resultado que corrige frecuentemente las desastrosas disidencias de opiniones.

Otros filósofos consideraban en la misma época bajo aspecto diferente las maravillas de la economia animal; así Zenon queria que se buscasen las relaciones existentes entre la naturaleza del hombre y la del Universo (27).

Música.—Tambien hicieron que fuese cultivada la música en las fiestas que animaban la corte de los Tolomeos; mas no era la libre espansion del sentimiento del hombre inspirado por amor á la patria, ó por el sentimiento religioso, tal como se exhalaba en las colinas de Sion ó en las solemnidades de Olimpia, sino un arte y una combinacion de números y de armonias. En vano escribió Aristóxenes de Tarento (350) cuatrocientos cincuenta y tres libros de música: ésta no tenia ya nada de inspirada ni de inspiradora, y solo andaba á caza de dificultades y de una fria superfluidad, especialmente desde que se mezclaron con ella las modulaciones asiáticas, desnudas de sencillez y de vigor. Un gobernador de Babilonia no cenaba jamás sin que cantasen y tocasen para divertirlo ciento cincuenta mujeres (28). En Damasco fueron hechas prisioneras trescientas veinte y nueve cantoras y concubinas de Dario (29), las cuales aspiraban á agradar más con sus gracias que con la habilidad de artístas. Anteriormente no se concebia la música separada del canto y de la mímica; pero á la sazon quedó roto aquel acuerdo por cuyo medio habia adquirido tan grande predominio. Buscóse para cantar la *peana* á los reyes deificados, una música ruidosa, en que la instrumentacion y los acompañamientos complicados dominaban la voz: hasta se separó la música instrumental de la vocal, y Aristónico de Argos fué el primero que tocó la cítara sin unir á ella el canto. Formáronse en la corte egipcia hábiles fabricantes de instrumentos: adoptó la moda el *trigonon* frigio, que conocieron después los romanos en Alejandria, bajo el reinado de Evergetes; y Ctesibo de Panfilia inventó el órgano acuático.

Conservábase la primitiva severidad del número dórico solo en el Peloponeso; y la Arcadia repetia los himnos y las elegias antiguas. Habiéndose formado la civilizacion griega con el influjo de la poesia, de la música y de la mitologia, imagínese cuanto debió decaer cuando el canto y la pantomima dejaron de ejercer imperio sobre la muchedumbre. La mitologia se reducia á discusiones y alegorias, la poesia á epígramas aunque bellísimos, y al Júpiter de Fidias habia reemplazado una ad-

---

(26) Celso, VII, 36; Sprengel, *Beiträge zur Gesch. der Medicin*, I, 465.

(27) Ciceron, *De finibus*, III, 12.
(28) Ateneo XII 40.
(29) Id. XIII, 87.

mirable maestria en hacer vasos, cortar piedras duras, y otras alhajas, dirigidas con gusto, pero que no llevaban otro objeto más que el deleite y el fausto privados.

Nos hemos detenido con interés en el exámen de las ciencias en esta época, porque fueron deudoras de tantos adelantos á los Lágidas como á los mismos atenienses, y tambien porque el estado de la cultura intelectual bajo su dominacion señala el punto estremo á que llegaron los antiguos, no habiéndole añadido los romanos sino poco ó nada. Pero en el mismo Egipto las constituciones sacerdotales, próximas á recobrar vigor, con detrimento del libre desarrollo del espíritu, dieron al museo, á la biblioteca, á las escuelas, un aspecto colegial, un tinte misterioso; y llegando á mezclarse la propension natural de los egipcios á lo maravilloso con las ciencias, las apartaron de la buena senda

CAPÍTULO XIX

ESTRAVIO DE LA FILOSOFIA.

No se aguarde ya ver figurar en la filosofia nombres como Sócrates, Platon y Aristóteles. Sin duda esta ciencia hubiera acometido noble empeño, si en medio de las generaciones doblegadas bajo el golpe de la fuerza, ó prosternadas cobardemente á las plantas de tiranos deificados, hubiera aspirado á reanimar en el corazon del hombre el sentimiento de su propia dignidad, y hacerle tomar una actitud decorosa levantando su vista al cielo. Pero desalentada y sin fé la noble ciudadana que el hijo de Sofronisco habia llamado del cielo á la tierra, se hacia cómplice de la vileza de los súbditos, de la tirania de los reyes y de la corrupcion de todos.

Hemos visto á los filósofos aplicarse á sofocar en el corazon de Alejandro los remordimientos que le despertaban sus primeras iniquidades; después trasformarse en cortesanos y en sátrapas para ejecutar ó prevenir sus deseos y sus mandatos, fuesen ó no justos. Aquellos que asalariados por los Lágidas vivian en el museo, ó como dice Timon, encerrados en una inmensa jaula (1), ¿hacian otra cosa que empeñarse en discusiones tan ociosas, que no llegasen á perturbar el receloso sosiego del señor que les alimentaba? No tenian mejor ocupacion los que se encontraban diseminados en Siria, y Antíoco reconvenia á su ministro Fanias por tolerar aquella chusma corruptora de la juventud, debiendo más bien perseguir á sus discípulos y hacer que los azotasen atados á columnas (2). En el mismo palacio de este príncipe, no solo se practicaban las doctrinas de Epicuro, sino que las profesaba la cortesana Danae. Condenada por Laodicea á ser despeñada desde lo alto de una roca, marchó intrépidamente al suplicio, diciendo: *Ahora conozco con más evidencia que nunca que no hay dioses, puesto que muero por haber salvado la vida al que fué para mí un esposo, y Laodicea que ha asesinado al suyo, triunfa* (3).

Mientras Evehemero, Diógenes de Frigia, Hippon, Diágoras, Sosias y los epicúreos, negaban en las escuelas la existencia de los dioses, desalentado el pueblo por los numerosísimos desastres esperimentados en el curso de aquel siglo, ó degradado bajo la mano del poder, se entregaba á la licencia y á la adulacion, cantando *peanas* á Demetrio y á los Tolomeos.

No podia tener atractivo para un siglo pervertido Platon, que eleva los espíritus hácia la region de las ideas, y los convida á los goces de la contemplacion. Se avenia mejor con Aristóteles, que, fijando la atencion en los cuerpos y en la morada del hombre, no turba sus regocijos con severos dogmas. Así hemos visto á sus discípulos sobresalir en la observacion material, quedando sin aptitud para las apreciaciones morales. Teofrasto, que figura en primera línea en el estudio de las plantas, aparece superficialísimo en la pintura de los *caractéres*. La esperiencia, adoptada por este siglo como única pauta, fué tambien una causa de decadencia para la escuela de Platon. Llamáronse académicos los sectarios de esta escuela, tomando su nombre de los jardines de Academo en que se dedicaban á la enseñanza. Tuvo primero por sucesor á su sobrino Speusipo (314), después á Jenocrates, que, no ménos estimable por su talento que por sus virtudes, permaneció fiel á la causa democrática, y supo resistir igualmente á la cólera y á la generosidad de los reyes de Siria. Palemon, Crantor, Crates siguieron esta escuela; pero ya se habian

(1) En Ateneo, I, 41.
(2) Idem, XII, 68.
(3) Ateneo, XIII, 64.

alterado las doctrinas del maestro, plegándose en la moral al bienestar de los parciales de Aristóteles y á la satisfaccion hábil de egoistas inclinaciones; conservando aun en la teoria el dogmatismo práctico, se estraviaban en muchos puntos; y parece que no contento el mismo Jenocrates con las facultades intelectuales, colocó el juicio parte en ellas, parte en el sentido corporal, segun eran intelectuales ó sensibles las cosas en que habia de ejercitarse.

Academia nueva.—Apareció después de ellos Arcesilao de Pitana en Eolia, filósofo el más elocuente de su tiempo (241); buen matemático y lógico sutil, dedicó la penetracion de su talento á la investigacion del lado flaco de las diversas filosofías que conocia perfectamente. Emprendió la reforma del sistema de Sócrates, no para oscurecer el error y hacer triunfar la verdad segun la intencion del maestro de Platon, sino con el fin de introducir un escepticismo más atrevido y sabio que el de Pirron. Mientras que Pirron admitia el principio controvertido, en apariencia á lo ménos, fundaba él su doctrina en que no se podia juzgar de nada con certeza: si el sabio aplaude una idea, decia, la cree; y como el creer es propio de necios, el sabio cuyo objeto debe ser la tranquilidad de espíritu, debe abstenerse de prestar asentimiento á cosa alguna. Combatia con calor, con todo el prestigio de la elocuencia y con todo el vigor de la dialéctica, á los estóicos, á quienes no condenaba sin embargo, pues era tolerante por ser escéptico. Rehusaban sus discípulos la creencia, á ménos que él no la afirmara; elogio que era el ultraje del siglo.

Carneades.—Fué Carneades cireneo el más ilustre de ellos (125). No tenia la verdad, segun él, un carácter indeleble que la hiciera conocer, pues eran ilusorias las sensaciones que proporciona la materia de los conocimientos. Sostenia, pues, que si la verdad absoluta existe, está fuera de los límites de la inteligencia humana, no pudiendo el hombre concebirla, fundándose por lo tanto únicamente nuestras acciones y nuestros pensamientos en lo verosímil.

Crisipo.—Escitó más interés su lucha con Crisipo de Solis, que cualquier acontecimiento político. Sostenia este último el estoicismo, valiéndose de las propias armas con que le atacaba la nueva Academia, la dialéctica y la elocuencia. Preguntábale Carneades: *¿Compone un monton un grano de trigo? —No.—¿Y dos?—No.—¿Y tres?—Tampoco.* Así continuaba hasta que su adversario declarabá que habia granos en gran cantidad par formar un monton (4), y deducia de esto que las ideas relativas carecen de sentido, puesto que no se puede precisar el límite entre lo grande y lo pequeño, lo mucho y lo poco, lo claro y lo oscuro. No sabia Crisipo qué contestar á este argumento, no encontrando para sostener la realidad de las ideas y de los conocimientos objetivos, sino el sentido comun. Por lo que Carneades triunfante se burlaba de él, y concluia diciendo que era imposible decidir sobre nada.

Segun hemos visto (tomo I, pág. 542), fué por los atenienses enviado á Roma en calidad de embajador y en compañia del peripatético Critolao y del estoico Diógenes, y quiso dar pruebas de su prodigiosa facilidad en sostener el pró y el contra. Después de haber argumentado un dia en favor de la justicia, habló en su contra el dia siguiente, y sostuvo que es el hombre egoista por naturaleza, inclinacion que rechaza la justicia: pretendia que lo justo y lo injusto habian sido siempre sinónimos de lo útil y dañoso, y que el vulgo calificaba las más veces de insensato al que practicaba, aun en su contra, alguna accion justa, al paso que eran tenidos por muy cuerdos los que para alcanzar su objeto emplean toda clase de medios, aun los más inícuos. Espantaron á Caton tales doctrinas, é hizo decretar por el Senado la pronta salida de Roma de los tres embajadores, con el fin de que no padeciera la moral romana con sus principios. No consiguió por esto desterrar la mala semilla; el sucesor de Carneades (128), Asdrubal el cartaginés, que tomó el nombre de Clitomaco, y dedicó dos de sus obras al poeta Lucilio, y al cónsul Censorino (5), introdujo en Roma el escepticismo dogmático, vengando así á su patria y á su maestro.

Demostró Filon de Larisa (100), su discípulo, que la lógica no resuelve ningun problema de filosofía ó matemáticas, sirviendo solamente para deducir la legítima consecuencia de ciertas premisas, lo que no le da sino un valor hipotético. No eran sus convicciones profundas ni esclusivas, pues se inclinaba al eclectismo, al paso que se aproximaba á los estoicos, á los cuales se unió enseguida Antíoco de Ascalon.

Pirrónicos.—Encontró el pirronismo un fuerte campeon en Sexto Empírico de Mitilene, que le perfeccionó con su erudicion inmensa, y demostró que podia aplicarse á todas las ciencias, como á todos los sistemas anteriores. Poseemos suyo las *Hipótesis pirronianas* y el libro *Contra las matemá-*

---

(4) Dióse el nombre de *sorites* á este modo de argumentar, por la circunstancia de llamarse el monton σωρός, en griego.

Se atribuye este sofisma á Eubúlides de Mileto, quien queriendo demostrar que toda nocion esperimental da márjen á dificultades insolubles, opuso á los peripatéticos siete sofismas: el monton, el mentiroso, el oculto, el electro, el velado, el cornudo y el calvo. Pero el oculto, el velado y el electro son idénticos y se formulan así: *¿Conoces á tu padre?—Si—¿Conoces á esta persona velada?—No—Esta persona velada es tu padre: luego á un tiempo lo conoces y no le conoces.* El monton y el calvo son tambien una sola cosa. El mentiroso se presenta de este modo: *Uno miente y dice que miente: ¿miente ó nó? Miente segun la hipótesis; no miente porque dice la verdad.—Luego miente y no miente.* La forma del cornudo es como sigue: *El que no ha perdido una cosa, la tiene; vos no habeis perdido los cuernos, luego teneis los cuernos.*

(5) CICERON, *Quæst. acad.*, II, 21 y 22.

ticas. Este último es precioso por las noticias que contiene sobre las ciencias tales como eran en su tiempo, y de que habla con la leal ingenuidad de un hombre que las ha estudiado á fondo. No solo se dirigian las armas de los escépticos contra el dogmatismo teórico, sino tambien contra la moral, minando así sus cimientos.

Peripatéticos.—Tuvo el Liceo por jefe, después de Teofrasto, á Estraton de Lampsaco (289) quien identificaba á Dios y la naturaleza con un docto panteismo: tanto se habian arraigado las ideas inmorales en la escuela de Aristóteles. Negaba Dicearco de Mesina la existencia del alma. Decia el músico Aristógenes, empleando el lenguaje de su arte, que es el alma una especie de armonia producida por cierta combinacion de elementos y movimientos del cuerpo. Entregáronse algunos á la política; y Antígono envió un legislador peripatético á los megalopolitanos, no consiguiendo por eso apaciguar las discordias. Confió Mitrídates al jefe de los peripatéticos el cuidado de oprimir á Atenas, y esta se vió reducida á encontrar en Sila un libertador.

Epicureos.—Con este último pasaron á Roma estas doctrinas; pero tuvieron en ella mejor éxito y dañaron más las de los epicureos. Sentando como base de la moral la felicidad, y por principal condicion de esta la tranquilidad del alma, ¿cómo hubiera podido esta filosofia conciliarse con el cuidado de los intereses políticos, con un tempestuoso patriotismo, ni con las afecciones domésticas, manantial de tantos padecimientos? De este modo la doctrina de Epicuro causó un gran mal entre los griegos, á quienes disgustaban ya los negocios públicos por las calamidades que afligian á su patria: cuando más necesidad tenian los atenienses y beocios de pensamientos nobles y de ideas generosas, se entregaban á disoluciones de la crápula, asociándose, no para la comun defensa, sino para el placer, cediendo una parte de sus bienes para atender al gasto de los banquetes anuales. Conocieron los hombres de Estado lo urgente que era reprimir á los epicureos: arrojólos Lisímaco de la Macedonia; los mesenios decretaron su destierro; rechazólos Roma, y aun la misma Atenas acabó por espulsarlos (6). Pero hacia inútiles los decretos el torrente de las malas costumbres, apareciendo por todas partes los epicureos, tan potentes como numerosos. Llegaron algunos de ellos hasta la tirania, como Lisias en Tarso; llevaron otros sus burlas é impiedad hasta los palacios y mesas de los príncipes: encontrándose Fabricio al lado de Pirro, cuando oyó por vez primera profesar semejantes principios, deseó que los enemigos de Roma se conformasen con ellos siempre.

Estoicos.—Halló entonces refugio el sentimiento moral en los estoicos, y aun colocaban al justo á tal altura, que la generalidad de los hombres desesperaba de rayar á aquel estremo; no les prestaban, pues, oido, sino cuando decian al hombre agobiado de dolores y de infortunios: Suicídate. Sin embargo, los varones más eminentes de aquella época y de la posterior profesaron el estoicismo, seducidos por la dignidad del alma, á la que infundia aliento, y por la seguridad que daba á las convicciones. Fué desarrollado y llevado á su perfeccion como doctrina por Cleantes (260) y Crisipo. Dotado el primero (natural de Axos de Eolia) de una alma hermosa y de un carácter noble, trabajaba de noche para ganar su sustento, y para, de dia, asistir constantemente á las lecciones de su maestro. Ascendido á jefe del Pórtico buscaba á Dios en todas las cosas, y su magnífico *himno á Júpiter* prueba claramente que del panteismo dedujo los atributos esenciales de la divinidad.

Ya hemos dicho como Crisipo tuvo que luchar con la nueva Academia; pero si le cedia en sutileza y en raciocinios complicados, le era muy superior en el terreno de las verdades prácticas y morales. Encontró felices aclaraciones acerca de la divinidad, del libre albedrio, del mal físico y moral; esplicó las pasiones humanas con la analogia de los males físicos, y redujo á dos móviles todos los actos voluntarios, el placer y la virtud. Dejó muy atrás á todos sus predecesores, y aun al mismo Aristóteles, en la indagacion y esposicion de los principios del derecho, en que no vió el resultado de arbitrarios convenios,, sino un efecto de las relaciones necesarias entre criaturas *iguales y racionales*. Dedujo de estas dos cualidades el orígen de la propiedad y de las obligaciones sociales (7).

Tambien luchó Antipatro de Tarso (140) con la nueva Academia, y sustituyó á las divinidades, multiplicadas hasta lo infinito, un solo Dios eterno. Panecio de Rodas vivió en Roma, donde gozó de la amistad del segundo Africano. Habia llevado allí el estoicismo, después de haberlo perfeccionado é ilustrado en sus viajes, comparando diferentes sistemas y evitando en ellos todo lo que era estremado. Sus discusiones no se proponian tanto por objeto la cuestion de la realidad de los conocimientos, como los deberes del hombre (8), sobre los cuales escribió tambien su discípulo Hecaton.

El término de las hostilidades, que los estoicos y los peripatéticos habian dirigido contra el escepticismo, no era á pesar de todo consecuencia de una victoria decisiva, sino efecto de un agotamiento recíproco de fuerzas. Entonces cayeron los combatientes en el entorpecimiento para no salir de allí hasta que un nuevo elemento llegara á infundirles otros gérmenes de vida.

---

(6) V. ATENEO, V, 2; XII, 68; XIII, 92; V, 56.

(7) CICERON, *De finibus*, III, 20.

(8) Ciceron declara haberlo seguido principalmente sobre este punto. *Panetius de officiis acutissime disputavit, quem nos correctione quadam adhibita, potissimum secuti sumus*. (De offic. III, 2. Veremos en el libro V la desgraciada correccion por él hecha).

CAPÍTULO XX

ARTES DEL DISEÑO.

Ya hemos nombrado en la otra época á los eminentes artistas que dieron lustre al principio del siglo, para unirlos á los genios que lo inmortalizaron. Filon fué encargado por Demetrio, de Falera, de ensanchar el puerto y el arsenal del Pireo, y dió cuenta de su tarea al pueblo, que no admiró ménos su elocuencia, que su habilidad como ingeniero. Trazó el plano de muchos templos y tambien el del teatro de Atenas, terminado después por Ariobarzanes, todo de mármol blanco, y con gradas apoyadas en gran parte en la peña viva de la ciudadela.

Seleucia y Antioquia eran tambien opulentas en magníficos edificios. Multiplicaba los trabajos la rapidez con que se sucedian los ídolos del pueblo ó los triunfos de fáciles beldades: Antíoco Epifanio iba en persona á los talleres para platicar con los artistas sobre las dificultades del arte (1). Recibíanlos en tropel los Lágidas; Tolomeo espidió seiscientos á los rodios. Era paseada en las procesiones una multitud de estátuas.

Alejandria debia ser una maravilla del arte, pues fué una de las poquísimas ciudades cuyo plano trazó completamente Sostrato, el más célebre arquitecto de la antigüedad, quien hizo tambien los terrados y paseos de Gnido, su patria: y cien animales de basalto y de pórfido, obra de los primeros maestros, se hallaban juntos en Alejandria bajo una tienda. No obstante, los artistas no tenian en esta ciudad, los admirables modelos de sus antecesores, y tomaban del primitivo arte egipcio algo de tirantez y amaneramiento, creyendo aproximarse así á lo sublime de los primeros tiempos.

Agréguese á esto que no consintiendo la escelencia de las obras maestras anteriores á la nueva generacion la esperanza de igualarlas, les inspiraba la temeridad de querer superarlas. De aquí la exageracion en la espresion y en las actitudes, lo pulido de los detalles sin la grandeza del conjunto; de aquí tambien en el dibujo la timidez del que no hace nada sino segun las reglas del arte, el minucioso esmero del que hace consistir lo bello en la ausencia de los defectos: así Quintiliano dijo con razon que muchos hubieran ejecutado los ornamentos de Júpiter Olímpico mejor que Fidias (2); pero ¿y el alma y la vida? Nadie. Nótanse los mismos síntomas de decadencia que hemos señalado en las letras.

Porque debilitados los vínculos que unian á la vida política con el arte, y habiendo cesado este de ser una parte necesaria del Estado, entraba en el dominio privado, esto es, se obligaba á seguir las variaciones del gusto, el capricho de los comitentes, y á buscar la popularidad por medio de esfuerzos de ingenio, sin ningun objeto elevado. Las maravillas vistas en Asia y en Egipto excitaron la aficion á la magnificencia y á lo colosal, pero para satisfacerla se salvaron los límites de lo bello. Si en efecto se conservaba todavia la forma en cierto grado de perfeccion, iba desvaneciéndose ese espíritu que alimenta interiormente las artes. Ya habia pasado el tiempo de las inspiraciones, de la creencia patria, combinándose con las ideas de gloria nacional; era el tiempo de los encargos de parte de los príncipes; de las adulaciones de parte de los pueblos y de las luchas de amor propio de reyes á reyes. No trabajan ya en la época de Alejandro los artistas sino por cumplir su mandato, y él mismo pasaba en su compañía mucho tiempo á fin de imaginar estravagantes y dispendiosos planes,

(1) Polibio, XXXI, 10.

(2) *Instit. orat.*, II, 3.

y no todos tenian valor para decirle como Apeles: *Cállate, si no quieres dar asunto de risa á mi aprendiz.* Con efecto, la pira de Efestion y su carro fúnebre presentan tal mezcla de trofeos, de proas de barco, de leones, de guerreros, de centauros, de sirenas, que es imposible hermanarla con el buen gusto. Posteriormente se descendió más todavia, cuando los monumentos no fueron más que producto de una ostentacion onerosa al pueblo, que perpetuaba su propia infamia, y debia pagar con lo poco que poseia los caprichos de los cortesanos.

Tolomeo Filadelfo mandó erigir muchas estátuas á Clino, revestido en todas con una simple túnica y teniendo consigo el cuerno de la abundancia; los más suntuosos palacios pertenecian á las hermosas cortesanas Mirtio, Mnesis y Poteina; y un magnífico sepulcro á orillas del mar recibió las cenizas de Estratónice, una de aquellas desgraciadas, á quienes Alejandro llamaba las *dicteriadas* (3). Harpalo edificó un templo en Tarsos, no solo á los amigos y al caballo de Alejandro, sino tambien á una cortesana: hizo que se levantara á otra un monumento en el camino de Atenas á la sacra Eleusis. Lamia, famosa entre todas, edificó un pórtico en Sicione con el dinero obsceno que habia acumulado. Otro fué construido en Megalópolis con el producto de los últimos tres mil ciudadanos de Esparta, vendidos por Filopemenes: el rey de Bitinia amenazó á los bizantinos con su cólera, si no le levantaban estatuas; los rodios colocaron en el templo de Minerva un coloso de treinta codos de altura en honor del pueblo romano; homenaje del miedo á la fuerza extranjera. Atenas prodigaba las estatuas á los reyes, á los favoritos, á los adivinos, á los cortesanos, á los bufones; luego, como pareciese demasiado comun el mármol, Demetrio Poliorcetes y su padre Antígono fueron vaciados en oro. ¿Qué pueden ser sin el sentimiento moral las bellas artes?

A pesar de todo, la escultura y la pintura necesitan ménos de los recursos de un gran Estado, porque hay manera de cultivarlas sin poderosas protecciones. Se atribuye al reinado de los primeros sucesores de Alejandro el Toro de Farnesio, obra de Apolonio y de Taurisco, y el Hércules tambien de Farnesio, obra de Glicon, como tambien el admirable grupo de Laocoonte. El coloso de Rodas (tomo I, pág. 412), obra de Cares, debia más bien ser admirable que bello, si es verdad que estaba hecho en proporciones enormes y con las piernas abiertas en la entrada del puerto de modo que las naves á toda vela pudiesen pasar por debajo (4). En Pérgamo el hijo de Praxiteles esculpió los dos luchadores. Sicilia hizo el famoso grupo de Siracusa coronando á Rodas y en sus medallas conservó elegantísimos cuños. Cítase tambien entre los escultores de aquel tiempo á Anteo, Calístrato, Laques, Policles, Ateneo, Calíxeno, Pitocles, Pitias, Timocles, Metrodoro; pero parece que ya se alejaban de la inspiracion antigua, ateniéndose demasiado al arte, á la fidelidad minuciosa que empobrece el trabajo y le hace abdicar las grandes inspiraciones. Hasta Lisipo, único artista por quien quiso dejarse retratar Alejandro, habia descendido de la reproduccion de los dioses á la de los hombres, y se le encomiaba por la fidelidad de la imitacion.

Las escuelas de Corinto y de Sicione debieron necesariamente padecer mucho á consecuencia de las guerras de la época; pero antes de que Roma sentase el brazo sobre ellas, ambas habian decaido de su antigua gloria. Habian sustituido las imitaciones serviles á las grandes composiciones, y lo gracioso habia sucedido á lo bello hasta entre los pintores de más nombradia. Pausias de Sicione (360) hacia pequeños cuadros, figuras de niños, y flores, que competian con la naturaleza. Otros representaban tiendas de barbero, de zapatero, ó jumentos, legumbres, ó escenas domésticas; todo lleno de verdad, aunque muy distante de aquellas grandes concepciones de Polignoto y de Apeles.

Cuando Atenas quiso mandar pintar á sus antiguos legisladores, tuvo que recurrir á artistas extranjeros (5). En Pérgamo no se hacia más que juntar cuadros que se compraban en todas partes, y especialmente después del saqueo de Sicione y de otras ciudades griegas. Caricaturas, parodias, juegos de luz, todo era fruto de la sensualidad ó del capricho. Los aplausos prodigados á Galaton, que habia pintado á Homero vomitando, y á los demás poetas recogiendo lo que arrojaba, indican sobradamente el gusto reinante en Alejandria (6).

Y así como la poética y la retórica de Aristóteles no retardaron ni un solo dia la decadencia de las letras, del mismo modo las obras de Apeles, de Palemon y de otros varios no fueron parte á impedir la decadencia del dibujo.

Numismática.—Del Oriente vino el gusto de las piedras esculpidas y camafeos, algunos de los cuales son notables con respecto á su época. Introdujóse el mosaico para los pavimentos de grandes palacios. Las monedas de los reinos de Macedonia y Sicilia eran ménos bellas; pero no debemos pasar en silencio un adelanto de la numismática, importantísimo para la historia. Una vez introducido el uso de la moneda acuñada, se reservaron los gobiernos el derecho de darle un sello legal, asegurando su peso y su ley. Consistia generalmente en la efigie del dios tutelar ó en sus emblemas, ó bien en los símbolos de los pueblos y de las ciudades. Añadíase á veces el busto de algun ciudadano ilus-

(3) Ateneo cita muchas, libro XIII. Véase tambien Polibio, XIV, 11, 2.

(4) Filon de Bisancio, *De las siete maravillas*. Blas de Vigenere, escritor del siglo XVI, fué el primero que imajinó esa posicion del coloso; pero al parecer éste era una gran estatua del sol.

(5) Pausanias, *Attica*, 3.

(6) Eliano, *Hist. var.* XIII, 22.

tre (7), el nombre del mismo pueblo, ó de los magistrados bajo los cuales era acuñada, ó del rey en los paises monárquicos. Los reyes persas mandaron acuñar monedas de oro y de plata en las ciudades griegas de Asia *(los darios)* con el busto de un arquero: los macedonios ponian en las suyas una cabeza de Hércules, pero el busto del dios cedió el puesto al de Alejandro, cuando cundió por todas partes su gloria.

Desde entonces sus monedas llevaron la efigie del príncipe reinante; el ejemplo de Macedonia fue imitado enseguida por los reyes del Bósforo, del Ponto, de Tracia, de Armenia, de los partos, y en fin, por todos los paises, de manera que con tales señales pudo deducir la numismática los retratos de los diferentes soberanos (8).

(7) El de Safo en Mitilene, el de Homero en diferentes ciudades. En tiempo de la república hicieron amenudo lo mismo los romanos.

(8) Pueden consultarse especialmente los trabajos de Vaillant sobre la numismática y la iconografia, aun cuando ha confundido amenudo los homónimos y, al hacer más grandes las pequeñas figuras de las medallas, alterado los contornos. Eckel es preferible. *De doctrina numerorum veterum*. Véase el tomo en que tratamos de los *Monumentos y bellas artes*.

CAPÍTULO XXI

CULTURA INTELECTUAL DE LOS ROMANOS.

Ocupada Roma hasta entonces en defenderse y en alcanzar triunfos, habia pensado muy poco en cultivar el entendimiento: los nobles en su orgullo, y el pueblo en sus miserias, miraban con igual desden todo lo que no fuese la fuerza. Cuando las guerras llevaron á los romanos á la Magna Grecia y á la Acaya, debieron escitar entre los vencidos un sentimiento análogo al que escitaron en los bizantinos los toscos europeos en tiempo de las cruzadas. No probaria tanto la ignorancia de los romanos el hecho de Mummio en Corinto (pág. 173), como el pasaje de Plinio á propósito de los relojes (1). No los tuvieron de ninguna clase, dice, hasta la época en que Valerio Mesala trajo (263) de la conquistada Catania un gnomon solar, que mandó colocar cerca de las tribunas: antes de esto, el heraldo público era quien anunciaba el mediodia y la última hora. La diferencia de latitud y la manera con que se habia colocado sin ninguna regla, hicieron inútil este cuadrante; y trascurrió un siglo antes de que fuese reemplazado con otro mejor (159). Introdujo después el censor Escipion Nasica Córculo el reloj hidráulico.

Al nombre de los Escipiones se asocia la idea de las primeras tentativas que se hicieron con gran celo para civilizar á los romanos, y la de una proteccion ilustrada concedida á los hombres de letras, que habian llegado de la Magna Grecia. Conducido esclavo á Roma Livio Andrónico de Tarento por Livio Salinator, para educar á sus hijos, hizo representar la primera accion escénica un año antes del nacimiento de Ennio y compuso un himno, que debian cantar veinte y siete doncellas. Tradujo tambien del griego la Odisea y diez y nueve tragedias griegas, de las cuales no quedan más que fragmentos (202).

Gneo Nevio campanio (240-162) describe en verso la primera guerra púnica, y se dice que su poema agradaba como una estátua de Miron.

Habia nacido Quinto Ennio, *de ingenio grande y de arte grosero* (2), en Rudias de Calabria; sirvió con el grado de centurion en el ejército romano de Cerdeña. Allí fué donde le conoció Caton el Viejo, quien le condujo á Roma. Enseñó en esta ciudad lengua griega á varios jóvenes patricios, haciéndose amar de los ciudadanos de la más elevada alcurnia. Concedióle Fulvio Nobilior por un decreto los derechos de ciudadano, y Escipion el Africano le llevó consigo en sus espediciones. Citábasele con gran elogio porque sabia la lengua griega, latina y osca; pero se vituperaba su carácter orgulloso y cáustico. Además de la *Hécuba*, de la *Medea* de Eurípides, de otros dramas, de un poema de Epicarmo y del libro de Evehemero contra los dioses, los que tradujo del griego, dotó á Roma con un poema titulado *Anales de la república*, que por mucho tiempo leyó en público, y con otro en honor de Escipion. Compáralo Quintiliano á una selva venerable por su antigüedad, cuyas colosales encinas inspiran más respeto que agrado á la vista. Los fragmentos que de él han llegado á nosotros, dan una idea de un republicano austero y leal amigo (véase pág. 149).

Sátira.—Atribúyesele la invencion de la sátira. Era la sátira griega un drama, en el cual los sátiros desempeñaban los principales papeles; pero cuando los griegos querian burlarse ó ridiculizar á sus enemigos, se servian del teatro ó de la epopeya, como en el *Margites*, atribuido á Homero; ó de la

(1) *Hist. nat.*, VII, 60.

(2) Ovidio, *Trist.* II, 424.

poesia lírica, como en los *Yambos* de Arquíloco; ó tambien de la forma didáctica, como lo verificó Simónides en su poema sobre las mujeres. Burlábanse más bien de las personas que de los vicios y las ridiculeces, escepto quizá en los *Silos*, que se nombran tan solo, pero de los cuales no poseemos datos suficientes para formar juicio.

Esta clase de poesia, que tenia por objeto corregir las costumbres escitando la risa, empleaba versos de toda clase de metro, por lo cual se le llamó *sátira*, de una palabra osca, que indicaba un plato de toda clase de frutas, con el que por lo comun se hacian ofrendas á Ceres y á Baco (3).

Escribió tambien Marco Pacuvio de Brindis (218), sobrino de Ennio, sátiras; pero son poco numerosos los fragmentos que han quedado. Fué perfeccionado este género por Cayo Lucilio, que nació en Suesa en 147. Compuso treinta libros de sátiras dándoles formas más instructivas, proponiéndose directamente la correccion de las costumbres y dando al exámetro cierta libertad y desembarazo que le hacia asemejarse á la prosa.

Arte dramático.—Es probable que en la estacion de la vendimia, después de la siega, para descansar del trabajo y en la época de las fiestas celebradas en honor de Palas, los antiguos agricultores, hombres robustos y que con poco se contentaban, se entregasen á la alegria con sus fieles mujeres, hijos y compañeros de sus trabajos; que la música y la danza (4) proporcionasen á su alma el recreo después de la fatiga; que ejecutasen tambien cantos acompañados con gestos y tal vez diálogos. Pero no creemos que tal haya sido jamás el orígen del verdadero arte dramático, que exige una accion, una intriga y un desenlace. Suponen tanto Aristóteles como Solin y los autores más recomendables, que el arte cómico tuvo su cuna en Sicilia, y que trasladado desde allí á Atenas por Epicarmo y Formion, progresó hasta el grado en que le hemos conocido. Es, pues, muy verosímil que pasase de allí al resto de la Italia. Primero se hacian versos, más bien rítmicos que métricos, llamados *saturninos*, de la edad fabulosa de Saturno, ó *fesceninos* de Fescenia, cuyos habitantes eran muy inclinados á la sátira. Eran por lo demás composiciones informes y toscas.

Por miserables que sean aquellos ensayos, desmienten el orígen griego y tardio que Horacio supone á la literatura romana no dándole nacimiento sino después de la ocupacion de la Grecia (5).

Aun lo desmiente más la historia. En un pasaje lleno de detalles estremadamente notables, quiere Tito Livio que los romanos hayan tomado los juegos escénicos, como otras tantas cosas, de los etruscos. Dice que en el año 390 de Roma, en época de una epidemia (6), considerándose impotentes las supersticiones habituales para apaciguar la cólera celeste, se introdujeron las representaciones

---

(3) Llamábase por la misma razon *lex satura* una ley que abrazaba varios títulos. Estaba prohibido hacer votar al pueblo *per saturam*, es decir, por varias proposiciones á la vez. Define Diómedes de esta manera la sátira: *Satira et carmen apud Romanos, nunc quidem maledicum et ad carpenda hominum vitia archææ comœdiæ charactere compositum, quale scripserunt Lucilius, Horatius et Persius; sed olim carmen, quod ex variis poëmatibus constabat, satira dicebatur, quale scripserunt Pacuvius et Ennius.*

(4) *Agricolæ prisci, fortes parvoque beati,*
Condita post frumenta, levantes tempore festo
Corpus et ipsum animum, spe finis dura ferentem,
Cum sociis operum, pueris et conjude fida,
Tellurem porco, Silvanum lacte piabant.
(Horacio, Ep., II, 1.)

(5) *Græcia capta ferum victorem cepit et artes*
Intulit agresti Latio.....
Serus enim græcis admovit acumina chartis.
(Horac., Ep., II, 1.)

(6) «Duró la peste este año y el siguiente en tiempo de los cónsules Tito Sulpicio Polito y Cayo Licinio Estolon, y con este motivo nada se emprendió digno de memoria, escepto el que para conseguir la paz de los dioses se hizo en honor suyo un lectisternio por tercera vez desde la fundacion de la ciudad. Pero como no cesaba el mal ni con los remedios humanos ni con los divinos, estando ganados por la supersticion los ánimos, se prepararon juegos escénicos, cosa nueva y desusada en aquel pueblo belicoso, que no tenia en uso más espectáculo que el del circo. Fué por lo demás esta innovacion, extranjera en su principio, como casi todas las demás, sin llegar á conseguir grande aparato. Se hizo venir de Etruria á los juglares (ludiones), quienes saltando al compás de las flautas y pífanos, ejecutaban los movimientos convenientes, segun el uso toscano; pero sin canto, palabras ni gestos. Imitábalos enseguida la juventud, cambiando chistes y aun versos sin arte alguno, sin que la postura de la persona estuviese acorde con el canto: fué bien recibida esta innovacion y ejecutada varias veces con aplauso. La palabra toscana *ister*, significa juglar ó farsante y los que figuraban en aquellos juegos se llamaron histriones; recitaban versos que no eran toscos ni semejantes á los fesceninos, sino sátiras llenas de modulaciones acompañadas con movimientos graciosos y un canto al compás de la flauta. Dícese que Livio, que fué el primero que después de la introduccion de las dichas sátiras tuvo valor de escribir y elevarse hasta las composiciones dramáticas, recitó en ellas versos como casi todos los autores de aquel tiempo. Habiéndosele alterado la voz por las numerosas representaciones, obtuvo el permiso de colocar un mancebo para cantar con el flautista, mientras que animaba el canto con sus ademanes, con tanta más accion, cuanto no se encontraba embarazado para servirse de la voz. Empezaron después á hacer lo mismo los histriones, conservando su voz para los diálogos. En virtud de este uso desapareció la libre y loca alegria de los juegos, y se convirtió por grados la diversion en arte. Dejando entónces los jóvenes la representacion de las fábulas á los histriones, empezaron á ejecutar mancomunadamente piezas alegres y versos ridículos, sin permitir jamás á los histriones intervenir en esta clase de diversion tomada de los pueblos oscos. De aquí ha provenido que no han sido escluidos de la milicia los actores de las fábulas atelanas, porque no ejercen el arte de histriones. He creido deber referir entre los humildes principios de las instituciones el primer orígen de los juegos con el objeto de que se vea cuan prudente fué en su principio esta diversion, tan locamente costosa en el dia, y á la cual apenas basta la riqueza de los más opulentos reinos.» Tito Livio, VII, 2.

teatrales, que se ejecutaban por los cómicos etruscos, llamados *histriones* en su idioma, los cuales danzaban con gracia al compás de la flauta y gesticulaban sin hablar. Fueron imitados por la juventud romana, que para divertirse, añadia á la accion versos groseros pero alegres. Introdujéronse después histriones hábiles que repitieron composiciones en las que habia más arte, y que distaban de los versos fesceninos. Representaron sátiras cuyas palabras concordaban con los sonidos de la flauta y movimientos del actor. Continua diciendo que algunos años después se atrevió á mejorarlo Livio Andrónico, componiendo dramas cuya accion era una, y habiendo perdido la voz representándolos, obtuvo (nótese esto) el poder colocar delante del actor un mancebo que cantaba sus versos, en tanto que él acompañaba con los ademanes tanto más espresivos cuanto no se distraia con los sonidos que ántes hacia dar á su órgano. De aquí procede el uso adoptado por los histriones de espresar con la accion lo que otro cantaba, y no hablar más que en el diálogo.

Atelanas.—Abandonó la juventud romana á aquellos actores de profesion la representacion de los dramas de cierta estension, contentándose con representar las atelanas, sobre cuyos actores no pesaba la nota de infamia. Pero siendo estas piezas el patrimonio de la juventud noble, no pudieron adquirir lo que constituia el drama, ni el tono democrático que produjo en Grecia el poder de la comedia. Antes de su introduccion se representaban ya *sáturas*, mezcla de música, recitado y baile. Pasáronse ciento veinte y tres años entre la primera aparicion de los histriones etruscos y la primera comedia de Livio Andrónico. Además, aquel autor vivia un siglo antes que Roma saliese victoriosa de las guerras púnicas y pudiese conseguir lo que hubiese digno de atencion en Sofocles, Esquilo y Tespis (7), antes que Mummio importase de Corinto los espectáculos de la escena, como le atribuye Tácito (8). No trató sino de asuntos griegos Andrónico, como tampoco Ennio, Plauto, Nevio y Terencio; este fué, no obstante, el único que nació después de la entrada de los romanos en Grecia.

Un tal Porcio Licinio, citado por Aulo Gelio, que refiere al tiempo de la segunda guerra púnica el primer ensayo de la musa de Roma (9), se acercaria así, pues, á la verdad, más que Horacio y Tácito. Pero como Nevio habia ya combatido en la primera guerra contra Cartago, nos inclinamos á creer que la Magna Grecia, más bien que la misma Grecia, fué la que dió á conocer á Roma este género de literatura. Sabemos con efecto, que muchos pitagóricos habian escrito comedias en la Magna Grecia (10), y particularmente Riton de Tarento, que sirvió de modelo á Lucilio é inventó una especie de comedia sin que sepamos cual.

Nos revela el pasaje de Tito Livio la naturaleza del teatro entre los romanos. No era este un simple pasatiempo, sino una institucion civil y religiosa. No tenia allí la accion dramática la misma importancia que en Grecia, pero era como un apéndice de lo que verdaderamente formaba la diversion de los romanos, es decir, de los juegos del circo. Se representaban en Grecia las composiciones teatrales en un sitio cubierto de árboles y de follaje (*scena*).

Con mucha variedad fueron sucesivamente introducidos los espectáculos escénicos en Roma. Distinguíanse principalmente los dramas elevados y las tragedias en *palliatæ y togatæ*, segun fuese el asunto griego ó romano; *prætextatæ*, cuando aparecian en ellas personajes de elevada esfera revestidos con la *pretexta;* seguian después muchas comedias de segundo órden, *tabernariæ, mimi* (los mimos), *atellanæ*. Siempre queridas del pueblo estas últimas, y al que divertian con sus picantes burlas, no podrian, como suponen algunos, ser comparadas á nuestras comedias sobre un tema dado. Era, no obstante, regular y meditado el argumento, conservando sobre todo la antigua gravedad romana, por lo que Tiberio se quejaba de que las hubiesen dejado degenerar en su tiempo.

Citanse del mencionado Pacuvio de Brindis diez y nueve tragedias, de las que alaba Quintiliano la profundidad de sentencias, el vigor de estilo y la verdad de caractéres; pero lo poco que nos ha quedado, solo demuestra oscuridad y falta de armonia en la diccion.

Nacido en Roma Lucio Accio (170), é hijo de un liberto, compuso gran número de ellas, en su mayor parte sobre asuntos nacionales.

Plauto.—Abandonada en su infancia la comedia con Andrónico y Nevio, aumentó sus proporciones en tiempo de Accio Plauto, natural de Sarsina en la Umbria (227). Después de haber ganado mucho con la poesia, se dedicó á especulaciones mercantiles, en las que todo lo perdió, hasta el estremo de verse reducido á dar vueltas á un molino. Escribió gran número de comedias; aunque generalmente no hizo mas que retocarlas, tal como en el dia suelen hacer en Francia los más afamados autores, y no obstante corrian después bajo su nombre. Todas, á más, son traducidas ó imitadas del griego, y no representan mas que costumbres griegas. Quédannos aun veinte.

Terencio.—Otros compusieron además comedias (11), pero el supuesto cartaginés Publio Te-

(7) Horacio, *Ep.*, II, 1.
(8) *Annales*, XIV, 21.
(9) *Punico bello secundo, musa primato gradu*
Intulit se bellicosam in Romuli gentem feram.
(A. Gelio, XVII, 21).

(10) Lydus, *De magistr. reip. romanæ*, I, 41.
(11) Volcasio Sedigito, que existió en tiempo de los emperadores, emite el juicio siguiente sobre los cómicos latinos.
Multos incertos certare hanc rem vidimus,
Palmam poetæ comico quod deferant.

rencio, que nació en 127, los eclipsó á todos. Habiendo sido robado en su infancia por piratas, fué vendido á Terencio Lucano, senador romano, quien le educó y le dió libertad. Después de haber reunido algun dinero pasó á Grecia, donde murió á la edad de treinta y cinco años. No nos quedan de él más que seis comedias, y tal vez no escribió más; las ciento ocho piezas traducidas de Menandro, que segun la opinion de Suetonio, perdió en un naufragio, no debian ser más que bosquejos ó borradores. Parece que es propiedad suya el *Eunuco*, aunque haya introducido en él los caractéres de Gnaton y Trason, tomados del *Adulador* de Menandro. Tuvo tanto éxito esta comedia, que se representó dos veces en un dia, y produjo á sus autores 8,000 sextercios.

Aspero y jocoso Plauto deja conocer que ha vivido familiarmente con el vulgo; más civilizado Terencio, revela su trato con la alta sociedad; en el uno la alegria peca por demasiado exagerada; y en el otro por moderacion. Tanto los caractéres como las descripciones son sacadas de los originales. Critica Horacio en el primero haber trabajado á destajo, para percibir más antes su salario. Pasaron las comedias del otro por haber sido escritas en colaboracion con Escipion Emiliano y Lelio, romanos de los más ilustrados de su tiempo. Sea de ello lo que quiera, se hallan bien distantes Plauto y Terencio de la delicadeza de sentimiento y de esposicion de los cómicos griegos. Son personajes comunes en las comedias de Plauto la cortesana, el corredor de oreja, el criado que proteje los vicios de su jóven amo, el padre avaro, el parásito y el soldado fanfarron y hasta llevan los mismos nombres, como las máscaras en el antiguo teatro italiano. Se dicen mútuamente injurias, ó hacen monólogos interminables, ó se dirigen á los espectadores, sin hacer desgraciadamente nada natural sino en las obscenidades del peor género. Es descuidado el verso, y á veces grosero, y el chiste licencioso; pero todo esto agradaba al populacho, que en el diálogo de la pieza, en gerga usada por la plebe, encontraba su lenguaje. Debe ser este autor ménos del gusto de los literatos que de los filólogos. Gustan los italianos en el dia de encontrar en él los idiotismos que aun se usan entre ellos, y que no se encuentran en autores de un estilo más acabado, lo que nos confirma cada vez más en la opinion de que el lenguaje del vulgo era diferente del de las gentes de letras, que nunca aspiraron en Roma á la popularidad. Es probable que habiéndose alterado el idioma patricio en la decadencia de la cultura romana, poco á poco se sobrepuso el lenguaje del vulgo, hasta que las modificaciones indispensables al curso de los siglos y á tantas vicisitudes formaron el rico y hermoso idioma de la presente Italia.

Horacio desprecia todas las comedias que tienen el estilo primero de los mencionados; pero se sabe que en sus juicios atendia solamente ó con preferencia á la delicadeza de la espresion, por lo cual le parecian horribles los metros saturninos y tosco Plauto.

No buscó sus personajes Terencio en tan baja esfera como Plauto; es verdad que las mujeres que ponia en escena, no podian ser sino cortesanas para mostrarse en público; pero habian sido robadas en edad temprana, y sus reconocimientos forman el desenlace habitual de la intriga; hay además en sus comedias un lugar para el hombre de bien (12). Se encuentra la moral ménos relajada, la sátira ménos libre, el diálogo más espontáneo y escrito en términos más selectos. Es verdad que hay ménos fuerza cómica é invencion en Terencio, mas él se escusaba diciendo que ya no era posible hacer nada nuevo (13). Ni uno ni otro conocieron el arte de *instruir deleitando* que debia ser el objeto de la comedia; tenian por objeto especial divertir á los espectadores (14).

Este desenlace ordinario de las piezas de teatro, que consiste en hacer aparecer un personaje que se ha creido muerto ó en hacer reconocer ya á un padre ó á un hijo, debia parecer ménos estraño

---

Eum, meo judicio, errorem disolvam tibi,
Ut, contra si quis sentiat, nil sentiat.
Cæcilio palmam Statio do comico;
Plautus secundus facile exuperat ceteros;
Dein Nævius qui fervet tertio in pretio est;
Si quid quarto detur dabitur Licinio;
Attilium post Licinium facio insequi;
In sexto consequetur hos Terentius;
Turpilius septimum, Trabea octavum obtinet,
Nono loco esse facile facio Lucium;
Antiquitatis causa decimum adde Ennium.

En A. Gelio, xv, 24.

(12) Decia César de Terencio.

Tu quoque, tu in summis, ó dimidiate Menander,
Poneris, et merito, puri sermonis amator,
Lenibus atque utinam scriptis adjuncta foret vis,
Comica ut æquato virtus polleret honore.
Cum Græcis, neque in hac despectus parte jaceres!
Unum hoc maceror et doleo tibi deesse Terenti.

Aunque todo el mundo haya aceptado la espresion *vis cómica* estamos tentados á creer que el tercero y cuarto verso deben tener su signo ortográfico, como hemos hecho, uniendo *vis* no á *cómica* sino á *virtus*.

(13) *Quod si personis iisdem uti allis non licet,*
Qui magis licet currentes servos scribere,
Bonas matronas facere, meretrices malas,
Parasitum edacem gloriosum militem,
Puerum supponi, falli per servum senem,
Amare, odisse suspicari? Denique
Nullum est jam dictum quod non dictum sit prius.

(Prol. del *Eunuco.*)

Esta era la intriga de todas las comedias.

(14) *Poeta, cum primum animum ad scribendum appulit,*
Id sibi negotii credidit solum dare
Populo ut placerent quas fecisset fabulas.

(Terencio, Prol. de la *Andria.*)

Eum esse quæstum in animum induxi maximum,
Quam maxume servire vostris commodis.

(Prol. del *Heautontimorumenos.*)

entre los antiguos, por su costumbre de abandonar á los niños y reducir á esclavitud á los prisioneros de guerra, y tambien por las frecuentes incursiones de los piratas y dificultad de comunicaciones de un pais con otro. Con respecto á los apartes y dobles acciones, la vasta estension del teatro salvaba la inverosimilitud, representando por lo comun la escena una plaza donde desembocaban varias calles.

No habia admitido la comedia latina el coro, parte esencial de la de los griegos; y en efecto la *caterva* ó *grex*, que se nota en algunas de la de Plauto, no era más que la multitud de cantores, músicos y danzantes que habian figurado en los intermedios. Llenaban la música y el baile el intérvalo de los entreactos.

No tienen prólogos las comedias griegas que han llegado á nuestros tiempos. Los que encontramos en ciertas tragedias, son dichos por uno de los personajes, y no por el mismo autor, como sucede en Plauto y Terencio. ¿Pero quién nos asegura que no sucedia lo mismo con los griegos, que nos han trasmitido tan corto número de sus composiciones teatrales?

Quisieron los romanos por imitacion hacer tambien comedias; pero para ellos traducir con alguna libertad se consideraba como original. No hicieron Plauto y Terencio más que poner en latin las composiciones griegas de la época más reciente, sobre todo las de Menandro. No se defiende Terencio del cargo de plagiario, más que alegando no haber copiado la traduccion de otro alguno. Por lo demás, nos han conservado de este modo las comedias griegas, cuyo original no existe. Mas como se permiten en su libre version, cambiar, añadir y suprimir á su antojo, no hay fundamento para conocer las verdaderas costumbres griegas ó romanas.

¿Qué motivo de estudio tan provechoso nos hubieran proporcionado, si hubiesen existido, las comedias *togatæ*, *trabeatæ*, *tabernariæ* de los romanos, cuando tan voluntariamente nos detenemos al encontrar un poeta dramático, y penetramos con él en el interior de la vida doméstica para conocer en sus hogares á los personajes que la historia nos presenta cubiertos de armaduras ó envueltos en la toga, en el campo de batalla ó en la tribuna? Es cierto que en las únicas piezas de Plauto y de Terencio que nos han quedado, aunque traducidas del griego, se han tomado ciertos detalles de las costumbres romanas. Sucede así, sobre todo, en las de Plauto, quien con ménos instruccion y costumbres más vulgares saca sus inspiraciones de su propia esperiencia, y no de su memoria. A esto fué tambien á lo que debió, á pesar de la desaprobacion de severos jueces, el continuar agradando al pueblo; y en efecto, éste conocia en sus copias los originales que podia citar sin ir muy lejos.

Por eso encontramos en el *Curculion* la descripcion de los barrios de Roma, hecha por el director de la caterva; nos pone de manifiesto en los comicios los falsos testigos y los perjuros que venden su testimonio para los juicios y su sufragio en las elecciones, los maridos libertinos, cuyas prodigalidades escandalizan, rondando detrás de la Basílica y cerca del templo de Leucadia Opia; los noticieros en el camino de Toscana; los fanfarrones en las inmediaciones del templo de Cloacina; los glotones en el mercado de pescados; las gentes ricas en el fondo del foro, y en el lago los maldicientes (15).

Pone en oposicion por lo regular la rusticidad latina en su sencillez, con la astuta corrupcion griega, aunque es verdad que el lujo ya se aumentaba, y que el uso de un vaso de arcilla en los sacrificios á los dioses pasaba por avaricia (16). Eran en efecto los muebles más suntuosos; los carros á pesar de ser aun toscos y para uso del campo, ostentaban cierto fausto (17). Puede deducirse principalmente de Plauto la lucha de la antigua rudeza con las nuevas costumbres, pues en sus dramas ostentan los ciudadanos suntuosidad sin elegancia, viven en Roma solamente durante la época de los negocios, pasando el resto del año en el campo con gran sentimiento de los parásitos, que en el ínterin debian matar el hambre como podian (18).

Distinguíanse las mujeres notablemente por su vanidad, por el aumento del número de sus servidores y de las gentes empleadas en las diferentes partes de sus vestidos y adornos (19). A despecho de la ley que procuraba mantenerlas en una estrecha sujecion, se apoderaban del gobierno de las casas, siendo la principal causa de su ascendiente los crecidos dotes que tenian, y tiranizaban á aquellos que les habian sido destinados por tiranos. Habíase aumentado considerablemente la clase de las desgraciadas que trafican con el amor ó el deleite (20). Pero habia ya llegado hasta tal estremo la corrupcion, que se encontraban los padres rivales de sus hijos en las casas de disolucion (21), adonde acudian los jóvenes no solo por el libertinaje, sino con el deseo de robar lo que encontraran que fuese precioso ó raro (22); vicio del que no se

---

(15) *Curculion*, acto IV, esc. 1.

(16) *Tenax ne pater ejus est?—Immo ædepol pertinax: Quin etiam, ut magis noscas genio suo ubi quando sacrificat, Ad rem divinam quibus est opus, samiis vasis utitur.*
Cautivos, II, 2.

(17) *Nunc, quoquo venias, plus plaustrorum in ædibus, Videas, quam ruri, quando ad villam veneris.*
Aulul, III, 5.

(18) *Ubi res prolatæ sunt, cum rus homines eunt, Simul prolatæ res sunt nostris dentibus... Dum ruri rurant, homines quos ligurriant, Prolatis rebus, parasiti venatici Sumus: quando res redierunt, molossici.*
Cautivos, I, 1.

(19) *Aulularia*, III, 5.

(20) Sus artificios están descritos en el *Truculento*, I, 1.

(21) *Ut apud lenones rivales filiis fierent patres.*
Bacchides, al fin.

(22) *Quippe Ut semel adveniunt ad scorta congerrones...*

corrigieron ni aun en los más brillantes dias del imperio (23).

A veces Plauto nos describe á los filosofastros que iban á Roma á echárselas de maestros: «Procura (esclama el parásito Curculion) que no me detengan aquellos griegos que se pasean con luengos mantos y cubierta la cabeza: andan siempre cargados de libros y llevan consigo á la vez las sobras de la mesa; aparentan reunirse para conferenciar entre sí, y no son más que bribones que te incomodan é importunan; espetan á cada paso máximas, pero se meten fácilmente en las tabernas; y cuando han hecho alguna bribonada, se envuelven la cabeza y beben sin medida: entonces es divertido ver aquella gravedad que da traspieses.» (24) Algunas de las espresiones de Plauto parecen indicar tambien que ya entonces se tenia el uso de molestar á los viajeros con mil inquisiciones en las aduanas (25) y de quitar el sello de las cartas en los límites ó confines (26).

Marcó siempre la ley en Roma lo que concernia á las representaciones teatrales, no pudiendo estas desde entonces adquirir la influencia y la democrática libertad á que las vió llegar Grecia, ó al grado de impúdica desfachatez que toleró á lo ménos. La nobleza desconfiando de la plebe que convertia la escena en un medio de ataque contra ella, refrenó la licencia de la comedia, aplicándole la ley de las XII Tablas, que condenaba al difamador á los azotes ó á la muerte (27). Aunque fuese atemperada esta legislacion por las más humanas y equitativas disposiciones, vemos más de un ejemplo de citaciones en juicio por ultrajes dimanados del teatro. Siempre que los opresores de las libertades públicas osaron levantar la cabeza, se agravaron estas leyes represivas. No faltó á ello Sila, y escribia Ciceron en su tiempo á Atico, que no atreviéndose nadie á manifestar su opinion por escrito por temor al castigo, ni á reprobar abiertamente á los grandes, quedaba el teatro como único recurso, por cuanto en él se hacian repetir los versos ó los pasajes en que se creia percibir una alusion á los negocios públicos (28). Habituados los paises modernos á la libertad de la prensa, no concebirán después de esto una idea muy ámplia de la libertad literaria de Roma.

Consideraba la severidad romana que se envilecia un hombre con ejercer un arte que no satis-

---

Unus eorum aliquis osculum amicæ usque oggerit.
Dum illi agunt quod agunt, sunt cæteri eleptæ.
Truculento, I, 2.

(23) Ovidio en el *Arte* de amar, III, 441 advierte á las mujeres se guarden de aquellos que las obsequian por sus alhajas.

(24) *Date viam mihi...*
Tum illi Græci palliati, capite operto qui ambulant,
Qui incedunt subfarcinati cum libris, cum sportulis,
Constant, conferunt sermones inter sese drapetæ:
Obstant, obsistunt, incedunt cum suis sententiis,
Quos semper videas lubenter esse in thermopolio;
Ubi quid subripuere, operto capitulo calidum bibunt,
Tristes atque ebrioli incedunt.
PLAUTO, *Curculion*, II, 2.

(25) *Rogitas quo ego eam, quam rem agam quid negotii geram,*
Quid petam, quid feram, quid foris egerim?
Portitorem domum duxi; ita omnem mihi.
Rem necesse loqui est, quidquid egi atque ago.
Menœchmi, I, 2.

(26) *Jam si obsignatas non feret, dici hoc potest,*
Apud portitorem eas resignatas sibi
Inspectasque esse.
Trinummus, III, 3.

(27) CICERON, *De rep.* dice: «Nunca las comedias, á no tolerarlo las costumbres, hubieran podido dar muestras de su maldad en los teatros; y los griegos mas antiguos conservaron cierto viso de conveniencia á tan viciosa opinion; pues sus leyes mismas permitian que los autores dramáticos pudieran decir lo que se les antojase y de quien se les antojase, hasta designando á las personas por su nombre... Con efecto, ¿quién se libró de sus ataques, quién no fué maltratado por ella, y á quién perdonó? Si solo hubiese ofendido á un Cleon, á un Cleofonte y á un Hipérbolo, hombres malos y sediciosos en la república, cosa es que podia soportarse, aunque valia mas que semejantes ciudadanos fuesen tachados por el censor que por el poeta; pero que un Pericles, después de haber gobernado con autoridad suprema su ciudad por espacio de muchos años, tanto en la paz como en la guerra, fuese ultrajado en los versos que se declamaban en la escena, es tan injusto como si Plauto ó Nevio hubiesen blasfemado contra Publio y Escipion, ó Cecilio contra Marco Caton..... Castigando, por el contrario, las Doce Tablas con la muerte un reducido número de delitos, se estimó que aquel que habia dicho injurias ó compuesto versos á otro vituperándole ó infamándole, no debia ser absuelto de esta pena. Cosa muy bien hecha, pues que nuestro método de vida debe ser sometido al juicio de los magistrados y á los legítimos procedimientos; pero no á la imaginacion de los poetas: no debemos oir asimismo injurias, sino con la condicion de que nos sea permitido responder á ellas y defendernos en juicio...»

(28) Cuando fué llamado de nuevo Ciceron á su patria, el autor trágico Esopo, que representaba en el Telamon de Accio, se hizo aplaudir cambiando algunas palabras de estos versos: *Quid enim? Qui rempublicam certo animo adjuverit, statuerit, steterit cum Argivis..... re dubia nec dubitari vitam offerre, nec capiti pepercerit... Summum, animum summo in bello.... summo ingenio prœditum..... o pater!..... hæc omnia vidi inflamari... O ingratifici Argivi inanes Graji: immemores beneficii.... Exulare sinitis, sinitis pelli, pulsum patimini, etc.*

Cuando Difilo, en los espectáculos apolinarios recitó estos versos:

Nostra miseria tu es magnus....
Tandem virtutem istam veniet tempus cum graviter gemes...
Si neque leges, neque mores cogunt....

creyó el pueblo ver en ellos una alusion á Pompeyo y obligó al autor á repetirlos miles de veces *(millies coactus est dicere.* CICERON *á Att.*, II, 19).

Bajo el reinado de Neron un actor que debia decir.—*Adios, padre mio; adios, madre mia*,—acompañó la primera frase con gestos que esplicaban la accion de beber y la segunda con los de nadar, para aludir al género de muerte de los padres del tirano. En una de las fábulas atelanas al proferir: *Orcus vobis ducit pedes (El Orco os tira de los piés)*, se volvió á los senadores.

facia necesidad alguna, ni tenia más objeto que el deleite; reputaba como infame al que fingia por el dinero sentimientos que no esperimentaba, ofreciéndose en espectáculo y esponiéndose á los insultos de la muchedumbre.

Por eso reputábanse entre los romanos como infames los mimos, privándoles de todas las prerogativas civiles; los censores podian escluirles de la tribu, y los magistrados hacerlos azotar impúnemente: una marca impresa en su cuerpo les escluia de todo empleo público y hasta de servir en las legiones.

A diferencia del teatro griego, admitia la escena romana mujeres, con tal de que su vestido no ofendiese al decoro. Pero estas mujeres estaban deshonradas, y se prohibia á los senadores contraer matrimonio con actrices, como tambien con las hijas ó nietas de histriones.

Los silbidos ó el batir palmas eran la espresion de la censura ó de la alabanza por parte de los espectadores, y cuando un actor era silbado, debia quitarse la máscara.

Al principio se construian los teatros para casos determinados y duraban á lo más un mes, aun cuando la armazon estuviese adornada con mucha elegancia, y hasta dorada y plateada, y aunque se colocasen allí las estatuas y otros despojos tomados á los pueblos vencidos. Escauro hizo después edificar uno capaz de contener ochenta mil espectadores, ornado con tres mil estatuas y con trescientas sesenta columnas de mármol, de vidrio y de madera dorada. Despues de la derrota de Mitrídates, mandó Pompeyo construir el primer teatro permanente, á imitacion del de Mitilene. Podian tener allí cabida cuarenta mil espectadores en las quince graderias que ascendian desde la orquesta hasta la galeria superior. El de Marcelo fué edificado por Augusto; formaba un hemiciclo, cuyo diámetro interior tenia cerca de cincuenta y cinco metros, y el del recinto esterior era de ciento veinte y cuatro. El plano de estos teatros estaba tomado de los griegos, salvo que en la Grecia el hemiciclo del fondo estaba destinado para los bailarines, mientras que entre los romanos era el sitio de los personajes de alta dignidad y de los senadores. Los primeros bancos después de la orquesta, estaban ocupados por los caballeros, separados por una balaustrada del pueblo, que tenia asiento en las graderias superiores.

Cayo Curion, desesperado de superar á sus predecesores en magnificencia, les dejó muy atrás en estravagancias: mandó construir para los funerales de su padre dos teatros sobre un eje, á fin de que pudieran girar con todos los espectadores, de tal modo que terminadas las representaciones escénicas se comunicaba á estos teatros un movimiento de rotacion que los juntaba: así se formaba un solo recinto y los espectadores se hallaban dentro de un anfiteatro.

Poca aptitud manifestaron siempre los italianos para el verdadero drama, y por el contrario mucha para el género burlesco siendo vivos y mordaces como siempre.

Son de creacion antigua los personajes enmascarados, y no traen su fecha solo de la Edad Media, como creen algunos. El macco ó sannio, padre del zanni ó arlequin italiano, era un bufon con la cabeza rapada y vestido de remiendos de diferentes colores. Se ha encontrado en Pompeya el Polichinela, personaje enmascarado de las fábulas atelanas.

Terencio y Plauto escribieron casi siempre comedias *palliatæ*, es decir, representadas con trajes griegos, por ser imitadas de los autores de Grecia. El autor más célebre en la comedia *togata* fué Afranio (100), de quien nos queda bien poco. A mayor abundamiento atestigua Quintiliano el escaso mérito atribuido á estas composiciones, cuando dice que la literatura latina cojea en la comedia.

En tiempo de Augusto se dió más mérito á la originalidad, sin que esta consistiera en poner el autor de su propia cosecha, sino en imitar más libremente y de un modo nuevo. Asinio Pollion fué el trágico más famoso; pero no nos ha sido conservada ninguna de sus obras. Sabemos que Ovidio escribió una *Medea*; pero los lugares comunes con que llenó sus *Heróidas*, y la desventurada facilidad de su estilo no nos consienten deplorar que se haya perdido. Apenas merecen clasificarse como tragedias los diálogos ampulosos y las declamaciones estóicas del seudo Séneca.

Faltaba á los romanos aquella dulce humanidad, aquel sentimiento armónico de que estaban privilegiados los griegos; y un pueblo habituado á contínuas guerras, al espectáculo de reyes encadenados, á la matanza de los prisioneros, debia recrearse con especialidad en contemplar combates, en ver correr sangre á campo raso, en el anfiteatro y en el circo (29). El furor de las fieras encarnizándose unas contra otras, y sus esfuerzos por libertarse de una amenazadora muerte, sus espantosos rugidos, sus últimas convulsiones, proporcionaban varonil solaz á los Escipiones y á los Catones, y lo que es más, á sus propias mujeres.

Circo.—La primera mencion que se hace del circo asciende á los tiempos de Rómulo, quien mandó levantarlo cerca del Foro. Tarquino el Antiguo mandó construir otro, llamado el Circo máximo, entre el Palatino y el Aventino. Tenia tres estadios y medio de longitud por uno y medio de anchura, y podia contener ciento cincuenta mil espectadores; luego ciento sesenta mil cuando Julio César le dió más ensanche; y por último trescientos ochenta mil

(29) ¿Por qué no tuvo Roma tragedias? Esta cuestion la trata con sumo juicio Nisard, apropósito de Séneca, en sus *Estudios sobre las costumbres, y los poetas de la decadencia*.

Lange (*Vindiciæ romanæ tragœdiæ*. Leipzig, 1822) reunió hasta cuarenta trágicos romanos. Véase tambien *Tragicorum romanorum reliquiæ; recensuit.* Otto Ribbeck, Leipzig, 1852.

cuando mandó Trajano que fuera reconstruido. Habia sido comprendido en el incendio ordenado por Neron. Augusto habia colocado allí el obelisco que se ve actualmente en la plaza del *Popolo;* Constancio mandó edificar el que se alza ahora en la plaza de Letran. No contó ménos de diez Roma; y el de Caracalla, del que más adelante se sacó el Obelisco de la plaza Navona, subsiste todavia. Como estaban destinados especialmente á las carreras tenian la figura de un cuadrilátero, terminando en semicírculo uno de sus estremos, estando dividida á lo largo la arena por un parapeto *(spina)* ornado de estátuas y de obeliscos, y terminada por pequeñas columnas *(metæ):* los espectadores tomaban asiento en las graderias circulares, que se alzaban entorno.

Eran los anfiteatros dos teatros reunidos, formando casi un óvalo, y destinados principalmente para los gladiadores. En rededor de la arena se veia el *podium*, lugar reservado para los magistrados y altos dignatarios: detrás de ellos se sentaban los caballeros, después el pueblo como en los teatros. Solamente en tiempo de Augusto se construyó un anfiteatro de piedra; luego Vespasiano y Tito edificaron en el año 72 de J. C. el Coliseo (ó Coloseo), cuyas admirables ruinas subsisten todavia. Su elipse tiene quinientos treinta y cuatro metros de desarrollo en el esterior, y en lo interior doscientos treinta y nueve. El muro de recinto, formado de cuatro órdenes de arquitectura superpuestos, tenia de elevacion cuarenta y nueve metros, y dentro podian tener cabida noventa mil espectadores. En bóvedas practicadas alrededor estaban encerradas las fieras. Se podia tambien hacer fluir agua á la arena, que á veces hasta fué regada con aguas olorosas; toldos tendidos encima de los espectadores les ponian á cubierto del sol y de la lluvia. Acostumbrábase el romano en los anfiteatros al valor y á la ferocidad, presenciando los combates de las fieras y la muerte de los gladiadores, segun las reglas del arte, espectáculo que introdujeron por la primera vez Marco y Decio Bruto (266) para honrar las exequias de su padre (30).

Historia.—Un pueblo cuyos sangrientos triunfos aumentaban contínuamente su gloria y poderio, debia desear hacer perdurable su recuerdo. Aun cuando el incendio prendido por los galos destruyera los antiguos documentos, se habia salvado cierto número dentro del Capitolio, como las tablas de las leyes y muchos tratados. No obstante, lo que se habia escrito en el antiguo lenguaje, no era comprendido sino por corto número de personas: así las actas relativas á los primeros tiempos de la ciudad podian alterarse fácilmente, por ser propiedad de las familias ó de los sacerdotes, mientras el pueblo ignoraba hasta su existencia. Pero habia conservado por su parte los fastos de los antiguos tiempos en canciones vulgares, no sin alterar á pesar de todo, los sucesos, embelleciéndolos, engrandeciéndolos ó presentándolos con la mezcla de prodigios y la intervencion de los dioses; que es lo que hacen siempre la tradicion y la poesia.

Sin embargo, los débiles principios de la ciudad, fundada, segun acreditados rumores, por una tropa de foragidos, y elevándose por grados de la nada, no halagaban sino á medias el orgullo de su nacion, que ya era árbitra de Italia y terror de los extranjeros. Es probable que Roma no fuera tratada con muchos miramientos por aquellos de sus vecinos, que escribieron antes que nadie sobre los orígenes itálicos, como Téagenes de Reggio contemporáneo de Cambises, Hipis su compatriota, que vivia en tiempo de la guerra médica; y Antíoco de Jenofanes, siracusano contemporáneo de Herodoto. Debia tener plena satisfaccion el orgullo romano, y los griegos fueron los que se la dieron, cuando se hallaron en contacto con la nacion que habitaba á orillas del Tíber: el primero que dió ejemplo fué Diocles de Pepareto. Habian perdido entonces los griegos el instintivo sentimiento que les proporcionaba otras veces la inteligencia de los antiguos tiempos, sin haber adquirido aun la crítica necesaria para apreciar la edad nueva; por otra parte no buscaban tanto en la historia lo verdadero como lo bello, y esto con el objeto de satisfacer á la vez la vanidad de su nacion y la de los patricios romanos. Y así, como existia una tradicion acerca de troyanos y de griegos llegados á Italia despues de la caida de Ilion, agregaron á este hecho todas las crónicas municipales, todas las genealogias, todas las etimologias. Cada pais tomó su nombre del nombre de la nave, del hijo, del compañero, del piloto, de la nodriza de Eneas; cada gran familia se remontó hasta él por línea recta y por consiguiente hasta los dioses. Descendieron los Mamilios de Ulises; los Sergios de Serges, compañero de Eneas; los Nancios de uno de sus secuaces; los Lamios de Lamo, rey de los lestrigones; los Fabios de un hijo de Hércules; y nadie puso en duda estas genealogias, del mismo modo que se creyó en Italia en el siglo XVI, que los Visconti descendian de los reyes de Anjú, y la casa de Este de un paladin, Rugerio, ó de un cruzado, Reinaldo.

Complacíase el orgullo aristocrático en aquellos orígenes semi-divinos, y la política de Roma sacaba provecho de establecer una especie de parentesco con aquella Grecia encomiada, á quien queria abrazar como hermana y encadenar como sierva; y era en fin un consuelo para la Grecia pregonar que si habia perdido su independencia, la nacion que la habia vencido era casi creacion suya. No hay, pues, que asombrarse de que en semejante concierto de intereses hayan prevalecido en las creencias los orígenes griegos, se hayan mezclado hechos y nombres nuevos ó alterados, y se hayan borrado las tradiciones nacionales.

El lado positivo y poco poético de estas tradiciones hizo que fuesen descuidadas por los prime-

(30) Véase el libro siguiente, cap. X.

ros romanos que se ocuparon en trabajos históricos, seducidos como lo estaban por el lustre de las tradiciones griegas. Fabio Pictor, que fué el primero que escribió historia en latin; el senador Cincio Alimento, que compuso sus anales en griego, lo mismo que Cayo Acilio (31), y Caton y Pison, se copiaron unos á otros, sin tomarse nunca el trabajo de interrogar al pueblo ó de consultar los documentos locales. Era menester que Polibio arribase de la Grecia para leer en el Capitolio los tratados hechos en otro tiempo entre Roma y Cartago, tratados cuya existencia no sospechaban siquiera los que podian consultarlos todos los dias. Parece que para escribir de los *orígenes itálicos* debiera haber buscado Caton monumentos: nadie mejor que él hubiera podido conservarnos recuerdos de los antiguos tiempos: con efecto, vivia en una época en que los pueblos de la primitiva Italia vivian todavia y conservaban los libros y las inscripciones en que su historia estaba consignada. Sabian leer é interpretar los caractéres oscos y etruscos, que apuran hoy la paciencia de los eruditos. Aun no habia sido devastada la Italia por la guerra de los marsos, ni por las proscripciones sistemáticas de Sila, cuidadoso de estinguir toda huella de las primeras nacionalidades. Un deseo del censor hubiera tenido fuerza de ley para todas las ciudades italianas, que le hubieran llevado á porfia sus anales, para servir á la historia que preparaba. A pesar de tantas facilidades, á pesar tambien de la aversion que manifestaba hácia las cosas griegas, se dejó arrastrar por la corriente; de tal modo, que todo lo que nos ha trasmitido se apoya en ideas y etimologias extranjeras. Crédulos ó embusteros, hiciéronlo peor todavia, Cornelio Polistor, en tiempo de Sila, Calpurnio Pison Frugi (32), y más tarde Julio Higino. Tampoco se sabe qué mérito pueda caber á Varron, á quien se ha encomiado tanto, si se reflexiona que ignoraba el etrusco y sabia muy poco del idioma osco. Sigue paso á paso en los fragmentos que poseemos suyos la huella de los griegos. Así engañó con artificio á los que le copiaron respetuosamente. Hé aquí lo que derrama tanta confusion sobre la historia primitiva de Roma, y deja tanto por adivinar segun hemos manifestado.

De cuantos se ocuparon por aquella época en historia contemporánea, no quedan más que el nombre y algunos fragmentos de estension escasa. Habia compuesto Caton un tratado del arte militar (*De re militari*), pero ha perecido completamente.

Agricultura.—Empleaba tambien Caton los ocios que le dejaban los negocios públicos en cultivar una propiedad en territorio sabino, y escribió segun su propia esperiencia un tratado de agricultura (*De re rustica*). Es una obra en ciento sesenta y dos capítulos muy cortos, en que espuso sin órden y á medida que se ofrecian á su mente, igual número de preceptos, con el tono dogmático é imperioso de un amo que habla á sus esclavos; y por lo demás, carece de trabazon en las ideas, de variedad y correccion en el estilo, que cuidó mucho en sus otras obras. Y respecto de las cosas en sí mismas, contiene gran cantidad de fórmulas mágicas y observaciones supersticiosas (33), que no nos dan alta idea de la crítica del censor.

El corto preámbulo que coloca al frente de este tratado, pinta completamente al autor; allí se encuentra el siguiente pasaje: «Podria ser ventajoso buscar beneficio en el comercio, si no fuera aventurado, y dedicarse á la usura, si fuera honroso. Pero nuestros mayores han decidido que el ladron pagara el doble del objeto robado, el usurero el cuádruplo, demostrando así que el usurero es peor que el ladron. Después, cuando querian alabar á un ciudadano, le llamaban buen agricultor y prudente ecónomo: era el mayor elogio que se podia hacer de un individuo. El mercader aplica su talento á ganar dinero, mas su estado le espone á toda especie de peligros y calamidades. La agricultura produce hombres robustos y escelentes soldados, ofrece el beneficio más hermoso y seguro, sin escitar la envidia agena; además no le queda tiempo de pensar mal al que se dedica á ella.»

Elocuencia.—El foro romano brindaba un magnífico campo á la elocuencia en la libre discusion de graves intereses. Pero no fué enseñada como arte hasta después de la famosa embajada de Carneades. Verémosla brillar en todo su esplendor en la edad siguiente.

---

(31) Aulo Gelio XVI, 4, nos ha conservado un pasaje singularísimo de Cincio Alimento, que merece ser citado: dice que cuando se alzaban tropas, los tribunos militares hacian jurar á los soldados de su compañia, que ni en el campo, ni á distancia de diez millas á la redonda, robarian más del valor de una moneda de plata al dia; que si *encontraban* algun objeto de mayor precio, se lo llevarian á sus jefes. Podian no obstante apropiarse una lanza, madera, forraje, nabos, un odre, un saco, una tea.

(32) Queriendo dar á conocer Aulo Gelio cuanta es su *simplicissima suavitas et rei et orationis* (N. atticæ, XI, 14) nos ha dejado un curioso esbozo de su crítica, y es el siguiente: «*Eundem Romulum dicunt ad cœnam vocatum, ibi non multum bibisse, quia postridie negotium haberet. Ei dicunt: Romule, si istud omnes homines faciant, vinum vilius sit. Is respondit: Immo vero carum si quantum quisque volet, bibat; nam ego bibi quantum volui.* Buena ocasion para desacreditar los *Cronicones de los frailes*, contra los cuales la toma Cárlos Botta.

(33) Véase el cap. 11.

No debe pasarse en silencio que Tolomeo mandó traducir para su biblioteca libros de varios idiomas y ninguno del latin.

CAPÍTULO XXII

CHINA.

EL PAIS Y SUS HABITANTES.

Ahora se presenta á nuestros ojos una escena completamente nueva. Hé aquí un pueblo distinto de cuantos hemos visto hasta el presente, tan numeroso por sí solo como todos los europeos juntos, es decir, que forma la quinta parte del género humano; ocupa casi una décima parte de la tierra habitable, habla un idioma y emplea una escritura, cuyas reglas y bases son diferentes en un todo de las nuestras, así como no se nos asemeja ni en costumbres, ni en órden de ideas, ni en organizacion política. Dotado de maravillosa habilidad en las artes manuales y de lujo, prodigiosamente rico en literatura, su civilizacion no marcha paralelamente con la nuestra y hasta desconoce su giro (1).

Este pueblo, en que se encerraba un foco de ciencia, de civilizacion y de comercio, y que dirigió los destinos de la parte más remota del Asia á semejanza de la Europa del dia respecto del resto de la tierra, se remonta por su orígen á los primeros tiempos del mundo: cuenta tradiciones no interrumpidas, de cuarenta siglos, en las que tal vez habria que buscar la historia de los pueblos orientales y las causas de las emigraciones que desde Odin hasta Gengis-Kan se derramaron por nuestro occidente. Contemporáneo de todos los pueblos, olvidado por el tiempo, que no le ha envejecido ni renovado, forma una cadena viva entre lo presente y la antigüedad más remota.

Ignorada de los antiguos. —Puede decirse no obstante que este pueblo sorprendente fué desconocido por los antiguos: parece demostrado que los *séres*, mencionados por Horacio y Floro como situados en el postrer término de los descubrimientos de la antigüedad, no eran los chinos. Prueba de esto es que, segun Plinio y Mela, *los séres habitan en el centro de las regiones orientales, cuyos dos estremos ocupan los indios y los escitas*. Ahora bien, terminando el Asia, en su concepto, algo al Este del Ganges y un poco al Norte del mar Caspio, es evidente que colocaban á los séres en el Tíbet y en sus inmediaciones (2). Las indicaciones de otros escritores nos vedan asimismo ver á la China en el pais de los séres. Es probable que el *Sericum* que se sacaba de allí, consistia en una tela de seda, que deshilaban las romanas para hacer

(1) J. F. DAVIS, *The China*, 1836, trae un catálogo de las obras que han tratado de la China, anteriores á la suya. Las últimas han variado bastante el modo de considerar aquel pais; y sin embargo, aun tienen un mérito inmenso las memorias de los misioneros de Pekin publicadas del 1776 á 1791, *Cartas edificantes y curiosas escritas por las misiones extranjeras*.

(2) Hemos seguido á Malte Brun; pero Gosselin, Lelewel, d'Anville, ven á los séres en otra parte. Heeren los coloca en la Mongolia al Este del desierto de Cobi. El sabio naturalista Latreille ha sostenido últimamente que habia tres Séricas. 1.ª la Sérica propiamente dicha, la de Tolomeo en el Asia Superior, abarcando la parte occidental y septentrional de la pequeña Bucaria y teniendo por capital á Sera Metrópolis, hoy Turfan; 2.ª la que se halla al Norte de la India, donde emigraron los pueblos de la primera, espulsados por los invasores, que ocuparon la Sogdiana, la Bactriana, el Tíbet, la India; segun Ammiano Marcelino los primeros gusanos de seda fueron traidos á Europa de Ser-Inda; 3.ª la que fué generalmente conocida bajo esta denominacion por los antiguos; y que es la India allende el Ganges, actualmente el imperio de Birman, donde se encuentra el rio Serus y la Sera mayor, mencionados en la tabla de Peutinger.

Los pasajes relativos á los séres pueden encontrarse en ESTRABON, XV, 10; PAUSANIAS, VI, 26; PLINIO, XII, 1, 41; AMMIANO MARCELLINO, XXIII, 6.

De Serinda, ciudad al noroeste de los delos fueron importadas á Europa las primeras semillas del gusano de seda, segun PROCOPIO, *Gotici*, II.

nuevos y lijerísimos tejidos y adornar los encantos de su hermosura sin esconderlos; así como el *Serica materies* era una lana finísima y larga, cabalmente la misma de que se hacen actualmente los tejidos de Cachemira.

Arriano habla de los *Sinæ*, de donde se trasportaban las sedas crudas y trabajadas hácia el Occidente por la Bactriana (*Bokara*). Parece que en tiempo del décimo séptimo emperador de la dinastia de los Han orientales, año 94 de J. C., hubo de partir de la China un enviado para anudar con el mundo occidental relaciones de comercio, y de detenerse en Arabia. En la época de Trajano llegaron los chinos, á consecuencia de sus guerras contra los tártaros, hasta el mar Caspio; y hay motivo para creer que el uso siempre creciente de la seda determinó á Antonino á enviar por mar en el año 161, un embajador á los pueblos que la trabajaban; pero volvió sin recabar cosa alguna. Acaso no se encaminó más que á la parte superior del Oxo y del Yaxartes, donde se dirigian á la sazon en tropel los negociantes chinos, dilatándose el imperio hasta aquel punto y hasta las montañas de Zung-Ling. Se cree que el cristianismo fué introducido allí por los nestorianos hácia el año 635.

A los árabes debemos las primeras noticias exactas de la China, cuando el ímpetu de las conquistas llevó en los siglos VIII y IX al pueblo más entusiasta á los confines de la nacion más metódica. Un pasaje, traducido por Renaudot, de la relacion de un viaje emprendido por los árabes á aquella comarca entre los años 850 y 877, prueba que sus navegantes iban por mar á la China para hacer el comercio, antes de la conquista del pais por los tártaros mongoles. Luego que Gengis-kan hubo fundado la dinastia de estos conquistadores, el árabe Ibn-Batutas visitó la China; y encontramos en sus viajes, traducidos por el profesor Lee, la descripcion del papel moneda, invencion de los mongoles.

Con la intencion de poner un dique á la inundacion con que los secuaces de Gengis-kan amenazaba á Europa, el santo padre, como tutor de la cristiandad, envió en embajada al conquistador muchos religiosos, que volvieron á Roma con noticias escuchadas entonces como fabulosas. Cupo igual suerte á las relaciones del veneciano Marco Polo, apodado Millon á consecuencia de la persuasion en que estaban todos de que habia exagerado singularmente lo que habia visto, al visitar en 1274 aquel reino, imperando el conquistador mongol Cubilai-kan, por quien hasta habia sido empleado.

Hizo poco después el armenio Hayton una descripcion de aquel punto; luego fray Juan de Piano Carpino, enviado por Nicolás IV, convirtió á la fé gran número de habitantes del pais, no siendo todavia el gobierno tan receloso con los extranjeros como lo fué bajo el dominio de los manchues.

Allí penetraron los portugueses por vez primera en el año de 1516, y sorprendidos de encontrar tantas riquezas, civilizacion y sabiduria en una comarca tan distante, cuando eran ignorantes y bárbaros todos los pueblos intermedios, contaron maravillas con tal énfasis, que se reputó la China como el pais de los milagros. Pero al mismo tiempo que la sed de la ganancia ó la mania de las conquistas atraia á aquel pueblo singular á los europeos, el celo de la fé llevó posteriormente, al año de 1580, á los misioneros, que tan ilustrados como sinceros, trasmitieron acerca del pais las más exactas observaciones. Kang-hi, el más liberal de los emperadores de la China, facilitó especialmente el libre acceso de los jesuitas al reino chino; y así continuaron propagando allí los conocimientos europeos y las doctrinas católicas, dando del pais noticias verdaderas y exactas hasta la época en que el recelo hizo que fueran espulsados. Puede decirse que desde entonces hasta poco há se cerró el imperio chino á los europeos. Detenianse en Canton los mercaderes ocupándose más en sus asuntos particulares que en materias de erudicion; eran recibidos allí con desconfianza los viajeros y hasta los embajadores: se les mantenia en la ignorancia de cuanto allí acontece ó se les engañaba; y aunque las relaciones se multiplicasen de dia en dia, uno de ellos, más franco que los demás, escribia de este modo: *Se nos ha recibido como á pordioseros, se nos ha tratado como á cautivos, y se nos ha despedido como á ladrones;* tres condiciones que por su índole no permiten de cierto entregarse á profundas esploraciones.

Hé aquí porque conocemos ménos á este pueblo singular que á las demás naciones antiguas; hé aquí porqué no se han podido interpretar hasta ahora los geroglíficos trazados en las cintas de seda en que permanece envuelta la momia de ese eterno y gracioso niño. Pero desde que nuestros filólogos pudieron aplicar la ciencia al análisis de la lengua y de la escritura de la China, el estudio de los libros ayudó á comprender á esta nacion misteriosa.

Nombres.—Llaman los chinos á su pais Chung-ku (3), es decir, centro de la tierra ó Chung-yang, nacion de enmedio; y añádenle á menudo títulos pomposos, como *Tamming-ca*, reino de gran esplendor, *Tain-chinca*, reino de la pureza, *Tien-u-ca*, reino que contiene todo lo que hay debajo del cielo; y desde que dominan allí los tártaros manchues, el grande y puro imperio. Aplícasele á veces el nombre de la dinastia reinante: así cuando sometieron la parte meridional del imperio con el Tonkin, y llevaron sus conquistas hasta la Cochinchina, los malayos y los indios, sus vecinos, les llamaron *Chin* ó *Sin*, de la familia Tsing ó Tsin, que ocupó el trono doscientos cuarenta y nueve años antes de J. C. De aquí procede el nombre de China: el de Catay, que le dió Marco Polo, y que

(3) Imitando lo que hacen los doctos extranjeros he procurado como en los demás paises asiáticos espresar la pronunciacion lo más fielmente posible con nuestras letras.

le han conservado los rusos, se deriva de los quitanos, nacion que habitaba las provincias septentrionales en tiempo de la invasion de los mongoles.

Corografía.—Es el imperio de la China un inmenso plano inclinado, que desciende desde las altas cumbres del Tíbet hasta el mar Amarillo. Se dilata igualmente desde Kasgar, á la embocadura del Amur, sobre una longitud de mil trescientas cincuenta leguas, y se cuentan ochocientas cincuenta desde los montes Sayansk á la punta más meridional que se halla enfrente de la isla de Hainan.

Situada entre el 21° y el 41° de latitud norte ofrece dos mil leguas de costas y su superficie es de seiscientas setenta mil leguas cuadradas (4). La

(4)

	Familias.	Almas.
En el primer siglo d. C. habia en China.	13.233,062	59.594,978
El año 740 d. C. bajo la dinastia de los Tang.	8.412,800	48.143,600
El » 1393, en tiempo de Hong-vu.	16.052,860	60.545,812
El » 1491, en tiempo de Hiao-tsong.	9.113,446	52.281,158
El » 1578, en tiempo de Ching-tsong.	10.621,436	60.692,856
El » 1790, segun la gran geografía publicada en China.		141.840,091
El » 1795, segun Macartney.		333.000,000
El » 1815, segun el censo general hecho el décimo octavo año del reinado de Kia-king.		361.221,348

Estos últimos números parecen exagerados por la vanagloria de los chinos, muy bien pintada en aquella anécdota, en que se dice que refiriendo un inglés á un chino que su rey en ciertas ocasiones llevaba un tiro de ocho caballos; le dijo el Chino: *y el nuestro de veinte y cuatro.*

Lord Macartney, como embajador del rey de Inglaterra en 1795, obtuvo este cuadro de la China propiamente dicha.

Provincias.	Millas cuadradas.	Acres.
Pe-chi-li.	58,949	37.727,360
Kiang-su (dos provincias).	92,961	59.495,040
Kiang-si.	72,176	46.192,640
Tse-kiang.	39,150	25.056,000
Fu-kiang.	33,480	35.227,200
Hu-huang. { Hu-pe. . . . . / Hu-nan. . . . . }	144,770	95.652,800
Ho-nan.	65,104	41.666,560
Chan-tung.	65,104	41.666,560
Chan-si.	55,268	35.171,520
Chen-si propio . . . . . / Kan-su. . . . . }	154,008	98.565,120
Szu-Chiuan.	166,800	106.752,000
Kuang-tung.	79,456	50.851,840
Kuang-si.	78,250	50.080,000
Yun-nan.	107,969	69.100,160
Kuei-seu.	64,554	41.314,360
	1.297,999	830.529,360

Ateniéndonos á lo que dice Rienzi, el imperio de la China tiene hoy la poblacion siguiente:

China propiamente dicha.	Habitantes.	145.471,000
	Viven en el agua.	2.418,000
	Mandarines de 9 clases y empleados inferiores.	102,000
	Ejército de mar y tierra.	906,000
	Total.	148.897,000
Corea.		8.463,000
Tíbet y Butan.		6.800,000
Manchuria, Mongolia, Zungaria, Turquestan chino y otros paises tributarios.		9.000,000
Colonias.		10.000,000
	Total general.	183.160,000

Segun Rienzi se gasta en la China:

Por la administracion civil. . . . . 28.919,224 ptas. en 9,222 empleados.
» » militar. . . . 166.498,728 » en 1.259,200 hombres.

Esto sin contar los gastos de la marina que no se saben á punto fijo. Si se añaden 16.000,000 de pesetas para la reparacion anual de las riberas del Hoang-ho, y 8,000,000 para la de los jardines Yuen-ming y Gi-hu, se tendrá una suma de 219.417,952 pesetas para todos los gastos, que rebajados de los ingresos, dejan el sobrante de 60,620,784 pesetas.

Se recaudan al año en impuestos y derechos en dinero. . . . . ptas. 279.838,736
En impuestos de granos y arroz. . . . . ptas. 758.407,725

China propiamente dicha tiene ciento noventa y cinco mil leguas de superficie; pero es tan difícil determinar el número de sus habitantes, que unos le suponen ciento cincuenta millones y otros trescientos treinta.

Cuéntanse allí 2,796 templos, 1,193 castillos, 3,606 monasterios, 10.809 construcciones antiguas; 3,158 puentes de piedra, de los que algunos tienen hasta 100 arcos, 765 lagos, 14,607 montañas, 1,659 ciudades, entre las que hay algunas, cuyo número de almas asciende á 2 millones. Por todas partes se ven canales surcados, segun la espresion de los chinos, por 9,999 barcas, y un intrincado laberinto de caminos llenos de carros y transeuntes, con numerosos ejércitos en los campos y respetables guarniciones en las fortalezas; vése allí tambien á una porcion de gentes construir sus habitaciones en las radas, cual si hubiera escasez de terreno, y pasar así mecidos por las ondas su eterna infancia.

Provincias.—El imperio que comprendia antes quince provincias, abarca actualmente diez y ocho. Una de las más notables es la de Pechili, separada por la gran muralla de la Mongolia, y la cual contiene ciento cuarenta ciudades.

Pekin.—Sobre todas se distingue Pekin, capital del imperio, cuyas altas murallas de ladrillo tienen nueve leguas de circuito, y donde se entra por diez y seis anchas y marmóreas puertas. Encierra una multitud de edificios, de patios, de jardines, más admirables por su cantidad y rareza que por su nobleza y elegancia, por no tener nada de regular su arquitectura. Generalmente no consisten las casas más que en un piso bajo; pareciendo muy estraño á los chinos nuestro modo de hacinar casa sobre casa, á riesgo, segun dicen, de verlas desmoronarse. En efecto, no son las suyas estremadamente sólidas, por estar construidas con bambues y las más ricas con madera de cedro, llevada de una distancia de quinientas leguas. En las calles sin empedrado que van en línea recta y paralelamente entre sí de un estremo de la ciudad á otro, contrastan habitaciones repugnantes y próximas á su ruina, un sofocante polvo, pozos y charcas en medio del tránsito público, el hedor de las letrinas y de las inmundicias amontonadas; con lijeras construcciones, espléndidas tiendas cubiertas de dorados y de brillantes barnices. Indica la muestra las principales mercancias y el nombre del negociante (5): y siempre se añaden estas palabras: *No se os engañará* (*pu-hu*); lo cual conviene tomar como aviso para irse con cuidado. Llaman la atencion en Pekin risueños jardines, pequeños estanques donde bogan elegantes góndolas amarillas (*sampan*) con velas de pleita y cordaje de corteza de bambú, arcos de triunfo (*payleu*) en honor de dignos personajes; casas de recreo de suficiente estension para dar cabida á todo el séquito de los más altos señores de Europa, con kioscos y pabellones para descanso ó distraccion de los ricos que dominan entre aquellos dos millones de habitantes. Cuando pasa en litera un mandarin ó algun personaje opulento va corriendo delante á caballo uno de sus servidores para hacer que se aparte la multitud de carros, de transeuntes, de asnos, de caballos, de camellos, que estorban el paso de las calles; mientras que los centinelas paseándose en medio de aquella barahunda sacuden indistintamente con un flexible látigo á todo el que ocasiona el menor desórden.

Tribunales.—Hay un tribunal de príncipes para fallar acerca de cuanto concierne á la familia imperial; el de los mandarines (6), que presenta al rey los candidatos, para las diversas funciones civiles y militares y vigila su conducta; el de las rentas públicas para la revision de cuentas, el de los ritos para ordenar lo relativo á estudios, religion y ceremonias. Cuéntanse además el de los médicos, el de los astrónomos, de las construcciones públicas, de la guerra, de los delitos, de los censores, de la policia, que dirigen el imperio segun se regia hace miles de años. El tribunal de la historia y de la literatura se compone de las corporaciones que presiden los estudios y las universidades. Examina á los aspirantes para el título de letrados y elige á los que deben componer los discursos y los versos que han de recitarse á presencia del emperador. En el colegio imperial se enseña la retórica. El observatorio astronómico, el almanaque imperial, la gaceta oficial, la imprenta real, la biblioteca, inmensas galerias de historia natural, hospicios para los expósitos y para la vacuna, carruajes de alquiler, etc., son instituciones, que parecerian de Europa, si no existiesen allí desde hace muchos siglos.

En granos y arroz que se conservan en los graneros públicos.	ptas.	5,605.587,875		
Total.	»	6,363.995,600		
Lo que da próximamente.			»	590.161,264
De modo que los ingresos del imperio son unos..			»	870.000,000
Añadiendo el impuesto que pagan en Canton los forasteros, estimado por Rienzi en.	ptas.	6.000,000		
Y el que pagan varios tejidos de seda y otras clases. .	»	50.000,000	»	56.000,000
Se tendrá el ingreso total de.			»	926.000,000

(5) No trabajan los artesanos en las tiendas; y si necesitais un vestido va el sastre á vuestra casa con todo lo que es indispensable para hacerlo: el cerrajero va con su herramienta, su bigornia y su fragua, y los demás del mismo modo. Rondan los barberos las calles con una campanilla para avisar á los que tienen necesidad de su oficio, llevando consigo jabon, agua caliente, vacía, tohalla, fuego y silla de tijera.

(6) De *mandar* han hecho los portugueses *mandarin*, porque esa voz esplica la cualidad de empleado civil ó militar; pero este título no se halla entre los chinos.

En el templo más magnífico consagrado á Budda, designado en la China con el nombre de Fo, enseñan trescientos lamas del Tíbet teologia. Hay otro donde están depositados los retratos de los hombres ilustres y de los más célebres emperadores: es tan venerado, que nadie puede acercarse á aquel sitio á caballo ni en carruaje. Tambien posee Pekin teatros, donde desde mediodia hasta la noche se representan comedias y tragedias, de la más original estructura.

Nankin.—Pekin fué fundada por Cubilai en 1267, cuando razones de Estado hicieron trasladar á un lugar más cercano de la Tartaria la sede del imperio; antes estaba en Nankin (7), que situada en un golfo del mar Amarillo, aun se reputa como la parte más civilizada de la China. Sácanse de esta los mejores tejidos de algodon y seda, el papel, el té verde y las mejores obras de barnices.

Se cree que los chinos habitaron originariamente el Chan-si, al Noroeste del imperio; pero los emperadores residieron durante muchos siglos en el Chen-si, cuya capital es Si-an-fu. Es tambien una de las más vastas y hermosas ciudades; es rica en monumentos antiguos, entre cuyo número se cuenta una inscripcion copiada de la que se leia en las montañas donde nace el Hoang-ho: recuerda los grandes trabajos ejecutados por Yu, bajo el reinado de Yao, veinte y tres siglos antes de J. C. para el derramamiento de las aguas estancadas.

Es notable con especialidad el pueblo de King-teching, en la provincia de Kiang-si, donde se cuenta un millon de habitantes. Cubre en la longitud de cuatro millas la ribera de un ancho rio: allí se consumen diariamente diez mil cargas de arroz y más de mil cerdos y no hay un solo individuo que no se emplee en la fabricacion de la porcelana, escepto los lisiados y los ciegos, que muelen esos colores que nuestras artes no pueden igualar todavia. El humo y las llamas que salen de quinientos hornos dan á aquella poblacion durante la noche el aspecto de una inmensa hornaza.

Formosa.—La isla que los chinos llamaban Thaihuan fué denominada isla Formosa por los portugueses, á causa de su situacion favorable y de lo apacible del clima; por desgracia los terremotos y la mala calidad de las aguas disminuyen mucho tan notables ventajas. Era conocida antiguamente por los chinos, quienes la llamaban el pais de los bárbaros meridionales (*Man-ty*), porque no enviaba tributos, ni embajadas á los emperadores. Ocupáronla los japoneses en 1621, luego se la cedieron á los portugueses, lanzados de allí más tarde por el pirata chino Koxinga (Ki-Ching-Kung).

Canton.– La provincia más importante del Mediodia es Kuang-tung, rica en granos y en frutos, en oro, pedreria, perlas, estaño, marfil, maderas odoríferas, y palo de hierro, produccion peculiar suya. Canton, su capital, emporio del comercio, como Nankin centro del saber, y Pekin del gobierno, ha sido hasta ahora el único puerto abierto á los europeos. En ella reina una actividad imponderable, y fué reconstruida con arreglo á un plan mejor despues del incendio de 1823; tiene calles en buen estado, y preciosas casas; tiendas sumamente elegantes, aunque uniformes, guarnecidas de esas mil futilidades que el lujo hace buscar á los europeos, y cuya delicadeza y finura estos aun no han alcanzado (8). Está cercada por doble recinto de murallas. La provincia de Canton pertenece en su mitad á Francia; y la ciudad que se supone de millon y medio de habitantes, está dividida en antigua, tártara y china; y entre ella y las Bocas del Tigris navegan 80,000 barcos. En el rio Cho-kiang hay numerosos astilleros y mercados.

Saca de la China el comercio inmensos tesoros: solo la compañia inglesa esporta anualmente de Canton treinta y tres millones de libras de té. Allí hacen los Estados-Unidos negocios que pueden calcularse en veinte y tres millones en importaciones y en veinte y cinco en esportaciones; los ingleses ciento seis en importaciones y noventa y siete en esportaciones. El opio, que introducen allí de contrabando, asciende á un valor de noventa millones al año, y ha sido causa de una guerra entre la China y la Gran Bretaña.

Macao.— Macao, fundada en el golfo de Canton, por los portugueses, que en 1580 habian obtenido aquel rincon de tierra en galardon de haber libertado á la China de un formidable jefe de piratas, tuvo rápido fomento, si bien decayó con el poder de sus fundadores. Aquellos que son capaces de comprender los inefables padecimientos del genio, van allí á visitar la gruta del insigne Camoens, donde el ilustre cantor de los Lusiadas, desterrado y sin ventura, compuso su poema.

Descienden de las montañas del Tíbet los dos caudalosos rios Yang-tse-kiang y Hoang-ho, ó si se quiere, los rios Azul y Amarillo; el curso del primero tiene trece veces, y el del segundo quince, la longitud del Támesis. A poca distancia de su nacimiento se separan, dirigiéndose el uno hácia los mares del Trópico, y el otro hácia los helados desiertos de la Mongolia. Vuelven á juntarse enseguida y forman un gran número de lagos, de donde salen mil riachuelos, que riegan por todas partes el suelo de la China. Con el auxilio del arte se hacen serpentear las aguas en una infinidad de

(7) *Pe-king*, significa corte del Septentrion; *Nan-king*, corte del Mediodia; *Tung-king*, corte Oriental; distincion que se usa cuando existen diversas dominaciones simultáneas, ó cuando muda la corte de residencia. Por lo demás, la capital se llama *King-se*. Tambien los otros paises derivan sus nombres propios del de la provincia *(fu)*, del círculo *(cheu)*, del distrito *(hian)* ó de la descendencia directa *(chi-li)* de que son cabeza.

(8) La Place. *Viaje alrededor del mundo y á los mares de la India y de la China á bordo de la corbeta del Estado* La Favorita *durante los años* 1830, 31, 32, tomo, II, página, 151.

canales, cuyas orillas están construidas con piedras de silleria, y son bastante profundos para contener buques de alto bordo. Embellecen estos canales puentes de fábrica admirable.

Canal imperial.—El canal imperial es el más sorprendente de todos: tiene seiscientas leguas de longitud, y en algunos parages quince toesas de anchura, está guarnecido casi por todas partes de casas; se encuentra de legua en legua un muelle de desembarco, y cruza así montes, desiertos, fecundizando arenosas llanuras y secando pantanos. Pone en comunicacion la capital de la China con las provincias del centro y del Mediodia, y hace pasar los bajeles de Pekin á Canton en cuarenta dias de navegacion. Cuando los buques llegan á las esclusas, los levantan por medio de máquinas para trasladarlos al otro lado (10). Fué empezado en 1181 y concluido á fines del mismo siglo, bajo el reinado del mongol Cubilai-kan.

Muralla.—Otra maravilla de la China es la gran muralla. Fué levantada por Chi-huang-ti, primer monarca que juntó bajo su dominacion toda la China, cerca de doscientos años antes de J. C. Limita todo el Norte de la China desde el golfo Pe-che hasta el Si-ning, en una longitud de diez y ocho grados y medio ó mil cuatrocientas millas (10). Tiene ocho metros de altura, otros tantos de espesor en su base, y cinco en la plataforma, donde pueden correr de frente seis ginetes; toda ella está almenada y flanqueada de torres á cada distancia de dos tiros de flecha.

Se eleva siguiendo las desigualdades del terreno hasta la altura de 160 metros sobre el nivel del mar. Sumando toda su mole tiene 1.440,000 metros cúbicos, y se ha calculado que con sus materiales habria para construir un muro de dos metros de altura y más de medio de espesor que diera dos veces la vuelta á todo el globo (11). Esta muralla en que segun se dice, trabajaron por espacio de diez años muchos millones de hombres, de los cuales perecieron cuatrocientos mil, y que fué probablemente derribada y levantada de nuevo muchas veces, tenia por objeto defender el imperio contra las escursiones de los tártaros ó Yung-nu. Precaucion inútil, puesto que la salvaguardia de un reino no estriba en una muralla. Las Termópilas ante las cuales habian retrocedido los innumerables soldados de Jerjes, fueron forzadas por un puñado de cruzados.

Clima.—En tan vasta estension de territorio es necesariamente muy vario el clima; las altas montañas del Asia central, lo hacen rigorosísimo en la parte superior, así como es suave en estremo á las inmediaciones del Océano. La temperatura de Chen-si es la de la Grecia é Italia; pero las provincias septentrionales esperimentan frios más fuertes que los paises de Europa situados en la misma latitud, frios semejantes en intensidad á los de la Siberia: cerca del trópico el calor es más escesivo que en Bengala, aunque los vientos periódicos lo hacen soportable. De vez en cuando los huracanes y las trombas marinas causan estragos en las costas, y una vez sumergieron toda una innumerable escuadra destinada á conquistar el Japon. Por rareza llueve en Pekin, á no ser en los meses de junio, julio y agosto; pero allí arrecia mucho el viento, y esparce á lo lejos un polvo amarillo como azufre, procedente acaso del estambre de las flores de pinos y de abetos muy numerosos en aquellas cercanias.

Productos.—El suelo, que se alza en terraplenes sin formar grandes eminencias, está cultivado y dispuesto para el pasto de los animales con admirable esmero, por medio del curso de las aguas que el arte hace subir á la cumbre de las colinas. Ofrecen á la vista una distraccion contínua las casas y edificios de labor esparcidos en el campo y no reunidos en aldeas. No hay puertas ni cercados para ponerse á cubierto de las fieras. Las mujeres educan á sus hijos, hilan algodon y se ejercitan en el oficio de tejedoras; el marido se ocupa en hacer que produzca su campo lo más posible, especialmente no descuidando echar allí la menor

---

(9) Llámasele tambien *Yun* ó rio del trasporte: *Yung-liang-ho*, rio de trasporte para las provisiones; *Thsao-ho*, rio por el que se trasportan los tributos á la corte.

(10) Miden los chinos las distancias por *li*, que equivalen á cerca de una décima parte de legua, ó por hablar más exactamente, á 288 toesas y 7 piés.

(11) Duhalde supone que esta muralla fué construida 215 años a. C. por el primer emperador de la dinastia Tsing. Bell no la hace remontar á más fecha que á 1160 años después de Jesucristo. No hacen mencion de ella los geógrafos orientales anteriores al año 300; tampoco la cita Marco Polo Los misioneros de la compañia de Jesús enviaron á Francia un dibujo exacto sobre vitela, indicando toda su estension y sus sinuosidades. Dos testigos oculares hablan de ella de este modo: «La construccion de esta muralla tiene dos frentes de mamposteria, teniendo cada uno pié y medio de espesor, y cuyo intérvalo está relleno con tierra hasta el parapeto: está almenada y flanqueada por una porcion de torres. Hasta la altura de seis ó siete piés del suelo es el muro de enormes piedras cuadradas; lo demás es de ladrillo, y parece escelente la argamasa. Su elevacion total es de 18 á 20 piés; pero hay pocas torres que tengan ménos de 40, con la base de 15 á 20 piés en cuadro, que disminuye insensiblemente á medida que sube. Se han practicado en la plataforma y entre los parapetos escalones de piedra ó de ladrillo para subir y bajar más fácilmente.» (P. GERBILLON).

«La base es por todas partes de piedra tallada hasta la altura de seis piés; lo demás hasta cinco pérticas es de ladrillo, lo cual compone en total seis toesas ó pérticas de elevacion, y cerca de cuatro de espesor. Está enteramente revestida por fuera de piedra de talla, al ménos hácia la parte por donde se va á Selinginsk (ciudad rusa en Siberia.) Tiene cuatro grandes puertas de hierro llamadas de *Liaotung*, de la *Dauria*, de *Le-ling*, del *Tibet*; y á cada cinco pérticas se elevan grandes torres cuadradas de doce pérticas de altura que impiden acercarse al muro.» (*Relacion de un viaje á la Tartaria Asiática*, pág. 66.)

partícula de estiércol. Los chinos, que durante todo el año moran en medio de estanques de pútridas exhalaciones, donde madura el arroz en ilimitadas llanuras, no esperimentan la incomodidad más leve. Beben bajo el ardoroso sol de su comarca té y algunas gotas de vino, absteniéndose absolutamente de agua fria; comen arroz y poca carne; cantan y se regocijan. Se conservan en perfecta salud (12); y no obstante, los mismos trabajos en el Mediodia de nuestra Europa causan la delgadez, la enfermedad y la muerte de tantos cultivadores.

Poco entienden del cultivo de los árboles frutales y de las viñas. Así como les repugna introducir en sus usos elementos extranjeros, se niegan á variar los vegetales engertándolos: tienen más aficion á la horticultura y al té, que prospera especialmente entre el golfo de Canton y el rio Azul (23°—32°) (13). Sírveles el bambú para levantar sus construcciones lijeras: la caña de azúcar, el añil, el algodon brindan pasto á su industria y á su comercio: la higuera, el sauce lloron y la aguileña, brindan deliciosa fragancia y prestan sombra á los lagos, donde nadan millares de patos y se deslizan las ágiles doradas, que fueron traidas á Europa en el año 1611 por la vez primera.

---

(12) Véase el misionero VOISIN en el *Informe de la Sociedad Real de agricultura*, 1838.

(13) El té es un arbusto siempre verde, de unos 2 metros de altura ordinariamente, porque lo mutilan á fin de que produzca más, pero que abandonado á sí mismo podria crecer hasta 10 metros.

Se asemeja mucho á la camelia sasangua, y algunos lo creyeron un subgénero de la camelia, hasta que se descubrieron algunos caractéres distintivos particulares y entre otros las dos flores axilares, y las hojas gruesas y no encorvadas.

Es uno mismo el té verde y el negro; dependiendo el color solamente del modo de cojer las hojas de un mismo arbusto y de su preparacion: para el té verde se rompe la hoja en donde la parenquima se une con el tallo, cogiendo solo la primera, mientras que para el negro se arranca la hoja y el peciolo. Exigiendo más habilidad y diligencia el primer modo, claro está que el verde es más caro y es aun mejor cuando se le escoge con esmero.

La calidad de las hojas depende principalmente de la naturaleza del suelo y de la posicion; lo cierto es que siete décimos del té de la China crecen en los montes y la nieve no le perjudica.

Preparado convenientemente el terreno, se hace un agujero con un plantador ó con el dedo, en el cual se ponen de seis á doce semillas, pues apenas se desarrolla la quinta parte, por dañarlas el aceite. Los agujeros están distantes entre sí dos metros, y se llenan de tierra sin apretarla.

En algunas partes se siembran campos enteros de esta planta; en otras solo se pone en las orillas de los sembrados de arroz ó de granos. Se deja abandonado el arbusto por tres años, y al cabo de este tiempo sus hojas son abundantes, fuertes, brillantes, de un verde intenso, y buenas para cogerse por primera vez.

En la montaña de Udisi se conserva el privilegio de surtir de té la mesa imperial. Esta montaña alegre y pintoresca está rodeada de dobles fosos y vallados que impiden acercarse á los hombres y animales. El té está plantado en filas regulares, y se lava y se limpia del polvo, fango é insectos todos los dias. Los segadores deben abstenerse desde la víspera de todo alimento grosero que pudiera producir mal olor capaz de contaminar las hojas privilegiadas: se lavan dos ó tres veces al dia; usan unos guantes hechos á propósito y siempre están bajo una vigilancia severa. Concluida la recoleccion es llevado el té al palacio imperial por el superintendente, acompañado de numerosa escolta.

Ménos ceremonias se emplean con el que está destinado al comercio ó al consumo de las familias.

Los segadores con cestas y palos encorvados, se reunen al amanecer en los campos de té, contentos como los vendimiadores entre nosotros. Algunos adiestran monos para cojerlo en los precipicios; otros no quieren sino las niñas mas bellas del pais.

Se hace la recoleccion tres veces al año por lo menos; la primera á principios de abril, la segunda á mediados de mayo, la tercera á últimos de junio. Cuanto más próximas son entre sí las recolecciones, más tiernas, nuevas y apreciadas son las hojas. El producto de la primera es más estimado; y el de la segunda se prefiere al de la tercera. Las hojas de las ramas mas altas son mas alabadas que las que ocupan un lugar medio y que las ínfimas. Los catadores conocen después, al probarlo, si ha sido cogido en tiempo seco ó en estacion lluviosa; además dicen que cogido en estacion seca pesa doble.

Inmediatamente después de cogido se procede á la clasificacion. Las hojas destinadas al té negro producen el *pekoe* si han sido cogidas de un arbusto que tenga menos de seis años y á principios de abril; el *suschiong*, si son de la segunda recoleccion; el *congo* si de la tercera, en la cual las hojas escogidas se llaman *campoy*, y las ordinarias *bohea*.

Las hojas del té verde dan el *hyson*, si proceden de la primera recoleccion; el *polvo de cañon* si se escogen las hojitas mas delicadas y se redondean en forma de bolitas; y el *tonkai* si es de la tercera recoleccion.

Siendo el té siempre verde, no se cogen más que las hojas nuevas. A los tres años el arbusto produce más y mejores; á los siete tiene la altura de un hombre y principia á declinar. Reaparece en parte el vigor de sus primeros años con podar las ramas hasta el tronco y algunas veces el tronco hasta la tierra. Entonces se hace más vigoroso y el arbusto así «renovado» cada siete y cada diez años, puede dar hojas por muchísimo tiempo, aunque de ordinario no pasa de cuarenta á cincuenta años.

En su mejor edad y bien cultivado un té, puede dar al año hasta dos kilógramos de hojas; después cuando á fuerza de años está gastado, se saca partido de las raices trasplantándolas para tener nuevos vástagos.

Por espacio de diez años trabajó en vano Linneo para sembrarlo. Osbek le traia de la China un arbusto nuevo y hermoso. Ya tocaba el puerto, cuando una tormenta inesperada lo internó en alta mar. Otra planta desembarcaba en Gotemburgo, después de haber costado, en el trascurso de un año, indecibles sacrificios á todos los pasajeros, que sufrieron una sed mortal porque el arbusto no careciese de agua; pero la noche después del desembarco los ratones de la nave royeron mortalmente el objeto de tan dulces esperanzas. En fin, el 3 de octubre de 1763, el capitan Eckberg llegaba á Upsal con más de quinientas semillas que ya habian brotado.

El modo con que lo cultivó fué conocido muy pronto de los ingleses, que presto lo tuvieron en sus semilleros, en sus cercados y jardines. Gordon envió un vástago al caballero Jausson á Paris, y desde entonces se trasmitió y cultivó por toda Francia, pero con infinitas precauciones.

Favorecen los emperadores la agricultura, honrándola como los reyes persas. Todos los años en el décimo quinto dia de la primera luna, correspondiente á principios de marzo, abren con gran ceremonia un surco en la tierra. Asiste el monarca solemnemente, seguido de los príncipes de la sangre, de los presidentes de los cinco tribunales superiores y de un inmenso número de mandarines, al campo donde se alza el templo consagrado al inventor de la agricultura. Ocupan los oficiales y la familia del emperador dos costados de aquel campo, diversos mandarines el tercero; queda el otro para los cultivadores que han acudido de la provincia. Entra solo el monarca en el campo, donde se prosterna; é hiriendo nueve veces la tierra con su frente, adora al Dios del cielo, cuyas bendiciones invoca sobre su trabajo y el del pueblo, recitando una oracion emanada del tribunal de los ritos; luego sacrifica un buey al autor de todo bien, como primer pontífice del imperio. Entonces trueca sus vestiduras imperiales por el traje de un aldeano, y se le lleva un arado dorado y barnizado, tirado por dos bueyes magníficamente enjaezados. Cogiendo entonces el mango del arado, labra la tierra por espacio de media hora, y cede el puesto á los primeros magistrados que prosiguen la obra empezada; se termina en seguida por los más hábiles cultivadores presentes, á quienes se distribuyen telas y dinero. La emperatriz y las favoritas cuecen entre tanto una parca comida que el regio agricultor comparte con ellas. Algun tiempo después se siembra la tierra con nuevas ceremonias; y en todas las provincias reproducen los vireyes en el mismo dia una solemnidad semejante.

Tales son allí los actuales usos, y sin embargo, puede considerarse que se remontan á cuatro mil años, permaneciendo la China inmoble, como la India y el antiguo Egipto. Es verdad que su cons-

---

Además de la diferencia que proviene de la calidad, hay otra tal vez mayor, atribuida á la preparacion, en que los chinos tienen tal ventaja, que el mejor té del Brasil y de Asan no iguala al mediano de la China.

En las manufacturas un hombre delante de un hornillo encendido cubierto de una tartera de hierro, se ocupa en coger hojas frescas aun, despojarlas de una parte de su principio venenoso con una inmersion instantánea en agua hirviendo, colocarlas uniformemente en la tartera candente y moverlas en todos sentidos con las manos; todo esto hecho en menos tiempo que se tarda en decirlo, en medio de los terribles dolores producidos por las hojas calientes, y de la aspiracion de los vapores sofocantes que exhalan, al mismo tiempo que despiden un jugo corrosivo que ulcera las manos aun no acostumbradas.

Si esta primera operacion está bien hecha, las hojas pueden arróllarse fácilmente. Cada operario coge cierta cantidad y le da la forma de una pelota con un movimiento particular de las palmas de las manos restregándolas una con otra. Esta pelota se deja, se divide y se coje hasta quince ó veinte veces, mientras el desecador dispone todo lo necesario para dar á las mismas hojas tres, cuatro y hasta cinco torrefacciones alternadas con la operacion de arrollarlas. Cada vez que se repite la operacion se lava la tartera con agua fria y se pule.

La desecacion se prosigue por medio de cestos particulares, espuestos á una temperatura conveniente en hornillos de forma determinada.

Recójese después la granza; las hojas son clasificadas una por una minuciosamente segun su finura, tamaño, el arrollamiento más ó menos acabado, la desecacion conveniente ó no; y así se forma aquella série de variedades, de las cuales se conocen veinte y siete en el comercio, pero que en realidad son indeterminadas.

Las hojas del té verde tienen una torrefaccion diferente de las del negro, pero ignoramos las sustancias extrañas con que se mezclan para aumentar su aroma.

Preparados de esta manera el té y sus variedades se empaquetan. El té fino se encierra en cajas barnizadas, cubiertas de láminas de estaño ó de plomo, ó de hojas secas, ó papel de colores cubierto de esterillas de bambú, ó tambien de pieles cuando debe ser enviado á Rusia y producir el famoso té de las caravanas.

Así empaquetado se conserva de dos á once meses, y aun algunas veces más, segun su calidad en los vastos almacenes chinos, adonde van á proveerse de él los negociantes de todas las naciones.

Este impuesto que paga todo el mundo anualmente á la China sube á doscientos millones de pesetas por siete mil y más millones de kilógramos de té; los cuales se distribuyen entre las naciones civilizadas, sin proporcion con la poblacion, pues que el Austria, por ejemplo, quince veces más poblada que la Holanda, consume cien veces menos té. Consiste esto en el clima, en las necesidades, en las relaciones del comercio, en las costumbres y en muchas otras circunstancias.

Es muy curiosa la historia industrial del té. Cuando se principió á hablar de los chinos en Europa, entre tantas fábulas como corrian á cual mas extrañas, se decia que hacian una bebida con una planta que les mantenia en una hilaridad perpétua, en regular gordura, en un justo equilibrio entre las funciones del cuerpo y del espíritu; que gracias á este vegetal precioso el imperio central ignoraba hasta el nombre de las escrófulas, y que la piedra, la lepra y aun la misma peste cedia ante el influjo de esta yerba china.

Estas eran fábulas de la especulacion mercantil que difundia tales cuentos, para preparar al té en Europa una buena acogida, en cambio del cual los chinos consentian en recibir la salvia, ya proclamada allí diestramente con otras tantas exageraciones y con todas las cualidades que la supuso la escuela de Salerno. Así se remitieron enormes cantidades á la China, cambiando una libra por tres de té, el cual se vendia en París á cien francos la libra, y no costaba medio franco á los comerciantes holandeses. Los chinos sin embargo no tomaron gran aficion á nuestra yerba.

Los médicos se opusieron en vano á este *lento veneno*. Se dijo que el té que nos mandaban los chinos era el desecho de su bebida.

Linneo colocaba el té entre los tósigos, junto con el euforbio, el croton, el eléboro, el ricino y el cólchico, con los cuales tiene de comun los granos tricapsulares. El análisis de Peligot confirmó esta induccion; y solo puede quitársele la sustancia venenosa por medio de la operacion penosa de la torrefaccion. Sus efectos medicinales se reducen á reparar la súbita supresion de la transpiracion cutánea, y á remediar el constipado, el catarro apirético y los casos de dispepsia.

titucion fuerte y uniforme es la que la ha puesto en disposicion de resistir á las invasiones de los extranjeros, que sin escepcion ninguna se asimilaron todos á ella, después de haberla conquistado, en vez de cambiarla.

Raza.—Pertenecen los chinos á la raza mongola, y no se apoyan en sólidas razones los que les hacen proceder del centro del Asia (14). Parece no obstante que tambien allí convendría distinguir una raza primitiva de otra que apareció más tarde. Sería la primera la de los miaos, que todavia subsiste en determinados lugares; la más civilizada provendria del Chen-si.

La fisonomia de los chinos, su cabeza cuadrangular, su nariz corta sin ser chata, su tez amarilla y la escasez de su barba, indican que corresponden realmente á la raza amarilla ó mongola, aun cuando tengan de comun con los coreos y japoneses el corte oblícuo del ojo, y aunque sus facciones se hayan hecho más finas á consecuencia de una larga mansion en más apacibles climas. No cabe duda que, si nos fuera lícito penetrar libremente en el pais, advertiríamos notable diferencia entre los hombres del Norte y del Mediodia, entre el tosco calmuco y el astuto cantonés, comparándolos entre sí y por el lado en que no les han variado sus nuevas costumbres. Sábese que actualmente el hombre perteneciente allí á la alta clase, debe dar pruebas de holgura y de ocupaciones sedentarias con lo abultado de su vientre, lo largo de sus uñas y el tinte negro de sus cabellos y de su barba. Para ser una mujer hermosa debe tener los labios un poco gruesos, los ojos medio cerrados, los cabellos muy negros y lisos, y sobre todo los piés sumamente pequeños. Así se cuida esmeradamente de comprimir los de las niñas desde la cuna, de suerte que á la edad de la adolescencia no pueden andar sino vacilando; por eso sus poetas no cesan de compararlas al sauce, flexible y ondulante como ellas.

---

(14) KLAPROTH.—*Refutacion de las investigaciones sobre la historia de los pueblos del centro del Asia, por Isaac Jacob Tchmidt.* Paris, 1824. Un pasaje del código de Manú hace poblar la China por chatrias indios; mas este pasaje ha podido interpolarse posteriormente, ó alude solo á la introduccion en el pais de la religion de Budda; porque pensamos que los budistas salieron precisamente de la casta de los chatrias.

CAPÍTULO XXIII

TIEMPOS ANTIQUÍSIMOS.

Tal vez las costumbres de la vida pastoril impulsaron á los hijos de Sem á estenderse fuera de los límites de Armenia. Evitando entonces los paises demasiado elevados, así como las regiones muy meridionales, bajarian á las comarcas situadas en el paralelo 33° (1), para atravesar sucesivamente lo que en el dia llamamos nosotros el Tabaristan, el Korasan y la Bucaria hasta el Tíbet. Llegados allí, tanto el rigor del frio como lo escarpado del terreno, les obligaria á volverse para buscar un clima más templado; y de este modo llegarian á las provincias que en el dia se llaman Chen-si, Chan-si y Chan-tung.

Tiempos fabulosos.—Los letrados, nombre que toman los que siguen las doctrinas de Confucio, dejando á lado las cuestiones especulativas por las prácticas, no empiezan su historia auténtica hasta el año 61 del reinado de Hoang-ti, año 2637 antes de J. C., desde donde llegan año por año hasta la época actual; pero los Tao-sse, sectarios de Lao-seu, filósofo rival de Confucio, la hacen subir á tiempos mucho más remotos. Colocan en aquellos tiempos varias dinastias, empezando por Pan-cu, apellidado Huen-tun (*caos primordial*), que se parece en el nombre al Manú indio y que tiene sus mismos atributos. Vivia ó dos ó noventa y seis millones de años antes que Confucio (poco importa en efecto determinar una época arbitraria en ambos casos), y llegó su poder sobre la naturaleza hasta crear. Siguieron después de él tres famosos reinados; los del cielo, de la tierra y del hombre Los *huangs* ó augustos que gobernaron durante aquellos tres periodos, tenian diferente aspecto que el resto del género humano. En el primero su cuerpo era el de serpiente; en el segundo reunia á la cara de niña la cabeza de un dragon, el cuerpo de serpiente y las piernas de caballo; en el tercero, la cara de hombre y el cuerpo de dragon. Suceden después diez *chi* ó periodos, durante los cuales reinan personajes con semblante humano y cuerpo de serpiente. Al fin del séptimo dejan los hombres de habitar las cavernas; en el siguiente empiezan á precaverse del frio cubriéndose con pieles; después adquieren poco á poco la ciencia y la práctica, y se ponen al abrigo de las bestias feroces en casas de madera. Tsang-ke primer emperador del noveno periodo, inventa los caractéres alfabéticos; es cultivada la música y se establece una administracion bien ordenada.

Tiempos inciertos, Fo-hi.—Después de aquellas dinastias aparece Fo-hi en el año 3468 antes de J. C. (2). Es él á quien se atribuye más generalmente el principio de la historia de la China, pero se puede asegurar que esta tiene más del mito que del símbolo. Hoa-sse (*flor esperada*), hija del Señor, paseándose á orillas del rio, encontró la huella del Grande y se sintió conmovida, un arco iris la rodeó, concibió y después de haber llevado el fruto doce años, dió á luz á Fo-hi. Como encontró que se estendia poco la única escritura que se conocia entonces, es decir, la que se componia de cordones con nudos, inventó los ocho símbolos, (*kua*) que consistian en tres líneas cuyas diversas combina-

(1) Los que tengan curiosidad de otras hipótesis encontrarán en la *Historia universal por una sociedad de literatos ingleses*. Paris, 1783, tomo LIV, una larga discusion, en la cual está demostrado que los orígenes de los chinos se remontan hasta Noé, el cual no es otro que Fo-hi.

(2) Con el fin de no chocar con las preocupaciones de los chinos, autorizó la corte romana á los misioneros, para establecer el cálculo de los años por la version samaritana, que no hacia á Fo-hi anterior al diluvio.

ciones daban sesenta y cuatro signos; nombró el primero los ministros de Estado, tejió redes, rodeó las ciudades de murallas, abrió cauce á las aguas, crió las seis especies de animales domésticos, el caballo, el buey, el puerco, el perro, la gallina y el carnero; dividió el cielo en grados, encontró el periodo de sesenta años, el calendario, las reglas de música, y tambien inventó la cítara de veinte y siete cuerdas de seda. Instituyó el matrimonio para reemplazar las uniones mudables, reguló la sociedad conyugal con leyes, entre las cuales por una singular disposicion prohibió unirse á aquellos que llevasen un mismo apellido. Además los chinos se dan entre otros títulos el de *pe-sing*, cien familias, lo cual indica que la primera tribu que llegó al pais se componia de cien jefes de familia, de los cuales nacieron quinientos varones; resulta que toda poblacion de que fueron orígen no tienen más que quinientos apellidos; de lo cual se saca en consecuencia que los matrimonios, entre varios millones de habitantes serian incestuosos como lo son los que se verifican entre hermanos y hermanas. ¡Qué tenacidad con respecto á lo pasado, la que quiere conservar lazos de parentesco que datan de seis mil años! Contaba Fo-hi haber visto sus leyes escritas en las espaldas de un dragon, lo que le valió á este animal ser el símbolo del imperio. Está armado de cinco garras en las banderas y armas del monarca, al paso que no podia tener más de cuatro, cuando le representaban los particulares.

Sucedió á Fo-hi (3218) Yen-ti ó Chin-nung (*labrador divino*), quien inventó el arado y enseñó á cultivar la tierra, á estraer la sal de las aguas y á regularizar la guerra. Introdujo el uso de los mercados, de la medicina y del canto. Tambien midió la tierra, á la que encontró novecientos mil *li* de levante á poniente y ochocientos cincuenta mil de polo á polo (3).

Después de un largo intérvalo sucede Hoang-ti (2608), y es en el año sesenta y uno de su reinado cuando empieza el tiempo histórico para los letrados, así como el ciclo de 60 años, de 365 dias y seis horas. Se han sucedido veinte y dos dinastias.

Dividió sus conquistas Hoang-ti en diez *tse* ó provincias, cada una de las cuales contiene diez distritos y cada uno de estos comprende diez ciudades. Habiendo tomado diez granos de maiz, hizo con su longitud la medida de la línea; diez líneas formaron una pulgada, diez pulgadas un pié, y así sucesivamente con la division decimal que después hemos adoptado. Sin embargo, la metria tomada del cielo es invariable, al paso que la de los chinos cambió con las dinastias, segun se colocaran juntos los granos de maiz por su menor ó mayor diámetro (4).

Instituyó este príncipe el tribunal de la historia, y seis ministros para observar los fenómenos celestes: enseñó los principios de la aritmética y geometria, el ciclo lunisolar de diez y nueve años, que Meton introdujo en Atenas dos mil trescientos años después. Fabricáronse entonces carros, barcas, flechas y monedas; esplotáronse minas de cobre, abriéronse caminos al comercio, y se construyeron templos al Dios supremo (*Chang-ti*), donde Hoang-ti ofreció sacrificios en su doble carácter de pontífice y rey. Enseñó su mujer á criar el gusano de seda, lo cual le valió el ser colocada en la clase de los genios, bajo el nombre de espíritu de las moreras y gusanos de seda.

Son en una palabra los cien años del reinado de aquel príncipe un cúmulo de maravillas de toda clase, y de progresos que se ejecutaron en monton y para los cuales apenas basta el trascurso de largos siglos. Si, sin embargo, reflexionamos que las tradiciones de los chinos hacen proceder á los inventores de las artes de paises situados al Occidente del suyo, cerca del Kuen-lun, es decir, el Monte-Meru, considerado por los indios, así como el Olimpo por los griegos, como centro del mundo y morada de los dioses; si prestamos atencion al título de *Ti* dado al Ser Supremo, y trasmitido por él á los reyes, que significa soberano, título que tiene la misma raiz que el de Dios entre los pueblos indo-europeos, consideraremos esta civilizacion como procedente del mismo orígen que la de los demás pueblos famosos de la antigüedad.

Cuando ascendió al trono su hijo Chao-hao (2507), se vió aparecer el Fung-huang, pájaro fabuloso que no se muestra más que en el reinado de los buenos príncipes, y que fué por este motivo la señal distintiva de los mandarines; estos funcionarios lo llevaban sobre sus vestidos, cuya forma y color particular reguló Chao-hao, segun los grados y tal como aun existen. Durante los 83 años de su reinado se depravó la primitiva moral, y se corrompieron la música y el culto.

Sucedióle su sobrino Chuen-hio (2514), que fué aun más bondadoso que él, purgó el culto de la idolatria, y quitando á los jefes de familia el derecho patriarcal de los sacrificios domésticos, se reservó el emperador el privilegio de ofrecerlos al Señor. Decidió que el año empezaria el primer dia del mes en el cual la conjuncion del sol con la luna cayera más próximo del décimo quinto grado de Acuario, época en la cual se reviste con toda su gala la naturaleza. Fué apellidado por este motivo padre de las efemérides.

Dedicó su atencion á las costumbres su sobrino

(3) Es cosa muy singular ver señalada en este sitio la diferencia entre los dos diámetros, es decir, de la figura esferoide de la tierra, que no se ha demostrado matemáticamente hasta nuestros dias.

(4) La libra china de diez onzas es idéntica á la de 373 gramos introducida en el Asia por los romanos, y á la libra *troy* de los ingleses. El pié chino, el árabe y el de Carlomagno corresponden á una misma medida.

y sucesor Ti-ko (2436), é instituyó doctores para enseñar la moral, aunque es cierto que introdujo la poligamia, que desde entonces está en uso. Como esta innovacion produjo la necesidad de un harem, y eunucos para guardarlo, se siguieron intrigas y vicios, y por ello los grandes del reino depusieron á su sucesor Ti-chi, después de nueve años de reinado, colocando en su lugar á su hermano Yao.

Yao, 2357.—Empieza con Yao, como ya hemos dicho, el primero de los cinco *King* ó libros sagrados, compilados por Confucio, coleccion á la cual los críticos conceden unánimemente grande antigüedad; segun ellos, es el más antiguo documento humano, pues reconocen en él varias partes anteriores á la historia mosáica. Se distingue primero á Yao ocupándose en dar desagüe á las aguas. Dice:—«Presidentes de las cuatro montañas, las muchas aguas que en todas partes abundan con esceso, hacen sufrir mucho. Sus inmensas olas amenazan los montes y ganan las colinas. Su masa que de contínuo se eleva, amenaza sumergir al cielo. Vuélvese hácia nosotros el pueblo de las llanuras gimiendo. ¿Quién podrá dominar las aguas?» —Todos, respondieron: — «Existe Kuan.» — Y el emperador replicó:—«No, no, ha infringido las órdenes que ha recibido y maltratado á sus colegas.»—Los presidentes de las cuatro montañas añadieron:—«Que esto no te impida el emplearle para ver lo que sabe hacer.—¡Pues bien! vé, dijo el emperador; pero ten cuidado.» — Kuan trabajó nueve años sin resultado (5).

Se reconoce en esto la constitucion de un pueblo de gran razon, que no emplea millones de brazos en construir pirámides y catacumbas como Egipto, ó en abrir cavernas en formas de templos, y en tallar cordilleras de piedra de silleria como en la India, sino que les da por trabajo el cultivo de la tierra, el secamiento de los pantanos, trabajos que han aumentado y conservan aun la prosperidad agrícola de la China. El hecho más cierto de esta historia de las primeras edades del mundo es, de seguro, la conquista del territorio sobre las aguas, sea que se quiera ver en él un recuerdo del diluvio de Noe, sea algun cataclismo particular, producido como se ha creido, por las convulsiones de la naturaleza, que separaron la América del Asia, y abrieron entre ellas el estrecho de Behring.

Sus virtudes.—Lo que hay de más estraño son las observaciones atribuidas á Yao. Dijo á sus ministros Hi y Ho:—«Id y observad las estrellas, determinad el curso del sol, estableced un año de trescientos sesenta y cinco dias, y que sea exacto por la intercalacion de una luna y la determinacion de las cuatro estaciones; y después de esto, cada uno llenará su deber segun el tiempo y la estacion, y todo cambiará con órden cierto.» (6)—Fueron comisionados otros astrónomos en direccion de los cuatro puntos cardinales, para confrontar la duracion precisa del dia y la posicion de astros en tiempos determinados.

Dígasenos si los inventos se preceptuan á una hora fija, y si no debia ya conocer Yao todas estas cosas para mandar á sus ministros que fuesen á descubrirlas.

Bueno es que nos detengamos aquí algo, ya que se cita á Yao como un modelo de los soberanos de la China. Visitaba amenudo las provincias, administrando justicia é informándose de las necesidades del pueblo, si tenia hambre ó frio, ó si sus sufrimientos podian imputarse al rey. Con el objeto de que la verdad llegase á sus oidos, hizo colocar en la puerta esterior de su palacio una tablilla en la que cada uno podia escribir sus agravios ó dar sus consejos. Al lado estaba un tambor en el cual tocaba el reclamante, y al momento venia á leer el emperador y á administrar justicia. Veló de contínuo por el mantenimiento de las *cinco reglas inmutables*, es decir, de los cinco deberes entre padres é hijos, reyes y súbditos, esposos, amigos, jóvenes y ancianos. Hasta Yao (dice Mencio, el Sócrates del pais), estaba la China inculta, y casi despoblada, estendiéndose bosques espesos en las montañas y las aguas en las llanuras. Reunió Yao los hombres esparcidos en las selvas, les amoldó á la existencia social, les enseñó á desmontar los terrenos incendiando los bosques, y á abrir canales para que corriesen las aguas al mar, no solo les enseñó á alimentarse con la simiente de las plantas, sino tambien á multiplicarlas con el cultivo. Así los niños cantaban por las calles: *De todos aquellos que han ilustrado ó gobernado un pueblo no hay uno que te iguale: quien no te conoce, no sabe nada ¡ojalá sea seguido el ejemplo del emperador!* Cantaba un anciano caminando tranquilamente por el mismo camino que el emperador, quien le escuchaba.—«Apenas aparece el sol en el horizonte, me dispongo al trabajo y apenas desaparece, me entrego al reposo; cuando tengo sed, bebo el agua de mi pozo, me alimento con el grano sembrado en mis campos ¿por qué se ocupa el emperador tanto de nosotros?»—Encontrándole otro dia otro anciano, esclama:—«Santo monarca, ¡ojalá poseas grandes riquezas, vivas largos años y tengas numerosos hijos!»—«Rechazo tus deseos, respondió Yao: las grandes riquezas llevan consigo cuidados y sospechas; el gran número de hijos causa graves inquietudes; una larga vida hace que tengamos que arrepentirnos de muchos errores.»

Pero el anciano replicó:—«El que tiene muchos hijos confiere á cada uno de ellos una parte de su autoridad, y se procura descanso; el que posee grandes riquezas y las distribuye entre los desgraciados, encuentra un manantial de goces. Si es gobernado el mundo por la razon ilustrada, todo procede con órden; si no se rige por la ilustrada razon, es preciso cultivar la virtud en la soledad. ¿Por qué abreviar, pues, su vida?»

Hasta entonces elegia el rey un sucesor; reunió

(5) *Chu-king.*
(6) *Chu-king*, cap. *Yao-tien.*

pués Yao el consejo de Estado, y dijo:—«Qué se busque un hombre hábil para gobernar segun lo reclaman los tiempos. Cuando se encuentre, yo sacaré partido de él.—Fang-si indicó á In-tse-chu, hijo del emperador; más Yao replicó:—«No; que si es astuto no es hábil, y le gusta disputar. Un hombre tal no vale nada. ¿Quién buscará á uno que esté conforme con los tiempos? Si se encuentra, yo me valdré de él.»—Otro ministro dijo:—«Huan-teu se muestra capaz y celoso en los asuntos.» Pero el emperador dijo:—«No: Huan-teu dice muchas palabras inútiles; y cuando hay que discutir alguna cuestion ó asunto, lo hace mal; afecta modestia, atencion y reserva; pero no tiene límites su orgullo.»

Yu-Chung.—Posponiendo pues á su propio hijo eligió á Yu-Chung (2285), de nacimiento oscuro, pero venerado por su piedad filial. Le hizo casar con sus dos hijas; y después de haberle esperimentado por espacio de tres años, observando todas sus acciones, le asoció al imperio. Chung fué legislador: conoció las necesidades de las provincias del imperio visitándolas; introdujo la uniformidad entre pesos y medidas; publicó leyes penales, por las cuales ciertos castigos se conmutaban con dinero; con respecto á los delitos cometidos accidentalmente, no se castigaban; dulcificó el rigor de los suplicios sustituyendo á la pena de muerte, á la marca y á la mutilacion, el destierro, la confiscacion y el apaleo. Después de la muerte de Yao (2255), por quien el pueblo llevó luto durante tres años (este luto pasó después á ser uno de los ritos del pais), reinó solo Chung, que hizo construir muchos diques y calzadas asociando después á Yu al imperio (2224).

Al conferir un empleo esplicaba Chung al agraciado sus deberes, como lo haria un ministro en un Estado constitucional. Aunque es cierto que sus discursos no tienen para nosotros más autenticidad que la de aquellos con que Herodoto y Tito Livio han llenado sus historias, nos parece conducente referir algunos fragmentos, para hacer conocer el ideal de los magistrados chinos.

Decia, pues, Chung á los gobernadores de sus provincia:—«Es preciso tratar con humanidad á los que vienen de léjos, instruir á los que están cerca, estimar á los hombres de talento y sacar partido de ellos, fiar en las gentes probas y no frecuentar el trato con los malos. Cuando tanto el príncipe como el ministro saben sobreponerse á las dificultades de su posicion, el imperio se encuentra bien gobernado y los pueblos siguen sin estorbo el camino de la virtud. No dejar desconocidas á las personas sabias, establecer la paz en todos los paises, conformar sus intenciones y conocimientos con los de los demás, no despreciar ni maltratar á los que no están en estado de hacer oir sus quejas, y no abandonar á los pobres ni á los desgraciados: tales fueron las virtudes del emperador Yao».—Dirigió á los grandes estas palabras:—«Colocaré al frente de los ministros, aquel de vosotros que sea capaz de gobernar bien los asuntos públicos, para que en todas partes reine el órden y la subordinacion.»—Hablaba de este manera á Ki:—«¿Ves la miseria y el hambre de los pueblos? Como intendente de la agricultura, haz sembrar grano de todas especies segun la estacion.»—Decia á Sie, ministro de instruccion:—«No hay concordia entre los pueblos, y los desórdenes se manifiestan en los cinco Estados. Publica las cinco instrucciones y se indulgente y afable.»—A Cao-yao, gran juez:—«Suscitan los extranjeros grandes turbulencias; si existen entre los habitantes del imperio ladrones, homicidas ó gentes de mal vivir, haz uso con respecto á ellos de las cinco reglas para castigar los delitos proporcionalmente.»—A Pe-hi, ministro de cultos:—«Vela desde la mañana hasta la noche con temor y respeto: ten rectitud en el corazon y libértalo de la parcialidad.»—Y á Kuei:—«Te nombro superintendente de la música, quiero que la enseñes á los hijos de los príncipes y de los grandes; que sean sinceros, afables, indulgentes, graves, firmes sin dureza ni crueldad y complacientes. Inspírales discernimiento sin orgullo. Espónles tus pensamientos en verso, y haz canciones para los diferentes tonos de los instrumentos. Que se conserven las ocho modulaciones sin que haya confusion entre los diferentes sonidos, y de esta manera permanecerán los hombres y los animales en paz.»—Kuei respondió:—«Cuando toco ya fuerte, ya suave, en mi instrumento de piedra, saltan de alegria las bestias más feroces.»—Chung dijo entonces á Lang:—«Tengo horror á los maldicientes; difunden con sus discursos la discordia, dañan á los hombres de bien, despertando las inquietudes y sediciones y trastornando el orden en los pueblos. Ven, pues, Lang: te nombro investigador (*na-yan*); ya sea promulgando mis órdenes y decretos, ya refiriéndome lo que dicen los demás, y no te ocupes sino de la rectitud y de la verdad.» (7)

Al ministro Hi, le decia:—«Es preciso velar sobre sí mismo, no cesar de perfeccionarse y no permitir que sean violadas las leyes del Estado; debe huirse de las escesivas diversiones y de los placeres vergonzosos. Es necesario no variar las órdenes que se han dado á las personas prudentes, no apresurarse á decidir cuando ocurren dudas y dificultades; deben procurarse los sufragios de cien familias (es decir del pueblo) y no enagenarse su voluntad por favorecer la propia inclinacion.»

Está espresada esta diferencia al pueblo más claramente en las palabras de un ministro de Yu:—«Lo que el cielo oye y vé, se manifiesta por medio de las cosas, que los pueblos oyen y ven. Lo que el pueblo juzga digno de recompensa ó de castigo, indica que el cielo castiga ó recompensa. El cielo se encuentra en relacion íntima con el pueblo: tengan, pues, cuidado los que rigen al pueblo.» (8)—No debemos por esto sacar en con-

(7) *Chu-king*, I, 2.
(8) *Chu-king*, I, 4.

secuencia, que entrase algun elemento democrático en la constitucion de la China; no podemos considerar aquellas doctrinas sino como fruto del principio que, con la autoridad paterna, constituye y atempera el gobierno chino: hablamos de la ciencia de los literatos.

Cuando murió Chung (2208), conservó el imperio el luto trienal y le sucedió Yu. Como jefe supremo en él empieza la primera dinastía china, en atencion á que el derecho de eleccion ejercido hasta entonces por los emperadores entre los súbditos presentados por los grandes, se restringió entonces, no teniendo que elegir estos últimos ya entre más candidatos que los hijos del emperador, sin consideracion al órden de primogenitura: esta clase de sucesion, que ofrece más probabilidades de buenos reinados que la sucesion por línea recta, á pesar de las disensiones y guerras intestinas que puede ocasionar, se ha conservado en China hasta nuestros dias.

CAPÍTULO XXIV

CONSIDERACIONES SOBRE LAS ANTIGUEDADES DE LA CHINA.

Desprovistos enteramente de entusiasmo los chinos, no han sido modelados por el predominio de la religion como los demás pueblos del Asia; y si no obstante los sacerdotes obtuvieron allí primero algun poder, como reguladores de las cosas del cielo, debilitaron los primeros emperadores su influencia reuniendo en sí propios la autoridad civil y religiosa, reservándose el derecho de sacrificar al Señor Supremo.

Ofrecen una idea pura y á veces elevada de la divinidad los primeros libros chinos; se encuentra tambien en ellos el fondo de verdad comun á los egipcios, caldeos, persas, indios y á todos los pueblos que tienen una historia. *Chang-ti* (señor mio) «es el espíritu que reina en los cielos, porque los cielos son la mejor obra que haya producido la causa primordial. Inmenso, eterno, no tiene mañana ni tarde, su principio existe en sí mismo, y desde el pié de su trono innumerables coros de espíritus velan sobre el hombre y le protegen. El supremo placer del sabio es elevarse hasta ellos para contemplarlos; siendo invisibles, los vé; no hablan y los oye: están unidos por lazos que nada tienen de terrestre, y que ninguna cosa de la tierra puede romper.»

El otro nombre de Dios es Tien, el cielo, la gran bóveda en la cual se apoyan todas las cosas. El fué quien dejó caer de su mano esa multitud de pueblos, después de haberles dado la fuerza vital y la luz de la razon. Por él reinan los reyes, á condicion de ser su imágen en la tierra; es decir, castigar á los malos, recompensar á los buenos y procurar paz á los hombres de buena voluntad (1.) Conócese en el nombre de *hijo del cielo*, dado á los monarcas, la derivacion del poder de lo alto; y por su orígen pudo inclinarse el hombre delante de este poder sin humillacion. Es considerado el temor de Dios en los libros chinos como muy eficaz para la represion del vicio. Inspira Tien los santos pensamientos y usa su absoluto poder sobre la voluntad del hombre para conducirle á la virtud por el ministerio de sus semejantes, á fin de recompensarle ó castigarle, sin limitar el libre albedrio.

Solo el emperador, como hijo adoptivo y heredero de la grandeza de Tien en la tierra, podrá ofrecerle solemnemente sacrificios; pero debe prepararse al ministerio pontifical con austero ayuno y lágrimas de penitencia (2). Todo el mérito de la

(1) *Chu-king.*

(2) Esta es la oracion que el emperador Tao-kuang, dijo en 1832, con motivo de una sequia:

«Yo ministro del cielo, puesto á la cabeza de los hombres para gobernarlos, soy responsable del órden del mundo y de la tranquilidad del imperio. Con el alma afligida y llena de ansiedad, no he podido dormir ni comer, y sin embargo ninguna abundante lluvia ha caido aun..... Me interrogo á mí mismo si he sido negligente en los sacrificios, si el orgullo y la prodigalidad se han apoderado de mi corazon; si he prestado poca atencion al gobierno; si he proferido palabras irreverentes y merecido cargo: si han sido repartidas con equidad las recompensas y castigos; si he gravado al pueblo y causado perjuicio en los campos, para elevar monumentos y formar jardines; si no he preferido á los más capaces en la eleccion de los empleos, y si de esta manera he vejado al pueblo; si el oprimido no ha encontrado apoyo; si las liberalidades concedidas á las desgraciadas provincias del Mediodia no se han distribuido convenientemente, y si los indigentes han quedado moribundos en los fosos. Prosternado suplico al imperial Tien que perdone mi ignorancia y estupidez, porque millones de inocentes perecen por la falta de un hombre solo. Son tan grandes mis pecados, que no me atrevo á esperar poder sustraérme á sus consecuencias. Ha pasado el estío y llegado el invierno. Ya no es posible esperar más. Prosternado ruego al Tien imperial que me liberte de esta calamidad.»

oracion y de los sacrificios consiste en la piedad que haya en la intencion. Está escrito en *Ta-yo que la verdadera sabiduria consiste en la luz del espíritu y en la pureza de corazon, en el amor á la virtud, en el celo por encender el amor en el corazon de los demás; tambien consiste en separar todo impedimento que estorbe nuestra union con el bien supremo y en nuestro constante amor hácia él.* Esta elevada idea de la dignidad del hombre, apenas se encontraria entre los sabios de la Grecia.

Las almas de los justos van á la morada de Chang-ti, pero en ninguna parte vemos indicadas espresamente las penas reservadas en la otra vida á las culpas cometidas en esta. El no haberse mezclado los chinos con los demás pueblos, los salvó de la multiplicidad de dioses; pero su dios-cielo puede conducir al panteismo, si lo abraza todo, ó al dualismo, si se cree que unido con la tierra engendró al universo. Tambien es fácil que induzca á error el doble nombre de Dios; tanto más, cuanto que el de Chang se aplica á veces á los emperadores. La veneracion á los muertos se acerca asimismo á la apoteosis; pero nunca entre ellos llega á ser el politeismo idolatría, ni en los King se hace mencion de ídolos, ni tampoco de templos ni sacerdotes. Después los chinos dirigieron sus homenajes á los cielos materiales, y á la influencia celeste. De esta idolatria, la más escusable de todas, vinieron á parar, pocos siglos después, á reverenciar los espíritus malignos y los objetos materiales, de lo cual los apartó Confucio.

Son, pues, estas creencias un resto de las tradiciones patriarcales, esparcidas por los hombres cuando se dividió la descendencia de Noé. Podríamos descubrir las huellas en ciertas cosmogonias chinas que refieren que el hombre, en el estado de inocencia, tenia por morada un delicioso jardin, de donde salia un manantial que alimentaba cuatro grandes rios; donde crecia el árbol de la vida, y cuyos habitantes dedicaban una larga existencia á la virtud, á la justicia y á la prudencia, pero que el pecado de una mujer dió entrada en el mundo á la desgracia y á males infinitos, si bien un redentor vendrá á libertar la humanidad.

Decia Confucio al ministro Pé:—«He sabido que en los paises de Occidente nacerá un hombre santo, que sin ejercer ninguna especie de gobierno, impedirá los desórdenes, inspirará espontánea confianza sin hablar, sin operar trastornos, producirá un océano de acciones: nadie puede decir su nombre; pero yo he oido asegurar que será el verdadero santo.» (3)

Añaden los libros canónicos que «aquel santo es el que todo lo sabe y todo lo ve; cuyas palabras son todo doctrina y los pensamientos verdad; maravilloso y celeste en todo, sin límites en su sabiduria y cuyas miradas abrazan todo el porvenir y sus palabras son eficaces. Es una sola y misma cosa con Tien, y sin Tien no puede conocerle el mundo: él es el único que puede ofrecer un digno holocausto á Chang-ti.» Dice además Mencio que «los pueblos le aguardan como las hojas secas aguardan la lluvia».

Varios escritores han comparado los tres primeros emperadores y los cinco príncipes á los patriarcas: examinando Bayer y Menzelio (4) el *Siao-ullun*, ó «De los orígenes chinos,» han encontrado afinidad entre Puen-Ku y Tay-Ku, es decir la *primera* y la *más remota antigüedad* de los chinos, y el inmenso abismo de la primitiva creacion: como la Creacion de Moisés, la de los chinos se termina por la masa líquida; vienen después la augusta familia de los cielos, de la tierra y de las hombres, personificacion á su modo de los cielos, de la tierra y de los hombres sucediendo al *tohu vavohu* ó caos de la Sagrada Escritura, nueve hombres de la última familia augusta correspondiente á los nueve patriarcas antediluvianos. El mismo nombre de Yao tiene tanta relacion con el de Jehová, que nos inclinamos á considerarle como un símbolo de una colonia llegada á esta lejana parte del Asia con el nombre y conocimiento del verdadero Dios.

Antigüedad.—Estas semejanzas han sido muy exajeradas por la erudicion y sutileza de los jesuitas, á quienes el espíritu sistemático ha podido hacer caer en el esceso. Sea como fuere, tanto jesuitas como filósofos están acordes en atribuir una grande antigüedad á los chinos; pero la hacen concordar los primeros con los libros santos, y prueban que no se escede de los límites de lo cronologia mosáica, segun la version samaritana, al paso que los demás quieren sacar un argumento para combatir la unidad de la raza de la especie humana y la cronologia de Moisés.

Historiadores.—Un pueblo eminentemente conservador debe haber escrito sus anales con la paciencia que empleaban los egipcios en pulimentar sus colosos de pórfido y los indios en esculpir sus grutas. Desde un tiempo muy remoto han escrito libros los chinos, sirviéndose primero de tablas

(3) Remusat. *Noticias de los manuscritos de la Biblioteca real.* Tomo X, pág. 407.

(4) Véase Bayer. *Mus. Sinens.*, tom. I, *in pref.*—Menzelio ap. Bayer, *Comm. orig. Sinicarum*, pág. 267. Petersburgo, 1730.

Para las comparaciones entre las creencias y tradiciones de los chinos y hebreos, puédese consultar, además de los jesuitas á:

Hermann J. Schmidt.—*Uroffenbarung, oder di egrossen Lehren des Christenthums nachwiesen in den Sagen und Urkünden der altesten Völker, vorzüglich in den s. g. Kanon Büchern der Chinesen, etc.* Landshut, 1834.

De Paravey.—*Documentos geroglíficos llevados de Asia y conservados en China y América, sobre el diluvio, las diez generaciones antes del diluvio, la existencia del primer hombre y la del pecado original.* Paris, 1838. Deduce del *Chu-king* la historia de Adan hasta Noé.

Fortia d'Urban.—*Historia antediluviana de la China, ó Historia de la China en los anteriores tiempos al año 2298 antes de nuestra era.* Paris, 1838.

de bambú, después de telas, que llenaban de sentencias, con una longitud de cuarenta piés, por cinco de ancho, las que colgaban en los sepulcros y salas de sus edificios. Enseñaron en la Bucaria la fabricacion del papel, y por Samarcanda á la Arabia de donde la hemos aprendido nosotros. No causará, pues, sorpresa que solo la ciudad de Kai-fong-fu tenga sus anales en cuarenta libros, divididos en ocho grandes tomos, donde no se encuentran olvidados ni el menor acontecimiento, ni una órden ó decreto, ni pasada por alto la menor puerilidad, como tampoco que la emigracion de los torgutos se halle inscrita en un colosal libro de piedra (5).

Pero son una obra maestra de erudicion y tipografía chinas, las tablas cronológicas (*Li-tai-chi-sse*) en cien tomos, que el emperador Kien-Lung ha hecho imprimir en 1767 por la Academia imperial.

La historia ha sido honrada allí; tiene un tribunal especial, y cada emperador lleva siempre á su lado dos historiadores uno á la derecha y otro á la izquierda, de los cuales el uno apunta sus acciones, y el otro sus discursos; y con objeto de que puedan hacerlo con seguridad, la historia del soberano no se lee sino después de su muerte, y segun otros, solo al fin de su dinastia. *Cada dia*, decia un ministro, *nos ofrece el recuerdo de los hechos de ayer, pero no las intenciones de aquellos hechos. Difiriendo el consignarlos por escrito, se corre riesgo de alterarlos involuntariamente.*

Está uno inclinado á creer que entre los chinos se encuentran los anales no interrumpidos, sino del género humano, al menos del pais, y de aquellos millares de siglos con que tan liberalmente regalan á los pueblos aquellos que inventan la historia, en lugar de limitarse á escribirla. Pero el emperador Chi-huang-ti, el mismo que hizo construir la gran muralla, habiendo fundado una nueva dinastia (246) y queriendo anular las pretensiones que los pequeños feudatarios apoyaban en los recuerdos de lo pasado, mandó quemar todos cuantos libros existian. No pudo ser ejecutado en toda su latitud el mandato, ni aun en un pais como aquel donde sin razonar se obedece; la memoria y lo que se escapó del incendio, ayudaron á recomponer los documentos históricos, si bien su autenticidad vino á ser más dudosa. Hasta el mismo Confucio se lamenta del escaso número de noticias que se tenia en su tiempo. El comentador Yang-seu, dice: «¿Quién puede conocer los sucesos de los primeros tiempos, si ningun relato auténtico ha llegado hasta nosotros? El que lea atentamente estas narraciones se apercibe de que carecen de fundamento. Al principio no se escribian historias; ahora bien, si los libros que las trasmitian, fueron quemados por el primer emperador de la dinastia de los Tsin ¿por qué hemos de contentarnos con fábulas?»

Ma-tuan-li, el Varron chino, en sus profundas investigaciones sobre las antigüedades de su patria, refuta todas las primeras dinastias. Coloca en el reinado de Yao los principios de la historia nacional; y solo desde este príncipe data el libro canónico del Chu-king, así como las tablas cronológicas de que acabamos de hacer mencion. Si esto debilita la fe que los jesuitas y algunos modernos quisieran otorgar á los anales de tres mil años anteriores á J. C., seria demasiado riguroso negarles todo asenso, puesto que no hay ménos fundamentos que alegar en su favor, que para los antiguos historiadores de Grecia y de Roma. Los espíritus más moderados y más cuerdos no afirman, pues, la certidumbre de la historia de la China, sino á contar desde la dinastia de los Cheu, 1122 años antes de la era cristiana (6).

Un elemento capital de la vida moral de los chinos, independientemente de la vanidad comun á todas las naciones, pudo inducirles á alterar la historia y á atribuirse una antigüedad muy remota; queremos hablar de su veneracion á sus antepasados. Del mismo modo que los demás legisladores recurrieron á la revelacion divina para sancionar á la faz del pueblo sus constituciones, era impor-

---

(5) *Memorias concernientes á los chinos*, tomo I, página 329; tom. II, pág. 375.

(6) El padre Amiot, laboriosísimo y docto misionero, concluye así sus observaciones acerca de los historiadores chinos. (*Mem. sobre los Chinos*, II, 146):

1.° Que los anales chinos deben preferirse á los monumentos históricos de todas las demás naciones; porque son los más escasos de fábulas, los más seguidos, los más copiosos en hechos, etc.

2.° Que merecen toda nuestra fé; porque sus épocas están demostradas por medio de observaciones astronómicas, que, unidas á los monumentos de toda especie en que abundan estos anales, se comprueban y sostienen recíprocamente, concurriendo juntos á certificar la buena fe de los escritores que nos los han trasmitido, etc.

3.° Que son acreedores á la atencion de todas las personas ilustradas; porque pueden ayudarles á remontarse con seguridad hasta los primeros siglos de la renovacion del mundo, suministrándoles en este particular los socorros y guias de que han menester: tales son: los *siclos sexagenarios*, ordenados recientemente en *tricíclos*, cuya época radical es el año 2637 antes de la era cristiana, 61 del reinado de Hoang ti; las genealogías de los primeros soberanos, genealogías que llevan consigo el sello de la verdad en los pequeños vacíos que tienen, y que nadie se ha atrevido á llenar, aunque hubiera sido facilísimo verificarlo á cualquiera que hubiese querido añadir algo de su invencion; las tablas cronológicas, que señalan con exactitud la sucesion no interrumpida de todos los emperadores que reinaron por más de 4000 años, etc.

4.° Finalmente, que estos anales son tambien la obra de literatura mas auténtica que existe en el universo; porque no la hay en el mundo que haya sido elaborada en el espacio de casi diez y ocho siglos, que haya sido revisada, corregida, aumentada á medida que se hacian nuevos descubrimientos, por un número tan grande de sabios reunidos, autorizados y provistos de todos los auxilios posibles.

tante para los chinos probar que no eran nuevas, y sí de práctica muy antigua. Esto se nos esplica en este pasaje del Chu-king, en que se lee: «Yao y Chung, *después de haber examinado las antigüedades*, crearon cien oficiales;» y tantos otros pasajes de este antiguo libro, en que se hace mencion de libros anteriores.

Cultura.—Aquellos que quieren deducir la estremada antigüedad de la civilizacion de los chinos, quedan en descubierto tan luego como se cuestiona acerca de la autenticidad de sus antiguos libros. Y aun en estos se descubren ciertas indicaciones que parece desmienten esta cultura intelectual antigua. Así el filósofo Hoainan-seu, describe el palacio de Yao con un techo de paja y barro, donde las lluvias del verano hacian crecer yerba; con un patio rodeado de un muro y destinado á las audiencias, á donde se llegaba por escalones hechos de montoncillos de céspedes; y á la estremidad de este patio habia un salon donde se encerraban los pesos y medidas para los mercados que tenian lugar dentro de aquel mismo recinto. En rededor se habian plantado árboles para dar sombra á los que esperaban.

Yu-chin, que florecia en el primer siglo de la era vulgar y compiló el *Chue-huen*, ó tratado de literatura, diccionario etimológico chino, que pasa por no contener más que las voces puras y legítimas, afirma que todos los caractéres en que entra el signo de la seda, no se remontan más allá de la dinastía de los Cheu. Dice que antes de esta época los nombres de los vestidos eran trazados con los signos del cáñamo y de las pieles. Muchos escritores aseguran que Yao no se vistió más que de lienzo en verano y de pieles en invierno.

Remusat ha querido sacar de este vocabulario con auxilio de un método ingenioso, que no es aplicable á ninguna otra lengua, noticias sobre la civilizacion primitiva de la China.

Su escritura más antigua era absolutamente figurativa. El que en nuestros idiomas se consagra á investigaciones sobre la antigüedad de un vocablo, no tiene más ayuda que la historia y algunas reglas etimológicas poco fijas. Por el contrario, se conservan constantemente las radicales en los derivados chinos desde hace cuarenta siglos, sin disminucion ni aumento notable. Analizando, pues, los caractéres compuestos, se obtendrán signos simples; y estos ofrecerán el cuadro, incompleto sin duda, pero curioso de las ideas más familiares á la nacion china en su principio. Si reconocemos que los chinos debieron dibujar, no todos los objetos que les rodeaban, sino los más importantes, su escritura nos suministraria, por decirlo así, un inventario de sus costumbres y de sus conocimientos primitivos.

Tal fué el análisis á que se dedicó Remusat. Estudió los nueve mil trescientos cincuenta y tres caractéres empleados en el Chue-huen, los cuales nos remontan ya á diez y ocho siglos antes; y examinando sus quinientas cuarenta radicales ó claves, encontró que muchas eran compuestas. Redujo entonces las raices verdaderas á cerca de doscientos signos primitivos, que se pueden considerar como los verdaderos elementos de todos los caractéres chinos. Tal vez estas raices no pasarian de trescientas, aun agregándoles las de ciento cincuenta mil caractéres inventados posteriormente. Hán bastado, pues, póco más de doscientos caractéres, imaginados quizás hace cuatro mil años, para esplicar por medio de combinaciones múltiples todas las ideas que se han adquirido desde entonces.

Clasificándolas por órden de materias, se halla que el cielo suministró cinco caractéres á los antiguos chinos; un *círculo* con una línea en medio, para figurar el sol; una *media luna* para representar el satélite de la tierra; una *luna* dividida en dos para la oscuridad; *líneas* en zigzag para las nubes y los vapores; *gotas bajo una bóveda* para la lluvia. Aun no tenian signos el viento, los meteoros, el firmamento y las estrellas.

Diez y siete caractéres primitivos están sacados de los objetos terrestres, como montes, colinas, agua, fuego, piedras, manantiales y otros por este estilo, sin que entre ellos aparezcan los rios, ni el mar, ni las llanuras, ni las selvas, ni los lagos; objetos que no hubo necesidad de especificar sino más tarde, y que antes se designaban con términos genéricos.

Contribuyó la habitacion del hombre con once caractéres que indican ya algun refinamiento. Con efecto, distinguen el tejado, el almacen, el granero, las ventanas de dos formas, un observatorio para mirar á lo léjos; pero no se encuentran caractéres que espliquen de una manera distinta casa, palacio, torre, templo, fuente, fortaleza, ciudad, baluarte.

Vienen en seguida veinte y tres figuras relativas al hombre y á algunas acciones de fácil representacion con simples signos: no se cuentan en este número los que esplican los grados de parentesco ménos inmediatos, como ni tampoco rey, letrado, general ni guerrero: hallándose escritos estos últimos vocablos en dos sílabas anuncian un orígen ménos remoto. Se conoce en aquellos á un artesano; á un hombre inclinado por respeto, figura que después representó un súbdito y un ministro; á un mago; á un hombre apoyado en un baston, signo adoptado después como emblema de enfermedades.

De los veinte y siete signos tomados de los miembros, solo dos designan las partes internas, el corazon y las vértebras. Refiérense seis á los vestidos, y el más sencillo indica el pequeño mandil que parece haber sido el primer vestido de los pueblos desbastados, y que, segun Yu-chin, era encarnado para el rey, violeta para los vasallos y verde para los funcionarios.

Un punto en medio de la figura de un pozo para representar una piedra roja encontrada escavando; una figura circular atravesada con una línea recta, para representar granos enhebrados, y un hilo en-

sartando tres perlas, para indicar el jaspe antiguo, son los únicos caractéres para indicar minerales preciosos. Ningun signo figura las monedas, las alhajas, el vidrio, la porcelana, lo cual hace considerar á estos objetos como de invencion muy posterior. Lo que aun parece más estraño, es que ningun metal está indicado, ni aun el oro, lo cual anuncia que estaban en la infancia del arte cuando los chinos empezaron á trazar caractéres. Puede sacarse la misma consecuencia de los nombres de los muebles, utensilios, armas é instrumentos, de los cuales se cuentan treinta y cinco, haciéndose mencion de las vasijas de madera y tierra, mesas, cofres y armas, probablemente de piedra. Pero en vano se buscaria el arado, la azada, la zapa, el hacha; y la imágen del hilo que ha permanecido aun en el dia comun al cáñamo y á la seda, no nos ayuda á descubrir cual de los dos fué el primero que se usó.

Préstase luego esta clase de escritura á los objetos naturales. Encontramos en ella doce cuadrúpedos, el perro, el buey, el carnero, el cerdo, el caballo domado, el leopardo, el ciervo, el raton, dos clases de liebres, y lo que es estraño, el elefante y el rinoceronte, que sin embargo no debieron nunca acercarse á Chen-si, cuna de la monarquia china. Se refieren á las aves once caractéres, de los cuales seis figuran las alas, las plumas y el vuelo, tres son particulares al cuervo y á dos clases de golondrinas; los dos últimos á dos clases de pájaros, uno á los de larga cola y el otro á los de corta. Solo un carácter indica los pescados. Están divididos en dos clases los animales inferiores, en insectos y en *crustáceos*, ó sea los que tienen los huesos por la parte de fuera y la carne por dentro, pero ningun signo representa á los animales fabulosos que los chinos colocan en la actualidad al frente de cada clase, como el unicornio, rey de los cuadrúpedos, el fénix, rey de las aves, el dragon, de los reptiles; prueba de que estos séres fantásticos han sido producidos después, y nuevo testimonio de la antigüedad de la escritura de que hablamos.

Comprenden todo el reino vegetal veinte y ocho signos genéricos en su mayor parte, como los que indican los granos, los árboles, las yerbas, las hojas, las flores y los frutos. Distinguen entre los granos el arroz y el maiz pero no la cebada y el trigo; entre las leguminosas el ajo y la calabaza; tambien está espresado el vino, ó mejor dicho, la bebida espirituosa que los chinos obtienen con la fermentacion del arroz: entre los árboles está solo el bambú, no conociéndose aun la morera, el té, el árbol del papel ni el barniz.

No nos da más idea este vocabulario que la de un pueblo compuesto de un pequeño número de familias, teniendo pocos conocimientos y apenas rayando en la civilizacion. Falta la palabra rey, pero no la de hechicero; y con respecto á las ideas metafísicas. se encuentra la hoja del árbol colocada en *el valle luminoso* por el lado que sale el sol, para espresar el cielo, además un signo para el demonio y para la sangre de una víctima ofrecida en sacrificio. Parecen estas ideas un resto de la tradiciones patriarcales; y su pequeño número demuestra la indiferencia, profesada aun en el dia por los chinos, hácia todo lo que no se refiere al mundo material y á la clase de séres sensibles. Por lo demás, no hay ideas morales, observaciones de los fenómenos celestes, conocimiento de la division del tiempo, ni gerarquias civiles; vestidos groseros ó toscos y armas salvajes es todo lo que se encuentra. Aunque se puede rechazar la consecuencia de lo que precede, diciendo que no espresaban con signos todos los objetos conocidos, debe sin embargo admitirse que su intencion debió ser espresar los más conocidos; y esto es tanto más cierto, cuanto que renovando este análisis sobre los demás grupos relativos á las ciencias, se ve de contínuo surgir las mismas ideas primitivas.

La composicion de los diferentes caractéres simples no encierra siquiera ningun sentimiento ingenioso de los misterios de la naturaleza, ni tampoco el delicado espiritualismo que se encuentra en los geroglíficos egipcios y en los símbolos indios; léjos de esto, tiene su punto de partida en las ideas enteramente materiales, algunas veces groseras: por ejemplo, *felicidad* se escribe por medio de dos signos que representan una boca llena de arroz; el signo de *mujer* repetido dos veces espresa la charla y la disputa, y repetido tres veces es el desórden y libertinaje. Hay sin embargo algo ingenioso: *ming*, luz, está formado con los signos del sol y de la luna; *chu*, libro, con los signos de pincel y palabra, como diciendo palabra pintada; *nu*, cólera, con el carácter del corazon y el del esclavo, como una pasion que domina al corazon. Nos parece haber dicho ya bastante para destruir el aserto de los que quisieran que la China fuese civilizada antes de todos los tiempos históricos.

Nos proporciona, pues, resultados más exactos la antigua astronomia de los chinos que la de los egipcios y caldeos, pero en lugar de deducir de esto la consecuencia de una antigüedad sin límites, nos da una nueva prueba de lo que anteriormente hemos sentado, á saber, que los primeros pueblos poseyeron un fondo de doctrina sin haberlo adquirido por una sucesiva progresion de descubrimientos, por cuya razon se nos ofrece á trozos aislados.

Si se hace un escrutinio más profundo de la astronomia china, se encuentran las combinaciones trasportadas (como nos sucede ya entre los indios, caldeos y egipcios) á los acontecimientos terrestres, de un modo adecuado á componer, con personajes humanos y con la duracion de sus reinados, formas cabalísticas de revoluciones siderales. Fué tal vez el primero en hacer remontar los tiempos el historiador Lie-u-hine, asignando á la época fabulosa 143,127 años. Si buscamos la genealogia de este número, la encontraremos tambien en la cábala astrológica. Estiéndese mucho Confucio sobre las virtudes del 81, porque es el cuadrado del

cuadrado del místico 3. Además si se multiplica por 81 el periodo de 19 años *(chang)*, resulta un período de 1539, llamado *tong*; 3 de estos períodos, 4617 años, forman el *yuen*, que quiere decir orígen ó principio; multiplicando este último período por 31, número encarecido por Confucio, se obtienen precisamente 143127 años atribuidos á la edad fabulosa.

Podríamos seguir al padre Gaubil en otras comparaciones de esta clase; pero lo que hemos dicho con respecto á este asunto, basta para demostrar que esa multitud de siglos debe relegarse á la categoria de cábalas ó sueños. Los otros cálculos, aunque se admita la medida más estensa, no contradicen las Escrituras, que segun la version samaritana, colocan el diluvio 35 siglos antes de J. C.

CAPÍTULO XXV

PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA DINASTIAS.

2205.—La primera dinastia (1) denominada de los *Hia*, empieza en el momento en que Yu reinó solo. Habia ya dado cima á trabajos mucho mayores que los del Alcides griego. Habian sido sus hazañas desmontar selvas, secar pantanos, dar direccion conveniente al raudal de los rios, medir montañas, hacer entrar en el deber á pueblos bárbaros, alentar la navegacion y repartir con equidad los impuestos. Elevado á emperador tenia su corte en el Chan-si, donde se lee la copia de una inscripcion que habia colocado en la cima del monte Engchan, en que solian ofrecer los antiguos emperadores un sacrificio anual al Sér supremo. Y dado que su autenticidad sea admitida, es el monumento más antiguo de la escritura chinesca: se halla concebido en esta forma:

Dice el emperador venerable: «¡Oh tú mi ayuda y mi consejo, que me consuelas en la administracion de los negocios! todas las islas grandes y pequeñas hasta su cima, todos los nidos de las aves, y las guaridas de los cuadrúpedos, todos los séres inanimados se hallan inundados á lo léjos, evita el mal y haz que se retiren las agitadas aguas.

»Hace mucho tiempo que he olvidado á mi familia, descanso en la cumbre de la montaña Yo-lu. He puesto en accion los espíritus con la prudencia y las fatigas. Mi corazon no conocia las horas; el trabajo contínuo era mi reposo. Los montes de Hoa, Yo, Tai, Eng, han sido el principio y el fin de mis empresas. Al concluir los trabajos, he ofrecido en medio del verano un sacrificio en accion de gracias. Ha cesado la afliccion; la confusion de la naturaleza se ha desvanecido; se han precipitado al mar las grandes corrientes que venian del Mediodia. Podrán hacerse los vestidos de telas, y preparar el alimento; estarán en paz los diez mil reinos y podrán entregarse á la alegria (2).»

2197.—Dióse por su sucesor á su hijo Ki. A contar desde este príncipe el título *ti* (emperador) fué trocado en el de *Huang*. Reinó poco tiempo: su sucesor Tai-kang (2188) no se ocupaba más que de sus placeres, y pasaba meses enteros dedicado esclusivamente á la caza. Afligidos sus hijos por semejante conducta, hacian memoria de las virtudes

(1) DINASTIAS CHINAS.

		comienza el año.		cuenta emperadores.
I.	Hia.	2205	a. C.	17
II.	Chang ó Yn. .	1766		28
III.	Cheu.	1123		36
IV.	Tsin ó Tsing. .	249		4
V.	Han.	202		14
VI.	Han oriental. .	25	d. C.	13
VII.	Tsin oriental. .	265		15
VIII.	Sung.	420		8
IX.	Tsi.	479		5
X.	Liang.	502		4
XI.	Chin.	557		5
XII.	Sui.	589		3
XIII.	Tang.	618		21
XIV.	Liang posterior..	907		2
XV.	Tang posterior. .	923		4
XVI.	Tsin posterior. .	936		2
XVII.	Han posterior. .	947		2
XVIII.	Cheu posterior. .	951		3
XIX.	Sung.	960		18
XX.	Yuen *mongola*. .	1279		10
XXI.	Ming.	1368		17
XXII.	Tai-tsing *manchua*.	1644		*reinante*.

(2) Amiot envió á la Biblioteca Real de Paris una copia fiel de esta inscripcion en grandes caractéres de seis pulgadas de altura con la traduccion francesa. Fué publicada en 1802 en Paris por T. Hager, y en 1811 por Klaproth en Halle. Está escrita en antiguos caractéres chinos, llamados *co-teu*, es decir en forma de trulla.

de su abuelo, y sentados en la embocadura de Lo decian:

Elegia de los cinco hijos:—«Hé aquí lo que se lee en los documentos de Yu, nuestro abuelo imperial: «Amad al pueblo, no le menosprecieis. El es el fundamento del Estado. Si la base es sólida, en paz permanece el imperio. Hasta los más humildes pueden llegar á superarme. Si un hombre incurre amenudo en falta ¿aguardará para corregirse á que resuenen los públicos lamentos? Antes de que esto suceda es menester preservarse: cuando me acusan los pueblos, tiemblan como á la vista de seis fogosos corceles regidos con gastadas riendas. ¿No es natural que el que manda á otro conciba sospechas de contínuo?»

El segundo hermano responde al primogénito: —«Segun el espíritu de nuestro augusto abuelo, el amor escesivo á las mujeres, á las grandes cazas, á las bebidas fermentadas, á la música deshonesta, á la construccion de palacios, á las paredes pintadas, son seis vicios, de los cuales basta uno para traer consigo la ruina.

Añade el tercero:—A contar desde Yao tuvieron los reyes su residencia en Ki: ahora esta ciudad se ha perdido, porque se ha descuidado su ley y su doctrina.

Repone el cuarto:—Nuestro augusto abuelo se hizo célebre y dueño de cinco paises practicando la virtud asíduamente, dejó preceptos de buena conducta y un modelo que imitar á sus sucesores. Han quedado en el tesoro los pesos y las medidas que deben ser empleados y servir con igualdad en todas partes. Abandonadas están sus doctrinas y sus leyes. Ya no existe sala ninguna para honrar á los antepasados, ni para celebrar las ceremonias y los sacrificios.

Finalmente el último esclama:—¡Ay de mí! ¿Qué hacer en este caso? Me agobia la melancolia, soy odioso al pueblo. ¿A quién recurrir ahora? Llevo la vergüenza en el rostro, y en el corazon el arrepentimiento; me he separado de la virtud; pero la enmienda puede reparar lo pasado (3).

Lo que se cuenta de los primeros reyes consiste precisamente en cazas, en escursiones contra los miao-tseu, ó hijos de los campos incultos, como denominan á las tribus salvajes, que siempre han existido y existen todavia en medio de aquel imperio culto; tambien se trata de guerra contra los pueblos limítrofes á los cuatro puntos cardinales del reino del medio; y que debian ser principalmente los indios y los tibetanos.

2159.—Tai-kang, que se mostraba indigno de sus abuelos, fué destronado, y le sucedió su hermano Chung-kang, quien mandó dar muerte á sus ministros Hi y Ho, porque no le habian presagiado un eclipse (2155). En la China se consideraban los eclipses como de siniestro agüero, y como anuncios de la cólera celeste hechos á los reyes; por eso han sido observados constantemente con atencion escrupulosa. Cuando debe llegar uno, se dirigen al palacio los mandarines armados de arcos y de flechas como para prestar al rey ayuda, quien representa al sol sobre la tierra, y en honor del espíritu le ofrecen piezas de seda. El ciego encargado de la direccion de la música toca un tambor, el emperador y los grandes se presentan sencillamente vestidos y ayunan. Podia, pues, la aparicion imprevista de uno de estos fenómenos, sin que los astrónomos lo hubieran anunciado, alterar el órden, que así en la China como en todas partes se considera como la primera condicion de un pueblo bien administrado. Pero ya entonces no se vé reinar entre el soberano y el pueblo aquella armonia que labraba su ventura recíproca en tiempo de los reyes fabulosos: están los grandes en contínua lucha con el trono, no para dar ensanche á la libertad de los súbditos, sino para satisfacer las miras de ambiciones privadas, ó á consecuencia de las disoluciones del monarca (1818). Así fueron las cosas de mal en peor hasta Kie-kuei, que con su crueldad y sus desórdenes se hizo odioso á todos: entonces se consumó la suerte de aquella dinastia, porque los chinos dicen que el destino *da el imperio á ciertas razas para la felicidad del pueblo, y luego las derroca cuando ya no pueden conservarlo dignamente, ó cuando han colmado la medida de sus culpas, ó cesan de ejecutar aquello á que están destinadas.*

1783.—Chang, jefe de uno de los más pequeños Estados que se habian formado á consecuencia de la sublevacion contra el rey; exhortando á los suyos á marchar contra Kie les decia: *Kie se ha manchado con las más graves culpas: el rey agota los sudores del pueblo, arruina la ciudad capital. Sumidos sus súbditos en la miseria se encuentran divididos entre sí y ya no le profesan afecto.* Dice señalando al sol: *Yo y vos pereceremos cuando perezca ese astro; ¡presuntuoso! corred á combatirle; ó sino ejecutais mis órdenes, os haré morir en compañia de vuestros hijos.*

II dinastia.—Después de esta proclama, redactada en el estilo de cuantas se escriben en la China y tambien en nuestros paises, estalló la guerra; Kie fué destronado y sustituido por Chang, que juzgado y digno de dar principio á una nueva dinastia, tomó el nombre de Ching-tang (1766).

Habia mandado grabar estas palabras encima de su baño: *A fin de que seas mejor, purificate todos los dias, purificate todos los dias, purificate todos los dias.* Todas las vasijas destinadas á su uso contenian igualmente máximas. Habiendo producido escasez una larga sequia invocó sobre su cabeza solamente el castigo del cielo: se encaminó humildemente á la falda de un monte santo, y postrado allí en tierra confesó una por una todas sus culpas. No bien hubo terminado su confesion, cuando una copiosa lluvia derramó nuevamente la abundancia en el reino (4).

(3) *Chu-king*, II, 3.

(4) *Memorias sobre los chinos*, tom. III, pág. 141.

Después de él se suceden alternativamente reyes buenos y malos así como ministros fieles y prevaricadores, que con la concurrencia de las mujeres gobiernan sucesivamente á los monarcas. Aventajó en crueldad á todos estos príncipes Cheu-sin, burlonamente atroz á estilo de Calígula. Quitó la vida á una hermosísima doncella que su indigno padre le habia entregado, porque se resistia á satisfacer sus criminales deseos; la dividió en pedazos, y se la sirvió de este modo al autor de sus dias. Abrió el vientre de otra para examinar el fruto de sus entrañas. Ta-ki, su querida, congregaba dentro de palacio á jóvenes de ambos sexos, excitándoles á desórdenes brutales. No pudo el ministro Pi-can guardar silencio y reconvino al rey, el cual repuso: *Verdaderamente has hablado con cordura; dicen que los hombres cuerdos tienen siete aberturas en el corazon; veamos si es verdad*, y mandó que aquel fuese descuartizado.

Huen-huang, príncipe de Cheu, acudió tambien á él con quejas, y como no osara darle muerte á causa de su poderio, le encarceló. Varios amigos compraron su libertad, dando al rey una inmensa cantidad de joyas y la más seductora doncella; luego le pusieron al frente de una faccion, enemiga jurada de la dinastia reinante (1134). Su hijo Vu-huang reunió un ejército de súbditos rebelados, y derrotó á Cheu-sin, quien, á semejanza de Sardanápalo, se puso sus vestiduras reales, se encerró en una torre y se arrojó á una hoguera con sus tesoros (122) Vu-huang (el rey guerrero) fué proclamado rey.

III dinastia.—Cuando hizo su entrada en la metrópoli, su hermano Pi-kung fué el primero que se presentó; á su vista el pueblo preguntó al antiguo ministro. *¿Es este Vu-huang?—No*, respondió él, *este tiene el aspecto fiero en demasia; el sabio tiene el ademan modesto y aparenta miedo al emprender cualquiera cosa.* Entonces apareció Tai-kung, primer ministro, sobre un magnífico palafren, con formidable apostura y preguntó el pueblo:—*¿Será este nuestro soberano?—No*, dijo el ministro; *este podria ser considerado como un tigre cuando reposa, como un águila ó como un gavilan cuando se mueve. Si discute, le arrebata su carácter impetuoso. No es así el sabio; pues comprende con oportunidad cuando le cumple avanzar ó retirarse.* Viendo el pueblo llegar enseguida á Cheu-cung, hermano segundo de Vo-huang, con aire digno, pensó si seria el soberano; pero el antiguo ministro dijo: *No, ese siempre muestra la frente grave y austera, y su único pensamiento es exterminar el vicio. No es ese el hijo del cielo, sino su gobernador y primer ministro. Así sabe el hombre cuerdo hacerse temer hasta de las personas honradas*:

En este momento se descubrió un hombre magestuoso á la par que modesto, con la fisonomía á la vez seria y afable, rodeado de multitud de dependientes, cuyos modales respetuosos indicaban que era el soberano, y el ministro dijo: *He aquí verdaderamente al nuevo príncipe. Cuando el sabio quiere hacer la guerra al vicio y devolver á la virtud su imperio, domeña las pasiones de modo que nunca manifieste enojo contra el vicio, ni alborozo alguno en presencia de la virtud.*

Vu-huag fué un grande hombre, á semejanza de los jefes de dinastía: cambió el calendario y el color nacional, segun costumbre de los chinos á cada mudanza de dinastía: puso en vigor las buenas leyes antiguas y derogó las malas. Tuvo á su lado siete historiógrafos. Recibieron en feudo los grandes que le habian prestado socorro, pequeñas soberanías, ó más bien procuró introducir algun órden entre los feudos que los magnates habian formado y entre los cuales, como entre gentes menores consanguíneas, se engrandecia el principal, que quizá entonces solamente tomó el nombre de *imperio del medio*.

1115.—Bajo su sucesor Chig-huang fué ejercido el poder por el ministro Cheu-cung, uno de los varones más insignes de la China, valioso astrónomo que conocia las propiedades del triángulo rectángulo, las de la aguja magnética, y se las enseñó á los pueblos extranjeros llegados á la China. Continuan los anales sagrados dando cuenta de sus discursos, de sus opiniones y de la de sus sucesores, que afirmaron cada vez más el imperio de la China y aun le ensancharon á costa de los Estados vecinos (1001). El rey más memorable de esta dinastía fué Mu-huang, que se adelantó fuera de sus Estados en direccion del poniente y recibió los homenajes de una reina, Si-huang-mu (madre del rey occidental), que le cantó estos versos: «Hay en el cielo blancas nubes: se descubre la cima de un monte; para llegar allí es muy largo el camino: hay en el intermedio rios y colinas. El que tiene un hijo, no muere: toma mujer y podrás tornar luego.»

Responde el rey: «Vuelvo á las riberas orientales. He arreglado los nueve tonos de la música: están regidos con igualdad los diez mil pueblos. Os contemplo atento; he pasado tres años en hacer comparaciones; ahora tomo la vuelta á mi desierto.»

Así se halla continuamente la historia mezclada de moral y de poesía. El docto Confucio especialmente ha consevado en su *Libro de los versos* (*Chu-king*), un gran número de canciones y de sátiras, fulminadas por el pueblo contra los degenerados descendientes de Mu-huang. Están llenas de una lozanía que no podria esperarse de una nacion esencialmente ceremoniosa: «Habia una morera tierna y flexible, cuyas hojas y ramas prestaban sombra á la tierra. Ya caen secas y amarillas las hojas. El pueblo que vive bajo esta morera se halla agobiado de fatigas; tanto es lo que sufre que no encuentra reposo. Le roe un pesar amargo y su dolor llega á su colmo. Grande es tu poder, ¡oh cielo augusto! ¿No tendrás lástima de nosotros?»

«Paséanse cuádrigas de bueyes y parejas de fogosos corceles. Se despliegan al viento los estandartes. Todo es confusion y desórden; todo Estado se halla en peligro, gentes de todas clases están amagadas de graves miserias ¡oh dolor! El reino se

encuentra en un estado deplorable y camina rápidamente á su ruina.

»Ya no hay esperanza para el reino: el augusto cielo no se cuida de nosotros y nos abandona. ¿Hemos de abandonar estos desolados lugares? ¿adónde iremos? No cumple á personas cuerdas conquistar una patria con las armas. ¿Quién es orígen de tantos males? ¿Quién nos sumerge en tantas miserias?

»Mi alma se desgarra de dolor al pensar en las calamidades que pesan sobre mi patria. ¡Desventurado de mí si tengo que resignarme á tan mísera vida! Hemos caido en la cólera del cielo; de Oriente á Occidente no hay un asilo donde refugiarse. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡en qué abismo de miserias hemos caido! ¡De cuántos obstáculos están erizados los caminos por donde se pudiera salir á salvamento!

»Se preparan proyectos, se adoptan resoluciones, pero el reino va desorganizándose de dia en dia. Proclámense en alta voz los infortunios con que estamos agobiados, dése á conocer á los ministros lo que conviene ejecutar: ¿quién es el que después de haber cogido un hierro candente no se apresura á meter la mano en agua? ¿Pero cómo poner remedio á tantas calamidades, cuando todos están amenazados de un naufragio seguro?

»Les comparo á un hombre que camina contra el viento y no puede tomar aliento. Si alguno quiere proponer un consejo prudente, claman todos: ¡Trabajo supérfluo! Piensa más bien en tus tierras. Vale más que el pueblo se proporcione su sustento cultivando sus tierras, que ingiriéndose en los negocios públicos.

»El cielo hace que lluevan sobre nuestras cabezas toda suerte de calamidades, prepara desastres al reino. En breve derrocará del trono al príncipe encumbrado por nosotros; permite que nuestros campos sean presa de los insectos, y por todas partes aridecen las mieses. ¡Oh desventurado reino del centro! Todos los pueblos deploran tu miseria y tu ruina. Querria implorar el favor del cielo, pero me faltan el valor y la fuerza.

»Estriba la esperanza del pueblo en un príncipe bienhechor y justo; á él propenden los deseos de todos. Procura tener buenos ministros y hacer feliz á su pueblo. Pero un príncipe inícuo y cruel se reputa por el único sabio, y fiándose en su mentida prudencia, altera el reposo del Estado y se enagena el corazon del pueblo.

»Dirigid vuestros ojos al centro de esa selva: ahí están escondidos ciervas y cervatillos. Ya no reina entre nosotros la confianza. Huyen los amigos, ó mejor dicho, la amistad no existe. Oid cómo se repite de boca en boca: Véte de ahí, ven acá; no encontrarás en ninguna parte concordia ni alegria...

»Ya no gusta el pueblo de tranquilidad y reposo, porque hombres perversos infestan el reino y esprimen el fruto de sus sudores. Mienten si aparentan hombria de bien y declaran que desaprueban las iniquidades, cuya ejecucion se les preceptua. Mis acusaciones son censuradas y las verás suprimidas; pero ya otros han cantado y maldecido.»

Este y otros *cantos agresivos* hallaban eco en el descontento del pueblo. Siguióse á esto una rebelion en que fueron esterminados trescientos miembros de la real familia; solo el mismo tirano Li-huang pudo escaparse con su hijo menor de aquella matanza (5). Después de catorce años en cuyo trascurso gobernaron feudalmente los jefes de los distintos principados, este huérfano, que logró salvar su vida, fué ascendido al trono bajo el nombre de Siuen-huang.

Aun cuando duró muchos siglos esta dinastia (hasta 249) no produjo ningun hombre notable. Abandonábanse los reyes á la tirania: eran gobernados por las mujeres y por los eunucos, y atacados por los tártaros: á su muerte se quitaba la vida á centenares de personas. A medida que se debilitaba la monarquia fueron adquiriendo nuevas fuerzas los príncipes, entre quienes se habia dividido el reino, y ganó terreno la anarquia. En medio de estos desórdenes aparecieron dos grandes doctores, Laoseu y Cong-fu-seu, en los que conviene nos detengamos largamente, como hombres que comprenden en sí solos el estado de la civilizacion de una época ó de un pueblo.

---

(5) Este es el asunto de la tragedia chinesca, el *Huérfano*, la primera que se tradujo á un idioma europeo; ha sido imitada por Voltaire y luego por Metastasio, en el *Huérfano de la China*.

CAPÍTULO XXVI

FILOSOFIA CHINA.—LAO-SEU.

Hállase la filosofia más antigua de la China en el *Y-king* ó libro de las trasformaciones, enciclopedia ordenada, segun se cuenta, por Fo-hi y reformada de una manera más inteligible doce siglos antes de J. C. Su objeto principal estriba en demostrar los orígenes de las cosas y las trasformaciones que sufren al cambiar las estaciones. Allí se considera á Dios como la piedra angular sobre que descansa todo; es á la vez *Ly* y *Tao*, la razon y la ley, y se revela como tal á nuestro entendimiento. No nos detendremos á esplicar aquí la estraña teoria de los números; que á pesar de todo demuestra como siempre se encuentra en las primeras tentativas de la filosofia esa mezcla de leyes matemáticas que Kepler y Newton debian reconocer por base de los fenómenos astronómicos. Reducíase la moral á imitar la razon celeste.

Esta filosofia se desenvolvió en las dos escuelas de Lao-seu para la metafísica y de Cong-fu-seu para la moral.

Lao-seu—Hay mucho de verdadero y de falso en la vida de Lao-seu, como en la de todos los grandes hombres ó jefes de secta. Hácenle las leyendas anterior al cielo y á la tierra, pura esencia celeste, perteneciendo á la naturaleza de las inteligencias divinas. Vistióse la forma humana y se trasformó muchas veces, cumpliendo diferentes destinos en este mundo de polvo y de barro. «Nací, le hacen decir las leyendas, antes que se manifestase ninguna forma corpórea; aparecí antes del principio supremo. Me hallaba presente cuando se desarrolló la gran masa primitiva, y estuve en pié sobre la superficie del Océano primordial, columpiándome en medio del inmenso espacio vacío y tenebroso; entré y salí por las mismas puertas de la misteriosa inmensidad del espacio.» (1)

Esto es lo que de él cuentan con otras cosas sobrenaturales los tao-sse, sectarios, que con los letrados y los budistas, se reparten aun el imperio de la China. Ellos son los que queriendo hacer una religion de su filosofia le representaron como un sér perfecto, y como una manifestacion de la inteligencia suprema; pero los letrados, que le veneran asimismo, aseguran que nunca pretendió ser más que un hombre.

Los historiadores, y especialmente Sse-ma-tsian, nos enseñan que Lao-seu nació de padres pobres, morando en la aldea de Li en el estado feudal de Tsu, hoy provincia de Hu-nan, el décimo cuarto dia del nono mes del año 604 antes de J. C. Pero dejaremos creer á sus sectarios que su madre le llevó en sus entrañas ochenta y un años, y que nació con los cabellos blancos, lo cual le valió el nombre de Lao-seu, viejo niño. Causáronle tan vehemente afliccion los males de su patria y la corrupcion universal, que huyendo de ellas, se retiró para entregarse á la vida solitaria y contemplativa. Nombrado historiógrafo por un rey de la dinastia Cheu, tuvo ocasion de estudiar las doctrinas antiguas y los ritos de la China. Se le confirió un pequeño cargo de mandarin en seguida. Por último viajó en los pueblos occidentales, y esta es la primera escursion hecha fuera por un sabio de aquel pais, de que se haya conservado memoria. No cabe decir positivamente qué direccion tomara; pero es probable que visitara la Bactriana y la India, que conociera las doctrinas

(1) Bajo este aspecto está considerado en la *Memoria sobre el orígen y la propagacion de la doctrina del Tao fundada en la China por Lao-seu, traducida del chino y acompañada de un comentario sacado de los libros sanscritos y del Tao-te-king de Lao-seu; seguida de dos Upanischad de los Vedas con el texto sanscrito y persa.* Paris, 1831.

bramínicas, y la gran reforma de Budda, cuyas doctrinas debian echar más tarde hondas raices en su patria.

Depositó el tesoro de su sabiduria en un libro titulado *Tao-te-king*. *King* indica que es una obra clásica, *tao-te* son las dos voces con que empiezan las dos partes de su libro, de las cuales tomó el nombre, como sucede con el Pentateuco; los dos títulos reunidos significan libro de la senda y de la virtud (2). Hallándose conformes los tao-sse y los letrados acerca de la antigüedad y autenticidad de este libro, se puede considerar como original.

El vocablo *tao* con que empieza este libro y que se repite amenudo, significa en su sentido material un camino, el medio de comunicacion de un lugar á otro; y por no comprenderse bien lo que significa en sentido metafísico, se presenta oscuro todo el libro. Hasta ahora se traducia por *razon*, actualmente se traduce via, y la sustancia quiere decir camino de la razon. Pero en el lenguaje de los tao-sse ha adquirido una significacion mucho más elevada, pues designa la razon primordial, la inteligencia que formó el mundo y que le rige como el espíritu al cuerpo, en suma, el Verbo de las escuelas griegas.

Lao-seu investiga el orígen y destino de los séres fundándose en una causa primera y partiendo de la unidad primordial para llegar á un panteismo absoluto en que el mundo sensible se considera como causa de todas las imperfecciones, y la personalidad humana como una forma pasajera del gran todo. La ciencia de Lao-seu puede conceptuarse una revolucion contra la sabiduria general y nacional ó sea contra la tradicion en favor del raciocinio; pero tambien se advierte en Lao-seu la oscuridad en que se envolvieron no solo Proclo y Plotino, sino tambien Platon. Dice al empezar su obra: «La razon *primordial* puede ser sometida á la razon (es decir, esplicada en palabras); pero es una razon sobrenatural (3).» La fuerza de esta espresion consiste en la triple significacion del vocablo *tao*, que (como λογος) esplica en primer lugar la razon propiamente dicha, en segundo la palabra, en tercero el Sér Supremo. Prosigue luego en esta forma:

«Se le puede dar un nombre, pero su nombre jamás fué oido. Sin nombre es el principio del cielo y de la tierra, con nombre es madre de todas las cosas. Conviene estar exento de pasiones para contemplar su excelencia. Con las pasiones no podemos contemplar más que la parte finita. Estas dos cosas semejantes y procedentes de un mismo principio, no se diferencian más que en el nombre. Denominamos profundidad á este principio; pero tal profundidad es la puerta de todas las cosas escelentes.»

Esta contradiccion de tener un nombre y no tenerlo se halla esplicada por un comentador del modo siguiente: «Por sí misma y en su esencia no podria la razon tener un nombre, puesto que preexiste á todo, puesto que era antes que todos los séres. Pero cuando empezó el movimiento, y el sér sucedió á la nada, pudo recibir un nombre.

Se ha podido observar que aquí se trata simplemente del Verbo de Platon, ordenador del universo; de la razon universal de Zenon, de Cleanto y de otros estoicos; en una palabra, de la causa del universo, nocion esparcida entre las principales sectas filosóficas y religiosas de Egipto y del Oriente (4). No debe pasarse por alto ese carácter constante de la filosofia china de no tener término propio para indicar la primera causa. La idea y el nombre de un Dios personal estuvieron siempre fuera del dominio de la especulacion, aunque no se haya exibido ninguna doctrina como revelada.

El párrafo XXI ofrece una cosmogonia: «Las formas materiales del gran poder creador son unas emanaciones del Tao. El Tao produjo los séres materiales existentes. Antes no habia más que confusion absoluta, un caos indefinible, un desórden inaccesible para la mente humana. En medio de este caos habia una imágen indeterminada, confusa, indistinta, superior á toda espresion. En este caos se hallaban los séres, séres en gérmen, séres imperceptibles, indefinidos. En este caos existia un principio sutil, vivificante, que era la verdad suprema. En este caos existia un principio de fé, y desde los tiempos antiguos hasta nuestros dias no se ha perdido su nombre. ¿Cómo conocemos las virtudes de todos los séres? Por este Tao, por esta razon suprema.»

Fácilmente se pueden encontrar en ese libro las ideas filosóficas y religiosas de los pueblos occidentales. Así se lee en su párrafo XXV: «La confusion de las cosas inanimadas precede al nacimiento del cielo y de la tierra, cosa inmensa, silenciosa, que permanece única é inmutable, operando en rededor sin alterarse nunca, y que puede ser conside-

---

(2) Véase en las *Memorias del Instituto de Francia*, tomo VII, una disertacion de Abel-Remusat sobre este filósofo, y además *Lao-seu Tao-te-king, el libro de la vida y virtud, compuesto del siglo VI antes de la era cristiana, por el filósofo Lao-seu, traducido y publicado por Estanislao Julien*. Paris, 1842.

(3) Asi es como se esplica Remusat; pero hé aquí la traduccion literal que da Pauthier de este pasaje: *Si Tao posset frecuentari (viæ instar) non (foret) æternum Tao. Si nomem posset nominari non foret æternum nomen. Sine nomine, cœli et terræ principium: cum nomine, omnium rerum mater. Idcirco semper (oportet esse) sine affectibus ad contemplandam ejus essentiam mirabilem; semper oportet esse cum affectibus ad contemplandam ejus essentiam corporalem producentem. Hæ duo simul exoriuntur, et tamen diverse nominatur. Simut dicuntur cœrula. Cœrula et adhuc cœrula, omnium essentiarum mirabilium porta.*

(4) Esta esplicacion se halla idénticamente en Mercurio Trismegisto: Καὶ διὰ τοῦτο αὐτός ὀνόματα ἔχει ἡ πάντα, ὅτι ἑνὸς ἐστὶ πατρὸς, καὶ διὰ τοῦτο αὐτὸς ὄνομα οὐκ ἔχει, ὅτι πάντων ἐστὶ πατρὸς.

rada como madre del universo. Ignoro su nombre, pero la llamo *razon*. Obligado á darle un nombre la llamo *grandeza*, es decir, progresion; progresion, es decir, alejamiento; alejamiento, es decir, oposicion. Hay, pues, cuatro grandezas en el mundo, la de la razon, la del cielo, la de la tierra y la del hombre. El hombre se arregla á la medida de la tierra, la tierra á la medida del cielo, el cielo á la medida de la razon, la razon á su propia medida.»

Quizá no hay una sola de las ideas y hasta de las espresiones de ese pasaje, que no pueda encontrarse en Platon; y las últimas corresponden por completo al microcosmos. Pero ningun filósofo habia sentado claramente antes de Lao-seu que el hombre no puede adquirir idea exacta de Dios.

Ha llegado á ser famoso un pasaje de este libro, y le trasladamos aquí más completamente que en lo general se hace con lo que le precede y lo que le sigue.

Párrafo XLI. «Supremos doctores obedecen á la razon y obran con arreglo á ella. Doctores medianos prestan oidos á lo que la razon enseña, conservando dudas y vacilaciones; doctores ínfimos oyen la razon y se rien de ella, ó sin reirse, no la conocen bastante á fondo. Por eso han dicho los antiguos: La luz de la razon es como las tinieblas; adelantar es como retroceder; la razon de más bulto se asemeja á hilos irregulares. Se compara la virtud más sublime á un valle, á la estrella matutina velada de nieblas; la virtud más vasta es insuficiente; la más sólida es vacilante, gran cuadrado sin ángulos, enorme vaso acabado lentamente, gran voz que resuena raras veces, gran imágen sin forma. Pero esta es únicamente la razon oculta, que carece de nombre y hace el bien perfecto.

Párrafo XLII. »*La razon produce el uno; el uno el dos: el dos el tres, y el tres todas las cosas.* El universo se apoya en este principio oscuro (la materia), y está abrazado por el principio lúcido (el cielo); un tibió soplo produce su armonia.»

En estas palabras pretendieron hallar los misioneros una tradicion del dogma de la Trinidad, pero nosotros encontraríamos más bien una de aquellas fórmulas indianas de que sacó Pitágoras la ciencia de los números, empleados como símbolos y denominaciones enigmáticas de séres que es imposible nombrar, una álgebra aplicada á la metafísica y á la teologia. Si Bruker dijo (5) que Pitágoras y Platon cambiaron la cosmogonia de los antiguos en psicogonia, el párrafo citado nos ofrece el mismo resultado, porque esplica de un modo esencialmente platónico que los dos principios del cielo y de la tierra están juntos por la intervencion de un espíritu que produce la armonia de ellos (6).

En cuanto á que todo lo produce el uno, el ἕν, la mónada, otros muchos antiguos escritores de la China han hablado de igual manera. Hoai-nan-seu dice. «El uno es la raiz de todas las cosas, la razon sin igual;» y Huei-kiao: «El uno es la sustancia de la razon, la pureza de la virtud celeste, el orígen de los cuerpos, el principio de los números.» Todos estos filósofos precedieron con mucho al filósofo Plotino.

Con este motivo no podemos pasar en silencio este otro párrafo de Lao-seu. «Lo que miras y no ves se llama *I:* lo que oyes y no entiende se llama *Hi;* lo que buscas con la mano y no palpas se llama *Vei*: tres séres que no pueden comprenderse, y que confundidos no forman más que uno. El primero de ellos no es más esplendente ni más oscuro que el último; sucediéndose uno á otro sin interrupcion no puede dárseles nombre; y volviéndolos se reducen al no ser. Esto se llama forma sin forma, imágen sin imágen, indefinible. Yendo hácia adelante no ves su principio; siguiéndolos no ves su consecuencia. Aquel que se forja verdadera idea del antiguo estado de la razon (la nada de los séres antes de la creacion) para apreciar lo que ahora existe, puede conocer el principio y posee la cadena de la razon.»

Aquí está esplicada la idea de la Trinidad más claramente que en ningun pasaje de los platónicos, porque el filósofo chino no estaba ligado por las consideraciones que obligaban á los griegos á envolverse en enigmas. El trigrama IHV es estraño á la China é idéntico al IAO, nombre que daban á Dios los gnósticos, considerando al sol como símbolo suyo: se deriva del *Jehová* hebráico, así como el *Jovis* de los latinos y el *Juba* de los moros.

¿Habremos de creer que Lao-seu estuviera en comunicaciones con el Occidente? ¿Queria por ventura esponer de este modo una doctrina quedada en la ciencia de los chinos como un resíduo de las tradiciones primitivas comunes á todo el género humano? Sea como quiera, aun cuando hayan conjeturado muchos que los pasajes de los pitagóricos y de los plátónicos, relativos á la tríade, habian podido sufrir alteraciones en los libros cristianos por cuyo conducto les habian llegado, véase que esta doctrina de la tríade se ofrece á nuestros ojos en un filósofo que está libre de toda sospecha de alteracion.

Si queremos que se acerque más Lao-seu á los filósofos griegos, hallaremos que fué contemporáneo de Pitágoras; que viajó á semejanza suya; que como él declaró haber pasado por muchas trasformaciones; que tuvo la misma creencia de que las almas emanan del éter y se le juntan después de la muerte; y que con igual convencimiento al suyo enlaza la cadena de los séres á la mónada, al sér necesario y absoluto: luego, á imitacion de los platónicos y de los estóicos, admite como principio de todas las cosas la razon, sér sublime, indefinible, sin otro tipo que el suyo propio. Con Platon descubre en el mundo y en el hombre una copia del

(5) *De convenientia pythag. numer. cum ideis Platonis.*

(6) Καὶ τὸ μὲν δὴ σῶμα ὁρατὸν οὐρανοῦ γέγονεν, αὐτὴ δὲ ἀόρατος μεν, λογισμοῦ δὲ, μετέχουσα καί ἁρμονίας ψυχή. TIMEO. *ap. Chalcid*, § 101, diríase que es una traduccion del texto chino.

arquetipo divino. Opone el estado de la inteligencia divina antes del nacimiento del mundo á su estado cuando el mundo hubo salido del caos, cuando la inteligencia hubo pensado y creado el universo. Compone una tríade mística y suprema, representando ora los tres tiempos de Dios, ora los principales modos de accion; y la designa con una palabra sacada de los libros sagrados y cuya raiz es hebráica; ¡sorprendente concordancia!

Así como en el primer principio distingue una naturaleza incorpórea y trascendental de otra corpórea y fenomenal, así tambien Lao-seu descubre en el hombre un principio material y otro luminoso. No se comprende bien lo que piensa del principio inmaterial después de la muerte:

Moral de Lao-seu.—Esto en cuanto á la metafísica; pero la historia debe considerar estas doctrinas con relacion á su accion sobre el pais donde tuvieron cuna y sobre la humanidad. Con tranquila prudencia desprecia Lao-seu las pasiones, se sobrepone á los intereses, á las grandezas y hasta á la gloria humana; recomienda la abnegacion de sí en beneficio del prójimo, el humillarse para enaltecerse: parece descubrirse en este punto la humildad y caridad cristianas. Al ver las desventuras de su patria dividida y presa de vivas agitaciones, se aisló en vez de pensar en una reforma como Confucio: exhortó al hombre á buscar la dicha en la soledad ascética y á hacerla consistir en el sosiego. «Debe esforzarse el hombre por llegar al último grado de la *incorporeidad*, para conservarse lo más inalterable que pueda. Los séres aparecen en la vida y cumplen sus destinos; nosotros contemplamos sus renovaciones sucesivas; cada uno de ellos torna á su orígen; tornar á su orígen significa quedar en reposo; quedar en reposo significa restituir su mandato; restituir su mandato significa hacerse eterno. El que sabe hacerse eterno es iluminado, el que no sabe, es víctima del error y de las calamidades.»

Su moral no es, pues, activa, aunque es muy pura y respira gran mansedumbre. «El hombre santo no tiene el corazon inexorable. Sea tratado el hombre virtuoso como el virtuoso; y el hombre vicioso como el virtuoso; así lo exigen la prudencia y la virtud. Procedamos con el hombre sincero y fiel como lo merece el hombre fiel y sincero; con el malvado y desleal como con el sincero y fiel; así lo exigen la prudencia y la virtud. El hombre santo vive tranquilo en el mundo: su corazon solo se inquieta por el mundo, por el bien de los hombres. Aun cuando estos no piensen más que en satisfacer sus oidos y sus ojos, les tratarán los santos como un padre trata á sus hijos.»

En aquellos tiempos de agitaciones predicaba la razon suprema absoluta, amenguando la fuerza material, pregonando que solo puede hacer alarde de sabiduria el que se conoce á sí mismo, de fortaleza el que se domina á sí mismo, de riqueza el que sabe lo que le basta. No callaba á los poderosos las verdades que producen desagrado.» Un rey que se rige por la razon, no necesita de ejércitos para mantener en sumision su imperio; donde residen grandes ejércitos crecen aflicciones y espinas. Las cosas violentas no duran más que una mañana. Sufre hambre el pueblo porque le agobian los impuestos, y es difícil de gobernar porque está sobrecargado de trabajo. Vé con indiferencia aproximarse la muerte, porque tiene que hacer penosísimos esfuerzos para ganarse la vida.» (7)

Estos sentimientos se exageraron y condujeron á la indolencia, á la duda, á la debilidad y hasta á tener por suprema sabiduria el no saber nada, es decir al escepticismo perezoso. Los sectarios de Lao-seu recibieron el glorioso título de *tao-sse*, doctores celestes; pero se estraviaron con posterioridad en las artes cabalísticas y de adivinanzas, y adoptaron una moral relajada, lo cual hizo que los jesuitas dieran á Lao-seu el nombre de Epicuro chino.

Este nombre, empero, es injusto, y más le cuadraria el epíteto de estoico: pues no viendo el bien público y privado más que en el ejercicio de la virtud y en identificarse con la razon suprema, apeló á los sentidos llegando asi á la impasibilidad. De esa inaccion abusaron sus sectarios para caer en rígido ascetismo; y por consiguiente se recomendó tener al pueblo en la ignorancia, como quiera que todas las turbulencias dimanaban del saber.

De esta secta nacieron dos; la de los *yang*, que sentaba por principio moral de las acciones un egoismo destructor de toda virtud y de toda benevolencia; y la de los *me*, que pretendian estinguir el amor de sí mismo y el interés personal, queriendo que los hombres se amasen sin distincion de amistad, de parentesco ó de clase. Mezcláronse después los tao-sse con los budistas, introdujeron prácticas supersticiosas y adivinatorias (8), y cinismo en las doctrinas y en el método de vida. Ahora no cuentan en sus filas más que gentes pobres, ignorantes y menospreciadas.

---

(7) Secciones 30 y 75.

(8) El arte principal de los adivinos en China consiste en interpretar las 64 figuras de *Y-king*. Trazan los trigramas de este libro en dados que tiran al azar, sin que para su objeto necesiten de ciencias ocultas, ni de la intervencion de las potestades superiores, en atencion á que los que creen en este arte ven en él una operacion naturalísima, cuya dificultad estriba solo en interpretar los resultados.

CAPÍTULO XXVII

CONFUCIO-MENCIO.

Cong-fu-seu, nació en el pueblo de Seu-y, reino feudatario de Lu, hoy provincia de Chan-tung, 551 años ántes de J. C., ó 22 de Ling-huang, cerca del solsticio de invierno. No se remonta su genealogia hasta el cielo, sino que se detiene en el emperador Huang-ti. Sus abuelos y su padre fueron tambien personajes ilustres. Su nacimiento fué acompañado de prodigios: niño, veneró á su madre viuda y á todos los ancianos: no dejó de asistir á ninguna de las ceremonias celebradas en honor de los vivos y de los muertos: sus diversiones consistieron en colocar sus juguetes á modo de un sacrificio, ó en hacer con sus camaradas las reverencias y urbanidades en uso respecto de sus superiores (1). Bien pronto sobresalió en la escuela pública por su dulzura, su aplicacion y sus adelantos, y su maestro le eligió por auxiliar de la enseñanza: á los diez y siete años aceptó un cargo de mandarin, en virtud del cual corria de su cuenta la venta de los granos. Nunca quiso dejar la carga de este empleo, aun siendo poca su importancia, á ningun agente asalariado, segun era costumbre, sino verlo y oirlo todo por sí mismo. Se propuso interrogar á personas esperimentadas, á fin de sustituir la buena fé y el órden al fraude y desconcierto que tenian lugar antes. De este modo se grangeó la estima de cuantos llegaron á conocerle. Habiendo llegado este rumor al gobierno, el ministro le nombró inspector general de los campos y de los rebaños, con plenos poderes para reformar é innovar donde y como lo tuviera por conveniente. Acreditó en aquel puesto elevado el mismo celo que en su empleo humilde: mejoró el cultivo, hizo desaparecer entre los aldeanos el desaseo, la miseria, la pereza, y enseñó á los propietarios lo que les era provechoso.

Disfrutaba ya de escelente reputacion á la edad de veinte y cuatro años cuando murió su madre; restableciendo entonces los olvidados usos, la hizo las exequias en conformidad á los antiguos ritos: tuvo cuidado de que la enterraran junto á su padre, encerrándolos á ambos en gruesas cajas, el marido al Oriente, y la mujer al Occidente con los pies al Mediodia y la cabeza al Norte: enseguida llevó por espacio de tres años riguroso luto, absteniéndose de todo empleo y sin salir nunca de su casa. Empleó aquel tiempo de retiro en fortificar su alma con el estudio. Examinó los *King* ó libros canónicos, y se instruyó en las artes liberales, que no debe ignorar ningun magistrado, á saber, la música, el ceremonial civil y religioso, la aritmética, la escritura, la esgrima, el modo de guiar un carro, tirado por bueyes ó por caballos. Cobró tanta aficion al estudio, que quiso continuar al terminar su luto el mismo sistema. Quedó, pues, en la condicion privada, pero su respeto á los antiguos usos y su sabiduria le habian conquistado tal crédito, que de todas partes acudian á consultarle, hasta el punto de que un príncipe ascendido á rey de Yen, le envió á pedir reglas para gobernar bien á sus súbditos; y Confucio (más prudente que Locke y Rousseau) respondió á los embajadores: *Yo no conozco á vuestro señor, ni á sus súbditos. ¿Cómo es posible que le prescriba yo una regla de conducta? Si anhelara saber de mí de qué modo procedian los monarcas antiguos en determi-*

(1) La vida más completa de Confucio es la insertada por el padre Amiot en el tomo XII de las *Memorias concernientes á los chinos*, hechas con arreglo á los documentos originales.

Obras políticas, morales y filosóficas de Confucio, traducidas al latin y al francés, por Marcelino Legrand. Paris, 1835 y sig.

nados casos, y como gobernaban el imperio, me seria muy grato complacerle, pues entonces solo tendria que hablarle de cosas que están á mi alcance.»

En su consecuencia llamó el rey de Yen cerca de sí á Confucio, quien dotó al pais de leyes, y luego se fué diciendo: *Cumplí con mi deber viniendo aquí: cumplo con mi deber marchando, cuando puedo ser útil en otra parte.*

Convencido por este viaje de la ventaja que resulta de visitar otros pueblos, recorrió desde entonces los pequeños Estados en que se hallaba dividida á la sazon la China, sobre un carro tirado por un buey y guiado por un discípulo suyo: después tornó á establecerse en su patria á la edad de treinta años, donde rehusó todo empleo, para dedicarse esclusivamente á reformar á sus conciudadanos. Entonces abrió en su casa un punto de reunion á cuantos quisieran aprender á ser útiles á la sociedad, ya fuesen jóvenes ó viejos, pobres ó ricos, guerreros ó letrados, y deseasen lecciones de buena conducta, ó antiguos ejemplos. Su vida no es más que una larga série de enseñanzas y reformas, á que daba cima yendo de contínuo de un lugar á otro, seguido por doce discípulos suyos, escogidos entre los setenta y dos á quienes habia enseñado; eran aquellos que mejor le habian comprendido.

Tan distante de la credulidad como del engaño, nunca recurrió á ficciones. Ponia toda su confianza en el Señor, diciendo: *Si el Tien no es contrario á las doctrinas que yo enseño, los hombres no podrán destruirlas ni dañarlas.* No suscitó cuestiones metafísicas y su dicípulo Seu-lu dice: «amenudo puede oirse al maestro disertar sobre las cualidades que señalan á un hombre de virtud y de ingenio; pero no quiere hablar nunca acerca de la naturaleza del hombre ni sobre èl camino del cielo.»

No tuvo la pretension de introducir innovaciones, sino solo de recoger la ciencia de los antiguos, de coordinar los descubrimientos anteriores, de fijar lo que era vago é incierto, de restituir, como dice Du Halde, á la naturaleza humana aquel primer lustre que recibiera del cielo y empañaran después los torbellinos de la ignorancia y el contagio del vicio. A fin de lograr este objeto aconsejaba obedecer al Señor del cielo, honrarle y temerle; amar al prójimo como á si mismo, dominar sus instintos, no dejarse llevar nunca de las pasiones, sino someterlas á la razon; escuchar á ésta en todas las ocasiones, sin hacer, ni decir, ni pensar nada contrario á ella: «Lo que os enseño, decia, lo aprendereis por vosotros mismos haciendo de las facultades de vuestro espíritu un legítimo uso; nada es tan natural y sencillo como los principios de la moral, cuyas máximas saludables procuro inculcaros. Cuanto os enseño lo practicaron antiguamente las personas de saber, y esta práctica se reducia á tres leyes fundamentales de relacion entre súbditos y gobernantes, entre padre é hijo, entre marido y mujer; al ejercicio de las cinco virtudes capitales: la humanidad, es decir, el amor de todos sin distincion alguna; la justicia, que da á cada cual lo que le pertenece; la observacion de las ceremonias y de los usos establecidos, á fin de que todos los que viven juntos sigan una misma pauta y participen de las mismas ventajas como de las mismas incomodidades; la rectitud de espíritu y de corazon que induce á buscar y apetecer lo verdadero en todas las cosas, sin ilusionar á los demás ni á si mismo, es decir, la sinceridad, ó sea un corazon franco, que escluye el fingimiento y el disimulo tanto en los hechos como en las palabras. Esas virtudes hicieron venerables á los primeros maestros del género humano durante su vida y les han valido la inmortalidad posteriormente. Adoptémosles, pues, por modelos, empleemos todos nuestros esfuerzos á imitarles.» (2)

A esto se reduce toda la moral de Confucio: su carácter distintivo consiste en que hace que todos los deberes se deriven de los de la familia, y en compendiar todas las virtudes en una sola, la piedad filial. Hallándose sentado cierto dia á su lado su muy amado discípulo Seng-tseu, que puso por escrito todas sus respuestas, como hizo Jenofonte con Sócrates, le preguntó:—«¿Sabes por ventura cuál era la virtud suprema, la doctrina capital que nuestros antiguos emperadores enseñaron á todo el reino del centro, para mantener la concordia entre sus súbditos y para proscribir toda disidencia entre superiores é inferiores?

—»¿Cómo es posible que lo sepa, respondió Seng-tseu, cuando sé tan poco?

—»La piedad filial, añadió Confucio, es la raiz de todas las virtudes, el manantial de todas las doctrinas.» (3)

Como tenia por principal mira estirpar todo principio de irritacion entre los que mandan y los que obedecen, recomendaba la piedad filial, en atencion á que la familia, el Estado, el universo, están amoldados con arreglo al mismo tipo, y tienen por jefes al padre, al rey, á Dios. Decia, pues: —«Los más cuerdos de nuestros antiguos emperadores servian á su padre con una verdadera piedad filial, y por este motivo servian al Tien con inteligencia; servian á su madre con una verdadera piedad filial, por lo cual servian al Li con religion. Tenian condescendencia hácia los ancianos y los jóvenes, de modo que superiores é inferiores estaban contentos. El príncipe es el padre y la madre de los pueblos. Profesad á vuestro padre el mismo amor que teneis á vuestra madre y el respeto que alimentais hácia el príncipe, y servireis al príncipe con piedad filial y sereis súbditos fieles, y sereis sumisos á vuestros superiores y dóciles ciudadanos. Peca el que se rebela contra el rey, porque su corazon no posee la piedad filial que hace dócil á la obediencia.»

Al llegar aquí le interrumpió Seng-seu diciendo:

(2) *Memorias sobre los chinos*, tomo XII.
(3) Id. id., tomo IV.

—«Me atrevo á preguntarte si llena todos los deberes de la piedad filial el que obedece á su padre.

—¿»Qué dices? repuso el maestro: antiguamente tenia el emperador por censores á siete sabios, y cualesquiera que fueran sus escesos nunca llegaban á arruinar el imperio. Un príncipe tenia cinco sabios para que le reprendieran, y por muchos errores que cometieran, nunca llegaron á producir la ruina del Estado. Un grande tenia tres sabios para reprenderle, y aunque se dejase arrastrar á muchas faltas, nunca fueron tales que arruinaran su casa. Un letrado tenia un amigo para que le reprendiera y nunca deshonraba su título; un padre tenia á su hijo para reprenderle, y jamás se estraviaba hasta el desórden. Cuando se reconoce por mala una cosa, no puede eximirse un hijo de reprender por ella á su padre, un súbdito al soberano. Si, pues, un hijo debe reprender á su padre siempre que procede de mal, ¿cómo cumpliria con la piedad filial limitándose á obedecer? Existe, pues, una regla superior y esta es la ley divina.»

Seng-seu esclama entonces: «¡Oh admirable inmensidad del amor filial! tú haces en favor de los pueblos lo que la fertilidad de los campos en favor de la tierra, lo que la regularidad de los astros en favor del cielo. No mienten el cielo y la tierra: imítenles los pueblos y durará eternamente la armonia del mundo como la luz del cielo y la produccion de la tierra. Así la piedad filial no necesita de represiones para corregir, ni la política de amenazas para gobernar.» (4)

Tambien nosotros admiramos este genio universal; pero exentos de la idolatria del prosélito, no dejarémos de reflexionar que en esta confusion de la sociedad política y la sociedad doméstica todas las propiedades van á parar al jefe, todas las voluntades se compendian en la suya: de modo que la libertad individual cede el puesto á la obediencia, y de aquí resulta una estabilidad tal, que escluye toda actividad progresiva; condicion social diametralmente opuesta á la que se encuentra en Grecia, donde habia más libertad individual que obediencia. En efecto, aun cuando Confucio sea superior con mucho á sus compatriotas, descubre no obstante la señal del yugo que le sujetara: y con las intenciones más rectas hizo pesar este yugo sobre el pueblo entre el cual enfrenó todo adelanto, por medio de un mecanismo complicado de moral ceremoniosa y de política servil. De modo que al paso que en otros pueblos la aparicion de todo gran reformador es un vivo impulso para obrar, como sucedió después de Moisés, Solon, Licurgo, Mahoma y Lutero, los chinos continuaron en el surco trazado por el uniforme paso de sus abuelos, y que Confucio no hizo más que profundizar. Ciertamente que tuvo nociones de la unidad y fraternidad humanas; pero en vez de hacerlas entrar en su teologia y de poner como base de la moral el amor supremo, se contentó con aquel Dios pura razon. Para asemejarse el hombre á él no tenia más que perfeccionar la razon; estéril teorema que no dejaba ya deducir la moral de la necesidad de perfeccionarse á sí mismo en los demás y á los demás en sí, sino que la reducia á preceptos experimentales sin enlace ni sancion.

Sus discursos son hermosos, su moral precisa, tanto que segun él, no seria tal moral si se extendiese un punto más. Sus máximas sencillas, ingeniosas, á veces tambien expresadas poéticamente, pueden competir con las de Sócrates y demás sabios de Grecia, y con las ingénuas, pero no profundas de Franklin; pero faltan completamente en ellas el entusiasmo y la uncion; cada cosa está colocada á nivel y con compás; la virtud inflexible se manda en ellas con inflexibles formas, como si se tratase de ajustar piedras y disponerlas una sobre otra en figura de pirámide, en que se va ascendiendo por grados sucesivos uno descansando en el otro hasta el rey, que pesa sobre todos. La justicia y la humanidad debieron ser sus arquitectos; pero la primera, puramente negativa, gobierna á los hombres, no los hace mejores, y la segunda no tiene entrañas y manda el amor como una conveniencia, un requisito social. Y á la verdad, ¿cómo ha de caminar la moral sin la metafísica? ¿cómo ha de poder contemplar de lleno la humanidad quien no se ha elevado del órden terréno ni calculado las relaciones de esta con el Ente infinito? Por eso habló Confucio con tanta vaguedad de Dios y de la vida futura, que sus discípulos pudieron deducir de sus palabras el panteismo y aun el ateismo y más comunmente una indiferencia que admite la religion oficial, una religion indeterminada que no requiere imágenes, ni culto, ni sacerdotes (5), ¡deplorable consecuencia!

Reducido positivamente el pueblo á un deismo que raya en ateismo, ni aun siquiera tuvo un rincon del cielo á donde levantar los ojos, cuando se fati-

(4) Véase CIBOT, Paráfrasis del *Hiao-king*.

(5) En una relacion manuscrita que poseo, de un padre Pedranzini de Bormio, un mandarin dice á este misionero: «Guardémonos de decidir sobre cosas que no constaron evidentemente ó fueron inciertas para los antiguos sabios. El axioma de los hombres sabios está en la partícula *si*. Y dice: *Si* hay paraiso, en él se deleitarán los virtuosos: *si* hay infierno, en él serán precipitados los infames y los malvados. Si esto es ó no cierto, ¿quién podrá asegurarlo? Apartarse del mal, hacer el bien, aquí está todo. El libro de *Tai-hio* dice: Lo principal es la virtud; las riquezas y la felicidad son lo accesorio. El libro *Liun-in* dice: Lo que no quieras para tí no lo hagas á los demás; esto es lo que hay. Hágase esto y basta: las felicidades del paraiso, si existen, seguirán como una cosa accesoria.» Otro más epicúreo le decia: «Oh doctor moderno, ¿has visto tú esas cosas que predicas? ¿Quién te ha dicho que el alma de las bestias irá abajo y la de los hombres arriba? Estas y aquellas nacen y mueren igualmente, y vuelven á la tierra de que han sido hechas. La felicidad consiste en tener tres clases de carne: de cerdo, para la mesa, de mula para los viajes, de mujer para la cama; y es lo bastante.»

gase de estar encorvado hácia la tierra que riega con sus sudores. No buscaron más que la razon los letrados. ¿A qué venia inquietarse desde entonces por la muchedumbre? Mucho más valia llegar aisladamente á la cumbre de la ciencia, y evitar esponer sus opiniones á la gran prueba del general consentimiento. Si sale de la muchedumbre algun hombre de superior talento, se apresura á olvidar su orígen para asociarse á los doctos: desde entonces queda abandonado el pueblo á los instintos materiales, privado de toda luz, y apenas llega de vez en cuando algun fulgor á hender su noche.

No por eso ha dejado de triunfar la doctrina de Confucio, y hace veinte y dos siglos que se encuentra asociada á la legislacion de un gran pueblo, cuya vida intelectual determinó tanto con la coleccion de los escritos antiguos, como con los suyos propios. Estaba él muy lejos de esperar un éxito tan sorprendente, habiendo estado espuesto á todos los embites de la envidia y á todos los desalientos del genio. Perseguido por largo tiempo, reducido hasta el estremo de padecer hambre y de carecer de lecho, decia:—«Soy fiel como un perro y como á un perro se me trata, ¿pero qué importa la gratitud de los hombres? no por eso dejaré de hacer cuanto bien pueda.»—Un rey filósofo pareció adoptar sus máximas, si bien esto fué por poco tiempo; y continuó yendo de pais en pais, predicando las cinco virtudes y las tres relaciones, y recomendando las ceremonias fúnebres especialmente; las consideraba como el mejor testimonio que se puede tributar á la dignidad del hombre, como el nudo que enlaza todos los vínculos sociales.

¿Qué hubiera dicho de un siglo en que las cenizas de los valientes caidos en la batalla más decisiva, fueron vendidas á especuladores para ser trasportadas á otro punto y empleadas en abonar los campos?

Muerte de Confucio.—Pero ya entonces gemia Confucio viendo á los reyes tan degenerados y olvidadizos de las virtudes de sus mayores. «Ninguno de ellos ha admitido la doctrina que he predicado, y esto es lo que llena mi corazon de desconsuelo.»

Cuando conoció que estaba terminada su carrera, convocó á sus discípulos más queridos, y habiéndoles conducido á la cima de un monte venerado, mandó erigir un altar y puso en él los cinco *Kings* ó libros canónicos que habia redactado. Se puso de rodillas con el rostro vuelto hácia el Norte, y adoró al cielo, dándole gracias por haber prolongado su vida lo suficiente para corregir aquellos libros; le rogó, en fin, que no permitiera que fuese vana su obra. Se habia preparado con el ayuno y la purificacion para la piadosa ceremonia; la terminó ofreciendo íntegros los frutos de sus trabajos.

479.—Su muerte precedió nueve años al nacimiento de Sócrates, y todavia es venerado el árbol que plantaron sus discípulos sobre su sepulcro. Se le dedicaron templos, donde están inscritos en tablillas los nombres de los que se señalaron en las provincias del imperio por sus virtudes y buenas obras; tributo moral que cuadra perfectamente al hombre, cuyos estudios no tuvieron por objeto especulaciones abstractas, sino la práctica de la vida.

Paralelo con Lao-seu.—Confucio y Lao-seu vieron igualmente los males de su patria y ambos tuvieron empeño en remediarlos; pero el uno indagó verdades abstractas y llegó á un ascetismo inactivo, á la par que el otro fué esencialmente hombre de aplicaciones. Cuéntase que atraido Confucio por la reputacion de Lao-seu fué á visitarle y le interrogó acerca de la esencia de su doctrina; pero léjos de obtener respuesta, oyó como le censuraba por mostrarse en público demasiado, por ostentar fausto y vanidad al propagar su doctrina:—«El sabio ama la oscuridad; léjos de ambicionar empleos, huye de ellos, seguro de no dejar al fin de su vida más que sus buenas máximas enseñadas por él á los que podian retenerlas y practicarlas. No se franquea con todos, sino que estudia los tiempos y los lugares: si son buenos, habla; si malos, enmudece. El que posee un tesoro, lo oculta á fin de que nadie se lo robe. El hombre verdaderamente virtuoso no hace alarde de sabiduria. Aprovechaos de lo que os digo.»

No cuadraba bien el consejo del solitario al hombre político. Aquel enseñaba á huir de los cargos públicos, éste á desempeñarlos dignamente; el uno á sustraerse de los honores: el otro á buscarlos y á merecerlos. Quiso el primero establecer un concepto social, independiente de la esperiencia y de la sancion, fundado en una inteligencia absoluta, y absoluto como ella; no cesó el segundo de proponer como ejemplo á los antiguos emperadores, y con la historia en la mano demostró los buenos y malos resultados de los vicios y las virtudes. Por eso los discípulos de Confucio prueban la verdad de un hecho, la exactitud de una sentencia con la autoridad de los libros ó de los filósofos; á la par que los de Lao-seu dedujeron sus pruebas de la naturaleza de las cosas y de la índole del corazon humano. Fácilmente se comprende cual de los dos sistemas habia de prevalecer entre los chinos. Muy pronto quedó reducida la doctrina de Lao-seu á una secta, fué honrada un instante para caer enseguida en el olvido y el desprecio. Vino á ser el refugio de los oprimidos y de los infortunados, que buscan la paz en los claustros y en la inaccion meditativa. Por el contrario la de Confucio llegó á ser en breve la doctrina de todos los hombres sabios, ó como dicen ellos, de los letrados, que aun actualmente ascienden en virtud de ella á las magistraturas, y las ejercen con arreglo á sus principios (6). En 1713 decia el emperador de

(6) Véase Ed. Biot.—*Ensayo sobre la historia de la instruccion pública en China y de la corporacion de los letrados desde los tiempos remotos hasta nuestros dias.* Paris, 1845.

la China á los embajadores enviados por la Rusia: *Si os preguntan que es lo que tenemos en más honra y estima, responded: En China se prefiere á todo la fidelidad, la piedad filial, la caridad, la sinceridad, la justicia. Y á no ser así ¿cómo habian de tener nuestras súplicas eficacia? Nuestra veneracion á Confucio es el mejor tributo que podemos rendir á la escelencia de sus doctrinas.*

Mencio.—Los discípulos más célebres de Confucio fueron Seng-seu, de quien ya hemos hablado, Sen-see y Meng-seu (7). A este último se le consideró especialmente digno de colocarse inmediatamente después del maestro, y de ser declarado santo de segundo órden (*ya-king*) (406 á 316); junto su libro con los tres libros de apotegmas de Confucio debe ser aprendido por los que aspiran á empleos. Afligido por ver triunfar la secta de Yang, que predicaba el egoismo como principio regulador de las acciones humanas, y la de Me, que sostenia que el efecto debia estenderse igualmente á todas, sin distincion de parentesco, aspiró á propagar una filantropia generosa. *Sirve bien al cielo aquel que sigue la recta razon.* Tal es el resúmen de su doctrina; y á semejanza de Confucio fué predicándola de Estado en Estado, teniendo pláticas con los reyes, y enseñandoles una política más atrevida; pues les exhortaba á prestar oidos al voto de los pueblos, y no dejaba que pasara ningun acto injusto sin censurarlo. Su modo de argumentar tenia mucho del de Sócrates, irónico á veces, apremiante de contínuo, y adecuado para conducir á sus adversarios, al punto de confesar que se habian engañado. Uno de los más pequeños príncipes que no cesaban de perturbar á la China con sus ambiciones, queria persuadir con palabras lisonjeras á Mencio á que le prestase ayuda con su popularidad:—«El que sepa verdaderamente amar al pueblo, le dijo Mencio, podrá restablecer el órden y reinar sobre todo el imperio.

—»¿Creeis acaso, le preguntó el rey, que tengo yo lo que se necesita para amar al pueblo?

—»Lo teneis. He sabido por uno de vuestros ministros que visteis cierto dia sentado en vuestro palacio y pasar al pié del trono á hombres que tiraban de un buey atado. Preguntasteis donde llevaban á aquel animal, y os respondieron que iban á inmolarlo para rociar con su sangre una campana nueva. Mandasteis que le soltaran, conmovido por su miedo semejante al de un inocente á quien llevan al suplicio, y les propusisteis que tomaran en su lugar una oveja. ¿No sucedió de este modo? Basta para mostraros digno de reinar la emocion que esperimentasteis entonces. Es verdad que vuestros súbditos supusieron que habiais observado semejante conducta por avaricia; mas yo estoy persuadido de que cedisteis á la compasion. No era la oveja más delincuente que el buey; esto venia á ser un subterfugio de la humanidad. Teniais delante á uno de estos animales y no veiais al otro. No puede el hombre sensato ver degollar á los animales que han encontrado vivos sus miradas. Cuando ha oido sus quejumbrosos mugidos no puede nutrirse con su carne; por eso el hombre cuerdo pone sus cocinas lejos de sus habitaciones.»

El rey esclamó:—«Maestro, espresais una cosa de que apenas me habia podido yo dar cuenta. Mas decidme, ¿es verdaderamente adecuado á hacerme reinar bien el enternecimiento que esperimenté entonces?»

Mencio repuso:—«Si un hombre llegase á decir á V. M.: Puedo sostener un peso de tres mil libras, y no puedo con una pluma; mis ojos ven crecer la lana y no distinguen un carro cargado de madera ¿le creeriais acaso?

—»No, seguramente, replicó el rey.

—»Y sin embargo, añadió el filósofo, vuestra humanidad se estiende á los animales y no se fija en vuestros súbditos. A semejanza del que no pudiera sostener una pluma y pretendiera levantar un carro de madera, poseeis en vos lo que hace falta para reinar y no haceis uso de ello.

—»Bien venido seais, le dijo el rey de Liang. Si un camino de mil *li* no os ha parecido muy largo, servireis por cierto de gran ventaja á mi reino.

—»¿Que es lo que decís? respondió Mencio, la ventaja consiste en poseer humanidad, benevolencia hácia todos y justicia. No os mezcleis en los intereses de los ciudadanos, no les aparteis de los trabajos correspondientes á cada una de las estaciones, y abundará la cosecha. Si no se echan en los viveros redes de muy espesa malla, no serán servidos á vuestra mesa todos los peces y todas las tortugas; no metais el hacha en las selvas antes de tiempo, y así no os faltará madera. De este modo podrá el pueblo alimentar á los vivos y hacer sin lamentarse sacrificios á los muertos. Mandad que se planten los campos de moreras, y podrán vestirse de seda los hombres de cincuenta años. Haced que se crien gallinas, perros (1) y cerdos, y los hombres de setenta años podrán alimentarse con carne. Cuidad de que en las escuelas y colegios se enseñe la piedad filial y el respecto á los ancianos, y no se verá nunca á hombres encanecidos ir cargados por las calles. En vez de esto vuestros perros y vuestros cerdos devoran el alimento del pueblo y no lo remediais: muere el pueblo en las calles y no abris vuestros graneros; y al ver morir de inanicion á vuestros súbditos esclamais:—*No es culpa mia, sino de la esterilidad.* Ahora bien, decidme: ¿Hay alguna diferencia entre matar á palos ó á cuchilladas?

---

(7) *Meng-tseu vel Mencium, inter sinenses philosophos ingenio, doctrina nominisque claritate Confucio proximum, edidit latina interpretatione* STANISLAUS JULIEN. Paris, 1824.

(1) El perro es el manjar más esquisito entre los chinos, cuya cocina es muy esmerada, si bien insoportable para los europeos.

—»Ninguna, respondió el rey.

—»¿Y entre matar á uno al filo de la espada ó á consecuencia de una mala administracion?»

Otra vez decia: «Amad al pueblo y para gobernar bien no hallareis obstáculo alguno. Si se le dijera á álguien que cogiera en sus brazos una montaña para trasladarla al Océano septentrional, y respondiese: No puedo, se le creeria. Pero si se le dijese que llevara una pequeña rama, y respondiese: No puedo ¿se le creeria? El rey que no gobierna bien no se ha de comparar al primero, sino al segundo; no es poder, sino la voluntad que le falta.»

Sivan-huang, rey de Tsi, le preguntó: «¿Es verdad que el coto del rey de Huen-huang tenia setenta *li* de circuito?

—»Verdad, respondió, y al pueblo le parecia muy reducido.

—»El mio, añadió el rey, tiene cuarenta y al pueblo le parece demasiado extenso. ¿En qué consiste esta diferencia?

—»Es, repuso el filósofo, que en el coto de Huen-huang entraba todo el que queria á coger yerba, leña, á cazar liebres y faisanes. ¿No era natural que al pueblo le pareciese pequeño? He oido decir que matar un ciervo dentro de vuestro coto seria un delito castigado de muerte como el homicidio. ¿No es razon que al pueblo le parezca demasiado grande?»

¿No se percibe cierto perfume socrático en estos diálogos de Mencio, que entresacamos de su libro clásico? El mismo rey le dirigió esta pregunta: «He oido decir que Ching-tang habia destronado á Kie, y que Vu-huang habia dado muerte al rey Cheu-sin. ¿Es esto verdad?

—»Lo asegura la historia.

—»¿Es por ventura lícito á los súbditos deponer y condenar á sus soberanos?»

Mencio repuso entonces:—«Ladron se llama al que comete un hurto, al que hace un robo á la justicia se llama tirano. El ladron y el tirano son hombres y no se debe establecer diferencia entre ellos. Siempre he comprendido que Cheu-sin fué condenado á muerte; no que Vu-huang hubiese dado muerte á su príncipe.»

Admiran los chinos la claridad de sus controversias y la vivacidad natural de su diálogo. Cuando quieren recomendar una obra de buen estilo dicen: «Leed á Meng-seu.»

Tal es el catálogo completo de los filósofos de la China, á no ser que se quiera añadirlo con Chud-hi, que escribió en el siglo XII después de J. C. un tratado de filosofia natural, en que se propuso comparar las sentencias de todos los clásicos, interpretadas contradictoriamente, y demostrar su identidad primitiva. No debiéndose presentar nada como nuevo en China acometió tambien la empresa de esplicar el *Y-king*, diciendo que la línea contínua es el principio activo de la naturaleza; y la línea partida el principio pasivo; y donde Confucio veia moral y política, halló él física y fisiologia. Así fundó una doctrina atomista y molecular que tuvo muchos sectarios:

CAPÍTULO XXVIII

CONSTITUCION DE LA CHINA.

Lo que acabamos de esponer anteriormente nos ayudará á formar más fácilmente una idea exacta del edificio político de la China, al que Confucio y Mencio tanto contribuyeron, aunque las agitaciones intestinas sobrevenidas en el principio de la era vulgar hayan impedido acabarlo enteramente. No hubo en aquellas regiones superposicion de pueblos, y por ende tampoco hubo castas ni clases esclavas. Se puede considerar, con una exactitud casi rigorosa, á la China como una familia patriarcal convertida por su desarrollo en un inmenso imperio sin alterarse, y cuya organizacion se deriva del primitivo principio de la piedad filial; estendiéndose éste desde el hogar doméstico hasta el mismo trono.

Familia.—Cada casa es un pequeño Estado, no siendo éste sino otra casa estremadamente vasta, sometida á los mismos deberes, y arreglada con los mismos principios de sociabilidad. Siempre se encuentra confundido al indivíduo en la familia, y á ésta en el reino, sin que los privilegios de castas ni los derechos del sacerdocio puedan descomponer esta unidad, la más entera y absoluta de cuantas existan en cualquier otra nacion del mundo.

Fácil es el tránsito de la autoridad paterna á la tirania, cuando no está refrenada por este sentimiento de amor que nos hace mirar á nuestros hijos como á nosotros mismos. Con efecto, en la China todo intérvalo entre el cielo y la tierra es ocupado por el rey: puede este todo lo que quiere, por lo que desobedecerle es no solamente un acto de rebelion, sino una impiedad. Abandonáronse por esto algunos emperadores á toda clase de escesos, despojando á sus súbditos de sus campos para ensanchar sus jardines, haciéndoles morir por capricho ó por placer, y vanagloriándose de ser en el imperio lo que es el sol en el mundo y tan imperecedero como él.

Hasta tal punto conocen los chinos que su constitucion reposa en el respeto filial, que procuran reanimarla siempre que quieren conducirla hácia su primitivo principio. Trabajó Confucio en este sentido, y habiendo faltado pocos años há un hijo al respeto y miramientos debidos á su madre, encontró ocasion la corte de Pekin para dar vigor á este vital sentimiento con una solemne expiacion. Fué anatematizado el sitio donde se cometió la impiedad; dióse muerte al culpable; sufriendo su mujer la misma suerte, como sospechosa de haber sido su cómplice; se condenó á la madre de ésta á ser azotada y desterrada, por haber contribuido á la perdicion de su hija con la mala educacion que le habia dado. Suspendiéronse los exámenes públicos por espacio de tres años, y fueron destituidos y desterrados los magistrados de aquella comarca. Declarando por último el emperador en un edicto que á todo hijo que se rebelase contra sus padres se le aplicaria la misma justicia.

Letrados.—Es, no obstante, un error atribuir la duracion de este grande imperio al despotismo paternal; hubiera por el contrario causado su ruina sin la institucion de los letrados, es decir, de la doctrina que da acceso á todas las grandezas. Si hay un pais en donde uno se eleve por el mérito, es seguramente la China; en donde el niño de más oscura familia puede por medio del estudio, hacerse capaz de sufrir los exámenes anuales en su pais natal; y los que tienen lugar cada tres años en las grandes ciudades, donde se obtiene el primer grado. El que sirve de título para ciertos empleos, se obtiene en la capital de la provincia; siendo únicamente en la metrópoli del imperio y á la vista del monarca como se concede el tercer grado, en virtud del cual se *monta en el corcel de oro y se sienta uno en las alas de jaspe*, es decir, que se entra en la Academia, pudiendo ya aspirar

á las más altas dignidades. Estos exámenes, objeto á que se dirige todo jóven inteligente, son anunciados con gran solemnidad mucho tiempo antes. No bien ha tomado uno de ellos la *olorosa rama de olivo*, cuando encuentra padres que á porfia quieren darle sus hijas en matrimonio y ministros que los llaman á los empleos.

Es tan antigua y se halla tan arraigada en los chinos la veneracion hácia las letras, que desgraciado del que osare pisar con desprecio un manuscrito. No fué introducida hasta el siglo VII esta admirable institucion de los certámenes. Surgió de ella aquella aristocracia literaria, única en el mundo fundada, no en las riquezas, sino en los exámenes; y fueron así los letrados el contrapeso de la autoridad real; lo mismo que los sacerdotes en la India, en Egipto y en Caldea. El hijo del cielo, ante el cual nadie se presenta sin tocar nueve veces la tierra con su frente, no puede conferir por sí propio ningun poder, ni ninguna dignidad, si el individuo no está designado á este efecto por los letrados, quienes, como se indica, tienen derecho á todos los empleos públicos, conservándolos aunque las dinastias cambien. Están á mas investidos por la ley, del derecho de escribir la verdad; pudiendo por lo tanto y en ciertas ocasiones, levantar la cabeza para vituperar el despotismo, si bien con todas las formalidades del ceremonial, invocando las tradiciones de los primeros tiempos y las doctrinas escritas. Estas además intiman al rey para que siembre de flores el camino por el que el sabio le conduce á su deber y á la reparacion de sus faltas; ellas le enseñan que dá el cetro el amor del pueblo y que su odio lo rompe; que el que eleve á un hombre malquisto de la generalidad, ó descuide al que ensalza la voz pública, obra contra la justicia, fomenta el descontento y es presa de la nube que sustenta el rayo que ha de reducirlo á cenizas (1).

Verdad es que estos consejos y preceptos se dirigen por lo comun, no á la celeste persona del rey, sino á sus ministros; pues los chinos practican de siglos á esta parte este invento de que los europeos tienen tanta vanidad, y que da á las constituciones una ficcion por base, reputando infalibles á los reyes y responsables á los ministros.

Siendo tan poderosos los letrados no han dejado de verse amenudo perseguidos, siendo á su vez perseguidores de sus contrarios.

Principejos.—Hemos visto suceder á la monarquia, forma primitiva del gobierno chino, una especie de organizacion feudal, que abrazando cierto número de principados, más ó ménos dependientes segun la fuerza de sus jefes, se encontraban casi siempre en guerra unos con otros. Solo dos siglos antes de J. C., fueron subyugados estos señorones, y se restableció la monarquia en el sentido más entero y absoluto de la palabra. El rey, *hijo del cielo, único gobernador de la tierra, gran padre de su pueblo*, es adorado, y no podrian concebir la coexistencia de dos emperadores sobre la haz de la tierra, y así consideran toda embajada que reciben, como homenaje de vasallo á soberano. Cuando el emperador dirige la palabra á los señores de la corte, prostérnanse éstos para recibir sus órdenes: cierránse todas las casas cuando salé, debiendo todo el que le encuentra en su camino volverle la espalda ó arrojarse en tierra, pues de lo contrario es condenado á muerte; precédenle dos mil satélites con cadenas, hachas y otros instrumentos para castigar *á sus hijos*: es, en una palabra, una verdadera idolatria política del Estado, personificada en el rey; no impidiéndole todo esto verse comunmente dominado en su palacio por mujeres y por ennucos.

Mandarines.—Como los inferiores siempre se modelan por el jefe, muéstranse los mandarines no ménos déspotas en sus gobiernos, en los que pesa tanto más su autoridad, cuanto que están más próximos al pueblo. Hacen la visita oficial precedidos por los ahullidos de los verdugos, que á la menor seña, prenden ó castigan hasta dejar por muerto al que ha tenido la desgracia de desagradar ó tarda en arrimarse á la pared.

Así como el emperador, segun dicen los chinos, no solamente es pontífice para sacrificar y rey para gobernar, sino tambien maestro para instruir, del mismo modo, deben los mandarines, que le representan, en el principio y á la mitad del mes reunir á sus subordinados para instruirlos moralmente, segun determina la ley, sobre cualquiera de los siguientes puntos:

1.° Practicar atentamente los deberes de la piedad filial; obligándose los hermanos menores á guardar sumision al mayor; enseñando esto á tener presentes las esenciales obligaciones impuestas á los hombres por la naturaleza.

2.° Conservar perpétuamente un respetuoso recuerdo de los antepasados; lo que mantiene la union, la paz y la concordia.

3.° Que reine el acuerdo en las ciudades, desterrando de ellas las querellas y procesos.

4.° Honor á la agricultura y á aquellos que cultivan la morera; así no les faltará nunca grano ni vestido.

5.° Acostumbrarse á una razonable economia por medio de la templanza, la frugalidad y la modestia.

6.° Fomentar las escuelas públicas, para educar á los jóvenes en la práctica de las buenas costumbres.

7.° Llenar los deberes de su estado, medio infalible de tener tranquilo el espíritu y el corazon.

8.° Estirpar en su orígen las sectas y los errores, para conservar en toda su pureza la verdadera doctrina.

9.° Inculcar al pueblo amenudo las leyes penales establecidas por la autoridad soberana, con el fin de que el temor mantenga en el deber á los indóciles y gentes toscas.

(1) En el *Ta-hio*, obra del nieto de Confucio.

10. Que se conozcan con toda estension las leyes de la cortesia y del decoro.

11. Que se ponga sumo cuidado en la educacion de sus hijos y de sus jóvenes hermanos, lo cual les impedirá entregarse á los vicios y á las pasiones desordenadas.

12. Evitar la calumnia, para que estén seguras la inocencia y la sencillez.

13. No deis asilo á los criminales, precisados por el crímen á arrastrar una existencia errante y vagabunda, sino quereis ser envueltos en su desgracia.

14. Que sean pagadas puntualmente las contribuciones establecidas por el príncipe, con el fin de evitar las vejaciones de los exactores.

15. Prestar ayuda á los jefes de barrio instituidos en cada ciudad, medio seguro de contener á los ladrones y no dejar impunes á los culpables.

16. Reprimir los arrebatos de cólera, con el fin de evitar los peligros.

Estos son los hermosos preceptos que se ven escritos y se oyen proclamar; pero desgraciado del pueblo cuyos jefes no hacen más que proclamar el bien. Entregados los mandarines á la arbitrariedad y á la avaricia no conocen otro freno más que el temor al rey; pudiendo este último á la menor sospecha, á una falsa delacion, ó solo por capricho hacerlos encadenar y dar de azotes.

Habiéndose alejado un dia de su séquito el emperador Chang-ti de la dinastia de los Tai-sin (1644), encontró á un anciano llorando á lágrima viva, quien le participó que el mandarin le habia robado su único hijo, alegria y sosten de su familia, y que no confiaba en obtener justicia. Sin darse á conocer el emperador, le coloca en la grupa de su caballo, le lleva á la residencia del mandarin, y haciendo á éste confesar su crímen, le condena inmediatamente al suplicio. Confiere en seguida su puesto al ofendido á título de reparacion y le dice: «Aprovéchate de este ejemplo y haz de manera que no tengas que servir á tu vez de ejemplo á los demás.»

Tienen además los mandarines un freno con la gaceta en la que todos los dias se publican los nombres de los funcionarios destituidos y la falta de que se han hecho culpables. Este ha descuidado la percepcion del impuesto, aquel se ha escedido en los castigos, uno ha cometido concusiones, dando otro pruebas de ignorancia. Menciónanse en ella asimismo las virtudes y las recompensas. Consiste, pues, el arte de los magistrados en alejar acusaciones contra ellos y pecar impunemente. Como se encuentran, además, muy mal pagados, se ven reducidos á ayudarse con las vejaciones, no bastando á contenerlos toda la filosofia de su maestro.

Cada provincia tiene un intendente; cada dos á lo más un virey: además cada una tiene un superintendente para los letrados, un director de rentas, un juez para lo criminal, un inspector de la sal y otro de los granos: y otros magistrados particulares de cada círculo ó de cada distrito regulan la administracion y la justicia. El *Almanaque imperial* publica dos veces al año el nombre de estos empleados y el *Mensajero de la capital* los actos oficiales administrativos; complicacion inextricable que está muy lejos de redundar en provecho de la generalidad.

No hay ningun empleo hereditario, ni tampoco lo son los títulos, escepto los de los príncipes de la sangre y de los descendientes de Confucio. Confiere el emperador alguna vez la nobleza, no á un individuo, sino á sus abuelos.

Encuéntranse los chinos muy lejos de sistema de casta que se advierte en otras partes, dividiéndose todo el pueblo en seis clases: mandarines, guerreros, letrados, agricultores, artesanos y mercaderes.

Justicia.—Adminístrase gratuitamente la justicia, se discuten públicamente los asuntos, y cada uno defiende su propia causa sin la asistencia de los abogados, profesion enteramente desconocida en el pais. En materia civil es muy espedita, resolviéndose muy comunmente con palizas por ambas partes. Los procesos criminales son llevados de un tribunal á otro, y en el caso que traiga consigo la pena capital, debe la condena ser aprobada por el emperador; ejecutándose todos los suplicios á la vez en la estacion del otoño.

La historia de la legislacion china se remonta de dinastia en dinastia hasta la primera, comprendiendo setenta y cuatro volúmenes. Los misioneros han dado el análisis de un código chino que abraza todas las materias (2), y que es importante como reseña sobre el carácter de esta nacion. Reina en él mucho órden: una division contiene las definiciones, concerniendo las demás á los seis consejos supremos ó ministerios de Pekin. La primera de estas seis, que corresponde al *consejo de los nombramientos oficiales*, trata del sistema de gobierno y de las obligaciones del empleado. Abraza la segunda las leyes fiscales y estadísticas; corresponde al consejo de las rentas públicas, quien tambien está encargado de la matrícula, tierras y dominios, de la hacienda, de los impuestos y aduanas, de la propiedad y de las ventas y contratos. La tercera comprende las leyes relativas á los ritos, y otras observancias. La cuarta tiene relacion con las leyes militares, tratándose en ellas de la defensa del palacio imperial, de las fronteras, de los caballos y de las acémilas, de los soldados, de los correos y postas. Contiene la quinta las leyes hechas sobre el crímen de traicion, robo, pillaje, homicidio, así como el procedimiento criminal: concerniendo la última á las obras públicas.

No parece que este código, estremadamente claro, sencillo y de tan moderado estilo, sea obra oriental. Verdad es que sin separarse por esto del espíritu que preside á todas las instituciones chinas, desciende á pueriles detalles y á las escepciones más raras. Tiende demasiado á arreglarlo todo,

(2) *Memorias sobre los chinos*, tomo VIII, p. 220.

á hacer intervenir á la ley en todo y á rebajar la virtud misma con el mandato. Castiga á los chinos que de vez en cuando no visitan los sepulcros de sus antepasados; declara que un varon tiene derecho á una herencia como uno; á la mitad una mujer, y un hermafrodita á la mitad de la parte de uno y de otra. Los términos son tambien algunas veces de lo más vago. Aquel que se conduce *de una manera inconveniente y contra el espíritu de las leyes*, sin violar, empero, ningun artículo especial, sufre cuarenta palos.

Es castigado con la mayor severidad el crímen de alta traicion. El acusado no tiene derecho á ninguna consideracion ni miramiento, ni aun á la proteccion como hombre, declarándose infame á su parentela hasta la novena generacion. En 1803, culpable un desgraciado de atentado contra la vida del rey, fue condenado á una muerte tan lenta como fuese posible, y ahogados sus infelices y tiernos hijos.

El castigo más corriente y el que más se prodiga es el del bambú. El *kia*, collar de madera del que se sacan fuera la cabeza y las manos, llevándose algunas veces por espacio de un mes; hay asimismo el destierro á ménos de cincuenta leguas y el destierro perpétuo. La graduacion de los castigos decretados en la China á fines de 1837 contra los que fuman opio, indica cuan grave es la pena del destierro, siendo el reo por la primera vez marcado en la frente con un hierro candente; en la segunda se le aplican cien golpes de bambú á espalda desnuda, condenándole además á tres años de destierro; y á la tercera es decapitado. Se considera, pues, el destierro como pena más rigurosa que la indeleble marca.

Existen ademas el castigo de los bofetones, el de la argolla ó picota, y el tirar de los barcos; por penas capitales, la estrangulacion, y la decapitacion reservada á los más enormes delitos, esperimentando tambien los reos detenciones muy largas en las cárceles llamadas infiernos, que merecen seguramente este nombre. Las mujeres son confiadas á la custodia de sus más próximos parientes. No se encuentra establecido el juramento en los juicios, pero sí la tortura, que consiste en comprimir las uñas del paciente en un triángulo. Una vez detenido, si á pesar de todos los cargos y preguntas, no confiesa, se le aplica inmediatamente la tortura, cuyo rigor va progresivamente en aumento, hasta que el mísero escribe ó firma la confesion de su crímen. Tómase entonces acta del delito, la que se remite al emperador, quien decreta el proceso. Si alguna vez, cosa rara, reconocen los tribunales la inocencia del acusado, de nada le sirve, pues que al poco tiempo sucumbe á los tormentos sufridos. Los castigos se agravan para los esclavos.

Los parientes del soberano se encuentran privilegiados, escepto en los casos de crímenes de Estado. Pueden rescatarse el menor de quince años y el septuagenario, á costa de dinero, de las penas que no son capitales. Puede el padre ocultar los delitos de su hijo y éste los de aquel; pues Confucio declaró que así se obraba en justicia; pero la facilidad con que se dejan corromper los mandarines, hace que todos aquellos que se encuentran en estado de pagar, se libren del castigo.

El simple hurto se castiga con el palo ó con el destierro, segun la gravedad de la culpa. El *ling-chi*, es decir, la ignominia de ser cortado en pedazos, se aplica al traidor, al parricida y al sacrílego. El padre que mate á su hijo, no es castigado más que con la pena del bambú. El simple homicidio se expia con dinero; pero si se ha cometido en una sedicion, es ahorcado el culpable, pues se castiga todo desórden con la mayor severidad. Así, los chinos están disputando horas enteras, sin que ninguno de los dos contendientes levante la mano al otro, porque el menor golpe dado con la mano ó con el pié agrava el caso; y castíganse tambien las palabras injuriosas, porque pueden turbar la tranquilidad, principal objeto de esta legislacion.

Puede conjeturarse por lo que queda dicho que de lo que ménos se ocupa la ley es de enderezar la libertad individual en provecho del bien público. Podíase definirla exactamente diciendo que es un buen sistema de policia, acompañado de hermosas predicaciones morales. Cualquiera que conozca las máximas de que tanta ostentacion se hace, se creeria feliz viviendo en semejante pais. Recomienda el *Chu-king* (3) á los jueces la justicia, el desinterés y la escrupulosa indagacion de la verdad. «Después que hayan las dos partes presentado sus pruebas y oídolas los jueces, estos condenan, si no hay duda, á cualquiera de los cinco suplicios (4), y caso de que exista, debe recurrirse á los cinco métodos de rescate. Cuando se vacile sobre ser oportuno ó no el rescate, conviene juzgar segun las cinco clases de culpas. Causan estas últimas: el temor de un hombre poderoso, la venganza ó el agradecimiento, la seduccion de las mujeres, el amor al dinero y las recomendaciones. Pueden cometerse las culpas por los jueces y por las partes: y después de bien pensado, si ocurriese duda, es preciso perdonar. Cuando se presentan las acusaciones, debe tenerse cuidado con las circunstancias y con los motivos. Lo que no puede comprobarse, no debe prestar materia para un proceso. Conviene ser severo ó indulgente, segun los casos. Los que saben pronunciar estudiados discursos, no sirven para terminar los procesos; sino las personas apacibles, sinceras, rectas, y de una moderacion constante. Esplicad y publicad el código de las leyes, no atendiendo al interés en los procesos. Las riquezas adquiridas de este modo son un tesoro de faltas, que traen consigo infor-

(3) Lib. III, cap. 27. *Li-king*.

(4) La marca en el rostro, la amputacion de la nariz, de los piés, la castraccion, la muerte.

tunios; ¡diráse después que no es justo el cielo, cuando los hombres se hayan grangeado merecidos castigos!»

De este modo encuéntrase lleno el código de máximas hermosas de concepto y altisonantes; pero menospreciadas en su aplicacion desgraciadamente, ya sea por efecto de la ignorancia de los intérpretes ó ya por la venalidad de los encargados de su ejecucion.

Religion.—Hablaremos aquí otra vez de la religion, considerándola simplemente como un reglamento de Estado y de disciplina. Existen en la China tres sectas religiosas, y llega á tal grado la tolerancia que observan entre sí, que mejor seria darle el nombre de apatia. Siguen la de Confucio los sabios y se reduce en suma al escepticismo y á la indiferencia. Redúcese la muerte, segun ellos, á pasar el alma de uno á otro cuerpo ó á descomponerse en el aire, sin que quede otra cosa del hombre más que su sangre en sus hijos y su nombre en su patria. Solo Dios es inmortal. Practican los taosee la religion de los espíritus, así como ya hemos dicho. Como declarase Confucio que no queria restablecer la primitiva doctrina, pues que él no era sino el precursor de un ilustre personaje que iria del Occidente, envió el rey Mimt una flota en aquella direccion, para buscar á este gran reformador. Alejáronse bastante estos bajeles, pero no osando prolongar el viaje, abordaron á una isla en donde encontraron la estátua de Budda, que fué llevada, á la China, 33 años antes de J. C. Desde entonces se veneró allí bajo el nombre de Fo, dando su culto un nuevo impulso á la religion, que á su tiempo examinaremos.

Son, pues, libres los chinos en la eleccion de sus opiniones religiosas; pero la ley, como en todo lo demás, sin ocuparse de las cosas interiores, arregla minuciosamente las formas esteriores, los ritos y las ceremonias.

Subsisten estas leyes hace ya varios siglos, no teniendo el emperador interés en cambiarlas, pues que por ellas es dueño de obrar á su antojo.

Existen en China tribunales para recibir las reclamaciones de todo aquel que se cree perjudicado; estando seguro el que ante ellos se queja, de ser castigado. Encontrándose enervado el pueblo no sabria oponer resistencia á la opresion; pero poseyendo en alto grado la astucia, emplea mil supercherias para eludir las leyes, sin arriesgar su tranquilidad querida ni su dinero más apreciable todavia. Si sois rico, hareis vuestro gusto gratificando á la justicia. Si mercader, pagad y os enriquecereis haciendo fraude en el peso y en la medida. Sois letrado, adulad y bajaos para ascender; y poneos de acuerdo, para tener sujeta á la dividida, muelle y fatigada muchedumbre: pues si el hambriento populacho se reune por bandadas y ataca á los viajeros en los caminos, lanzará el emperador sus escuadrones, ahorcará á los que sean cogidos, pero si son más fuertes los malhechores, se tratará con ellos dejándoles en pacífica posesion de sus guaridas, con tal de que paguen. Si una nacion fuerte invade el pais, ¿qué interés ha de tener el pueblo en rechazarla? ¿Acaso no morirá de hambre de la misma manera bajo el nuevo amo? Si la nacion invasora vence, le parecen convenientísimas las tradiciones despóticas del imperio: toma para sí las riquezas, y divide el poder con los letrados, á fin de que la ayuden á mantener en la obediencia al vulgo, destinado á trabajar para enriquecerla é incidentalmente tambien para vivir.

¿Qué mejoras pueden esperarse de un pueblo de esta naturaleza, en un pueblo habituado desde la infancia á no dirigirse sino por el ejemplo y por invariables reglas; en donde no se pronuncia una palabra que no sea dictada por el ceremonial, y cuyo principal cuidado consiste en dar importancia á frivolidades? No veremos en él esta progresion hácia el bien que se difunde por otras partes, insensible en verdad como la de la luz, pero tan incesante como ella. A pesar de esto, como la naturaleza humana no puede permanecer inmóvil, se sucederán de tiempo en tiempo las violentas revoluciones que turbarán aquella profunda calma: conmoverán al pais la anarquia, la usurpacion, los cambios de dinastia, la variacion de religiones y las innovaciones por medio de escritos. No componiendo allí nada el pueblo, se encuentra por lo tanto en la imposibilidad de sacar ningun provecho. Impondrále la fuerza cierto órden de cosas ó un soberano se lo habrá preceptuado. No tendrán otro resultado estas vicisitudes sino cambiar la carga bajo la cual gime una nacion, que puede desmentir, más que ninguna otra, á aquellos para quienes el bien de la sociedad consiste en una tranquilidad sin gloria y en un órden sin mejora.

CAPÍTULO XXIX

LENGUA Y ESCRITURA DE LA CHINA.

Gran consideracion merece la lengua china, como quiera que la habla ó al ménos entiende un tercio del mundo. Hubo un tiempo en que se creyó imposible aprender el idioma chino. Sin embargo, tan luego como los sinólogos europeos le aplicaron su método analítico, fué colocado en la misma línea que los demás idiomas. Diferenciase esencialmente de las lenguas clásicas en que para indicar el enlace entre las palabras y entre las frases no emplea categorias gramaticales, ni clasifica los vocablos, sino que funda las relaciones de las partes del discurso en el encadenamiento de la idea. No tiene, pues, como los demás idiomas una parte de etimologia y otra de sintáxis: allí todo se reduce á esta última; un mismo vocablo es ora nombre, ora adjetivo, ora verbo y aun preposicion á veces. A la par que el sentido de la frase se ayuda con la gramática en las demás lenguas, ó no hace más que servir de apoyo á sus reglas, es por el contrario en el idioma chino la base de su inteligencia, y del sentido de una frase debe deducirse su construccion gramatical. No se puede empezar de consiguiente por buscar las voces en el diccionario, para darse cuenta de la construccion ó concordancia, como se hace con las otras lenguas, sino que conviene partir de la significacion del conjunto de las palabras.

Otra particularidad del idioma chino es que consiste más en lo que se escribe que en lo que se habla. Con efecto la lengua hablada se compone de cerca de cuatrocientos cincuenta monosílabos empezando por la articulacion y concluyendo por vocales ó diptongos, ya puros, ya nasales. Pero el cambio de los acentos y de la entonacion que no es perceptible más que al práctico oido de los chinos, eleva el número de estas voces á mil doscientas, y este es todo su vocabulario (1). Resulta de aquí que al paso que la palabra es reina en todos nuestros idiomas, es esclava entre los chinos, quienes amenudo en medio de una conversacion no pueden ó no saben esplicar ó precisar una idea, sino cogiendo una caña y escribiéndola (2).

Acostumbrados como estamos á ver en todos los pueblos asociadas de una manera íntima la idea, la palabra y la escritura, de suerte que esta no representa la primera, sino con el auxilio de la segunda, es curioso hallar una nacion que hace del lenguaje y de la escritura dos representaciones aisladas y distintas de la idea (3). Indagando el desarrollo histórico de la escritura, advertiremos que primeramente se emplearon para fijar la idea cuerdecillas anudadas, pedacitos de madera en forma de tableros de ajedrez, ocho trigramas y otros procedimientos semejantes. A estos signos harto inciertos y vagos sucedieron caractéres puramente figurativos, representando los objetos mismos de cuya espresion se trataba. Dedicaron los letrados el mayor esmero á restaurar algunos de los más antiguos libros libertados del incendio, y se consiguió llegar á poseer copias exactas, las cuales quedaron como testimonio del antiguo método de escritura.

---

(1) La más leve alteracion en la pronunciacion de las voces cambia su sentido. *Chu,* prolongado la *u*, significa *señor;* pronunciándola sin acentuacion, *cerdo;* lijeramente y con rapidez, *cocina;* con fuerza, pero bajando el tono, *columna. Po*, significa, segun la variedad de acentuacion, *javalí, gachas, cerner el arroz, cuerdo, preparar, vieja, romper, inclinado, regar* y *esclavo.* Carece esta lengua de las articulaciones b, d, r, x, z.

(2) Remusat no pudo darse á entender con palabras, y si con el escrito, de los chinos que fueron á Paris en tiempo de Cárlos X.

(3) *Indagaciones sobre las lenguas tártaras.—Investigaciones sobre el orígen y formacion de la escritura de los chinos.*

Conservároнse además en vasos, trípodes, espejos, inscripciones de una antigüedad casi increible, de modo que los chinos las poseen desde el tiempo de la dinastia de los Changs, más de doce siglos antes de J. C., y aun del tiempo de la de Hia.

Estos caractéres se cambiaron y alteraron de tal modo que habiéndose aumentado hasta el número de ochenta y cinco mil produjeran un verdadero caos, si los letrados no hubieran cuidado de clasificarlos. Apenas volvia á levantarse la literatura un siglo después de J. C., cuando Yu-chin, como ya dijimos anteriormente, escribió el *Chue-huen* ó tratado de literatura, fruto de inmensas investigaciones, que aun ahora es la base de la ciencia de los caractéres, de su ortografia exacta y de sus acepciones primitivas. Después de haber recojido todos los caractéres usuales en su tiempo, y especialmente aquellos con que estaban escritos los libros clásicos, discutió su etimologia, su ortografia y su sentido. Entonces escogió nueve mil trescientos cincuenta y tres, que consideró como fundamentales, esplicándolos en un comentario que contiene ciento tres mil cuatrocientos cuarenta y un vocablos. Sirve aun de norma en el dia y constituye el fondo de los mejores diccionarios.

Este sabio imaginó colocar todos los caractéres bajo quinientas cuarenta radicales ó claves, agregando á cada una de ellas sus derivados. Distinguió asimismo los caractéres en seis clases, que no han variado y son las siguientes:

1.ª Los *figurativos*, que ofrecen imágenes ó dibujos groseros de objetos corporales, y que se alteraron posteriormente al ser transcritos, especialmente desde la invencion del papel y el uso del pincel para la escritura.

2.ª Los *indicativos*, que indican lo más notable de los objetos sin figura, como las abstracciones numéricas, las relaciones de posicion, los movimientos, así, por ejemplo, los números 一 二 三, 1, 2, 3 ó los signos ⊥ arriba; ⊤ abajo; Φ en medio.

3.ª Los *combinados*, que espresan las ideas por medio de la combinacion de muchas imágenes; así significan *seguir*, tres figuras de hombres una detrás de otra; dos mujeres, *proceso;* un sol detrás de un árbol, el *Oriente;* un pájaro en su nido, el *Occidente;* una mano, *los artesanos*.

4.ª Los *prestados*, que trazan las ideas morales con auxilio de un objeto físico empleado metafóricamente.

5.ª Los signos elegidos en una de las precedentes clases y trazados al revés para espresar una idea inversa ó antitética, llamados por esto *inversos*.

6.ª y última. Los compuestos de una imágen junto á la cual se escribe el signo de un sonido.

A todo tirar pueden reducirse á dos estas diferentes clases; una comprensiva de los caractéres simples, es decir, de las imágenes y de los signos indicativos inseparables; otra de los caractéres compuestos, ó sea de aquellos en que hay muchas imágenes ó muchos signos que contribuyen á esplicar una sola idea. Equivalen los signos prestados á las espresiones abstractas y metafóricas de las demás lenguas en las que se toma una palabra en sentido diferente del que suena y se escribe siempre del mismo modo. Respecto de los signos inversos puede decirse que son un rasgo de puro ingenio.

Los caractéres chinos de la primera clase son imágenes ó símbolos destinados á representar directamente los objetos materiales por una imitacion más ó ménos exacta, y las cosas ideales con metáforas más ó ménos ingeniosas. Pintan la idea, no el sonido; de modo que pueden aplicarse indistintamente á toda pronunciacion, como acaece entre nosotros con los signos matemáticos 4+3=9—2, que cada pueblo entiende lo mismo, escribiéndolos de diverso modo. Como conviene no obstante que puedan ser leidos los libros, se agrega convencionalmente á cada carácter una sílaba simple ó complexa, que en la lengua hablada reclama la misma idea que el carácter en la escritura. A pesar de todo, nada hay en el carácter que figura el sonido ó la sílaba, y cabe muy bien entender el uno sin conocer la otra y vice-versa.

Es necesario, no obstante, escribir á veces, no imágenes, sino articulaciones, cuando se trata, por ejemplo, de indicar nombres de individuos ó de paises extranjeros, ó cuando conviene especificar con exactitud séres materiales. Pueden lograrlo los chinos tomando un símbolo de sonido ya convenido, y sin ocuparse de su significacion, limitándose á indicarlo tal como suena. Tienen una particularidad los nombres propios en la China. Se agrega á ellos la figura *boca*, para anunciar que se trata del signo de un sonido. Se espresa en chino la pronunciacion de los nombres manchues con caractéres reducidos al oficio de sílabas y de letras; se procede del mismo modo para escribir los títulos de los príncipes extranjeros, las voces tártaras ó sanscritas. Para los vocablos relativos al culto de Budda se ha redactado un cuadro de treinta y seis consonantes y de ciento ocho vocales y diptongos, apropiando cada una de ellas á un carácter chino de pronunciacion semejante. Posteriormente un emperador de la dinastia reinante decretó que los nombres de los lugares y pueblos de la Mongolia y del resto del imperio fuera de la gran muralla, se escribieran en chino de una manera uniforme, destinando á este uso ciertos caractéres que bastasen para todas los gradaciones de la pronunciacion tártara.

Se puede además tomar aquel símbolo como signo de un sonido genérico y poner al lado la imágen que lo especifica. Han hecho los chinos gran uso de este sistema, de modo que la mayor parte de los objetos naturales están representados por caractéres constituidos de dos partes; una que fija el género con una figura, otra la especie con un carácter, que es tan solo el signo de un sonido. Así, el asno se representa con la figura caballo y el signo *lu;* el lobo con el perro y la sílaba *lang;* la carpa con el pez y el sonido *li*, vocablos todos de la lengua hablada; sistema, conforme se vé, á la no-

menclatura binaria de Linneo. Este método hubiera sido de suma utilidad para conciliar las ventajas opuestas de la escritura figurada y de los caractéres alfabéticos, si el número de grupos silábicos empleados de esta manera se hubiera determinado y se hubiera tenido siempre cuidado de espresar la misma sílaba con ayuda de igual signo.

Habiendo resultado el número de los símbolos mucho mayor que el de las sílabas, cada una de estas corresponde necesariamente á una gran cantidad de estos signos representativos. Gentes poco versadas en conocimiento de los caractéres, confundieron los que se pronunciaban del mismo modo, y el uso consagró entre los letrados una porcion de estas impropiedades, no de espresion, sino de ortografía. Hoy los que escriben por necesidad y no por aficion á las letras, se contentan con saber un solo carácter para cada sonido y lo emplean en todas las acepciones de la misma sílaba, mientras que las personas instruidas tienen otros caractéres diferentes (4).

En estos diferentes casos, de simbólica que era se convirtió en silábica la escritura de los chinos; pero nunca han dado el paso indispensable para hacerla alfabética. De otro modo ha acontecido en los paises circunvecinos.

Los primeros misioneros, y después de ellos la mayor parte de los gëógrafos y autores de relaciones de viajes, han dicho que la escritura de los chinos era leida por todos los pueblos limítrofes, así como todos los pueblos de Europa leen los guarismos árabes, aunque los pronuncien de distinto modo; de suerte que ofrece el modelo de una escritura universal. Para que este hecho fuera completamente exacto, se necesitaria que las lenguas de las naciones vecinas tuvieran estremada analogia con la de la China, construcciones semejantes, el mismo orden en los vocablos y en las inversiones, metáforas idénticas, partículas y signos de relacion empleados en el mismo caso y colocados igualmente, cosas todas que constituyen una concordancia muy sorprendente y harto desusada en la índole de dos idiomas.

Es muy cierto que los libros de Confucio y las demás obras canónicas, cuya inteligencia es indispensable para todo el que desempeña un empleo civil, el Almanaque imperial, y algunos otros libros de esta clase, son generalmente comprendidos y leidos por cuantos aspiran al título de letrados entre los vasallos del celeste imperio; pero no los leen en el original, sino en un sabio idioma de convencion y conocido solamente de los que han hecho de él un especial estudio.

Así, pues, además del idioma sabio existe en el Japon, en el Tonkin y en la Corea una lengua indígena, parecida verdaderamente en varios puntos á este idioma, si bien distinta en otros muchos. Quísose combinar una y otra en la escritura: así, por ejemplo, lobo se dice en chino *lang* y se escribe con el signo indicativo de perro, el signo de la pronunciacion *lang*. Llaman los tonkineses á aquel animal *soï*, y tomaron el caracter *lang* de los chinos, añadiéndole un grupo de lineas que representa entre ellos el sonido *soi*, de manera que el nuevo carácter se compuso de dos partes, una china y otra annamita. Son innumerables las combinaciones figurativas y silábicas de este género y producidas necesariamente por la transicion de una escritura figurativa de un pueblo á otro.

Los japoneses, cuyo lenguaje se diferencia todavia más del de los chinos, adoptaron con las artes y las instituciones de este pueblo, único del continente á quien pudieron imitar, sus caractéres y su literatura. Conservaron, no obstante, en los vocablos, en el sistema gramatical, y por consiguiente, en el modo de escribir ciertos signos de orígenes diversos. Esta es entre otras una de las particularidades que distinguen á esta nacion singular y á su gobierno teocrático y feudal á un mismo tiempo. Los letrados japoneses leen y escriben los caractéres chinos con la sola diferencia producida por la diversidad de pronunciacion. Así, el mismo signo pronunciado *ri* por los japoneses, se articula *li* por los chinos que no tienen *r*. Estos últimos dicen *ho* por fuego, cuando los otros dicen *fo*, y así sucesivamente. Como los japonèses titubeaban acerca de la pronunciacion, escogieron ciertos vocablos destinándolos á ser empleados como espresiones de sonidos. Pero en vez de fijar uno para cada pronunciacion, designaron seis, siete y aun más, y por otra parte tomaron el mismo carácter para representar dos ó tres articulaciones diferentes. Resultó de aquí que el número de caractéres

(4) Viendo en 1839 Estanislao Julien, muerto en 1873, profesor de chino en Paris, las graves dificultades que encuentran los europeos para aprender este idioma, á fin de disminuirlas, pensó en vencer primeramente el obstáculo que resulta de la impresion de los libros con los caractéres nacionales. A ruego suyo los misioneros de la China hallaron modo de hacer grabar los 85,000 caractéres y de sustraerlos á la vigilancia de los numerosos puestos de aduanas hasta llegar á embarcarlos en Macao con direccion á Francia. Produjo esto un escasísimo gasto, y Julien se los cedió á la imprenta Real. Propúsose tambien hacer uso de aquellos caractéres para dar á luz un diccionario más cómodo que el de Guignes, una gramática más accesible que la de Remusat, ó mejor que la del padre Premare: hizo aparecer enseguida una edicion de todos los libros clásicos y canónicos de los chinos, hecha en la misma China, que traida á Europa, cuesta mucho ménos que los volúmenes franceses. Acompaña á esta edicion página por página una traduccion con arreglo á un método nuevo; es decir, da primeramente la interpretacion de cada uno de los caractéres chinos como en el original, sin enlace, ni caso, ni tiempo; después la version segun la sintaxis europea, con comentarios justicativos de cada enlace. Su intento fué empezar por el Chu-king.—Y. M. Caliery misionero en la China publicó el *Systema phoneticum scripturæ sinicæ* (Macao, 1841, dos tomos), en el cual intentó ordenar mejor aquella lengua y escritura y relacionarlas con las demás occidentales. Este autor publicó tambien un abundante *Ensayo de un diccionario enciclopédico de la lengua china*. (Paris, Didot, 1842), que puede proporcionar muchísimas noticias históricas.

chinos elegidos al efecto, vino á superar con mucho el de las sílabas simples que necesitaban espresar los japoneses.

Cuando se apercibieron de la imperfeccion de este silabario, le sustituyeron otros dos *irofas* ó alfabetos, que no les daban gran ventaja. El primero *(firo-kana)* está tomado de esa especie de taquigrafia cursiva de que hacen uso los chinos para escribir negligentemente sus caractéres, haciendo muy difícil su desciframiento. Adoptaron los japoneses ciertos signos, si bien variándolos hasta lo infinito, por lo cual parecian ininteligibles, y asombra verlos empleados con preferencia y comprendidos de todos. El otro *(kata-kana)*, simple y regular, está sacado tambien de los caractéres chinos muy alterados aunque fijos; pero se pueden aprender cómodamente sus cuarenta y ocho signos. Lo más estraño es que mezclan en la escritura y en la impresion estos caractéres diversos, y desde entonces se puede calcular la dificultad que han de producir en la lectura. Si además se trata de versos en los cuales la rima y el número exigen una pronunciacion exacta, esta confusion de caractéres chinos y japoneses, de símbolos significativos y grupos silábicos, produce anfibologias, alusiones y juegos de palabras, que pueden recrear á los nacionales que estén muy prácticos en este ejercicio, si bien no presentan más que oscuridad para los extranjeros.

Sea como quiera, es digno de notarse que las dos escrituras japonesas son realmente silábicas, pero no como las escrituras etiópica, indiana y tártara, que ofrecen grupos de signos alfabéticos y encierran verdaderas representaciones de sílabas independientes unas y otras é indescomponibles. Y no obstante, los japoneses, poseedores hace tantos siglos del único sistema propiamente silábico que existe, no han sabido llevar el análisis hasta separar de la vocal la consonante.

Respecto de la Corea, su alfabeto es el que inventaron los khitan descomponiendo los caractéres chinos, y que perfeccionaron los yu-chí; se forma de siete signos para las vocales y de quince para las consonantes, cuya combinacion produce un silabario de muchos centenares de signos.

Ya hemos espresado nuestras ideas en lo concerniente á la formacion del alfabeto; y se puede, así, juzgar acerca de si bastan los hechos que preceden para aducir una opinion contraria á la nuestra, y para sostener que se ha derivado paso á paso de la escritura figurativa. Si podemos lisonjearnos de haber hecho comprender, no con una claridad absoluta, sino con la menor oscuridad posible, un sistema estravagante y que aun no se ha discutido, nos contentaremos con añadir que la escritura de los chinos, sea el que quiera el modo con que esté formada, ha influido no poco en la civilizacion progresiva del pais, por haber sido inventada desde muy temprano. Cuando el sistema alfabético se presta á todas las variaciones, á todas las inflexiones, á todas las combinaciones nuevas de la palabra, inmóviles ó invariables como esta misma, el método ideográfico por el contrario resiste á todas estas trasformaciones y las pone estorbo, no ocupándose más que de la palabra. Con efecto, quedan perpétuamente las voces á las que se afectó en un principio un signo cualquiera, y no se les podrá añadir otros nuevos, á falta de medios de trazarlos y de la posibilidad de combinar los elementos de la palabra no analizados por la escritura. Vendrá á ser la lengua monosilábica, pobre, inflexible; y la idea, de que es principal, ya que no único instrumento, permanecerá encadenada con ella.

CAPÍTULO XXX

ARTES Y CIENCIAS.

Desconocen los chinos la escultura y la pintura en el sentido más elevado de estas voces. Todo el mundo ha podido juzgar de lo vivo de sus colores, del estilo del dibujo con que adornan sus vasijas, sus telas, sus enseres, del de las figuritas de porcelana; pues bien, puede decirse que su habilidad se limita solamente á esto. Imitan en toda su variedad los pájaros y las flores en toda la gala con que las ha ornado la mano de la naturaleza: representan cada objeto con exactitud tan minuciosa, que puede desafiar al más escrupuloso naturalista á que señale una hoja, una pluma fuera de su sitio; pero son incapaces de rayar más alto, y la imaginacion yace allí en no interrumpido sueño. Si se despierta á veces, es para engendrar figuras extrañas y grotescas y disfrazar al hombre ó Dios, sin elevarse jamás á la espresion ennoblecida de las pasiones y del poder supremo. Solo una vez aparece en sus anales la parte inteligente del arte, que impone á la pintura la tarea de suplir la historia (50 antes de J. C.); y es cuando el emperador Suenti, despues de la derrota de los yung-nu, hace colocar en un salon los retratos de los personajes insignes de su reino.

Las bellas artes han de languidecer por fuerza en China, á semejanza del niño comprimido en sus mantillas por una madre escesivamente cuidadosa. Decorado con el nombre de proteccion el colegio de letrados, verdadera tiranía del pensamiento, se limita á desempeñar el papel ordinario de los cuerpos académicos que es conservar; y veda ó estorba todo progreso. Sin su aprobacion nadie es letrado; sin haber sufrido su exámen, no se imprime ningun libro; ninguna doctrina podria enseñarse no siendo la oficial. El tribunal de los matemáticos tiene por dogma inviolable que la tierra es el centro del universo; el de los edificios ha determinado las proporciones de la arquitectura, de suerte que una columna de dos pies de diámetro en su base debe tener invariablemente catorce de altura. Así tienen modelos fijos y obligatorios para todas las construcciones, para la casa de un príncipe de primera clase, de segunda, de tercera, para la de un ministro, para la de un mandarin. Respecto del que no está graduado, aun cuando poseyera millones, no puede edificar ni decorar sino como simple particular, así en lo esterior como en lo interior del edificio.

Kien-lung, que reinó de 1736 á 1796 de nuestra era, mandó publicar en cuarenta y dos volúmenes en folio (1) la descripcion y los diseños de todas las vasijas antiguas del museo imperial, cuyo número asciende á mil cuatrocientas cuarenta y cuatro. Pretenden los críticos que muchas de ellas se remontan á las primeras dinastías: en este caso probarian una gran habilidad en el arte de fundir el bronce, diez y siete siglos antes de J. C.

Es curioso encontrar profusamente el ornamento que llamamos meandro ó greca, que, reproducido amenudo en los vasos griegos ó etruscos, no puede ser sugerido en la naturaleza por ningun objeto. Esto indicaria comunicaciones que se revelan en la circunstancia de encontrarse alhajas chinas en los sepulcros egipcios é italiotas (2).

Es particularmente digna de elogio la distribucion general de los palacios y de los templos. Apártandose los arquitectos chinos, en la construcion

---

(1) *Si-tsing cu-kien*, es decir, Recuerdos de las antigüedades de la pureza occidental. La Biblioteca nacional de Paris posee un ejemplar de esta obra.

(2) Rosellini afirma haber encontrado en tumbas egipcias vasos chinos de *mayórica* barnizada; y que en las colecciones egipcias de Salt vió espejos metálicos idénticos á los usados en China. Véase *Cartas á F. Davis*, 9 *de abril* de 1837, en los *Anales de correspondencia arqueológica*.

de los monumentos públicos, de su mezquindad afectada, han ejecutado además obras inmortales con ladrillos pulimentados por un método particular de ellos y hasta con mármoles. Ya hemos hablado del canal y de la gran muralla, trabajos que, aun rebajando mucho de la admiracion de los naturales y de los viajeros, no tienen par en el mundo. Si nos atenemos á ciertas relaciones, los chinos han cortado montañas en algunos parages, dándoles el aspecto de cabezas de caballos, de hombres, de pájaros, con tan laboriosa paciencia, que aun ellos mismos no saben atribuírselas más que á demonios ó á mágicos famosos.

Caminos.—Si estuvieran bien comprobados estos rasgos de ingenio, desmentirian el carácter de utilidad con que están generalmente selladas sus construcciones. Entre otras les honran mucho sus caminos, porque cruzan los más elevados montes, están á veces abiertos á través de masas de rocas, bien empedrados, frecuentemente á la sombra de árboles, y hacen fáciles las comunicaciones. Encuéntranse amenudo puentes, unos colgantes sobre inmensos precipicios, como los que se han introducido hace poco en Europa, otros de piedra tallada, echados sobre abismos y rios de anchísimo cauce. El de Lu-ko-kiao, á distancia de algunas millas de Pekin, construido todo de mármol blanco, con setenta columnas á cada uno de sus lados, entrelazadas con guirnaldas de follaje, con pájaros y ornamentos estravagantes, ejecutados con delicadeza suma, ha sido destruido en parte por una inundacion. Muchos de ellos no tienen ménos de sesenta pasos geométricos de longitud, y de seis ó siete de anchura. Algunos hay cuyo desarrollo es de ciento sesenta toesas sobre cien arcos, como el de Oxu en la provincia de Fu-kian. Crúzanse otros rios por encima de puentes de ciento treinta barcas encadenadas. De Hang-chong-fu, en el Chen-si, arranca un camino hácia la capital del imperio, en que trabajaron cien mil hombres allanando montañas, ó echando de una á otra tan elevados puentes, que se fatigan los ojos al contemplar el abismo que se abre debajo. En el Suen-cheu-fu y sobre un brazo de mar, hay un puente de piedra de mil quinientos veinte pies chinos de longitud y de veinte de ancho, sostenido por doscientos cincuenta enormes pilares, de bastante elevacion para dejar paso á buques de alto bordo: solo forman los arcos travesaños puestos de un pilar á otro.

Arcos triunfales.—Un sentimiento digno de estima, si no de utilidad tan inmediata, ha inducido á construir á los chinos una inmensa cantidad de arcos de triunfo en honor de hombres á quienes hizo célebres su virtud, su piedad, su valor ó su ciencia. Vénse infinidad de ellos en las ciudades, en las colinas, en los caminos. A menudo se componen de una puerta, y de tres á veces. Unos son de mármol, otros no tienen más que el zócalo de esta piedra; lo demás es de bambú. Es delicadísimo el trabajo especialmente en las obras antiguas, y su perspectiva es graciosa, ya que no artísticamente bella. Con efecto, los chinos no conocen los capiteles ni las cornisas, y levantan el friso hasta que se pierde de vista, con objeto de dejar más trecho á los calados, á los ornamentos y á las inscripciones.

Honran tambien la memoria de los hombres ilustres y de las mujeres (3), erigiéndoles magníficos mausoleos; y saben colocarlos, así como los arcos de triunfo, en los puntos donde pueden llámar más la atencion de los transeuntes.

Torres.—Especialmente levantan torres por un método de construccion que les pertenece en un todo. Se vé una á las puertas de Nankin, de forma octógona, incrustada de porcelana y cubierta con tejas verdes barnizadas: su altura es de doscientos pies, y su diámetro de cuarenta. Súbese á ella por una escalera estrecha, y en cada uno de sus nueve pisos se abren ocho ventanas, cuyo tamaño va disminuyéndose á medida que disminuye la estension del edificio. Se adelanta á cada piso un tejado saliente que disminuye del mismo modo. Corona el todo un enorme globo dorado, que con la brillantez de toda la torre, con los idolillos de que está llena y con los demás ornamentos compone el monumento más magnífico á la par que el más sólido del Asia oriental entera: parece que su antigüedad se remonta á ocho siglos.

Algunas de estas torres sirven de monumentos; otras están destinadas á presentar una perspectiva más estensa; haylas que sostienen enormes campanas, que se tañen con trozos de palo de hierro para anunciar las horas de la noche. Estos edificios y los templos mueven á asombro, pero no á aquel dulce sentimiento que engendra el aspecto de la belleza tranquila y de la fuerza apropiada á un objeto determinado. El abuso de maderaje, la minuciosidad del trabajo de los frisos, la proporcion de los ornamentos, revelan un pueblo que se ha elevado á fuerza de arte y no de genio, sin haber podido llegar nunca, á pesar de todo, á lo verdaderamente bello en las composiciones escritas, á lo natural en la pintura, á la solidez regular en la arquitectura.

Por el contrario no han tenido más que imitar á la naturaleza de su pais para crear jardines, los cuales ofrecen una mezcla tana gradable y severa á la vez, que les proporcionaria ser proclamados hermosos aun entre nosotros.

Música.—Desde muy antiguo se cultiva en China la música; *expresion é imágen de la union de la tierra con el cielo*, como dice el Li-ki: y á sus primeros emperadores atribuyen los chinos el mérito de la invencion de algunos instrumentos.

Medicina.—Minucioso y atento este pueblo como lo es, hubiera sin duda podido hacer grandes pro-

---

(3) Cuéntanse tres mil seiscientos treinta y seis personajes ilustres en la historia de la China, y cerca de doscientas mujeres dignas del recuerdo de la posteridad por sus obras ó por sus virtudes.

gresos en las ciencias de la observacion, pero multitud de preocupaciones la han hecho inferior á la perfeccion en este género. Sus libros canónicos colocan en el número de las cinco beatitudes, la salud y una vida dilatada, y hace cuatro mil años que un emperador escribió la primera obra de medicina. Sin embargo, jamás los chinos han fundado sobre prudentes razonamientos un teória de esta ciencia. Han hecho una coleccion cuidadosa con multitud de casos especiales y de ella han deducido reglas generales puramente empíricas: es muy rica su farmacopea y tienen gran práctica en el pulso, que estudian horas enteras con la paciencia propia de su nacion (4), y se entregan con cuidado y sagacidad á la observacion de todos los síntomas. Tanto la moxa como la ventosa se aplican por ellos de una manera que les honra. Emplean hace siglos la vacuna como preservativo de las viruelas, y parece tambien que conocen la circulacion de la sangre y que hayan encontrado relaciones entre ella y el movimiento del sol; pero seria en ellos una impiedad el disecar un cadáver: sus recetas, que son muy complicadas, perderian toda su eficacia por poco que se omitiese alguna fórmula al ejecutarlas. Indican sus calendarios de una manera precisa el tiempo favorable para las sangrias y purgas; y después de haber formado sus médicos, tal vez quiméricamente, el diagnóstico con toda la sutileza posible, obran tan locamente en sus aplicaciones como podria hacerlo el más ignorante empírico.

Historia natural.—Siendo figurativa su escritura es por esta misma razon propia para proporcionar los elementos de una clasificacion regular, y para fijar en la imaginacion algunos de los caractéres distintivos de los cuerpos. En efecto, han adoptado como ya hemos dicho, cierto número de tipos á los que se refieren los demás por analogía; las clases y familias que en algun modo resultaron de este

(4) *Secreto del pulso* se titula un libro chino que publicó Huang-chu-ho, que vivia en tiempo de la dinastía de los Tsin; y es considerado aun por el mejor en semejante materia, en la que aquel pueblo es muy sobresaliente. Para satisfacer la curiosidad, no para dar instruccion alguna á los médicos mis amigos, he querido leerlo y hacer de él algunos estractos.

Para conocer las enfermedades y juzgar si son ó no mortales, nada mejor puede hacerse que consultar los pulsos. En las enfermedades del corazon, es menester consultar el pulso del carpo de la mano izquierda. En las del hígado, es menester tambien tomar la izquierda, pero hay que examinar los pulsos precisamente donde se une el carpo con el cúbito. En las del estómago examínese el pulso del carpo de la derecha; y en las del pulmon, en la misma mano el pulso de la articulacion. En las enfermedades de los riñones (el riñon derecho se llama *ming men*, puerta de la vida, porque suponen que es el receptáculo espermático, ó cuando ménos que en él se convierte la sangre en esperma), hay necesidad de examinarlo inmediatamente en la articulacion á la estremidad del cúbito, en la derecha para el riñon derecho, y en la izquierda para el otro.

Es facilísima esta distincion de los diversos sitios donde conviene tomar el pulso en las enfermedades de las cinco partes nobles; pero el exámen del pulso es en muchas partes bastante difícil. El movimiento continuo de circulacion (traduccion literal. Véase aquí la circulacion de la sangre conocida hace dos mil años. Sin embargo, no parece que distinguian bien los chinos las arterias de las venas), en que están dia y noche el capitan y su escolta (la sangre y los espíritus: aquella corre por los vasos, éstos fuera de ellos; y en un dia y una noche dan cincuenta vueltas exactas), tiene cierto número de giros; pero esto no impide que haya en los pulsos mil diferencias, segun la variedad de sexo, de los años, de la estatura y de las estaciones.

Cada estacion tiene un pulso propio. En la primera y segunda luna, tiempo en que reina la madera (es uno de los cinco elementos), el pulso del hígado que corresponde á la madera, es *hein*, ó lo que es lo mismo, tiene un movimiento de largo temblor, como el de un instrumento. En la cuarta y quinta luna el pulso del corazon, que corresponde al fuego, es como desbordante, *hong*. El pulso del estómago, correspondiente á la tierra, al fin de cada estacion debe tener una moderada lentitud, *uan*. En la séptima y octava luna, que es el reino del metal, el pulso del pulmon que le corresponde es sutil *sié*, superficial *feu*, corto *toan*, y áspero *se*. En la décima y undécima reina el agua: el pulso de los riñones correspondiente á ésta, es profundo *chin*, y fino *sié*.

Si el pulso que asignamos á cada una de las cinco partes nobles, segun las diversas estaciones, se hallare cambiado en sentido contrario, la vida está en peligro. Si la alteracion es tal que el hijo está sostenido por la madre, el mal no es grande (el comentario dice: por ejemplo, si el pulso del corazon es lento, el del estómago pleno y desbordante, el de los pulmones profundo); pero si la madre pesa sobre el hijo, la enfermedad será larga (por ejemplo, si los riñones comunican el mal al hígado ó éste al corazon). Además cuando el marido y la mujer no están en armonía, hay reglas tambien para juzgar si la enfermedad es mortal ó no (por ejemplo, si el corazon tiene el pulso del pulmon, el marido tiene el pulso de la mujer). Cuando se toque el pulso de una mujer á la estremidad del cúbito, y se le encuentre continuamente *hoa*, resbaladizo, se puede afirmar que está embarazada. Si se la pulsa en el mismo sitio de la mano derecha, el pulso es *hong*, lleno, está embarazada de una hembra; de un varon si se observa la misma circunstancia en la izquierda: si en los dos brazos, lleva en el seno dos gemelos. Quien usa bien este método no se engaña.

Molestaria demasiado si quisiese enumerar las infinitas distinciones del pulso que da Huang-chu-ho y de las cuales confieso no haber entendido nada; pero hay libros y métodos de medicina moderna que son muy poco más inteligibles.

Pasa después el autor á dar siete avisos á los que toman el pulso. 1.°, tenga tranquilo el ánimo; 2.°, fije la atencion de lo que va á hacer, evitando el distraerse; 3.°, en cuanto al cuerpo téngalo tambien en el mismo estado tranquilo, de modo que sienta la respiracion libre y regular; 4.°, poniendo después delicadamente los dedos y tocando ligeramente la piel en los sitios indicados, examine lo que se refiere á los seis *fa* (los intestinos blandos, la vejiguilla de la hiel, el ventrículo, el intestino grueso, la vejiga y los tres focos); 5.°, después de esto, apriete más, oprimiendo medianamente las carnes con los dedos, para examinar como va el pulso que se llama del estómago, cuya situacion debe corresponder á la temperatura media de las cuatro estaciones; 6.°, oprima luego tan fuerte que sienta el hueso y examine lo relativo á los cinco *tsang* (corazon, hígado, boca del estómago, pulmones, riñones); 7.°, examine la celeridad y lentitud del pulso, y si el número de sus latidos es mayor ó menor de lo que deba ser en el espacio de una á otra respiracion.

método ofrecieron como un esbozo de clasificacion para la historia natural. Hacen, en efecto, referencia los diferentes séres á las familias naturales que les han asignado nuestros más modernos naturalistas. Por eso el lobo, la zorra, la comadreja y demás carnívoros se refieren al perro, el gamo, el corzo y la cabra de almizcle al ciervo; los rumiantes al buey; los roedores á la rata; los paquidermos al cerdo y los solípedos al caballo. Llaman á los insectos (entre los cuales colocan á los crustáceos), animales que tienen los huesos en la parte esterior del cuerpo; definicion conforme á las recientes ideas de la anatomia comparada (5). Pero después de haber observado minuciosamente las apariencias esteriores, sin buscar ni la estructura interior, ni el organismo, se detuvieron allí. Por eso tienen crédito entre ellos las ideas más estravagantes con respecto á la generacion de los animales, sobre la trasformacion de las estrellas en piedras, del hielo en cristal de roca, de las ratas en codornices y de los séres insensibles en séres sensitivos. Llegó además á poner obstáculos á los nuevos descubrimientos la filosofia atomista de Chud-hi, queriendo conocer todos los fenómenos posibles por el movimiento y el reposo, la dilatacion y la contraccion; esplicando por medio del éter y de la materia fija, la creacion del sol, la diferencia de sexos, en qué consiste, treinta y dos especies; 2.°, las que producen frutos, como las sandias, los cohombros, once especies; 3.°, las que crecen en el agua, seis especies; 4.°, las que son de la naturaleza del hongo, quince especies.

El libro 29 y los otros hasta el 37 tratan de los árboles divididos en doce géneros, de los cuales seis comprenden los frutales y seis los infructíferos. Al 1.r género de los frutales pertenecen los que crecen en el campo, de los cuales se cuentan once especies; al 2.°, los de los montes, treinta y cuatro especies; al 3.°, los frutos silvestres que se hallan entre los bárbaros, esto es, al Occidente y Mediodia de la China; al 4.°, los que sirven para codimentar los guisados, veinte y tres especies; al 5.°, las plantas de frutos leguminosos, como melones, etc., nueve especies; al 6.°, en fin, las plantas de frutos acuáticos, seis especies: además veinte y tres especies que se aproximan á alguna de las especies procedentes. De los árboles infructíferos el 1.r, género comprende los de madera olorosa, treinta y cinco especies; el 2.°, los de alto tronco, cincuenta y dos; el 3.°, los arbustos, cincuenta y dos especies; el 4.°, los que han de menester apoyo para crecer, doce; el 5.°, los que crecen en enramadas, cuatro; el 6.°, los de especies mixtas, siete.

El libro 38 trata de los antiguos usos y de los utensilios que entran en la medicina: de los primeros veinte y cinco clases, y de los otros cincuenta y cuatro.

El 39 y siguientes hasta el 46, tratan de los insectos, bajo cuatro géneros distintos: el 1.° es de los que se multiplican por huevos, y comprende cuarenta y tres especies; el 2.°, de los que se engendran por la putrefaccion de la madera, etc., treinta y una; el 3.°, de los que se producen por la humedad, veinte y tres; 4.°, el de los insectos con escamas, de los cuales se distinguen cuatro sub-géneros: en el primero están comprendidos el dragon y sus semejantes, con nueve especies; en el 2.°, las serpientes, diez y siete; en el 3.°, los peces con escamas, veinte y ocho; en el 4.°, los peces sin escamas, más de treinta clases; en el 5.°, los crustáceos, como tortugas, cangrejos, langostas, etc., diez y siete especies, ó como ostras, moluscos y otras conchas, con veinte y nueve.

El 47, 48 y 49 tratan de las aves, bajo cuatro géneros diferentes: el 1.° es de las acuáticas, trece especies; el 2.°, de las domésticas y de caza, veinte y dos; el 3.°, de las campestres, diez y siete; el 4.°, de las montaraces, trece.

El 50 y 51 tratan de animales bajo cuatro géneros: 1.°, los domésticos, veinte y ocho especies; 2.°, los salvajes, treinta y ocho; 3.°, el raton y sus semejantes, doce; 4.°, los animales estraordinarios como monas, etc., ocho especies.

El 52 trata del cuerpo humano y sus partes que sirven á la medicina; en todo treinta y cinco clases.

---

(5) Al introducir Julien un método exegético mucho mejor, facilitó la traduccion de los libros chinos, y presentó en Octubre de 1846 al Instituto do Francia una obra china en seis yolúmenes, *El herbario para salvar del hambre*, obra anterior al año 1400, revisada en 1628, y que contiene la descripcion de cuatrocientas catorce plantas, cuyas hojas, corteza ó raices pueden servir de alimento en caso de carestia.

Li-che-chin, médico de la dinastia de los Ming, compuso el *herbario chino (Peu-tsao-cang-mu)*; pero interrumpido por la muerte, su hijo lo revisó y aumentó, y el emperador Ching-tsong lo hizo publicar. Insertamos á continuacion el prólogo, por el cual se ven la idea y la division general de la obra.

Esta historia comprende en todo 52 libros. Los dos primeros tratan de todos los *Peu-tsao* ó herbarios, compuestos desde el emperador Chin-nung, inventor de la medicina, hasta Li-che-chin, y de todos los autores que aquel cita. Además contiene muchos fragmentos de las obras de los emperadores Chin-nung y Hoang-ti (el que redujo á ciencia la medicina): esto es, de los libros médicos clásicos.

El 3 y 4 son índices ó repertorios de los diversos remedios adecuados á toda clase de enfermedades.

El 5, 6 y 7 tratan de los tres elementos; esto es, el agua que se divide en cuarenta y tres especies: el fuego, del que hay once clases, y la tierra, de la qué hay sesenta.

El 8, 9, 10 y 11 tratan del metal y de las piedras: el metal comprende veinte y ocho clases; las piedras se distinguen en tres géneros: el 1.°, de las piedras preciosas, que comprende catorce especies; el 2.°, de las ordinarias, con veinte; el 3.°, de los fósiles, con veinte clases, y además otras veinte y siete que se aproximan á las precedentes.

El 12 y los siguientes hasta el 28, tratan de las plantas, clasificadas en ocho géneros diversos; esto es: 1.°, de las plantas de montaña, setenta especies; 2.°, de las odoríferas, cincuenta y seis; 3.°, de las plantas de llanura, ciento veinte y seis; 4.°, de las venenosas, cuarenta y siete; 5.°, de las trepadoras ó que tienen necesidad de apoyo, setenta y tres especies, y otras veinte y nueve que se aproximan á las precedentes; el 6.° género comprende las plantas acuáticas, divididas en veinte y dos especies; el 7.° trata de las que crecen en las piedras, y las dividen en veinte y nueve especies; el 8.°, de la naturaleza de los musgos con veinte y seis especies: además de las plantas mixtas de las que hay nueve especies que se usan en la medicina, y ciento cincuenta y tres que están escluidas de ella, aun cuando se conocen y señalan con nombre particular; 9.°, de aquellas cuyas semillas sirven de alimento, como el arroz, el maiz, los guisantes, las habas, en todo cuarenta y cuatro especies; 10.°, de aquellas cuyos granos sirven para hacer vinos ú otros licores, veinte y nueve especies; el 11.°, comprende las leguminosas, á saber: 1.°, las que tienen olor y sabor

sisten los elementos, cuáles son las propiedades de los cuerpos y de qué proceden las enfermedades.

Matemáticas.—Conocieron desde muy antiguo los chinos la numeracion decimal, pero la cifra particular que tenian para espresar el 10 debió embarazar considerablemente sus operaciones aritméticas. Es cierto que suplieron esta falta con procedimientos mecánicos, funcionando con prodigiosa rapidez con ayuda de tantos y cordelitos (*suanpon*). Ya conocemos las maravillosas aplicaciones hechas por Hoang-ti, veinte y seis siglos antes de J. C., tanto para la division del imperio como para la determinacion de las medidas.

Astronomía.—Entre los chinos, unidos en nacion desde hace tanto tiempo, bajo leyes y costumbres inmutables, que prescriben el estudio de los astros como parte de las ceremonias religiosas, parece que deberian encontrarse los mayores conocimientos en astronomía, si esta partiese de la ignorancia y se elevase por la via de la contemplacion. Estos conocimientos nos han sido trasmitidos en las muchas obras de misioneros, doctos al par que escrupulosos y muy versados en la historia de aquel pueblo. Aunque se manifiesta ignorante en la astronomía el compilador del *Chu-king*, da á entender, sin embargo, que los primeros reyes se ocupaban en el estudio de la ciencia de las estrellas, pues que el rey Chung-cang mandó dar muerte á sus ministros Hi y Ho por no haberle predicho un eclipse. En estos anales se refiere un eclipse de sol acaecido en el año 2128 (6), y una conjuncion de cinco planetas en 2459, la cual para ser calculada despues de tanto tiempo exigiria los mayores conocimientos en la ciencia, tanto que Cassini mismo al hacer el cálculo se equivocó. Delambre pretende encontrar en dichos anales una série de eclipses de sol, no interrumpida por espacio de 3858 años. Sin embargo no hacen más que simples indicaciones y no señalan tampoco, á imitacion de los caldeos, la magnitud de la parte eclipsada, sin cuyo conocimiento no puede decirse que poseyeran verdaderamente la ciencia astronómica. Basta el parangon de algunos eclipses y de los solsticios en épocas remotas para conocer los movimientos medios del sol y de la luna; pero la variedad engañosa de sus movimientos y las paralajes que cambian el aspecto con que se presentan, no se pueden calcular sino por medio de la ciencia. Ahora bien, esta no la alcanzaron los chinos, satisfechos con las noticias que podian adquirir por la observacion.

Que no tomaron de otro pueblo la astronomía se prueba por su originalidad en ella, pues refieren siempre al ecuador los movimientos del sol, de la luna y de los planetas por medio de la ascension recta y la distancia polar, y no á la eclíptica como los egipcios; de modo que la extension angular y los límites de las veinte y ocho constelaciones del zodíaco lunar deberian variar sucesivamente, al mismo tiempo que el polo del ecuador con respecto al de la eclíptica.

La oblicuidad de esta fué calculada por Cheu-kung, hermano del emperador Vu-huang, 1100 antes de Cristo, por medio de las longitudes meridianas de las sombras solsticiales. Al paso que los pueblos clásicos no indicaban sino de tiempo en tiempo el lugar del cielo en que aparecia un cometa, sin ninguna exactitud sobre su camino aparente, los chinos observaban cuidadosamente estos fenómenos, y cinco siglos antes de Cristo tenian ya conocimiento exacto del camino de cada cometa, y de su cola, á la cual dan el nombre pintoresco de escoba (*sui*).

Desde el cuarto siglo comienza una série no interrumpida de observaciones sobre los solsticios, los eclipses y los cometas; á principios de la era vulgar se publicó un tratado de astronomía: en el año 164 un catálogo de tres mil quinientas estrellas; ya en 173 observaron la sombra del gnomon ó estilo en tiempos equidistantes antes y después del solsticio, medio de hallar este por interpolacion con mayor exactitud que observando inmediatamente la sombra solsticial: después en el siglo III Yu-ki descubrió el movimiento equinocial calculándole en un grado cada cincuenta años; y en 461 el ilustre astrónomo Tsu-chang dedujo de esto la duracion del año trópico de 365 dias y 24,282, valor mucho más exacto que el de los griegos y el de los árabes y casi idéntico al de Copérnico.

Desde entonces fué perfeccionándose la astronomía hasta mediados del siglo XIII, en que apareció Co-chen-king, observador experto, que introdujo métodos é instrumentos exactos. Alargó el gnomon de ocho á cuarenta piés y lo terminó, no en punta, sino en un disco atravesado por un agujero muy pequeñito; y así procediendo más acertadamente que lo hizo Ticho-Brahe, halló la duracion del año, igual á la del nuestro después de la correccion gregoriana, y fijó la posicion del solsticio de invierno con respecto á las estrellas en el año 1280. Verdad es sin embargo que pudo valerse de los conocimientos de los árabes.

Después de él decayó la astronomía, tanto que cuando fueron los jesuitas, no sabian los chinos ni aun hallar la declinacion del sol, ni deducirla de la longitud de la sombra, esto es, resolver un triángulo rectángulo; y es maravilloso lo que asombraron á los mandarines y al emperador el jesuita Verbiest y sus compañeros cuando señalaron exactamente el punto á que llegaria la sombra de un estilo al medio dia en un dia determinado. El tribunal de astronomía debe presentar al rey cada cuarenta y cinco dias el estado del cielo y de las

(6) Se ha disputado entre los astrónomos acerca del tiempo preciso de este eclipse, porque el *Chu-king* dice solamente que se verificó en la constelacion *Tang* que es βδπρ del escorpion, el primer dia de la tercera luna de otoño. El señor Rothman leyó á la Sociedad astronómica de Lóndres una memoria en que prueba que fué en 13 de Octubre de 2128. V. las actas de dicha Sociedad, sesion del 8 de Octubre de 1837, el P. Mailla lo ponia en el de 2159, y el P. Gaubil en el de 2155.

variaciones más importantes que han de verificarse, las predicciones no solo del tiempo sino de las enfermedades, de la sequía, del hambre, y de los dias fastos y nefastos; y esta mescolanza de ideas astrológicas causa no poco daño á la verdadera ciencia. Los jesuitas por lo tanto, aunque con los imperfectos conocimientos del siglo XVII, les superaron de tal manera, que les fué confiado el cargo de astrónomos que ejercieron hasta su expulsion.

Enciclopedia.—Toda la ciencia de los chinos se ha recopilado en una inmensa enciclopedia, cuya impresion ha durado cerca de un siglo. Damos por nota las divisiones (7), para probar cuan desgraciados son en la generalizacion de las ideas. Es como un ensayo de la infancia, que cree saberlo todo y todo poderlo decir. No deja de tener, sin embargo, gran importancia esta obra, en atencion á que se estiende á todos los ramos de la ciencia y de la industria humana.

Sábese, además, que los chinos conocen desde una época que se pierde en la noche de los tiempos, la brújula, los pozos artesianos (8), y las casas de hierro; que hacian uso de la estereotipia desde el año 952 de nuestra Era. Ciertamente tenian papel-moneda en 1154, y se servian de la baraja al principio del siglo XII: en el siglo X, hacian uso de los *carros del rayo*, es decir cañones que llaman *pao* por onomatopeya. El sobrino del mongol Cubilai tenia un cuerpo de artilleros chinos en 1232, un siglo antes de que los ingleses derrotasen á los franceses en Crecy con ayuda de la artilleria (9).

Pero todas aquellas invenciones, las cuales se debieron tal vez á la casualidad, permanecieron estacionarias, sin adelantar y sin hacerse aplicacion de ellas; no ha sucedido así en Europa donde continuan perfeccionándose. Aquí se nota la diferencia esencial entre el espíritu europeo y el de los orientales.

Opónese particularmente entre ellos al desarrollo y progreso la relacion que los chinos establecen entre las ideas y los signos que las representan, además de las trabas que impone al genio el palo de los mandarines y las palmas de la Academia. Es tan importante, segun ellos esta relacion, cuanto nos parece rara y difícil de esplicar. Sin embargo, trataremos de hacerla comprender.

Libre su razon de todo entusiasmo, todo lo ha reducido á cifras; ha enumerado los elementos, las virtudes, los vicios, las cualidades físicas y morales, clasificando cada especie de objetos, diríamos en casi tantas cajas numeradas y marcadas como para un catálogo de biblioteca. Por el 2 están espresados los dos principios de la naturaleza, el cielo y la tierra, el vacio y la plenitud; por el 3 las virtudes cardinales y los vicios opuestos á estas, y los tres primeros reyes, el cielo, la tierra y el hombre. Al 4 pertenecen los cuatro mares, las cuatro montañas, las cuatro estaciones, los cuatro pueblos bárbaros; al 5 las relaciones sociales, los elementos, los cinco colores, los cinco planetas, los cinco grados, las cinco especies de granos y las cinco vísceras; al 6 se refieren los seis oficios y las seis desgracias, y así sucesivamente hasta 100, número de las familias chinas, y hasta 10,000 que indica la universalidad de las cosas. Se lee en las instrucciones sobre el gobierno de un ministro de Yu: «Como los *cinco* documentos ó los *cinco* deberes proceden del cielo, los tomamos por regla de nuestras acciones y tenemos en cuenta la distincion de los *cinco* estados. Como el cielo coloca superior á los demás á los que se han señalado por sus virtudes, quiere que se les distinga con *cinco* clases de vestidos. Como el cielo castiga á los culpables, emplean *cinco* suplicios.»

¿Cómo hacer para que un pueblo semejante cambie el órden y número de estas ideas? Si le dicen, que hay un tercer principio, una cuarta virtud, un quinto pueblo ó un sesto color, se mofará y creerá que lo afirman ignorantes, y continuará diciendo las cinco vísceras ó las cuatro montañas. Bien se guardará de admitir un sesto grado, ó si la fuerza de las cosas produce cualquier cambio, no lo confesará al menos con la palabra, persistiendo, como lo hace aun en el dia, en hablar de las cien familias del imperio como hace cuarenta siglos.

Se ve cuanta influencia debe ejercer sobre el pensamiento y la manera de ser de los chinos esta clasificacion caprichosa é irrevocable. Pero lo que no se puede imaginar es sus efectos sobre la ciencia. Establécese en aquellas cabezas tan singulares una correspondencia, casi diríamos una ecuacion entre los objetos y las nociones comprendidas en una misma categoria numérica. Como hay dos principios, el uno varon y el otro hembra, el uno activo y el otro pasivo, habrá tambien en cada dualidad un término varon y otro hembra, un paciente y un agente; cada uno de los tres primeros emperadores representará la práctica de una de las tres virtudes y la represion de uno de los tres vicios. Mezclarán, ó mejor dicho, confundirán los cinco colores con los cinco planetas, con los cinco elementos y con las cinco relaciones sociales; cada elemento tendrá su color, lo cual forma una física

---

(7) Astronomia.—Calendario.—Cronologia.—Adivinacion.—Tierra.—Divisiones militares.—Rios y montañas.—Fronteras y geografia extranjera.—Emperador.—Corte.—Funcionarios del gobierno.—Instruccion doméstica.—Leyes sobre la vida social.—Familias y genealogias.—Ocupaciones humanas.—Mujeres.—Artes mágicas.—Espíritus y milagros.—Séres vivientes.—Plantas.—Libros y literatura.—Comentadores.—Elocuencia.—Ciencia de los caractéres.—Promociones.—Pesos y medidas.—Víveres y mercancias.—Ceremonias y costumbres.—Música.—Arte militar.—Leyes penales.—Obras públicas.—(*Diario Asiático*, IX, 56).

(8) ARAGO. *Sobre los sondajes chinos*. 1837.

(9) Es curioso ver en la relacion de los misioneros el apuro en que se encontró el jesuita Verbiest, cuando el emperador le mandó, después de haber fabricado diversos instrumentos de óptica y física (1681), el fundir trescientos veinte cañones, los astutos medios empleados por los eunucos para impedir su operacion, y la admiracion que causó el primer resultado.

a priori, cada relacion social dependerá de un planeta, lo cual creará una astronomia que podrá correr parejas con la física. A cada idea moral corresponderán otras varias políticas, fisiológicas ó astronómicas; y todas se colocarán con regularidad, con ayuda del estilo simétrico en el cual están espresadas.

Pero en lugar de producir una precision matemática estos emparejamientos contra naturaleza, engendran la confusion, en atencion á que cada uno puede interpretar las mismas fórmulas á su manera. ¿Qué acontece si se forma una nueva secta? como ella haria estremecer al anunciar algo nuevo, adopta las espresiones comunes, las categorias admitidas ya, contentándose con darles nueva direccion.

Se ve, pues, la dificultad que habria en desarrollar el pensamiento chino, al cual oprime esta nulidad fatigante de combinaciones irracionales, falsas y arbitrarias; y compréndese tambien cuan encadenado debe estar siempre el progreso. Hé aquí la causa de que al contemplar lo que acontece en aquel lejano pais, se recuerde involuntariamente á aquellos hijos de Agar de que habla la Escritura; «que buscan la ciencia material, negociantes, industriosos, habladores; que van en pos de la habilidad y de la inteligencia, pero que ignoran el camino que conduce á la verdadera sabiduria.» (10)

---

(10) *Filii quoque Agar, qui exquirunt prudentiam quæ de terra est, negotiatores....., et fabulatores et exquisitores prudentiæ et intelligentiæ; viam autem sapientiæ nescierunt.* BARUCH, III, 23.

CAPÍTULO XXXI

LITERATURA.

Libros canónicos.—Dispuso el emperador Kieucung en 1773 hacer una eleccion de las obras chinas más estimadas, cuyo solo catálogo hecho por los más famosos literatos de la Academia imperial llenaba 128 tomos. Era una «Enciclopedia de obras chinas ilustradas, antiguas y modernas, compuesta de cinco mil volúmenes y publicada en tiempo de Kang-hi (1662 á 1724). El 18 de Diciembre de 1860 los soldados de lord Elgin, al dar el asalto á Pekin, la incendiaron, siendo ésta pérdida no ménos deplorable que la de la biblioteca de Alejandro. Hay con seguridad en ella gran literatura, que tiene bellezas é interés para cualquiera que se separe de las preocupaciones de escuela. Sin embargo, es necesario conocer que el orgullo de la razon comprime en esta literatura los vuelos del entusiasmo, y que por lo general procura brillar más por las sutilezas de la imaginacion, que escitar las emociones del corazon.

Los *King* ó libros canónicos, ya mencionados muchas veces, son el monumento más antiguo de la literatura de la China. Cabalmente la obra más importante de Confucio fué la compilacion de los cinco King, formados de la tradicion y de diferentes fragmentos manuscritos.

Chu-king.—El *Chu-king* (1) (primavera otoño) es una coleccion de discursos y acciones de los patriarcas, empezando por Yao. Algunos chinólogos, y entre ellos el padre Regis y Remusat opinan que muchas partes del Chu-king son anteriores á los libros de Moisés y se remontan á veinte y tres siglos antes de J. C. No profesan ménos veneracion los chinos á este libro que los árabes al Coran: le miran como inimitable por la enérgica concision del estilo y por la sublimidad de las cuestiones que se ventilan en su texto y sobre las cuales versa toda la filosofía china: le admiran tambien por sus pensamientos apacibles y benévolos que brindan consuelos á las almas afligidas.

I-king.—Está consagrado el *I-king* (2) en un todo á las combinaciones de las seis líneas horizontales, tres enteras y tres partidas, que forman sesenta y cuatro figuras, especie de álgebra intelectual, inventada por Fo-hi, pero tan complicada que á muy pocos es accesible (3). Quizá llegándose á hacer de vulgar uso adquirieran una simple significacion cabalística las sesenta y cuatro figuras y sirvieran para echar suertes. En tanto es verdad, que al advenimiento al trono de la tercera dinastía, Vu-huang sacó partido de ellas para cohonestar su usurpacion, atribuyendo á cada uno de estos signos un sentido enigmático alusivo á su política; oráculos tanto más dignos de veneracion, cuanto que eran oscuros. Confucio quiso adaptarlos á sus mi-

(1) Fué traducido al francés por el padre Gaubil; Paris, 1770.

(2) Traducido al francés por el padre Regis; Stuttgard, 1835.

(3) Apuntaremos aquí un esbozo de ella para que se pueda formar una idea aproximada.

Los dos primeros principios:

Perfecto — Imperfecto

De estos dos principios nacen cuatro imágenes:

Más perfecto: ⚌ — Ménos imperfecto: ⚍

Ménos perfecto: ⚎ — Más imperfecto: ⚏

De estas cuatro imágenes resultan ocho figuras:

Cielo: ☰ — Agua de montañas: ☵ — Fuego: ☲ — Rayo: ☳

Viento: ☴ — Aguas: ☶ — Montes: ☷ — Tierra: ☱

Y así sucesivamente.

ras políticas, y en vez de darlos como fruto de sus reflexiones, lo cual hubiera hecho que fueran rechazados infaliblemente, los presentó como esplicaciones de las figuras misteriosas de Fo-hi y de frases truncadas de Vu-huang. Tan asíduamente meditó sobre este libro, que gastó tres veces los cordones de las tablillas en que estaba escrito, é hizo un comentario de que vá acompañado ahora.

Trata el *Li-ki* ó *Li-king* de las ceremonias que entran por tanto en la educacion de los chinos. Era el *Yo-king* una coleccion de plegarias y de cánticos de los antiguos habitantes, pero se ha perdido.

El Chi-king.—El *Chi-king* es el más estimado de todos los libros. «A todo el que pregunte cómo se formó el Chi-king, le respondo: —Al nacer el hombre recibió del cielo la calma del corazon: escitadas por los objetos sus aficiones se convirtieron en deseos: el deseo engendra la idea; la idea la palabra; sobrado insuficiente la palabra prorumpe en fervientes suspiros, en ésclamaciones lastimeras, que naturalmente y sin quererlo forman sonidos cadenciosos, canto llenos de armonias; y el Chi-king se compuso de este modo.» (4) Así se esplica uno de sus comentadores. En efecto, hay en este libro ciento once cantos populares recogidos por los emperadores al viajar por sus Estados, persuadidos (y esto es verdad) de que estos cantos suministraban un escelente medio de conocer las disposiciones del pueblo. En aquellas odas de muy remota antigüedad se hallan espresadas cuantas emociones puede sentir el hombre ora contemplando la naturaleza, ora en las relaciones sociales, las virtudes que le importa inculcar, los sentimientos de amor ó de odio que pueden germinar en su corazon. Hay cantos de guerra, de triunfo, de compasion, de alegria; hay panegíricos y sátiras á los emperadores y á sus ministros: especialmente la elegia se reviste con las más variadas formas, y se modula en ritornelos de efecto sorprendente. Ya es una recien casada que en medio del júbilo de una boda, echa de ménos la casa paterna y los indolentes placeres de una juventud que desaparece. Ya es una doncella nubil apasionada que gime por verse sola, cuando el amor agita todas las cosas. Otras veces una esposa solitaria se lamenta de la ingratitud de un inconstante marido. Ya es un poeta enternecido al ver como envejece un árbol á cuya sombra iba á sentarse un rey popular para administrar justicia; ó bien un partidario de los antiguos tiempos que deplora que el luto trienal haya caido en desuso, ó un desterrado que canta al trepar al monte desde cuya cumbre le será dado descubrir su patria. En ocasiones toma la elegia más severo tono; un deudor del fisco envidia á los árboles, porque no les alcanza el peso de los tributos que abruma y aniquila al pueblo; ante las miserias de éste se aflige un filósofo y censura á los que son causa de ellas; un mandarin contempla dolorosamente la ruina de una ciudad régia (5).

Si hemos de creer á Confucio, hasta los mismos reyes componian antiguamente himnos para los sacrificios y canciones para aliviar la fatigá de los cultivadores. Otros poetas, semejantes á los gnómicos de la Grecia, predicaban la moral en versos, que tal vez se cantaban á la mesa, siendo la música un elemento esencial de la educacion de este pueblo.

Después de estos libros canónicos de primer órden vienen los de segundo; las obras de Confucio, de Mencio, el *Medio* inmovible: el *Ta-hio* ó escuela de los adultos; el *Lun-yu*, ó libro de las sentencias; el *Hiao-king* ó libro del respeto filial; y el *Chao-hio* ó escuela de los niños.

Poesia.—Confucio preguntó un dia á su hijo:— *Y bien, ¿haces progresos en la poesia?*

—*No me ocupo de ella*, respondió. Entonces el filósofo repuso:—*Si no aprendes poesia, si no te ejercitas en hacer versos, no sabrás hablar bien nunca.*

Estas exhortaciones y los ejemplos que dió el mismo indujeron á muchos á dedicarse á este género de estudio; ó mas bien no hay letrado que no componga versos; el que no los hace es comparado á una de esas flores que es bella, si bien inodora. Aumentóse especialmente el número de los poetas bajo la quinta dinastia, hácia el tiempo de J. C. Pero entonces empezaron sus Aristarcos á establecer reglas; en vez de líneas rimadas, cuyo ritmo consistia únicamente en la repeticion periódica de los mismos sonidos, tuvieron una prosodia regular en la que no se olvida la índole de los sonidos que constituyen la lengua (6), sus propiedades en las composiciones métricas, la diferencia de acentos segun los casos, la medida, la cesura que se coloca en mitad de cada verso, la rima, el efecto rítmico producido por el paralelismo de los sonidos y de las ideas en una ó muchas estancias.

Puede imaginarse fácilmente que la estremada cantidad de monosílabos debe perjudicar á la armonia del verso. Varíase el metro desde el verso monosílabo hasta el de siete pies, que es el más largo. Cada uno de ellos debe formar cabal sentido, como la estrofa entre nosotros, y nunca puede acabar la frase á la mitad del verso. Conviene que la cesura no caiga sobre un vocablo compuesto, que no separe el nombre del adjetivo, el verbo

---

(4) *Confutii Sci-king sive liber carminum edidit* JULIUS MOHL. Paris, 1830.

Y-king antiquissimus Sinarum liber edidit. J. MOHL. Paris, 1834. El año 1835 se imprimió en Stuttgard otra traduccion del P. Regis.

(5) Duhalde ha traducido algunas en la *Descripcion de la China*: tomo II, pág. 376.

(6) J. F. Dawis insertó una poética de la China en las *Transactions of the royal asiatic Society*: tomo II, Lóndres, 1829.

del adverbio, ni divida dos sustantivos en concordancia. El paralelismo semejante al que hemos notado en la poesia hebráica es *literal* ó *antitético ó sintético*: es producido el primero por la relacion de un vocablo con otro en el órden de la enunciacion, el segundo por una oposicion de términos y de ideas inversas, el último por espresiones ó frases que no corresponden exactamente al sentido, si bien no dejan de hallarse en simetria nombres con nombres, verbos con verbos, así como las partículas negativas, interrogativas y todos los miembros de la frase.

Cada estrofa de la oda debe ser clasificada en uno de los tres géneros, figurativo, comparativo ó directo. En el primero preludia el poeta con el auxilio de elementos sacados de la naturaleza, en relacion más ó ménos grave con el asunto. En el segundo procede por alegoria; se espresa directamente en el tercero, y es de regla indicar al frente de cada estrofa el género á que pertenece.

Con las reglas se aumentó, segun costumbre, el número de los malos versos: fatigan á los que los leen por estar llenos de sutilezas, de símbolos, de alusiones; es un enigma que hay necesidad de adivinar. Los ensueños de primavera, los celajes del otoño, significan las felicidades engañosas y los infortunios reales; la luna reflejada por las olas es un bien que no debe esperarse; las yerbas en que se enredan los piés son la dificultad de hacer una cosa; son las flores emblema de la hermosura, la primavera del alborozo, el otoño de los sinsabores; una flor abierta esplica el contento; una ternera blanca, un cristal, un vidrio trasparente indican la virtud inmaculada de una heroina; la florescencia del albérchigo significa el tiempo del matrimonio; la abeja y la mariposa posando en las flores, el hombre que no piensa mas que en los goces. La novela de las *Dos primas* representa á una jóven disponiéndose á improvisar con la pluma en la mano: *Llega veloz una negra nube cargada de lluvia. Perseguidos los dragones por el demonio del puño huyen en un instante. ¿Quién podria calcular los cogollos que brotan en siete pasos? Ya los hilos de seda negra están llenos de perlas y de piedras preciosas.* Ahora bien, la *nube negra*, es la *pluma*, la *lluvia*, la *tinta*, los *dragones*, los caracteres trazados por una mano tan ligera que parece un demonio, los *siete pasos* son las siete sílabas del verso; la *seda negra* es el papel rayado, y las *perlas* indican la belleza de la poesia.

No poseen los chinos poemas épicos propiamente dichos ni poesias pastoriles ó sátiras en el sentido estricto de la palabra, pero sí canciones de la clase de las del Chi-king, de que ya hemos hablado, y poesias irregulares y ditirámbicas.

Han llegado á ser entre ellos los libros canónicos el testo de la instruccion primaria, así como de la esmerada enseñanza. Ya en tiempo de Confucio habia un colegio en cada principado, una escuela en cada aldea, por pequeña que fuera, y un gabinete de estudio en cada casa. Se fundó después el colegio imperial, que contiene doscientas cuarenta salas y puede recibir treinta mil discípulos. Aun en el dia, todo artesano sabe al ménos leer los caractéres más comunes, y servirse de los libros que corresponden á su profesion, pues los chinos poseen obras muy variadas sobre cada ramo del saber humano y sus aplicaciones; traducen tambien mucho, sobre todo de la lengua india.

Elocuencia.—Lo que no se creeria si no se viera, es que haya florecido la elocuencia en semejante pueblo. Es anterior á la época en que vivió Confucio la institucion de los censores, cuyas atribuciones tienen semejanza con las de los tribunos de Roma: estableciéronse para oponerse á las arbitrariedades de los reyes, y cuanto más retrocede uno hácia tiempos remotos, más se admira del valor que desplegaron, así como de los filósofos con respecto á la tirania, tanto cuando tuvieron que hacerle cargos por sus escesos, como cuando fueron castigados por ella. Queriendo uno de ellos quejarse al rey de un agravio sobre el que se le habia prohibido hablar bajo pena de muerte, acudió á palacio con su ataud y volvió dentro de él. Heridos mortalmente otros, escribian en la tierra con su sangre las palabras que ya no podian pronunciar. Cuando Chi-huang-ti hizo entregar al fuego todos los libros, multitud de letrados se atrevió á censurarle y cuatrocientos de ellos fueron mártires de su atrevimiento.

Dedicóse la elocuencia en tiempos más tranquilos á vituperar la relajacion de costumbres, el abandono de los antiguos usos y el exceso de los impuestos; los discursos del historiador Se-ma-kuang, que existió en el siglo XI y fué ministro de cuatro reyes sin adularlos (1018 á 1086), le hicieron conseguir alabanzas (7). Habian predicho los astrónomos que se eclipsaria el sol en 1061 en seis dígitos, cuando sin embargo no se eclipsó sino en cuatro. Resultó de esto que en este pais, donde se cree todo posible al rey, no tan solo con respecto á la sociedad sino tambien al órden general del universo, acudieron los grandes á felicitar al emperador, porque el cielo habia anulado en favor suyo las leyes, como para probar la sabiduria de su gobierno. Pero interrumpió aquellas alabanzas Se-ma-kuang, declarando en presencia del monarca que no habia motivo de felicitaciones, ya que si el eclipse habia sido menor de lo que se habia anunciado, el rey no tenia parte, y que era un error que se debia atribuir á la ignorancia de los astrónomos.

Con respecto á la elocuencia, sucedieron los preceptos á los ejemplos. Se estableció que todo discurso habia de tener un exordio, una division central, una conclusion y un nucleo. Se echó á perder de esta manera la elocuencia, y en los certámenes las aplicaciones de las *bocas de oro y lenguas de oro*, como sus adversarios llamaban á los retó-

(7) Se encuentran en Duhalde, t. II, p. 648.

ricos, consiguieron victorias sobre el verdadero mérito.

Historia. —Ménos se resintió la historia que los demás ramos de la literatura de la funesta influencia de los preceptistas y de la proteccion real. Destinada á recoger las impresiones de cada momento, pero no publicarlas sino después de la muerte de aquel que puede castigar la sinceridad, cumplió con las elevadas funciones de juez de los muertos y realmente pudo hacer oir la voz de la conciencia. Quiso un emperador, con menosprecio de la ley que prohibe á los príncipes conocer lo que de ellos se escribe en su reinado, saber como se le juzgaba. Cuando vió la franqueza con que se referian sus errores y debilidades, se quejó al historiógrafo; pero este le dijo: *Es verdad, he escrito esto para instruccion de la posteridad, y voy, al separarme de vuestra magestad, á escribir las quejas y amenazas que me habeis dirigido.* Quedó admirado el hijo del cielo y contestó después: *Vé, escribe lo que quieras, mas yo haré de manera que desde hoy no tenga nada de que hacerme cargo la posteridad.*

Es Confucio un modelo en esta clase. No nos referimos al Chu-king, que debe colocarse entre las obras didácticas, aunque en efecto se encuentren en él á veces diálogos y relatos en apoyo de sentencias morales, y su objeto no se dirija tanto á contar lo pasado como un hecho, como á ofrecerlo como leccion. Hacemos solamente alusion á su *Historia del reinado de Lu.* Este libro, obra maestra por su composicion y el estilo conciso que requiere el género, es sencillo, exento de supérfluos adornos y minuciosos detalles: el autor considera en todo el órden de la Providencia.

Aunque fué muy riguroso el decreto del emperador Chi-huang-ti para entregar al fuego todos los libros, y aunque era muy difícil guardarlos estando escritos como estaban en tablas de bambú, se pudieron ocultar algunos á las pesquisas. Apenas cesó el azote cuando dedicaron los chinos todo su entusiasmo, ó por mejor decir toda la paciencia de que son susceptibles, á indagar los monumentos. Se registraron tumbas y ruinas, y sacaron de los rios urnas y monedas, para encontrar en ellas inscripciones antiguas, vasos, epitafios y catálogos. Se encontró un viejo letrado en disposicion (lo cual no es estraordinario entre los chinos) de recitar de memoria todo el Chu-king; anudáronse las tradiciones; y un siglo después del devastador, mandó el emperador Wu-ti á su historiógrafo ordenar aquellos materiales y componer la relacion de los tiempos pasados.

Acababa de reunir aquellos documentos cuando murió (146 á C.) En el momento de espirar hizo llamar á su hijo Se-ma-tsian, pidiendo que le prometiera continuar su obra sin faltar á la verdad. «Tomó mis manos entre las suyas (esta es la relacion de Se-ma-tsian), el gran príncipe de la historia, y derramando lágrimas me habló de esta manera: Nuestros antepasados han adquirido celebridad empezando desde la tercera dinastia en la Academia de la historia; no acabe conmigo esta honrosa sucesion. Habíame llamado el hijo del cielo para asistir á las ceremonias solemnes, que cumplirá en la montaña sagrada, no he podido obedecer sus órdenes y eres el destinado á ejecutarlas. Entonces recuerda bien mis deseos. La piedad filial se muestra primero en los deberes que se tributan á los padres, después en los servicios con respecto al príncipe y en fin con el cuidado de su propia gloria. Consiste el colmo de la piedad en hacer remontar hasta su padre y su madre el mérito de su buen nombre.»

Confirmaron las palabras de su moribundo padre á Se-ma-tsian en los buenos principios de la educacion. Pasó los tres años de su luto en revisar los materiales reunidos por su padre, añadiéndoles otros y mostrándose después tan gran historiador, que los misioneros le han denominado el Herodoto de la China, que es mucho decir en una época en que el respeto hácia los clásicos se llevaba hasta la idolatria. Viajó, así como Herodoto, para observar el teatro de los acontecimientos históricos, para sacar de allí las inspiraciones que solo los lugares pueden proporcionar. Comprobó las tradiciones comparándolas; y habiendo emprendido después su relacion, no se limitó á dar cuenta de las guerras y acciones de los reyes, sino que hizo constar todos los progresos del espíritu humano, mencionando al lado de los príncipes, al que habia adelantado en la ciencia ó en la administracion. Indicó las variaciones en los ritos y en la música, en la astronomia y en los pesos y medidas. Separó las ficciones de la verdad positiva y distinguió los hechos dudosos de los que estaban averiguados.

Dividió tambien sus *Memorias históricas* (*Cheki*) en cinco partes: la primera en doce libros, con el título de *Crónica imperial*, y contiene por órden cronológico todos los acontecimientos desde Hoang-ti (2637 a. C.) hasta Wu-ti de la dinastia de los Han; la segunda, bajo el nombre de *Cuadros cronológicos*, dividida en diez libros, contiene tablas semejantes á nuestros atlas históricos; la tercera trata de las ocho ramas en que se divide el árbol de los conocimientos humanos, esto es, los ritos, la música, los tonos considerados como tipos de las medidas de longitud, la division del tiempo, la astronomia, las ceremonias religiosas, los canales y rios, las pesas y medidas; la cuarta abraza la historia genealógica de cuantas familias han poseido algun territorio, desde los grandes vasallos de la dinastia de los Cheu hasta los ministros y generales del tiempo de los Han; la quinta se compone de memorias sobre la geografía extranjera y biografías de personajes ilustres.

Queria el emperador Wu-ti, que protegia la secta de Tao-sse, que insertase en su obra fábulas favorables á esta creencia, pero Se-ma-tsian se negó á ello. Mereció después los honores de la persecucion y sufrió el infortunio de Abelardo por haber tratado de defender al general Mi-ling, acusado de haber hecho traicion al ejército, contra la cólera imperial.

Dicha obra ha llegado á ser un modelo para los analistas que le han seguido; pero como no basta la imitacion de las formas, ninguno de ellos se ha aproximado á él. Solo en el siglo XI y en los dos siguientes, aparecieron Su-ché, que escribió la historia de los Sung, reinantes entonces; Se-ma-kuang, que ya hemos elogiado como orador, y distribuyó en años la série de las tradiciones de trece siglos y medio; Chu-hi, que abrevió y terminó la obra de Se-ma-tsian; Ma-tuan-li, que reunió en una enciclopedia en cien tomos todas las partes de la erudicion china y las trató con tanta estension como profundidad.

Forman un conjunto los trabajos de los escritores precedentes y sus sucesores, de veinte y dos historias, cuya relacion en sesenta gruesos volúmenes llega hasta la mitad del siglo XVII, época en la cual ascendió al trono la dinastia manchua de los *Tai-sing* que reina en la actualidad. No están, empero, traducidos aquellos historiadores, como dice con justicia Premare, á las lenguas europeas, no porque carezcan de mérito, sino porque nadie se cuida de lo que refieren. Si en efecto, en todas partes se encuentran ya los historiadores dispuestos á no observar más que las especialidades, y á descuidar la muchedumbre para no detenerse más que en los príncipes, júzguese lo que será en China, donde el individuo es nada, y el rey lo es todo; donde no se verifica un acto, un invento ó una mejora que no se atribuya al monarca. Semejante método no solo nos ha arrebatado el nombre de hombres beneméritos, sino que tambien ha borrado las huellas de las relaciones que pudieron establecerse, prescindiendo de los reyes, con los pueblos lejanos y probablemente con la América.

Además cada ciudad tiene su historia particular, dividida en cinco partes: contiene la primera la descripcion del pais; trata la segunda sobre los productos, la tercera sobre los impuestos; enseguida se mencionan los antiguos monumentos, y por último los elogios de los hombres y mujeres ilustres; no se refieren por lo comun estos elogios más que á las virtudes privadas.

Novelas.—Si se quiere conocer las costumbres de los chinos por su literatura, nada puede ayudar tanto como sus antiguas novelas y comedias. Siendo en efecto considerados estos dos géneros como pertenecientes á la última clase, se encuentran abandonados á la inspiracion individual y no son alterados ni por la imitacion estranjera ni por las convenciones de escuela.

Hace siglos que los chinos componen novelas históricas y de costumbres. No se entregan á su imaginacion como los indios y persas, sino que examinan y describen con ayuda de su razon, lo que hace que sus producciones sean interesantes, si no para el que quiere divertirse, al ménos para el que procura instruirse. No forman la esencia de ellas, abismos submarinos, montañas prodigiosas, encantados palacios, espacios fantásticos, gigantes, genios, talismanes y metamórfosis, sino el hombre tal como vive en medio de sus semejantes, con sus pasiones y sufrimientos, las luchas perpétuas que, entre los flemáticos chinos, sostiene el justo contra el malo. Como en el pais donde hay más viveza, se vé figurar la inquieta ambicion, la envidia sombría, los ódios tenaces y el amor, manantial fecundo de disensiones.

Como en las demás composiciones, los chinos brillan más por lo acabado de los detalles que por la concepcion del conjunto; están bien representados los caractéres y desarrollados bajo todos aspectos; los retratos son minuciosos y las descripciones poéticas, más para hacer una, interrumpen la relacion en el momento más interesante, sin curarse de que la primera condicion del arte es disimular el arte mismo.

Toman los personajes más comunes de sus novelas de la clase media, como gobernadores de ciudades y provincias, empleados y letrados. Un droguero enriquecido, que á fuerza de oro ha llegado á los empleos públicos, es el héroe de una novela de cien tomos. Los novelistas chinos hacen hablar á sus personajes segun la clase á que pertenecen. Al paso que el vulgo se espresa de una manera trivial, las conversaciones de los letrados son un torrente de figuras retóricas, abundan en bellas frases, rasgos de imaginacion, sutilezas y giros poéticos; es un conjunto confuso de historia antigua y moderna, de preocupaciones, fábulas, alusiones á tradiciones locales, á las propiedades de las plantas y á las costumbres de los animales. Parecen enigmas propuestos en estilo altisonante y pretencioso, para que los demás tengan que esplicarlos, añadiendo cada uno en su respuesta alguna cosa más sutil y más alambicada. Hablar como se piensa es cosa tan vulgar, que deben odiarla los aristócratas de la literatura europea y los chinos.

A pesar de toda esta balumba de palabras, la esencia es por lo general muy sencilla, y á escepcion de ciertas novelas históricas y de algunas otras del género fantástico, se creerian estas composiciones una coleccion de recuerdos privados reunidos en una familia. Puede formarse idea recordando la vida de Tobias. Las particularidades que sin cesar se reproducen, son las visitas de ceremonia, los indispensables cuidados del tocador, las comidas, la existencia flemática y los movimientos regularizados que los asemejan á figurines de porcelana sin alma. Añádase á esto los juegos de sociedad, los paseos, los certámenes particulares de la China y los matrimonios que son comunes á todos los pueblos. Es el argumento más general de una novela china, un jóven de carácter apacible, entregado al estudio de los antiguos, sin más distraccion que sus flores, la poesía y algunas gotas de vino, trabajando por merecer el grado que debe abrirle la carrera de los honores y del poder; y obtenido este, casarse con una ó dos hermosas y ricas herederas. En nosotros, por el contrario, es un amor contrariado.

En la novela de las *Dos primas*, traducida por Remusat, habia salido tan gloriosamente del certámen el letrado Se-yeu-pe, de Nankin, que todos los padres querian á porfía que se casara con sus hijas. Brilla entre todas por su belleza, instruccion y riqueza la hija del letrado Pé; pero su padre no quiere concederla sino á aquel que sepa interpretar perfectamente los clásicos, llegando al estremo de acarrearse enemigos por haber rehusado varios partidos. Vé por casualidad Se-yeu-pe á esta doncella, se enamora de ella, le dirige versos y consigue hacerle participar de su amor. Procura entonces hacerse digno de ella, señalándose en nuevos certámenes y buscando la proteccion de los grandes; pero en el trascurso de sus viajes se enamora de otra jóven que después aparece ser prima de la hija de Pé, y con quien promete casarse. ¿Cómo podria un novelista europeo desenredar semejante intriga? Es inútil pensarlo, no prohibiendo absolutamente las costumbres chinas repartir en dos diferentes personas un cariño cuyo principal valor consiste entre nosotros en ser esclusivo. En efecto, Se-yeu-pe se casa con ambas, porque la union de tres personas unidas en conformidad de gustos, carácter y costumbres, constituye para los chinos el colmo de la dicha; recompensa reservada á la virtud y al talento Así se ve en su mitologia, que las encantadoras Oang y Ni-ning hicieron la felicidad de Chum.

Se encuentran en la *Union afortunada* sentimientos que llamaremos caballerescos. Se trata de un joven que toma la defensa de las bellezas perseguidas; liberta de un poderoso seductor á una doncella de ínfima clase, después salva á la heroina de la novela, de los lazos que le habian tendido un joven disoluto y un magistrado prevaricador. Consigue de esta manera hacerse amar de ella, y todo se dispone para su union, cuando una susceptibilidad particular de las costumbres chinas, interpone un obstáculo. Habíase atraido el joven la enemistad del perverso magistrado y éste procura envenenarle. Con el fin de salvarle la vida, le da asilo la doncella en su casa en ausencia de su padre. Guardan el más severo decoro, no se dirigen la palabra sino á través de una cortina; pero se niegan á celebrar el matrimonio por temor de que los malos no esparzan la voz de que se han visto antes de casarse. Es preciso que el emperador y la emperatriz intervengan para quitarles los escrúpulos, asi como entre los griegos se encargaba el dios de dar la palabra del enigma ó de dominar la poderosa fatalidad.

Dramática.—No tienen los chinos verdaderos teatros: una mesa hace de escena y tres pedazos de tela de algodon sostenidos con bambues son las decoraciones.

No gozan allí los cómicos de más consideracion que las sombras chinescas, las figuras de movimiento y los bailarines de maroma. El más alto honor á que pueden aspirar, consiste en ser llamados por las personas ricas, que en su mayor parte tienen un salon destinado á los espectáculos; sucede así generalmente en ocasion de banquetes ó de comidas de ceremonias dadas por los mandarines. Luego que los convidados se hallan á la mesa, entran los actores ricamente ataviados, saludan á la compañia con una profunda reverencia y dando cuatro veces en el suelo con la frente. Entonces se levantan y su jefe se acerca al convidado de más categoria, á quien presenta la lista de sus dramas en caractéres de oro, rogándole que escoja el que merece su preferencia. Lo rehusa este y pasa la lista á otros que imitan su ejemplo, hasta que vuelve al primero, quien al fin decide. Los demás deben asentir á la eleccion con un signo de cabeza, y los cómicos empiezan á declamar al instante. Está el jefe obligado á advertir si hay en la pieza alguna inconveniencia. Lo seria y grande si se hallara en su texto el nombre de alguno de los convidados.

Obscenidad de palabras y atrevimiento de ademanes no chocan con la delicadeza china; De Guignes asistió á una representacion popular en que la heroina concebia y daba á luz en la escena.

Empieza la representacion con un concierto de tambores, flautas, pífanos, crótalos y trompetas. Se tiende enseguida una alfombra, y desde algun aposento contiguo llegan los actores á la escena improvisada. Ven las mujeres sin ser vistas, colocándose fuera del salon detrás de una verja de bambú y de una cortina de seda. Con respecto á los medios de ejecucion, están en el peor estado que se puede pensar. El actor se presenta diciendo:—«Soy el mandarin ó el letrado tal.» Si exige la accion que entren en una casa, dan un paso como para cruzar la puerta y ya basta. El que tiene que hacer un viaje se pone á galopar en la escena haciendo chasquear un látigo y después dice á los espectadores:—«He llegado de tal paraje.» Desempeña á veces un mismo actor muchos papeles en la misma comedia.

La compañia de las Indias en su no muy numerosa biblioteca cuenta más de dos mil obras teatrales chinas; y aunque carecen de las unidades convencionales de tiempo y de lugar, tienen, sin embargo, generalmente, la más importante, la unidad de accion. Están divididas en actos y escenas, y en ellas se espresan los sentimientos con bastante naturalidad, si bien rara vez son patéticos; y se intercalan trozos líricos como los coros de los griegos ó más bien como los cantables de nuestras zarzuelas. Estos están, sin embargo, muy lejos del oficio de los coros en las tragedias griegas, los cuales espresaban los sentimientos que despertaban las acciones, y calmaban con suaves voces las tempestades suscitadas por catástrofes dolorosas: pero tambien conocieron los chinos la necesidad de unir lo lírico á lo trágico, de modo que en los momentos de emocion el actor espresa en versos los sentimientos que despierta la situacion en él y en los espectadores. Semejante mezcla de versos y prosa es muy usada; aquellos se cantan y ésta se recita, aquellos

en estilo escogido, esta en el mismo de la conversacion; de modo que de la prosa pasan á un estilo rebuscado, lleno de las acostumbradas alusiones inteligibles solo para los oyentes más cultos.

Parece que hácia el VII siglo de la era vulgar, se operó una restauracion en el teatro, y que despues adquirieron más ó menos consideracion cuantos poetas se dedicaron á este género de literatura. Entre los ochenta y un autores de cuatrocientos cuarenta y ocho dramas, se cuentan varias cortesanas, porque en la China como en Atenas, la cortesana letrada debe estar versada en la música vocal, en la historia, en la filosofía y en la poesía, sin hablar del talento que debe acreditar en la flauta, en la guitarra y en el arte del baile. Dura muchos dias la representacion de ciertos dramas.

El primero que se ha podido leer en Europa es el *Huérfano de la China* (8). Este drama dice Voltaire, enseña, mejor que todas las relaciones hechas ó por hacer, á conocer el carácter chino.

Suicidio.—Apuntaremos un análisis de esta obra; pero para comprenderla bien es necesario fijar la atencion en un detalle de las costumbres que no ha sido suficientemente observado. Consiste en que el suicidio no se castiga ni se censura por las leyes religiosas ó civiles. Aun en ciertos casos es un deber renunciar á la vida, como entre nosotros hacer dimision de un empleo, cuando no pueden conciliarse con su desempeño el honor ó la conciencia. Si un hombre está condenado á una muerte lenta y dolorosa, puede el emperador otorgarle por gracia especial que sea él mismo quien corte el hilo de su vida.

A propósito de esto se cuentan diversas anécdotas, ciertas ó con un fondo de verdad á lo ménos. Haciendo de marineros ciertos bandidos despojaban á los viajeros que se fiaban de ellos y asesinaron al padre y á la madre de la hermosa Sui-ung, y aprestándose el piloto á violarla, resolvió ella darse muerte; pero reflexionó que no quedaria nadie para vengar á sus padres y se resignó á ser víctima de aquel brutal apetito. Ardiendo aquel corazon en sed de venganza, consintió en ser segunda mujer del licenciado Chu-yung, quien la hizo madre, y habiendo llegado luego á más altas funciones logró descubrir y castigar á aquellos asesinos. Quedó la familia de su mujer completamente satisfecha. Por lo que hace á Sui-ung se retiró aquella misma noche á su aposento; se lavó, se vistió con traje nuevo, escribió á su marido para darle gracias, y luego se dió muerte por haber jurado no sobrevivir á su venganza. Sui-ung fué proclamada como modelo de castidad y amor filial; y el emperador mandó que se la erigiese un arco de triunfo á fin de eternizar su memoria (9).

Chi-ung-tu, esposo de la virtuosa Kin-ching-ku, quiso esperimentar hasta qué punto podria resistir á las lisonjas y á la fuerza, y sostendria la promesa que habia empeñado de suicidarse antes de ver mancillada su honra. Después de hallarla incontrastable á las más hábiles seducciones de personas echadizas, envió á tres hombres para que la acometieran súbito en su aposento. Defendióse ella con tanta energía, que mató á uno en la lucha y los otros dos apelaron á la fuga. Pero habiendo arrancado uno de ellos un pedazo de su vestido, temió la jóven que aquel desgarron indujera á creer que habia sido deshonrada, y se dió muerte. Alegado el hecho ante los tribunales y comprobada la verdad, fué decapitado el marido, y se levantó á King-ching-ku un arco triunfal con la inscripcion siguiente: *A la gloria de la castidad* (10).

En el *Huérfano de la China*, sacado, como hemos dicho, de la historia de Se-ma-tsian, el mancebo único vástago de la casa real, queda escondido á los ojos de los asesinos de su familia. Un general de guardia en palacio, se apercibe de que le sacan de aquel recinto, y no queriendo violar su consigna ni hacer traicion al inocente, se suicida y deja que huya. El médico que ha salvado al jóven príncipe entrega en su lugar á su hijo á la muerte, y un anciano se quita á sí propio la vida para asegurar mejor el secreto. Enseguida se grangea el médico el favor del ministro fingiéndose espía; educa en la misma corte al real huérfano, quien á fuerza de estudios llega á los veinte años á los empleos y á las dignidades: instruido entonces de su nacimiento, prepara y consuma su venganza.

Van-Braam holandés observó en un drama representado en su presencia una sociedad más culta, sacrificios generosos y oscuros, y delicados sentimientos. Las dos mujeres de un letrado cansadas de esperar cuatro ó cinco años su vuelta de la corte, salen de su casa á buscar fortuna, dejando en ella un niño. Un criado y una criada, antiguos en la casa, le toman bajo su proteccion y trabajan fatigosamente para mantenerlo y darle educacion. Al alzarse el telon (que allí se alza como entre nosotros, y no se baja como lo hacian los griegos y romanos) el anciano Atai está tejiendo sandalias, de paja, único oficio que sabia. Auana sentada á una mesita cose sin levantar cabeza. El trabajando canta la melancólica historia de su señor con tanto sentimiento, que al fin se humedecen sus ojos y corren las lágrimas gota á gota; pero las enjuga y aparenta reirse como recoviniéndose de su pusilanimidad.

---

(8) *Chao-chi-hu-eul ó el Huérfano de la China*, drama en prosa y verso, traducido del chino por Julien. Paris, 1834.

(9) *Cuentos chinos*, por ABEL REMUSAT, tomo I, 1827.

(10) Estracto de la *Hon-tu-hong-ugun, ó Revista histórica de los tribunales chinos*. Voltaire hace decir por el contrario á Idame en el *Huérfano de la China*, con alusion á los ingleses:

«Imitemos la constancia de nuestros altaneros vecinos. El atrevido japonés no aguarda, etc. Nosotros hemos enseñado á esos bravos insulares: aprendamos al fin de ellos las virtudes necesarias: sepamos morir como ellos.»

Cheu-ye, el niño que está á su cuidado, crece y se entrega con ardor al estudio, animado y auxiliado por los buenos ancianos, y las sandalias tejidas por Atai proporcionan aceite para sus estudiosas veladas. Pero quédase dormido, y Auana, después de haberlo mirado tiernamente y de haberle dirigido las más afectuosas palabras, no sin derramar lágrimas, piensa que es preciso sin embargo despertarlo para que prosiga su tarea; y tomando de la mesa un latiguillo le toca lijeramente en la mejilla.

Despiértase irritado, como sucede generalmente, y pregunta á Auana como ha tenido el atrevimiento de tocarle, no siendo su madre sino una esclava de su padre. Auana deja que estalle su cólera y después le manifiesta su injusticia. «¿Dónde está vuestra madre? ¿Quién hace sus veces?... ¿No soy yo, ingrato? ¿Y me veo vilipendiada por vos? Pues bien: no; no soy vuestra madre; renuncio á ocupar su lugar.» Cheu-ye, arrepentido con esta afectuosa reconvencion, le pide perdon de rodillas y llorando.

Finalmente su padre, detenido hasta entonces en la corte, vuelve y en el camino encuentra dos pobres mujeres, miserables por todos conceptos, que en las márgenes de un rio estaba lavando ropa blanca y eran las dos fugitivas. Vuelto á su casa sabe su historia y como han llegado á aquel estado; y escoge por esposa á la digna Auana, que sin decir palabra se somete á su felicidad. Atai es nombrado mandarin: al fin el hijo llega en hábito de licenciado.

Agradó tanto á Van-Braam este drama cuyo análisis nos dió, que en su nuevo viaje manifestó el deseo de volverlo á ver, pero con mucha dificultad se encontraron actores que recordasen una obra de hacia veinte años.

Bazin publicó (11) cuatro comedias compuestas en tiempo de los emperadores mongoles y elegidas con tino entre géneros diferentes. La más graciosa, no solo de estas sino de todas las traducidas hasta ahora, es la que se titula *Las intrigas de una camarera*. Esta se llama Fau-su, mujer diestra y prudente, que hace versos, habla pulidamente, y comenta con su jóven señora al filósofo Mencio. Pe-ming-chong, bachiller de mucha doctrina, que para cada cosa tiene una cita de un clásico, con la fama de su saber y del lucido exámen que habia sostenido, conquista el corazon de Chao-man, que á escondidas le borda una bolsita perfumada sobre la cual pone una cuarteta llena de finezas que espresan su cariño.

La jóven piensa arrojar, al paso, la bolsita en el suelo del pabellon en que Pe-ming-chong estudiaba, ó más bien pensaba en ella. Para salir con su empresa le es preciso pasear por el jardin: Chao-man tiene vivísimos deseos de ello, pero no quiere confesarsélo á la camarera, con la cual, por el contrario, habla del rio Ho y del rio Lo, de Fo-hi, de Confucio, de Mencio y del éxtasis en que cae cuantas veces lee algun libro.

(11) Paris 1838. t. V. 8.°

Pero la astuta camarera le encarece las delicias de un paseo en una noche serena y entre calles de flores; por lo cual las dos muchachas corren á juguetar por el jardin y Fau-su canta: «Las piedrecillas de nuestros cinturones se agitan con animoso choque; nuestros pequeños piés semejantes á una ninfea de oro, huellan blandamente la tierra. La luna brilla sobre nuestra cabeza al mismo tiempo que pisamos el verdegueante musgo. La frescura de la noche penetra nuestros lijeros vestidos.»

Pe-ming-chong las escucha y responde cantando sus amores á la guitarra. Suspira Chao-man al oirle, y dice melancólicamente: *Las palabras de este jóven entristecen mi corazon*; pero la camarera, ya riéndose, ya asustada, deja astutamente sola un instante á su señorita, que se aprovecha de él para arrojar la bolsa perfumada y marcharse. Pe-ming-chong la encuentra, y lee la cuarteta; y conocedor profundo de los versos, comprende todas las sutiles intenciones de Chao-man. Las ninfeas que ella bordó le hacen comprender el deseo que tiene de casarse con él. Tanto se enamora, que cae malo; la camarera va á verlo y le reprende un poco: «No habeis oido decir á los budistas que la apariencia es el vacio, y que el vacio no es más que la apariencia? ¿No conoceis aquel pensamiento de Laoseu: *Los cinco colores hacen que los hombres tengan ojos y no vean; los cinco sonidos hacen que los hombres tengan oidos y no oigan?* Confucio mismo ¿no dice: *Estad prevenidos contra la voluptuosidad?*»

Pero Pe-ming-chong la conmueve en su favor: «Tened piedad de mí; si dirigis bien este casamiento, yo os trasmigraré en un perro ó en un caballo para que nos sirvais en otra vida.....»

La camarera convencida con tan fuertes argumentos, lleva una carta á su señora, la cual al recibirla aparenta gran cólera; sin embargo la lee, y amenaza con castigos á la camarera que la deja hablar, enseñándole después la bolsita de las ninfeas, y se complace á su vez en amenazar y atemorizar á su señora; por fin defiende la causa del deseoso bachiller, y concluye diciendo con los filósofos: *Más vale salvar la vida á un hombre, que levantar una pagoda de siete pisos.*

Chao-man se resuelve á escribirle una respuesta en verso, dándole una cita para la noche. Pe-ming-chong fuera de sí, mientras la espera, canta una cancion caprichosa. «En tiempo del emperador Yao habia diez soles; nueve cayeron bajo las flechas que Y-eu supo disparar con destreza desde la cumbre del monte Kuen-lan; uno solo permaneció, y ese eres tú, tú que vienes por la montaña y te ocultas por la tarde... si te irritas, de repente, hacer aparecer nubes al Oriente y al Mediodia, y densas nieblas al Occidente y al Septentrion... ¡Pérfido sol! Que no sea yo Y-eu para traspasar tu brillante disco, y hacerte caer en tierra.

Mientras canta esta extraña fantasia, aparece Chao-man reconviniendo y aun pegando á la pobre camarera que la conduce allí. Pero, ¡oh desgracia! llega la madre, se encoleriza, y dirige una fuerte

reconvencion á su hija, á la camarera y al jóven letrado. Este, por conseguirla, determina volver á entrar en concurso, porque siendo licenciado ninguna hermosa, ni ninguna madre le resistirá. Esto mismo le aconseja la camarera que se muestra muy cuerda cuando conviene.

El amor le inspira; de tal modo que compone un discurso para el certámen, que solo puede compararse al esplendor del sol. El Presidente del consejo de magistratura, admirado llama á la *Mediadora de los Magistrados*, venerable matrona, cuyo oficio es respetado en la China, donde todos los casamientos se hacen por medio de mediadores; y la manda que lleve á cabo la union de Chao-man con el primero de los licenciados; y la camarera se complace en ver á los dos amantes que llegan al cumplimiento de sus deseos por la voluntad imperial y por la omnipotencia de los grados académicos (12).

---

(12) Abierta ya la China merced á la fuerza de las armas y á los tratados con Europa, fué todavia más conocida aquella literatura, y en 1862 el marqués de Hervey tradujo al francés muchas de las composiciones más importantes de la época de los Tang, que es el siglo de oro de aquel pais y corresponde á los siglos VII, VIII y IX, de la era vulgar. Los poetas más célebres fueron Li-tai-pe y Tu-fu.

CAPÍTULO XXXII

COSTUMBRES CHINAS.

Tanto en Grecia como en China nos revela el arte dramático las costumbres del pueblo y su vida; siendo como es evidentemente nacional, nos introduce en el interior de las habitaciones, donde no pudieron penetrar los mismos misioneros, iniciándonos en los más pequeños intereses de familia. Nos permite pasar revista á la existencia monótona é invariable, á la interminable cadena de subordinacion, al amor á lo bello más bien pueril que grande, á las indeclinables ceremonias, á la ciencia y á la importancia de los letrados y á su pedanteria con su imperturbable aplomo; y descúbrese en fin, el gran vacio que cubierto con una elegancia mezquina y toda aquella reunion de costumbres ha sabido resistir á tantos siglos y asimilarse á los tártaros conquistadores. Está desterrada enteramente de este pais la vivacidad griega y meridional, y se afecta hacerse todo con tranquilidad, tiempo y medida. Sacan un partido maravilloso los chinos de la viveza de los europeos para hacerles caer en lazos, que les tienden con suma frecuencia. No existe mercader alguno, por diestro que sea, que consiga libertarse enteramente de ellos. Saben ocultar bajo un semblante pacífico el odio y la más violenta cólera. Si se les ofende, parece que no lo notan, pero tarde ó temprano, y cuando ménos se espera, la venganza es segura.

Juego.—La única cosa por la que manifiestan entusiasmo, es por el juego; pasion tan acomodada á gentes toscas por las fuertes emociones que da. Tanto ricos como pobres se entregan á él con ardor, á pesar de las rigurosas prohibiciones de la ley, y esponen á un golpe de dados sus bienes, casas, hijos y aun su esposa.

Leemos en una compilacion hecha en tiempo de la dinastia de Ming (después de 1368): «Algunos han dicho que el juego de ajedrez procede del emperador Yao, quien lo inventó para instruir á su hijo en el arte de gobernar á los pueblos y hacer la guerra. Nada hay más inverosímil. Consistia el grande arte de Yao en la práctica contínua de las cinco virtudes cardinales, cuyo ejercicio le era tan familiar, como á los demás hombres el uso de los piés y las manos. Empleó la virtud y no las armas para subyugar á los pueblos más bárbaros.

»El arte de la guerra, del cual ofrece una imágen el juego de ajedrez, es el arte de dañarse uno á otro; Yao estaba bien distante de dar á su hijo semejantes lecciones. No debió tener principio el juego de ajedrez sino en los tiempos desgraciados, cuando fué asolado todo el imperio por las guerras. Es una invencion poco digna de Yao.»

Y en otra parte: «¡Ay! en nuestro siglo algunos olvidando el estudio de los *King*, se ocupan del ajedrez. Se entregan á él con pasion hasta olvidarse aun de beber y comer. Si el dia les falta, encienden luces y continuan; llega á veces la aurora antes de haberse concluido el juego. Debilitan en este entretenimiento tanto el cuerpo como el espíritu, sin pensar en nada más. Si ocurren negocios los descuidan. Si se presentan huéspedes se les despide. No se obtendrá que tales jugadores interrumpan sus frívolos combates por la más solemne música y la mejor comida de ceremonia. En fin, puede perderse á este juego, como á cualquier otro, hasta la camisa; si ya nada más queda, se apoderan del que pierde, la rabia, el dolor y la desesperacion; ¿y para qué? para quedar dueño de un campo de batalla, que no es verdaderamente más que un pedazo de tabla y conseguir una especie de victoria que nunca ha valido al vencedor título, pensiones, ni tierras.

»Hay en él habilidad, no lo niego, pero es una habilidad inútil al Estado en general y á las familias en particular. Es un camino que á nada conduce. Si en efecto se examina este juego con respecto al arte de la guerra, no se encuentra en él

ninguna conformidad con las lecciones que nos han dejado los más célebres maestros; si se estudia con relacion al gobierno civil, se descubren aun ménos las máximas de nuestros sabios. La habilidad en este juego consiste en sorprender á su adversario, en tenderse lazos y en aprovecharse de sus faltas. ¿Y es de esta manera como se inspira la buena fe y la probidad?»

Supersticiones.—A semejanza de los pueblos ignorantes, son fatalistas tambien los chinos. Frecuentes incendios devoran sus ciudades, sin dejar por eso de seguir prendiendo fuego á papeles é incienso, fumar, disparar fuegos artificiales en medio de las casas de madera y paja. Encendido una vez el fuego, piensan que está destinada á arder su morada, y no se apresuran á apagarlo. Tienen algunos libros que refutan esta creencia, pero el pueblo no los lee, y las gentes instruidas no se aprovechan de ellos. Prueban su universal supersticion los talismanes y amuletos, suspendidos con profusion en las habitaciones. Atribuyen gran virtud á los *sables de monedas* que figuran enfilando en una varilla de hierro, en forma de espada, con el puño en cruz, antiguas monedas de cobre, colgando todo á la cabecera de la cama, á fin de que los soberanos, cuya efigie llevan aquellas piezas, alejen de ellos los espíritus malignos ó *konei*, los cuales son, segun su opinion, espectros de las personas muertas violentamente que vuelven á las casas para espantar á sus habitantes. En la primera aparicion de los europeos con cabellos rubios y nariz pronunciada, lo cual dista tanto de su ideal en belleza, los mostraban las madres á sus hijos como ogros y demonios, de aquí procede el nombre *Fan-Konei* (demonios extranjeros) que se les dió.

Otro talisman es la *cerradura de cien familias*. Dirígese un padre á encontrar á todos sus amigos y conocidos, y una vez ha conseguido de cien de ellos alguna moneda vieja, empléalas en la adquisicion de un adorno en forma de cerradura, que cuelga del cuello de su hijo y le parece que las cien personas, á las cuales se ha dirigido, están interesadas en que el niño llegue á edad madura. ¡Bienaventurado aquel que consigue recibir escrita de manos del emperador la palabra *cheon* (larga vida)!

Son por demás muy económicos y hasta avaros. Viven con mucha sencillez en la familia; arroz, gatos, serpientes, ratas y otros manjares, que no nos inspiran más que repugnancia, son sus alimentos. No hacian uso del vino antes de la invasion de los tártaros, sino de otras bebidas espirituosas extraidas del arroz; mas en general no se aficionan mucho á los licores, prefiriendo el té, del cual hacen un uso contínuo y universal.

El té.—El té más excelente se reserva para la corte; el de ínfima calidad para el pueblo, que así puede corregir los malos humores y ponerse en aquel estado de languidez que parece la felicidad suprema. El emperador Kien-lung compuso sobre el té hace un siglo una poesia, en que imaginándose un vaso, en cuyo fondo hay pintadas tres especies de arbustos floridos, dice: «El color de la flor mei-hoa no es hermoso sino gracioso; el fo-cheu se distingue por su fragancia y belleza; el fruto del pino es aromático y de agradable olor: ¿cuál de estas tres cosas halaga más la vista, el olfato y el gusto? Al mismo tiempo poner á un fuego moderado un trípode, cuyo color y forma indique grandes servicios; llenarlo de limpia agua de nieve derretida; hervir esta agua lo que basta para volver blanco el color de una pez ó para enrojecer un cangrejo; derramarla en una taza de barro de yué sobre las tiernas hojas de un té escogido; dejarle en reposo hasta que los vapores que de ella salen, formen densas nubes y que vayan después poco á poco desvaneciéndose, sin que quede más que una ligera niebla sobre su superficie; beber entonces á sorbos esta bebida deliciosa, es la manera de alejar de nosotros las cinco causas de inquietud que suelen entristecernos. Uno puede gustar, puede sentir la dulce tranquilidad que produce esta bebida; ¿pero quién es capaz de describirla?

»Alejado por algun tiempo del tumulto de los negocios, me encuentro al fin solo en mi tienda en estado de gozar de mí mismo, en estado de libertad. Con una mano tomo el fo-cheu que aproximo ó aparto á mi voluntad; con la otra tengo la taza sobre la cual se forma todavia la hermosa nube de ténues vapores; á intérvalos sorbo el licor y á intérvalos observo el mei-hoa, doy una ligera sacudida á mi espíritu, y mis pensamientos se dirigen sin fatiga hácia los antiguos sabios. Y me figuro á U-siuan, que alimentado tan solo del fruto del pino, gozaba de sí mismo en paz en medio de esta austera frugalidad; y le envidio y quisiera imitarlo; llevo á la boca la tacilla y encuentro grato el licor. Después creo ver al virtuoso Lin-fu disponer por su propia mano las ramas del árbol mei-hoa y digo entre mí: de esta manera solazaba su espíritu cansado de meditar profundamente sobre los objetos más principales. Luego fijo la vista en el arbusto y me parece que las ramas toman con Lin-fu nueva forma. Desde Lin-fu paso á Chao-Cheu ó á Yu-chuan y veo al primero rodeado de muchos vasos pequeños donde están todas las especies de té, y las pruebo ya la una, ya la otra para variar la bebida: veo al segundo beber con profunda indiferencia el té mas exquisito sin distinguirlo apenas de la bebida más vil. Su gusto no es el mio, ¿porqué he de imitarlos?

»Pero ya tocan la diana; se aumenta la frescura de la noche; los rayos de la luna penetran las claraboyas de mi tienda y se reflejan en los pocos muebles que la adornan: me encuentro sin inquietud y sin cansancio; el estómago está libre y puedo con seguridad entregarle al trabajo. De esta manera y segun mi escasa capacidad he hecho estos versos en la primavera de la décima luna del año *ping-yn* de mi reinado (1745).»

Fiestas.—Cuando celebran fiestas y solemnidades públicas ó privadas, como las bodas, los fune-

rales y nacimientos, hacen grandes gastos. Son servidos sus banquetes con gran magnificencia; cada convidado está sentado en el suelo con su pequeña mesa y dos varillas de marfil y ébano, de las que hacen uso los chinos con admirable destreza y pulcritud y les sirven en lugar de tenedor, para llevar á la boca los manjares que les presentan ya trinchados en hermosísimos platos de porcelana. Todo esto se hace con interminables reverencias y una gravedad taciturna. Beben á pequeños tragos hasta que empiezan los licores á estimularlos: entonces pierden toda consideracion y se entregan á mil excesos. No hay regocijo sin cantores, músicos y bailarines de maroma, y los que apenas pueden, añaden la comedia.

Pero sin contar la comedia que pudiera decirse aristocrática y de la cual ya hemos hablado, hay un espectáculo particular, chocante y extraño. Por ejemplo, al solemnizar el nacimiento del emperador, un viajero vió venir á la escena la Tierra y el Océano, una y otro acompañados de varias producciones terrestres ó marítimas, ballenas, delfines, rocas y otras cosas por el estilo, las cuales estaban representadas por hombres enmascarados; y despues de girar por bastante tiempo, se colocó una ballena en frente del palco imperial y arrojó muchos barriles de agua en el teatro. Otro drama representa los eclipses como los explican los chinos, esto es, la lucha entre la luna y el gran dragon.

A mas de las fiestas de familia cada pais tiene las suyas propias, y las hay generales para todo el imperio. Tal es la de Confucio en la primavera y en otoño. Es la más famosa la de principio de año, que dura desde el primero hasta el vigésimo dia de la primera luna. Ciérranse entonces los tribunales, y no se ven por todas partes más que visitas, danzas, banquetes y diversiones. En el décimo quinto dia el cañon, la enorme campana de Pekin y los tambores y trompetas en las demás ciudades, anuncian la fiesta de las linternas. Permanecen cerradas las tiendas y las calles están llenas de procesiones; humea el incienso, hácese oir la música por todas partes, y fuegos artificiales de incomparable hermosura se disparan á porfía. Se ve encender porcion de linternas y lamparillas, en número que pasa tal vez de doscientos millones, con las más estrañas formas; algunas de aquellas linternas cuestan, segun dicen, hasta 12,000 pesetas. Las hay de una magnitud desmesurada, cubiertas con finísimos pañuelos, en las cuales se ponen algunas veces en movimiento, con ayuda de hilos, pequeñas figuras que representan una accion; esto es lo que vulgarmente llamamos *sombras chinescas*. En medio de todo se confunde con los gritos de alegria el incesante ruido de las campanas y el sonido de los instrumentos y los vivas, lo cual produce un estruendo más espantoso que el de una batalla campal. Todo el mundo circula por las calles en esta época; las mismas señoras, que permanecen retiradas el resto del año, salen entonces vestidas con estravagantes adornos, montadas en burros ó en carros ó calesines; se canta, se juega, se tocan instrumentos; todos fuman y alborotan como en un carnaval.

Habitaciones.—Están edificadas las casas de ladrillo ó madera, y el bambú tan ligero como sólido, proporciona el medio de hacerlas muy elegantes; pero se procura más la comodidad que la belleza. El brillo de sus barnices es muy favorable á los muebles, mesitas y vasos que hacen esportar, y que son tan buscados por el lujo europeo (1).

Matrimonio.—Es permitida la poligamia á los grandes y á los mandarines, pero solo una mujer es la que tiene la preeminencia de esposa; las otras están sujetas y no tienen parte en la administracion doméstica. Se arreglan los matrimonios entre los padres, sin que siquiera se hayan visto antes los contrayentes, pero los padres del futuro tienen cuidado de examinar á la jóven, cuando no está con el velo, y aun en el baño, para asegurarse de que no tiene ninguna deformidad. La compran enseguida á sus padres entregándoles la suma convenida, añadiendo regalos más ó ménos considerables. Llegado el dia de las bodas una magnífica cabalgata de deudos, amigos y servidores, la conducen á la casa del marido, al sonido de los instrumentos, á la luz de las antorchas, y llevando guirnaldas, perfumes y presentes. Es conducida la novia en un rico palanquin, cerrado con llave, que el marido abre á su llegada. Entonces vé por la primera vez á aquella con quien debe pasar su vida. Si no le agrada, puede suceder que la devuelva; en caso contrario, la introduce en la sala, donde, despues de haber hecho ella algunas reverencias al *Tien* y á sus nuevos deudos, la entrega él á las señoras convidadas. Las fiestas son en proporcion de las riquezas ó vanidad de cada uno.

De esta manera se verifica en las familias opulentas; las demás hacen ménos ceremonias; pero el acto de la recepcion es indispensable en cualquiera condicion que sea. Hay muchos que, para evitar la compra de una mujer, se dirigen al hospicio de espósitos, donde jamás se rehusa una doncella á un hombre honrado é industrioso. Allí es donde tambien los que no tienen hijos propios van á buscarlos, después de haber hecho fingir un embarazo á su mujer, para evitar los procedimientos tan largos como costosos de la adopcion. Las concubinas se admiten sin ninguna formalidad: sus

(1) En el colegio de las misiones extranjeras de Paris se va formando un museo chino é indio, y se han expuesto ya muchos libros impresos y manuscritos, vestidos y otras curiosidades.

En la primavera de 1843 ví en Lóndres un magnífico museo chino, reunido en la última expedicion, y en el cual podia verdaderamente verse en resúmen toda la vida de aquel pueblo. Otro se enseñó en Paris el año 1846.—En Italia pueden verse tambien algunas cosas en el Colegio chino de Nápoles, además de la Propaganda de Roma. Pero actualmente están muy generalizados.

padres reciben la suma convenida, y se les promete no maltratarlas. Son considerados los hijos que nacen de ellas como si fueran de la muger legítima, á la cual dan todos el nombre de madre y le tributan los honores debidos á este título; participan todos de la sucesion paterna en partes iguales. Las viudas de cierta clase no se vuelven á casar, las demás se ven precisadas á ello por sus padres que tratan de sacar de ellas un nuevo beneficio. El hombre que ha quedado viudo, puede elegir una nueva muger, ya entre sus concubinas, ya entre las de otra clase, aunque sea inferior, sin grandes formalidades.

Debe el marido habitar con su muger en la casa paterna sin disminuirse absolutamente en nada su anterior sumision á sus padres; y asegura el *Li-King* que cada decena de dias de perfecta armonia entre la familia, hace ganar diez grados de mérito.

Son los motivos de divorcio la desobediencia habitual, la esterilidad, el adulterio, los celos (entiéndense éstos respecto de las mujeres que no quieren que su marido tome otra esposa), las enfermedades repugnantes y contagiosas, la verbosidad querellosa y el robo hecho al esposo para enriquecer á su propia familia: puede hacerse valer tambien como pretesto la simple antipatia del marido.

Mujeres.—Permanecen las mujeres siempre en un estado de servidumbre, y las leyes se ocupan muy poco de ellas. Vendidas por la codicia á un marido que no conocen, encerradas y guardadas por los celos, que no les permiten ver ni aun á sus próximos deudos, les es forzoso sufrir el contacto mortificante de las rivales, con quienes dividen el lecho y las afecciones de su esposo. Adquieren embriagándose tres grados de demérito, cinco jugando á las cartas, diez faltando al aseo, ó asistiendo á espectáculos en dia festivo. Incurre en la pena de cien palos la muger que maltrata á su marido; y él no es castigado aunque la haga padecer los más crudos tratamientos. Unce el labrador á su arado á la muger al par de su asno (2); y todo marido puede vender á su mujer ó jugársela, así como á sus hijos. Casi siempre son mujeres las que guian por los rios las barcas, á las cuales ponen velas de estera en forma de abanicos.

Belleza.—Son las chinas, sin embargo, vivas, amables y aun bellas á su modo; tienen los ojos negros, la nariz pequeña y fisonomia agradable; pero aquí tambien se nota aquel arte que echa á perder la belleza natural. Exige la moda que sus piés sean pequeños hasta rayar en la deformidad; de tal modo que no andan sino sobre los talones y bamboleándose, como si tuviesen necesidad de muletas. Se les imputa á inmodestia una tez sonrosada, lo cual hace que usen afeites que les arrugan la piel. No ocupándose ni del pecho ni de las caderas, se envuelven todo el cuerpo desde la cabeza hasta los piés, inclusas las manos, con una tela finísima, que no señala ninguna forma. Pasan toda la mañana delante del espejo, en peinarse y adornarse con telas y piedras preciosas, para no ser vistas más que de las personas de casa; pues una muger rica no sale jamás sino bien encerrada en su litera.

Es un mérito la corpulencia en los hombres, como indicio de vida cómoda, siéndolo tambien las uñas largas, á cuyo fin las dejan crecer desmesuradamente: con respecto á sus facciones, la grande estension del pais hace que varien en las diversas provincias; pero su tez es por lo general amarillenta y atezada por el sol; se afeitan el cabello, á escepcion de una mecha en la parte superior de la cabeza, la que cubren con un gorro de forma cónica; y tienen siempre en la mano un abanico para preservarse del sol. El conjunto del vestido actual de los chinos es una especie de toga abierta, que baja hasta los talones, y sus costados están unidos con botones de oro; otro segundo vestido que cubre al primero, y otro tercero para en caso de visitas; en el cinturon un estuche que contiene la pipa; y además un pañuelo y los palillos para comer: aseguran no obstante los sabios, que no ha sido adoptado por ellos este traje, sino cuando se vieron precisados á ello por sus conquistadores tártaros (3).

Hijos.—Castigan las leyes á veces á los padres por las faltas de sus hijos, con objeto de obligarles á tener cuidado de su educacion. Esta consiste en inspirarles amor á la virtud y odio al vicio, después en educarlos en las ciencias y artes; tanto en las leyes como en los libros se encuentran sobre esto escelentes cosas, como tambien sobre otras materias; dicen que se deben preferir los medios suaves á una escesiva severidad; que deben asemejarse las reprensiones á las lluvias de la primavera que dan vida á las plantas, y no á los huracanes que las arrancan de cuajo. Las doncellas son educadas por sus madres. A la muerte del padre, pasa su autoridad al hijo mayor, así como tambien la propiedad de todos los bienes en tanto que los hermanos permanecen unidos. Cuando se separan, está obligado á dar á todos una parte igual á la que se reserva para sí mismo. Recomiendan las leyes y libros á los mandarines velar particularmente porque reinen la paz y el órden en las familias.

Para un pueblo en el cual pocos se preguntan si una parte de ellos sobrevivirá á su último aliento, es admirable ver el horror que inspira el pensamiento de quedar privados de los honores fúnebres, y sobre todo, de aquellos que el hijo ó nieto tributan en ciertas épocas del año, ante una tabla sobre la cual está inscrito el nombre del difunto. De aquí

(2) MORISSON.—*Diccionario chino.* NEUHOFF.—*Embajada,* t. II, p. 50.

(3) Divídense en nueve clases los mandarines *(kuang)*, cada una de las cuales comprende militares y letrados. Aquellos por distintivo llevan aves y éstos cuadrúpedos, diferentes para cada clase, á más de los botones del sombrero diversos en forma y color.

procede la general aversion que tienen al celibato y la compasion profunda hácia á aquel que muere sin herederos varones (4). Ha acontecido á ciertos condenados á muerte alcanzar por gran favor tener algun tiempo á su mujer consigo, y olvidando su próximo fin, consolarse en el calabozo con la esperanza de haber fecundado su seno. Los que no tienen hijos varones (y no se hace caso sino de éstos en atencion á que conservan el nombre, al paso que las hijas lo cambian por otro), se apresuran á adoptarlos.

Funerales.—Este mismo lazo que subsiste después de la muerte es el que hace que en todas las clases sean los honores fúnebres más pomposos que en todos los demás paises. Consérvase el luto de un padre ó de una madre tres años ó al menos veinte y siete meses. No solo debe el hijo usar los vestidos blancos (5) sino renunciar á toda clase de negocios, y aunque sea ministro, vivir retirado en su casa sin meterse en cama por espacio de cien dias ni ver amigo ni mujer en un año. Sucede lo mismo con respecto á la viuda, y á proporcion con los demás deudos. Renuévanse todos los años sobre la tumba las ceremonias fúnebres, acompañadas con ofrendas, manjares y licores. Colócanse las sepulturas ó en estériles alturas ó en landas, con el fin de que nunca el arado pase por allí. Vestido el muerto magníficamente, se le trasporta en un ataud que él mismo ha preparado durante su vida, para estar cierto de su solidez (6); es acompañado por todos sus deudos con sayos y harapos, por sus mugeres en literas, vestidas de blanco; y tambien se ven aparecer en la ceremonia plañideros y músicos. Prepárase una comida ante la tumba, y se sirve manjares á los asistentes, en medio de los ahullidos que resuenan y de las manifestaciones de dolor tan escesivas, que aquel que no está acostúmbrado no las creeria. Hay además en cada casa la sala de los antepasados, donde se reunen en ciertas épocas todos los miembros de la parentela, cuyo número llega algunas veces á siete ú ocho mil; y allí sin más distincion que la de la edad, toman todos parte en un banquete, cuyos gastos son satisfechos por los más ricos.

¿Qué sucederá, pues, cuando muere el emperador, padre comun? Todo el imperio viste luto; se prohibe el color encarnado, se cierran los tribunales y se suspenden los negocios por cincuenta dias y los mandarines pasan el dia en la córte llorando ó fingiendo llorar.

Ceremonial.—Manifestáse en todos sus actos la política artificiosa de los chinos, en sus visitas, en su manera de colocarse segun la clase, en su modo de andar y en sus interminables ceremonias. Jamás dicen *yo*, sino *vuestro servidor*, ó si la clase lo exige *vuestro muy humilde ó indigno esclavo.* No dirigen la palabra á otro sino tratándole de *señor;* su pais es *vil, pobre y abyecto*, y lo mismo sucede con sus regalos por ricos que sean, al paso que todo lo que pertenece al señor á quien hablan, es *noble y digno de consideracion.* En sus visitas, de las cuales son algunas indispensables en ciertos tiempos, todo está determinado por un código de etiqueta que tiene fuerza de ley, y todo el que descuidase la menor de aquellas demostraciones, cometeria un insulto y seria deshonrado y castigado. Quedan sometidos los embajadores europeos á cuarenta dias de aprendizage para instruirse de lo que deben hacer al presentarse al emperador y ser examinados por el tribunal de los ritos. El menor error por su parte atraeria un castigo sobre su institutor. Rogó un duque de Moscovia al emperador en sus credenciales, que disimulase á su embajador si faltaba á las conveniencias, en atencion á su poca costumbre; y el hijo del cielo, al despedir al enviado, dió una respuesta á su señor en este sentido: *Tu embajador hace muchas cosas villanamente.*

No solo sucede así en la córte: todo el que vá á visitar ya sea letrado ó mercader, hace presentar por el portero una tarjeta (*tie-tsee*) encarnada y dorada, doblada en forma de abanico, con su nombre y cumplimientos. Dicen por ejemplo: «El tierno y sincero amigo de vuestra señoría, ó el discípulo perpétuo de vuestra doctrina, se presenta para hacer su reverencia hasta el suelo.» Si es recibido, la silla de manos entra por los patios hasta la sala de recepcion. Llegado allí, indica ya el ceremonial uno por uno todos los saludos, las vueltas á derecha é izquierda, los cumplimientos mudos (7), el ruego y negativa de pasar el primero, el saludo que el dueño de la casa ha de hacer á la silla destinada para su huésped, limpiándola primero del polvo con la orilla de su propio vestido. Siéntanse entonces muy sérios con la cabeza cubierta (descubrirse seria una impolítica), y el visitador espone el motivo de su venida. Se le contesta con gravedad, enseguida se trae té, y hay una manera propia para ofrecerlo y aceptarlo, llevarlo á los labios y devolver la taza al criado: arrumacos que es preciso empezar de nuevo á cada ofrecimiento, y los cuales es preciso encarecer tanto más cuanto más elevada es la clase del sugeto. ¡Júzguese ahora cuantos saludos y gestos deben hacerse para un plato

(4) «Entre los tres pecados de inobservancia con respecto á los padres, el más grave es no tomar mujer, y no tener hijos herederos.» MENG-TSEU.

(5) El blanco era color de luto entre los Italianos, hasta el siglo XIV; así se lee en el Dante.

Non credo che la sua madre piu m'ami
Posciaché trasmutó le bianche bende,
Le quai convien che misera ancor brami.

(6) En 1826, cuando el colera-morbo desoló á la China, debió el tesoro imperial, además de los gastos ordinarios en semejante caso, gastar millones para proveer de ataudes á los cadáveres, y hacer alguna demostracion de exequias.

(7) La reverencia de las mugeres se hace como entre nosotros, y se llama *van-fo*, es decir, mil felicidades, por la palabra con que antes se acompañaba, y que después se suprimió por no ser bastante decente.

enviado de parte del rey! Al marcharse, se pasa media hora en despedirse y en cumplimientos (8). Sale el amo de la casa para veros montar á caballo ó en la litera; protestais entonces de no hacer nada en su noble presencia, y después de un mútuo cambio de instancias y negativas, se retira un poco. montais y al momento vuelve á desearos feliz viaje. Se le devuelven sus cumplimientos y no os marchais sin que él se entre, él protesta de no hacerlo mientras esteis allí; sin embargo es de buen tono y cortés que se retire después de algunos cumplidos. Pero apenas acabais de dar dos pasos, cuando sale para deciros adios, al cual teneis que responder inclinándoos y con gestos. (9) Apenas se está de vuelta en su casa, cuando un criado llega á informarse de vos, á daros gracias de parte de su amo y desearos la vuelta.

¡Desgraciado de aquel que tiene en la China su tiempo tasado! Lo que acabamos de decir se estiende á todos los actos de la vida, á los escritos, á las relaciones; y no es solo asunto de política sino estricto deber. Por ejemplo, aquel que teniendo que escribir el nombre del rey, no lo colocase al principio de la columna y á la distancia marcada, tendria que arrepentirse.

Pásase la mitad de la vida de un hombre en aprender, practicar y calcular todas aquellas importantes futilidades. Se hará consistir la perfeccion mandada por la religion y la filosofia en refinar más y más aquellas miserias. El que mejor las posee se considera gran personaje, y desprecia á los que no las conocen ó practican.

De aquí proviene el orgullo de los chinos y su desden hácia los extranjeros.

Mientras los grandes rios del Tigris y el Éufrates guiaban continuamente á las hordas nómadas hácia las cultas regiones de la Mesopotamia y á las orillas del Caspio, del Ponto-Euxino y del Mediterráneo, la China no tiene mas que un solo enemigo confinante, los mongoles, que desde sus llanuras vienen á ser presa en ella, más bien que á conquistar. Si por acaso pone el pié en su territorio un conquistador, léjos de abatir aquella constitucion, la encuentra oportunísima para reinar sin obstáculos, y busca los medios para que continue aquella marcha, no cambiando sino la mano que da el primer movimiento.

Aislamiento.—No es cierto que los chinos hayan permanecido siempre aislados; los pequeños vasos chinos encontrados en los sepulcros egipcios y toscanos demuestran que aquella estremidad del Asia tuvo en tiempos muy antiguos comunicaciones con los paises situados en el Mediterráneo. Pero aquel pueblo no se ha procurado jamás en el contacto con los extranjeros instruccion ni simpatias. Es considerado todo viajero como un mendigo que va á pedir limosna. Sus costumbres les parecen las de un bárbaro, porque no son conformes á las de su pais. No pueden creer que se aprenda nada de gentes nacidas fuera del celeste imperio. No faltan, sin embargo, con respecto á este asunto, máximas escelentes que están en contradiccion con los hechos. Se lee con efecto en Confucio: «Es necesario acoger con cortesia á los hombres de los reinos lejanos y extranjeros, porque entonces afluirán de las cuatro partes de la tierra pueblos, riquezas y bienes.» Y en Mencio: «Si los chinos aman el bien y la virtud, no cabe duda que todos los hombres ilustres y virtuosos que hay entre los cuatro mares, sin que lo impidan los millares de millas, vendrán á anunciar á los chinos todos los bienes y á enseñarles lo mejor. Sino dirán los extranjeros, «¡ah! ¡ah! los chinos se creen un gran pueblo,» y esta palabra detendrá á millares de millas, gentes virtuosas, animadas del deseo de venir aquí á enseñar. En su lugar vendrán intrigantes y aduladores; ¿y cómo hacer entonces para gobernar bien el reino cuando sean admitidos?»

Agricultura.—La agricultura y la arquitectura tienen reglas de hierro. Por miedo de inspirar sospechas al rey ninguno se atreveria á alzar más ó á adornar mejor su casa: se cultivaban las vides, y un decreto imperial lo prohibió. Cuidan los campos á manera de jardines, aprovechando las pendientes de los montes como las costas de los rios y mares; pero emplean muchísimo trabajo donde un europeo emplearia casi ninguno: no se sirven de bueyes para arar, sino del pesado búfalo, ó bien lo hacen á mano; tampoco han sabido aprovecharse de los demás animales para el trasporte ó acarreo ni de las fuerzas naturales, á excepcion del viento para las velas.

Lleva el hombre todas las cargas, arrastra los carros, muele en su casa el trigo y mueve con los remos los barcos. Sus utensilios están trabajados con finura, pero á fuerza de paciencia, con instrumentos groseros; y en cada uno de esos objetos que admiramos, se emplean meses y meses. El hombre es la única máquina en la China, y muchas veces no tiene más inteligencia que una máquina; últimamente cuando tuvieron alguna nave europea la imitaron tan servilmente, que fundieron con los cañones el círculo móvil que sostiene la mira; en las telas copiaron hasta los errores del tejido; un sastre puso un remiendo en un vestido nuevo para que fuese igual al modelo que le habian dado; y se dice que hicieron barcos de vapor con hornillo y chimenea, pero con ruedas movidas á brazo.

En semejante pueblo, puede decirse que todo se encamina á eternizar su infancia: los piés estropeados á fuerza de comprimirlos; las uñas que impiden

---

(8) Todo chino tiene provision de ellos. Al menor favor que se les hace dicen *Fei-sin*, es decir: «Prodigais vuestro corazon.» El menor servicio vale un *Sie-pu-tsin* (no puedo acabar de daros gracias). Por poco que incomoden, *Te-tsui* (es un pecado grande haberme tomado tanta libertad). Si se les alaba, *Ki-can* (¿cómo me atreveria?), subentendiéndose á creer. Si os dan de comer: *Yeu-man*, *Tai-man* (os hemos recibido muy mal, os hemos tratado muy mal).

(9) Algo semejante pasa entre la sociedad culta de Méjico.

el movimiento de los dedos; el vientre disforme, los baños continuos, las frecuentes bebidas calientes, debilitan todo ímpetu del genio. La obediencia misma no es virtud, porque es solo una consecuencia del temor al látigo: no es virtud el amor doméstico, porque se practica solo en fuerza y á medida de la ley; y la madre, venerada mientras vive el padre, es escarnecida y despreciada después que su muerte no le deja más título que el de concubina (10).

La espantosa propagacion de la especie humana no sabe corregirse sino arrojando los niños á centenares al rio y á los perros. Obligados imprudentemente á concentrarse, perecen de hambre en las grandes ciudades. La admistracion minuciosa y vejatoria produce una plétora que introduce en todo la inmovilidad; y acepta como virtud esa necesidad que es la condena de los gobiernos, rechazando la doctrina espiritualista que pudiera ilustrarlos. El título de letrado se cree suficiente para ser buen empleado, buen gobernador, buen marido; y sin embargo, aquellos letrados, panteistas ó materialistas, están separados del pueblo por toda la distancia de una lengua; no se atreven á salir del pobre oficio de comentadores, ni piensan más que en hacerse amigos de los grandes y en oprimir á los inferiores; de modo que la astucia puesta al servicio de la fuerza, destruye toda la actividad de la inteligencia y todo sentimiento moral; ni es vencida la apatia sino por la avaricia ó por el miedo al bambú.

En la indecorosa miseria de aquellos gobiernos que se llaman paternales, todo se sacrifica á un déspota; y un capricho, un sueño ó una locura suya bastan para causar los padecimientos ó la muerte de millones de sus hijos. Viviendo en un terreno que no basta para dar trabajo y alimento á una poblacion excesiva, hubo de ponerse especial cuidado en la industria, y esto hizo que los hombres adquiriesen todavia más el aspecto de unos autómatas que están repitiendo siempre los mismos actos. Siendo considerado el lucro como principal objeto, no se reparó en la bondad de los medios, y hasta el hacer suyo lo de otro llegó á tenerse por gracia y por cosa natural, como el robar entre los árabes, y las ponderaciones entre nuestros comerciantes. Aborreciendo todo lo que turbe su soñolienta quietud, nadie piensa ganar con la violencia, pero son muy astutos en los fraudes y engaños: esta es su política.

Por lo tanto en China hay paz sin justicia, riquezas sin comodidades, ceremonias sin amor, moral sin buenas prácticas. Si estalla en los confines la guerra ó un tumulto en el interior, el único pensamiento del rey es el de que se restablezca la calma, sin tratar de remediar los abusos, y sin cuidarse de lo que pueda costar el restablecerla. Entre tanto el vulgo que no tiene nombre, sigue viviendo en aquel movimiento sin progreso, y en aquel mecanismo inalterable, tiranizado paternalmente por emperadores que quieren reservarse exclusivamente el derecho de conocer y de hacer el bien; engañado y envilecido por filósofos impostores; desollado y maltratado por mandarines que predican como Catones y que viven como Verres; ignorado de los historiadores que cantan la bienaventuranza de los que no tienen fuerza ó espíritu para rebelarse contra la mano que los oprime: vicios propios solamente de la China.

Indole.—Es un pueblo bárbaro regido por un gobierno patriarcal que le ordena los más pequeños actos, y que impone ceremonias indeclinables lo mismo para las más íntimas relaciones domésticas que para las embajadas. Agrádales á los chinos la pompa en los vestidos y en los acompañamientos, los adornos minuciosos en las casas y en los edificios, las fiestas, las luminarias, los colores vivos, las músicas estrepitosas, los fuegos artificiales, las máximas filosóficas, pomposas y bien sonantes, las puntuales reverencias y las reglas inviolables de la política; y vienen á ser como niños en tutela sin tener de la niñez el amor á lo verdadero y á lo natural. Estándoles mandada la actividad, van y vienen, trabajan, se fatigan, sin haber podido aprender el modo de combinar el reposo con la ocupacion. Obedecer es su virtud: obedecer sin límites, mozos y viejos, sin conseguir con la experiencia de los años la libertad de accion, sin oponer resistencia á los padres brutales ó á los mandarines arrogantes que pueden hacer todo el mal que quieran, porque desprecian el temor de un castigo fácil de evitar.

No es en China la religion un interés del corazon ni una conviccion de la mente, sino una ley oficial: la que profesa el emperador debe ser seguida por todo el que aspira á los empleos: los demás creen y adoran lo que mejor les place. El pueblo está sumido en la ignorancia por las dificultades de la lengua y no tiene otra guia más que el culto de lo pasado y la resignacion con sus hábitos. No sabe leer los libros clásicos, ni en ellos hay cosa que hable á su corazon, ni á su imaginacion. Mal se manda á nombre de una necesidad terrestre reprimir las pasiones; y algo más se necesita que los preceptos de una moral ingeniosa para revelar la inteligencia su energia y su mision sobre la tierra. Los letrados, colocados alrededor del trono, del cual esperan empleos, honores, dignidades, ¿cómo han de querer introducir novedades que podrian dañar á sus intereses? de aquí el cuidado de rechazar las innovaciones; de aquí el odio á los budistas y misioneros; de aquí la uniformidad estacionaria de aquel pueblo, cuya civilizacion está toda en sus principios, grandiosa y original entonces, pero detenida después, de modo que no hace más que profundizar el surco dentro del cual pasa su perpétua infancia.

El perfeccionamiento, ese distintivo insigne del hombre ¿cómo puede darse allí, donde una cosa

(10) Véase el viaje de Rienzi.

debe hacerse de tal ó cual manera, porque siempre se hizo así? El extranjero será siempre temido, cercado de espías, de obstáculos, porque puede introducir novedades; y así la nacion privada de comparaciones, y uniéndolo todo segun el ritual de sus ceremonias, su laboriosa frivolidad, la artificial complicacion de su régimen, tomará por bárbaro á cualquier otro pueblo, y en su inmenso egoismo, alimentado por la circunstancia de no necesitar producciones extranjeras, concebirá aquella altísima opinion de sí misma, que se observa allí donde las acciones están todas prescritas y donde se eleva sobre todos quien cumple con estas prácticas. Hoy todavia responderian aun á sus maestros: «¿Qué nos quereis enseñar? Conocemos todas las artes útiles; cultivamos los granos, las legumbres y las frutas, no ménos que la seda, el algodon y el cáñamo; usamos en los tejidos y en las telas muchas raices y cortezas; ninguno sabe mejor que nosotros laborar las minas; ninguno como nosotros conoce el arte de carpinteria, alfareria y ebanisteria; somos carreteros, grabadores y tintoreros; y hacemos el papel y la porcelana mejores del mundo.»

Verdad es que las necesidades materiales están satisfechas en China desde muy antiguo; mas no las de la inteligencia: porque el impulso que conduce al hombre á la perfeccion, se encuentra allí detenido por una hipocresia sistemática y una obediencia pasiva. Cuando crece la poblacion, en vez de enviar fuera, como la Grecia, colonias que difundan y perfeccionen su civilizacion, matan á los niños á millares creyendo que es una infamia abandonar las tumbas de sus padres. Bastante antes que Europa conocieron los chinos la estereotipia, la brújula y la pólvora (11); pero mientras que estos tres inventos cambiaron completamente la faz del mundo occidental, en la China ni se han perfeccionado ni se han aplicado más que á vanos pasatiempos. La brújula no les sirve porque no viajan; con la pólvora hacen fuegos artificiales; la impresion debe someterse á reglas inmutables, y no sirve para simplificar su complicadísima escritura. En fin, falta toda chispa de entusiasmo á la originalidad fútil y alambicada de aquel pueblo; y su razon entorpecida no da más que frutos artificiales.

Sin embargo, no sé si China podrá resistir al impulso de esa agitacion interior que conmueve á la humanidad ahora más que nunca, y que la arrastra al progreso á pasos de gigante. No hace mucho tiempo se trató de enviar á los Estados-Unidos de América un enjambre de chinos que uniesen así el Oriente con el Nuevo Mundo. Formáronse en el interior varias sociedades secretas; la *Triade* y el *Nenufar blanco*, teniendo un jefe que la policia no ha podido descubrir: y ya en tiempos anteriores se han verificado conmociones parciales, tomando por símbolo la expulsion de los extranjeros, exordio cómun del patriotismo (12). Tal vez será la China el campo de batalla entre la Rusia y la Inglaterra que en sus inmensas conquistas confinan con ella por el occidente y septentrion; y la guerra con sus destrucciones puede ser que introduzca una civilizacion nueva. Ya gracias á Inglaterra, ha abierto la China seis puertos á los europeos (13), amen de que los ingleses son dueños de Hong-kong: y el contacto disipará el desprecio y aborrecimiento á las cosas extranjeras é introducirá una luz real en vez de la artificial.

Como se trataba de un pueblo, cuyos movimientos son estremadamente lentos, y además, mal determinados por la historia, hemos creido poder esponer sin inconveniente en este lugar todo lo que le concernia en general, si bien pertenece á una época posterior al tiempo en que nos hemos detenido en la série de sus acontecimientos políticos. China ha sido juzgada diversamente segun las diversas pasiones de los escritores. Los misioneros viendo tanta semejanza con el primitivo teismo, exageraron su pureza y sus efectos, de modo que pintaron muy lisonjeramente el cuadro de la religion y civilizacion de este pais. Otros misioneros, contrarios á los primeros, se fijaron en la degeneracion de aquella creencia primitiva; y con el torpe espectáculo de los vicios chinos quisieron demostrar como se estravia el hombre abandonado á sí mismo. Filósofos enemigos tanto del teismo primitivo como del cristianismo trataron de presentar á los

(11) Julien comunicó en 1847 á la Academia de ciencias de Paris, la fecha cierta de los magníficos descubrimientos de los chinos. Halló en sus libros que 2700 años antes de C. se sabia criar el gusano de seda: el año 1000 se usaba la brújula para viajar por tierra y por mar; el año 400, se hacian barcos todos de hierro; el 200, la tinta y el papel de trapo; un siglo antes de J. C. la pólvora esplosiva; entre 581 y 593 d. C. la imprenta con formas de madera; en 904, la imprenta con formas de piedra tallada; entre 1041 y 1049, la imprenta con tipos móviles; en el siglo VIII la porcelana, los pozos artesianos, el arte de iluminar y calentar con gas inflamable sacado del seno de la tierra y conducido á grandes distancias; los puentes colgantes de bambú ó de cadenas de hierro; las bombas de incendio; en 1120, la baraja; el papel moneda entre 1260 y 1341, etcétera. Además curan empíricamente muchas enfermedades declaradas incurables en Europa. Saben, por medio de procedimientos especiales, modificar el color del cabello, y darle un negro que persiste hasta la vejez, cambiar el color de las flores sobre su tallo, acelerar su floracion y sus frutos y crear en los vegetales trasformaciones que nos causarian tanta admiracion como deleite.

(12) En 1854 las conspiraciones estallaron en decidida sublevacion que puso en peligro la suerte de la dinastia manchua y del vasto imperio.

A su debido tiempo indicaremos los muchos autores que recientemente han tratado de China. Ahora nos limitaremos á mencionar á JOHN CALMERS.— *The origin of the Chinese, an attempt to trace the conection of chinese with western nations in their religion, superstitions, arts, language and traditions.* Lóndres 1867, 3 vol.

(13) En 1842. Vease nuestro Libro último.

chinos como un pueblo sin religion, ó sectario de la religion natural que ellos profesaban; y así admiraban una moral que se habia desarrollado sin la revelacion, y proponian á los chinos como modelo para la cristiandad, elevando la religion natural sobre la de Dios, y la moral de Confucio sobre la de Cristo. Pero tambien ha habido astrónomos que tomaban por estrellas los granos de polvo posados en su telescopio (14).

(14) Véanse las ligerísimas observaciones de Paw, admiradas por el que busca el oropel, y las mil inexactitudes de Maltebrun.

EPÍLOGO.

Abandonamos con la China el mundo oriental, y así como aquel que acaba de atravesar un mar tempestuoso y desconocido, dirigimos nuestras miradas á él para mejor hacer constar los progresos que realizó la humanidad al pasar de Oriente á Occidente.

Si acaso creemos que los individuos deben ser mejores ó peores, principalmente en razon del libre desarrollo de su personalidad, no tenemos que prodigar muchas alabanzas á Oriente que viviendo en el espacio y no en el tiempo, imágen é historia de la naturaleza, descansa inmóvil en una unidad indefinida, la cual absorbe y contiene la religion, costumbres, leyes y constitucion sin dejar jamás lugar á la libertad individual.

No se puede decir que existen derechos en Oriente; pues si en Europa éstos subsisten por sí mismos y tienen un valor que les es propio, ¿qué fuerza pueden tener los delitos, las penas, los contratos, la propiedad, la familia, el Estado, en un pais donde el derecho del individuo es absorbido por el de la familia, éste por el del Estado y el del Estado por la omnipotencia del príncipe? (1) No tiene el hombre defensa contra el Estado; tampoco es protegido por los usos domésticos, que no son inviolables sino en tanto que no se notan.

El mismo Estado es dominado por la religion que lo sanciona y apoya y hace la ley. Por esto es por lo que en Asia las formas del derecho son tan pobres y desprovistas de inteligencia. Iguales las hemos visto en la India y en Egipto, pero aun mucho más en la China, donde la legislacion no se apoya en ninguna gran teoria civil, perdiéndose en multitud de minuciosidades insignificantes, ya de policia ya de sencillas conveniencias, para no redundar más que en un código penal que prescribe la menor accion de la vida, amenazando con penas atroces, sin establecer más distincion que la del grande y pequeño palo.

Encuéntranse reunidos en uno solo en el pueblo que mejor podemos estudiar, porque aun existen del mismo modo, los tres poderes domésticos, civil y religioso, y todo se refiere á la familia; de manera que este compendio del Estado puede darnos la medida de los grados de su civilizacion. Es jefe el monarca de una gran familia, el padre es rey de un pequeño imperio y desde la más elevada posicion hasta el último grado de la escala social pesa sobre los hombres un despotismo sin genio. No existe límite para el privilegio de las castas. La misma razon que forma el carácter, léjos de protejer, no ejerce su independencia. No gozan libertad las bellas artes, esclavas de la industria. No se encuentra representada la moral sino por la ley, y ésta es una contínua penalidad, donde falta aquella afeccion que no se une al título de padre desde que se estiende á una familia demasiado dilatada.

Si penetramos en el seno de las familias, se nos aparece el matrimonio bajo el aspecto de una venta, cuyas condiciones son fijadas al antojo de los padres sin el consentimiento de las partes interesadas. Es confinada la muger en la casa, ménos en calidad de compañera que de sierva ó juguete; y las causas de divorcio son infinitas. Goza el padre del poder absoluto; tambien puede adoptar los hijos de otro; á su muerte, sustituye el hijo mayor á la autoridad paterna, como tambien á la posesion de los bienes abintestato. No es cierto que el testamento, manifestacion enérgica de la voluntad individual, se permita en China, al menos como nosotros lo entendemos, pues allí no sirve más que para regular la sucesion.

(1) GANS.—*Das Erbrecht in Weltgeschichtlicher Entwickelung*. Berlin, 1824-25.

Hemos visto, no sin sorpresa, á una nacion tan material y tan poco cuidadosa de una vida futura, preocuparse con sacrificios mortuorios, casi tanto como los indios, y deseando, como estos, hijos y perpetuar las familias, sobre los cuales fundan el derecho de sucesion, cosa que no sabemos esplicarnos sino como una reliquia de las primitivas tradiciones, comunes á todo el linaje humano.

Si nos trasladamos á Grecia, reconocemos en ella la hija de Oriente; pero semejante á un vástago que se ha separado de su tronco, ha tenido vida propia y se ha desarrollado por sí misma sin que su semejanza le impida ser original. En ella no existen ya ni la necesidad, ni la unidad indefinida y universal, sino el progreso libre y variado, bien combinado por su armonia precisa y determinada.

El derecho que primero se derivó de la religion como en Oriente, se separa bien pronto de ella; pero aun permanece enteramente público, sin formar más que uno con el derecho civil. No podia ser, en efecto, la vida pública distinta de la existencia privada en la civilizacion griega, toda esterior y á cielo descubierto, cuando los jueces eran sacados de todas las clases de ciudadanos, y cuando los discursos de los oradores ofrecian el más abundante manantial de donde poder sacar el conocimiento del derecho. Resulta de esta asociacion del derecho público y privado, que no es autorizado el matrimonio más que entre ciudadanos. No constituia el poder paterno (al menos en Atenas, más conocida que las demás ciudades y menos oriental) tanto una autoridad moral para reprimir y castigar, como una propiedad sobre su descendencia; declara el padre, descontento de su hijo, al magistrado, que le desconoce, le destierra de su casa y cesan todos sus derechos sobre él.

Grecia no hizo más que elevarse desde la vida feudal á la comunal de las ciudades, único punto á que podia llegar el espíritu de libertad de las ciudades griegas. En ellas por lo tanto varió la emancipacion segun los lugares; y así vemos que en las ciudades jónicas tendió á la democracia, mientras que en las dóricas conservó la severidad aristocrática. De aquí las muchísimas diferencias que se observan entre tantos rasgos uniformes. Pero en ninguna parte creció la libertad individual á la sombra del poder monárquico, como en los municipios italianos, sino solamente la libertad y poder de las ciudades: en aquellos prevalecieron los negociantes y los ciudadanos, entre los griegos, los nobles, los eupátridas; el extranjero era excluido en Grecia del derecho civil, de los matrimonios, de la posesion: la cualidad de hombre estaba subordinada á la de ciudadano; el individuo era inmolado á la familia y al Estado.

En Esparta no habia más propietario que la república: en Atenas era propietaria la familia por una combinacion de los sentimientos naturales con los intereses del comun. Antes de Solon no se podia testar y aun después de él tampoco era dado hacerlo en perjuicio de los parientes colaterales, á no ser por la adopcion; los matrimonios entre parientes eran favorecidos, prohibiéndose solo con las hermanas uterinas y con los parientes en línea recta: y el divorcio por causa de esterilidad era muy fácil. Tambien en las obras de Platon aparece á cada paso la tirania del comun, pues que este filósofo sacrifica al hombre, su libertad y su moralidad á la belleza artística del Estado.

El espíritu comunal purifica el matrimonio contra la poligamia; da importancia al derecho en la administracion de la fortuna privada y pública; sustituye el poder público á la guerra privada; pero el municipio no es la forma definitiva de la sociedad, y Roma ha entrevisto ya otra más elevada, á la cual, sin embargo, ni aun ella podrá llegar.

Aparece, en fin, el genio romano, mezcla del espíritu griego y del oriental, que obstinadamente se combaten bajo la personificacion de plebeyos y patricios. Alábanse estos de descender de los dioses, colocan los jefes de sus razas entre los astros, y majestuosos y severos como en Oriente, se adhieren con tenacidad á lo pasado; pero agítase á sus piés sin descanso el principio activo que engendra la democracia y la libertad. Empieza la lucha con la espulsion de los reyes, y desde este momento, no esperando ya el pueblo mejoras de la voluntad de un monarca ó del amor de un padre, las reclama unánimemente con una voz terrible, que anima el sentimiento de los males presentes y la confianza de un mejor porvenir. Dura la querella tanto como la república; piden los débiles leyes, los fuertes se las niegan y los ambiciosos se las proponen. Después renacen la paz y la unidad con los emperadores, bajo los cuales los dos elementos aristocrático y democrático no se confunden, sino que languidecen juntos igualmente aniquilados.

Quedan marcadas las huellas de esta lucha en el Derecho romano. Dicta allí el principio aristocrático de la inmóvil necesidad el *strictum jus*, que todo lo sacrifica al uso ó letra de la ley; manifiéstase el de la libre personalidad en el *bonum et æquum arbitrium*. Tiene el primero *los juicios de derecho preciso*, y el otro *las acciones de buena fé*.

Si se pasa de la ciudad á la familia, se encuentra esta oposicion. Al principio lleva consigo el matrimonio una dependencia absoluta; cae la mujer en poder del marido *(in manum convenit)* no como compañera, sino como súbdita, sin ser más que una hija, una hermana de sus propios hijos, y no adquiriendo sino por el padre de familia, en quien solo reside enteramente la personalidad. Pero sucede después él matrimonio nuevo en el cual, conquista un lugar la libertad, y la mujer tiene una existencia personal, encuéntrase *asociada á la existencia del marido y participa del derecho divino y humano* (2), aun no en comunidad de bienes y

(2) Segun la elegante definicion de Modestino: *nuptiæ sunt conjunctio maris et fœminæ consortium omnis vitæ, divini et humani juris communicatio.* Dig. tit. *De ritu nupt.*

ventajas, como entre los modernos, sino con la dignidad de madre y esposa, *matrona*, donde el hombre es *patrono*.

De la tirania paterna que vende, cede y da muerte, se pasa tambien á la emancipacion, que por medio de un contrato simulado hace al hijo dueño de sí mismo. No puede el padre disponer ya de él sin la intervencion de la autoridad pública, y el hijo puede adquirir de su jefe bienes. Se encuentra hasta en la propiedad el contraste y la concordancia en la distincion de las cosas que son *mancipi* y las *nec mancipi*.

En suma, el derecho no señala en Oriente formas precisas é individuales. Está mejor determinado en Grecia, pero no sabe hacerse aun independiente de la religion y del Estado. En Roma es donde se separa por primera vez de todo elemento estraño y se convierte en individual y poderoso. Siendo la esencia de la civilizacion griega lo bello, lo armonioso y el sentimiento del arte, debia el derecho resentirse de la influencia de esta civilizacion. No podria conservarse mucho tiempo una potencia, fundada únicamente sobre el arte y el espíritu. Por esta causa, apenas la potencia griega se hubo visto arrastrada fuera de sus límites por las conquistas que, estendiendo sus proporciones alteraron la armonia, cuando tuvo que ser deforme y perecer, por falta de suficiente vigor para gobernar el mundo.

Por el contrario Roma no era el mundo del arte, y aun así el amor de que se apasionó por la ciencia de los griegos, fué la señal de su decadencia. No era tampoco el dominio de la religion, pues se ocupaba ante todo del Estado, del ciudadano y del derecho. Conservó este último bajo los reyes el aspecto místico que tenia en su orígen, y le faltó profundidad y filosofia: fué enteramente político y público durante la república y en la lucha entre plebeyos y patricios. La existencia política, al establecerse el imperio, cedió el puesto á la vida privada, y el derecho civil adquirió su plenitud.

Habian sido conservados en su originalidad las creencias y usos nacionales en las XII Tablas, que con este motivo continuaron siendo hasta Justiniano el fundamento del derecho civil, pero fueron modificadas por los edictos pretorianos, cuya importancia fue tanto más en aumento bajo el régimen de los emperadores, cuanto más se borraba el carácter nacional; y poco á poco disminuia el respeto religioso hácia la antigüedad.

Todo el que tenga el sentimiento verdadero del bien comprenderá de cuanta importancia fué para la felicidad del individuo y de la sociedad, el progreso ejecutado por la humanidad al pasar de Oriente á Occidente: ¿cómo entonces la admiracion que se concede por lo comun á las sangrientas hazañas de los héroes de Roma y á la prosperidad de los acontecimientos, no se cambiaria en gratitud con respecto al pueblo que supo adquirir para el porvenir la justicia é igualdad de derecho, preparando su cuna á la sociedad moderna en la hermosa y desgraciada Italia?

LIBRO QUINTO

ROMA.—Conquistas esteriores; discusiones intestinas.—Leyes agrarias.—Las prescripciones.—Los triunviratos.—Las guerras civiles.—Triunfo de la plebe con el imperio.—Siglo de oro de la literatura romana.—Artes y ciencias.—INDIA.—Siglo de oro de la literatura indiana.

CAPÍTULO PRIMERO

ESPAÑA Y PÉRGAMO (1).

Sentada victoriosamente Roma sobre las ruinas de Cartago y de Corinto podia proclamar el triunfo de la fuerza sobre la industria. No se presentaba ningun nuevo enemigo capaz de empeñar el terrible reto, ni quedaba á los vencidos bastante energia para moverse bajo la javelina de los soldados de Italia. A pesar de todo no habia conseguido Roma la paz, porque un pueblo invencible siempre que ha esgrimido las armas para defender su independencia, osó en este mismo instante protestar contra el gran acto de espoliacion cometido por las águilas latinas. Aludimos á los españoles.

La naturaleza ha señalado los límites de la península ibérica, ceñida por el Océano y por el Mediterraneo, unida á la Europa por los Pirineos y separada del Africa por el angosto Estrecho de Gibraltar. De clima tropical al sud, siente España los rigores del norte en las llanuras de Castilla y entre los Pirineos; pero allí crecen ricos árboles y pastos, abundan las minas de hierro, plata y oro. Hesperia, ú occidental, llamarónla los griegos, Hispania los fenicios; y el nombre de Iberia procede

---

(1) Escrita fué la historia de aquella época por muchos contemporáneos; pero no nos ha quedado ninguna de sus obras como ni tampoco ninguna de las que espresamente trataron después de ella. Deben ser consultados los autores siguientes:

PLUTARCO, Vidas de *Graco, Sila, Mario, Lúculo, Craso, Sertorio, Pompeyo, César, Caton de Utica, Ciceron, Bruto, Antonio.*

APPIANO, *De las guerras civiles.*

VELEYO PATÉRCULO, *Compendios.*

Poseemos de SALUSTIO la *guerra de Catilina* y *la de Yugurta,* que dan á conocer la situacion interior del pais perfectamente.

Al traducirla de Brosses, ha suplido el testo con sus propios estudios, y llenado entre los dos fragmentos el vacio de 79 á 67 años antes de Jesucristo. Es una obra bien pensada sobre una época muy importante: *Historia de la república romana en el curso del séptimo siglo*, por SALUSTIO, Dijon, 1777; 3 tomos.

Los *Discursos* y las *Epístolas* de Ciceron son tambien de utilidad suma.

Son de gran precio los *Comentarios* de Julio César por los hechos allí mencionados y por la manera de mencionarlos.

VERTOT.—*Historia de las revoluciones acaecidas en el gobierno de la república romana.* Paris. 1796, 6 tomos.

MABLY, *Observaciones sobre los romanos;* obra superficial de todo punto.

Nieburh no llega hasta ella en su *Römische Geschichte.* Son además notables Mommsen, Duruy y otros muy recientes.

Respecto de las costumbres.

MEINERS.—*Historia de la decadencia de las costumbres y de la constitucion de los romanos.* Leipzig, 1782 (aleman).

MEIROTTO.—*Costumbres y modo de vivir de los romanos en las diferentes épocas de la república.* Berlin, 1776 (aleman).

G. A. BOTTIGER.—*Sabina, ó la mañana de una dama romana.* Leipzig, 1806.

MAZOIS.—*Palacio de Scauro.* Paris, 1820.

quizás de los iberos que fueron del Asia á poblarla.

En efecto, Varron supone como primeros habitantes de ella los celtas, los iberos y los persas, cuyo nombre toma por el de perseos ó tracios, gente céltica probablemente, que de Trespocia é Iliria pasó á Italia, donde fué conocida con el nombre de umbrios, y arrojada por los pelasgos se refugió en las cercanias del lago de Constancia (*Brigantinus*) y entre el Ródano y el Isere con el nombre de alóbroges, pasando desde allí á las costas de España más próximas á los Pirineos á mediodia y poniente. Sus moradas se distinguen por la desinencia *briga*, semejante á la de *bria*, usada entre los tracios vecinos del Bósforo y del Ponto Euxino, segun enseña Estrabon, acerca de Selimbria, Mesembria, Goltiobria. Nombres análogos se encuentran por todo el contorno de España desde las fuentes del Ebro hasta el cabo de San Vicente, é impulsan á suponer que aquellos pueblos se estendieron por la via marítima. De su parentesco con otros pueblos instalados en Italia dan testimonio muchos nombres semejantes de paises en ambas penínsulas y son tan antiguos que no pueden atribuirse á los posteriores acampamentos romanos (2).

Ya antiguamente jacintios y ardeatios, pelasgos, fundaran en ella Sagunto, ceñida como Tarragona, con muros ciclópeos conformes con los de los ciudades de Toscana. Créese que son un resto de otros pueblos primitivos los euscaldonac ó vascos, que aun hoy conservan un idioma distinto de los indogermánicos, por más que pertenezca á la misma familia. De la mezcla de los celtas con los primeros se formaron los celtíberos, gente batalladora, armada de grandes escudos galos y de largos dardos y de espada que fabricaban con hierro que endurecian dejándolo enmohecer bajo tierra. Tenian á gloria y fortuna morir en la pelea.

Los hermosos ganados, las lanas, los vinos, aceites, frutos y especialmente el oro, la plata, el ámbar, estaño y mercurio atrajeron en hora temprana á los fenicios á las playas de la Bética. Llevábanse principalmente la plata, de la que daban los naturales gruesos pedazos por vidrios y bagatelas semejantes. Renombre tenian ya entonces los linos y ricas telas de Setabis (*Játiva*) y el acero de Bilbilis. De las minas de oro y plata, máxime en los Pirineos, sacaban los cartagineses por cinco millones de pesetas anuales. Los romanos ocupaban en esa tarea hasta cuarenta mil obreros. Poco producian las de oro en Asturias; pero sí mucho las de mercurio en Cetobriga (*Almaden*), que aun hoy dia son las más abundantes de Europa. Los romanos pagaban hasta cuatro mil pesetas por un carnero merino, y eran muy estimadas las armas que se fabricaban en España.

(2) Véase el Libro III, cap. XXX; PETIT RADEL, *Memorias del Instituto*, t. VI; GRASLIN.—*De la Iberia ó ensayo crítico sobre el orígen de los primeros pueblos de España*. Paris, 1838.

Merecidamente, pues, daban cuenta de España los fenicios, en la que conforme hemos visto, fundaron Cádiz, luego Málaga, Córdoba y otras, en la marina y á orillas de los rios; y con el comercio difundieron por ella el alfabeto y los elementos de la civilizacion. Tambien, so pretesto de tráfico, arribaron á España rodios, jacintios y focenses, que construyeron en ella Rosas, Emporium (*Ampurias*) Paleópolis y Sagunto.

Sobrevivian las poblaciones indígenas mal sometidas, y quizás por reprimir una sublevacion de los turdetanos (236 á 219) las colonias feniciás invitaron á los cartagineses, que allí implantaron después riquísimas factorias y firme dominacion (3) sobre los montañeses de la parte oriental de los Pirineos y de Idubeda, sobre los de Ortospeda y de Ilípula, así como á los de los estensos valles del bajo Ebro, del Betis, del Anas, del Tajo y de la izquierda del Duero. Las tribus de allende este rio y de la cuenca superior del Ebro, belicosos é incultos, permanecieron siempre independientes.

Luchando los romanos con Cartago conquistaron la rica península, que poco después de terminada la segunda guerra púnica, fué dividida en dos provincias: á levante la Tarraconense y á sudoeste la Lusitania ó Bética con dos pretores para gobernarlas. Mas así como los españoles habian rechazado el yugo cartaginés, sacudieron tambien en breve el romano, y nueve años después de haber cesado en la Península el dominio de Cartago, comenzaron contra los romanos una guerra encarnizada y muy mortífera, que hacian terrible una poblacion numerosa, la naturaleza del terreno montuoso y el carácter de sus habitantes. Hombres y mujeres, mozos y ancianos peleaban intrépidamente, y tenian á gloria fallecer sin lanzar un gemido. Cada eminencia, cada matorral era para ellos una fortaleza, y donde quiera se veia esa lucha de guerrilleros que sacó de quicio la pujanza de Napoleon en nuestros dias.

Uníanse los españoles en numerosas sociedades jurando vivir ó morir juntos, y nunca faltaba uno solo ó sobrevivia á sus compañeros. Una madre cántabra estranguló á su hijo antes que dejarlo en poder de los enemigos; y un hijo obedeciendo la órden de su padre devolvió la libertad á sus progenitores encadenados, matándolos. Clavados en la cruz espiraban los prisioneros españoles entonando bélicos cantos y denostando á sus verdugos (4).

Frecuentemente vencidos, nunca avasallados, llevaban consigo veneno para el caso de una derrota. Si se veian reducidos á la esclavitud, daban muerte á sus amos ó barrenaban los buques en cuyo bordo se les metia. Después de una derrota enviaron á decir á los romanos vencedores:—*Os dejaremos salir de España á condicion de que nos deis un vestido, un caballo y una espada por cabeza.*

(3) Véase Libro IV, cap. 6.

(4) PLUTARCO en *Sertorio;* APIANO, *Iberia*, 33, 72.

Por su parte los romanos empleaban contra los españoles toda clase de armas, especialmente aquellas de que menos sabia servirse el enemigo, la traicion y la astucia. Suscitaban querellas entre los mismos, armaban hermanos contra hermanos; y luego los acometian en ocasion propicia. Bajo apariencia amistosa ofrecieron tierras fértiles á los españoles, á quienes no podian dominar de ningun modo, Licinio Lúculo en la Celtiberia y Servio Galba en la Lusitania: después de verles establecidos y en seguro descanso ejercieron en ellos terrible matanza. Galba hacia alarde de haber degollado á treinta mil (151).

Bien supieron vengarse los españoles; así es que en Roma se llegó á temer de tal manera hacer la guerra en la península, que los tribunos del pueblo solicitaban la exencion de sus protegidos, y si no la conseguian, los encarcelaban para libertarles del riesgo. Tan grande fué la derrota sufrida por el cónsul Fulvio Nobilior, que aquel dia quedó declarado nefasto como el de la batalla de Cannas (196). No obstante Caton y Sempronio Graco (185—179) después de una prolija guerra en la España citerior (*Castilla y Aragon*) y atacando á los celtíberos en sus montañas, agobiaron con su dominacion todo el territorio comprendido entre el Ebro y los Pirineos. Jactáronse de haber tomado uno cuatrocientas ciudades y otro trescientas. En la España ulterior, Publio Cornelio Escipion, Postumio y otros más (195—178) sometieron á los lusitanos, á los turdetanos, á los vacceos (*Portugal, Leon, Andalucia*), y los romanos pudieron vanagloriarse de haber avasallado toda la península.

Pero una dominacion de hierro no permitia que la paz durase por largo periodo. Consideraban los romanos á España como esta nacion consideró á la América más tarde, es decir, como un pais del cual se trataba de estraer la mayor suma de oro posible. El mas glorioso triunfo era el del general que llevaba más cantidad de este metal en barras. Además los procónsules enviados á esta provincia para contener á aquellos leones, si bien no los dejaban abatidos, saciaban su propia avarica, reduciendo al hambre el pais por ejercer el monopolio de los trigos.

Viriato.—Hallaron los vencidos un vengador en el lusitano Viriato (149). Guardando rebaños y ejercitándose en la caza se habia hecho un escelente caudillo de guerrillas. Conocia todos los desfiladeros, la más mínima cerca, el más pequeño foso; bastábale un instante para reunir su tropa, y con igual prontitud la dispersaba. Apenas acababa de trabar una escaramuza contra el enemigo en el fondo del valle, se le veia provocarle con insultos desde la cumbre de alguna montaña. Auxiliado por los pueblos de la España citerior, especialmente por los numantinos, enderezó sus miras á un punto más elevado que hubiera podido esperarse de un guerrillero, y se propuso confederar á los lusitanos con los celtíberos, único medio de que España hiciera frente á los romanos.

Guiando á los suyos de victoria en victoria derrotó sucesivamente á cinco pretores. Pero Metelo el macedonio, el que solia decir: *Si mi túnica supiera lo que pienso, la quemaria*, frase tan repetida posteriormente, le fué opuesto con resultado. Habiendo salido Retógenes, uno de los principales ciudadanos de Nertobriga, sitiada á la sazon por los romanos, para entregarse á ellos, espusieron los sitiados en venganza á su mujer y á sus hijos á los tiros del contrario encima de la brecha; pero Metelo mandó suspender el asalto y renunció á una segura conquista. Este rasgo de humanidad le grangeó el afecto de la España tarraconense que acudió á someterse. Mas en medio de sus triunfos supo que se le llamaba desde Roma, dándole por sucesor á Quinto Pompeyo (141), hombre oscuro y su particular enemigo. Lejos de tener la generosidad de sacrificar su odio al interés público, procuró desanimar al ejército, dejando agotar los almacenes, morir á los elefantes, y haciendo romper hasta los dardos. Aun quedaba, sin embargo, un núcleo de ejército formidable, si Pompeyo con su temeridad no hubiera comprometido el estado de las cosas, de tal modo que Viriato llegó á cercar al procónsul Fabio Serviliano. Estuvo en su mano acuchillar á sus legiones; y no obstante le ofreció la paz bajo la única condicion de que reservándose los romanos el resto de España, le reconocerian por dueño del pais en que dominaba. Confirmó el Senado el tratado, y así adquirió Viriato lo que deseaba, un reino independiente á espensas de la república de Roma.

Hubiera podido ser el Rómulo de la España, pero Servilio Cepion (140) consul falto de honor, solicitó el permiso de Roma para violar la paz; lo obtuvo, y viendo que no salia con su intento de obligar á Viriato á una ruptura en consecuencia de una porcion de agravios de menor cuantia, le declaró abiertamente la guerra sin razon ni pretesto, talando todo el pais. Viriato se vió en la necesidad de solicitar la paz después de diferentes alternativas. Como le exigiese Cepion la entrega de los que habian escitado á la rebelion á ciertas ciudades, se sometió Viriato á condicion tan baja, á pesar de que se encontraba entre el número su suegro, á quien permitió se le cortara la mano derecha; pero cuando el cónsul llegó á pretender con más osadia que desarmara sus tropas, cobró Viriato su varonil arrojo y empezó nuevamente las hostilidades. No desesperando á pesar de todo de conseguir la paz, enviaba de continuo oficiales encargados de entenderse con su adversario. Cepion pudo corromper á algunos que asesinaron inícuamente al valeroso lusitano. Tornaron después al campamento romano á solicitar su recompensa; pero el cónsul les respondió que los generales de Roma estaban poco dispuestos á galardonar á los asesinos de su propio jefe, y que todo lo que podia hacer por ellos era salvarles la vida. El Senado por su parte negó al infame Cepion los honores del triunfo.

Numancia.—La muerte de aquel gran capitan,

temido del enemigo y respetado de los suyos, puso término á la armonia entre las dos Españas, y Lusitania se resignó al yugo. No fué por eso menos encarnizada la resistencia de Numancia, ciudad rodeada en tres partes por montañas y al sud por el rio Tera, que se alzaba en el pais de los arévacos junto á las fuentes del Duero. Habia reunido los restos de las tropas de Viriato; y allí protegidos por dos rios, por espesos bosques y profundos valles, sustentaron los sitiados una generosa lucha, aun no siendo más de ocho mil guerreros. Hasta los terribles legionarios temblaban ante el nombre de los numantinos más que ante el de Anibal ó Filopemenes. Pompeyo se vió obligado á tratar con ellos, pero su sucesor violó las estipulaciones (137). Vióles el cónsul Hostilio Mancino en número de cuatro mil arrancar la vida á veinte mil de sus soldados, y cojido en medio de ellos, solo entregándose á discrecion con todo su ejército, pudo salvar la vida.

No aparecian menos generosos en las negociaciones que denodados en los combates. Habiendo entrado en la ciudad el cuestor Tiberio Graco para reclamar los registros que le habian quitado en el saqueo del campamento, no solo se los devolvieron, sino que le colmaron de honores, y brindáronle á tomar del botin lo que quisiera; no quiso aceptar más que una cajita de incienso para quemarlo en el altar de los dioses. Al revés Roma se mostraba pérfida en los tratados, rehusaba oir á los embajadores numantinos, y renovando las escenas sabinas y para quedar libre de todo compromiso ó contrato, hacia conducir á las puertas de Numancia al cónsul Mancino encadenado. Los numantinos, como en otro tiempo Poncio, no quisieron recibirle á menos de que se le entregase con todo su ejército, segun se habia pactado.

Habiéndose encendido nuevamente la guerra, Emilio Lépido se vió obligado por el hambre á levantar el sitio de Numancia. No fueron más venturosos los cónsules Fulvio Flaco y Calpurnio Pison, y las tribus de Roma clamaron unánimemente que la pequeña ciudad española no podria ser domeñada sino por el vencedor de Cartago.

Se eligió, pues, por cónsul otra vez á Escipion Emiliano (134), contra lo que prevenia una ley reciente. Como no se le permitiera alzar nuevas tropas, armó quinientos ginetes voluntarios, á quienes denominó la cohorte de sus amigos, y cerca de cinco mil hombres, que le suministraron diferentes ciudades de Italia. Incorporóse al ejército con estas fuerzas, y merced á la confianza inspirada por sus precedentes victorias, á una disciplina severa que ocupaba al soldado en trabajos contínuos, y tambien á una táctica de las más hábiles, llegó á rodear con una línea de circunvalacion á Numancia. Rehusando la pelea á que le provocaba mil veces en sus desesperadas salidas, tampoco admitia para la rendicion de la ciudad proposicion ninguna. Después de abrirse paso á viva fuerza recorrió Retógenes Caraunio todo el pais de los arévacos en demanda de socorros y escitando á levantamientos; pero el miedo habia helado los corazones. Lutia, única poblacion que le prestó favorables oidos, fué sorprendida por Escipion y obligada á entregarle cuatrocientos ciudadanos, á quienes el héroe mandó cortar las manos, con la misma crueldad de que habia dado pruebas en Cartago haciendo que los desertores italianos fueran destrozados por leones.

A tal estremidad redujo el hambre á los numantinos, que después de haber devorado los animales y los objetos más repugnantes, resolvieron comerse unos á otros: acabaron por incendiar la ciudad y por darse recíproca muerte (133). Solo á cincuenta pudo salvar el vencedor para exornar su triunfo, que tambien careció de despojos con que ostentar lujo á los ojos del pueblo. Cayó la pequeña ciudad más gloriosamente que Cartago y Corinto. Así el recuerdo de su resistencia vivió en la mente de los españoles, quienes, aun después de su derrota, fueron los únicos, entre los pueblos de las provincias romanas, que dieron nuevas señales de tener corazon y brazos.

Pérgamo.—Fué la conquista del reino de Pérgamo más fácil que la de España, si bien no menos importante. Distinguian los antiguos la Grande y la Pequeña Misia, confinante la primera con la Frigia y el mar Egeo, y estendiéndose la segunda al sud, desde la Propóntide hasta el monte Olimpo. Cízico, edificada en una isla de la Propóntide, agregada por Alejandro Magno al continente, tenia por sobrenombre la Roma del Asia; admirábanse su puerto, sus murallas, sus torres, y especialmente su principal templo: habitábala una poblacion pacífica y afeminada y pertenecia á la Pequeña Misia, así como Parios, reputada por patria del satírico Arquiloco, y Lampsaco, que veneraba á Cibeles y á Priapo, divinidades cuyo culto era una escuela de actos indecorosos. Alejandro tenia el pensamiento de destruir aquella ciudad por lo mucho que le irritaban sus infames costumbres. Por eso cuando vió que se le acercaban sus embajadores á guisa de suplicantes, juró no otorgarles su demanda. Entonces Anaximenes, jefe de la diputacion, rogó á Alejandro que arrasara la ciudad, lo cual le obligó á perdonarla por no quebrantar su juramento.

La principal ciudad de la Gran Misia era Pérgamo, á orillas del Caico; fué patria del médico Galeno; la hacian célebre sus fábricas de ricas alfombras, y aquellas donde se preparaba el pergamino de donde tomó el nombre, y usóse por la vez primera cuando Tolomeo prohibió la esportacion del papiro, sirviendo desde entonces para copiar las mejores obras de la antigüedad, que en número de doscientos mil volúmenes adornaban la real biblioteca.

En el curso de las guerras entre Seleuco y Lisímaco, llegó á ser Pérgamo capital de un reino constituido por el eunuco paflagonio Filetero (283),

que puesto por de Lisímaco al frente del gobierno de aquella ciudad, ascendió á príncipe con ausilio de los galos del Asia, y se mantuvo por espacio de veinte años (pág. 78). Eumenes, su hermano ó su sobrino, le sucedió, y aprovechándose de las disensiones de los Seléucidas, pudo ensanchar sus dominios en Asia (241), y aseguró su conquista con una insigne victoria alcanzada sobre Antíoco. Después Atalo I empezó por rechazar gloriosamente á los galos; tomó entonces el título de rey, y fué aliado de Antíoco el Grande; hizo en su compañía la guerra á los aqueos, y luego se unió á los etolios contra el turbulento Filipo III de Macedonia. Grangeóse en seguida la amistad de los romanos, á cuyos embajadores hizo una magnífica acogida cuando llegaron á pedirle como salvaguardia contra Aníbal, el simulacro de la gran diosa Idea (211). Su carácter generoso y su espíritu recto lo alcanzaban todo con actividad admirable. En tiempo de la segunda guerra macedónica, mandaba la escuadra de Rodas y estorbó que Filipo asediara á Atenas, quien en galardon de tan señalado servicio, dió su nombre á una de sus tribus. Murió á la edad de ochenta y dos años, de la fatiga que se tomó al arengar á los beocios para determinarles á unirse á los romanos. Amaba y protegia las letras, y aun escribia, y la proteccion que sus predecesores y él brindaron á la industria, á las ciencias y á la arquitectura, puso al reino de Pérgamo en estado de rivalizar con otros mucho más estensos.

Eumenes II.—Eumenes II, su hijo y sucesor, se mostró digno de su nombre (198). Favoreció decididamente á los romanos, espiando todos los movimientos de Antíoco el Grande, y auxiliándoles en sus guerras contra éste. Después de la batalla de Magnesia fué galardonado con una cantidad de 400 talentos, que hubo de entregar aquel monarca, y obteniendo de los romanos las provincias que el mismo vencido poseyera allende el Tauro; de modo que añadió á su reino el resto de la Misia, la Frigia helespóntica y la grande, la Lidia, la Jonia, Telmeso de Licia, y en Europa Lisimaquia con el Quersoneso tracio. Merced á los consejos de Aníbal habia llegado Prusias II de Bitinia á vencerle por mar y tierra, reduciéndole á un estremo apurado, cuando la mediacion de Roma puso término á la guerra con la muerte del que la fomentaba.

Tan poderosa proteccion le ayudó á vencer de otros enemigos, y su autoridad se dilató por la Frigia, la Misia, la Licaonia, la Lidia, la Jonia y parte de la Caria. Mas por un lado aquella grandeza le forzaba á dar abordadas no sin peligro, en medio de renacientes guerras, y por otro la gratitud le mantenia bajo la dependencia de Roma. Aun esta concibió sospechas respecto de su conducta durante la guerra de Perseo, y sugirió sigilosamente á su hermano Atalo la idea de pedir para sí el reino de Pérgamo. Pero este príncipe generoso, enviado á Roma en calidad de embajador, felicitó á la república por sus victorias en Macedonia, reclamó su ayuda contra los amenazadores galos, y para sí no pidió nada. Entre tanto acudia Eumenes á Roma con el fin de justificarse, cuando se le intimó que volviera á sus Estados. Amenazado al principio sordamente por el senado, lo fué después á cara descubierta; pero murió á la sazon y tuvo por sucesor á su hermano Atalo, que más constantemente fiel á los romanos, se mezcló en todos los asuntos del Asia Menor; pero se mostró especialmente hostil á Prusias, que empleaba ora la fuerza ora la traicion para consolidar su poder y darle más ensanche (157).

Atalo III.—Al morir dejó la corona al hijo de Eumenes, Atalo III (137), que aun habiendo sido criado por su tio y después de recibir una educacion liberal de todo punto, procedió como tirano é hizo degollar á sus deudos y á los amigos de su familia. Sintió enseguida tan invencible remordimiento, que no salia nunca de su palacio, ni se afeitaba ni se bañaba. Luego nuevas sospechas le inducian á ordenar nuevos asesinatos. Para distraerse en su soledad se ocupaba en fundir metales; pero en aquel trabajo contrajo una calentura, que libertó á Pérgamo de tan insensato mónstruo.

Fuese con razon ó por locura instituyó al pueblo romano heredero de sus bienes (5); y el pueblo romano, gramático sutil, pretendió que por la palabra *bienes* debia entenderse el reino: de consiguiente sin respetar los derechos de Aristónico, hermano natural de Atalo, y sin tener en cuenta las reclamaciones de los príncipes vecinos, ocupó sus Estados (132). Aristónico se aventuró á hacer valer sus derechos con el apoyo de los tracios, de los foceos, y de las ciudades del reino que tenian horror á la dominacion extranjera. Licinio Craso, cónsul y sumo pontífice, fué enviado en contra suya; mas su conocida avaricia le indujo á cojer botin más bien que á señalarse en la pelea, y cayó por último prisionero, dándole muerte un tracio, á quien habia provocado.

El cónsul que fué elegido en su lugar, Perpenna, hombre oscuro, que ni siquiera era romano, corrió á vengarle é hizo á Aristónico prisionero. Después triunfó Manio Aquilio de la resistencia de los de Pérgamo, llegando hasta envenenar los manantiales que surtian de agua á la ciudad sitiada (130). De este modo fué reducida á provincia la mejor y más estensa parte del Asia Menor bajo el nombre de Asia (129).

¡Con cuantos males interiores, por cuántas guerras debia espiar Roma el indigno medio de proporcionarse una herencia de tan nueva especie (6).

---

(5) *Populus romanus bonorum meorum hæres esto.*

(6) Sevin ha insertado *Indagaciones sobre los reyes de Pérgamo*, en el XII volúmen de las *Memorias de la Academia de inscripciones*. Tambien se encuentran en el *Viaje pintoresco de la Grecia* por CHOISEUL-GOUFFIER, 1809, tomo II, escelentes reflexiones sobre los monumentos de Pérgamo, de las costas y de las islas vecinas.

CAPÍTULO II

CONSTITUCION Y ECONOMIA DE ROMA.

¿Como pudo Roma, república tan pequeña, llevar á cabo tantas conquistas como hemos visto y las mucho más importantes que nos preparamos á describir?

Sacando siempre nuevos elementos de vida de los paises que conquistaba. Ya la fabulosa historia de sus principios indica como se formó albergando á los fugitivos de todo pais y admitiendo después á sabinos, etruscos y latinos (1), y este fué precisamente el arte que siempre practicó; mas para llegar á la plenitud del derecho tenia que pasar por muchos grados; porque aquí tambien, como en la sociedad asiática, tenemos un pueblo privilegiado que domina sobre el vulgo sin nombre, si bien que en Roma no se constituyó dentro de barreras infranqueables ni se convirtió en casta, sino que por el contrario acogió siempre en su seno gente nueva.

Personas.—En todas las legislaciones se hace distincion de las personas *capaces* de ejercer los derechos civiles ó políticos y de las que son *incapaces*. Entre los romanos, como en todos los pueblos guerreros, solo aquel que era apto para el servicio militar disfrutaba la plenitud del derecho. Así los célibes permanecian en tutela, las mujeres bajo la patria potestad ó bajo la potestad del marido, no podian poseer bienes raices, ni enagenarlos sin la asistencia de un tutor cuando eran viudas.

Los ciudadanos que poseen la plenitud del derecho son los patricios (*cives optimo jure*), descendientes de los primeros quirites, ó que habian sido agregados á este órden por mérito particular ó como descendientes de personajes que habian ejercido cargos civiles, como la dictadura, el consulado, la pretura, la censura y la dignidad de edil máximo. Estos gozaban del *jus imaginum*, ó sea el derecho de conservar en su casa y llevar en las pompas fúnebres las imágenes de sus antepasados, hechas de cera y con inscripciones; ellos solos poseian el terreno público; y se reunian en los comicios por curias, lanza en mano; solo ellos eran jueces y pontífices, y solo ellos podian tomar los auspicios sin los cuales carecian de autoridad las decisiones.

Pueblo diferente era la plebe, con ricos y jefes propios, pudiendo celebrar reuniones, pero estaban subyugados á los patricios (2). De las luchas entre patricios y plebeyos provino el insinuarse éstos poco á poco en la sociedad de aquellos, formando un órden distinto que gozaba la libertad civil en los bienes y en las personas y que con el tiempo adquirió los derechos políticos, el primero de los cuales fué el de dar á conocer á sus propios jefes que con el nombre de tribunos de la plebe eran la tutela del pueblo. *El veto* de uno de ellos bastaba á suspender la voluntad del senado; y sus personas como sagradas eran inviolables. Organos infatigables de los plebeyos sostenian sus pretensiones

(1) *Illud sine ulla dubitatione maxime nostrum fundavit imperium, et populi romani nomen auxit, quod princeps ille creator hujus urbis Romulus fœdere sabino docuit, etiam hostibus recipiendis augeri hanc civitatem oportere. Cujus auctoritate et exemplo numquam est intermissa a majoribus nostris largitio et communicatio civitatis.* CICERON, pro. Corn. Balbo, 31.

Quid aliud exitio Lacedæmoniis et Atheniensibus fuit, quæmquam armis pollerent, nisi quod victos pro alienigenis arcebant? At conditor noster Romulus tantum sapientia valuit, ut plerosque populos eodem die hostes dein cives haberet. TACITO, Ann., XI.

(2) Tan cierto es esto, que después de tomar Brenno á Roma habia resuelto toda la plebe emigrar á Veyos y fundar allí una ciudad nueva.

y acusaban á los magistrados cuando cesaban en su empleo. Insistiendo así obtuvieron ser reconocidos como propietarios y que los matrimonios plebeyos fuesen autorizados, para que llegasen sus hijos á poder obtener todos los empleos incluso el consulado.

En otro lugar hemos examinado el orígen de las tribus y de las curias. El número de las tribus, divididas cada una de ellas en diez curias con un curion ó párroco, fué sucesivamente elevado hasta treinta y cinco (3): cuatro urbanas, llamadas *Palatina, Sububrana, Collina y Esquilina;* las otras rústicas, designadas con el nombre de los lugares inmediatos á Roma. Estas últimas fueron siempre más consideradas, por haber sido introducidos en las primeras todos aquellos que no tenian patrimonio fijo.

Hemos visto, que en el momento en que tuvo que ceder la aristocracia patricia, fué dividido todo el pueblo en seis clases, cada cual en proporcion de su fortuna, á fin de reunir las familias nobles á la multitud plebeya y de asegurar por este medio las franquicias de ésta dejando al mismo tiempo el gobierno á los patricios. Comprendia la primera clase á los que poseian más de cien mil ases, la segunda á los que tenian setenta y cinco mil; se necesitaban cincuenta mil para la tercera; veinte y cinco mil para la cuarta; doce mil quinientos para la quinta; y recibia á todos los demás la sexta; y debajo de todas estaban los *erarios* que contribuian al Estado con dinero, mas no con el servicio militar, y carecian de sufragio. Esa distribucion nos indica ya que existia un censo en el que estaban inscritos todos los ciudadanos, así como los haberes de cada uno, registro ó censo que se renovaba cada cinco años.

Ahí vemos la nobleza de orígen reemplazada por la nobleza del dinero y no podrá decirse que las cuestiones internas de Roma surgieron entre ricos y pobres, entre propietarios ó no; y los artificios con que antiguamente los nobles arrojaban de sus tierras á los plebeyos, entonces los practicaban los ricos para espulsar á los pobres.

(3)

1. Æmilia.
2. Aniensis.
3. Arniensis.
4. Claudia.
5. Crustumina.
6. *Collina.*
7. Cornelia.
8. *Esquilina.*
9. Fabia.
10. Falerina.
11. Galeria.
12. Horatia.
13. Lemonia.
14. Mœcia.
15. Menenia.
16. Oufentina.
17. *Palatina.*
18. Papiria.
19. Publilia.
20. Pollia.
21. Pomptina.
22. Pupinia.
23. Quirina.
24. Romilia.
25. Sabatina.
26. Scapia.
27. Sergia.
28. Stellatina.
29. *Suburrana.*
30. Terentina.
31. Tromentina.
32. Veyentina.
33. Velina.
34. Veturia.
35. Voltinia.

Comicios.—Como sucede en los países republicanos, el poder supremo residia en la asamblea de todos los ciudadanos, la cual se convocaba al principio segun las curias de los quirites; pero la plebe le opuso los comicios por tribus que convocaban y presidian los tribunos, y en las cuales no era menester consultar los auspicios, privilegio de la aristocracia. En esas verdaderas asambleas populares se congregaban las tribus para elegir los cargos inferiores de Roma y todos los de la provincia, el pontífice romano y otros sacerdotes, conferir la ciudadania y juzgar de algunas trasgresiones que se redimian con multas.

Los comicios *curiatos*, reuniones inmediatas por secciones locales, subsistieron como mera fórmula conservada por respeto á los auspicios para confirmar los testamentos y las leyes aceptadas por las tribus; mas ya el pueblo no intervenia en ellos, y las treinta curias no estaban representadas más que por treinta lictores, los cuales en otro tiempo solian congregarlas.

Comicios mayores eran los *centuriatos*, en los que todo romano de la ciudad ó del campo que pagase tributo ó sirviese en la guerra, intervenia para elegir magistrados, aprobar leyes, discutir sobre los delitos de Estado y sobre la guerra. En suma, en ellos consistia verdaderamente el poder legislativo, eligiendo el ejecutivo, juzgándolo y aceptando ó rechazando las leyes propuestas (4).

Cada una de las seis clases en que estaban divididos los ciudadanos comprendia muchas centurias: noventa y ocho la primera, veinte y dos la segunda, veinte y una la tercera y la cuarta; treinta y una la quinta y una sola la última. Cada centuria daba un voto complejo; y de ahí que las compuestas de pocos ricos que eran las más, prevalecieran con mucho á las últimas, en las que estaban condensados los pobres. Las diez y ocho primeras formadas de ricos podian militar á caballo, y por esa razon los miembros de ellas se llamaban caballeros, á la manera que de la palabra lanza (*quir*) se habian denominado quirites los nobles de la primera constitucion; de modo que este título quedaba á los que careciesen de cualquier otra distincion política.

Cuanto mayor era el número de centurias de una clase suministraba más hombres al ejército y más dinero al tesoro por el impuesto, y tambien tenia de consiguiente más votos en los comicios. De tal modo era esto, que la primera clase por sí sola contrabalanceaba á todas las demás juntas; y cuando todas sus centurias votaban unánimes, era ocioso interrogar á las otras. Por lo tanto, los ciudadanos gozaban de autoridad diferente segun la clase, y tanto mayor cuanto más ricos eran ó cuanto menos numerosos en su propia centuria.

(4) Es necesario recordar aquí lo que hemos dicho en el Libro III, cap. 29. Véase ahora un hermoso texto que define: *Comitia centuriata, ex censu ex ætate; curiata, ex generibus, hominum; tributa, ex regionibus et locis.*

De la propia manera quedaron los pobres reducidos á la nulidad en los comicios por tribus, en atencion á que los ricos, elegidos censores por las asambleas centuriadas cada cinco años, iban agregando á los pobres en las tribus urbanas que votaban las últimas, y conservando en las rústicas á los ricos. Y como el número de los individuos nada importaba en el voto colectivo, las tribus ricas, muchas en número y escasas en personal, vencian á las pocas, aunque numerosísimas, de los pobres.

Caballeros.—Así se constituyó el pueblo en dos órdenes, senatorial y plebeyo. Se le suele agregar el ecuestre, pero en esto reina gran incertidumbre. Algunos pretenden que los caballeros se derivan de aquellos que Rómulo eligió para su guardia de á caballo; pero como órden distinto jamás aparecen en los primeros cinco siglos de Roma: por otra parte entonces no habia plebeyos ni nobles (5), de tal manera que acaso aquel título no significaba más que una distincion accidental de personas ó de familias. Plinio el Mayor, testigo tardio, pero caballero, sin embargo, dice que los Gracos fueron los primeros que colocaron este órden entre la plebe y los padres, asignándole los juicios; y después Ciceron lo consolidó con ocasion de los tumultos de Catilina, desde cuyo tiempo el órden ecuestre fué agregado al Senado y á la plebe.

Parece, pues, que al principio no comprendia sino á aquellos que podian militar á caballo, y la fama guerrera les dió importancia tambien en la ciudad, donde después obtuvieron privilegios bastantes para formar una especie de tercer órden. A esto contribuyó especialmente la institucion de la censura, que cada cinco años espurgaba esta clase; rechazando de ella á los ménos dignos. Para entrar en ella era menester haber nacido libre y honradamente, poseer un censo prefijado ó haber merecido bien por acciones y virtudes personales.

Perjudicó esta institucion á la plebe, porque le arrancaba los miembros más notables, acercándolos más bien á la aristocracia. Pero en realidad no puede considerarse como cuerpo político, porque cada uno de sus individuos continuaba perteneciendo á la plebe ó al patriciado, y como cuerpo de caballeros no tenian participacion especial en el poder legislativo.

Es, pues, claro que el órden ecuestre no era de modo alguno estable, sino que podia uno ser inscrito ó escluido de él, puede decirse que al capricho de los censores. Pero tampoco los otros dos órdenes eran estacionarios, en atencion á que alguna vez se hacia adoptar un patricio por un plebeyo para conseguir los cargos reservados á la plebe, así como por la adopcion ó siendo admitido en el senado, el plebeyo podia penetrar en el patriciado.

Senadores.—Los trescientos del Senado (6) fueron elegidos al principio por los reyes, después por los cónsules, y en fin por los censores, sin consideracion á la antigüedad ó nobleza de familia (7); pero los funcionarios cesantes y los mejores caballeros se anotaban para ser elegidos por los censores, quizá con condiciones de edad y de censo que no es fácil determinar. Formaban éstos el consejo soberano de la república; custodiaban el tesoro, revisaban las cuentas, decretaban los gastos públicos, fijaban el impuesto para el ornato de la ciudad, asignaban las provincias á los magistrados, mantenian relaciones con el esterior, dando títulos de rey ó de aliado del pueblo romano; resolvian las cuestiones entre las ciudades aliadas ó súbditas; decidian de la paz y de la guerra, de las ligas y de las protecciones; levantaban y licenciaban las tropas, y tenian autoridad sobre los generales; juzgaban en última apelacion, ó más bien dirigian los juicios respecto de casos de Estado, asesinatos y envenenamientos; ejercian la suprema inspeccion religiosa, no pudiéndose introducir sin ellos nuevas deidades, dedicar templos, ni consultar los libros sibilinos; fallaban sobre las dudas de las leyes, y en los casos urgentes concedian á los cónsules poderes ilimitados. Sus determinaciones (*senatus consulta*), si bien no eran leyes, se tenian por obligatorias y no podian ser derogadas sino por el mismo Senado (8): pero los senadores modificaban en realidad la legislacion interpretando ó suspendiendo las leyes.

Leyes.—Las leyes se proponian primero al Senado; después de ser aceptadas se publicaban en tres mercados sucesivos, con objeto de que las gentes del campo pudiesen tambien conocerlas. Convocábase entonces al pueblo en un dia fijo en el campo de Marte; allí se leian, discutian y ponian á votacion. Recogíanse los sufragios del modo siguiente: disponíanse ciento noventa y cuatro pequeños puentes, es decir, uno por centuria; cada votante recibia, al pasar por el puente afecto á la suya, las tablillas echando las cuales espresaba su voto. Contábanse después los votos colectivamente por centurias. Si se trataba de una ley, las tablillas tenian, una las letras U R, y la otra una A, es decir, *uti rogas* y *antiquo*. Si se trataba de un juicio, recibian tres, la primera con una A, la segunda con una C y la tercera con una N y una L, es decir, *absolvo*, *condemno*, *non liquet*.

Era, pues, la ley una deliberacion tomada de conformidad con los patricios y plebeyos, ó por los comicios centuriatos (9). Las resoluciones de la

---

(5) Livio Salinator plebeyo y Claudio Neron patricio, caballeros entrambos, fueron cónsules juntos. Véase PLINIO, *Hist. Nat.* lib. XXXIII, cap. 8.

(6) Sila hizo subir este número á cuatrocientos, y los triunviros lo aumentaron tanto, que eran mil en tiempo de Augusto, el cual los redujo á seiscientos.

(7) *Deligerentur ex* (no *ab*, como han leido algunos), *universo populo, aditusque in illum summun ordinem omninm civium industriæ ac virtuti pateret.* CIC. pro Sextio.

(8) *Potestas in populo, auctoritas in senatu*, dice Ciceron.

(9) *Lex est quod populus romanus senatorio magis-*

plebe, aun siendo sola (*plebiscita*), eran obligatorias para todo el pueblo; y por esto los plebiscitos son las leyes más célebres del derecho romano, que no sufrió la menor imprevista ni violenta revolucion. Al contrario, permaneciendo firme sobre la base de la antigua legislacion, jamás derogó la de las XII Tablas (10), y dejó á los magistrados el cuidado de suplir al silencio de la ley ó de interpretarla, y á esto era á lo que más contribuian los edictos de los pretores y de los ediles.

Complicadísimo era, pues, el sistema político, por hallarse el poder legislativo unido al judicial, hacerse las leyes por tribus, curias, centurias, y variar estas mismas segun la manera de iniciativa y de sancion.

Cónsules.—En cuanto al gobierno, dos cónsules estaban á su cabeza, como reyes anuales elegidos entre la nobleza ó la plebe, que lograban los sufragios del pueblo y del Senado: recogian los votos, mandaban ejecutar los decretos, introducian las embajadas extranjeras, escogian los guerreros de entre los ciudadanos y confederados, nombraban los tribunos de las legiones, en tiempo de guerra lo podian todo, lo mismo que cuando el Senado les conferia su autoridad dictatorial para que la república no sucumbiese ante el inminente peligro. Presidian las ceremonias religiosas y la administracion financiera, siendo considerados como supremos custodios de las leyes, de la justicia y de la disciplina. Su primer cuidado debia consistir en conservar la amistad tanto del Senado que podia prorogarles el mando de los ejércitos, y dar ó negar las sumas necesarias, como del pueblo, que debia servirle en la guerra y examinar los gastos asi como los tratados pactados con el enemigo.

Mientras Roma se concretó á Italia, bastaba la continua vigilancia del Senado sobre los cónsules, por más que estos fuesen tambien jefes del ejército; pero cuando cruzaron los mares (cuenta Polibio) los cónsules lo fueron todo: pretores, censores, ediles, pueblo y Senado; pactaban con los vencidos imponiendo leyes y tributos; hacian levas; reinaban, en suma, y adquirian las peligrosas dulzuras del mando independiente.

Pretores.—Ejercian los cónsules, como en otro tiempo los reyes, la autoridad judicial; pero cuando los plebeyos fueron llamados por mitad á este cargo del Estado, procuraron los nobles disminuir su influencia, haciendo nombrar pretores, que elegidos siempre entre los patricios, tuviesen que administrar la justicia. Pero poco tiempo habia trascurrido cuando ya un plebeyo fué nombrado para la pretura.

Jus civile gentium.—Nacian dos derechos de la distincion entre ciudadanos y extranjeros: el derecho civil y el derecho de gentes. Regulaba el primero las prerogativas del ciudadano y protegia sus acciones; el segundo, diferente del que designamos en el dia bajo este nombre, comprendia las relaciones sociales y el conjunto de los principios jurídicos, sobre los cuales están conformes todos los pueblos civilizados, como tambien las reglas de la equidad natural (11).

Para la aplicacion de estos dos derechos se eligió, en tiempo de la primera guerra púnica, un pretor para lo esterior y un pretor urbano. Llegó después el número de los pretores á cuatro, después á ocho y luego á diez y seis y más. Resumíanse sus funciones en la fórmula *do, dico, addico*. *Daban* la accion, la escepcion, la posesion, los jueces, los árbitros, los tutores; *decian* las sentencias sobre los asuntos que se pleiteaban ante ellos y en materia de posesion; *addicaban* cuando habia cesion de derecho, como en la emancipacion y en otros casos semejantes.

Encargados de una grave responsabilidad los magistrados romanos, en cuya probidad y saber se fiaba mucho la ley, debian hasta por su propio interés, dar á conocer al tiempo de hacerse cargo de sus funciones, el sistema que seguirian en su año de ejercicio en toda la parte que la constitucion dejaba libre, si bien que no podian atacar el derecho civil (12). Hacian redactar, pues, por hábiles jurisconsultos su programa, sirviéndonos de una espresion moderna, bajo forma de edicto, teniendo cuidado de conservar lo que les parecia bueno en los de sus predecesores. Mejorábase de esta manera progresivamente la civilizacion, conformándose á la opinion y costumbres, sin que hubiera necesidad, como acabamos de decirlo, de trastornos radicales; cedia por lo comun en la aplicacion el rigor de la ley escrita, sobre todo con ayuda de ciertas ficciones, con imposicion de nombres diferentes, escepciones y reintegraciones (13).

Pero como la constitucion romana determinaba mal los límites de aquellas diferentes magistraturas (defecto estraordinario), las cualidades personales daban una autoridad más ó menos grande y facili-

---

tratu interrogante (algunos leen *rogante*) *veluti consule, constituebat Plebiscitum est quod plebs, plebejo magistratu interrogante veluti tribuno, constituebat.* Inst. Just., lib. I, tit. 2, §. 4.

(10) Aun en su tiempo decia Tito Livio *in hoc immenso aliarum super alias acervatarum legum cumulo, fons omnis publici privatique juris.*

(11) El Digesto enumera en estos términos las diferentes cosas que se derivan de aquel derecho, y que dependen de él: *Ex hoc jure gentium introducta bella, discretæ gentes, regna condita, dominia distincta, agris termini positi, ædificia collocata, commercium emptiones, venditiones, locationes, conductiones, obligationes institutæ, exceptis quibusdam, quæ a jure civili introductæ sunt.*

(12) *Jura reddebant: et ut scirent cives quod jus de quaqua re dicturi essent, seque præmunirent edicta proponebant.* POMPONIO.

(13) Se fingia, por ejemplo, la prescripcion de una cosa que no existia, ó que un hijo era una hija, ó que un muerto aun vivia. Se cambiaba el nombre de heredad en el de posesion, en favor de aquel á quien la ley negaba el primero, etcétera.

taban las usurpaciones: acontecia á veces que obligaba la necesidad á remedios más prontos y eficaces, si podemos espresarnos de esta manera, la constitucion á destruirse á sí misma, atribuyendo, por ejemplo, el poder absoluto á un dictador, que, magistrado, legislador y general á la vez, podia luego, cuando quisiera, convertirse en tirano. Se encontró quien quiso, y Roma no se libertó de Sila sino por una abdicacion voluntaria de este, ni de César sino por un asesinato.

Censores.—Ejercíase la parte más importante del poder consular por los censores. No hacian al principio, como lo indica su nombre derivado de *censo*, más que administrar las rentas de la república, distribuir las contribuciones y sentar en un registro á los romanos segun la clase á que pertenecian, ya como senadores, caballeros, ó ciudadanos *ærarii*. Esto les conferia ya una gran autoridad, pues colocaban á su antojo á un ciudadano en una ó en otra clase. Sí, aumentaron su poder inscribiendo, borrando, y haciendo mutaciones entre los senadores y caballeros, así como en las diferentes tribus, de donde escluian á uno ú otro para relegarle á una clase inferior, ó á la de los *ærarii*.

Consiguieron por esto medio erigirse en guardianes de las buenas costumbres. Comparecian delante del tribunal de los censores los tutores ó asociados infieles, los perjuros, el que faltaba al honor ó abrazaba una profesion vergonzosa, ó el que era espulsado del ejército, y en semejantes casos se les podia degradar pero no reintegrar. Sin embargo, si habia sido fallado contra él por conviccion individual, podia un censor borrar la nota de infamia (*animadversio*) que otro le habia impuesto.

Se infligia esta nota por acciones vergonzosas en sí mismas, pero contra las cuales la ley no establecia ninguna pena; castigaba por ejemplo la ingratitud del cliente para con su patrono, la excesiva indulgencia ó dureza para con los hijos, el mal tratamiento sin motivo con respecto á los esclavos, el abandono de los padres, la embriaguez, el descuido de los deberes religiosos, ó de los que se deben tributar á los muertos, la seduccion ó el abandono de la juventud; y acontecia lo mismo con respecto al celibato sin motivo valedero, con las uniones ilegales, con la esposicion del hijo legítimo y con todo lo que fuera contrario al decoro y salubridad pública (14). Imponian tambien nota los censores al plebeyo que siendo agricultor, se hacia mercader ó artesano, y al cultivador que dejaba perderse su viña. Se imprimió nota al cónsul Emilio Lépido por haber alquilado una casa en el precio de seis mil sextercios y construido muy en grande una casa de campo (15). Fué escluido del Senado Lucio Antonio por haber repudiado á su mujer sin convocar un consejo de amigos (16). Se degradó á Cornelio Runfio, abuelo de Sila, porque se encontraron en su casa más de diez libras de vajilla de plata. Los censores Domicio Enobardo y Licinio Craso invitaron á los retóricos á cerrar las escuelas donde se enseñaba á discurrir con una impudencia que jamás se permitieron los grandes oradores. El mismo Enobardo hizo cargos á su colega Licinio Craso, célebre orador, porque estimaba á una murena domesticada hasta el punto de comer migajas en la mano de su amo, que la adornaba con alhajas, lloró su muerte y le tributó los honores de un monumento. Eludió Craso el juicio, convirtiéndolo en burla y haciendo por comparacion el mayor elogio de Domicio; hombre de tal manera prudente, que habia perdido tres mujeres sin derramar una lágrima.

Se tenia especial rigor con los senadores á quienes la ley rodeaba de precauciones á fin de que fuesen respetados: no debian empobrecerse, ni con arriendos hacerse ricos, ni prestar más de cuatrocientas pesetas, ni hacer de gladiadores, ni casarse con bailarinas, ni enredarse en quimeras. Al que probase un delito cometido por un senador se le daba el puesto quitado al culpable; y no bastaba en los juicios tener el senador muchos testigos de su buena conducta, como era de uso para los demás; sino que se requerian disculpas directas.

De lo antedicho se desprende cuan confusas andaban las atribuciones administrativas y legislativas, hasta el punto de ser difícil designar los oficios de cada magistratura.

Culto.—Jamás fué de gran peso la autoridad religiosa en Roma. Habia cuatro grandes colegios sacerdotales: los pontífices, los augures, los quindecenviros y los epulones. El *rex sacrificulus* era nombrado para los ritos que antiguamente atañian al rey; era patricio, pero de sencillo porte y muy inferior al pontífice máximo. Quince pontífices, supremos custodios de las cosas sagradas, decidian de las cuestiones que por accidente surgieran en un sistema tradicional. Los quindecenviros, elevados á ese número de quince en tiempo de Sila, custodiaban los libros sibilinos, cuyos vaticinios interrogaban: eran inamovibles y estaban particularmente consagrados á Apolo. Los epulones designados en número de siete por el mismo Sila, hacian los honores del banquete de Júpiter.

Cuatro colegios inferiores comprendian los hermanos arvales (17), los veinte y cinco ticiesos, los veinte feciales, los treinta curiones que asistian á las asambleas de las curias. Los arúspices no pertenecian á ningun colegio; eran adivinos poco estimados, que leian en las entrañas de las víctimas lo que la prudencia de los padres conscriptos hallaba oportuno manifestar al vulgo. Otras cofradias habia destinadas al culto de algunas divinidades, como los galos á Cibeles, los lupercios á Pan, los

(14) Dionisio, *Excepta*, 64.

(15) Val. Máximo, VIII, 1; Velevo Patérculo, II, 10.

(16) Val. Máximo, II, 9, 2.

(17) Marini.—*Actos y monumentos de los hermanos arvales*. Roma, 1795, 2 tomos. Es un portento de erudicion.

salios á Marte, los flámines á Júpiter, los poticios á Hércules, las vestales á Vesta. Los tres flámines de Júpiter, Marte y Quirino representaban quizás las tres tribus que al principio se unieron para formar el pueblo romano. A todos estaban agregados sacristanes, notarios, sacrificadores, músicos y camilos, esto es niños de ambos sexos.

Cada colegio tenia un *magister* ó jefe particular, y á todos gobernaba el pontífice máximo, jefe del consejo de los cuatro miembros, electo por todo el pueblo, é inamovible. Elegíanse los sacerdotes entre los ciudadanos principales y nobles; y los plebeyos no fueron elegidos hasta que se aumentó el número. El pontífice máximo fué siempre patricio hasta Tiberio Coruncanio en el siglo II antes de Jesucristo. Tambien los cuatro del consejo supremo eran patricios; pero desde el 453 de Roma se les agregaron cuatro plebeyos, y luego en tiempo de Sila llegaron á quince ó diez y seis. Apelábase de sus decisiones á la asamblea del pueblo.

Parece que del sacerdocio no se sacaba lucro, y sí únicamente consideracion é influencia: sus gastos materiales eran sufragados por las principales familias, por los particulares que ofrecian sacrificios y por el Estado.

Desde el principio y cuando la constitucion se resentia aun del orígen oriental, los auspicios que eran indispensables, eran servidos por los nobles, sin que nunca por esto formasen los sacerdotes una casta bien unida y preponderante. Antes bien se puso la religion al servicio de la política y contribuyó en union de lo demás, en provecho del Estado; y sus ministros, que no eran perpétuos, eran al mismo tiempo ciudadanos y magistrados. Intervenia con los ritos de los feciales, para declarar la guerra y consagrar la paz; sancionaba todos los actos públicos, precedia por el ministerio de los augures á todas las determinaciones, é interrogaba tan pronto á los oráculos como á los libros sibilinos. Pero siempre se conocia en ella la política y no la inspiracion. Por ello de los augures se mofaban los poetas satíricos impunemente (18). Admirábase Ciceron, miembro del colegio de los augures, del que habla con tanto respeto (19), de que dos de ellos pudieran encontrarse sin reirse. Preguntaba Lelia á su marido Quinto Mucio Escévola porque no permitia tambien la entrada en el sagrado colegio á su sierva Fabricia, que tan á tiempo sabia matar de hambre á los pollos y quitarles el apetito. El admitir nuevos dioses y consagrar los ritos nuevos incumbia á la decision del Senado.

Seis sacerdotisas con voto de virginidad estaban consagradas á conservar el fuego sagrado de Vesta y las cosas misteriosas en que descansaba la salud de Roma (20). Cuando llegaba á apagarse aquel fuego, se consideraba como una calamidad pública, y durante la segunda guerra púnica ningun prodigio causó más susto á los romanos. Precedia un lictor á aquellas vestales. Inclinábanse delante de ellas los haces de los cónsules y de los pretores á su tránsito por las calles; iban en carro, cuando la ley se lo prohibia á todos; se les reservaba un puesto de honor en los espectáculos; su declaracion en justicia equivalia á un juramento; se absolvia al reo de muerte que se encontraba por casualidad á su paso. Si se adornaban con más elegancia de la que convenia á una vírgen consagrada, eran amonestadas por el pontífice, quien, en caso de negligencia del culto, las azotaba en lo interior del templo. Si faltaban á la castidad se las enterraba vivas, castigándose á sus cómplices con la muerte.

Supersticiones.—Suministrarian materia para un libro de grueso volúmen las supersticiones de que estaba llena la vida de los romanos. Divinidades presidian á cada uno de sus más mínimos actos, aun de los más repugnantes; habíalas para todos los departamentos de la casa, de la ciudad, del campo; cada dia, cada hora tenia la suya. Les espantaban como funestos augurios tropezar en el umbral, derramar la sal, el grito ó la vista de ciertas aves, el encuentro de una serpiente y hasta la pronunciacion de un nombre siniestro: ungian la puerta de la calle á fin de preservar de maleficios á los recien casados; inscribian nombres de feliz agüero á la entrada de sus casas, donde tenian uracas enseñadas á repetirlos. Ponian buhos sobre sus puertas ó fijaban en el arquitrabe clavos arrancados de los sepulcros, ó colocaban allí obscenos Priapos para alejar de sus jardines los ladrones y las desgracias. Condescendiendo el mismo gobierno con las creencias populares, cambiaba el nombre de ciertos paises, como Malevento en Benevento; empezaban siempre las ventas en pública subasta por el lago Lucrino, cuyo nombre era de buen agüero; y el grave Caton discutia sériamente en averiguacion de si debia hacer nulas las asambleas un estornudo involuntario, y si desdecia del senado el que se refiriese alguna vez allí que habia mujido un buey.

---

(18) Ennio llama á los augures:

Aut inertes, aut insani, aut quibus egestas imperat,
Qui sui quæstus causa fictas suscitant sententias,
Qui sivi semitam non sapiunt, alteri monstrant viam.

Y Pacuvio.

Magis audiendum quam auscultandum censeo.

(19) «El derecho mayor, el derecho por escelencia en la república, es el de los augures, cuya autoridad es superior á todas. No hablo así porque sea yo augur, sino porque realmente es de esta manera. ¿Qué puede existir más grande que el poder de disolver los comicios y las asambleas convocadas por los magistrados supremos ó el de anularlas? ¿Qué puede haber más importante que ver interrumpida una empresa, si el agur la dilata hasta otro dia? ¿Qué más magnífico que precisar á los cónsules á abdicar su magistratura? ¿Qué más religioso que poder conceder ó no la asamblea al pueblo y revocar una ley cuando no está propuesta segun las formas? En una palabra, sin su autoridad nada de lo que hacen los magistrados, ya en la ciudad, ya fuera, seria aprobado.» CICERON, *De legibus*, II, 12.

(20) Véase la pág. 52.

Ciudadania.—Por lo dicho hasta aquí se ve como Roma era un municipio; y cuando se estendió por fuera siguió siendo un conjunto de instituciones municipales. Impulsada por aquel instinto de desarrollo indefinido, acogia al principio en su ciudad á los advenedizos; y después (dicen primeramente en el 365 para recompensar á los cerites la hospitalidad que concedieron á sus dioses en la invasion de los galos) trasportó por decirlo así, la ciudad de fuera; nombró ciudadanos romanos fuera del territorio de Roma, naciendo de ahí la division de derecho de ciudadania en virtud de ciertas reglas determinadas por las circunstancias de concesion. Mientras que en Grecia solia concederse la ciudadania como honor y escepcion, en Roma se hacia para engrandecerla, para llegar á una asociacion de pueblos mediante el propio incremento. Ya desde un principio habia Roma concedido privilegios á las ciudades vencidas en proporcion de su proximidad; y de ahí que las siete colinas se rodeasen de un cinturon de ciudades que disfrutaban del sufragio al igual de los romanos mismos: ó sea las de los sabinos, Túsculo, Céres, Lanuvio, Aricia, Pedum, Nomento, Acerra, Anagni, Cumas, Priverna, Fundi, Formia, Suesa, Trebula, Arquino y otras, algunas de las cuales eran *aliadas* ó sea agregadas en paz ó llegadas en colonia y gozaban de plenos derechos; y otras eran *federadas*, es decir, admitidas después de vencerlas y en condicion inferior.

Municipio.—Venian después los municipios gobernados por sus leyes propias, bajo la direccion de la curia y de los duunviros, correspondientes al Senado y á los cónsules, aunque sin derecho de sufragio en Roma, como no hubiesen sido inscritos en una tribu.

Colonias.—Seguian luego las colonias en número de cincuenta, fundadas con antelacion á la segunda guerra púnica, y á escepcion de tres, en la Italia central todas: luego otras veinte establecidas á más distancia, entre los años 197 y 177 (21) cada una de estas setenta colonias gozaba del derecho de ciudad sin el voto ó estaba privada de ejercer el derecho de votar (22). Allí residian como extranjeros los antiguos habitantes, y únicamente los moderno sposeian el *jus romanum*, ó solamente el *latinum*. Como quiera que desde antiguo los recogidos en Roma se constituian en clientes de algunos nobles, sucedió que pueblos enteros se pusieron bajo el patronato de algunas familias: así por ejemplo, los alóbroges de los Fabios, los sicilianos de los Marcelos, los bolonienses de los Antonios.

Para vigilar más atentamente á la península itálica (23) el Senado la dividió en cuatro partes asignando á cada una un cuestor provincial. Uno residia en Ostia y tenia bajo su gobierno la Etruria, la Sabina, y el Lacio hasta Liri; el otro en Cales, rigiendo la Campania, el Sannio, la Lucania, y los Bruzzos; el tercero tenia bajo su dominio la Umbria, el Piceno, los ferentinos y de allí hasta el golfo de la Apulia; y el cuarto mandaba la Apulia con la Calabria, bajo cuyo nombre estaban comprendidos los salentinos, mesapios y tarentinos.

Derecho itálico.—Figuraban los latinos como punto intermedio entre los extranjeros y los ciudadanos, con prohibicion de tener asambleas generales, hacer la guerra, contraer matrimonio fuera del territorio, mientras no fueron llamados todos los italianos á disfrutar el derecho de ciudadania, conservando sus leyes propias con exencion de tributos. Esta constitucion libre y municipal caracteriza á la Italia política.

El municipio, como la colonia de *gius itálico*, tenia sus comicios y su senado *(curia)*; sus duunviros, que ejercian jurisdiccion en ciertos negocios y hasta llegar á determinada suma: y habia además otros magistrados como el quinquenal, el censor ó curador; el defensor, los ediles, los actuarios. Todo el que podia elevarse á uno de estos empleos era ciudadano romano, admisible á todos los honores de la metrópoli. De la misma ventaja podian participar los latinos, ya dejando á sus hijos en la ciudad natal como representantes suyos, mientras se trasladaban á Roma para desempeñar alguna magistratura; ya convenciendo de prevaricacion á algun magistrado romano, prueba peligrosísima y de éxito muy incierto.

Por otra parte, el derecho itálico no conferia ningun privilegio al ciudadano; pero atribuia á la ciudad en conjunto la propiedad quiritaria del territorio, y el *commercium*, de donde nacia la exencion del impuesto predial, y la capacidad para la emancipacion, la usucapcion y la vindicacion (24).

Tal era la diferencia entre el derecho latino y el de los colonos y municipios. Aun cuando en las variaciones sufridas por la constitucion de Roma, se alteraran las formas de aquellos gobiernos este-

---

(21) Fundáronse cinco colonias por el año de 197 en la Campania y en la Apulia; seis en la Lucania y en el Brucio en 194 y 193; otras en la Galia Cisalpina en 192 y 190; las de Bolonia en 189; en 187 las de Pisaura y Polentia; en 183 las de Mutina y Parma; en 181 las de Gravisca, Saturnia y Aquileya; en 180 la de Pisa, y en 177 la de Luca.

(22) Sigonio está por la negativa, y por la afirmativa los más modernos, como Rupert y Madvig. *De jure colon. (Opusc. acad.*, pág. 228-245.)

(23) Entendíase por Italia el espacio comprendido entre el Estrecho y una línea tirada desde las bocas del Rubicon al puerto de Luni.

(24) Las ideas de Sigonio, de Heinecio y de otros sobre el *jus italicum* deben ceder el puesto á las más exactas de Savigny. Véase la introduccion á la *Historia del derecho romano en la Edad Media* (Heidelberg, 1814-26), y en la ilustracion de la tabla de Heraclea. Toda la constitucion romana está mejor esplicada en los trabajos de Götting, Walter, Drumann, Ruperti.—*Manual de la antigüedad romana*. Hannóver, 1842, Mommsen, Madvig, M. P. Willems, *El derecho público romano ó las instituciones políticas de Roma hasta Justiniano*. 1883.

riores, fué siempre punto capital de ellos que solo en la metrópoli residiera el ejercicio de los verdaderos poderes nacionales, y siempre que se le concedió participacion á algun pueblo fué á condicion de no usar de su derecho más que en Roma.

En resúmen, tanto para unos como para otros se reducian los diferentes derechos á proveer de soldados á las legiones romanas, y á sufrir además los abusos de autoridad más tiránicos de parte de los magistrados (25).

Magistrados exteriores.—En el año de la derrota de Perseo, época en que comienzan realmente los escesos de la tirania pública y privada, exigió el cónsul por primera vez que saliesen al encuentro los aliados de Prenesto y le suministrasen alojamientos y caballos. Otro mandó azotar á los magistrados de una ciudad aliada que no le habian suministrado bastante cantidad de víveres. Un pastor de Venusio vé á esclavos llevando en una litera á un simple ciudadano romano, y pregunta:—*¿Llevais acaso ahí algun muerto?*—Aquella chanza le vale morir á palos. Para adornar el templo que construye, un censor arranca la techumbre del templo de Juno Lucina el más venerado de Italia.

Llega un cónsul á Teano; su mujer quiere bañarse en los baños de los hombres; no se encuentran vacíos con bastante prontitud, y el magistrado de aquel punto es azotado en la plaza pública. Asustados los habitantes de Caleno decretaron que mientras estuviera en la ciudad un magistrado romano no se dirigiera nadie á los baños. En Ferentino por motivo análogo el pretor ordenó el arresto de los cuestores y mandó azotar á uno de ellos, habiéndose libertado el otro de semejante oprobio con despeñarse desde una altura (26).

Provincias.—A condicion más aun humilde se hallaban reducidas las provincias. Conquistado un pais, fingiendo Roma gratitud ó generosidad, lo dejaba algun tiempo gobernar por sus príncipes nacionales ó por los que le imponia; y después, cuando lo veia habituado al yugo, derribaba á estos, y lo reducia á provincia. Tal era tambien el resultado que venian á tener todas sus alianzas con ciudades ó Estados libres. Su primer cuidado era afirmar su servidumbre quitándoles toda fuerza pública y toda libertad constitucional, y singularmente descomponer aquellas confederaciones que tan cara le habia hecho pagar la victoria sobre la Etruria, la Galia y la Grecia. Una ficcion civil suponia que el suelo de la provincia pertenecia al pueblo romano, propietario supremo, y que los habitantes solo tenian el usufructo. Y aun cuando tal posesion era irrevocable, y se trasmitia por venta, cambio, donacion y sucesion, no era la propiedad cual la comprendian los romanos; no era susceptible de emancipacion, de usucapcion, ni tenia todas las condiciones de la romana, y aun entre los romanos no podia comunicarse sino por los medios naturales y por la simple tradicion (27).

Un senado-consulto determinaba la organizacion de las provincias, distinta en cada una de ellas, pero en todas dirigida á establecer la sumision más absoluta. El antiguo derecho público y civil debia ceder el puesto á la legislacion nueva, y el poder soberano tenia que someterse á un magistrado de Roma, al cual pertenecian la jurisdiccion, la administracion, y frecuentemente hasta el mando militar. Los habitantes de las provincias pagaban un tributo sobre las tierras y un impuesto personal, y no eran admitidos en la milicia; solo á las ciudades se les dejaba una administracion propia, modelada por los estatutos antiguos, aboliendo no obstante las formas democráticas, y favoreciendo la opulenta aristocracia.

Por ejemplo, la primera ley respecto de la Sicilia, fué dada por Marcelo; pero después de la insurreccion de los esclavos Rupilio la reformó y Ciceron nos dice los principales puntos que abrazaba. Esta provincia comprendia diez y siete ciudades ó pueblos tributarios, esto es, aquellos cuyas tierras habian sido confiscadas y restituidas á los antiguos poseedores mediante una retribucion anual. Mesina, Taormina, Neeto eran ciudades aliadas; otras cinco gozaban inmunidades (28); el resto de la isla pagaba el diezmo de los bienes (29). Las tierras del dominio público pagaban la contribucion que cada cinco años establecian los censores; las sujetas á diezmo la pagaban como Hieron la habia establecido; y las exentas estaban obligadas á vender y llevar de su cuenta á Roma ochocientos mil modios de trigo á razon de cuatro sextercios por modio. Este *frumentum imperatum* servia para las distribuciones (30).

En cuanto á la justicia, las causas entre una ciudad y un ciudadano se juzgaban por el Senado de otra ciudad aceptable á las partes; las que ocurrian entre miembros de una misma ciudad, se resolvian segun las leyes de la misma; y las relativas á individuos de diversas ciudades, se decidian segun las leyes de Rupilio. Si un romano demandaba en juicio á un siciliano, era competente el tribunal siciliano; y por el contrario era competente el tribunal romano cuando era romano el demandado. Las disputas entre cultivadores y colectores del diezmo se decidian segun la ley de Hieron relativa á los cereales; otros negocios se resolvian por una especie de audiencia, formada de ciudadanos romanos.

---

(25) CICERON, pro lege Manilia: *Quod fanum nostris magistratibus religiosum, quam civitatem sanctam, quam domum satis clausam et munitam putatis fuisse?... Difficile est dictu quanto in odio simus apud exteras nationes, propter eorum, quos cum imperio misimus injurias et libidines.*

(26) TIB, GRACO, ap. AULO-GELIO, X, 3.

(27) GAYO, *Inst*, lib. II.

(28) *Verrina* II, 13; I, 65; V, 22.

(29) *Verr*, III, 6.

(30) *Verr*, V, 21.

Para gobernar las provincias enviaba el Senado cónsules que habian terminado su cargo, y pretores, que esponian en un edicto de jurisdiccion el modo con que pensaba gobernar, confirmando en parte los institutos anteriores, introduciendo otros nuevos y tomando de la metrópoli los que le parecian más conveniente (31). Les acompañaban ordinariamente un cuestor para exigir los impuestos, y un intendente ó director de rentas para cada provincia. En el tiempo en que nos hallamos de nuestra narracion, se introdujeron las *quæstiones perpetuæ* (32), por cuyo medio se dejaba continuar en el gobierno á los pretores después de terminada su magistratura, con el título de vice-pretores, próroga que fué uno de los golpes más ruinosos para el Estado romano.

Si bien la constitucion que se daba á las provincias era las más de las veces bastante liberal, ofendíase el sentimiento nacional con el empeño de introducir los usos romanos y hasta la lengua donde no se hablase la griega; y aun en algunos puntos se mudaba la religion, ó si se toleraba la antigua, se prohibian las reuniones religiosas como en Egipto y Judea.

Por espíritu fiscal se prohibia tambien algunas veces el cultivo de las plantas más importantes, á fin de que no se pudiese competir con Roma, y así la vid y los olivos estaban prohibidos en los paises transalpinos (33). Lo peor, sin embargo, fué que los gobernadores, ejerciendo pleno poder tanto en lo civil como en lo militar *(jurisdictio et imperium)*, eran impulsados á la tirania por el hecho de poder ser tiranos impunemente, tanto más, cuanto que tenian en su apoyo las tropas acantonadas en las provincias. Estas se hallaban tambien sujetas á un derecho de importacion y exportacion sobre las mercancias, y Roma misma é Italia no quedaron exentas de él hasta el año 694 por la ley de Metelo Nepote. En los puertos de Sicilia tal derecho era la vigésima parte del valor (34).

Aun después que el interés enseñó á Roma á captarse la voluntad de las provincias, en vez de desangrarlas é irritarlas con un yugo tan grave como injurioso, fueron siempre consideradas como dependientes, no como partes integrantes de la república, y jamás se las llamó á constituir un cuerpo social por medio de la representacion. Así es que aquellos diversos Estados acostumbrados á una vida aislada, nunca pudieron establecer la unidad como la entendemos en los tiempos modernos. Esceptuando las treinta y cinco tribus establecidas alrededor del territorio primitivo de Roma, la administracion y la legislacion eran meramente locales, y no se sabia estender la accion de un gobierno central á todas las partes de un vasto dominio ni á todos los pormenores de los negocios públicos. Para esto hubiera sido menester una vigilancia exacta, una graduacion bien ordenada de dependencias y rápidas comunicaciones. De todo ello carecian los antiguos imperios. A semejanza de las monarquias de Asia, se vió obligada Roma á limitar á un estrecho círculo su influencia, abandonando la mayor parte de los intereses parciales, ora á agentes enviados por la ciudad dominadora ó á magistrados elegidos por los nacionales.

Desde entonces se hallaban vigentes dos poderes en los diversos paises sometidos á Roma; uno supremo que exigia, mandaba, juzgaba como mejor le placia, sin ser demasiado inclinado naturalmente á estender su intervencion, fuera del caso en que se creia útil para la salvacion pública; otro ordinario más ó menos precario, puesto que además de la simple administracion se dejaba á las ciudades la decision de ciertos asuntos civiles y criminales y el ejercicio de muchas funciones verdaderamente legislativas; de modo que por todas partes habia asambleas políticas y judiciales, así como magistrados municipales encargados de ejecutar sus actos.

No bien afloje esta direccion suprema y opresiva aspirarán las ciudades á su independencia, invocando derechos ó ensanchando el círculo de sus atribuciones, y con más frecuencia reuniéndose en una especie de organizacion federativa: esto es lo que veremos acaecer cuando llegue la decadencia del imperio romano, y se prepare el elemento fundamental de la moderna civilizacion europea.

Bien ha dicho Séneca que el *romano habita allí donde ha conquistado* (35). Derramábanse los italianos en tropel en los paises sometidos, atrayéndoles los empleos, la agricultura, la esplotacion del impuesto ó el arriendo de las gabelas y el comercio especialmente, que siempre fué la vida de Ita-

---

(31) Ciceron nombrado cónsul en Cilicia, escribe á su hermano. *(Fam.* III, 8): *Romæ composui edictum; nihil addidi, nisi quod publicani me rogarunt, ut de tuo edicto tot idem verbis transferrem in meum. Diligentissime scriptum caput est, quod pertinet ad minuendos sumtus civitatum, quod incapite sunt quædam nova, salutaria civitatibus, quibus ego magnopere delector.* Y más estensamente á Atico, VI, 1: *Breve autem edictum est propter hanc meam* διαίρεσιν, *quod duobus generibus edicendum putavi; quorum unum est provinciale, in quod est de rationibus civitatum, de ære alieno, de usura, de syngraphis; in eodem omnia de publicanis: alterum, quod sine edicto satis commode transigi non potest, de hæreditatum poesessionibus, de bonis possidensis, vendendis, magistris faciundis, quæ ex edicto et postulart et fieri solent: tertium de reliquo jure dicundo* ἄγραφον *reliqui. Dixi, me de eo genere mea decreta ad edicta urbana accommodaturum...*

(32) Segun las últimas ideas las *quæstiones perpetuæ* se establecieron porque los tribunales no bastaban, y no como jurisdiccion política al lado de la criminal, como se creyera hasta aquí.

(33) *Nos vero justissimi homines, qui transalpinas gentes oleam et vineam serere non sinimus, quo pluris sint nostra oliveta nostræque vineæ; quod quum faciamus, prudenter facere dicimur, juste non dicimur.* CICERON De rep.

(34) *Verrina* II, 75.

(35) *De consolatione,* VI.

lia. Les hallaremos establecidos en gran número en la Numidia, hasta el punto de ser bastantes para la defensa de Cirta, y Mitrídates estermina de un golpe á ochenta mil en Asia, solo cuarenta años después de haber sido reducida á provincia. Conviene añadir á estos los veteranos, que fijaban su residencia en las tierras de los vencidos distribuidas entre ellos, y las innumerables colonias enviadas para mantener en sumision los paises de que ocupaban la parte más ventajosa. Solo España recibió veinte y cinco, que divulgaron la lengua, la civilizacion y el respeto al nombre de Roma.

Hacienda.—Después de tantas conquistas mucho aumentaron las rentas de la república; y aun cuando no estribaran en el dinero como en Cartago, no por eso es menos digno de atencion el equilibrio que se estableció en su hacienda.

Roma sacaba dinero:

I. Tributo: pesaba primero sobre los ciudadanos sometido á un impuesto inmueble determinado por el Senado á proporcion de las necesidades, y que dejó de ser preciso después de la guerra de Perseo; luego sobre los aliados de Roma, quienes pagaban su contribucion en diversos géneros, segun los lugares; y por último, sobre las provincias, algunas de las cuales estaban sujetas á un impuesto agrario ó á capitaciones onerosas, y obligadas además á suministrar ciertos objetos en especie para la asignacion del gobernador ó para el aprovisionamiento de la capital, ó para casos estraordinarios.

II. Poseia además la república muchos terrenos (*ager publicus*), tanto en Italia, y especialmente en la Campania, como en las provincias; cedíalos á cultivadores mediante el diezmo de sus cosechas en grano, un quinto de madera, y una pequeña retribucion por el ganado.

III. Se percibian derechos por las mercancias en los puertos y en las fronteras, y el fisco exigia una vigésima parte en la compra y venta de esclavos; este dinero se reservaba en el tesoro para las más urgentes necesidades.

IV. Por último, pesaba un impuesto sobre la esplotacion de las minas, especialmente las de plata en España, donde eran tan abundantes, que en tiempo de Polibio, se ocupaban cuarenta mil hombres en este trabajo cerca de Cartagena, donde sacaban de una sola mina veinte y tres mil dracmas por dia, es decir, 12.000,000 al año (36).

Aquel sistema de sucesivas agregaciones de municipios impedia reducir todos los gastos á una administracion central; y de ahí que en tiempo del dictador Sila llegasen apenas los ingresos á 40 millones de pesetas. Sistema es este que puede compararse nó con el de los gobiernos europeos, sino más bien con el de los Estados-Unidos de América, donde apenas sube á 130 millones la renta general, porque una infinidad de gastos quedan al cargo de las provincias.

Recurríase á empréstitos en las grandes necesidades. A fines de la primera guerra púnica el censor Libio introdujo el monopolio de la sal, lo cual le valió el sobrenombre de Salinator. Tambien se apeló á veces al espediente de alterar la moneda, como en la primera guerra púnica; y entonces quedó reducido de una quinta parte el peso de cada pieza, conservando esta su valor antiguo. Como no se podia acallar á los acreedores durante la segunda guerra púnica, se hizo una doble operacion, de la cual resultó que los de la república perdieron la mitad y los de los particulares una quinta parte. Una vez terminadas las guerras, el botin y las contribuciones de los vencidos servian para pagar las deudas hasta que el tesoro fué presa de los generales. Cuando un Estado era dominado con las armas, la república arruinaba sus rentas con un exorbitante tributo; pero apremiado el pueblo se irritaba, y así hallaban los romanos más fácil coyuntura para someter el pais completamente, siendo éste un estímulo para arrojarse á nuevas conquistas.

En estas consistia efectivamente toda la ciencia económica de los romanos; y por lo demás ignoraban como se crea, se consume, se cambia y se esparce la riqueza. Investigando Ciceron en su tratado *De la República* el principio del gobierno, su mejor forma, y los elementos capitales de la vida de los pueblos, trata de la familia, de la educacion pública, de la religion, de la justicia; pero no hace mencion de la economia sino accidentalmente; y aunque cuenta la agricultura entre las primeras causas de la prosperidad de la nacion, le parece que un pueblo se desdora haciéndose provisor del universo (37). Máxima en oposicion directa con el sistema de los modernos.

En tiempos anteriores velando los romanos por la conservacion de la libertad procuraban mantener la igualdad de las condiciones; entonces era honrada la pobreza y el laurel descendia sobre el arado (38). Reprimieron el lujo con leyes suntuarias, aun cuando las artes estuviesen abandonadas como innobles á los esclavos; y aunque consistiera únicamente en el aprovisionamiento de la ciudad el comercio. Después de la toma de Cartago, de Corinto, de Siracusa; después de la sumision de la Macedonia y de Pérgamo fué inundada Roma de riquezas acumuladas por tantas conquistas y por un comercio tan vasto. Halláronse en Tarento 80,000 libras de oro y 3,000 talentos de plata. Los tesoros de Perseo pasaban de 45 millones. Escipion llevó de Cartago al tesoro 120,000 libras de plata; Cepion derramó allí por lo ménos 20,000 libras de oro y otras tantas de plata procedentes de Tolosa. Egipto, que pagaba 12,000 talentos á los Tolo-

(36) Véase principalmente DUREAU DE LA MALLE, *Economia política de los romanos*.

(37) *Nolo eundem populum imperatorem esse et portitorem.*

(38) *Gaudebat tellus vomere laureato.* PLINIO.

meos, dió mucho más á los romanos; y las conquistas de Pompeyo hicieron ascender á 100.000,000 los tributos de Asia. César en sus cuatro triunfos ostentó por valor de 65,000 talentos, sin contar 2,822 coronas de oro. Cartago quedó sujeta en la primera guerra púnica á un tributo de 2,200 talentos, y de 10,000 en la segunda; fué de 15,000 el de Antíoco, de 1,000 el de Filipo; y los etolios pagaron otro tanto. Así solo cinco guerras enriquecieron el tesoro público con 65.000,000 pesetas; y cuando estalló la guerra civil encerraba el tesoro 1.920,829 libras de oro. A fines del siglo en que entramos, la renta general de las provincias romanas se calculaba en 350 ó 450.000,000 (39).

Entonces aspiraban los ciudadanos á porfia á amontonar riquezas: Craso, cuya herencia paternal habia ascendido á 300 talentos, llegó á poseer 7,000, es decir, 38 millones de pesetas, despues de prodigar 8 en liberalidades y banquetes. Lúculo y César se enriquecieron enormemente agotando las provincias con las contribuciones que sacaron de ellas bajo el pretexto de empréstitos y donativos. Veremos más tarde al liberto Palas poseer 7.000.000 de oro (59.000,000); el filósofo Séneca poseia otro tanto, con quinientas mesas de cedro incrustadas de marfil, todas semejantes, para los espléndidos festines en que olvidaba la sobriedad que pregonaba. Así se alzaban dentro de Roma y en las campiñas magníficos palacios; ornaban aquellas espléndidas moradas lechos suntuosos, esculturas, mesas preciosas por la materia y por el trabajo, estátuas, joyas, en tanta cantidad como jamás las ha poseido ningun pueblo.

¿Por qué medios podian adquirir tantos tesoros gentes sin industria? Cuando no estuvieron ya en disposicion de entregarse al saqueo, vendieron por indignas adopciones sus nombres ilustres y hasta su libertad, alistándose en las legiones, cuyos jefes disimulaban su rapacidad y descuidaban la disciplina, á fin de captarse su benevolencia. Cuando un emperador domine á Roma correrán todos á adularle é inventarán á porfia nuevas lisonjas.

Arrendatario.—Era el arriendo de los impuestos un copioso manantial de riquezas particulares. Cada quinquenio sacaban los censores á subasta la recaudacion de las rentas de la república. Como se escluia de ella á los senadores, se adjudicaba comunmente á los caballeros. Estos publicanos, así se les llamaba, tenian en cada provincia subarrendatarios, que recibian el dinero dándoles la correspondiente cuenta. En Roma, como en otras muchas partes, eran honrados los grandes delincuentes, y solo alcanzaba la infamia á los pequeños. No osaban los oprimidos insultar á los primeros ciudadanos de alta categoria, y á acusarlos muy raras veces; eran para los subalternos insaciables sanguijuelas, que descargaban su cólera llenándoles de invectivas cara á cara; pero no vemos que ninguno de aquellos pueblos pensara jamás en negar, forma moderna de revolucion, el pago del impuesto.

Aquellos exactores duplicaban con sus vejaciones la deuda de las provincias y absorbian con sus usuras enormes las rentas del año siguiente: empeñáronse los habitantes de Salamina con Escapcio, teniente de Bruto, á razon de cuarenta y ocho por ciento al año. Gloríase Ciceron de que en su provincia no permitia exigir más de uno por ciento al mes y de reunir al fin ó al año el interés al capital. Todas las medidas que se adoptaron para reprimir la usura fueron despreciadas ó eludidas.

Dice Ciceron, escribiendo á su hermano Quinto gobernador en Asia: «Alábase el cuidado que has tenido en no dejar contraer nuevas deudas á las ciudades, alijerar las antiguas y libertar al Asia del peso de los regalos á los ediles. Quéjase uno de nuestros patricios de que tú le has arrebatado doscientas mil libras impidiéndole continuar suministrando dinero para los juegos. Me figuro desde luego que los públicanos pondrán obstáculo á tus buenas intenciones. Pero resistiéndoles, enagenaremos de la república y de nosotros mismos un cuerpo al que nos reconocemos deudores y que hemos afectado al gobierno. Consintiéndolos, nos exponemos á la ruina de aquellos cuya salvacion é intereses debemos asegurar. Juzgo cuanto deben sufrir nuestros aliados por parte de los publicanos después de los últimos movimientos de nuestros conciudadanos, que cuando se trató de abolir los peages de Italia, no se quejaron tanto de estos como de los abusos de los extranjeros. Después de haber oido sus quejas, no puedo ignorar de que manera son tratados nuestros aliados en el confin del imeperio. Aquí se cree que para satisfacer á los publicanos, sobre todo en una renta de tan gran provecho para ellos, é impedir al mismo tiempo la ruina de los aliados, se necesita una virtud divina.» (40)

Erario.—El dinero recaudado por los publicanos se entregaba al tesoro, y el Senado le asignaba inversion, sin consultar absolutamente al pueblo ni para el empleo del impuesto ni para su asiento. Velaban veinte cuestores sobre el tesoro

---

(39) Sobre el valor de la moneda y de los cereales en aquel tiempo véase la nota A del final del presente Libro.

(40) Carta XXXIX, del año 693. Estas cartas, y aun más las de Atico, proporcionan muchos datos sobre esta materia, que no ha sido tratada á fondo por ningun autor latino. Puédese tambien consultar sobre este asunto.

SIGONIO, *De antiquo jure provinciarum, en el Thesaurus antiq. de* GREVIO, t. II.

P. BURMANN.—*Vectigalia pop. rom.* Leida, 1734.

D. H. HEGEWISCH.—*Ensayo sobre las rentas de Roma.* Altona, 1804.

K. BOSSE.—*Bosquejo del estado de las rentas del imperio romano.* Brunsvick, 1803.

Estas dos últimas obras alemanas estudian los tiempos de la república y del imperio.

De VILLENEUVE-BARGEMONT.—*Curso sobre la historia de la economia política.* Paris, 1838.

público y sus rentas. Dos residian en Roma velando sobre la recaudacion de toda clase de impuestos y sobre las cuentas reprimiendo las concusiones de los publicanos, y á más custodiaban las leyes y decretos del Senado; y los demás acompañaban á los cónsules y pretores á las provincias, para proveer víveres y sueldo á las tropas, recaudar contribuciones y géneros debidos á la república, y vender los despojos del enemigo. Conservaban tambien en depósito el dinero de los soldados. Era el cuestor el segundo magistrado de la provincia, y cuando marchaba el pretor, desempeñaba sus funciones hasta la llegada de su sucesor. Sus cuentas eran examinadas por los gobernadores, después depositadas en el tesoro general de Roma y en los archivos de las provincias.

Tesoro.—Conservábase el tesoro en el templo de Saturno distribuido en tres cajas. Existian en la primera las rentas afectas á los gastos comunes; en la segunda, el vigésimo que se percibia de las emancipaciones legales y de la venta de los esclavos, para las circunstancias urgentes, y en la tercera el oro, tanto el acuñado como el que no lo estaba, que procedia de las conquistas. Llegaban á ser personajes importantes los escribientes del tesoro, á pesar de ser empleados subalternos, porque siendo su empleo perpétuo, adquirian la práctica que los hacia indispensables para los cuestores elegidos por un tiempo limitado.

Armas.—Era considerado el ejército como el principal orígen del poder y riqueza romana; por eso era muy severa la disciplina, y la ciencia de la guerra figuraba en primera linea. Roma en tiempo de paz no tenia milicia nacional ni extranjera, y por el contrario era prohibido llevar armas: al ocurrir un peligro el cónsul ó el pretor urbano llamaba á las armas á todos los ciudadanos, quienes, unos con el venablo, otros con la espada, eran colocados por los ediles ó triunviros criminales en los lugares amenazados y en las rondas. Más tarde introdujeron las facciones bandas de bárbaros ó esclavos armados. En tiempo de guerra todo ciudadano que tuviera menos de cuarenta y seis años, ó que no contara diez y seis campañas á pié ó diez á caballo, era obligado al servicio militar.

La legion, llamada así porque se formaba de hombres elegidos, se compuso primero de cuatro mil doscientos hombres, después de seis mil, y cada cónsul levaba comunmente dos. Disponíase á la legion para combatir en cinco divisiones: los príncipes ó clásicos, los astatos que posteriormente formaban la primera fila, los triarios ó *pilani* y por último los *rorarii* y los *accensii* (pág. 57). Cada una comprendia seis manípulos, de los cuales dos formaban la centuria, y seis centurias la *cohorte*, aumentada después á treinta por Mario. Componíanse los manípulos de los astatos y príncipes de ciento veinte hombres al principio, y de sesenta los triarios. Luego aumentaron. Los accensos y rorarios variaron de nombre y número segun los tiempos.

Las armas eran las flechas, la honda, y el terrible *pilum*, venablo largo de siete piés; y una vez lanzados se terminaban las batallas con la espada. Servíanse los triarios de un dardo un poco más largo. La lanza y el sable eran las armas de la caballeria. Las armas defensivas eran el casco, la coraza y un ligero escudo. Consistia la principal fuerza de los ejércitos en la infanteria. Aunque es verdad que la caballeria formase á veces un cuerpo separado, no servia comunmente más que para flanquear los infantes; y la inferioridad de los romanos en esta arma les hizo más difíciles sus victorias contra los númidas y los partos.

Los *rorarios*, los honderos y los arqueros empeñaban el combate; agotados que fueran los proyectiles, se retiraban sobre los flancos de las legiones; entonces hacian llover sus dardos los astatos, y mientras que los enemigos se ocupaban en quitarlos de sus escudos, cargaban sobre ellos con la espada en la mano. Si encontraban una resistencia vigorosa, eran apoyados por los príncipes, que acudian de refresco, y después por los triarios. Espuesto el enemigo de esta manera á tres ataques sucesivos, con dificultad podia rechazarlos todos. Formaban los *accensi* el batallon de reserva.

Llevaban sobre sí los soldados romanos, además de sus víveres, las gruesas estacas para formar la trinchera, y en cualquier paraje que se detenian, defendian el campamento con un terraplen de forma cuadrada y un foso de diez piés de profundidad. Colocaban enmedio del campo la tienda del general (*prætorium*), las de los oficiales alrededor, y enseguida las de los soldados. Salian del centro cuatro calles que desembocaban en cuatro puertas abiertas en la trinchera.

Ocultábanse con cuidado los proyectos del general, tanto á sus tropas como al enemigo. En las marchas se avanzaba en columnas, pero si se temia algun ataque, formaba el ejército en línea, colocando los bagajes en el centro. Andaba el soldado romano de veinte á veinte y cuatro millas en cinco horas, con toda su carga, que formaba un peso de sesenta libras. Es verdad que se les evitaba las rápidas transiciones de la inaccion á la fatiga que matan tantos soldados en el dia; se les daba para los ejercicios armas doblemente pesadas que las que les servian en la pelea, ocupándose en tiempo de paz en trabajos contínuos, y sobre todo en abrir caminos. Cuando Escauro condujo su ejército de las Galias, le hizo construir en los territorios de Parma y Plasencia canales destinados á impedir los desbordamientos del Po.

Eran estremadamente rigurosos los reglamentos militares, y la ley Porcia libertaba al ciudadano de ser maltratado de obra, pero no al soldado. El que habia arrojado sus armas, desertado de su puesto ó peleado sin órden, era juzgado públicamente; pero si el general le tocaba con su baston, le era permitido huir, á condicion de no volver á presentarse en el campamento, donde todo soldado tenia órden de darle muerte. Si algun cuerpo habia manifestado cobardia, el general lo diezmaba, es decir, con-

denaba al suplicio un soldado por cada diez sacados á la suerte; y los demás eran desterrados ó infamados.

Entraba en todo el espíritu militar. Tanto los embajadores como los generales salian del Senado. No se desempeñaban los más elevados destinos de la república sino después de haber hecho diez campañas. Por eso eran dirigidas las guerras con gran habilidad política, y el ardor guerrero respiraba en las asambleas; el embajador aprendia á conocer en tiempo de paz al pueblo que tenia que combatir como general; los mismos hombres deliberaban en el consejo y ejecutaban en el campo de batalla. Educábase la juventud para esta doble mision; se les enseñaba á arengar y discutir, á pelear y triunfar. Como el triunfo era el camino del consulado, procuraban los generales la ocasion de combatir, y el Senado los hacia desde un principio mezclarse en los intereses de naciones extranjeras. El que antes habia mandado un ejército no se desdeñaba de servir en él. Elegia el general al principio de una campaña á los tribunos y éstos á los oficiales inferiores; lo cual contribuia á estrechar más íntimamente la union entre jefes y soldados. Induciales á moverse un comun sentimiento; y una esperanza comun, el ardoroso amor de la patria, y el deseo de la gloria les hacian valientes, al paso que la obediencia al caudillo hacia á éste omnipotente.

Pero aquellos soldados, terror del enemigo en los campos de batalla, eran víctimas amenudo de la ambicion de los nobles: sacrificaban el amor de los dioses penates á la veneracion de las águilas legionarias; llevados á combatir allende los mares, no podian ya cultivar el campo paterno, y frecuentemente lo perdian, ora por la guerra, ora á consecuencia de las deudas contraidas; y mientras erigian trofeos, forjaban cadenas para pueblos soberbios, y construian aquellas vías eternas destinadas á unir vencedores y vencidos, tenian que dejar en tierra estraña sus huesos quebrantados por la fatiga, no debiéndolos ya regar las lágrimas de sus allegados.

Cuando se propuso la guerra contra Perseo, un centurion se espresó en estos términos ante los tribunales y el Senado:—«Quirites, yo soy Espurio Ligústico, nacido en el pais de los sabinos, y en la tribu Crustumina. Dejóme mi padre en herencia una fanega de tierra y la choza donde tuve cuna, donde fuí educado y donde todavia vivo. Cuando estuve en edad de casarme, tomé en matrimonio á la hija de su hermano, la cual no me llevó otro dote que la libertad, la virtud y una fecundidad suficiente hasta para una casa rica. De este enlace han nacido seis hijos y dos hijas, ambas ya casadas. Cuatro de mis hijos tienen ya viril vestidura, los otros dos llevan todavia la pretexta. Dí mi nombre á la milicia bajo el consulado de P. Sulpicio y de J. Aurelio, serví dos años como simple soldado contra Filipo en el ejército que pasó á Macedonia; al tercer año Tito Quincio Flaminino me dió en premio de mi valor el mando de la décima compañía de astatos Licenciado con mis camaradas después de la derrota de Filipo y de los macedonios, y de vuelta en Italia seguí en clase de voluntario al cónsul Marco Porcio á España. Todos aquellos que por sus largos servicios han tenido ocasion de conocerle saben que el valor no tiene testigo más ilustrado ni mejor juez de la virtud del soldado. Este general me creyó digno del grado de primer centurion en el primer manípulo de los astatos. Marché por tercera vez en clase de voluntario con el ejército enviado contra Antíoco y los etolios, y en esta guerra Marco Acilio me confirió el primer grado en la primera centuria de los príncipes. Después de la espulsion de Antíoco y de la sumision de los etolios, regresamos á Italia donde permanecí dos años más bajo mi bandera. Luego serví otros en España. Contéme entre el número de los que trajo consigo Fulvio Flaco para ser partícipe del honor de su triunfo; pero no tardé en tomar la vuelta de aquella provincia á instancias de Sempronio Graco, para hacer con él otra campaña. En poquísimos años estuve cuatro veces al frente de la primera centuria de mi legion; mis generales han concedido á mi valor treinta y cuatro veces recompensas militares, entre las cuales se encuentran seis coronas cívicas; llevo ya veinte y dos años de servicio y ahora paso de cincuenta.»

¡Y este infeliz era aun requerido para nuevos combates! Hemos copiado este discurso porque hace mencion de las guerras precedentes y más aun para dar á conocer á que condicion se hallaban reducidos en Roma los hombres del pueblo; viviendo de continuo en los campamentos y sin tener siquiera, después de treinta años de servicio, como nuestros veteranos, un pedazo de terreno para sustentar á su numerosa familia. No existian en su mayor parte sino de las distribuciones de dinero hechas en los repetidos triunfos, y este recurso era disipado con la imprevision comun del soldado. Así aquellos que en escaso número podian volver del Asia ó de España con sus cuerpos mutilados, pasaban en la miseria sus postreros dias.

Propietarios. —La constitucion, que como ya hemos dicho se habia hecho una pura aristocracia de dinero, producia á la larga la despoblacion y la miseria. El patriciado verdadero, el que dejaba los plebeyos en la servidumbre, el que no permitia á la plebe matrimonios legales ni familia, que reducia el deudor á esclavo y hasta cortaba su cuerpo á pedazos; desde mucho tiempo habia sucumbido bajo los lentos esfuerzos de los plebeyos, quienes poco á poco habian adquirido el voto y por ende lugar en todas las magistraturas. Los nobles de nacimiento *(ingenui)* eran distintos solamente por aquella ventaja que da la ilustracion de las familias, y nunca se habló de abolir esta clase ni habria valido la pena de hacerlo, cuando no se apoyaba más que en la opinion. La diferencia estribaba en la propiedad; y el plebeyo igual al noble en derechos, sucumbia ante él por faltarle medios de hacerlos valer y verse reducido á vivir de las limosnas de

aquel ó de las liberalidades públicas. Los nobles habian sabido apoderarse de la mejor parte de los campos conquistados al enemigo, y luego habian absorbido tambien con el artificio ó la legalidad las pequeñas porciones que habian tocado á los plebeyos: de ahí que aumentasen los grandes propietarios y de que no pudiendo el plebeyo aplicarse á las artes mecánicas, oficio de esclavos, fuese mendigo.

¿Qué es lo que prevalece en Roma? la riqueza. Ella decide del voto en las asambleas, hace los jefes del Estado, domina en los comicios, provee de miembros al Senado y nombra los funcionarios públicos; ofrece las provincias á los cónsules y á los pretores para que las esquilmen. Ella entrega á la arbitrariedad de los censores las tierras de Italia, porque estos podian arrancar aquellos bienes del Estado á los pobres, quienes los poseian mediante un módico censo, para arrendárselos á los caballeros, que en connivencia con los censores, dejaban de pagar aquel precio poco á poco hasta que se hacian propietarios directos.

Pero ni aun todos los ricos eran igualmente privilegiados. Pesaba con especialidad en el censo sobre los propietarios de ménos importancia. En efecto, mientras se les sujetaba á un impuesto variable, determinado cada quinquenio, el cual pesaba sobre las tierras, las casas, los esclavos, las bestias y el bronce acuñado (*res mancipi*) no pagaban en cambio los grandes propietarios cosa alguna, ni por los bienes adquiridos como acabamos de decir y sin título de ninguna especie, ni aun por los objetos de lujo (*res nec mancipi*) que formaban gran parte de su fortuna. Los nobles (aludimos á los que habian ingresado en el Senado y ejercido empleos) se enriquecian hasta tal punto con los donativos que afluian en el Senado, y por los inmensos provechos de las magistraturas y de las misiones á las provincias, que renunciaron á los beneficios de la usura, y hasta procuraron reprimirla en los caballeros, es decir en los ricos no titulados (103). Se adjudicaban en compensacion á estos últimos los dominios quitados á los pobres, ó el arriendo de los impuestos. Inscritos los pequeños propietarios en la cuarta y en la quinta clase, retiraban algun provecho del sueldo militar, de la asistencia que prestaban como patronos á los extranjeros ó á los plebeyos obligados á demandar justicia (41). Tambien obtenian á veces algun pedazo del territorio conquistado; pero la masa del pueblo-rey languidecia en la pobreza.

Fácil es de comprender esta desigual reparticion de las riquezas tanto en Roma como en las demás repúblicas de la antigüedad, si se hace memoria de que allí no habia industria, arte, ni comercio, sino solo guerra y agricultura. *Trabaja*, decimos nosotros actualmente al mendigo que está sano. Decir esto á un ciudadano romano hubiera sido insultarle y tratarle como esclavo. ¿Cómo habia de florecer en semejante estado de cosas el comercio, de que son alma la buena fé, la lealtad, la paz y el respeto al derecho comun? En lo interior las artes estaban abandonadas como innobles á los esclavos y á las gentes de ínfima clase; las mujeres que tenian tienda fueron confundidas hasta el tiempo de Constantino con las más despreciables siervas. Ciceron decia que el tráfico es aun inferior á la servidumbre, y que solo mintiendo pueden ganar los mercaderes (42).

No se componia pues la sociedad más que de propietarios y pobres, sin aquella clase media, hoy tan importante, de negociantes y artesanos, que viven y se enriquecen con la industria y la acumulacion de sus productos. La economia de los primeros tiempos de Roma era la de un pueblo guerrero y agrícola, sin comercio. Las propiedades estaban muy divididas; eran pocas las tierras arrendadas, y en éstas el cánon consistia en una parte alícuota de los frutos; pero la tierra, el capital destinado á labrarla, y con frecuencia, no solo los instrumentos, sino el mismo cultivador, eran propiedad de uno solo. En tal condicion no habia diferencia de interés entre el amo, el arrendador y el colono. Ni los economistas de entonces tenian que estudiar esos medios por los cuales buscan los nuestros el aumento de la riqueza nacional, como los convenios entre el amo y el trabajador, la medida de los salarios, el producto de los capitales, la influencia del precio de los víveres sobre el valor de los objetos, la norma del impuesto y de su reparto entre las diversas clases de renta.

Al principio no obstante se procuraba sacar de la tierra el mayor producto bruto, esto es, granos para comer, de modo que la poblacion creció, y el campesino no esperimentó perjuicio. Posteriormente se aspiró tan solo al mayor producto líquido, convirtiendo las tierras labrantias en dehesas: por consecuencia, cuando después de haber conquistado á Cartago y al Asia se engrandeció Roma, la poblacion libre y los productos de Italia, aun cuando no se pagaban impuestos, se disminuyeron al mismo tiempo, á pesar del menor número de gente que se dedicaba á la guerra, de la mejora de los utensilios, de la abundancia de los capitales y del aumento del lujo. Porque entonces precisamente los prados sustituyeron á los campos de cereales, los esclavos á los labradores libres, y á los pequeños labradores los grandes, los cuales no aplicaban el excedente de los productos á los campos, sino que los gastaban en la ciudad en vano lujo.

Plebe.—Sin artes, sin comercio, sin propiedades ¿qué se habia de hacer con la plebe romana? Conducirla á la guerra y por eso se perpetuaba; pues era útil á la vez al Estado, cuyas rentas restable-

(41) La *sportula* (honorarios) se pagaba al patrono en dinero y estaba tasada en 23 ases ó en una peseta 25 céntimos.

(42) *De officiis*, I, 25.

cia, á los nobles que se enriquecian con los despojos de los vencidos, á los pobres á quienes daba sustento, ó que hallaban en ella, segun se les decia, una gloriosa muerte. Si por su desgracia no habia enemigos contra quienes lanzarse á la pelea, debia proporcionarse el vulgo su sustento, ora vendiendo su voto á los candidatos, ora recurriendo á la pública limosna, decorada con el nombre de liberalidad, y pagando á subido precio la sal y los granos, que frecuentemente les suministraban su único alimento (43). Después de los triunfos habia distribuciones de moneda de bronce ó tal vez tierras, lejos de Roma, como las quitadas á los italianos que habian favorecido á Aníbal; ó finalmente se enviaban colonias á fundar una nueva patria.

Estos socorros no eran resultado de la compasion, de la generosidad ó de la prevision del Senado, sino más bien del miedo á los peligros presentes; y aun de vez en cuando eran provocados por los clamores populares.

Pero así que la funesta victoria alcanzada sobre Perseo hubo desvanecido desmesuradamente al Senado romano, ya no se curó de los padecimientos de la muchedumbre. Desde este momento bastaron los esclavos para el cultivo de los vastos dominios de los ricos; y el patricio en sus venturosos solaces aplaudirá á Caton, quien enseña que las mejores propiedades son las de los pastos, puesto que un vaquero esclavo es suficiente para cuidar un numeroso rebaño.

Respecto del cultivador, á quien no le queda que hacer cosa alguna, irá á ofrecer á Roma sus inútiles brazos; sabe que allí se distribuyen de vez en cuando víveres, que los ricos hacen allí ostentacion de generosidad arrojando al pueblo parte de sus sobras; ó bien espera ser enviado á alguna colonia, donde podrá hacerse á su vez tirano y decir al antiguo propietario: *Vé á morir de hambre á otra parte.* Por último, si no se le proporciona mejor ventaja, venderá su voto á los candidatos, quienes reembolsarán el precio pagado en magistraturas lucrativas.

Pero ¡ay! seguro desde entonces el Senado de su poderio y embriagado con la humillacion de los reyes, no piensa ya en acariciar al pueblo; trascurre medio siglo sin que se funde una sola colonia. Hasta se priva al pueblo-rey del inmoral lucro del voto, tan luego como los censores amontonan á todos los pobres en la tribu Esquilina, que votando después de todas las demás, rara vez tendrá ocasion de emitir útilmente su sufragio. Ensanchando poco á poco el Senado el poder de la aristocracia, como acontece siempre después de largas guerras, deja de reclamar para sus deliberaciones el asentimiento de las tribus, y vencido el último sucesor de Alejandro, decide á su antojo la paz ó la guerra.

Eran todavia de pertenencia del pueblo los juicios (144); pero para evitar los estorbos y acelerar las decisiones se constituyen cuatro tribunales permanentes, compuestos de senadores que fallan sobre los asuntos criminales, y especialmente sobre las acusaciones de cábala, de exaccion y de peculado hechas contra los senadores. No habrá, pues, peligro de esta manera de que la plebe venda sus juicios, ni que sea temible para los nobles.

Se verá, pues, reducido el pueblo salvo de los peligros de la guerra, á morir de hambre. ¿Mas qué importa? La salvacion pública no sufre por esto. Millares de esclavos procedentes de paises conquistados aumentarán con sus sudores los campos de los patricios; llenarán los palacios y ciudades para servir al lujo y á los vicios de su señor; y después cuando hayan servido suficientemente en estos empleos, se les dará la libertad, y ocuparán como ciudadanos el vacío que dejó la antigua raza romana (44).

En la época á que hemos sido llevados por nuestro relato, se encontraba el foro inundado de libertos, y un dia que sus vociferaciones interrumpian á Escipion Emiliano, este esclamó con todo el orgullo de un noble:—*Silencio, ¡hijos espurios de Italia! ¿me causareis temor, libres de vuestros hierros, á mí, que os traje encadenados?* (45). El mismo Ciceron insultaba aquella escoria, aquella plebe desnuda, y hambrienta (46). Pero aquellos hombres estaban en gran número desprovistos de bienes, ó, teniendo muy pocos, no aspiraban á derechos sino á propiedades; y podian convertirse en una arma terrible en manos de un demagogo, que se levantase para combatir la autoridad aristocrática.

Encontrábase tambien invadida Roma por otra multitud que acudia de las provincias y de los municipios para sustraerse á vejaciones de los magistrados despóticos. Cada uno deseaba ser miembro de una nacion grande y temida, con la esperanza de llegar algun dia á los primeros puestos del Estado y de disponer de la suerte de los reinos. Sobre todo, los italianos eran los que creian tener derecho, después que tantas conquistas se habian llevado á cabo por ellos. Obtenian unos el derecho de ciudadano, entregándose como esclavos á un

---

(43) PLINIO, *Hist. nat.*, XXXI, 41.

(44) *Quid magis deformatum, inquinatum, perversum, conturbatum dici potest, quam omne servitium, permissu magistratus liberatum, in alteram scenam inmissum alteri propositum; ut alter confessus potestati servorum objiceretur, alter servorum totus esset? Si examen apud ludis in scenam venisset, haruspices acciendos ex Hetruria putaremus: videmus universi repente examina tanta servorum immissa in populum romanum septum atque inclusum et non commovemur.* CIC., De harusp. responsis.

(45) *Taceant, quibus Italia noverca est..... Non efficietis ut solutos verear quos alligatos adduxi.* VALERIO MÁXIMO, VI, 2.—*Hostium armatorum toties clamore non territus, qui possum vestro moveri, quorum noverca est Itatia?* VEL. PATÉRCULO II, 11.

(46) *Fex et sordes urbis: concionalis hirudo ærarii; misera ac jejuna plebecula.*

romano, que después les daba libertad; otros se hacian inscribir fraudulentamente en tiempo de la inspeccion de los censores. Pero como solo los latinos la podian adquirir legalmente, la Italia afluia al Lacio, el Lacio á Roma, la que absorbia de esta manera toda la poblacion. Denuncian en el año 177 los samnitas y pelignos la emigracion de cuatrocientas familias de las suyas á la ciudad latina de Fregela, lo que les coloca en la imposibilidad de dar su contingente para el ejército. En el mismo año declaran por segunda vez los latinos que sus ciudades y campos quedan desiertos por la contínua emigracion de sus compatriotas á Roma. La ciudad reina superabundaba, pues, de habitantes; contábanse, en tiempo del recenso de Cecilio Metelo, trescientos diez y siete mil ochocientos veinte y tres hombres en estado de llevar armas; y solo cinco años después, trescientos noventa mil setecientos treinta y seis. Desde 187 Roma habia arrojado de su seno doce mil familias latinas. En 172 una nueva espulsion hizo salir diez y seis mil personas.

Este movimiento sucesivo, obra maestra de la política romana, producia el efecto de la sangre, que desde las estremidades del cuerpo se dirije á las partes mas nobles para alimentar la vida; pero así como su escesiva abundancia causa la plétora y la muerte, aquellas desarregladas inmigraciones en lugar de regenerar la nacion le eran por el contrario dañosas. El único medio de salvacion hubiera sido conferir la plenitud de derechos de ciudadania á todos los pueblos de Italia; y la oposicion que hizo á ese proyecto la nobleza romana por envidia contra las demás familias ilustres del pais, hizo en fin decaer á Roma y devastó á la Italia.

Habia recibido esta todo lo que la pobreza habia hecho salir de Roma: estos miserables se habian repartido en las colonias y ocupado las mejores tierras. Pero hechas presa las colonias de los caballeros que usurpaban ó compraban los dominios y colocaban esclavos en lugar de cultivadores libres, se debilitaban por sí mismas. Avaros de ganancia estos rentistas, libres ya del temor de los juicios, y entregados en Roma en manos de la nobleza, no conocieron ya freno, se dedicaron á vejar inexorablemente á los hombres libres y á oprimir á los esclavos, hasta el punto de impulsar á veces á estos á peligrosas sublevaciones.

CAPÍTULO III

LEYES AGRARIAS.—LOS GRACOS.

Si en medio de corrupcion tan inmensa se alzase un hombre con intencion de mejorar las costumbres, de impulsar al pueblo á la industria y á la agricultura, de sustituir al trabajo de los humillados esclavos y de un pueblo perezoso el de una clase laboriosa, como la de los tiempos modernos, ahuyentando la miseria á fuerza de brazos; si aquel hombre se proponia enfrenar el despotismo del Senado y la codicia de los caballeros, hacerse órgano de las quejas de las provincias y de los municipios, poner coto á la afluencia de los advenedizos para que no se llenase demasiado la ciudad de Roma, y estorbar la despoblacion del resto de Italia, ¿no hubiera tenido derecho al agradecimiento de todos, aun cuando fuera por la intencion solamente? Y no hablamos de la gratitud de los contemporáneos, que rara vez perdonan al mérito, sino de la gratitud de la posteridad á lo menos. Pues bien, esta fué la gran tarea que se impusieron los Gracos: sus contemporáneos les dieron muerte: se contentó la posteridad con referir los ultrajes que les hizo padecer la venganza patricia, sin dignarse tomar en cuenta sus nobles intenciones, que los funestos medios desbarataron.

Reparto de tierras.—Para entender las leyes agrarias es preciso fijar bien la atencion entre los dominios privados y públicos. Los terrenos conquistados se convertian en parte en propiedad pública (*ager publicus*), y se dividian en tres clases: los cultivados se asignaban á los colonos establecidos en ellos, ó eran vendidos ó arrendados por los censores: los incultos se abandonaban á quien quisiera utilizarlos, mediante el diezmo de los cereales y el quinto de los frutos: los pastos quedaban para el aprovechamiento comun, pudiendo cada cual enviar á ellos sus ganados por una ligera cuota (*scriptura*). El que adquiria los terrenos cultivados, no era propietario absoluto de ellos, sino que pagaba un censo (*vectigal*). La distribucion, sin embargo se hacia por los patricios, de manera que se quedaban con lo mejor; y acomodándose luego con los asentistas que eran de su mismo órden, dejaban caer en el olvido el censo, y así no se podian ya distinguir sus bienes de los de propiedad particular. Ahora bien, la ley agraria, propiamente dicha, tenia por objeto repartir entre los plebeyos el terreno público usurpado por los grandes, los cuales se consideraban como sus poseedores inamovibles (1). Aun cuando la prolongada posesion confundia la variedad de orígen, el terreno público conservaba siempre en derecho un carácter de revocabilidad, de forma que, el Senado, cuantas veces se le propuso la ley agraria, es decir, la equitativa reparticion de estos terrenos, la aceptó; pero tuvo la destreza de eludirla.

Como entre los antiguos la posesion era el único camino de hacerse independiente, la plebe romana no se elevó sino con la lenta adquisicion de la propiedad, mediante una serie de rogaciones de sus tribunos, inutilmente combatidas por los cónsules, adversarios habituales de las demandas de la plebe, á quien preferian dar posesiones en las colonias. Pero si Casio Isilio, Manlio Capitolino y otros no habian propuesto sin que se diese pan á los soldados de la república, Licinio Estolon elevó (366) la ley agraria á ley política, reclamando para el pueblo la tierra y el poder político, único medio en su concepto de remediar la pobreza de

(1) El mismo nombre tuvieron las leyes encaminadas á fundar colonias repartiendo entre algunos ciudadanos ó aliados las tierras recien conquistadas ó dejadas al Estado. En los últimos tiempos de la república se llamaban tambien asi las leyes que distribuian violentamente entre las colonias militares las propiedades públicas y particulares de Italia.

los plebeyos. Este tribuno, además de disminuir la usura y devolver á la circulacion gran cantidad de tierra, obtuvo, aunque con gran trabajo, para los plebeyos un puesto de cónsul, y el derecho á los auspicios. Su ley establecia que ninguno pudiera poseer más de quinientas yugadas (125 hectáreas) de terreno, ni más de cien cabezas de ganado mayor, teniendo obligacion de mantener cierto número de cultivadores libres (*villici*). Probablemente esta ley no se referia más que á los campos públicos (2); pero si su autor la propuso como uno de tantos remedios contra el abismo que separaba á los ricos de los pobres, no parece que exigió la espropiacion legal de aquellos, contentándose con imponer una multa á quien poseyera más de lo prescrito. Esto deteniendo algun tiempo el monopolio de los terrenos, introdujo un equilibrio que hizo prosperar grandemente á la república. No tardó en eludirse semejante ley, como hemos visto; pero habiéndose aumentado estraordinariamente las conquistas, los ciudadanos pobres tuvieron medio de salir de la miseria y establecerse en las colonias, que se fundaron en gran número. No obstante, en breve se enconó la llaga, y para remediarla se presentaron los Gracos.

Habian conocido las poderosas familias de los Escipiones y de los Apios cuanta necesidad tenian de unirse á la familia ecuestre de Sempronio. Tiberio Sempronio Graco habia protegido en su tribunado al Asiático y al Africano, y en galardon, á la muerte del último se le consideró digno de casarse con Cornelia, su hija, cuya mano habia solisitado vanamente un Tolomeo. Poco después de este enlace halló en su lecho dos dragones, lo cual le asustó mucho y le indujo á consultar á los adivinos. Después de haber reflexionado bastante sobre tamaño prodigio, le prohibieron matar á ninguno de ellos, y dejarles que se escaparan: matar al macho causaria, segun su dicho, la muerte de Tiberio, y Cornelia no debia sobrevivir á la hembra. Enamoradísimo Tiberio de su esposa, que estaba en lo mejor de su edad florida, mientras que la suya era ya madura, mató al macho y tardó en morir muy poco. Tal es la narracion de Plutarco, hallándose en cada una de sus páginas relatos de esta especie, que nos demuestran cuantos progresos habia hecho la supersticion entre los hombres, desde que la religion se habia perdido.

Cornelia habia tenido muchos hijos: no le quedaron más que Tiberio, Cayo y Sempronia. Queriendo que se le llamase desde entonces, no ya la hija de Escipion, sino la madre de los Gracos, dió á sus hijos la educacion más esmerada á fin de ponerlos en actitud de superar á los Escipiones. Dijo ella presentando sus dos hijos á una dama que hacia ante sus ojos ostentacion de ricos brazaletes y collares: *He aquí todo mi adorno y mis únicos joyeles*. Tiberio contrajo matrimonio con la hija de Apio Pulcro, príncipe del Senado, y Sempronia con Escipion Emiliano (3).

Correspondieron los Gracos á la esperanza maternal tan luego como empezaron á tomar mano en los negocios. No tenian rivales en punto á elocuencia; instruyéronse en el ejercicio de las armas bajo las órdenes de su valiente cuñado, y Tiberio fué el primero que escaló los muros de Cartago. Celosos de entrar en la administracion de la cosa pública, se habian hecho superiores á la corrupcion general en la severa escuela de los estoicos, donde habian bebido ideas generosas, si bien que tal vez exageradas, acerca de la dignidad del hombre y de la igualdad de los derechos. Tiberio era de grave y apacible apostura, Cayo vivo é impetuoso. Tenia el mayor una locucion suave, estudiada y digna. Cayo se mostró en la tribuna desde su primer ensayo, apasionado, brillante, enérgico hasta el punto de verse obligado á tener detrás de sí un flautista, para que le diera el tono cuando levantase su voz demasiado.

Tiberio Graco.—Tiberio era cuestor en Numancia á las ordenes de Hostilio Mancino, cuando fué sorprendido el campamento (137), segun hemos narrado; y hubieran sido pasados á cuchillo veinte mil hombres, si el cónsul no hubiera aceptado las condiciones propuestas. Sin embargo, los numantinos no quisieron atenerse más que á la palabra de Graco, á quien permitieron efectivamente llevarse el ejército sano y salvo, no abandonando á los vencedores más que los bagajes. Habiéndole sido robados sus registros en el saqueo, se presentó á reclamarlos, y no contentos los numantinos con restituírselos, le consintieron elegir entre el botin lo que mejor le acomodase; y no tomó más que incienso destinado á los dioses.

Tuvo Roma por bochornosa una capitulacion que salvaba á veinte mil ciudadanos; y como se tratase del mismo modo que después de la afrenta de las horcas caudinas, de entregar al enemigo todos los oficiales, Tiberio insistió á fin de que se cumpliera íntegramente el tratado; mas no logrando que su dictámen prevaleciera, consiguió que solo fuera entregado Mancino. Quedáronle sumamente agradecidas las familias salvadas de este modo, y Graco en aquella ocasion concibió mucho más odio con-

(2) En esto estoy de acuerdo con Niebuhr; pero equivocadamente considera éste la ley Licinia como idéntica á la de los Gracos. V. *Revista de Legislacion*, 1846, Agosto.

(3) HEEREN, *Historia de la revolucion de los Gracos* en el tomo I de sus *Miscelánéas históricas*. Trató tambien de ello el aleman D. H. HEGEWISCH. Altona, 1801.

Una bella esplicacion de la ley agraria véase en CASSAGNAC.—*Historia de las clases nobles*, t. I, 478. Paris, 1840.

ENGELBRECHT. — *De legibus agrariis ante Grachos*. Leida, 1842.

ANTONIN MACÉ.—*De las leyes agrarias entre los Romanos*. Paris, 1846.

R. W. NITZSCH.—*Die Graecchen und ihre nächsten Vorgänger*. Berlin, 1847.

RUDORFF, *De las leyes agrarias* (aleman).

tra los patricios, que habian aconsejado indignidad tan enorme.

Al cruzar la Etruria de vuelta de Numancia, la habia visto despoblada de hombres libres y cultivada únicamente por esclavos, á la par que en Roma estaban acumuladas las propiedades en un corto número de manos, languideciendo la masa del pueblo en la miseria. Lejos de disimular la indignacion que esto le infundia, manifestaba en alta voz que mentian los generales cuando exhortaban á los soldados á defender las sepulturas de sus abuelos. Era un baldon, decia, que las fieras tuviesen una madriguera, y que los ciudadanos de Roma señores del mundo, no poseyeran un albergue donde reclinar la cabeza, ni un surco de tierra donde ser sepultados.

Tiberio, de tan elevada parentela, no se sentia impulsado á esto por afan de ilustrarse, sino por aquel patriotismo que era el ídolo de los romanos, y por el deseo de asegurar á Roma la soberania del mundo, no dejando perecer la robusta raza italiana que le habia dado ya tantas provincias. No se trataba pues de elevar la segunda clase á la altura de la primera, como en tiempo de Licinio Estolon, sino de dar incremento á la poblacion libre, la única que llenaba el ejército. Era ley aristocrática, si con las ideas de hoy la consideramos, y no es de admirar que fuese sostenida por aristócratas.

Lelio, amigo de Escipion, habia intentado la reforma agraria; pero viendo que le era adversa la aristocracia, y conociendo los tiempos, se apartó del noble propósito, y obtuvo el título de prudente que tantas veces es sinónimo de pusilánime.

Primera ley agraria. — Nombrado Tiberio tribuno del pueblo, y de acuerdo con Apio su suegro, con el sumo pontífice Craso y con el jurisconsulto Mucio Escévola propuso una ley que limitara á quinientas yugadas las tierras del dominio público que pudieran poseer los ricos; y que dichos terrenos fuesen, no una posesion revocable, sino una propiedad absoluta; que se indemnizase á los que resultasen perjudicados; con los terrenos sobrantes se formase un fundo público que se repartiese entre los pobres y fuese inalienable; único modo de impedir que volviese á manos de los ricos. Añadíanse ciento cincuenta yugadas para cada hijo emancipado del propietario; y en esto vemos el primer ejemplo de remuneraciones dadas para favorecer los matrimonios.

No presenta más apariencia de equidad ley alguna: el pueblo que estimulaba á Tiberio hacia largo tiempo, aplaudió alegremente la propuesta, aun cuando fué impugnada por el otro tribuno Octavio Cecina. Hay, no obstante, abusos tan inveterados (y sirva de aviso á los innovadores), que es imposible tocarlos sin que se trastorne todo el Estado (4).

Podian los nobles alegar su prolongada posesion, durante la cual habian plantado, edificado y hecho varias mejoras (5). La suspension en el pago del censo habia hecho olvidar cuales eran los terrenos publicos y cuales los de dominio absoluto. Los que por una larga serie de antepasados ó por dote los poseian, eran poseedores de buena fe y hacian cuenta de aquel patrimonio. Quien pensase, pues, en un nuevo reparto del territorio público, tenia que tropezar con la dificultad primera de conocerle, con la necesidad de dar compensaciones y la oposicion de una clase poderosa.

Aquellos que eran enemigos de toda novedad buena ó mala, y los que tomaban á mal que se les disputase sus posesiones habian atraido á su bando al tribuno Octavio, el cual hacia vanas las proposiciones de su colega, ya que el veto de un tribuno impedia toda deliberacion. No dejó Tiberio de hacer lo posible para captarse su voluntad.

Generoso, de carácter afable, de una voluntad de hierro, aunque de natural dulce, se ofreció á pagarle de su caudal todas las propiedades que perdiera: le suplicó y hasta le abrazó públicamente; pero hallándole inflexible, propuso su destitucion á pesar de la inviolabilidad sagrada del carácter tribunicio.—«¡Es inviolable el tribuno, decia, si quemara el arsenal y aun si desmantelara el Capitolio; mas no cuando amenaza al mismo pueblo! Tambien la dignidad real era sagrada, y sin embargo nuestros mayores espulsaron á Tarquino: son más sagradas que nada las vestales y no obstante se sepulta viva á la que comete culpa. Del mismo modo el tribuno que ofende al pueblo no debe por su prerogativa ser superior al pueblo mismo, puesto que mina el poder que constituye su fuerza.»

Cuando empezaron las tribus á emitir su voto para la destitucion de Octavio, recurrió nuevamente Graco á los ruegos, á las súplicas, y su colega se enterneció hasta verter llanto; mas ya fuese por pertinacia ó por honrada firmeza, persistió en su dictámen, y el voto de la décima octava tribu decidió que Octavio fuera degradado. Primer golpe descargado sobre la autoridad tribunicia y descargado por un tribuno.

Pero, ¿quién es el hombre, quién es principalmente el demagogo que, puesto en la pendiente de las novedades, puede detenerse donde le acomode? Tiberio hizo uso de toda la habilidad de un entendimiento ingenioso, y con la sensatez y con el amor al órden procuró mitigar el ímpetu de una empresa tan resuelta; pero al fin, irritado de las tergiversaciones del Senado y de la perfidia de los

---

(4) Con razon dice Floro: *Volebant Gracchi agros populi dividere, quos nobilitas perperam possidebat; sed tam vetustam iniquitatem audere convellere, periculosissimum.* San Agustin, De civ. Dei, III, 24.

(5) Con razon explica Floro III, 13: *Reduci plebs in agros unde poterat sine possidentium eversione? Qui ipsi pars populi erant, et tamen relictas sibi a majoribus sedes, ætate, quasi jure hereditario, possidebant.*

oligarcas, que atentaban á su vida y hasta á su fama, volvió á proponer la ley Licinia en su antigua severidad, sin hacer ya mérito de compensacion por el exceso de las quinientas yugadas, y ordenando que en el acto fuesen expulsados los usurpadores del terreno público, dando al efecto facultades ámplias á los triunviros elegidos para examinar el orígen de las propiedades.

Tiberio era realmente el mejor ciudadano y el más digno de estima de la faccion popular, como lo eran los Escipiones del partido patricio: movido de compasion hácia el pueblo, se eleva hasta la noble idea de la unidad itálica, proponiendo que los derechos de ciudadano romano fuesen conferidos á todos los habitantes de la península, porque habia comprendido que la inmensa masa del imperio descansaba sobre una base demasiado estrecha; y la sublevacion de toda la Italia, que tardó poco en verificarse, demostró cuán oportuna hubiera sido esta medida.

Hízose elegir Tiberio triunviro con objeto de conseguir el cumplimiento de sus magnánimos proyectos, en union de Apio y su hermano Cayo, para proceder á la reparticion del *ager publicus*. Entonces propone que la herencia del rey de Pérgamo Atalo III, legada al pueblo romano, deje de ser administrada por el Senado, y aproveche á los ciudadanos pobres que encontraran los recursos necesarios para la compra de instrumentos aratorios y de animales, para la esplotacion de los campos que han de poseer. Pide además que se acorte el tiempo del servicio militar para los plebeyos, que tengan parte los caballeros en los juicios con los senadores, y que se conceda el derecho de ciudadanía á todos los italianos.

Debieron estas proposiciones conciliarle la órden equestre y todos los habitantes de la Italia, pero si los caballeros odiaban á los patricios, que limitaban su poder y les rechazaban de los cargos, temian aun más á la ley agraria que les habria despojado de las tierras públicas usurpadas, y hubiera admitido al sufragio con ellos, bajo un pié de igualdad, á los colonos romanos y á las antiguas poblaciones italianas. Mostrándose favorable con respecto á ellos Tiberio, no consiguió muchos partidarios é infundió celos en la plebe. Aunque es verdad que ella no tuvo más que alabarse de un magistrado tan apasionado á sus intereses, lijera y desunida, como lo es por lo comun, no supo sostenerle en la ejecucion de sus designios, dando oido á las indignas sujestiones de los nobles que denigraban al tribuno y le acusaban de afectar soberania.

Conociendo Tiberio á qué peligro se veria espuesto al salir de su empleo, pensó (en contra de la constitucion) hacerse prorogar en el tribunado. Empezó á repetir las amenazas de los patricios, se presentó vestido de luto en la plaza pública, y mostrando sus hijos al pueblo, le rogaba conservasen á su padre. Llegó el dia de los comicios para la eleccion, pero fué sobrecogido con nuevo espanto, segun Plutarco, cuando encontró que dos serpientes habian depositado sus huevos en su casco, y que la misma mañana no habian querido los pollos salir de su cobertizo; además tropezó al salir de su casa; y riñendo dos cuervos á su izquierda dejaron caer de un tejado una piedra precisamente á sus piés. Pero lo que debia causarle más serio temor, era ver contra sí toda la aristocracia decidida de comun acuerdo á no retroceder delante de nada, al paso que no tenia á su favor más que el pueblo, de poca importancia y siempre irresoluto, y á las tribus rústicas á quienes los trabajos de la cosecha impedian acudir en gran número á los comicios.

133, Diciembre.—Elevan la voz en la asamblea los poseedores de las tierras usurpadas contra aquel que se atreve á violar la ley; muéstranse armados los senadores; dispónense los amigos de Tiberio á hacerles frente, auméntase el tumulto; y como no puede Tiberio hacerse oir lleva su mano á la cabeza, para indicar el peligro de que se encuentra amenazado. Esclaman sus enemigos que pide una corona y se arrojan sobre los desarmados ciudadanos á quienes deguellan; él mismo es asesinado con sus partidarios, y privados de sepultura sus cadáveres son arrojados al Tiber. De esta manera fué como el mayor de los hijos de Cornelia, espió el corto y funesto favor de la plebe romana.

De los que favorecian los nobles proyectos de Tiberio fueron en parte perseguidos criminalmente y otros asesinados. Fué encerrado sin ninguna forma de proceso Cayo Bilio dentro de una cuba llena de serpientes. Citado á juicio el filósofo Blosio de Cumas, declaró que habia amado mucho á Graco y siempre habia seguido con gusto su voluntad. *Pues ¿y si te hubiera mandado incendiar el Capitolio?* le preguntó Escipion Nasica.—*Nunca hubiera mandado semejante cosa*, respondió Blosio; *pero en fin, si me lo hubiera mandado lo hubiera incendiado, persuadido de que no podia querer nada que no fuese útil al pueblo.*

Este Nasica, primo de los Gracos, se habia manifestado su más encarnizado enemigo. El era quien en contra del parecer del cónsul Escévola, habia querido que se atacase al pueblo desarmado; se puso al frente de los que *querian la república*, es decir, de los que la esplotaban; y se atrevió á hacer justificar por un decreto todo lo que se habia cometido contra Graco y los suyos. Lleno de un orgulloso desprecio hácia el pueblo, dijo á un labrador de quien solicitaba el sufragio y cuya mano encallecida por el trabajo acababa de apretar *¡Qué! ¿andas sobre tus manos?*

No se habia aniquilado la faccion popular con Tiberio; por lo cual Nasica, aunque gran pontífice, se veia injuriado cada vez que se presentaba en público: oia que se le hacia un cargo por haber dado muerte á un personaje sagrado en un lugar tambien sagrado; en fin, deseoso el Senado de dar cierta especie de satisfaccion y libertarse á sí mismo, envió bajo un pretesto honroso á Asia á este feroz patricio, de donde no volvió.

Debió, sin embargo, mandar el Senado poner

en ejecucion la ley agraria, pero cuando se ocuparon de ella, ocurrieron tantas dificultades sobre los límites, el orígen de la propiedad y el valor de ella que los tres encargados de la operacion no pudieron cumplir su cometido. Los aliados italianos y latinos habian conseguido muchísima parte del campo público; por lo que irritados ó temerosos de las medidas que iban á tomarse recurrieron al Senado que se alegró mucho de tener ocasion de oponerse á la ley agraria que nunca le habia agradado (132). Los descontentos reclamaron el apoyo de Escipion Emiliano, quien obtuvo que el conocimiento de estos asuntos fuese arrancado á los triunviros y confiado al cónsul Tuditano; pero encontró éste de tal manera embrollado el asunto, que se espantó y marchó á Iliria. La plebe, que primero idolatraba á Escipion, le odiaba desde que á la noticia del asesinato de Tiberio habia dicho este verso de Homero: *¡perezca como él el que obra de su manera!* Persuadida de que habia sido engañada, sofocaba su voz cada vez que se presentaba en la tribuna, con murmullos, y repetia las palabras orgullosas que él les dirigia; tambien le acusaba de aspirar á la dictadura (6). Despreciaba Escipion estas injurias, y ensalzaba sus servicios y los de Paulo Emilio. Retirado al campo, donde se entregaba al estudio con Lelio su amigo, acudia á Roma cada vez que se trataba de oponerse á alguna ley popular.

Muerte de Escipion Emiliano.— Pero una noche se le encontró muerto en su casa. Fueron acusados los demagogos de haberle asesinado; mas se opuso el pueblo á que se procediese contra ellos por el temor de que se encontrase comprometido Cayo Graco. Anunciaba, sin embargo, la muerte del más obstinado campeon de la aristrocracia, que se renovaba la lucha más violenta, apasionada y criminal.

En efecto, los tribunos, á quienes Tiberio Graco habia enseñado cuan temible podia llegar á ser su autoridad, trataban de aumentarla. Propuso el tribuno Papirio Carbon, que no dejaba de recordar con indignacion el asesinato de Graco, que pudiese ser prorogado el tribunado tanto como agradase al pueblo, pero no se aprobó la ley. Habiendo querido prohibir el censor Metelo el Macedónico, al entrada en el Senado al tribuno Cayo Atinio, este le puso preso y se aprestó á hacerle precipitar desde lo alto de la roca Tarpeya, como culpable de lesa magestad, si no se hubiese opuesto otro tribuno; pero se aprovechó la ocasion para hacer decretar que los tribunos tendrian voto deliberativo en el Senado.

Cayo Graco.—Habia vivido separado y lleno de espanto Cayo Graco después de la muerte de su hermano, ocupando sus horas la elocuencia, en la cual nadie le superó; prudente en su conducta era enemigo de la ociosidad, de la avaricia y de los escesos, á los cuales se entregaba la juventud romana. Pasaba en la opinion de ciertas personas por hombre de poco valor, y le acusaban tambien de desaprobar á su hermano, pero en realidad se disponia á vengarle, á ensalzar á la plebe y hacer temblar á los ricos. Pidió la cuestura (126) y pasó á Cerdeña, donde se ganó la estimacion y afecto del cónsul y sus soldados por su valor, probidad y exactitud. Negábanse las ciudades á proporcionar vestuarios, mas él supo obligarlas á que los dieran; Micipsa, rey númida, no mandó trigos sino por consideracion á él, con gran disgusto del Senado que despidió los enviados de este rey y cambió las guarniciones. Este mismo Senado habia alejado tambien bajo pretesto de socorrer á los masiliotas, al fogoso Fulvio Flaco, uno de los triunviros encargados de la reparticion de las tierras, quien habiendo llegado al consulado á pesar de los patricios, todo lo conmovia para estender el derecho de ciudadania y resucitar la ley agraria.

Pero de repente se aparece Cayo Graco en Roma (123); cítanle los censores á juicio como desertor, y él se espresa con estas palabras:—«He servido doce años en el ejército, aunque las leyes no exigen más que diez. Nombrado cuestor, he permanecido dos años después de mi general, aunque la ley permite retirarse después de haber servido un año. Es cierto que ella me mandaba volver cerca de mi general; pero supone que un cónsul no permanecerá en un mismo lugar, más tiempo que el de su consulado. Si os ha placido detener tres años en Cerdeña á Lucio Aurelio Orestes, ¿me encontraba yo por eso en el caso de obedecer á órdenes que no se dirigian á mí? Era agradable para un procónsul ejercer mucho tiempo un poder absoluto sobre las obedientes legiones, pero era penoso para un cuestor perder en la ociosidad un tiempo útil. Soy llamado en favor de los intereses de tantos desgraciados que imploran la division de las tierras, y de la cual estaba encargado. Con respecto á la intencion que tanto tiempo me ha detenido lejos de la capital, solo al pueblo romano pertenece penetrarla y á los italianos quejarse. Vosotros, censores, tened al menos en consideracion, el modo con que me he conducido en una isla, donde la avaricia y el vicio han corrompido á oficiales y soldados, en el nuevo ejército enviado á ella. No he admitido ni un as que procediese de regalo de los aliados, y no he permitido que tuviesen que hacer el menor gasto por mi. No he convertido mi tienda en un mal lugar, para dar un asilo en ella al infame libertinaje y á la prostitucion de la juventud romana. He dado banquetes, pero he desterrado de ellos la licencia y ha reinado la modestia en las palabras y acciones. Ninguna muger sin costumbres ha entrado en mi casa; no he aumentado mis riquezas: encontrareis esta diferencia entre mí y vuestros oficiales de Cerdeña, que soy el único que vuelvo con la bolsa vacia, mientras que los demás, se han bebido el vino de que estaban llenas las ánforas, que traen llenas de oro y plata.»

(6) Véase la pág. 310.

Este discurso produjo efecto (7); fué absuelto Cayo entre las aclamaciones del pueblo que creia ver en él al Tiberio que amaba. Así, pues, cuando se presentó para el tribunado, no tuvo necesidad de recurrir á las cábalas, pues fué tan grande la concurrencia de los italianos al campo de Marte, que no podia darles cabida. Dábanse los votos desde lo alto de los terrados y tejados por aclamacion, y se le confirmó (122) en su empleo para el año siguiente.

Fué una desgracia el que Cayo no llegase con su hermano, sino después de él, y que tanto le intimidase la muerte de Tiberio, que le impidiese conducirse siempre con resolucion, y le inspirase odio contra el Senado y propósito de contrariarlo de cualquier modo que fuese. Dedicado, sin embargo, enteramente á hacer triunfar la ley agraria y á favorecer la plebe, cuando tuvo qué hablar en los comicios, se volvió algo hácia ella, en lugar de dirigirse hácia el Senado, como primero lo hacian los oradores: fué imitado y el pueblo adquirió de esta manera más importancia: tenia tambien cuidado de recordar á los patricios de cuando en cuando la memoria de su hermano, «muerto á *palos* á su vista y arrastrado al Tíber; asesinados sus amigos sin juicio, cuando era uso antiquísimo enviar al pregonero en toda acusacion de crímen capital desde por la mañana temprano á la casa del acusado para citarle al sonido de la trompeta, sin que nadie votara contra él antes de cumplirse esta formalidad.»

Propuso en consecuencia que no se ejecutase ninguna sentencia capital sin ser confirmada por el pueblo. Hizo después decidir que habria cada mes una venta de trigo á bajo precio y una distribucion de tierras cada año. Afirmó, con provecho de los pobres ciudadanos, la herencia de Atalo; prohibió alistarlos antes de la edad de diez y siete años, y quiso que se proporcionase á los soldados el vestuario sin disminucion de sueldo. En una palabra, hizo aceptar en detalle la ley propuesta por su hermano. Si tenia que ceder en alguna de sus pretensiones, declaraba hacerlo por respeto á Cornelia, su querida y venerada madre.

Animado con el éxito, pide Cayo que se unan seiscientos caballeros á los senadores; escesiva pretension que se atrevió á hacer por obtener una concesion más moderada, á saber, el que los juicios fuesen separados de las atribuciones de los senadores para ser conferidos al órden ecuestre, que se convirtió de esta manera en un cuerpo político, en estado de contrarestar al Senado (8). En fin, hace admitir á todos los italianos á los derechos de ciudadania. Queria con esto captarse la amistad de los socios latinos á fin de que cesaran en su oposicion; y con efecto desde entonces hicieron éstos causa comun con los pobres de Roma y contra los nobles y el Senado.

Con la ley frumentaria se atraia las tribus urbanas y con la agraria á los ciudadanos, así como con la judicial á los caballeros y con el derecho de ciudadania á toda la Italia. En suma, todas las fuerzas de la república y de Italia oponia al Senado, el cual no tuvo más remedio que ceder. Pero la distribucion de los cereales agotaba el erario; el confiar los juicios á los caballeros dividia en dos la república y sometia los senadores á los publicanos. A la vez los caballeros no se adherian á su doctrina despechados de habérseles mermado la propiedad, en tanto que el pueblo veia de mala gana que se hacian comunes sus privilegios y el derecho del sufragio.

Conociendo Cayo cuan odiosa seria su autoridad al Senado, tenia cuidado de no proponerle sino cosas útiles y honrosas. Habiendo enviado el propretor Fabio, trigo de España, aconsejó al Senado venderlo y enviar á los iberos el dinero que se sacase de él, con el objeto de que no les pareciese tan pesado el yugo de Roma. Rodeóse después de artistas griegos é hizo construir vastos graneros públicos, y mientras iba con los triunvirios á medir la Italia, mandó abrir hermosos caminos con puentes, columnas miliares y piedras para montar á caballo (9). Vigilaba él mismo todos estos trabajos. Propuso mandar colonias á donde Roma tenia más estensos territorios, y en fin pidió el restablecimiento de las antiguas rivales de Roma, Capua, Tarento y Cartago.

Dieron su asentimiento los senadores, le ofrecieron tambien el que fuera en persona á levantar á Cartago y fundar allí la primera colonia enviada fuera de Italia; á lo cual convino. Una vez que le hubieron alejado de esta manera de las miradas de la muchedumbre, pusieron en juego toda clase de artificios para producir su ruina. Se hicieron recaer sobre él las maldades de Fulvio, intrigante sin honor, á quien se le imputaba y no del todo sin razon, segun parece, el asesinato de Escipion, echando toda la odiosidad sobre Cayo. Fingió el Senado para debilitar su crédito adherirse á los intereses de la plebe, y sobornando á Druso, su colega, le hizo proponer leyes populares en esceso. Si Cayo habia pedido que se enviaran dos colonias, él pedia doce; si pedia Cayo que se distribuyesen tierras mediante una ligera retribucion, él queria que se diesen gratuitamente. Hizo decretar que los generales no podian castigar de obra á los soldados. Siempre tenia cuidado de dar á conocer que

(7) Nos ha sido conservado por fragmentos, particularmente por AULO GELIO, XV, 12.

(8) No están conformes los autores sobre este punto. Paulo Manucio, *De legibus*, demuestra que Plutarco y Tito Livio se han engañado, y acepta la opinion de Apiano, de Veleyo Patérculo, Asconio y Ciceron.

(9) El uso de los estribos se introdujo después. Era, pues, preciso que para montar á caballo los romanos, completamente armados, pusiesen el pié en algun punto de apoyo algo elevado.

obraba por inspiracion del Senado, lleno de interés por el pueblo: no pedia además, ni cargos ni honores para sí, á diferencia de Graco, que absorbia todas las funciones, por su maravillosa actividad que le permitia desempeñarlas todas á la vez. Con ayuda de estas fingidas esterioridades y de las palabras pomposas, que causan tanto efecto sobre la muchedumbre, se encontró dividido el favor popular entre Druso y Graco, y disminuyó mucho la animosidad de la plebe contra el Senado (121). Llegando las cosas hasta el punto de que Graco, á su vuelta de Cartago, parecia extranjero al pueblo.

Pidió el tribunado por tercera vez; pero sus mismos colegas se manejaron con tal destreza, que le fueron contrarios los votos; y para colmo de desgracia fué nombrado cónsul Opimio Nepote su mortal enemigo. Una vez encargado por el Senado del cuidado de velar por la salvacion de la república, es decir, armado con el poder dictatorial, ocupó el Capitolio, declaró á Cayo enemigo de la patria y puso á precio su cabeza.

Fin de Graco.—Adelantóse enseguida con tropas para atacar á Fulvio Flaco, quien valiente y robusto, le esperó, pero fué muerto en la pelea. Habiéndose refugiado Graco en el bosque de las Furias, se hizo dar muerte por un esclavo que le habia permanecido fiel en su desgracia (10). Perecieron tres mil ciudadanos en esta jornada en el monte Aventino, y fueron arrojados al Tíber; otros fueron puestos en el tormento y entregados al hacha del lictor; confiscáronse sus bienes, y sus viudas no pudieron vestir por ellos luto. Quitóse á la de Graco hasta su dote; y Opimio, vencedor en la guerra civil, ó mejor dicho en la primera matanza de ciudadanos, erigió un templo á la Concordia.

Apenas volvió en sí de su abatimiento el pueblo, que habia abandonado á su defensor cobardemente, manifestó su indignacion como pudo. Empezó por inscripciones injuriosas en las paredes: luego erigió estátuas á los Gracos, consagró los lugares donde habian sido inmolados, y ofreció allí las primicias de cada una de las estaciones. Cornelia, que habia intentado vanamente apartar á Cayo de su empresa (11), sobrellevó con dignidad la doble pérdida que habia esperimentado, diciendo, que sus hijos tenian sepulcros dignos de ellos, en lugares consagrados. Vivió ella mucho tiempo en Miseno, recibiendo allí hombres de letras y griegos, dando acogida á los embajadores de los reyes y complaciéndose en narrar las virtudes de Escipion el Africano y hablar sobre la catástrofe de sus hijos. Posteriormente se le erigió una estátua con la inscripcion siguiente: *Cornelia, madre de los Gracos.*

La reparticion de las tierras habia comenzado y no osó suspenderla el Senado, aunque con astutas proposiciones eludió lo mejor que habia en las rogaciones de los Gracos. Los nobles procuraron estorbarla induciendo á uno de los comisionados nombrados para la ejecucion de la ley agraria, á declarar que ofreciendo inmensa dificultad la reparticion de las tierras, valdria más obligar á los poseedores actuales á que pagaran su precio para distribuirlo entre los ciudadanos pobres, y que mediante aquella renta perpétua no podrian ser ya inquietados los propietarios. Esta proposicion especiosa fué grata al pueblo, quien la adoptó, y reconoció de este modo la inenagenabilidad de las tierras del dominio público. Pero las cosas duraron bajo este pié muy poco tiempo. Otro tribuno mandó que el rédito anual cesara, alegando que los nobles suministraban una retribucion suficiente en el ejercicio de los cargos, cuya dignidad tenian que sostener necesariamente, y el pueblo sin rentas ni tierras volvió á caer en su antigua miseria. La Ley Toria abolió después todos los efectos de las leyes de los Gracos (108).

Las leyes agrarias suscitaban pues los problemas que hoy mismo se agitan, del pauperismo, de los socorros públicos á la mendicidad, de la prision aislada, del libre-cambio, del dinero y de la division de las tierras en pequeñas porciones. Las propuestas por Estolon habian querido la division de las posesiones y el equilibrio de los poderes, de donde emanaban la estabilidad y pujanza de la república romana; pero derogados después, disminuyeron la poblacion libre y los productos. Tiberio Graco quiso restablecerlos cuando, recientes aun é ilegales las usurpaciones de los ricos, no era necesario trastornar la sociedad, sino que se habria restablecido el equilibrio de las propiedades y riquezas entre los tres órdenes: pero la oligarquia se opuso á ello, y dió el primer ejemplo de aquellas guerras civiles en las cuales debia perecer.

La enemistad entre la plebe y los nobles se enconó. Los caballeros, árbitros de los tribunales y arrendadores de las gabelas, podian tener en su dependencia al Senado, y oponerse á cualquiera reforma. Vanamente tronaba la elocuencia de Marco Antonio, de Lucio Craso y de otros más contra los dilapidadores de las provincias, otros se esforzaban inútilmente por someterlas á mejor administracion. No obstante, alimentaban los aliados del pueblo romano el pensamiento de ser tambien admitidos á tomar parte en la dominacion, y su sordo estremecimiento presagiaba una erupcion pronta á estallar, tan luego como se mostrara un caudillo que reuniera la destreza á la audacia.

---

(10) «Así moria el último Graco á manos de los patricios; pero con aquel golpe mortal se echó polvo al cielo y de aquel polvo nació Mario; Mario, no tan grande por haber exterminado á los cimbros, como por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza.» Son palabras de Mirabeau. El demagogo moderno comprendia perfectamente al antiguo.

(11) Cornelio Nepote nos ha conservado dos cartas en que ella procura disuadir á Cayo de su designio.

CAPÍTULO IV

LOS ESCLAVOS.—GUERRAS SERVILES.

Si aun existen espíritus entusiastas para ensalzar la libertad y las instituciones antiguas y renegar de la ley santa del progreso, les echaremos en cara la esclavitud, esa inmensa gangrena de la sociedad antigua, que se nos aparece bajo el manto sacerdotal de la India, en medio de la sabia opresion de los egipcios y entre las flores con que Grecia ha sembrado por todas partes su camino. Tambien Roma tenia esclavos en abundancia, de los cuales una parte de ellos eran adquiridos en la guerra (1); pero tambien los habia que se vendian á sí mismos, por sus vicios; otros eran vendidos por sus acreedores, ó en virtud de la ley (*servi pœnæ*): otros tambien habian nacido en las cuevas (*vernæ*), ó recogidos cuando niños en las acostumbradas exposiciones. Cuando las conquistas de la república se estendieron, principalmente de la Magna Grecia y de la Sicilia se llevaron á Roma esclavos, entre los cuales habia personages nobles é instruidos. Aumentóse el número por miles en las guerras con Cartago, Iliria y las Galias. Como consecuencia del mismo cálculo hecho por los modernos plantadores de América, se cuidaban poco de que naciesen en la casa, creyéndose á estos menos robustos, y se consideraba como perdido el tiempo que era preciso dejar ociosos á la madre, y al hijo nutrirse sin resultado.

A los ojos de la ley, el esclavo era una cosa, no una persona ó un hombre (2). Como era propiedad de otro, no tiene representacion en la vida civil. No puede deponer en justicia ni citar ante un tribunal: aun más, no hay medio de poderlo injuriar y solo su amo tiene derecho de creerse insultado. No puede testar, su heredero natural es su amo, que le sustituye, si se le dejaba por heredero en algun testamento. Ejercian los esclavos las artes y oficios, y ellos ó los libertos eran los que tenian las tiendas. Si ocurria algun litigio entre ellos, la accion se dirigia contra su amo. Podia pertenecer la propiedad de un esclavo á una persona y el usufructo á otra. Su amo podia pegarles, crucificarlos, dejarlos morir de hambre y hacer padecer á su cuerpo toda clase de infamias. No habia entre ellos matrimonios legítimos y no les pertenecian sus hijos. Calculaba la ley con implacable precision el valor de un esclavo, y las indemnizaciones que se debian pagar por su pérdida ó deterioro.

Se lee lo siguiente en los *Institutos* de Gayo; «Segun los términos del primer capítulo de la ley Aquilia, aquel que sin derecho mata á un hombre ó á un cuadrúpedo doméstico que pertenezca á otro, pagará al dueño el mayor valor del objeto en un año. No solo debe tenerse en cuenta el valor corporal, sino tambien el perjuicio sufrido por el

(1) Hablando de Servio Tulio dice Dionisio de Halicarnaso que los romanos adquirian los siervos por medios muy legítimos, κατὰ τοὺς δικαιοτάτους τρόπους; ya que los compraban á subasta, ó les eran vendidos como botin, ó lograban licencia del general para retener aquellos que habian preso en la guerra, ó bien los compraban de los que por tales medios los habian tenido. Solo se lamenta de las emancipaciones que abundaban en los últimos tiempos de la república.

(2) Ulpiano *(Fram.*, 19, 1) le cuenta entre los *res mancipi*. Teofilo le considera como un ser impersonal sin cabeza; ἀπρόσωποι, οἱ οὐδεμίαν πάλαι εἶχον κεφαλήν; Floro: *secundum genus hominum (Hist.* III, 20). Ilpon segun Séneca *(Controv.*, X, 4) dice: *in servum nihil non domino licere.* Juv. *(Sat.* V 210) escribe esta infamia:

Pone crucem servo. Meruit quo crimine servus
Supplicium? quis testis adest? quis detulit? audi:
Nulla satis de vita hominis cunctatio longa est.
O demens! ita servus homo est? Nihil fecerit: esto;
Sic volo, sic jubeo: stet pro ratione voluntas.

amo con perder á su esclavo, si este perjuicio es mayor que el valor de este último. Si mi esclavo estaba nombrado heredero y ha sido muerto antes de haber aceptado por órden mia la herencia, debe pagárseme además del precio de él, el de aquella. Asimismo, en el caso de muerte á uno de dos gemelos, ó de dos músicos ó cómicos, debe valuarse el precio del muerto y el demérito que su muerte hace recaer sobre el que sobrevive, como cuando se mata una mula de un tronco ó un caballo de una cuadriga. Aquel á quien se ha matado á un esclavo puede elegir entre la accion por la via criminal ó la de indemnizacion por la ley Aquilia» (3).

Mercado de esclavos.—Se compraba á los esclavos en el mercado á donde se les conducia, unas veces por piratas y otras por especuladores, que se los proporcionaban por los culpables medios que usan nuestros negreros (4). Fué Delos el principal depósito de aquellos desgraciados; allí bajo la proteccion del dios se vendian diariamente por miles, la mayor parte eran de la Frigia y de la Capadocia. Los que habian sido cogidos á una nacion independiente eran preferidos, en atencion á que las costumbres de la libertad les hacian conservar una vivacidad que se apagaba en la servidumbre. Los esclavos originarios de España, se daban á un precio muy bajo porque acostumbraban á libertarse del cautiverio con la muerte. En Sicilia un escanciador costaba menos que una copa. Vendíanse por el contrario muy caros los lascivos frigios; las graciosas milesias costaban hasta 2,800 pesetas, mientras que en la Galia, en Africa ó en la Tracia, se adquiria una jóven por algunos puñados de sal y un poco de vino. Se ponia de manifiesto á los esclavos en el mercado dentro de una gran barraca *(catasta)*. Con muchas divisiones semejantes á otras tantas jaulas; estaban allí desnudos, atadas las manos y con un letrero en la frente, en el cual estaban indicadas de órden de los ediles, sus buenas y malas cualidades (5). Se distinguia á los procedentes de Asia con una señal que les hacian en los piés con creta blanca.

Se esponia la mercancia selecta en galerias interiores. A los esclavos extranjeros, de cuya docilidad no podia responderse, se les presentaba á la vista de los compradores atados de piés y manos y con el pileo en la cabeza.

Dirigíase el comprador á aquel punto y decia al negociante:—«Necesito un hombre para el molino ó para el lagar, un secretario para el escritorio, una mujer para el lecho, un perro para la puerta, un pedagogo para mi hijo:» y mira, toca, examina la fuerza y la inteligencia del individuo; está obligado el vendedor á declararle sus defectos y enfermedades, á decirle si es indócil, si tiene costumbre de escaparse y si es aficionado á la vagancia. Posteriormente se estableció una tarifa segun la edad y el oficio: un médico se pagaba á sesenta sueldos de oro, un eunuco de menos de diez años á treinta, y si pasaba de esa edad á cincuenta (6).

Sus oficios.—Por especulacion enseñaban los ciudadanos más ilustres á miles de ellos diferentes cosas. Caton los compraba débiles é ignorantes, y los revendia cuando ya eran hábiles y robustos; Pomponio Atico hacia de ellos literatos. Al paso que algunos Estados Unidos de América, en medio de su libertad tan ponderada, prohiben que aprendan á leer los esclavos, porque conocen que semejante monstruosidad es precaria y contra naturaleza, hacíanles los antigos hombres de letras, tan arraigada estaba y tan irremediable era entre ellos la servidumbre. En Roma lo hacian todo el esclavo y el liberto. No se veian los amigos más que en el foro y en los banquetes: eran las mujeres veneradas, no amadas; por el contrario el esclavo era un sér instruido, fiel, inteligente; era mejor que un perro. Seguia á su amo á todas partes, le prestaba mil servicios, que un liberto hubiera tenido á mengua. Le divertia con sus bufonadas, le componia discursos para que los pronunciara en el Senado, le reunia los testos con que habia de ganar sus causas en el foro, y los pasajes con que podia compaginar un libro y así preparaba la emancipacion que apetecia. Una vez liberto, cuando habia obtenido el gorro, la toga, el anillo, llegaba á ser aun más útil á su amo, cuyo nombre llevaba desde entonces, y quien le consideraba como enteramente consagrado á sus intereses y caprichos: era en sus asuntos domésticos y los de sus clientes, un compañero de sus placeres y de sus peligros.

Hallábanse encargados los esclavos de todos los servicios de la casa; labradores, boyeros, pastores, cocineros, barberos, bañeros, sastres, zapateros; ellos lo eran todo. Habíalos que estaban atados á la puerta de la casa para ladrar, por así decirlo,

---

(3) Libro III, 210, 212, 213.

(4) Heyne: *E quibus terris mancipia in Græcorum et Romanorum fora adducta fuerint.* Citaremos lo siguiente por la conformidad que tiene con nuestros sentimientos. *Desinamus aliquando laudibus extollere virtutem romanam, omnis terrarum orbis vastatricem, et in generis humani calamitatem adultam et auctam! Quid enim? Unius populi victoris tantæ ut essent opes, alia post aliam provincia viris opibusque fuit exhausta?*

Pignorius y Popma han escrito disertaciones sobre los esclavos romanos; Jugler, sobre el tráfico de los esclavos entre los antiguos: Guillermo de Laon, sobre la emancipacion; pero no son más que textos recogidos ya en una ya en otra parte; Reitemeier *(Gesch, und Zustand der Sklaverei Leidengeschaft in Griechenl.* Berlin, 1780), y Blair *(An inquiry into state ofsslavery amongst the Romam.* Edimburgo, 1833), se limitan á dos solas naciones; pero tienen más órden y miras más avanzadas que los autores que acabamos de nombrar. La obra del P. de Saint Paul. *(Discurso sobre la esclavitud en Occidente durante los últimos años de la era pagana.* Montpellier, 1837): es digna de nuestra época.

(5) *Impediti pedes, vinctæ manus, inscripti vultus.* Plinio. *Hist., Nat.,* VII, 4.

(6) Justiniano, 530.

anunciando la llegada de cualquier estraño: otros, relojes humanos, debian pregonar en alta voz las horas; tocábales á otros moler el grano, y á fin de que no les acometiese la tentacion de llevar á su hambrienta boca algun puñado de harina, se les ponia una ancha tabla alrededor del cuello. Se les veia arrastrarse á los piés de sus amos, enjugando las alfombras orientales de los innobles resíduos de su intemperancia; habíalos que servian de músicos, de bardajes (7), de bufones; y para este oficio se formaban enanos comprimiendo sus miembros desde la infancia con ceñidores de correas; y hasta se les tenia sujetos dentro de estuches, á fin de impedir su desarrollo. Julia, hija de Augusto, tenia uno de dos piés de altura solamente, y una esclava de la misma estatura. Tambien se tenia en grande estima á los hermafroditas, producidos en lo general artificialmente (8).

Un esclavo robusto producia á su amo veinte y cinco céntimos al dia: recibia al mes veinte litros de trigo, veinte y cinco de un vino hecho, segun la receta de Caton, con vinagre, agua dulce y agua de mar corrompida.

Como eran tratados.—Pero se estremece uno de horror á la sola idea del modo con que se les trataba. Acusado Palas de complicidad con ciertos libertos, demostró que nunca se comunicaba con ellos sino por señas ó por escrito. Antonio y Cleopatra esperimentaban en ellos sus venenos. Polion mandó que uno de ellos fuese echado á las murenas porque le habia roto un vaso. Fué reprendido por Augusto, quien no por eso dejó de colgar de una entena de su navio á uno que se le habia comido una codorniz. Los romanos, que pasaban noches enteras á la mesa, hacian asistir á sus banquetes á aquellos miserables, en pié y sin probar bocado. ¡Desventurado del que hubiera tosido, estornudado, suspirado ó movido los lábios! Algunos debian recrear á los convidados á la cena con atroces luchas, y los amos les aplaudian ó silbaban, y les despedian luego diciendo: «Vete de aquí, miserable, no salte tu sangre á mi túnica.»

Seneca nos muestra en los aposentos bandadas de mancebos que aguardaban la conclusion de los banquetes para hacer ultrages á la naturaleza. Habia legiones enteras de infortunados, tempranamente corrompidos, procedentes con especialidad del Asia y de Alejandria, que suministraba los más afamados por la desenvoltura de sus modales y por la vivacidad de su talento. Se les ataviaba con el mayor arte, segun su color y sus paises, siendo todos de fino talle, de fresca tez, donde asomaba apenas el primer bozo, cuidándose de no mezclar nunca los de cabello lacio y los de rizada cabellera. Algunos jamás viajaban sin cubrirse el rostro con un aceitoso unto á fin de que la piel delicada no fuese ofendida por el sol ó por el frio. Plinio y Quintiliano (9) refieren los métodos infames con cuya ayuda se disimulaban los defectos de aquellos destinados á infames placeres, y las yerbas con que se retardaban los signos de la pubertad. Cuenta Dion, que las damas tenian cerca de sí esclavos desnudos; otras salian acompañadas de jóvenes libertinos; y la castigada lengua sacerdotal del Lacio, no era capaz de velar las fealdades de que Juvenal acusa á aquellas á quienes azota con el látigo de la sátira (10).

Se les encerraba de noche en *ergástulas* y cuevas donde se hallaban hacinados hombres y mujeres sobre la paja y hasta por tierra. Cuando llegaban á viejos los esclavos ó eran atacados de una enfermedad incurable, se les trasladaba á la isla de Esculapio en el Tíber, y se les dejaba morir allí sin ningun socorro. Pensó el emperador Claudio en remediar aquella crueldad estremada, declarando libre al esclavo abandonado de aquella manera. Entonces los amos les quitaron la vida, si bien el emperador mandó perseguir á estos como delincuentes de homicidio.

Habíase en tiempo de Augusto decretado por el senadoconsulto Silaniano, que todos los esclavos serian condenados á muerte si uno de ellos mataba á un ciudadano. Ahora bien, habiendo sido muerto Pedonio Secundo, prefecto de Roma, por uno de sus esclavos (61 de J. C.), á quien un amor de baja ralea habia inspirado celos, murmuraron algunos porque se condenaba á muerte á cuatrocientos esclavos, sin duda inocentes; pero el jurisconsulto Casio muy esperimentado en la ciencia de lo justo y de lo injusto, se levantó en el Senado y reprendió á aquellos innovadores:—«Y qué, dijo, ¿andaremos en busca de razones después de haber fallado nuestros mayores, más sabios que nosotros? ¿Es posible que entre cuatrocientos esclavos, no haya tenido ninguno noticia del asesinato? Y sin embargo, ninguno de ellos lo ha denunciado ni evitado. Decis que perecerán inocentes; pero cuan-

(7) *Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenuo flagitium est.*

(8) Séneca, *Ep.* 47.—Gori, *(Descriptio columbarii)*, Pignorius, *(De servis)*, Popma *(De servorum operibus. Suppl. ad* Grævii *Thesaur*, vol. III).—Enumeran bajo diferentes nombres por lo ménos veinte y tres clases de esclavitud para las mujeres y trescientas para los hombres.

(9) Plinio, XVI, 18; XXI, 26.—Quintiliano, II, 16 V, 12.

(10) *Sunt quas eunuchi imbelles, ac mollia semper*
Oscula delectent, et desperatio barbæ
Et quod abortivo non est opus. Illa voluptas
Summa tamen, quod jam calida matura juventus
Inguina traduntur medicis, jam pectine nigro.
Ergo spectatos ac jussos crescere primum
Testiculos, postquam cœperunt esse bilibres,
Tonsoris damno tantum rapit Heliodorus.
Conspicuus longe, cunctisque notabilis intrat
Balnea, nec dubie, custodem vitis et horti
Provocat, a domina factus spado. Dormiat ille
Cum domina: sed tu jam durum, Postume jamque
Tondendum eunucho Bormium committere noli.
(Sat. VI, 366.)

do llega á ser diezmado un ejército por falta de denuedo ¿no corren los valientes la misma suerte que los cobardes? En todo grande ejemplar castigo hay algo de injusto; pero la iniquidad cometida respecto de algunos hombres, queda compensada con la utilidad que redunda en pro de todos.» (11) Este razonamiento alcanzó que la ley fuera respetada, y aquellos infelices fueron conducidos al suplicio entre una doble hilera de soldados, y en medio de las vociferaciones del pueblo, que maldecia la legalidad.

Revélanos otros horrores el edicto de Constantino Magno: guiado este príncipe por nuevas luces, que le dieron osadia para hacer la guerra á lo pasado y para llegar en ayuda de la religion del porvenir, prohibió ahorcar á los esclavos, precipitarlos desde un lugar elevado, causarles la muerte haciendo circular venenos por sus venas, quemarlos á fuego lento, hacerlos morir de inanicion, ó dejar que se pudriesen sus carnes después de haber desgarrado sus cuerpos (12).

Aquella monomania de suplicios no era interrumpida sino una vez al año, cuando en la orgia de las saturnales, recuperaban los esclavos una libertad momentánea, como para hacerles todavia más dura la severidad habitual del régimen á que estaban sujetos.

La esclavitud de las mujeres las obligaba á prostituirse, ora á brutales amos, ora á sus compañeros de miseria, ora á libertinos en los *lupanares*, manantial de ganancia, como otro cualquiera, para sus amos; y hasta el severo Caton habia fijado una tarifa por las caricias de sus esclavas. De jóvenes se las entregaba al deleite de los convidados inflamados por la embriaguez: ya viejas, se insultaba su oprobio trazando obscenas frases en su seno marchito. No habia bastante con asperísimos trabajos y con aquella promiscuidad confusa, necesitaban además sufrir los caprichos de sus amas, hallarse en gran número cerca de ellas, desnudas hasta la cintura, mientras se ocupaban en sus adornos, dirigiendo cada cual uno de los pormenores de su tocado. Aquellas damas tenian á la mano una acerada aguja, con que pinchaban á las infelices en el brazo, en el seno, por la más leve inadvertencia; ó cuando era insuficiente todo su ingenio para corregir los defectos de la naturaleza, para restituir el brillo de la juventud á una belleza marchita por los años ó por los escesos.

Para conocer y apreciar la sociedad antigua no basta considerar á los esclavos en sus personas y en las relaciones individuales con el amo; fuerza es además contemplarlos como la parte activa de la poblacion de todos los paises, declarada fuera de la ley civil y humana por las instituciones, las preocupaciones y la costumbre, é indispensable sin embargo á la subsistencia de todos. Concuerdan los escritores y los hombres de Estado de las naciones cultas de entonces en mirar el trabajo y la industria como cosa innoble y deshonrosa. Jenofonte dice que el hombre condenado á la fatiga no tiene tiempo de hacer nada para sí ni para la república, y viene á ser un mal ciudadano, un mal defensor de la patria. Ciceron tiene por vergonzosa é indigna de un hombre libre toda profesion laboriosa; y por mucha concesion esceptua las más elevadas, como la medicina y la arquitectura; ni aun tolera el comercio, sino en el caso de que reporte inmensos beneficios. Hasta la agricultura, aquel arte de los antiguos cónsules y dictadores de Roma, no salvaba de la deshonra á los obreros que se dedicaban á ella bajo la dependencia agena.

Puede decirse, pues, que la clase activa se componia enteramente de esclavos. Varron clasifica los instrumentos de la agricultura en vocales, semivocales y mudos, es decir, los esclavos, las bestias y las cosas inanimadas. Aristóteles nos dice, que el *buey hace veces de esclavo para el pobre* (13); Caton, que *para cultivar doscientas cuarenta yugadas de tierra plantadas de olivos se necesitan trece esclavos, tres bueyes y cuatro asnos* (14). Esplotan los esclavos las minas, trabajan en los talleres, se les alquila para las construcciones; y tenian esclavos los templos, las ciudades, las corporaciones. Ejecutan las órdenes de los magistrados, limpian los acueductos, reparan los caminos, los edificios; reman en las escuadras; son empleados en los ejércitos; siendo tanto más necesarios por ser menos conocidos los socorros de la mecánica, se usa y se abusa de ellos como de cosas comunes y de valor escaso. Así, cuando admiramos el muelle de Adriano, el Coliseo ó la via Apia, cede el puesto nuestro asombro á un sentimiento de lástima al pensar en el sin número de hombres arrancados del seno de sus familias y de sus casas (de sus casas digo), para erigir aquellos monumentos del fausto romano.

Hé aquí el único aspecto bajo el que obtienen los esclavos una mencion muy lijera en la historia y en las obras de economia pública ó privada de los antiguos; y eso á consecuencia del poco caso que se hizo siempre del trabajo. Por lo demás, no ocupan en la sociedad ningun puesto, ni son partícipes de las alabanzas concedidas á la gloria, ni de la compasion otorgada á las miserias del resto de los mortales.

Su emancipacion no era el resultado de un sentimiento de igualdad moral ó de humana fraternidad, sino del capricho, del orgullo ó de la corrupcion. Las esclavas compraban el título de libertas con las artes que hoy infaman á las libres. Los libertos eran instrumentos de sedicion, de intrigas, de maldades para los ricos, á los cuales servian de séquito en sus paseos ó de boato en sus funerales. De ahí que su número aumentase á medida de la corrupcion.

(11) TÁCITO, *Ann.*, XVI, 42 y siguientes.
(12) *Código Teodosiano*, IX, 12.
(13) *Política*, I.
(14) *De re rustica*, X y XI.

Su número.—Se puede calcular el número de los infortunados por la necesidad que habia de tener en las grandes casas un *nomenclator* para tener presentes sus nombres. Craso poseia quinientos albañiles, cuyo trabajo alquilaba; un abogado no iba jamás á los tribunales sin llevar en pos de sí un tropel de esclavos. Contábanse cuarenta mil de ellos en el campamento de Cepion para ochenta mil soldados. Iban tantos detrás de las legiones de César en las Galias, que un dia se vieron en peligro por causa de ellos. Cayo tenia cinco mil esclavos, y aun cuando quisiéramos dudar del aserto de Ateneo (15) sobre que muchísimos (πάμπολλοι) romanos poseian diez, y hasta veinte mil esclavos, nos queda el testamento de Claudio Isidoro, en el cual se lamenta de que sus pérdidas numerosas durante las guerras civiles no le han dejado más que cuatro mil ciento cincuenta y seis esclavos, cinco mil seiscientos pares de bueyes, veinte y cinco mil cabezas de ganado menor y 600,000.000 de sextercios (16). Cuatrocientos esclavos con una granja dió una viuda africana de clase vulgar á su hijo, reservándose para sí la mayor parte del patrimonio (17).

Propúsose en cierta ocasion dar á los esclavos un traje especial, pero se reconoció que seria peligroso darles á conocer de esta manera cuan numerosos eran en comparacion de la poblacion libre (18).

Admitiendo que no pueda subsistir una sociedad sin industria, y que esta no debe ser ejercida sino por esclavos, tenemos la razon por la cual la servidumbre era considerada como de derecho natural, como un dogma político en la opinion de los propietarios y de los filósofos que no comprendian una asociacion civil sin esta calamidad. Hay más, los mismos esclavos, cuando se sublevaron, no cuestionaron sobre el principio de su condicion, limitándose á protestar contra los escesos cometidos con ellos por sus amos.

Si se atiende á que el celoso y esclusivo espíritu de las antiguas naciones encontraba un enemigo en todo el extranjero, en todo enemigo una presa, se verá claramente como esta llaga, incapaz de ser curada por ninguna mano mortal, llegó á envenenarse hasta este punto. Pero era preciso dar de vez en cuando una satisfaccion á la humanidad, una protesta contra la iniquidad, y un principio de justificacion para con la Providencia.

Guerra servil.—Abundaba la Sicilia sobre todo en esclavos, á quienes se señalaba con una marca y los propietarios ricos y orgullosos compraban ergástulas enteras, y sin proporcionarles más que un mezquino alimento, los acostumbraban á robar en los caminos, á atacar á los viajeros y á saquear las aldeas. Armados á guisa de guerreros, con mazas, lanzas y nudosos palos, cubiertos sus cuerpos con pieles de lobo y acompañados de fuertes alanos, vivian á la intemperie con el producto de sus latrocinios y amenazas. No osaban los pretores reprimirlos con mano fuerte, por respeto á sus señores, que siendo caballeros romanos y teniendo en sus manos los juicios, podian hacerles pagar caro el cumplimiento de su deber, citándoles para que rindiesen cuentas.

Hacíase notar por sus riquezas y arrogancia, entre estos opulentos propietarios, un tal Damófilo de Enna. Poseia vastos dominios, numerosos rebaños, multitud de esclavos, y *rivalizaba por su lujo y por su crueldad, con los italianos que vivian en Sicilia.* Recorria el pais acompañado de numerosos esclavos, de favoritos mancebos y de aduladores. No perdonaba ninguna injuria á aquellos de quienes era amo, aunque aconteciese esto con hombres nacidos en una condicion honrosa, pero que habian sido vendidos como prisioneros de guerra. Marcábales el rostro con un agudo hierro ó estilo, encadenaba y encerraba á otros en las ergástulas, ó les enviaba á cuidar los rebaños tasándoles el pan de manera que solo bastase para prolongar sus miserias. No pasaba dia sin que alguno de ellos fuese apaleado, ya por castigo ó ya para que sirviese de ejemplo; complaciéndose su mujer Megálida con estos suplicios, impuestos á hombres ó á mujeres que se hallaban á su servicio.

Por grande que fuese la resignacion y el envilecimiento de estos desgraciados, exasperáronles los escesos de sus señores, y concertándose entre sí se sublevaron con la impetuosidad propia de quien rompe una durísima cadena (19).

Ya cuando pensó Roma la primera vez en hacer un desembarco en Africa, habia reclutado cuatro mil samnitas á quienes obligó al servicio de remeros (257). Indignados de este tratamiento, se unieron á tres mil esclavos y con su ayuda se rebelaron amenazando á sus tiranos. Pero fueron vendidos por Herrio Poticio, capitan de los auxiliares á quien habian elegido por jefe.

Esta vez adquirieron los que se acababan de sublevar en Sicilia, la simpatia de todos los esclavos en quienes la servidumbre no habia apagado del todo el valor que les animaba (135). Haciéndose pasar en Asia, un tal Aristónico por hijo de Eumenes II, rey de Pérgamo, se apodera de Leuca; y derrotado después por los efesios, se retira hácia el centro del Asia, donde hace un llamamiento á los esclavos para conquistar la libertad, y reune un gran ejército. Insurrecciónanse veinte mil esclavos, empleados en las minas del Atica; otro tanto hicieron otros en Delos, y otros en Campania. En la misma Roma conspiran ciento cincuenta mil esclavos, no por la libertad y la igualdad entre los

(15) *Deipnosophistæ*, lib. VI.
(16) SUETONIO, en *Augusto*, 16; PLINIO, XXXIII, 10.
(17) APULEYO, en *Apolog.*
(18) *Quamtum periculi immineret, si servi nostri nos numerare cæpissent.* SÉNECA, De clementia. I, 24.

(19) Es referida esta sublevacion por Diodoro en sus fragmentos.

hombres,—estas palabras debian de tardar siglo y medio en dejarse oir desde una choza y desde un patíbulo para no olvidarse jamás,—sino solo para sacudir un yugo intolerable.

Euno.—Encontrábase entre los esclavos de Sicilia un tal Euno, natural de Apamea en Siria, hábil en el arte de los encantos y adivinaciones, que pretendia hacer creer que primero se le revelaba el porvenir en sueños, y aun después del sueño. Como todas sus predicciones no habian sido desmentidas, habia conseguido gran consideracion entre sus compañeros. Unas veces manejaba un hierro ardiendo, otras despedia llamas por la boca, haciéndose admirar por la ignorancia. Alabábase de que se le habia aparecido la gran diosa Sira y le habia predicho que seria rey, lo cual repetia á sus camaradas y á su señor Antígenes. Este se divertia con tales delirios y le llamaba en burla rey: presentábale como tal á sus amigos, quienes le preguntaban como trataria á tal ó cual, luego que subiera al trono. Respondia Euno unas veces de un modo estraño y otras con mucho juicio; pero la reunion no hacia más que reir, y le arrojaba algunas sobras del espléndido banquete.

Llegado el momento de la rebelion acuérdanse los conjurados del adivino y rey, y acuden á Euno para consultarle, y él, aprovechándose de su prestigio, les asegura que tienen el asentimiento de los dioses, exhortándoles á la rebelion. Fácilmente se cree lo que agrada: reúnense cuatrocientos esclavos y toman por jefe al rey Euno ¿quien mejor? Guiados por él, verifican una irrupcion en Enna, donde dan muerte y violan sin respetar á matronas ni á niñas. Unense á ellos otros esclavos, después de haber degollado á sus señores, y les ayudan á degollar á otros más. Cogidos Damofilo y su mujer, en una vecina casa de campo, fueron arrastrados á la ciudad, espuestos en el teatro y allí juzgados con regularidad; después se dió muerte vergonzosa al marido, y su esposa Megálida fué entregada á sus esclavas que le hicieron sufrir los más refinados tormentos. Solo libertaron los esclavos á su hija, la que, compasiva para con ellos cuando eran maltratados, los socorria en su prision, los cuidaba en sus enfermedades y les daba de comer cuando tenian hambre.

Convertido verdaderamente Euno en rey, merced á sus supercherias y al nombre de buen agüero que habia recibido bromeando, se apodera de la púrpura y la diadema; trata á su mujer como reina, se dá el nombre de Antíoco y el de sirios á los sublevados. Elige para consejeros á aquellos que conoce más astutos y avisados y entre ellos á un tal Aqueo. Ejerciendo entonces la autoridad con feroz crueldad, propone dar muerte á todos los eneos, á escepcion de aquellos que saben y quieran fabricar armas.

Como el emperador Cristóbal de Santo Domingo, tuvo Euno en tres dias mil setecientos hombres armados como mejor pudieron, y dió principio á recorrer el pais con la brutalidad natural á una tropa que no tenia de humano más que el instinto de venganza. Habiéndose aumentado sus fuerzas hasta el número de diez mil combatientes, se atrevió á presentar batalla á Lucio Ipseo y después á varios generales romanos, de quienes alcanzó más de una vez la victoria.

Por otra parte el ciliciano Cleon sublevaba tambien esclavos, y cuando esperaban los romanos que no tardando ambos partidos en ser rivales, acabarian por aniquilarse entre sí, lo cual libertaria á la Sicilia, supo Euno, que no carecia de habilidad, atraerse á Cleon con sus cinco mil compañeros. Un mes después de la insurreccion, se encontraba al frente de doscientos mil guerreros, lo cual le animó á atacar á Mesina, pero fué rechazado de ella por el cónsul Calpurnio Pison (20).

Si á veces se lanza con feroz ardor á la victoria un ejército compuesto de gentes recogidas á la casualidad, es con facilidad engañada por la política ó dominada por la táctica y la disciplina. Las rebeliones que hemos visto en otros puntos fueron sofocadas con prontos envios de fuerzas, seguidos de atroces suplicios, multiplicados hasta lo infinito; pero en Sicilia continuaron aun algun tiempo las victorias y las ciudades tomadas, hasta que Rupilio sitió á Taormina (133) y la redujo á tal estremidad, que los sitiados se comian unos á otros, cuando el sirio Serapion entregó la ciudadela por traicion. Los que se habian refugiado en ella, fueron precipitados desde lo alto de las murallas, después de haber sufrido atroces tormentos. Habiendo sido atacada Enna á su vez, fué muerto Cleon en una salida, tomada la ciudad por traicion y veinte mil sirios pasados á cuchillo (132).

Euno, á quien faltaba el valor necesario á un jefe de partido, huyó con seiscientos hombres, quienes viéndose perseguidos y sin poder escapar, se dieron muerte unos á otros. Se encontró al rey en una caverna donde se habia refugiado con su cocinero, su panadero, su bañero y su bufon. Sumergido en las prisiones de Morgantina, murió roido por la miseria. Restituyó Rupilio la tranquilidad á la Sicilia, y ya se puede adivinar por qué medios.

No sucede la calma inmediatamente después de la tempestad. Varias insurrecciones de menor importancia estallaron sucesivamente en Italia, las cuales causaban tanta más inquietud, cuanto que los cimbros habian pasado los Alpes, y recordaban la formidable memoria de Brenno. Rebeláronse treinta esclavos en Nocera, y fueron castigados, haciendo otro tanto doscientos en Cápua, donde tambien perecieron. Tito Minucio Vetio, caballero romano, hijo de un hombre muy rico, se enamoró

---

(20) Este fué el autor de la ley *De repetundis*, destinada á poner freno á la rapacidad de los magistrados. Envióle el Senado, cuando era pretor en Sicilia, dinero para comprar trigo; y cumplió esta mision con tanta lealtad, que devolvió la mayor parte de la suma que se le envió con este objeto, lo cual le valió el sobrenombre de *Frugi*. CICERON, *in Verr.*, III.

de una jóven esclava que pertenecia á otro, y no pudiendo vivir sin ella, compró sus favores con siete talentos áticos. Llegado el dia del pago, pidió un plazo de treinta dias por no tener el dinero necesario para verificarlo, no pudiéndolo hacer tampoco en el segundo vencimiento. Pero como creciese de dia en dia su amor hácia la esclava, se decidió á hacer uso de la violencia. Habiendo, pues, comprado al fiado quinientas armaduras que llevó al campo, escitó á la revolucion á cuatrocientos esclavos, á la cabeza de los cuales se ciñó la corona. Empezó entonces á maltratar á sus acreedores, á invadir las casas, las viviendas de recreo, admitiendo en sus filas á todos cuantos se presentaban, dando muerte á los que rehusaban hacerlo, y concediendo, por último, asilo á los esclavos fugitivos. Ocupóse el Senado prontamente de esto, y Lucio Lúculo derrotó á Minucio, que se dió muerte; y perecieron todos sus cómplices, escepto Apolonio que los habia vendido.

En el momento en que Cayo Mario se aprestaba á llevar la guerra á los cimbros (104), habia sido autorizado por el Senado para pedir socorros á los paises de allende el mar. Para conseguirlos, dirigióse á Nicomedes II, rey de Bitinia. Pero este príncipe le contestó que no se encontraba en disposicion para proporcionárselos, atendido á que la mayor parte de sus súbditos habian sido robados por los exactores y vendidos como esclavos. Declaró entonces un decreto del Senado que ningun individuo de condicion libre ó de una nacion aliada al pueblo romano, podria ser hecho esclavo en las provincias: dióse órden en su consecuencia á los procónsules y á los pretores de poner en libertad á todos aquellos á quienes se detenia ilegalmente en la esclavitud.

En virtud de este decreto, Licinio Nerva, pretor en Sicilia, dió libertad á ochocientos en pocos dias. A esta noticia, se despierta de nuevo la esperanza entre todos los demás. Espántanse las *gentes honradas*, y consiguen con medios pecuniarios que Nerva suspenda seguir dando libertad. Empieza entonces el digno pretor á despedir con soberbias recriminaciones á los que aun se presentan alegando derechos á la libertad. Irritados estos más por la afrenta que por el perjuicio que han sufrido, traman una conspiracion. Treinta esclavos pertenecientes á dos opulentos hermanos, nombran por jefe á Oario, degüellan á sus amos, sublevan á los esclavos de las cercanias y encuentran antes de la aurora más de ciento veinte compañeros. Apodéranse de un fuerte dejando para su defensa ochenta hombres que se unieran á ellos ya enteramente armados.

Acude Nerva, pero no logrando nada con la fuerza, recurre á la traicion. Promete impunidad á Cayo Titinio, condenado á muerte, y este se aproxima al fuerte, ocupado por los rebeldes, con una tropa de hombres seguros, fingiendo que iba á reunirse á ellos contra sus comunes opresores. Se hace su jefe, y abre las puertas al enemigo. Perecen la mayor parte peleando, y los restantes son precipitados desde lo alto de las murallas.

Otros ochenta esclavos se han insurreccionado y han dado muerte á Publio Clonio, caballero romano, y su número se aumenta de dia en dia. Avanza el pretor hacia el monte Capriano, donde se habian reunido; pero pareciéndole ofrecer peligros el ataque, se dirige á Heraclea. Animados los rebeldes con que no se hubiera atrevido á atacarlos, recorren las cercanias, y encontrándose bien pronto en número de ochocientos hombres bien equipados, derrotan al pérfido Titinio, y sus armas les proporcionan nuevos medios de defensa. Ascienden ya sus fuerzas á seis mil combatientes, y eligen por rey á uno de los suyos, llamado Salvio, hábil arúspice, flautista, y por lo comun guia en las pompas solemnes; y hace este hombre que abandonen las ciudades como sitios de molicie que les recuerdan la memoria de la servidumbre, y dividiendo su tropa en tres destacamentos, cada uno de ellos á las órdenes de un jefe particular, les designa un punto de reunion para encontrarse después de las incursiones y saqueos por el campo.

Encontrándose por fin Salvio á la cabeza de dos mil caballos y veinte mil infantes, aguerridos y orgullosos de su libertad nuevamente recobrada, dirige el ataque contra Morgantina. Sorpréndelos el pretor en el campamento, que invade y entrega al pillage, pero rehechos de su primer espanto, renuevan el combate y derrotan al enemigo. A la órden de Salvio de perdonar al que depusiera las armas, se rindieron la mayor parte de los romanos; solo seiscientos fueron muertos, y cuatro mil quedaron prisioneros.

Dobla el número de sus soldados esta victoria que aumenta grandemente el crédito de Salvio, y empieza á batir con atrevimiento las campiñas comarcanas prometiendo la libertad á todos los esclavos de Morgantina. Pero habíanse adelantado los señores haciéndoles la misma promesa; resultando que los esclavos de la ciudad combatieron con tenacidad á Salvio, que se vió precisado á retirarse. Apenas habia pasado el peligro, cuando anuló el pretor el compromiso contraido por los señores; pero engañados entonces los esclavos en su esperanza salieron en tropel para unirse á los rebeldes.

Subleváronse otros tambien en Egesta, en Lilibeo y en otras partes (103), bajo el mando del ciliciano Atenion, hombre enérgico, versado en astrologia, que en cinco dias reunió mil de ellos, pero obrando con prudencia no acogia á todos los fugitivos y no alistaba sino á los más valientes; invitaba á los demás á que permaneciesen en sus talleres y á que le proporcionasen víveres y noticias. Queria además que no se vejase al pais y no se maltratase á los animales, como dependencias de un reino que le prometian los astros y que él bien pronto poseeria. Sitió con más de diez mil hombres á la inespugnable Lilibeo, pero conociendo que era inútil declaró que las estrellas le aconsejaban alejarse de

aquella fortaleza. Así las cosas, llegaban precisamente al puerto bajeles conduciendo cohortes moras en socorro de los sitiados, que haciendo una salida durante la noche cayeron sobre los insurreccionados, de los que mataron gran número. Aumentóse la fama de Atenion como profeta.

Los que conocen los efectos de la rebelion de los negros en la más bella de todas las Antillas, al principio de este siglo, no tienen necesidad de que nos detengamos á describir el estado del pais. Encontrábanse cerrados los tribunales, y cada uno obraba á su antojo; los mismos hombres libres, reducidos á la indigencia, se entregaban á todos los escesos y nadie se atrevia á pasar las murallas.

Habíase adelantado Salvio hasta Leontino reuniendo allí un ejército de treinta mil hombres; y celebró la fiesta de los héroes pálicos, semi-dioses honrados con particularidad en Sicilia. Eligió después para su residencia el fuerte de Triocala, donde se instaló con el sobrenombre de Trifon, y construyó alrededor una ciudad de ochocientos estadios de circunferencia con fosos, foro y palacio. Formóse un consejo y tomó con los lictores las demás insignias de la autoridad suprema.

Desde aquel punto este rey de los esclavos, émulo de los héroes, envió órden á Atenion de llegar á unirse á él; y este haciendo el sacrificio de su grandeza al interés comun, lo verificó con tres mil hombres, mientras otros recorrian las campiñas y propagaban la insurreccion (21).

Alargábase el asunto y era necesario dar un golpe decisivo. Vino después Licinio Léntulo con catorce mil romanos, ochocientos bitinios, tesalios, acarnanios, seiscientos lucanios y otros tantos reclutas para devolver la tranquilidad á la Sicilia. No conocia Atenion esta guerra por pequeños destacamentos, en la que debe consistir la táctica de los insurreccionados, y resolvió combatir á campo raso. Empeñaron cuarenta mil la batalla cerca de Sirtea, y consiguió la victoria la disciplina (102). Fueron muertos veinte mil rebeldes y los demás dispersados. Herido Atenion se ocultó entre los muertos y huyó cuando llegó la noche. Pronto fué sitiada Triocala.

Fué tan grande el desaliento como lo habia sido la audacia; hablábase ya de entregarse á la misericordia de los señores; pero los más resueltos disuadieron á los demás y les persuadieron á vender caras sus vidas más bien que consumirlas en los tormentos é insultados por los verdugos. Lanzándose, pues, con la energia de la desesperacion sobre los romanos los derrotaron y rechazaron de Triocala.

Gneo Servilio, que reemplazó á Léntulo, no hizo progreso alguno, al paso que Atenion que mandaba solo desde la muerte de Salvio, conseguia hacer triunfar á los esclavos. Pero el cónsul Cayo Mario precedido del espanto que inspiraba el vencedor de los cimbros acababa de dar otro aspecto á la fortuna de aquellos (100). Persiguió su colega Manio Aquilio á los rebeldes, los derrotó varias veces, y dió muerte en singular combate al mismo Atenion. Refugiáronse diez mil de ellos en lugares fortificados, pero los persigue con obstinacion y los desaloja. Dícese que perecieron en esta guerra un millon de esclavos. No quedaban más que mil bajo las órdenes de Sátiro; estos concluyeron por rendirse, y la magnanimidad romana les condenó á pelear con las fieras. Quisieron al menos perecer noblemente: y así cuando se encontraron en medio de la arena, con las armas en uso en esta clase de lides, se colocaron cerca de los altares y se dieron muerte intrépidamente unos á otros. Habiendo Sátiro quedado el último, se clavó su espada en el pecho, con gran diversion del Senado y del pueblo romano.

(21) Es curioso ver la identidad en varias circunstancias de esta insurreccion con la de Santo Domingo después de 1801. Aquí tambien Toussaint se unia á Cristóbal. Refugiábanse en los bosques, se dejaban á veces batir; Leclerc ó Boudet los atraian al campo; y las mismas devastaciones, idénticas perfidias, la misma union entre las plantaciones vecinas, la misma lucha seguida de reconciliacion entre los jefes de los mulatos Petion, y Cristóbal el de los negros.

CAPÍTULO V

GUERRAS ESTERIORES.—MARIO.—LOS CIMBROS.

Las disensiones intestinas no habian suspendido las guerras esteriores de Roma. Esta dominaba entonces á más de la Italia propiamente dicha, la Sicilia, la Galia Cisalpina, Liguria, Cerdeña, Córcega, las dos Españas, el territorio de Cartago, la Macedonia, la Acaya, el reino de Pérgamo, formando otras tantas provincias de la república. Habiendo concebido varias ciudades la idea de conquistar por la fuerza los derechos que les eran negados, el Senado habia sentado el pié sobre las primeras chispas; y por haberse declarado en abierta rebelion fué arrasada Fregelas hasta sus cimientos (128).

Galia meridional.—Fulvio Flaco, aquel impetuoso amigo de Graco, habia conducido á las legiones romanas allende los Alpes, para socorrer á los masiliotas contra los salios: posteriormente dirigió su sucesor Sextio Calvinio con más fortuna sus operaciones y fundó en aquellas cercanias una ciudad á que dió el nombre de *Aquæ Sextiæ* (Aix de Provenza) (120), que hizo conocer á los habitantes de Masilia cuan imprudentes habian sido en llamar á semejantes vecinos. Para consolidar aquella posesion estableció Marcio Rey una colonia romana en Narbona; abrióse allí un puerto para recibir la escuadra (118), y para ruina de Marsella se dirigió á aquel puntó el comercio de Italia, Africa y España.

Bajo el pretesto habitual de defender á los eduos contra los alóbroges y los arvernos, Roma hizo atravesar los Alpes á sus tropas. Tenian los arvernos por rey á Betulto, cuyo padre poseia tantas riquezas, que recorria á veces la campiña arrojando monedas desde su carro: una vez mandó servir dentro de un recinto de dos mil metros, bebidas y manjares esquisitos para todo el que quisiera presentarse allí en el trascurso de muchos dias. Doliéndose un poeta de haber llegado demasiado tarde á otro banquete, el arverno (1) echó á sus piés una bolsa llena de oro, y el bardo continuó cantando que bajo las plantas del rey nacian todos los bienes. Sin gran trabajo fué vencido Betulto por el cónsul Domicio, que habiéndole invitado á una conferencia, se apoderó de su persona y le envió encadenado á Roma, donde sirvió de ornamento á su triunfo (124).

Provenza.—Quinto Fabio, que mereció en aquella guerra el sobrenombre de Alóbroge, redujo la Galia meridional á provincia consular (*Provenza*), es decir, que allí debia enviarse anualmente un cónsul con un ejército: lo cual demuestra que se consideraba como poco sincera la sumision de los vencidos.

Islas Baleares.—En las dos grandes islas situadas cerca de España Tarraconense habitaban los baleares, poblacion salvaje, que vivian dentro de grutas y apacentaban sus rebaños. Especialmente eran hábiles en el uso de la honda; acostumbrábanles desde su niñez las madres á este ejercicio, no dándoles de comer hasta que con una piedra habian dado en el punto de donde colgaba el pan que debia servirles de alimento. Entregábanse tambien á la pirateria y se aventuraban á veces á abordar á tierra firme para hacer provisiones de aceite y vino. Queriendo Roma poner coto á sus escursiones, al mismo tiempo que castigarles por haber socorrido á los cartagineses, dirigió contra ellos una escuadra desproporcionada para vencer á una poblacion de treinta mil almas. Sucumbieron los baleares y fué esterminado hasta el último de ellos: fundáronse en aquellas islas las ciudades de Palma y de Polencia (123): Quinto Metelo estableció allí colonos y alcanzó

(1) Creo apelativo el nombre de Ἀουέρνιος que se lee en Ateneo y lo corrijo por Ἀρουέρνιος.

los honores del triunfo. Deseoso de vencer á su vez Cecilio Metelo, invadió sin motivo la Dalmacia y la subyugó sin dificultades (118).

Quinto Metelo.—Estos Metelos eran hijos de Quinto el Macedónico, citado por los historiadores á causa de su estraordinaria ventura. Nacido de una ilustre familia, en una ciudad tambien ilustre, con una robustez corporal á prueba de las más rudas fatigas, dotado de nobles cualidades, tuvo una mujer prudente y fecunda. De cuatro hijos vió á tres de ellos cónsules, uno sobrenombrado el Baleárico y otro el Dalmático por sus triunfos: casó muy pronto á sus hijas, y conoció á sus nietos. Tambien él habia merecido el sobrenombre de Macedónico, y obtenido dignidades, honores, mandos, favores, cuanto puede apetecer un hombre. No esperimentó más sinsabores que el insulto que segun hemos dicho, recibió del tribuno Atinio, y la enemistad del menor Africano; pero el ultraje del primero se convirtió para él en triunfo, y cuando Escipion hubo muerto dijo á sus hijos:—«Id y honrad sus funerales, porque nunca vereis el ataud de ciudadano más insigne.» Murió príncipe del Senado á una edad muy avanzada, y fué llevado á la pira por sus hijos, que ya se habian hecho ilustres.

Licinio Craso.—Lejos de amortiguarse la memoria de los Gracos, suministraba amenudo pretesto para turbar la tranquilidad pública y privada. Opimio fué llamado á dar cuenta de la muerte de los ciudadanos á quienes habia inmolado; pero fué absuelto. Licinio Craso, cuñado de Graco, y yerno de Mucio Escévola, augur, reputado como oráculo en la ciencia de las leyes, y como un prodigio de probidad y sabiduria, se presentó como acusador de Papirio Carbon, quien después de haber sido íntimo amigo de los Gracos, figuraba como defensor de su asesino.

Acusaciones como ejercicio.—Es una particularidad de las costumbres romanas el hábito de tener un enemigo declarado. Los jóvenes que entraban en la carrera pública por la tribuna de las arengas, empezaban frecuentemente acusando á un personaje de nombradia, á quien hacian condenar á fuerza de elocuencia á la multa ó al destierro. Ciceron cuenta entre el número de los medios de adquirir gloria estas acusaciones juveniles. Aconseja, no obstante, adoptar el partido de la defensa, porque le parece que es propio de un hombre duro poner así en peligro de muerte á otro, *sobre todo* si es inocente. «En cuanto á defender á un culpado, continua el moralista, no hay porque sentir convencimiento, atendido á que el patrono se adhiere á lo verosimil, aun cuando aparece lo menos verdadero.» (2) Asi por pura conveniencia desviaba á los jóvenes de la calumnia, el peor de todos los desafueros; y de este modo el arte de la palabra venia á ser un simple ejercicio de destreza, en que no se propendia más que al triunfo de la causa abrazada y al abatimiento de un rival; pero tambien se grangeaba un eterno enemigo, y se tenia en contra á todos sus allegados.

Licinio Craso, que debia hacerse célebre entre los oradores romanos, queriendo empezar tambien su carrera por una acusacion ruidosa, en que pudiese acreditar su habilidad en el arte del discurso y en el conocimiento de las leyes, atacó á Carbon, que unia al crédito y á la autoridad una elocuencia sin rival. Al principio se turbó Craso hasta el punto de no poder continuar su arenga; pero habiendo recuperado aliento estrechó vivamente á su adversario, echándole en cara sus escesos, cuando seguia el partido de los facciosos, y las vilezas con que se habia manchado al afiliarse entre las personas honradas: el acusado evitó una condena envenenándose. Justo es decir que el jóven orador no se apartó de la senda de la honra para ganar su causa; pues habiéndole llevado un esclavo ofendido una cajita que contenia los papeles de Carbon, Craso la devolvió á su dueño sin abrirla, enviándole tambien el infiel esclavo.

Cayo Mario.—Pero otro hombre iba á dejar á todos aquellos en zaga y á vengar en los nobles la sangre de los Gracos. Habia nacido Cayo Mario de padres oscuros en Arpino (153?), y no habiendo conocido hasta muy tarde la corrupcion y la cortesania de Roma, conservó siempre algo de áspero y de silvestre. En el sitio de Numancia, donde esgrimió las armas por la vez primera, mostró tanto denuedo, que habiéndosele preguntado á Escipion Emiliano, quien podria sucederle algun dia, respondió señalando á Mario: *Ese sin duda.* Esta frase despertó la ambicion del arpinato, quien obligado á abrirse por sí mismo el camino, como un hombre sin antepasados y sin clientela, se revistió de paciencia y sufrió muchos desaires hasta que obtuvo la cuestura y después el tribunado. Entonces propuso un nuevo método de emitir los votos con objeto de reprimir las cábalas (118). Habiendo querido combatirlo el cónsul Cotta, Mario entró en el Senado, donde le intimó con amenazas, que desistiera de su oposicion, y mandó poner preso á Metelo, presidente de los senadores, favorable al cónsul.

Tanta osadia advirtió á los padres conscriptos y á la plebe, que hallarian en él un hombre inaccesible al miedo, decidido á sostener sin contemplacion alguna la causa de la muchedumbre (116). Nombrado pretor limpió la España de las bandas que la infestaban; de vuelta en Roma, tomó parte en los públicos negocios. Aun cuando no poseyera riquezas, ni fuera elocuente, ageno á las intrigas políticas, dotado de un carácter firme, obstinadamente infatigable en el trabajo, y llevando un género de vida popular hasta lo sumo, no tardó en adquirir ascendiente.

Hallábase entonces dividida la dominacion entre los patricios y los caballeros: tocaban á los senadores el poder y la magistratura; á los caballeros,

(2) *De officiis*, II, 10.

el dinero, las tierras, los juicios. De acuerdo todos para asegurar la impunidad á sus escesos, conspiraban á oprimir al pueblo. Mario, hombre nuevo y poco acostumbrado al tumulto del foro, carecia de habilidad para sostenerse enfrente de los dos partidos: ora estuviesen en lucha, ora obrasen de concierto, aparecia tan pusilánime en el manejo de los negocios civiles, como era intrépido en la guerra. Reconoció, pues, en breve que la guerra le era necesaria para dominar, y la que acababa de encenderse era de una naturaleza más formidable que las precedentes.

Numidia.—Cuando hubieron domado los romanos á Cartago, redujeron á provincia la Zeugitana y las pocas ciudades marítimas del sudeste que habian permanecido fieles á su rival (96). Conservároнse independientes en Africa la Cirenaica que después fué legada por su rey Apion á los romanos; la Mauritania, que se estendia desde el Mediterráneo hasta Getulia y desde el Atlántico hasta el rio Molocat (*Malva*), reinando en ella Bocco; y la Numidia, que comprendia desde el mismo rio hasta el territorio cartaginés, y se dividia desde el Ampsagas en dos partes, habitada la oriental por los masilios y la occidental por los masesilios, súbditos los primeros de Masinisa, y los segundos de Sifax. Habiendo este sucumbido por su fidelidad á Cartago (libro IV, pág. 139), fueron sus Estados concedidos á Masinisa, de suerte que las dos tribus formaron un solo pueblo que se estendia desde Molocat hasta las fronteras de Cirene.

A pesar de todos los esfuerzos de Masinisa para hacerle adoptar una clase de vida más civilizada, permaneció siempre este pueblo siendo pastor y vagabundo. Los romanos, que por primera vez encontraban una nacion de este carácter, la designaron con el nombre de *nómadas* que se cambió después en el de númidas, perpetuándose este último sin haber sido jamás esclusivo de ninguna de aquellas tribus, hasta la época en que los árabes aniquilaron la civilizacion africana.

Yugurta.—Tuvo por sucesor Masinisa á su hijo Micipsa (119), siempre fiel á los romanos, ó más bien su vasallo, quien dejó al morir dos hijos, Hiempsal y Aderbal; pero con el objeto de que su sobrino Yugurta, hombre de carácter emprendedor, no se prevaliese de su juventud para despojarles, le dió tambien una parte en la herencia. Murió después de haberle recordado los beneficios de que le habia colmado, recomendándole sus dos hijos.

¿Pero de que sirven el parentesco y el reconocimiento para un ambicioso? Intrépido Yugurta en el campo de batalla, astuto en el consejo, de carácter orgulloso, siempre el primero en herir al leon en la caza, ó al enemigo en el combate, habia conseguido el amor del pueblo, al que siempre lisongea la ostentacion de la fuerza. Se habia tambien mostrado favorable á los romanos, habiéndole convencido sus relaciones con ellos que todo se podia alcanzar de ellos por dinero. Dispuesto á reinar solo, compra muchos amigos en Roma y hace asesinar á Hiempsal; rodea entonces de lazos á Aderbal y luego le declara abiertamente la guerra; de manera que después de haber perdido sus Estados este príncipe, se vé precisado, para escapar, á refugiarse en Roma.

¡Triste asilo para quien no llevaba más que la razon! Presentóse al Senado, y recordándole su antigua alianza, los servicios de Masinisa, la iniquidad y crímenes de Yugurta, invocó su proteccion con el título de aliado. Pero Yugurta habia enviado en pos á sus embajadores, no tanto encargados de disculparle como de prodigar oro, á fin de asegurarle la benevolencia de los amigos que se habia grangeado en Numancia y para proporcionarle otros nuevos. Salió airosa la intriga, y si algunas almas honradas tomaron la defensa de Aderbal, la mayor parte le negaron la herencia reclamada. Designáronse comisionados para que fueran á dividir el reino entre los dos competidores con encargo de intimar á Yugurta que no inquietase á su primo.

Numidia dividida.—Aunque la mejor parte recayó en Yugurta, gracias á Opimio, asesino de Graco, que no habia sabido resistir al incentivo del oro, no pudiendo sufrir el orgulloso númida que se dividiese el reino, no cesó de provocar á su rival, y en fin le llamó al combate y sitió á su capital Cirta (*Constantina*) (113). Estaban establecidos muchos mercaderes italianos en esta ciudad, depósito del Africa; se armaron y reunidos á algunas tropas del pais rechazaron á los sitiadores.

Espidió Aderbal con premura comisionados al senado romano esponiéndole lo que pasaba; contentáronse los padres conscriptos primero con hacer marchar otros comisionados, los que encontraron valederas las escusas de Yugurta. Pero habiéndose después estrechado el cerco con más vigor, el peligro que corrian gran número de italianos, hizo prevalecer el dictámen de las gentes honradas, y se decretó enviar pronto un ejército; pero antes una nueva diputacion, á cuyo frente se encontraba Escauro, presidente del Senado, hombre de severidad catoniana, autor de una ley suntuaria contra el escesivo lujo de los banquetes y que hasta entonces habia usurpado la reputacion de integridad. Llegados los comisionados á Africa, citaron á Yugurta para que compareciese ante ellos en Utica; pero antes de obedecer hizo un último esfuerzo contra Cirta, que opuso resistencia (112). Preséntase entonces, escucha las recriminaciones y amenazas de Escauro, se defiende frívolamente, acusando, por ejemplo, á Aderbal de haber atentado á sus dias, y gracias al poder del oro, encuentra Escauro escelentes sus escusas y se vuelve á Roma.

Entonces desplegó Yugurta más energia contra Cirta; y abrió Aderbal las puertas de la ciudad á condicion de conservarse la vida á los sitiados é instigado por los italianos, que le aconsejaban guardar su existencia á cualquier precio, pues Roma no podria dejar de devolverle sus Estados. Todo lo

prometió Yugurta, pero tan pronto como se hizo dueño de Aderbal, le mandó degollar con todos los mercaderes italianos.

Temblaron de indignacion al saber esta noticia todas las gentes honradas de Roma, y sin embargo, los amigos de Yugurta ó sus vendidos protectores, hubieran sofocado de buena voluntad este asunto, si el tribuno Cayo Memmio no hubiese revelado al pueblo tal barbarie. Demostró con tanta evidencia la vergonzosa venalidad de los patricios, que la plebe quiso juzgar la causa. Intimidado el Senado decretó la guerra, confiando su direccion al cónsul Calpurnio Bestia (111). Este consideraba el oficio de las armas como un tráfico, y llevaba consigo á Emilio Escauro, dispuesto á venderse como él. Después de algunas vigorosas demostraciones, aceptaron una conferencia con Yugurta, le concedieron la paz con escelentes condiciones; y el Senado, ya fuese por consideracion á Escauro ó por complicidad, dió su consentimiento.

Pero quedaba el temible clamor popular: levanta la voz con energía el tribuno Memmio contra la vergonzosa corrupcion de los patricios, y hace que se dé órden á Yugurta de ir á justificarse en Roma. Conociendo ya el númida las armas de que se ha de valer no titubea en presentarse. Intímale Memmio, delante de sus jueces á que nombrase á los que ha comprado por dinero, pero el otro tribuno, Cayo Bebio, á quien ha sobornado, le manda callar. Aun más, pidiendo en alta voz Masiva, primo de Aderbal, venganza por la muerte de este príncipe, le hace asesinar el rey númida enmedio de la ciudad; se marcha después, y dirigiendo sobre Roma una última mirada, esclama: *¡Ciudad venal, no te falta más que un comprador!*

Empréndense de nuevo las hostilidades (110); pero la guerra camina con lentitud bajo la direccion del cónsul Albino y de su hermano Aulo: es desterrado el primero por corrupcion, como tambien Calpurnio Bestia, Opimio Nepote y otros varios. Y no se liberta Aulo de Yugurta, sino pasando con el ejército bajo la horca.

Pedia venganza semejante ultraje. Confió el Senado el ejército á Cecilio Metelo (109), que inaccesible á la compasion y al oro, hizo á Yugurta una guerra de esterminio: empleando en contra suya las mismas armas y corrompiéndole á los que le rodeaban, le repelió hasta los límites del gran desierto. Allí implora la paz el númida. Se le intima que apronte 20,000 libras de plata, todos sus elefantes, una cantidad determinada de caballos y de armas, y entregue todos los desertores, que en número de tres mil fueron degollados, quemados vivos ó mutilados (3). Pero cuando oye intimarse la órden de presentarse en persona ante el procónsul, esclama Yugurta: *Un cetro pesa menos que las cadenas*; y empieza nuevamente la guerra, disciplina á los getulios, y subleva contra los romanos á Bocco, su suegro, rey de Mauritania.

(3) Orosio, V, 3.

Metelo tuvo motivo para felicitarse de contar por segundo á Cayo Mario en esta campaña: pero otra cosa fué en Roma, donde en vez de atribuir al general sus proezas, se esforzó por suplantarle, acusándole de dar largas á una guerra que se podia acabar de un solo golpe. Favorecieron á Mario los caballeros, cuyo comercio era interrumpido por aquellas hostilidades, lo cual les irritaba sobremanera: apoyóle además el pueblo bajo, al cual alistó antes que nadie en la milicia, á consecuencia de la disminucion del número de propietarios, y á quien halagaba por sus agudezas contra la antigua nobleza deshonrada por sus actos, mientras se elevaban por su propio mérito hombres nuevos.

Mario el plebeyo obtiene, pues, el consulado que ha pedido (107), y se pone á la cabeza del ejército de Numidia. Se apodera de Capsa, cuyos moradores pasa á cuchillo, aun cuando les habia prometido la vida, y precedido por el terror sigue el curso de sus victorias. Esas infunden desaliento en el alma de Bocco, que se decide á abandonar á Yugurta y solicita la amistad de los romanos: se la prometen á condicion de darles testimonio de su arrepentimiento con sus servicios. Consistió el servicio en hacer traicion, después de luchar mucho consigo mismo (4), á su huésped, á su yerno, entregándole á Sila (106), quien le envió á Roma.

Fin de Yugurta.—Corren anhelantes los ciudadanos á ver á aquel enemigo, durante cuya vida no esperaban tener paz nunca: tan fecundo era en espedientes, y de tal modo juntaba la astucia al denuedo. Mario le arrastró detras de su carro (105). Sus gritos y contorsiones al verse encadenado y sirviendo de espectáculo á una insolente turba, hicieron creer á los romanos que se habia vuelto loco. Enseguida fué llevado á la cárcel: y los lictores le arrancaron las puntas de las orejas por quitarle con más prontitud los aretes de oro que llevaba. Arrojado desde allí desnudo en un húmedo calabozo, no pronunció más que estas palabras: *Cuan frio es este calabozo vuestro.* Allí murió tras seis dias de hambre. Dividióse la Numidia entre el infame Bocco y los dos nietos de Masinisa, Hiempsal y Yarbas, no reservándose Roma más que la parte que redondeaba los confines de su provincia de Africa (105).

Habia llevado Mario de este punto 3,700 libras de oro en barras, 5,775 de plata, y 28,700 dracmas en moneda. Este triunfo le atrajo nuevos envidiosos; y los nobles vieron con despecho que aquel hombre nuevo les trataba ásperamente, alistaba al pueblo bajo sus banderas, y preferia el

(4) Salustio dice que Bocco, *remotis amicis, dicitur secum ipse multa agitavisse, vultu corporis pariter atque animo varius: quæ scilicet, tacente ipso, occulta pectoris, patefecise* (§ 113): lo que trae á la memoria el vicario de la provision de Manzoni, del cual «no se puede saber con exactitud lo que hacia, pues estaba solo, viéndose la historia obligada á adivinar; cosa á que afortunadamente se halla acostumbrada.»

brillo de las acciones á un nacimiento ilustre. Volvieron á levantar cabeza los partidarios de la causa popular, y fueron á la sazon bastante poderosos para que la eleccion de los pontífices se transfiriese al pueblo á propuesta de los tribunos: estableciόse además que un senador degradado por un plebiscito no pudiera ser ya repuesto; que todo aliado latino, que habiendo acusado á un senador, probara su culpabilidad, adquiriria la plenitud de los derechos de ciudadania, y por último, se restableció la ley agraria. En breve llegó á acrecer la importancia del vencedor de Yugurta un nuevo peligro, la invasion de los pueblos septentrionales.

Los cimbros.—La más fuerte de las hordas cimbras, establecidas allende el Rhin, como dijimos anteriormente (Lib. III, cap. 20), se habia fijado en la ribera del Océano septentrional, en la península címbrica (*Jutlandia*) y á poca distancia de los teutones del Báltico. Arrollados los cimbros por una irrupcion temible del mar, descendieron en número de trescientos mil guerreros hasta el Danubio, y cruzaron su corriente. Cayeron sobre la Nórica, y asediaron á Norella, cabeza de la Italia por el lado de los Alpes tridentinos. Enviado contra ellos el cónsul Papirio Carbon fué vencido (112), y los bárbaros devastaron toda la comarca, desde el Danubio hasta el Adriático, y desde los Alpes hasta las montañas de la Tracia y de la Macedonia; cargados después de botin, se engolfaron en los valles de los Alpes helvéticos al cabo de tres años (5).

A la vista de aquellos ricos despojos las seis tribus de los galos establecidas en la comarca, sintieron despertarse su codicia y se precipitaron con ellos sobre la Galia central (107), y después de haberla talado, sobre la nueva provincia romana. Alcanzaron los bárbaros insigne victoria, cerca del lago Leman, contra el cónsul Casio Longino, que fué muerto, y las legiones solo se libertaron de una destruccion completa sometiéndose á condiciones vergonzosas. Adelantóse á su vez el cónsul Servilio Cepion para conjurar el peligro, y volvió á tomar á Tolosa, entrándola á saco (106). Allí encontró inmensas riquezas, que los tectósagos habian acumulado de sus antiguas rapiñas, especialmente de las del templo de Delfos (Lib. IV, c. 4). Envió aquellos tesoros á Roma, pero apostó en el camino una banda de gente suya, que fingiendo ser bandidos las robaron por su propia cuenta. Tal era la lealtad.

Avanzando en esto nuevas hordas de galos, Cepion y Manlio, que habian llegado en ayuda de aquel, fueron batidos de tal modo, que solo con gran trabajo pudieron salvarse los dos generales y diez caballeros. Cumpliendo los bárbaros un voto que habian hecho, destruyeron todo el botin; echaron al Ródano el oro, la plata y los caballos, y degollaron á los prisioneros (105).

(5) A más de Amadeo Thierry, *Historia de los galos*, conviene recordar el *Bellum cimbricum* de J. Muller (Zurich, 1772) ensayo juvenil de ese laboriosísimo autor.

Recuerdan entonces los romanos la jornada de Allia y el Capitolio asediado por los galos cimbros; se consulta con supersticioso espanto á un tal Batabates que hacia el oficio de profeta; se erige un templo á la Buena Diosa; es llamado á las armas todo ciudadano, y no ven todos un Camilo más que en el general que acaba de volverles victoriosos de Numidia.

Se prorogó, pues, violando las leyes (104), el consulado á Mario que lo tuvo por cuatro años; y se puso en marcha hácia Provenza con tropas de refresco. Exigian las circunstancias más habilidad que valentia; pero Mario recurrió á un medio grosero como suyo. Hizo que su mujer le enviase una profetisa de baja estraccion, oriunda de Siria, llamada Marta, que hacia alarde de presagiar lo venidero; esta tuvo la mision de anunciar ó aprobar lo que entraba en las miras de Mario. Por lo demás, habituó á la disciplina más severa á los soldados, á quienes acababa de incorporar á sus filas, ejercitándoles en la fatiga y haciéndoles ejecutar penosísimos trabajos; así les obligó á abrir un canal llamado *Foso Mariano*, que facilitaba á los buques la entrada en el Ródano y permitia evitar las barras de arena y limo en la embocadura.

Habíase dirigido una division de cimbros hácia los Pirineos; pero encontrando una tenaz resistencia por parte de los celtíberos y del pretor Marco Fulvio, volvió á Italia por la Helvecia y por la Nórica mientras avanzaban á través de los Alpes marítimos los teutones. Estos bárbaros, de gigantesca estatura, de torva mirada, de armaduras estravagantes, tenian un formidable aspecto. Su rey Teutoboco, que saltaba de un brinco cuatro y hasta seis caballos de frente, desafió en alta voz á Mario á singular combate. El cónsul le respondió: *Si estás cansado de vivir, ve y ahórcate.*

Se estremecia la juventud romana ante aquellas provocaciones; se indignaba al oir á los teutones en tono de burla cuando desfilaban por delante de sus trincheras: *Vamos en busca de vuestras mujeres; ¿quereis que les digamos algo de vuestra parte?*

Batalla de Aix.—Mario moderaba la impaciencia de sus soldados, pero cuando los vió animados hasta el último estremo por aquella larga espectativa de una batalla, les guió contra el enemigo, á quien derrotó completamente cerca de Aix (Aquæ Sextiæ) (102). Acostumbradas las mujeres de los teutones á seguir á sus maridos en la guerra para escicitar su bravura, al verlos entonces vencidos, empuñaron las armas é impidieron á los romanos penetrar en su campamento. Se necesitó una nueva derrota, que hiciera ascender á cerca de trescientos mil el número de teutones muertos ó prisioneros. Fué abonado el valle con sus cadáveres, y *Pourrieres* recuerda todavia en la actualidad el nombre de campos de la putrefaccion dado á la llanura. Fué elevada á Mario una pirámide, que duró hasta el siglo XV, así como un templo á la Victoria, reemplazado por una iglesia á Santa Victoria, donde se dirigieron anualmente los fieles en procesion hasta

que la Revolucion francesa borró los recuerdos infames y los gloriosos.

A este tiempo cruzaban los cimbros los Alpes, deslizándose casi desnudos sobre sus broqueles por encima del hielo, y bajando por el Tirol al valle del Adige, llenaron de susto al ejército del cónsul Lutacio Cátulo, hasta el punto de que muchos de sus soldados apelaron á la fuga, sin parar hasta Roma. De este número fué el hijo de Emilio Escauro, quien se dió muerte, cuando le notificó su padre que no se mostrase más en su presencia.

Si los cimbros vencedores hubieran continuado su marcha sobre Roma, la redujeran de cierto al último apuro. Pero como habian citado á los teutones á orillas del Po, hicieron allí alto para aguardarles. Enervaron su índole brutal las delicias de un hermoso cielo, así como el pan, el vino, la carne cocida; y en vez de los teutones llegaba Mario con un ejército envalentonado por la victoria. Como le enviasen los cimbros diputados encargados de decirle que caerian sobre Roma, si no se les daban tierras para ellos y para sus hermanos los teutones, les respondió: *Vuestros aliados ya no necesitan tierras; yacen y se pudren á lo largo del Ceno.* Boyorix, su rey, fué en persona al campamento romano para asegurarse de que los teutones habian sido derrotados, viendo sus prisioneros, y para que Mario eligiera el sitio y el dia del decisivo reto.

Batalla de Vercelli.—Quedó señalado para fines de julio en una llanura de los Campos Raudios (6), cerca de Vercelli, donde los cimbros no podian desplegar todas sus fuerzas. La disciplina y la habilidad con que Mario supo sacar ventaja del sol y del viento, determinaron la victoria en favor suyo. (30 de julio de 101).

Atrincheradas las mujeres cimbras en el campamento y vestidas de luto, solicitaron ante todo que su pudor fuera respetado y que se las hiciese esclavas de las vírgenes sacerdotisas del fuego. Cuando vieron desechada su justa demanda, dieron muerte á sus hijos y luego pusieron término á su existencia ahorcándose. Dejaron sus cadáveres bajo la guarda de los mastines de la horda, á los cuales fué imposible alejar de aquel sitio hasta que los esterminaron á flechazos.

Cuéntase que perecieron en aquella batalla ciento veinte mil cimbros, y solo trescientos romanos. Aun cuando el cónsul Lutacio Cátulo tuvo el principal mérito, el favor popular atribuyó á Mario toda la gloria del triunfo. Tributáronsele honores sobrehumanos; fué proclamado el tercer Rómulo y comparado á Baco; envanecido él mismo con su fortuna no bebia más que en la copa de que, segun la tradicion, se habia servido aquel dios después de la conquista de las Indias. Fueron distribuidos los prisioneros entre las ciudades como esclavos públicos, ó destinados á los juegos como gladiadores. Y Mario, honrado con un sesto consulado, pudo desde entonces cuanto quiso.

---

(6) Se ha discutido sobre el lugar de esta batalla: Cluverio, Cellario, Durandi, Ferrari, Napione y otros lo indican en Tosa cerca de Vercelli; pero Carli, Pignorio, Panvinio Walckenaer, etc., con mayor fundamento en Verona.

CAPÍTULO VI

GUERRA SOCIAL.—SILA.

Mario ha sido retratado como un furioso ávido de sangre por la faccion aristocrática, á la que no se limitó á reprimir, sino que llegó hasta á insultarla. Aun cuando nos sintamos naturalmente poco inclinados, segun ha podido verse, á ensalzar á los héroes, nos parece reconocer en la conducta de Mario un sentimiento de interés en favor del ínfimo pueblo, en favor de los oprimidos, y en general de todos los italianos, que, en nuestro concepto, no se puede imputar á astucia política siempre, como no se tenga la costumbre de considerar á Roma tan solo por lo que dicen sus historiadores y oradores aristocráticos. Dotado de un genial duro, que la educacion no habia moderado, de gran valor en la guerra, no descubrimos á pesar de todo, que la aconsejase nunca, antes bien se mostró por intérvalos deseoso de la paz. Era desgracia de Roma que nadie pudiera llegar á ser jefe del Estado antes de haber esterminado á una multitud de extranjeros, y para esto se necesitaba haberse acostumbrado en los campos á un mando rígido, á una voluntad despótica, á la crueldad. Tales eran los defectos contraidos por Mario; mas no manchó su nombre con bajezas ni deslealtades tan comunes en sus contemporáneos. El oro de Yugurta no ejerció sobre él influencia alguna; fugitivo su enemigo Sila, se refugió en su casa y él le salvó. Pero esclamaba: *El estruendo de las armas me ha impedido oir la voz de la ley.*

Cornelio Sila.— Era descendiente este Sila, á quien ya hemos mencionado y del que nos queda mucho que hablar, de la ilustre familia Cornelia (137). Pasó su juventud en toda clase de escesos, como era costumbre entónces; después, cuando la cortesana Nicópolis, que le amaba tiernamente le hubo legado al morir todas sus riquezas, el gusto á los placeres se cambió en él en amor á la gloria. Dejóle en Italia como á un afeminado, Mario, á quien se le habia dado como cuestor en la guerra de Numidia; pero cuando pasó al Africa con la reserva, se mostró intrépido en la pelea, exacto en su deber y más hábil que Mario en el arte de conciliar los ánimos. Es verdad que desde que se sentaba á la mesa, deponia su severo aspecto para convertirse en alegre y locuaz, y no queria oir hablar de negocios, entregándose enteramente á bailarinas, cantatrices y al amor. Con la idea de libertarse de la envidia, atribuia los resultados que obtenia á la fortuna, y procuró demostrar en las memorias de su vida que escribió, que las cosas que habia ejecutado sin preveer, le habian producido mayor resultado que las que habia meditado, y exhortaba á Lúculo á quien eran dedicadas, á tener por cierto antes que todo, lo que los dioses le mandasen en sueños.

Paralelo entre Mario y Sila.—Empezó á rivalizar con Mario, sobre todo cuando Bocco, rey de Mauritania, dedicó á los dioses en el Capitolio un grupo en que él mismo se representaba entregando Yugurta á Sila. Le pareció que era atribuir á su teniente la gloria de haber terminado esta guerra. De aquí procedian enemistades que no debian apagar torrentes de sangre. Mario era violento, y Sila de una crueldad calculada. Educado Mario entre los plebeyos y campesinos, era grosero é inculto, hasta el punto de hacer construir por un artista romano y con piedras en bruto, el templo en memoria de la derrota de los cimbros: instruido Sila en las letras griegas, cubria sus vicios con agradables esterioridades, y con ayuda de sus depredaciones reunia libros, cuadros y vasos para adornar sus palacios y la ciudad. Dejábase Mario arrastrar por su carácter, y Sila adelantaba á pasos contados hácia un fin determinado, sea cual fuere el camino que hubiera de seguir; ambos valientes en la pelea, eran avaros de honores. Obtuvo Mario seis consulados casi con-

secutivamente, empleando la intriga y el dinero; Sila solicitó la pretura prometiendo espectáculos como aun no se habian visto. En efecto, Bocco le proporcionó cien leones, á los que hizo pelear con hombres, como si hubiese querido por este medio indemnizar á Roma de que el Senado acabase de prohibir los sacrificios humanos.

Abandonando Mario la guerra para ocuparse en los asuntos del Estado, se dedicó á favorecer el movimiento. Hemos visto que Roma, por medio de una ficcion legal, constituyó una ciudad fuera de su recinto, formando una clase de ciudadanos, no de sangre y de cohabitacion, sino de ideas y sentimientos. Los mejores derechos pertenecian á los socios de la confederacion latina, que fueron estendidos después, por una ficcion semejante, á los demás italianos. Los patricios, que se habian opuesto al principio á recibir en la ciudad las bandas latinas ó etruscas, defendian á la sazon vigorosamente las barreras de aquella otra ciudad inmaterial, de la igualdad del derecho, é impedian á los latinos el ser ciudadanos, y á los italianos confundirse con los latinos; pero estos, que habian derramado su sangre por la prosperidad y grandeza de Roma, solicitaban que se les recompensase otorgándoles nuevos derechos, ó estendiendo los primitivos.

Hemos dicho ya que los plebeyos tuvieron el arte de asociar la causa de los latinos á la de los pobres; pero el Senado creyó que con esta union padeceria la constitucion romana; pues los caminos públicos se verian siempre llenos de gente que irian á votar á Roma, prevaleciendo á causa de su número sobre los pocos ciudadanos verdaderos, de tal manera que dispondrian de la ciudad y de la república, y Roma perderia no solo su supremacia, sino hasta su libertad interior. ¿Cómo, pues, conciliar la individualidad de Roma con la formacion de una gran sociedad italiana?

Cuestion era esta que se agitaba hacia más de un siglo. Mario resumiendo y exagerando las ideas de los Gracos, propuso que se distribuyesen á los aliados las tierras ocupadas un momento por los cimbros en el Norte de la Italia, á fin de oponer una barrera á futuras invasiones, pero aun más para hacerse partidarios los lucanios, los samnitas, los marsos, los pelignos que se trasladaron en colonias. Habiéndose unido estrechamente en un triunvirato despótico al tribuno Apuleyo Saturnino y al pretor Cayo Glaucias, resucitó la ley de los Gracos (100), no tanto por favorecer al pueblo, como por oponerse á Cecilio Metelo, su antiguo protector y general, de quien se habia hecho enemigo declarado. Jefe este de la faccion del Senado, habiendo rehusado adherirse á la ley agraria, fué desterrado; y dominando el partido de Mario en los comicios, trastornó la república usurpando los derechos del pueblo con el pretesto de protegerle.

Aspiraba Glaucias al consulado; pero haciéndole una oposicion temible Memmio Saturnino, que ya habia usado de este medio para conseguir el tribunado, hizo asesinar á su competidor. Dió un golpe fatal este crímen á la faccion popular, porque estando investidos los cónsules con la autoridad absoluta, como en los casos estremados, fueron condenados á muerte Glaucias y Saturnino, volvióse á llamar á Metelo, y Marió se marchó (99) despechado á la Galacia con el pretesto de cumplir votos á la Diosa Madre. De vuelta en Roma hizo construir una gran casa, pero sus groseros modales impedian que fuese frecuentada, esperimentando la indiferencia pública á que están espuestos en tiempo de paz los generales ilustres por la guerra.

Quejábanse los senadores de no estar encargados de los juicios, porque habian pasado á manos de los caballeros, y se esforzaban en recobrarlos; suspiraba de continuo la plebe por las leyes de Graco, cuya ejecucion nunca se verificaba; y después de haber contribuido los aliados italianos con su sangre y dinero á las conquistas de la república, querian tener parte en los votos y empleos.

Livio Druso.—Habian hecho adoptar una ley los cónsules Licinio Craso y Mucio Escévola, por la cual los aliados que permanecieran en Roma sin gozar de los derechos de ciudadania, debian volver á su patria. Fué su objeto quitar á los tribunos un instrumento de sedicion, pero esta fué la primera causa de la guerra de los aliados. Estos encontraron un protector en Livio Druso, hombre hábil, elocuente y probo, que veia los males de la patria y procuraba remediarlos.

Nombrado Druso tribuno, propuso primero devolver los juicios á los senadores, haciendo entrar en recompensa trescientos caballeros en el Senado. Como acontece en los partidos moderados, el proyecto de Druso descontentó á unos y otros y escitó el tumulto; el tribuno hizo arrestar al cónsul. Ocupóse después en conciliarse la plebe y propuso tomar en el tesoro del templo de Saturno que contenia 1.620,829 libras de oro, la suma necesaria para la distribucion de pan á los indigentes. Pidió además que todos los privilegios inherentes al derecho de ciudadania se confiriesen á los aliados; pero tuvo por adversarios á los senadores y caballeros, y aun la misma plebe indignada de ver á los súbditos convertidos en ciudadanos.

Los aliados que habian acudido en tropel á Roma para sostener la proposicion de su protector, volvieron á sus casas poseidos de venganza cuando vieron que fué desechada, y se dispusieron á arrancar por la fuerza lo que se les negaba contra toda justicia (91). Era su intencion asesinar á los cónsules en las ferias latinas en el monte Albano. Habiéndolo sabido Druso, dió aviso al cónsul Filipo, aunque era su más cruel enemigo; pero pagándole éste con ingratitud le hizo asesinar: en el momento de espirar esclamó: *Nadie dirigirá la patria con intenciones más puras que las mias.* En efecto, siempre permaneció superior á la calumnia. Prometiéndole su arquitecto construir su casa de manera que nadie de la vecindad pudiera tener vistas á ella. *Constrúyela más bien,* respondió, *de*

manera que mis acciones puedan observarse por todos.

Guerra social.—Obtuvieron los caballeros la revocacion de todas las leyes de Druso, como hechas contra los auspicios. Fueron citados á juicio sus presuntos autores, y una ley declaró traidor á la patria á cualquiera que en adelante propusiera admitir á los derechos de ciudadania á los aliados italianos. No quedaba ya, pues, á estos más recurso para obtenerlos que la rebeldia. Adulados por los demagogos que deseaban su apoyo é irritados con las negativas que sufrian, habian concertado ya entre sí inteligencias que estallaron á la muerte de Druso. Quitan la vida los habitantes de Asculo al pretor Servilio y á todos los romanos que se encuentran en la ciudad; Pompedio Silo, valiente jefe de los marsos, se encamina con diez mil hombres á sorprender y saquear á Roma, y no varia de opinion sino por los ruegos de Cneo Domicio, á quien encuentra en el camino. Pero únense á los marsos los picentinos, los marrucinos, los frentanos, los pelignos, los campanios, los irpinos, los apulios, los lucanios, y sobre todo los samnitas, quienes formando una confederacion, no carecian de valerosos y hábiles capitanes, acostumbrados á las fatigas de los campos y á las intrigas del foro.

Las inveteradas divisiones de Italia habian convencido á los insurgentes que no era posible formarse de ella un solo Estado sino que debian reunirse los varios existentes con el lazo de una firme alianza. Esta liga se verificó en nombre de la Italia, denominacion que se estendió entonces por primera vez á una grande estension de pais; fué inscrito este nombre en la bandera de los confederados (1), y aplicado á Corfinio, ciudad del territorio de los pelignos, la cual convirtieron los aliados en su capital; tuvo su foro, su curia y su Senado de quinientos miembros. Recibió los rehenes que recíprocamente se dieron, sus depósitos de armas, y se debieron elegir allí anualmente doce generales y dos cónsules.

Jámás habia sido amenazada Roma desde su engrandecimiento por enemigos tan cercanos, ni habia estado en tan gran peligro; pues si la victoria fuera favorable á los rebeldes, todos los pueblos subyugados se hubieran rebelado á su vez, reduciéndola á los primitivos límites de su antiguo territorio (90). Multiplicó, pues, los reclutamientos y los generales. Fué enviado el cónsul Julio César al Samnio; el otro, Publio Rutilio contra los marsos: tenia el primero por tenientes á Pompeyo, Estrabon, padre del gran Pompeyo, Quinto Cepion, Marco Perpenna y Valerio Mesala; y el segundo á Publio Léntulo, Cornelio Sila, Tito Tidio, Licinio Craso y Marco Marcelo, en una palabra, todos los más afamados por su valor. Cada uno de estos generales tuvo que mandar con el título de procónsul una division; se les autorizó además á operar donde y como mejor les pareciese, prestándose siempre apoyo unos á otros. Olvidando los etruscos sus antiguos esfuerzos por defender la independencia nacional, desertaron de la causa italiana y, como los umbrios y los príncipes de Oriente, enviaron socorros á Roma, y el pretor Sertorio condujo allí un cuerpo de galos. Guerra justísima hasta segun el criterio de un escritor romano, ya que en suma pedian el derecho de ciudadania en la capital de un imperio, cuyos defensores eran.

Presenteyo y Pompedio Silo, marsos, y el samnita Vecio Caton hicieron la guerra con éxito, rechazaron á Pompeyo de Asculo, derrotaron á Julio César en el Samnio, hicieron huir á Perpenna; mataron ocho mil del ejército consular y entre ellos al mismo Rutilio. A esta noticia Roma vistió de luto, los magistrados depusieron su dignidad, doblóse el número de centinelas y las calles se pusieron en estado de defensa. Dividióse el ejército de Rutilio entre Cepion y Mario. Dejóse el primero engañar por Pompedio, quien, fingiendo venir á entregarse con sus hijos y regalos, le atrajo á un desfiladero, donde encontró la derrota y la muerte. Mostró Mario por su parte en esta guerra una lentitud que no sabemos si imputársela á cobardia ó atribuirla á la debilidad causada por los años. Sin duda que él no podia encargarse de pelear contra aquellos italianos que pretendian obtener á viva fuerza, lo que él queria que se les concediese como favor. Permanecia pues á la defensiva; y cuando Pompedio le dirigió estas palabras: *Si eres tan gran general como se dice, acepta el combate*; él le respondió: *Si eres tan gran general como crees, fuérzame á combatir á pesar mio:* despues con pretesto de estar enfermo, resignó el mando y volvio á Roma.

Aumentábase en tanto con sus victorias el número de los aliados; abrazaron su partido los umbrios y los etruscos, habiendo además Aponio libertado á Acerra, en la que estaba prisionero el hijo de Yugurta, Oxintas, siendo causa las deferencias de que fué objeto por tratársele como á rey, de que los númidas desertaran en tropel del ejército romano; por cuyo motivo hubo precision de enviar su caballeria al Africa. Armó Roma hasta los libertos formando con ellos doce cohortes que envió de guarnicion á las ciudades marítimas; consiguiendo de este modo poner en campaña todas las legiones contra los umbrios y los etruscos; alcanzó la victoria, pero le costó bien cara.

Tan encarnizada era esta guerra, como todas aquellas cuyo fin es hacer triunfar un principio. Vencido un general por los romanos, en el Piceno, convoca á sus amigos y se da muerte; cercados cuatro mil hombres en el Apenino, déjanse morir de frio primero que entregarse. Habia prometido Judacilio de Asculo á su sitiada patria acudir á su socorro en un dia señalado; y aunque sus conciudadanos, que debian secundarle haciendo una salida, fuesen contenidos por el enemigo, se abre paso á la cabeza de ocho cohortes y penetra en la ciu-

(1) VITELIV, escrito segun antigua usanza de Italia de derecha á izquierda.

dad, pasa allí á cuchillo á toda la faccion romana y hace una tenaz defensa; pero encontrándose en la imposibilidad de sostenerse por más tiempo, celebra un banquete bajo el vestíbulo del templo, bebe una copa envenenada y tendiéndose en su lecho para morir, encienden sus soldados la pira que «debe quemar al más valiente de los asculanos y á los dioses de la patria.» Vióse asimismo por parte de los romanos á un cuerpo que, descontento de su general, se amotinó en su contra y le hizo perecer; pero en expiacion de este crímen se precipitaron los soldados sobre los enemigos matándoles diez y ocho mil.

Ley julia.—Calcúlase en trescientos mil el número de hombres que sucumbieron en esta guerra. Reconoció por fin Roma que no conseguiria con la ayuda de la fuerza doblegar las cabezas siempre nacientes de la hidra. Hizo, pues, adoptar Julio César, una ley que admitia á los derechos de ciudadanos romanos á todos los umbrios y latinos que hubieran permanecido fieles. Resultó de esto entre los confederados defecciones tanto más numerosas, cuanto que la misma fortuna les abandonó, y vencederos Sila y Pompeyo hacian derramar torrentes de sangre (89). Habiendo pedido en vano nuevos socorros á Mitrídades, y no pareciéndoles ya Corfinio bastante segura, trasladan su capital á Esernia, en el pais de los samnitas. Hallábanse ya sometidos á Servio Sulpicio y Pompeyo los marrucinos, los vestinos y los pelignos; Vecio, jefe de estos últimos, es vendido por los suyos y conducido prisionero á presencia del cónsul; pero apoderándose de una espada uno de sus esclavos le hiere, y esclama: *¡He libertado á mi amo; á mí ahora!* y se da muerte. Fueron los marsos dominados á su vez; siendo muerto Pompedio cuando solo le quedaban veinte y cinco mil esclavos á quienes habia ya libertado.

Ley plaucia.—Finalmente, después de tres años de dura guerra y á propuesta del tribuno Silvano Plaucio, concedióse la ciudadania romana á todos los socios. Así triunfaba la equidad contra el rígido derecho y sobre aquel cúmulo de sangrientas ruinas se proclamaba la igualdad de todos los italianos.

Pero el Senado aun opuso á esta ley las sutilezas legales; pues por sugestion suya habian sido amontonados los nuevos ciudadanos en ocho tribus que votaban las últimas; de lo que resultaba que por lo comun no se recogia su sufragio. Deseosos los marsos, umbrios y etruscos de ejercer el derecho que habian adquirido, iban desde lejos y llenaban el Foro ó el campo de Marte; después, viendo, ó que no se les consultaba ó que su voto no era apreciado, temblaban de cólera, y pedian que el derecho produjese su efecto. Acariciábales Mario, ya fuese por simpatia italiana, ya fuese por ambicion. Hizo proponer, pues, por su amigo el tribuno Publio Sulpicio una ley en virtud de la cual, habiendo obtenido todos los italianos el derecho de ciudadania, debian repartirse en las treinta y cinco tribus y colocarse bajo un pie de igualdad con los demás ciudadanos (88).

Acudió Sila á oponerse á esta ley, disponiéndose á distraer al pueblo en caso de necesidad con solemnes fiestas. Pero habiendo armado Sulpicio sus satélites entró en el templo de Castor, donde estaba reunido el Senado, y dispersó la asamblea. Cayó muerto el hijo de Pompeyo en el tumulto; refugióse Sila á casa de Mario, su mortal enemigo; y absteniéndose este de toda violencia se contentó con la promesa que le hizó de suspender las fiestas anunciadas.

Desde entonces fué fácil á Sulpicio hacer aprobar la ley; y el crédito de Mario se aumentó de tal manera, que fué nombrado, como lo deseaba, para el mando del ejército de Asia contra Mitrídates, rey del Ponto.

Indignóse Sila, á quien se habia conferido este mando, de semejante injusticia; se adelanta hácia Roma con el ejército que asediaba á los samnitas en Nola, insulta á los pretores que le envian para aplacarle, y llega á la ciudad con la tea en la mano, amenazando incendiarla.

Sila ataca á Roma.—Sorprendido el pueblo sin armas, se defiende á tejazos y á pedradas, armas plebeyas, si bien no dejan de ser harto temibles. Pero Sila prende fuego á Roma, se apodera de ella, da muerte á Sulpicio y pone á precio la cabeza de Mario, á pesar de las esclamaciones del jurisconsulto Escévola que decia: *Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los cimbros.*

Congregáronse los comicios y Sila usó de la palabra como si no hubiera corrido una gota de sangre: pidió que ninguna ley fuese presentada al pueblo sin haber sido préviamente aprobada por el Senado; que los comicios no se reunirian por tribus sino por centurias; que nadie pudiera ejercer otra magistratura después de haber sido tribuno, y que fuesen derogadas todas las leyes de Sulpicio. Enmudecia el Senado poseido de susto: el pueblo manifestaba su descontento eligiendo magistrados opuestos á Sila, y él fingia complacerse en ver en esto una prueba de la libertad que habia reinado en las elecciones. Con efecto Cneo Octavio, amigo de Sila, tuvo por colega en el consulado á Cornelio Cinna su enemigo: sin embargo, habiendo subido este al Capitolio, cogió una piedra y arrojándola á distancia dijo: *Sea yo espulsado de Roma como hago rodar esta piedra si manifiesto hostilidad contra Sila.*

Fuga de Mario.—Sin perder tiempo Sila mandó perseguir al fugitivo Mario. Vióse reducido el vencedor de los cimbros, solo con su hijo y su yerno, á ganar de choza en choza el puerto de Ortea, donde se hizo á la vela. Arrojado á tierra en Circeo anduvo allí errante mendigando su sustento, pasando la noche en los bosques, y ocultándose en los cañaverales del Liris á los asesinos que iban en pos de su huella. Encontrósele al fin atollado en el fango hasta los hombros; le echan una cuerda al cuello y le llevan contra su voluntad á Minturna. No obstante, los italianos no quisieron darle muerte por-

que no habian olvidado sus victorias ni el interés que habia tomado por la causa de los aliados; publicaron, pues, un cuento inventado sin duda en aquellas circunstancias y reducido á que enviado un esclavo cimbro para dar muerte en la cárcel al proscrito, éste habia esclamado:—«¡Miserable! ¿osarás matar á Cayo Mario?» con tan terrible acento que el esclavo huyó esclamando que le era imposible descargar el golpe.

Despidiéronle, pues, los minturnios diciendo:—*Vaya á donde quiera á cumplir su destino. Nosotros rogamos á los dioses que no nos castiguen por arrojar así de nuestra ciudad á Mario miserable y desnudo.* Le abandonaron en la playa, donde encontró una nave que le trasladó á la isla de Enaria, y luego al Africa. Salvo su hijo Cayo Mario de peligros no menos inminentes habia llegado á aquel punto para reclamar la asistencia del númida Hiempsal. Hallábase protegido el fugitivo por una parte con la gloria de su nombre, por otra con el pensamiento de que su partido abatido, pero no aniquilado, podia alzarse de nuevo y vengarle de un dia á otro. No se atrevieron á inquietarle los magistrados romanos, cuando le encontraron sentado sobre las ruinas de Cartago; ¡gran desventurado sobre las ruinas de una gran ciudad desventurada! (2).

Entre tanto el jóven Mario fué retenido como prisionero bajo apariencias de urbanidad en la córte del rey núnida; pero habiéndose enamorado una de sus mujeres de aquel mancebo, favoreció su fuga, y pudo juntarse á su padre, con quien se embarcó para Italia. Allí habia hallado Mario un defensor en Cornelio Cinna, que firme y enérgico hasta la imprudencia, á pesar del juramento que habia prestado en el Capitolio, habia citado á Sila por el tribuno Virginio, para que diera cuenta de su conducta. No hallando este último seguridad para él en Italia, se hizo á la vela con rumbo al Asia, intentando atraerse las legiones y haciéndolas vencer á Mitrídates.

Mas ya estaba dado el ejemplo: apoyándose Sila en los soldados les habia acostumbrado á considerarse como hombres de tal ó cual general, no como defensores de la república. Un ejército habia marchado contra la patria y enseñado el camino por donde debian pasar César, Antonio y Augusto. Era el principio de aquellas guerras civiles en que no se debia ya lidiar por la libertad, sino por darse un soberano.

---

(2) Como uno de los pocos pasos poéticos de Plutarco léase la novelesca descripcion de aquella fuga. Por el cúmulo de supersticiones que tiene, verán los prudentes hasta que punto sea oportuno el consejo de educar á la juventud con los *Hombres ilustres* de Plutarco.

CAPÍTULO VII

BITINIA, ARMENIA, GEORGIA, El PONTO.—GUERRA CIVIL.

Ahora exige el órden de nuestro relato que hablemos de muchos Estados de segunda clase, que se habian formado en el Asia anterior. Esta primeramente dependia de la Persia; pero su decadencia habia consentido á diversos gobernadores declararse independientes, y mantenerse de este modo á la caida de aquel imperio, por haber llevado Alejandro á otros puntos sus conquistas, antes de someterlos. Otros se sublevaron durante las guerras de sus sucesores. Así se formaron los reinos de Bitinia, Paflagonia, Pérgamo, Capadocia, Armenia y del Ponto; sin contar las repúblicas de Heraclea, de Sinope, de Bizancio y algunos otros pequeños Estados, que sufrieron como de costumbre la influencia de los más fuertes.

Heraclea.—Del reino de Pérgamo hemos hablado hace poco. Heraclea, colonia de beocios (1), poderosísima en el mar, negóse á pagar el tributo que los atenienses habian impuesto á todas las ciudades del Asia Menor sopretesto de mantener la flota comun. Enviado Lamaco para castigarla, devastó el territorio; pero sorprendido después por una borrasca, hubo de verse reducido á entregarse á discrecion de los de Heraclea, que en vez de vengarse acogieron benignamente á los dispersos y los enviaron á Atenas como prenda de paz. Heraclea fué primero gobernada por la aristocracia, luego por el pueblo y en fin por tiranos. Una vez emancipada hizo alianza con los romanos; pero habiendo disgustado á estos con motivo de la guerra con Mitridates, fué destruida, y luego poblada de nuevo por una colonia.

Situada la Bitinia entre el Bósforo de Tracia, el monte Olimpo y el Euxino, tenia por capital á Nicomedia, de que Constantino hizo más tarde sede del imperio, mientras aguardaba á que pudiera recibirle Bizancio.

Pretendian los reyes de Bitinia hacer remontar su genealogia hasta Nino, rey de Asiria. Sin embargo, su historia es incierta hasta Baso, quien venció á Calanto, general de Alejandro Magno (v. 300). Su sucesor Zipetes repelió las armas devastadoras de Antíoco Soter contra el cual su hijo Nicomedes llamó al Asia á los galos, y con su socorro venció á sus enemigos (Lib. IV, cap. 2). A su hijo Zelas sucedió Prusias, que desvastó á Bizancio en union con los rodios, é hizo la guerra á Eumenes, rey de Pérgamo, por consejo de Aníbal, á quien hizo traicion posteriormente para alcanzar la amistad de los romanos: de vileza en vileza llegó aquel príncipe á presentarse en Roma con el traje de liberto y á mantenerse en el umbral de la curia, declarándose esclavo de los padres conscriptos, á quienes llamaba dioses salvadores. Obtuvo en galardon vasos de plata y doscientos cincuenta bajeles apresados á Gencio, rey de Iliria, con la infamia debida á los que hacen traicion al infortunio y se convierten en viles aduladores del más fuerte.

Nicomedes II imitó la bajeza de su padre, y en breve veremos á Nicomedes III en guerra con Mitrídates (148).

Armenia.—Estaba dividida Armenia en dos partes, la grande y la pequeña, estendiéndose la primera desde los montes de Georgia hasta el alto Eufrates, y la segunda á oriente entre el Eufrates y

(1) Desolaba la peste á la Beocia: consultado el oráculo respondió que era necesario erigir una ciudad á orillas del Euxino en honor de Hércules. No quisieron obedecer aquellos hombres toscos, pero sufrieron cruel castigo, porque habiendo entrado los focidios en su territorio, lo llevaron todo á sangre y fuego. Acudieron de nuevo al oráculo, y su respuesta fué que el remedio indicado haria cesar la enfermedad y la guerra. Pensando que aludia á la colonia, enviaron una que fundó á Heraclea PAUSANIAS, V; Scoliasta de Apolonio; JUSTINO, XVI.

la Capadocia: regábanla el Tigris y el Araxo, rios de antiguo renombre. La tradicion de que se detuvo el arca de Noé en una de aquellas montañas indica que hubieron de formarse allí sociedades políticas desde muy temprano. Pretende Estrabon que reconocia los mismos dioses que la Persia y la Media. Anaitis ó Tanais era allí especialmente adorada; tenia templos magníficos donde se honraba la prostitucion, y hasta se sacrificaban, segun se dice, víctimas humanas.

Conservaron los armenios mucho de las antiguas tradiciones, aun cuando fuesen alteradas posteriormente con la introduccion de los libros de los hebreos. Desde muy antigno tuvieron una escritura propia, conocieron y tradujeron las obras griegas, caldeas, persas, y en la historia de Moisés de Koren se pueden encontrar infinitas particularidades relativas á los pueblos del Asia, de las cuales la crítica debe eliminar muchas fábulas. Cuéntase allí que Taglat, el mismo que el patriarca Togorma, nieto de Jafet, enjendró á Haig que marchando de Babilonia, su patria, se estableció con su familia en las montañas de Armenia para libertarse de la tirania de Belo, y habiéndoles perseguido este rey de Asiria hasta en su asilo, encontró allí la muerte (2).

El sesto sucesor de Haig fué Aram, quien conquistó tanta gloria con sus proezas, que dió su nombre á la Armenia. Venció á los medos, ocupó la Asiria septentrional, penetró hasta Capadocia, donde fundó á Mozaca (*Cesarea*); de modo que el asirio Nino le concedió el primer puesto en Asia. Irritada Semíramis de que Ara, hijo de Aram hubiese desdeñado su amor, atacó el reino; se apoderó del territorio y condenó á muerte á su soberano. Así fué Armenia vasalla de la Asiria, si bien conservando sus príncipes particulares hasta Baroir, trigésimo sesto sucesor de Haig, quien se unió con Arbaces y Belesis contra Sardanápalo, llegando á ser independiente desde entonces.

Bajo el hijo de Baroir se estableció la poderosa familia de los Pagrátidas en Armenia. Eran descendientes de un hebreo conducido por Nabucodonosor al cautiverio, y quienes, siempre en la categoria de los primeros sátrapas, acabaron en el siglo IX, por ser reyes de Armenia y de Georgia.

Tigranes I.—Recuperó la Armenia su antiguo esplendor, merced á Dikran (365), aliado de Ciro, cuyo hijo Vahakn es celebrado por los poetas á consecuencia de sus fuerzas prodigiosas, y colocado entre el número de los dioses. El último príncipe de esta raza fué Vahe (328), quien murió peleando contra Alejandro. Dió el monarca macedonio por gobernador á la Armenia al persa Mitrines; pero durante las turbulencias que se siguieron, sacudieron los naturales el yugo y eligieron por su caudillo á Ardoates. Después de su muerte dominaron el pais los reyes de Siria; pero Artaxias se sublevó contra Antíoco III, y trasmitió la corona á su familia, después de haber consolidado su autoridad con las conquistas (189).

No habia trascurrido mucho tiempo cuando Mitrídates II, rey de los partos, de la familia de los Arsácidas, habiendo vencido á los reyes de Siria, y llenado de espanto al Asia, instituyó por rey de Armenia y de la Atropatena (*Aderbigian*) á su hermano Vagarschag (Valarsaces). Este príncipe que designó por su capital á Nisibe (118), conquistó gran parte del Asia Menor y se adelantó hasta el Cáucaso, dando luego á sus súbditos sabias leyes (95). Tigranes II (ó III), su sucesor, concibió el designio de someter á toda el Asia: después de haber conquistado la Siria y muchas provincias del Asia Menor, atacó á los Arsácidas que reinaban en Persia, les quitó la Mesopotamia, la Adiabena, la Atropatena, tomó el título de Rey de los Reyes que se atribuia á los monarcas partos, y dió mucho que hacer á los romanos.

Tuvo que sufrir numerosas vicisitudes, así como su hijo Artasvades, cuyo suplicio fué uno de los espectáculos ofrecidos por el triunfo de Cleopatra y de Marco Antonio. A Alejandro, hijo del romano y de la egipciaca, le tocó la Armenia, que en breve repelió á los extranjeros, pero lanzados entre las armas de los partos y la política romana, se agotó su fuerza, y muchos señores, atrincherados en sus castillos de las montañas, poco dispuestos á obedecer á jefes débiles, se hicieron independientes.

Después de la muerte de Abgar, Anan su hijo, gobernó desde Edesa una parte del reino (32 de Jesucristo); obedecia la otra á su sobrino Sanadrug, que llegó á esterminar la descendencia de Abgar, y reinó soló en Nisibe. Después de dos siglos de agitaciones fué conquistada la Armenia por Ardeschir, primer rey Sasánida de la Persia, á la cual obedeció cincuenta y cuatro años (232-286 de J. C).

Georgia.—Fueron en gran parte comunes las vicisitudes de la Armenia á la Georgia, que era una de las más antiguas naciones de Asia: su historia nos ha sido trasmitida por antiquísimos libros, que con los documentos, conservados especialmente en los conventos, de Mtsketa y de Gelathi, sirvieron de materiales á la crónica que el rey Vanktang V, mandó redactar á principios del siglo pasado. Segun ella deben descender los georgianos de Togorma, así como los armenios y los demás pueblos que habitan entre el mar Negro y el mar Caspio, Kartlos, su hijo, se presentó en Georgia, donde se estableció en la cumbre de la montaña, llamada después Armazdi, por el ídolo que se adoraba en aquel punto. Mtsketos, hijo de este último, fundó al norte de aquel monte la ciudad que recibió su nombre, y fué posteriormente capital de Georgia. A su muerte empezaron largas guerras de familia, y cada pais tuvo su jefe; pero el de Mtsketa era considerado como superior á los demás, aun cuando no llevase el título de *mep' he* (rey) ni el de *eristhawi* (jefe del pueblo), y no fué designado más que como *mama sakli* (padre de la casa).

(1) J. KLAPROTH, *Cuadro histórico del Asia.*

Olvidaron entonces los georgianos al dios creador para adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas. Los kasaris (escitas) llegaron por el Daguistan hasta Georgia, que talaron é hicieron tributaria. Fué posteriormente avasallada en tiempo de Feridun por los persas, que levantaron allí plazas fuertes. Cuando dejó de vivir este príncipe, los gobernadores *(eristhawi)* de la Georgia rompieron los vínculos de obediencia respecto de Persia, hasta que Kaikus, moviéndose contra los lesguis, la puso otra vez al yugo de Persia, al salir de Egipto los hebreos. Rebelóse nuevamente, y después de prolongadas luchas, Kaikosrú la dominó una vez más, entró á saco las ciudades, y dejó sátrapas encargados del mando; pero la Georgia se aprovechó luego de la circunstancia de hallarse ocupado en otras guerras, para recuperar su independencia.

Muchos hebreos esclavos de Nabucodonosor se refugiaron en Georgia (606), donde introdujeron, del mismo modo que los habitantes del Turan (3), espresiones, creencias y ceremonias nuevas. Entonces cayó el pais en la barbarie hasta el punto de no tener en cuenta los grados de parentesco para los matrimonios, de comer indistintamente todas las carnes y de ser devorados hasta los cadáveres. Pero los tiempos sucesivos ofrecieron alternativas de sumision y de rebeldia respecto de los persas, hasta la época de Alejandro. Este conquistador fué en persona, segun las tradiciones locales, hasta el Cáucaso, sometiendo el pais y quitando la vida á todos los extranjeros, á escepcion de las mujeres y niños menores de quince años, á quienes llevó esclavos. Nombró por gobernador de los georgianos al macedonio Azon, con órden de adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas, pero de servir únicamente al criador invisible, religion de que fué autor.

Al morir Alejandro repartió su reino entre sus cuatro generales Antíoco, Romo, Bicintio y Platon: dió al primero la Asiria, la Armenia y los paises orientales, donde edificó á Antioquia; al segundo los paises de occidente, donde fundó á Roma; á Platon la ciudad de Alejandria; tocaron á Bicintio la Grecia, la Georgia y los paises septentrionales, y construyó á Bizancio.

Azon que vino á ser súbdito de este último, cambió la religion para adorar á Atsis y á Ait, ídolos de plata, y esterminó á los georgianos, cuyo valor temia mucho. Farnawaz, descendiente de los antiguos reyes, halló un tesoro huyendo de aquella tirania, y habiéndose ligado con los reyes de la Imeretia y de la Mingrelia, levantó un ejército de lesguis y de oxianos; luego se hizo rey con ayuda de Antíoco I de Siria (280?). Otorgó á los griegos que le habian favorecido, los cargos y el título de aznauros, es decir, pertenecientes á Azon; y aun lo lleva la nobleza georgiana, que pretende descender de ellos.

(3) Conviene cotejar estas tradiciones con lo que hemos deducido del *Cha-name* libro III, cap. 1.

Tambien levantó su propia efigie con su nombre persa de Amazi (4), y dirigió felicitaciones al pueblo.

Sus sucesores se enagenaron la voluntad de sus súbditos queriendo introducir la religion de los magos, lo cual produjo sublevaciones y guerras. Por último, Arschak, último vástago de Farnawaz, fué destronado por los armenios, que pusieron en su lugar á Aderki.

Bajo su reinado nació Cristo, cuya doctrina fué divulgada en el pais por los apóstoles Andrés y Simon. Dos ramas descendientes de Aderki reinaron separadamente hasta el siglo II, en que fueron reunidas. Atpargur se ligó con Kosro, rey de Armenia, contra los Sasánidas de la Persia y los venció: pero habiendo muerto sin hijos varones, los grandes de la Georgia ofrecieron la corona al hijo del rey de Persia Mirian, que vino á ser jefe de la dinastia Kosroviana, cuya dominacion duró hasta principios del siglo VIII.

El Ponto.—El reino del Ponto tomó su nombre del Ponto Euxino, que lo limitaba al Norte; confinaba al Mediodia con la pequeña Armenia, y por las otras partes con la Cólquide y con el rio Halis. Hace mencion la historia, como del primero de sus reyes, de Artabazo (520), ascendido al trono por Dario, hijo de Istaspes, y segun se dice uno de los siete que aspiraron á la corona de Persia después de la muerte del falso Smerdis (5). Luego viene Rodobates, después Mitrídates, enseguida Ariobarzanes, que volvió sus armas contra Artajerjes para hacerse dueño del Ponto y de las provincias circunvecinas. Murió en la época de Alejandro, que se apoderó tambien de aquel reino, si bien no tardó en recuperarlo Mitrídates II (337).

Mitrídates IV hizo la guerra á los galos (222) el V hostilizó á Sinope, que fué tomada luego por Farnaces I (ó II), su sucesor. Reclamaron los romanos contra esta ocupacion (184); pero él, lejos de oirlos, atacó á Eumenes, rey de Pérgamo, aliado de aquellos, y sostuvo la guerra con intrepidez, hasta que precisado á pedir la paz, le fué concedida bajo condicion de renunciar á toda alianza con la Galacia, evacuar la Paflagonia restituyendo los ciudadanos que se habia llevado, devolver á Ariarates, rey de Capadocia, las tierras que le tenia usurpadas y pagar trescientos talentos á Eumenes.

Mitrídates VI Evergetes hizo alianza con los romanos (157), les proporcionó socorros en la tercera guerra púnica, y se mantuvo fiel á su causa cuando la victoria de Aristónico contra Craso produjo la rebelion en casi todos los Estados del Asia (123).

Mitrídates el Grande.—Vilmente asesinado, dejó

(4) Probablemente el *Ormuz* de los persas.

(5) Parece en efecto que se observaba allí el culto del fuego, pues veremos á Mitrídates mandar encender después de una victoria grandes montones de maleza en las montañas, á estilo de los persas. El mismo nombre de este gran rey tiene por raiz á Mitra, que los romanos suavizaron diciendo Mitrídates.

este príncipe el reino á Mitrídates VII Eupator, apellidado el Grande con tanto derecho como Pedro de Rusia, aunque la falta de historiadores particulares y la desdeñosa negligencia de los extranjeros no nos permiten más que adivinar sus vastos proyectos y las mejoras que queria introducir en su pais. Habiendo ocupado el trono á la edad de doce años, hizo al estilo oriental, perecer á su madre y á sus parientes más próximos; habituó su cuerpo y espíritu al trabajo; se casó con su hermana Laodicea, á quien después condenó á muerte, como culpable de traicion; y recorriendo el Asia, y estudiando sus costumbres, leyes y habitantes mereció dominarla.

A más del Ponto, habia heredado la Frigia y las pretensiones de sus antecesores respecto de los paises vecinos. La Paflagonia tuvo reyes particulares hasta Pilemenes II (121), á cuya muerte Mitrídates se apoderó de ella, no obstante la oposicion de los romanos. La Capadocia estaba regida al principio como monarquía sacerdotal; y así que la sujetaron los persas, considerando lo difícil que seria gobernarla, le dieron por jefe un gran feudatario de su casa real. El décimo de estos fué Ariarato, vencido por Perdicas, general de Alejandro (pág. 80). Su hijo, que tenia el mismo nombre, huyó á Armenia, desde donde reapareció en los tumultos que se sucedieron, y pudo recobrar una parte de los dominios paternos (351-320). Quedó de este modo la Capadocia independiente, si bien no dejaron de molestarla con frecuencia los reyes del Ponto, hasta que Mitrídates con el pretexto de vengar en Nicomedes II, rey de Bitinia, la muerte de su cuñado Ariarato VII, señor de aquel pais, á quien él mismo habia hecho asesinar, la subyugó (94), y dió muerte con su propia mano á su sobrino y competidor: tan poca atencion ponia aquel hombre ambicioso en los medios para alcanzar sus fines.

Nicomedes, á quien no dejaba de causar recelo el engrandecimiento de su vecino, envió á Roma un hijo supuesto de Ariarato VII, quien haciendo valer los servicios paternos, estaba pronto á obtener el apoyo del Senado, cuando Mitrídates envió agentes para desenmascarar la impostura; tal vez empleaba los mismos medios que puso en juego Yugurta contra los nietos de Masinisa. El hecho es que el Senado, para quien ambas partes eran sospechosas, declaró independiente la Capadocia y la Paflagonia. Comisionó enseguida á Sila para acudir al lado de Mitrídates como embajador, pero en realidad para conocer sus designios: no pudo, sin embargo, impedir que el rey de Ponto colocase á su hijo en el trono de Capadocia. Habiendo muerto Nicomedes, rey de Bitinia, ocupó sus Estados Mitrítades; pero un hijo natural (Nicomedes III), llegó á Roma á implorar el socorro de la república (91), cuyos ejércitos fueron á colocarle en el trono de Capadocia y á Ariobarzanes en el de Pagflagonia, como dos centinelas contra el infatigable Mitrídates.

Este monarca que hacia tiempo que deseaba la ocasion de un rompimiento con los romanos, reunió un gran ejército y derrotó á los bitinios; poco después triunfó de las legiones de Casio y Aquilio, y luego sin pérdida de momentos, forzó á los romanos á evacuar la Frigia, la Misia, el Asia propiamente dicha, la Caria, la Licia, la Panfilia, la Paflagonia, la Bitinia y todos los paises que estaban sometidos ó eran aliados hasta la Jonia. En estos paises que aborrecian el yugo de Roma, y sobre todo, cuando aquel hubo enviado á todos los prisioneros sin rescate, dieron principio los aplausos ensalzando hasta las nubes al libertador, al padre, al dios y al solo monarca del Asia. Con objeto de obtener su amistad los habitantes de Laodicea, le entregaron á Quinto Apio, gobernador de Panfilia, quien se le presentó encadenado, precedido por burla de los lictores y con todas las insignias de su dignidad. Pusieron en sus manos los libios á Manio Aquilio, á quien hizo atar por un pié con un malhechor, como sublevador de la Capadocia, y llevar montado en un asno en su séquito, hasta Pérgamo, donde se le llenó de oro derretido la boca en castigo de su avaricia.

Avaricia de los romanos.—Este era en efecto el vicio de los romanos, y así hacian su dominacion execrable. Todo se vendia en Roma, y cuando se trataba de comprar dignidades y empleos, los caballeros distinguian las comarcas en donde debian ejercerlos en paises sometidos y paises aliados. Insultado Sila por Estrabon César, le dijo: *Usaré contra tí del poder de mi empleo:* y Estrabon le respondió: *Tienes razon, es tuyo, puesto que lo has comprado.* Un mancebo que entraba en la carrera de las magistraturas por la edilidad, debia gastar sin tasa en este empleo, para merecer después el favor del pueblo. Le era preciso contraer deudas entonces, y pensar en los medios de pagarlas ó contraer otras nuevas. Pretor en la ciudad y sin tener que fallar más que sobre asuntos de poca importancia, á vista del Senado, de los censores y de los tribunos no podia más que robar mezquinamente, pero sabia que después se le daria el mando de una provincia, y la hipotecaba antes de ser así, á sus acreedores. Llegado ya á conseguir su objeto, robaba, saqueaba, se unia á los exactores, á los usureros, se apropiaba los objetos preciosos, los cuadros y las estátuas. A su vuelta á la ciudad podia construir un espléndido palacio, formar una galeria que hacia que se le alabase como el protector de las artes, sentarse en la silla de marfil en el Senado, dominar á mil esclavos, ascender al consulado.

Habia facultad de quejarse; ¿pero como hacerlo cuando los mismos culpables estaban en posesion de los juicios? Fué asesinado en la plaza pública el pretor Sempronio Aselo por querer reprimir la usura, y no se verificó ninguna persecucion contra los autores del crímen. Mucio Escévola, pretor en Asia, cita á los publicanos á dar severa cuenta de sus crueldades y concusiones, hace encarcelar á algunos y condena á perecer en la cruz á un esclavo cómplice de ellos (92): los asiáticos instituyeron

una fiesta anual en honor suyo. ¡Mas qué importa! los caballeros le juraron un odio mortal.

Rutilio.—Impotentes contra él, dirigieron su cólera contra Publio Rutilio Rufo, cuyos consejos habia seguido en estas circunstancias, y precisamente le imputaron el crímen de que les habia acusado. Consiguieron hacerle condenar, y al frente de sus denunciadores se encontraba Apicio, cuya glotoneria ha quedado proverbial. Escusado Rutilio con la filosofia contra la mala fortuna, se retiró al Asia, donde fué acogido como un libertador; le adoptaron los esmirnios, y aunque fué despues llamado, no quiso volver á su patria, cuya historia escribió en su retiro en lengua griega (89). Finalmente Silvano Plaucio, presentó una ley, por la cual cada tribu debia elegir anualmente quince jueces, sacados indiferentemente de los senadores, de los caballeros ó del pueblo. Pero esta ley que arrebataba á los caballeros el privilegio de los juicios fué causa de la guerra civil.

Puede juzgarse cuál seria la alegria de las ciudades del Oriente que libertó Mitrídates del azote de la administracion romana. Todas las ciudades libres del Asia le abrieron sus puertas. Acogiéronle en medio de aclamaciones Mitilene, Efeso y Magnesia, y echaron abajo los monumentos erigidos por los dominadores.

Matanza de romanos.—Como se habian establecido un gran número de ciudadanos romanos en las provincias, pensó el rey del Ponto desembarazarse de todos ellos de un golpe, y en virtud de una órden secreta fueron asesinados en un dia dado cuantos se pudo haber á las manos, hombres, mujeres, niños y esclavos (88). Dividiéronse sus bienes entre el tesoro y sus asesinos. Obtuvieron su libertad los esclavos que degollaron á sus amos, y á los deudores se les perdonó la mitad de sus deudas por el asesinato de sus acreedores; todo el que habia ocultado á un italiano fué castigado con la muerte. Tiembla de horror la humanidad al considerar estas atrocidades. Fueron arrancados unos de los altares que abrazaban, como de Efeso, ó del templo de Esculapio, en Pérgamo; otros fueron cogidos mientras huian á nado hácia Lesbos y llevando sus hijos á la espalda. Despedazaron los caunios con prolongados tormentos á la vista de sus madres, los cuerpos de los niños, espirando aquellas de dolor ó perdiendo la razon. No queriendo ejecutar esta bárbara órden los tralianos encargaron de ella á un paflagonio, que degolló á los romanos en el templo de la Concordia. Algunos escritores hacen ascender á ciento cincuenta mil las víctimas de esta jornada (6).

Tranquilo en lo interior, fué Mitrídates á sublevar las ciudades comarcanas. En Cos encontró inmensos tesoros traidos de Egipto por Tolomeo Alejandro. En vano intentó tomar á Rodas, donde se habian refugiado los romanos, escapados de la matanza. Su general Arquelao ocupó á Atenas, donde ó dió muerte ó hizo cargar de cadenas á los partidarios de los romanos; apoderóse enseguida de Delos cuya guarnicion fué sorprendida y pasada á cuchillo. Pronto se sometieron á Mitrídates la Eubea, la Macedonia, la Tracia, la Grecia y sus islas, hasta las Cíclades; de tal manera que veinte y cinco naciones, entre cuyo número habia los rossanianos, que son los rusos del dia, obedecian sus leyes; y él entendia y hablaba la lengua de todos estos pueblos.

Era su intencion obrar con los bárbaros de los alrededores del Euxino, como Aníbal con los habitantes del Africa, de la España y de la Galia, disciplinarlos para combatir á los romanos. Llamado ya en los primeros años de su reinado á socorrer á los griegos con motivo de una irrupcion de los escitas, les habia espulsado, habia sometido á muchos pequeños príncipes, y hecho alianza con las tribus de los sármatas y de los germanos hasta el Danubio. Así dominó desde las Cíclades á la Rusia, al mismo tiempo que confinaba por las posesiones de su hijo con las soledades de la laguna Meótides. Contrajo además alianza y vínculos de familia con Tigranes, rey de Armenia. De continuo sacaba de las orillas del Istro, del Cáucaso, del Quersoneso cinmeriano (*Crimea*), nuevas hordas que llevar contra los romanos, suministrándole á más dinero para comprar las ciudades marítimas y del interior, enriquecidas con la pesca del Euxino, con la fertilidad de la Táuride, con los cambios con los escitas, y principalmente con el comercio de la India, que se hacia por el Oxo, el Caspio y el Cáucaso. Custodiaba el Ponto Euxino con cuatrocientos bajeles, y proyectaba abrirse al Norte paso para Italia.

Sila en Grecia.—Roma vió el peligro y confió el mando del ejército al que habia combatido con más ardor á los insurgentes italianos, á Cornelio Sila (87). Entonces espantaron á Mitrídates aterradores prodigios. Una Victoria preparada por los moradores de Pérgamo para ceñir á su tránsito una corona á sus sienes, cayó de improviso y la corona se hizo pedazos. Oyerónse salir de la espesura de un bosque consagrado á las Furias, al cual habia mandado prender fuego, estrepitosas carcajadas sin que se pudiera descubrir quien las originase. Habiendo declarado los sacerdotes que era necesario sacrificar una vírgen á aquellas terribles divinidades, la víctima dió tambien suelta á la risa; de tal modo que no se atrevieron á acabar el sacrificio (7). Aun más aprension debieron infundir á

(6) Véase PLUTARCO, *Vida de Sila;* APIANO, en el *Mitridático* CICERON *(pro lege Manilia y pro Flacco);* los *Excerpta* de DION y de MEMNON; TITO LIVIO, VEL. PATÉRCULO, FLORO, EUTROPIO, OROSIO, VAL. MÁXIMO. Algunos pretendieron que Rutilio Rufo habia dado á Mitrídates el consejo de esta matanza; pero Ciceron *(pro Rabirio Postumo)* le disculpa, y nos dice que pudo escaparse disfrazado de filósofo.

(7) PLUTARCO, como de costumbre.

Mitrídates las palabras de Mario, que yendo en su busca en tiempo de su más próspera fortuna, y consultándole sobre la guerra, le habia respondido: «Haz de manera ¡oh rey! que seas más fuerte que los romanos; ó inclina la frente delante de todas sus voluntades.»

Con efecto ¿cómo hubiera podido resistir aquel enjambre de bárbaros á la disciplina romana? Esperimentaron en Queronea tal derrota, que Sila escribió en sus memorias haber dado muerte á ciento diez mil sin perder más que doce soldados; y terminaron aquella campaña otras dos batallas no menos sangrientas en la Beocia. No debemos omitir que en el primer ejército y á las órdenes de Arquelao se hallaban hasta quince mil esclavos fugitivos de los romanos que pelearon desesperadamente (8).

Guerra civil.—Pero mientras Sila salia victorioso en Grecia, su partido sucumbia en Italia, Cornelio Cinna, que, como ya hemos visto, se habia declarado en contra suya, queriendo grangearse el favor popular, propuso distribuir de nuevo á los aliados italianos en las treinta y cinco tribus. Octavio, partidario incorruptible del Senado (9) se opuso á ello: acabaron por recurrir á las armas, y las calles de Roma fueron inundadas con la sangre de los italianos. Dícese que perecieron hasta diez mil, y los demás se vieron obligados á salir de la ciudad con Cinna y seis tribunos. El Senado declaró á Cinna depuesto del consulado.

Vuelta de Mario.—Habiéndose colocado Cinna al frente de los italianos para sostener *la causa de los aliados*, pudo reunir bastantes hombres y dinero para formar treinta legiones: llamó á los desterrados y con ellos á Mario. Espantado el Senado de aquel nuevo peligro manda poner la ciudad en estado de defensa: en esto llega Mario á Telamon y los italianos se agruparon en torno suyo: invita á los esclavos á recobrar su libertad, y alista bajo su bandera á los paisanos más robustos. Sertorio, uno de los más valientes generales, se declara á su favor, y los tres adoptan la resolucion de atacar á Roma de comun acuerdo. Rehusando Mario toda especie de título y de distincion, y marchando agobiado como bajo el peso de los crueles padecimientos que habia esperimentado, albergaba en su corazon y disimulaban mal sus ojos el deseo de atroces venganzas.

Batiéronse ciudadanos contra ciudadanos bajo los muros de Roma, y se vió pelear á hermanos en opuestas filas. Uno de ellos cayó herido mortalmente por el otro, y cuando el homicida reconoció á su hermano se arrojó en sus brazos para recibir su postrer aliento; y esclamando luego: *Nos han separado los partidos, júntenos la hoguera*, se atravesó con la fatricida espada (10). ¡Terrible símbolo de la suerte de los italianos!

Hallándose los cónsules poco preparados para la defensa, Pompeyo Estrabon, que hacia la guerra á los insurgentes á orillas del Adriático, fué llamado, y procedió con tal blandura, que se concibieron sospechas de que su designio era dejar que se destruyesen ambos partidos para dominar él solo. Enviáronse, pues, órdenes á Metelo el Numídico, de terminar lo mejor que pudiera la guerra contra los samnitas, todavia no domados, y de regresar cuanto antes. Pero cuando estaba para convenirse con ellos, Mario les ofrece condiciones más ventajosas; tentaron, pues, nuevamente la suerte de las armas, y Metelo tuvo que volver sin ejército á Roma.

Toma de Roma.—Aumentábase entre tanto la desercion en las filas senatoriales de los romanos; y habiéndose asegurado Mario la posesion de las ciudades marítimas y de Ostia, acabó por bloquear á Roma, obligada al fin á rendirse por el hambre, la peste y el levantamiento de los esclavos. Antes de entrar en su recinto quiso Cinna ser reconocido de nuevo por cónsul; Mario se paró á la puerta diciendo que no cumplia penetrar en la ciudad á un miserable proscrito, como él lo era; pero aun no habian votado todas las tribus que fuera llamado, cuando entró en la ciudad mandando á su escolta dar muerte á todos aquellos á quienes devolvia el saludo.

Comenzó entonces una horrible carniceria: el cónsul Octavio y los más ilustres senadores fueron muertos, sin hablar de los amos sobre los que ejercian los esclavos las más espantosas venganzas. Citaremos como escepcion los de Cornuto, quien, habiéndoles ayudado á salvarse en su casa de campo, ahorcaron un cadáver al que fingieron ultrajar, salvando de esta manera á su amo.

Lutacio Cátulo, cuyo crimen era haber tomado una parte muy activa en la victoria sobre los cimbros, se envenenó para quitar á Mario el placer de darle muerte. Acudió el cónsul Merula, flamin de Jupiter, al templo, depositó las cintas sagradas, y habiéndose sentado en el trono pontifical, se hizo abrir las venas. Espiró regando los altares con su sangre y profiriendo terribles imprecaciones. Refugióse el orador Marco Antonio, maravilla de su tiempo, como le nombra Ciceron, en una casa de campo de uno de sus amigos, quien gozoso con recibir tal huésped, envió su esclavo á la posada cercana á procurarse el mejor vino. No guardó secreto el imprudente para con el posadero, del nombre de aquel á quien su señor habia dado asilo, y este posadero le denunció. Acudieron, pues, los satélites de Mario, y aunque se detuvieron un momento por la elocuencia y majestad del gran orador, le corta-

(8) PLUTARCO, *Vida de Sila*.

(9) Plutarco, para probar cuan riguroso observador era de la justicia, cuenta que, apremiado á restituir la libertad á los esclavos en tan gran peligro, protestó que no admitiria jamás siervos en la patria, después de haber espulsado á Mario por la defensa de las leyes.

(10) OROSIO, V, 9.

ron la cabeza, abrazó Mario al sicario que le llevó esta cabeza, y la hizo esponer en la tribuna, donde durante tantos años habia aquella defendido el buen derecho, y donde poco tiempo después debia colocarse tambien la de otro ilustre orador.

Muerte de Mario.—Habiéndose entregado los esclavos al tumulto por la dilacion sufrida en el pago del sueldo ofrecido por Cinna, los hizo reunir Mario en el Foro, donde fueron degollados á millares. Embriagado con la suerte, ya que no harto de sangre, cónsul por la séptima vez, no pudo librarse de la terrible espiacion de los remordimientos; procuró en vano sofocarlos bebiendo, hasta el momento en que una corta enfermedad condujo á la tumba á este septuagenario (86). Heredero su hijo Mario de su poder, hizo degollar á todos los senadores que se encontraron en Roma, y nombrar para el consulado á Valerio Flaco, su hechura; el que se concilió el favor de la plebe decretando que los acreedores debian considerarse pagados si se hacian con la cuarta parte de la deuda. Pero se trataba de impedir la vuelta de Sila.

Sila en Atenas.— Habia sitiado este general á Atenas, donde Ariston habia establecido su tiranía (87). Como le faltaba el dinero, hacia enviar á su campo los despojos de todos los templos, y contestaba á las reclamaciones de los anfictiones que aquellas riquezas estarian más seguras en sus manos; pero bromeando con sus amigos les decia que estaba seguro de la victoria, pues los mismos dioses pagaban sus tropas. Temblaban los griegos y citaban con elogio á Flaminino, á Acilio y á Paulo Emilio, que se habian abstenido de tocar á los objetos sagrados. Mas estos habian sido elegidos legalmente, y mandaban á guerreros sóbrios y disciplinados, tenian grande alma, y su manera de vivir era modesta; hubieran considerado igual cobardía favorecer á la soldadesca que temer al enemigo. Por lo contrario, los actuales jefes alcanzaban la primera categoria usando la violencia ó la corrupcion del oro; en lo cual tenian que tomar ejemplo de sus fautores y venderlo todo para comprar ya votos en la plaza pública ó ya un apoyo en el ejército. Además, Sila fué el primero en dar el ejemplo en grande de estas liberalidades corruptoras.

Acosados los atenienses por el hambre, enviaron á Sila embajadores, que hablaron de Teseo, Codro, Maraton y Salamina. El les respondió: *Guardad vuestros hermosos discursos para la escuela; yo me encuentro aquí para castigar á los rebeldes, y no para aprender vuestra historia.* Concluyó por tomar la ciudad por asalto secundado por traidores que nunca faltaron en las guerras de la Grecia, y haciendo correr torrentes de sangre; tambien queria destruirla, pero se dejó ablandar y perdonó á los vivos (decia) en consideracion á los muertos.

Pero mientras que él triunfaba esteriormente, se encontraba Sila proscrito en su patria, y en adelante le era preciso defenderse contra los ejércitos de la facción adversa, enviados para combatirle y aun para matarle. El cónsul Valerio Flaco, al cual se habia destinado el gobierno del Asia, derrotaba al frente de numerosas tropas proporcionadas por los aliados, á los generales de Mitrídates. Tenia por teniente á Fimbria, hombre odioso por su insaciable crueldad; habia querido, con motivo de los funerales de Mario, hacer asesinar al augur Quinto Escévola, y habiendo errado el golpe, le citó á juicio. Como le preguntara todo el mundo con admiracion, de que podria acusar á un hombre tan irreprensible, respondió que le hacia cargo de no haber recibido en el costado toda la hoja del puñal (11). No le faltaron imitadores de esta lógica.

Siendo ya teniente de Flaco, sublevó Fimbria contra su jefe una parte del ejército le derrotó y dió muerte (86), y después se colocó al frente de todas las fuerzas romanas en Asia, permitiendo para sostenerse toda clase de escesos á sus fautores y soldados. Un dia que habia hecho levantar horcas, y que vió que eran en mayor número que los malhechores que habia que castigar, hizo que cogiesen á la casualidad entre los espectadores para llenar las plazas vacantes. A pesar de todo, como no estaba exento de valor, venció á los generales de Mitrídates, y apenas le dejó tiempo de refugiarse en Pitano donde le sitió. Tenia necesidad para conquistar esta plaza fuerte del socorro de la flota, pero siendo Lúculo, que la mandaba, del partido opuesto al de Mario y Fimbria, se negó á secundarle, lo cual permitió al rey buscarse un asilo en Mitilene. Apoderóse entonces Fimbria de Pitana, y fué á sitiar á Troya. En vano rogó Sila que abandonase la empresa, tomó por asalto la ciudad, pasó á cuchillo á la poblacion, derribó los edificios, y se alabó de haber esterminado más en diez dias que Agamemnon en diez años.

Cogido entre dos enemigos Mitridates, mandó hacer proposiciones á Sila, quien por una parte deseoso de ir á ver lo que acontecia en Italia, y por otra de arrebatar á Fimbria la gloria de esta campaña, dió oidos á ellas y consintió en una conferencia con él, en Dardano en la Troade (85). Acudió allí el rey del Ponto con veinte mil hombres, seiscientos caballos, multitud de carros armados de dallos y sesenta barcos; Sila con dos legiones y doscientos ginetes; pero él fué quien dictó las condiciones. Tuvo Mitrídates que limitarse á aceptarlas. Se convino en que el rey retiraria sus tropas de todas las ciudades que no le perteneciesen antes de la guerra; que devolveria á Nicomedes III la Bitinia, á Ariobarzanes la Capadocia, y todos los prisioneros sin rescate, que pagaria 2,000 talentos, y proporcionaria á Sila ochenta bajeles equipados, con quinientos arqueros; que no manifestaria ningun resentimiento contra las ciudades, ni contra los ciudadanos que habian probado su celo en favor de los romanos.

—*¿Qué me dejas, pues?* preguntó Mitrídates.—

---

(11) CICERON, *pro Roscio Amerino.*

Te dejo la diestra que ha firmado la muerte de cien mil romanos.

De esta manera fué como Sila dió feliz desenlace en menos de tres años á una de las más peligrosas guerras, y en este espacio de tiempo recobró la Grecia, la Jonia, la Macedonia y el Asia: declaró independientes y aliados de Roma á los rodios, á los magnesios, troyanos y chiotas y mató ciento sesenta mil hombres á Mitrídates. Hubiera podido, si hubiera querido, cogerle á él mismo y evitar de esta manera treinta años de guerra á su patria.

Fimbria que rehusó someterse, fué vivamente atacado y reducido á tal estremidad, que se dió la muerte.

Impaciente Sila por reinar en Italia, esplotaba el Asia, á la que imponia 20000 talentos (100.000,000); enviaba á sus soldados á vivir á discrecion entre aquellos que se habian manifestado adversarios de los romanos. Tenia además cuidado de conciliarse la voluntad de las tropas, cerrando los ojos sobre sus rapiñas y escesos. Después de haber despojado los templos de Delfos, de Olimpia, y Epidauro, se alojaban los soldados de Sila en los palacios, donde gozaban de las muelles delicias del Asia, baños, teatros, esclavos y serrallos; y mientras que la flota despedida por Mitrídates, dividida en pequeñas escuadras, que acabaron por piraterias y que aniquilaron el pais, procuraban los de Sila cubrir sus crueldades, pillages y liviandad dirigiendo al mismo tiempo sus miradas por el lado de la Italia, con la esperanza de tratarla pronto del mismo modo.

CAPÍTULO VIII

DICTADURA DE SILA.

Ejercia despótico el poder en Roma Cinna, quien sin recoger los sufragios, se habia declarado á sí mismo cónsul por tercera vez con Papirio Carbon, y habia distribuido los empleos á quien habia querido. Pero él mismo se encontraba dominado por la soldadesca, que acostumbrada á la sangre por Mario, acabó por darle muerte (84).

Adelantábase Sila precedido de una fama terrible, acompañado de soldados avaros de botin y de desterrados poseidos de venganza. En tanto que se encontró allende los mares, habia proclamado la voluntad de restablecer el órden, y devolver á los senadores sus prerogativas: pero llegado á Brindis, con ciento veinte bajeles, cuarenta mil veteranos y seis mil caballos, sin contar algunas tropas reclutadas últimamente en Macedonia y el Peloponeso, escribió al Senado recordando sus hazañas en las guerras de Numidia y en las que hubo contra los cimbros, los aliados latinos y Mitrídates (83):—*¿Y qué recompensa he recibido?* añadió: *mi cabeza ha sido puesta á precio, han sido degollados mis amigos; obligados mi mujer é hijos á andar errantes lejos de su patria; demolida mi casa, confiscados mis bienes, anuladas las leyes que se hicieron durante mi consulado. Pronto me vereis á las puertas de Roma con un victorioso ejército, dispuesto á vengar mis ultrajes, á castigar á los tiranos y sus satélites.*

Pompeyo emperador.—No habia más recurso contra semejantes amenazas que la fuerza de las armas. Reunió, pues, Roma cien mil hombres á las órdenes de los cónsules Norbano y Escipion, pero el ejército del primero fué derrotado y el del otro se pasó á Sila, al cual se reunió tambien el jóven Cneo Pompeyo, con los inmensos clientes que tenia en el Piceno, arrollando tres ejércitos que quisieron impedirle el paso. Saludó Sila al jóven y feliz guerrero con el título de *Imperator* y le envió á vencer á la Galia Cisalpina, á Sicilia y al Africa.

Sin embargo, los partidarios de Mario no sabian á qué medios recurrir, viendo diariamente sus más recomendables tropas y ciudadanos correr á alistarse bajo las banderas de Sila. Temiendo que hiciese lo mismo Sertorio, general de gran distincion, le mandaron á España y reunieron sus esfuerzos Carbon, Norbano y Mario para conjurar el peligro (82). Determinaron á Poncio Telesino, valeroso capitan, á que los socorriese con cuarenta mil samnitas, restos de la guerra social; pero aumentando las deserciones con aquellos que están siempre por el más fuerte, tuvo que sucumbir el partido popular. Refugióse Mario en Preneste; libre Norbano con gran trabajo de las asechanzas de uno de sus oficiales, huye á Rodas, donde se suicida por temor de ser entregado al enemigo, y espantado Carbon se retira al Africa.

Sila ocupa Roma.—Vencedor en todas partes Sila por sí mismo, por Pompeyo y sus tenientes, entra en Roma sin oposicion, reune al pueblo, se queja de todo lo que ha tenido que sufrir, sustituye en los empleos sus amigos á los de Mario, y limitándose á amenazas vuelve á hacer la guerra: guerra terrible, donde por una y otra parte corria sangre italiana. Sabian los partidarios de Sila que cuantos más enemigos esterminasen más tierras y oro tendria su general á su disposicion para recompensarles. Acudia Telesino con sus valientes para sostener á Preneste; pero como Sila se aprestase á contenerle el paso, se dirigió en derechura á Roma, sabiendo que se hallaba indefensa, y declaró en alta voz que no entendia pelear en favor de Mario ni contra Sila, sino por la causa italiana, para vengar las matanzas de la guerra social, y esterminar á Roma, aquella gloriosa enemiga de Italia. Al oir esta amenaza salieron á campaña todos los ciudadanos con armas; pero fueron rechazados. Sobrevino á la sazon Sila, y vió á los

suyos en fuga y estuvo á punto de sucumbir él mismo, si bien salió vencedor después de haberse empeñado de nuevo el combate: Telesino fué herido de muerte, y en él perdió su último héroe la causa italiana.

Libre por este lado Sila pensó que no tenia ya más enemigos y se abandonó á su crueldad. Habia prometido la vida á tres mil samnitas que le ofrecieron rendirse, á condicion de que degollarian á aquellos de sus camaradas que se resistieran: cumplieron su promesa, y cuando en doble número tornaron á presencia de Sila, este los llevó á Roma, y habiéndoles encerrado en el circo, mandó que fuesen asesinados todos. Habia reunido los senadores en el vecino templo de Belona, y como llegasen hasta allí los horribles gritos de las víctimas dijo: *No es nada, impongo castigo á algunos facciosos*, y continuó su discurso.

Proscripciones.— ¡Espantoso exordio de crueldades inauditas! Apenas se hubo rendido Preneste, y Mario habia puesto fin á sus dias, subió Sila á su tribunal para juzgar á los prenestinos que le habian sido contrarios, no prestándoles oidos sino en cuanto fué indispensable para dar alguna apariencia de legalidad al asesinato. Viendo posteriormente que iban dilatándose las cosas, mandó encerrar juntos á muchos miles de ellos, dió órden de que se les quitase la vida, complaciéndose en aquella horrorosa ejecucion de que permaneció espectador impasible. Uno de aquellos infelices á quien quiso salvar la cabeza, por pertenecer á una familia de quien era huésped, le respondió generosamente: *Yo no quiero deber la vida al verdugo de mis compatriotas;* y se metió en medio de los que caminaban á la muerte. Temiendo los habitantes de Norba, en Campania, una suerte semejante á la de los prenestinos, incendiaron sus casas y perecieron con su patria.

Este fué el fin de la guerra social, que hasta entonces no se habia acabado completamente; este fué tambien el fin de la guerra civil, y Sila de vuelta á Roma convocó á los comicios y dijo: *He salido victorioso. Aquellos que me han obligado á armarme contra la ciudad, espiarán hasta el último á costa de su sangre toda la que he derramado.*

De este modo necesitaba nuevas crueldades para espiar las antiguas. En efecto viéronse al dia siguiente puestas de manifiesto tablillas en que estaban inscritos los nombres de cuarenta de los principales senadores, y de mil seiscientos caballeros, denunciados todos al acero del primero que los encontrara. Sila daba dos talentos por cabeza á todo asesino, ya fuera un esclavo que hubiera dado muerte á su amo, ó ya un hijo que hubiera quitado la vida á su padre. Eran confiscados los bienes de los proscritos, y declarados infames sus hijos hasta la segunda generacion. Estaba condenado á pena de muerte todo el que hubiera salvado la vida á su hermano, á su hijo, á su padre inscrito en la fatal lista.

Al segundo dia fueron puestos en las tablillas doscientos veinte ciudadanos, y otros tantos al dia siguiente: los malvados aprovecharon la ocasion para deshacerse de sus enemigos particulares; vino la codicia en apoyo de la venganza, que fué atroz y sin objeto. No fueron los templos asilo que evitara el golpe de los asesinos. El delito de la mayor parte de los proscritos consistia en tener palacios, termas, jardines, cuadros, una opulenta herencia, una mujer hermosa. Recorriendo un ciudadano las listas de proscripcion encuentra allí su nombre y esclama:—*¡Ah infeliz! Mi casa de Alba es la que me pierde.*— A pocos pasos de allí fué degollado. El senador Lucio Catilina, de quien tendremos que hablar mucho, habia quitado la vida á su hermano para obtener su herencia: á fin de borrar su delito, hace que Sila le incluya en sus listas de muerte y le presenta otras cabezas en recompensa. Le entrega un deudo de Mario, que es azotado por las calles de Roma; enseguida le cortan las manos, las orejas y la lengua; le machacan los huesos y su cadáver mutilado es arrojado al Tíber. Muéstrase indignado un ciudadano llamado Marco Pletorio, y le dan muerte en el mismo sitio. Catilina, que llevó su cabeza á Sila, fué recompensado; luego fué á lavar sus manos ensangrentadas en la pila que contenia el agua lustral á la puerta del templo de Esculapio.

Aquel Robespierre aristocrático, que creia deber regenerar la república y las costumbres derramando torrentes de sangre, declaró, después de la matanza de nueve mil personas, entre las que habia noventa senadores, quince cónsules, dos mil seiscientos caballeros, haber proscrito solo aquellos de cuyos nombres hacia memoria; pues por lo que hace á los demás ya les llegaria su turno. Entonces Cayo Metelo le dijo en el Senado: *Nosotros no intercedemos en favor de aquellos á quienes intentas dar muerte, sino que te suplicamos que saques de la incertidumbre á aquellos á quienes piensas dejar con vida.* Habiendo respondido Sila que aun no sabia quienes se encontrarian en este caso, añadió Metelo: *Nombra á lo ménos á aquellos á quienes no quieres dar muerte;* y Sila:—*Así lo haré.*

Las ciudades que se habian pronunciado en contra suya esperimentaron tambien parte de su frenética venganza; unas fueron desmanteladas, otras obligadas á pagar enormes multas, ó vieron proscritos á todos sus moradores. Especialmente la Etruria, exenta hasta entonces de colonias, fué entregada á la codicia de los soldados.

En Espoleto, Interramna y Fiesole fueron confiscados los bienes de todos sus habitantes, y una ciudad nueva destinada á ser rival de Fiesole, fué edificada en el valle de Arno, y llamada Florencia por el nombre misterioso de Roma.

Entre tanto Pompeyo hacia la guerra en Sicilia, que abandonada por Perpenna, acabó por rendirse. Habiendo pasado Carbon del Africa á la isla de Cosura, fué allí preso y llevado á presencia de Pompeyo, quien olvidado de sus antiguos beneficios, ó acordándose tal vez demasiado de ellos, á

semejanza de los orgullosos, insultó su infortunio, luego le mandó dar muerte, aun cuando dejara á todos los demás el medio de salvarse. En el momento en que amenzaba esterminar á los habitantes de Himera, como fervientes secuaces de Mario y de Carbon, su primer magistrado, llamado Steno, clama en contra y declara que es injusto castigar á toda una poblacion por el delito de uno solo.

—*¿Y quien es el único delincuente?* preguntó Pompeyo.

—*Yo, que los he escitado contra Sila.*

Enternecido Pompeyo de tanta generosidad tuvo á bien perdonarle.

Sila dictador.—Después de haber espantado á los romanos con tantos suplicios, se retiró Sila al campo, rogando al Senado eligiera á quien gustase para interino. Recayó la eleccion en Valerio Flaco, su hechura, que de acuerdo con él propuso nombrar á Sila dictador, título olvidado habia más de ciento veinte años (82). Confirióle, pues, el Senado por aclamacion la dictadura, y le erigió una estátua ecuestre en el foro, donde chorreaba todavia la sangre de tantos ilustres ciudadanos. Insultando á la Providencia remuneradora se puso el sobre nombre de *Venturoso;* y habiendo dado á luz su esposa dos gemelos, les llamó *Fausto* y *Fausta:* ¡tanto dista de la verdad el que cree que nuestras obras hallan aquí abajo su recompensa!

La victoria de Sila era el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos. No se trataba ya, como en las leyes agrarias, del campo público, sino tambien de las propiedades particulares, que habian sido quitadas á sus dueños para remunerar con ellas á los soldados. Estos, en realidad, no eran ya ciudadanos, prontos en caso necesario á abandonar el campo para ir á combatir: el arriesgar la vida en espediciones lejanas por la gloria y no por la defensa de la patria, habia dejado de considerarse como deber del ciudadano, y mucho menos el lidiar contra otros ciudadanos. Fué, pues, indispensable estimularlos con donativos; y por la primera vez, después de la conquista de Cartago, distribuyó el Senado á los que habian militado en Africa y en España dos yugadas de tierra por cada año de servicio; primer ensayo de colonias militares. Con iguales promesas se habia proporcionado Sila partidarios, obligándose de consiguiente á matar á los antiguos poseedores. Inmensas fortunas acumuladas por los caballeros, merced al pillaje de las provincias, vinieron á ser presa de los soldados de fortuna ó de los senadores, quienes sostuvieron, unos con la espada, y otros con la intriga, la causa de la aristocracia. Una vez poseedor tranquilo del poder, declaró Sila que su intencion era hacer renacer la antigua república y restituir á las leyes su vigor primero; y en efecto, reformó el Estado durante los dos años de su dictadura, restituyendo su autoridad al gobierno, destruyendo lo que habia empleado tantos siglos en conquistar la plebe, y comprimiendo la levadura de las pretensiones populares.

Leyes cornelias.—Estableció las reglas de eleccion para las primeras magistraturas. Se fijó en ocho el número de pretores, y el de los cuestores en veinte. No se podia solicitar el consulado sino después de la pretura, pero sí esta sin haber sido cuestor antes. Ató las manos á los tribunos, quitándoles la autoridad legislativa á consecuencia de la abolicion de los comicios por tribus, y de la prohibicion que se les impuso de hablar en pró ó en contra de la ley propuesta: estableciendo, además, que después de haber sido tribuno, no se podria aspirar á ningun otro cargo, ahuyentó de este empleo todo pensamiento ambicioso. Limitó el poder de los gobernadores en las provincias, y puso freno á sus exacciones; restituyó al Senado la autoridad judicial y la eleccion de los pontífices; arrebató á los latinos y á la mayor parte de las ciudades italianas aquel derecho de ciudad tan apetecido. A fin de llenar el vacio dejado por tantos ciudadanos muertos en las guerras civiles, ó más bien para rodearse de hombres adictos á su persona, declaró libertos y ciudadanos á diez mil esclavos. que se llamaron Cornelios por el nombre de su familia. Como habian sido quemados los libros Sibilinos envió á recoger sus fragmentos á las ciudades de Ilion, Samos y Eritrea, y formó una nueva compilacion de ellos, que confió á quince personas.

Habia necesidad de admitir sus reformas de grado ó por fuerza. Cierto dia que hallaba alguna oposicion contó la fábula siguiente: *Sintiéndose molestado de picazon un hombre zafio, se quitó su vestido, y mató cuantos insectos hubo á la mano. Como le picaran de nuevo mató á muchos más que la vez primera. Por último, sintiendo una gran picazon todavia más fuerte, echó á las llamas su vestido y con él todo lo demás. ¡Que no os suceda lo propio!*

No hubiera tenido reparo en pasar de las amenazas á los hechos; y Ofella suministró la prueba. Muy confiado por los importantes servicios que habia prestado á Sila, osó oponer resistencia al dictador, y tomando este asiento en su tribunal, mandó á un centurion que le cortara la cabeza ¿No era en efecto dictador elegido por el pueblo y por el Senado segun las formas legales? ¿No tenia por este título derecho absoluto sobre la vida y la hacienda de todos? ¿No era dueño de destruir ó de edificar ciudades, de derrocar ó de nombrar reyes? Mario se dejaba arrebatar por la fogosidad de la pasion, pero Sila mataba normalmente, y dentro de los límites de la legalidad, por concepto lógico, por razon de Estado.

Sosteníase todavia la faccion de Mario en Africa, donde Domicio Enobarbo le habia adquirido un aliado en el númida Yarbas. Enviado Pompeyo contra ellos mató al primero é hizo prisionero al segundo. Concibió celos el anciano Sila contra el jóven victorioso y le prohibió la vuelta á Roma. Obedeció inmediatamente, y satisfecho el dictador de su docilidad, le confirió el título de Grande: otorgóle luego, aunque no sin dificultad, los honores del triunfo.

Abdicacion de Sila.—Sila, que continuaba proclamándose dichoso, quiso dar la última prueba de su desden hácia la humanidad, que habia hollado con su planta: abdicó (79), y se le vió pasearse como simple particular en medio de un pueblo á quien diezmara. Erróneamente se atribuye esto á un acto de valor digno de ser admirado (1). Habia introducido en el Senado trescientas de sus hechuras: contaba Roma dentro de sus muros diez mil Cornelios que marchaban á cara descubierta y que una palabra del dictador habia cambiado de esclavos en ciudadanos; ciento veinte mil veteranos, que primero habia conducido á la victoria y después hecho propietarios, se habian derramado por toda la Italia, interesados en conservar una vida de la que dependia su fortuna; la muchedumbre estaba poseida de terror ó acostumbrada al yugo. Fué, pues, una vana comedia la que representó, cuando habiendo reunido el pueblo le dijo: *Romanos, os devuelvo la autoridad sin límites que me habeis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno de vosotros quiere que le rinda cuentas de mi administracion, estoy pronto á hacerlo.* Despidiendo entonces á los lictores, se paseó como un simple particular sin que nadie se atreviese á insultarle. Solo un jóven aturdido le dirigió injurias; y él se contentó con decir: *Este será causa de que no se abdique otra vez la dictadura.*

Muerte de Sila.—Dividió su tiempo en su retiro entre el estudio y los placeres, escribió sus propios comentarios, redactó un código para los habitantes de Pozzuoli, contrajo una infame amistad con el cómico Roscio, el bufon Sorix y el actor Metrobio que desempeñaba los papeles de mujer en la comedia. Pasaba con ellos los dias y noches en beber, consultar á los adivinos, celebrar los ritos frigios y hacer aun cosas peores. Por intérvalos se despertaba su carácter feroz con deseo de manifestar que no abdicaba sino en la apariencia. Por eso difiriendo rendir sus cuentas el cuestor Granio, le hizo ahorcar cerca de su lecho, donde retenia á Sila una estraña enfermedad, que le condujo al sepulcro (78): fué roido por la miseria que sin cesar le renacia.

Su triunfo.—Habia durado diez dias su triunfo, después de su victoria contra Mitrídates, y hacia mucho tiempo que Roma no habia visto uno tan espléndido. Llevaron allí 15,000 libras de oro y 115,000 de plata, fruto del pillage de la Grecia y del Asia; además 13,000 libras de oro y 7,000 de plata, salvadas por Mario del incendio del Capitolio y recobradas en Preneste. Hizo además celebrar juegos tan magníficos, que quedaron desiertos los de Olimpia (2). Tuvieron sus exequias el aspecto de un nuevo triunfo: llevado su cuerpo de Cumas á Roma en un féretro suntuoso, sostenido por cuatro senadores, marchaban alrededor los colegios de los sacerdotes y vestales: en su séquito iban el Senado y los magistrados con las insignias de su dignidad: después seguian los caballeros y sus veteranos. Pasó el cortejo en medio de los lastimeros cantos en alabanza de aquel á quien habian perdido, del sentimiento de la muchedumbre y de las coronas de oro enviadas por las ciudades, por las legiones y por todos los admiradores de su gloria. Fué sepultado en el campo de Marte como los antiguos reyes, de los cuales solo le faltó el nombre, y se inscribió sobre su sepulcro que jamás habia existido nadie que supiera hacer mejor el mal á sus enemigos y el bien á sus amigos.

Dotado de notables cualidades, tan hábil en la paz como en la guerra, en la sedicion como en el consejo, caminó siempre hácia un objeto determinado, la restauracion de la aristocracia. Pero aun en vida suya vió caer muchas de sus leyes; y no bien hubo muerto se desmoronó su edificio político: descompúsose la unidad que habia reconstruido su mano de hierro. Habia pasado el poder del pueblo á los comicios centuriatos, es decir, á los nobles; pero los patricios á quienes habia querido favorecer, no eran más que plebeyos ennoblecidos recientemente, nobleza viciada hasta la médula de los huesos; y la única que existia á la sazon era la de los ricos. Siempre es esta la aristocracia menos sólida, porque la movilidad del elemento que la constituye no le permite echar raices en la opinion: sus mismos fautores debian hacer pasar en breve el poder á otros. Ni Sila, que en sus aristocráticas preocupaciones acariciaba lo pasado, ni los Gracos que aspiraban á hacerlo revivir por la democracia, se habian apercibido de la necesidad de un elemento intermedio, el único que hubiera podido mantener la paz por el equilibrio del uno y del otro.

Pero aquellos soldados, á quienes Sila habia enseñado á enriquecerse con el acero y á sostener á los generales contra la patria, estaban cada vez más prendados de todo lo que tenia un carácter aventurero, pues en ello veian la ocasion de una nueva guerra civil con su acompañamiento de saqueos y proscripciones. La espoliacion impulsaba á las familias desterradas y empobrecidas á despertar al pais de su letárgica apatia y reparar sus pérdidas. Las inmensas riquezas llevadas del Asia eran el cebo para agotarla aun más á fuerza de concusiones ó de entrarla á saco con las armas. El venturoso éxito de Sila alentaba á jóvenes audaces, como Lúculo, Craso, Pompeyo, César, convencidos desde entonces, por el ejemplo del dictador, de que Roma era capaz de soportar un amo.

---

(1) «Nada se puede imaginar más heróico que su abdicacion. El ciudadano más virtuoso y de más celo por la libertad de su patria ¿hubiera podido hacer algo más por ella? Ciertamente que no. Pregúntese si el partidario más ardiente de la libertad habria podido hacer sacrificio más hermoso.» *Historia Universal de los literatos ingleses.*

(2) PLUTARCO y APIANO.

CAPÍTULO IX

SERTORIO.—SEGUNDA Y TERCERA GUERRA CONTRA MITRÍDATES.

Apenas habia cerrado Sila los ojos, cuando Emilio Lépido intentó derogar sus leyes y comunicar nuevo impulso á la faccion italiana; pero encontró en el otro cónsul, Q. Lutacio Cátulo, un adversario tan ferviente como fiero: creyó el Senado que debia obligarles á jurar que nunca llegarian á las manos uno contra otro. Enviado el primero á la Galia Narbonense, se detuvo en Etruria, donde enganchó á mucha gente y retornó á Roma para solicitar la confirmacion del consulado; y puesto en fuga por Cátulo y Pompeyo, se trasladó á Cerdeña. Proponíase llevar la guerra á Sicilia, cuando su muerte libertó á la aristocracia del miedo que podia infundirle (77). Junio Bruto, que habia empuñado las armas en la Galia Cisalpina por la misma causa, fué hecho prisionero en Módena por Pompeyo, y decapitado. De este modo se aseguraron los parciales de Sila el goce de sus bienes, en cuya defensa habian vuelto á esgrimir el acero.

Sertorio.—Con mucha más energia era sostenido el partido de Mario y de los italianos en España por Quinto Sertório, que habia mezclado su propia causa á la de la independencia nacional. Nacido plebeyo en Norcia, Sertorio habia seguido la senda habitual de los jueces romanos, empezando por abogar en el foro y combatiendo después contra los cimbros, en cuyo campamento tuvo la audacia de penetrar como espía. Su valor le conquistó el afecto de Mario. Lidiando en España mereció grandes elogios, y llegando á cuestor en la guerra de los aliados, levantó prontamente un ejército, perdió un ojo en una batalla y fué recibido en el teatro con estrepitosos aplausos. Mezclóse en la lucha de las facciones, poniéndose de parte de Mario; luego cuando le vió declinar, corrió hácia la Iberia para prevenir que la ocuparan sus contrarios y proporcionar un asilo á sus amigos. Al efecto compró á los montañeses de los Alpes la facultad de cruzar libremente sus desfiladeros, y como se le censurase por ello, dijo: *El que medita grandes proyectos, nunca puede pagar el tiempo á precio demasiado caro.*

España.—Nunca se habia resignado España al yugo, y estallaban de contínuo sangrientas protestas contra sus dominadores. Enviado el cónsul Tulio Didio á apaciguar aquellas rebeliones, trató á los naturales con barbarie (98). Habiendo concebido sospechas contra los que poco antes habian sido conducido á Colenda para formar allí una colonia, les prometió otras tierras: después cuando llegaron á su campamento con sus familias, mandó separar hombres de mujeres y niños, é hizo que fuesen degollados todos por sus legionarios. Roma aprobó esta matanza: corrieron á las armas los celtíberos; pero hubieron de doblegar al fin su frente y de sujetarse á la coyunda. Como hallase Sertorio al pais malísimamente dispuesto contra gobernadores arrogantes y avarientos, supo grangearse la confianza de los iberos tratándoles con dulzura, eximiéndoles de alojamientos militares y administrándoles justicia.

Hecho Sila señor despótico de Roma encargó á Cayo Annio la espulsion de Sertorio, pero este se sostuvo en el pais por bastante tiempo, por ser muy favorable el terreno á la guerra defensiva: anonadado al fin por el número acabó por trasladarse al Africa, de donde no tardó en volver de nuevo por haber sido muertos á manos de los berebres los soldados que llevó consigo. Otra vez repelido formaba el designio de cruzar el estrecho para ganar las islas Atlánticas ó Afortunadas, donde, segun las relaciones de algunos traficantes, era deliciosa la temperatura, fértil el terreno, donde las halagüeñas brisas soplaban impregnadas de rocío y donde crecian naturalmente los frutos (1). Pero nunca podia

(1) ¿Serian las Canarias? Es incierto. La descripcion

asir aquella paz que, como ensueños juveniles, se desvanecia dejando en cambio terribles conflictos. Primeramente asedió en Africa á Tingis (*Tanger*), se apoderó de ella á despecho de los partidarios de Sila, y la trató con generosidad. Llamáronle entonces los lusitanos en su ayuda contra Annio; acudió á este llamamiento, y á la cabeza de ocho mil hombres, rechaza sucesivamente á seis generales que mandan á ciento veinte mil infantes, seis mil caballos y dos mil arqueros. Deseosos los pueblos de recuperar su libertad y descontentos todos de la conducta de Sila, fueron á engrosar las filas de su ejército. Habiendo puesto en derrota á los romanos, constituyó en Lusitania una república (80) con un senado compuesto de los italianos más distinguidos entre los que se habia refugiado á su campamento. Elegia entre ellos los cuestores y los demás magistrados, no concediendo ninguna autoridad á los españoles, á pesar de que sus brazos y sus armas constituian toda su fuerza. Razon tenia en decir al comparar su senado lleno de hombres firmes é independientes, con el que se habia hecho vasallo de Sila: *Roma no existe ya en Roma, sino donde yo me encuentro.*

Exento de las pasiones ruines que deshonraban á los demás jefes del pueblo, no se dejaba arrastrar por el deleite, ni por el miedo, ni por la venganza. Generoso en las recompensas, moderado en los castigos, héroe por el denuedo, no cedia á ningun capitan en el arte de modificar su táctica segun el terreno y segun el enemigo, de evitar las sorpresas, de perseguir á su adversario, de atraerle á una emboscada: tenia en jaque á ejércitos enteros con un puñado de valientes, luego los empujaba poco á poco á parajes donde la pesada legion romana no podia maniobrar libremente, ó donde llegaban á faltarle víveres y agua. Ningun español le aventajaba en conocer todos los pasos y hasta el más mínimo sendero: ningun cazador era más agil en correr por las montañas. Cubierto con una espléndida armadura cortaba la marcha del enemigo, le inquietaba en sus campamentos, asediaba á los sitiadores, y á veces se presentaba en la trinchera enemiga y retaba á su caudillo. Audaz á la par que astuto le acontecia á veces penetrar disfrazado entre las filas de los romanos. En suma era un don José, un fra Diavolo.

Sabia al mismo tiempo ganarse el afecto de los españoles; si peleaban en su favor les daba mucho dinero y escelentes divisas. Reunió en Osca (*Huesca*) á los hijos de los principales de ellos, y los hizo educar á la romana, vestir perfectamente y galardonar del mismo modo. Eran para él preciosos rehenes, y al propio tiempo satisfacia á sus padres ver como llegaban á ser instruidos, lo cual debia contribuir á civilizar la comarca. Tambien él habia adoptado el traje, el idioma y la creencia de los españoles; mantenia además entre sus tropas una rigurosa disciplina. Informado de que una española habia sacado los ojos á un soldado que queria violarla, y que la cohorte á que pertenecia, pretendia vengarle imitando su brutal ejemplo, Sertorio la condena toda á muerte para que escarmentara á su ejército.

Era uso de los generales españoles tener escuderos consagrados á su servicio hasta morir con ellos (2). Sertorio los tuvo á miles que, en medio de los peligros, no pensaban más que en salvar su vida. Para obtener un crédito sobrenatural y más pronta obediencia, pretendió haber descubierto los huesos del libio Anteo, cuya estatura era de sesenta codos: tambien decia que Diana le habia hecho el donativo de una cierva blanca que le revelaba las cosas de que le informaban sus espias, y le sugeria lo que su prudencia le inspiraba como oportuno. Algunas veces animaba el arrojo de sus tropas ó las persuadia con el ausilio de parábolas, medio poderoso para los espíritus vulgares. A fin de hacerles renunciar á los ataques precipitados mandó traer un corcel vigoroso, y dijo á un hombre de los más robustos que le arrancase la cola. Después de emplear inútilmente todos sus esfuerzos, ordenó que se la quitase cerda á cerda un débil anciano, demostrándoles que la perseverancia vale más que la violencia.

Metelo Pio, uno de los más hábiles generales de Roma, nada logró luchando en contra suya, y Sila murió con el pesar de no haber podido destruir aquel foco de rebelion contra la república romana, asilo de todos los descontentos que se sublevaban en su daño. Con efecto, el Asia empezaba á levantar la voz contra las ávidas exacciones de los caballeros, cuyo usurario tráfico, unido á sus vejaciones, empujaba á los pueblos á la rebeldia. Entrando de nuevo los senadores en posesion de los juicios y seguros de la impunidad, ejercian respecto de las provincias tal tirania, que sus actos serian increibles, si el proceso de Verres no los atestiguara. Por una parte los corsarios figuraban como señores de los mares, y devastaban las costas; por otra, los esclavos hacian resonar sus cadenas con formidable ruido, y Mitrídates preparaba el Asia á empeñar de nuevo una sangrienta lucha.

Pompeyo.—Contra tantas amenazas iba á lanzar la fortúna á una de sus hechuras, Cneo Pompeyo. Ya hemos hablado anteriormente de su padre, cuya avaricia le habia concitado el odio de los soldados hasta el punto de tramar estos su muerte. Supo sustraerle al peligro la recta piedad de su hijo, si bien no pudo impedir que indignado el populacho ultrajara su cadáver luego que exhaló

---

que da Plutarco de estas islas en la *vida de Sertorio*, es conforme á la de Homero, pero no convienen con ninguno de los paises conocidos hasta ahora.

(2) Acontecia lo mismo entre los galos, y llamabau á estos escuderos, *Scutarii* (soldurios); CESAR, *De bello gall.* III, 22. En la isla de Ceilan y en el reino de Tonkin se hallan tambien *vasallos del rey en este mundo y en el otro.*

el último aliento. Nacido de un padre odiado, llegó á ser Pompeyo ídolo del pueblo. Apenas se hubo libertado de las persecuciones de Cinna y de Carbon, se vió acariciado por Sila, quien le juzgó idóneo para adquirirle parciales, sin que por esto le creyera capaz de hacerle sombra. Por imitacion secundó la crueldad del dictador, ya que no por carácter, pues se mostró generoso en algunas ocasiones. Cuando sometió el Africa, Sila se obstinaba en negarle el triunfo, y cuando le dijo: *Ten presente que los ojos se fijan más bien en el sol que sale que en el que se pone*, su atrevimiento agradó á Sila, quien exclamó de este modo: *Triunfa, triunfa.*

Pompeyo supo á fondo todos los medios que dan renombre, ese objeto de las medianias. En la guerra se apropiaba la gloria de los demás generales. Tenia en tiempo de paz cien voces amigas ó estipendiadas que no cesaban de ensalzar sus méritos. De este modo se abrió camino al poder supremo, mas cuando se trató de asirlo, le perdió su carácter débil, y dejó que le superasen los que con él se habian encumbrado. Mientras se recreaba con el humo, figurándose que el poder estribaba en los honores, sus rivales menos cuidadosos de las apariencias, llegaban á poseerlo realmente.

Entretanto Sertorio, que habia estendido su autoridad por toda España, se habia hecho más temible que nunca, y urgia oponerle un general que estuviese en mejor situacion para luchar con él que Metelo Pio. Propúsose, pues, á Pompeyo, que acababa de adquirir nuevos títulos á la confianza pública apagando la rebelion de Lépido. Aun cuando por su edad y por su maestria no se encontrase al nivel de tan grande empresa, un decreto le confirió el mando de España. A este tiempo Sertorio, cuyas fuerzas se habian aumentado con el ejército que Perpenna le habia llevado, puso sitio delante de Laurona. Como se le anunciase que Pompeyo se vanagloriaba de que le cogeria entre esta ciudad y su ejército, le respondió: *Deberia no ignorar el discípulo de Sila que un buen general mira más detrás de sí que hácia adelante.* Con efecto, el mismo Pompeyo se encontró cercado por todas partes, y hubo de renunciar á socorrer la ciudad, que fué tomada é incendiada á sus ojos en castigo de sus fanfarronadas (72). Pompeyo se incorporó á Metelo, si bien no por eso dejó de ser derrotado dos veces por fuerzas inferiores á las suyas; de modo, que reducido á la situacion más apurada, escribia al Senado instándole á que le enviase hombres y dinero.

Sertorio, nuevo Aníbal, hubiera podido cruzar la Galia y descender de los Alpes, tanto más terrible cuanto que, peleando por la causa nacional, hubiera tenido en favor suyo la simpatia de los pueblos; pero amaba á su patria, donde tenia una madre á quien queria entrañablemente. Su deseo de regresar allí pacíficamente le hizo proponer á los dos generales, someterse licenciando sus tropas, bajo la sola condicion de que seria revocado el decreto en virtud del cual estaba proscrito. Fueron rechazadas sus ofertas.

Habia llegado hasta el Asia el ruido de sus proezas, y Mitrídates, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, le despachó embajadores. Le prometieron en su nombre, después de haberle comparado á Pirro y Aníbal, una suma de 3,000 talentos, cuarenta galeras completamente equipadas, para combatir á los romanos en España, mientras que él en el Asia recuperaria las provincias por él cedidas al celebrarse la paz. Fiel Sertorio á la causa de su patria y considerándose como representante suyo, dió por respuesta: *No es mi intencion acrecentar mi poder con detrimento de la república: guarde él la Bitinia y la Capadocia, que no piensan disputarle los romanos; pero no consentiré que tome en el Asia Menor una pulgada de tierra más de lo que se ha convenido en los tratados.*

Al oir esta contestacion esclamó Mitrídates: *Si manifiesta tanta exigencia hallándose proscrito y fugitivo en las riberas del Atlántico ¿qué haria si presidiera en Roma las deliberaciones del Senado?* No obstante, cultivó su amistad, le envió los 3,000 talentos y las galeras; y Sertorio bajo la reserva espresada le remitió un cuerpo de tropas. Por su desgracia ponia Sertorio más confianza en los romanos que en los bárbaros, y por obrar á gusto de los primeros, se enagenaba á los indígenas. En aquella multitud de desterrados no faltaban traidores que para privarle del afecto de los pueblos, los sometian á pesados tributos y á vejaciones de todas clases. Irritados al fin por tales escesos se sublevaron los españoles, y para castigarlos Sertorio mandó matar ó vender á los jóvenes que habia reunido en Osca.

Muerte de Sertorio.—Entonces Perpenna, su teniente y alma de la conjura, le asesinó en una cena (72); luego fué á entregar su ejército á Pompeyo, á quien dió las cartas que los partidarios de Sertorio le habian enviado desde Roma. Pompeyo condenó á muerte al traidor y á algunos de sus cómplices: otros fueron asesinados por los indígenas, ó fueron al Africa á arrastrar una existencia mísera é infame. Pompeyo quemó hasta los papeles que habia recibido, por miedo, segun se cuenta, de encontrar allí comprometidos algunos personajes de Roma. La guardia española de Sertorio se mató conforme habia jurado. En un abrir y cerrar de ojos quedó reducida toda la España á la obediencia, y la facilidad con que fué terminada una guerra de diez años, prueba menos el mérito de Pompeyo que el de Sertorio.

Obtuvo, pues, Pompeyo por segunda vez los honores del triunfo antes de que su edad le consistiera tomar asiento en el Senado. Después de haber servido los caballeros el tiempo prescrito se dirigian á la plaza pública, llevando su caballo de la rienda, delante de los censores (libro I, cap. 29), como en el tiempo en que la inspeccion de estos magistrados se limitaba á examinar su equipo: declaraban á las órdenes de qué generales habian

combatido y el número de sus campañas; luego se les licenciaba con censura ó con elogio. Pompeyo fué, pues, como caballero á presentarse al censor, vestido con el traje consular y precedido por los lictores; y cuando le preguntó éste: *Pompeyo el Grande ¿has servido todo el tiempo prescrito por la ley?* respondió: *Sí, y bajo mi propio mando.* Al pronunciar estas palabras estallaron unánimes aplausos, y todo el pueblo y hasta los mismos censores le acompañaron hasta su morada.

Segunda guerra de Mitrídates.—Otros laureles preparaba á su predilecto la fortuna en Asia. Mitrídates no habia aceptado la paz de los romanos, sino para cobrar aliento, y aprestarse de nuevo á la guerra. Era una guerra terrible para Roma, porque no tenia que habérselas con poblaciones afeminadas ó con un príncipe de orgullosa impotencia. Se trataba de un rey que dominaba desde los confines de la Grecia hasta al Cáucaso, y á quien la Escitia suministraba de contínuo nuevas tropas, dinero el comercio del Ponto Euxino, una actividad prodigiosa y una índole indómita nuevos recursos. Ocupada Roma en sus discordias intestinas le habia dejado engrandecerse y prepararse á la lucha; muchos ciudadanos, que habian sido proscritos por ella, iban á poner á su servicio, su brazo, su habilidad ó su odio. Los demás reyes que habian hecho la guerra á Roma, parecia como si no tuvieran más objeto que la paz; y por eso temiendo los otros Estados verse abandonados en lo más récio del peligro, no se atrevian á contar con ellos. Por el contrario reconocieron en Mitrídates á un enemigo personal é implacable de Roma: y así las ciudades del Asia y de la Grecia se declararon abiertamente en favor suyo, juntándose al rey bárbaro que les llamaba á la libertad.

Empezó por castigar á los paises que le habian sido hostiles, y sometió primeramente á los rebeldes de la Cólquide (82); luego á aquellos que le habian pedido por rey á su hijo, sospechando que este príncipe habia sido instigador de la rebeldia; y le hizo atar con cadenas de oro, y mandó que se le diera muerte. Enseguida dirigió sus tropas de tierra y una fuerte escuadra contra los habitantes de las riberas del Bósforo. Entonces temiendo que pensara ocupar la Capadocia, Murena, que Sila habia dejado en calidad de pretor en Asia, la invadió en persona, y á pesar de las protestas de Mitrídates, devastó las costas y taló las fronteras del Ponto. Hizo además una tentativa sobre Sinope, residencia del monarca, con la esperanza de hacer allí suficiente daño, para merecer el triunfo (81). Pero Mitrídates rechazó á los romanos, y fueron encendidas grandes hogueras en las cumbres de las montañas para anunciar á lo lejos que la Capadocia habia quedado finalmente libre de enemigos.

Continuó sometiendo á los pueblos circunvecinos del Bósforo, y parece que llamó á los sármatas á Europa: invadió posteriormente el Asia, donde las concusiones de los exactores romanos hacian que se le mirase como á un libertador. Esta provincia que se habia visto obligada á tomar prestados con usura 20,000 talentos pagados á Sila, estaba á merced de los publicanos; su avaricia llevó tan lejos el refinamiento, que la contribucion ascendió en pocos años á 120,000 talentos (660.000,000) y yacian los desafortunados deudores entre el lodo en el invierno y espuestos al sol durante el verano; ó eran hacinados en las cárceles, y atormentados en los eculeos; y para saciar á aquellos hombres de rapiña, vendian las ofrendas de los templos, sus mujeres, sus hijas vírgenes, sus hijos pequeños, y acababan por venderse á sí mismos.

Mitrídates vió agregarse á su partido muchas ciudades descontentas. Hacia que le precedieran en sus espediciones, como para justificarlas, muchos oficiales romanos y un Mario que le habia enviado Sertorio, con el título de procónsul. Habiendo reconocido que el lujo de las armas no aumentaba la fuerza de sus tropas, mandó hacer espadas y escudos semejantes á los de sus vencedores, ejercitó á sus soldados en las maniobras romanas, se proporcionó una buena caballería, y enderezó todos sus pensamientos á la guerra.

A este tiempo murió Nicomedes III (75), rey de Bitinia, instituyendo al pueblo romano por su heredero. Esta coyuntura pareció á Mitrídates de las más favorables, y se aprovechó de ella para invadir aquel pais y la Capadocia, donde Tigranes, rey de Armenia, arrancó hasta trescientos mil hombres para poblar su nueva ciudad de Tigranocerta (3).

Lúculo.—Roma vió que era tiempo de poner coto á semejantes engrandecimientos y se decidió á desenvainar de nuevo la espada. Tan enormemente habia enriquecido la primera guerra de Asia á Sila y á los suyos, que espiraban numerosos concurrentes á encargarse de ejercer el mando en esta, y entre ellos Licinio Lúculo. Era este un partidario de Sila, hombre estudioso, honrado, espléndido, protector de todos los griegos en Roma; su probidad era sin tacha; en la primera espedicion habia dulcificado la severidad de Sila hasta donde estuvo á su alcance. Al partir este último con direccion á Italia, le habia dejado en Asia para cobrar las contribuciones de guerra, y al morir le habia legado la tutela de su hijo, deberes que cumplió perfectamente.

Deseoso de obtener el mando contra Mitrídates ganó á Precia, célebre cortesana que sabia sacar partido de sus encantos en provecho de sus amantes, y llegó á conseguir por medio de Cayo Cetego, árbitro á la sazon de la república y su humildísimo esclavo, para Lúculo, la comision lucrativa de la

(3) Contra la opinion de Anville parece que la ciudad de Amid llamada por los armenios Diknagerd, es la antigua Tigranocerta. Véase SAINT MARTIN. *Memorias sobre la Armenia*, tom. I, pág. 170.

guerra de Asia (74). Decretó el Senado 3,000 talentos para el ejército de mar; pero Lúculo los rehusó diciendo que para vencer por mar á Mitrídates bastarian las naves de los aliados. Como aquella era la primera vez que mandaba en jefe pensó en hacer su educacion militar, leyendo durante la travesia á Polibio, Jenofonte y las demás obras griegas sobre el arte de la guerra. Dificil seria decir hasta que punto este método de instruccion le fué provechoso; pero ya fué mucho si le enseñó á aguardar con paciencia. Calculó que una muchedumbre formada de pueblos diferentes debia carecer muy en breve de víveres, olvidar la disciplina y dispersarse en consecuencia, y que le bastaba por lo mismo observar de cerca evitando todo compromiso. Sin embargo, no era esta tarea muy fácil con un ejército como el suyo acostumbrado bajo las órdenes de Fimbria y de Murena á la insubordinacion y al saqueo, más enemigo de la inaccion que del peligro.

Acogido en Asia con grande alborozo en memoria de su antigua benevolencia, se aplicó enteramente desde su llegada á desarraigar los abusos, enfrenar la voracidad de los publicanos, reduciendo la usura á uno por ciento al mes, prohibiendo la acumulacion de los intereses al capital y haciendo entrega de todos los que superaban la principal suma; así se encontraron los bienes de los deudores libres en cuatro años de las hipotecas con que estaban gravados. Estas reformas y la generosidad con que trataba á los vencidos, hicieron entrar en sus deberes á muchas ciudades; y sus soldados, cuya disciplina le habia costado muchos afanes, se querellaban de que induciendo á tantos á someterse voluntariamente, les privase del placer de derramar sangre y de los beneficios del saqueo.

Entretanto Mitrídates tenia en pié de guerra ciento cincuenta mil infantes, doce mil caballos y cien carros falcados: su escuadra se componia de cuatrocientas velas: de este modo podia acometer á la vez por diferentes puestos á sus enemigos, reducidos á la inaccion por la desigualdad de fuerzas. Así hizo sufrir más de una derrota sangrienta á los tenientes de Lúculo; él por el contrario, se mantenia por necesidad á la defensiva, y jamás pudo atraerle Mitrídates á la pelea en tanto que no estuvo seguro de la victoria (73).

Fuga de Mitrídates.—Alcanzó una insigne delante de Cízico, obligando al rey del Ponto á levantar el asedio y matándole miles de soldados. Persiguióle en el Helesponto, junto á las costas de la Bitinia, que sujetó al punto, así como la Paflagonia y la Capadocia. Desbaratando con habilidad los proyectos del enemigo y haciéndole caer en las redes que le tendia, estrechó tan vivamente á Mitrídates, que, abandonado por su ejército, se vió reducido á huir de nuevo, no llevando casi consigo más que sus inmensos tesoros, para refugiarse cerca de Tigranes II (71), su yerno. Hasta hubiera caido en manos del enemigo, á no tener la presencia de ánimo de hacer romper los sacos llenos de monedas de oro, con que iban cargados detrás de él sus mulos. Los soldados romanos y los gálatas perdieron en recogerlas el tiempo que en la guerra es el todo, y dejaron que el rey escapara sano y salvo.

Habia dejado en Farnacia sus mujeres, sus concubinas y sus hermanas: envió al eunuco Báquides con órden de darles muerte, á fin de que no fueran presa del vencedor. Entre ellas se encontraba la jonia Monima de Mileto, tan magnánima como hermosa. Doncella no habia cedido al rey del Ponto, que habia intentado inútilmente seducirla con el regalo de 15,000 monedas de oro, sino cuando consintió en tomarla por esposa. Una vez casada, fué encerrada en el serrallo, donde no dejó de echar de menos la libertad griega al compararla con su fastuosa esclavitud. Llegó el eunuco y dijo á las mujeres del monarca, que eligiesen la clase de muerte que preferian. Monima trató de ahorcarse con la banda real, pero se rompió, y ella esclamó: «¡Maldita banda, no sirve ni aun para esto!»

Tigranes.—Tigranes, en cuya casa se habia refugiado Mitrídates, era ya el más poderoso soberano del Asia Occidenial. Ocupado con grandes proyectos, habia abatido el poder de los partos, hecho renunciar á los árabes escenitas á su vida nómada, y los habia llamado á su vecindad en interés del comercio (83). Además habia hecho trasladar de la Cilicia y de la Capadocia multitud de habitantes para poblar la Mesopotamia. Habia convenido con Mitrídates que en sus comunes espediciones, el rey del Ponto conservaria las tierras, y él el botin y los prisioneros. Cansados los sirios de las disensiones sangrientas durante las cuales los Seléucidas, ayudados unas veces por la perfidia y otras por las armas extranjeras, y sobre todo por los egipcios, se habian disputado la corona en una no interrumpida série de parricidios, triunfos y derrotas, habian elegido á Tigranes por rey. Habíanle bastado diez y ocho años para poner al pais en un estado floreciente, principalmente desde la paz concertada con Sila.

Sin embargo, Mitrídates anhelaba romperla. Le habia enviado con este objeto una embajada solemne, á cuya cabeza se encontraba Metrodoro de Escepsis, hombre de Estado distinguido, á quien tenia en tanta estima, que le habia apellidado Padre del rey. Habiéndole llamado aparte Tigranes, le rogó que le dijese con sinceridad su parecer sobre lo que le convenia hacer. Considerándose honrado Metrodoro con su confianza, le dijo que como embajador debia aconsejarle que se uniese á su suegro, y como particular que no atacase á un pueblo tan poderoso como los romanos. Agradó su respuesta á Tigranes, y en la creencia de que Mitrídates honraria tambien la franqueza de su ministro, le dió parte de ella. Murió Metrodoro á su vuelta, ó fué asesinado.

Creyó Tigranes sostenerse en equilibrio entre dos enemigos encarnizados, envió socorros al rey de Ponto, sin declararse en contra de los romanos. Cuando fué vencido Mitrídates, se limitó á reunir todas sus fuerzas para alejar en caso de necesidad

á los vencedores que le amenazaban; dió sin dificultad asilo al ilustre fugitivo, pero le manifestó desvio, pues no quiso verle ni verificar ningun tratado con el. Empezó entonces á hacer la guerra á los partos; sometió la Mesopotamia, derrocó á Cleopatra, último vástago de los príncipes de Siria, á quien dió cruelmente muerte; conquistó la Fenicia y se estendió hasta las fronteras del Egipto (70). Tomó entonces el título de Rey de los Reyes. Permanecian en efecto cuatro reyes á sus lados, escoltándole como escuderos cuando salia, y los hacia asistir á sus audiencias de pié junto á su trono con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero el fausto no es la fuerza.

Veia Roma con celos aquellos vastos Estados en poder de un monarca con quien ella no podia contar. Con objeto de tener un pretesto de guerra, le hizo pedir Lúculo que entregase á Mitrídates. Recibió Tigranes al embajador con altaneria, y pareciéndole que los enviados no hacian su súplica en tono bastante humilde, se negó á entregarles su suegro. Desde este momento le trató con más cortesia, escuchó sus consejos, y le dió diez y seis mil caballos para que tratase de reconquistar sus Estados del Ponto.

Pasa' osadamente Lúculo el Tigris y el Éufrates á la cabeza de solo quince mil hombres, y penetra en el corazon de la Armenia. El primero que dió la noticia á Tigranes fué ahorcado como impostor: después cuando fué confirmada esclamó: *Como embajadores son muchos, como guerreros pocos*. Habia vencido Lúculo á Mitrídates por la lentitud, triunfó de Tigranes (69) por la rapidez. En vano aconsejaba el rey su suegro á Tigranes que evitase una batalla, que era mejor talar el pais de modo que el pequeño ejército de Lúculo pereciese hambriento; se dió el combate. Como se advirtiese á Lúculo que aquel dia (6 de Octubre) era de tan mal agüero para los romanos desde la derrota de Cepion por los cimbros: *Yo haré de modo*, respondió, *que en adelante sea un dia feliz*. En efecto, derrotó con un puñado de valientes á doscientos mil bárbaros, en cuyo número se encontraban diez y siete mil caballeros cubiertos de hierro.

Facilitaron á Lúculo los griegos, que Tigranes trasladó al Asia, la toma de Tigranocerta y Nisibe y los envió á su patria, dándoles dinero para el viaje. Lo mismo habia hecho con Amiso en el Ponto, y dando la independencia á esta ciudad, así como á Sinope, se ganó el afecto de los bárbaros, respetando las personas y propiedades. Tributáronle homenaje las tribus árabes, como á su libertador, y lo mismo aconteció con los sofenios y los gordianos. Queria llevar la guerra á los partos, cuya fidelidad parecia titubear; pero los soldados se negaron á seguirle más lejos.

Mostróse Tigranes tan cobarde en los reveses, cuanto orgulloso habia sido en la prosperidad. Pero el indomable Mitrídates redoblaba sus esfuerzos para reunir un nuevo ejército en las llanuras allende el Tauro. Alcanzóle Lúculo y le derrotó enteramente cerca de Artaxata (68), en donde consiguieron los dos reyes escaparse. Podia en adelante alabarse de anonadar á los enemigos de la república, cuando sus soldados de comun acuerdo se negaron á obedecerle. En vano iba de tienda en tienda suplicándoles uno por uno á volver á sus deberes. Por una parte Publio Clodio, su cuñado adúltero, le enagenaba la voluntad de los soldados; otros se quejaban por otra de no conseguir nada con la guerra, y mostrándole sus bolsas vacias le decian que fuera á pelear él solo, pues que él solo sacaba provecho.

Ley Manilia.—Tal vez sea verdad que Lúculo arrancarse enormes sumas á las ciudades que reservaba del pillage; pero en Roma los publicanos cuya rapacidad habia refrenado, exageraban la suya, y lo hicieron de tal manera que el Senado pensó en darle un sucesor. Propuso el tribuno Cayo Manilio á Pompeyo; fué sostenido por Ciceron, y el pueblo le nombró á pesar de la oposicion de los nobles (67).

Era enviado el nuevo general al triunfo y no á la guerra. Trató Lúculo de despedirle diciendo que iba como los cuervos para caer sobre cadáveres, y que era inútil molestarse cuando todo se habia acabado. Resultaron malas inteligencias. No permitió el jóven general acercarse á Lúculo, derogó todo lo que habia hecho y no le dejó más que mil seiscientos soldados para volver á Roma. No consiguió el triunfo Lúculo sino con trabajo; retiróse entonces de los negocios, y poco satisfecho de su familia buscó distracciones en los placeres y en un lujo que llegó á ser proverbial. No se presentaba en el Senado sino para contrariar algun proyecto de Pompeyo, quien consiguió hacerle desterrar de Roma.

Aprovechóse Mitrídates de las disensiones acaecidas por consecuencia del reemplazo de Lúculo, para entrar en el Ponto, invadir la Capadocia y volver á abrir á los bárbaros el camino del Cáucaso. Se hubiera visto espuesta Roma á un gran peligro, si más fáciles comunicaciones hubiesen permitido al rey unirse á los piratas y á Espartaco que hacia entonces la guerra á la república. Pero la fortuna queria permanecer fiel á la mediania de Pompeyo. Rebelóse un hijo de Tigranes contra su padre, y derrotado se colocó de parte de los romanos, cuyo ejército condujo á Armenia.

Desanimado Tigranes acudió á la tienda de Pompeyo, y allí en presencia de su hijo desnaturalizado, se proclama feliz de tener por vencedor á semejante héroe (66). Este en recompensa le devuelve la Armenia, á condicion de pagar 6,000 talentos y abandonar la Capadocia, la Cilicia, la Siria y sus posesiones en Fenicia. Bajo estas condiciones fué declarado aliado y amigo de los romanos. que le proporcionaron socorros contra los partos; y no solo dejó de prestar ayuda á Mitrídates, sino que tambien prometió 100 talentos al que le presentase su cabeza.

Mitrídates habia tambien pedido tratar con Pom-

peyo, pero temiendo verse sacrificados los romanos que habian adoptado su partido le obligaron á romper las conferencias. Derrotado nuevamente á orillas del Eufrates y abandonado de los suyos, huyó solo favorecido por la noche. A la noticia de la sumision de Tigranes (65), se refugió en la Crimea, y sin perder nada de su valor empezó á reclutar un ejército de albaneses, de iberos y otros pueblos del Cáucaso. Siguióle Pompeyo á este lejano pais y dispersó sin trabajo aquellas hordas mal disciplinadas; después sin aventurarse en la Hircania para penetrar hasta el Bósforo á través de los escitas, se dirigió hácia el Mediodia, sometiendo á su paso provincias abiertas y dispuestas á sufrir el yugo.

Creyendo entonces muerto á Mitrídates, dirigió Pompeyo sus armas por otra parte, y en el curso de una espedicion que más bien pareció un paseo triunfal, ocupó la Siria y la Judea (64). Después de haberlas dado á quien quiso, proyectó muy imprudentemente un ataque contra los árabes. Pero Mitrídates no habia muerto. Anciano como era, roido por una úlcera que le obligaba á permanecer oculto, meditaba, nada menos que sublevar á todas las naciones bárbaras y armar contra Roma á los escitas, galos y partos. Enviaba con este objeto emisarios y embajadores por todas partes. Habiendo aparecido de nuevo en el Ponto, armó nuevas cohortes, recobró varias ciudades é hizo marchar á sus hijas hácia la Escitia con intencion de procurarse yernos y aliados de los príncipes de este pais; pero vendidas por su escolta fueron entregadas á los romanos. Proponíase, sin embargo, conducir un ejército á la Galia por el Bósforo Cimeriano á través de la Escitia y la Panonia, con objeto de caer sobre Italia con las hordas que encontrase en aquellas comarcas; pero tuvo oposicion por parte de sus oficiales espantados de la temeridad que habia en emprender tal proyecto. Púsose á la cabeza de los descontentos Farnaces, su más querido hijo, que ganado por los romanos se hizo proclamar rey.

Muerte de Mitrídates.—Después de haber procurado en vano Mitrídates conmover á este hijo estraviado por la ambicion, se envenenó haciendo participar de su suerte á sus concubinas y á dos de sus hijas, prometidas á los reyes de Chipre y de Egipto (63). Ellas perecieron; pero él se habia predispuesto de tal manera acostumbrándose á los contra-venenos, que el veneno que tomó fué impotente y tuvo que recurrir á la espada de un soldado. Encontróle espirando el enemigo que acababa de penetrar en la plaza; y su hijo Farnaces mandó en su bárbara piedad curar su herida y conservarle para el triunfo; pero un galo le degolló.

Habia reinado sesenta y un años, ofreciendo el conjunto de grandes cualidades y enormes vicios. No titubea Ciceron en proclamarle el más grande rey que apareció desde Alejandro; y no permiten considerar excesivo este elogio tantas victorias, su prodigiosa actividad y sus inagotables recursos en la adversa fortuna. Era confirmado además por la alegria que su muerte causó al ejército y al pueblo romano. Aquel hombre temible, era además, de un talento cultivado; hablaba los idiomas de veinte y cuatro naciones que obedecian á sus leyes, escribió en griego un tratado de botánica. Tambien tenia conocimientos en medicina, y encontró el antídoto que aun conserva su nombre (4).

No concluyen los historiadores en la enumeracion de las riquezas encontradas en los tesoros del rey del Ponto. Solo la ciudad de Telaura dió dos mil copas de ónice montadas en oro. Ocupáronse los comisionados de la república treinta dias en anotar en un registro los vasos de oro y plata, y las sillas y bridas guarnecidas de diamantes. Encontráronse en otras partes estátuas de dioses de oro macizo, y una del rey, de ocho codos de altura; un juego de damas hecho de dos piedras finas, de tres pies de ancho y cuatro de largo, con las damas tambien de piedras preciosas, sobre el cual habia una luna de oro de treinta libras de peso.

Distribucion del Asia.—Dejó libre á Pompeyo la muerte de este príncipe, de disponer á su albedrio del Asia. Formaron la nueva provincia de Bitinia, la ciudad de este nombre, las costas septentrionales, la Paflagonia y el Ponto; constituyeron la de Cilicia las costas meridionales, la Cilicia y la Panfilia; conservó Ariobarzanes la Capadocia; dióse la grande Armenia á Tigranes, á Hircan II la Judea y á Farnaces el Bósforo en recompensa de su parricidio; otros pequeños Estados fueron la parte de príncipes dependientes.

Derrocados del trono de Siria los Seléucidas por el descontento popular, habian esperado volver á ascender á él con ayuda de Pompeyo, en la época de la caida de Tigranes, pero el procónsul reprendió á Antíoco, último de esta raza, por atreverse á pedir lo que no habia sabido conservar. Triunfando los romanos de Tigranes habian adquirido aquel reino y debian defenderlo mejor que él contra los árabes y judios. En virtud de este derecho de hecho convirtió Pompeyo la Siria y la Fenicia en una nueva provincia, bajo el nombre de Siria, y perdieron para siempre los Seléucidas un reino que habian poseido doscientos treinte y siete años.

Tracios.—Incómodos los tracios á la Macedonia y amenazadores á la república, habian sido primero batidos por Sila, después por Apio, que se encontraba en la Macedonia en calidad de procónsul. Habíalos enseguida rechazado Curion hasta el Danubio: después Marco Lúculo les derrotó enteramente, mientras que su hermano Licinio peleaba en Asia.

---

(4) PLINIO XXV, 2.—Consúltense sobre Mitrídates: VAILLANT, *Imperium Achæmenidarum* en el tomo II del *Imperium Arsacidarum*, obra que se apoya en las medallas.

J. ERNEST VOLTERSDORF, *Comentatio vitam Mithridatis magni per annos digestam sistens*, obra premiada por la sociedad de Gottinga en 1812. Es, no obstante, imposible reducir los hechos á una precision cronológica.

Los escitas que se habian manifestado de nuevo temibles con Mitrídates, desaparecen con él de la escena de la historia, y solo por ignorancia ó en la poesía se estiende su nombre á todos los pueblos del Norte. Vencidos por los sármatas tal vez se mezclaron con los galos arrollados por los germanos, á los cuales los rusos dan todavia el nombre de eschudos.

Habíase libertado Roma de todos los reyes bastante poderosos para hacerle frente; pero tenia por vecinos á los formidables partos, que más de una vez debian colocarla al borde del abismo.

CAPÍTULO X

LOS GLADIADORES.—LOS PIRATAS.—CRETA.

Habia distado mucho la Italia de estar tranquila durante este período, y la inhumanidad que encendiera la guerra de los esclavos hizo estallar la de los gladiadores. Desde el instante en que habia comenzado á recrearse con las luchas de hombres entre sí y contra las fieras (libro IV, cap. XI), fué un arte saber herir con destreza y morir con gracia; y vino á ser un oficio aleccionar á aquellos infelices destinados á espectáculos tan crueles.

Combates de fieras.—Conquistada la Macedonia, condujo Metelo á Roma ciento cincuenta elefantes de guerra, que fueron muertos á flechazos en el circo, henchido de espectadores; Sila y Escauro introdujeron allí los primeros leones y panteras; luego Pompeyo, cuyo objeto era hacer ostentacion de sus triunfos y atraerse la plebe, espuso, además de otras muchas fieras, cuatrocientas diez panteras y seiscientos leones, trescientos quince de estos con sus melenas; tan multiplicadas estaban aun en la tierra aquellas razas feroces, que ha aniquilado la propagacion de la humana especie. César presentó en sus juegos hasta cuatrocientos leones de melena, hizo combatir cuarenta elefantes con quinientos soldados de á pié, y luego con otros tantos de á caballo; y en el circo de Flaminio fueron muertos treinte y seis cocodrilos después de haber reñido entre sí. En la época de los emperadores se aumentó tan insensato lujo.

Gladiadores.—Puede uno reirse de estas locuras y compadecerlas, pensando en las de su siglo; pero, la depravacion de la sociedad le hará gemir profundamente, cuando vea á los hombres impelidos á luchar con las fieras ó entre sí, para divertir á una plebe y una nobleza desapiadadas. Los sacrificios humanos que ejecutaban sobre los sepulcros los habitantes de Etruria y la Campania, pasarian probablemente á Roma con sus demás ritos; pero los romanos, pueblo heroico, quisieron presenciar la resistencia y la victoria. Marco y Décimo Bruto fueron los primeros que llamaron á los gladiadores para que combatiesen junto al féretro de su padre; los tres hijos del augur Emilio Lépido hicieron luchar once parejas de ellos en el foro durante tres dias; enseguida los hijos de Valerio Levino veinte y cinco, número que siguió aumentándose; Julio César presentó seiscientas cuarenta; Tito, delicia del género humano, mandó que continuasen las luchas por espacio de cien dias; y el buen Trajano se estendió á ciento veinte y tres, ofreciendo dos mil combatientes. No eran solo esclavos los que lidiaban, y cuando más conculcada estuvo la dignidad humana en tiempo de los emperadores, hizo Neron pelear un dia en el anfiteatro á cuatrocientos senadores y quinientos caballeros: Cómodo bajó en persona á la arena; en vano Marco Aurelio habia mandado usar armas despuntadas, porque el pueblo pedia sangre, y continuó embriagándose con aquellos espectáculos, hasta que un edicto de Constantino, y aun más las razones de los cristianos y la paciencia heroica con que estos bajaban á encontrar la muerte por la integridad de sus creencias, pusieron fin á estas atrocidades de gente vulgar, atenta solo á proporcionar distraccion hiriendo y muriendo segun las reglas del arte. Los que se quejan de que los misterios de la pasion de Cristo, colocados hoy en el Coliseo, lo desfiguren, que recuerden cuanta sangre han ahorrado.

Maestros especiales (*lanistæ*) enseñaban en Roma á hombres libres y á ciudadanos, á dar y á recibir la muerte de una manera para divertir al pueblo. Pero lo que con especialidad le encantaba, no era tanto la diestra esgrima de aquellas gentes como los esclavos y prisioneros llevados de los paises

donde la civilizacion no les habia enervado, y que desplegando en la arena un vigor de miembros gigantesco, descargaban golpes cuya salvaje fortaleza suplia á la maestria.

Ricos empresarios tenian en su casa una multitud de hombres elegidos con esmero, á quienes alimentaban y ejercitaban para aquel uso. Segun Petronio, estos desgraciados se obligaban con la fórmula: *Juro sufrir la muerte en el fuego, en las cadenas, con el azote ó la espada, y someterme a la voluntad de mi amo en cuerpo y alma, como verdadero gladiador.* El edil que debia dar un espectáculo al pueblo, el rico que anhelaba obtener su benevolencia ó su admiracion, iba en busca del empresario y trataba con él, ora alquilando solamente á los lidiadores, ora comprándolos de su cuenta y riesgo. Eran las luchas más ó ménos sangrientas; pues en el primer caso hacia el especulador de modo que sus hombres salieran lo menos mal parados posible. Pero el que abandonaba los que habia comprado á la entera discrecion del pueblo, adquiria reputacion de generoso.

«Habrá regalo de gladiadores (*munus gladiatorium*); el edil recompensará al pueblo por haberle elegido para desempeñar este cargo, ofreciéndole cincuenta parejas de acuchilladores.» Al oir tal anuncio saltaba de alegria el pueblo romano, y olvidando aquel dia á sus hermanos que morian al filo del puñal de los españoles, ó á impulso de las máquinas de Cartago y de Corinto, olvidando que el dia anterior habia tenido hambre y que al siguiente volveria á tenerla, apenas lucia el sol se agolpaba al circo: dirigíanse allí más despacio sus señores, á quienes dominaba él en el foro y servia en las casas; seguian á estos las más hermosas damas, que habian empleado tres horas en el tocador para presentarse más seductoras y remediar los ultrajes de la edad y los excesos; llegando por último el que daba los juegos. Entonces subian hasta el cielo los aplausos, y él se complacia oyéndolos, pues la gratitud del pueblo romano debia recompensarle nombrándole á su tiempo cuestor y cónsul.

Mas ¿por qué tardan los gladiadores? Un inmenso murmullo de impaciencia hace ondear tumultuosamente aquel concurso de espectadores. Al fin se presentan. ¡Qué robustos músculos! ¡Qué actitud de miembros! ¡Qué maestria de posiciones! El corazon del pueblo romano se regocija al pensar que pende de una señal suya la vida de aquellos contendientes.

Principia el combate. Empiezan á pelear con *arma lusoria*, con palos, mostrando inocentemente su habilidad en el herir y en parar los golpes del adversario; pero llega el momento de poner término á semejantes juegos de niños, que no se avienen con la magestad del pueblo romano. Ya blanden las verdaderas espadas: enfurécense los ánimos, los golpes arrecian y el pueblo contempla con ansiedad las heridas, los cardenales, la sangre. Sucumbe uno de ambos y retirándose, alza el dedo, en señal de pedir gracia. ¿Se ha portado valerosamente en la pelea? ¿Ha mostrado un generoso desprecio de la muerte? Entonces el pueblo romano le concede la vida, á fin de que pueda exponerla otra vez en obsequio suyo. Sino, ó si quiere el pueblo ver hasta donde llega su constancia, si desea divertirse en contar las boqueadas del moribundo y los estremecimientos de un cuerpo que exhala el alma en el vigor de la edad y en la plenitud de la vida, cierra el puño enderezando el pulgar hácia el combatiente, grita *recipe ferrum*, y el vencedor, obedeciendo la señal, lo degüella.

Apenas la trompeta anuncia la muerte de un gladiador, ya es arrastrado al *espoliario*, donde el vencedor le quita las armas y el vestido, y acaba de matarlo; mientras que algun epiléptico acude á beber su sangre que brota y que se cree capaz de curar tan terrible mal. El vencedor obtiene una corona de lentisco y una palma, y á veces la libertad; y equivale á la inmortalidad el aplauso tributado á él y á quien dió el espectáculo, asi como se tiene por muerte la desaprobacion (5).

¡Ah! ¡qué sociedad aquella en que las vicisitudes políticas no nos ofrecen sino guerras, y si volvemos la vista para contemplar sus diversiones no vemos tampoco más que batallas y sangre!

Aquellos depósitos eran tambien un fondo de reserva para los facciosos: allí podian comprar hombres habituados á la sangre y quienes daban suelta á su antojo, siendo tan ajenos á los sentimientos de familia como el amor de la patria.

Espartaco.—Cápua era el principal almacen de estas mercancias; y un tal Léntulo Buriato, mantenia en esta ciudad una multitud de ellos, la mayor parte galos y tracios. Uno llamado Espartaco (73), tracio de nacimiento, de orígen númida, que á una gran fuerza de cuerpo y un valor á toda prueba juntaba una prudencia y una dulzura muy superiores á su fortuna, elegido para mostrarse en espectáculo en medio de la arena dice á sus compañeros: *Puesto que hemos de combatir ¿por qué no combatimos contra nuestros opresores?*

Palabras son estas de las que producen el efecto de la chispa sobre la mina preparada á recibirla. Doscientos gladiadores conciertan con él su evasion, y no pudiendo ejecutarla en secreto, derriban violentamente á sus guardas, se arman de asadores y cuchillos, apoderándose de ellos en la tienda de un mercader, y luego de cuanto les viene á mano, y huyen hácia el Vesubio. Otros echan abajo las puertas de sus prisiones y van á incorporarse á ellos como gente resuelta y acostumbrada á las armas. Derrotaron primeramente á las tropas enviadas en contra suya, y después á dos pretores romanos. Habiéndose aumentado su número hasta diez mil, Espartaco atraviesa la Italia y penetra en la Galia Cisalpina, patria de la mayor parte de sus

(5) *Plausum immortalitatem, sibilum mortem videri necesse est.* Cic., *pro Sextio.*

camaradas. Su proyecto se reducia á establecer allí parte de los suyos, y la otra allende los Alpes; pero hubo algunos que con la esperanza de saquear á Roma, se separaron del grueso del ejército á las órdenes de Cnixo, y fueron batidos por el cónsul Lucio Gelio.

Retrocede Espartaco á la noticia de esta derrota (72): ataca y deshace al cónsul Cornelio Léntulo, que le perseguia, y luego al mismo Gelio. Envanecido aquel despreciado esclavo de ver huir á su presencia aquellas invencibles legiones y los dos primeros magistrados de Roma, prohibe dar cuartel á ningun romano, devasta la Italia á la cabeza de veinte mil hombres y va á acampar en la Lucania. Allí establece almacenes para sus soldados, cuyo número va siempre en aumento, y forma el proyecto de aproximarse al mar, á fin de dar por un lado la mano á los piratas, que habian fundado sobre las olas una nueva Cartago, y para encender por el otro en Sicilia la guerra de los esclavos.

Confia el Senado á Licinio Craso, principal instrumento de las victorias de Sila, el cuidado de domeñar al rebelde. Harto esperimentado para no ver la gravedad del peligro, solicita que Pompeyo sea llamado de España y Lúculo de Asia. Entretanto Memmio, su teniente, ataca á Espartaco al frente de dos legiones, y queda batido con ellas. Craso acude con otras diez legiones, diezma los quinientos soldados que han dado la primera señal de fuga, delante de los revoltosos, y mata á diez mil de estos.

En el instante en que Espartaco aspira á ganar la Sicilia, se halla empujado á una península cerca de Reggio, donde le encierra Craso. Entonces le proponen ceder algunos de los suyos; pero manda crucificar á un prisionero, y esponiéndole á las miradas de todos, dice: *Hé aquí la suerte que os aguarda, si no sabeis oponer resistencia;* luego á beneficio de una noche borrascosa se abre paso por medio de los batallones enemigos (71). Temiendo Craso que marchase en derechura sobre Roma, se apresuró á darle alcance, le deshizo cerca del Silaro y cayeron en el campo de batalla doce mil trescientos rebeldes, y á excepcion de dos, heridos todos por delante.

Muerte de Espartaco.—Hubiera querido el gladiador conducir los restos de su ejército á las montañas, refugio de la rebelion y de la libertad; pero habiéndoles llenado de orgullo una ligera ventaja, exigieron que les guiase contra Craso. Antes de empeñar el combate, degolló Espartaco su caballo, diciendo: *Si salgo vencedor, no me faltará caballo; si soy vencido, no me hará falta ninguno.* Fué vencido, si bien después de hacer prodigios de valentia y de caer muertos en la pelea cuarenta mil de los suyos. Viósele gravemente herido pelear de rodillas, derribando á sus piés al que se le acercaba, hasta el instante en que acribillado de flechas, cayó sobre monton de cadáveres.

Solamente cinco mil habian sobrevivido; se rehicieron en la Lucania en el momento en que volvia de España Pompeyo; éste corrió á su encuentro, los atacó y los deshizo sin trabajo. No hubo necesidad de más para que quitase á Craso la gloria de haber puesto término á la guerra. Aquel que habia anunciado haber sometido en España á ochocientas setenta y seis ciudades, escribió al Senado: *Craso ha alcanzado la victoria de los esclavos, yo he estirpado la rebeldía*; esta jactancia, apoyada por los elogios de sus parciales hizo que se le proclamara como el único general capaz de salvar á la república, y un doble movimiento del aura popular le valió ser confirmado en el consulado (70).

Al revés, Craso, sobre quien recaia verdaderamente el mérito de aquella victoria, se vió obligado á dar al pueblo el diezmo de sus bienes, á servirle un banquete de diez mil mesas y á distribuir á cada ciudadano trigo para tres meses; y aun á este precio le costó mucho ser nombrado cónsul. Así concibió una honda enemistad contra Pompeyo, y de aquí provino una lucha entre ambos, funesta á la república. Pompeyo pretendió que, hasta después de su triunfo, no debia licenciar el ejército con que habia vencido á Sertorio. Craso no quiso tampoco licenciar el ejército que habia domeñado á los gladiadores, mientras su colega, que amenazaba ser un nuevo Sila, permaneciera rodeado de soldados. Temiendo el pueblo y el Senado ver renovadas las guerras civiles, les suplicaron que desistieran uno y otro. Hízose intervenir á los sueños y á los dioses: pero resistió Pompeyo hasta que Craso llegó á su presencia y le tendió la mano. Reconciliáronse entonces, á lo menos en la apariencia.

Los piratas.—Entretanto, mostrándose favorable al pueblo y restituyendo su autoridad á los tribunos, se habia hecho Pompeyo el hombre de Roma, y pareció que á nadie se podia confiar mejor la espedicion contra los piratas. Eran estos un confuso hacinamiento de cilicianos, de sirios, de chipriotas, de panfilios, de habitantes del Ponto, de isaurios y de otros asiáticos, que al parecer se proponian vengar sobre Italia los robos ejercidos en su patria por los publicanos. Habíales comunicado audacia la indolencia de Roma respecto de su marina después de la destrúccion de Cartago y durante sus guerras tanto intestinas como esteriores, á la par que las vejaciones de los romanos en el Asia Superior acrecentaban de continuo sus fuerzas con multitud de fugitivos. Mitrídates los habia asalariado durante la guerra para hostigar á los romanos; y al celebrarse la paz habian acudido á juntarse á ellos muchos marinos licenciados de la escuadra real.

La facilidad con que todo rebelde halla gentes dispuestas á seguirle, es siempre síntoma de una llaga social. Hemos visto á los esclavos, luego á Sertorio y á Espartaco: hé aquí ahora á los piratas; y no eran solamente miserables los que llenaban sus filas, sino que montaban sus naves hombres bien nacidos y opulentos, y parecia como si tuvieran á honra salir en corso con ellos. Tenian arse-

nales, puertos, vigías y los más hábiles remeros y pilotos, barcos de todas clases, tan magníficos como temibles eran, porque la popa era dorada, plateados los remos, y completaban alfombras de púrpura aquel fastuoso aparato.

Más de mil de sus bajeles infestaban los mares: y no contentos con atacar á los navíos se habian apoderado de más de cuatrocientas ciudades, de las que habian exigido enormes rescates, y despojado los templos que hasta entonces se habian libertado de profanaciones. Hasta osaron saltar á tierra; y luego llegando á sembrar el espanto en Italia, ejecutaron sus fechorías en la vía Apia, y aun llegaron á amenazar á Roma. Debia cubrirse de sonrojo la frente de sus oradores al subir á aquella tribuna, ornada con los *rostros* quitados á los cartagineses vencidos, en el mismo momento en que aquellos corsarios invadian las casas de recreo de las inmediaciones, robando allí lo más precioso y bello que contenian, llevándose las jóvenes y los personajes de alta categoría, para sacar por ellos pingües rescates. Tambien se apoderaron de dos pretores, revestidos con sus insignias, y llevados con escarnio en triunfo precedidos de sus lictores. Si con la esperanza de ser respetado invocaba algun prisionero su título de ciudadano romano, fingian enternecese mucho, le pedian perdon humildemente, le devolvian su calzado y su toga, luego le tendian la escala é invitándole á volver á su ciudad ilustre, le obligaban á bajar al mar y ahogarse.

Publio Servilio, que alcanzó una victoria sobre ellos (73), ganó allí sobrenombre de Isáurico, si bien no llegó por esto á dominarlos. Marco Antonio, hijo del orador, los atacó nuevamente cerca de la isla de Creta (70); pero perdió muchas naves, y vió á sus guerreros colgados de las entenas de los bajeles enemigos con las cadenas que habia llevado para los corsarios.

Ley gabinia.—Aquella guerra causaba á Roma un vivo disgusto, porque los piratas facilitaban las comunicaciones entre sus enemigos desde las riberas del Atlántico hasta las del Palus-Meótides; y Espartaco á semejanza de Mitrídates habia procurado formarse con ellos un punto de apoyo. Además, era de temer que redujeran al hambre á Italia interceptando las comunicaciones con la Libia (67). El tribuno Gabinio, hechura de Pompeyo, cuyo poder anhelaba aumentar de todas maneras, propuso una ley para su esterminio: solicitó, en efecto, que se invistiera á un general con una autoridad absoluta por el mar desde la Cilicia hasta las columnas de Hércules, y en las costas á la distancia de cuatrocientos estadios; que tuviese facultad para levar tantos soldados, marineros y remeros cuantos juzgase necesarios; para tomar todo el dinero que quisiera del tesoro, sin obligacion de dar cuentas, y que estos plenos poderes durasen tres años.

Bien conoció el Senado que Gabinio se fijaba en Pompeyo; pero amando ciegamente el pueblo á aquel soldado afortunado y estando á más irritado contra la tiranía de los oligarcas, se inclinaba al dominio de uno solo con tal que no se llamase rey; y de ahí que favoreciera á los Gracos, á Mario, á Sila y entonces á Pompeyo. Así, pues, fueron estériles contra la preocupacion pública los discursos de los oradores, las protestas de los cónsules, las insinuaciones de las personas cautas. Apenas pudo libertarse del furor popular el cónsul Calpurnio, el cual dijo á Pompeyo que si aspiraba á llegar á ser un Rómulo, podia tambien tener un fin semejante; nada fué parte á estorbar que se le otorgara por cinco años el proconsulado del mar, con quinientas naves, ciento veinte mil hombres de á pié y cinco mil caballos, á más 25 senadores por tenientes, 2 cuestores y 2,000 talentos áticos por vía de anticipo.

¿Quién podia entonces impedir que Pompeyo imitara á Sila, haciéndose dueño absoluto de la república? Su mediania.

Piratas vencidos.—Con tan grandes fuerzas era fácil vencer á gentes indisciplinadas y dar caza en todos los rincones á aquellas escuadrillas esparcidas en diversos puntos: por otra parte, Pompeyo tuvo el buen juicio de mostrarse humano (2). Señaló tierras en la Cilicia y en la Acaya á todos los que se rindieran, y pobló las ciudades de Malo, Adana, Epifania y de Pompeyópolis, que edificó sobre las ruinas de Solis. Fué llevada á feliz remate la guerra en menos de dos meses; se dió libertad á gran número de prisioneros, que fueron entonando las alabanzas de su salvador, el cual abrió las puertas de la patria á tantas personas como habian tenido que huir de ella y restableció la seguridad en todas las costas.

Creta.—Siempre habia secundado la Creta utilísimamente á los romanos en sus guerras tanto marítimas como terrestres, y principalmente suministrándoles arqueros y honderos contra Antíoco y los galos. Admitiéronla los romanos á su alianza por mediacion de Eumenes; luego, segun su costumbre, le suscitaron querellas, bajo el pretesto de que su amistad era dudosa, que favorecia á Mitrídates y más tarde á los piratas. Lo único que habia de verdad en todo era el deseo que aguijaba á Roma de avasallarla. En vano disputó para sincerarse ó escusarse, pues se demostró en el Senado que nunca se podria purgar á los mares de piratas mientras la Creta no fuera reducida á provincia; y se decretó la guerra. Cecilio Metelo desembarcó

(2) «No se apartó del camino que se habia trazado por correr al botin por avaricia: no le indujo el libertinage á los deleites, ni su naturaleza á los goces, ni el renombre de un país al deseo de conocerlo, ni aun la fatiga al reposo. Hay más, ni siquiera quiso ver los cuadros, las estátuas y los demás ornamentos de las ciudades griegas, de que muchos pensaban en hacerse dueños. Así se juzgaba en todas partes, no que Pompeyo fuese de aquí enviado, sino que habia caido del cielo, y se comenzaba á creer que en otro tiempo habian existido en Roma hombres de un desinterés semejante, lo cual habia parecido increible hasta entonces á los extranjeros.» CICERON, *pro lege Manilia*, 14.

sin obstáculos en la patria de Júpiter y se hizo en breve dueño de Cidonia y Lica (66); ya era suya toda la isla, cuando irritados los habitantes de su severísima conducta invocaron el apoyo de Pompeyo. Pronto siempre este á recoger el fruto de la agena fatiga, declaró que la Creta formaba parte de la provincia que le habia tocado en suerte, que Metelo usurpaba el título de general y no tenia derecho para entrar en tratos. Octavio, su teniente, á quien habia enviado á aquel sitio, llegó hasta á unirse á los piratas, para poner trabas á las operaciones de Metelo. Pero sin cuidarse de ello este último, prosiguió la conquista y redujo la isla á provincia. A pesar de todo, los admiradores de Pompeyo le atribuyeron tambien todo el brillo de aquella espedicion, puesto que *á fines de invierno, hizo los preparativos de una guerra cotidiana que conducida en diferentes sentidos y por mil puntos diversos, desoló todos los paises y todos los pueblos, y la emprendió al principio de la primavera, terminándola á la mitad del verano* (3).

Triunfo de Pompeyo.—Vencedor Pompeyo en Europa, en Asia y en los mares, obtuvo (62) el más magnífico triunfo que se hubiera visto hasta entonces. No bastó una procesion de dos dias para hacer desfilar delante del pueblo los despojos y nombres de los vencidos, el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Media, la Cólquide, la Iberia, la Albania, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, la Fenicia, la Palestina, la Judea, la Arabia y los piratas. Más de mil plazas fuertes y cerca de novecientas ciudades que se habian conquistado; ochocientos bajeles de corso capturados; treinta y nueve ciudades pobladas nuevamente; las rentas públicas aumentadas de cincuenta millones de dracmas á cerca de ochenta y dos: 20,000 talentos vertidos en el tesoro sin contar 1,500 dracmas distribuidas á cada soldado: tales eran los trofeos ostentados por Pompeyo. Detrás de su carro, marchaban además de los rehenes albaneses, de los iberos y de los del rey de Comagena, trescientos veinte y cuatro prisioneros de clase distinguida, entre otros el jefe de los piratas, el traidor hijo de Tigranes con su madre, su mujer y su hija, Aristóbulo II rey de los hebreos, la hermana de Mitrídates con sus cinco hijas y varias escitas. En lugar de hacer degollar á estos desgraciados, segun la costumbre romana, los volvió á enviar á su pais escepto á Aristóbulo y Tigranes. Produjo esto que se repitiesen sus alabanzas, que se le confirmase el título de grande unánimemente; aunque fuese cierto que lo debia más á la fortuna que á sí mismo, y aunque él no supo conservarlo (4).

(3) CICERON, *pro lege Manilia*, 12.

(4) La inscripcion colocada por Pompeyo en el templo de Minerva, que hizo construir en el campo de Marte, es notable por su elegancia. Nos ha sido conservado por PLINIO, *Historia natural*, VII, 27. *Cnejus Pompejus magnus imperator, bello triginta annorum confecto, fusis, fugatis, occisis in deditionem aceptis hominum centies vicies semel, centenis octoginta tribus millibus; depresis aut captis navibus septingentis quadraginta sex; oppidis, castellis mille quingenti viginti octo in fidem receptis; terris a Mæotis lacu ad Rubrum mare subactis, votum merito Minervæ.*

CAPÍTULO XI

POMPEYO.—LOS CABALLEROS.—VERRES.—CATON.—CRASO.—CÉSAR.

Sobrepujaba la autoridad conferida á Pompeyo por la ley Gabinia á todas las que se habian concedido á ningun general; con derecho se oponian los patricios á que fuese de aquella manera, esclamando que era convertir la república en monarquia, y que el mismo Sila no habia usurpado tanto por la violencia. Y viendo Cátulo que no se les escuchaba, pronunció estas palabras: *Huyamos, padres conscriptos, retirémonos, como lo hicieron nuestros padres á algunas montañas ó rocas, donde podamos encontrar un asilo contra la servidumbre que nos amenaza.*

En efecto, el poder público habia sido dividido hasta entonces entre varios magistrados de los cuales uno se oponia á otro, y esto impedia los abusos ó hacia al menos difícil el concierto de pareceres. Quedaba desde entonces destruida esta prudente precaucion, por las comisiones estraordinarias; y desde el momento en que se creyó que en los grandes peligros no se podia salvar la república, sino confiando solo á un hombre la autoridad sin límites, no existió la libertad más que en el nombre.

Disimulaba Pompeyo su ambicion, y cuando se vió llamado á pelear contra Mitrídates, esclamó: *¡Qué no se ha de tener un momento de descanso! ¡no he de poder vivir tranquilo al lado de mi mujer! ¡Dichoso el que pasa en la oscuridad sus dias!* Después cuando todos temian que él *silaizara* (1) y dirigiese contra la república un ejército formado con dinero de ella, lo licenció, atravesó la Italia como simple particular, acogido en todas partes con demostraciones de increible alegria y rodeado hasta llegar á Roma de un acompañamiento que siempre iba en aumento. Pero si es cierto que tenia vanidad en ser jefe de partido y que hubiera podido llegar con facilidad á la tirania, tambien lo es que después de haber hecho tan precaria la existencia de la república, le faltó resolucion ó habilidad.

Primero se habia separado de los caballeros y de la causa italiana para colocarse de parte de los nobles, por lo cual se atrajo el odio de los unos como desertor, y el desprecio de los otros. Sila encontró útil hacerle su amigo y lisongeó su vanidad; pero no hizo siquiera mencion de él en su testamento, donde no olvidó á ninguno de sus amigos. Permaneció fiel Pompeyo al partido aristocrático hasta el momento en que viendo que ya no quedaban veteranos de Sila, al paso que la causa de los caballeros y de la plebe tomaba vigor, se unió de nuevo á ella y fué su principal apoyo.

Apenas habia cerrado los ojos Sila, cuando se emplearon los tribunos enérgicamente en recobrar la autoridad que habian perdido; y después, habiendo producido la guerra con los piratas carestia en Roma, propuso el cónsul Aurelio Cotta como remedio para los males que la afligian, devolver á los tribunos su antiguo poder (74), é hizo decretar que podrian en adelante poseer los primeros empleos de la república. Completó Pompeyo la obra restituyendo á la plebe la eleccion de sus tribunos y restableciendo los comicios por tribus, amen de que se proponia arrebatar los juicios á los senadores (70). Se necesitaba para conseguir esto último probar al pueblo cuan tiránicamente se trataba á las provincias desde que los senadores eran los únicos jueces de sus propios desafueros, y encontrar un gobernador de los más inícuos á quien perseguir por un acusador de talento superior. Parecie-

(1) Empleo esta palabra por haberla usado Ciceron el cual en *Attico*, (IX, 10) escribia; *Hoc turpe Cnejus noster biennio ante cogitavit; ita syllaturit animus ejus, et proscripturit.* Y en una carta anterior (IX, 7): *Mirandum in modum Cnejus noster Syllani regni similitudinem concupivit:* εἰδὼς τοὶ λέγω, *nihil unquam minus obscure tulit.*

ronle Licinio Verres y Marco Tulio Ciceron lo mejor que podia encontrar para el caso.

Ciceron (n. 106).—Natural de Arpino, era un caballero en quien se hermanaba una maravillosa facundia y una flexibilidad de talento estraordinaria (2). Compuso primero un poema en honor de Mario, su compatriota, que le hubiera valido la reputacion de distinguido poeta, si no hubiera sido el primero de los oradores. Educóse en estas ciencias bajo los retóricos y sofistas griegos, y en las artes jurídicas bajo Lucio Licinio Craso, gran mantenedor del Senado. No se afilió á ningun partido, y ocultando su modo de pensar se mantuvo en aquel justo medio que hace progresar, mas no llegar á la cumbre de la gloria. Defendió á Roscio Amerino que un liberto de Sila queria hacer condenar á muerte para heredar sus despojos. Aunque es verdad que Tulio no corriese ningun peligro en este pleito y aun cuando hubiera lisonjeado con moderacion al dictador atribuyendo á la variedad de sus ocupaciones los escesos á que se entregaban sus hechuras, puesto que nadie por feliz que sea, está seguro de no tener más que servidores fieles, se le agradeció, que jóven como era, elevase la voz en favor de la humanidad, que rara vez encontraba defensores (3). Se complacian en oirle recriminar la iniquidad de aquellos que se habian enriquecido con las proscripciones; y que entonces, poseedores felices de casas de recreo en las cercanias de Roma, de palacios adornados con vasos de Corinto y Delos, trípodes que valian una finca, vajillas de plata, telas esquisitas, cuadros, estátuas y mármoles; rodeados de multitud de cocineros, panaderos y portadores de literas, se paseaban triunfalmente en el Foro.

Juzgó, pues, Pompeyo que la popularidad y elocuencia de Ciceron le servirian de mucho para dar á la aristocracia el golpe que le preparaba.

---

(2) C. Middleton describe en la *Vida de Ciceron* (Dublin, 1741) la historia de aquel tiempo; pero es en estremo parcial hácia su héroe. Antes de él, Francesco Fabricio habia escrito la obra titulada: *Sebastiani Corradi quæstura et M. T. Ciceronis historia*, en la cual emprende en buen latin la defensa del arpinato contra Dion y Plutarco. Cansa sin embargo por una perpétua alegoria, de moda en aquel tiempo, suponiendo que un cuestor presenta como moneda corriente las acciones de Ciceron, en oposicion á la moneda falsa de los historiadores griegos. No se puede estudiar mejor esta época, que en las *Epístolas* de Ciceron, y sobre todo, en el órden con que han sido traducidas y arregladas al aleman por M. Wieland, Zurich, 1808, 6 tomos, ó bien en Viena, 1813, 12 tomos, en latin y en aleman. G. Schütz, profesor en Jena, ha publicado una importante obra con el título de *M. Ciceronis epistolæ ad Atticum, ad Qintum Fratrem, et quæ vulgo ad Familiares dicuntur, temporis dispositæ* etc. 1808. Ha sido reimpresa en Milan en 12 tomos, en 8.°, con traduccion por Cesari é ilustraciones.

(3) «Todos los que veis asistir á esta causa piensan que es preciso remediar tales iniquidades; la perversidad de los tiempos les impide que ellos mismos los remedien.» *Pro Roscio Amerino.*

Verres.—Habia pasado su juventud en los vicios el senador Licinio Verres, amigo de Metelo y de los Escipiones; cuestor de Carbon en la guerra civil, desertó al enemigo con la caja. Segundo de Dolabela en Asia para combatir á los piratas, hizo lo mismo que estos, y cometió los más atroces desmanes. Habiéndolos enumerado todos Escauro en un libelo, fué á someterle á su parecer amenazándole con ser su acusador, si no le revelaba todas las faltas de Dolabela; Verres hizo traicion á su jefe, y depuso en juicio contra él.

Enamorado en Lampsaco de la hija de Filodamo, mandó á sus lictores que la condujesen á su presencia; pero los hermanos y el padre de la jóven rechazan la violencia con la fuerza, y producen una sublevacion, que á duras penas pueden apaciguar los caballeros y negociantes romanos. Poco después, cita Verres á Filodamo ante su tribunal, y le condena á muerte. De vuelta á Roma, en calidad de pretor, toma asiento como juez, y se deja gobernar por Quelidone, cortesana griega y por un favorito, que trafican con las sentencias que ha de pronunciar. ¿Qué se podia esperar de semejante hombre, enviado á Sicilia con título de procónsul, es decir, de árbitro supremo del pais?

Sicilia.—A pesar de todos los males que habia sufrido esta isla, era aun una de las más florecientes provincias. Habia enseñado antes que nadie á los romanos cuan hermoso es mandar á otros pueblos (4); sirviendo de punto de escala en el camino de Africa, habia facilitado la conquista de esta proporcionando víveres; y en recompensa Escipion Africano le habia devuelto los despojos que en otro tiempo habian sido robados á sus ciudades por los cartagineses. Uníale estrechamente el comercio con la Italia, y Roma la consideraba como su granero. En efecto, le habia proporcionado durante la guerra social, lienzos, trigos y cueros; habia sostenido, equipado y armado á los ejércitos más considerables. Ciceron nos dice que el valor del trigo procedente del diezmo de un año importó nueve millones de sextercios, esto es, hasta tres millones de modios; con cuyo dato pudiera calcularse el producto de toda la isla en treinta millones de modios, ó sea cuatrocientos cinco millones de pesetas. Ricos é industriosos vecinos tomaban en arrendamiento heredades de mucha estension, y empleaban en ellas útilmente grandes sumas. El haber sacado Verres del solo puerto de Siracusa en unos cuantos meses doce millones de sextercios, indica cuanto debia producir á la república, en pais de tantos puertos, la vigésima parte de las mercancias importadas (5). Los romanos, pues, deseaban á porfia usufructuarla: muchos se habian enriquecido en aquella provincia fértil y tan cercana que podia considerarse como un arrabal de Roma. Pero la amistad de los fuertes es funesta.

---

(4) Ciceron, *in Verren*, II.

(5) Cic., *in Verrem*, II.

Habia olvidado la Sicilia su antigua grandeza y caido en el abismo de opresion en que sucumben las almas desanimadas y envilecidas, no encontrando ya fuerza sino para temblar, quejarse y besar la mano que las encadena (6).

Lo que no habian podido hacer las guerras de los cartagineses y la de los esclavos fué llevado á cabo por Verres. Después de haberse asegurado el favor de los sicilianos, haciendo degollar á todos aquellos soldados de Sertorio que buscaron refugio en aquella isla, dispuso de todos á su antojo (73 á 71). Bajo tal magistrado no fué gobernada Sicilia por las leyes romanas ni por sus instituciones nacionales: nadie pudo salvar el más mínimo objeto de algun precio, á menos de haberlo ocultado esmeradamente á la rapacidad más perspicaz. Durante tres años no tuvieron los juicios más pauta que su capricho. Tenia calumniadores á sueldo, y él era quien citaba, instruia y fallaba. Adjudicáronse propiedades patrimoniales á extranjeros: se declaró adversarios de la república á sus más resueltos amigos: fueron condenados á la tortura ó al suplicio ciudadanos romanos; á costa de dinero hubo manera de que se salvaran los delincuentes; se persiguió y condenó á las personas más honradas durante su ausencia. Esto en cuanto á las particulares; pero todavia no bastaba; abriéronse á los piratas puertos y plazas bien fortificadas: condenados fueron á muerte los oficiales cuyas tropas se habian dejado vencer porque Verres no les pagaba su salario; perdiéronse ó se vendieron ignominiosamente escuadras enteras de utilidad suma para la defensa de las costas. Y omitimos hablar de las violencias é incestos de que los infelices sicilianos no podian salvar á sus mujeres y á sus hijas.

Dejando aparte la grosera ignorancia de Mummio nunca tuvieron los romanos un verdadero amor ni un gusto esclarecido por las artes. Hasta el mismo Ciceron creyó deber escusarse por la estimacion que hace de las obras de pintura y de escultura (7). No obstante habian aprendido á su vez á apreciarlas á consecuencia de las enormes sumas que daban por ellas los aficionados, y del disgusto que manifestaban las ciudades griegas vencidas al ver como se las arrebataban de su recinto: por eso se acostumbraron á considerarlas como un glorioso trofeo en la ciudad y como un ornamento dentro de sus palacios. Cuando Pison era procónsul en la Acáya (pasando en silencio las exacciones, los actos de tirania y de libertinaje de que no pudieron sustraerse vírgenes ni matronas sino tirándose á los pozos), despojó á Bizancio de las numerosas estátuas que allí se habian conservado religiosamente en medio de los mayores peligros de la guerra contra Mitrídates. No hubo templo ni bosque sagrado en la Grecia cuyos ornamentos y simulacros no se llevara consigo (8).

Sicilia, griega tambien, corte de poderosos y espléndidos soberanos, floreciente por su comercio y madre de artistas ilustres, era especialmente riquísima en las obras maestras del arte. Parecióle á Verres propicia coyuntura para proporcionarse la más magnífica galeria. Ya habia tenido la precaucion de informarse antes de su llegada de las ciudades donde se hallaban los objetos de más estima; y despojó de ellos al pais haciendo que se le adjudicasen por un precio que él mismo habia fijado, y más frecuentemente por el fraude y la violencia. —«Afirmo, dice Ciceron, que en toda esa opulenta y antigua provincia, donde hay tantas ciudades, tantas familias, tantas riquezas, no existe un solo vaso de plata de Corinto ó de Delos, ni una piedra preciosa, ni una obra de marfil ó de oro, ni una estatuilla de bronce, de mármol ó de otra materia, ni un cuadro sobre madera ó lienzo, que él no haya examinado con el fin de apropiarse cuanto era de su gusto.» Protesta que esto no es por su parte una amplificacion oratoria, ó un medio alegado para agravar la acusacion, sino que esplica los hechos con toda la exactitud de las palabras. Mucha parte de su acusacion contra Verres versa sobre las obras de arte robadas por aquel procónsul; y es de interesantísima lectura porque dá á conocer la multitud de aquellas obras maestras (9) que pasaron de la isla despojada á la galeria de Verres, como de los medios que puso en planta para hacerse dueño de ellas.

Habiendo reparado un dia en una carta la señal de un magnífico sello, envió en busca del propietario y exigió su anillo. Al dirigirse á Roma para solicitar la benevolencia del Senado, se propuso Antíoco, hijo del rey de Siria, regalar á Júpiter Capitolino un candelabro digno por el trabajo y la riqueza del lugar á que estaba destinado y de la magnificencia del donador. Desembarcó el prín-

(6) Tal es, segun nosotros, la idea que se puede deducir razonablemente de los elogios pomposos de Ciceron: *Sic porro homines nostros diligunt, ut his solis neque publicanus, neque negotiator odio sit. Magistratuum autem nostrorum injurias ita multorum tulerunt, ut nunquam ante hoc tempus ad aram legum, præsidiumque vestrum publico consilio confugerint..... Sic a majoribus suis acceperunt, tanta populi romani in Siculos esse beneficia, ut etiam injurias nostrorum hominum perferendas putarent. In neminem civitates ante hunc (Verrem) testimonium publice dixerunt; hunc denique ipsum pertulisent, si, etc. In Verrem*, II.

(7) *Dicet aliquis: Quid? tu ista per magno æstimas? Ego vero ad meam rationem usumque non æstimo: verumtamen a vobis id arbitror spectari oportere, quanti hæc eorum judicio, qui studiosi sunt harum rerum, æstimentur, quanti venire soleant etc. In Verr.*, IV.

(8) Ciceron, *De provinciis consularibus*, IV.

(9) Contábanse entre este número un Apolo y Hércules de Miron, otro Hércules del mismo, un Cupido de Praxiteles; y Siracusa, dice el orador, en su exajeracion, perdió entonces más estátuas que habia llorado hombres cuando el asedio de Marcelo *(in Verrem*, IV, 58). Véase en las *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, tomo IX, una disertacion de Fraugier, titulada *Galeria de Verres*.

cipe en Sicilia, y es convidado á cenar por Verres que ostenta en el salon del festin todos sus admirables vasos de plata y un lujo verdaderamente régio. Antíoco convida á su vez al pretor, y despliega á sus ojos las riquezas asiáticas que lleva consigo; vasos metálicos del mayor valor, una ancha copa de una sola piedra preciosa, un jarro con asa de oro. Verres se estasia á la vista de tan escelentes obras, y se deshace en elogios; luego de vuelta á su casa envia á rogar al rey que se los preste, solo durante el tiempo necesario para enseñárselos á sus plateros. Antíoco satisface su deseo sin concebir la menor sospecha, y le confia hasta aquel magnífico candelabro que conservaba tan cuidadosamente. Pero cuando se trata de la restitucion, la dilata el pretor de uno á otro dia, y acaba por pedirle descaradamente que le regale los objetos que le habia prestado. Niégase el príncipe á ello y luego se decide á suplicarle que le devuelva solo el candelabro destinado al pueblo romano, reservándose todo lo demás; pero Verres bajo un frívolo pretesto le intima salir de la provincia antes de la noche.

Habia en Egesta una Diana tan hermosa como venerada, de que se habian apoderado los cartagineses en otro tiempo, y que habia restituido á la ciudad Publio Escipion. Parécele bien á Verres, la pide y le es negada. Entonces los habitantes y los magistrados son blanco de sus vejaciones: estorba sus mercados, y llega hasta el punto de reducirles al hambre: escogiendo, pues, el menor entre los dos males, se resuelven á decirle que se lleve la estátua de la diosa. Se profesaba tal devocion á aquella imágen, que no hubo en Egesta hombre libre ni esclavo, ciudadano ni estranjero que se atreviera á tocarla. Verres mandó, pues, que acudieran del Lilibeo obreros extranjeros que sin saber lo que era, la trasportaron por un precio convenido. Imposible seria describir el furor de los hombres, los lamentos de las mujeres, el desconsuelo de los sacerdotes que derramaban sobre ella odoríferos aceites, la cubrian con coronas y la escoltaron quemando perfumes hasta los límites de su territorio. Como no cesaran luego de quejarse los ciudadanos de que solo el pedestal en que estaba inscrito el nombre de Escipion hubiese quedado dentro de sus muros, Verres dió tambien órden de quitarlo.

Todavia consideraba toda la isla como más sagrada la Céres de Enna, bello símbolo de la civilizacion esparcida por la agricultura; pues aquella comarca segun las tradiciones, habia sido teatro de las aventuras de la diosa. No se libertó de la codicia del pretor su marmórea estátua; y se manifestaron los sicilianos más ofendidos por ello que lo que se habian manifestado hasta entonces por las espoliaciones, las contribuciones arbitrarias, los juicios inicuos, los estupros y las violencias.

Verres osó sustituir una fiesta en honor suyo á la que se celebraba en conmemoracion de la toma de Siracusa por Marcelo. ¡Infortunada Sicilia reducida á festejar á su vencedor ó á su devastador!

Por lo demás, lo que escitó particularmente la indignacion en Roma, fué haberse atrevido á mandar azotar á un ciudadano romano. *Un ciudadano romano*, esclamaba Ciceron, *fué azotado: ¡Oh jueces! en el foro de Mesina, sin que aquel infortunado hiciera oir en medio de los dolores y los golpes un solo gemido, ni más espresiones que estas: soy ciudadano romano.* Estremeciéronse todos al oir referir tan notable esceso, sin pensar en los millares de infelices hacinados en las ergástulas, azotados hasta exhalar el último aliento, segun el capricho de sus amos ó de sus carceleros; pero los esclavos no eran ciudadanos, eran solamente hombres.

A tanto se atrevió un pretor en el discurso de tres años á las mismas puertas de Roma. Nadie ignoraba sus criminales escesos, si bien tampoco nadie le acusaba. Cada año despachaba Verres á Roma dos buques cargados de botin, y se jactaba en alta voz de haber robado tanto, que ya era imposible condenarle. Ni aun se atrevian los sicilianos á solicitar directamente del Senado remedio á sus males. Reclamaron el apoyo de Ciceron (70), y hasta después de intentada la acusacion, pretores y lictores amenazaban á los que llegasen á querellarse é impedian que depusieran los testigos. A pesar de estos obstáculos y aunque Verres fué sostenido por personajes de consideracion, defendido por el famoso Hortensio y por la omnipotencia del oro, Ciceron osó tomar á su cargo el acusarle. Cediendo á las instancias de los siracusanos y de los habitantes de Messina, fué á recojer testimonios, y presentó el acta de acusacion, aun cuando Verres hizo cuanto pudo por retardar el juicio (69). Acreditó en las diversas faces del proceso toda su atronadora facundia. Con la esperanza de evitar las escandalosas revelaciones del foro, se apresuraron los senadores á condenar á Verres á destierro, y á restituir á los sicilianos 45.000,000 de sextercios; la mitad apenas de lo que habian reclamado (10).

Pero los discursos de Ciceron circularon manuscritos, y han quedado como testimonio de los escesos de la aristocracia romana, y para justificar el ódio que le profesaban las provincias. Por muy apoyado que se viera Ciceron, se debe tener en cuenta la franqueza con que reveló una porcion de prevaricaciones, y quitó la máscara á los nobles que habian prestado auxilio á los delitos de Verres; entre otros á aquel Neron que condenó á muerte á un padre culpable de haber defendido contra Verres el honor de su hija. Fué, pues, herida con el mismo golpe toda la nobleza, y se vió el peligro que habia en dejar á los senadores en posesion de los juicios.

No habia disimulado Ciceron al Senado que era necesario imponer á Verres un severo castigo, á fin de probar que no se dejaba dirigir únicamente por el favor y por la intriga, y que sabia condenar á un hombre cargado de delitos. Hizo

---

(10) *Divinatio*, V.

memoria de que Q. Cátulo habia dicho poco antes que los padres conscriptos desempeñaban mal y con iniquidad las funciones judiciales; añadió que si las hubieran ejercido á satisfaccion del pueblo romano, no se hubieran echado de ménos los juicios tribunicios: recordó en fin, que habiendo manifestado el mismo Pompeyo, después de haber sido nombrado cónsul, la intencion de restablecer la jurisdiccion de los tribunos, obtuvo unánimes aplausos (11). Pero este parecer no fué oido; y el partido democrático, de que era ídolo Pompeyo por sus victorias, su popularidad y su carácter, cobró nuevas fuerzas. En vez de imitar, en medio de sus triunfos, el fastuoso lujo que se veia ostentar á Lúculo y á otros generales y magistrados vueltos del Asia, afectaba Pompeyo, por el contrario, el desprecio por su manera de obrar, dejando á sus amigos enriquecerse y mostrar su insolencia. Vivamente interesado respecto de Atenas, dió 50 talentos para que se reconstruyese, é hizo distribuir un talento á cada uno de los filósofos de Rodas, donde se habia detenido para oirlos discutir. Cuando se verificó la solemne apertura de su teatro, ofreció al pueblo el espectáculo de combates en que los elefantes fueron concitados á la pelea, pereciendo además quinientos leones. Estos eran los infalibles medios que empleaba para grangearse la benevolencia del pueblo, que llegó hasta el estremo de interesarse por los disgustos que le causaba la mala conducta de su mujer Mucia, á la que por último repudió. Cuando restableció los comicios por tribus fué su nombre ensalzado hasta las nubes, lo cual devolvia al pueblo el derecho, que confunde muy amenudo con la libertad, el de poder venderla.

Sostenida desde aquel momento su mediania por los soldados, á quienes habia conducido á la victoria, por los caballeros á causa de sus esperanzas, y por el pueblo deslumbrado con sus liberalidades, creyósele un genio, viendo todos en él un gigante. Apoyado en ellos, consiguió que la eleccion de los tribunos se devolviera al pueblo, y que los senadores hiciesen partícipes á los caballeros de los juicios civiles. Así se destruyó enteramente la obra de Sila. Hasta la censura, que habia sido suspendida durante las guerras civiles fué restablecida, introduciendo la inspeccion de los nuevos censores y la eliminacion de sesenta y cuatro senadores.

Caton de Utica.—Fué por este tiempo cuando Cayo Porcio Caton tomó á su cargo el censurar su siglo, hacer revivir lo pasado sustituyendo la ley á la humanidad. Descendia de Caton el Viejo, y tan severo como él, se habia empapado su patricia inflexibilidad en las estóicas doctrinas, tomadas de Antipatro de Tiro. Mostró en su infancia un carácter duro y obstinado, aprendia con dificultad, pero conservaba siempre el recuerdo de lo que habia una vez retenido. Cúpole la suerte de tener por maestro á Sarpedon, que en lugar de responder con brutalidad á sus contínuas preguntas, se tomaba el trabajo de ilustrarle con buenas razones. Yendo un dia á casa de Sila, vió sacar de la morada del dictador las cabezas de los más eminentes ciudadanos: preguntó á su maestro por qué no se atrevia nadie á dar muerte á semejante tirano; y habiéndole éste respondido, que era más odiado que temido: *¿Porqué, dijo, no me das una espada para libertar á la patria?*

Habiéndose presentado á Druso los embajadores de los aliados italianos suplicaron á Caton, que vivia entonces con su tio, que intercediese para con él en su favor, pero no respondió. Insisten; y el mismo silencio. Amenázanle con arrojarle por la ventana, llegando hasta suspenderle en el aire. No por esto se intimida su firmeza, diciendo los embajadores: *Es una felicidad que sea aun niño, pues á no ser por esta circunstancia, nuestra demanda no seria ciertamente escuchada.*

Hízose con el tiempo uno de estos hombres cortados á la antigua, que ofrece la historia entre sus conciudadanos, de los que difieren en todo, como acontece con una antigua columnata entre elegantes casitas. Amaba tanto á su hermano Cepion, que teniendo ya veinte años no habia cenado nunca sin él, no habia viajado ni se habia paseado en la plaza pública sin tenerle por compañero. Estudiaba la elocuencia sin pensar en hacer ostentacion de ella; y cuando se le decia que los ciudadanos censuraban su silencio respondia: *Me basta con que no vituperen mi modo de vivir*; y en otra ocasion: *Empezaré á hablar cuando sepa decir cosas que merezcan no ser calladas.*

La pequeñez de las recriminaciones que se le hacian demuestra cuan superior era á la corrupcion general; tributóle testimonio de ello el pueblo en la época de los juegos florales, cuando aguardó para pedir un baile obsceno á que Caton se retirase. Aprovechóse de un pretesto el tribuno Clodio, hombre sin costumbres y que queria desterrar de Roma todo sentimiento honrado, para enviar á Caton á la isla de Chipre por ser el único ciudadano cuya integridad le incomodase: tambien se decia proverbialmente: *No lo creeria aun cuando Caton lo dijera.*

Elevado á la cuestura hizo una magistratura ilustre de un cargo que no habia sido hasta entonces más que un título para engolfarse en dilapidaciones: satisfizo las deudas del tesoro con los particulares, si bien exigió asimismo hasta el último óbolo de las de los particulares con el tesoro. Habiendo encontrado el finiquito de lo entregado á los sicarios y á los espias dependientes de Sila, los denunció, obligándoles á restituir el dinero percibido por sus fechorias. Dejotaro, rey gálata, le ofreció considerables presentes para que aceptara la tutela de sus hijos; pero rehusó admitirla, y tampoco quiso que la aceptaran sus amigos. Imitando con ostentacion los antiguos usos, iba á pié, mientras que

(11) *Actio*, I.

su comitiva le seguia á caballo, y se acercaba tan pronto á uno como á otro para platicar familiarmente; veíasele asimismo durante su pretura atravesar la plaza vestido con una simple túnica, con los piés desnudos como un esclavo, y tomar asiento en su tribunal de este modo. Dotado de una severidad implacable de contínuo y donde quiera, no cesaba de reprender á las gentes hasta sobre las cosas de más mínima importancia.

Ciceron que se queja más de una vez de su austeridad inflexible, y de que habia adquirido la costumbre de esplicarse como si hubiera vivido en la república de Platon, no enmedio del populacho de Roma, hasta le puso en ridículo en su discurso en favor de Murena (12); pero después de haberle oido, Caton se contentó con esclamar de este modo: «¡Qué cónsul tan ridículo tenemos!»

Era asíduo al Senado y desempeñaba sus funciones exactamente, sin descuidar por eso los asuntos de sus clientes. Para obtener el consulado no quiso entregarse á los amaños comunes en semejantes casos, y se vió desairado. Ciceron le criticó por ello, reconviniéndole de que, cuando la república tenia tan gran necesidad de un hombre como él, no hubiera hecho bastantes esfuerzos para llegar á un puesto en que tan útilmente hubiera podido servirla.

Una vez encontró al salir de la ciudad á Metelo Nepote, hombre sin consideracion ninguna y vendido á Pompeyo, que acudia á fin de intrigar por obtener el tribunado. Pronto retrocedió Caton para pedir ese mismo cargo, y juró que se constituiria en acusador de todo el que soltara un dinero para comprar votos. De tal manera avergonzó á Clodio, que este hombre manchado de crímenes salió de Roma. Como Ciceron le diera gracias por este servicio, le dijo:—«Da gracias á la ciudad, puesto que yo obro en su interés solamente.»

No obstante, tambien tenia su flaco: ofendido, viendo preferido á Metelo por la mujer con quien quería casarse, Caton le perseguia con sátiras virulentas. A fin de servir á un amigo le cedió su esposa Marcia y la volvió á tomar por suya luego que se hizo rica. De este modo eran entre los antiguos vacilantes las virtudes y no brillaban sinó á chispazos. Aun cuando su mania en favor de lo pasado le cegara en punto á las mejoras de que era susceptible lo presente, y obstinándose en hacer retroceder á la humanidad que habia progresado, logró detener por algun tiempo el movimiento que podia subvertirla.

Craso.—Un carácter diametralmente opuesto tenia Marco Licinio Craso. Primeramente habia seguido el partido de Mario; pero habiendo dado éste muerte á sus padres, se consagró enteramente

---

(12) Ciceron le censura en esta arenga por su severidad estóica, y aunque no se advierte sinceridad en el orador, como le acontece á menudo, es conveniente trasladar sus palabras á fin de poner de manifiesto la opinion vulgar sobre los estóicos.

«Te ha formado ¡oh Caton! la naturaleza para la honradez, para la gravedad, para la templanza, para la grandeza de alma, para la justicia, para sobresalir en todas las virtudes. A esto juntas una doctrina no dulce ni moderada, sino que en mi concepto adolece de más tirantez y rudeza que la que consienten la verdad ó la naturaleza. Como no hablo ante una multitud de ignorantes ó en una reunion de gentes groseras, trataré algo más atrevidamente los estudios de la humanidad que conoceis y apreciais como yo los aprecio y conozco. Sabed ¡oh jueces! que las nobles y divinas cualidades que admirais en Caton, le pertenecen esclusivamente, y aquellas por las cuales le reprendemos, no son suyas, sino de su escuela. En otro tiempo existió un tal Zenon, hombre de gran talento, y se denominan estóicos sus sectarios. Hé aquí sus preceptos y sus opiniones. Jamás debe conmoverse el hombre cauto por una merced, ni perdonar ningun agravio: no cuadra bien la misericordia sino al aturdido ó al demente; no sienta bien al hombre consentir en aplacarse. Solo los cuerdos son hermosos aunque tengan muchas deformidades, ricos por mucha que sea su pobreza, y reducidos á la esclavitud, son reyes en medio de la servidumbre. Nosotros, que en su sentir carecemos de cordura, somos fugitivos, desterrados, insensatos. Todas las culpas son iguales, toda falta es un odioso desafuero y el que degüella á un pollo es tan criminal como el que mata á su padre. El hombre cauto no hace nada por opinion, de nada se arrepiente, en nada padece engaño, no cambia de parecer nunca.

«Aleccionado por autores muy eruditos, adoptó el ingeniosísimo Caton estas doctrinas, no como objeto de disputa, como lo hacen muchos, sino como regla de la vida. ¿Piden algo los publicanos? El cuida bien de que la amistad no influya en la decision. ¿Acuden á tí suplicantes algunos infelices y desgraciados? Serias malo é inícuo si te dejases mover á compasion. ¿Confiesa alguno haber pecado é implora el perdon? Seria delito concedérselo. Pero se dirá, fué leve el pecado... Todos los delitos son iguales. ¿Has dicho que tal negocio está fijo y determinado? No fuiste inducido á hablar así por el hecho, sino por la opinion: el sabio jamás opina. ¿Erraste al decir algo? Cree que lo has dicho con malicia. Tales son las consecuencias que emanan de aquella doctrina. He dicho en el Senado que llevaba el nombre de candidato consular. Pues bien, si lo dije colérico, responde que el sabio nunca se irrita. Si lo dije por efecto de las circunstancias, replica que es propio de malvados mentir; que es torpe mudar de dictámen, culpa doblegarse, delito compadecerse.

«Por el contrario, los que participan de nuestro modo de ver las cosas, porque debo confesaros que en mi juventud, desconfiando de mi talento busqué la ayuda de la doctrina, los discípulos moderados de Platon y de Aristóteles afirman que el perdon tiene algun valor cerca del prudente; que es propio de un hombre de bien compadecerse; que hay diferentes clases de delitos, y que tambien deben ser diferentes las penas; que el hombre más enérgico debe ceder al perdon; que el más sabio tiene una opinion sobre aquello que no sabe con certidumbre, que se irrita á veces, se deja conmover y ablandar, se retracta de lo que ha dicho, si conoce que se ha equivocado, y en otras ocasiones modifica su opinion, porque la verdadera virtud debe evitar la exageracion y atenerse al término medio.

«Si la casualidad ¡oh Caton! te hubiera dirigido como la naturaleza hácia maestros de esta clase, de seguro no serias mejor ni más firme, ni más moderado, ni más justo, eso fuera imposible; pero tendrias algo más de propension á la mansedumbre.»

á Sila, á quien sirvió de utilidad suma: á pesar de todo miraba de reojo la predileccion que el dictador manifestaba á Pompeyo. Los bienes confiscados que habia comprado durante las proscripciones, elevaron su fortuna de 300 talentos que poseia, á 7,000 talentos (39.000,000); y segun su dicho para tener derecho de llamarse rico, se necesitaba poder mantener un ejército á su costa. Tenia en su casa quinientos arquitectos y albañiles esclavos; y con motivo de los incendios ó demoliciones (muy frecuentes en aquella época unos y otras) compraba los terrenos, edificaba y revendia los edificios, ó bien alquilaba dichos obreros. Alquilaba además á subido precio sus otros esclavos, como escribientes, banqueros, ecónomos y agricultores. Cuando vió que no podia rivalizar con Pompeyo en el ejercicio de la guerra, procuró conciliarse de otra manera amigos. Escelente orador, se hallaba pronto siempre á defender todas las causas; y cuando Márco Antonio, Hortensio, César y Ciceron se escusaban de hablar, se ponia en pié y tomaba la palabra. Poniendo así su elocuencia al servicio de todo el que necesitaba un abogado, se le adheria multitud de personas. Constantemente estaba abierta su casa á sus amigos, á quienes trataba con una frugalidad de buen gusto y una jovial cortesia. Si necesitaban sufragios para obtener los empleos, les ausiliaba con su influencia: prestaba dinero sin interés alguno; pero en el dia convenido exigia el pago con exactitud rigorosa.

Es verdad que al través del brillo con que estaba rodeado, se vislumbraba algo de mezquino, como sucede generalmente con las personas medradas. Como le agradaba mucho la conversacion del griego Alejandro, le llevaba consigo al campo y le prestaba para el viaje un sombrero, que le quitaba á la vuelta.

Sea como quiera se habia formado un partido poderoso en un pais donde todo se vendia. Por adhesion le acompañaron muchos ciudadanos durante la guerra de los esclavos; y como no era constante amigo ni enemigo irreconciliable, inclinaba la balanza al lado que se ponia.

César (n. 100). — Superaba con mucho á todos aquellos personajes Cayo Julio César, uno de los hombres más insignes de la antigüedad. Se vanagloriaba de descender de Vénus y de Anco Marcio, de los dioses y de un rey, orígen que le permitia aspirar sin temeridad á todo. Desordenado, audaz, amado de las mujeres, aficionado á aventuras, como todos los jóvenes patricios de su tiempo; más pródigo que todos ellos, vendia ó tomaba prestado para dar, para ganarse amigos. Tan lejos llevó esta prodigalidad, que antes de haber obtenido ningun empleo debia 1,300 talentos (7.000,000). Envolvíase con afectado desaliño en su mal puesta toga. Padecia de los nervios: no obstante su flexible y vigorosa estatura, sus ojos de águila, su natural altaneria, revelaban al hombre capaz de firmes resoluciones y de enérgicos actos. A la edad de diez y siete años osó desobedecer á Sila, que le queria obligar á repudiar á su esposa Cornelia hija de Cinna; lo cual le valió ser proscripto por el dictador, que acabó por otorgar su indulto á las súplicas de la nobleza y de las mismas vestales, diciéndoles: *En ese mancebo columbro muchos Marios.* Su ejercitado punto de vista le hacia adivinar el golpe decisivo que César debia descargar sobre la aristocracia.

Ora desdeñase César el perdon, ora desconfiara de su sinceridad, es lo cierto que se refugió en Asia hasta que hubo pasado la tormenta. Habiendo caido en poder de los piratas, lejos de mostrarse lleno de susto, los maltrataba y los amenazaba, cual si fuera su caudillo, no su prisionero. Habian fijado su rescate en 20 talentos: *Eso es muy poco*, les dijo, *se os darán cincuenta; pero tan luego como me vea libre, haré que seais crucificados.* Y cumplió su palabra.

De vuelta en Roma se declaró adversario de los parciales de Sila. Empezó su carrera formulando una acusacion contra Cornelio Dolabela, ex-gobernador de la Macedonia, cónsul y triunfante, y le tachó de malversacion. Dolabela habia robado mucho para que le faltaran dos buenos defensores, Quinto Hortensio y Aurelio Cotta, los cuales le hicieron absolver; pero los hombres instruidos admiraron el talento de aquel jóven, en quien una educacion esmerada habia desarrollado las felices cualidades con que la naturaleza le habia dotado espléndidamente. Aplaudia el pueblo el valor con que sostenia la causa de la justicia y á los griegos oprimidos contra los magistrados romanos. De este modo se anunció desde entonces como defensor de la humanidad entera contra los que sustentaban la tirania privilegiada en Roma.

Habiendo entrado en la política, castigó á los sicarios de Sila, sin tener en consideracion las órdenes que del dictador habian recibido. Halló en él un protector todo oprimido. En tiempo de su cuestura ayudó á las colonias latinas á recuperar los derechos de que Sila les habia privado en parte. No se desdeñaba de fijar su atencion en los bárbaros y hasta en los esclavos; y si como edil ofreció en espectáculo al pueblo trescientas veinte parejas de gladiadores, no le consintió la atroz satisfaccion de verlos espirar en el circo.

Aun cuando segun la antigua constitucion las mujeres romanas, veneradas en la familia, no eran nada en la ciudad, tributó públicos honores á su tia Julia, viuda de Mario, y á su mujer Cornelia, y pronunció su elogio fúnebre en el foro. En suma, comenzó á entreabrir las insuperables barreras de la ciudad romana, que debian derribar en breve el imperio y el cristianismo, para dar allí entrada á la humanidad entera.

Cuando era edil mandó reparar la via Apia casi enteramente á sus espensas; y á fin de que se pudieran ver cómodamente los juegos megalios, hizo construir un vasto teatro de madera con hileras de asientos, lo cual unido á la brillantez de los espectáculos y á la cantidad de los gladiadores, le ganó el

favor del pueblo. En los funerales de Julia se habia atrevido á poner de manifiesto la efigie de Mario. Viéndose luego apoyado por la plebe, mandó reponer las estátuas y los trofeos del vencedor de los cimbros, que se encontraron una mañana dentro del Capitolio, de donde se habian quitado en tiempos de Sila. Admiraban los amigos de las artes lo bien rematado de tales obras; el pueblo lloraba de alegria; temblaban los nobles, acusando á César de aspirar al mismo poder que Mario; y Cátulo clamaba en pleno Senado: *César ataca á la república no por senderos ocultos y tortuosos, sino á cielo descubierto.* Ciceron decia: *Preveo en él un tirano; pero cuando le miro tan esmeradamente peinado, rascarse la cabeza con el dedo para no descomponerse el peinado, no puedo en manera alguna persuadirme de que piense en derrocar la república hombre semejante.*

CAPÍTULO XII

SITUACION DE LA ITALIA.—CATILINA.

Miserias.—Conócense ya los principales personajes en cuyo rededor se movia un pueblo desgraciado. No permitian los funestos ejemplos de un poder ilimitado apreciar los encantos de una libertad recelosa; habian inspirado osadia á los soldados y hecho de ellos instrumentos dóciles de jefes que por espacio de años les habian guiado á la victoria. Habian concedido la guerra civil y las proscripciones nuevos dueños á todos los campos, de tal manera, que la propiedad no se apoyaba ya más que en la injusticia y usurpacion. Introdujeron las espediciones al Asia un lujo corruptor, que se sostenia y emulaba por la opresion de los pobres y el saqueo de las provincias. Obligaba á los nobles la venalidad de las magistraturas á empeñarse con esceso para obtenerlas, dejándoles el arbitrio de indemnizarse como pudiesen en las provincias ó en los tribunales.

Entre tanto la plebe se habia acostumbrado, en el tiempo de tan prolongadas guerras, á la licencia, al lujo y al pillaje; cuando volvia cargada con botin, prodigaba su dinero con la indolente profusion de personas que le han adquirido sin trabajo. Caida de nuevo en su primera indigencia, sentia aun más sus privaciones, envidiaba á los ricos, y aspiraba á nuevas guerras y turbulencias, incapaz como lo era de poseer y sufrir que otros poseyesen. Habia perdido su prestigio el gran nombre de Roma, que habia confundido patricios y plebeyos en la gloria comun, desde que Mario y Sila habian hecho pelear á los ciudadanos unos contra otros, y envenenado su enemistad con efusion de sangre, haciendo que no se mirasen como miembros de una misma república, sino como instrumentos de un partido.

Habian producido las liberalidades de Sila hacer peligrosa é incierta toda posesion, y sus hechuras habian estendido las suyas, merced á las confiscaciones, los procesos y el asesinato (1). Espulsados primero los italianos de los campos paternos y reducidos después por Sila á la última indigencia mendigaban un asilo en medio de los dominios que habian poseido; andaban errantes por las montañas tanto los pastores, que se habian ocultado con los rebaños de sus amos, como los gladiadores fugitivos, dispuestos á vender caras sus vidas. Los que tenian menos fiereza de corazon, acudian á Roma para gozar del privilegio de vender su sufragio, y vivir con las distribuciones públicas que dejaban los campos sin habitantes. El pais de los volscos, de donde hemos visto surgir tan numerosos ejércitos, estaba desierto en tiempo de Tito Livio; no se encontraban allí más que esclavos de los romanos y de las guarniciones (2). Lo mismo acontecia en el territorio de los ecuos, del Samnio, de la Lucania y del Brucio (3).

Y no se crea que la Italia fué vuelta á poblar por las colonias fundadas en tan gran número. Primero ciertos municipios aceptaban este nombre por pura adulacion, ó para parecerse más á la metrópoli (4), sin recibir en efecto de ella ni emigrados ni soldados. Aun en la época en que se enviaban habitantes á lo esterior, no se hacia sino con la hez de Roma, lo que tenia de más pobre y ocioso. Después de haber invocado esta clase de gentes la ley agraria y reclamado campos, apenas

---

(1) Segun Ciceron fué asesinado Roscio, y el otro acusado de parricida por un favorito de Sila, que deseaba su herencia.

(2) Tito Livio, VI.

(3) Estrabon, VI, *passim*.

(4) A Gelio, XVI, 13; Tácito, *Ann.*, XIV, 27; Maffei, *Verona ilustrada*, V; Denina, *Revolucion de Italia*, II, 6.

habia llegado á sus destinos, cuando echaba de menos la voluptuosa ociosidad de las poblaciones, donde se le ofrecia pan y espectáculos; entonces vendia á un precio ínfimo el terreno que se le habia dado y recaia en su fastuosa miseria. Otro tanto acontecia á los veteranos. No se les concedia por recompensa de sus servicios una parte de los inmensos dominios de los ricos, segun la voluntad de los Gracos, sino la autorizacion de decir al pacífico agricultor. *Vete: el pequeño campo que sostiene á tu familia me pertenece* (5). Esta propiedad tan fácilmente adquirida se disipaba muy pronto. Empobrecidos los veteranos por los usureros volvian á Roma tan miserables como antes, pero más viciosos é incapaces de trabajo, sin soñar más que con combates, turbulencias y proscripciones.

Desde entonces fué fácil á aquellos que no enagenaban sus bienes adquirir estensas propiedades, por lo cual las tierras que no quedaron á los primeros concesionarios, se reunieron en dominios, haciendo desaparecer la clase más útil, la de los campesinos libres y propietarios; y las comarcas cuyas conquistas habian valido dos siglos antes los honores del triunfo á ilustres generales, se convirtieron en la herencia de un particular (6). Procuraban tanto caballeros como senadores sacar de sus inmensas propiedades la mayor utilidad, sin gastar nada, para lo cual las convertian en prados, cuya explotacion no exigia más que un pequeño número de brazos.

Todo el que levantara una bandera en medio de tan gran confusion, estaba seguro de atraer á su partido una multitud deseosa de cambiar el órden de cosas existente. El que no queria esponerse á un tumulto, sino solo hacer una revolucion, no podia empezarla sino verificando un trastorno total de la propiedad; le era preciso publicar nuevas listas de proscripcion contra los que se habian aprovechado de las primeras, desencadenar todas las venganzas é inundar la Italia de sangre. ¿Pero y después? ¿Despojados ya los poseedores ilegítimos á quien vender las tierras usurpadas? La guerra, la proscripcion y la miseria habian hecho perecer ú olvidar los propietarios primitivos. Los que quedaban amontonados en los insalubres tugurios de Roma, se mezclaban á las agitaciones del Foro, vegetaban á la sombra de las distribuciones públicas, ó á lo más dejaban oir alguna miserable queja, que debilitaba aun la desunion, contra la fuerza que se habian acostumbrado á considerar como derecho.

Acusacion de Rabirio.—Ya fuese por bondad natural, ó por el cálculo de ambicion que le hacia preferible ser el primero en una aldea al segundo en Roma, pensaba César mejorar la situacion de estos desgraciados. Después de haber, como ya hemos dicho, abatido el orgullo de los nobles, castigando á los sicarios de Sila, atacó á los caballeros acusando á Cayo Rabirio, su agente, quien cuarenta años antes habia asesinado al tribuno Apuleyo Saturnino. Le habia dado muerte cuando el Senado habia hecho un llamamiento á todos los ciudadanos á armarse en favor de Mario y Flaco. Tratábase, pues, en esta acusacion de quitar al Senado el derecho de conferir á los cónsules la plenitud de poderes estraordinarios, es decir, el derecho de vida ó muerte, hasta sobre los tribunos, cuya oposicion cesaba cuando se proclamaba la ley marcial.

Conociendo el comun peligro los caballeros y senadores se reunieron y pagaron á Ciceron para que se encargase de defender al inculpado. Pero la elocuencia que desplegó, sus animadas invectivas contra los perturbadores del reposo público, las alabanzas que prodigó á Mario, cuya memoria era siempre querida del pueblo (7), no hubieran sido suficientes á salvar al culpable, si el pretor Metelo Celer no hubiera arrancado del Janículo el estandarte blanco que allí se enarbolaba, mientras deliberaba el pueblo en el campo de Marte. Cuando cesaba de ondear en aquel punto se disolvia la asamblea (8). Verificóse así exactamente. César comprendió que aun no habia madurado el fruto.

Tambien el tribuno Rullo Servilio trató de declararse contra el mal universal, proponiendo una ley agraria modelada por las anteriores. Esta ley encargaba su ejecucion á decenviros, no elegidos por todas las treinta y cinco tribus, sino solo por diez y siete, como en el nombramiento de los pontífices y augures, y sacados á la suerte (9). Dió á estos decenviros el derecho de vender las propiedades del Estado en Italia y fuera de Italia, y las reunidas después del primer consulado de Sila. Ponia en almoneda las gabelas de los terrenos públicos, á fin de obtener desde luego un capital con que comprar tierras en Italia y fundar allí colonias donde reviviese la pequeña propiedad. Por último, confirmaba, por via de compensacion, todas las ventas de dominio público hechas desde el año

(5) *Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva,*
Nos patriam fugimus...
Impius hæc tam culta novalia miles habebit?
Barbaros has segetes? E quo discordia cives
Perduxit miseros! en quèis consevimus agros!....
O Lycida, vivi pervenimus, advena nostri
(Quod nunquam veriti sumus) ut possessor agelli
Diceret; Hæc mea sunt, veteres migrate coloni.
(Virgilio Eclogœ I y IX.)

(6) Τότε μὲν πολύχνια, νῦν δὲ κώμαι, κτῆσεις ἰδιώτων. Estrabon, V.

(7) *Cajum Marium quem vere patrem patriæ, parentem, inquam, vestræ libertatis atque hujusce reipublicæ possumus dicere.* Pro Rabirio, 10.

(8) Dion, 129. Véase el alegato de Ciceron, *Pro Rabirio*. En Michelet, *Historia Romana*, están bien bosquejados estos importantes hechos, omitidos comunmente por los historiadores.

(9) Ciceron con todo el arte de un retórico confundió y oscureció estas leyes, haciendo de ellas siempre una cuestion personal.

82, esto es, en tiempo de Sila, y hasta las usurpaciones.

Espantáronse los ricos á la sola idea de ver sus propiedades sometidas á las investigaciones del representante del pueblo. En tal conflicto recurrieron de nuevo á Ciceron, escitándole á que rebatiese la ley. Y él, que habia declarado en alta voz, al aceptar la magistratura suprema, que queria ser un cónsul popular, á pesar de todo puso su elocuencia al servicio de los ricos para impugnar á Rullo. Halagó á la muchedumbre diciendo de los Gracos que eran ciudadanos ilustres de superior talento, fervorosos amigos de los plebeyos, cuyos consejos, cuya prudencia y cuyas leyes habian contribuido en gran manera á la consolidacion de la república (10); lisongeó el orgullo de los romanos ensalzando la grandeza de su poder y pregonando que nunca Roma habia comprado por dinero el terreno de sus colonias y que era indigno de una madre tan ilustre trasladar sus hijos á tierras adquiridas de otra manera que por medio del acero. Se dedicó notablemente á demostrarles que se conseguiria por la ley propuesta, dividir las tierras que habian sido el teatro de gloriosas victorias (11): la Campania, aquella delicia del mundo, y principalmente las tierras de donde procedian los trigos que se distribuian al pueblo. Fué superior este argumento á todos los demás, con respecto á la muchedumbre, que ante todo temia por su pan. Haciendo uso de todos los subterfugios y preocupaciones, afirmó que Rullo, odioso y feroz tribuno, estaba muy distante de la moderacion y equidad de Tiberio Graco. Segun su opinion, esta ley agraria no entregaba los campos á los plebeyos, más que para arrebatarles la libertad; enriquecia á los particulares para despojar al público; y como los romanos odiaban el nombre de rey, precisamente pretendia que la ley agraria convertiria en diez reyes á los diez decenviros; que su proyecto era erigir una nueva Roma, rival de la antigua en Capua, la que en otro tiempo se habia atrevido á pedir que uno de los cónsules fuese campanio, y que orgullosa con su posesion y con la fecundidad de su territorio, se mofaba de Roma, edificada sobre colinas, estendiéndose por valles con sus calles tristes, sus estrechos senderos y su campiña sin cultivo (12). Tales fueron los motivos á los cuales debió él ganar su causa.

Otro tribuno, Roscio Oton, propuso asignar á los caballeros un lugar distinto en los juegos. Irritáronse de tal manera los plebeyos, que iban á pasar de los murmullos sin rebozo á la fuerza, cuando apareció Ciceron en la tribuna, y habló tan elocuentemente, confundió tan bien la ignorancia del populacho que se atrevia á verificar un tumulto aun cuando representaba el cómico Roscio (13), que se votó la ley de Oton.

Puede decirse con verdad que los caballeros debian á Ciceron la situacion que ocupaban, pues no habia cesado de trabajar en su elevacion; y especialmente desde que fué cónsul hizo de este cuerpo una clase media entre los senadores y la plebe. En premio, le prestaban apoyo los caballeros, y merced á ellos abandonaba el pueblo al hábil orador sus propios intereses, placeres y hasta venganzas. Habia decretado Sila que los hijos de los proscriptos serian escluidos del Senado y de los honores públicos. Además estos desgraciados se esforzaban en obtener la derogacion de esta inicua ley, y Ciceron se opuso, no con justicia, sino demostrando que era inoportuno hacer concesiones al partido vencido, cuya primera idea seria un pensamiento de venganza. Aconsejó, pues, á los reclamantes que se prestasen á la necesidad

---

(10) Dice por el contrario en los Oficios: *Tiberius enim Graccus, Publii filius, tamdiu laudabitur dum memoria rerum romanarum manebit: at ejus filii nec vivi probantur bonis, et mortui numerum obtinent jure casorum.* Y en la arenga De harusp. resp. *Tiberius Graccus convellit statum civitatis: qua gravitate virî qua elocuentia? qua dignitate? nihil ut a patris avique Africani præstabili insignique virtute, præterquam quod á senatu desciverat, deflexisset. Secutus est Cajus Graccus: quo ingenio? quanta virî quanta gravitate dicendi? ut dolerent boni omnes non illa tanta ornamenta ad meliorem mentem voluntatemque essent conversa.*

(11) «Se os hace vender los campos de Atalo y de los Olimpios, que las victorias de Servilio, hombre de tan gran valor, han reunido á las posesiones del pueblo romano; después los reales dominios de la Macedonia adquiridos en parte por el favor de Flaminino y por el de Paulo Emilio, vencedor de Perseo; además la rica y fértil campiña de Corinto, que aumentó las rentas del pueblo romano, gracias á la fortuna y á las armas de Lucio Mummio: por otra parte las tierras de España, cerca de Cartagena, debidas al heróico valor de los dos Escipiones; además la misma antigua Cartago, libre de las casas y murallas, ya fuese para señalar el desastre de los cartagineses, ya en testimonio de nuestra victoria, ó por algun motivo religioso fué consagrada á la memoria de los hombres por Publio Africano. Vendidas que sean estas heredades gloriosas, con las cuales vuestros padres os han trasmitido la república, os harán vender los campos que el rey Mitrídates poseyó en la Paflagonia, Ponto y Capadocia, ¿cómo no siguen el ejército de Pompeyo con el pregonero de las subastas, aquellos cuyo proyecto es vender los mismos campos, en los cuales se combate en estos momentos?» *De lege agraria*, I.

(12) El juicio manifestado por Ciceron en su discurso contra Rullo, sobre la influencia de los sitios, merece notarse.

«Las costumbres de los hombres no tienen solo por causas la raza y la familia, como las influencias que producen la situacion del pais y el modo de vivir. Los cartagineses son desleales y embusteros, no por efecto de la sangre, sino por la naturaleza del sitio: en efecto, los puertos y el trato con mercaderes y extranjeros de diferente idioma, los predisponen por la ganancia al engaño. Los montañeses ligurios, bruscos y agrestes, han sido modelados por su suelo, que nada produce sino á fuerza de trabajo y cultivo. Los campanios son orgullosos, por la bondad de su territorio, la abundancia de sus frutos, la salubridad, la distribucion y belleza de su ciudad.»

(13) Macrobio, *Saturn.*, II, 10. Véase arengas contra Rullo y Pison.

de sufrir, en ventaja comun, y les invitó á soportar con paciencia una injuria útil á la república, la cual, gobernándose por los decretos de Sila, se conmoveria si eran derogados. Insinuó que dando empleos á hombres honrados y dignos de obtenerlos, pero reducidos á una fortuna precaria, seria de temer que procurasen reparar sus pérdidas (14). Triunfó aun esta vez, y aquellos á quienes habian enriquecido las confiscaciones de Sila se tranquilizaron. Pero elevábanse quejas amargas contra el hombre que se habia declarado fautor de aquellos que, aun más que los otros, habian aumentado su fortuna en las revoluciones precedentes, y á quienes se designaba con el nombre de los siete tiranos: estos eran los dos Lúculos, Craso, Cátulo, Hortensio, Metelo y Filipo (15).

Catilina.—Cuando faltan los medios legales, ¿qué se debe hacer para reformar el Estado? La revolucion. Por la revolucion y la efusion de sangre fué por la que el senador Lucio Sergio Catilina pensó abrirse camino al poder soberano. Era hombre de talento cultivado, amable, de carácter enérgico, afecto á sus amigos, pero de costumbres depravadas. Jóven aun, se habia enamorado de Aurelia Orestilla, viuda de gran hermosura, pero sin fortuna, y para poseerla se habia él desembarazado de un hijastro que le servia de obstáculo. Se casó después con una hija que habia tenido de ella, y corrompió una vestal, cuñada de Ciceron. Invencible en el trabajo, de admirable facundia, pródigo de lo suyo, avaro de las riquezas de otro, lleno de astucia y disimulo, no menos pronto para obrar que para discurrir, era versátil en el empleo de los medios y tenia una ambicion desmedida, á la vez que los felices resultados de Sila animaban sus esperanzas.

Se habia señalado en tiempo del dictador por su audacia en ejecutar y hasta en sobrepujar sus órdenes, por lo cual habia llegado á ocupar las primeras dignidades (lib. V cap. VIII), habia sido su cuestor, su segundo en varias guerras, y en fin pretor en Africa, donde cometió tantas vejaciones, que algunos diputados lo acusaron al Senado, y *poco faltó* para que se les hiciese justicia. No habian sido suficientes sus concusiones á suplir sus liberalidades, y se encontraba lleno de deudas; y no considerándose en semejante situacion con bastante poder ni riquezas para hacer olvidar sus asesinatos é incestos de otro tiempo, procuraba trastornar la república para elevarse sobre sus ruinas.

Dando á quien sufria por la necesidad, prestando su dinero, su apoyo y aun su brazo, hasta para crímenes, se habia granjeado muchos amigos, algunos honrados seducidos por ciertas apariencias de virtud, pero la mayor parte encenagados en el vicio, presa de la miseria, aguijoneados por la ambicion ó la avaricia, veteranos arruinados de Sila, hijos de familia que se habian comido prematuramente su herencia, italianos desposeidos, provincianos empeñados, gentes que tenian por oficio vender su deposicion en justicia ó su brazo en las luchas civiles, lanzando todos miradas de envidia sobre los ricos, y sin esperar más que una señal para hacer presa en la fortuna agena. Debia Catilina la autoridad que ejercia sobre esta turba á un alma de energia estremada y á un talento de una penetracion profunda, que le permitia conocer perfectamente su época. Existe la prueba en estas palabras citadas por Ciceron: *Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; en adelante yo seré esta cabeza* (16).

Circulaban los más siniestros rumores con res-

---

(14) Alabóse de ello muchos años después: «*Ego adolescentes fortes et bonos, sed usos conditione fortunæ, ut si essent magistratus adepti, reipublicæ, statum convulsuri viderentur..... comitiorum ratione privari.*» In Pisonem, II.

(15) Aquel Ciceron que habia echado en cara á Rullo la ratificacion de las usurpaciones de Sila, sostuvo tres años después la ley del Senado por la cual se confirmaba la posesion de las propiedades que traian su orígen del mismo Sila, y que autorizaba á arrendar las gabelas con objeto de comprar tierras para nuevos colonos (*ad Att.*, I, 19); y á fin de agradar á Pompeyo, apoyó la rogacion de Flavio.

(16) *Tum enim dixit, duo corpora esse reipublicæ, unum debile infirmo capite, alterum firmum sine capite: huic, cum ita de se meritum esset, caput se vivo non defuturum.* CICERON, pro Muræna, 25. Está presentado como un mónstruo en las Catilinarias de Ciceron, y lo mismo en Salustio; pero el primero describe de esta manera su carácter:

«Hubo, como recordareis, varios rasgos de grandes virtudes, no diré grabados, pero si bosquejados en él. Acariciaba á los malos, y sin embargo fingia ser afecto á los buenos; tenia grande inclinacion al vicio, pero era tambien impulsado por una grande actividad para el trabajo; poseia además conocimientos militares, y no creo que haya existido nunca sobre la tierra un mónstruo que reuniese tan diferentes inclinaciones. ¿Quién fué mejor acogido que él en otro tiempo por ilustres personajes? ¿Qué ciudadano dió mejores consejos? ¿Qué enemigo fué más temible que él para esta ciudad? ¿Quién se encenagó más que él en el fango de los deleites? ¿Quién fué más sufrido en la fatiga? ¿Quién fué más avaro para desposeer ó más generoso para dar? Poseyó un talento admirable para hacer partidarios suyos á gran número de personas por la amistad, protegiéndolas con su afecto, dividiendo con ellas lo que tenia, acudiendo á sus necesidades con dinero, amistad, trabajo, audacia, y en caso de necesidad hasta con crímenes. Nadie supo mejor que él dar libre curso á su carácter ó refrenarlo á tiempo y presentarlo bajo diferentes fases, mostrarse severo con las personas melancólicas, festivo con los amigos de la alegria, grave con los ancianos, buen compañero con los jóvenes, audaz con los criminales y espléndido con los viciosos disipados. Dotado de este carácter flexible y acomodaticio, se habia rodeado de hombres perversos y atrevidos, como tambien de ciudadanos virtuosos y firmes, aparentando una virtud que estaba lejos de poseer... La culpa de haber sido amigos suyos es comun á demasiadas personas, entre las cuales los hay honradísimas. Yo propio estuve á punto de ser engañado por él, creyéndole buen ciudadano, celoso en favor de los hombres de bien, fiel y adicto amigo.» *Pro Calio*, 5.

pecto á Catilina y los suyos, que acogia el vulgo pronto siempre á atribuir infamias ó atrocidades á las asociaciones secretas, y propagados con perfidia por los ricos, que deseaban desacreditarle. Decíase que sellaban sus juramentos bebiendo mútuamente su sangre; que sacrificaban víctimas humanas al águila argentina de Mario que habian hallado; que él enviaba sicarios á asesinar á éste ó aquel por puro entretenimiento; que meditaba prender fuego á Roma y asesinar á la mayor parte de los senadores. Imposible nos es creer tan bajas é inútiles atrocidades, cuando consideramos que tomaron parte en la conjuracion personajes de alta categoria y que pertenecian al órden senatorial y al ecuestre, como fueron Autronio Publio, depuesto del consulado, Cneo Pison, de familia consular, un Cetego tribuno, dos Silas, hijos del dictador, un Léntulo Sura, el cual se jactaba de que los libros Sibilinos prometian el reino á tres Cornelios; Cinna, Sila, y él, en fin, sin contar otros muchos jóvenes de mérito, Julio César y Craso, que ambicionaban apoderarse de la república, no destruirla (17). Catilina halagaba singularmente á los italianos; porque ¿quién era el grande enemigo de la libertad italiana? Roma. ¿Quien construia y remachaba las cadenas de todos los pueblos? Aquella clase aristocrática que reunia en sí la nobleza, las riquezas, la administracion de justicia, y por consiguiente las poderosas clientelas y las magistraturas. Tratábase, pues, nada menos que de trastornar á fuego y sangre el gobierno é incendiar á Roma, cuyas llamas serian la señal de la emancipacion de toda la Italia.

El alejamiento de los ejércitos y la ausencia de Pompeyo animaban las esperanzas de los conjurados. Debia estallar la conspiracion el primer dia del año 691 de Roma (63), pero hizo que fuese aplazada una circunstancia fortuita, y entonces lo mismo que en el próximo mes de febrero. Mas por último, habiéndose hecho Catilina competidor de Ciceron para el consulado (tanto confiaba en su conjuracion y en su dinero), este último fué favorecido en su candidatura por los sordos rumores que ya circulaban relativamente á la urdida trama. Entonces resolvió Catilina llegar pronto al desenlace, y afilió en su partido á caballeros, senadores, plebeyos y á cuantos descontentos habia.

De este número era Quinto Curio, que habiéndose arruinado por agradar á Fulvia, mujer de buena familia, si bien de reputacion muy mala, se habia visto despedido tan luego como cesaron sus prodigalidades. Pero lleno de esperanza en las promesas de Catilina habia vuelto á echarse á sus plantas haciéndola partícipe de sus ilusiones. Sospechando esta por sus discursos le sonsacó poco á poco su secreto, y se lo vendió á Ciceron.

Ciceron, segun cuyo dicho, *Los jueces son lo que nosotros queremos que sean*, habia abogado mil veces en favor de Catilina, seguro en su concepto de hacer que fuera declarado inocente, por poco que fuera posible demostrar que es de noche á la mitad del dia. Pero en esta coyuntura puso por obra en contra suya tanto su actividad como su elocuencia. Animado por un vehemente deseo de triunfar sin tener que correr ningun peligro con las armas, metió mucho ruido, exageró los riesgos de la conjura y propuso contra Catilina diez años de destierro, ademas de las penas señaladas para las conspiraciones (18). Reconociendo Catilina la necesidad de darse prisa, allegó cuanto dinero pudo, y lo envió á Mallio, soldado de Sila que gozaba de gran reputacion de bravura. Como Mallio residia en Fiesole de la Etruria, colonia de veteranos fundada por el dictador, los sedujo con facilidad, formando allí el núcleo de un ejército imponente.

Instruido Ciceron por diestros espias, y por la pérfida Fulvia, de todos los pasos de Catilina, revela la trama al Senado, indica el dia y la hora en que aquel debia prender fuego á Roma y asesinar á los senadores y á él, al cónsul: investido entonces con la autoridad ilimitada es encargado, segun la fórmula ritual, de proveer á que la república no esperimente ningun daño.

Sin pérdida de tiempo envia el cónsul personas seguras para mantener en sus deberes á las ciudades de Italia, siempre dispuestas á secundar á todo el que amenazaba á la ciudad que las tiranizaba. Llena á Roma de espias; promete la impunidad y recompensas á los cómplices que hagan revelaciones; convoca enseguida al Senado, y cuando ve que ha tenido la audacia de presentarse Catilina, le dirige aquella famosa arenga en que le acosa con mil invectivas, arrojándole á la cara sus proyectos y demostrándole que todo lo sabe y que ha provisto á todo.

Inmóvil en su silla curul le oyó hasta el fin Catilina; luego invitó con afectada tranquilidad á los senadores á que no prestaran asenso á las habladurias del cónsul, su capital enemigo, quien habia jurado su pérdida á toda costa: advenedizo, decia, que ni aun siquiera hubiera tenido en su casa nada que perder en medio de aquel incendio por él imaginado, para esperimentar hasta donde podia llegar la risible credulidad de los senadores. Pero tomando estos el asunto en un tono no menos violento que Ciceron, sofocaron la voz de Catilina, y le abrumaron de maldiciones, tratándole de asesino, de incendiario, de parricidia. Entonces no pudiéndose contener por mas tiempo, fulminó con-

(17) Ciceron, que en las *Catilinarias* representa á los conjurados como gente de la peor clase, dice en otro lugar: *Multi boni adolescentes illi (Catilinæ) homini nequam a que improbo studuerunt....* Y más adelante: *Cum omnes omnibus ex terris homines improbos audacesque collegerat, tum etiam multos fortes viros et bonos, specie quadam virtutis assimulatæ, tenebat.* Pro Cœlio.

(18) Dion, 130.

tra ellos estas palabras: *Puesto que vosotros me empujais á ello, apagaré el incendio que atizais, no con agua, sino con ruinas.*

Si el cónsul tenia en su poder suficientes pruebas para convencer á Catilina ¿por qué no le ponia preso? ¿por qué no le detenia dentro de la ciudad en vez de impelerle á pesar suyo á salir de ella y á declarar la guerra á la república? ¿Era más alarmante la presencia de Catilina para la seguridad personal del cónsul, que debia serlo para la república, el ejército á cuya cabeza iba á ponerse? ¿hubiera sentido por ventura menos Ciceron una batalla, donde hubieran tenido que pelear otros, admitiendo tener seguro el triunfo, que un peligro corrido por su persona?

Sea de esto lo que quiera, Catilina abrazando resueltamente su partido se lanzó fuera de la curia, y sale de la ciudad con algunos cómplices, recomendando á los que allí quedaban, que se deshicieran de sus más encarnizados enemigos, de Ciceron especialmente, con promesa de llevar de la Etruria un ejército capaz de hacer temblar á los más osados. Declara entonces el Senado enemigos de la patria á Catilina y á Mallio, y un decreto encarga á Ciceron la vigilancia por la seguridad de Roma, mientras que Antonio Nepote, el otro cónsul, se pone en marcha contra los rebeldes. Aunque aquellos que se les incoporaban incurriesen en la nota de criminales de Estado, hiciéronlo muchos ciudadanos, entre otros el hijo de Aulo Fulvio, venerable senador, que habiendo mandado que fuera perseguido y preso, le condenó á muerte en virtud de la autoridad paterna.

Apenas se puso Catilina al frente del ejército de Etruria, adoptó las insignias del poder y vió aumentarse de dia en dia el número de sus tropas. Sublevároнse los pastores esclavos de los caballeros en el Brucio y en la Apulia, se coronaron de hombres armados las cumbres de los Apeninos, suministraron los veteranos de Sila lanzas y aceros á los desposeidos campesinos. Como una revuelta de la Galia, originada por este movimiento le sirviese de poderosa ayuda, los conjurados residentes en Roma estrecharon á los embajadores de los alóbroges á sublevar á sus compatriotas. Pero no contentos éstos con revelar á Ciceron semejantes tentativas, se humillaron por su consejo á desempeñar el deshonroso papel de espias, y continuaron la negociacion hasta que arrancaron á los conjurados un tratado con las firmas de los principales de ellos. Fuerte con este documento Ciceron, que jamás se presentaba en público sino ciñéndose con una gran coraza (19), á fin de ponerse á cubierto de los puñales que veia donde quiera, manda aprisionar á Léntulo, Cepario, Gabinio, Estatilio, Cetego, en cuya casa encuentra armas y materias combustibles (20). Léntulo reconoció haber escrito la carta á los alóbroges: creíase asegurado por la ley Sempronia, que permitia á un ciudadano romano prevenir la pena capital con un destierro voluntario. Pero aquel mismo Ciceron que habia celebrado á los antiguos romanos porque, no guardando en la ciudad emancipada ningun vestigio de la crueldad regia, habian logrado protejer la libertad, no por el rigor de los castigos, sino por la dulzura de las leyes (21), insistió entonces en que Léntulo fuera condenado al último suplicio. Tambien abundaban los senadores en esta opinion que les sugeria por otra parte el miedo; pero era impugnada por Lucio Neron y por Julio César. Especialmente este último desplegó grande energia.—La cólera y la compasion, dijo, son malas consejeras. Nuestros padres perdonaron á los rodios á trueque de que no apareciera que les habian tentado sus riquezas. Vanamente violaron los cartagineses treguas y tratados, nunca imitaron su ejemplo. Proceded del mismo modo; no penseis tanto en el crímen de Léntulo como en vuestra dignidad propia; no tanto en vuestra ira como en vuestra fama. Os han bosquejado los preopinantes los terribles males que engendran las guerras civiles ¿y con qué objeto? ¿se necesitan palabras para escitar á los demás á sentir las injurias padecidas? Pero el que se halla colocado á grande altura debe preservarse de todo esceso. Tampoco sé siquiera porqué se decreta la pena de muerte contra los culpables y no la flagelacion del mismo modo ¿Es acaso porque lo prohibe la ley Porcia? Pero vosotros violais otras leyes que prescriben que hombres acusados de semejantes delitos tengan la facultad de desterrarse. ¿Qué miedo puede existir después de haber reunido nuestro cónsul tantas fuerzas? Recordad que todo mal ejemplo se deriva de buenos principios. Comenzaron los treinta tiranos de Atenas por condenar á gentes odiosas y el pueblo se regocijó de ello, pero cobraron audacia y acabaron por inmolar á su antojo á los malos y á los buenos. Así en nuestro tiempo cuando Sila mandó ahorcar á Damasipo y á otros miserables le aplaudieron todos; pero bien sabeis á cuan terrible matanza sirvió aquello de principio. No podemos temer lo mismo de Ciceron ni de nuestro tiempo; mas sí á ejemplo suyo desenvaina otro cónsul la espada ¿quién podrá contenerle?

Todo fué en vano; aclamóse la seguridad del Estado, ó más bien el miedo, como principio de la justicia suprema; y por toda respuesta á las razones que habia alegado, se vió acusado César de complicidad con los conjurados. Sus relaciones de amistad con Catilina, la interpretacion un poco lata de algunos papeles, hubieran arrojado indicios para intentar un proceso en contra suya, si Cice-

---

(19) *Illâ lata insignisque loricâ.* Pro Murœna, 25.

(20) Las personas de categoria no eran metidas en la cárcel, sino que se confiaban á algun magistrado ó ciudadano principal, ó se enviaban á una ciudad aliada ó á un municipio *(libera custodia)*. Tambien habia cárceles para los simplemente acusados.

(21) *Pro Rabirio*, 3.

ron no hubiera temido, que el gran número de personas adictas á César, queriendo salvarle, hubiera determinado la absolucion de todos. Al salir del Senado corrieron los satélites del cónsul en pos de su huella; pero Curion Escribonio le cubrió con su toga, y Ciceron hizo seña de que le dejasen libre. Tambien fué denunciado Craso, si bien tampoco se le persiguió, sin duda por el mismo motivo.

Por lo que hace á los demas, se decidió que como enemigos de la patria no eran ciudadanos: pronunciόse, pues, contra Léntulo y sus cómplices sentencia de muerte. Aun cuando ya era tarde al levantarse la sesion, el cónsul en el fervor de su celo se dirigió á las cárceles para ser testigo del suplicio de los reos. Terminada la ejecucion anunció él mismo *que habian vivido*. Pudo, pues, ir al dia siguiente á tranquilizar á los quirites, y á decirles que «por un efecto del amor particular de los dioses inmortales, les habia libertado, merced á sus esfuerzos, á sus fatigas, á su prudencia, al riesgo de su propia vida, de las llamas, de la cuchilla y casi de los brazos de la muerte, para restituirles la república, sus vidas y haciendas, sus fortunas, sus mujeres, sus hijos, la capital del glorioso imperio, la ciudad bella y venturosa.» (22) Entonces los senadores y el pueblo le proclamaron padre de la patria, libertador y segundo fundador de Roma: otros habian estendido las fronteras de la república, pero él la habia salvado de su ruina aquella noche.

Era fácil degollar cautivos, y más árduo sujetar á enemigos armados. Propúsose, pues, llamar á Pompeyo del Asia (62). Como Ciceron hubiera perdido de este modo la gloria de haber apagado el incendio, César apoyó con calor la propuesta; y Caton, que la impugnaba con vivacidad extremada, fué arrancado por él de la tribuna con auxilio de los tribunos. Estos fueron espulsados de aquel recinto en castigo de su audacia, y se quitó la pretura á César, que, sometiéndose dócilmente al castigo, mereció que le perdonara el Senado.

Entretanto no se dormia Catilina. Ya era tan inmensa su confianza en las inteligencias que se habia proporcionado, que rehusaba la ayuda de los esclavos que iban á agruparse bajo su bandera á fin de que no apareciese que convertia la causa de los ciudadanos en la de los esclavos rebeldes. Dirigiéndose desde la Etruria á la Galia Cisalpina, siempre propensa á sublevarse, le cerró el paso el cónsul Metelo Celer, que le aguardaba á la falda de los Apeninos (62). En breve se presentó Marco Petreyo, teniente del cónsul Antonio, á su retaguardia; de modo que colocado entre dos enemigos le fué forzoso aceptar la batalla. Dióse ésta cerca de Pistoya y se disputó la victoria con estremado encarnizamiento. Catilina murió peleando heróicamente, y con él tres mil conjurados que habian acreditado en la refriega un valor digno de mejor causa (23).

Es ocioso preguntar si Marco Tulio se desvaneció en la embriaguez de su orgullo hasta el punto de creerse un héroe y de celebrarse á sí propio (24)

(22) *In Catilinam; ad Quirites.*

(23) *In Pisonem.* Nuestro relato debe haber demostrado las incertidumbres que existen sobre el carácter y estension de aquella conjura. Tenemos de ella muchos testimonios incidentales, y en especial bastante estensos, aunque muy posteriores, de Apiano, Dion Casio, Plutarco, Suetonio, todos los cuales dan varios pormenores; sin contar las noticias contemporáneas de Salustio en la *Catilinaria* y de Ciceron en sus famosas arengas. Salustio era partidario de César y escribia más bien por arte que por estudiar la verdad; y como contrario de Ciceron no deprime mucho á Catilina, si bien reprueba sus vicios con cierta ostentacion de moralidad. Ciceron es un procurador regio que pretende hacer reos á los acusados. Si nos atuviésemos á la historia de su consulado y á sus cartas de aquel tiempo, lograríamos de fijo más luz que de las apasionadas arengas. Modernos filólogos impugnan la autenticidad de las *Catilinarias*, ya sea en parte, ya en totalidad, notando en ellas una latinidad baja, un arte desdichado, y las declaran obras de retóricos. Los escesos de la crítica nos mueven á rebajar aquella admiracion que sentíamos allá en los años de nuestros primeros estudios; pero quizás es cierto que las cartas que nosotros tenemos, no son propiamente las que recitara Ciceron, aunque sepamos que él mismo habia introducido estenógrafos en el Senado. Sea como fuere, tan claro nos aparece el conocimiento de los hechos especiales, de los usos, de las leyes, y tan clara la correspondencia con otros pasajes de Marco Tulio en sus oraciones y en sus cartas, que seria un absurdo atribuirlas á un fraile cualquiera de la Edad Media, ó á un retórico de tiempo posterior. Atribuirlas á Tiron, el célebre liberto y secretario de Tulio, prejuzgaria el concepto artístico, mas no amenguaria su histórica validez.

A más de los historiadores han hecho diversas reflexiones sobre la conjuracion de Catilina, Saint-Evremond, Saint-Real, Mably, Gordon, Montesquieu, La Harpe, Vauvenargues, Napoleon *(Mem. de Santa Elena*, 22 Marzo de 1816). Una preciosa historia redactó Seran de la Tour; y prescindiendo de otra inferior anónima, publicó una muy completa Próspero Merimée *(Estudios sobre la historia roroma)*. Crebillon y Voltaire en Francia, y Ben Johnson en Inglaterra, sacaron de aquella el asunto de una tragedia; amen de que Juan B. Casti la aprovechó para un drama jocoso. Gomont, al traducir en francés la *Catilinaria* de Salustio, se creyó en el deber de protestar que no hacia alusion á sucesos contemporáneos.

(24) «Quinto Cátulo me llamó padre de la patria en plena asamblea del Senado. Lucio Gelio, uno de los hombres más ilustres, dijo que me correspondia una corona cívica de derecho. Rindióme el Senado este testimonio como ciudadano, no cual á otros por haber administrado bien, sino por haber salvado á la república, lo cual no habia hecho con nadie; y abrió los templos de los dioses inmortales con un nuevo género de plegarias. Cuando depuse la magistratura, como me impidiera el tribuno decir lo que habia preparado, permitiéndome solo hacer el juramento, juré sin titubear que la república y la ciudad de Roma habian sido salvadas por mí solo. En aquella asamblea me otorgó todo el pueblo romano, no las felicitaciones de un dia, sino la eternidad y la inmortalidad, cuando una voz unánime aprobó aquel juramento de tanta monta.» *In Pisonem.*

por sus altos hechos. *Cedan las armas á la toga*, esclamaba: *¡Oh Roma afortunada, bajo mi consulado nacida!* Cuando terminó su cargo quiso dirigir al pueblo un largo discurso; y habiéndoselo impedido un tribuno del pueblo, no juró segun costumbre, no haber hecho nada en perjuicio de la república, sino haberla salvado por sí solo. Con tales jactancias se atrajo la envidia y la malevolencia. Decian de él sus enemigos: *Es el tercer rey extranjero que tenemos después de Tacio y Numa;* y aguardaban el instante y el lugar favorables para hacerle espiar aquellos triunfos de su vanidad.

CAPÍTULO XIII

PRIMER TRIUNVIRATO.—CÉSAR EN LAS GALIAS.

Ocupado Pompeyo en Asia contra Mitrídates habia permanecido ajeno á aquellas turbulencias (1). Su regreso inducia á temer nuevas conmociones; pero aun siendo su designio hacerse dueño del Estado, veia que el más seguro medio de conseguirlo era evitar que nadie lo sospechara. Así pues, tan luego como hubo licenciado su ejército y subido en triunfo al Capitolio, aparentó no curarse de los negocios públicos. Cuantos le habian inducido á licenciar sus tropas, apenas puso el pié en Italia, le estorbaban á la sazon en cuantos proyectos concebia. Ya era Lúculo, que no pudiendo perdonarle haber llegado al Asia á arrebatarle los laureles que habia cogido, nunca dejaba de salir de su muelle retiro siempre que se trataba de contrariarle; ya era Craso que irritado de que le habia hecho perder el triunfo sobre Espartaco, ponia en la balanza su oro contra el crédito militar de su antagonista; ya era César que desde sus primeros pasos le consideró como un estorbo; ya era en fin Ciceron, á quien habia encumbrado sin conocerle, y á quien procuraba derribar por envidia ahora que le veia á tan inesperada altura (2).

A pesar de todo consiguió que fueran nombrados cónsules dos amigos suyos, Quinto Metelo y Lucio Afranio (60). Pero este era incapaz, y el otro le profesaba rencor secreto porque habia repudiado á Mucia su hermana, y cuando Pompeyo propuso en el Senado sancionar por un solo decreto lo que habia hecho en Asia y distribuir tierras á sus soldados, fueron desechadas sus peticiones. Hizo que de nuevo se propusiera al pueblo por un tribuno, quien encontrando una oposicion tumultuosa, hizo arrestar al cónsul Metelo; pero temiendo Pompeyo atraerse la hostilidad del Senado, dispuso se le pusiera en libertad. No desdeñó sin embargo, después, unirse á Publio Clodio, hombre lleno de crímenes y por quien trabajó para que se le nombrase cónsul: enagenóse con este acto la voluntad de Ciceron y de muchas personas honradas, sin tener desde entonces más apoyo que la faccion popular.

César en España.—Habia obtenido César después de su pretura (61) el gobierno de la España ulterior (Portugal y Andalucia), pero sus acreedores no le hubieran dejado marchar, si Craso no hubiese salido fiador suyo por 830 talentos. Llegado á España, hizo la guerra con razon ó sin ella

(1) Enviado en 1883 el doctor Puchstein por la Academia de Berlin á visitar la Comagena, entre la Mesopotamia, la Armenia y la Capadocia, encontró en los montes que se alzan al Norte del Samosata las ruinas del sepulcro de Antíoco rey de la Comagena, hijo de Mitrídates, con una larga inscripcion griega en que están indicados los nombres *Zeus Oromazdes* y *Apolo Mitras*, signo de religioso sincretismo, como lo es de política oportunista el título ó títulos de ese rey *Filelenos* y *Filoromaios:* son de estilo mixto, griego y asirio como las estátuas de Dario y Jerjes.

(2) Con efecto escribió al Senado sin decir una palabra de la gran proeza de Ciceron, quien se lamentó por esto en la siguiente forma: *Literas quas misisti, quamquam exiguam significationem tuæ erga me voluntatis habebant, tamen mihi seito jucundus faisse... Ac ne ignores quid ego in tuis literis desiderarim, scribam aperte, sicut et mea natura et nostra amicitia postulat. Res eas gessi, quarum aliquam in tuis literis et nostræ necessitudinis et reipublicæ causa gratulationem expectavi. Quam ego abs te prætermissam esse arbitror, quod verebare ne cujus animum offenderes: sed scito ea, quæ nos pro salute patriæ gessimus, orbis terræ judicio ac testimonio comprobari. Quæ cum veneris, tanto consilio tantaque animi magnitudine a me gesta esse cognosces, ut tibi multo majori quam Africanus fuit, me non multo minorem quam Lælium, facile et in republica et in amicitia ad junctum esse patiare.* Lib. V *ad fam.*

prosiguiendo sus conquistas hasta las costas del Océano; volviendo bastante rico para solventar sus deudas. Renunció á los envidiados honores del triunfo por obtener el consulado; y con este objeto se manejó de tal manera entre Craso y Pompeyo, jefes de las facciones opuestas, que se ganó la voluntad de ambos, y formó con ellos una alianza, conocida con el nombre de *primer triunvirato*. que les hacia dueños de la direccion de los negocios públicos (60). Concedió el Senado grandes elogios á César por haber dado fin á una enemistad peligrosa; pero Caton se apercibió de que Roma habia perdido la libertad.

Consulado de César.—Nombrado (59) César cónsul, deseaba por colega á Lucio Irzio, hombre instruido (3), pero poco versado en la administracion. El mismo Caton propuso al Senado *dejar dormir la ley*, y comprar votos para Calpurnio Bíbulo, quien consiguió su objeto. No impidió aquello á César ejercer cierta especie de dictadura, bajo una apariencia de gran popularidad. Propuso una ley agraria por la cual se repartirian muchas tierras de la Campania, pertenecientes al público, entre ciudadanos pobres que tuviesen por lo menos tres hijos (4). Si no bastaban estas tierras, debian comprarse las que se necesitaran, á los particulares, sirviendo de norma la tasacion de la renta, con los tesoros traidos de Asia. Era una proposicion muy prudente, puesto que se trataba de hacer producir campos desiertos con el trabajo de una multitud ociosa y hambrienta. Recomendábase tambien bajo otro aspecto, por no poder hacerse nada sin la cooperacion del Senado, al cual le quedaba la eleccion de los comisionados.

Ningun senador la combatió abiertamente, pero siempre se dilataba de hoy á mañana. Como al cónsul le disgustase esta manera de obrar, le declaró Caton, su adversario constante, que la distribucion de las tierras, tal como la proponia, no ofrecia ningun inconveniente; pero que podia tener resultados funestos después, y que no convenia al Senado ver á César conciliarse la multitud con las riquezas públicas. Rechazaron con tenacidad su cólega Bíbulo y otros senadores la ley, bajo pretesto de que no era bueno introducir novedades en la administracion.

Indignado César convoca la asamblea del pueblo, le espone el hecho, y volviéndose á Pompeyo y Craso les pide espresen su opinion en términos claros y precisos. Ambos declaran que no solo aprueban al cónsul, sino que harán todo lo que dependa de ellos para apoyar su ley contra los oponentes; *aun cuando tuviese*, añadió Pompeyo, *que defenderla con la espada y el escudo*. Como se puede pensar, tomó el pueblo la cosa por su cuenta; Bíbulo que resistia obstinadamente vió rotas sus insignias; maltratados á sus lictores y él mismo herido en el tumulto. Espantados los demás guardaron silencio y pasó la ley.

Solo Caton persistia en rechazarla, aun cuando fué amenazado con el destierro; pero diciéndole Ciceron que si él podria pasarse sin Roma, Roma no podria pasarse sin él, acabó por convencerse y aprobó la ley. Retiróse Bítulo de los negocios, de modo que todo el poder quedó en manos de César (5), quien se unió más estrechamente á Pompeyo, casándose con su hija y haciendo sancionar por el Senado lo que habia hecho en Asia. Después se ganó el afecto de los caballeros reduciendo una tercera parte la renta de las gabelas. Vendió (58) la alianza de Roma al rey de Egipto, y después se hizo adjudicar por cinco años las provincias de las Galias y de la Iliria. Pensaba adquirir gloria en estos puntos por la conquista y formar en ellos un ejército aguerrido y que le fuera afecto. A la noticia de que los helvecios, habitantes de las montañas, se disponian á penetrar en la Galia por Ginebra, acudió César para poner á cubierto esta provincia; y en ocho dias, rapidez prodigiosa, se encontraba á las orillas del Ródano.

Galia.—Estendíase la antigua Galia desde el Rhin hasta el Pirineo, el Mediterráneo y el Po, y desde el Atlántico hasta la Germania; considerando á la Bretaña y á la Irlanda como apéndices. Los pueblos que le dieron nombre, llegaron ignorantes y groseros de las comarcas de Asia; después de haber andado errantes largo tiempo en la gran selva Hercinia, que entonces ocupaba el norte de la Europa y Asia hasta las fronteras de la China, se establecieron en los bosques alrededor de los Alpes, de los Pirineos y de las Cevenas, poblados de fieras que después han desaparecido (6). Habitaban

---

(3) Ciceron le coloca en la clase de los mejores historiadores de Roma. Habia relatado la guerra de los aliados y el consulado de Ciceron.

(4) Dion (XXXVIII, 7) nos ha trasmitido mejor que ningun otro la historia del consulado de Julio César.

(5) Decian los chistosos que aquel año era el *del consulado de Julio y de César*, y se repetia este dístico:

Non Bibulo quiddam nuper, sed Cæsarem factum est;
Nam Bibulo fieri consule nil memini.

(6) El *bisonte* mencionado por César, es el zubr, el *uri* el thur; dos clases de bueyes salvajes de que hablan los historiadores polacos de la Edad Media, como existentes en la Europa oriental.

Véase con referencia á los galos:

T. Le Maire.—*Ilustraciones de las Galias*. Paris, 1531.

G. Postel.—*Historia de las espediciones desde el diluvio, ejecutadas por los galos*. Paris, 1552.

P. F. Noel.—*Historia del Estado y república de los druidas, eubages*, etc. Paris, 1585.

M. Zuerii Boxornii. — *Originum Gallicarum liber*. Amsterdam, 1654.

P. Ægidii Lacarry. —*Historia tum coloniarum a Gallia in exteras nationes missarum, tum exterarum nationum in Gallias deductarum*. Clermont, 1677.

Pezron.—*Antigüedades de la nacion y de la lengua de los celtas*.

T. Martin.—*Aclaraciones sobre los orígenes de los celtas y galos, con los cuatro primeros siglos de los anales de los galos*. Paris, 1744. *Historia de los galos*, 1752.

en chozas, teñíanse el cuerpo y el rostro de encarnado y azul para inspirar espanto, y se dividian en pequeñas partidas, de las cuales varias formaban una tribu y varias tribus una confederacion. Más tarde acudieron los cimbros, tambien indo-germanos, pero menos salvajes, teniendo artes que les eran propias, una organizacion social, religion más pura, y cierta gerarquia entre los sacerdotes. Comenzó entonces entre aquellos dos pueblos la lucha que hemos encontrado en todas partes entre invasores é indígenas. Cambiáronse las razas, introdújose una nueva organizacion social, en la cual prevaleció desde luego el druidismo de los cimbros; después fué dominado el poder teocrático por la democracia.

Algunos hacen de los celtas y galos dos pueblos distintos, aunque parientes; otros no los distinguen sino por la mezcla diversa del elemento címbrico; mas sea cual fuere su orígen, en la historia se encuentran confundidos.

Religiones.—Encontramos, pues, dos religiones tan pronto asociadas como en rivalidad; conservando una de ellas vestigios de las tradiciones primitivas y con semejanza á las religiones misteriosas de la Grecia; la otra vulgar, abundante en supersticiones y locuras. Esta tributaba culto á las fuerzas naturales y aquella á una inteligencia infinita, eterna, creadora de la materia y de los dioses, y cuyas facultades se personificaron después. Teut ordenó la materia; Hesus presidia la guerra; Ogmi era el símbolo de la fuerza y de la elocuencia, Kerno, Vodan y Belen figuraban otras atribuciones divinas.

Consideraban el huevo como sagrado á semejanza de otras muchas naciones y le ponian en la boca de una serpiente mística. Creian asimismo que su antiguo dios habia sacrificado á su propio hijo para espiar las culpas de los hombres.

Sabemos muy poco de su culto: solamente los antiguos encontraban en él una analogia con los ritos de los persas (7). Así como el fuego era para estos últimos emblema de la divinidad, lo era para los druidas la encina; y era una solemnidad nacional, cuando el sesto dia de la luna iban á recojer el muérdago con una podadera de oro. Tambien ofrecian al terrible Hesus sacrificios humanos; para cuyo fin se llenaba de hombres una vasta jaula de mimbres, á que se daba la figura de un gigante, y se le prendia fuego. Parecíales que era indigno de la divinidad que se la encerrase entre paredes; y para tributarle un homenaje de agradecimiento arrojaron á las olas cuando derrotaron á Cepion todo el botin, los caballos y los soldados.

Parece que la unidad del dios galo hubo de descomponerse dos siglos antes de J. C., á lo menos en la Galia Narbonense, donde se habian establecido los romanos y trataban de imponer sus creencias para destruir á los druidas, patiótricos defensores de la independencia. Quizás alude á este pais César (testigo poco atendible no tratándose de guerra) cuando dice que halló el politeismo en las Galias, y designa los dioses del pais al estilo romano con los nombres de Júpiter (*Tu Taranis*) de Mercurio (*Ogmios*) y de Apolo (*Abellion, Belemon, Belenus, Peninus*) cuya figura era un ojo (8). Tambien el sol era objeto de la veneracion de los galos y celebraban sus misterios el 25 de Diciembre, disfrazándose con pieles y con cabezas de animales. Dábanle por compañera á Belisana ó Belinuncia, la luna, que llamaron los latinos Vénus ó Minerva, así como denominaron Marte á su Cámulo, por sobrenombre *Scymon*, es decir, rico.

Druidas.—Tambien en este pueblo habia tres clases de personas: sacerdotes, guerreros y pueblo. Los primeros eran druidas, y aunque formaban una casta, como los orientales, podia unirse á ella cualquiera, aunque fuese extranjero, como hemos visto entre los magos de Persia. Elegíase el gran druida á pluralidad de votos, y si se suscitaba alguna disputa, se decidia por la fuerza de las armas. Vestian de blanco, como los magos, precedian al pueblo en el combate cantando himnos, y se reunian anualmente en Carnuto (*Chartres*).

Sacerdotisas.—Fué costumbre especial en los druidas el comunicar sus doctrinas y ritos á mujeres dedicadas á los sagrados ministerios, y que tenian fama de santas é inspiradas. Vestidas tambien de blanco, con un ceñidor de metal, predecian el porvenir por la observacion de los fenómenos naturales y de las estrellas, pero más por los sacrificios humanos. Cuando era conducido un prisionero, acudian descalzas y armadas con la espada, y derribándolo, lo arrastraban á un foso, junto al

---

PELLOUTIER.—*Historia de los celtas*. Paris, 1770.

JOS. BALT. GIBERT, *Mem. para servir á la historia de las Galias y de la Francia*. Paris, 1774.

JO. DAN SCHOEPFLINI.—*Vindiciæ celticæ*. Estrasburgo, 1754.

CL. G. BOURDON DE SIGRAIS.—*Consideraciones sobre el espíritu militar de los galos*. Paris, 1774.

LA TOUR D'AUVERGNE-CORRET.—*Orígenes galos, los de los más antiguos pueblos de Europa, sacados de su verdadera fuente*. Paris, 1804.

J. PICOT.—*Historia de los galos*. Paris, 1804.

ARMSTRONG.—*Gaelic dictionary in two parts, 1 Gaelic and English, 2. English and Gaelic*. Lóndres, 1825.

AM. THIERRY.—*Historia de los galos*. Paris, 1825-1836.

DE COURSON.—*Historia de los pueblos bretones en la Galia y en las islas Británicas*. Paris, 1846.

(7) PLINIO y CLEMENTE DE ALEJANDRIA.

(8) Contra el supuesto politeismo de los galos han escrito Chiniac, en su *Discurso sobre la religion gala*, y Trémolière en la *Revista de Auvernia*, Setiembre, 1841. Este sostiene que los diversos nombres de dioses no indican sino cualidades del Dios único. *Teut* tiene la misma raiz que Ἀιος y Deus. *Hes*, latinizado *Hesus*, significa fuego primordial. *Teutathes* se compone de *teut* gente, *tad* padre, y *hes*, ó sea, Dios padre de los hombres. *Taranis* de *taran* trueno fuego, relámpago. *Belenus* de *bel* poder, autoridad. *Belisman* de *bel* predicho, *is* luz, y *mana* madre; madre de luz. *Ogmi* del celta *Ogma* letra, ó ciencia secreta.

cual estaba de pié la principal de ellas, que le clavaba un cuchillo en el seno y deducia augurios del modo como saltaba la sangre; enseguida las otras le abrian el vientre y examinaban las entrañas (9). Algunas conservaban una perpétua virginidad; otras guardaban continencia en el matrimonio, menos un dia del año en el cual buscaban la fecundidad: las de la ínfima clase servian á las otras. Nueve druidesas pronunciaban oráculos en las islas de Sena en la Armórica, pero solo los dirigian á marineros que hubiesen hecho la travesia con tal objeto: ejerciendo poder sobre la naturaleza, curaban las enfermedades, suscitaban ó aplacaban los vientos, y tomaban la figura que querian. Otras que residian á la embocadura del Loira, debian una vez cada año, en el intérvalo de una á otra noche, coronadas de hiedra y ramas verdes, demoler el techo de su templo, quitar los materiales, traer inmediatamente otros nuevos y reconstruirlo; si una dejaba caer alguno de aquellos sagrados materiales, se le arrojaban las demás encima, exhalando ahullidos, la asesinaban y esparcian por el suelo sus sangrientos miembros. Su título se reputó siempre honroso hasta que, con la propagacion del cristianismo, cobraron mala fama, y se las aborrecia, llamándolas lamias, pitonisas, hechiceras.

Doctrinas.—Por instituto los druidas no debian escribir cosa alguna, sino solo retener en la memoria una porcion de versos que contenian su doctrina, la cual, conservándose en su memoria, pereció con ésta.

Toda la doctrina práctica de los druidas se reducia á tributar un culto al dios ó á los dioses, abstenerse de las malas obras, mostrarse intrépidos en los peligros. De tal manera creian los galos en la inmortalidad del alma, que sepultaban con el difunto ó quemaban en su misma pira sus registros de gastos é ingresos como si hubiera tenido que dar sus cuentas en la otra vida: hasta tomaban el dinero prestado bajo la obligacion de restituirlo en el otro mundo, y escribian á los muertos cartas, que depositaban en su sepulcro ó sobre su hoguera (10).

A semejanza de los otros colegios de sacerdotes poseian los druidas conocimientos astronómicos y cosmogónicos. Creian que Apolo habitara diez y nueve años con ellos, lo cual corresponde á un ciclo de la luna; conocian la opacidad de este planeta, y segun Hecateo (11), los druidas de la Gran Bretaña habian descubierto en el mismo montañas y rocas. Contaban tambien el año por las fases de la luna, y empezaban los meses en el primer cuarto. Su siglo era de treinta años, y después de ellos coincidian el año civil y el año solar, lo cual prueba una intercalacion de once lunas. Por este motivo se representa comunmente á los druidas con una media luna en la mano. Plinio habla tambien con elogio de sus conocimientos filosóficos y de sus adelantos en la medicina (12); si bien se mezclaban en ella muchas superticiones.

Bardos.—Sus bardos acompañaban el ejército, exaltando el valor de los guerreros con sus cantares, que celebraban á los antiguos héroes, y prometian la gloria y la eterna ventura á los valientes caidos en el campo de batalla. Pertenecian á la corporacion sacerdotal; pero no eran sacerdotes como los jueces *(vacies sarronides)* ó los augures *(eubages)* é instruian ora las familias, ora las aldeas.

Esta clase dominadora sucumbió bajo el poder de la de los guerreros, que elegian jefes civiles y militares, temporales ó vitalicios (13). Pero los druidas habian conservado aun gran parte del poder, pues elegian los magistrados anuales de cada ciudad; y si bien estos ejercian autoridad plena, ni reunirse en consejo podian sin consentimiento de los druidas. Otro tanto acontecia con los tribunales de justicia; además, enseñaban en todos ramos, y dirigian á la juventud, menos en las armas, pues los sacerdotes estaban exentos de la milicia y de pagar contribuciones. Se ve, pues, que deseando los druidas sobreponerse á los guerreros, favorecieron la formacion de los concejos con los que surgió el pueblo, que fué adquiriendo por último el derecho de elegir sus reyes, y formando un gran número de Estados independientes.

Constitucion.—Los conquistados permanecian en la esclavitud. Muchos del pueblo, que César iguala á los clientes romanos, se adherian á algun jefe guerrero, permaneciendo fieles servidores suyos hasta que tenian á bien abandonarlo. No usaban de nombres comunes; pero en cuanto es posible averiguar acerca de los orígenes de los pueblos, se advierten entre ellos tres grandes familias, los anemóricos entre los Pirineos y el Garona, denominados aquitanos por los romanos; los ligos ó los ligurios, desde el Mediterráneo hasta el Duranzo: desde este y los Pirineos Orientales hasta las orillas del Sena y el Marne habitaban los galos propiamente dichos ó celtas; y la mezcla de estos con los germanos formó la nacion de los belgas que ocupaba al Nordeste el territorio situado entre el Marne y el Rhin. En cuanto á la Galia propiamente dicha, mucho antes de César se hallaba dividida en tres grandes regiones (14): la Galia-

---

(9) ESTRABON, VI.

(10) CÉSAR, *De bello gallico*, VI; VALERIO MÁXIMO, II, 4; DIODORO DE SICILIA, VI, 9. Dice César que los germanos se diferenciaban mucho de los galos; sobre todo en no tener druidas ni ocuparse en sacrificios (Lib. VI. 21). Tambien en otras partes insiste en la diferencia de los dos pueblos (I, 31) que sin embargo suponen idénticos Mézerai, Pelloutier y alguno de los modernos.

(11) Citado por DIODORO III, 12.

(12) *Hist. nat.*, XXIV.

(13) Hay quien cree que el gallo fué el distintivo de los guerreros celtas, lo que hizo que los llamasen galos los sacerdotes, así como los bramines dieron el nombre de *sina*, ó sea leones, á la casta guerrera.

(14) No fué dividida así por él, quien encontró ya la *Gallia omnis divisa in tres partes. (De bel. gal.*, I, 1). Nos

bélgica, la Galia céltica ó central, y la Galia de los aquitanos. Subdivídíase cada una en muchos Estados independientes (*civitates*) y estos en aldeas (*pagi*), las cuales tenian dietas cantonales en la capital; en unos el gobierno estaba en manos del pueblo; en otros de los nobles; otros eran monarquias electivas con leyes y estatutos propios. Como en todas las sociedades primitivas, la familia era el elemento de la constitucion civil. Las familias de orígen comun, formaban una tribu; varias tribus un pueblo, y los pueblos confederados una nacion. Dominaba en la tribu un jefe (*penkeneld*), en el pueblo un rey (*brenin*), y á veces en toda la confederacion un dictador (*pentyern*); pero todos con poderes limitados. Junto al jefe de tribu tenia asiento un consejo de jueces: los representantes de las tribus junto al rey.

Anualmente en el mes de zerza (diciembre), la tercera noche de la luna, cuando se recogia el muérdago, se reunian los diputados de las naciones confederadas en el límite del pais de los carnutos, donde, bajo la presidencia del archidruida y en un sitio consagrado, celebraban la dieta general, deliberando acerca de los intereses comunes religiosos, civiles y morales (15), y obligándose á guardar un riguroso sigilo. Cualquiera que recibia una noticia importante, debia comunicarla antes á los magistrados, y estos podian imponerle silencio; pero si convenia propalarla, la difundian hasta las extremidades del reino, refiriéndola á gritos de uno en otro los labradores que trabajaban en los campos.

La alianza de muchos Estados dió orígen á confederaciones, entre las cuales, las más nombradas eran las de los eduos en el Ródano Superior, la de los arvernos en la prolongacion de las Cevenas; la de los secuanos en el Jura, á la derecha del Ródano; la de los bellovacos entre el Oise y el Sena, que podian poner sobre las armas ochocientos mil hombres; la de los suesones, cuyas doce ciudades daban cincuenta mil combatientes, y ocuparon por algun tiempo el primer puesto en la Galia Septentrional; la de los armóricos, en la península que hay entre el Sena y el Loira. Las enemistades y los celos impedian que aquellas pequeñas naciones se conviniesen entre sí; por el contrario, una á otra se miraban incesantemente con envidiosos ojos.

Cada uno era propietario, libre, guerrero; pues la hacienda suponia libertad, y esta el derecho y el deber de combatir: habia, sin embargo, entre ellos tres grados. Una clara estirpe, y cargos públicos compensados con tierras concedidas por el rey, constituian al noble (*uchelur, eques*), al señor (*carl, tetrarca.*) Unían se á este, como á jefe, los jóvenes de catorce años que recibian de él tierras y mesa, y juraban que le serian adictos hasta la muerte (*ambacti, soldarii.*) De condicion inferior era el huésped ó advenedizo (*alliud, advena*), á quien el propietario acogia y daba alguna tierra que cultivaba, pero sin poseerla. Los incapacitados de pagar sus deudas tenian que renunciar á la libertad (*oberati, nexi*); y en grado inferior á ellos, estaban los esclavos.

Indole.—Eran los galos de genial vivo é inquieto, prontos á la pelea y especialmente al ataque; si bien poco idóneos para los esfuerzos contínuos. No eran estraños á las artes de la paz, y habian aprendido de los fenicios y griegos á arrancar de la tierra los metales con que traficaban. Así como los españoles sobresalian en templar el acero, templaban los galos admirablemente el cobre. Trabajaban biturigos y eduos maravillosamente el oro y la plata; inventaron la chaperia y la aplicacion del estaño al cobre para imitar la plata. Tambien aprendieron los alesios á amalgamar la plata con el cobre, y hacian de esto adornos para los caballos y carros. Tejian y teñian con bastante habilidad, y se les atribuia la union de las ruedas al arado, la invencion del tamiz de cerda y el uso de la marga como abono. Sus ciudades no estaban ceñidas de murallas, sino de ciertas empalizadas, detrás de las cuales se refugiaba al primer rumor de guerra la poblacion desparramada.

Determinaba el valor la eleccion del general, á quien seguian en clase de voluntarios los que le habian elegido, escepto en el caso de guerras intestinas en que se hacian reclutamientos forzados, condenándose á los contraventores á cortarles las orejas ó á sacarles los ojos. En caso de peligro convocaba el jefe al *consejo armado*, llamamiento á las armas universal, al que todos sin escepcion debian acudir reuniéndose en el lugar señalado, para deliberar acerca de la guerra que debia acometerse. Se ponia en tormento al último que llegaba á presencia de todos: llevaban consigo perros de caza adiestrados en rastrear al enemigo y en defender al bagaje.

Primeramente daban muerte á sus prisioneros de guerra, a quienes hacian blanco de sus dardos, cortándoles la cabeza para llevarla en la punta de sus picas, ó colgadas del pretal de sus caballos. Luego que llegaban á sus moradas las clavaban sobre sus puertas en testimonio de su valentia, con las de las fieras que habian matado en la caza. A veces tambien las embalsamaban, las conservaban preciosamente, como imágenes elocuentes, destinadas á que sus hijos conservaran memoria de ellos, ó bien les servian los cráneos de copas para los sacrificios y para los banquetes.

Hablaban con voz áspera y fuerte en términos hiperbólicos y concisos; pero acalorados por la disputa, se espresaban con fácil verbosidad. Era el vino su delicia, como sucede con la gente ruda; y calientes con él trababan furiosas contiendas. El

---

vemos precisados á disentir de Amadeo Thierry en muchos puntos y nos hemos servido de las constituciones posteriores, especialmente de las bretonas, para esplicar y corregir lo que nos ha sido trasmitido por César.

(15) CÈSAR, *De bello gall.*, VI, 13.

hombre era dueño absoluto de su mujer y de sus hijos (16). Cuando un magnate era muerto se interrogaba á sus mujeres en el tormento, y á la menor sospecha se las condenaba á morir en las llamas. No obstante, en tiempo de César entraban en comunidad los bienes de los esposos; señalaba el marido á la mujer una viudedad igual al dote que le llevaba, y este capital reunido quedaba con los intereses para el que sobreviviera. En algunas naciones de la Bélgica el marido que concebia dudas acerca de la fidelidad de su esposa, cogia al niño que acababa de nacer, y le abandonaba en una tabla á la corriente del rio; si sobrenadaba, desaparecia toda sospecha, si se sumergia era una prueba irrecusable de la maternal culpa.

Reinába pues en la Galia una mezcla de ferocidad y civilizacion no muy rara entre los antiguos. Mas no podemos conceptuar bárbaros á los galos cuando vemos que antes de la conquista romana tenian una constitucion tan liberal en la que todos los grados y hasta los sacerdotes eran votados por sufragio popular; cuando vemos su fabricacion de alfombras y tejidos que la misma Italia encontraba maravillosos (17); los colchones y lechos de pluma en que descansaban, mientras que griegos y latinos se servian de la paja (18); los carros de plata, los arneses esmaltados, los yelmos esculpidos y adornados con figuras de bronce dorado; los collares y brazaletes de oro con que se engalanaban los guerreros (19); cuando vemos que usaban armas que más tarde adoptó el pueblo más guerrero así como muchas máquinas de arte (20) y naves mucho más aptas para las evoluciones y más fáciles de gobernar en medio de la borrasca que las romanas (21); y por último, al ver que edificó quince mil ciudades. Y téngase en cuenta que no fueron descritos más que por sus enemigos que pretendian vencerlos, mas no darlos á conocer.

Edificios.—Ya hemos dicho algo de las construcciones célticas (Tom. I, pág. 252) y llenas están de ellas las dos Bretañas, insular y francesa. Los *cromlek* (22), recintos de piedra, redondos y vastos á veces, que quizás servian de templos á la religion druídica; si eran pequeños y tal vez elípticos se llamaban *mall*, y eran capillas de distrito ó canton y lugar de reunion para celebrar los comicios particulares (23). Algunas son *tumuli*, que tienen hasta treinta y dos metros de altura, y ciento de circunferencia en su base (24), otras son largas hileras de toscos obeliscos, en rededor de las fuentes, ó de las piedras para sacrificios. Alzábase á algunas millas de Rennes el mayor edificio druídico en figura de bastidor rectilíneo, de doce metros de longitud y cuatro de ancho hácia el fondo. Son cinco piedras planas que forman la cubierta del templo; además hay dos en la parte delantera, cuyas proporciones son diferentes. Un espacio de cerca de un metro separa el peristilo del edificio principal, cuya entrada se abre bajo el primer piso y está cerrada por dos piedras enhiestas como muro de separacion y solo tiene de anchura una tercera parte del vestíbulo. Tres compartimientos practicados hácia el Nordeste debian servir para las ceremonias misteriosas. Compónese todo el edificio de treinta y tres piedras, y á dos de ellas denominan tradicionalmente los paisanos, la *cuna* y el *cazo;* y en su totalidad le dan el nombre de la *Roca de las Hadas*.

En el año 1835 se han descubierto en la punta de Primel, en Bretaña, monumentos druídicos. Aquel que llaman en el pais *Bacheu-ar-ben*, es decir, Campo del Sepulcro, ofrece un recinto druídico de doce metros de largo y uno de ancho, compuesto de veinte enormes piedras plantadas en forma de cuadrilongo. Al Nordeste y hácia el mar hay una piedra de más de un metro de altura, como un pilar que acota, designada con el nombre de *Maen-ar-bioh*, á poca distancia hay una colina con ecos, que se prolonga á lo largo de la playa hasta las ruinas llamadas *Castel-ar-saloa*, y debia abarcar un grande espacio. Continua la Francia docta con ardor ejemplar sus investigaciones respecto de esta clase de construcciones,

---

(16) Curioso es observar en Julio César las semejanzas y las variedades entre los galos de entonces y los de hoy. Eran de elevada estatura *(plerumque omnibus Galis præ magnitudine corporum suorum brevitas nostra contemptui est.* De bello gal., II), tomaban repentinamente sus resoluciones, anhelaban la novedad y fácilmente encendian la guerra *(ut sunt Gallorum subita et repentina consilia,* III. *Cum intelligeret omnes fere Gallos novis rebus studere, et ad bellum mobiliter celeriterque excitari, omnes autem homines natura libertati studere et conditionem servitutis odisse,* II), mas no eran bastante resignados para soportar las calamidades y reveses de fortuna *(ut ad bella suscipienda Gallorum alacer ac promptus est animus, sic mollis ac minime resistens ad calamitates perferendas mens eorum est,* III.—*Infirmitatem Gallorum veritus, quod sunt in consiliis capiendis mobiles, et novis plerumque rebus student,* IV). Añadamos que eran muy amigos de oir novedades, y que amenudo tomaban una decision en el acto, de la cual pronto se arrepentian: *Est autem hoc gallicæ consuetudinis, ut et viatores etiam invitos consistere cogant, et quod quisque eorum de quaque re audierit aut cognoverit, quærant; et mercatores in oppidis vulgus circumsistat, quibusque ex regionibus veniant, quasque ibi res cognoverint, pronunciare cogant; et his rumoribus atque conditionibus permoti, de summis sæpe rebus consilia incant, quorum eos e vestigio pœnitere necesse est, cum incertis rumoribus serviant, et plerique ad voluntatem eorum ficta respondeant,* IV.

(17) Estrabon, IV; Vopisco, 20.

(18) Plinio, VIII, 48.

(19) Orosio, *Hist.*, V. 10; Vegecio, *De re vestiaria*, II, 15, 18; Diodoro, V; Livio, VII, 10; Virgilio, *Æn.*, VII, 660;

(20) Plinio, VIII, 48; XVIII, 11, 18; XXVIII, 12; XXIX, 2.

(21) Julio César, *De bello gall.*, III, 8, 13.

(22) *Croum* círculo y *lec'h*, piedra.

(23) Mahé, *Antigüedades del Morbihan;* Manet, *Historia de la pequeña Bretaña*, t. I.

(24) Penhouet, *Ensayos sobre la Bretaña*, 1819.

que en breve habrán suministrado suficientes ejemplos para establecer una teoria completa. Acerca de los demás monumentos parece notable el que en junio de 1846 fué descubierto cerca de Meudon, y es una colina cuajada de huesos humanos del tipo galo y címbrico, y al propio tiempo útiles domésticos, guerreros y sagrados. Debia ser un pequeño sepulcro quizás de los cuerpos sacrificados allí á la feroz divinidad (25).

Hemos visto establecerse en las riberas de la feroz Galia Transalpina á la colonia jónica de Marsella, ejemplo de corrupcion y foco de discordia para el pais circunvecino. Los romanos á quienes habia llamado después de haber asegurado su dominacion en la Galia Cisalpina y en la Provenza (Libro V, pág. 327) se habian hecho temibles para la independencia de un pueblo que en otro tiempo habia amenazado la suya. Hé aquí que se adelanta en su contra (63) un mancebo de pálido rostro, castigado por el vicio y por la epilepsia, pero de locucion fácil, alegre camarada, hábil en preparar sus golpes por la política, y en hacer que los de su espada fuesen mortales.

La Galia en tiempo de César.—Cuando César tomó el gobierno de la Narbonense habia sucumbido entre los belgas la teocracia de los druidas, con los cimbros, que ya no conservaban en esta comarca más que la colonia de Aduato. Asimismo prevaleció la aristocracia feudal entre los arvernos y los iberos de la Aquitania, habiendo tenido los druidas, para sostener su autoridad en la Céltica y combatir el espíritu de tribu, que favorecer la formacion de los concejos libres en las grandes ciudades, que elegian los jefes vitalicios ó por tiempo determinado.

Encontrábase, pues, dividido el pais en dos facciones: en una de ellas se encontraban al frente los druidas y los magistrados electivos de las ciudades, y en la otra, los jefes hereditarios de las tribus. Dominaban en la primera los eduos (*Autun*), en la segunda, los arvernos (*Auvernia*), y los secuanos (*Franco-Condado*), y ambos partidos recurrian en sus fratricidas querellas á la intervencion funesta del extranjero. Orgullosos los eduos con la alianza del pueblo romano, cierran el Saona á los secuanos é impiden su comercio de ganado de cerda: estos en venganza llaman de la Germania las tribus designadas por el nombre comun de los suevos. Guiados por Ariovisto (Eherenfest), pasan el Rhin y hacen de los eduos sus tributarios. Pero no menos temibles á sus aliados que á los enemigos que habian venido á combatir, se apoderan los suevos de una tercera parte de las tierras de los secuanos, segun costumbre de los conquistadores germanos, y exigen aun otro tanto (26).

Reconcilió la comunidad de infortunio á los eduos y secuanos, quienes para oponerse á los suevos, buscaron socorros extranjeros. Ejercian dos hermanos entre los eduos la principal autoridad; uno de ellos, Dumnorix, se unió á los galos helvecios, y les comprometió á bajar de sus montañas á las llanuras de la Galia; el otro, llamado Diviciaco, que era druida y habia huido de su patria por no ser testigo de su humillacion, acudió á Roma de la que reclamó ayuda, invocando la fraternidad convenida. Pero el Senado fluctuó mucho tiempo antes de decidirse. Sin embargo, aquel que habia generosamente resistido á Ariovisto, habiéndose dejado deslumbrar por el lujo y las artes de los romanos, creyó que podria trasladarle á su pais: pero por desgracia confundió la civilizacion con Roma, y por amor á la primera se hizo instrumento y cómplice de la tirania de la segunda.

Invasiones de los helvecios.—Mientras el Senado diferia aun declararse, se sabe que los helvecios se ponen en camino (61), no menos temibles que los cimbros y teutones. Moraban entre el Rhin, el Jura, el Ródano, el lago Leman, y los Alpes Apeninos, dividiéndose en cuatro tribus, de doce ciudades y cuatrocientas aldeas, y estando aliados con muchos pueblos de los que ahora son la Alsacia meridional, la Suevia y la Baviera. Poco satisfechos estos montañeses con su territorio, donde venian á parar y combatir todos los bárbaros que alternativamente se lanzaban al antiguo mundo para devastarlo, prestan voluntariamente oidos á las sugestiones de Orgetorix (27), uno de sus principales jefes, y adoptan la resolucion de establecerse en las costas del gran Océano. Habiendo incendiado, pues, sus ciudades y aldeas, con todos los muebles y provisiones que no podian llevar consigo, se pusieron en marcha con ausilio de sus aliados en número de quinientos mil y anunciaron sú intencion de ganar el pais de los santones (*Saintes*) entre las embocaduras del Charenta y del Garona para fijarse en él; y después se dirigieron en número de trescientos setenta y ocho mil hácia la Galia romana.

Al primer rumor de su marcha, habia mandado comisionados el Senado á las ciudades transalpinas, para asegurarse de su fidelidad, y concertar los medios de defensa. Por otra parte no titubeaba ya en tomar bajo su proteccion á los eduos y demás aliados; pero en lugar de cuidar de libertarlos de la tirania de Ariovisto, habia enviado embajadores al guerrero suevo, con presentes considerables y el título de rey, prometiéndole no turbarle en sus posesiones. Llega César cerca de Ginebra, hace cortar el puente sobre el Ródano, reune todas las fuerzas de la Galia narbonense, aprovisiona los fuertes, y entretiene con palabras á los helvecios, que no le pedian más que el paso franco (58).

(25) Véase la relacion que leyó el señor Serres en la Academia de Ciencias de Paris.

(26) Napoleon ha dictado en Santa Helena un comentario sobre la guerra de las Galias, en el que es hermoso ver al gran general de la antigüedad ser juzgado por el gran general de los tiempos modernos.

(27) *Or*, colina: *ced*, ciento, *righ*, rey: rey de las cien colinas.

César los derrota.—Viéndose impedidos por esta parte, tuvieron que internarse en los ásperos valles del Jura, para remontar el Saona, favorecidos en su marcha por Dumnorix y los eduos, pero César les alcanzó pasando el rio, les derrotó y esterminó la tribu de los tigurinos. Otra señalada victoria le colocó en posicion de no tener que temer nada de aquellos enemigos ni de sus malévolos aliados. Viéronse forzados los helvecios á volverse á sus montañas, y fueron en su fuga cogidos y tratados como enemigos seis mil de ellos.

Llegaban felicitaciones á César de todas partes de la Galia, pero al mismo tiempo tambien se presentaban quejas contra la tirania de Ariovisto. Habia en efecto llevado este jefe la arrogancia y la crueldad hasta el exceso; pero solo este motivo no hubiera determinado á César á atacarle, sino hubiera considerado que el interés de la república y el suyo propio lo exigian. Dueños aquellos germanos de la Secuania no se encontraban separados de las posesiones romanas más que por el Ródano. Este era suficiente pretesto para quien no habia ido á la Galia con otro objeto que el de procurarse gloria, poder y esperanzas. En una conferencia que Ariovisto tuvo con César le recordó el título de amigo que habia obtenido de los romanos, le prometió no causar ningun daño á la provincia y aun hacer la guerra á los enemigos de Roma; y al mismo tiempo le invitó á que pensase con que gentes tendria que habérselas.

Derrota de Ariovisto.—En efecto aquellos germanos de gigantesca estatura, indomables á la fatiga, no habian dormido hacia cuatro años bajo techado. Circulaban entre los romanos espantosas relaciones sobre su enorme estatura y sobre su ferocidad, tanto que el más valiente hacia testamento antes de marchar contra ellos. No por eso deja César de declarar la guerra, reanima el valor de sus tropas, las conduce á Besanzon, y llega á ofrecer la batalla á los suevos en las orillas del Rhin. Las mujeres de éstos, que practicaban entre ellos el arte de la adivinacion, querian que se difiriese el combate hasta la nueva luna, por la observacion que habian hecho de los torbellinos del rio y del ruido de sus olas. No hubo necesidad de más para que perdiesen los supersticiosos germanos el valor, cuando se vieron precisados á venir á las manos, y quedasen enteramente derrotados. Perdió Ariovisto en este desastre dos mujeres y dos hijas, y él mismo sobrevivió poco á su fuga. De esta manera fué como César abatió en una campaña dos enemigos formidables.

Entregóse la Galia á la alegria, pero cuando vió que César no conducia de las tierras sometidas á Roma las victoriosas legiones, antes bien organizaba el pais como una conquista, conservaba los rehenes y cobraba contribuciones, notó que no habia hecho mas que cambiar de dueño. No tardó el descontento en manifestarse. Conciértanse entonces los pequeños Estados del Norte, y forman con los mayores una liga defensiva (57). Concibe recelos César, aumenta el número de sus tropas y marcha contra la Bélgica, á donde es llamado por facciones opuestas á los descontentos, y probablemente tambien por la de los druidas. Comienza, pues, la guerra, en la cual es secundado por aquellas divisiones, al paso que encuentra fuertes obstáculos en las selvas vírgenes de las Ardenas, en los impracticables pantanos, en los bosques defendidos por árboles cortados, y de donde se lanzan furiosos en número de cien mil para defender su salvaje independencia, los suesones, bellovacos y nervios (*Picardia*, *Hainault* y *Flandes*). Resistieron enérgicamente los galos belgas á fuerzas superiores. Apenas uno de sus guerreros caia en primera fila, era al momento reemplazado por otro: eran, por confesion del mismo César, hombres intrépidos, que no titubeaban en atravesar un gran rio, en subir á inaccesibles rocas, en atacar al enemigo en una posicion ventajosa; tan débiles parecian los obstáculos á su valor.

Consiguió, no obstante, vencerlos. Fueron esterminados los nervios; fingieron rendirse los aduáticos, restos de los cimbros y de los teutones que habian perecido en Italia, enviaron al campo victorioso una parte de sus armas, y, ocultando las demás, se sirvieron de ellas para atacar á los romanos por traicion; pero César los derrotó, acabando por tomar su ciudad Aduato (*Namur*), donde hizo vender como esclavos cincuenta y tres mil individuos. En la misma época, el jóven Craso su teniente, subyugaba la Armórica.

Resuelto ya á someter el resto de la Galia penetra (56) en los bosques y pantanos de los menapios y de los morinos (*Zelanda*, *Güeldres*, *Gante*, *Brujas* y *Bolonia*) conquista la Aquitania, cae después sobre los venetos (*Vannes*), pueblo poderoso, poblacion anfibia, que sacaba de la isla de Bretaña contínuos socorros. No podian las naves de César maniobrar en medio de los bajos á través de los cuales los venetos hacian pasar los suyos, y desmoronándose las trincheras sobre estos terrenos movedizos, fué esta campaña estremadamente penosa; pero la perseverancia triunfó al fin. Otra horda de los germanos, los usipetos y los tencteros, invadió el territorio de los mesapios; pero acudió César rápidamente á su encuentro, y sin querer escuchar á los embajadores que le enviaban, el que siempre se encontraba dispuesto á reprender la violacion del derecho de gentes á los que queria esterminar, les mandó cargar de cadenas, y atacando después de improviso á sus nuevos adversarios, los venció sin trabajo y sin gloria. Pasó entonces el Rhin, introduciendo el espanto entre las naciones germánicas; pero reconociendo que el foco de las sublevaciones de la Galia existia en la Gran-Bretaña, se decidió á pasar á ella para destruir el mal en su orígen.

Bretaña.—La isla (28) en el dia tan famosa, bajo

(28) Tácito atribuye á Agrícola el mérito de haber des-

el nombre de Inglaterra y Escocia, fué llamada primero, segun las tradiciones nacionales, *Pais de las verdes colinas*, después, *Isla de la miel*, y en fin, *Bryt* ó *Prydain*, de donde le procede el nombre de Bretaña (29). Se distinguia la parte situada al Norte de las orillas de los rios de Forth y de Clyde con el nombre de *Alb-in*, pais de las montañas; la parte meridional con el de *Lloerg* hácia el Oriente, y hácia el Occidente con el de *Kymru;* estos nombres procedian de los pueblos que las habitaban, y que se llamaban en latin cambrios y logrios. Aquellas poblaciones cimbras, habian desembarcado allí seis siglos antes de J. C. y arrojado á los primeros habitantes de orígen céltico, de los cuales una parte se retiró á la isla de Erin, llamada Hibernia (30) por los romanos, y á las comarcas de Poniente, y otra al Norte de Bretaña, viviendo en tres grandes confederaciones los mayatos en la llanura, los albanios en el monte al norte del Forth, y los celtas ó caledonios en las selvas al sud de los montes Grampian (31). Estos nuevos advenedizos recibieron en el pais el nombre genérico de scots, es decir, extranjeros, que aplicaron después á la Albania, ó parte montañosa de la isla. Conservaron las nacionales costumbres siguiendo divididos en *clan* ó sean parentelas, descendientes quizás de un solo tronco, en las cuales el pobre y el rico vivian en comun, ignorantes de todo saber ajeno á tal familia y alimentando su mente con las tradiciones de sus mayores, cantadas por los bardos en los campos ó al amor de la lumbre en las noches de invierno.

El horror á la conquista y las antipatias nacionales les obligaron á estar separados de los cimbros, habitantes de las llanuras meridionales. Vieron estos bien pronto llegar sobre ellos á los logrios conducidos por Hu el poderoso, y procedentes de las costas del Sud-Oeste de las Galias. Entonces los cimbros voluntaria ó forzadamente, se retiraron á lo largo de las riberas del Occidente, que desde este momento se llamó Cambria, al paso que los que habian llegado últimamente, se establecieron en las playas de Levante y del Mediodia. Algunos siglos después acudieron traficando en los confines de la Mancha, los belgas, poblacion mezclada de cimbros y catos, y otros teutones y celtas, así como coranios que de las lagunas de los Paises Bajos pasaron á los de la costa oriental de la isla cerca la embocadura del Humber.

Aun se pretende encontrar los restos de aquellos cimbros en los habitantes del pais de Gales y en la Bretaña francesa, pues ellos mismos se llaman *kimris*. Equivocadamente, pues, pretenden algunos encontrar en su lenguaje el puro idioma céltico; por el contrario tiene mezcla del teuton. Aquellos que quieren llegar á conocer el antiguo celta, con ayuda de la lengua hablada en las dos comarcas de que acabamos de hacer mencion, deberian ante todo hacer separacion de las voces cuya raiz es teutónica; pero este estudio seria mucho mas fructuoso en la lengua ersa de Escocia ó en el irlandés que en el bajo-breton (32).

Lengua.—Guillermo Bentham (33) pretende establecer una diferencia esencial entre el idioma del pais de Gales y el irlandés, y dice que este último es de orígen fenicio ó semítico. Trata la cuestion valiéndose de las etimologias, método que los hombres más versados en lingüística, esto es, en filologia comparada, han abandonado ya. Comparando muchos nombres de los paises situados en las costas de España y de otros puntos, halló que los unos procedian de los fenicios y los

---

cubierto que la Bretaña era una isla. Sin embargo, Virgilio *(Egloga*, I, 27) habia ya dicho:

Et penitus toto divisos orbe Britannos.

Pero César describe con más precision la Bretaña como una isla triangular, etc.: *Britannia insula: natura triquetra, etc.* (*De bell. gall.*, lib. V.) Dista mucho de atribuirse el descubrimiento de la Bretaña, que designa como una isla tan pronto como empieza á hablar en el libro IV: pues dice que los galos apenas la conocian *(insulæ magnitudo, neque quæ aut quantæ nationes incolerent, etc.)*. Es por lo que envió á Cayo Voluseno para esplorar las costas con bajeles largos. Sin embargo, *a compluribus ejus insulæ civitatibus ad eum legati veniunt*, y siempre se espresa lo mismo.

(29) *Archœology of Wales*..—AGOST. THIERRY, *Historia de la conquista de Inglaterra.*

(30) *Er-inn*, isla occidental.

(31) *Magh-aite*, pais llano; *alb*, montaña; *colyddon*, selva.

(32) A fin de que los filólogos demasiado superficiales puedan conocer la diferencia que existe entre la verdadera lengua céltica y el bajo-breton, mezcla del celta, del teuton y de algunos vocablos latinos, presentaremos aqui paralelamente la oracion dominical en ambos idiomas; y procedemos así con mucho gusto, porque vemos prestar demasiado asenso á ciertos sistemas introducidos por Thierry, ó por los que le han seguido.

En bajo-breton ó kimrico.

Hon tad pehini a son en eon,
Hoc ano bezet sanctifiet,
Roet deamp ho ruanteles,
Ho bolonte bezet gret en duor evel en eon
Roet deomp hon bara pebdeziec,
A perdonet deomp hon offansu evel ma perdonomp dar ne pere ho devus hon offanset;
Ne bermettet ket e cuessomp e tentation ebet,
Oguen hon delivred a zruc.
Evelse bezet gret.

En gaélico ó galés de Escocia ó céltico.

Ar nathairne ata at neamh,
Gorna bennaigte huinmsa,
Gu deig do rioghachdsa
Dentar do iholli air dtalmhuin mas ata air neamh,
Tab hair duhuinn annigh ar naran laitheamhuil,
Agas maith dhuinar ar bhfiachai, amhull mhatmuid dar bhfeicheam hnuibh,
Agas na leig ambnadheread sinn;
Achd saor sinn o ole.
Oir is leatsa an rioghachd an cumhacd agas an gloir gusiorraidh.

(33) *Galos y Cimbros*. Dublin, 1834.

otros podian explicarse por medio del irlandés; de donde dedujo que las lenguas fenicia é irlandesa eran una sola. De este modo raciocina; pero hoy dia el argumento hubiera debido proceder de muy distinta manera; por ejemplo: el fenicio y el hebreo son, á no dudarlo, dialectos hermanos; compárese, pues, la estructura gramatical del hebreo y el irlandés, y el resultado nos dará resuelto el problema. El exámen de sus mismas pruebas demuestra más y más que el galés y el irlandés pertenecen á la familia etnográfica indo-europea.

Mejor ha probado esta última asercion el inglés Pritchard (34). Para demostrar la afinidad del celta con los idiomas indo-europeos, examina antes las semejanzas de palabras, y prueba que las primeras y más sencillas voces son idénticas, como tambien los nombres numéricos y las raices de los verbos elementales; somete enseguida á un fino análisis al verbo, y de él resulta que su estructura interior es radicalmente igual. El verbo *ser* tiene maravillosas analogías con el verbo sustantivo persa. Ademas, el estudio del celta ilustró las otras lenguas de su misma familia. Muchísimos filólogos suponen que las inflexiones de los verbos han provenido de la aplicacion de los pronombres en las personas respectivas. Ahora bien, la tercera persona del plural en latin, persa, griego y sanscrito, concluye en *nt*, *nd*, ντι, ντο, *ti*, *nt*; y no se conocia ningun pronombre que explicase tales terminaciones: pero ilustró la cuestion el idioma celta, en el cual la tercera persona del plural acaba tambien en *nt*, y corresponde á su pronombre *hwynt* ó *ynt*.

Ja Kel (35) ha probado que todas las voces que nos han trasmitido los antiguos como celtas son alemanas. A la ciencia progresiva corresponde aclarar si esto depende de afinidad de familia ó de la confusion que los antiguos introdujeron en los idiomas de los bárbaros (36).

Usos.—César no conoció la denominacion general que comprendia á los últimos habitantes de la isla, sino solamente las de las diversas tribus.

No existia menos diferencia en sus costumbres que en su orígen. Llevaban los belgas anchas bragas y el *sayo;* se dedicaban al tráfico y al cultivo. Manteniéndose los cimbros con carne y cosas de leche, vestidos de pieles de cordero, habitaban bajo cabañas de madera rodeadas de árboles. Salvajes y desnudos los galos vivian de su caza, de cortezas y raices. Por lo demás llevaban todos larga cabellera, caidos y largos los bigotes, y se teñian de verde con pastel.

Hallábanse regidos por una aristocracia militar los hombres del Mediodia, y organizados los del Norte por tribus; permaneciendo los miembros de una misma familia unidos por la intimidad más estrecha, y haciendo comunes caza, botin, hacienda y hasta las mujeres, que en número de diez ó doce pertenecian á padre, hijos y hermanos; por lo que hace á los niños se atribuian al primero que habia conocido á la madre. Habiendo reprendido Julia, hija de Augusto, á una mujer bretona por semejante genero de vida, esta le respondió que no creia tuviesen que echarles nada en cara las romanas, por hacer públicamente y con personas elegidas, lo que ellas se permitian en secreto con libertos y con esclavos (37). Los fenicios iban amenudo á dicha isla desembarcando generalmente en la bahia de Falmout, con el objeto principal de llevarse el estaño de las islas Sorlingas, llamadas por esto Casitéridas en griego. Tambien se habian refugiado allí los druidas, conservando el poderio que habian perdido en la Galia.

César desembarca en Bretaña. — Hallándose la Bretaña bajo la proteccion especial de la religion, César no pudo obtener guias, provisiones ni noticias sobre los medios de abordar allí y sobre las mareas; resultó, pues, que su desembarco en la punta oriental, llamada Kent, fué en estremo peligroso (55). Además de que sus naves eran poco adecuadas á aquellas costas, era tiempo de plenilunio, es decir, el momento de las grandes mareas; y los bárbaros descargaban sobre ellos una granizada de flechas. Iban á cejar los romanos, cuando el porta-estandarte de la décima legion, la mas adicta á César, se precipita hácia adelante con el águila en la mano, gritando á sus compañeros: *¿Permitireis que caiga esta enseña en poder de los bárbaros?* Su voz y su ejemplo restituyen el valor á los soldados: lidian con encarnizamiento, y merced á su audacia se abren paso al través de los bárbaros, quienes envian embajadores y rehenes.

Pero en breve reanimados los britanios y aprovechándose de los estragos que la escuadra, azotada por la tempestad, ha sufrido, pues ha tenido considerables averias, se prevalen de la seguridad en que descansan los romanos, vuelven á empuñar las armas, y caen sobre los invasores para esterminarlos. César se vé obligado á retirarse, segun su dicho, ó á apelar á la fuga, segun lo proclamaron sus rivales (38) y los cimbros, que se jactaron en sus cantos de haber visto á los cesarianos (39) que habian ido á conquistar la isla de

(34) *Sobre el orígen oriental de las naciones célticas.* Oxford, 1831, y Londres 1836.

(35) *Orígen germánico de la lengua latina.* Breslau, 1830.

(36) El conde de Volney fundó un premio de lingüística que se distribuye anualmente por la Academia francesa; y el año de 1836 fue concedido á Adolfo Pictec de Ginebra por una memoria sobre *la afinidad de las lenguas célticas con el sanscrito*, en la cual se establecen algunas verdades enunciadas ya por nosotros.

(37) Diodoro de Sicilia, lib. XXVI.

(38) *Territa quæsitis ostendit terga Britannis.* Lucano, Farsalia, II, 572.

(39) Fuerza es reconocer á los romanos en los *Caisairiaidd* del *Triodd ynnys Prydain*, p. 102-104.

Pridain, desaparecer como de la arenosa playa la nieve al soplo del Mediodia.

Urgia mucho al procónsul reparar aquel desastre; y preparóse, pues, á volver á la carga con buques más á propósito para el caso. Servíale á las mil maravillas la division que se habia suscitado entre dos de los jefes, Imanuente y Casivelauno. Pero á fin de que los galos no se aprovecharan de aquella coyuntura y volvieran á levantar cabeza, los convocó al puerto Itio, y llevó consigo los principales y menos seguros. De este número era Dumnorix, á quien César habia perdonado por consideracion á su hermano Diviciaco; pero este galo, á quien la clemencia no podia inducir á soportar la ignominia de la servidumbre, habia aspirado primeramente á sublevar á sus compatriotas contra el extranjero: quiso esta vez evadirse de la suave prision que se le imponia; fué alcanzado en la fuga, y muerto peleando en su defensa. Es probable que Diviciaco, de quien no se hace ya mencion desde entonces, se disgustara por semejante conducta de los romanos.

Segundo desembarco.—Habiendo abordado César más felizmente á la ribera de Bretaña (54), supo inducir á los insulares á que le pagaran un tributo, y á permanecer en sosiego: luego volvió á ganar el continente. Con doscientas velas no habia sacado otra cosa de aquella comarca más que perlas (40) y algunos esclavos: no dejó allí guarniciones, ni levantó ninguna fortaleza. Jamás se pagó el tributo, y él esperaba que así sucederia. Hízosele estraordinaria burla en Roma por haber vencido á un pais donde no habia plata, oro, ni vestigios de artes y de sabiduria (41). ¿Quién hubiera augurado entonces lo que habia de ser con el tiempo aquella isla en comparacion de Roma que la ponia en ridículo?

Nuevos tumultos en la Galia.—A su regreso halló el general romano en la Galia nuevas insurrecciones, escitadas por la dureza del gobierno y por la licencia de los soldados. El trevirio Induciomaro, patriota infatigable, habia vuelto á tomar la ofensiva, y auxilió poderosamente á Ambiorix, caudillo de los eburones, hasta el instante en que fué llevada á Labieno su cabeza. Viendo César que la espada de sus soldados era insuficiente contra aquellos terribles eburones, los pone fuera de la ley de la humanidad: proclamó un decreto diciendo que sus cuerpos y sus bienes pertenecerian á cualquiera que se apoderara de ellos, y que se grangearia la amistad del pueblo romano todo el que le ayudara á esterminar á aquella raza de hombres perversos (42). No se hicieron sordos al llamamiento los asesinos, apoyados por cincuenta mil soldados romanos, entre cuyo número se contaban César, un hermano de Ciceron, Junio Bruto, Trebonio y la flor y nata de la juventud patricia.

Al cabo de siete años de guerra contra las Galias, habia adelantado César muy poco en sus conquistas, aunque sí mucho en lo que su ambicion se habia propuesto. Como acontece en las largas espediciones, se habia aficionado el ejército al que le guiaba á la victoria; era más bien el ejército de César que el de la república. La vaguedad que rodea á las guerras distantes dejaba campo libre á las imaginaciones para exagerar su peligro y su provecho. Así se hallaba eclipsado Pompeyo por triunfos en paises desconocidos, sobre pueblos separados de todo el universo; y eran los mismos que habian llegado poco antes desde los confines del mundo á levantar sus tiendas aquende los Alpes, y á la misma falda de la roca Tarpeya. Su vencedor era comparado á Camilo, á Mario y aun se le reputaba como más grande que ellos; habian estos repelido efectivamente á los galos, pero César se habia atrevido á llevar á su pais la guerra.

No por eso carecia de poderosos adversarios, prontos siempre á averiguar y á divulgar las concusiones y las matanzas; á hablar de los prisioneros tratados como en una guerra de esterminio, y especialmente de la traicion ejercida respecto de los embajadores. Cuando se propuso decretar á César acciones de gracias, el severo Caton esclamó de este modo: *¿Cómo se habla de acciones de gracias? Deberia hablarse más bien de expiaciones y de súplicas á los dioses, para que no castigaran en nuestros ejércitos los crímenes de su caudillo, de la entrega del delincuente á los enemigos, á fin de que no aparezca que Roma tolera el perjurio* (43).

Otros menos rígidos y más prudentes manifestaban cuanto peligro habia en prolongar demasiado los mandos, y en dejar las dos Galias bajo la autoridad de un solo jefe; que así podria este aguerrir su ejército en la Transalpina y llevarle en seguida por la Cisalpina hasta las puertas de Roma. Por su parte los amigos del procónsul, y Ciceron entre ellos (44), recordaban que habian domeñado en la Galia á naciones poderosas, y aun no las habia agregado á la república por leyes y por un derecho cierto, por una paz sólida; que aquella guerra debia terminarse por el que la habia comenzado; que convenia agradecer á César que prefiriese á la residencia en Roma, á las delicias de Italia, aquellas comarcas tan rudas, aquellas aldehuelas tan rústicas, aquellos hombres tan rudos.

---

(40) Si es verdad que las perlas determinaron á César á invadir la Bretaña, debió padecer notable engaño, porque son muy pequeñas y de color oscuro; ni aun siquiera se pescan en el dia, y eso que la *unio margaritifera* no escasea en los rios de Inglaterra.

(41) CICERON, *Ep. ad. Famil.*, VII, 7, 8, 9. Dion cuenta que fué derrotada toda la infanteria, y aun hubiera sido esterminada, si no hubiera acudido la caballeria. Horacio y Tíbulo hablan en diversos pasajes de la Gran Bretaña como de un pais no domado. No fué, pues, la espedicion tan gloriosa como la supone César en sus *Comentarios*.

(42) *De bell. gall.*, VI, 36.

(43) PLUTARCO, *Vida de César*.

(44) *De provinciis consularibus*.

César era deudor de aquel apoyo y de aquellos sufragios indispensables para la prolongacion de su mando, ante todo al buen éxito, que es la más poderosa de todas las recomendaciones para la muchedumbre; después al dinero hábilmente prodigado para halagar al vulgo y para ganar á los demagogos. Compró en 20,000,000 y medio un terreno espacioso, en el que hizo preparar un foro rodeado de pórticos de mármol, gran seduccion respecto al pueblo. A costa de 8,000.000 y medio se aseguró la neutralidad del cónsul Emilio; pagó en 12,300.000 pesetas la connivencia de un tribuno. Estas eran otras tantas armas que disponia contra su patria. Pero para atender á estos enormes dispendios se veia obligado á aumentar los tributos; despojaba los lugares sagrados; destituia á los magistrados nacionales á fin de enriquecer á gentes que estaban bajo la dependencia de Roma y de él mismo. De este modo se aumentó el general descontento, y cuando llegó á estallar por último, la conservacion de las Galias no costó menos que su conquista.

Sublevacion en las Galias.—Viendose amenazada la faccion druídica en Carnuto, fué la primera que lanzó el grito de insurreccion (53); repitióse la misma noche de choza en choza en un espacio de ciento sesenta millas. En Genabo (*Orleans*) son asesinados los comerciantes extranjeros, y Vercingetorix toma el mando de los insurgentes.

Vercingetorix.—Este jóven, de una antigua familia de Arvernia (45), era hermano de Cetill, que habia sido muerto cuando aspiraba á la tirania. Vercingetorix, animado de sentimientos generosos y patrióticos, enemigo declarado de los invasores, no se habia dejado seducir por las insinuaciones de César. Urde una conjura, consigue sublevar el pais, llama á las armas hasta á los siervos de las campiñas, amenaza á los cobardes con entregarles al fuego, y en breve se halla dispuesto á atacar á la provincia Narbonense y los cuarteles de invierno de los romanos.

Sabedor de esta noticia, acude César, á pesar de lo crudo de la estacion con su celeridad prodigiosa: consolida la fidelidad de los vacilantes narbonenses, y cruzando á través de las nieves, cae sobre los arvernos. Vercingetorix determina á los galos á incendiar todas las casas aisladas y las ciudades incapaces de defensa, para que no pudieran servir de albergue al enemigo, ni de refugio á los cobardes. En un solo dia fueron entregadas á las llamas más de mil aldehuelas de los biturigos; ejecutóse lo mismo entre los carnutos y en otras partes; y la poblacion se dirigia desnuda y abrumada de padecimientos hácia las fronteras, consolada, sin embargo, con el pensamiento de la salvacion de la patria que no se derrumba con los muros de las ciudades.

Es necesario leer en los mismos comentarios de César los prodigiosos esfuerzos que tuvo que hacer, ora contra aquellos insurgentes reunidos en un mismo punto, ora contra los que se emboscaban por bandas sueltas en la espesura ó á la salida de los valles. Pero aun cuando el intrépido Vercingetorix no se entibió nunca, aunque los suyos habian jurado no volver á sus hogares hasta haber atravesado dos veces las filas enemigas, César logró sostenerse en el pais, merced á la disciplina, á una rara habilidad militar, empleando alternativamente la fuerza y la dulzura, sembrando diestramente la discordia entre los mismos galos. Habia levantado entre los más resueltos galos una legion entera que tenia por enseña una alondra; y sirvióle con un valor sin igual, primero en las Galias y después en Italia.

Toma de Avarico.—Habíase reconcentrado bajo Avarico (*Bourges*) (52) lo recio de la guerra, asedióla César, la tomó después de una tenaz resistencia, y treinta y nueve mil doscientas personas inermes fueron pasadas á cuchillo por los vencedores. Á pesar de todo el procónsul, no desprovisto de humanidad, cuenta con espantosa sangre fria semejante matanza, sin añadir una sola palabra de compasion ó de escusa, nada que indique por su parte una tentativa á fin de ponerle coto (46).

Solo ochocientos galos pudieron escaparse de aquella carniceria y se refugiaron al lado de Vercingetorix, ocupado en suscitar nuevos enemigos á Roma. A pesar de su superioridad sobre los galos en el arte del ataque de las plazas, se vió obligado César á levantar el sitio de Gergovia, la mejor fortificada de las ciudades insurgentes. Tocados entonces los eduos de un noble sonrojo, se declararon en favor de los sublevados, y acreditando el denuedo de hombres recientemente convertidos, se unieron á Vercingetorix, que fué proclamado generalísimo. Reconcentró éste sus fuerzas bajo los muros de Alesia (*Alise*), ciudad que se suponia edificada por el Hércules tirio, pero en breve el hambre la redujo al último apuro. Critognato propuso que se comieran las personas inútiles, como habian hecho sus padres en tiempo de la guerra contra los cimbros; y túvose por mejor espulsarlos. Aquellos infelices llegaron, pues, al campamento de César con las lágrimas en los ojos; pero en vez de obtener la compasion debida á gentes desarmadas, fueron repelidos á flechazos; y los que sobrevi-

(45) La Saussaye ha dado en la *Revista numismática* de 1838 la descripcion de una moneda atribuida á Vercingetorix del peso de ciento treinta cinco granos. Presenta el símbolo ∽ que parece propio de Arvernia, ó quizá especialmente de Gergovia, así como Solimariaca tenia este otro °°.

(46) De bello gall., VII: *Parsque ibi cum angusto exitu portarum se ipsi premerent, a militibus, pars jam egressa portis, ad equitibus est interfecta; nec fuit quispiam qui prædæ studeret; sic et Genabea cæde et labore operis incitati, non ætate confectis, non mulieribus, non infantibus pepercerunt. Denique ex omni eo numero, qui fui circiter quadraginta millium, vix octingenti qui, primo clamore audito, se ex oppido ejercerunt, incolumnes ad Vercingetorigem pervenerunt.*

vieron á tan bárbara acogida murieron pronto de hambre.

En lo más recio del peligro habia despedido Vercingetorix á sus ginetes con el fin de que se derramasen por las campiñas, atizando en todas partes la guerra. Instantáneamente resuena el grito de alarma desde el Garona hasta el Rhin, y desde los Alpes hasta el Océano, y se adelantan hacia Alesia doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos. Seria imposible ponderar cuanto valor desplegaron los confederados, pero eran totalmente estraños al arte de los asedios, como al de establecer un campamento, y los romanos eran, bajo estos aspectos, grandes maestros. Al reves, menospreciaban la táctica, persuadidos de que el valor era la única ciencia de la guerra. Además, su carácter ligero y temerario les hacia incapaces de sostener con perseverancia esfuerzos comenzados con estraordinario ímpetu. Prevaleció la disciplina; y habiendo sido dispersado aquel ejército, en que cifraban toda su esperanza los de Alesia, solicitaron entrar en negociaciones. Pero César exigió que le entregasen su caudillo y sus armas y se rindieran á discrecion; entonces Vercingetorix, monta á caballo, se hace abrir la puerta, y lanzándose á galope llega ante el tribunal del procónsul: dá la vuelta en torno, luego arroja á los piés del romano su espada, su casco y su javelina.

Vercingetorix prisionero.—Con espanto contemplan los legionarios su gigantesca estatura y César le acusa de haber correspondido mal á sus favores. Llamaba favores las insinuaciones que le habia hecho para inducirle á que fuese traidor á su patria, é ingratitud á sus generosos esfuerzos para defenderla hasta el último estremo. De órden suya fué enviado Vercingetorix á Roma cargado de cadenas. Vinieron á ser esclavos los defensores de Alesia, tocando uno á cada soldado romano.

Sometiéronse los eduos (51) así como los arvernos, pero el eduo Suro, el atrebato Comm, Ambiorix, Luctero, amigo de Vercingetorix, Grutuato, caudillo de los carnutos, Dumnac de los andos, Correo de los bellovacos, Drapetes el senonés, no desesperaban de la causa nacional todavia; é instruidos por la esperiencia, conocieron que la guerra seria más segura peleando por bandas en diferentes puntos. Establecieron, pues, tres centros de accion; al Norte, entre los bellovacos; al Occidente entre los andos; al Mediodia entre los cadurcos, y durante este tiempo debian inquietar los trevirenos á Labieno, segundo de César.

Con aquella presteza que da al traste con toda precaucion, cae el procónsul sobre los biturigos y los derrota. Entonces abandonaron su pais gran número de ellos para dirigirse á distantes confines, donde al menos no vieran á los romanos. ¡Desventurados de los que caian en manos de los vencedores! Se azotaba á los jefes, decapitándolos luego. Otras veces se cortaban las manos á todos los prisioneros por órden de aquel mismo César cuya humanidad natural y cuya generosidad encomiaban unánimes voces (47); por César, que solia decir que la idea de una sola crueldad seria para su vejez una penosísima compañera.

Por último, en el espacio de diez años la heróica resistencia de la Galia fué domeñada por la prodigiosa actividad de aquel hombre. Pudo presentar César como trofeos mil ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos sometidos, tres millones de vencidos entre los que habia un millon de muertos y otros tantos prisioneros (48). Esforzándose entonces por cicatrizar las llagas del pais, recorrió las ciudades, hizo ostentacion de dulzura, y les dejó leyes adecuadas á sus necesidades: no agravó la suerte de los vencidos con confiscaciones, proscripciones, ni colonias militares. Un impuesto de 40.000,000 de sextercios se disfrazó con el nombre de estipendio militar, y la nueva provincia de la Galia cabelluda (*comata*) obtiene privilegios superiores, á los de la Galia *togata*.

Evitó el procónsul cuanto pudiera ajar á hombres de carácter irascible, agriados aun por recientes heridas. Habiendo encontrado sus soldados en un templo su espada, que habia perdido lidiando en la Secuania, les dijo sonriendo: *Dejadla ahí, es sagrada*. De este modo conquistó la adhesion de los galos. La legion de veteranos transalpinos, que llevaban en sus cascos la alondra (49) símbolo de vigilancia, fué asemejada á las legiones romanas en el equipo, el sueldo y las prerogativas. César alistó como ausiliares á los galos, á quienes destinó á las diferentes armas en que prevalecian; sacó de la Bélgica infanteria pesada, infanteria ligera de la Aquitania y de la Arvernia: tuvo arqueros rutenos, sin hablar aquí de la caballeria. Acaso eran fuerzas que quitaba á sus rivales y á su patria para adquirir prendas de seguridad á la par que instrumentos para nuevas espediciones. Cierto es que ya fuese á consecuencia de esta precaucion, ya tambien de algunas irrupciones de los germanos, no ocurrió á los galos la idea ó no tuvieron voluntad de aprovecharse de la guerra civil para recuperar su independencia.

---

(47) HIRTIUS, 44. *Quam suam lenitatem cognitam omnibus sciret, neque vereretur ne quid crudelitate naturæ videretur arperius feccisse.*

(48) PLUTARCO en *César*, 15: Πόλεις μὲν ὑπὲρ ὀκτακόσιας κατὰ κράτος εἷλεν, ἔθνη δὲ ἐχειρώσατο τριακόσια. μυριάσι δὲ παραταξάμενος κατὰ μέρος τριακοσίαις, ἑκατὸν μὲν ἐν χερσὶ διέφθειρεν, ἄλλας δὲ τοσαύτας ἐζώγρησε.

(49) Esto recuerda la lechuza de los vendeanos en las guerras en la Revolucion francesa.

CAPÍTULO XIV

ROMA DURANTE EL PRIMER TRIUNVIRATO.

Durante los diez años que César habia hecho la guerra en las Galias, estuvo Roma entregada á la anarquia más desconsoladora; podia compararse á un corcel que roto el freno, necesita de un implacable domador. La disminucion de las riquezas entre la mayor parte de los ciudadanos, habia aumentado el poder de un pequeño número de opulentos. Cuando en otro tiempo las magistraturas de poca duracion repartidas entre tantas personas, oponian alternativamente un obstáculo á las tentativas de los ambiciosos, no dejaban á los ciudadanos el tiempo de ser deslumbrados por la gloria de uno solo; y en la época en que estamos, los mandos prolongados y las comisiones importantes acumuladas en una sola persona, acostumbraban á considerar una causa como identificada con el hombre que la sostenia. Como consecuencia de un abuso semejante, Pompeyo se habia ganado el favor del pueblo derogando las leyes de Sila, restrictivas de la autoridad de los tribunos, vió dos veces abrírsele el camino del trono y dos veces le faltó fuerza ó resolucion para lanzarse á él. Aspiraba á la dictadura de Sila, pero no por las armas á imitacion suya, sino por los sufragios del pueblo. Dejaba que se gastasen en la paz los poderes que habia adquirido en la guerra, moviéndose mucho para hacerse alabar, para mostrarse necesario, lisongear las pasiones, y hasta sirviéndose de los hombres más desacreditados para turbar la tranquilidad pública, con la esperanza de que las gentes honradas le ofreciesen el poder supremo. Pareció que rompia enteramente con los nobles, cuando cansado de una intriga que su muger Mucia, hermana de los dos Metelos, sostenia con César, la repudió y volvió á casarse á la edad de cincuenta años. Empezó entonces á gastar mucho para ganarse el afecto del pueblo, formando deliciosos jardines, construyendo un teatro para los espectáculos públicos y haciendo pelear elefantes y leones en la arena hasta morir (1).

Pretendiendo Caton hacer doblegar los hechos á la inflexibilidad de las doctrinas, dañaba á su patria, á la que queria hacer volver á un pasado que no debia ya renacer, en lugar de dirigirla hácia un porvenir inevitable. Proponia al Senado entregar á los germanos al vencedor de los galos, hacia sospechoso á Pompeyo y contrariaba á Ciceron. No dejaba, sin embargo, de dedicarse al tráfico de esclavos y cedia al rico Hortensio su mujer joven aun, para volverla á tomar vieja y opulenta.

Para llegar á ser un gran hombre de Estado faltó á Ciceron la resuelta y tenaz energia que hace frente á los acontecimientos; mas no podia esperarse de aquella alma apasionada que se decidiera á trastornar el antiguo órden de cosas: carecia de la poderosa abnegacion de sí mismo; no preveia el porvenir, mucho menos mirándolo á través de sus propios afectos y odios, de sus propias esperanzas y de sus temores. Avergonzábase de vez en cuando por sus vacilaciones, sin que por ello se decidiese á tomar más firmes consejos. Envanecido con su

---

(1) Ciceron en un momento de mal humor quiere parecer descontento de aquellos juegos ofrecidos al pueblo por Pompeyo. «Hay hace cinco dias dos magníficas cacerías; ¿quién lo niega? ¿Pero qué diversion puede encontrar un hombre que se ocupa de los negocios, en ver, ya á un hombre débil hecho pedazos por un animal fuerte, ó á un noble animal atravesado por un cazador? El último dia hemos tenido á los elefantes, lo cual el vulgo y el populacho miraban como una maravilla, pero no causó ningun placer; se notó hasta cierta compasion, y como una idea de que este animal tuviera alguna afinidad con la especie humana.» *Epístolas*, lib. VII, á M. Mario.—Cosa estraña, la vista de un hombre hecho pedazos, causa *poca diversion*, y un elefante al que se da muerte escita la compasion.

togado triunfo, no sabia sino recordar su consulado y Catilina, el inminente incendio y los puñales aguzados en la sombra. Escitaba con esto la envidia, y tenemos como prueba de ello una violenta invectiva contra él, que se atribuye á Salustio, en la cual (dejando aparte los ataques contra sus costumbres, las de su mujer y las de su hija) le decian:—«¿Tú alabarte de la conjuracion sofocada? Deberias avergonzarte de que ha sido trastornada la república bajo tu consulado. Todo lo has arreglado en tu casa con tu mujer Terencia; habeis decidido, segun os convenia, quien habia de ser condenado á muerte y quien multado. Un ciudadano te construia tu casa, otro tu quinta de recreo de Túsculo, y otro tercero la de Pompeya: estos eran los que te parecian hombres de bien. Todos los que no querian hacer otro tanto, eran miserables que te tendian lazos en el Senado, iban á asaltar tu casa y amenazaban incendiar la ciudad. A fin de probar que digo verdad, pregunto: ¿qué patrimonio tenias entonces? ¿qué patrimonio tienes ahora? ¿qué opulencia no has adquirido fomentando procesos? ¿con qué has conseguido tus ricas casas de campo? Con la sangre y las entrañas de los ciudadanos; tú, suplicante para con tus enemigos, insolente para con tus amigos é innoble en todos tus actos. Y te atreves á decir: *¡O Roma afortunada nacida bajo mi consulado!* Por el contrario muy desgraciada, por haber sufrido una detestable persecucion cuando te apoderaste de los juicios y de las leyes. Y sin embargo, no cesas de fastidiarnos esclamando: *Cedan las armas á la toga, el laurel á la palabra;* tú que piensas en política de una manera en pié y sentado de otra, eres una veleta que no sabes fijarte en nada» (2).

Esta última acusacion era fundada, porque Ciceron, de gran enemigo que era de César y Craso, se hizo su panegirista desde que los vió unidos; de acalorado partidario de Pompeyo, habia llegado á atreverse á dirigir contra él algunos tiros, á hacer alusion al objeto y peligros del triunvirato, y á estimular la oposicion de Caton. Los que eran dueños del poder vieron con enojo tales libertades, y aunque hubieran podido comprarle con facilidad, concediéndole el augurado que ambicionaba (3), prefirieron lanzar contra él á Publio Clodio.

Clodio.—Este era de familia patricia, pero su juventud habia sido deshonrada por un libertinaje desenfrenado (4).

Entre otras intrigas habia galanteado á Pompeya, tercera mujer de César, que guardada por Aurelia, su suegra, y por Julia su cuñada, no podia hallarse en compañia de él. Uso antiquísimo era que al fin del año consular se juntaran las mujeres de más alta clase con las vestales en la morada del cónsul ó del pretor, para ofrecer allí un sacrificio á la buena diosa, cuyo nombre no era conocido más que por las mujeres. Aquellos ritos se celebraban con tal misterio, que los antiguos no nos suministran otra noticia respecto de este punto, sino que allí se cantaba y se tocaban instrumentos. Ningun hombre incluso el dueño de la casa, podia asistir á las sagradas ceremonias: se llegaba hasta el estremo de cubrir con un velo las imágenes de los hombres y de los animales machos (5).

Como esta ceremonia debia celebrarse en casa de César, gran pontífice entonces, Clodio (59) se puso en inteligencia con su querida para penetrar disfrazado de cantatriz en aquel recinto. Introducido por una esclava en el aposento de Pompeya, se le hizo largo el tiempo y salió á buscarla; pero otra esclava á quien pareció sospechoso, le dirigió alguna pregunta, conoció en la voz que era hombre, y dando fuertes gritos reveló el sacrilegio. En el mismo instante se interrumpieron los misterios y se cerraron las puertas. Descubierto en breve Clodio, es arrojado de allí con invectivas y cunde el rumor por la ciudad toda. Hállase, pues, Clodio acusado públicamente de sacrilegio; pero poseia dinero para corromper, lascivas caricias para seducir (6) y sicarios para infundir miedo. Animadísimo en contra suya Ciceron por Terencia, su esposa, celosa de Clodia, hermana del acusado, y amada del orador, acabó por ceder á las persuasiones de esta última, y no depuso más que lo que habia cundido de boca en boca (7). Cuéntase que en vez de mandar distribuir el cónsul Calpurnio Pison al pueblo las dos señales, una con la letra para la absolucion y otra para la condena, hizo que ambas fueran absolutorias. A pesar de los esfuerzos de Caton para que se suspendiera aquel inícuo juicio, los hombres que Clodio habia comprado, quisieron que continuara y

(2) QUINTILIANO, *Instit., orat.*

(3) *Et quoniam Nepos proficiscitur cuinam auguratus deferatur? quo quidem uno ego ab istis capi possum. Vide levitatem meam.* Ad Att., II, 5.

(4) *Quis enim ulla ullius boni spem haberet in eo, cujus primum tempus ætatis palam fuisset ad omnes libidines divulgatum? qui ne a sanctissima quidem parte corporis potuisset hominum impuram intemperantiam propulsare? qui cum suam rem non minus strenue quam postea publicam confecisset, egestatem et luxuriam domestico lenocinio sustentavit?*—Así se esplicaba Ciceron en el Senado *(post reditum,* 5). Otra vez recordaba que: *Primam illam ætatulam suam ad scurrarum locupletium libidines detulit: quorum intemperantia expleta in domesticis est germanitatis stupris volutatus, etiam Cilicum libidines barbarorumque satiavit, etc.* De harusp. responsis, 21.

(5) .....*Ubi velari pictura jubetur*
Quæcumque alterius sextus imitata figura est.
JUV., VI, 389.

(6) *Jam vero (dii boni! rem perditam!) etiam nocte certarum mulierum atque adolescentulorum nobilium introductiones nonnullis judicibus pro mercedis cumulo fuerunt.* CICERON, ad Att. I, 16.

(7) Lo dice Plutarco, y aun parece que el mismo Ciceron lo declara: *Nosmetipsi, qui Lycurgei, a principio fuissemus, quotidie demitigamur. Neque dixi quidquam pro testimonio, nisi quod erat ita notum atque testatum, ut non possem præterire.* Id., 13, 16.

el acusado fué absuelto. Con razon decia Cátulo señalando á los centinelas puestos para reprimir el tumulto que se temia, que estaban situados allí para proteger el dinero recibido por los jueces. Hasta el mismo César habia desistido por no desagradar á la muchedumbre; y citado como testigo declaró que nada tenia que decir contra Clodio. No por eso dejó de repudiar á su esposa, y como sorprendiera contradiccion semejante, dijo: *De la mujer de César ni aun se deben tener sospechas.*

Seguro Clodio de su impunidad por aquel fallo, adquirió doble fuerza su osadia, y escoltado por una tropa de gladiadores á sueldo, hacia temblar á aquellos pobres libertos que, llenando el foro, representaban la magestad del pueblo romano. Luego como era de raza noble, hizo que un plebeyo le adoptara á fin de poder ser elegido tribuno del pueblo.

No bien fué revestido con estas funciones creyó que era llegada la hora de su venganza, porque el asunto del sacrilegio le habia dejado contra Ciceron inextinguible odio. Por otra parte veia como le apoyaban los triunviros, que sin que lo pareciera, ejercian el poder por sus manos. Empezó el nuevo tribuno por grangearse la voluntad del pueblo, limitando la autoridad de los censores, á quienes quitó el derecho de degradar á los senadores y á los caballeros. Antes decidia la suerte acerca de la distribucion de las provincias entre los cónsules, y se decretó por órden suya que en lo sucesivo hicieran aquella distribucion los comicios por tribus. De este modo se designaron inmensos paises á cada uno de ellos (58), como á Pison, la Macedonia, la Acaya, la Tesalia, la Beocia: á Gabinio, la Siria y la mayor parte de los Estados de Asia.

Viendo Ciceron como se condensaba la nube, compró al tribuno Mummio, á fin de que se opusiera á su colega en todo. Pero Clodio juró á Ciceron no emprender nada en contra suya ni de sus intereses; de lo cual salieron garantes Pompeyo y César, á condicion de que se comprometiera Mummio á desistir de su oposicion obstinada. Tulio cayó en la red que se le tendia, y libre Clodio de su oponente, hizo que decretara el pueblo que no se necesitaria de los augures para las leyes que se propusieran á los comicios de los tribunos: su objeto era orillar de este modo el obstáculo de la religion, de que hubieran podido servirse los amigos de Tulio en favor suyo.

Tan luego como lo ha preparado todo, hace que se establezca una ley á fin de que se formule acusacion contra todo el que haya enviado al suplicio á un ciudadano, sin que haya confirmado el pueblo préviamente la sentencia. No cabiendo á Ciceron duda de que aquello era una arma en su contra, se vistió de luto, se dejó crecer la barba y suplicó á sus amigos que tomaran su defensa. Hasta el mismo Senado se despojó de la púrpura en señal de afliccion, hasta que le ordenaron los cónsules que volviera á vestírsela. Dos mil caballeros con traje negro iban interceciendo en favor del acusado, sirviéndole de escolta contra los sicarios de Clodio, que tomaban á juego insultar cuanto podian al humillado orador.

Tan desalentado al primer golpe como glorioso se habia mostrado en otro tiempo, pedia á los demás consejos que no encontraba en sí mismo. Lúculo le invitaba á permanecer firme y á aniquilar á sus adversarios al frente de los caballeros y de todos los ciudadanos que tuvieran empeño en el bien público. Caton y Hortensio le exhortaban á no imitar á Catilina y á conservarse sin tacha. César le proponia guarecerse contra la tormenta, llevándole consigo y en calidad de su segundo á la Galia: por no haber aceptado esta proposicion, que era la más honorífica, se hizo en César un enemigo. Olvidando el mismo Pompeyo á un amigo que habia llegado hasta decir que creia justo y verdadero todo lo que le era útil y agradable (8), le abandonó y se retiró al campo. Cuando Ciceron le envió su yerno para implorar su asistencia, alegó escusas: cuando fué él personalmente, mandó que le dijeran que habia regresado á Roma. Derecho tenia, pues, Ciceron de irritarse contra el que alabándole cara á cara, le envidiaba en secreto, y no tenia en el fondo nada de honrado en política, nada de noble, enérgico ni independiente (9).

Ciceron desterrado. — Hallóse en fin Ciceron solo contra Clodio, quien le acusó abiertamente ante las tribus del asesinato de Léntulo, de Cetego y de otros caballeros romanos. Decidiéndose por último á ceder á las circuntancias salió de la ciudad de noche (1.° de abril). El espanto que le infundió Clodio, le hizo más rudas las vicisitudes del destierro. Cerróle sus puertas Vibona, ciudad de la Lucania, que le habia elegido como protector suyo. Esperaba encontrar en Sicilia, teatro de su gloria durante su cuestura, cliente suya contra Verres, un asilo honroso, especialmente cerca del pretor Virgilio, que se lo debia todo; pero hubo de convencerse de que el infortunio es la piedra de toque de los ingratos (10). Repelido por aquella parte, encontró una hospitalidad valerosa en Brindis dentro de los jardines de Lenio Flaco; mas no creyendo prudente permanecer largo tiempo en el mismo punto, tuvo por mejor embarcarse.

¿Y dónde podia arribar después de todo? Grecia y el Epiro estaban infestadas por bandas de soldados estipendiados por Antonio, su enemigo. Pison, hechura de Clodio, gobernaba la Macedonia. Pre-

---

(8) *Tantum enim animi inductio et mehercule amor erga Pompejum apud me valet, ut quæ illi utilia sunt et quæ ille vult, ea mihi omnia jam et recta et vera videantur.* Ad. fam., I, 9.

(9) *Nos, ut ostendit, admodum diligit!... aperte laudat; occulte, sed ita, ut perspicuum sit, invidit; nihil come, nihil simplex, nihil* ἐν τοῖς πολιτικοῖς *honestum, nihil ilustre, nihil forte, nihil liberum.* Ad. Att. I, 13.

(10) Véase además de las cartas el discurso *Pro Planco*, 40.

firió á Cízico en la Misia. Habiendo desembarcado en Durazzo halló una acogida capaz de dulcificar las amarguras del destierro; pero el gran orador carecia de fuerzas contra la pesadumbre, dirigiendo de contínuo sus miradas y su pensamiento hácia su patria (11). Después de haber apurado para consolarle cuanto enseñaba su escuela, todo aquello de que el mismo Ciceron habia hecho alarde en sus discusiones filosóficas, pusieron los griegos en juego los augurios y los sueños, asegurándole que le prometian inmediato retorno á su patria. Abandonóles con esta esperanza y se dirigió á Tesalónica. Allí llora, se desespera, desea morir, quiere matarse, maneras todas de hacer hablar de sí, cuando teme que todo el mundo le olvide.

Entretanto Clodio, triunfante con su fuga como de una victoria, mandó que se decretara el destierro de Ciceron á cuatrocientas millas de Roma, la confiscacion de sus bienes, la demolicion de sus casas en la ciudad y en el campo, y la consagracion por los pontífices del terreno sobre que se alzaban, á fin de que no hubiera restitucion posible. Pero cuando sus bienes se pusieron á subasta nadie se presentó para adquirirlos.

A fin de desembarazarse así de la oposicion y de las protestas de Caton, le encargó Clodio la ejecucion del decreto que habia pronunciado la confiscacion de los bienes y de los Estados del rey de Chipre (58), que los romanos pretendian en virtud de un testamento de Tolomeo Alejandro II.

Entonces ya no tuvieron obstáculos los triunviros; pero Clodio habia llegado en el ejercicio del poder hasta el punto de hacer frente á sus mismos protectores, habiendo obligado á Lucio Flavio á poner en sus manos al jóven Tigranes, que le habia confiado Pompeyo, y habiéndole vuelto á enviar á Armenia, donde no podia menos de suscitar turbulencias. Pompeyo con llamar á Ciceron pensó vengarse del atrevido demagogo.

---

(11) Llenas están sus cartas de deplorables lamentaciones: «Me consumo de pesar, mi querida Terencia; soy más infeliz que tú, aun siendo muy desgraciada, porque además del comun infortunio tengo que deplorar mi yerro. Mi deber era evitar el peligro aceptando una legacion, ó resistir con presteza y con las armas, ó sucumbir como hombre de corazon esforzado. Nada podia ser más miserable, más bochornoso, más indigno que esto..... Dia y noche tengo vuestra afliccion delante de mis ojos. Muchos me son enemigos, casi todos me envidian. Os escribo pocas veces porque estoy desalentado á todas horas: cuando os escribo ó leo vuestras cartas prorumpo en llanto, sin que me sea dado reprimirlo. ¡oh! ¿Porqué tuve tanto apego á la vida? ¡oh! ¡Soy perdido! ¡oh, me abruma el desconsuelo! ¿Qué será de Tulieta? A vos os toca pensar en ella, porque mi espíritu decae.....» No puedo deciros más, me impide continuar la angustia.» Hé aquí porque Asinio Polion decia (ap. SÉNECA). *Omnium adversorum nihil, ut viro dignum est, tulit, præter mortem,* Luego añade: *Si quis tamen virtutibus vitia pensarit, vir magnus, acer, memorabilis fuit, et in cujus laudes oratione persequendas Cicerone laudatore opus fuerit.*

Vuelta de Ciceron.— Fué acogida la propuesta por el Senado con calor inesplicable, como medio para que el partido popular fuera vencido (12). Cuando se hizo la demanda ante el pueblo, compareció Clodio en el foro con su banda de gladiadores, á fin de imponer miedo á los amigos de Ciceron; pero Tito Annio Milon, su colega, hombre de mano no menos audaz que el otro, imitó su ejemplo; y mientras que las dos bandas se contemplaban con feroz mirada, pasó el decreto.

Sin perder un instante partió Ciceron de Tesalónica dirigiéndose á Durazzo, y de allí á Brindis, desde donde marchó á Roma como en verdadero triunfo. Festejáronle á porfia todas las ciudades municipales, todas las colonias por donde pasara: luego le salió el Senado al encuentro hasta la puerta Capena, y le condujo al Capitolio, desde donde fué trasladado á su casa en brazos de los ciudadanos (13).

---

(12) *Virtutem incolumem odimus*
Sublatam ex oculis quærimus, invidi.
HORACIO.

(13) «¿Qué otro ciudadano ha sido recomendado como yo por el Senado á las naciones extranjeras? ¿Ha rendido públicamente gracias el Senado á los aliados de Roma por la salvacion de otro alguno? Solo por mí han ordenado los padres conscriptos en un decreto á los gobernadores de las provincias, á los cuestores y á los lugartenientes velar por la salud y por la vida de un desterrado. Desde que se edificó Roma solo en mi causa ha acontecido que por un decreto del Senado y por cartas consulares se ha convocado á todos cuantos tuvieran empeño por el bien de la república en Italia. Lo que nunca habia decretado el Senado en el mayor peligro de la república, tuvo á bien decretarlo por la salvacion de mi persona. ¿Hubo nadie que fuese pedido una vez y otra como yo por la curia, sentido por el foro, y echado de menos hasta por los mismos tribunales? Todo quedó desierto, horrible, mudo á mi partida, lleno de luto y de tristeza. ¿Hay sitio en Italia donde no se hayan perpetuado en los monumentos públicos la celosa solicitud por mi conservacion y los testimonios de mi dignidad? ¿de qué sirve recordar aquel senatus-consulto respecto de mi persona? ¿A qué hacer memoria de lo que pasó en el templo de Júpiter grandísimo y muy bueno, cuando el héroe, cuyo triunfo triple anunció que las tres partes del mundo estaban reunidas al imperio, declaró que yo solo habia salvado á la patria, declaracion que fué sancionada por el Senado en masa á escepcion de un solo enemigo? ¿A qué repetir lo que se decretó el dia siguiente en la curia, á instancias del pueblo romano y de los ciudadanos llegados de los municipios á fin de que nadie opusiera obstáculos ó causara dilaciones alegando auspicios, y que los contraventores fueran declarados perturbadores del público reposo y perseguidos inmediatamente? Habiendo puesto trabas el Senado con esta severidad á la perversa osadia de algunos, añadió, que si durante cinco dias, término en que podia cuestionarse acerca de todo lo concerniente á mi persona, no se habia resuelto nada, volviera yo á mi patria recuperando todas mis dignidades.

»Al mismo tiempo decretó el Senado, que se dieran gracias á todos los que habian acudido de Italia por causa mia, invitándoles á hacer lo mismo cuando se debatiera nuevamente el asunto. Tanto era el afan de todos por salvarme, que cuantos eran requeridos por el Senado en favor

Logrando nuevamente ingreso en el Senado puso su rejuvenecido crédito al servicio de Pompeyo empeñándose en hacer memoria de su beneficio reciente y no de su abandono; y exajerando quizá el peligro de una carestía, le hizo atribuir el cargo de proveer á la ciudad de cereales por un quinquenio con plenos poderes para todos los puertos del Mediterráneo. Pompeyo en recompensa mandó que le restituyeran los pontífices el terreno de su casa y señalasen del tesoro público 2.000,000 de sextercios para reconstruirla, 500,000 para su quinta Tusculana, y 250,000 para la de Formio.

A pesar de que Catón desaprobaba constantemente los gladiadores y los atletas, como gentes siempre peligrosas á la ciudad, habia reunido cierto número de ellos y aspiraba á verificar su venta á escondidas y sin meter ruido. Hizo Milon que se los compraran para sí, y luego con estrepitosas carcajadas del público divulgó el suceso (14). Con aquellos bandidos tenia Milon á raya á Clodio, que pretendia estorbar la reconstruccion de las casas de campo de Ciceron.

Asesinato de Clodio.—Cotidianamente perturbaban la tranquilidad pública aquellos dos jefes de bandas, parapetados en sus casas y amenazadores en las calles. Al cabo sintiéndose Milon fuerte con el apoyo de Pompeyo y de Ciceron, que habia llegado hasta decir que Clodio era una víctima reservada á la espada de su rival, como le encontrase en su camino, llegó con él á las manos y le dió muerte (83).

Sublevóse el pueblo y saqueó la curia para alimentar la hoguera de Clodio. Después atacó á Milon, que, bien fortificado en su morada y rodeado de gladiadores, le rechazó. Citado á juicio se le requirió, segun costumbre, para que entregara á sus esclavos y fuesen interrogados en el tormento: respondió que los habia declarado libertos á todos, y que no podia ser puesto en el tormento ningun hombre libre. Habia, pues, imposibilidad de tener testigos del hecho, y por otra parte, á fin de justificarle hacia Ciceron uso de todos los espedientes de un hábil abogado. Satisfecho Pompeyo con verse libre de Clodio, se cuidó muy poco de salvar á su asesino; pero Tulio, mucho más elocuente que animoso, tuvo miedo á los satélites de Clodio, de manera que no pronunció el escelente discurso que habia preparado, y dejó que Milon se marchara desterrado á Marsella, donde se consoló comiendo esquisito pescado.

Roma en tanto se hallaba á merced de los triunviros y de cualquier bribon dispuesto á colocarse á la cabeza de un partido. Haciendo sombra á Craso y á Pompeyo la gloria de que se cubria César en las Galias, aspiraban al consulado; más desesperaban de salir airosos contra Domicio Enobarbo, que habia protestado de hacer que se revocara el proconsulado de César. Ahora bien, cierto dia que Domicio iba al lado de Catón muy de madrugada por la ciudad, á fin de solicitar sufragios, cayó sobre él una tropa de bandidos, hirió á Catón y mató al esclavo que llevaba la tea encendida delante de ellos (55). Entonces impidieron los tribunos la reunion de los comicios, de manera que Roma quedó sin cónsules. Vistióse de luto el Senado, y viendo luego que no habia otra manera de restablecer la tranquilidad, propuso el consulado á Craso y á Pompeyo, quienes de este modo fueron elegidos para los cargos, objeto de sus ambiciones.

Para no ser peor tratados que César y no estar desarmados mientras él se grangeaba la adhesion de un ejército con sus triunfos, hicieron que se decretase á Pompeyo la España, á Craso la Siria, el Egipto y Macedonia. Consintió en ello César á trueque de que no se le perturbara en el proconsulado. Catón, que opuso resistencia y quiso poner de manifiesto los peligros de los mandos prolongados, fué aprisionado por el tribuno Cayo Trebonio: decretóse enseguida que no serian reemplazados los gobernadores, sino después de transcurrir cinco años; que podrian alzar tropas á su albedrío, y exigir de los aliados las contribuciones y las tropas necesarias.

Carácter de Pompeyo.—Una prosperidad sin dificultades habia estorbado á Pompeyo adquirir aquel vigoroso temple de alma, que solo la adversidad proporciona. Colmado de elogios y saludado con el título de *imperator*, cuando aun no era más que un niño, se creyó necesario á la patria, á la libertad, al pueblo y al Senado, que alternativamente se habian echado en sus brazos, seguros de poderse desprender de ellos cuando les conviniera. Más ambicioso en la apariencia que en la realidad no pensaba en hacerse popular por los medios comunes, frecuentando el foro, asistiendo á los clientes, acusando ó defendiendo. Al revés, ceñido con

---

mio, suplicaban al Senado en mi obsequio. Y tan verdad es esto, que en aquellas circunstancias solo uno disintió abiertamente de aquella voluntad unánime de todas las gentes honradas, y que hasta el cónsul Q. Metelo que en virtud de graves discordias en la república era mi particular enemigo, opinó tambien en mi abono.

»¿Quién ignora tampoco lo que aconteció á mi vuelta? ¿Cómo á mi llegada á Brindis se me hicieron presentes las felicitaciones de toda Italia y de la misma Roma? Las nonas de setiembre fueron el dia de mi desembarco: era tambien el natalicio de mi amada hija, á quien ví por la vez primera después de un dolor acerbo y de lágrimas amargas; y como sabeis era asi mismo el dia de la fundacion de Brindis, y de la dedicacion del templo de Salus. Acogiéronme con el mayor alborozo la familia de Lenio Flaco, su padre y sus hermanos, personas escelentes y llenas de sabiduria, como me habian recibido con tristeza el año precedente y defendido con riesgo propio. Durante todo el viaje parecia que las ciudades de Italia festejaban mi regreso: pululaban en las calles diputados enviados de todas partes: henchidos estaban los alrededores de Roma de una fabulosa muchedumbre, que me prodigaba parabienes; y tal era el anhelante fervor de los que siguieron desde la puerta Capena hasta el Capitolio, y desde el Capitolio á mi casa, que en medio del júbilo general me afligia que una ciudad tan agradecida estuviera tan oprimida y tan miserable:» *Pro Sextio.*

(14) CICERON, *Epístola* á su hermano Quinto, II, 6.

cierta aureola se ocultaba á los ojos del público, ó no se presentaba á él sino con una inconveniente comitiva. Creia honrar á aquellos á quienes queria llamar amigos suyos y les trataba como protector. Siempre aguardaba que llegase á buscarle Roma como su único amparo. Pero tambien la libertad tiene sus delicadezas; quiere que, pareciendo arrancarle sus favores, se le evite la vergüenza de haberlos prodigado.

No debe deducirse de esto que Pompeyo respetase á su patria, porque si no osaba dar cima á nada, sus deseos se estendian á todo: revolvia el agua sin tener habilidad para pescar con ganancia propia; procedia á semejanza de los que, violando la constitucion sin tener fuerzas para sobreponerse á ella, ni quieren obedecer ni saben mandar; funestísimos enemigos de las repúblicas, cuya libertad destronan sin engendrar la calma del despotismo. Su vanidad habia adoptado por táctica hacerse conferir ilimitados poderes, dejarse comparar á Alejandro, oir que una turba de aduladores repitiese que era el único baluarte de Roma, acariciar á los diferentes partidos que solicitaban su apoyo: y de este modo se abrió paso á la tirania, corrompiendo primeramente al pueblo con sus liberalidades, y poniendo precio á sus sufragios; luego escitando al populacho á la rebelion para hacer sentir la necesidad de una dictadura, y uniéndose por último á César y á Craso, cuya armonia, como decia Caton, y no su enemistad, fué la ruina de la libertad. Estas armas, que Pompeyo habia afilado, debian volverse en contra suya, á causa de que no sabia servirse de ellas.

Como ambicionaba sobre todo la apariencia del mando, permaneció en Roma, mientras Craso salió de allí para pelear contra los partos.

CAPÍTULO XV

LOS PARTOS.

La Partia, vasto imperio del Alta Asia, confina al Oriente con la Bactriana y con la India septentrional: al Poniente con la Media; al Norte con la Hircania; al Mediodia con la Caramania desierta. Fué residencia de sus reyes Hecatómpila, hasta la época en que, dueños de la Asiria, pasaron el verano en Ecbatana, y el invierno en Ctesifonte junto al Tigris. Sometida á la Persia, cayó con ella bajo la autoridad del gran macedonio. A su muerte quedó descuidada en virtud de su pobreza, y tocó en el reparto á Seleuco Nicanor, quien la legó á sus descendientes hasta Antíoco Dios. Por último, habiendo asesinado Arsaces Fileleno, en venganza de un ultraje, á Agatocles, gobernador de todas las provincias de allende el Éufrates (255), y levantado el estandarte de la rebelion, fundó un imperio que subsistió cuatrocientos ochenta y un años (1).

Su hijo Arsaces II (Tirídates) después de haber vencido á Seleuco Calínico (253) avasalló la Hircania y las provincias circunvecinas, aseguró la independencia de su reino, y murió peleando contra Ariarato IV, rey de Capadocia.

Arsaces III (Artaban I) se apoderó de la Media (216), mientras que Antíoco el Grande hacia la guerra á Tolomeo Evergetes; pero apenas estuvo aquel en libertad de obrar en contra suya, le repelió hasta la Hircania. Arsaces reunió cien mil infantes y veinte mil caballos, y con aquellas fuerzas tornó á probar la suerte de los combates, de modo que Antíoco aceptó la paz, dejándole dueño de la Partia y la Hircania.

Priapacio (Arsaces IV) que le sucedió, reinó quince años, y dejó tres hijos (196), Fraates Mitrídates y Artaban. Ascendido á rey el primero (Arsaces V) dominó á los mardos (182), uno de los pueblos más valerosos del Oriente en las costas del mar Caspio. Este príncipe, que habia reconocido el mérito y la habilidad de su hermano Mitrídates (Arsaces VI), le dejó al morir el trono (164), con preferencia á sus hijos. Mitrídates sometió en efecto á los bactrianos, á los persas, á los medos, á los elimeos, y llevó sus conquistas hasta la India. La victoria que alcanzó sobre Demetrio Nicanor, que fué prisionero suyo, le hizo dueño de Babilonia y de la Mesopotamia, de modo que ensanchó el imperio de los partos desde el Éufrates hasta el Ganges. Enseguida pensó en su consolidacion, asegurándole buenas leyes. En su consecuencia examinó las de todos los paises conquistados por sus armas, y después de este exámen compuso un código destinado á regir en todo el imperio.

Fraates II (Arsaces VII), su hijo, vencido por Antíoco Sidetes (139), fué reducido al territorio de la antigua Partia, mas repuso al fin sus pérdidas, y habiendo arrojado al enemigo, iba á enseñorearse de la Siria, cuando los escitas invadieron sus Estados. A fin de repelerlos tomó á sueldo todos los mercenarios de Grecia que habia hecho prisioneros en la guerra contra Antíoco, si bien estos por venganza se pasaron á los escitas en el primer encuentro, lo cual trajo consigo la derrota y muerte de Fraates.

Cuando los griegos y los escitas retornaron á sus paises después de haber devastado la Partia, cupo en suerte (127) el trono á Artaban II (Arsaces VIII), tercer hijo de Priapacio; pero al poco tiempo murió en otra guerra contra los escitas. El ruido de las victorias de los romanos en Asia, indujo á desear su alianza á Mitrídates II (Arsaces IX), quien despachó un embajador á Sila. Este,

(1) O bien cuatrocientos sesenta y seis si se computa desde el año 258 en el cual Tirídates venció á Seleuco. (Véanse págs. 92 y 90).

aun siendo simple pretor, le hizo tomar asiento á su izquierda, al mismo tiempo que tenia á su derecha á Ariobarzanes, rey de Capadocia. Celebróse la alianza, si bien se cortó la cabeza al embajador así que volvió á su patria, por haber permitido que un pretor le tocase la mano. Tales fueron las primeras relaciones de los romanos con aquellos partos, que debian ser para ellos tan constantes y peligrosos enemigos.

Su índole.—Eran los partos una nacion guerrera, animosa y de especial habilidad en disparar el arco huyendo. Desde su infancia se acostumbraban á montar á caballo, y de este modo se presentaban en la plaza pública los principales de ellos; deliberaban á caballo y armados, con grande asombro de los romanos, que una vez despojados del traje de guerra iban por la ciudad sin armas. Desde los veinte hasta los cincuenta años, todo hombre era soldado. En los combates no hacian uso de tambores ni de trompetas, ni de ningun instrumento militar; les bastaba el impetuoso empuje de su denuedo.

Su principal virtud consistia en ser fieles observadores de su palabra. Vivian con sobriedad, acomodándose á la naturaleza de su pais y descuidando la agricultura, la navegacion, el comercio y todas las demas profesiones. Animados de esa rivalidad que todavia muestran muchos pueblos de Asia, interceptaron las comunicaciones entre el Occidente y el Oriente, apoderándose del tráfico intermedio ó estorbándolo, y escluyendo á los extranjeros, especialmente durante la guerra con los romanos. De ahí resultó que hubo de cambiar de direccion entonces el comercio con las Indias, lo cual contribuyó mucho al engrandecimiento de Alejandria y de Palmira. Se casaban con sus hermanas y hasta con sus madres, y tenian á gran ventura contar una numerosa familia. Su religion consistia en un grosero culto tributado á las fuerzas de la naturaleza, aun cuando hubiesen tomado algo de las doctrinas religiosas de los persas; y creian que aguardaba la inmortalidad á los que perecian en el campo de batalla.

Aunque sus reyes hubiesen dado acceso á la civilizacion y á las letras griegas, divulgadas á la sazon en todo el Oriente, no se entregaron á aquel escesivo fausto que produjo la ruina de los demás dominadores del Asia. Su soberano recibia de ellos el título de rey de los reyes, de hermano del sol y de la luna, de gran monarca; pero su autoridad se hallaba limitada por una especie de aristocracia guerrera. Inmenso era efectivamente el poder de los caudillos militares de las diez y ocho satrapias ó divisiones del imperio, de las cuales once, desde los confines de la Armenia y del mar Caspio hasta la Escitia, eran llamadas superiores, á la par que se consideraba á las otras como inferiores. Comprendia además el imperio diversos paises, que, mediante un tributo conservaban sn independencia y sus reyes propios, como la Pérside por ejemplo. Se concedian particularmente estensos privilegios y una constitucion especial á las colonias greco-macedónicas, y entre ellas á Seleucia, donde se acuñaban la moneda y las medallas de los reyes partos. El Senado ó consejo de Estado, compuesto de la aristocracia militar, podia deponer al monarca; y es probable que esta asamblea confirmarse la eleccion del jefe supremo antes de que fuese coronado por los *surenas* ó generales. Debia ser elegido el rey entre la familia de los Arsácidas sin órden de sucesion establecido. Así es que muchos pretendientes ingresaban en las filas; y de aqui resultaban guerras intestinas y facciones, en las que los extranjeros no se descuidaban de atizar el fuego para debilitar á aquellos peligrosos vecinos.

Esto fué lo que hizo Roma, cuando después de su victoria sobre Mitrídates, rey del Ponto, ensanchó sus fronteras hasta la de los partos. Resplandecia entonces el imperio de los Arsácidas en su mayor brillo: era centro de un vasto sistema político, que por la Mesopotamia rayaba con las provincias romanas, á la par que tocaba por Oriente con China: por una parte amenazaba á la Italia y por la otra veia á los príncipes chinos combatirse unos á otros en sus guerras de partidos.

Dividíase la familia de los Arsácidas en cuatro ramas principales: la más antigua de ellas ocupaba la Persia; otra la Armenia; la tercera la Bactriana con las tribus de alanos y godos esparcidas á orillas del Indo y en ignotos paises: la última era la de los mesagetas y poseia la Rusia meridional, dominando á las tribus de los godos, alanos, sajones, medos y persas, establecidas á orillas del Volga y del Tanais.

El nombre nacional de los Arsácidas era el de Dacios que pasó á toda la gran nacion desparramada por tan vasto territorio en Asia y en Europa, desde el Danubio hasta las comarcas más remotas de la Alta Asia; de modo que el nombre de dacios servia tres siglos antes de J. C. para señalar á los habitantes de la Hungria y de la Bactriana (2). Todavia se usa en la actualidad para designar á los descendientes de los antiguos persas.

Las conquistas de Tigranes rey de Armenia, quitaron á los partos la Media, la Gordiana, la Mesopotamia, la Fenicia y la Siria. Pero Fraates III (Arsaces XII) lo rechazó de Siria (70) y acometió la empresa de auxiliar al hijo rebelde de aquel, si bien al acercarse Pompeyo renovó con Tirídates inmediatamente el tratado de alianza que les unia.

Orodes II.—Diéronle muerte sus hijos Orodes y Mitrídates (61) y ascendió el primero al trono, aunque fué depuesto en breve por su hermano, que habiéndose hecho odioso á sus súbditos, fué á su vez espulsado por ellos entregándose la corona á Orodes.

---

(2) *Deutsch*, los alemanes. Sobre la afinidad del aleman con el persa véase lo que hemos dicho en la página 377 del tomo I.

Mitrídates reclamó el socorro de Gabinio, gobernador de la Siria, quien pasó el Éufrates en su ávido deseo de esquilmar una comarca enriquecida por tantas conquistas. Pero presentándose á este tiempo Tolomeo Auletes, para ofrecerle 10,000 talentos si le restablecia en el trono, aceptó y se dirigió hácia Egipto. Reducido Mitrídates á sus propias fuerzas zozobró en su empresa, cayó prisionero y fué condenado á muerte por su hermano (57).

Aun cuando el temor de un rompimiento con la valerosa nacion de los partos hiciera ambicionar muy poco la provincia de Asia (3), Licinio Craso la solicitó con ardor sumo y derramó mucho dinero para conseguirla: le atraian los despojos de la Partia, comarca intacta aun de invasiones. Ya se complacia en calcular y hablar sobre el botin que pensaba en recoger en aquel punto; y en su anhelo de superar á Lúculo, Sila y Pompeyo, no soñaba más que con las auríferas riberas del Indo y del Ganges y con las espediciones de Alejandro.

Craso en Asia.—Vivamente se opuso el tribuno Ateyo á que se declarara la guerra á un pueblo aliado, tanto protestando en la tribuna como procurando impedir que saliera Craso de Roma, é invocando en contra suya á los dioses vengadores de los tratados (54). Protegido Craso por Pompeyo y empujado por su ambicion y su avaricia partió con direccion al Asia. Habiendo encontrado al rey de los gálatas Deyotaro, que empezaba la construccion de una ciudad á una edad ya muy avanzada, le dijo: *¿Cómo puedes acometer semejante trabajo á la última hora de tu vida?.—Es que*, repuso Deyotaro, *me parece que tampoco emprendes tú muy temprano espedicion semejante.*

En todos tiempos se tuvo por estremadamente árdua la guerra con los partos. Para ganar su frontera se necesitaba atravesar la Armenia hácia el nacimiento del Tigris y del Éufrates, luego un pais montuoso é impracticable para los convoyes; enseguida se encontraba un desierto ó habia que atravesar fangosas llanuras. Cuando se pisaba el territorio enemigo, se hallaba casi siempre devastado; se habia prendido fuego á los campos y á las aldeas; y el parto empujando delante de sí á las poblaciones, no habia dejado víveres para el ejército, ni forraje para los caballos, y apenas ponia algunas guarniciones á ciertas plazas, habia que destruirlas cuando eran tomadas. Si se daba alcance al ejército enemigo, era forzoso pelear de un modo desusado contra una caballeria que atacando desde lejos con el arco y con las flechas, apelaba inmediatamente á la fuga; de modo que venia á ser inútil la infanteria pesada de los romanos con su terrible javelina. Se derrotaba al enemigo, aunque no venciéndole nunca, y se moria de hambre á la par que se realizaban las conquistas.

(3) *Sive honestas, sive negligentia, sive inertia est, sive metus latet sub hac temporantiæ existimatione, nolle provinciam.* Cic., ad Fam., VIII, 8.

Craso, á quien infundia valor su codicia, robó cruzando la Siria 10,000 talentos en el templo de Jerusalen, que Pompeyo no habia tocado; y luego habiendo pasado el Éufrates entró en el territorio de los partos. Como no tenian motivo alguno para temer una invasion, fueron fácilmente rechazados; y envanecido Craso se dejó adjudicar el título de *Imperator*. Tal vez hubiera llegado á salir airoso de su empresa, si aprovechándose del primer momento de consternacion, hubiera marchado en derechura sobre Ctesifonte y Seleucia; pero volvió á Siria á pasar el invierno y á enriquecerse con los despojos y el aumento de las contribuciones (53): se le vió como á un rentista calcular los productos y los derechos de peaje. Allí saqueó los templos, especialmente el de la diosa siriaca Astargates, renombrada en todo el Oriente, y mandó pesar á presencia suya la plata que se encontró dentro de su recinto.

Entre tanto se emancipaban sus soldados de toda disciplina, á la par que vueltos en sí los partos de su asombro reunian todas sus fuerzas. Orodes no quiso entablar las hostilidades sino después de saber de los romanos que motivo les inducia á proceder de aquel modo. Pero Craso respondió á los embajadores que daria la contestacion en Seleucia. Entonces Vagiso, jefe de la embajada, le dijo enseñándole la palma de la mano: *Antes que tomes á Seleucia verás aquí nacer pelo.*

Adelantóse un ejército parto contra la Armenia, cuyo rey se habia declarado en favor de los romanos: dirigióse otro hácia la Mesopotamia bajo las órdenes de un *surena* guerrero tan intrépido como esperimentado. Ostentando todo el fausto asiático con afeites y perfumes, segun el uso de los medos, llevaba aquel general en pos de sí mil camellos para trasportar el bagaje, doscientos carros para las mujeres, mil guardias á caballo, sin contar las gentes de á pie y gran número de esclavos, pudiendo ascender el total á diez mil individuos. Recuperó en un momento las plazas sorprendidas por Craso, que, aun después de advertirle el rey de Armenia que no cruzara la Mesopotamia sino que se dirigiera por las montañas de Armenia, donde no podia maniobrar la caballeria de los partos, avanzó por en medio de las llanuras. Una porcion de presagios siniestros habian desalentado á sus soldados; pero parece que él era superior á aquellos delirios, porque habiéndole vaticinado un astrólogo de Roma que su espedicion tenia en contra el aspecto siniestro de Escorpion, dió por respuesta: *No es esa constelacion la que me asusta, sino la de Sagitario*, aludiendo á la maestria de los arqueros partos. Como le cayesen al empezar la segunda campaña las entrañas de la víctima de las manos dijo: *No importa, yo haré de modo que no se me escapen de ellas las armas.*

Abgar, rey de Edesa, que habia auxiliado en otro tiempo á Pompeyo, resolvió hacer traicion á Craso: arrastróle con falsas indicaciones hácia la llanura de Carres, donde era estremadamente difícil mover

las tropas. Fueron asaltadas las legiones romanas por los partos, acribillándolas por todas partes á flechazos, sin que les fuera dado defenderse. El hijo de Craso que después de haber servido á las órdenes de César habia pasado al ejército de su padre, viendo que no podia libertarse del enemigo, se quitó la vida después de haber peleado denodadamente. Ante el espectáculo de su cabeza clavada en una lanza enemiga apartaban sus ojos los romanos, sobrecogidos de susto; pero Craso les decia: *Semejante infortunio me concierne á mí solo: Roma será invencible mientras vosotros continueis intrépidos. Si compadeceis á un padre sin ventura, demostrádselo tomando sobre esos bárbaros venganza.*

Batalla de Carres.—Entretanto llovian por todas partes las flechas, y la muerte que daban era tan lenta y dolorosa que muchos preferian acelerarla arrojándose por un acto de desesperacion en medio de la caballeria. Puso fin la noche á aquella mortífera batalla, y Craso se aprovechó de la oscuridad para retirarse á Carres. No tardó en darle alcance el surena, obligándole á emprender la fuga con poca gente: pero envuelto en los pantanos, y engañado por Ariamnes, chaique de los árabes que fingia serle adicto, se vió perdido sin recursos de ninguna especie. Bajo el pretesto de un tratado propone el surena una entrevista al general romano; y este aunque sospecha que se le tiende un lazo, se vé precisado á aceptarla, por ceder á los clamores de los soldados. En la travesia dice Craso á los que seguian su huella: *Cuando esteis de vuelta sanos y salvos, decid por honor de Roma que Craso ha perecido engañado por el enemigo y no abandonado por sus conciudadanos.*

Muerte de Craso.—Acogióle el surena afectuosamente y con grandes honores, aunque bien pronto se armó pelea entre los partos y la comitiva de Craso, que fué muerto en la refriega. Su mano derecha y su cabeza fueron llevadas á Orodes, y su cuerpo arrojado á las fieras. Diez mil hombres que sobrevivieron á los veinte mil muertos, cayeron prisioneros, y olvidando su patria se pusieron al servicio de los partos y se casaron con sus hijas (4).

Hizo su entrada el surena en Seleucia enmedio de las cabezas y de las insignias romanas, arrastrando en pos á un prisionero en representacion de Craso, de quien llevaba el vestido y las armas, precedido á semejanza suya de lictores y de guardias, de cuyos cinturones colgaban bolsas vacias; perseguíale con sus insultos un tropel de mujeres, entonando cánticos obscenos llenos de ultrajes á los vencidos. El vencedor presentó al Senado un ejemplar de las *Fabulas milesianas*, coleccion de novelas licenciosas, hallada en el saco de un oficial romano, para dar testimonio de que nada debia esperarse de una juventud que se recreaba en la lectura de semejantes obras.

Orodes mandó echar oro derretido en la boca de Craso para insultar su avaricia; y habiendo concebido envidia del surena, le condenó á muerte y confió el mando del ejército á su hijo Pacoro, que invadió al punto la Siria con la esperanza de sorprenderla sin defensa. Pero estaba allí para repelerle el lugarteniente Casio. Desvanecido el cálculo de los acometedores, interrumpieron por el momento toda hostilidad contra los romanos, quienes después de la derrota de Craso ya no pronunciaron el nombre de los partos sin terror profundo.

---

(4) *Milesne Crassi conjuge barbara*
Turpis maritus vixit? et hostium
(Proh curia, inversique mores!)
Consenuit socerorum in armis,
Sub rege medo Marsus et Appulus etc.
HORACIO, ODA, III, 5.

CAPÍTULO XVI

SEGUNDA GUERRA CIVIL.

La muerte de Craso habia hecho desaparecer al único hombre capaz de mantener el equilibrio entre César y Pompeyo, rivales y enemigos en lo íntimo de su alma, si bien guardándose miramientos en la apariencia, por miedo de que Craso inclinase la balanza poniéndose de parte de uno de ellos. Aceleró aun más el rompimiento la muerte de Julia, hija de César y muger de Pompeyo, que, venerada por cada uno de los antagonistas, era amada tiernamente por ambos. Aun cuando Pompeyo se habia quedado en Roma, á fin de no ser menos fuerte que los otros dos triunviros, habia levantado un ejército contraviniendo á las leyes, bajo pretesto de asegurar la tranquilidad pública, aunque en realidad para dominar las facciones. Nombrado cónsul Domicio Enobardo (54), y auxiliado por Caton hubiera querido poner freno á aquel poder escesivo, pero se halló impotente entre la fuerza de las armas, en una época en que, segun decia Ciceron en son de lamento, ya no existia dignidad en la palabra, ni libertad para discutir los públicos negocios; en que no quedaba más alternativa que una cobarde condescendencia con el mayor número ó un inútil disentimiento (1). Caton tentó aplicar remedio á la descarada venalidad de los cargos, haciendo castigar á los que compraban votos; pero escitó el descontento del populacho que no vivia más que de la venta de los sufragios; eso sin contar que desde entonces en vez de dirigir los candidatos sus manejos por el lado de la muchedumbre, se encaminaban directamente á los triunviros y á los cónsules en actividad de empleo, y contrataban con ellos la dignidad ambicionada. Tambien el tribuno Mucio Escévola echó abajo este tráfico, haciendo inútil el dinero que se gastaba, pues suspendia toda asamblea en que descubria algun amaño para la eleccion de cónsules (53); pero resultó de aquí que durante algun tiempo no hubo consulado. Entretanto, fermentaban cada vez con más fuerza las facciones; frecuentes asesinatos daban á conocer la necesidad de un poder dictatorial que estableciera el órden, y Pompeyo no perdonaba medio de hacerse designar como el único hombre capaz de ejercerlo provechosamente: y sin embargo, no se atrevia á alargar la mano para asir aquel poder tan apetecido.

Propúsosele en efecto en ocasion del asesinato de Clodio para conferirle la dictadura: luego se tuvo por mejor hacerle cónsul único, y ejerció solo el consulado por espacio de siete meses (52), á despecho de las protestas de Caton y del partido conservador. Después de haber salido airoso en esta primera tentativa, no supo caminar osadamente. antes bien retrocediendo se agregó por colega á Metelo Escipion, con cuya hija Cornelia contrajo matrimonio. Aquella eleccion y este casamiento le conciliaron la voluntad de los patricios.

Apercibiéndose en fin el Senado de que César con el ausilio de sus emisarios y con el apoyo de un ejército adicto á su persona, se encaminaba á la autoridad suprema, preguntó á Pompeyo, como protector de la libertad, si era posible que esa existiera allí donde el gobierno se veia reducido á ponerse bajo la proteccion de un ciudadano. No quiso confesar Pompeyo al Senado que se habia unido con César para la opresion comun, ni á si propio que se habia dejado coger en el lazo que César le habia tendido. De aquí la vacilacion que

(1) *Quæ enim proposita fuerant nobis, cum et honoribus amplissimis et laboribus maximis perfuncti essemus, dignitas in sententiis dicendis, libertas in republica capessenda, ea sublata tota, sed nec mihi magis quam omnibus: nam aut assentiendum est nulla cum gravitate paucis, aut frustra dissentiendum* Cic. ad Lent. proconsul.

manifestó de contínuo, y que acabó por arrastrarle á su ruina.

Ante todo era indispensable quitar el ejército á César; pero estaba menos dispuesto que nunca á desprenderse de aquel apoyo, desde que Pompeyo habia conseguido que se le prorogara por cinco años más el gobierno de Africa y de España. El cónsul Claudio Marcelo, hechura de Pompeyo, propuso al Senado que se llamara á César antes de que espirase el término de su mando (51). No habiendo podido alcanzarlo, se esparció en ultrages de toda especie contra el procónsul, y llegó hasta el punto de mandar que fuese azotado un senador de Como, sin otro motivo que el de que pudiera, segun confesion propia, enseñar sus espaldas á César cuando retornara á las Galias.

Este tenia á su devocion un partido considerable; habíase ganado á los unos á fuerza de dinero, á otros por medios blandos y afectuosos, y además se hallaba al frente de un ejército decidido. Fiado en semejantes recursos para obtener la victoria, pidió que se prolongase su mando; pero ocupaban todos los cargos hechuras de Pompeyo, y no fué admitida su demanda (50). Un centurion que aguardaba á la puerta del Senado, dió un golpe sobre su espada, cuando esta decision llegó á su noticia, y dijo: *Esta lo prolongará.*

Con efecto, César que habia acreditado tanta valentia en la conquista de las Galias como prudencia en el modo con que las habia organizado y regido, volvió á pasar los Alpes. Su perspicaz golpe de vista descubrió los lazos que su rival le tendia, y prodigando oro con una mano y blandiendo la espada con la otra, desbarató sus proyectos con tanta celeridad como resolucion. De enemigo declarado que era el cónsul Emilio Paulo se hizo su partidario, mediante la suma de 1,500 talentos, como ya hemos dicho: tambien supo ganar César al tribuno Escribonio Curion, otro de los principales apoyos de Pompeyo: el vencedor de las Galias pagó sus deudas que eran enormes, y éste en vez de provocar la destitucion del procónsul, como deseaba Pompeyo, propuso prorogar á los dos en el mando, ó que ambos fueran destituidos. Aunque el Senado tergiversó cuanto pudo el sentido de aquella propuesta, el pueblo adoptó la ley, cuya moderacion acrecentó el crédito de los parciales de César. Pero ni éste ni Pompeyo querian deponer un mando adquirido á costa de tantas y tan largas intrigas, solo que uno y otro sentian echar sobre sí la responsabilidad de la guerra civil que veian inevitable, así como los mejores ciudadanos reconocian que la caida de la república no tenia remedio. Ciceron escribia entonces: «El uno no quiere superior, el otro no puede sufrir un igual: César piensa en conquistar el trono, Pompeyo pretende que se le confiera.» Y Caton decia: «Si vence Pompeyo, me destierro de Roma: Si César, me suicido.»

Pero los dos pretendientes se encontraban en una situacion muy distinta. Queria pasar Pompeyo por protector de la república, y bajo este título se figuraba que tenia á sus órdenes á la patria entera. Por eso cuando deseoso Ciceron de ser medianero (2) le preguntaba á su vuelta de Cilicia qué fuerzas opondria á César, daba aquel por respuesta: *Me basta dar con el pié en la tierra para hacer que salgan legiones.* Confianza presuntuosa que le hacia descuidar toda clase de preparativos. No contando César más que con sus propios recursos multiplicaba y consolidaba sus puntos de apoyo, y se mostraba como protector y amigo del pueblo contra las usurpaciones de sus enemigos. Si dirigia después una mirada entorno suyo veia atenta á la más mínima seña á una multitud aguerrida de extranjeros, belgas, galos, españoles y veteranos, prontos á morir contentos con la esperanza de merecer un elogio á su querido César.. Tenia además en su mano la Galia, provincia que habia llegado á ser de suma importancia desde que los ciudadanos romanos ejercian allí su principal comercio (3), como ella abarcaba á mayor abundamiento bajo el mismo nombre el pais aquende y allende los Alpes, dejaba al que la poseia en actitud de llevar un ejército sin resistencia alguna hasta el umbral de Roma. Cuidadoso, no obstante, de apartarse de toda apariencia de ilegalidad y hasta de la sospechosa ambicion, César, al circular los primeros rumores, habia escrito al Senado que se hallaba pronto á abandonar el ejército y las Galias, si se consentia en darle la Iliria con dos legiones: demanda que sabia le seria negada. Habiéndole dado órden el Senado de que se desprendiera de una legion para enviarla contra los partos á las órdenes de Léntulo, le prestó obediencia. Como á su vez le exigiera Pompeyo que le restituyera otra legion recibida de él anteriormente, se ejecutó lo que pedia, si bien no antes de haber tenido particular esmero en asegurarse con liberales gratificaciones á los oficiales y á los soldados.

Al revés Marcelo, Léntulo, Escipion y los demás parciales del Senado y de Pompeyo, que hacia desde entonces causa comun con aquella asamblea, obraban violentamente: exigieron que se fijara un plazo dentro del cual depusiera César toda autoridad, sopena de ser declarado enemigo de la patria; y como se opusieran á ello los tribunos Longino, Curion y Marco Antonio, fueron espulsados ignominiosamente del Senado. Estos protestaron contra el ultraje hecho á sus personas, y contra el atentado cometido á la inviolabilidad de sus fun-

---

(2) Ciceron no se atrevia á declararse contra César, porque le debia una crecida suma de dinero *(ad Attico*, V, 5); por otra parte le parecia que era aventurar demasiado hacer que descansase toda la cosa pública sobre la cabeza de un hombre atacado de una enfermedad mortal todos los años.

(3) *Referta Gallia negotiatorum est, plena civium romanorum; nemo Gallorum sine cive romano quidquam negotii gerit; nummus in Gallia nullus sine civium romanorum tabulis commovetur.* CICERON, pro Font.

ciones y huyeron de Roma disfrazados de esclavos. Refugiáronse en el campamento de César, á quien llevaron la legalidad, como ya tenia la equidad y la fuerza.

Entonces el Senado (7 de enero de 49) decreta que Pompeyo, los cónsules y los pretores quedaban encargados de la salvacion de la república; y que César deberia ceder el mando de su ejército á Lucio Domicio. Marcelo y Lúculo presentaron en aquel instante una espada á Pompeyo, diciéndole: *A tí te toca defender la república y mandar las tropas.* A lo cual respondió Pompeyo: *Lo haré, si no se encuentra mejor manera de arreglar las cosas.*

Estaba, pues, arrojado el guante; faltaba solo que lo levantase César para que la guerra civil estallara. A pesar de todo los senadores se reunian cotidianamente é iban á ver á Pompeyo, que, como general, no podia ya residir dentro de la ciudad. Encargado por ellos de levantar treinta mil romanos y tantos auxiliares como considerara necesarios, fué revestido con una autoridad sin límites, cual lo hubiera sido un rey. Ante todo como César mantenia á sus espensas en Cápua muchos centenares de gladiadores de los más hábilmente ejercitados, que podian sublevarse de un momento á otro en favor de su amo, mandó Pompeyo que se les dispersara, y que se agregasen dos á cada familia. Enseguida distribuyó las provincias entre sus parciales: Domicio obtuvo la Galia Transalpina; Metelo Escipion, su suegro, la Siria; Caton, la Sicilia; Cotta, la Cerdeña; Elio Tuberon, el Africa; Calpurnio Bíbulo y Ciceron debieron atender á la defensa de las costas. A otros amigos les tocó el Ponto, la Bitinia, Chipre, la Cilicia, la Macedonia, paises que no se trataba de defender contra enemigos de fuera, bastando conservarlos adictos á una faccion, á un hombre.

César por su parte distaba mucho de permanecer inactivo. Después de haber escitado la indignacion de los soldados enseñándoles los tribunos espulsados de Roma, y animado su valor recordándoles sus victorias, se puso en marcha con el ejército. Como gobernador de las Galias pudo pasar los Alpes sin ser inquietado, y encontrarse en el corazon de Italia sin tener que superar los obstáculos que habian detenido á Anibal en las montañas del Tesino y en el Trebbia. Al llegar á las orillas del Rubicon, confin del territorio romano, nada se oponia á que lo cruzara más que un decreto (4) que declaraba enemigo de la patria al general culpable de haber pasado aquel riachuelo con tropas armadas (49). ¿Era esto bastante para detenerle? César estuvo un instante reflexionando consigo propio en los horrores de una guerra civil; pero ¿no tenia costumbre de decir que se necesitaba ser justo menos cuando se trataba de un imperio? Así esclamó muy pronto: *¡Echada está la suerte!* y se lanzó sobre el puente y le atravesó al punto.

Al saberse esta noticia fué la consternacion general en Roma. Entonces se conoció la vanidad de los nombres pomposos. Titubean los senadores acerca de la resolucion que debe adoptarse; buscan los ciudadanos refugio en el campo: no se halla Pompeyo en actitud de oponer resistencia por hallarse diseminadas las tropas en diversas provincias, y cuando Marco Favonio le dice: *¡Ea, gran Pompeyo, dá un golpe en la tierra y haz que salgan las legiones prometidas,* no le ocurre otra cosa que bajar los ojos y pedir consejo (5). El que tuvo por mejor, y era al propio tiempo el más desesperado, se redujo á abandonar á Roma, sin dar lugar siquiera á llevarse el tesoro publico y á retirarse á Cápua, declarando rebelde á todo senador ó magistrado que no le siguiera.

Pero César se adelanta con su rapidez maravillosa (6), y anuncia la toma de una ciudad cada correo: hoy es Arezzo, mañana Pésaro, luego Fano, después Oximo: ya está en el Piceno, donde ha ganado á Corfinio, defendida por aquel mismo Domicio con quien le ha reemplazado el Senado en el mando de la Transalpina; pero las treinta cohortes de la guarnicion se apresuran á abrir las puertas al vencedor, que perdona á los senadores prisioneros y hasta á Domicio.

---

(4) IVSSV MANDATVVE POPVLI ROMANI COS *(consul)* IMP*erator* TRIB*unus* MILES TIRO COMMILITO ARMATE QVISQVIS ES MANIPVLARIE CENTVRIO TVRMARIE LEGIONARIE HIC SISTITO VEXILLVM SINITO ARMA DEPONITO NEC CITRA HVNC FLVMEN RVBICONEM SIGNA DVCTVM EXERCITVM COMMEATVMVE TRADVCITO SI QVIS HVIVSCE IVSSIONIS ERGO ADVERSVS PRÆCEPTA IERIT FECERITVE ADIVDICATVS ESTO HOSTIS P. R. *(populi romani)* AC SI CONTRA PATRIAM ARMA TVLERIT PENATESQVE E SACRIS PENETRALIBVS ASPORTAVERIT S. P. Q. R. *(senatus populique romani).*

SANCTIO PLEBISCITI SIE *(senatusve)* CONSVLTI.

VLTRA HOS FINES ARMA AC SIGNA PROFERRE LICEAT NEMINI.

De JORCE FABRICIO, *Antiq. monumentorum* lib. I, pero su autenticidad está demostrada.

(5) *Animadvertis Cn. Pompejum nec nominis sui, nec rerum gestarum gloria, nec etiam regum aut nationum clientelis, quos ostentare crebro solebat, esse tutum; et hoc etiam quod infimo cuique contigit, illi non posse contingere, ut honeste effugere posit.* (CIC., ad. Fam, IX, ad Dolabela).

Sed pœnas longi fortuna favoris
Exigit a misero, quæ tanto pondere famæ
Res premit adversas, fatisque prioribus urget.
Sic longius ævum
Destruit ingentes animos, et vita superstes
Imperio.

LUCANO, VIII.

(6) *Hoc τεραϛ horribili vigilantia, celeritate, diligentia est.* CICERON, ad Attico, VIII, 9.—*Nullum spatium perterritis dabat.* SUETONIO, LX.

Dum fortuna calet, dum conficit omnia terror...
Nilactum credens si quid superesset agendam.

LUCANO, VII.

Aquel triunfo, y más todavia el perdon que le sigue, desalienta á Pompeyo, quien se retira á Brindis, á donde César le persigue y le asedia. Pompeyo se apresura á aprovecharse de que aun está abierto el puerto, y huye hácia Oriente dejando á su rival el campo libre; y César, sin haber derramado una gota de sangre, ha conquistado la Italia en sesenta dias y se encamina á Roma.

En vez de penetrar en su recinto se detiene en los arrabales (49), bajo apariencia de respeto hácia aquella antigua legalidad que acaba de romper su espada: sale el pueblo en tropel para admirar al gran capitan y pregonan sus alabanzas los tribunos refugiados en su campamento. Es invitado por ellos el Senado á fin de que vaya á oir la arenga en que César justifica lo que ha hecho, reanima las esperanzas, calma los temores, y aconseja que se envien á Pompeyo y á los cónsules personas recomendables para reducirles á la paz. Proponíase por este medio echar sobre sus enemigos toda la odiosidad de la guerra.

No obstante los romanos veian con despecho su territorio inundado de galos, y especialmente de aquellos que llevaban en el casco una alondra: decian que habia vuelto el tiempo de las invasiones galas. Desde la época de Brenno se habia destinado un tesoro especial á rechazarlas, y nunca se habia agotado ni aun en medio de los peligros de que se habia visto amenazada Roma por Pirro, Anibal y las facciones. Abrióle César diciendo: *Yo relevo á Roma de sus juramentos; ya no hay galos* (7). Del tesoro público, tan imprudentemente abandonado por los fugitivos, tomó 300,000 libras de oro, despojos de los pueblos vencidos. Merced á estas riquezas pudo emprender de nuevo la guerra contra aquella que habia triunfado de ellos, y enviar gobernadores á toda las provincias. Designó á Marco Antonio para la Italia, á Cayo Antonio para la Iliria, á Licinio Craso para la Galia Cisalpina. Confió á Emilio Lépido la administracion de Roma, la escuadra á Dolabela y á Hortensio. Pero no sintiéndose aun bastante fuerte para hacer frente á Pompeyo, que se hallaba en Asia entre sus poderosos amigos, resolvió trasladarse á España: *Vamos*, dijo, *á combatir contra un ejército sin general; luego tocará el turno á un general sin ejército.*

César en España.—Era España para Pompeyo una provincia predilecta; allí se habian refugiado todos los partidarios de lo que aun se denominaba libertad. Numerosos ejércitos se hallaban á las órdenes de Varron en la España Ulterior; y en la Citerior, de Petreyo y de Afranio. Al dirigirse contra ellos vió César que la Galia Narbonense se hallaba dispuesta á favorecer á su rival, y especialmente Marsella, escitada por Lucio Domicio, á quien habia indultado en Corfinio. Pompeyo y el Senado en galardon de aquella fidelidad á su causa habian declarado ciudad libre á Focea, metrópoli de Marsella. Dejando César tropas para que la pusieran sitio, pasó los Pirineos. A consecuencia de un encuentro bajo los muros de Ilerda (Lérida) con Afranio y Petreyo, se vió obligado á emprender la retirada; y poco después un desbordamiento interceptó sus comunicaciones é inundó su campamento, de modo que se encontró en gran peligro y padeció mucho á causa del hambre. No obstante, inagotable en recursos, no solo supo libertarse con honra propia del peligro, sino que redujo á los dos tenientes de Pompeyo á abandonar la España Citerior y á tomar la vuelta de Italia, prometiendo nó esgrimir ya las armas en contra suya. Sabedoras de esta noticia las tropas que defendian la España Ulterior llegaron á deponer á sus plantas sus insignias y hasta el dinero. Apenas transcurren cuatro meses antes de que se someta toda España. Entonces retrocede César rápidamente sobre Marsella, la obliga á rendirse á discrecion, y perdonando la vida y la libertad á los habitantes, se contenta con hacer que le entreguen las armas y las naves.

Inmediatamente después volvió á Roma: el rumor del peligro que habia corrido en España habia determinado á gran número de ciudadanos á declararse en favor de Pompeyo. Este en su vanidad pudo forjarse la idea de que le seguian todos los fugitivos: tambien consentia que sus aduladores pusieran en ridículo á César y afirmaran que el solo nombre del gran Pompeyo formaria una inespugnable barrera que no podria traspasar el vencedor de los galos. Ciceron, cuyos infortunios domésticos le habian inducido á tomar hastio á los negocios públicos, y que de buen grado se hubiera separado de Pompeyo (8) cuando vió que iba declinando su crédito, á no ser por vergüenza ó punto de honra, se habia retirado al campo. César fué en persona á instarle para que tornara á Roma, con la idea de que su ejemplo determinaria á otros muchos senadores á imitarle: *Volveré*, dijo, *con tal de que se me permita decir la verdad ingénuamente* (9). Pero esta vez creyendo á César perdido, se decidió á unirse á Pompeyo. En vano quiso apartarle de este propósito el epicúreo Atico, su amigo; hasta el mismo César le escribió que en una guerra civil no debia tomar partido un hombre insigne, que declarándose en contra suya daria á entender, no que se ponia del lado de la justicia sino que tenia motivo para quejarse de César. No

---

(7) Apiano, *De bello civ.* II.

(8) Escribia á Atico: «Dices que aprobaste mis palabras cuando yo manifestaba: *mejor querria ser vencido con Pompeyo que vencedor con César*. Esto es lo que anhelaria, sí, pero con el Pompeyo que era ó me parecia ser entonces. Hoy, si he deseado ser vencido con el que huyó sin saber de quien ni hácia donde, que deja en poder de César nuestros bienes, que abandona la patria y la Italia, se han cumplido mis deseos etc.» VIII, 7.

(9) *Ad Attico*, VIII, 10.

hizo caso de nada y se presentó en el campamento de Pompeyo.

Su vanidad debió quedar satisfecha con el recibimiento que se le hizo, aunque su razon no tardó en reconocer cuanto se habia engañado al esperar en la causa que acababa de abrazar, desahogándose con punzantes palabras. Diciéndole Pompeyo: *Has llegado tarde;* respondió Ciceron: *Y sin embargo nada hallo todavia dispuesto.* Cuando preguntó donde estaba su yerno Dolabela, repuso: *Está con vuestro suegro.* A un recien llegado que le daba cuenta del rumor esparcido en Roma de que César tenia bloqueado á Pompeyo, le dijo: *Y tu vienes á cerciorarte de ello por tus propios ojos.* Después de la derrota del ejército respondió á Nonnio, que le exhortaba á tomar aliento, puesto que aun le quedaban siete águilas: *Eso seria bueno si tuviéramos que pelear contra cornejas.* Llegó hasta el punto de que receloso y enojado Pompeyo le dijera un dia: *Vete de una vez con César y cerca de él empezarás á temerme.* Hasta el mismo Caton hizo presente á Ciceron que permaneciendo neutral hubiera servido mejor á su causa; algunos iban en sus conjeturas hasta sospechar que estaba en relaciones con César; de modo que acabó por abandonar el campamento después de haber descontentado á los dos partidos, como acontece á las personas pusilánimes.

César dictador.—Tambien la mayor de los senadores se habian unido á Pompeyo en Durazzo, lo cual permitió á los amigos de César proclamarle dictador sin obstáculo alguno. En los once dias que ejerció este poder supremo se granjeó la voluntad de patricios y plebeyos; llamó á los desterrados, esceptuando solo al delincuente Milon; no abolió las deudas, si bien redujo los intereses á la cuarta parte. Concedió el derecho de ciudadania á todos los galos transpadanos, y como gran pontífice proveyó las vacantes en los colegios de sacerdotes: enseguida hizo que le eligieran cónsul (48), y se puso en marcha con direccion á Grecia para hacer la guerra á Pompeyo.

Quejábanse sus soldados de no gozar un momento de reposo: *Ya,* decian, *no nos sirven nuestras espadas ni nuestros escudos y sin embargo conoces en nuestras heridas que somos mortales.* Pero su táctica era la que llamaba guerra de piés el César moderno. Como viese que tardaban mucho en llegar las legiones, se embarca en Brindis con un puñado de hombres y envia los bajeles en busca de los restantes.

Al revés Pompeyo habia recogido fuerzas de todas partes desde el Mediterráneo hasta el Éufrates: habíanle suministrado hombres y bajeles las Cíclades, Corcira, Atenas, el Ponto, la Bitinia, la Creta, la Siria, la Fenicia, la Cilicia, el Egipto, sin contar las legiones de Italia, los veteranos, los nuevos reclutamientos, los mercenarios y los tributarios: tenia á sus órdenes quinientas naves de alto bordo y una multitud de buques de trasporte. Pompeyo estaba cubierto de laureles; su causa, á que se daba el nombre de buena, adquiria cotidianamente ilustres adictos, y doscientos padres conscriptos formaban entorno del general un Senado más numeroso que el de Roma. Habian declarado por un decreto que en ellos solos residia la representacion pública, y que ningun romano debia ser muerto sino en regular batalla.

A pesar de todo César se atrevió á arrostrar tantas fuerzas reunidas en Durazzo, y á asediarlas, ya porque las despreciara, ya porque se aviniese de mejor grado á lo que parecia de ejecucion más difícil. Aquello era una temeridad; pero á semejanza de todos los grandes hombres tenia fe en su fortuna. Además, conocia que el pueblo estaba de su parte y poseia la confianza de los que comprenden su época y preven el porvenir.

Soldados de César.—Júntese á esto la adhesion de sus soldados, que se honraban con morir denodadamente á la vista de César. Uno de ellos salva en Bretaña á los centuriones envueltos por el enemigo, y después de increibles proezas, se echa á nado, vuelve, y cuando llega á la orilla pide perdon á César por haberse visto obligado á abandonar su escudo. En el combate naval dado cerca de Marsella, Acilio se arroja sobre el puente de una nave enemiga; pierde la mano derecha, y en lugar de retroceder, vá empujando su escudo al rostro de sus adversarios hasta que se hace dueño del barco. En Durazzo Casio Sceva después de haber perdido un ojo, y de atravesarle un dardo el hombro, mientras está erizado su escudo con ciento treinta flechas, llama á dos enemigos para rendirse, y cuando los tiene cerca les da muerte y torna á incorporarse á los suyos. Antes de la batalla de Farsalia, Crastino, á quien preguntaba César lo que auguraba, respondió alargándole la mano: *La victoria; quedarán en derrota los enemigos, y yo muerto ó vivo, alcanzaré tus elogios.*

Temeridad de César.—César, que informado en otra ocasion de que los galos habian en ausencia de él circundado su campamento, se disfrazó de aldeano, cruzando así los puestos enemigos para juntarse á los suyos, procedió entonces con no menos temeridad que en Durazzo. Impaciente al ver que no llegaban los socorros que Marco Antonio debia llevarle de Brindis, vistióse de esclavo, se mete en la barca de un pescador y cruza el mar de este modo. Parece que la tempestad quiso castigar su audacia, porque desesperaban hasta los mismos marineros de mantenerse mar adentro, cuando descubriéndose César, dijo al piloto: *¿Qué temes? Llevas á César y á su fortuna.* (10)

Sin embargo, no pudo proseguir el sitio de Durazzo y hasta esperimentó una derrota, y decidido, para tomar el desquite, á terminar la guerra de un

---

(10) ¡Cuán desnaturalizado está este dicho en la desleida declamacion de Lucano! Aquí toda la poesia está en la prosa: πιστευε τῇ τύχῃ, γνοὺς ὅτι Καίσαρα κομίζεις.

solo golpe, penetró en Tesalia. Pompeyo queria evitar una batalla decisiva: pero ¿cómo habia de poder mandar entre tantos caballeros y senadores? Persuadidos de que le honraban siguiéndole, pretendian ser oidos en cambio. Uno le hacia mofa apellidándole Agamemnon y rey de reyes, aparentando creer que queria dar largas á la guerra para continuar más tiempo á la cabeza de tantos héroes; otro se lamentaba de que no podia comer higos de su casa de Túsculo; y echando todos de menos los placeres de Roma, y la autoridad que ejercian en su recinto, no aspiraban más que al momento de repartirse el botin, los prisioneros, los consulados y las preturas.

Batalla de Farsalia.—César no hubiera oido á semejantes soldados ó los hubiera licenciado. Débil Pompeyo de voluntad necesitaba que se le aprobara lo que hacia, con aplauso y alabanza: hubiera sentido seguramente más una reconvencion que una derrota. Algunas insignificantes ventajas de que se sacó tema para adularle (11), le hicieron cometer dos faltas enormes; con un ejército no menos fuerte que el de su rival, aunque de formacion nueva, presentó la batalla en una llanura entre Farsalia y Tebas; y no tomó precaucion alguna para asegurarse la retirada en caso de desastre.

12 de Mayo.—César vió con estremado júbilo que ya iban á tener hombres con quienes luchar sus soldados, y no con el hambre. Mandó cegar los fosos y derribar las trincheras, diciendo que á la noche siguiente dormiria en el campamento de Pompeyo. Conciudadanos, parientes, amigos vinieron á las manos y lidiaron con encarnecimiento. Habia prevenido César á los suyos que hirieran en el rostro; y por no ser desfigurada la juventud elegante de los pompeyanos, huyó á toda rienda. Viendo Pompeyo desbandada la flor y nata de sus tropas, se abandonó á sí mismo y se retiró á su tienda. Como se le avisase que los cesarianos iban á penetrar en aquel recinto, esclamó: *¡Que! ¡Tambien en mi campamento!* y huyó hácia Larisa.

César no perdió más que doscientos hombres: hasta quince mil Pompeyo ó veinte y cinco mil, segun otros. Al contemplar el campo de batalla, suspiró el vencedor y pronunció estas palabras: *Ellos lo han querido: ellos me redujeron á la necesidad de vencer por no morir* (12).

No deslumbrada por el triunfo hace muy poco caso la posteridad del juicio que emiten los héroes sobre sí mismos, si bien trayendo á la memoria á Mario y á Sila y la barbarie de tantos otros héroes antiguos respecto de los vencidos, tomará en cuenta la moderacion de César. Ya durante la batalla no habia cesado de gritar á los suyos: *Economizad la sangre de los ciudadanos romanos*. Cuando hubo entrado en el campamento de Pompeyo, lanzó una mirada de compasion sobre la fastuosa ostentacion de tapices, de lechos, de perfumes, de mesas puestas, que encontró allí y parecian los preparativos de una solemnidad. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el arca en que guardaba su correspondencia, mandó quemarlo todo sin leerlo, prefiriendo ignorar las traiciones á verse en la necesidad de castigarlas. De los veinte y cuatro mil pri-

---

(11) «La ceguedad de sus enemigos está admirablemente descrita en este pasaje de César:» *His rebus tantum fiduciæ ac spiritus Pompejanis accesit, ut non de ratione belli cogitarent, sed vicisse jam sibi viderentur. Non illi paucitatem nostrorum militum, non iniquitatem loci atque angustias, præoccupatis castris, et ancipitem terrorem intra extraque munitiones, non abcissum in duas partes exercitum, cum altera alteri auxilium ferre non posset, causam fuise cogitabant. Non ad hæc addebant, non ex concursu acri facto, non prælio dimicatum sibique ipsos multitudines atque angustiis majus attulisse detrimentum, quam ab hoste accepisent. Non denique communes belli casus recordabantur, quam parvulæ sæpe causæ, vel falsæ suspiciones, vel terrores repentini, vel objectæ religionis, magna detrimenta intulisent; quoties vel culpa ducis, vel tribuni vitio, in exercitus esse offensum; sed, perinde ac si virtute vicissent, neque ulla commutatio rerum posset accidere, per orbem terrarum fama ac litteris victoriam ejus diei concelebrabant.* De bello civ, III, 72.

(2) «En Farsalia César no pierde más que doscientos hombres; quince mil pierde Pompeyo. Hallamos los mismos resultados en las batallas de los antiguos, lo cual no tiene ejemplo en los ejércitos modernos, en que la pérdida entre muertos y heridos es más ó menos numerosa, aunque siempre en proporcion de uno á tres: la gran diferencia entre las pérdidas del vencedor y las del vencido no existe con especialidad más que respecto de los prisioneros; y aun esto es resultado de la naturaleza de las armas. Las armas arrojadizas de los antiguos causaban en general poco daño: chocábanse desde luego los ejércitos con el arma blanca: era pues, naturalísimo que el vencido perdiera mucha gente y el vencedor muy poca. Los ejércitos modernos no se acercan unos á otros, sino al fin de la accion y cuando se ha vertido ya sangre en abundancia: no hay vencedor ni vencido durante las tres cuartas partes de la jornada: la pérdida ocasionada por las armas de fuego, es casi igual por ambas partes. En sus cargas ofrece la caballeria algo parecido á lo que acontecia en los ejércitos antiguos: el vencido pierde en mucha mayor proporcion que el vencedor, porque el escuadron que afloja es perseguido y acuchillado, y sufre entonces gran destrozo sin hacer ninguno.

»Como los ejércitos antiguos se batian al arma blanca, era menester que se compusieran de hombres más ejercitados, y eran otros tantos singulares combates. Un ejército formado de hombres de mejor clase y de soldados más antiguos tenia sin duda de su parte toda la ventaja: por eso un centurion de la 10.ª legion decia á Escipion en Africa: *Dame diez de mis camaradas como yo prisioneros, haz que nos batamos contra una de tus cohortes y entonces verás quienes somos.*. Verdad era lo que este centurion decia; merecia el epiteto de fanfarron el soldado moderno que se esplicara del mismo modo. Los ejércitos antiguos se asemejaban mucho á la caballeria. Un caballero armado de punta en blanco hacia frente á un batallon.

»Los dos ejércitos en Farsalia eran de romanos y ausiliares, pero con la diferencia de que los romanos de César estaban avezados á las guerras del norte y los de Pompeyo á las del Asia.» NAPOLEON.

sioneros caidos en sus manos, puso en libertad á todos los ciudadanos: hizo la más benévola acogida á Marco Bruto, que después de haber seguido el estandarte de Pompeyo, llegaba á implorar la clemencia del vencedor, y la obtenia para arrancarle la vida más tarde.

César era del corto número de capitanes que saben vencer y aprovecharse de la victoria. Los laureles que acababa de ceñir su frente no le estorbaron ver que aun no se habia terminado la guerra. Dueñas eran del mar las escuadras de Pompeyo: asediaban sus galeras el puerto de Mesina. Si Pompeyo hubiera sabido proveer al caso, Egipto, Africa, Numidia, el Ponto, Cilicia, Capadocia, la Galatia, podian añadir nuevas tropas á las que se habian libertado de la derrota. Pero abatido por un revés que deshojaba los laureles con que estaban escesivamente cargadas sus sienes, buscó solo recursos en la fuga. De Larisa pasa al valle de Tempe: estrechado después muy de cerca por César, que no se detiene un solo punto, aconseja á sus esclavos que se presenten á su rival sin miedo. Se embarca con algunos libertos en el Peneo, y se dirige á una nave próxima á hacerse á la vela. Después de reunir algo de dinero que le proporcionaron sus amigos en las fronteras de Macedonia y de la Tracia, vá á Lesbos en busca de su jóven esposa Cornelia y de su hijo Sexto, á quienes habia enviado allí para estar tranquilo acerca de su suerte. Entonces se decide á ir á Egipto para pedir asilo al jóven rey Tolomeo Dionisio, de quien le habia nombrado tutor el Senado.

Muerte de Pompeyo.—Sordo á las instancias de sus amigos y de su esposa, desciende solo á la barca que le envia su regio pupilo; pero sus consejeros persuadieron á Tolomeo á que no se hiciera un enemigo en César, amenazador y triunfante, sino que aspirara por el contrario á ganarse su afecto, desembarazándole de su antagonista. Siguióse esta política, y Pompeyo fué asesinado á vista de los suyos.

Este fin tuvo aquel á quien se habia llamado el Grande, que mimado por una escesiva ventura en sus primeras campañas, continuó posteriormente incapaz de encumbrarse sobre la mediania, y de tocar el objeto á que su ambicion le impelia. Un liberto quemó su cuerpo mutilado y sepultó oscuramente sus cenizas en la playa (13). Su cabeza embalsamada fué presentada á César, quien al verla prorumpió en llanto. ¿Era su compasion sincera?

---

(13) Adriano mandó restaurar la sepultura é hizo inscribir allí un verso cuyo sentido es el siguiente:

Τῷ ναοῖς ὄρίθοντι, ποσὶ σπάνις ἔπλετο τύμβου.

«En otro tiempo se alzaron aquí templos; ahora apenas hay un sepulcro.»

CAPÍTULO XVII

EL EGIPTO.—DICTADURA DE CÉSAR.

A fin de no consentir al enemigo espacio para tomar aliento, le perseguia César rápidamente. En el Helesponto encontró la escuadra de Pompeyo, le intimó la rendicion y fué obedecido. Obtuvieron de su benevolencia los gnidios la exencion del tributo, en consideracion á Teopompo, su compatriota, y autor de una coleccion de fábulas: descargó en la tercera parte los impuestos de la provincia de Asia, recibió bajo la proteccion de la república á los jonios, á los etolios y á otros pueblos: ya se sentia destinado á ensanchar el recinto de la ciudad romana.

Habiendo llegado á Alejandria tres dias después del asesinato de Pompeyo, mandó erigir un templo á Némesis, en señal de respecto hacia el que ya no existia: restituyó la libertad á sus amigos encarcelados por Tolomeo, y escribió á Roma que el fruto más precioso de su victoria era á sus ojos poder salvar cotidianamente á alguno de los romanos que habian lidiado en contra suya.

Tolomeo VII.—Al bosquejar en otro lugar (libro IV, pág. 175) la historia del Egipto, esa comarca intermedia, segun la espresion de Napoleon, entre Europa y Asia, dejamos sobre el trono al rey Filometor, príncipe que, aunque educado en la molicie por un eunuco interesado en enervarle, no careció de denuedo, supo perdonar y no derramó sangre inútilmente. Muerto en una batalla, tuvo por sucesor á su hermano Tolomeo VII Fiscon (146), cuya alma era tan negra como disforme su cuerpo. Después de haberse asegurado el trono, casándose con Cleopatra, hermana y viuda de su predecesor, degolló en sus brazos el mismo dia de su matrimonio á su hijastro, que le hacia sombra; y luego la repudió para contraer matrimonio con su hija, llamada tambien Cleopatra. Esplicábase con facilidad y como hombre instruido, y aun llegó á escribir una historia y comentarios sobre Homero. Su deseo de imitar á sus antecesores, favoreciendo á los sabios, le hacia poner por obra la fuerza y la astucia para proporcionarse libros. Atraia á su lado gentes de letras, asignándoles pingües pensiones (1): luego por capricho les enviaba por bandadas al destierro. Diseminados de este modo en Asia y Grecia despertaban allí el amor á la ciencia, sofocado por las guerras continuas, y abrian escuelas, como hicieron los griegos en Italia después de la toma de Constantinopla por los turcos.

Sirvióle la fuerza de las armas para fundar un poder absoluto, merced al cual reconcentró en su mando el reino antes dividido. Pero sus crueldades, especialmente con los judios, hicieron que se alejara mucha gente de Alejandria, viéndose obligado á poblarla nuevamente de extranjeros. A fin de tenerlos á raya se rodeó de tropas mercenarias, á las que mandó un dia matar á todos los mancebos alejandrinos. Furiosos estos empuñaron las armas y colocaron en el trono á Cleopatra, á la que antes habia repudiado (131). Para vengarse Fiscon degüella entonces al hijo que habia tenido de ella, y se le envia hecho pedazos; y luego alcanza con la fuerza á dominar á los rebeldes. Se mantuvo sobre el trono acreditando tanta crueldad en lo interior como mostraba cobardia respecto de los romanos.

Repartió el reino entre Tolomeo Latur (*Garbanzo*) que le sucedió (117). Tolomeo Alejandro, á quien tocó Chipre, y Tolomeo Apion, su hijo natural, á quien dió la Cirenaica. Este la legó (96) á los romanos, instituyéndolos por sus herederos, y dejaron al pais su independencia (2). Anhelante la

(1) Señaló á Panares, discípulo de Arcesilao, doce talentos anuales.

(2) Tenia tambien el nombre de Pentápolis africana, porque encerraba cinco ciudades: Cirene, Berenice, Arsinoe, Tolemaïda y Apolonia.

reina Cleopatra jóven por ver á Tolomeo Alejandro ocupar el trono de Egipto indujo por fuerza ó por astucia á consentir en un cambio á Tolomeo Latur. Esperaba que su muy amado hijo se dejaria dirigir por ella en un todo; pero cuando le vió soportar impacientemente la tirania de una madre pérfida y brutal, quiso darle muerte. Alejandro supo precaver su intento; pero le espulsaron los mismos alejandrinos y fué muerto al querer apoderarse de Chipre. Llamado entonces de nuevo Latur (88) tornó á reunir esta isla á Egipto. Habiéndose sublevado Tebas, sostuvo un sitio de tres años, al cabo de los cuales fué tomada y destruida. Aun cuando aquella ciudad habia perdido mucho de su esplendor desde la época de los Faraones, permanecia no obstante siendo una de las más ricas de Egipto.

Latur dejó (81) dos hijos naturales, Tolomeo de Chipre y Tolomeo Auletes, y una hija legítima, Berenice. Además existia un hijo de Alejandro con el mismo nombre: hallábase á la sazon en Roma, cerca del dictador Sila, que á su antojo hacia y deshacia reyes. Estos eran otros tantos pretendientes, que en el discurso de quince años se disputaron la corona, proclamados y asesinados á su vez, segun que les favorecian momentáneamente el pueblo, el ejército ó las intrigas de Roma, porque ésta pensaba ya en convertir á Egipto en provincia, apoyándose, en punto á derecho, en un testamento de Alejandro, de quien acabamos de hacer mencion, que la instituyó por su heredera; y respecto del hecho, en las disensiones que destrozaban á aquel territorio.

Pero las sucesiones que acababan de recoger los romanos de Cirene, de la Libia, de la Bitinia, fueron causa de que consintieran todavia en dejar á Egipto sus príncipes particulares (59).

Auletes.—Auletes compró el título de rey y de aliado de los romanos, pagando 6,000 talentos á César y á Pompeyo, si bien sus súbditos, á quienes habia apremiado para aprontar esta suma, le derrocaron el trono.

Desterrado el príncipe se dirigió á Chipre, donde se hallaba entonces Caton, quien le recibió con severidad orgullosa. Cuando le refirió como habia perdido su corona y le dió cuenta de su proyecto de ir á Roma á implorar socorro, Caton le censuró por haberse enagenado el afecto de sus súbditos, y más aun por poner su confianza en Roma, donde todas las riquezas de Egipto no bastarian á saciar la avaricia de los grandes, y donde no obtendria más que vilipendios y desdenes.

Auletes admiró á Caton y sin embargo no prestó oidos á sus consejos. Como tenia á su disposicion tesoros, fué acogido cordialmente por Pompeyo en Roma. Habian despachado embajadores los alejandrinos á fin de que su rebelion quedara justificada; mandó aquel rey envenenarlos, y compró con la impunidad la esperanza de recuperar su corona. Aunque el jóven Porcio Caton habia leido en los libros Sibilinos: «Si un rey de Egipto os pide socorros, dádselos, mas no le proporcioneis tropas sino quereis arrepentiros,» y Auletes mediante la promesa de 10,000 talentos (3) á Gabinio, gobernador de Siria, consiguió sin decretarlo el Senado ser restablecido en el trono por un ejército romano. Mantúvose en él, mostrando tanta crueldad como cobardia, hasta el año 52. A fin de asegurar su sucesion á sus hijos, Tolomeo Dionisio, que tenia trece años, y Cleopatra que contaba diez y siete, ambos novios segun costumbre egipcia, los puso bajo la tutela del pueblo romano, como tambien le habia confiado sus otros dos hijos, Tolomeo Neoter y Arsinoe.

Cleopatra.—Cleopatra se habia refugiado á Siria á causa de disensiones con su hermano, que era al mismo tiempo su prometido esposo: allí levantaba tropas en el mismo instante en que César, vencedor en Farsalia, desembarcaba en el puerto de Alejandria (48). Bien lejos éste de agradecer á Tolomeo el cobarde asesinato de Pompeyo, tutor suyo, exigió que le pagase el resto de la suma prometida por Auletes para lograr el título de rey. Con intencion de escitar el descontento mandó vender el ministro Fotino todos los objetos de oro que contenian los templos, y que se sirviese al rey en vagilla comun, demostrando de este modo que cuantos metales preciosos habia, se empleaban en estinguir la deuda paterna; y en virtud del mismo sistema apenas subvenia á las necesidades del ejército de César. Este, aunque no tenia consigo más que tres mil doscientos hombres de á pié, y ochocientos caballos, exigió que se le dejase dirimir la querella suscitada entre hermano y hermana, invitando á ambos á comparecer en su presencia. Cleopatra llegó de noche á Alejandria, y no sabiendo como penetrar en su recinto sin ser conocida, se metió en un fardo de ropas que Apolodoro de Samos se cargó á la espalda, é introducida de este modo en el palacio, se presentó sola en el aposento de César. A la mañana siguiente todo estaba dispuesto en favor suyo.

Sublevacion de Alejandria.—Cuando Tolomeo vió á su hermana al lado de César, se creyó ofendido en su derecho de soberania, y gritando que se le habia hecho traicion escitó al pueblo á la rebeldia. César casi solo enmedio de una ciudad habituada á las conmociones populares, sostuvo un asedio, por no entregar á Cleopatra, á quien pedian con fuertes gritos. Quemó su escuadra á fin de que no cayera en poder de los alejandrinos: se propagó el incendio al arsenal, después á la biblioteca, donde quedaron reducidos á cenizas quinientos mil volúmenes reunidos por los Tolomeos. Apenas bastó al gran guerrero toda su habilidad para man-

(3) La mitad de esta suma que debia dar adelantada, se la proporcionó Rabirio Póstumo, caballero romano, que acusado enseguida por este hecho, fué defendido por Ciceron. Gabinio para ser absuelto tuvo que gastar tanto como habia ganado, y Ciceron que al principio le acusaba, le defendió al fin porque era apoyado de Pompeyo.

tenerse en la posicion que habia tomado, hasta que le llegaron socorros. Pudo tener al rey en sus manos, de modo que se atribuyera la sublevacion á los manejos de algunos facciosos; enseguida le entregó á los egipcios mediante la promesa de poner término á la guerra; pero habiendo previsto eso, la reanimó Tolomeo; y estimulados los romanos por el peligro, ó alentados por los socorros que habian recibido de fuera, pusieron en derrota á los rebeldes. Tolomeo se ahogó en el Nilo.

Algun espacio otorgó el vencedor á las fiestas triunfales y á sus placeres con Cleopatra, proyectando hasta contraer con ella matrimonio. En su compañía se embarcó en el Nilo para visitar el país, llevando en su séquito cuatrocientas velas: si sus soldados hubieran querido seguirle, penetrara en la Etiopía. Al abandonar el Egipto, donde pudo apercibirse de que el sentimiento nacional no se habia estinguido, dividió el trono entre Cleopatra y Tolomeo Neoter, que destinado á ser esposo de su hermana, fué coronado en Menfis; pero á la sazon era todavia niño, y toda la autoridad permanecia en manos de la princesa. A pesar de todo mandó que le dieran veneno (41) y se puso bajo la tutela, ó más bien bajo la dependencia de César.

Al saberse en Roma la noticia de la muerte de Pompeyo habia elegido el Senado á César cónsul por cinco años, dictador por uno, jefe vitalicio del colegio de los tribunos con derecho de hacer la paz ó la guerra; poder más estenso que el que habia usurpado Sila, y que fué adquirido y conservado sin asesinatos.

Farnaces.—Antes de tomar la vuelta de Europa se dirigió contra Farnaces, rey del Bósforo Cimeriano, que durante la guerra civil habia intentado recobrar las posesiones de Mitrídates, su padre. Habíase apoderado de la Cólquide, de muchas plazas fuertes de la Armenia, de la Capadocia, de la Bitinia y del Ponto; y después de haber batido á Domicio Calvino, teniente de César, amenazaba la provincia de Asia. No bien se aparta César de los deleites de Alejandria, recupera toda su impetuosidad belicosa: corre contra Farnaces, obliga al rey gálata Deyotaro, parcial de Pompeyo, á cederle una legion adiestrada en las maniobras romanas, ataca al hijo de Mitrídates, le derrota, y lo pone en conocimiento de Roma escribiendo: *Veni, vidi, vici.* (47). Farnaces fué muerto en la huida: Mitrídates de Pérgamo, á quien César habia cedido su reino, fué desposeido por un usurpador, sin que pensaran en castigarle los romanos, ocupados en asuntos de más importancia.

Paralelo entre Caton y Ciceron.—César llegó á Roma antes de que se le aguardara, no sin escitar muchos temores y una espectativa llena de ansiedad así entre sus nuevos amigos como entre sus antiguos adversarios. Cuando Ciceron abandonó el campamento de Pompeyo, se habia refugiado á Corcira *(Corfú)*, donde Caton queria entregarle, como personaje consular, el mando de las cohortes que habian escapado de la derrota de Farsalia: como alegara escusas, el hijo de Pompeyo le trató de de cobarde, y aun se arrojó hacia él para quitarle la vida; pero Caton le escudó con su cuerpo, y le volvió á enviar sano y salvo á Italia. Caton respetaba la dignidad en Tulio, sin que sea posible determinar hasta que punto estimaba su carácter. Caton no buscaba más que la virtud ó lo que le parecia que lo era: Ciceron no se fijaba más que en la gloria. Caton no consideraba más que á la patria, y se olvidaba de sí mismo hasta el estremo de no haber llegado jamás al consulado. Tulio pensaba ante todo en su persona, y si deseaba salvar la república, lo hacia menos por ella misma que por tener ocasion de jactarse de haberla preservado del peligro. Caton tenia gran prevision en ocasiones de riesgo. Ciceron se abandonaba al temor; el uno calculaba friamente los sucesos, el otro se dejaba engañar por mil insignificantes preocupaciones. Por lo demás, incapaces ambos de restablecer el órden, el primero por su ciego amor á lo pasado, el segundo por la escasa estension de su golpe de vista, por la irresolucion de su voluntad, y porque, idóneo para secundar á los demás, no poseia lo que se necesitaba para ponerse á la cabeza de un movimiento.

Cada uno de ellos procedió, pues, con arreglo á su carácter; Caton persistió en la resistencia, Ciceron, aunque aconsejase «deponer las armas, mas no arrojarlas,» las arrojó y regresó á Italia, temiendo todos los males posibles por parte del *nuevo Falaris* (4). Tan luego como sabe la vuelta de César le sale al encuentro en Tarento. Apenas le descubre el dictador se apea del caballo, vuela á abrazarle, y camina mucho tiempo á su lado sin decirle una sola palabra de cuanto habia acontecido. Desde entonces se mantuvo Ciceron en las cercanias de Roma, escribiendo sobre filosofia, sin mezclarse en los negocios públicos, y no yendo á la ciudad sino para hacer al dictador la corte. Encomiaba entre sus amigos la benévola dulzura de César (5) y les exhortaba á no obrar más que con sujecion á su gusto (6). Su esperanza era que, nuevo Pisistrato, haria el bien de la patria con la ayuda del poder absoluto, en vez de aguardarlo de los graduales adelantos del pueblo.

---

(4) *Istum cujus φαλαρισμὸν times, omnia teterrime facturum puto.* Ad Attico, VII, 12.—*Incertum est Phalarim ne sit imitaturus.* Id., 20.

(5) Lo digo aun sin aceptar la oracion *pro Marcello* que en verdad me parece poco digna de su ingenio.

(6) *Adhuc in hac sum sententia, nihil ut faciamus nisi quod maxime Cesar velle videatur.»* Lib. IV, ad Sulpicium. —*Admirari soleo gravitatem et justitiam et sapientiam Cæsaris: numquam nisi honorificentissime Pompejum apellat. At in ejus personam multa fecit asperius. Armorum ista et victoriæ sunt facta, non Cæsaris. At nos quemadmodum complexus? Cassium sibi legavit, Brutum Galliæ præfecit, Sulpicium Græciæ, Marcelum, cui maxime succensebat, cum summa illius dignitate restituit etc.* Lib. VI, *ad Cecinam.*

Clemencia de César.—Quinto Ciceron, hermano del orador, que se habia declarado contra César, de quien habia sido teniente en la guerra de las Galias, alcanzó tambien su indulto. Aconteció lo mismo al rey Deyotaro, á Marco Marcelo y á cuantos imploraron su clemencia. Renunciando de este modo á la venganza, signo de cobardia, más bien que de perversidad en los que disponen del mando, se preparó un favorable recibimiento en Roma.

Poseido de la idea de que no tornaria allí nunca, Cornelio Dolabela, que seguia la huella de Clodio, y Marco Antonio, dueño de la caballeria, que encenagado en todos los vicios, se habia entregado á la usurpacion y á la violencia, escitaron en la ciudad disturbios. Habia propuesto el primero la abolicion de las deudas; opúsose el segundo á ella, y habiendo venido á las manos los legionarios de este con los deudores, guiados por aquel, perdieron la vida ochocientas personas.

César inclinó al pueblo á desechar la proposicion de Dolabela; ganó á la muchedumbre con espectáculos y distribuciones, galardonó á sus amigos, haciendo á unos pontífices ó augures, á los otros senadores ó encargados de la custodia de los libros Sibilinos (46). Confiscó los bienes de aquellos pompeyanos que aun insistian en blandir las armas. Pero cuando se pusieron en venta los dominios de Pompeyo, nadie se presentó á la subasta, por respeto á aquel gran hombre, á escepcion de Marco Antonio, que los obtuvo á un ínfimo precio é indignó á César con su insolencia y con su cinismo. Como viese que los soldados, creyéndose todavia necesarios contra los pompeyanos, se mostraban exijentes en sus pretensiones, les reunió y les dijo: *Ciudadanos, os abruman las fatigas y las heridas; os relevo de vuestros juramentos; se os pagará todo lo que se os debe.* Vanamente le dirigieron sus ruegos para que siguiera conservándolos y les llamara soldados y no ciudadanos; distribuyóles tierras separadas unas de otras, les satisfizo sus atrasos y les dió sus licencias. Pero cuando se dirigió á Africa todos se obstinaron en ir en pos de su huella.

Muchos personajes ilustres que se habian encaminado á Africa para incorporarse á Pompeyo (46), se habian unido á las cohortes que Caton recogiera en Corcira tras la derrota de Farsalia. Todos habian jurado morir por la libertad tan luego como llegó á su noticia la muerte de su jefe; y Caton habia admitido el mando prometiendo no montar más á caballo, ni en carro, comer sentado, y no acostarse más que para dormir (7). Habiéndole abierto Cirene espontáneamente las puertas, atravesó el desierto para juntarse en Muritania á Metelo Escipion, suegro de Pompeyo, que se habia retirado allí con sus tropas; y como un oráculo habia vaticinado á los Escipiones una série perpétua de victorias en Africa, hizo que se le adjudicara el título de general. Juba hijo de Hiempsal, rey de Mauritania, y todos los númidas se habian alistado bajo sus banderas; de manera que todavia hubiera sido objeto de cuestion lo que parecia decidido en Farsalia, si mientras se dormia César en los brazos del amor en Alejandria, hubiera existido más union entre los pompeyanos y menos deseo de mandar todos.

Batalla de Tapso.—César se despertó á tiempo; y recobrando su actividad ordinaria, se presentó en Arica, seguido de escaso número de guerreros, si bien todos de probado denuedo. Contábanse entre ellos algunos galos, y treinta de ellos persiguieron con las espadas desnudas á doscientos mauritanos hasta las puertas de Adrumeto. Hallábase el dictador en una situacion de las más embarazosas, tanto en razon de la fuerza del enemigo, como de la escasez de víveres, cuando Escipion, contra el parecer de Caton, que queria evitar todo compromiso, aceptó la batalla cerca de Tapso, donde perdió cincuenta mil hombres y la victoria. Todas las ciudades abrieron á porfia al vencedor sus puertas: matáronse ó fueron muertos los jefes del partido contrario. El rey Juba y Petreyo se empeñaron en singular combate: sucumbió el segundo, y el otro hizo que un esclavo le diera muerte. Solo Labieno halló medio de fugarse á España, donde Caton habia enviado á Cneo y á Sexto, hijos de Pompeyo (8).

Caton, que habia reunido en la ciudad de Utica un Senado de trescientos romanos, les exhortó á permanecer en armonia, único medio de hacerse temer con las armas, ó de lograr condiciones admisibles, si ceder era preciso. No habia porque desesperar, les decia, mientras España estuviera de su parte y Roma se mostrase impaciente contra el yugo, y continuara Utica ceñida de murallas y bien provista. Resueltos á defenderse los mercaderes italianos establecidos en aquella ciudad, proponian dar libertad y armas á los esclavos; pero Caton aseguró que no se podia atentar contra la propiedad de aquel modo, cual si la ley no tuviera la salud pública por principal objeto. No obstante, al poco tiempo llevaron los miedosos la mejor parte y conjeturando que habia mucho de locura en querer resistir á aquel cuya ley habia reconocido el universo, enviaron á ofrecer su sumision á César (46).

Caton aprobó este paso, aunque no quiso solicitar para sí cosa alguna. *Conceder la vida*, dijo, *supone el derecho de quitarla, lo cual es un acto de ti-*

(7) Sabido es que los antiguos comian acostados.

(8) Ciceron señala á Cneo como *patri simillimus (Philipp.* V, 5); pero Casio en una carta dirigida al mismo Ciceron *(ad fam.* XV, 19) dice. *Scis Gnæus quam sit fatuus; scis quomodo crudelitatem virtutem putet.* Veleyo escribió sobre Sexto II, 73: *Hic adolescens erat studiis rudis, sermone barbarus, impetus strenuus, manu promptus, cogitatione celer, fide patri dissimillimus, libertorum suorum libertus, servorumque servus, speciosis invidens, ut pareret humillimis.*

rania; y yo no quiero nada de un tirano. Firme como el dios Término, no solamente anhelaba una republica muy distinta de la de entonces, si que á más una cuyo modelo no encontraba tampoco en lo pasado; y sin embargo, á falta de otra cosa mejor, veneraba las instituciones de la patria esperando que fuesen capaces de renovarse. Por eso permaneció con el partido senatorial contra los que subvertian la república, más allá de cuya subversion no podia prever nada, como estricto romano, y por consiguiente incapaz de presentir la accion de los bárbaros, ni la del cristianismo. Resuelta la lucha en Farsalia ¿qué le restaba ya? ¿Prolongar una guerra que siempre habia deplorado, y cuyo infalible éxito preveia? ¿aceptar la clemencia de César y ponerse de parte de los que abrian la patria sagrada á los orientales y á los galos, dando á la plebe paz, justicia y pan en vez de libertad, y transiguiendo con el indómito patriotismo?

Pero él mismo reveló cuanto habia de ostentacion en su conducta, cuando viendo al jóven Estatilio obstinarse en no querer admitir la vida de un usurpador, encargó á dos filósofos que le enseñaran lo que convenia que hiciera un mancebo. Siempre tenia á su lado cierto número de sofistas griegos, y pasaba la noche debatiendo con ellos acerca de varias cuestiones de estoicismo, y especialmente de esta: *Solo son libres los hombres virtuosos: siempre los perversos son esclavos.* Después de haber despedido á sus amigos leyó el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma y luego pidió su espada. Como un esclavo, que habia penetrado su designio, tardara en llevársela le dió en el rostro tan violento golpe que se hirió la mano. Procuraron disuadirle de su propósito sus hijos y sus amigos (46); pero despidió á todos y dijo á los filósofos que renunciaria á su intento con tal de que le probaran con una sola buena razon que no seria indigno de su persona demandar la vida á su enemigo. Aquellos doctos varones no supieron inquirirla y se le envió su espada. *Soy, pues, dueño de mi propio,* dijo al recibirla.

Muerte de Caton.—Durmió sosegadamente, y por la mañana clavó el hierro en sus entrañas. De este modo la virtud de aquel rígido filósofo venia á parar en un acto de cobardia, pues abandonaba un puesto donde exigian que se mantuviera hasta el fin el valor del hombre y el deber del ciudadano (9).

Lloráronle los habitantes de Utica y cuantos le conocian, como el único romano fiel á la libertad todavia. César, siempre magnánimo, esclamó de este modo: *Me ha envidiado la gloria de conservarle la vida.* Sin embargo, cuando Ciceron escribió un panegírico de este hombre célebre le opuso

---

(9) Sin duda debe parecer estraño que se quitara Caton la vida después de haber leido el *Fedon,* en que el suicidio se condena tan á las claras. «El hombre cuerdo, dice su testo, jamás debe matarse, lo cual no es lícito, sino á aquellos para quienes es una carga la vida, porque Dios les ha colocado en un puesto que no deben abandonar sin su permiso. Velan los dioses por nosotros, y de su propiedad formamos parte. Si un esclavo vuestro se diera muerte, ¿no pensarias que habia sido malo su comportamiento? ¿No le castigaríais si estuviera en vuestra mano?» (Véase nuestro libro III, cap. 23).

Pero ningun punto de moral era más confuso que este para los antiguos. Decian claramente los estóicos: *Si te pesa la vida, muere.* Sin embargo, como querian conciliar su opinion con la de Sócrates, de quien pretendian ser discípulos, se apoyaban en las palabras de este filósofo, trasladadas al mismo *Fedon,* cuando dice: «Es preciso que Dios nos envie una órden espresa para salir de la vida.» Ahora bien, para ellos una órden espresa era un infortunio, y sobre todo un infortunio público; así cada cual era dueño de decidir cuando le cumplia suicidarse. Ciceron en el primer libro de las *Tusculanas* elogia á Caton porque «salió de la vida teniendo á ventura encontrar un motivo para morir, porque el Dios que domina sobre nosotros, nos prohibe salir de aquí abajo sin su precepto. Pero cuando este Dios nos ofrece una justa causa, como á Sócrates en otro tiempo y á Caton en nuestros dias, como tambien á otros muchos, el hombre cuerdo queda en verdad satisfecho de abandonar las tinieblas para ver la luz: no rompe entonces las ligaduras que le aprisionan, lo cual le vedan las leyes, sino que sale llamado de afuera y despedido por Dios, como por un magistrado, ó por alguna autoridad legítima.»

Reflexiónese aquí en el espíritu de legalidad que hemos visto sustituir siempre entre los antiguos al espíritu de la justicia: atengámonos al primero, y cuanto Ciceron pueda decir para ahuyentar la idea del suicidio, no tiene valor ninguno.

He aquí como se espresaba Napoleon en su destierro acerca del suicidio del de Utica:

«La conducta de Caton ha sido aplaudida por sus contemporáneos y admirada por la historia, pero ¿á quién fué útil su muerte? á César: ¿á quién produjo complacencia? á César; ¿y á quién fué funesta? á Roma, á su partido. Pero se dirá que prefirió darse muerte á inclinarse delante de César, ¿y quién le obligaba á doblegarse? ¿por qué no siguió á la caballeria ó á aquellos parciales suyos que se embarcaron en el puerto de Utica? Su partido se reorganizó en España, y ¡de cuánto influjo no hubieran sido su nombre, sus consejos y su presencia en medio de diez legiones, que al siguiente año balancearon los destinos en el campo de batalla de Munda! Después de su misma derrota ¿quién podia estorbarle seguir por el mar al jóven Pompeyo, que sobrevivió á César, y mantuvo con gloria las águilas de la república por espacio de mucho tiempo? Casio y Bruto, sobrino y discípulo de Caton, se quitaron la vida; este en el campo de batalla de Filipos, y Casio se mató cuando era vencedor Bruto: por una mala intelingencia, por una de esas acciones desesperadas, que inspiran un falso valor y falsas ideas de grandeza, dieron la victoria al triunvirato. Mario, abandonado por la fortuna, fué más grande que ella: arrojado por los marsos, se ocultó en los pantanos de Minturno; su constancia obtuvo el galardon merecido: retornó á Roma y por sétima vez fué elegido para el consulado: anciano, sin vigor y habiendo tocado al más alto punto de su prosperidad, se quitó la vida para libertarse de las vicisitudes de la suerte. Pero si cuando su partido estaba triunfante, le hubieran presentado á Caton el libro del destino y hubiera visto que al cabo de cuatro años caeria César, atravesado por veinte y tres puñaladas dentro del Senado y á los piés de la estátua de Pompeyo; que aun ocuparia Ciceron la tri-

el *Anti-Caton*, el cual puso de manifiesto sus defectos y sus virtudes exageradas. Con efecto, César poseia las cualidades modernas, Caton las de los tiempos pasados: el uno ambicionaba el sufragio de sus contemporaneos y el de la posteridad, el otro no se proponia mas que la virtud, tal como la habia ideado (10), y puede decirse que con él pereció la raza de los republicanos antiguos (46).

Dueño César de toda el Africa romana, cuando tuvo en su poder á Utica, entró en la Numidia y en la Mauritania, las redujo á provincia de Roma, dejando allí en calidad de procónsul al historiador Crispo Salustio. Se habia conciliado su amistad reintegrándole en el Senado, de donde se le habia escluido á consecuencia de sus vicios, y juzgó que su avaricia seria á propósito para esquilmar á aquel pais, de modo que ya nunca pensara en rebelarse (46). El dictador dió un reino en los confines de la Numidia al desterrado romano Sitio, que le habia auxiliado mucho al frente de una partida por él reclutada: esto equivalia á poner un vigilante en las fronteras de la nueva provincia. Habiendo caido en su poder una hija de Pompeyo el Grande, la envió á España con sus hermanos; y por órden suya Cartago y Corinto que habian caido juntas, se tornaron á levantar en el mismo año.

A su vuelta á Roma se le prodigaron los más distinguidos honores (junio de 46). Se prolongó por diez años su dictadura; tuvo setenta y dos lictores en vez de veinte y cuatro para su custodia: se le eligió censor único: su persona se declaró sagrada: tocábale emitir antes que nadie su opinion en las asambleas: le correspondia una silla curul en los espectáculos, para permanecer allí aun después de su muerte; debia dar la señal en los ejercicios del circo: habian de tirar de su carro cuatro caballos blancos, como al de Camilo, vencedor de los galos: su estátua, apoyada en el globo terráqueo, debia levantarse al lado de la de Júpiter.

César dejaba obrar al entusiasmo, si bien descubria miedo detrás de aquellas demostraciones, y para calmarlo protestó públicamente que no se le veria renovar las matanzas de Mario y de Sila. «¡Ojalá hubiera podido no derramar una gota de sangre de mis conciudadanos! Hoy, que ya está dominado el enemigo, depondré la espada á fin de no pensar más que en granjearme á fuerza de beneficios la voluntad de los que persisten en aborrecerme. Conservaré en pié ejércitos, no tanto para mi defensa, como para la de la república. Para su subsistencia bastarán las riquezas que he traido de Africa, y todavia con el sobrante podré suministrar al pueblo doscientos mil modios de trigo y tres millones de modios de aceite.»

Triunfos.—Sosegados los ánimos de los padres conscriptos y del pueblo, le decretaron en el mismo mes cuatro triunfos, uno sobre los galos, otro sobre Egipto, otro sobre Farnaces, y otro sobre Juba. En el primero puso de manifiesto y á la vista de Roma los nombres de trescientos pueblos y de ochocientas ciudades. Habiéndose roto el eje del carro de triunfo, César mandó que se llevaran cuarenta elefantes cargados con antorchas, para iluminar la retardada marcha de la comitiva. Subió de rodillas las gradas del templo, y cuando vió levantada su estátua cerca de la de Júpiter con la inscripcion siguiente: *A César semi-dios*, hizo borrar esta última palabra. No fueron menos ostentosos los otros tres triunfos, aunque los romanos vieron con desagrado aparecer en el último las estátuas de Escipion, de Caton y de Petreyo. Calculóse en 65,000 talentos el total de vasos de oro y plata, llevados en aquellas solemnidades, sin comprender en este cálculo dos mil ochocientos veinte y dos coronas, regaladas por las diferentes ciudades, de veinte mil libras de peso. Hizo el vencedor uso de de estas riquezas para pagar y galardonar liberalmente á los soldados, á los oficiales y al pueblo: aderezáronse veinte y dos mil mesas, sirviéndose en ellas lo más esquisito que se podia apetecer en manjares y vinos. Pompeyo, que conocia los gustos del pueblo, sobre el cual aspiraba á ejercer dominio, le habia mandado construir un circo inmenso, de dos mil piés de longitud y de novecientos de anchura, dentro del cual podian tomar asiento doscientos cincuenta mil espectadores. Un canal de agua corriente recreaba la vista de los que asistian á la fiesta, y les preservaba de acometidas, al propio tiempo que estaban defendidos por una verja de hierro. César ofreció allí en espectáculo al pueblo dos mil gladiadores, simulacros de batallas por mar y tierra, carreras de carros, combates de fieras, entre las cuales hubo una girafa la primera que se vió en Roma (46) y luchas de elefantes; ni faltaron tampoco los sacrificios humanos (Dion), siendo tan considerable el gentio, que muchos individuos pasaron la noche al raso, muriendo varios de ellos sofocados entre la muchedumbre.

Siro y Laberio.—Vióse aparecer entonces á los famosos mímicos Publio Siro y Junio Laberio. Llevado el primero en clase de esclavo á Roma, mereció obtener la libertad por su talento; compuso muchas comedias, de las cuales nos quedan algunas sentencias escelentes, y habiendo desafiado en esta ocasion á todos los poetas dramáticos y á todos los actores, consiguió el triunfo sobre unos y otros. Laberio habia sido borrado del número de los caballeros, cuando salió á las tablas; y César en recompensa de su maestria en los papeles que desempeñaba, le restituyó esta vez el anillo de oro, añadiendo el donativo de quinientos sextercios. Yendo en consecuencia á tomar asiento en las sillas reservadas para los ciudadanos de su clase, y como

---

buna de las arengas y haria resonar allí las filípicas contra Antonio ¿se hubiera traspasado el seno? No; se mató por despecho, por desesperacion. Su muerte fué la debilidad de una alma grande, el error de un estóico, una mancha en su vida.»

(10) *Esse quam videri bonus malebat: itaque quo minus gloriam petebat, eo magis illam assequebatur.* Salustio, en *Catil.*

pasara cerca de Ciceron, sentado en medio de los senadores, este le dijo: *Yo mismo te haria lugar, si no me encontrara tan apretado*; aludiendo al gran número de senadores creados por César. Pero Laberio le respondió todavia con más agudeza: *No me asombra que te halles estrecho, cuando tienes costumbre de ocupar a la vez dos asientos.*

A pesar de todo los enemigos de César no estaban completamente destruidos. Cecilio Basso, caballero romano, venido de Farsalia con los pompeyanos, se habia retirado á Tiro, donde bajo las apariencias de dedicarse al comercio, juntó á todos los de su partido, y en breve se halló en disposicion de venir á las manos con Sexto César, gobernador de Siria. Derrotado primero, supo después inducir al ejército del vencedor á que le asesinara y á que se le uniera. Habiendo aumentado sus fuerzas de este modo y no careciendo de habilidad, se sostuvo contra sus adversarios, llamando en su ausilio á los árabes, prontos siempre á venderse á quien mejor les pagaba, y á los partos, que no apetecian cosa mejor que hacer daño á los romanos. Aunque César envió tropas en contra suya, no logró abatirle, y hasta la muerte del dictador se mantuvo Cecilio en Apamea.

Importantísima bajo otro aspecto era la guerra de España. Allí habian reunido los dos hijos de Pompeyo los restos de las tropas que habian escapado de las derrotas de Tapso y de Farsalia, á los cuales se habian incorporado muchos indígenas, envanecidos aun con la memoria de los triunfos de sus abuelos. Dueños de las campiñas habian obligado á los cesarianos á encerrarse en las plazas fuertes.

Batalla de Munda.—Para poner término á las hostilidades creyó el dictador que urgia su presencia: vino, pues, á España, recuperó muchas ciudades, y en la llanura de Munda, en la Bética, dió una batalla decisiva á los republicanos: á lo menos este era el nombre que se daban á sí propios.

Estos lograron al principio tan insigne ventaja (17 de marzo de 45), que César estuvo á punto de darse muerte de desesperacion; pero cobrando aliento, gritó á sus soldados: *¿No os da vergüenza entregar vuestro general á esos chiquillos?* y se precipitó enmedio de los contrarios. Así restableció el combate, y después de haber luchado desde la salida del sol hasta su ocaso, obtuvo la victoria. Quedaron en el campo de batalla treinta mil enemigos, entre cuyo número se contaba el valiente Labieno y tres mil caballeros. Sirviéronse los cesarianos de sus cadáveres para cegar los fosos de Munda, que escalaron mientras César perseguia á los fugitivos. Muerto fué Cneo Pompeyo después de haber asistido á la destruccion de su escuadra, y Sexto, su hermano menor, llegó á ocultarse entre los celtíberos. César retornó á Roma después de poner término en siete meses á tan difícil guerra: su triunfo no resplandeció allí con gloria, por haber sido comprado á costa de sangre romana, lo cual no estorbó que fuera proclamado dictador perpétuo.

Reformas.—Hallábase, pues, consolidado su imperio, y ya podia decir que tenia á su devocion el pueblo. Entonces pensó en grandes reformas, que recuerdan á nuestra mente un Carlo-Magno, un Napoleon, rodeados de su consejo de Estado. Como censor hace el encabezamiento del pueblo, restituye á Roma una porcion de ciudadanos espatriados, al mismo tiempo que prohibe salir de ella á todo individuo de más de veinte años y de menos de cuarenta. Atrae allí con sus liberalidades á todo el que ha adquirido nombradia en las artes y en las ciencias. Procura refrenar el lujo; pero las leyes suntuarias le obligan á llenar los mercados de espias, y á encargar de la policia á los magistrados que penetran á la hora de comer en las casas de los ricos, y se llevan aquello que en el servicio les parece supérfluo. Completa el número de los senadores, aumenta el de los magistrados inferiores, limita el poder judicial de caballeros y senadores; disemina á ochenta mil ciudadanos pobres en colonias ultramarinas, y hace públicos por la vez primera los actos emanados cotidianamente del Senado y del pueblo (11).

En calidad de gran pontífice, hace que venga de Egipto el astrónomo Sosígenes, con cuyo auxilio opera la reforma del calendario, por estar persuadido de su irregularidad, mereciendo así la burla de Ciceron y la alabanza de la posteridad. En vez de confiarlo al pueblo ó á la suerte nombra por sí mismo á los que han de desempeñar todas las magistraturas, proponiendo los candidatos para los comicios con la fórmula siguiente: *César recomienda tal ciudadano para tal tribu, y exige que sea elegido.* Sabiendo por otra parte que el poder que se le habia conferido vitaliciamente, le habia allanado el camino de la autoridad soberana, no quiere que ningun pretor pueda ejercer sus funciones por más de un año, ni por más de dos ningun personaje consular.

Como no tenia hijos (conteniéndole además el odio que profesaban los romanos al nombre de rey), no pensó en fundar una dinastia, aunque tampoco le ocurrió restablecer la república, como habia hecho Sila. Se le puede considerar, pues, como el verdadero fundador del imperio, porque tambien se le habia adjudicado el título de *emperador*, no con la significacion ordinaria de general victorioso, sino como señal de autoridad suprema.

Carácter de César.—Créese contemplar en este representante de la civilizacion, el más activo y popular de todos, uno de aquellos caractéres idealizados, que se encuentran en la infancia de los pueblos. Eminente guerrero, gran orador, político insigne, hombre de saber y de accion, hábil matemático, como lo prueban la reforma del calendario, el puente que echó sobre el Rhin, y los asedios que dirigió en persona, tenia tan poderosa fuerza de atencion, que leia, escribia y escuchaba al mismo

(11) SUETONIO, *César*, 20.

tiempo, y podia dictar á la vez á cuatro y hasta á siete secretarios. Este hombre alcanza ínclitas victorias desde las riberas de la Bretaña hasta la Etiopia, y las refiere con notabilísimo estilo. Pelea y se engolfa en los placeres: domina las asambleas con una palabra: apacigua las sediciones y sabe agradar á las mujeres. Superior á sus contemporáneos, les conocia, y esto lo estimulaba á atreverse á todo. Nada le detenia cuando se trataba de tocar al fin que se habia propuesto, ni aun la justicia, pues decia con Eurípides, que debe observarse en todas las circunstancias de la vida, ménos cuando era cuestion de ganar un reino. Sus costumbres distaban mucho de ser severas; las canciones de los soldados, echando en cara á ese calvo sus vergonzosas complacencias con el rey Nicomedes, le llamaban la reina de Bitinia. Curion le designaba públicamente en un discurso como el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos; y cuando entró en Roma de vencedor, repetian los legionarios en torno suyo: *Romanos, esconded vuestras mujeres; os traemos al galante calvo que ha comprado á las mujeres de los galos con el dinero robado á los maridos.* Como le tachara de afeminado un senador al decir que nunca podria una mujer tiranizar á los hombres, repuso: *Acuérdate de que Semíramis avasalló el Oriente, y de que las Amazonas conquistaron el Asia.* Y efectivamente, con tantos gustos afeminados no habia soldado más robusto, ni más sufrido, cuando se trataba de domar un corcel fogoso, de soportar el calor ó el frio, de padecer hambre, de cruzar un rio á nado, de andar á pié ciucuenta millas en un dia. Poseia una portentosa actividad, para la cual nada parecia acabado si aun faltaba algo que hacer; una inteligencia superior, una grandeza de alma más que humana, y una constancia invencible que manifestó desde el principio cuando yendo á las elecciones dijo á su madre: *Hoy me verás pontífice ó desterrado.* Los hombres severos solo tuvieron para él desprecios; pero Sila habia comprendido su gran poder, y previsto que seria el heredero de Mario, del gran plebeyo. Pronto conoció César que el único lugar que le convenia era el primero; confió en la fortuna, y expuso en todo encuentro su vida, antes que comprometer su autoridad. ¡Cuán grande aparece aun entre las injurias del declamador Lucano! ¡qué entusiasmo no inspiró á su ejército! A la intimacion de rendirse responde uno de sus soldados: *Los soldados de César suelen dar la vida á los demás, no recibirla de otros*, y se mata, semejante al soldado de aquel otro César, que moria exclamando: *La guardia muere, pero no se rinde.*

Su dictadura fué corta y agitada, porque entonces se salia de disturbios civiles. Es imposible determinar cuales fuesen sus proyectos; pero aun cuando debia su elevacion al ejército únicamente, jamás se dejó arrastrar á los escesos cometidos por Mario y Sila, y posteriormente por Augusto. Censor, tribuno, dictador vitalicio, era árbitro de la república: no obstante, dejó que subsistieran las formas cuya destruccion fué más perjudicial que la de la misma república. Grande hombre y mal romano trastornó hasta el último cimento de la política de su patria. Tuvo hasta entonces por objeto absorber á las demás naciones, él la obligó á asimilárselas hasta cierto punto. Los generales obligaban á los paises vencidos á sufrir el yugo de Roma, quitándoles su dinero y su fuerza, á la par que respetaban sus instituciones, lo cual no era un mérito, sino una manera muy segura de esquilmarlos, de aniquilarlos, de destruirlos. César cambia de sistema: abre Roma á todas las naciones, llámalas á tomar asiento en el anfiteatro, el foro y la curia. Rejuvenece la empobrecida sangre del Asia y de Italia, y engerta en el carcomido tronco las vigorosas ramas que le suministran la Galia y la España. Animado de este pensamiento, al estallar la guerra civil confirió los derechos de ciudad á todos los galos establecidos entre el Po y los Alpes, efectuando así lo que habia costado la vida á los Gracos. Hizo tambien ingresar en el Senado á muchos centuriones galos de su ejército, y hasta simples soldados, y aun libertos escogidos con especialidad entre los vencedores de Farsalia: en este punto se hizo entonces blanco de muchas espresiones de burla. *César*, se decia, *arrastra á los galos detrás de su carro, si bien es para traerlos al Senado. Han dejado las bragas célticas para endosarse la laticlavia.* En Roma se habia fijado este anuncio: *Se suplica al público que no enseñe á los nuevos senadores el camino del Senado.*

Mientras Roma perdia así su nacionalidad por el inmenso ensanche que recibia, se habituaban los pueblos á mirar la Italia como la soberana del mundo; esto suspendia las guerras alimentadas hasta entonces de un lado por la ambicion y por la avaricia, y de otro por el patriotismo. Todos los advenedizos se enlazaban á la fortuna del dictador por su interés propio: de esta suerte prodigaban á César honores sin tasa, y él se prestaba á ellos con menos repugnancia, después de haber sido testigo de las vilezas de la corte de Cleopatra. A competencia con esta bajeza, los restos degenerados de la sangre latina se honraban con proporcionarse á sí mismos el espectáculo de la arena sangrienta, donde celebraba César los funerales del antiguo mundo.

Creyendo ya su vida bastante segura para que la considerase necesaria á la paz del mundo, perdonó las sátiras, los dichos mal intencionados, las tramas, las inveteradas enemistades. Hizo que se volvieran á erigir las estátuas de Pompeyo, y se paseaba sin custodia, sin coraza, en medio de la ciudad sumisa, diciendo que valia más sufrir una vez la muerte que temerla de contínuo.

Entre tanto meditaba una reforma de la legislacion, cuyo resultado hubiera sido reducir á un corto número de disposiciones terminantes las numerosas leyes romanas; y en efecto la *Lex julia municipalis* preparó la prosperidad de los pueblos descentralizándolos, y dejando á la Universidad el

hacer leyes y decretos oportunos: sistema que duró á través de la tirania imperial, de la invasion de los bárbaros y del feudalismo, hasta que la Revolucion francesa abolió los usos, costumbres y clases para sustituirlos con la libertad del Estado, la igualdad en todo, hasta en los matrimonios, en la educacion y en el testamento.

Pensaba César en embellecer á Roma, en crear una biblioteca griega y latina, bajo la direccion del sabio Varron, en edificar un templo en el centro del campo de Marte, un anfiteatro al pié de la roca Tarpeya, y una curia capaz de dar cabida á los representantes del mundo entero; debia abrirse un espacioso puerto en Ostia; secar las lagunas Pontinas (12) y hubiera anhelado hacer el mapa figurativo del imperio; manos romanas irian á levantar Capua, Cartago y Corinto, de las ruinas bajo que las habian sepultado las legiones de Roma. Queria romper el istmo de Corinto y juntar los dos mares: después de haber vengado á Craso con una guerra á muerte contra los formidables partos, hubiera dado vuelta por el Cáucaso, la Escitia, la Dacia y la Germania, de modo que el imperio, que debia dilatarse por todos los pueblos civilizados, ya no hubiera tenido que temer nada de los bárbaros (13).

Aquellos grandes proyectos cayeron á tierra bajo el puñal de los conjurados, que, en virtud de reminiscencias intempestivas, precipitaron de nuevo el mundo en desastres, de los que probablemente hubiera podido escaparse. Los que querian conservar el patriciado, como tutela de las tradiciones romanas, é idolatraban la patria, esto es, la tirania de esta sobre todas todas las provincias, y el señorio de los nobles sobre los plebeyos, debian execrar á César, que sobreponia á la aristocracia la plebe, y abria el recinto de Roma á todas las naciones, ó lo que es lo mismo, la destruia. Quien considera la causa de la humanidad, los padecimientos de la plebe, la opresion del género humane en provecho de una sola ciudad, de un pueblo entero en provecho de una clase, puede bendecir á César y maldecir á los que cortaron el hilo de sus proyectos.

Ninguna dominacion nueva puede establecerse sin ajar muchas afecciones é intereses. Menospreciando César á aquellos senadores, inhábiles unos para conservar lo pasado, chusma nueva introducida por él, hacia por sí mismo los decretos y los firmaba con los nombres de los principales individuos del Senado, sin consultarles siquiera (14). Cierto dia aquella turba de magistrados curules llega á anunciarle algun honor insigne, alguna prorogativa nueva, y ni siquiera se levanta de su asiento. Este signo de desden pareció de más insoportable rudeza que la opresion misma: renováronse de esta manera los antiguos odios. La silla de oro y la corona de laurel, admitidas después de la victoria en España, pudieron inducir á creer que pensaba en la monarquia; mirábase de reojo la estátua que se le habia levantado entre Tarquinio y Bruto, y se murmuraba con sigilo que aspiraba á la dignidad regia. Como asistiese á las fiestas lupercales, Marco Antonio, después de haber corrido desnudo por la ciudad, segun costumbre (15), se

(12) Este vasto territorio, atravesado por la via Apia, ocupa la parte meridional de los Estados pontificios. Lo baña al Oeste y al Sur el mar Tirreno, y lo limita al lado opuesto la cordillera de los Apeninos. Se estiende paralelamente al mar en un espacio de cuarenta y dos mil metros, desde Cisterna hasta Terracina: su anchura es de diez y siete á diez y ocho mil metros. Los méganos que se han formado á la parte occidental, y otras circunstancias locales, detienen el curso de las aguas llovedizas y de las manantiales que llegan á arrojarse de diferentes puntos en el único desagüe, llamado Badino. Examinando el terreno, se ha conocido que es creacion marina; por consiguiente el mar hubo de batir en un tiempo la falda del Apenino, y el monte Circello debió elevarse como una isla en medio de las ondas: los aterramientos, los vegetales que allí se han acumulado y carbonizado, han elevado poco á poco la capa sólida. Ya era pantano cuando Apio Claudio abrió el camino que lleva su nombre: un siglo después, acometió Cornelio Cetego la empresa de secarlo. Luego se interrumpieron los trabajos hasta la dictadura de César, á quien detuvo la muerte en la ejecucion de sus vastos proyectos. Augusto mandó abrir allí un gran foso que lleva todavia su nombre. Luego no se habla de los pantanos Pontinos hasta Teodorico, que se los cedió en propiedad al patricio Decio para secarlos. Ejecutáronse en ellos inmensos trabajos en las épocas de Leon X y de Sisto V, es decir, el gran canal de desagüe y el de la circunferencia, denominado rio Sisto. Pero las obras de más consideracion se emprendieron por Pio VI desde 1777 hasta 1796, y costaron 9.000,000 de pesetas. Este pontífice ordenó la reparacion de la via Apia, sus antiguos puentes, el canal que la costea, los admirables almacenes de Terracina, y otros edificios, todos los cuales tienen cierto carácter monumental, desde los templos hasta las hospederias. Por desgracia estos trabajos no fueron bien dirigidos, lo cual estorbó que el fin coronase la obra. Cuando se conoció más tarde lo que convenia hacer para lograr mejor resultado, no hubo tiempo más que para delinear el trazo, y estalló la tempestad. En 1810 se nombró para este efecto una comision por el gobierno francés y comenzó los terraplenes; pero los cambios políticos que sobrevinieron obligaron á interrumpirlo todo.

(13) Véase BURY.—*Historia de la vida de Julio César*. Paris, 1758.

A. G. MEISNER.—*Vida de Julio César* (aleman) continuada por J. CH. L. HAKEN, 1811.

Pero en nuestro sentir aun después de la historia escrita con tanta colaboracion de Napoleon III, queda el deseo de que se puedan completar estas obras con ayuda de los comentarios de Plutarco y de Suetonio.

(14) Ciceron *(ad Fam.*, IX, 15), escribia en estos términos: «A veces averiguo que un senatus-consulto, aprobado en conformidad de mi dictámen, llega á Siria ó Armenia, antes de que yo tenga de su texto conocimiento alguno; y muchos príncipes me han escrito dándome gracias por haber opinado que se les diera el título de reyes, cuando ni aun sabia yo que existieran en el mundo.»

(15) Eran las Lupercales una diversion pastoril del antiguo Lacio; jóvenes patricios y ciertos magistrados corrian casi desnudos por las calles, pegando con correas á cuantos

arroja á sus plantas, ofreciéndole una corona entrelazada de laureles. Algunos de los asistentes, quizá apostados allí de intento, aplaudieron la ofrenda; pero cuando César rehusó aquel símbolo del poder real, dió la muchedumbre alegre testimonio de su aprobacion de un modo inequívoco, y se dobló su entusiasmo cuando dijo que pudiendo ser solamente Júpiter rey de los romanos, era menester llevar aquella corona al Capitolio. Al dia siguiente todas las estátuas de César amanecieron coronadas de flores: Flavio y Marcelo, tribunos del pueblo, fueron á quitarlas, y castigaron á los que habian aplaudido la accion de Antonio. Irritado César depuso á los dos tribunos.

Contábase Cayo Casio entre el número de los descontentos, habiendo manifestado desde su infancia profundo odio contra la tirania: cierto dia habia llegado á dar una bofetada á Fausto, hijo de Sila, á quien habia oido jactarse en la escuela del ilimitado poder de su padre. Habiéndole hecho comparecer los deudos de este ante Pompeyo, lejos de alegar escusas, protestó que volveria á pegar á su condiscípulo, si se atrevia á repetir las mismas espresiones. Se habia convertido en enemigo particular de César, porque éste habia dado la preferencia á Bruto para la pretura, y le habia quitado los leones, aquellos juguetes favoritos de los romanos de entonces, que le habian tocado en la toma de Megara.

Aquel rencor privado y su ambicion personal inflamaron en su pecho el amor de la libertad, y Marco Junio Bruto le pareció un instrumento adecuado en un todo á la ejecucion de sus designios. Este jóven, escritor instruido y orador elegante, habia sido educado en las máximas de la antigua Academia, si bien por complacer á Caton, su tio, adoptó las doctrinas de los estóicos, con las cuales habia aprendido á endurecerse contra los mayores sacrificios y contra las abnegaciones más violentas. Pompeyo habia mandado dar muerte á su padre, y á fin de que no pareciera que cedia á un odio personal, abrazó su causa y fué vencido á su lado en Farsalia. César, que le miraba como á un hijo (16), á consecuencia de su larga intimidad con Servilia, su madre, tuvo singular satisfaccion al saber que se habia salvado: no contento con perdonarle, le confió el importante gobierno de la Galia Cisalpina, donde mereció que los habitantes de Mediolano le erigieran una estátua.

Pero en vez de hacerle adicto á César aquellos beneficios, le agriaban por el contrario, en virtud del temor que le sugeria su exagerado orgullo, de considerar antes su afecto privado que la libertad comun, de preferir un hombre á la cosa pública. A sus ojos Cesar era un usurpador y opresor de su patria, y los enemigos de este no cesaban de traer á su memoria, ya la fiera virtud de Caton, ya la accion heróica del antiguo Bruto. Sobre su puerta, aludiendo á este, á veces hallaba escrito:—*¿Qué, no existe hoy un Bruto?—¡No, tú no eres Bruto!—¡Duermes, Bruto!* Además al defender á Milon (17), habia sostenido que un ciudadano puede quitar la vida á otro cuando es útil á la república este homicidio.

Casio, su cuñado, principal instigador de aquella trama, vió con gozo que aquellas provocaciones ejercian grande influjo sobre aquel espíritu entusiasta. Al cabo se decidió á declararle su designio, haciéndole presente cuan indigno era tolerar por más tiempo la servidumbre de la patria.—Cuando el pueblo, añadia, aguarda de otros pretores espectáculos y gladiadores, espera de Bruto que le libere de un tirano.

Adhirióse Bruto á la conjuracion, y su nombre intachable atrajo á ella á otros muchos ciudadanos de las primeras familias; unos, antiguos enemigos de César por sentimiento republicano; otros, que lo eran por haber recibido mercedes de su mano. No se impuso á Ciceron en el secreto, por miedo de que su timidez comprometiera el feliz resultado, ó de que su presuncion intentara dirigirlo todo á su antojo. Preguntándole Estatilio cual le parecia menor entre estos dos males, si soportar á un tirano, ó libertarse de él á riesgo de una guerra civil, respondió: *Prefiero la paciencia.* Habiéndose apercibido Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, de que este nutria en su seno un designio importante, se hizo una profunda herida en un muslo, y asegurada por este medio de que, digna de su padre y su esposo, sabria resistir á un dolor vehemente, pidió á su marido que le confiara su secreto.

Muerte de César.—La superstición de los romanos señaló una série de prodigios precursores de la muerte de César, que por todas partes recibia indicios de la existencia de la conjuracion; pero ó no creyó en ella, ó no le causó susto. Los conjurados que eran sesenta y tres, y pertenecian á las primeras familias de Roma, resolvieron asesinarle en los idus de marzo. En el momento en que iba á tomar asiento en el Senado, le rodearon aquel dia en el pórtico de Pompeyo fingiendo implorarle á fin de obtener un nuevo acto de clemencia, y se precipitaron sobre su persona (13 de marzo del año 44). Defendióse al principio, pero cuando vió á Bruto blandir el puñal sobre su cabeza, esclamó *¡Tú tambien, hijo mio!* Envolviéndose entonces la cabeza en su toga, y atravesado por veinte y tres heridas cayó á los piés de la estátua de Pompeyo.

---

hallaban al paso. Deseaban especialmente las mujeres que les tocase alguno de aquellos golpes, en la creencia de ser propicios á la concepcion y al feliz alumbramiento.

(16) En la necesidad de exagerar la verdad han supuesto los autores trágicos hijo de César á Bruto; pero esto no ha sido otra cosa que un recurso escénico. Bruto nació el año 85, cuando César acababa de cumplir quince años, y tenia cuarenta y siete en la época de sus amores con Servilia.

(17) Asconio Pediano en el argumento de la *Miloniana* de Ciceron.

CAPÍTULO XVIII

SITUACION DE ROMA Á LA MUERTE DE CÉSAR.

César habia cumplido cincuenta y seis años. Aunque poco propensos á admirar á los héroes, no podemos desconocer en César virtudes que le distinguen de los que le precedieron, ó que disminuyen las faltas que tuvo de comun con ellos. Fué conquistador y derramó torrentes de sangre: blandió las armas contra su patria, es decir, fué parricida; pero suspendió el hierro vengador después de sus victorias: negó á sus soldados el horrible júbilo de las proscripciones: otorgó perdon á sus enemigos cuando esperaban la muerte, y ya que no eran sostenibles las antiguas instituciones de Roma, solo él tenia brazo robusto para contener en la unidad política á la plebe y á los patricios y para dar á la ciudad una constitucion nueva.

Háse dicho: *Era un usurpador: podia, pues, y hasta debia esterminarle todo ciudadano.* De que esto se verificara, ¿qué beneficio resultaba á Roma? ¿No vinieron á demostrar los sucesos posteriores que el gobierno de uno solo era inevitable? ¿No leian los mismos conjurados la condena de la república en la inmensa depravacion que viciaba todas las partes de la sociedad? ¿No lo confesaron ellos mismos cuando después de haber dado muerte al dictador, procuraron escitar al pueblo en favor suyo, no por las ideas de libertad, sino con distribuciones de dinero?

Si hubo época en que se evidenciara que el bienestar de una sociedad no consiste en las mejoras materiales, fué ciertamente aquella. De dia en dia adquiria más uniformidad la administracion de la cosa pública, de la justicia y de las rentas: la inflexible tirania de la palabra patricia se habia doblegado ante el edicto del pretor, la curia ante la tribu: magníficos caminos cruzaban la Italia y el imperio: se abrian al comercio canales y puertos: de la Bretaña y del centro del Asia afluian los extranjeros á Roma, como centro de la sabiduria, del poder, de la civilizacion; y el mundo entero le ofrecia el tributo de su dinero, de sus mercancias y de su fuerza.

Poblacion.—Pero ¡cuántas llagas encubria aquel esterior brillo! Habian consumido las guerras intestinas á la raza italiana. Trescientos ciudadanos perecieron en la sedicion de Tiberio Graco; tres mil en la de su hermano, y trescientos mil en la guerra social, más desastrosa que la de Pirro y Aníbal. Vino después Mario, luego Espartaco; se encendieron nuevas guerras civiles. Sila mandó degollar á doce mil prenestinos, destruyó á Norba, hizo perecer á los unos por las proscripciones, espulsó á los otros de su patria por las confiscaciones; de modo que le fue preciso renovar la poblacion haciendo ciudadanos á los esclavos de los proscritos, como distribuyó los bienes confiscados á las legiones fieles. Verdad es que se colocaban en los campos desiertos á los legionarios; pero acostumbrados estos á veinte años de celibato obligatorio y viejos ya, preferian vender el terreno y volver á Roma donde habia espectáculos, donativos, facciones. Ni aun la misma Roma, en que se infiltraba la sangre sacada á la Italia, pudo conservar su poblacion inmensa: y en tiempo de César se contaban cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos de diez y siete á sesenta años, y un millon ochocientos mil hombres libres en Italia, mientras que Polibio habia contado entre la primera y segunda guerra púnica tres millones y medio de habitantes, sin contar los esclavos, y setecientos cincuenta mil capaces de llevar armas.

Riqueza.—Allí estaban repartidas con desigualdad las riquezas, y á la par que algunos nadaban en delicias, el mayor número era víctima de la miseria. Trescientas veinte mil personas recibian dentro de la ciudad socorros como indigentes; individuos que consumian sin producir y ofrecian de consi-

guiente una terrible arma á quien quisiera comprarlos ó pudiera amenazarlos con el hambre. Marcio Filipo, al presentar una ley agraria, hubo de afirmar que no habia en Roma dos mil ciudadanos que tuviesen patrimonio (1). Habia destruido á la antigua raza agrícola la pródiga rapacidad de los triunviros, y los nuevos propietarios, que habian adquirido sus tierras con la espada, apetecian mejor tomar parte en los placeres ociosos del teatro (2) y en las agitaciones tumultuosas del foro, que conservar y acrecer su patrimonio con el trabajo. Hallábanse, pues, abandonados los campos á brazos serviles. Hasta el tercer siglo antes de Cristo los productos de Italia fueron abundantísimos y la semilla daba en el territorio de Roma de quince á veinte por uno, como uno de los más feraces; de manera que todo era barato, y podian esportarse muchos cereales (3); criándose además allí mucho ganado, de tal modo que acaso de vitela tomó el nombre Italia, y el dinero (*pecunia*) de las ovejas (*pecora*) con que se hacian al principio los cambios. Pero en tiempo de Ciceron y Varron los campos no daban ya mas que el ocho ó á lo sumo diez por uno. «Siete yugadas distribuidas por Licinio producian antiguamente más, al decir de Columela, que en tiempo de César los más estensos dominios. Ocupaban á pesar de todo tal espacio, que sus dueños no podian dar la vuelta de ellos más que á caballo, y dejaban que los hollaran los rebaños y los devastaran las fieras, y los esplotaran esclavos encadenados ó ciudadanos reducidos á la condicion de presos por deudas.» Orioli ha descubierto recientemente cerca de Viterbo la inscripcion de un acueducto que en su longitud de ocho mil setecientos setenta y seis metros no cruzaba mas que once propiedades pertenecientes á nueve individuos. Era, pues, indispensable llevar de lo esterior trigo; y en tiempo de César y Augusto se recibian en Italia tanto de Egipto como de Africa sesenta millones de modios ó sean ochocientos diez millones de libras, segun peso de marco, de este grano. Si acontecia que estuvieran cortadas las comunicaciones, ora por la piratería, ora por las guerras, se esperimentaba en la península hambre, como cuando se espera el alimento de agena mano.

Ni podia acontecer de otro modo, faltando una clase media entre los que poseian una fortuna desmesurada y los que carecian de todo. Hasta las misma leyes oponian un estorbo á que se formase, tachando con la nota de infamia el ejercicio de un oficio cualquiera. Tambien se miraba de reojo el gran comercio, y la opinion le era contraria. Se vedaba terminantemente todo tráfico á los senadores, y se les imputaba á delito mandar construir una nave. Cada vez desapareció más la clase media con las confiscaciones, y á consecuencia de la aglomeracion de las propiedades en escaso número de manos. Desde este momento Italia, donde á pesar de todo circulaban el oro y la plata de las naciones vencidas y cuyos moradores gozaban de tantas libertades y exenciones, entre otras de la capitacion, del tributo predial, de los derechos de aduana y de entrada, fué despoblándose y menguado en prosperidad. Curioso es estudiar, no tanto para ese tiempo, como para los siglos que describiremos, porque nunca se destruyó la Italia privilegiada mientras se sostenian las provincias recargadas de impuestos, requisiciones y gabelas, y tiranizadas á la vez por los procónsules. Podia decirse de Italia lo que Alberoni dijo de España en el siglo pasado, que era semejante á la boca por la que todo pasa y nada queda. Cambiando por riqueza el signo de la riqueza queria tener oro de cualquier modo que fuese y consumia sin reproducir. En cambio las preocupaciones no alejaban á los provincianos del comercio ni de la industria, practicados con igual actividad en la Galia, Sicilia, Grecia y todo el Oriente, donde la profesion mercantil proporcionaba igualdad y aun á veces preeminencia política.

Añadamos como meritorio para Roma los grandísimos resultados que su gobierno obtuvo en las provincias y colonias, las cuales á diferencia de las griegas nunca se desprendieron del pueblo romano, ni aun cuando se sublevaban contra los magistrados. Pero Roma siendo municipio jamás fusionó consigo todas las demás municipalidades; sino que mientras las colonias griegas venian á ser estrañas á la metrópoli en la que no tenian voto alguno, llegando á lo más al grado de metecos, en Roma podia llegar á la ciudadania y hasta al consulado todo el que se distinguiera en el ejército ó en los públicos empleos.

Pobres.—Ya hemos visto los medios que la clase indigente empleaba para existir en Roma: los ciudadanos pobres vendian su sufragio, su testimonio ó su puñal. Hacinados en la fangosa Suburra, en el barrio de las Carenas, ó en chozas arrastradas á cada inundacion por la corriente del Tíber, ó en zaquizamis amontonados unos encima de otros para formar siete ú ocho pisos, sin sol ni aire, allí sustentan su corrupcion el petardista, el ladron, la haraposa prostituta, el gramático sin dinero, el parlador gréculo, el espósito. Salen de aquellas madrigueras para mendigar, buscar dos ases, y mediante ellos abismarse en hediondas tabernas (*popinæ*) para roer allí un pan ordinario, la polenta (4), cabezas de carnero. Los más irreprensibles pasan el dia en saludar y hacer la córte al patrono, en cuestar la espórtula en el vestíbulo de los palacios, luego en escuchar las discusiones del foro aplau-

(1) CICERON, *De offic.*, II, 21.

(2) Varron se lamenta de que la plebe prefiere *manus in theatro movere, quam in aratro.*

(3) Lo atestigua Tácito, *Ann.* XII, 43; y además Plinio, lib. VII; Columela, prefacio al lib. I; Polibio, lib. II, cap. 15.

(4) *Poltifagi*, llama Plauto á los romanos.

diendo al orador que con un período armonioso satisface su delicado oido, ó que acaricia la vanidad nacional con una palabra oportuna. Asisten después á las revistas del campo de Marte, ó á jugar á la pelota ó al tejo. Tienen baños para refrescarse, estufas para calentarse, bufones ó filósofos para distraerles con sus agudezas; allí están para escitar su admiracion las pompas de los sacrificios, la suntuosidad de los banquetes sacerdotales.

Aquel populacho holgazan y miserable se ostenta orgulloso y feliz de pasearse bajo pórticos corintios, de sentarse dentro de espléndidas basílicas, de lavarse en marmoreas termas, de encenagarse en una odiosidad soberbia, á la par que millones de vencidos labran los campos de Egipto y de Sicilia. Su júbilo llega al colmo cuando Agripa pone á su disposicion ciento sesenta baños, y barberos para afeitar gratuitamente durante todo un año al buen pueblo; su ventura era imponderable, cuando un edil, un triunfador ó un demagogo hace ir para divertirle fieras del Africa, bailarinas de Cádiz, girafas del desierto, gladiadores de Germania, retiarios de la Galia, filósofos de la Grecia, y manda que se le distribuya doble racion de trigo.

Consistia la mania de los ricos en imitar á los griegos, no en su esquisito sentimiento de lo bello, sino en las artes del lujo y en las costumbres del deleite; por eso el abuelo de Ciceron comparaba los romanos á los sirios mercenarios, tanto más depravados cuanto mejor sabian el griego (5). Con efecto, todos iban á perfeccionar su educacion á Grecia, y si habia algunos que volvian más instruidos en literatura, con especialidad más elocuentes, muchos no aprendian sino la parte más material de la filosofia epicúrea. Estos profesaban menosprecio á los dioses, negaban la Providencia; recomendaban que se disfrutase cuanto fuera posible, y seguian el ejemplo de aquel pueblo á quien veian consolarse de la humillacion nacional con el deleite ó vengarse por la astucia.

Palacios.—Era un verdadero palacio la morada de un ciudadano rico. Una multitud de esclavos se ocupaban allí en diferentes empleos, como si no existiera nada que no pudiera satisfacerse dentro de aquel recinto, en materias de necesidades y deseos. Así además de los palafreneros, cocineros, ayudas de cámara, reposteros y bañeros, habia cazadores, pescadores, jardineros, libreros copistas, gramáticos correctores, hiladoras, tejedores, sastres, peluqueros, pintores, mosaistas, filósofos, compañias de mímicos y de gladiadores. Habia bodegas provistas como almacenes, graneros que hubieran bastado para el sustento de una aldea. Añádase á esta masa de individuos una infinidad de clientes, que iban al asomar el alba á saber de la salud de su patrono: aquella muchedumbre arrostra la varilla del portero y las repulsas del ayuda de cámara, y llega al aposento del amo, á quien todavia embarga el sueño; le ofrece sus respetos y se marcha contento de haber obtenido una leve sonrisa entre dos bostezos, acompañada de un pedazo de salchicha ó de una gratificacion equivalente á veinte y cinco sueldos: agréguese á esto los huéspedes, que á veces se alojaban en número de mil dentro de una sola casa, y los parásitos y *sombras*, no menos asiduos que las moscas, cerca de quien daba de comer.

Estos últimos llenaban el átrio, ornado de ricas columnatas, desde donde se penetraba en los aposentos particulares. Después de advertiros el esclavo destinado á la custodia de la puerta, que no se debia sentar primero en el umbral el pié izquierdo, de haberos saludado el papagayo ó la urraca con palabras de buen agüero, veiais ostentarse á vuestros ojos el más costoso y esmerado lujo; una profusion de los mármoles más preciosos de Fasos, de Lesbos y de Africa; arquitrabes dorados de Himeto; el oro y el marfil incrustrados en los intercolumnios; por todas partes cuadros, frescos, estátuas, vasos corintios y nolanos, esculturas obscenas; se hollaban con los piés mosáicos, de los cuales hubiera bastado uno solo para formar la gloria de un museo. No nos detendremos en hablar de los baños, de los lechos, de todos los muebles usuales, de los gabinetes secretos destinados á despertar y á satisfacer el embotado sentimiento del deleite. Julio César hizo suntuosas construcciones; Namurro, su arquitecto, fué el primero que, dilapidadas las Galias, levantó palacios enteramente cubiertos de mármoles, el de Clodio habia costado 15.000,000 de sextercios. Ciceron redactó sobre una mesa de limonero, por la cual habia pagado 200,000 pesetas, el acta de acusacion de Verres, quien habia robado 28.000,000. Tan rápidos progresos habia hecho el lujo, que la casa de Lépido, considerada en su tiempo como la más bella de Roma, apenas merecia treinta años más tarde ser citada entre ciento (6). Pero era muy poco un palacio adornado con todas las riquezas; habia necesidad de poseer muchos de recambio (*mutatoria*). Si alguno dice á Lúculo que su mansion está mal situada para el invierno, responde: *¿Me crees por ventura menos cauto que las golondrinas, que cambian de clima segun las estaciones?* (7).

---

(5) *De oratore*, II.

(6) PLINIO, XXXVI, 24.

(7) En la obra de Mazois, titulada, *Palacio de Escauro, ó descripcion de una casa romana, fragmento de un viaje hecho á Roma al fin de la república, por Meroveo, príncipe de los suevos*, supone el autor que Meroveo, hijo del caudillo germano Ariovisto, que habia sido vencido por César, llevado en calidad de prisionero á Roma, intima relaciones con el arquitecto griego Crisipo, el cual le enseña las magnificencias de la ciudad del Capitolio. Este último le da cuenta de los progresos del arte de las construcciones en la forma siguiente:

«En otro tiempo, esta reina de las ciudades no estaba mejor construida que las vuestras de Germania. Los ciudadanos, agricultores y soldados, habitaban con sus familias

Quintas.—¿Y qué diremos de las casas de recreo? Allí es donde se retiran los hombres de talento cultivado á meditar sus arengas, sus discusiones, sus poesías; allí es donde Clodio y Milon van á amaestrar á sus sicarios en el asesinato; allí es donde los voluptuosos se encaminan para inventar nuevos placeres y coronarse de rosas, mientras la patria perece. Todo el que se eleva sobre el vulgo, pretende poseer más de una, y quiere adornarlas con paseos, con terrados, con cuanto puede encantar los sentidos. Tan sembrada estaba de ellas la parte más bella de Italia, que «apenas quedaban tierras para el arado.» Para lograr que estuvieran bien situadas no parecia árduo echar sus cimientos dentro del mar ó allanar las montañas: largos acueductos llevaban allí límpidas aguas, destinadas á recrear los bosquecillos de plátanos, de mirto y de laurel, á saltar delante de grupos debidos al cincel griego, ó á dormir en voluptuosos baños, ó en viveros poblados de murenas domesticadas (8).

¿Qué se hizo el pequeño campo de Cincinato y el de Régulo? ¿Qué se hizo la alquería tan llena de actividad de Catón? Servíales de contento ver al animado enjambre de sus servidores agruparse en torno del hogar: ahora se abren bajo aquellos espléndidos palacios inmensas cuevas, ó bóvedas bajas sin luz ni ventilacion, donde luego que desciende la noche, encierra el *lorario* á latigazos á los esclavos, hombres y mujeres, asegura la verja de hierro, y les abandona á su miseria, á sus blasfemias, á sus indistintas caricias, á fin de que su señor pueda embriagarse sin recelo alguno entre la algazara de un banquete ó dormirse en paz sobre cogines de púrpura de Sidon (9).

Mas, ¿no son esclavos de otra especie los amigos del rico? Vedlos tratados con insolente orgullo por aquel á quien hacen la corte, y que apenas se digna dirigirles una mirada, atravesando por enmedio de su tropel apiñado en el *atrio*. Si sale, les hace seguir á pié junto á su litera. Si hace visitas ó va á tomar un baño, les manda aguardar sobre las baldosas del peristilo. Si les convida á comer por boato ó por distraerse, tomarán asiento en taburetes más bajos que el lecho, donde él se halla reclinado cómodamente: el pan y el vino que les sirvan, serán de calidad inferior á la del suyo, y un esclavo espiando todas sus acciones, dirá si han aplaudido, reido y comido bien, ó en suma, si han merecido guarnecer otra vez la mesa del amo (10). Hasta tal punto se humillaba el hombre en una ciudad libre (11).

---

bajo chozas de madera ó de cañas. Solo después de la guerra de Pirro, se empezó á hacer uso de las tejas para cubrir las casas. Hasta esta época se servian de cáñamo ó de estopa, como en esa casita que ves á la estremidad de la roca sagrada hácia Velabro. Entonces no tenian las casas más que un piso, atendido que los reglamentos de los ediles prohibian que tuvieran más de pié y medio de espesor las paredes de los edificios particulares. Especialmente las paredes de medianeria estaban sujetas á esta regla, y no se podian elevar muchos pisos sobre tan débiles cimientos. Pensóse, pues, en reforzar las paredes de ladrillos con ayuda de cadenas de piedras, y aun haciéndolas de este material totalmente. De este modo se dió mayor elevacion á las habitaciones, y hasta se incurrió en abuso: por eso sabias prescripciones fijaron la altura comun de las casas en sesenta ó setenta piés. Semejante precaucion previno muchas desgracias, porque si ocurria un incendio no habia fácil medio de acudir con socorros á los aposentos muy elevados; los terremotos producen con celeridad el hundimiento de los edificios de mayor altura, cuyas paredes son muy débiles: en fin, las inundaciones, causa de tantos estragos en Roma, minan los cimientos y arruinan las casas sobrecargadas de pisos. Acaso á esto se debe que las gentes acomodadas hayan abandonado los desvanes, no habitados ya sino por personas de parca fortuna, por extranjeros y por libertos, en atencion á que su alquiler es barato. Un aposento completo y cómodo bajo el terrado (*solariuu*) no cuesta menos de 2,000 sextercios anuales, y no se paga en menos de 30,000 una casa agradable y bien distribuida. Los incendios, de que ya te he hablado, son una de las mayores plagas de Roma. A menudo castigan el orgullo y el lujo de estos republicanos degenerados, que en vez de pensar como sus mayores en la utilidad de sus construcciones, no aspiran más que á satisfacer su pasion desenfrenada y sus estravagantes caprichos».

(8) Véanse las odas de Horacio: *Jam pauca aratro... Beatus ille... Robustam, aurice*, etc. Plinio el Jóven, simple particular y filósofo, nos ha dejado una descripcion de sus casas de recreo que las hace superiores á las moradas reales. La obra del arquitecto francés L. P. HAUDEBOURT, *El Laurentino, casa de campo de Plinio el Jóven, restituida segun la descripcion de Plinio* (Paris, 1838), puede ponerse en parangon con el *Palacio de Escauro*.

(9) El modo con que los romanos empleaban el dia ha dado asunto á una disertacion del abate Couture, inserta en las *Memorias de la Academia francesa*.

(10) Véase SÉNECA *ep.* 47, y PETRONIO, *Satyricon*.

(11) Gabriel Peignot ha reunido detalles curiosos en su obra *Sobre el lujo de los romanos en el mueblaje*.

Ciertas casas pertenecientes á particulares costaban enormes precios, como la de Clodio 2.906,000 pesetas; la de Lúculo 1.250,000; la de Ciceron 700,000.

Empezó á manifestarse en Roma la aficion á los cuadros cuando Lucio Mummio llevó algunos de la Grecia el año 146 antes de J. C. Entre los que fueron puestos en venta, habia el Baco de Arístides de Tebas, por el que habia ofrecido Atalo 28 talentos y medio (114,000 pesetas). El Alejandro tonante de Apeles, robado del templo de Diana en Efeso, habia valido al autor 20 talentos de oro (96,000 pesetas); después fué vendido por tantas monedas como se necesitaron para cubrirlo enteramente. Marco Agripa dió á los habitantes de Cizico 228,437 pesetas por un Ayax y una Vénus. Una Vénus saliendo del mar fué pagada en 480,000. Teniendo que elegir Tiberio entre una suma de 200,000 y un cuadro de Atalanta y Meleagro, prefirió el cuadro.

Roma poseia setenta mil estátuas en tiempo de los emperadores. Lúculo llevó una del Ponto, que habia costado 2.400,000 pesetas. La estátua colosal de Mercurio, obra de Zenodoro, costó diez años de trabajo y 800,000 pesetas.

Servíanse los romanos de mesas de una magnificencia estremada, hechas de rarísimas maderas y trabajadas con esmerado arte. Cayo Graco poseia una sostenida por dos delfines de plata maciza, que le salian de coste á 1,000 pesetas la libra. La famosa mesa de Tolomeo, rey de Mauri-

Corrupcion.—Al leer las arengas de Ciceron sorprende menos la corrupcion que descubren en su testo que el descaro con que aquella corrupcion se manifestaba, así como su larga impunidad. Ya son suegras entregándose á sus yernos y envenenando á sus hijas (12), ya parientes que para deshacerse de sus coherederos, les dán muerte ó les sujetan a una condena. Nada más comun que los amores incestuosos y contra naturaleza; todavia más comunes la prevaricacion de los jueces y la infidelidad de los magistrados. Y luego que Ciceron ha revelado una larga série de iniquidades, necesita insistir en ellas para inducir á los jueces á tener bastante osadia para castigarlas.

Cuando defiende á un jóven acusado de prácticas culpables con Clodio, no aspira tanto á negar el hecho, como á demostrar que es digno de escusa. «Acaso, dice, la severidad de costumbres era patrimonio de los Camilos, de los Fabricios, de los Curios, pero en el dia no está en uso; antes bien, apenas se pueden leer los libros donde se hace mencion de ella: tanto han envejecido. A la sazon los que predican que se debe ir con fatiga por el camino recto para llegar á la gloria, se ven desamparados en la soledad de las escuelas. Concédase, pues, algo á la edad ya que se abandona esta senda desierta y espinosa; que al menos goce libertad la adolescencia; no sea vedado todo al deleite. En vez de exigir que la verdadera y recta razon impere siempre, dejémosla triunfar á veces por los deseos y los goces. Cuando la juventud haya cedido al deleite, consagrándose algun tiempo á las diversiones de su edad, á esos vanos apetitos de la adolescencia, torne al cuidado de los asuntos domésticos, al foro, á la república, para mostrarnos que ha rechazado por saciedad, desdeñado por espe-

---

tania, que era de madera de limonero, de tres dedos de espesor y de cuatro pies y medio en cuadro, debia valer un tesoro. Ciceron pagó una, tambien de limonero, en 200,000 pesetas. Asinio Galo tenia una de 220,000 pesetas. Séneca poseia quinientas de gran valor, todas de limonero, con su pié de marfil.

Tambien se desplegaba en los lechos estraordinario lujo, tanto en los llamados *cubicularios*, para dormir, como en los *triclinarios*, para las mesas, y en los tálamos nupciales. Colocábase los primeros en reducidos aposentos muy sencillos, y no tenian cielo, ni cortinaje. En tiempo de Augusto los triclinarios eran de limonero, cubiertos con planchas de plata, ó incrustados y cincelados de oro, de marfil, de concha, de nácar, de perlas y de otras materias preciosas. Tendíanse encima riquísimos cobertores, de los cuales se vendió uno en tiempo de Caton en 160,000 pesetas. Neron compró uno de muchos colores en 675,000. Debian costar tambien exhorbitantes precios los lechos nupciales.

Escedia á toda ponderacion el lujo de las copas y de las tazas con que se adornaban los aparadores. Lucio Craso tenia dos copas cinceladas por Mentor, que costaban 20,000 pesetas. Los vasos murrinos eran solícitamente buscados, y uno solo se vendió en 336,000. Petronio, personaje consular, condenado á muerte por Neron, hizo pedazos, antes de marchar al suplicio, un vaso murrino, de 1.440,000 pesetas, á fin de que no lo poseyera el tirano. La emperatriz Livia ofreció al Capitolio un vaso de cristal que pesaba cincuenta libras.

Asi mismo gastaban enormemente los romanos en platos de plata. Sila tenia uno que pesaba hasta doscientos marcos, y añade Plinio que se hubieran podido encontrar en Roma quinientos de igual peso. Un esclavo de Claudio, tesorero en la alta España, mandó hacer un vaso para el que tuvo necesidad de construir una fundicion espresa. Era de plata pura, de peso de quinientas libras, y era colocado en los banquetes en medio de ocho platos, de los cuales pesaba cada uno cien marcos. Vitelio mandó hacer uno segun este modelo, y le llamó el escudo de Minerva.

No eran menos pródigos en lámparas y en candelabros, que variaban estraordinariamente en figura y en materia.

Por último, Peignot hace un cálculo de la fortuna de diferentes ciudadanos, segun los informes suministrados por los autores antiguos, y aun cuando haya inexactitud en sus cálculos y evaluaciones, su cuadro ofrece por lo menos preciosos términos de comparacion.

Sila poseia.	150.000,000	de ptas.
El cómico Roscio por lo menos. .	20.000,000	—
El trágico Esopo, á pesar de ser tan pródigo que gastaba 20,000 pesetas en una sola comida. . .	5.000,000	—
El rico Publio Craso poseia en tierras.	60.000,000	—
Y casi otro tanto en casas de Roma, esclavos y en rebaños. . . .		
Emilio Escauro, yerno de Sila. . .	80.000,000	—
Demetrio, liberto de Pompeyo, un capital de.	19.200,000	—
El orador Hortensio ganó por su elocuencia en la tribuna . . .	20.000,000	—
Al desterrarse Milon á Marsella llevó gran parte de su fortuna, y la que se confiscó para pagar sus deudas ascendia á.	15.000,000	—
Lúculo tenia cerca de..	120.000,000	—
A su muerte los peces del vivero de una de sus casas de campo fueron vendidos en.	800,000	—
Marco Antonio poseia un valor de.	120.000,000	—
Salustio dejó.	60.000,000	—
Virgilio dejó.	1.937,424	—
Todo procedente de los donativos de Augusto. Octavia le dió 52,000 por el *Tu Marcellus eris*.		
Augusto dejó.	200.000,000	—
En veinte años habia recibido en regalos y en herencias más de .	100.000,000	—
El célebre gastrónomo Apicio poseia de riqueza.	19.373,934	—
Y cuando vió su fortuna reducida á 2.000,000, se suicidó por miedo de morir de hambre.		
Tiberio poseia.	540.000,000	—
Calisto, liberto de Calígula, tenia. .	40.000,000	—
Narciso, liberto, después secretario de Claudio, acumuló.. . . .	50.000,000	—
Séneca el filósofo poseia.. . . .	60.000,000	—
Plinio el Jóven..	20.000,000	—

(12) *Pro Cluentio.*

riencia, lo que no habia examinado primero con el auxilio de la razon.» (13)

Si tan ámplio era el precepto ¿qué latitud no debia tener en la aplicacion?

Rudeza.—Tambien hallamos un indicio de costumbres groseras en las innobles invectivas que Salustio dirige á Ciceron, y éste á Calpurnio Pison. Así el gran orador romano dice entre otras mil infamias, al hablar de este patricio: «No se atreverá á presentarse en los espectáculos: asistirá al banquete público (si es que no tiene dispuesta una cena con P. Clodio, sus amores); pero no será por decoro, observará esta conducta por recreo propio. A nosotros, gentes groseras, nos dejará los espectáculos, en atencion á que, discutiendo, tiene costumbre de preferir los placeres del vientre á los de los ojos y oidos; porque vosotros, que le creisteis en cierto tiempo perverso, cruel, ladron, y que le creeis ahora rapaz, sórdido, orgulloso, soberbio, pérfido, impudente, fagaz y temerario, sabed además que no hay hombre más libertino, disipador y desenfrenado. No imagineis á pesar de esto, que en su casa hay lujo, pues aun cuando este es un vicio, lo hay que sienta bien á un hombre libre: en su casa no existe nada generoso, delicado, esquisito, ni aun siquiera costoso, salvo su libertinaje; no se ven allí vasos cincelados, ni grandes cópas de Plasencia, porque quiere hacer alarde de menospreciar á sus abuelos. Figuran en su mesa, no ostras, ni peces, sino carne manida: le sirven criados mugrientos, y hasta son viejos algunos. El cocinero á la par es portero. No hay en su casa horno ni repostería; el pan y el vino se compran en las tabernas ó á los revendedores. Allí están hacinados los griegos hasta cinco y aun más en un lecho mismo: él está solo en el suyo y traga cuanto puede. Cierto dia que oyó cantar un gallo creyó que habia resucitado su abuelo (14), y mandó quitar los manteles de las mesas.»

Y no obstante, se citaba á Ciceron como modelo de moderacion y modestia en sus discursos (15). Se encomiaba á Bruto, asesino de César, por su virtud severa; y sin embargo, prestaba dinero al cuarenta y tres por ciento á los reyes de Oriente y á las ciudades sometidas á la dominacion de Roma, sirviéndose para este objeto del nombre de un cierto Escapcio, cuya crueldad secundaba perfectamente aquella enorme usura. Cuando Apio, suegro de Bruto, era gobernador de Chipre y de la Sicilia, Escapcio obtuvo de él un cuerpo de caballeria para apremiar á los magistrados de Salamina á que le pagaran una inmensa deuda: como protestaran diciendo que no podian pagar, los tuvo encerrados tanto tiempo, que muchos murieron de hambre. Investido Ciceron con aquel gobierno puso coto á tan atroces medidas: entonces Bruto hizo intervenir á Atico, á fin de que obtuviera de Ciceron ginetes y de renovar sus apremios. Hasta le escribió directamente con sobrada arrogancia (16), sin disimular que el capital y los intereses eran suyos y no de Escapcio (17).

Es verdad que tales iniquidades se ejercian sobre extranjeros, sobre vencidos. Sigue después Verres, y le acompañaban las increibles perversidades de sus amigos: invitado uno de ellos á cenar por un venerable anciano con la mayor benevolencia, solicita acabado el banquete que disponga le lleven su única hija, se enoja al ver que resiste violencia tan innoble, y derrama una sangre que no osan vengar los ciudadanos sobre la cabeza del delincuente. Ya es Marco Antonio que, sin observar ninguno de los ritos prescritos, conduce una colonia á Casilino para sustituir á la que se hallaba establecida en aquel punto: invade las heredades de gran número de sus moradores, y pretende haber comprado las demás de otros muchos en una venta á pública subasta que no ha oido anunciar nadie: permanece á la mesa desde la hora tercia hasta media noche entre mancebos y cortesanas jugando, bebiendo, vomitando, y poniéndose á beber de nuevo.

Daba Antonio su hijo mayor cena á muchos sabios y se complacia en dejarlos cortados uno á uno con sútiles raciocinios. Filotas, médico de Anfriso, se espresó de este modo: *Existe cierta fiebre que se cura con agua fria, es así que todo el que tiene fiebre tiene cierta fiebre, luego el agua fria es buena para todo el que tiene fiebre.* Tan enorme paralogismo embarazó á todos los disidentes, y Antonio quedó maravillado de tal manera, que enseñando á Filotas un aparador cargado de vajilla de plata, le dijo: *Todo eso es tuyo.*

Diole el médico espresivas gracias; pero persuadido de que aquello habia sido una burla de un hombre beodo, se marchó sin tocar aquel rico regalo. Poco después llegó á su casa un enviado de Antonio, acompañado de esclavos que le llevaban toda aquella plata. Como se escusara Filotas para no admitir aquel escesivo presente, repuso el enviado: *¿Ignoras que el donador es hijo de aquel Antonio que podria regalarte tanto oro como plata te traigo? No obstante, por si hay en esta vajilla alguna pieza que Antonio estime en mucho, ya por su antigüedad, ya por la delicadeza del trabajo, te*

(13) *Pro Cœlio*, 18.

(14) Aquí consiste el tiro en el doble significado de *gallus*, gallo y galo. Pison era oriundo de la Galia.

(15) *Si meam, cum in omni vita, tum in dicendo moderationem modestiamque cognostis.* Philipp., II, 5.

(16) *Ad me autem, etiam cum rogat aliquid, contumaciter, arroganter,* ἀκοινωνήτως *solet scribere.* Ad Att., VI, 1. —*Omnino (soli enim sumus) nullas unquam ad me litteras misit Brutus, in quibus non inesset arrogans,* ἀκοινώνητον *aliquid.* Id., 3.

(17) Este hecho resulta de la primera epístola del libro IV de Ciceron *ad Attico*. Vuelve á mencionarlo después de la 21.ª del V y en la 2.ª y 3.ª del VI.

aconsejaria que aceptaras con preferencia el valor en especie (18).

Cenas.—Se puede asegurar que las cenas constituian el coronamiento de todas las diversiones de los romanos. Terminábanse los triunfos, así como los sacrificios, con un banquete; y los septenviros *epulones*, lo mismo que los *ticios*, eran más bien cocineros que sacerdotes. Aquel que iba de viaje daba su cena *(viatica)*. Festejábase el retorno de un amigo con la cena de llegada (*cæna adventoria*). Se celebraba la cena *capitolina* en honor del padre de los dioses, la cena *cereal* cuando se habia recolectado abundante cosecha, la cena *libre* para celebrar la libertad de un esclavo, se daba la cena *triunfal* al vencedor que acababa de subir al Capitolio, y la cena *fúnebre* á la muerte de los patronos ó de los deudos. Se dejaba repetir al filósofo Selio que solo tenia por buenas comidas las que son agradables é instructivas: gustaba oir á Varron que se necesitan en un banquete personas de gallarda figura, de conversacion interesante, que no sean mudas ni verbosas; del aseo y de la delicadeza de los manjares y de un tiempo sereno: pero mientras ellos hablaban, los hijos de Curio Dentato, reclinados tres á tres en muelles lechos de maderas preciosas, se entregaban á la alegria en el elegante *triclinio*, donde ponian á cubierto del aire, del polvo y del contacto del pavimento telas hiladas por las mujeres de Esparta y empapadas dos veces en la púrpura, ó alfombras orientales (19), mamparas y tapicerias procedentes de Séris y de Persia, mientras exhalaban bellísimos jarrones esencias suaves, cuyo perfume desvanecia el simple aroma de las flores, que coronaban á los convidados.

Recibe la mesa triangular todo lo que la naturaleza en su prodigalidad puede suministrar más esquisito, y el arte de cocina de Sibaris hacer más sabroso. Ya son ostras del lago Lucrino, pavos reales que enseñó á cebar Anfibio Lucron, y que se servian asados y revestidos con su esmaltado plumage: ya son sollos del Po, figurando con lobos blancos del Tíber, con cabritos dálmatas y con jabalíes de la Umbria. Pagan su tributo de preciosa caza las riberas del Fasos, las selvas de la Jonia y de la Numidia: envian los golfos del Adriático los salmonetes de tres libras y los rodaballos de un siglo; sus dátiles Siria, Egipto sus ciruelas, Pompeya sus peras, Tarento y Venafro sus aceitunas, Tívoli sus manzanas; y de momento en momento presentan los sirvientes al son de la flauta alguna rareza en punto á cigüeñas ó liebres marinas ó un cerdo entero relleno de pajarillos.

Entonces circulaban más rápidamente las anchas copas que llenaba el espumante másico ó el falerno, ó los vinos sazonados en las rocas de las islas del Archipiélago. ¡Honor al que más beba! Los epulones, sombras de los convidados, permanecen detrás de sus lechos, aguardando las sobras, ó recogiendo las coronas que caen de las cabezas embriagadas, ó dando el brazo á los que se dirigen al *vomitorio*, para tornar al banquete y comer nuevos manjares.

Alegran el festin cantantes y músicos: serán reemplazados por mímicos, cómicos, gladiadores, cuya sangre saltará á veces sobre aquellos delicados manjares.

En breve se vieron cocinas tan vastas como palacios (20), bodegas con trescientas mil ánforas (21). Se cebaba á las murenas con carne humana á fin de hacerlas más sabrosas (22). Se llegará á pagar en 10,000 sextercios un solo plato. Aves preciosas solo por su rareza y por su canto, serán presentadas á la mesa de un Lúculo, de un Apicio, de un Craso, no para escitar su apetito, sino sus sentidos estenuados. La mujer del último hará disolver y beber á sus amantes las perlas de Oriente, robadas por su marido. Apicio hará crecer las lechugas regándolas con leche: Octavio tendrá á gloria traer de la Troade naves cargadas de escaros, y mandar echar estos peces al mar á lo largo de las costas de la Campania (23). Lúculo poseerá mesas prontas á recibir de improviso los más finos catadores, gastará 12,000 sextercios en sus cenas ordinarias, y le bastará decir que quiere comer en el salon de Apolo, para que su cocinero sirva una comida de 45,000 pesetas de nuestra moneda. Hortensio será llamado rey de la abogacia en el foro, rey de los convidados de los festines, y dejará á su muerte diez mil cubas de selectos vinos. Marco Antonio escribió el elogio de la embriaguez. *Los*

---

(18) PLUTARCO, *Vida de Antonio.*

(19) Metelo, en la acusacion contra Caton, dice haberse vendido alfombras babilónicas para lechos de mesa hasta en 800,000 sextercios. Neron pagó una en 4.000,000 de sextercios.

(20) Una inscripcion hallada en Palestina por Akerblad, menciona una cocina de ciento cuarenta y ocho piés de longitud.

M SAVFEIVS RVTILIVS M. F. C. SAVFEIVS FLACCVS C. F. CVLINAM F. DE S. S. C. EIDEM Q. LOCVM EMERVNT DE L. FONDEIO. L. F. PVBLICVM EST LONGVM P. CXLVIII LATVM AD MVRO AD L. FONDEI VORSV P. XVI.

(Marco Saufeyo Rutilio, hijo de Marco, C. Saufeyo Flaco, hijo de Cayo, por órden del Senado mandaron construir una cocina, y compraron á Lucio, hijo de Lucio Fondeyo, este solar de ciento cuarenta y ocho pies y medio de largo y de diez y seis de anchura, contando desde el muro hasta el de Lucio Fondeyo.)

(21) HORACIO, *Satir.* 3.

(22) Alimentaban los romanos á tantos peces de tan diversas clases en sus viveros, que mantenian cerca de ellos nomencladores, cuyo oficio consistia en distinguirlos y en llamarlos por su nombre. Y hasta se pretende que aquellos peces acudian cuando se les llamaba:

Natat ad magistrum delicata muræna,
Nomenclator mugilem citat notum,
Et adesse jussi prodeunt senes mulli.

MARCIAL, X, 30; y en general MEURSIO, *De luxu Romanorum.*

(23) PLINIO IX, 17.

maestros en glotoneria, dice un antiguo discurso (24), *claman porque es mezquina la mesa, si, cuando estais saboreando con gran delicia un manjar, no os lo quitan de delante para sustituirlo con otro más abundante y suculento. Llaman al dispendio y á la saciedad moda y decoro. Enseñan que solo debe comerse entero el becafigo; y segun ellos es miserable una comida en que no haya bastantes volátiles para hartarse comiendo solo la estremidad de los muslos: y el que come la pechuga de las aves está falto de paladar.* Promulgáronse leyes para reprimir el lujo de las mesas, pero fueron inútiles, como todas las prescripciones suntuarias. Se decretó que las comidas se hicieran en los vestíbulos, poniéndolas así de manifiesto á la oficial censura: todo el cambio se redujo á violar las leyes en público y á incurrir en una multa.

Mujeres.—Los romanos, educados por esclavos que tenian interés en corromperlos, abandonados desde la infancia á la grosera voluptuosidad, se casaban sin amor, y su amor jamás tuvo delicadeza (25). Y como se casaban sin amor, la familia no era un santo y afectuoso consorcio, sino un peso político, y el censor Metelo el Numídico decia en público: *Si la naturaleza hubiera sido bastante liberal para darnos la vida sin necesitar de mujeres estaríamos libres de una compañia muy importuna.* Añadia que el matrimonio debia considerarse como el sacrificio de los placeres particulares á un deber público (26). Menos instruidas aun las mujeres en las tareas domésticas por las esclavas, eran tan ignorantes cuanto su ignorancia era considerada como virtud. Los maridos se mostraban tan indiferentes respecto de su conducta, que ni siquiera tuvieron nombre los celos.

Tratadas las mujeres de este modo, por su moralidad no se hacen más recomendables. Para una Cornelia, venerable madre de los Gracos, para una Octavia, escelente hermana de Augusto y mujer de Antonio, nos ofrece la historia una Servilia, mujer de Lúculo, espulsada por sus desórdenes; Fausta, hija de Sila casada con Milon, sorprendida por éste con el historiador Salustio. Caton repudia á su primera esposa por su mala conducta, cede la otra para enriquecerse; Tuliola, hija de Ciceron, suscita sospechas de mantener criminal comercio hasta con su padre; Mucia, mujer de Pompeyo, hermana de los dos Metelos, habia perdido todo pudor; Saxia, enamorada de su yerno, le hace repudiar á su hija y vive con él como su esposa, después de haber sido hasta parricida. La hermana de Clodio se entrega, siendo todavia doncella, á las caricias incestuosas de su hermano; se casa con un Metelo, y mantiene con Celio, á quien presta dinero, relaciones de libertinaje; y temiendo ser envenenada por él, le obliga á comparecer en justicia, y allí se hace pública mencion de sus infamias, y de los baños que mandó preparar en sus jardines á fin de poder escoger entre los numerosos jóvenes que acudieran á ellos. Marco Antonio llevaba en triunfo dentro de su carro á la cortesana Citérides, salida de las mancebias de Roma. Fulvia, hija de aquel Flaco cuyos crímenes mancillaron la causa de los Gracos, hace ascos á los amores vulgares y quiere imperar sobre quien impera. Se casa con Clodio, feo, aunque arrogante y perverso, que le da su mano á trueque de poseer sus riquezas. Cuando es asesinado, contrae matrimonio con Curion, fastuoso disoluto, y perturbador asíduo del público sosiego. Viuda tambien de este, llega á ser esposa de Marco Antonio, y se hace consejera y ministra de sus crueldades: asiste al suplicio de los trescientos oficiales á quienes hace él dar muerte dentro de su tienda, y se encona sobre la sangrienta cabeza de Ciceron. A presencia suya se ofrece en casa de Gemelo, personaje tribunicio, una cena al cónsul Metelo y á los tribunos, donde se encenagan en todas las fealdades del lupanar más inmundo, y el jóven patricio Saturnino llega hasta á prostituirse (27).

Fácilmente se podria sacar de los poetas eróticos la historia del arte del placer en que eran maestras las bellas romanas (28). De noche se aplicaban al rostro una capa de miga de pan empapada en leche de yegua: las mujeres esclavas encargadas de todos los pormenores de su tocado, pasaban largas horas en pintarlas de blanco y colorete, y en suavizarles el cutis. Les ponian dientes postizos, les teñian las pestañas y el pelo de negro ó de rubio, segun la moda del dia, les acomodaban una caballera procedente de allende el Rhin, y cortada de la cabeza de una mujer sicambra (29). Una les hace los rizos, otra se los perfuma, otra prende allí flores ó largos alfileres. ¡Desventuradas de ellas, si mirándose su señora al espejo de plata bruñida, halla que están mal disimulados sus defectos, ó que resaltan poco sus bellezas! No solo las araña y las muerde, sino que tiene á mano un largo alfiler para clavarlo en

---

(24) En. Aulo Gelio, XV, 8.

(25) El amor en su lengua es el libertinaje; Dion (LXI, 4) dice que Neron comia, se embriagaba y amaba; deciase proverbialmente: *Sin Céres y sin Baco se enfria Vénus*. Conocido es el *Arte de amar* de Ovidio.

(26) Aulo-Gelio, I, 6.

(27) Valerio Máximo, IX. Ciceron, á pesar de su gravedad, describe un banquete, al que fué convidado con Atico y otros personajes importantes, y en su compañia la cortesana Citérides: *Non mehercule suspicatus sum illam affore, sed tamen, ne Aristippus quidem ille socraticus erubuit, cum esset objectum habere eum Laida.* Ad. fam., IX, 26.

(28) Véase Boettiger.—*Sabina ó La mañana de una dama romana*. Leipzig, 1806 (aleman).

(29) *Nunc tibi captivos mittet Germania crines,*
Culta triumphatæ munere gentis eris.
O quam sæpe, comas aliquo mirante, rubebis,
Et dices; Emta nunc ego merce probor.
Ovidio, Am., I, 14.

Toda esta elegia tiene por objeto censurar el abuso que la mujer á quien ama hace del tocado.

el desnudo seno de la esclava poco mañosa. A veces hasta da órden al esclavo encargado de los castigos de colgar á la culpable de los cabellos y de azotarla hasta que la enojada señora haya dicho *basta*. Ovidio, que tan perfectamente conoce y describe los galantes artificios, aconseja á las damas romanas que no se dejen ver por sus adoradores en aquellos momentos de cólera, que dañan mucho á sus hechizos y comprometen el amor que han inspirado.

Pero ya la dama elegante está peinada y perfumada, ya están cortadas sus uñas, acaba de lavarse con leche las manos, enjugándoselas en la blonda cabellera de un elegante paje: se pone la vestidura de matrona, de una tela de lana blanca, bordada con franjas de púrpura y oro. No quiere decir esto que no tenga tambien túnicas de varios colores; pero las guarda para sus escursiones nocturnas, cuando le da el antojo de recorrer las calles de Roma, á fin de que los jóvenes la tomen por una liberta ó por una cortesana. Se la cubre de perlas y de piedras preciosas, despojos de las reinas extranjeras; lo cual hace decir que una mujer sola lleva consigo todo un patrimonio. Cada uno de sus dedos, menos el del medio, va cargado de sortijas, que varian segun las estaciones, y cuya piedra ha sido grabada por uno de los mejores artistas. Acaso todo aquello se ha pagado á precio de la honra (30). Se envuelve en fin en su manto, y sale llevada en una litera por ocho robustos esclavos, que ha escogido personalmente en el mercado: otros dos la preceden á la carrera, dos jóvenes esclavas llevan á sus lados abanicos hechos de la cola de un pavo real, para preservarla del sol, y van detrás dos pajes llevando cojines.

De este modo acude á alguna cita amorosa, ó á casa de una amiga para hacerle una visita maliciosa, ó al circo para asistir á las luchas de los gladiadores. Allí con aquella mano, cuyas blandas caricias cantarán Cátulo y Propercio, hará tranquilamete seña al vencedor para que degüelle al vencido derribado en tierra. Luego llegará la hora de aquellas lúbricas cenas (31), donde sabe proporcionarse á escondidas secretos deleites, mientras que su marido, de connivencia con el negociante español, generoso comprador de su infamia, calcula el oro prometido á una silenciosa tolerancia (32). ¿Cómo era posible que continuaran queridos y respetados los vínculos de familia con semejantes mujeres?

Nada era, pues, más comun que el divorcio hasta por levísimas causas. La esterilidad, las riñas de una suegra con su nuera, el impudor, eran las causas más generales; pero Paulo Emilio despidió á su mujer sin alegar más razones que la de que le incomodaba (33). Sulpicio Galo hizo otro tanto porque su mujer habia salido con la cabeza descubierta; Antistio Veter, porque habia conversado en secreto con una liberta de las ínfimas clases; Publio Sempronio, porque habia ido á los espectáculos sin él saberlo (34). Ciceron repudió á Terencia después de treinta años de matrimonio, porque tenia necesidad de un nuevo dote para pagar sus deudas, y á Publia, por parecerle que se alegraba de la muerte de Tuliola (35), Terencia se casó sucesivamente con cuatro maridos, y Tuliola con tres; y el último, Dolabela, la repudió cuando estaba en cinta. Bruto, el virtuoso Bruto, despidió á Claudia para casarse con Porcia; y Ciceron, á quien consultó sobre este punto, le aconsejó que se apresurara á acallar las murmuraciones, demostrando que no procedia de aquel modo por seguir el uso, sino para unirse á la hija del sabio Caton. Un célebre gastrónomo estuvo á punto de repudiar á su esposa porque habia visitado su bodega en una época menstrual, y temia que se le agriaran los vinos (36). Titinio de Minturno se casó espresamente con la impúdica Fannia, proponiéndose repudiarla después por mala conducta y guardarse su dote (37): especulacion que no tuvo pocos imitadores. Todavia más frecuentemente se separaban de comun acuerdo sin motivo alguno (38), ó porque se habian contraido ya compromisos por otra parte. César tuvo tres mujeres, Pompeyo y Augusto cuatro;

---

(30) *Quid juvat ornato procedere, vita, capillo,*
Et tenues coa veste movere sinus?
Aut quid orontea crines perfundere myrrha,
Teque peregrinis vendere muneribus?
Naturæque decus mercato perdere cultu?
PROPERCIO, I, 2.

(31) La cuarta elegia del primer libro de los *Amores* de Ovidio prescindiendo de las obscenidades, da á conocer lo que pasaba á la sazon en los banquetes: enseña á su amada como debe portarse en un festin donde se encontrarán su amante y su marido:

Cum premit ille torum, vultu comes ipsa modesto,
Ibis ut adcumbas; clam mihi tange pedem...
Cum tibi quæ faciam, mea lux, dicamve, placebunt,
Versetur digitis anulus usque tuis...
Nec premat impositis sinito tua colla lacertis;
Mite nec in rigido pectore pone caput... etc.

(32) *Et incestos amores*
De tenero meditatur ungui;
Mox juniores quærit adulteros
Inter mariti vina, neque elegit
Cui donet impermissa raptim
Gaudia luminibus remotis.
Sed jussa coram non sine conscio
Surgit marito, sed vocat institor,
Seu navis hispanæ magister
Dedecoris pretiosus emtor.
HORACIO.

(33) PLUTARCO, *Vida de Paulo Emilio.*
(34) VALERIO MÁXIMO, VI, 3, 10.
(35) PLUTARCO, *Vida de Ciceron.*
(36) PLINIO, VII, 15.
(37) PLUTARCO, *Vida de Mario.*
(38) *Paula Valeria divortium sine causa, quo die vir e provincia venturus erat, fecit. Nuptura est D. Bruto.*
CICERON, *ad fam.*, VIII, 7.

cinco ó seis los demás miembros de su familia. Ciertas mujeres contaban los años por sus maridos, y no ya por los cónsules (39).

Si nos sorprende ver á los atenienses llevar sus hijos y sus mujeres á aprender elegantes modales en la morada de Aspasia, no nos asombrará menos que las matronas romanas protegieran á las prostitutas y mantuvieran á su lado bajo el mismo techo á las que corrompian á sus esposos y á sus hijos. *Estas matronas*, esclama una de aquellas infelices en una comedia de Plauto (40), *estas matronas quieren que estemos bajo su dependencia y que continuamente necesitemos de ellas. Si se va á buscarlas, se desearia no haber sentado allí el pié nunca. En público nos hacen caricias y nos muerden en secreto porque somos libertas.*

De este vocablo de libertas *(libertæ)* provino el de libertinage, porque casi todas las cortesanas pertenecian á esta clase (41). Era esto una consecuencia de la servidumbre doméstica, porque apenas habia adquirido la libertad una esclava, ya por peculio, ya por favor de su amo, se encontraba sumida en la miseria, después de haberse acostumbrado á vivir en medio del lujo, y cuando la obediencia y la especulacion la habian puesto ya en mal camino. Todo lo que podia poseer de atractivos y de talento en el canto, en el baile ó en el arte de tocar instrumentos, se empleaba en proporcionarle amantes. Allí se abismaban tanto la fortuna de los hijos de familia (42), como los despojos robados por los soldados á las naciones vencidas. Enriquecidas con estos diversos tributos las cortesanas, á quienes distinguia de las damas romanas un vestido más corto (43), ostentaban fastuosos mantos, que variaban hasta lo infinito en nombres y en hechuras (44). Sus amantes se arruinaban por saciar su codicia y para obtener una promesa de fidelidad por escrito; y luego cuando les faltaban, hacian que compareciesen ante el tribunal disciplinario (45). Los cuidados con que hoy se prepara una gran cantatriz, se empleaban entonces para formar una cortesana; y habia compañías de empresarios que gastaban grandes sumas para educar é instruir á una de estas, que si sobresalia, podia reintegrar el décuplo de lo gastado.

Cortesanas.—Las cortesanas romanas no poseian la exquisita cultura de las etairas griegas, si bien eran con mucho superiores á las matronas, estando las unas destinadas á engendrar héroes, y las otras á deleitarlos. Bajo los pórticos en que abundaba Roma, cubiertas las matronas con la túnica y envueltas en la bata (46), con la cabeza velada pasaban rodeadas de guardianes y siervas que alejaban la muchedumbre; los lictores, que abrian plaza delante del cónsul, no podian tocarlas; si iban en carro, aquel era como un asilo para el marido que las acompañaba. La cortesana, por el contrario, caminaba con aquel paso vivo que revela el arte, dejando que la flotante túnica descubriese las ocultas bellezas, acompañada de mujeres ancianas, las cuales se apartaban al aproximarse jóvenes afeminados con toga elegante y cargados de anillos y aromáticos perfumes, y con la cara adornada de lunares. Si se paseaba por la via Apia, el paseo

---

(39) *Numquid jam ulla repudio erubescit, postquam illustres quædam et nobiles feminæ non consulum numero, sed maritorum annos suos computant, et exeunt matrimonii causa, nubunt repudii?*

SENECA, *De benef.*, III, 26.

(40) . . . . . *Summates matronæ...*
Suarum opum nos volunt indigentes;
Nostra copia nihilo volunt nos potesse,
Suique omnium rerum nos indigere,
Ut sibi simus supplices. Eas si adeas,
Abitum quam aditum malis: ita nostro ordini
Palam blandiuntur; clam, si occasio usquam est,
Aquam frigidam subdole suffundunt...
Quia nos libertinæ sumus.

Cistell, I, 1, 31.

(41) *Tutior at quanto merx est in classe secunda,*
Libertinarum dico.

HORACIO.

(42) *Ut quondam Marsæus amator originis ille,*
Qui patrium mimæ donat fundumque laremque.

HORACIO.

(43) Horacio las llama *togatæ*, *Sat.* 1, 2, 62, 82; y OVIDIO, *ex Ponto*, III, 3.

Nec vitta puditos
Crines alba tegit, nec stola longa pedes.

(44) *Quid iste quæ vesti quotannis nomina inveniunt nova:*
Tunicam rallam, tunicam spissam, linteolum cæsicium,
Intusiatam, patagiatam, caltulam aut crocotulam,
Supparum aut subnimium, ricam, basilicum aut exoticum,
Cumatile aut plumatile, cerinum aut melinum; gerræ maximæ!
Cani quoque etiam ademtum 'st nomen... vocant Laconicum.
Hæc vocabula auctiones subigunt ut faciant viri.

PLAUTO, *Epidicus*, II, 2, 42.

(45) Plauto hace mencion en dos comedias de un proceso de esta clase ante los triunviros *(Ibo ad tres viros, vestraque ibi nomina Faxo erunt)* para la ejecucion de la promesa de fidelidad durante un año.

Ne a quoquam alio acciperes mercedes annuam.
Nisi ab sese.....

Bacchid, fragmentos.

Agedum, istum ostende quem conscripsisti syngraphum
Inter me et amicam et lenam.

Asin., IV, 1.

Ovidio desvanece todas las dudas para aquellos que pudieran creer que el poeta umbrio habla de un uso griego, porque dice haber asistido á un jóven *(aderam juveni)* que citaba *(jamque vadaturus)* á su amada por este motivo, y tenia el acta en la mano *(duplices tabellæ)*, cuando se vió desarmado al comparecer ella, y añadió:

Tutius est, aptumque magis discedere pace.
Quam petere a thalamis litigiosa fora.
Munera quæ dederis, habeat sine lite juveto.

Remet. am., 669.

(46) HORACIO, Sat., I, 2, 89.

más concurrido de entonces, mientras las matronas marchaban lentamente en literas descubiertas, á cuyo lado un esclavo jóven agitaba el aire y espantaba los insectos con el abanico de cola de pavo real, ella por el contrario guiando por sí misma los caballos, atravesaba el paseo á la carrera, acompañada de su amante á quien parecia que llevaba en triunfo.

La mayor parte habian nacido esclavas, y sido por su belleza elegidas y exentas de los trabajos fatigosos y degradantes. Una educacion esmerada las hacia más aptas para agradar con el baile, con el canto y la literatura, por lo que adquirian un aumento de valia tal, que recompensaba de su trabajo á los especuladores; y fácilmente conseguian de cualquier amante el don de libertad. Distinguianse por eso de las venales de calle; y el visitarlas no deshonraba á los jóvenes, ni aun á los hombres graves. Su conversacion daba aquel refinamiento que no se podia adquirir en los círculos domésticos, de los cuales estaban excluidas las mujeres. Iban siempre acompañadas; tenian un predilecto *(vir)*, al cual debian de engañar para tener otros amantes, y los misterios religiosos consagraban hasta cierto punto su disolucion.

Fastidiados de sus familias los hombres procuraban distraerse de las turbulencias civiles y de la incertidumbre del mañana, no en los tranquilos goces del hogar, cerca de una de mujer que después de haber pertenecido á otros, podia pasar otra vez á nuevos brazos, sino en las emociones de borrascosos deleites. La existencia de una clase entera destinada á la infamia y á la voluptuosidad facilitaba todas las torpezas; y los amores varoniles eran comunes con los esclavos, y después tambien entre los libres (47). Existia además para los célibes una especie de soberania (48) ejercida sobre una clase de individuos desconocidos en los siglos modernos, los demandantes de testamentos. No habia bajezas á que éstos no descendieran á trueque de captarse la benevolencia del anciano cuya herencia codiciaban; prestándose á todos sus antojos, alabando hasta su hermosura, aplaudiendo sus disparates, irritando á sus enemigos, prostituyéndole el lecho conyugal, rogaban públicamente á los dioses por su salud y en secreto por su muerte. No debe, pues, causar estrañeza que se considerara como supérfluo el yugo del matrimonio, aunque era tan fácil quebrantarlo, y si el celibato vicioso era además una plaga á que en vano intentaron mil veces los legisladores aplicar remedio.

Expósitos.—Esponíanse en Roma los niños, cuya carga se rehusaba, con una facilidad y una impudencia de que solo Rousseau nos puede dar idea. Esta era además una de las gangrenas de una sociedad cuyo barniz causa la admiracion de muchos. Esparta tenia en el Taygeto un abismo, donde arrojaba á los niños contrahechos, y que por una atroz burla se denominaba el depósito (49). Tebas vendia los niños expósitos en provecho del Estado (50): así permanecian esclavos, y quizá hubiera valido más darles muerte. Entre los mismos hebreos, los niños que eran encontrados bajo un árbol, cerca de una ciudad, en el recinto de una sinagoga, envueltos en mantillas y circuncisos, eran recogidos como inciertos bastardos, pero cuando se les encontraba colgados de las ramas, lejos de la ciudad y del templo ó en un camino, eran considerados como ilegítimos y escluidos hasta la sesta generacion de todos los derechos civiles. Fabricábanse espresamente en Grecia para la esposicion de los niños recien nacidos vasos de arcilla en figura de concha, y entre los romanos cestas de mimbres *(corbem supponendo puero)*. Este desamparo de los niños era tan comun entre los antiguos, que vemos desenlazada la intriga de casi todas las comedias por el reconocimiento de un niño abandonado. Terencio, el amigo de los Escipiones, hace decir á un padre hablando con su esposa de haber encontrado á su hija perdida hacia veinte años: *si tu hubieras querido seguir mi consejo, se le hubiera quitado la vida en vez de fingir una muerte que le dejaba la probabilidad de vivir.*

El cristianismo debia estinguir tales horrores, y y vengarse á su modo de sus perseguidores, haciéndolos mejores.

Entretanto procuraron las leyes suplir á las costumbres y solo consiguieron dar testimonio de su impotencia. Habrá una para prohibir las intrigas (51), otra contra la venalidad de los oradores (52), una contra las estorsiones de testamentos (53), otra contra los atentados al pudor de una persona libre (54); leyes que revelan á las claras el vicio, sin inspirar confianza en el remedio. En breve las mismas prescripciones testifican la inmoralidad creciente. Suprime la ley Mummia la marca con que se castigaba á los calumniadores: sustituyendo la ley Gabinia el voto secreto al voto público exime de la vergüenza que costaba venderlo: la ley Viaria da á los soldados el vestuario á más del usual estipendio militar.

---

(47) Véase CHRISTIUS. — *Hist. legis Scatinæ*. Hale, 1727.

(48) *Dives regnum orbæ senectutis exercens*. SÉNECA, *ad Marciam*, 19.

(49) Distinguíanse á más el ἀποτίθεσθαι, abandonar un hijo para que muriese, del ἐκτίθεσθαι, esponerlo por no tener con que nutrirle.

(50) En Rusia los niños desamparados, segun el testo de los reglamentos de Catalina II, debian ser educados para ejercer profesiones liberales, no siendo asimilados á los siervos de las provincias esclavas. Por un ukase del Agosto de 1837, el emperador Nicolás se ha dignado declarar que sean *propiedad* del Estado.

(51) *De ambitu*, 179 antes de J. C.

(52) *Lex Cincia*, 175.

(53) *Lex Voconia*, 169.

(54) *Lex Sextinia*, 128.

Virtud.—Reducíase la virtud á desdeñar las seducciones del oro y de los placeres, cuando se trataba de perjudicar á la patria; á parapetarse en una insensibilidad orgullosa para idolatrar una libertad que no podia vivir después de tantas disensiones intestinas, con la insuficiencia de las leyes y con los medios ilegales de sustituirlas. Así procedieron Catón, Bruto y pocos más, dignos de alabanza sin duda por su buen temple de alma enmedio de tanta bajeza, y aun sin servir de ningun socorro, fueron amenudo nocivos á causa de su exageracion, y por haber consagrado toda su vida á imbuirse únicamente en la idea de que conviene renunciar á la existencia sin miedo. Empezaron á ser frecuentes los suicidios y acrecentóse después su número desmesuradamente, alentándolos por una parte la secta de los estóicos, y por otra el miedo de sobrevivir á una derrota que esponia á los insultos del vencedor, á la degradante pompa del triunfo, y luego al hacha del verdugo. Muchos reyes extranjeros habian perecido de este modo; y el romano ambicionaba la gloria de saber eludir semejante ignominia, de tener á su disposicion el medio de quedar libre, y de sustraer la más noble parte de sí propio de quien tenia oprimido su cuerpo. Hasta la misma ley consentia á los reos suicidarse antes de pronunciar el fallo que confiscara sus bienes y relegara á la infamia su memoria. Además el gran número de suicidios engendraba el contagio del ejemplo, y luego habia algunos para quienes era un motivo determinante poder acabar su vida, en el momento oportuno segun su antojo, antes de padecer los males con que nos pone á prueba la Providencia.

Religion.—Pero ¿quien creia en la Providencia? Desde un principio entre los romanos no habia consistido la religion sino en el temor de los dioses, más bien que en un sentimiento realmente piadoso, y por consiguiente no tenia valor ni fuerza más que como práctica del Estado. Más de seiscientas religiones eran toleradas en Roma: basta esto para afirmar que no existian creencias. Hasta las vestales, cuya dignidad era ambicionada en otro tiempo por las primeras familias, no pudieron reclutarse (250) sino á beneficio de una ley en las épocas sucesivas. Se necesitó que la ley Papia autorizara al pontífice para escojer, entre las doncellas designadas por la suerte, las que deberian consagrar á Vesta su virginidad involuntaria. Pero si entendemos por religion un cuerpo de doctrinas y de tradiciones sagradas, á que van unidas reglas solemnes, deberes fijos y una enseñanza moral, no existia en Roma. Los hombres distinguidos eran filósofos, lo cual equivalia á decir incrédulos; juzgábase de las obras con arreglo á las sentencias de las escuelas, de manera que ya no se invocaba á los dioses inmortales más que en las esclamaciones. César habia dicho en pleno Senado que después de la muerte solo venia la nada. Tan pronto sostenia Ciceron la inmortalidad del alma como aseguraba que el hombre acaba en el sepulcro. Horacio se prometia no perecer enteramente, si bien solo merced á sus obras. Los mismos hombres que se emancipaban del temor religioso de los dioses se abandonaban á mil supersticiones; y aun cuando Ciceron consagrara un tratado á la refutacion de tales quimeras (*De divinatione*), conviene reconocer que una multitud de personas, entre las mas instruidas, tenian fé en los sueños y en la astrología. Publio Nigidio Fígulo, personaje eminente de esta época, comparado á Varron por Aulo Gelio como un prodigio de sabiduria, muy amigo de Ciceron, que le llama doctísimo y santísimo, era muy versado en todas estas puerilidades, y ponia su ciencia al servicio del público y de los particulares (55). Aun suponiendo que Plutarco, cuyo espíritu estaba lleno de preocupaciones, haya sido estremadamente exagerado en su retrato, se oprime el corazon viendo los dictámenes de los hombres más ilustres, la decision de los más árduos negocios, la suerte de los ejércitos y de los pueblos, abandonados al azar de un sueño, á la impostura de un augur, á la observacion de un fenómeno natural.

Las doctrinas de Epicuro, que Fabricio habia deseado ver practicadas siempre por los enemigos de Roma, se habian introducido, no en frívolas discusiones de escuela, sino en la vida ordinaria: no tardaron en llegar á sus últimas consecuencias, á causa de la energía natural de la sociedad donde habian penetrado: y la primera ley del romano fué disfrutar lo más posible, evitando los sinsabores y los compromisos de los negocios. Encantaban la existencia del mayor número una dulce ociosidad en las casas de campo, los baños y las fiestas. El arte de la guerra y todo lo que le era inherente se encontraba, no solo descuidado (56), sino aborrecido, hasta el punto de haber muchos que se mutilaban á fin libertarse del servicio. Abandonábase la juventud con delicia á los innobles goces de la mesa (57). Así Milon daba gracias á Ciceron por no haber pronunciado el alegato preparado para su defensa, en atencion á que de otro modo no hubiera comido barbos esquisitos en Marsella; y los patricios que lidiaban con Pompeyo en la última lucha de su partido, se desconsolaban de que pasaria el otoño sin que les fuera dado saborear los higos de Túsculo.

Creencias, instituciones, costumbres, eran las raices por las que se alimentaba la nacionalidad, fundamento del edificio social de Roma: y todas habian perecido, no dejando más que una inquieta

---

(55) *Varro et Nigidius scientiarum culmina.* A. GELIO, XIV, 19; CICERON, *ad fam.*, IV, 13; LUCANO; SAN AGUSTIN, *De civ. Dei*, I, 3.

(56) *Quid nunc vobis faciendum est, studiis militaribus apud juventutem obsoletis.* CICERON, *pro Fonteyo*, 18.

(57) Horacio dice:

Romana juventus
Non veneris tantum quantum studiosa culinæ.

poltroneria, una inmensa depravacion, una esclavitud, enmascarada ó descubierta, pero universal. «No hay duda, dice un filósofo profundo y erudito, que despojando la historia romana de las fastuosas máximas y de los lugares comunes de la sabiduria política, para examinar sus pormenores desnudos y con sus caractéres distintivos, todo hombre de corazon debe sentirse sobrecogido de horror y de disgusto ante un cuadro de tan trágica verdad; porque los romanos colmaron la medida, gigantes hasta en la depravacion de las costumbres; de tal manera, que la de los griegos, en comparacion de licencia tan desenfrenada, no parece más que el primer paso de un jóven en la pendiente de la corrupcion.» (58)

Atico.—Entre los mejores de aquellos epicureos romanos conviene contar á Pomponio Atico. Vástago de una buena familia, educado con esmero, se propuso por objeto la tranquilidad, y el alejamiento de los negocios públicos como medio de conseguirla. Pero cuando vé que estos peligran, ¿es virtud entregarlos á merced de los intrigantes, ó es más bien una inspiracion del egoismo? No obstante, Atico, ya viviese en Roma ó en Atenas, fué, sin distincion de partidos, amigo íntimo de los que se habian conciliado su afecto y socorrió generosamente á cuantos padecian como desterrados ó proscritos. Fué amado de Sila, lo fué de Casio y de Bruto, no menos que de los Marianos, de César, Octaviano y Antonio. Orador sobrado elocuente para ser propuesto á Hortensio y Ciceron, no acusó á persona alguna, si bien tampoco le tuvo por defensor nadie. Daba dinero á los que se unian á Pompeyo; mas nunca se incorporó á ellos. Nada hizo en favor del venturoso Bruto: ayudóle con su bolsa en el infortunio, cuando fué un acto de interés benévolo y no una contribucion; sin haber adulado á Antonio en tiempo de su poderio, socorrió en la necesidad á su mujer y á sus parciales. Para consolar á la decadente aristocracia romana escribió la *Historia de las familias ilustres*, como hizo el presidente Henault en honor de la nobleza francesa amenazada (59). Tranquilo bajo la república, olvidado durante las proscripciones, sosegado en medio de la tempestad civil, honrado bajo el imperio, cuando se vió acometido por una enfermedad se dejó morir de hambre. Cornelio Nepote, que hace su panegírico en vez de contar su vida, le propone como un modelo que debe ser imitado, como un piloto que á través de tempestades supo llevar el buque á seguro puerto.

Hortensio.—El famoso orador Hortensio siguió de cerca las huellas de Atico. Tenia cuatro casas de recreo adornadas con las obras maestras del arte más notables, con bosques llenos de caza, plantas muy raras, y entre este número plátanos que se regaban con vino (60). Llenaban sus viveros esquisitos peces, no para regalarse con ellos, sino por tener el gusto de alimentarlos más esmeradamente que á sus esclavos, y de gastar enormes sumas para que su agua se mantuviera fresca durante el verano. En medio de aquel delicioso retiro componia alternativamente arengas patrióticas, alegatos elocuentes en favor de sus amigos ó libertinos versos, ó inventaba la manera de asar los pavos reales (61); por cuya razon se le llamaba el rey de las causas y de las mesas.

¡Y no obstante, el puñal de los conjurados pretendia que de entre tales hombres salieran ciudadanos!

Leyes.—Si fijamos ahora nuestra atencion en las cosas políticas observaremos que, con el engrandecimiento del Estado, los reglamentos que habia hecho Roma para dirigirse en sus primeros años, se habian hecho totalmente viciosos, ó se habian alterado sensiblemente. Primero se habia abandonado la justicia á los padres de familia: luego cada ciudad tenia sus magistrados particulares. Esto favorecia al acrecentamiento del poder público, enderezándose únicamente hácia él la atencion de los ciudadanos, aunque en nada aseguraba la felicidad privada. De protectores que eran los patronos, se hicieron fácilmente opresores, y forzaron á sus clientes á ayudarles en sus proyectos de ambicion ó de avaricia. La division de patricios y plebeyos, que á consecuencia de su oposicion mútua

---

(58) F. SCHLEGEL, *Filosofía de la historia*, lec. IX.

(59) Las *gentes* ó familias romanas, de que hace mencion la historia, antes de los emperadores apenas esceden del número de ciento setenta; la tercera parte de esas familias pertenecian á la clase de los patricios; las demás eran plebeyas. Entre las primeras habia trece ó catorce que pretendian descender de Troya ó de Alba, y blasonaban de haber pertenecido al Senado en tiempo de los primeros reyes, lo cual indujo á que se les designara con el nombre de *majorum gentium*.

Habian ingresado los otros en el Senado en los primeros siglos de la república. En algunos linages habia *familias* patricias y *familias* plebeyas, que como sucede entre nosotros, llevaban el apellido mismo nobles y siervos. Segun Dionisio de Halicarnaso apenas sobrevivian al espirar la república cincuenta familias patricias, y Tácito afirma que ninguna se remontaba más allá del tiempo de Claudio. (*Ann*, XI, 21).

Sobre este asunto pueden consultarse:

CARLOS SIGONIUS, *De nominibus Romanorum*.

ON. PANVINIUS. *De antiquis Romanorum nominibus*.

RICH. STREINNIUS, *De gentibus et familiis Romanorum*.

ANT. AUGUSTINUS, *De familiis Romanorum*.

FULVIUS URSINIUS, *Familiæ romanæ nobiliares*, en el tomo II y III del *Thesaurus antiq. romanornm* del GREVIO.

G. A. RUPERTI.—*Tabulæ genealogicæ, seu stemmata nobilium gentium romanarum*. Gottinga, 1794.

ORTOLAN.—*Esplicacion histórica de las Instituciones del emperador Justiniano*. Paris, 1854, en el lib. III, tit. 2.

Drumann *(Roma en su paso de la república á la monarquia por órden de gentes*. 1830-38) da los pormenores de las familias romanas notables en tiempo de César y Augusto.

(60) VARRON, *De re rustica*, III, 6.

(61) Id., I, 2, 17; MACROBIO, *Saturn*, II, 9.

habia al principio ofrecido por resultado prestar socorro á la libertad, habia degenerado en guerra civil, y los ejércitos que hacian esta guerra, no eran ya los de la patria.

Durante estos conflictos seculares, cónsules, dictadores y tribunos, segun prevalecian el Senado, las curias ó las tribus, habian impuesto alternativamente leyes inspiradas por un sentimiento de partido ó por el abuso de la victoria: y resultaba de aquí un todo confuso, donde faltaba la unidad de miras. Dejábase á los jurisconsultos el cuidado de poner en órden aquel fárrago, si bien nunca llegaron á conseguirlo, reducidos como estaban á debatir entre sí acerca de pequeños intereses privados, mientras que los negocios públicos se decidian por la intriga ó por la fuerza, ó se discutian en los apasionados discursos de los oradores.

Agréguese á esto que Roma por una cuerda política dejaba á los vencidos sus instituciones y sus costumbres, de manera que yendo siempre en aumento el número de pueblos avasallados, vino á estar la legislacion mezclada con elementos griegos, pelásgicos, africanos, germánicos, haciéndose cada vez más inconexa. Luego los pretores, al entrar en el gobierno, publicaban las reglas á que entendian acomodar su conducta, reglas diferentes unas de otras, sin hablar de las leyes, dictadas por la arbitrariedad armada de los cónsules y de los generales. El objeto principal de estos era grangearse la voluntad de los soldados, hasta violando la moral y oprimiendo á los pueblos. Asi las partes del mismo todo no contribuian al interés comun, y los súbditos no podian amar á un gobierno que no pensaba en hacerlos venturosos: los caprichos de una faccion, el entusiasmo por un general victorioso, ó la espada que echaba en la balanza, arrancaban las decisiones: si sobrevivia, pues, algun sentimiento público, era la lasitud después de tantos combates estériles, y el deseo de encontrar reposo aunque fuera en la servidumbre.

Aquel Senado que los oradores elogiaban con tan gloriosos renombres, fué siempre el tipo de la antigua sabiduria romana, sabiduria de fuerzas y de conquistas. Viendo la necesidad de evitar las discordias civiles escitó continuamente á guerras esternas, haciendo valer por razones los más frívolos pretestos. El derecho de gentes que conocia, era siempre contrario á los enemigos, pareciéndole magnanimidad reconocer los derechos que á estos asistian. Su reposo, su independencia debian estar limitados por el poderio romano, el único á quien no habian puesto término los hombres ni los dioses. Habiéndose erigido en consecuencia árbitro del mundo, juzgó la servidumbre de este como necesaria á la seguridad de Roma: ídolo inexorable al que se mostraba adicto hasta aquel heroismo que admiran los que no consideran el objeto. Mostró además en las cosas internas aquellos enredos y temores del espíritu de faccion á la vez que pasiones egoistas y aristocráticas. Impotente para evitar el mal y practicando tan solo el bien cuando era arrastrado por la perseverancia plebeya; intrépido respecto de los tiranos internos, carecia de valor; y por el contrario, con pedir la autoridad dictatorial y prolongar los mandos, educó á los usurpadores que ponian todo su cuidado y empeño en diezmar ó deprimir al Senado mismo, y solo cuando eran vencidos, recobraba este el valor de condenarlos (62).

---

(62) Montesquieu elogia la *condescendencia paternal* del Senado al conceder alguna que otra de las peticiones plebeyas, y dice que esteriormente *obraba siempre con profundidad*. Ahora bien, véase el cuadro de la política romana trazado por aquel maestro;

«El Senado se erigió en tribunal que juzgaba á todos los pueblos... . quitaba una parte de territorio del pueblo vencido para darla á los aliados, con lo cual lograba dos cosas: unia á Roma reyes de que tenia poco que temer y mucho que esperar, á la vez que debilitaba á otros de quienes nada podia esperar y sí temerlo todo. Cuando tenia varios enemigos sobre sí, concedia una tregua al más débil, que se creia dichoso con obtenerla contando por mucho el haber aplazado su ruina. Cuando le preocupaba una guerra importante disimulaba el Senado toda clase de injurias y aguardaba en silencio que llegase el tiempo del castigo. Si algun pueblo le enviaba culpables, se negaba á castigarlos prefiriendo tener por criminal á toda la nacion y reservarse una venganza provechosa. Como hacia á sus enemigos daño inconcebible, no solian formarse ligas contra él: pues el que estaba más distante del peligro no queria aproximárselo. De ahí que rara vez admitiese la guerra, pero siempre la hacia con oportunidad de la manera y con aquellos que le convenia..... No haciendo jamás la paz de buena fé y no siendo, en su propósito de invadirlo todo, más que suspensiones de guerra sus tratados, ponia en ellos condiciones que comenzaban siempre la ruina de la nacion que las aceptaba. Después de aniquilar los ejércitos de un soberano, minaba su hacienda con los gastos de la guerra, nuevo género de tirania que le obligaba á oprimir á sus súbditos y perder su afecto. Al otorgar la paz los senadores á un príncipe, tomaban en rehenes alguno de sus hermanos ó de sus hijos, lo cual les facilitaba el medio de turbar su reino á capricho; pues cuando tenian al pariente más cercano intimidaban al posesor, y si alguna vez el príncipe que tenian en rehenes era de un grado lejano se servian de él para suscitar las revueltas..... Cuando algun monarca habia hecho una conquista que tal vez habia agotado sus recursos, presentábase á él un embajador romano que se la arrancaba de las manos, pero su máxima constante era sobretodo dividir á sus contrarios. La República de Acaya estaba formada por una union de ciudades libres; y el Senado declaró que cada ciudad se gobernase en adelante segun sus propias leyes sin depender de una autoridad comun..... Y si en un Estado habia alguna disputa, el senado romano juzgaba ante todo el asunto; y por ello estaba seguro de no tener en contra suya más que la parte castigada. Si se disputaban la corona dos príncipes, declaraba á veces reyes á los dos y si uno de ellos era de corta edad, se decidia en favor suyo tomando su tutela como protector del universo; porque habia llevado las cosas al estremo de que reyes fuesen súbditos suyos sin saber precisamente porque razon, siendo cosa admitida que bastaba haber oido hablar á Roma para tener que estarle sometido..... Cuando uno de los generales romanos aceptaba la paz para salvar su ejército próximo á perecer, el Senado, que no la ratificaba, se aprovechaba de la paz y continuaba la guerra».

Venalidad.—Hemos visto en lo interior las dignidades otorgadas en premio de los amaños, establecerse hasta cierto punto factorias enmedio del foro para el tráfico de los votos, y hacerse dignos los candidatos de la magistratura que solicitaban, no por sus virtudes, sino porque prometian dinero ó juegos más espléndidos. Durante los comicios se aumenta hasta un doble el interés del dinero (63). Pompeyo compró el consulado en favor de Afranio. Entraron á escote los senadores para hacérselo obtener á Bíbulo (64); omitiendo las circunstancias en que la espada de los centuriones intimaba la eleccion que habia de hacerse, ó en que el puñal de Clodio, de Milon ó de Dolabela, decidia la eleccion ó recusaba los pretendientes.

Memmio comunicó al Senado un tratado que habia hecho en compañia de su competidor Domicio con los cónsules en ejercicio, tratado por cuyo testo se obligaban estos á serles favorables en su demanda del consulado, comprometiéndose por su parte á adjudicarles las provincias, objeto de su anhelo: para este efecto habian consignado 400,000 sextercios que perderian si no encontraban tres augures para declarar que habian estado presentes cuando el pueblo habia votado la ley por curias, aun cuando esta ley jamás se hubiera propuesto, y dos personajes consulares para atestiguar que habian asistido á la suscricion del decreto que asignaba á los dos cónsules las provincias citadas, por más que nunca se hubiera discutido este asunto en el Senado (65). ¡Cuántos falsarios para la ejecucion de un solo contrato!

El mismo César debió su primera elevacion al arte de contraer deudas oportunamente: tomó de prestado enormes sumas en tiempo de su candidatura al supremo pontificado, y este dinero le sirvió por un lado para ganarse la voluntad de los pobres, y por otro para obligar á los ricos á encumbrarle á funciones que le pusieran en estado de satisfacerles sus créditos. El principal espediente de su política fué proporcionarse dinero, de cualquier modo que fuese, no para acumularlo, sino porque conocia cuanto habia de verdad en el grito de indignacion de Vugurta. Decia que para adquirir, aumentar y conservar el poder, se necesitaban dos cosas: sueldos y soldados (66).

Es sin duda la libertad una palabra bien sonante. ¿Pero quién la poseia en Roma? ¿Serian acaso los esclavos, que en número de ciento por cada hombre libre, morian de hambre en el terreno regado con sus sudores? ¿Serian acaso los clientes servilmente sumisos al patrono? ¿Serian por último los deudores, que segun el testo de la ley podian ser hechos trizas, y á quienes por conmiseracion se sepultaba en los calabozos? Entre los mismos ciudadanos el padre de familia tiene pleno derecho, un poder despótico sobre la vida de su mujer y de sus hijos, á quienes envia á vender, segun el capricho de su avaricia ó de sus pasiones. El patrono tenia un enemigo, un espia en cada esclavo el cual podia matarle ó denunciarle á los jueces. Habia necesidad de rendir al cónsul honores á que no aspiraria actualmente ningun soberano: cuadrarse á su paso, apearse del caballo, ó levantarse del asiento cuando se acercaba, sopena de sufrir los golpes de sus lictores, ó de ver, como hizo Acilio, romper la silla curul de un pretor que habia permanecido sentado.

Espian los censores los actos de la vida privada é imponen notas de infamia, asistiendo solo á los senadores el derecho de preguntarles el motivo. Una ley preceptua la obligacion de casarse, otra limita los gastos de los banquetes y el número de los convidados, á la par que hasta el tiempo de Ciceron, no hubo ninguna para castigar el fraude en general, y para permitir una acusacion fuera de los hechos determinados por disposiciones especiales (67). Hasta los mismos tribunos esceden á los tiranos en arrogancia; maldicen á quien les ofende, y precipitan desde la roca Tarpeya al senador que se opone á sus actos.

Tal era la libertad romana: así no se sabe si el pueblo debia estar agradecido á los que querian conservársela, si le tenia cuenta mantener leyes cuya proteccion no aseguraba la vida ni la hacienda de todo el que no podia defenderse, ni por sí propio ni por sus amigos.

Procesos.—Los numerosos admiradores de la sabiduria romana, que insultando la ignorante barbarie de la Edad Media, le atribuyen el execrable tormento, cambiarian bien pronto de dictámen, si prescindiendo de las declamaciones, quisieran atenerse á los hechos. Ciceron en su alegato en favor de Cluencio indica el modo con que procedió Saxia para descubrir á los que habian dado muerte á su marido. Se pone á los esclavos en el tormento: *Tormentis omnibus vehementissimis quæritur.* A pesar de todo protestan que no saben nada, y en aquel primer dia los amigos de la familia, en cuya presencia se hacia este procedimiento doméstico, son de parecer, que se debe desistir. Pero después de cierto intérvalo vuelven los infelices á ser puestos en la cuerda: *Nulla vis tormentorum acerrimorum prætermittitur*, hasta llegar á agotarse las fuerzas del verdugo, y los asistentes declaran que ya era suficiente (68).

---

(63) Ciceron, *ad Attico*, VI, 15.

(64) Id., I, 16; Suetonio, *Vida de César*, 19.

(65) Ciceron, *ad Attico*.

(66) Χρηματοποιὸς ἀνὴρ ἐγένετο, δύο τε εἶναι λέγων τὰ τὰς δυναστείας παρασκευάζοντα καὶ φυλάσσοντα καὶ ἐπαύξοντα, στρατιώτας καὶ χρήματα. Dion, XLII.

(67) *Lex de dolo malo.* Conocida es la anécdota de Cayo Canio.

(68) Ciceron reconocia, no la iniquidad del tormento, sino la falsedad de las deposiciones que arrancaba: *Illa tormenta gubernat dolor, moderatur natura cujusque tum animi tum corporis, regit quæsitor, flectit libido, corrum-*

Si se objeta *que no se trataba así á los ciudadanos, sino á los esclavos*, ignoramos como los que aventuran semejante respuesta hubieran podido redargüir la de la santa Inquisicion, cuando declaraba que no sometia á sus juicios á hombres, sino á herejes, á hechiceros, á condenados.

No se procuraba en general en los juicios determinar el sentido de las leyes ni aplicarlas á los casos particulares: los jueces se consideraban como dueños de la vida y del honor del inculpado. Presentábase, pues, escoltado por sus amigos, vestidos todos de luto, y se adelantaba estrechándoles á su tránsito la mano: era un deber de amistad y un piadoso acto entre deudos ir en numerosa tropa, por municipios enteros, á apoyar al acusado con su voto (69); á menos que éste poseyera bastante dinero para comprar á sus jueces, y para demostrar la verdad del proverbio, á la sazon muy en boga: *No es posible condenar una bolsa repleta* (70). No tenia que esforzarse tanto el orador en establecer la inocencia de su cliente como en hacer resaltar sus méritos anteriores, para conmover á los jueces en favor suyo, respecto de la suerte de su familia, de sus pequeños hijos, que asistian allí vestidos de negro y tendiendo sus manos suplicantes (71). Antonio se jacta de haber salvado á Norbano acusado de sedicion, no con argumentos sino moviéndo los afectos (72); y con legítimo derecho al oir á Licinio Calvo estrenarse en el foro con una acusacion dirigida contra su persona, esclamaba Vatinio, dirigiéndose á sus jueces: *¡Y qué! ¿habré yo de ser condenado solo porque ese mancebo es elocuente?*

Será, pues, el conocimiento de la ley un estudio secundario, á que se dedicarán únicamente á aquellos que no sobresalgan en la elocuencia (73) formarán los ejercicios de la juventud romana la acusacion, la defensa, la discusion en pró y en contra en la tribuna; por ella procurará abrirse paso á los cargos públicos y á los honores.

Fuerza.—Y sin embargo, el mismo que supo comunicar tanto esplendor al foro, que en un arranque de su vanidad esclamaba *cedan las armas á la toga*, se veia obligado á confesar que la elocuencia y la magistratura debian doblegarse ante la fuerza, la fuerza, ídolo y razon de Roma. *Ella es*, decia, *la que ha valido á nuestro pueblo eterna gloria; ella es la que ha avasallado al mundo; ella es la que conduce de una manera más segura al consulado* (74).

Conocíanlo los ambiciosos y aspiraban á alcanzar sus proyectos por medio de los disturbios y de las revueltas. ¡Cuántos trastornos hemos visto en el corto espacio de tiempo que llevamos recorrido! Triunviros y dictadores decretan que todo ciudadano está obligado á dar muerte á los proscritos. A cada instante se juntan asambleas en que para contener á la irritada muchedumbre ó á los sicarios asalariados, hay necesidad de poner soldados entorno del foro ó de la curia. Ni aun la oposicion de los tribunos es ya capaz de proteger al pueblo, y su palabra ha dejado de ser sagrada, pero Apuleyo Saturnino rechaza á Memmio del consulado, quitándole la vida, y luego se refugia al Capitolio con un puñado de asesinos. Citado enseguida á disculparse civilmente ante la curia, es apedreado, son asesinados sus compañeros, y la turba arrastra sus cadáveres por las calles (75). Publio Cornelio Sila,

---

pit spes, infirmat metus, ut in tot rerum angustiis nihil veritati loci relinquatur.

(69) Véase Ciceron, *passim*.

(70) «Inveteravit jam opinio, perniciosa reipublicæ, nobisque periculosa, quæ non modo Romæ, sed et apud exteras nationes omnium sermone percrebuit his judiciis quæ nunc sunt, pecuniosum hominem quamvis sit nocens, neminem posee damnari.» Ciceron, *in Verrem*, I.

(71) Ciceron, *pro Flacco:* «Huic misero puero vestro, ac liberorum vestrorum supplici, judices, hoc judicio vivendi præcepta dabitis... qui vos, quoniam est id ætatis, ut sensum jam percipere possit, ex mœrore patrio, auxilium nondum patri ferre possit, oret ne suum luctum patris lacrymis, patris mœrorem suo fletu augeatis: qui etiam me intuetur, me vultu appellat, meam quodammodo flens fidem implorat... Miseremini familiæ, judices; miseremini patris, miseremini filii; nomen clarissimum et fortissimum, vel generis, vel vetustatis, vel hominis causa reipublicæ reservate. —*Pro Plancio:* Quid enim possum aliud nisi mœrere? nisi fiere? nisi tecum mea salute complecti? Huc exurge tamen, quæso: retinebo et complectar, nec me solum deprecatorem fortunarum tuarum, sed comitem sociumque profitebor... Nolite, judices, per vos, per fortunas vestras, per liberos, inimicis mei... dare lætitiam... nolite animum meum debilitare cum luctu, tum etiam metu commutatæ vestræ voluntatis erga me... Plura ne dicam, tuæ me etiam lacrymæ impediunt, vestræque, judices, non solum meæ.—Y *pro Milon:* Quid restat, nisi ut orem, obtesterque vos judices, ut eam misericordiam tribuatis fortissimo viro, quam ipse non implorat, ego autem, repugnante hoc, et imploro et exposco? Nolite, si in nostro omnium fletu nullam lacrymam adspexistis Milonis, si vultum semper eumdem, si vocem, si orationem stabilem ac non mutatam videtis, hoc minus ei parcere.» Estas emociones de afectos eran el fuerte de Ciceron. Así cuando muchos oradores se juntaban para componer un discurso, siempre se le dejaba la peroracion y la parte patética.

(72) Ciceron, en *Bruto*, 19.

(73) «Ut ajunt in græcis artificibus, eos auletas esse qui citharædi fieri non potuerint, sic nonnullos videmus qui oratores evadere non potuerunt, eos ad juris studium devenire.» *Pro Muræna.*

(74) «Ac nimirum (dicendum est enim quod sentio) rei militaris virtus præstat ceteris omnibus. Hæc nomen populo romano, hæc huic urbi æternam gloriam peperit, hæc orbem terrarum parere huic imperio coegit; omnes urbanæ res, omnia hæc nostra præclara studia, et hæc forensis laus et industria latent in tutela ac præsidio bellicæ virtutis... Qui potest dubitare, quin ad consulatum adipiscendum, multo plus afferat dignitatis rei militaris, quam juris civilis gloria?» *Pro Muræna.* Cada vez que cito una opinion de Ciceron, estoy casi seguro de encontrarla diametralmente opuesta en sus escritos; tan indeterminado y vago es. El capítulo 21 *De oficiis* prueba «longe fortius esse in rebus civilibus excellere, quam in bellicis».

(75) Ciceron, *pro Rabirio.*

pariente del dictador, es acusado de dos conspiraciones; Antonio, acusado de amaños, arma una banda de desertores y de gladiadores, dispersa á los jueces y se pone en salvo (76). La proposicion de la llamada de Ciceron da margen á un asesinato: *Como si hubieran querido*, dice, *oponer á mi regreso un rio de sangre.* Y durante todo este tiempo son protegidos los ciudadanos, no por las leyes, sino por las paredes de sus moradas; son registradas las casas de los magistrados con el hierro y la tea en la mano, se rompen los haces consulares, se incendian los templos, son heridos los tribunos del pueblo (77). En medio del foro fué perseguido Clodio por Marco Antonio con la espada desnuda (78). Este mismo Marco Antonio se dirigió al templo de la Concordia, donde estaba congregado el Senado, con una tropa de satélites á sus órdenes, llevando unos armas, y otros literas llenas de escudos y de aceros, para estar dispuestos á obrar á la primera señal (79). Semejantes escenas se renovaron con frecuencia (80), y como la fuerza de los delincuentes les aseguraba la impunidad, era un motivo para que los abogados reclamaran leves castigos para los delitos ménos graves (81).

Á pesar de todo, los romanos habian mostrado siempre una maravillosa disciplina tan pronto como se hallaban en el campo de batalla. Entonces cesaban todas las disensiones, se estinguia el odio de los partidos, y los Coriolanos ó los Emilios, execrados en el foro, se veian ciegamente obecidos apenas habian obtenido el juramento militar. En las guerras civiles, los generales, más avarientos de poder que de gloria, se aplicaron especialmente á conciliarse el ánimo de las legiones, á hacerlas amar el campamento con preferencia á la patria, la grandeza del general más que la libertad de los ciudadanos. Sila fué el primero que por sed de mando acarició á la soldadesca, y obtuvo por la fuerza que esta le prestaba, lo que se obtenia en otro tiempo por los votos de los ciudadanos. Entonces desunido el ejército del Senado y del pueblo, se hizo un tercer poder, y dió la victoria á uno de los dos á quienes sostenia, á la democracia con Mario, á los nobles con Sila. César ataca á Roma con las tropas que han vencido en las Galias, y Pompeyo la defiende con los vencedores de Asia; y cuando sale victorióso el primero, toda preeminencia se adquiere desde entonces con las armas: la constitucion romana no tiene mas que dos apoyos, la muchedumbre y los soldados.

---

(76) *Pro Sylla.*
(77) *Philipp*, II, 9.
(78) *Ad Quirites post reditum.*
(79) *Philipp*, V, 6.
(80) «Lapidationes persæpe vidimus; non ita sæpe, sed nimium tamen sæpe gladios». Cic., *pro Sextio*, 36.
(81) «Cum quis audiat nullum facinus, nullam audaciam, nullam vim in judicium vocari...» Es el argumento del exordio *pro Cœlio* y en la peoracion: «Oro obtestorque vos, ut qua in civitate Sextus Clodius absolutus sit, quem vos per biennium aut ministrum seditionis aut ducem vidistis... in ea civitate ne patiamini illum absolutum muliebri gratia, Marcum Cœlium libidini muliebri condonatum...»

CAPÍTULO XIX

ASESINOS Y VENGADORES DE CÉSAR.

Luego que Bruto hubo clavado el puñal en el seno de su bienhechor la reflexion debió suceder en breve al entusiasmo de una accion reputada como sublime, y desplegar ante sus ojos aquel triste cuadro. Siempre preocupado con la idea de proceder conforme á la ley y á la justicia, se puso á explicar al pueblo los motivos que le habian impelido al asesinato (1); pero donde quiera reinaba el desaliento, y en un abrir y cerrar de ojos se habia propagado del Senado á la plaza y de allí á las más humildes mansiones. Habiendo empuñado las armas los conjurados, atravesaron la ciudad con un gorro en la punta de una pica, gritando que habian libertado á la patria de un tirano, de un rey. Pero lejos de incorporarse á ellos los ciudadanos, huian despavorados, ó se aprovechaban del tumulto para entregarse al saqueo, resultado ordinario de las sediciones populares: muchos clamaban contra los asesinos, de manera que Bruto y sus parciales debieron pensar en buscar refugio en el Capitolio, confiando su seguridad á los gladiadores, al mismo tiempo que derramaban dinero entre el pueblo, poco agradecido del regalo de la libertad aristocrática.

Aunque Bruto esclamara levantando su puñal ensangrentado: *¡Oh Ciceron, mira la república vengada!* como si hubiera querido buscar un apoyo respecto de la opinion pública en el asentimiento del que anonadó á Catilina, Ciceron no supo nada de la conjura: hasta se queja muchas veces de no haber sido convidado al *magnífico banquete* de los idus de marzo, especialmente porque hubiera insistido en desembarazarse tambien de Antonio (2). Por lo demás, declaró haber visto con alborozo cometer aquel asesinato (3), pero á consecuencia de

(1) Séneca, gran admirador de los dos estoicos más ilustres, Catón y Bruto, desaprueba el hecho de éste. «Bruto, dice, grande hombre en todas las cosas, me parece haber errado gravemente en esta, esperando establecer la libertad, donde habia tanto afan por mandar y servir, imaginando que la ciudad podia retroceder á su primitiva forma, después de la pérdida de sus antiguas costumbres; que la igualdad del derecho civil y la fuerza de las leyes residirian allí donde se habia visto llegar á las manos á tantos millares de hombres, no para saber si convenia obedecer, sino á quien se debia prestar obediencia. De tal modo ignoró la naturaleza de las circunstancias y el estado de su patria, que creyó que muerto un hombre, no se se encontrarian otros que apetecieran la misma cosa.» *De beneficis*, II, 20.

(2) «Quam vellem ad illas pulcherimas epulas me id. mart. invitassent! reliquiarum nihil haberent: at nunc his tantum negotii est, ut vestrum illud divinum in rempublicam beneficium nonnullam habeat querelam». En Trebonio X, 28. Y en Casio XII, 4. «Vellem id. mart. me ad cœnam invitasses; reliquiarum nihil fuisset». No obstante en otro lugar confiesa que entonces era amigo de Antonio: «Ego Antonii inveteratam sine ulla offensione amicitiam retinere sane volo.» *Ad fam.*, XVI, 23. «Cui quidem ego semper amicus fui, antequam illum intellexi, non modo aperte, sed etiam libenter cum republica bellum gerere, XI, 5».

(3) «Quid mi attulerit ista domini mutatio præter lætitiam quam oculis cepi, justo interitu tyranni.» *Ad Attico*, XIV, 14. Le aprueba en su libro *De officis* y más amenudo en sus Filipicas. «Noster est Brutus, semperque noster cum sua excellentissima virtute reipublicæ natus, tum fato quodam paterni maternique generis et nominis, X, 6. Est Deorum inmortalium beneficio et munere datum reipublicæ Brutorum genus et nomen ad libertatem populi romani vel constituendam vel recuperandam, IV, 3. Omnis voluntas Bruti, omnis cogitatio, tota mens, auctoritatem senatus, libertatem populi romani intuetur; hæc habet proposita, hæc tueri vult. X, 11. Reddite prius nobis Brutum, lumem et decus civitatis; qui ita conservandus est, ut id signum, quod de cælo delapsum, Vestæ custodia continetur; quo salvo,

su fluctuacion característica, no tardó en mostrarse pesaroso y en decir: *Ha sido derribado el árbol, pero subsisten las raíces.*

A pesar de todo sugirió el mejor partido que se podia tomar en tan difíciles circunstancias, es decir, la convocacion del Senado en el Capitolio, para obtener una decision pronta é imaginar las medidas que debian adoptarse (4). Pero Bruto que acababa de asesinar á César sin escrúpulo alguno, lo tuvo de reunir el Senado sin las formalidades de la ley: hasta echó fuera del Capitolio á muchos personajes eminentes que habian ido á incorporársele, diciendo que los que no habian concurrido al asesinato de César, no debian ser partícipes del peligro ¡timidez desastrosa! A la par que discurre medidas para que nadie sea perseguido ni robado, y que anhela hacer una de aquellas revoluciones que honran á sus autores, aun arruinando la causa que sustentan, se entibia el primer entusiasmo de los patricios y de los senadores; y al mismo tiempo aquellas gentes, que, para moverse, necesitan ser empujadas, se dejan arrastrar por la opinion de los amigos de César. Así como el sol en su ocaso recuerda tan solo la benéfica sonrisa con que avivaba la naturaleza y no la incomodidad que causaba, así la muerte del dictador parecia haber espiado todos sus yerros y acrecido el número de sus beneficios. No cesaba el pueblo de repetir sus alabanzas: pasaron los judios llorándole muchas noches (5): y habiendo pronunciado un actor en el teatro este verso de una tragedia:

Yo les salvé para que me diesen muerte (6).

estalló un gemido universal entre los espectadores.

Marco Antonio.—Lejos Marco Antonio, cónsul, de conmoverse, como lo esperaba Bruto, á causa de la generosidad con que le habia perdonado la vida, pensó en aprovecharse de aquella disposicion de los ánimos. Hizo que condujera Emilio Lépido, otro amigo de César, una legion al campo de Marte, y convocó al Senado á fin de que declarara si César habia sido tirano ó magistrado legítimo; si de consiguiente sus asesinos eran libertadores ó parricidas. Semejante decision podia tener los más graves resultados. Pareció, pues, prudente en medio de agitacion tanta, eludirla por una transacion, proclamando una amnistía general respecto de lo pasado, y confirmando todo lo que César habia hecho. Entonces los conjurados descendieron del Capitolio: Bruto fué á cenar á casa de Lépido, á la de Marco Antonio Casio; y éste á la pregunta que le dirigia aquel en tono de broma, acerca de si llevaba algun puñal oculto, respondió de este modo: *Llevo uno para el que osare aspirar á la tiranía.*

Estas palabras debieron resonar desagradablemente en los oidos de Antonio, que verdaderamente aspiraba á ella, no menos que Lépido y Décimo Bruto, pero detenia á cada uno el miedo que le infundian los demás.

Sin embargo, Antonio con la esperanza de sacar los ánimos del estado del estupor en que se hallaban sumidos, obtuvo que el testamento de César se leyera públicamente. Instituia el dictador por herederos á Octaviano, á Pinario y á Quinto Pedio, hijos de sus sobrinos: donaba al pueblo romano sus magníficos jardines situados al otro lado del Tíber y 3,000 sextercios á cada ciudadano; hacia á sus asesinos diferentes mandas y les dejaba recuerdos de su benevolencia (7). No se necesitaba más para escitar el furor del pueblo: y rayó en el más alto punto cuando Antonio desplegó la desgarrada toga del dictador, esponiendo á la vista su imágen hecha de cera, que parecia manar sangre por numerosas heridas. Entonces resonó un alarido unánime de venganza. Echaron los veteranos de César en su pira las recompensas que habian recibido en sus campañas, y sus joyas las mujeres; y la muchedumbre vociferando en todos los idiomas, cogió tizones encendidos para ir á prender fuego á las casas de los que, tratados como héroes poco antes, no eran ya más que asesinos. A su vez el Senado puso á César en la categoría de los dioses; y el pueblo creyó contemplar su alma en una estrella (*julium sidus*) que apareció en el cielo por aquella época.

Hizo Antonio sombra á los amigos de la tranquilidad con esta conducta y declarando que el anhelo de su corazon hubiera sido vengar el asesinato de César, si no le hubiera contenido un decreto del Senado; pero apercibiéndose entonces de que se habia quitado la máscara demasiado pronto, retrocedió camino; castigó con la muerte y sin formacion de causa á los promovedores del tumulto, cuyas violencias habian llegado hasta la efusion de sangre, y prometió al Senado que no puso obstáculo alguno á esta ilegal justicia, restablecer la calma. Hasta propuso que fuera llamado el hijo de Pompeyo, refugiado entre los celtíberos después de la batalla de Munda, la restitucion de sus bienes con-

---

salvi sumus futuri, XI, 10. Animadverti dici jam a quisbusdam exornari etiam nimium a me Brutum, nimium Cassium ornari. Quos ego orno? nempe eos, qui ipsi sunt ornamenta reipublicæ.» XVI, 14.

(4) «Meministi me clamare, illo ipso primo capitolino die, senatum in Capitolium a prætoribus vocari? Dii immortales! quæ tum opera effici potuerunt, lætantibus omnibus bonis, etiam sat bonis, fractis latronibus.» *Ad Att.*, XIV, 10.

(5) SUETONIO, en *Cesar*, 84.

(6) *Men' men' servasse ut essent qui me perderent.* PACUVIO.

(7) Era uso entre los romanos consagrar en los testamentos un recuerdo á sus amigos y bienhechores, siendo una injuria olvidarlos. Allí encontraban su negocio los abogados romanos, y fué un manantial de riquezas para Hortensio y Ciceron, el cual hace mencion en sus epístolas de muchos y considerables legados. Bajo los emperadores el que moria dejaba algo á estos; de lo contrario, se ponian trabas á la sucesion y á veces hasta se anulaba el testamento.

fiscados, y su nombramiento para el mando de todas las fuerzas navales de la república. Le ensalza el Senado hasta las nubes por tan generosa conducta; y él bajo pretesto de haberse hecho de este modo hostil la plebe, se rodea de una numerosa escolta: al mismo tiempo y á fin de que no se sospeche que aspira á la dictadura, hace abolir para siempre esta dignidad. Pero en nombre de César muerto, camina á su objeto con más aplomo que lo hubiera hecho César vivo. Hace admitir en la curia á muchos senadores, y entre ellos al secretario del dictador, á quien corrompe, y de quien alcanza los nombramientos firmados por César. Además influye para que adjudique á Lépido el supremo pontificado, procurando asegurarse así poderosos amigos.

Pedia el pueblo á Bruto, no para admirarle, no para castigarle, sino porque en su cualidad de pretor debia dar públicos juegos: mas como creyera que no podia entrar en la ciudad sin peligro, envió fieras y diferentes artistas para diversion de la muchedumbre (8). Antes de morir le habia designado César para el gobierno de la Macedonia; habia dado la Siria á Casio, el Asia á Trebonio, á Cimbro la Bitinia, la Galia Cisalpina á Décimo Bruto. Pero todos permanecieron en las inmediaciones de Roma, para vigilar á Antonio, cuyas intenciones se hacian cada vez más sospechosas.

Antonio no era capaz de recoger más que la espada del dictador. Educado en los campamentos, bebedor intrépido, imbuido en los modales y chistes soldadescos, habia contraido en las guerras de Oriente los gustos de los asiáticos, una pomposa elocuencia, un género de vida fastuoso. Avido de placeres y de dinero, era avariento y pródigo por capricho, y muy mal pagador. César le amaba como un buen soldado; tal era su mérito efectivamente; y cuando tornó de España le hizo ocupar un lugar en su carro triunfal á fin de honrar en él á los veteranos. Pero distaba mucho de poseer el genio y la habilidad política, y menos todavia la humanidad de su jefe. Hizóse sospechoso á todos, unas veces á los pompeyanos, otras al pueblo, otras al Senado. No se apercibió de la necesidad de grangearse el afecto de las legiones, único fundamento del poder que ambicionaba; y castigando á algunos veteranos turbulentos, negando dinero á otros, se suscitó enemigos entre hombres que, compañeros suyos de armas, le hubieran encumbrado al primer puesto.

Octaviano Augusto.—Este pretendido descendiente de Hércules debia lograr menos resultados que un mozo de diez y ocho años, endeble, cojo, afectado de los nervios y del hígado, para quien era tan perjudicial el calor como el frio, y sujeto al régimen de agua de lechuga y de manzanas por toda bebida. Tal era Octaviano, hijo de Cayo Octavio, caballero de reciente fecha, y de Accia, hija de la hermana de César. Las relevantes prendas de este jóven le conciliaron el favor de su tio que le adoptó y le constituyó al morir en heredero por dos terceras partes, bajo la tutela de Décimo Bruto. Naturalmente tímido, escribia de antemano hasta lo que pensaba decir á su esposa; y la debilidad de su voz le obligaba á valerse de un heraldo para hablar al pueblo. Aunque intentó César acostumbrarle á las fatigas de los campamentos, palestra de los republicanos, unas veces su madre y otras su quebrantada salud le habian alejado de todas las espediciones. Además, recordaban los soldados haberle silbado una vez en Sicilia por haber vuelto la espalda al enemigo. Tambien hacian memoria los nobles de que su abuelo materno era africano, que su madre daba vueltas al más rudo molino de Aricia, mientras su padre meneaba la harina con una mano ennegrecida por el dinero que manejaba en Nerulo como usurero (9). ¿Y qué era en suma la herencia de que acababa de hacerse dueño? La obligacion de una venganza, y, si zozobraba en su empresa, la muerte. Hallábase el dinero en manos de Antonio: ¿cómo recobrarlo? Y aunque le fuera restituido, ¿habria bastante para pagar los generosos legados, comprarse partidarios y gratificar á las legiones?

Estas consideraciones determinaban á los amigos de Octaviano á aconsejarle que no se espusiera á la tormenta, que viviera como simple particular ó buscara refugio en el ejército de Macedonia sin alegar á la sucesion pretension ninguna. Pero Octaviano sentia en su alma una abundante dósis de audacia política, esencialmente distinta de la de los campamentos. Sabia insistir, perseverar, cambiar de medios y mostrarse, segun los casos, cruel ó magnánimo, hipócrita ó leal. Resolvió, pues, aprovecharse de la ventaja que le daban el

(8) «Si abandonais á Bruto ¡oh senadores! ¿qué ciudadano ha de sosteneros nunca? ¿Pasaré en silencio la paciencia, la moderacion, la calma sin igual contra las injurias, la modestia de Bruto? Cuando era pretor urbano se mantuvo fuera de la ciudad, y no administró justicia, aunque la habia recuperado en provecho de la república. Cuando podia haberse rodeado de todos los soldados que tenia Italia y con el apoyo de todos los hombres buenos, que arrastraba en pos de sí en prodigiosa muchedumbre, prefirió ser defendido hallándose ausente por el juicio de personas honradas, más bien que obtener, hallándose presente, su justificacion por la fuerza. Se abstuvo de dar en persona los juegos apolinarios que fueron cual cumplia á su decoro y al del pueblo romano, por no proporcionar ocasion alguna á la audacia de los perversos. Pero en realidad ¿qué dias, qué juegos fueron nunca más alegres que aquellos? A cada verso aplaudiendo con estrépito el pueblo romano exaltaba el nombre de Bruto. No se encontraba allí la persona del libertador, aunque sí el recuerdo de la libertad, y se creia ver la imágen de Bruto.» CICERON, *Philipp.*, X, 3.

(9) Salustio ha tomado de una carta de Casio las palabras siguientes: *Materna tibi farina: si quidem ex crudissimo Ariciæ pistrino hanc pinsit manibus collybo decoloratis Nerulonensis mensarius.*

nombre y la recomendacion de César, y se hizo á la vela con rumbo á Italia. Apenas supo su desembarco la guarnicion de Brindis, cuando los veteranos, reunidos en aquella ciudad por el dictador para su espedicion contra los partos, le llevaron en triunfo y pusieron á su disposicion los almacenes militares. Declarándose entonces heredero de César, tomó los nombres de Cayo Julio César Octaviano, y á fin de tener á la mano dinero contante, nervio de toda empresa, osó cometer un crimen capital interceptando el tributo de las provincias ultramarinas.

Cuando se dirigió á Roma, los amigos de César, los magistrados y los oficiales acudieron en tropel á su encuentro: Antonio fué el único que no se movió de su morada, y lejos de ofenderse Octaviano, dijo: *A mi, joven y simple particular, me corresponde ir á saludar al hombre maduro y revestido con tan alta dignidad.*

Antonio le hace aguardar largo tiempo, y no da señales de impaciencia. Luego que se ve introducido á su presencia da gracias al cónsul por los honores que habia mandado tributar á su asesinado tio, le pide el dinero necesario para el pago de los legados, dinero que Antonio habia hecho trasladar á su casa. Viendo que este le entretiene con buenas palabras, temiendo que se valga de estas riquezas para ganarse la voluntad del pueblo, vende casas, tierras, la totalidad de su patrimonio, y declara que no ha admitido la sucesion más que para no privar á tan gran número de familias de las generosas mandas con que su tio quiso gratificarlas. De este modo echa sobre Antonio tanto odio como se concilia afecto hácia su persona. Ya están ambos en abierta ruptura. Octaviano desacredita á Antonio para con la muchedumbre, acusándole de haber abandonado como desertor la causa de César y violado su voluntad postrera.

Antonio trata á su rival de mancebo temerario, de imprudente, de sedicioso. Sus amigos comunes procuraban reconciliarlos contra los conjurados, cuyo triunfo hubiera producido la ruina de ambos; pero si Octaviano deseaba vengar á su padre adoptivo, miraba con ojeriza á Antonio al frente de un partido que podria hacerle árbitro de la república. Antonio que, intentando ganarse los ánimos del pueblo y de los soldados, se presentaba como vengador de César, no propendia en realidad más que al poder supremo.

Aunque los senadores fueran en lo general propicios á los conjurados, como restauradores de la libertad antigua, no se atrevian á declararse por ellos; y estas disensiones les colmaban de secreto júbilo, con la esperanza de que debilitarian á los cesarianos y salvarian la república. Pero Ciceron, impelido siempre por la vanidad, no bien vió á Octaviano llegar á buscarle á su casa de campo, cuando abrazó su causa. Dijo que los conjurados habian dado cima con un valor de héroes á una empresa de niños; y afirmó en alta voz en el Senado y en los términos más absolutos, que Octaviano seria siempre un ciudadano tal como podria desear la patria (10). Bruto se quejó de esta conducta. «No es un soberano, decia, lo que teme Tulio, sino un soberano que no le ame; diferenciándose en esto de nuestros abuelos, que rechazaban la servidumbre por suave que fuera.» Y le escribia: «Destruyendo el poder de Antonio, solo propendes á consolidar el de Octaviano: aborreces la guerra civil y no aborreces una paz infame.» Añadia en una carta á Atico: «¿Como puedo tener en estima el buen talento que Ciceron posee en grado eminente, si nunca ha sabido practicar lo que ha escrito acerca de la libertad de la patria, del verdadero honor, de la muerte y del destierro? La muerte, el destierro, la pobreza parecen á Ciceron grandes males; y con tal de tener lo que apetece, con tal de que se vea venerado y alabado, no teme una servidumbre honrosa, como si el honor pudiera combinarse con la servidumbre..... Por lo que á mí hace, ignoro si haré la guerra ó conservaré la paz: decídame por la una ó por la otra, nunca seré esclavo.» (11)

Ya se conocia que la guerra civil era inevitable (43). Después de haber reunido Octaviano diez mil veteranos en la Campania, se habia aproximado á Roma, y bajo pretesto de defenderla contra el ambicioso cónsul, penetró en su recinto con el beneplacito del pueblo. Por consejo de Ciceron le decretó el Senado una estátua y la facultad de ser nombrado para el consulado diez años antes de la edad requerida. Por su parte Antonio, habiéndose presentado á la cabeza de otros soldados y de cierto número de sus parciales en Arimino, entró en la Galia Cisalpina para arrancársela á Décimo Bruto, alegando que no era conveniente dejar á

---

(10) «Yo tendria, padres conscriptos, hasta el atrevimiento de empeñar mi palabra á vosotros, al pueblo y á la república, lo cual no osaria hacer, si nada me obligase á ello, por temor de incurrir en una cosa tan grave como la peligrosa censura de temeridad; prometo, aseguro, garantizo que Cayo César será siempre el ciudadano que es ahora, y tal como debemos desear y querer que sea.» *Phil.*, V, 8. Queriendo disimular Ciceron tan súbito cambio de partido, se esplica de este modo: «Si veo vogar una nave viento en popa, no con rumbo al puerto que en otro tiempo me pareció bien escogido, sino hácia otro no menos seguro y tranquilo, ¿habria de luchar peligrosamente con la tempestad en vez de asegurar mi salvacion obedeciéndole? No creo que haya inconstancia en variar la direccion de una opinion como la de una nave ó la de un camino, segun las circunstancias de la república. Esto es lo que he oido, visto y leido; esto es lo que nos atestiguan personas muy entendidas é ilustres: nos enseñan que no es preciso seguir siempre las mismas ideas, sino sostener lo que requieren el Estado de la república, la pendiente de los tiempos, la necesidad de la concordia. Esto es lo que he hecho y haré siempre, creyendo que la libertad, que nunca he abandonado ni abandonaré, consiste no en la obstinacion, sino en cierta moderacion.» *Pro Plancio* Véase, pues, que el justo medio data de larga fecha.

(11) Véanse diferentes epístolas á Atico en la coleccion que lleva el nombre de Ciceron.

uno de los asesinos de César aquella provincia, si bien realmente porque deseaba verse dueño de pais tan importante, y poder amenazar de cerca la capital del imperio. Asedió, pues, á Bruto, en Módena, fortísima y muy espléndida colonia del pueblo romano.» (12)

Cuerra de Módena.—El Senado, que, al mantener todos los actos de César, habia confirmado en aquel mando á Bruto, consideró como un acto hostil semejante empresa. Por otra parte Ciceron, á impulsos de una animosidad particular, no vacilando en reponer á los ojos de la muchedumbre otro César en vez de esmerarse en hacerlo olvidar, hizo porque no se llegara á ningun término conciliatorio. Por instigacion suya fueron declarados enemigos públicos Antonio y Dolabela, su hechura, que habia dado muerte en Asia á Cayo Trebonio, uno de los conjurados contra César. Octaviano fué encargado de castigar al primero, y Marco Bruto y Casio de ir á castigar al otro.

Hallábase, pues, declarada la guerra á ciudadanos romanos, y en nombre de la libertad se veia exaltado el futuro tirano de la patria. Ciceron manifestaba por la libertad el más grande entusiasmo; era el ídolo del Senado, de todos, á lo menos de palabra, aunque los hechos no parecian conformes á tales manifestaciones (13).

No obstante, Octaviano, ora fuese por miedo ó por odio, mostraba gran sumision al Senado, y durante su espedicion á la Galia Cisalpina fingió obedecer á la más mínima insinuacion de los cónsules Ircio y Pansa (27 de Abril). Vinieron á las manos ambos ejércitos entre Bolonia y Módena, y fué derrotado el valiente Antonio. Poco dotado de valor Octaviano, tuvo en su favor la fortuna, que haciendo perecer á punto á los dos cónsules (14), le entregó las legiones, dejándole el mérito de la victoria y el título de *imperator*. Antonio se dirigió hácia los Alpes para unirse á Lépido, á Planco y á Asinio Polion, que tenian el mando de considerables fuerzas. Un soldado como él no podia carecer de soldados; y aunque Lépido rechazase con fuerza la amistad de un rebelde declarado, como era Antonio, hubo de someterse á la voluntad de sus tropas. Hallóse pues, Antonio al frente de veinte y tres legiones y de más de diez mil caballos, lo cual le puso en actitud de adelantarse en ademan amenazador hácia Italia, de donde habia salido poco antes fugitivo.

Octaviano habia escrito á Ciceron una lisonjera carta en la que le manifestaba que seria posible otorgarle el consulado como resarcimiento del triunfo que se le habia negado; en cuyo caso, decia, que deseaba tenerle por colega, á fin de hacer su aprendizaje al lado de tan insigne maestro. Prendado Ciceron con aquel estímulo ofrecido á su vanidad, propuso á Octaviano al Senado para que fuera nombrado cónsul, invitándole á que se le diera por colega un hombre esperimentado y de edad madura, que pudiera vigilarle. Pero los senadores, que solo habian favorecido á Octaviano para oponer un contrapeso á Antonio, no disimularon su aversion al uno luego que habian derribado al otro. Desecharon, pues la demanda, secundados en esto por los conjurados, que profetizaban desgracias á la república, si se entregaba en manos del hijo adoptivo de César. Octaviano, que, desconfiando hacia algun tiempo de los halagos del Senado, habia tomado sus medidas para prescindir de su apoyo, resolvió esta vez obtener por la fuerza lo que se le negaba. Quejándose, pues, de que el Senado favoreciera á los asesinos de su padre, y pretendiera destruir uno en pos de otro á los caudillos de los ejércitos, escribe en tono amistoso á Lépido, á Planco y á Asinio Polion: envia á Antonio muchos de sus oficiales caidos prisioneros en la última batalla, le invita á presentársele y á olvidar el pasado para humillar á sus comunes enemigos (43). Todavia hace más: encargado por el Senado de hacer la guerra á Antonio y á sus adictos, luego que ha reunido un ejército respetable, se declara tambien en favor suyo, á fin de impedir, segun su dicho, que los amigos de su padre sean sacrificados á sus asesinos.

Ya se habia avistado con ellos en Bolonia, donde habian convenido en formar por cinco años un nuevo *triunvirato á fin de restablecer la república*, haciendo entre sí el repartimiento de las provincias (27 de Octubre). Desde este momento no subsistió mas que de nombre el partido republicano. Octaviano pasa el Rubicon á la cabeza del ejército, hace su entrada en Roma, acoge á los patricios, se apodera del tesoro público, y consigue que le declaren cónsul por unanimidad de votos.

Apercibiéndose al fin Ciceron del peligro, habia procurado disuadir al Senado de dar los haces á Octaviano, diciendo que era un jóven digno de ser alabado, honrado y *elevado* (15), dejando por esplicar en esta frase si convenia elevarle á los honores ó enviarle al otro mundo. Ofendido Octaviano le recibió friamente, reservándose tomar venganza de aquella espresion en tiempo y lugar oportunos. Procede del mismo modo con Silicio Coronato, el único que se atrevió á hablar en favor de los conjurados, cuando el nuevo cónsul mandó formarles proceso y fallar en contra suya el destierro perpétuo y la confiscacion sin ser oidos.

---

(12) CICERON, *Philipp.*, V, 13.

(13) Existen pruebas de esto en todas las páginas de las Filípicas: «Incensi omnes rapimur ad libertatem recuperandam; non potest ullius auctoritate tantus senatus populique romani ardor extingui; odimus; irati pugnamus: extorqueri de manibus arma non possunt, receptui signum aut revocationem á bello audire son possumus: speramus optima; pati vel dificillima malumus quæm servire.» *Philipp*, XIII, 7.

(14) Se tuvieron grandes sospechas de que Octaviano les habia dado muerte.

(15) *Egregius iste juvenis laudandus, honorandus et tollendus est.*

Habíase reforzado el partido republicano en Oriente; pero antes de pensar en anonadarle, convenia desembarazarse de todos los enemigos declarados ó secretos que los triunviros tenian en su rededor dentro de Italia. Antonio marchó contra Décimo Bruto, que, abandonado por sus soldados en el momento en que pensaba pasar á Germania para dirigirse desde allí al campo de Bruto y de Casio en Macedonia, fué cogido y entregado al enemigo, que le condenó á muerte. Entonces los triunviros, á fin de que les fuera adicto el ejército, prometieron dar al terminarse la guerra 5,000 dracmas á cada legionario, 25,000 á cada centurion y el doble á cada tribuno: además debian repartirles en diez y ocho de las mejores ciudades de Italia, espropiando á los antiguos posesores.

Proscripciones.—Aquello no era más que promesas; pero los soldados acordándose de Sila, y censurando la mansedumbre de César, pedian sangre y oro: hasta los mismos triunviros tenian sed de oro y de sangre, y muy pronto bajo pretesto de vengar en la facciosa nobleza la muerte del dictador, proscribieron á trescientos senadores y á dos mil caballeros: los que presentaban la cabeza de un sentenciado eran pagados á razon de 25,000 dracmas cuando eran libres, y de 10,000 con la libertad si eran esclavos. Entonces se renuevan en todo su horror las venganzas de Sila. Los triunviros se sacrifican mútuamente amigos, para poder esterminar á enemigos particulares. Octaviano para obtener la muerte de Lucio César, tio de Antonio, permitió á su colega saciar su antiguo rencor contra Ciceron: Lépido abandonó ó al menos espuso al puñal homicida á su propio hermano Emilio Paulo. Fueron enviadas á Roma bandas de sicarios para llevar allí el decreto de proscripcion con las listas nominales, y al punto la ciudad se vió llena de consternacion y de sangre. Bastaba ser rico, escitar sospechas de favorecer á los republicanos, para tener merecida la muerte (43). Como era delito salvar á alguno, mérito y recompensa entregarle, se vieron ejemplos abominables; la piedad doméstica hollada; violadas las amistades; clientes y esclavos que triunfando de sus patronos y de sus amos, contemplaban á sus rodillas personajes consulares implorando su compasion, y se gozaban en poder negársela.

Hubo no obstante entre los esclavos ejemplos de virtud harto raros entre hombres libres: muchos de ellos salvaron á sus amos y llevaron su adhesion hasta sacrificarse por ellos. Un esclavo, que Rosetio habia mandado marcar en la frente como fugitivo, fué en busca de su amo al lugar donde estaba escondido á pedirle sus órdenes; y como se apercibiera de que su señor temia ser por él descubierto, le dijo: *¿Pensais acaso que esta marca esté más hondamente impresa en mi frente que en mi corazon los beneficios recibidos?* Le puso en lugar seguro y le sustentó muchos dias con su trabajo. Pero rondando una vez alrededor del escondite una banda de sicarios, se arroja el esclavo sobre un viajero, le corta la cabeza y llevándosela á los sicarios, les dice enseñándoles las cicatrices de su frente: *Héme en fin vengado.* Así les dejó persuadidos de que habia dado muerte á su amo; y este pudo ganar el mar, habiéndose libertado de la muerte por aquel testimonio inhumano de agradecimiento.

Los esclavos de Meneyo y de Apio se metieron en el lecho de sus amos y se dejaron degollar en lugar de ellos (43). Otros vestidos de lictores acompañaron á Pomponio, que fingiéndose un pretor enviado á una provincia, se refugió en Sicilia. Secundando otros valerosamente á Hircio, á Apuleyo y á Aruncio, opusieron la fuerza á la fuerza y salvaron á sus amos. Un niño iba con su preceptor á la escuela, lo detienen los sicarios, estaba proscrito; y el preceptor se hace dar muerte defendiéndole.

Opio llevó á sus espaldas á su anciano padre, á quien condujo hasta el estrecho, donde le hizo embarcar para Sicilia. Osidio Geta salvó á su padre, esparciendo la noticia de que se habia dado muerte, y gastando toda su hacienda en los funerales. Pero estos rasgos de piedad filial fueron muy raros é hicieron más negra la infamia de los que h cieron traicion á sus propios padres. Un joven tomaba, segun costumbre, la vestidura pretexta en medio de una fiesta doméstica cuando llegan á anunciarle que su nombre está en la fatal lista: inmediatamente le desampara la compañia toda: su madre, á quien quiere acojerse, le cierra la puerta en su rostro. Gana la campiña, donde unos señores de esclavos le toman á su servicio y le destinan al trabajo; pero se le hace tan insoportable aquella existencia, que se decide á ofrecer su cabeza á sus perseguidores. Ocupado un pretor en solicitar sufragios para su hijo, lee su nombre entre los de los proscritos, y se refugia á casa de un amigo; pero su mismo hijo guia allí á los sicarios. Viéndose otro acometido por los soldados esclama que su hijo es de los mejores amigos de Antonio: *Cabalmente*, le contestan, *él es el que te ha denunciado.*

Julia, madre de Antonio, salvó á su hermano Lucio César, poniéndose delante del aposento, donde le habia escondido y gritando á los soldados: *No le tocareis sino matándome, á mí, madre de vuestro general.* Enseguida corrió al tribunal donde asistia su hijo, con ensangrentadas cabezas en una mano y oro en la otra, y le intimó que salvara á su tio, ó le diera muerte á ella, como culpable por haberle defendido. Apuleyo, Antistio, Tito Vinio, Ancio, Quinto Vipsalion y otros muchos debieron la vida á la valerosa fidelidad de sus mujeres. Acilio, vendido por los esclavos, fué detenido; pero su mujer le rescató al precio de todas sus joyas. La del senador Coponio, cortejada largo tiempo por Antonio vanamente, pagó con el sacrificio de su pudor la salvacion de su esposo. Habiendo sido entregado Quinto Ligario por los esclavos y decapitado, compareció su mujer ante los triunviros, y declaró que le habia tenido oculto, solicitando morir tambien en consecuencia; y como

se la negara el suplicio, á pesar de echarles en cara sus crueldades, se dejó morir de hambre. Veleyo Patérculo, á propósito de las proscripciones, hace esta reflexion que estremece: *Hubo mucha fidelidad en las mujeres, bastante en los libertos, alguna en los esclavos, ninguna en los hijos ¡Tan difícil es aguardar una vez concebida la esperanza!*

Muerte de Ciceron.—En una matanza en medio de la cual apenas puede figurarse la imaginacion el dolor de tantos infelices, hay una especie de encanto en traer á la memoria los casos particulares. Pero entre las víctimas, Ciceron fué sin disputa la más ilustre. Informado en su casa de Túsculo de que estaba proscrito, así como su hermano Quinto, pensó en refugiarse en su compañía á Macedonia, cerca de los republicanos, y se dirigió hácia la parte del mar en litera; pero habiendo vuelto Quinto á su casa en busca de dinero, fué denunciado por algun espía á los satélites, los cuales penetraron allí y habiéndole buscado por todas partes vanamente, se apoderaron de su hijo, á quien pusieron en el tormento para que declarara el escondite de su padre. Enmudecia el mancebo, pero los gritos que le arrancaba el suplicio desgarraban el alma del padre: no se pudo contener, y se entregó demandando á lo menos gracia para su generoso hijo. Pero los verdugos quitaron la vida á ambos, al padre como proscrito, al hijo como rebelde á la ley.

Tulio consiguió embarcarse; pero ya fuese por vacilacion, ya por miedo al mar, ó porque tuviera más confianza en Octaviano, su protegido, que en Bruto y en Casio, á quienes habia abandonado, hizo que le desembarcaran en Circeo y se encaminó á Roma. Hallándose á poca distancia, le asalta un nuevo temor y retrocede hácia el mar, fluctuando entre la idea de suicidarse, ó poner su confianza en Octaviano, ó refugiarse dentro de un templo. Al fin le alcanza cerca de Formia la banda del centurion Herennio y del tribuno militar Popilio Lenas, á quien habia defendido en una causa de parricidio. Les habia sido denunciado por el liberto Filólogo. Como viese á sus esclavos disponerse á proteger su fuga con las armas en la mano, les dijo: *No, obedezcamos al destino: no se derrame más sangre que la que demandan los dioses.* Y con el valor que fué la última y menos rara virtud de Roma, saca la cabeza fuera de la litera, y dice á Popilio: *Acércate, veterano, y muestra como sabes herir* (7 de Diciembre del año 43).

Su cabeza y su mano derecha fueron llevadas á Antonio, quien esclamó contemplándolas: *Ya están acabadas las proscripciones; desde ahora, romanos, podeis vivir sin miedo*: luego envió aquel sangriento trofeo á Fulvia, su esposa, que lo habia sido de Clodio. Habia pedido á Antonio la cabeza de un ciudadano que se hubiera negado á venderle su casa, y habiéndola obtenido la clavó en su casa misma, á fin de que nadie ignorara la causa del castigo. Contemplando esta vez el lívido rostro de Ciceron, se entregó á burlas atroces contra el enemigo de sus maridos, y le traspasó la lengua con un alfiler de oro. Después la cabeza y la mano del gran orador fueron espuestas en la tribuna de las arengas, desde donde su elocuente palabra habia arrancado tantas veces las resoluciones de la muchedumbre.

¿Cuál es la otra cabeza clavada cerca de la suya? Es la de Verres; el acusado junto al acusador: Verres, desterrado durante veinte y cuatro años, se habia aprovechado de la amnistía de César para regresar á Roma; pero habiéndole pedido Antonio ciertos vasos corintios que le quedaban de sus antiguos latrocinios, su negativa hizo que se le inscribiera en las tablas fatales; de este modo un perverso castigaba perversidades contra las que la ley se habia embotado.

Caracter de Ciceron.—Tal fué el fin del más ilustre orador de Roma. Sin duda se le censurará por su vanidad escesiva, su voluntad incierta, la debilidad de su carácter, que le hizo inclinarse al partido más dichoso, su poca simpatía por la causa popular, su falta de penetracion en política, su escasa habilidad en asociar á las antiguas ideas de su patria las nuevamente introducidas. Sin que neguemos á quien hace el bien la complacencia de recordarlo, es fastidiosa en Ciceron la vanidad. Ya escribiendo contra Verres exclama: «¡Dioses inmortales! ¡qué diferencia de entendimiento y de inclinaciones entre los hombres! Así apruebe vuestra estimacion y la del pueblo romano mi voluntad y esperanza, como yo recibí los cargos de manera que me conceptuaba ligado por religion á todos los deberes que ellos me imponian. Nombrado cuestor, creí que esa dignidad no solo se me atribuia, sino que se me confiaba. Tuve la cuestura en Sicilia como si todos los ojos estuviesen fijos en mí, y como si yo y la cuestura estuviésemos en un teatro á la vista de todo el mundo: por esa razon me negué á todo lo que se considera agradable, no solo á extraordinarios apetitos, sido á la misma naturaleza y á la necesidad. Nombrado ahora edil, tengo en cuenta cuanto he recibido del pueblo romano, y que debo dar santísimos juegos con suma ceremonia á Céres, á Libero y á Libera; con la solemnidad de los juegos aplacar á la madre Flora y disponerla en favor del pueblo y de la plebe romana; efectuar con la mayor dignidad y religion los antiquísimos juegos que se llaman romanos en honor de Júpiter, de Juno y de Minerva; sé tambien que se me ha dado este cargo para defender toda la ciudad y cuidar de los lugares sagrados; que por el trabajo y la atencion que se emplean en estas cosas, hay asignados, como beneficios, un antiguo sitio en el Senado donde pronunciar su parecer, la toga pretesta, la silla curul, la jurisdiccion y las imágenes para conservar nuestra memoria en la posteridad.» (16)

Escepto en los tempestuosos arranques de su genio, casi no se pasa una página sin oírsele ha-

(16) *In Verrem*, V, 14.

blar de sí, de su consulado, de Clodio, de Catilina, de la salvacion de la patria: en su consulado escribió comentarios en griego y un poema en tres cantos: suplica á Lucio Luceyo que refiera aparte los sucesos desde la conjuracion descubierta hasta su llamamiento á la patria, y que lo haga prontamente, que él mismo le suministrará los documentos por la satisfaccion de verse revelado á los contemporáneos (17). Ambicionó hasta los honores del triunfo después de la expedicion contra las partos, y tuvo una incomodidad con Cáton, que no lo habia sostenido en su demanda, y contra Pompeyo, que habia escrito cartas al Senado sin una congratulacion con motivo de haber sido vencido Catilina.

¡Pero cuántos desengaños no prepara la gloria á quien es su apasionado! Ciceron mismo refiere que durante su cuestura en Lilibeo, en Sicilia, se imaginaba que no se hablaria de otra cosa en Roma más que de sus grandes méritos, de él, sosten de los mercaderes, liberal con los municipios, desinteresado con los aliados, apaciguador de los litigios, de él en fin que en una gran carestia de víveres habia provisto de granos á Roma. Regresando con la idea de que la patria no pensaria más que en prodigarle expresiones de gratitud y recompensas, se detuvo en el camino en los baños de Pozzuoli, á donde habia concurrido la sociedad más selecta de la ciudad, y el primero que encuentra le pregunta qué hay de nuevo en Roma. Bajóse el orgullo de Ciceron á tal pregunta, y contesta que venia de provincia. *¡Ah, ah! ¿De Africa?* dice el elegante. *No, de Sicilia,* replicó secamente el incomodado Ciceron; y queriendo mostrarse mejor informado uno que escuchaba, añadió: *¿Pues qué? ¿no sabes que ha sido cuestor en Siracusa?* Puede concebirse cuánto se indignaria Ciceron en el primer momento: luego tomó el partido de fingirse llegado él tambien, como los demás, á tomar las aguas, y se persuadió que el pueblo romano era tan duro de oido como perspicaz de vista (18).

(17) *Epistola non erubescit. Ardeo cupiditate incredibile, neque, ut ego arbitror, reprehendenda, nomen ut nostrum scriptis illustretur et celebretur tuis: quod etsi mihi sæpe ostendis te esse facturum, tamen ignoscas velim huic festinationi meæ... Non enim me solum commemoratio posteritatis ad spem immortalitatis rapit, sed etiam illa cupiditas, ut vel auctoritate testimonii tui, vel indicio benevolentiæ, vel suavitate ingenii vivi perfruamur... Nos cupiditas incendit festinationis, ut et ceteri, viventibus nobis, ex litteris tuis nos cognoscant, et nosmetipsi vivi gloriola nostra perfruamur.* Ad fam., V, 12.

(18) «Se alabó á sí mismo aun fuera de los momentos de entusiasmo; y por ello fué censurado: pero yo no le acuso ni justifico; observaré solamente que cuanto más supera en un pueblo la vanidad al orgullo, tiene este más en cuenta el arte de adular y ser adulado, más se ingenia á fin de haeerse estimar con medios pequeños, á falta de grandes; hasta se siente lastimado por la altanera franqueza y la ingenuidad natural de un ánimo que conoce la propia lealtad y no teme gloriarse de ella. He visto disgustarse á algunos porque Montesquieu osó decir: *Tambien yo soy pintor.* Hoy tambien el hombre más corrompido, aun en el acto de conceder su estimacion, quiere conservar el derecho de rehusarla. Entre los antiguos la libertad republicana concedia mayor energia á los sentimientos, y una franqueza más libre al discurso. Esta flojedad de carácter, que se llama cortesia, y que tanto teme ofender al amor propio, ó sea la debilidad incierta y vana, era entonces menos comun; se aspiraba con menos frecuencia á ser modestos que grandes. La debilidad debe conceder tambien alguna vez á la fuerza el derecho de conocerse á sí misma; y si nos es posible consintamos en tener hombres grandes aun á este precio.» THOMAS, *Ensayo sobre los elogios.*

Por lo demás, era Ciceron excelente hombre, buen cortesano, muy agradable en las reuniones (19), de suerte, que se repetian en Roma sus agudezas, qué fueron recopiladas por Tiron su liberto. Muchas riquezas le produjeron las arengas, no por honorarios que de ellas obtuviese, siendo estos cosa desusada, sino por los legados que cada rico dejaba en su testamento á quien habia merecido su gracia. De estos obtuvo Ciceron por valor de veinte miliones de sestercios (20), con los cuales aumentó sus casas y sus quintas; y si bien se abstuvo en las provincias de los latrocinios demasiado comunes, tuvo riquezas y lujo de artes, y pudo hospedar espléndidamente á los amigos (21); y para mantener á su hijo estudiando en Atenas, gastaba al año de setenta y dos mil á ochenta mil sestercios, ó sean quince ó diez y seis mil pesetas.

Se deberia suponer menos crueldad en un hombre de letras de un natural tímido que en otro cualquiera; y sin embargo, pidió la muerte de los cómplices de Catilina; aconsejaba tambien descargar el golpe sobre Antonio y César á un mismo tiempo, y repetia: *Si queremos ser clementes, jamás acabaremos de tener guerras civiles* (22). No se debe olvidar á pesar de todo que osó hacerse frecuentemente eco de la indignacion pública contra los hombres sin fé ni ley, á cuyos puñales se presentaba sin defensa. Se complace uno en ver á

(19) *Non multi cibi hospitem, sed multi joci.* Ad fam. IX, 26.

(20) *Philipp.*, II, 32.

(21) En la de la Campania, entre el lago Lucrino y Pozzuoli, pocos años después de la muerte de Ciceron, estando en posesion de ella Antistio Vetio, se descubrieron aguas minerales, indicadas para la oftalmia. Acerca de esto escribió este epígrama Laureo Tulio, liberto del orador:

Quod tua, romanæ vindex clarissime linguæ,
Silva loco melius surgere jussa viret;
Atque academiæ celebratam nomine villam
Nunc reparat cultu sub potiore vetus:
Hic etiam apparent lymphæ non ante repertæ,
Languida quæ infuso lumina rore levant.
Nimirum locus ipse sui Ciceronis honori
Hoc dedit, has fontes quum patefecit ope:
Ut quoniam totum legitur sine fine per orbem,
Sint plures oculis quæ medeantur aquæ.

Estas aguas están descritas tambien por no sé que Eliodoro, en diez y seis exámetros referidos por Estobeo, *Sermon* XCVIII. La quinta que tenia en Pompeya fué descubierta en el arrabal de esta ciudad desenterrada.

(22) Véanse sus epístolas á Bruto, y con especialidad la 2.ª de las últimas que se han encontrado.

aquel oscuro arpinato encumbrarse solo por la fuerza de su talento hasta merecer el nombre de padre de la patria; figurar en primera línea en el Senado; rivalizar desarmado con los triunfadores; sufrir la gloria de un destierro considerado como luto público; adquirir con la palabra un poder que tantos se procuraban con la espada, y esto hasta el punto de dejar persuadido á Antonio de que mientras él viviera, no podria creerse seguro de la tiranía.

Aun cuando en esta proscripcion, la más atroz de todas, se mandó hasta alegrarse de las crueldades cometidas, Ciceron fué llorado por el Senado y por el pueblo. Por una horrible reparacion el mismo Antonio entregó á Sempronia, su viuda, al liberto que le habia denunciado; y ésta después de haberle hecho padecer los más refinados tormentos, le obligó á cortarse pedazos de su propia carne, á cocerlos y á comérselos. Octaviano debió esperimentar, ya que no remordimientos, á lo menos una eterna vergüenza; nadie se atrevia á pronunciar en su presencia el nombre de Tulio (23). Cierto dia sorprendió á un sobrino suyo leyendo las obras de Ciceron: el mancebo procuró ocultarlas; pero él cogiendo el libro y recorriendo algunas páginas se lo volvió diciendo: *Este fué un gran hombre y un amigo sincero de la patria.*

Justo es decir que el pueblo, á quien se ofrecian aquellos sangrientos tributos por el insolente Antonio y por el atroz Octaviano, los aceptaba contra su gusto, no habiéndose aun extinguido enteramente toda virtud en las almas. Gritos de indignacion obligaron á los feroces triunviros á castigar á dos esclavos que habian entregado á sus amos, y á recompensar á otro que habia salvado al suyo. Muchos proscritos fueron protegidos por la plebe. Opio, aquel piadoso hijo que habia llevado á su padre á su espalda, fué llamado de nuevo á su patria, y habiéndose presentado para ser edil, se comprometió el pueblo á soportar los gastos de los espectáculos á que le obligaba este empleo, y le ofreció además doce veces el valor de sus bienes confiscados.

Si habia, pues, que esperar algun remedio á tal cúmulo de males, si debia levantarse una voz para arrancar á Roma de aquella corrupcion tan espantosa, no era de los palacios ni de las escuelas de donde debia esperarse, sino de las filas del vulgo, del seno de los ignórantes, de los pobres de espíritu; y de allí salió ciertamente.

Entretanto los triunviros se abandonaban alegremente á la embriaguez del delito, y sus soldados cuya sed de sangre y de oro estaba escitadísima por la matanza y el saqueo, tuvieron la audacia de exigir á Octaviano los bienes de su madre, que acababa de bajar al sepulcro. Pero las proscripciones, todo lo que se habia robado de oro y de plata, en vasos y moneda, unido á las sumas depositadas en las sagradas manos de las vestales, no habian producido los 200,000 talentos necesarios para los gastos de la guerra. Impusieron, pues, los triunviros una contribucion á mil cuatrocientas damas romanas, las más ricas emparentadas con los proscritos. Ellas hicieron cuanto estuvo á su alcance á fin de ser redimidas, y acabaron por presentarse todas en el tribunal de los triunviros. Allí Hortensia, hija del célebre orador, espuso en nombre de todas cuanta injusticia habia en hacerlas pasibles de los errores de sus deudos, y en mezclarlas en las discordias civiles en que ni Mario, ni Pompeyo, ni César las habian envuelto. Ya en otro tiempo habian ofrecido las mujeres romanas sus joyas para salvar á la patria amenazada por Aníbal; pero á la sazon no estaban á sus puertas los galos ni los partos. ¿Cómo podian, pues, aspirar los triunviros al glorioso título de reformadores de la república?

A la fuerza de las razones opusieron los triunviros la fuerza de los lictores; pero los murmullos del pueblo, indignado de tamaña violencia, llegaron en ausilio de las damas romanas. Quedó reducido á cuatrocientas el número de las que debian aprontar parte del tributo, y cien mil ciudadanos fueron obligados á pagar lo demás, imponiéndoseles enormes cuotas. Armados los exactores apelaron á tales violencias, que los tiranos se vieron en la precision de ordenar al cónsul que las reprimiera. No osando este magistrado habérselas con los terribles legionarios, se contentó con crucificar á algunos esclavos, cómplices suyos. No bastaba padecer tanto, sino manifestar alegria en el padecimiento. Entonces se acordó Lépido de haber obtenido algunas ventajas sobre los españoles y solicitó el triunfo. En consecuencia publicó un decreto anunciando *Salvacion*, á quien honrara dignamente aquella victoria, *Miseria* y proscripcion, á quien se abstuviera de ello. Hubo estraordinarias demostraciones: acompañaron el carro del triunfador todos los patricios, y dieron fé del espanto y de la bajeza general sacrificios y alabanzas como no las habian obtenido nunca los más insignes guerreros.

Hinchados en fin los triunviros de sangre y oro, reunieron los senadores que habian sobrevivido y declararon que habian acabado las proscripciones. Lépido aseguró que ya no habia motivo de miedo; pero Octaviano, á quien eximia de toda compasion el título de vengador de César, alentado además por su natural cobardía, se reservó aun más castigos. Luego sin consultar al pueblo nombraron los cónsules para el año siguiente, los pretores y los ediles para muy largo tiempo, á fin de que estos empleos no fuesen dados durante su ausencia á personas hostiles. Cuando llegó la hora de repartirse entre ellos el oro y los soldados, dejóse á Lépido como cónsul en Roma, Octaviano partió con direccion á Brindis, y Antonio á Reggio, con intencion de llevar á Oriente el órden y la paz que acababan de establecer en Italia.

(23) Horacio, panegirista universal, no dice una palabra de Ciceron. Virgilio, al pasar revista á las glorias romanas, otorga á la Grecia la supremacia en el arte de discutir en la tribuna.

CAPÍTULO XX

GUERRAS CIVILES HASTA EL IMPERIO.

En Oriente se iba á pelear nuevamente por la dominacion del mundo, cual ya lo habian hecho César y Pompeyo. No encontrando Bruto y Casio punto de apoyo en el pueblo romano se habian retirado á Ancio; y el Senado con intencion de auxiliarles les confió el cuidado de proveer de víveres á Roma (44). Bruto fué encargado de enviar los trigos de Asia, Casio los de Sicilia: esto equivalia á suministrarles un medio de hacerse propicios los gobernadores de las provincias, y de reunir naves. Pero opusiéronles estorbo los parciales de Octaviano, y se trasladaron á Grecia. Habiéndose separado Bruto de Porcia, que soportó tambien con varonil valor aquella pesadumbre, desembarcó en Atenas (1).

Allí sobrevivia algun resto de libertad y de admiracion á los tiranicidas, lo cual valió al nuevo Harmodio ser acogido con entusiasmo: erigiéronle estátuas, como tambien á Casio. Bruto frecuentó las escuelas de los filósofos, que formaban sus delicias, y al mismo tiempo se grangeó el afecto de la juventud romana, que estudiaba en aquella ciudad, especialmente la de Marco Tulio, hijo de Ciceron, que no cesaba de admirar su valor y su odio á la tirania (2). En seguida retiró por su propia autoridad las tropas de Macedonia, de que Hortensio le cedió generosamente el gobierno: hizo levas en todas las ciudades de Grecia, donde se habian refugiado muchos romanos descontentos: se apoderó de los tributos enviados del Asia, y se apropió en Demetriade de Tesalia las armas que habia reunido allí César para hacer la guerra á los partos. Habiendo sido muerto por sus súbditos el marido de Polemocracia, reina de Tracia, llegó ésta á ponerse en manos de Bruto con sus tesoros y su hijo, y la tomó bajo su proteccion aguardando ocasion propicia de restablecerla en el trono. Su ejército se aumentó con numerosos desertores y con los restos del ejército de Pompeyo, errantes por la Tesalia; y sirvieron para alentarle algunas victorias obtenidas. En una de estas ventajas Cayo Antonio, hermano del triunviro, fué hecho prisionero: en vez de ordenar Bruto su muerte, como Ciceron y la prudencia se lo aconsejaban, le trató honoríficamente. Cuando se apercibió de que trataba de desordenar sus tropas, se contentó con hacer que

---

(1) No lloró sino en el momento en que á la vista de un cuadro, que representaba la despedida de Hector y Andrómaca, brotaron á sus ojos lágrimas que intentó reprimir vanamente. Como Acilio, amigo de Bruto, le recordase estos versos de Homero:

«Ya á nadie tengo más que á tí, Hector querido; tú eres para mi á la vez padre, madre, hermano y mi ilustre esposo.»

Repuso Bruto.—«Pero no puedo añadir:

Vuelve á tu morada y entrégate á tus trabajos, vuelve á manejar el copo y la rueca.

Porque si su debilidad natural impide á Porcia soportar las fatigas de la guerra, tiene el alma fuerte y activa como cualquiera de nosotros.»

Es de notar cuan frecuentemente tenian en boca los antiguos las espresiones y los versos de los clásicos, que eran objeto de los primeros estudios. Los citan en las circunstancias más graves. Pompeyo cuando desciende á la mortal barca recita unos versos de Sofocles:

Οστις δὲ πρὸς τύραννον ἐμπορεύεται,
κεῖνου ὑστὶ δοῦλος κἂν ἐλεύθερος μολῇ.

Bruto formulaba en su desesperacion otros:

Ὦ τλῆμον ἀρετὴ, λόγος ἄρ' ἦσθα. Ἐγὼ δὲ σέ
ὡς ἔργον ἤσκουν, σὺ δ' ἄρ' ἐδούλευες τύχῃ.

Neron moria pronunciando versos, Trajano igualmente; y siguió su ejemplo Augusto siendo casi sus últimas palabras:

Εἰ δὲ πᾶν ἔχει καλῶς, τῷ παιγνίῳ
δότε κρότον, καὶ πάντες ὑμεῖς μετὰ χαρᾶς κτυπήσατε.

(2) CICERON, *ad fam.*, XVI.

fuera custodiado á bordo de una nave, y solo cuando supo la muerte de Ciceron consintió en matar al turbulento cautivo. Perdonó todavia con más magnanimidad que César á los legionarios sediciosos, cuando se hallaba todavia en inminente peligro. A las instancias que se le hacian para llegar á algun acomodo con Octaviano respondia de esta manera: *Arrebátenme todo los dioses antes de quitarme la resolucion firme de no otorgar nada al heredero de aquel á quien di muerte; porque no he soportado á su persona lo que jamás soportaria á mi padre, si resucitara, el derecho de tener por tolerancia mia más poder que las leyes y el Senado.*

Envalentonado el Senado con aquellos primeros triunfos confió á Bruto la Macedonia, la Iliria y la Grecia con el título de procónsul; autorizándole, como tambien á Casio, á hacer uso de los caudales públicos, á requerir la asistencia de las provincias y de los aliados (43).

En esto Casio habia pasado al Asia, donde se encontraba en calidad de gobernador Trebonio, uno de los conjurados: y habia ganado algunas tropas enviadas por Dolabela, á quien el pueblo habia otorgado la Siria á despecho del Senado. Se adelantó sobre aquella provincia, y engrosándose de contínuo sus fuerzas con nuevos adictos, se apoderó de ella fácilmente; pues todavia se hacia allí memoria del prudente valor de que habia dado muestras arrancando á los partos el resto del ejército de Craso (43). Fuertes contribuciones le ponian en disposicion de mantener un ejército considerable, y se sirvió de él para asediar á Dolabela en Laodicea; repelido al principio acabó por salir victorioso y tomó la ciudad (5 de junio). Temeroso Dolabela de la ira del vencedor, se dejó matar, así como sus principales oficiales. Casio perdonó á los demás y manifestó sentimiento por los que habian perecido. La ciudad fué entregada al saqueo y la matanza.

Después de haber huido de Roma estos dos republicanos sin ningun recurso, tenian á su obediencia vastas provincias y veinte legiones, y estaban en el caso de equilibrar el poder de los triunviros. Mostrábanse más fuertes por la circunstancia de haber abandonado su retiro Sexto Pompeyo, declarándose jefe de los piratas, y enseñoreándose con beneplácito del Senado de la Sicilia, de Córcega y de la Cerdeña. Hubiera sido la intencion de Casio atacar á Egipto, para castigar á Cleopatra, que habia permanecido fiel á la memoria de César; pero Bruto le escribió que no debian proponerse por objeto la conquista de un imperio, sino destruir á los enemigos de la patria. Invitóle, pues, á que se le incorporara para marchar sobre Italia y para socorrer á los ciudadanos que se hallaban en peligro.

Pero ¿cómo es posible poner término sin crueldad á una revolucion por justa que sea? Para subvenir á la subsistencia de su ejército ó para castigar á sus adversarios, envió Casio á que dieran muerte á Ariobarzanes III, rey de Capadocia, y exigió de este reino contribuciones enormes. Castigó con una multa de 1,500 talentos la infidelidad de la ciudad de Tarso, y para proporcionárselos tuvo necesidad de vender las propiedades públicas, los ornamentos de los templos, luego los niños, las mujeres, los ancianos, hasta los jóvenes en estado empuñar las armas. Conmovido al fin á la vista de tantas miserias, perdonó á los habitantes el resto de la suma. Ródas, culpable de haber favorecido á los cesarianos, fué vencida muchas veces y últimamente tomada por Casio. Vanamente le ofreció el título de rey y de protector: su respuesta fué que queria destruir á los reyes y á los tiranos, y no serlo él: y habiendo mandado que se le presentaran cincuenta de los principales ciudadanos, les quitó la vida, envió á otros desterrados, y toda la isla fué entregada al saqueo. Dirigióse enseguida contra Cleopatra; pero habiendo dispersado una tempestad la escuadra de los egipcios y no teniendo enemigos á quien batir, volvió la proa y obligó á todas las provincias del Asia á pagar anticipadamente los tributos de diez años.

Y sin embargo, el alma generosa de Bruto debia padecer mucho á consecuencia de aquellas crueles necesidades: y no sin gemir se resignaba á mostrarse rigoroso cuando los soldados le obligaban á castigar con la última pena á algun turbulento. Era para él un suplicio ver como se engendraba una guerra civil con todos sus horrores, de un hecho que reputaba no solamente como glorioso, sino como justo, y que estaba resuelto á renovar siempre. Constreñido por la necesidad entró en la Licia, que le habia negado socorros, asedió á Xanto, donde se habian encerrado los principales moradores del pais, después de haber rehusado todos los acomodos posibles, aun cuando se tratara de restituir la libertad sin rescate á sus prisioneros. Aquella ciudad era de las mejores fortificadas y opuso tenaz y heróica resistencia. Cuando penetraron los romanos en su recinto á viva fuerza, resueltos los habitantes á no vivir en la servidumbre, la prendieron fuego, y rechazaron al enemigo que se esforzaba por apagarlo. Vanamente recorria Bruto las calles á caballo gritando que á todos se les salvaria la vida: los xantios degollaron á mujeres, niños y esclavos, y luego se precipitaron en las llamas, acordándose de que sus mayores se habian sepultado bajo las ruinas de su patria, antes que ceder á Arpagon, sátrapa de Ciro, y á Alejandro Magno. Como prometiera Bruto una recompensa á todo el que salvara un xantio, no arrancó de la muerte más que á algunos esclavos y mujeres que no tenian esposos que las degollaran.

Esperaba que el ejemplo de Xanto y su benévola conducta le valdrian la amistad de Patara, á la cual ofrecia hasta restituirle los que habian caido prisioneros en aquella ciudad. Habiéndosele contestado con una rotunda negativa, empezó á poner en venta á los infelices xantios; pero no sintiéndose con fuerza para condenar á perpétua servidumbre á tan valientes guerreros, les devolvió la libertad. Hizo lo mismo con algunas damas de Patara, de

quienes se habia apoderado su caballeria ligera, y ellas fueron las que persuadieron á sus conciudadanos á someterse. Avasallada la Siria, entró Bruto en la Jonia (42): la casualidad hizo que cayera en su poder el retórico Teodoto, que se jactaba de haber tenido una gran parte, en calidad de consejero, en el asesinato de Pompeyo, é hizo que le dieran muerte.

En Sardis se incorporó á Casio, y hubo entre ellos algunas desaveniencias, por querer Bruto atenerse á los estrictos límites de la justicia, y Casio traspasarlos siempre que lo considerara oportuno y no fijar la vista en las iniquidades de sus amigos. *El mismo César*, decia, *no oprimia á nadie, pero era delincuente porque protegia á los opresores. Si fuera lícito faltar á la justicia, valdria más sufrir las iniquidades de los fautores de César que tolerar las de nuestros amigos.*

Con tan puros sentimientos se hallaba Bruto en presencia de la triste realidad y buscaba contra ella refugio en el estoicismo; pero su espantada imaginacion turbaba el corto reposo de sus noches: se figuraba ver espectros y su mal genio presagiándole desastres. Lleno de aprensiones respecto de su patria, de sus amigos, de su causa; conociendo que habia sacrificado desde entonces la humanidad, el agradecimiento y hasta la conciencia, anhelaba el fin de una lucha en que sucumbia su energia de filósofo y de ciudadano.

Dueños los dos caudillos republicanos de las provincias de Oriente, desde el Olimpo hasta el Eufrates, resolvieron ir á Macedonia al encuentro de Antonio y Octaviano. Entraron allí al frente de ochenta mil hombres de á pié y de dos mil caballos. Después de alentar á sus tropas con arengas, sacrificios y distribuciones de dinero se hallaron cara á cara con el enemigo en las cercanias de Filipos.

Batalla de Filipos. — Con corta diferencia las fuerzas eran iguales por ambas partes. De los dos ejércitos era el más lucido el republicano, por querer Bruto, á ejemplo de César y de Sertorio, que el soldado tuviera una brillante armadura, á fin de que se interesara en defenderla. La habilidad de sus generales, su escuadra dueña del mar, las privaciones á que se veia reducido el ejército de los triunviros falto de víveres y de socorros que no podian llegarle de Sicilia, ni de Asia, parecian presagiar la victoria á los republicanos. No podia escapárseles, si en conformidad al parecer de Casio, hubiesen evitado el combate, porque la escasez hubiera obligado á los triunviros á emprender la retirada. Pero Bruto queria poner término á las prolongadas miserias de los pueblos: no podia soportar que le acusara de timidez, y temia por otra parte que le desertaran los soldados. Enarbolóse, pues la cota ó sayo de púrpura en los pabellones de los generales, que se aprestaron á la lucha, no tanto con la confianza de vencer como con la resolucion desesperada de hombres que conocen un medio de no sobrevivir á la derrota (42).

Bruto escitó en sus tropas tal entusiasmo, hablándoles de libertad y de la gloria de morir por la patria, que se arrojaron sobre el enemigo con inaudito denuedo y penetraron hasta el campamento de Octaviano, cuya litera quedó acribillada de flechas y de javelinas. Hasta se creyó que habia muerto; pero la litera estaba vacia, porque siniestros sueños, es decir, su habitual susto, habian apartado de la batalla á aquel Octaviano destinado á ganar las victorias más insignes con la más innoble cobardia.

Muerte de Casio.—Mientras Bruto llevaba la mejor parte en la refriega, se apresuraba Antonio á reparar con su habilidad distintiva el mal causado por la cobardia de Octaviano, y deshizo el ala mandada por Casio, cuyo valor se desplegaba inútilmente. La armonia, que habia hecho se volviera propicia la suerte de los cesarianos, distaba mucho de reinar en las filas republicanas, en las que un general ignoraba el paradero del otro, lo cual produjo que Casio contemplara desde lo alto de una colina, donde se habia retirado, la matanza de los suyos, y creyéndolo todo perdido, se diera muerte. Titinio, enviado por él para informarse de lo que ocurria en el ala mandada por Bruto, volvia rebosando de contento á anunciarle la victoria, cuando le encontró muerto, y de resultas se quitó tambien la vida. Llegando á su vez Bruto y encontrando solo el cadáver de su colega, lo lloró amargamente y le llamó el último de los romanos.

Octaviano y Antonio se esforzaron vanamente por atraer á Bruto á una nueva batalla; habíase convencido, aunque ya tarde, de que la victoria consiste en ganar tiempo. Con efecto, los triunviros tenian su campamento en una llanura pantanosa, inundada por estraordinarias lluvias, y donde se multiplicaban las enfermedades y se carecia de todo, habiendo sido batida y aniquilada la escuadra que debia llevarles víveres y refuerzos el mismo dia de la batalla de Filipos. No les quedaba, pues, otro recurso que provocar con incesantes escaramuzas á los soldados de Bruto, que orgullosos con la ventaja que habian alcanzado, acusaban á su general de cobardia y de poca confianza en su denuedo. Otros, hallándose en frente de sus antiguos compañeros de armas y de un sobrino de César, que se proclamaba su vengador y les echaba en cara servir á los órdenes del general que le habia asesinado, se pasaban al enemigo. Vióse, pues, obligado Bruto á llevarles á la pelea. Solo en el momento de llegar á las manos supo la victoria de su escuadra (3), alcanzada veinte dias antes, sin

---

(3) Tan estraña ignorancia debió tener por orígen un imperdonable descuido ó una traicion infame, pues lo perdió todo. Plutarco la atribuye á la Providencia, que ordenó las cosas de aquella manera porque la monarquia era ya necesaria, segun el estado en que se encontraba Roma. Mucho pierde la historia particular bajo el aspecto de la dignidad y de la instruccion esplicándola por causas metafísicas·

que hubiera llegado á su noticia: esta era una razon decisiva para obrar en sentido inverso de sus resoluciones; por desgracia retroceder le era imposible.

Debió, pues, combatir á pesar suyo, y contra su voluntad hubo de mandar que fueran degollados muchos prisioneros, tanto esclavos como libres, cuya custodia ocupaba á gran número de solados: no obstante, dejó en salvo á muchos ciudadanos y libertos romanos, algunos de ellos hasta á escondidas para libertarlos de sus oficiales, á quienes tuvo que entregar dos bufones, acusados de remedar á Casio. Por último, para conservar su ejército se vió en la necesidad de prometerle el saqueo de Esparta y de Tesalónica, si alcanzaba la victoria; única falta, dice Plutarco, que le imprimiera mancilla.

Muerte de Bruto.—Habia, pues, sacrificado hasta la virtud á su causa; y su imaginacion alterada por el remordimiento le hizo ver nuevamente el espectro que le habia prometido que tornaria á aparecérsele en Filipos, y que le anunció entonces su fin cercano (42). Otros siniestros presagios (4) llegaron á llenar de susto á su ejército, cuyo denuedo procuraba reanimar de todos modos: *Puesto que habeis querido á todo trance*, les decia, *una victoria, que sabiendo esperar teniais segura, no permita vuestro valor que se os escape.*

Argumentos más enérgicos tenian que alegar los triunviros; era la alternativa de perecer por el hierro ó el hambre. Peleóse con todo el encarnizamiento de una guerra civil, y sucumbieron los republicanos. Su ejército fué hecho trizas; se dejaron matar en su puesto los oficiales superiores, entre otros el hijo de Caton, que redimió con un fin generoso los vergonzosos estravios de su vida.

Envuelto Bruto por el enemigo debió su salvacion solamente al sacrificio de Lucilio Lucino, caballero romano, que haciendo que le tomaran por aquél, se dejó llevar prisionero por los tracios. Y Bruto en su fuga ganó un valle con corto número de amigos, y satisfecho al contemplar que no le habian abandonado, les exhortó á volver al campamento en la idea de que el caso no era desesperado. Entonces rogó á un esclavo que le diera muerte, pero Estraton, epirota muy adicto á su persona, esclamó: *No se diga un dia que por falta de amigos ha muerto Bruto á manos de un esclavo;* y le presentó la punta de su espada. Precipitóse á ella Bruto gritando: *¡Oh virtud! creí que eras realidad y he visto que no eres más que un sueño.*

Carácter de Bruto.—De este modo juzgaba el estóico de la virtud por el resultado, y no les podia suceder otra cosa á los que no fijaban sus ojos más lejos. Apenas habia cumplido treinta y siete años, y se habia hecho querer y admirar por cuantos le habian conocido, á causa de su humanidad, de su carácter leal, de su constancia en seguir la virtud y la justicia en todo. Siempre adoptó, no el partido á que le inclinaban su interés ni su afecto, sino el que creyó más justo y útil á la patria. Ciceron declaraba haberse colocado de su parte por su *virtud singular é increible*, que tan respetable le hacia á los ojos del pueblo. Cuando el dictador fué muerto, no quiso apelar á la elocuencia para que no se creyera que desconfiaba de la bondad de su causa, y sin embargo, figuraba entre los más hábiles oradores. Escribia en latin y en griego con elegante concision, poco grata á Ciceron, que en cambio era censurado por Bruto como prolijo y enervado. Era muy versado en las bellas letras, en la historia, y especialmente en la filosofia, sabiendo cuanto era posible saber: y esta última añadió nueva energia á su voluntad de hierro.

El turbulento y ambicioso Casio fué el que le arrastró al asesinato de César; si bien por eso no dejó de ser asimismo causa de la guerra civil, seguida de tantos años de desolacion y del reinado de hombres viles y crueles, sustituido al gobierno moderado del generoso dictador. Distamos mucho de admirar á aquellos héroes regicidas por que sabemos cuánto se compromete la causa de la libertad con elogios sin discernimiento. Sabemos, no obstante, que un hombre debe ser juzgado con arreglo á las ideas de su pais y de su tiempo (42): ahora bien, bajo este punto de vista, César fué el tirano de su patria. La ley de Roma declaraba el asesinato de un usurpador como un acto exento de delito (5). El Senado aplaudió á los conjurados: Ciceron decia abiertamente que á él habian cooperado todas las personas honradas (6); que tenia vergüenza de volver á una ciudad que habia abandonado Bruto; decia haberle visto después del asesinato del dictador, elevado por la conciencia de una accion escelente y bella, no afligido en nada por su suerte, aun que sí mucho por la de su patria (7).

La vida de Bruto es de curiosa lectura en Plutarco, en razon á que se ven allí acumulados los prodigios, los presagios, las causas supersticiosas de los grandes sucesos con una sencillez crédula que no se encontraria actualmente, no ya en un escritor, sino en una mujer campesina.

(4) Sobre la enseña de la primera legion se posó un enjambre de abejas. Los miembros de un centurion hicieron secreciones de un licor aceitoso con olor de rosa, y esta transpiracion no se contuvo á pesar de enjugarla contínuamente.

Los primeros que salieron del campamento encontraron á un etiope á quien dieron muerte, por haber descubierto en su persona un objeto de mal agüero. Lucharon dos águilas por largo tiempo entre ambos ejércitos, hasta que huyó la que se encontraba al lado de Bruto... PLUTARCO.

(5) «Cum jus fasque esset occidi, neve ea cædes capitalis noxa haberetur.»

(6) «Omnes boni, quantum in ipsis fuit, Cæsarem occiderunt.» CICERON, *Philipp.*, II, 12.

(7) «Atque ego celeriter veliam devectus, Brutum vidi, quanto meo dolore non dico: turpe mihi ipsi videbatur in

De modo que el estoicismo no tenia otra censura que dirigir á Bruto que el haber blasfemado en el momento de morir, de la virtud, no comprendiendo su verdadera esencia. Pero el partido republicado pudo acusarle, como tambien á Casio, de haber desertado de su puesto en el momento en que todavia estaban completas sus fuerzas, cuando hubieran debido poner en juego todos los resortes para restablecer, en vez de abandonar, la república que creian haberles sido confiada. Hasta los enemigos de Bruto deploraron su muerte. Antonio, que decia que entre los enemigos de César, solo Bruto habia conspirado porque su accion le parecia bella, echó un rico manto sobre su cadáver, le mandó hacer magníficos funerales, y quiso tener por amigo á Lucilio, que se habia entregado por salvarle. Mesala presentó á Octaviano el retórico Estraton, que habia tendido su espada á Bruto para que se atravesase con ella, diciéndole: *He aquí el que ha prestado á mi general el último servicio.* Este mismo Octaviano que en su cobardia habia insultado el cadáver de aquel ante quien poco antes habia vuelto la espalda, viendo posteriormente en Milan la estátua elevada por los cisalpinos á su antiguo gobernador, les alabó por su agradecimiento.

Venganzas de los Triunviros.—El campo de Bruto proveyó de víveres al ejército de los triunviros, y riquezas para recompensar ámpliamente, licenciando á los veteranos que iban insubordinándose. Antonio condenó á muerte á Hortensio y Varron, ilustre senador, que aherrojado le echaba en cara su vida mancillada, y le presagiaba un fin afrentoso. Livio Druso, padre de la mujer de Octaviano, prefirió suicidarse. Quintilio Varo se vistió con las insignias de todas las dignidades á que habia sido elevado, é hizo que le quitaran la vida sus libertos. Octaviano, tan insolente como cobarde, añadia el ultraje al suplicio. A un reo que le pedia á lo menos sepultura, le dió por respuesta: *De eso cuidarán los buitres:* forzó á un hijo á clavar el puñal en el seno de su padre, y á volverlo en seguida contra sí propio. Así los prisioneros le abrumaban con imprecaciones, y Marco Favonio espiraba relegándole al oprobio por su atrocidad infame. Este senador habia respondido á Bruto, que le invitaba á tomar parte en la conspiracion: *Es menor mal la mayor tirania que una guerra civil;* pero después del acaecimiento, habia seguido á Bruto su amigo, sin que volviera á separarse nunca de su lado.

Antonio en Asia.—No se podia decir que la guerra civil estuviese terminada, puesto que Sexto Pompeyo reunia en Sicilia á los fugitivos y á los proscritos (41). Domicio Enobardo y Estacio Murco mandaban las escuadras de Bruto en las costas de Macedonia y de la Jonia; Cayo de Parma arribaba al Asia con otras naves, y habia recibido refuerzos de los rodios. Repartiéronse, pues, los triunviros las eventualidades de la lucha. Octaviano se adelantó contra Pompeyo, y Antonio se encargó de hacer la guerra en Oriente. Deseoso este teniente de César de disfrutar los aplausos de la Grecia, la atravesó como en triunfo, asistiendo á los juegos y á las discusiones filosóficas, administrando justicia y derramando prodigalidades. Todavia fué más lisonjero el recibimiento que se le hizo en Asia: reyes y reinas le colmaron de regalos y se apresuraron á escoltarle. Se vió recibido en Efeso con la pompa solo en uso en las fiestas de Baco. Recompensaba cuanto se hacia por agradarle, ya con generosidad, reduciendo las enormes sumas impuestas por Bruto y Casio á ciertos paises, con especialidad á Rodas y á Xanto, ya con prodigalidades desatentadas: así por una comida que le habia parecido esquisita, donó al cocinero la casa de uno de los principales ciudadanos de Magnesia.

Estas demostraciones de alegria suavizaban poco su rigor sanguinario. No mostrándose bastante obedientes á su capricho las legiones de Macedonia, llama á su tienda á trescientos soldados de los más notables y los manda pasar á cuchillo; persigue á los que conspiraron contra César con encarnizamiento; roba á los unos sus riquezas para dárselas á los mímicos y á los aduladores; confisca los bienes de algunos otros como si hubieran muerto: luego escitado por la sed de oro, convoca en Efeso á los diputados de toda el Asia, y reconviniéndoles por haber favorecido á Bruto y á Casio, les intima que paguen inmediatamente el tributo de diez años. Tambien codiciaba las riquezas que el comercio proporcionaba á Palmira; pero los habitantes de esta ciudad se trasladaron con todo lo que poseian mas allá del Éufrates; y alli de acuerdo con los sirios y con los habitantes de la Palestina, esquilmados por los impuestos, no menos que los aradios que habian dado muerte á los exactores romanos, reclamaron la proteccion de los partos, amagando nuevamente á Roma con temibles hostilidades.

Guerra con los Partos.—Guiados por el hijo de su rey, Pacoro, y por Labieno, general romano, enviado cerca de él como embajador por Casio y Bruto, y residente en su corte después de la jornada de Filipos, pasan los partos el Éufrates y derrotan en campal batalla á Saxa, gobernador de Siria. Labieno le persigue en la Cilicia y le da muerte, tala el Asia Menor y se hace dueño de todas las plazas fuertes desde el Helespoto hasta el mar Egeo. Por su parte Pacoro se apodera de la Siria y de la Fenicia, á escepcion de Tiro, única ciudad que opone resistencia.

Antonio y Cleopatra.—Después de la muerte de César se habia adherido Cleopatra á la causa de los triunviros, y habia hecho reconocer por rey de

---

eam urbem me audere reverti, ex qua Brutus excesserat; et ibi velle tuto ese, ubi illi non posset. Neque vero illum similiter, atque ipse eram, commotum esse vidi: erectus enim maximi ac pulcherrimi facti conscientia, nihil de suo casu, multa de nostro querebatur.» *Philipp.*, I, 4.

Egipto á Tolomeo Cesarion, que decia haber tenido de César. Pero como uno de sus generales se hubiera visto en la necesidad de auxiliar á Casio, Antonio á su llegada á Cilicia la hizo comparecer en su presencia para justificarse.

Ella se puso en marcha confiando en los encantos que le habian valido la conquista de César: viósela llegar á Tarso á bordo de una galera ornada con todo el lujo voluptuoso del Oriente. Era dorada la popa, de púrpura las velas, y los argentados remos batian las olas al son de flautas y de liras. Rodeaban amores y nereidas á la reina indolentemente reclinada en medio de una nube de perfumes. El pueblo que habia acudido á verla á las dos orillas del rio, cantaba: *Es Vénus que va á visitar á Baco.* ¿Podia la seductora reina de Egipto, con las enormes sumas que llevaba, con su hermosura realzada por todos los refinamientos del arte, y por un cultivado talento, dudar un instante de ver á Antonio á sus plantas? Desde el momento en que la tuvo delante de sus ojos, se convirtió en esclavo suyo. Lejos de hablarle de acusaciones dirigidas contra ella, no hubo injusticia que dejara de cometer á trueque de darle gusto. Hizo dar muerte á hombres muy considerados para confiscar sus bienes en provecho de aquella á quien amaba: envió soldados á degollar á su hermana Arsinoe, á quien temia, y que vivia sin boato en Asia. Después la siguió á Egipto, donde pasó el invierno á su lado entre delicias.

Tan astuta como hermosa, juntando la habilidad de Mitrídates á la osadia de César, poseia el don de las lenguas, y su conversacion, llena de insinuantes palabras y de sabrosos chistes, encantaba á los bárbaros maravillados de su sabiduria. Su lujo deslumbraba á los degenerados egipcios, y halagando el amor propio de su feroz romano, á la par que sus inclinaciones á los placeres del amor y de la mesa, le tenia encadenado á su carro. Cada dia se presentaba con nuevas trasformaciones, unas veces de guerrera, otras de cazadora ó de pescadora. Si se apercibia de que para hacer alarde de diestro pescador, hacia Antonio enganchar peces á sus anzuelos, fingia creerle, y luego enviaba nadadores que se los ataran ya cocidos: entonces le hacia delicada burla, y le decia: *Vé á tomar ciudades y reinos: tales son tus trabajos, y déjanos el cuidado de tender redes á los peces.* Jugaba y bebia ella en su compañia: le seguia en sus escursiones nocturnas por las calles, divirtiéndose á costa de los transeuntes, mezclándose, sin ser conocida, á los borrachos de las tabernas, y esponiéndose á golpes é injurias, para poder desplegar todas sus gracias, haciendo en la corte el relato de sus aventuras. Este género de vida, que los dos amantes llamaban *inimitable*, indignaba á todos los hombres prudentes; pero el pueblo de Alejandría estaba hechizado por ella, y se regocijaba en las comedias que le daba Antonio, dejando las trajedias para los romanos.

¡Comedias costosas! La reina y el triunviro se daban recíprocamente y á porfia frecuentes banquetes: pero Cleopatra le aventaja siempre en magnificencia y en buen gusto. Como Antonio admirase un dia la cantidad de vasos preciosos colocados en el aparador, ella le dijo: *Están á tu disposicion*, y se los envió; rogándole que volviera al dia siguiente con más numerosa compañia. Admitió el convite y encontró las mesas guarnecidas con más riqueza que el dia antecedente; luego al terminar la comida se repartieron entre los convidados los vasos y las copas. Llevaba por zarcillos dos perlas de inestimable precio: un dia mandó disolver una, y se la bebió: iba á hacer lo mismo con la segunda, cuando se la detuvo; entonces la ofreció en regalo.

Habiendo sido convidado Filotas, médico de Anfrisa, por un cocinero, á ver los preparativos de la cocina de Antonio, quedó maravillado de la variedad de manjares, y mucho más todavia reparando ocho asadores y un jabalí en cada uno de ellos: preguntó á qué muchedumbre de convidados aguardaba el general romano: «A doce solamente,» respondió el cocinero; «pero como Antonio puede sentarse á la mesa al instante, dentro de una hora, dentro de dos, ó más tarde, conviene tener dispuesta de contínuo una comida.»

Octaviano en Italia.—Aprovechábase Octaviano de los voluptuosos ocios de su colega. De vuelta en Italia, pensó en hacer allí cosecha, como Antonio en Asia, á fin de saciar á los veteranos y de grangearse su afecto: dióles, pues, la ciudades que les habia prometido. Viéronse llegar en tropel á Roma los infelices colonos (8) despojados de sus propiedades, clamando amargamente contra la injusticia que hacia pagar al pueblo los gastos de una guerra emprendida solo en ventaja de los triunviros. Octaviano les prestaba oido con hipócrita condescendencia, sin que por eso dejara de continuar espropiacion tan inícua. Ni aun así conseguia hartar la codicia del ejército, cuya fantasia exageraba los tesoros repartidos entre los soldados de Sila. Suscitábanse cotidianos combates entre los veteranos y los ciudadanos á quienes iban á despojar del campo paterno, y murmuraciones contra el triunviro que no llegaba á satisfacer á aquellos.

Fulvia.—Hallaron los descontentos sus jefes en Fulvia y en Lucio Antonio, mujer y hermano de Márco Antonio. Si esta mujer, de cuyas atrocidades y de cuyos desórdenes hemos hecho mencion reciente, estaba irritada contra su marido por sus nuevos amores y por sus fastuosos escesos, no por eso aborrecia ménos á Octaviano, que le habia negado una adhesion muy distinta de la que se puede

(8) Dion y Apiano afirman que los triunviros resolvieron repartir á sus soldados la hacienda de todos aquellos que no habian tomado las armas en su favor: y Antonio decia: «Octaviano va á Italia para distribuir las ciudades y quintas y á juntar, ó mejor dicho á pasar todas las propiedades de Italia á otras manos.»

exigir de un yerno (9), y que, para colmar la medida de sus faltas, habia repudiado á su hija Clodia, declarando enviarla tal como se le habia entregado. Fulvia, que se habia hecho más poderosa que los cónsules, gobernaba á Roma á su antojo, y escitaba á los adversarios de Octaviano, poniéndoles de manifiesto que este se encaminaba á la tiranía, y pretendia hacerse prosélitos despojando á los infelices cuyas tierras distribuia. Prestaban atento y cordial oido á aquellas sugestiones los veteranos de Antonio y los italianos desposeidos, era aquella una nueva guerra civil que amenazaba al territorio. Cada dia engendraba nuevos conflictos y asesinatos; estaban interceptadas las comunicaciones marítimas por los pompeyanos, incultos los campos y amagada Italia de hambre.

Octaviano se esforzaba para calmar los ánimos; pero Fulvia no respirando más que venganza, y persuadida de que la guerra podia únicamente arrancar á Antonio de los brazos de Cleopatra, se retiró á Preneste: allí con casco y espada pasaba revista á las legiones, daba la órden y hacia de general. Declaró el ejército que queria fallar como árbitro entre los dos adversarios, y notificó á Octaviano y á Fulvia que comparecieran á su presencia en Gubio. Dirigióse allí el primero humildemente: Fulvia rehusó atemperarse á la cita, de que hizo burla, lo cual produjo su ruina.

Guerra de Perusa.—Aunque los senadores de su partido habian puesto á su disposicion sus gladiadores, Lucio Antonio se halló encerrado en Perusa. Como estaba fortificada y defendida por un ejército entero, no se podia tomar aquella ciudad sino por hambre (40); pero no tardó mucho en sentirse tan crudamente, que Lucio acortó los víveres á los esclavos y á los servidores, sin permitir su salida, para que no supiera el enemigo la estremidad á que se hallaba reducido. Aquellos desventurados fueron, pues, condenados á una lenta y dolorosa agonía. Apurados hasta lo sumo los sitiados, intentaron una salida furiosa, si bien fueron repelidos. Entonces Lucio, para salvar la vida á tantos valientes, se resignó á entrar en acomodos con Octaviano. Este le recibió cortesmente, y prometió perdonar á todos los que depusiesen las armas; pero una vez dueño de la ciudad envió al suplicio á muchos de los principales ciudadanos, y el dia de los idus de Marzo condenó á ser degollados sobre el ara de César á trescientos caballeros y senadores de Perusa (10). Vanamente invocaron la fé de los tratados y apelaron á su compasion, pues obtuvieron por única respuesta: *Es forzoso morir*. Presa fué la ciudad de las llamas (40), Fulvia y cuantos pudieron escaparse se refugiaron en Sicilia ó en Grecia. Octaviano hizo su entrada en Roma, vencedor de sus conciudadanos en una guerra muy deplorable, en que solo se trataba de la distribucion de los despojos entre los más fuertes.

Apenas hace la historia mencion de Lépido que, indolente como era, fué en breve víctima de su vanidad y de su flaqueza. Antonio fué despertado en el seno de los funestos solaces á que se habia abandonado en los brazos de la reina de Egipto por la guerra de Perusa y por las amenazas de los partos. Parecíale la primera más apremiante, y acudió ante todo á Atenas, donde encontró á Fulvia, cuya conducta censuró severamente. Informado en breve de que Octaviano habia ocupado la Galia Transalpina, que le señalaban sus convenios, vió en esto una declaracion de guerra, y se dirigió á Italia, abandonando á su mujer, que sucumbió á este nuevo golpe.

Antonio en Italia.—En vez de oponerse á su desembarco Domicio Enobarbo, que mandaba la escuadra republicana, se acogió á su bandera: tambien Sexto Pompeyo secundó sus proyectos, apoderándose de muchas ciudades en la costa y poniendo la Italia en estado de bloqueo.

Se reconcilia Antonio con Octaviano.— Presentóse Octaviano; pero fatigados los soldados de batallas y deseosos ya de disfrutar en paz los campos que habian obtenido, obligaron á los dos rivales á entrar en acomodos. Estipulóse en Brindis por mediacion de Cocceyo, de Asinio Polion y de Mecenas, que los triunviros olvidarian lo pasado; que Antonio se casaria con Octavia, hermana de su colega, jóven de gran hermosura y de rara virtud; y por último que se repartieran el imperio, tomando por límite á Codrópolis (*Scutari*) en la Iliria. De este modo Octaviano reservaba para sí la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña; Antonio todos los paises al Oriente hasta el Eufrates. Lépido poseia el Africa. Quedaba de participacion comun la Italia, para alzar allí las tropas necesarias á la defensa del Estado. Antonio se encargaba de la guerra contra los partos: Octaviano debia combatir al jóven Pompeyo, si se negaba á someterse.

Pompeyo.—Este continuaba reduciendo al hambre á Italia, donde la carestia iba en aumento, especialmente desde que habia ocupado la Córcega y Cerdeña: exasperado el pueblo romano llegó hasta á sediciones sangrientas, y fué necesario que los triunviros se decidieran á proponer un convenio (38). Entabláronse las conferencias cerca del promontorio de Miseno. Pompeyo pedia ser admitido en el triunvirato en lugar de Lépido, cuyo crédito declinaba de dia en dia; que los proscritos que habian sobrevivido fueran reintegrados en sus derechos, y que los asesinos de César no fuesen castigados más que con el destierro. Estas condiciones fueron desechadas por los triunviros: no quedaba, pues, á Pompeyo más recurso que el de tentar la suerte de las armas. Dueño como era del mar y de las islas, hubiera descargado terribles

(9) Así nos lo revela un inmundo epígrama de Augusto, conservado por Marcial, XI, 10.

(10) SUETONIO, en *Augus.* 15. Dion, dice cuatrocientos, XLVIII, 14. Séneca menciona tambien esta matanza. *De clementia*, I, 11: «Fuerit moderatus et clemens, nempe post Perussinas aras.»

golpes sobre sus enemigos, si con voluntad más firme hubiera sabido dirigirse por sí mismo, en vez de dejarse guiar por amigos y por el liberto Menas.

Mientras titubea se entablan nuevas negociaciones, y se conviene al fin que conservará la Sicilia, Cerdeña y Peloponeso; que le serán restituidos 70.000 sextercios, valor de los bienes confiscados á su padre; que obtendrá el supremo pontificado, y aunque ausente, podrá pretender el consulado; que será dulcificada la suerte de los proscritos, y que al espirar el tiempo de servicio de sus legionarios, obtendrá concesiones en tieras como los de los triunviros. En cambio prometió dejar libre la navegacion, no inquietar más las costas, no dar acogida á los esclavos fugitivos, proveer de víveres á Roma y limpiar los mares de piratas.

En el momento en que discutia Sexto los términos del tratado á bordo del navio almirante con los dos triunviros, el liberto Menas, propenso siempre á aconsejarle partidos estremos, llegó á decirle al oido: «Permitid que me haga á la vela; apreso á todas esas gentes, y quedais señor del mundo.» Ambicioso á medias le respondió Pompeyo: «¿Por qué no las ha hecho sin decírmelo? por mí parte no sé faltar de ese modo á la fé prometida.»

Regocijóse Roma viendo el término de su prolongada hambre y la vuelta á su patria de tantos ilustres proscritos. Pompeyo tenia todo el mérito á sus ojos: porque le suponia todas las virtudes de su padre, ídolo en otro tiempo y objeto en breve de la compasion del pueblo; pero no tardó en conocer que en vez de tres tiranos comenzaban á oprimirla cuatro. No pasó mucho antes que se renovara el antiguo odio de César y Pompeyo entre sus herederos. Octaviano acechaba la ocasion de invadir á Sicilia: Sexto alzaba tropas para defenderla. Pretendia el primero que las sumas debidas ántes del tratado á la república por el Peloponeso, debian ser percibidas por los triunviros: entendia el otro que le correspondia cobrarlas, habiéndosele cedido el pais sin ninguna reserva. Así surgian cotidianamente nuevos disentimientos y se hacia inevitable la guerra.

Auxiliaban débilmente á Octaviano sus colegas, pero lo que le proporcionó una ventaja inmensa fué la desercion de Menas. Descontento de Pompeyo á causa de su desconfianza, ó queriendo separar su causa de la de un hombre que tenia tantos escrúpulos para alcanzar el triunfo, aquel liberto llevó al enemigo su gran habilidad y sus atrevidos consejos, sin contar tres legiones, una considerable escuadra, y las islas de Córcega y Cerdeña. Entretanto habiendo acometido Octaviano á Pompeyo con sus imprevistos refuerzos, vió destruida su escuadra tanto por las naves enemigas como por la tempestad. Afortunadamente para él no supo Pompeyo aprovecharse de la victoria, y le dejó juntar los dispersos restos de su escuadra.

Mecenas.—Pero la mayor y verdadera felicidad de Octaviano fué haber sabido distinguir y elevar á dos simples caballeros, Cayo Mecenas y Vipsanio Agripa. Era vástago el primero de un *lar* etrusco y pertenecia á la ilustre familia Cilnia. Poseia gran talento, si bien la felicidad le habia enervado (11). Moderado en su ambicion y satisfecho de permanecer caballero romano, para abandonarse más libremente á la ociosidad y á los placeres, á los cuales le arrastraba su muelle naturaleza, era incapaz de toda accion enérgica y viril. Tenia costumbre de decir: *Hacedme cojo, manco, jorobado, desdentado, con tal de que me dejeis la vida; hay más, crucificadme con tal de que no me deis muerte.* Pero era hombre de escelente consejo; y como no aspiraba á hacerse valer, porque no pretendia honores, podia decir á Octaviano las verdades más desagradables, y domesticar aquella feroz alma disponiéndola á la dulzura. Protegia con este intento á los hombres de letras. Obtuvo del triunviro el perdon del poeta Horacio Flaco, de Venusa, que habia mandado en Filipos una de las legiones de Bruto: mandó restituir á otro poeta. Virgilio Maron, de Mantua, los campos de que le habian espulsado los colonos militares; y un dia que sentado en su tribunal pronunciaba Octaviano contra sus enemigos sentencias de muerte, como impidiese la muchedumbre á Mecenas acercarse á su lado, le arrojó una tablilla en que habia escrito: *Levántate, verdugo.*

Agripa.—Estos consejos eran dictados por una política prudente, pues propendia al único objeto en que podia fijarse á la sazon un hombre de estado, la pacificacion del imperio. Agripa se empleaba en librar á Octaviano de sus enemigos: incapaz como Mecenas de ocupar el primer puesto, no tenia menos habilidad guerrera, que este recursos y espedientes en política. Nacido de tan baja esfera, que tenia vergüenza de recordarla, se habia conciliado, siendo todavia mozo, la amistad de Octaviano. El fué quien le alentó á admitir la peligrosa herencia á que le llamaba la muerte de César, y quien atrajo á su causa los veteranos de su padre adoptivo. Pretor á los veinte y cinco años, domeñó á los galos transalpinos, que se habian insurreccionado, y subió de punto su fortuna al par que se engrandecia Octaviano. Aquellos dos hombres de tanto precio para Octaviano en las circunstancias en que se hallaba, proveyeron á los medios de restablecer el órden, de sustituir á los indóciles veteranos de Farsalia un ejército disciplinado que quiso y pudo luchar con ventaja contra el talento militar de Antonio y contra el valor de Pompeyo.

Nuevas escuadras equipadas por la solicitud de Agripa fueron á llevar la guerra á Pompeyo á Sicilia y por los mares (35); allí las ventajas conseguidas por su general fueron parte á reparar el baldon de Octaviano, reducido con frecuencia á peligros

---

(11) «Mæcenas, atavis edite regibus. HORACIO I, 1. «Ingeniosus vir ille fuit; magnum exemplum romanæ eloquentiæ daturus, nisi illum enervasset felicitas, imo castrasset. (SÉNECA, cap. 19).

estremos, máxime en un mar tan borrascoso. Una vez seguro en la ribera, desafiaba á aquellas embravecidas olas que le habian hecho temblar poco antes, y se le oia gritar con amenazante tono: *Venceré, sí, Neptuno, venceré á pesar tuyo.*

Derrota de Pompeyo.—Algunas naves enviadas por Antonio, y los refuerzos que le llevó Lépido, le permitieron asediar á su enemigo dentro de Mesina. Entonces propuso Pompeyo terminar la guera con un combate de treinta naves de cada bando; y habiendo sido admitido el reto se trabó la refriega entre Miles y Nauloco. Disputóse allí la victoria con igual destreza por Agripa y por Pompeyo, con un valor igualmente obstinado por los soldados; pero al fin fué favorable á Agripa. Incendióse la escuadra enemiga; algunos de sus jefes fueron condenados á muerte, y otros se suicidaron. Octaviano á quien faltaba corazon en el momento de empeñar la lucha, habia permanecido acostado á bordo de una galera, levantándose colmado de una gloria que no merecia. Reducido Pompeyo á diez y siete naves, abandonó su ejército al vencedor en vez de ir á colocarse á su cabeza. Habiendo llevado á bordo á su hija, á algunos amigos y sus tesoros, se trasladó al Asia, con intencion de reclamar el auxilio de los partos, á condicion de auxiliarles tambien á ellos ó á tratar con Antonio; pero el colega de Octaviano hizo ó dejó que le asesinaran.

Caida de Lépido.—Cuando Mesina sitiada por Agripa y por Lépido se rindió á este último, no tardó en estallar la envidia que Octaviano nutria habia mucho tiempo en contra suya. Lépido habia llegado de Africa con doce legiones y cinco mil ginetes númidas á bordo de ochenta naves de guerra y de mil buques de trasporte: cuando vió á Octaviano reclamar para sí solo el poder y la gloria, hizo valer sus pretensiones en calidad de triunviro; pero habiendo logrado su astuto colega seducir á su oficiales, se halló abandonado por todos los soldados, y no se avergonzó de ir en persona vestido de luto á rendir homenage á Octaviano, quien le menospreció lo suficiente para hacerle gracia de la vida y dejarle su hacienda.

Caido así de un puesto donde no le habian encumbrado ni el valor ni la destreza, sino solamente la fortuna, mal ciudadano, artífice de facciones, que no era capaz de dirigir sin apoyo ageno, no le quedó de su grandeza más que la dignidad de soberano pontífice, insignificante, si se compara con las otras de que estaba revestido. Acabó sus dias en Circeo del Lacio en el seno de una oscuridad de que no debiera haber salido nunca.

Ya no tenia Octaviano más que un rival para disputarle el imperio, y era Marco Antonio. El hijo adoptivo de César mandaba un ejército como jamás lo habio tenido á sus órdenes ningun general romano; se componia de cuarenta y cinco legiones, de veinte y cinco mil caballos y diez seis mil de infanteria ligera; tenia además seiscientas naves de alto bordo. Pero la fuerza de un ejército consiste en la subordinacion; y sus soldados por el contrario se sublevaban de contínuo, reclamando á voz en grito, las mismas recompensas con que habian sido gratificados los vencedores de Filipos. Octaviano procuró aplacarlos distribuyendo collares, brazaletes y coronas; pero un tribuno le dijo: *Guarda esos juguetes para tus niños.* Esta atrevida frase fué estrepitosamente aplaudida por los soldados, y Octaviano se vió en la necesidad de retirarse. No obstante, desapareció el tribuno, y como se creyó por todos que de órden del general habia sido asesinado, se calmaron los turbulentos. Veinte mil hombres que persistian en exigir dinero ó su licencia, obtuvieron esta última demanda; y se gano á los otros con liberalidades.

Roma saludó la vuelta de Octaviano con los más espléndidos honores, y con los parabienes reservados á los caudillos victoriosos: erigióle la ciudad una estátua dándole el título de *pacificador del mar y de la tierra*; con la idea de grangearse el afecto de la muchedumbre, rehusó ciertas demostraciones escesivas, otorgó absolucion entera á los deudores del tesoro por negocios públicos, envió tropas para destruir las bandas que infestaban las aldeas y las campiñas, é hizo llegar granos en abundancia. Viósele llevar á la plaza cartas de diferentes senadores encontradas en los papeles de Pompeyo, y quemadas sin haber sido abiertas; y por último, declaró formalmente que depondria la autoridad tan luego como Antonio regresara de Oriente. Seducida la muchedumbre por tanta magnanimidad, le confirió á perpetuidad el título de tribuno del pueblo; lo cual equivalia á hacerle inviolable y allanarle el camino que debia llevarle al poder absoluto. Mientras consolidaba el tiempo los títulos que acababa de adquirir, marchó Octaviano contra los ilirios.

Antonio después del tratado de paz celebrado con él y Pompeyo, habia pasado á Grecia en compañia de Octavia su nueva esposa; en Atenas se le habian tributado (36) los homenajes serviles á que le habia acostumbrado Cleopatra: vestíase de Baco para asistir á las públicas solemnidades. Hasta se habia casado con Minerva por sugestion de los atenienses, que se vieron después obligados á pagarle el dote de la diosa á razon de 1,000 talentos.

Guerra con los partos.—Durante este tiempo habia hecho su teniente Ventidio Baxo con éxito la guerra á los partos, que á las órdenes de Pacoro, hijo de su rey, se habia adelantado hasta Tiro, despues de talar la Siria. Habíales rechazado hasta más allá del Éufrates. Cayó en su poder Labieno, general romano pasado al enemigo, que dirigia á los partos con sus consejos. Ventidio le condenó á muerte y se aprestaba á seguir el curso de sus victorias.

Al fin Antonio tuvo vergüenza de aletargarse en los placeres mientras su teniente se cubria de gloria. Adelantóse, pues, á la cabeza de un ejército hácia Oriente. Pero antes de su llegada dió Ventidio una tercera batalla en que pereció Pacoro

con veinte mil de sus mejores soldados. Habia vengado á Craso; y á no ser por los celos de su general, tal vez hubiera dilatado hasta el Tigris los límites del imperio.

Con efecto, habiéndosele incorporado Antonio bajo los muros de Samosata, donde sitiaba á Arquelao, rey de Capadocia, le envió á Roma bajo pretesto de hacerle obtener un triunfo merecido (12).

Descontentó con esto á sus soldados que le secundaron de mala gana; y desde entonces se vió reducido á acabar poco honoríficamente la guerra con Arquelao. Sosio, su otro teniente en Silicia, Siria y Palestina, sometió á Jerusalen y á Judea, dejando reinar á Herodes el Grande (35). Canidio penetró en la Armenia, deshizo á los iberos y á los albaneses, y se apoderó de los desfiladeros del Cáucaso, paso ordinario de las poblaciones escitas. Así ocupaba Antonio con sus ejércitos los tres derroteros principales del comercio, el Cáucaso, Palmira y Alejandria. De vuelta en Atenas pasó á Italia para ayudar á Octaviano á triunfar de Pompeyo, estinguiendo por todo su tránsito cuantos destellos de libertad habian podido dejar los asesinos de César en Grecia y en Asia. Como se apercibiese de que su jóven colega no le tenia bastantes miramientos, concibió grande enojo. Pero Octavia, auxiliada por Mecenas y Agripa, indujo á su hermano á tener una conferencia con su marido. Allí convinieron en los medios que se debian adoptar para triunfar de sus enemigos, y para prolongar por un quinquenio el triunvirato.

Antonio vuelve al lado de Cleopatra.—Si la bondad, el cariño, la prudencia, hubieran bastado para encadenar el alma de Marco Antonio, no habria dejado de salir airosa Octavia, pero ¿qué eran para aquel soldado ambicioso y rudo las virtudes de la encantadora hermana de Octaviano, al lado de los hechizos de Cleopatra, reina y amante, adorada como diosa en la ciudad más digna de ser capital del mundo? Antonio dejó, pues, en Italia á su jóven esposa ocuparse en la educacion de sus hijos y de los de Fulvia, y se dirigió á Siria, donde invitó á Cleopatra á que fuera en su busca. Mas dominada la reina de Egipto por la ambicion que por el amor, le inspiró la idea de convertir á Alejandría en capital de un nuevo imperio. De consiguiente, se propuso reunir al reino de Egipto todos los paises marítimos y comerciales del Mediterráneo oriental, es decir, Fenicia, la Celesiria, Chipre, gran parte de la Cilicia, una porcion de la Judea y la Arabia de los nabateos, por donde las caravanas ganaban los puertos del mar de las Indias.

Invade la Partia.—Parecióle llegado el instante de llevar á cabo el vasto proyecto de César y de someter el pais de los partos. Este pais era víctima de las divisiones que debian favorecer á Antonio, desde que ascendido al trono Fraates IV por el asesinato de su padre y de sus veinte y nueve hermanos, ejercia allí audazmente la tirania. Seguido de trece legiones, de diez mil ginetes galos ó españoles, de más de treinta mil hombres de infanteria ligera, pasando por la Armenia, cuyo paso le facilitó el rey Artaxias, se apresuró Antonio á dar alcance al ejército de los partos, antes de que se dispersaran como de costumbre, á las aproximaciones del invierno, y penetró rápidamente en el pais enemigo, donde fué á poner sitio á Praspa, capital de la Media (34).

Retirada.— Contrariáronle, no obstante, mil circunstancias fortuitas; y luego el valor de los medos y de los partos reunidos, le obligó á renunciar la toma de la plaza; entonces se decidió á entrar en tratos con Fraates. Este rey le prometió seguridad en su retirada, pero violando el pacto, en el discurso de una marcha de veinte y siete dias, le dió por lo menos diez combates. Sin descender á los pormenores de las fatigas esperimentadas, del denuedo y de la habilidad que ostentaron los soldados y el caudillo, bastará decir que una medida de cebada se pagó en cincuenta dracmas y el pan se vendia á peso de plata. Después de haber perdido veinte y cuatro mil compañeros, pisaron al fin los romanos los límites de la provincia, cuyo suelo besaron llorando. Sin embargo, aun no habian acabado todos sus males, pues sucumbieron ocho mil hombres más en una marcha forzada á través de montes cubiertos de nieve; rapidez que no se fundaba en ningun motivo, sino en la calenturienta impaciencia que tenia Antonio de ver á Cleopatra.

Juntósele en Leucópolis, donde le llevaba vestuario para sus soldados y dinero. Pero en medio de sus amorosos holgorios supieron que Octavia habia desembarcado en Atenas con vestuario para las tropas, gran número de caballos, dos mil soldados completamente equipados y numerosos presentes. Alarmáronse los celos de la egipciaca de una avenencia entre los dos esposos y resolvió impedirla: puso en juego todos los resortes de la coqueteria, y Antonio envió órden á Octavia de que no pasara mas adelante. Retornó la esposa desamparada á Roma, donde no quiso abandonar la casa de su marido. Lejos de pensar en vengarse, apartó á Octaviano del designio de tomar la venganza á su cargo: entregóse con esmero á la educacion de los hijos de Antonio, y sostuvo con su crédito á los que recomendaba para los empleos. Tanta virtud hacia aparecer más de relieve la vergonzosa conducta de su marido, y secundaba la política de su hermano, atento á los medios de enagenar la opinion pública á Antonio.

Antonio en Alejandria.—Efectivamente, descontento ya contra éste el pueblo de Roma, porque habia hecho donacion á su querida de vastos Estados de Asia, se irritó más todavia cuando supo lo indignamente que habia acogido á Octavia: acabó

(12) Obtúvolo en efecto, y fué el único que celebraron los romanos á consecuencia de las victorias alcanzadas sobre los partos.

por profesarle inmenso odio, cuando le vió establecer una Roma oriental (33). Llegado Antonio á Alejandria, habia triunfado con toda la pompa, de que hasta entonces solo habia tenido privilegio el Capitolio, arrastrando detrás de su carro al rey de Armenia, Artaxias, que le habia sido traidor. Viósele en un opíparo banquete, donde habia reunido á multitud de ciudadanos, sentarse en un trono de oro con los atributos de Osiris, al mismo tiempo que Cleopatra en un trono semejante, y con sus hijos á sus plantas, resplandecia deslumbrando á todos. Entonces en presencia de todo Egipto, que asistia á aquellas fiestas, la habia proclamado reina de Egipto, de la isla de Chipre, del Africa y de la Celesiria, asociándola á Cesarion, y señalando otras tres provincias á los tres hijos que tuvo de ella, con el título de rey de los reyes á cada uno. Uno se ostentaba vestido con el médico ropage, ciñendo sus cienes una tiara, como destinado á reinar sobre partos y medos; otro llevaba el ancho manto y la diadema de los sucesores de Alejandro. Añadia la fama que Cleopatra solia jurar con la fórmula siguiente: *Como es verdad que espero dar leyes al Capitolio* (13).

Sintióse general horror cuando se supieron en Roma estas noticias: Octaviano se aprovechó de aquella coyuntura para acusar á su colega ante el Senado y el pueblo, por haber desmembrado el imperio con sus insensatas liberalidades, é hizo al mismo tiempo repetir bajo mano que introduciendo indebidamente á Cesarion en la familia de César anulaba la dignidad del imperio, proponiéndose ya trasladar Roma á orillas del Nilo, ó donar Roma á Cleopatra. Tenia cuidado de propagar al mismo tiempo una porcion de relaciones malévolas sobre infamias é indignas debilidades de Antonio. Pronta siempre la historia á ofrecer á los venturosos el tributo de su pluma, acogió á su vez y sancionó todos aquellos rumores.

Para disculparse Antonio reconvino á Octaviano de no haber partido con él la Sicilia, recientemente arrancada á Pompeyo; de haberse apoderado de la autoridad y del ejército, que se habian arrebatado á Lépido; de haber repartido la Italia entre sus propios soldados, sin reservar nada para los veteranos de su colega. Octaviano haciendo burla de tales acusaciones, dijo: *¿Como puede echar de menos semejantes residuos el que ha conquistado la Armenia, la Media y el imperio de los partos?* Ofendido Antonio en lo más vivo con tan sangrienta ironia, renunció á invadir la Partia, y se preparó á tentar un gran esfuerzo sobre el mar Jonio. Siempre á su lado Cleopatra por miedo de que se aprovecharan de su ausencia para reconciliarle con Octaviano y con su esposa, le ayudaba con sus tesoros y con sus naves. Samos fué indicada como el punto de reunion general de las fuerzas de todos los príncipes y de todos los pueblos, desde Egipto hasta el Ponto Euxino, y desde Armenia hasta la Iliria. Allí distribuyeron los dos amantes sus horas entre los aprestos militares y placeres suntuosos, cuyos escesos hubieran sorprendido hasta después de un triunfo.

Guerra declarada.— Sacando Octaviano hábilmente partido de todas las faltas cometidas por su adversario, espulsó á los dos cónsules que se oponian á sus designios (32), é indujo á Roma á declarar guerra, no á Antonio, sino á Cleopatra. Entonces Antonio repudió á Octavia, que al abandonar la mansion conyugal, solo se quejó de que se le reputara como pretesto de la guerra civil. Si se hubiera dado prisa á acometer á su enemigo cuando las personas más prudentes y distinguidas de Roma se manifestaban disgustadas de la ambicion de Octaviano, cuando estaba el imperio desguarnecido de tropas, y descontenta Italia por una imposicion estraordinaria, tal vez hubieran seguido otro rumbo los destinos del mundo; pero por una parte el atractivo de los placeres, y por otra sus preparativos militares, determinaron á Antonio á dilatar la guerra hasta el año siguiente. Octaviano se aprovechó de aquella próroga para aplacar los ánimos; arrancó á las vestales el testamento que Antonio habia depositado en sus manos, y lo hizo leer públicamente. Como era totalmente favorable á los egipcios, desagradó de una manera imponderable á los romanos; y de aquí se suscitaron cada dia nuevas inculpaciones. Tan pronto se susurraba que habia hecho donacion á Cleopatra de la famosa biblioteca de los reyes de Pérgamo, como que habia autorizado á los efesios para que la proclamaran reina: habia interrumpido su tribunal para leer los billetes amorosos que ella le dirigia: á la mitad del alegato de un orador célebre habia descendido de su asiento para acompañarla en su litera. Contábanse además otros hechos, que á pesar de su insignificante importancia efectiva, servian de pretesto á los que tenian más confianza en la fortuna de Octaviano, ó á quienes indisponian las imperiosas maneras de la reina de Egipto.

Grecia fué el campo donde tornaron á chocarse el Oriente y el Occidente (31). Antonio habia sacado de las provincias que poseia en Asia y en Africa doscientos mil infantes, doce mil caballos y ochocientas naves. Seguíanle en persona Bocco, rey de Mauritania; Tarcondemo, rey de la Cilicia superior; Arquelao, rey de Capadocia; Filadelfo, rey de Paflagonia; Mitrídates, rey de Comagena; Sadale, rey de Tracia. Además habia recibido tropas de Polemon, rey del Ponto; de Malco, rey de los árabes; de Herodes, rey de los judios; de Amintas, rey de Licaonia y de Galacia; y por último, estaba en marcha para incorporarsele un ejército de getos. Octaviano, que mandaba desde Iliria hasta el Océano, en la costa de Africa que hacia frente á la Italia, en la Galia y en España, no contaba en sus filas un solo príncipe estranjero. Sus fuerzas

(13) Τήν τε εὐχὴν τὴν μεγίστην, ὁπότε τι ὀμνύοι, ποιεῖσθαι, τὸ ἐν τῷ Καπιτολίῳ δικάσαι. DION.

coesistian solamente en ochenta mil hombres de infanteria, doce mil caballos y doscientas cincuenta naves, si bien mucho mejor equipadas y disciplinadas que las del enemigo.

Batalla de Accio.—Pronto á ser el primero en la pelea fué al encuentro de Antonio, que estaba en Accio, y cerca de allí en el golfo de Ambracia la escuadra, mientras que Agripa devastaba las costas de Grecia, interceptando los socorros de Egipto, Siria y Asia, y tomaba muchas ciudades á la vista del enemigo. No se necesitó más para promover deserciones en el ejército de Antonio, que concibiendo grandes sospechas, condenó á morir en el tormento á muchos cuya fidelidad le pareció dudosa.

Canidio, su general, le disuadia de atacar á la escuadra de Octaviano, aguerrida en los combates contra Pompeyo: aconsejábale ganar con preferencia las llanuras de la Tracia y de la Macedonia, donde se podria desplegar con más ventaja el valor de sus tropas: Oia repetir á sus veteranos: «No te fies en tablas agitadas por las olas; deja los combates marítimos á los egipcios y á los fenicios; nosotros estamos acostumbrados á vencer en tierra, y á morir sin tender la vista á nuestra espalda.» Pero Cleopatra le determinó á combatir por mar; aunque desconfiara lo suficiente del valor de los egipcios para hacerles incendiar sus naves (á escepcion de sesenta destinadas á escoltar á la reina), imposibilitándoles así de emprender la fuga.

Dióse, pues, la batalla (7 de setiembre del año 30). Octaviano, aunque tranquilizado por felices vaticinios, especialmente por el encuentro de un *burrero* llamado Buenaventura; que aguijoneaba un pollino, denominado el vencedor (14), no por eso dejó de permanecer á distancia del peligro. Antonio espuso su vida con todo el arrojo de un veterano. Tenia el primero buques ligeros, que se prestaban á hábiles maniobras; poseia el otro altos y macizos bajeles. Por ambas partes acreditaban los combatientes el valor más insigne, cuando se vió á las sesenta naves de Cleopatra singlar á todo rumbo al Peloponeso: no pudo soportar la egipciaca el espectáculo y el estruendo de aquella sangrienta refriega, á la que habia querido asistir en persona, ó desesperando quizá de la fortuna de Antonio, pensó en encadenar al nuevo vencedor desde entonces.

Fin de Antonio.—Olvidando Antonio su honor y su bravura, siguió á Cleopatra. Si era inocente queria defenderla; si culpable, impedir que se entregara á Octaviano. De este modo se decidió la suerte de la batalla y la preeminencia en favor de Occidente.

La desercion del general produjo la derrota de la escuadra. Aun quedaba el ejército que, fuerte con más de cien mil hombres, contaba en sus filas á los vencedores de los republicanos. Estuvo siete dias en la inaccion delante del enemigo: luego los oficiales agenos de aquella fidelidad que sobrevive á la ventura, distantes los soldados de Italia y de su caudillo, que les abandonaba por una mujer, se decidieron á pasarse á Octaviano; golpe más decisivo todavia que la pérdida del combate naval. Así se encontró el vencedor dueño del Asia. Depuso á algunos príncipes, obligó á todos á que le pagaran enormes cantidades, perdonó á muchos romanos, y libertó á los demás del último suplicio. Antonio no encontró fidelidad más que en los gladiadores que mantenia en Cízico y cruzaran el Asia Menor, la Siria, la Fenicia, el desierto, para ir á incorporársele en Egipto.

Víctima de la vergüenza y del despecho, continuó huyendo tres dias sin ver á Cleopatra, y habiendo abordado después á Ténaro, en la Laconia, se reconcilió con ella. Recompensó generosamente á sus amigos, invitándoles á que buscaran fortuna en otra parte, y se encaminó á Egipto con la que le habia perdido. Pero al verse tambien abandonado por las cuatro legiones de la Cirenaica, se entregó á una desesperacion sombría, y se retiró á la torre de Timon, cerca de Alejandria, para aguardar allí la muerte. El amor de la hermosa reina se habia disipado con la desventura de su amante; acudió, no obstante, á embargar nuevamente sus sentidos en aquel retiro, y mientras enviaba al vencedor el cetro y trono de oro, todavia halagaba al vencido, embriagándole con deleites y esperanzas. Formó una sociedad de los *inseparables en la muerte*, con los cuales se pasaban las noches en festines: de dia ensayaba diferentes venenos en sus esclavos, para asegurarse de cual de ellos causaba agonia menos dolorosa, y acariciaba á su amante con la idea de morir en su compañía, ó de retirarse juntos á lejanas soledades. Al mismo tiempo se aproximaba Octaviano, y Cleopatra le entregaba Pelusio (30), llave de Egipto, y recibia de su parte galantes mensages. Sin concebir Antonio ninguna sospecha se batió desesperadamente, cuando se presentó el enemigo delante de Alejandria; y al volver á la ciudad abrazó á Cleopatra, á quien ofreció sus mejores soldados para defenderla hasta la muerte. Al dia siguiente le hizo traicion su caballeria, y su infanteria quedó deshecha; al mismo tiempo se vió á la escuadra de Egipto unirse á la de Octaviano, quien soltó la carcajada al saber que su adversario le proponia un duelo. Entonces éste se atravesó con su espada; y por medio de una cuerda mandó que le izaran en el mausoleo donde se habia encerrado Cleopatra, á fin de exhalar á su vista el postrimer suspiro.

Acababa de cumplir cincuenta y cinco años. Su carácter fué una mezcla de buenas y de malas cualidades, que se manifestaron segun las alternativas de su fortuna (15); tal vez hubiera sido virtuoso,

---

(14) Εὐτυχὴς-Νικών. Y el acostumbrado Plutarco.

(15 Δυστυχὸν ὁμοιότατος ἐν ἀγαθῷ; en la desgracia desplegaba sus mejores cualidades. PLUTARCO.

si le hubiera esperimentado el infortunio. Secundó útilmente á César: ascendido al poder, abusó como todos los que disponian entonces de la pujanza de Roma: sin embargo, fuerza es reconocer que le han calumniado frecuentemente Ciceron y los aduladores de Augusto. Su memoria fué declarada infame por el Senado, y á pesar de todo su posteridad debia ascender al trono negado á la de Octaviano (16).

Manifestóse éste enternecido por la muerte del que habia sido su cómplice en las proscripciones y cuyo valor le habia allanado el camino del imperio. Entró en Alejandria platicando familiarmente de filosofia con el platónico Areo, y declaró que perdonaba á aquella ciudad en consideracion de su fundador, de su magnificencia y de Areo su amigo.

Fin de Cleopatra.—Insensible al dolor de Cleopatra que aparentaba pensar en suicidarse, y á las insinuantes caricias con que procuraba seducirle, fué su único deseo conservarle la vida para ornar su triunfo; pero la horrible idea de ser presentada en espectáculo como objeto de lástima, dentro de una ciudad donde habia escitado envidia, la determinó á hacer que la picara un áspid. De este modo supo libertarse de aquel á quien no habian podido vencer sus encantos.

Con ella terminó la raza de los Lágidas, que habia durado doscientos noventa y cuatro años. Cuéntase que la víspera de la derrota de Antonio bajo los muros de Alejandria, perturbó el silencio de la noche una armonia de mil instrumentos y el concierto de gran número de voces. Todo el mundo presumió que era Baco Osiris que abandonaba su antigua morada para pasar al campamento de Octaviano. Con efecto concluia la sociedad oriental que habia sustentado la lucha con Occidente. Desde entonces el culto de la naturaleza, las sangrientas conquistas y la embriaguez de los sentidos debian ceder el puesto á otras máximas y á otras glorias, revelacion de otro mundo.

Hemos visto á ese Egipto, que se mostró tan grande en los principios de la historia, abrir sus templos á otras divinidades, sus fronteras á otros pueblos, y aun sufrir la servidumbre contra la cual no se habia pertrechado más que con el aislamiento. La dominacion de los Tolomeos pareció haberle comunicado nueva vida. Bajo ellos adquirió Egipto una prodigiosa opulencia, merced á la admirable situacion de Alejandria, convertida en centro del comercio del mundo, y cada vez más enriquecida con el creciente lujo de los romanos. No le causaron grandes males las frecuentes revoluciones que se operaron en su seno, atendido á que la capital era casi siempre teatro de ellas, y el resto del pais seguia su impulso sin esperimentar grandes perturbaciones. El pueblo, que al principio tenia horror al mar, acabó por deber su prosperidad á la navegacion y por mantener en Accio la balanza entre el Oriente y el Occidente. Aun tal vez, sin el insensato capricho de Cleopatra, hubiera dado la victoria á Antonio. Demuestra que el esplendor de aquel pais fué debido esclusivamente al comercio, el fabuloso acrecentamiento de Alejandria cuando esta ciudad cayó bajo la dominacion romana y cuando el nombre de Egipto dejó de ser mencionado durate muchos siglos por la historia.

Octaviano sacó de allí tantos tesoros, que el dinero bajó del diez al cuatro por ciento de interés en Italia, y el precio de los géneros se aumentó proporcionalmente. De tal modo conoció el vencedor la importancia de aquella provincia, que decretó que ningun senador pudiera lograr su gobierno, ni aun poner el pié en su territorio, sin autorizacion suya. Debia ser administrada por un simple caballero investido con un poder absoluto, aunque bajo la dependencia del emperador.

(16) Se ignora cual fué el paradero de los dos hijos que tuvo de Cleopatra. La hija Cleopatra Selene, fué educada por la virtuosa Octavia, y se casó con Juba II rey de Mauritania. Antonia, hija mayor de Octavia y de Antonio, se casó con Lucio Domicio Enobarbo, padre de Cneo Domicio, á quien debió Neron la existencia. Antonia su hija segunda, contrajo matrimonio con Druso, hijastro de Octaviano, dando á luz á Claudio emperador y á Germánico, padre de Calígula.

CAPÍTULO XXI

AUGUSTO.

Incapaz de hacer una revolucion, aunque habilísimo en aprovecharse de las que se habian consumado, después de haber arreglado Octaviano los negocios de Asia y de las islas, tornó á Roma, donde consiguió que se le adjudicase un triple triunfo; el primero por sus victorias en Dalmacia; el segundo por la batalla de Accio; el tercero por la sumision de Egipto. Tambien se le decretó el título de *Imperator*, no ya como simple denominacion honorífica, sino como señal de autoridad, y para indicar, segun la espresion de Dion, un poder casi divino; y fué saludado con el nombre de Augusto (1) bajo el cual le designa la historia; y el mes *sextilis*, en que triunfó, recibió el nombre de *Augustus* (2).

De este modo el hombre más desprovisto de virtud guerrera obtuvo la supremacia en una época en que solo se hacia fortuna con las armas; doscientos mil armados le bastaron para tener á raya á ciento veinte millones de súbditos y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y para dar al mundo reposo el que no habia cesado de alterar la república. Acaso debió Octaviano precisamente su fortuna á la circunstancia de temérsele poco. Un mancebo, ó bien un niño, como le llamaba Ciceron, no hacia sombra á los senadores, hácia los cuales se mostraba sumiso, ni al pueblo, puesto que defendia sus derechos; es decir los derechos á las distribuciones y á los testamentos, mientras se apropiaba lo que existia más sólido y efectivo. Empeñáronse los soldados en amarle contra su costumbre, á pesar de ser cobarde y vil, quizá porque conocian hasta que punto necesitaba de ellos, y porque le habian tomado en cierto modo bajo su patrocinio.

Habíase reanimado la querella entre patricios y plebeyos después de la institucion del tribunado, y más abiertamente después de los Gracos. Es un triunfo para la aristocracia la muerte de los dos hermanos: Mario venga al pueblo; Sila restituye el poder á la nobleza; Sertorio, Lépido, Catilina la atacan nuevamente, y queda abatida por César en Farsalia. El favor que otorga á los asesinos del dictador el Senado, es el último aliento de la aristocracia que espira en Filipos; y habiendo llegado la infatigable democracia al término de sus comba-

---

(1) Ὡς καὶ πλεῖόν τι, ἢ κατὰ ἄνθρωπος ὤν. DIÓGENES, LIII.—¿Pero qué significa el nombre de Augusto? Festo le supone derivado de *avium gesta* ó de *avium gustata*, etimologia muy forzada. Otros lo sacan de *augurium;* algunos del vocablo griego αὐγή, que significa esplendor; otros de *augeo* en el sentido de consagrar la víctima: en este sentido tendria el Augusto el valor de consagrado. Esto hace decir á Ovidio (*Fastos*, I, 614):

«Sancta vocant augusta patres; augusta vocantur
Templa, sacerdotum rite dicata manu.
Hujus et augurium dependet origine verbi,
Et quodcumque sua Jupiter auget ope.»

La mayor parte le suponen derivado de *augere*, en el sentido de aumentar; por eso en una lápida de Juliano y en los panegíricos de Maximiano y de Constantino encontramos *semper augustus*, que han sido adoptados por los emperadores de Alemania y traducidos por *Mehrer des Reichs*, es decir, aumentando siempre el imperio.

(2) Macrobio nos ha conservado en las *Saturnales*, I, 12, el senado consulto que cambió el nombre de sextilis en el de augustus. «Cum imperator Cæsar Augustus mense sextili et primum consulatum inierit, et triumphos tres in urbem intulerit, et ex Janiculo legiones deductæ secutæque sint ejus auspicia, ac fidem, sed et Ægyptus hoy mense in potestatem populi romani redacta sit, atque ob has causas hic mensis huic imperio felicissimus sit ac fuerit, placere senatui ut hic mensis Augustus appelletur.»

tes, trabaja entonces por consolidar el despotismo de uno solo. No se trataba en la última guerra del triunfo de un partido, sino de averiguar á qué jefe obedeceria la victoriosa democracia. Augusto, que venció al fin, recibió la autoridad del pueblo, cuyos derechos representaba, y del ejército que constituia su fuerza. Desde este momento se encontró asentada la autoridad sobre las dos bases más sólidas del despotismo.

Todas las revoluciones anteriores se habian operado con las armas, y hollando la justicia y las leyes; de consiguiente habian sido rápidas y una sola batalla las habia decidido. Sila, Craso, Pompeyo, César habian habituado á los soldados á creerse el todo en la república, á obrar á pesar de ella y en contra suya. Craso hizo la guerra á los partos, y César á los galos, sin decreto del Senado ni del pueblo; Gabinio, á despecho de un decreto en contra, fué con las armas á restablecer en el trono á Tolomeo, y no por eso dejó de solicitar el triunfo. Habian empleado los triunviros los ejércitos de la república en pelear por su propia ambicion. Ya no necesitaba el demagogo halagar á la muchedumbre; bastábale hacerse amigos los soldados.

Estos no propendian al triunfo de una opinion ó de una causa, sino al de un hombre, sino á recompensas esperadas. Era su dios un general pródigo en donativos: ¿faltaba á sus promesas? entonces se inclinaban á otro bando. Si se les vencia, quedaba abandonado, porque no podia saciar ya su codicia. Bien se comprende que semejantes gentes no quisieran ó no pudieran oponer ningun obstáculo á Octaviano, que, conocedor de que su fortuna era obra de ellos, estaba siempre dispuesto á galardonarles. Los soldados de Lépido y de Antonio, que se habian incorporado á él, no por afecto, sino por avaricia, pretendian tambien ser remunerados, y se les distribuyeron las tierras de las provincias dominadas y de las que habian permanecido pacíficas. Como esta distribucion no bastaba, vendió su patrimonio, pidió prestado á sus amigos y contentó á sus ávidos veteranos.

No podia presentarse más propicia coyuntura á todo el que anhelara representar el papel de pacificador del mundo. Roma se sentia debilitada por aquellos veinte años de guerra civil y quince de anarquia: los caminos estaban infestados de bandas que despojaban á los viajeros, y se los llevaban esclavos. Dentro de la misma ciudad pululaban audazmente los bandidos: estaban arruinados los caballeros, hambrienta la plebe, las leyes ultrajadas, la Italia inculta, esquilmadas las provincias (3). ¡Cuánto tiempo hacia que ningun hombre de consideracion habia acabado naturalmente su vida! Cada uno entregaba un puñal á su liberto que debia clavárselo á la primera seña, ó llevaba consigo un sutil veneno. ¿Quién podia estar seguro del mañana, contar con sus campos ni con sus esclavos? ¿quién podia decir al salir rodeado de sus clientes que no encontraria algun sicario que le asesinara legalmente ó que no iba á leer su nombre en las tablas de proscripcion?

Sucede el abatimiento á las grandes agitaciones, y el hombre que aparece cuando ha cesado el sacudimiento, es saludado por el pueblo con el nombre de restaurador del órden; á él se atribuye el mérito de una curacion que proporciona naturalmente el tiempo á heridas que se cicatrizan. Dígalo Napoleon. Habian muerto en la pelea ó proscritos los más fervorosos republicanos, y la generacion existente no recordaba más que sangrientas revueltas, feroces gobiernos militares, tiranias atroces. Cuando después Bruto y Casio daban como desesperada su causa hasta el estremo de matarse ¿quién habia de tener valor para servir la *virtud* habiéndose proclamado que ésta era un sueño? Quiero decir que la antigua libertad romana no podia parecer ya posible al pensador, puesto que no quedaba otro medio que acercarse al menos malvado de los tiranos.

Ya seducida por el brillo de las victorias y escluida del poder la muchedumbre hacia cierto tiempo, nada tenia que echar de ménos. Obtenian los pobres distribuciones y espectáculos, es decir, todo lo que anhelaban: los ricos vivian holgadamente seguros ya de conservar su hacienda. Pareciales á los nobles más cómodo y más digno encumbrarse solicitando el valimiento de un hombre poderoso, que intrigando en medio de una versátil muchedumbre; obligadas las provincias á acariciar al pueblo y á la aristocracia, y reducidas al estremo de no saber á quien dirigir sus diputados ni sus quejas, tanto menos escuchadas cuanto eran más justas, columbraban más probabilidades de encontrar apoyo en un poder único, y esperaban que la sumision de la metrópoli les valdria el reposo, disminuyendo las dilapidaciones legales y los estragos de la guerra.

Ascendido el mismo Augusto al colmo de sus esperanzas, á aquella plenitud de poder en que es tan feroz como desatentado vengarse de sus enemigos, consideró provechoso deponer la cuchilla después de haberla empapado tan inhumanamente en sangre romana. En su lata política reconoció que era necesario disimular la servidumbre; porque la muerte de César le advertia que, satisfecho con gobernar, no debian encaminarse á reinar sus pretensiones. Antonio habia prometido restablecer la república, si salia victorioso. Augusto

(3) *Quis non latino sanguines pinguior*
Campus, sepulcris impia prælia
Testatur, auditumque Medis,
Hesperiæ sonitun ruinæ?
Qui gurges, aut quæ flumina lugubris
Ignara belli? Quod mare Dauniæ
Non decoloravere cædes?
Quæ caret ora cruore nostro?
HORACIO, Od., II, 1.

triunfante no descuidó nada para persuadir al pueblo de que nada habia cambiado, cuando se hacia dueño de todo, sabiendo por otra parte cuan provechoso le era en último resultado modificar solamente la esencia. Así halagando las ideas del mayor número dejaba morir de consuncion el espíritu republicano, que habria revivido sin disputa, si hubiera intentado combatirlo.

La voluntad que manifestó de abdicar la dictadura, para acabar como Sila en vez de caer como César, puede tenerse por sincera atribuyéndola á miedo. Sobre este punto consultó á Agripa y á Mecenas: el primero con su ingenuidad de soldado le exhortó á restituir la libertad á su patria, y á convencer al mundo de que no habia empuñado las armas sino para vengar el asesinato de su padre. Pero Mecenas le hizo presente cuán peligroso seria retroceder después de haber avanzado tanto; que debia conservar la autoridad para preservar la república de agitadores y ponerse á cubierto de venganzas (4). Con efecto ¿no habia tenido por objeto la monarquia cada uno de los pasos de Augusto? Sila, Mario, Catilina y los demás ambiciosos habian declarado su voluntad de restablecer la república, aun recurriendo á las mayores violencias. Augusto se habia presentado solamente como vengador del que habia destruido el gobierno republicano. Prevaleció, pues, el consejo más acorde con el deseo de Augusto. Subió de punto el crédito de Mecenas y sus dictámenes continuaron sirviendo de grande auxilio á Augusto para la buena administracion del imperio.

Lejos de estar agitado por aquella ambicion impetuosa que se complace en derrocar los obstáculos en vez de evitarlos, en arrollar las costumbres en vez de hacer que se vayan plegando lentamente á la perenne servidumbre, no pidió el título de rey, odioso á los romanos, sino que se contentó con el de emperador, que era uso adjudicar á los generales victoriosos, y el cual le hizo jefe de todas las fuerzas del Estado. Ni aún siquiera consintió que se diese la calificacion de señor ni á él ni á sus sobrinos (5). Siempre que se le rogaba que tomara el poder supremo, suplicaba de rodillas que se le dispensara semejante compromiso: al fin lo admitió por diez años: cuando espiró este plazo, se le prorogó por otros diez, después de renovarse la misma escena. Aconteció lo mismo durante su vida, y posteriormente dió esto origen á las fiestas decenales.

Al mismo tiempo que rehusaba los títulos, se atenia á la esencia de la cosa, y así se hizo otorgar el consulado año por año hasta el vigésimo primo antes de Cristo, y luego (año 19) á perpetuidad. De este modo tuvo el poder proconsular en todas las provincias, y se atribuyó la censura de las costumbres. Como príncipe del Senado presidia esta asamblea; como cónsul y procónsul gobernaba á Roma y á las provincias: como censor podia dar y quitar los honores, ejercer el espionaje, arreglar los gastos y las costumbres: como emperador mandaba los ejércitos. Hasta absorbió aquella partícula de autoridad en virtud de la que contribuia la religion á revalidar los actos públicos, y en calidad de soberano pontífice reparaba los templos, vedaba la alianza de las divinidades de Egipto con las de Italia, y hacia tambien quemar dos mil volúmenes de profecías, y purgaba los libros Sibilinos.

Pero el verdadero fundamento de su poderio era la autoridad tribunicia perpétua. En todas las demás magistraturas estaban limitadas las atribuciones, y Augusto hizo partícipes de ellas á algunos colegas; pero el tribunado hacia sagrada su persona; y culpable de lesa magestad al que atentara á ella: ponia en sus manos la interpelacion; y la apelacion al pueblo le constituia en representante de la democracia. Por eso no lo dividió más que con Agripa y con Tiberio, cuando se los asoció al poder soberano.

Mientras tuvo que sostener lides, le bastaba grangearse la voluntad de los ejércitos, al mismo tiempo que procedia con implacable rigor respecto de la poblacion indefensa; pero tan luego como llegó á desembarazarse de los soldados, conoció la necesidad de ganarse el afecto de los ciudadanos. Lejos de mostrar, á semejanza de César, desden hácia los senadores, á quienes temia hasta el punto de no presentarse enmedio de ellos sino cubierto con una coraza, y de no hablar nunca de ellos sino con gran respeto, cuando entraba en la curia saludaba á cada uno de sus miembros por su nombre, y no salia sin despedirse de ellos. Procuró aumentar la consideracion de este cuerpo, escluyendo los intrusos que se habian admitido allí durante las guerras civiles; y todo lo que era indigno debió salir de allí á consecuencia de condenas, ó retirarse

---

(4) Dion, lib. LIII, pone dos amplificaciones de retórica en boca de estos dos consejeros de la libertad y de la servidumbre del pueblo-rey.

(5) Augusto no quiso recibir más que de los esclavos el título de *dominus* y prohibió á sus hijos y á sus sobrinos que lo emplearan entre ellos. Ni aun el mismo Tiberio quiso tolerar que se le diera, y respondió á alguno que hablándole lo habia usado:—Yo soy príncipe del Senado, emperador del ejército; pero no soy señor más que de los esclavos.—Al revés, Calígula adoptó esta calificacion, si bien no fué imitado su ejemplo hasta Domiciano, que mandó espresamente se le llamara Señor y Dios, é hizo comenzar un edicto que dictaba, con estas palabras: *Dominus et deus noster sic fieri jubet.* Plinio elogia á Trajano por no haber admitido este título, aunque se lo da siempre en sus cartas. Además estaba muy en uso entre los particulares: Tibulo dice:

Quam juvat immites ventos audire cubantem,
Et dominam *tenere continuisse sinu,*

y Seneca nos enseña que esta era la espresion que se usaba con aquellos cuyo nombre no se recordaba. *Omnes candidatos bonos viros dicimus, quomodo obvios, si nomen non sucurrit, dominos salutamus.* Ep., 3.

voluntariamente cediendo á consejos oficiales. Redujo el número de mil al de seiscientos, que debian poseer ochocientos mil sextercios, y ayudó con los caudales públicos á aquellos cuya fortuna no era suficiente. Ordenó que los hijos de los senadores asistiesen á las sesiones fundándose en el decoro que sus padres merecian, pero en realidad para acostumbrarlos al nuevo órden de cosas y hacerles abandonar las instituciones antiguas; dispuso que celebraran una asamblea mensual, y que sus decisiones fueran valederas, aun cuando no se reuniera número bastante. Adoptadas estas disposiciones, escogió entre los senadores muchos consejeros privados (*consistorium principis*), con cuya asistencia y sin necesidad de distraer de continuo á la ilustre asamblea, despachaba los negocios más urgentes y aquellos que queria ocultar á los ojos de la muchedumbre. Daba el Senado audiencia á los embajadores: en su seno eran elegidos los gobernadores de las provincias, y si no podia negar su consentimiento á las medidas propuestas, á lo menos el emperador lo demandaba.

Halagados así con una delicada hipocresia, privados de todo poder efectivo y reducidos á no ser más que un simple consejo de Estado, no tenian los senadores que hacer otra cosa sino apoyar con su sufragio las resoluciones imperiales. A fin de que ni siquiera intentaran poner en peligro la paz pública, Augusto les prohibió salir de Italia sin su permiso.

Provincias.—Del mismo modo se dividió el gobierno de las provincias entre él y los senadores; pero señaló á estos los paises tranquilos y que nada tenian que temer del enemigo, reservándose, para tener motivo de conservar los ejércitos, las provincias turbulentas y amenazadoras (6). Hizo que fueran administradas por intendentes ó delegados anuales de nombramiento suyo, que ejercian la autoridad civil y militar, mientras que los procónsules elegidos por el Senado no estaban investidos más que con la primera. Pero en vez de los antiguos cuestores colocó cerca de unos y de otros, procuradores encargados de refrenar una autoridad ilimitada. Dependia, pues, la suerte de las provincias del carácter personal del príncipe, si bien en general la condicion de los habitantes en las que dependian del Senado, era más venturosa que en las provincias imperiales, porque estaban libres de las cargas militares. Bajo el imperio llegaron á una gran prosperidad el Africa y la España.

Magistrados.—Respecto de las demás magistraturas Augusto conservó el título y las esterioridades y fueron decayendo á medida que habian sido más elevadas. No tuvieron motivo de queja los caballeros, puesto que les conservó los juicios y la recaudacion de las rentas públicas. Conocieron los jueces en todas las causas, á escepcion de los asuntos capitales, que debieron ser llevados delante del gobernador de Roma, y en los casos graves ante el emperador mismo.

Hacia, pues, revivir el antiguo órden de cosas, menos las prerogativas de la aristocracia, y como Napoleon, al restablecer la nobleza y el fausto regio, echaba en olvido las prerogativas provinciales. Con un rasgo de pluma abolió los tiránicos decretos del triunvirato, si bien no osó destruir las antiguas leyes ni hacer otras nuevas. Abrogarse la autoridad legislativa hubiera sido por su parte pregonar la tirania, y consentir que la ejercieran los magistrados y el pueblo hubiera sido peligroso; no quedaba, pues, más recurso que procurar que fuera olvidada. En su consecuencia decidió que solo los jurisconsultos pudieran dar respuesta á las preguntas litigiosas, intimando á los juces no apartarse de sus decisiones. De este modo eligiendo legistas adictos á su persona, y dando autoridad pública á sus consultas, supo atribuirse la interpretacion de las leyes, sin que jueces ni oradores pudieran demostrar lo que las antiguas tenian de defectuoso, ni aun siquiera echar de ver en los debates que estaban totalmente modificadas.

Labeon.—Acreciéronse en virtud de esta resolucion estraordinariamente la consideracion y la importancia de que los jurisconsultos habian gozado en tiempo de la república, y Augusto no desperdició medio de proporcionarse poderosos instrumentos. Siendo su intencion formar un código, ofreció el consulado al célebre Antistio Labeon para que consintiera en enmudecer ó en hablar en sentido de sus miras; pero éste, *exento de ambicion, orgulloso de una libertad incorruptible, y no creyendo justo ni sagrado más que lo perteneciente á los antiguos, rehusó aquel indigno ajuste* (7). Ateyo Capiton se mostró menos intratable; supo lisongear á Augusto y adaptar las antiguas leyes al nuevo sistema, lo cual le valió recompensas del emperador.

Augusto ostentó singularísima habilidad en aprovecharse de las ocasiones para justificar las leyes favorables á su dominacion. La conjuracion de Fannio Cepion le permitió abolir la antigua costumbre segun la cual no era lícito proceder contra

(6) El territorio de las provincias senatoriales era llamado *Prædia tributaria* ó provincias del pueblo romano; el de las demás *Prædia stipendiaria*, ó provincias de César. Las provincias senatoriales fueron el Africa, compuesta de las antiguas dependencias de Cartago, la Numidia, el Asia propiamente dicha, la Acaya, el Epiro con Iliria, Dalmacia, Macedonia, Sicilia, Cerdeña, la Creta con la Libia, la Cirenaica, la Bitinia con el Ponto y la Propóntide, y por último, la Bética en España. Augusto guardó para sí el resto de la España, es decir la Tarraconense y la Lusitania, luego todas las Galias, las dos Germanias, la Celesiria, la Fenicia, la Cilicia y el Egipto. La Mauritania, una parte del Asia Menor, la Palestina y algunos cantones de la Siria, estaban bajo la dominacion de Roma, si bien dejaba ésta subsistir un gobierno nacional. En lo sucesivo cedió Augusto al Senado Chipre y la Narbonense, por la Dalmacia que adquirió en cambio.

(7) Tácito, *Ann.*, III, 75; Aulo Gelio, XIII, 12.

los ciudadanos ausentes, cualquiera que fuese su delito. Quiso que se formara proceso á los contumaces. Cuando se suscitó la cuestion de dar un colega al cónsul Sentio Saturnino, algunos competidores se propasaron hasta las violencias y ensangrentaron el foro. Ahora bien; para evitar que se renovara semejante escándalo, Augusto privó al pueblo del nombramiento del segundo cónsul, reservándoselo á sí solo; pero ingeniándose á fin de que este atentado contra la autoridad inviolable de los comicios no pareciera demasiado ofensivo, adjudicó los haces á Lucrecio Vipsanio, su enemigo, y fué ensalzado por su clemencia, cuando por usurpador merecia ser reprobado. De igual manera procedió con motivo de haber elegido el pueblo dos censores indignos: los depuso y después se atribuyó esta magistratura. Siendo tribuno inviolable y defensor de los intereses del pueblo, tuvo facultad para castigar como un sacrilegio todo atentado contra su persona; é identificándose con el Estado, puso en vigor las leyes de lesa magestad, en virtud de las cuales todo era lícito para descubrir á los reos de Estado. No podian ser puestos los esclavos en el tormento para deponer contra sus señores: Augusto no se atrevió á derogar esta ley, pero estableció que en el caso de *lesa magestad*, podrian ser vendidos los esclavos del reo al príncipe ó á la república, lo cual hacia admisible su testimonio.

Dispensó tambien á los ediles de dar funciones públicas que solian ser la ruina de sus casas, encargando en su lugar á los pretores que las hiciesen celebrar á expensas del erario público; y los ediles curules eran los que debian cuidar de apagar los incendios con el auxilio de seiscientos esclavos (8). No podian ya darse combates de gladiadores sin el consentimiento del Senado, ni habian de repetirse más de dos veces al año, no pudiendo exceder el número de gladiadores de ciento veinte: prohibió á los senadores y caballeros presentarse en el palco escénico; excluyó además de las luchas á las mujeres, aunque no puso dique alguno á su desenfreno, dejando este cuidado á sus maridos. Castigó á los que compraban votos, y prohibió á las provincias tributar homenajes públicos á los gobernadores hasta los sesenta dias después de haber partido; y con todo esto se alababa de haber despertado con sus nuevas leyes los ejemplos olvidados de los antiguos (9).

Ley Papia Popea.—Aun cuando distaba mucho de ser hombre de costumbres severas, aspiró Augusto á corregir las costumbres públicas, apartándose en esto del ejemplo de sus predecesores, que se habian aplicado á corromper al pueblo con prodigalidades y con la más insigne tolerancia (9 a. de C.). Contra el celibato dictó leyes cuyo nombre es el de dos cónsules célibes, Papio y Popeo, en testimonio singular del daño á que pretendia aplicar remedio. Pensó que era posible casar á las gentes por decreto y poblar nuevamente la Italia. Segun el testo de esta ley, todo el que no tenia herederos, los hombres á los veinte y cinco años y las mujeres á los veinte, no tenia derecho más que á la mitad de las sucesiones y de las mandas que pudieran corresponderle: lo demás ingresaba en el público tesoro. Debian obtener la preferencia para ser elegidos cónsules los candidatos que tuvieran más numerosa familia, y la preeminencia de los haces debia pertenecer entre los dos al que contara más hijos. Tres hijos en Roma, cuatro en Italia, cinco en las provincias eximian de todas las cargas personales. Después de tres partos llegaba á ser la mujer latina ciudadana romana, y la mujer romana, nacida libre, se emancipaba de la tutela del marido; la esclava liberta no alcanzaba este privilegio sino después de cuatro partos, y entonces podia testar, administrar su hacienda y heredar. Abolió la ley Voconia que escluia á las casadas de la herencia que escediese de una determinada suma (10).

Habiendo mandado el emperador reunir á los caballeros, segun costumbre, para el censo, mandó separar á los célibes de los casados. Como reparase que estos eran en corto número, les alabó por haber sido los únicos obedientes al voto de la naturaleza y de la sociedad civil, los únicos merecedores del nombre de hombres y de padres, y les prometió los principales empleos. Enseguida dirigió vivas reconvenciones á los célibes, que, no habiendo querido mostrarse hombres, ciudadanos ni romanos, se habian hecho, decia, delincuentes de asesinato, privando á la patria de nuevos ciudadanos; de impiedad, dejando fenecer el nombre de sus abuelos; y de sacrilegio disminuyendo el género humano. Después de haberles reprendido de este modo, les impuso crecidas multas para el caso de que no obedecieran á su ley en el término de un año. Nada prueba mejor hasta qué punto se habia hecho odioso el matrimonio, á pesar de la facilidad del divorcio, que lo debia hacer menos pesado; más no se curan con leyes una corrupcion tan profunda y un egoismo tan arraigado. Continuaron los ricos entregándose al libertinaje, ó si se casaron, fué para heredar, no para tener herederos: se aumentó el número de víctimas, y á esto se redujo todo. Los ciudadanos, que se habian resignado á la pérdida de sus libertades políticas, opusieron vivísima resistencia á esta reforma en las costumbres; luego la eludieron casando con niñas, perdiendo ó esponiendo el fruto de su union. Además el rigor de esta ley moral, aunque inoportuna, suscitó una

(8) DION, LIV, 2.

(9) *Legibus novis latis, exempla majorum exolescentia revocavi, et fugientia jam ex nostro conspectu avitarum rerum exempla imitanda proposui.* En los mármoles de Ancira.

(10) Véase GUST. HUGO, *Historia del derecho romano*, párrafos 295, 296; HEINECIO, *Antiq. romanorum jurisprudentiam illus trantium syntagma*, lib. I, título 25; DION, LIV, 53; TÁCITO, *Ann.*, III, 25 y 28.

plaga todavia peor que el libertinaje, los delatores, que penetrando en los secretos domésticos, alteraban la paz del hogar. Este espionaje fué llevado á tal esceso, que Tiberio hubo de moderar las disposiciones más severas. Es tambien de notar que en tiempo de Augusto no se encontraban doncellas que quisieran consagrar su virginidad á Vesta, aun cuando se les otorgasen los mismos privilegios que á las madres de familia.

A más reunia para la promulgacion de las leyes á los comicios en el campo de Marte, dando él mismo su voto con su tribu, y recomendando á las centurias los nombres de los que deseaba ver promovidos á las principales dignidades. Pero votando así en las elecciones era como si hubiera dispensado á todos los demás de hacerlo, del mismo modo que espresando su opinion en el Senado, arrastraba á toda la asamblea á votar segun su deseo. Luego al fin de cada año asistia aquel pueblo soberano á ratificar todo lo que habia hecho su representante. Así afectaba recibir de la libertad un poder que anulaba totalmente. Pero al lado de las formas democráticas iban apareciendo poco á poco las de la monarquia. Ella colocaba sus prefectos, sus funcionarios y no los de la ley. Enfrente del cónsul descollaba el *præfectus urbi:* los decretos eran promulgados en nombre del Senado y del pueblo quirite, si bien el emperador era el que los hacia. Habia con las provincias consulares las provincias cesarianas, y el emperador tenia tambien en las primeras agentes encargados de la administracion del fisco: y como esta administracion iba adquiriendo cada vez más importancia, la autoridad de los funcionarios imperiales se aumentaba de dia en dia.

El pueblo romano habia sentido la necesidad de un jefe; ya lo tenia; pero al aceptar la plenitud del poder popular, Augusto no pensó siquiera en la posibilidad de excesos futuros; no dió al pueblo ninguna prerogativa con que pudiese impedir que cayera en abyecta esclavitud, ni tampoco tomó medida alguna respecto de los soldados para que no se convirtieran en tiranos. César habia conducido más francamente al pueblo á la conquista de la propiedad y á los bárbaros al de su justo derecho, y fué instrumento de un progreso providencial, precursor de aquel que debia ser llevado á cabo por otros héroes no armados. Y en verdad César no tuvo entera conciencia de sus obras, ni estas tuvieron complemento, ni él podia tal vez dárselo. La plebe quedó aun pobre y sujeta así á vivir de las liberalidades de los emperadores, y perdió la libertad civil sin asegurar su sustento. Por muchas causas y por el carácter de Augusto, el imperio llegó á constituirse del peor modo posible, esto es, en despotismo militar; y sin embargo, esto dió orígen á la tribu y al municipio, únicos resultados á que habian llegado hasta entonces los movimientos occidentales, y á la formacion de un grande imperio con idioma, monedas y leyes comunes, con administracion, medios, derecho civil y político y un jefe único; lo cual impedia que Roma fuese todo y nada las provincias.

Ninguna idea generosa le regulaba; no se aseguraba la suerte del pueblo con ninguna mejora; la corrupcion seguia tomando nuevos brios, no pudiéndose esperar la enmienda sino de gente nueva y de nuevas ideas que fecundasen lo que habia de bueno, ó mostrasen lo mejor á que podia aspirarse y enseñasen á conseguirlo. Los contemporáneos no advirtieron estos efectos, y ni los sucesores inmediatos de Augusto, ni tampoco la filosofia más elevada durante el imperio hacian más que admirar las antiguas virtudes romanas.

Hacienda.—No hubo alteracion ninguna en la hacienda respecto de los manantiales de las rentas, aunque sí mucha en su administracion interna. El príncipe tuvo una caja particular y militar (11), distinta de la del Estado *(ærarium):* disponia á su antojo de la primera, y de la segunda con asistencia del Senado. Tantas guerras civiles habian introducido desórden en la hacienda, y especialmente en Italia, porque el pais habia permanecido á merced de los soldados, y muchas propiedades del Estado se habian adjudicado al príncipe. Aumentaba mucho los gastos la necesidad de mantener un ejército permanente; pero tambien se aumentaron los recursos con la adquisicion de Egipto, sede principal del comercio de Oriente, con la introduccion de nuevos impuestos y con el mejor reparto de los antiguos. Entre el número de los nuevos citaremos el vigésimo de las sucesiones y la multa que debian pagar los célibes. Como la mayor parte de estas sumas se vertian en el fisco, el emperador tenia en su mano el dinero, las legiones, todo.

Recaudábanse segun costumbre los antiguos impuestos por los caballeros; y por los procuradores del emperador los modernos. En esta materia la innovacion más notable fué que el emperador fijó la suma de las contribuciones que debian exigirse y el sueldo de los gobernadores.

Entre la divergencia de opiniones respecto de los ingresos, y ateniéndonos á un término medio, ascendian las rentas del imperio á 960.000,000 de pesetas.

Mecenas aconsejó á Augusto que declarase aptos para entrar en el Senado y en el órden de los caballeros á los ciudadanos más notables de las provincias, persuadiéndole además á que vendiese todos los bienes públicos para fundar con los productos de esta renta, un banco que prestase á in-

---

(11) Llamada *fiscus*, porque en un principio se depositaban gruesas sumas de dinero en cestas de mimbres, *fiscelle*. Así la palabra francesa *budget* se deriva de *bolgetta*, ó bolsa, en que el ministro llevaba á las cámaras las cuentas que debian discutirse. Debe sentirse la pérdida de un *Rationarium* ó *Breviarium totius imperii*, en que Augusto habia enumerado todas las rentas y gastos del imperio. SUETONIO, § 102 y 28.

terés módico y cuyo objeto fuera emplear el capital en beneficio de la agricultura y de la industria. Queria que tambien se impusiese otra contribucion á los súbditos libres del imperio y sobre todos los objetos susceptibles de tasacion (12). Mas fué desechada su opinion: y estando libres de tributos los ciudadanos, cuantos más eran, tanto más pagaban los tributarios. De aquí se siguió que afluyesen á Roma un gran número de ciudadanos, y se concentrasen las grandes riquezas en pocas familas, de modo que los emperadores sucesivos suplian la penuria del tesoro despojando á estas.

Ejército.—Una dominacion adquirida por la guerra habia de apoyarse por necesidad en un ejército permanente: le hacia asimismo falta para la seguridad interior y para la defensa de las fronteras. Pero á pesar de apoyarse en el ejército, nunca le toleró Augusto la licencia á que Sila y Antonio le habian acostumbrado. No perdonó á las legiones sus revueltas sino licenciándolas. Si una de ellas se desbandaba ó huia, la diezmaba. Los oficiales que abandonaban su puesto, eran condenados á muerte inmediatamente.

En vez de los terrenos que Sila y él mismo habian distribuido haciendo más precaria la propiedad, perjudicando el cultivo de las tierras y facilitando las sediciones, Augusto señaló un sueldo fijo á los guerreros (13). Cuando tuvo distribuidos los veteranos en treinta y dos colonias por Italia, desde donde podia llamarlos en caso necesario á las armas, mantuvo en pié veinte y dos legiones, ocho á orillas del Rhin, cuatro del Danubio, tres en la Dalmacia recien conquistada, cuatro junto al Eufrates y en la Siria, dos en Egipto y una en la provincia de Africa, sumando en junto ciento setenta mil seiscientos cincuenta hombres. Para la especial custodia del emperador y de la ciudad habia cerca de Roma nueve cohortes pretorianas mandadas por dos prefectos, y tres cohortes urbanas. Habia además una flota en el puerto de Rávena para vigilar la Dalmacia, la Grecia, las islas y el Asia: y otra en Miseno para custodiar la Galia, la España, el Africa y las provincias occidentales, tener limpio de piratas el mar y asegurar el trasporte de los víveres y tributos. Dependiendo todas estas fuerzas del emperador la monarquia era absoluta en el órden militar y se mostraba tal como era, sin la máscara que habia adoptado en el gobierno civil.

Cuando terminaron las guerras quiso purgar las legiones de la multiiud de esclavos que se habian alistado en ellas. En su consecuencia envió á los jefes de cada una, cartas selladas que debian abrirse el mismo dia. Contenian una órden á los tribunos militares para encadenar á aquellos de sus soldados que fueran reclamados por sus amos como desertores; y de este modo volvieron treinta mil esclavos á las ergástulas, y escluyó á los extranjeros de las legiones, haciendo alistar solamente ciudadanos. Manifestó intenciones de volver á anudar los vínculos demasiado relajados entre el órden civil y el órden militar, para que se acordaran los soldados de que eran ciudadanos y estos no tuvieran repugnancia de ser soldados. Así fué en apariencia; pero en realidad aquellos soldados no eran de la república, sino del emperador, y su ejército permanente dispensaba á los ciudadanos de la obligacion de entrar en el servicio del Estado cuando les tocara el turno. Perdíanse así entre ellos las costumbres militares, y resultó de aquí que las legiones fueron especialmente reclutadas en las provincias que suministraron una porcion de mercenarios cuyo único móvil era el sueldo y el botin, y dependientes del emperador más bien que de la patria. No á Constantino, sino á Augusto, es fuerza atribuir tales progresos en punto á tirania; es decir, el desarme de un pueblo entero y su sujecion á un ejército extranjero, sistema esencialmente militar, que hizo posible la dominacion desenfrenada de los Césares sucesivos (14).

Segun la antigua costumbre el triunfo se concedia solo á aquel bajo cuyos auspicios se habia llevado á cabo la guerra, y de consiguiente solo sobre el emperador recayeron semejantes honores. Pero habia cesado en la republica el sistema de las conquistas perpétuas, y la guerra no debia tener ya por objeto más que la conservacion de la tranquilidad. Cualquiera que fuese la ambicion de los emperadores, tenian que dominar sobre un espacio

---

(12) DUREAU DE LA MALLE, *Economia de los romanos.*

(13) Desde la dictadura de Fabio (217) hasta César (50), la paga del soldado fué de tres ases diarios (unos 27 céntimos); César la duplicó elevándola á diez y ocho dineros mensuales (14'72 pesetas); Augusto la conservó, pero Domiciano la elevó á veinte y cinco dineros al mes (20'47 pesetas). La gratificacion que Augusto concedió á los pretorianos fué de 20,000 sextercios (4,035'40 pesetas) después de diez y seis años, y para los legionarios, de doce mil (2,421'24 pesetas) después de veinte años de servicio. Para subvenir á tales pagas instituyó un tesoro cuyos primeros fondos puso de su propia riqueza.

(14) Vió y juzgó mejor que nadie esa revolucion Herodiano, el cual dice: Οἱ γὰρ κατὰ τὴν Ἰταλίαν ἄνθρωποι ὅπλων καὶ πολέμων πάλαι ἀμηλλαγμένοι γεωργίᾳ καὶ εἰρήνῃ προσεῖχον. ἐς ὅσον μὲν γὰρ ὑπὸ δημοκρατίας τὰ Ρωμαίων διωκεῖτο, καὶ ἡ Ἐγκλητος ἐξέπεμπε τοὺς τὰ πολεμικὰ στρατηγήσοντας, ἐν ὅπλοις Ἰταλιῶται παντες ἦσαν, καὶ γῆν καὶ θάλατταν ἐκτήσαντο, Ἕλλεσι πολεμήσαντες καὶ Βαρβάροις, οὐδέ τι ἦν γῆς μέρος, ἢ κλίμα οὐρανοῦ ὅπου μὴ Ρωμαῖοι τὴν ἀρχὴν ἐξέτειναν, ἐξ οὗ δὲ εἰς τὸν Σεβαστὸν περιῆλθεν ἡ μοναρχία. Ἰταλιώτας μὲν πόνων ἀνέπαυσε, καὶ τῶν ὅπλων ἐγύμνωσε, φρούρια δὲ καὶ στρατόπεδα τῆς ἀρχῆς προυβάλετο, μισθοφόρους ἐπιρητοῖς σιτηρεσίοις στρατιώτας καταστησάμενος, ἀντὶ τείχους τῆσ Ρωμαίων ἀρχῆς ποταμῶν τε μεγέθεσι καὶ ταφρων ἢ ὀρῶν προβλήμασιν, ἐρήμῳ τε γῇ καὶ δυσβάτῳ φράξας τὴν ἀρχὴν ὠχυρώσατο.

demasiado estenso, y encontraban grandes ventajas en la paz para que anhelaran los combates. Por su parte los generales no trabajando más que en obsequio de la gloria de un caudillo, y debiendo preservarse cuidadosamente de escitar sus celos, eran los primeros á enfrenar todo ímpetu belicoso.

En vez de ir á semejanza de Antonio á provocar á los príncipes de Oriente, Augusto los hizo llegar á su presencia para solicitar su amistad y su patrocinio. Enviáronle embajadores los escitas, los sármatas septentrionales, así como otros muchos pueblos: cuatro años enteros emplearon en su viaje los embajadores de los séres y de los indios, para presentarse á ofrecerle perlas, piedras preciosas y elefantes.

Letras.—No ignorando cuanto provecho redunda á los tiranos de conciliarse los escritores cuya pluma y cuya conciencia están á disposicion de todo el que quiere ponerles precio, favoreció y vió con agrado protejer á Mecenas á aquellos cuyo talento resplandecia con mayor brillo. Tomó las musas á su sueldo, si bien con el objeto de desarmar á la historia. Horacio, que habia combatido á las órdenes de Bruto, fué primero friamente acogido por Mecenas: luego que se ganó la privanza tuvo que corregirse de los accesos de entusiasmo republicano que le hacia exaltar las virtudes antiguas ó el valor indómito de Caton. Llegó hasta á ponerse en ridículo por haber arrojado su escudo en la jornada de Filipos. Mas no le bastó á Augusto que enmudeciera sobre ciertos asuntos, queria verle adulador: *¿Crees tú por ventura*, le decia, *que has adquirido mi amistad para que á los ojos de la posteridad te deshonres?* (15) Virgilio hubo de hacer servir su musa campestre y sus Geórgicas para distraer los ánimos de los disturbios civiles, y para disponerlos á la calma de la vida agrícola: luego cuando tomó más raudo vuelo, se impuso por tarea asociar los destinos de Roma á los de la familia Julia, y buscar al advenedizo, que acababa de sentarse en el trono, ascendientes entre los dioses y los héroes troyanos.

Todos estos favoritos repetian á porfía al pueblo que su salvacion estaba enlazada á la de Augusto; que solo él habia sabido encadenar al demonio de la guerra civil; que solo él podia remediar poco á poco los pasados desastres.

A este precio se alcanzan los favores de Augusto, harto bien imitado por otros tantos protectores de las letras, pero á semejanza de Napoleon, no se fia de los ideólogos. Escita sus sospechas todo el que se ocupa de filosofía, á menos de ser la de Epicuro ó la de Aristipo, que enseña á gozar de lo presente y á engolfarse en los placeres con cierta mesura. Por lo demás, si su ambicion necesita de la cabeza de Ciceron, se la entrega á los sicarios; si Ovidio le ofende, le destierra, y ni cantos ni súplicas obtienen que le restituya á su patria. Tíbulo no sabe doblegarse á la adulacion y se le deja en el olvido. Cornelio Galo es enviado á destierro por haber sostenido pláticas atrevidas (16); y allí es asesinado, y se prohibe á Virgilio hacer públicamente su elogio. Son quemados los escritos de Labieno (17), y éste queda reducido á morir de hambre. Timágenes de Alejandria, á quien habia elegido para historiógrafo suyo, le desagrada por haberse permitido una palabra punzante, y recibe órden de no llegar á presencia del príncipe nunca; lo cual le impele á arrojar á las llamas lo que ya llevaba escrito de la historia contemporánea, para emprender con más seguridad la de Alejandro.

A ejemplo de Augusto, Paulo Fábio Máximo protegia á los hombres de letras, que se reunian á comer, á conversar y á dar lecturas en su casa. Propercio recitaba allí sus elegias, Ovidio las descripciones eróticas que hacia correr libremente de su vena (18); Vario, sus tragedias romanas. En suma, todo el que gozaba de alguna reputacion encontraba allí oyentes, afabilidad y aplausos. Fabio era amigo de Augusto, quien se encaminó con el mayor sigilo en su compañia á la isla Planosa (*Pianosa*) para visitar á su segundo Agripa Póstumo, allí relegado y cuya vista llegó á arrancarle lágrimas. Nadie podia ver impunemente al viejo emperador enternecerse por la suerte de ninguno de aquellos á quienes habian resuelto no perdonar nunca. Ahora bien, habiendo confiado Fabio este secreto á su mujer, y esta á Livia, Livia habló de ello á Augusto, y al literato favorito se le halló podo después muerto.

Bajo la república las acciones reprensibles eran castigadas, las palabras eran libres; y bajo Augusto las palabras llegaron á ser delitos, y fueron culpables de alta traicion los autores de libelos infamatorios; y tenian que perseguirles los magistrados

(15) *Irasci me tibi scito quod non in plerisquæ ejus modo scriptis mecum potissimum loquaris. An vereris ne apud posteros tibi infame sit quod videaris familiaris nobis esse?* SUETONIO *in Horatio.*

(16) El gobierno de las provincias senatoriales, estaba confiado á procónsules, que debian haber sido cónsules y pretores. Solo el de Egipto se dió á un simple caballero, por miedo de que nombrando á un personaje ilustre tuviera tentacion de formar un Estado independiente. Cornelio Galo, á quien Virgilio dirigió su décima égloga, fué enviado á aquel punto, é hizo pesar sobre el pais y con especialidad sobre Tebas las exacciones más irritantes. Augusto lo despojó de su autoridad, prohibiéndole mostrarse en su palacio y en ninguna provincia imperial. Esta desgracia le indujo á proferir contra el emperador palabras malsonantes, lo cual le valió el destierro. Los aduladores de Augusto debian preservarse de encontrarle el menor defectó.

(17) Este es el primer ejemplo de ejecuciones por órden soberana. Ahora bien, en un tiempo en que eran raros los manuscritos, no era esto solo, como lo fué posteriormente, una formalidad infamante.

(18) *Ille egosum qui te colui, quem festa solebat*
Inter convivas mensa videre tuos
Sæpe suos solitus recitare Propertius ignes...
OVID.

con rigidez estremada, y hasta recurrir á la arbitrariedad para descubrirlos.

Tranquilo y saciado el pueblo no se ocupaba de estos hechos, porque prestaba fé á los repetidos encomios de los cortesanos. El emperador, se le contaba, ha llamado á Tito Livio, encomiador de Pompeyo, y no por eso ha dejado de conservarle su valimiento: ha dicho de Ciceron: *Fué un grande hombre y un amigo de la patria.* De Caton: *Es propio de un ciudadano y de un hombre de bien defender el gobierno establecido.* ¿Qué habia aquí de sorprendente? ¿No se proclamada Augusto restaurador de las antiguas virtudes? ¿No acariciaba la nacionalidad romana? ¿No es propio de todo restaurador aspirar á que reviva aquella parte del antiguo sistema que pueda propender de cualquier modo á consolidar el nuevo? Al ensalzar la Roma quirinal historiadores y poetas, no hacian más que alabar á Augusto, que invocaba los ejemplos de lo pasado, reparaba los templos ruinosos, erigia nuevamente las estátuas ennegrecidas por el incendio, queria ver á la piedad y á la inocencia expiar los crímenes de los pasados, procuraba hacer nacer el antiguo pudor, y devolver la castidad al hogar doméstico, para que las madres pudieran estar alegres viéndose rodeadas de una familia que se les asemejara (HORACIO). Era, pues, natural que deificara el pueblo á quien le gratificaba con tan venturosa paz (19); y Augusto se dignó consentir en ser dios, después de investido con la omnipotencia en la tierra.

Sea como quiera, y á decir verdad, en cuarenta y cuatro años de administracion no abusó del poder supremo, ni desperdició medio alguno de hacerse amar del pueblo. Tuvo la ciudad granos y juegos: llamó á los autores de más fama, prohibiendo á los ediles y á los pretores darles de palos cuando no gustaran. No obstante, habiendo sabido que uno de ellos llevaba consigo una mujer disfrazada, mandó que se apoderaran de su persona, que le azotaran en los tres teatros, y se le desterrara. Igualmente falló el destierro contra el célebre actor Pilades por haber faltado al respeto á un ciudadano, mas volvió á llamarle en breve á peticion del pueblo.

Poblacion.—Aumentóse la ciudad con elegantes construcciones, hasta el punto de abarcar, al decir de los historiadores, un espacio de cincuenta millas, conteniendo una poblacion inmensa. En virtud de su autoridad censorial ordenó Augusto repetidas veces el empadronamiento general de los ciudadanos. Háse conservado el resultado de algunos de estos encabezamientos: así el primero que se hizo inmediatamente después de la derrota de Antonio, produjo cuatro millones ciento setenta y tres mil individuos: el último, en el año de la muerte de Augusto, ofreció una disminucion de treinta mil almas.

No debe deducirse de esto que desde César á Augusto aumentase de un modo estraordinario y que después de cincuenta años de paz se habia disminuido la poblacion, pues los cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos empadronados bajo la dominacion de César, formaban una clase privilegiada como los veinte mil de Atenas, de la cual se hallaban escluidos los extranjeros, los colonos y los esclavos, clase alistada en unas tablas que cada tres años rectificaban los censores, y en que cada ciudadano estaba colocado segun su edad y su hacienda.

Estos eran los únicos que daban los soldados á las legiones, de modo que al aumentarse las guerras, fué preciso ensanchar en la misma proporcion el círculo de los ciudadanos. En las civiles en que los romanos luchaban contra romanos, el número de estos era muchas veces menor que el de los auxiliares: de aquí la extension que se dió al derecho de ciudadania. Y así como la plebe reclamaba participacion en los derechos de la nobleza y en las conquistas hechas en el extranjero, del mismo modo exigian los conquistados el derecho de ciudadania que les igualara á los vencedores á quienes no se creian inferiores en valor y cultura. En efecto, casi toda Italia, y después varias provincias lisonjeadas por los caudillos que necesitaban su apoyo, obtuvieron este derecho; de modo que en veinte y cuatro años creció el número de ciudadanos en nueve décimas partes.

Desde entonces no fué ya menester reclutar, como se habia practicado en tiempo de Sila, á libertos ni esclavos; gente que por no tener interés en la conservacion del órden de cosas establecido, tendia siempre al desórden; que no se aquietaba sino á costa de liberalidades corruptoras y que, licenciada, infestaba con sus hordas el imperio.

Habiendo cesado la necesidad de remediar violentamente las pérdidas que esperimentaba con el sistema de guerra continua, Augusto se manifestó cada vez menos accesible á conceder los derechos de ciudad y la emancipacion de los esclavos. Además, cambió las condiciones exigidas para la inscripcion en el registro del censo, y el cuarto año de J. C. no fueron allí comprendidos los ciudadanos ausentes de Italia, ni los que poseian menos de doscientos mil sextercios. Estos últimos comprendidos en el primer encabezamiento, si bien exentos de todas las cargas, no eran admisibles á ninguna magistratura. Así formaban una clase media, que debilitaba el poder de la muchedumbre, reducia el número de candidatos, y ponia obstáculo á las turbulencias de los comicios.

Respecto á la poblacion de Roma, es una cuestion en que se han exagerado mucho las opiniones: algunos la hacen ascender á catorce millones, cuando los más moderados la reducen á cuatro. Sabemos no obstante que por un principio religioso no se estendia la ciudad mucho más lejos del *pomœrio* de la ciudad primitiva, y que, aun después de ensanchada por Aureliano, no escedia su recinto de sus dimensiones actuales, cuyo circuito es de

(19) *Deus nobis hæc otia fecit.* VIRGILIO. Egl., I.

doce mil trescientos cuarenta y cinco pasos romanos (diez y ocho mil doscientos dos metros poco más ó menos) seis mil metros menos que Paris. Es verdad que habia muchos barrios fuera de este recinto; que eran estrechísimas las calles, hasta el punto de ser imposible ponerse á cubierto de la caida de escombros y llevar socorros en caso de incendio (20). Tenian las casas desmesurada altura, aun cuando Augusto prohibiera que se elevasen á más de setenta piés. Sin embargo, al verificarse su recenso en tiempo de Teodosio, no resultaron más que cuarenta y ocho mil trescientas ochenta y dos casas, lo cual impide prestar asenso á poblacion tan escesiva, sin que ayude tampoco á desentrañar la verdadera.

La necesidad de asegurar el sustento á semejante muchedumbre y de mantenerla en sosiego, hizo adquirir grande importancia al prefecto de la ciudad y al de las subsistencias, que, fué establecido en tiempo de Augusto para tener tambien en sus manos la policia de Roma. En tiempo de César ascendian á trescientos veinte mil los ciudadanos sustentados á espensas del público: él los redujo á doscientos mil. Además distribuyó dinero lo menos cinco veces (21), que nunca bajó de 200 sextercios ni ascendió á mas de 400 (40 ú 80 pesetas). Como eran partícipes de estas distribuciones hasta los niños de más de once años, la totalidad de indivíduos gratificados no era menor de doscientos cincuenta mil, lo cual producia en cada distribucion un gasto de diez á veinte millones. Agréguense á esto los enormes dispendios de veinte y cuatro espectáculos dados por el emperador en su propio nombre, y de otros veinte y tres en nombre de los magistrados ausentes ó sin disposicion de subvenir á ellos, no incluyéndose aquí las sumas que prestaba sin interés á los que se las demandaban mediante una hipoteca de valor doble (22).

Popularidad de Augusto.—Augusto no ostentaba ningun lujo en su persona ni en su manera de recibir: entraba de noche ó de incógnito en las ciudades para evitar las recepciones pomposas; vestíase como todos; llevaba trajes hechos en su casa, y no tenia más distincion que su guardia pretoriana. Habitaba la casa que habia pertenecido al orador Hortensio, y no se veian allí ornamentos ni objetos preciosos, á escepcion de una copa murrina, que habia pertenecido á los Tolomeos. Admitió convites de fuera hasta en casa de simples particulares, y habiéndole tratado un milanés harto mezquinamente, se contentó con decirle en tono de chanza: «No creí yo que fuéramos tan buenos amigos.» En los espectáculos tomaba asiento entre los jueces, afectando por otra parte presentarse en persona ante los tribunales para asistir en juicio á sus amigos y clientes, sufriendo los interrogatorios y las cuerdas réplicas de los abogados. Como le rogara un legionario que hiciera de abogado en su causa, y le respondiese que tenia muchas ocupaciones y enviaria en su lugar á otro, repuso el soldado: «¿He buscado yo por ventura á alguno que me reemplazara, cuando tuviste necesidad de mi brazo?» Y Augusto le defendió en persona. No otorgando los derechos de ciudad sino con extremada reserva, queria que los romanos conocieran su dignidad y llevaran la toga, y no el miserable vestido llamado *la cerna*. Al ver un dia á un ciudadano andrajoso se le oyó gemir y quejarse de que los romanos, señores del mundo, hombres á quien distinguia la toga (23), estuvieran reducidos á semejante miseria.

En él la afabilidad no perjudicaba á la firmeza: no quiso el título de *dominus*, pero tampoco dió ya á los legionarios el de camaradas, conociendo que habia dejado de ser soldado de fortuna. Habiéndole dado cuenta Tiberio de ciertos propósitos y quejas repetidas entre el pueblo, respondió: «Dejémosle decir, con tal que él nos deje hacer.» Como oyera á la muchedumbre clamar contra la escasez del vino y su crecido precio, dijo: «Agripa os ha provisto de buena agua.» Imaginando el pueblo en lo más desastroso de una epidemia que los dioses le castigaban por haber permitido á Augusto abdicar el consulado, corrió en tropel á su palacio, pidiéndole por dictador á voz en grito; pero lo resistió, prefiriendo el título de provisor general, que le ponia en proporcion de subvenir á las necesidades de la ciudad. Tan digno respeto á la nacionalidad romana le valió el título de Padre de la patria.

---

(20) SÉNECA, *Controv.*, II.

(21) El *congius* era entre los romanos una medida de seis sextarios, de cabida de ciento noventa y nueve onzas de agua, y servia para las distribuciones de aceite y de vino al pueblo. Cuando en vez de hacerse en especie se hicieron en dinero, se conservó el nombre de *congiarium* á las liberalidades que redundaban en provecho del pueblo, mientras que las distribuciones hechas á los soldados se llamaban *donativum*.

(22) Véase la nota *B* al final de este libro.

(23) *Romanos rerum dominos, gentemque togatam.*

CAPÍTULO XXII

GUERRAS DE AUGUSTO.

Esta mezcla de habilidad, de truhaneria, de modestia, de firmeza y de cobardia, fué por él sabiamente emplada, y así pudo conquistarse los corazones: pero para conservar la autoridad por espacio de cuarenta y cuatro años y saber persuadir al pueblo de que la seguridad de todos dependia de la conservacion de su persona, se necesitaba poseer un profundo conocimiento del corazon humano y haber nacido para gobernar.

Quedaban totalmente escluidas las guerras de ambicion, tanto por la nueva organizacion de Roma como por el carácter particular de Augusto; pero hubo muchas que le fué necesario hacer para asegurar la paz y ponerse á cubierto de futuros ataques.

Aquellos que opinan que la guerra civil debilita á un pueblo, tienen en contra suya el testimonio de la historia. En tiempos de guerra todo hombre está en obligacion de ser soldado, por no haber posibilidad de que permanezca indiferente en medio de la lucha de los partidos; y aun por fuerza tiene que familiarizarse, sino con las fatigas del campamento, á lo menos con los peligros del combate. Se desea además el servicio militar como un medio de libertarse de los horrores intestinos, y por conseguir privilegios negados á los que perseveran en la vida civil. Por otra parte, trastornando la agitacion hasta los cimientos de la sociedad, hace aparecer en la superficie hombres cuyo mérito en tiempos ordinarios hubiera pasado desapercibido, ó no hubiera tenido ocasion de desarrollarse. La Lombardia luchó contra Federico Barbaroja, después de haber derramado torrentes de sangre en la guerra de los concejos. Triunfaron los alemanes de los turcos, cuando aun estaban vivas las llagas de la guerra de los Treinta Años. Inglaterra desplegó toda su pujanza después de la guerra de las Dos Rosas. Después de la guerra de sucesion pudo España tentar un grande esfuerzo en Sicilia. Grande se mostró Francia después de las querellas entre las dos casas de Borgoña y de Orleans, como después de las guerras religiosas y de los disturbios de la Fronda; y en tiempo de su gran revolucion, cuando se notaba reaccion contra la capital en los departamentos, cuando la guillotina, la metralla y las anegaciones en masa eran la justicia que estaba á la órden del dia, hizo temblar á todos los tronos de Europa (1).

Roma en las guerras que llevamos narradas, mataba con el hierro con que se desgarraba á sí propia, la libertad de las naciones por la mano de Mario, de Sila, de César, de Pompeyo; y vinieron en pos Antonio y Augusto, que acabaron por estinguir en todos los pueblos conocidos hasta el último vestigio del espíritu de independencia, si acaso alguno le conservaba todavia.

Augusto volvió primeramente sus armas contra los bretones, á quienes no habia podido dominar César; pero sabedor de que los salasos á la falda de los Alpes, las cántabros y los asturianos en España, se habian sublevado, confió la primera espedicion á Terencio Varron, y tomó á su cargo someter á los rebeldes. Derrotólos efectivamente y los redujo al último apuro. Entre los cántabros (vizcainos) unos se dieron muerte, otros fueron vendidos: el resto debió marchar contra los asturianos, que sucumbieron entonces; y tras dos siglos de resistencia sufrió toda España el yugo de Roma (25 á 20).

Por la misma época Marco Craso batia á los mesios, nacion salvaje de las orillas del Danubio:

---

(1) Véase MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los romanos,* XI.

Marco Vinicio dominaba á otros pueblos germanos; Varron daba buena cuenta de los salasos, de los cuales eran trasladados cuarenta mil por Augusto á Eporedia (Ivrea), para padecer allí veinte años de servidumbre, al mismo tiempo que dividia su pais entre los pretorianos (25) y fundaba la colonia de Augusta Pretoria (Aosta). Una deliberacion del Senado ordenó la ereccion en los Alpes marítimos de un monumento, en el cual fueron inscritos los nombres de cuarenta y tres poblaciones de montañeses, sometidas al imperio por Augusto (2); otras sesenta tribus galas le elevaron un templo magnífico cerca de Lion (3), instituyendo juegos anuales, en que se distribuian recompensas á los poetas y á los oradores.

En Asia vinieron á ser provincias romanas la Pisidia, la Galacia y la Licaonia, á consecuencia de la estincion de la dinastia allí reinante.

Arabes.—Elio Galo, gobernador de Egipto, se puso en marcha contra los árabes septentrionales, si bien mal secundado por Sileo, ministro del rey de los árabes nabateos, contrariado por las enfermedades y por la índole indómita de aquellos moradores, fueron sus esfuerzos vanos, y pasó mucho tiempo antes de que los romanos acometiesen de nuevo á aquel pueblo, á quien la vecindad del desierto hacia indócil á toda clase de yugo.

Partos.—Por esta época derrocaron los escitas del trono á Tirídates, rey de los partos, y restablecieron á Fraates IV, que anteriormente habia conquistado la Media. Tirídates se presentó entonces á implorar el socorro de Augusto, y prometió rendirle el homenage de su corona. Por su parte Fraates despachaba embajadores para reclamar su esclavo fugitivo, y su propio hijo entregado á los romanos por Tirídates. Augusto dió audiencia á unos y otros ante el Senado: luego sin pedir dictámen á la asamblea respondió que no queria sostener á ninguno de los dos pretendientes; que Tirídates gozaria libremente en Roma de una honorífica hospitalidad, y que enviaria su hijo á Fraates, no bien hubiera restituido las banderas tomadas á Craso y á Antonio, así como todos los prisioneros. Murmuró el parto; pero cuando llegado á Oriente Augusto hubo restablecido con tanta suavidad como firmeza el órden en las provincias, aun cuando dependieran del Senado, y se aproximó á las fronteras de los partos, Fraates se apresuró á enviarle las enseñas y los prisioneros (21 y 20). Glorificóse de ello Augusto como de un triunfo, y para eternizar la memoria de este acontecimiento levantó un magnífico templo á Marte Vengador dentro de Roma.

Con la misma facilidad arregló los asuntos de la Armenia (20), derrocando del trono á Artaxias III, hijo de aquel á quien Antonio habia arrastrado en pos de su triunfo, poniendo en su lugar á Tigranes, su tio. Por otra parte, los gétulos de Mauritania, que se habian sublevado contra su rey Juba II y habian devastado la provincia de Africa, fueron sometidos por Cornelio Coso.

Hebreos.—Fijará mucho tiempo nuestra atencion otro pueblo que mueve á asombro bajo muchos aspectos. Dos pueblos parecen haber sido señalados especialmente por la Providencia para tener fuerza y vida, poder y duracion, segun su caráter diferente y el fin para que fueron escogidos por ella. El hebreo, custodio fiel del arca de la verdad, se parapetaba contra las supersticiones, manteniéndose desviado de los demás paises. Al revés el romano debia contener con el filo de su espada la subdivision infinita de los pueblos, é introducir el órden en el caos de las antiguas naciones, de suerte que aquellas que en un principio se combatian, chocaban y destruian, hubieron de confundirse en la unidad de la fuerza y del despotismo. Ha llegado el instante en que uno de ellos adelanta contra el otro: fija la vista del pueblo judio en el porvenir celeste, conoce que está cercano el tiempo en que su mision será cumplida, á la par que aquel cuya ley sufre, vá á preludiar con la paz de la servidumbre el silencio necesario para que se pueda oir la humilde voz que debe regenerar la tierra.

Hemos visto (pág. 170) que los hebreos estaban divididos entre dos hermanos, Aristóbulo é Hircano, en guerra uno contra otro. Abandonado el primero por su partido (65), llamó en su ayuda á los romanos, quienes á las órdenes de Pompeyo triunfaban entonces de Tigranes (4). Pompeyo en-

---

(2) Plinio copia la inscripcion del trofeo erigido en los Alpes en honor de Augusto, y nos dá á conocer de esta manera los nombres de los pueblos que habitaban en aquel territorio.

IMP. CÆS. DIVI F. AUGUST. PONT. MAX. IMP. XIII. TRIB. POT. XVII. S. P. Q. R. QVOD EIVS DVCTV AVSPICIISQVE GENTES ALPINÆ OMNES QVÆ A MARI SVPERO AD INFERVM PERTINEBANT, SVB IMPERIVM P. R. SVNT REDACTÆ. GENTES ALPINÆ DEVICTÆ. TRIVMPILINI, CAMVNI, VENOSTES, VENNONETES, ISARCI, BREVNI, GENAVNES, FOCVNATES: VINDELICORVM GENTES QVATVOR, CONSVANETES, RVCINATES, LICATES, CATINATES, AMBISVNTES, RVGVTCI, SVANETES, CALVCONES, BRIXENTES, LEPONTII, VIBERI, NANTVATES, SEDVNI VERAGRI, SALASSI, ACITAVONES, MEDVLLI, VCENI, CATVRIGES, BRIGIANI, SOGIONTII, BODIONTII, NEMALONI, EDENATES, ESVBIANI, VEAMINI, GALLITÆ, TRIVLLATI, ECTINI, VESGVNNI, EGVITVRI, NEMENTVRI, ORATELLI, NERVSI, VELAVNI, SVETRI.

Plinio añade: *non sunt adjectæ cotianæ civitates* XII, *quæ hostiles non fuerunt; item attributæ municipiis lege pompeja.* Lib. III, c. 20.

Véase SPITALIERI, *Noticias sobre el monumento de los Trofeos de Augusto de Torbia*, Turin, 1842.

(3) Lion estaba á la sazon situada sobre la altura denominada actualmente Faurviers (Forum vetus ó Forum veneris). En tiempo de Neron redujo un terrible incendio la ciudad á cenizas en el curso de una sola noche.

(4) No hay libros santos que cousultar en esta época,

vió en ausilio de Aristóbulo á Gabinio, que después de haber recibido 50 talentos de este pretendiente retrocedió sin hacer cosa alguna. Escauro fué después de él y recibió 3,000 talentos, intimando á Aretes, rey de los árabes, á que levantara el sitio de Jerusalen; y fué obedecido. Así se vió libre Aristóbulo del peligro que le amenazaba y hasta pudo arrollar á los sarracenos. En agradecimiento de este servicio aduló á Pompeyo y á los romanos en quienes desde entonces se cifraba toda la confianza de aquellos cuyos padres no la ponian más que en Dios y en su propio denuedo. En breve vió Pompeyo llegar á los dos competidores á abogar por su causa en su presencia, sin intervenir el pueblo, descontento de ambos para representarle, y que debia ser gobernado, no por reyes, sino por los sacrificadores del dios de Israel.

Toma de Jerusalen.— ¡Desventurado el pueblo que sin más fuerza que la del raciocinio está reducido á recurrir al que le supera en poderio! El arrogante romano intimó á Aristóbulo que le resignara la autoridad, y habiéndole encadenado marchó sobre Jerusalen (64).

Aprestábanse los parciales de Aristóbulo y de la independencia nacional á recurrir á las formidables armas de la desesperacion; pero Hircano favorecia á Pompeyo, quien se aprovechó del dia del sábado para tomar la ciudad, cuando los hebreos se abstenian de combatir por escrúpulo religioso. Doce mil hombres fueron asesinados, inclusos los sacerdotes, que en medio de la matanza no interrumpieron los sacrificios, y mezclaron su sangre á la de los holocaustos (1.° de Setiembre). Luego que hubo terminado su obra la espada, tocó el turno á la cuchilla, y muchos judios fueron ejecutados como fomentadores de turbulencias: este nombre se daba á la resistencia contra el extranjero. Hircano obtuvo el gran título de sumo sacerdote y de príncipe; mas hubo de pagar tributo, no denominarse rey y encerrarse dentro de los límites de Judea, restituyendo á la Siria todo lo que se habia conquistado en ella anteriormente. Pompeyo á fin de añadir á las desgracias el insulto, quiso entrar en el templo acompañado de numerosa comitiva, y hasta en el *sancta sanctorum*, donde solo el pontífice penetraba una vez al año para cumplir la gran expiacion.

Esta fué la última victoria de Pompeyo.

Jerusalen fué desmantelada; y habiendo dejado el general romano á Escauro para que tuviera el pais á raya, trasladó á Roma á Aristóbulo con sus dos hijos, Alejandro y Antígono (62), para ornar su triunfo. Como lograra Alejandro escaparse de Roma, reunió un ejército numeroso é hizo que levantara la cabeza el partido de su padre. Pero Gabinio, que mandaba las tropas romanas le derrotó, y después de indultarle, dividió el reino en cinco distritos.

Sanedrin. —Hasta entonces habia sido gobernada la Judea por dos consejos, uno compuesto de veinte y tres miembros, otro de setenta y dos, llamado el Sanedrin. No se hace mencion de este en tiempo de los jueces ni de los primeros reyes; pero los rabinos pretenden que data de la época en que Moisés eligió en el desierto los setenta á quienes encargó administrar justicia (5); que Salomon mandó construir un salon espacioso para sus reuniones; que no cesó de congregarse durante el cautiverio de Babilonia, y fué más tarde reinstalado en el segundo templo. Sea como quiera, un miembro del Sanedrin residia en cada una de las ciudades del reino y dos dentro de Jerusalen. Los miembros del otro consejo permanecian todos en la capital, se reunian en el templo y decidian sin apelacion con exclusion de todos los demás tribunales. Gabinio disolvió los dos consejos á fin de establecer en cada uno de los cinco distritos un tribunal independiente, compuesto de los principales habitantes, debiendo ser llevada á Roma la apelacion á sus fallos. Hallábase, pues, cambiada la monarquia en aristocracia.

Estas innovaciones descontentaron á los hebreos, quienes se mostraron más favorables á Aristóbulo luego que hubo conseguido tornar á su patria; pero fué batido y obligado á arrastrar otra vez sus antiguas cadenas. Hircano, por miedo á la familia desterrada y á un pueblo que indignándose del yugo extranjero, volvia á empezar á sublevarse de vez en cuando, se mantenia sobre un pié de estrecha alianza con los romanos. Inducíanle tambien á ello los consejos de Antipas, oriundo de Idumea, que dirigiendo á su antojo á su indolente soberano, se abria á sí propio el camino del trono. Por adulacion habia grecizado su nombre en el de Antipatro; y nada habia que no estuviera pronto á conceder á los romanos, á quienes secundaba en nombre de Hircano en las guerras con las naciones vecinas.

Craso se detuvo en Jerusalen en el momento en que marchaba contra los partos (54); é informado de los grandes tesoros del templo, á que se habia abstenido de tocar Pompeyo, tomó de allí 10,000 talentos sin contar una gruesa barra de oro de peso de setecientas cincuenta libras. Era para sub-

---

y solo tenemos por guia á FLAVIO JOSEFO en sus *Antigüedades judaicas*.

El buen criterio de los lectores comprenderá sus exageraciones.

(5) Este es uno de los puntos discutidos por los talmudistas. Comparan á Moisés á una antorcha, que sirve para encender otras sin perder nada de su brillo. Pero ¿cómo elegir setenta personas en doce tribus? Si se toman seis de cada una sobran dos: aquella de que se hubiera sacado ménos número se hubiera sublevado. Moisés escribió, pues, en setenta billetes la voz *anciano* y dejó dos en blanco: enseguida mandó que se echaran suertes y aquellos á quienes tocaron los billetes blancos se creyeron excluidos por la voluntad de Dios *(Talm. tract. Sanhedr.*, fol. 17).

venir á los gastos de la guerra cuyo resultado le fué tan funesto. César con la intencion de contrariar á Pompeyo restituyó la libertad á Aristóbulo, á quien envió á Judea con dos legiones para asegurarse de la fidelidad de la Siria; pero Pompeyo mandó que le envenenaran en el camino, y su hijo Alejandro que se aprestaba á incorporársele, fué sometido á un proceso y decapitado de órden suya (47). Quedaba Antígono, el otro hijo de Aristóbulo: cuando César volvió á Egipto después de haber avasallado á Siria, Antígono le pidió que le restableciera en el trono; pero Hircano habia contraido tantos méritos con César, que este le confirmó, así como á sus hijos, en el supremo pontificado y en el principado de Judea, manteniendo á Antipatro al frente de la administracion. Así restableció el gobierno monárquico á lo menos en la apariencia. César permitió además volver á levantar los muros de Jerusalen. Herodes ascalonita, segundogénito de Antipatro, adquirió, merced al apoyo paternal y á su propia ambicion, tanto poder y arrogancia, que mató por su mano á un malhechor sin aguardar su condena. Citado ante el Sanedrin para justificar su conducta, entró en el salon de la asamblea, seguido de una tropa de hombres armados, á semejanza de Clodio en Roma, lo cual impuso silencio á denunciadores y jueces. Pero el virtuoso Sammeas, lleno del temor de Dios que impide temer á los hombres, levantó la voz contra semejantes abusos. Indignado al ver que cuando en otro tiempo los acusados iban á implorar misericordia, suelto el cabello y cubiertas de cenizas sus vestiduras, aquel audaz se presentaba vestido de púrpura, exhalando los perfumes de Arabia y rodeado de sicarios, predijo que el dios de los ejércitos castigaria la debilidad de los magistrados, entregándoles á la venganza del que les infundia miedo; y no tardó en cumplirse su profecia.

Después de la muerte de Cesar, Herodes y su hermano mayor Fazael, señores ya de la Judea, se declararon en favor de Casio, quien impuso al pais 700 talentos de contribuciones; y les otorgó su beneplácito para asesinar á Malico, asesino de su padre. Cuando alcanzó Antonio la victoria, siguieron su fortuna y se pusieron de su parte. No obstante, siempre subsistia el bando hostil al extranjero, y tomó por jefe á Antígono, último hijo de Aristóbulo. Este no vió para sí probabilidades de triunfo sino en el apoyo de los partos. En efecto Pacoro, general de su rey Orodes, entró en la Siria y tuvo muy pronto en su poder á Hircano y á Fazael, que le fueron entregados traidoramente. Fazael se quitó la vida; Antígono mandó cortar las orejas á Hircano, á fin de que no fuera ya apto para el sacerdocio, entregándole despues á los partos para que le llevasen á Oriente (40). Conducido á Babilonia permaneció prisionero en Seleucia, hasta que Fraates IV le libertó de sus cadenas al ser ascendido al trono, y le permitió estar en relaciones con los hebreos refugiados en gran número á aquella ciudad. Estos le veneraban como á rey y rehusaban rendir homenage á Antígono, que ocupaba en Jerusalen un trono mal adquirido.

Herodes.—En tanto Herodes habia huido entre los árabes, libertándose de todas las emboscadas; de allí habia pasado á Egipto y luego á Roma, donde ganó totalmente el valimiento de Marco Antonio; y aun cuando no entrase en la política romana desposeer á las familias reinantes, *fué arrancado el cetro á Judá y su descendencia*, segun la profecia (Génesis XLIX, 10), y fué adjudicado á este aventurero. Herodes subió al Capitolio entre Octaviano y Antonio (40), con los cónsules, los senadores y los principales ciudadanos; recibió la investidura y se puso en marcha con direccion á Judea.

Poco dispuesto Antígono á ceder el trono en virtud de un decreto, resistió dos años al idumeo aliado del extranjero (38). Herodes asedió á Jerusalen, y para granjearse la voluntad del pueblo, se casó con Mariamne, hija de Alejandra, que tenia por padre á Hircano, y de Alejandro, nacido de Aristóbulo, heredero de los Asmoneos. Con ayuda de los romanos llegó al fin á apoderarse de Jerusalen (37), defendida con más denuedo que habilidad por sus moradores, y la entregó á la matanza y al saqueo.

Muerte de Antígono.—Antígono fué enviado á Antonio, que se encontraba en Antioquia: á instancias de Herodes, el triunviro le condenó á ser azotado y al hacha de los lictores, que colgaron su cadáver de las horcas patibularias, suplicio á que ningun rey habia sido llevado hasta entonces. Tal fué el ignominioso fin del último príncipe Asmoneo.

Para afirmarse en el trono empezó Herodes por dar muerte á todos los miembros del Sanedrin, que por patriotismo se habian opuesto á su dominacion, escepto dos que habian sido de dictámen de rendirse. Al saber la elevacion de su hechura, Hircano volvió del destierro con la esperanza de volver á ascender á su categoria. Hízole Herodes la más cordial acogida, pero no le concedió el sacerdocio ni autoridad alguna. Al revés, elevó al pontificado á Ananiel, hombre oscuro, que hasta entonces habia sido esclavo en Babilonia. Como los hebreos murmurasen mucho de eleccion semejante, y viendo Herodes que Alejandra, su suegra, desearia aquella dignidad para su hijo Aristóbulo, satisfizo este gusto. Apercibiéndose posteriormente de que ella intrigaba en secreto para derrocarle del trono usurpado, hizo ahogar al jóven pontífice, y no dejó sobrevivir á Hircano sino muy poco tiempo. Con ellos se estinguió toda la descendencia de varones de los Asmoneos.

Mariamne.—Herodes tuvo que ir á dar cuenta de esta política atroz, una vez á Antonio en Siria, y otra á Augusto en la isla de Rodas. Temiendo que le quitasen la vida, habia dejado órden á José, su tio, de que matara tambien á la reina Mariamne, si llegaba á saber su muerte. Mariamne era una mujer encantadora, y de la cual estaba tan enamorado como celoso. José reveló la comision que se le habia impuesto á Mariamne, la cual tomó aversion á

su feroz amante, sin que procurara disimularla. Salomé su cuñada, que la aborrecia de muerte, aprovechó esta ocasion para acusarla delante de Herodes de haber querido refugiarse al campamento romano, y de mantener con José criminales relaciones. El rey mandó asesinar á aquel presunto rival y formar un proceso á Mariamne, que fué condenada á muerte. Padeció con la dignidad tranquila de la inocencia el suplicio, y los ultrajes todavia más dolorosos de su madre Alejandra, que llegó hasta arrancarle á puñados los cabellos (29). Esta mujer ambiciosa queria por este medio conciliarse la buena voluntad de Herodes; pero la vileza no conquista amigos.

La imágen de la mujer inocente que habia hecho perecer y á quien no cesaba de amar, no dejó á Herodes treguas ni descanso; y la peste que llegó á asolar el pais, se consideró como castigo del cielo. Habiendo querido aprovecharse la inquieta Alejandra de los desórdenes que de aquí resultaron, para encumbrarse al trono, fué condenada al suplicio; otros padecieron la misma suerte á consecuencia de las sospechas del rey, ó más bien por una necesidad casi fatal que hace que un crímen traiga en pos de sí mil crímenes. Acaso se dedicó á construir y á innovar Herodes solo para distraerse. Sin miramiento á los usos de la patria adoptó el de los gentiles, abrió en la ciudad del Señor un teatro para las representaciones obscenas, y un anfiteatro para los espectáculos sangrientos. Erigió trofeos y un templo en Perea, cerca del Jordan, á Augusto, quien le habia perdonado el favor de Antonio. En honor suyo dió el nombre de Sebaste á Samaria, que mandó erigir de nuevo. Envió á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro, á que se educaran en Roma, donde se alojaron en el palacio de Augusto. En recompensa de sus homenajes y de su fidelidad, el emperador añadió á sus Estados la Samaria, la Galilea, la Perea, más acá del Jordan, la Iturea, la Traconita y las rentas de Idumea. Nombróle, además, gobernador de Siria, y confió á su hermano Feroras una tetrarquia más allá del Jordan.

Reedificacion del Templo de Jerusalen. — Esta dependencia del estranjero desagradaba á los hebreos, quienes murmuraban sordamente: pero hacia que fueran vigilados por espias, y de vez en cuando castigaba á los más hostiles. Hizo tambien levantar torres en Jerusalen para mantener el pueblo á raya, lo cual no le estorbó intentar ganarse su afecto con ocasion de una terrible sequia, y especialmente proponiéndole la reedificacion del templo, que, á consecuencia de tantas vicisitudes estaba próximo á arruinarse (año 19). Fué empezado efectivamente bajo las mismas proporciones que el de Salomon, y aun se trabajaba en su fábrica en tiempo de J. C. (6).

No puede menos de causar asombro ver á la Judea tan rica después de tantos desastres y rapiñas, cuando el largo cautiverio de Babilonia habia dejado el terreno inculto, y producido el desmoronamiento de los pequeños muros que sostenian la tierra en las laderas de las rocas. La industria de un pueblo esencialmenle agrícola supo restituir al pais su fertilidad artificial, y el valor que inspira el patriotismo hizo volver á fabricar los edificios derribados. Rodearon los Asmoneos á Jerusalen de murallas y fuertes: trabajóse noche y dia por espacio de tres años en demoler la antigua ciudadela y en allanar la montaña. Simon erigió para su familia un magnífico monumento de mármol blanco, con pórticos sostenidos por columnas monolitas, y acompañado de siete pirámides que se descubrian desde el mar. Pronto veremos cuantas construcciones emprendió Herodes. Hacia trabajar en el templo á diez mil obreros, con cien carros, bajo la direccion de levitas instruidos en el arte de tallar la piedra y de forjar los metales (7): durante la escasez derramaba en lo interior socorros á la par que hacia brillar en lo esterior su magnificencia. Asi elevó muchos edificios en Nicópolis y diversos monumentos en Atenas. Reconstruyó en Rodas el templo de Apolo Pitio: Antioquía le debió una magnífica plaza; Ascalona un palacio y otros edicios; y por último, dió á los juegos olímpicos nuevo esplendor, y aun diriamos más, si otorgásemos mayor confianza á las narraciones de Josefo (8).

Herodes fué recibido en Roma con grandes honores cuando llegó allí para llevarse sus hijos á su patria (16). Hizo casar á Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y á Aristóbulo con Berenice, hija de su hermana Salomé. Estos dos jóvenes se habian adquirido por sus esquisitos modales y por sus costumbres distinguidas, el afecto del pueblo, que les notaba semejanza con la infeliz Mariamne. Como no podian olvidar el fin cruel de su madre, disgustaron á Herodes, quien dedicó todo su cariño á Antipatro, que habia tenido de Doris. Le envió, pues, á Roma con apremiantes recomendaciones; y usando de la facultad que le habia concedido Augusto de disponer de sus Estados en favor de quien quisiera, le instituyó su heredero (año 9). Cada dia aquel mismo Antipatro, Salomé y Feroras agriaban más á Herodes contra sus hijos, imputándoles desleales tramas: esta acusacion, como acaece á menudo bajo príncipes débiles ó perversos, era, mucho tiempo hacia, el arma de la familia reinante. Viéndose Alejandro cargado de cadenas, concibió tal pesadumbre, que se confesó delincuente de conjuracion, si bien denun-

---

(6) S. Juan, II, 20: *Quadraginta et sex annis ædificatum est templum hoc.* Teniendo el texto griego el aoristo, debe traducirse de este modo: *Hé aquí que hace cuarenta y seis años que se está edificando el templo.*

(7) Flavio Josefo (*Antigüedades judáicas*, lib. XV, 15), trae una relacion minuciosa de esta construccion.

(8) Véase Guenée, *Cartas de algunos judíos á Voltaire.*

ciando como cómplices suyos á Salomé, á Feroras, y á los principales cortesanos. Entonces Herodes, que heria incesantemente á nuevas víctimas, y padecia más que aquellos á quienes atormentaba, fué presa de mil nuevas sospechas.

Arquelao, rey de Capadocia, llegó á libertar á su yerno del peligro, como tambien á aplacar los ánimos, y logró reconciliar al padre con sus dos hijos (año 7). No tardaron en asaltar á Herodes nuevas desconfianzas: á tal punto llegaron las cosas, que mandó congregar en Berito un tribunal con autorizacion de Augusto, é hizo comparecer allí á sus dos hijos, que fueron condenados á muerte. Desquitóse de su pérdida prodigando la solicitud más afectuosa á sus nietos, á quienes habia hecho huérfanos. Aristóbulo dejaba á Agripa y á Herodías. Alejandro era tambien padre de dos hijos, Tigranes, que fué más tarde rey de Armenia, y Alejandro.

Con intencion de adherirse el pueblo con más sólido lazo, exigió Herodes que le jurase fidelidad, como tambien al señor del imperio; pero los fariseos y los esenios se negaron á ello, prohibiendo la ley, segun su dicho, prestar juramento á un príncipe extranjero (9). Herodes que, á trueque de proporcionarse dinero, no habia temido violar el sepulcro de David, impuso una pesada multa á los que pretendian oponerle resistencia, y la mujer de Feroras la pagó con el designio de reconciliarlos. Entonces los fariseos divulgaron una profecia, segun cuyo testo, el reino pasaria de la dinastia de Herodes á la de Feroras. Hizo el rey que pagaran muchos de ellos esta profecia con su sangre: exigió además que Feroras repudiara á su esposa, y como se negara á ello, le desterró de la corte.

El deseo de venganza inspiró al príncipe desterrado la idea de entenderse con Antipatro, el hijo ingrato de Herodes, que pareciéndole que su turno de reinar se dilataba mucho, queria acelerar la muerte de su padre. Pero durante sus maquinaciones, exhaló Feroras su último aliento, envenenado, segun se dice, por su esposa: la conspiracion fué descubierta: se quitó la vida a Antipatro; y Salomé y Doris fueron blanco de persecuciones: hé aquí los crímenes, los castigos, las venganzas, que desolaron la vejez de Herodes.

Muerte de Herodes.—Por último, en medio de atroces tormentos, acrecentados más y más con los ultrajes que anticipadamente prodigaban los judios á su memoria, y que reprimia en vano con un rigor siempre en aumento, murió á la edad de setenta años, después de haber reinado treinta y siete (1 de J. C.)

Poco antes de morir habia mandado reunir dentro del circo de Jericó á los más notables entre los hebreos, ordenando que fuesen asesinados á su muerte, á fin de que no faltasen lágrimas en sus funerales. Pero aquel insensato mandato quedó sin efecto, y fué proclamado sucesor de Herodes otro hijo suyo llamado Arquelao. Bajo el título de etnarca obtuvo la mayor parte de los Estados paternales; pero su conducta avara y cruel, suscitó contínuas sediciones, y no habia ambicioso alguno que no aspirara á reemplazarle. Al cabo, Augusto le mandó formar proceso, y le envió desterrado á Vienna (6 ó 9).

Judea provincia.—Entonces Judea y Samaria fueron incorporadas como provincias á Siria (26—36) y gobernadas por procuradores dependientes del procónsul de Siria, entre los cuales fué el más célebre Poncio Pilatos.

Filipo y Antipas, hermanos de Arquelao, quedaron durante su vida como tetrarcas, el primero á la cabeza de Betanea y de Traconita, y el segundo, de la Galilea (10), y después estos dos paises tambien fueron reunidos á Siria (36 á 39).

Germania.—Estas adquisiciones importantes habian sido sumamente fáciles al venturoso Augusto; mas no aconteció lo mismo cuando tuvo necesidad de avasallar á los pueblos de la Germania, entre los cuales empezaba ya á sentirse aquel impulso hácia el Mediodia, que debia causar la caida del imperio y renovar la faz del mundo.

Agripa, que habia quedado en Roma en calidad de gobernador durante la ausencia de Augusto, partió después de su regreso y se adelantó hácia el Rhin, para repeler á los germanos que lo habian cruzado (19). Pero apenas se hubo dirigido á otro punto, cuando los sicambros, los usipetos y los tencteros volvieron á pasarlo y desafiaron á Marco Lolio, procónsul de la Galia, que los repelió á su vez. Por la misma época, los retios hicieron una escursion á Italia donde llevaron la desolacion y el estrago: si se apoderaban de una mujer en cinta, hacian que sus mágicos adivinaran el sexo del niño que llevaba en su seno, y si declaraban que era varon, la mujer era asesinada (15). Druso, segundo hijo de Livia, fué enviado contra aquellos feroces enemigos y los venció. Aquellos que lograron escapar, se unieron á los vindelicios; intentaron una invasion en la Galia, pero Tiberio, hermano mayor de Druso, los derrotó completamente: y la Retia, la Vindelicia, la Nórica, fueron reducidas á provincias, como la Panonia, la Mesia y la Liguria cabelluda (*comata*, año 12), en los Alpes marítimos (11).

---

(9) *Non poteris alterius gentis hominem regem facere, qui non sit frater tuus.* Deut., XVII, 15.

(10) Habiendo conquistado los gálatas tres provincias del Asia Menor, las dividieron en cuatro cantones, cuyo gobierno fué conferido á cuatro de sus jefes, á quienes dieron el nombre de tetrarcas, porque cada uno de ellos imperaba sobre la cuarta parte de la Galacia. Tal fué el orígen de este nombre de tetrarca, adoptado posteriormente por muchos pueblos del Asia, con una significacion diferente, y dado á todo príncipe independiente, aunque no tuviera á sus órdenes más que una ciudad sola.

(11) *Videre Rhæti bella sub alpibus*
Drusum gerentem, et Vindelici...

Apenas reunen nuevas fuerzas los germanos, vuelven á la carga y se arrojan sobre la Galia. No solo los repele otra vez Druso, sino que penetra en el tertitorio de los usipetos y de los sicambros: los combate en las comarcas que componen actualmente la baja Alemania, la Westfalia, y la baja Sajonia y Hesse: y aunque cuentan por auxiliares á los pueblos que moran en las costas del Océano Germánico, batavos, frisones, caucios, los derrota por tierra, y junto al Ems y al Weser: opone por barrera á nuevas escursiones cincuenta fuertes y los Fosos Drusios, canal que junta el Rhin con el Saale (año 10). Esta guerra era más difícil de concluir que amenazadora para el imperio. Con efecto, en un territorio sin ciudades ni aldeas, desprovisto de víveres, cortado por montañas, estanques y selvas, tenian los naturales proporcion de esconderse en todas partes, á fin de aprovechar la ocasion de caer sobre el ejército durante sus marchas ó en sus momentos de escaseces.

A fin de quitar á los bárbaros el deseo de atacar de nuevo el imperio, Augusto encargó á sus yernos invadir la misma Germania (año 9). Tiberio dominó á los dacios y trasladó cuarenta mil de ellos á la Galia. Druso cruzó nuevamente el Rhin y el Weser, y luego levantó trofeos á orillas del Ems, que no debia volver á pasar nunca; murió de repente, no sin graves sospechas de un delito. Efectivamente se repetia en voz baja que ardiente republicano habia disimulado mal el deseo de restablecer el antiguo órden de cosas, y aun comprometido á Tiberio á secundarle; que para desembarazarse este de un competidor al imperio, se lo habia descubierto á Augusto, quien hubo de decretar su muerte. Este mancebo adornado con todas las prendas de que puede dotar la naturaleza y que hace adquirir la educacion, fué universalmente llorado.

Tiberio empleó los recursos de un hábil talento para continuar una empresa que la fuerza habia enderezado por buen camino; sembrando la discordia entre las diversas tribus, trasplantando poblaciones, ganándose amigos en medio de ellas, desalentó de tal modo á los germanos, que imploraron la paz: pero se la negó Augusto y encargó á Domicio Enobarbo y luego á Marco Vinicio proseguir la guerra (12).

Vindelici didicere nuper
Quid Marte posses: milite nam tuo
Drusus Cerauncs, implacidum genus,
Brennosque veloces et arces
Alpibus impositas tremendis
Dejecit, acer plus vice simplici.
Major Neronum mox grave prælium
Commisit, immanesque Rhætos
Auspiciis populit secundis.

HORACIO, IV, 4, 14.

(12) WILHELM.—*Die Feldzüge des Nero Claudius Drusus in Niederdeutschland.* Halle, 1826.

WASCHMUTH.—*Animadv. in Taciti historiam expedit. Germanici in Germaniam.* Kiel, 1821.

Tiberio para quien los celos de Augusto podian ser ya el único obstáculo á su esperanza de sucederle, habia afectado para no dispertarlos, estar harto de guerra y exento de toda ambicion. Retirado á Rodas frecuentaba solamente las escuelas, las academias y los adivinos (4 a. de J. C.) No obstante, contra lo que esperaba, en vez de ser llamado, tuvo que sufrir en aquella isla una especie de destierro de seis años. Por último, Livia su madre, le hizo volver á Roma cuando los dos hijos de Agripa y Julia sucumbieron á la muerte, quizás no sin culpabilidad de aquella, y Augusto ya viejo decidió adoptarle.

Marobodo.—Entonces volvió Tiberio á Germania (2 de J. C.); y reanimando la guerra que se habia hecho con varias alternativas, avasalló á los caucios y los longobardos; estos más feroces, aquellos más numerosos entre todos los pueblos de Germania. Por este tiempo Marobodo á la cabeza de setenta mil marcomanos, habitantes al sud de la Bohemia, llegó á amenazar no solo la reciente conquista sino tambien la Italia. Tambien los dálmatas y los panonios pusieron en pié un ejército numeroso y asesinaron á todos los romanos que encontraron en sus paises. Habiendo marchado Tiberio contra ellos los tuvo al principio á raya; y después con ayuda de Germánico, hijo de Druso, que se le unió, pudo alcanzar sobre ellos notables ventajas (año 6). Posteriormente logró conciliarse los dálmatas, y se sirvió de ellos para dominar á los panonios. De estos los que no prefirieron morir al golpe del acero enemigo ó por su propia mano, quedaron reducidos á vivir pacíficamente. Uno de sus jefes, á quien se preguntaba por qué se habian sublevado, dió por respuesta: *Porque en vez de pastores para defendernos, se nos envian lobos para devorarnos.*

Varo.—En efecto, la codicia de los gobernadores fué orígen de infinitos desastres en Germania. Quintilio Varo, de quien se habia dicho que «llegó pobre á la rica Siria, y salió rico de la Siria empobrecida,» fué enviado para administrar á los germanos. Persuadido de que semejantes gentes no tenian de humano más que la voz y el cuerpo, se propuso trasformarlos totalmente de un solo golpe, introduciendo en su pais las leyes, los usos y la lengua de los romanos. Llevaba en pos de sí multitud de legistas, cual si hubiera tenido que regir á una provincia enervada por una larga servidumbre, en vez de frenar una nacion celosa de su libertad; en todas partes hallaba motivo para discusiones y procesos, al mismo tiempo que á fuerza de ardides y de azotes absorbia el dinero del pais.

Herminio.—Su imprevisora seguridad y la indignacion general sirvieron admirablemente á los proyectos de Herminio (*Heermann*), príncipe de los queruscos, hijo de Sigmar y yerno de Segestes, jefe de los catos, que habia aceptado la alianza de los romanos. Herminio en persona habia combatido bajo las águilas y obtenido el título de caballero, con todos los privilegios de ciudadano romano. Primeramente reunió á los jefes de las tribus ger-

mánicas que acampaban entre el Rhin y el Elba (año 9), é hizo todos los preparativos de un levantamiento general, del cual quizás no eran más que indicios ó mensajeros los trastornos parciales de la Dalmacia y de la Panonia. Lejos de ser favorable el cato Segestes á la causa de su nacion, reveló la conspiracion á Varo, que lleno de presuncion no hizo caso del aviso que habia recibido; lo creyó tanto menos sin duda, cuanto que Herminio tenia más habilidad que podia esperarse de un bárbaro; y los germanos al servicio de Roma, afectando más sumision que nunca, mostraban grande afan en sofocar las insurrecciones de sus propios hermanos.

Derrota de Varo.— Como estas se multiplicaban en puntos distantes, Varo se vió obligado á dividir sus fuerzas; y sus fingidos parciales le persuadieron que marchara contra el enemigo para aniquilarle de un golpe. Pero en la selva de Teutberg, cerca del nacimiento del Lippa, se vió atollado en medio de bosques y de pantanos, á la par que todas las alturas se ofrecian á sus ojos coronadas de muchedumbre de enemigos. La disciplina no hizo más que prolongar su derrota que salvó la nacionalidad y lengua germánicas, señalando al Norte el término de las conquistas romanas (13). Desesperado Varo se dió la muerte por su propia mano; é imitáronle sus principales oficiales. Los legistas de su comitiva fueron tratados con una crueldad insultante: les cortaron las manos, les arrancaron los ojos y hasta llegaron á coserles los labios.

Desde la derrota de Craso por los partos no habia esperimentado Roma revés tan terrible ni perdido tantos hombres selectos. Así al saber este desastre Augusto desgarró sus vestiduras, y corriendo por su palacio gritaba como fuera de juicio: *Varo, Varo, vuélveme mis legiones.* Se dejó crecer la barba y los cabellos; mas después de este primer momento de dolor pensó en fortificar los puntos que abrian paso á Italia, armó á toda la juventud romana é hizo votos á los dioses como en los peligros más inminentes.

Podia repararse la pérdida de las legiones; pero el enemigo habia aprendido que no eran invencibles. Tiberio, que habia acudido de la Panonia, halló á los germanos más contentos por haber conquistado su libertad que anhelantes de robar la agena; habiendo, pues, cruzado sin grande dificultad aquel territorio, dejó el mando de las tropas á Germánico, que más tarde pudo adelantarse hasta el Weser. Herminio sustentaba el espíritu nacional entre los suyos; pero muchos de ellos deseaban descanso, aun á costa de la servidumbre. Segestes, su suegro, contrariaba especialmente sus designios, y hallaron en él los descontentos un apoyo, llegando á más hasta llamar á Germánico, que deshizo á los coaligados, y se apoderó de Tusnelda, mujer de Herminio. No lloró la orgullosa germana, ni aun suplicó siquiera, si bien con las manos juntas sobre su pecho contemplaba en feroz silencio su vientre, que revelaba los signos de la maternidad.

Herminio se sintió mucho más animado á la venganza, y alcanzó socorros de Inguiomero, su tio, que gozaba de gran reputacion entre los gèrmanos, pero cuyo ardor imprudente dió á Germánico otra vez la victoria.

En una nueva campaña solicitó Herminio platicar con su hermano Flavio, que sordo al llamamiento de la patria habia permanecido fiel á los romanos. Vanamente empleó las más vivas espresiones para despertar en su seno una generosa vergüenza y hacerle menospreciar los honores debidos al extranjero; no pudo conseguir nada; y si no hubiera resbalado entre ellos el Weser, se empeñaran en singular combate. Por su parte, Inguiomero creyó que era indigno de él estar á las órdenes de su sobrino, y prefirió secundar á Marobodo. Este feroz marcomano, educado tambien en Roma, tomaba alternativamente por ella ó por sus compatriotas las armas segun le venia á cuento. Su proyecto era fundar un gran reino, que existió efectivamente, y fué el de los marcomanos.

Roma atizaba en cuanto estaba á su alcance aquellos odios fratricidas, y grande hubo de ser su júbilo cuando vió á sus enemigos empeñarse en mútuas lides, aunque siempre llevó Herminio la mejor parte; pero si hemos de prestar asenso al dicho de sus adversarios, este fervoroso amigo de su pais no supo conservarse puro de toda ambicion: aspiró á reinar sobre una nacion libre, y no se hizo aguardar mucho tiempo el castigo: fué asesinado á la edad de treinta y siete años (14).

---

(13) Mannert situa el punto en que se dió esta batalla en el límite de los condados del Lippa meridional, de la Marca y del ducado de Westfalia; pero la tradicion que lo coloca cerca del nacimiento del Lippa y del Ems, no lejos de Detmold, parece mejor fundada. Allí al pié del Teutberg está el *Wintfelt* ó Campo de la Victoria, atravesado por el *Rodenbach* ó Arroyo de sangre, y por el *Knöckenbach*, Arroyo de los huesos. Muy cerca está el *Feldrom*, Campo de los romanos; no lejos se alza el *Herminsberg*, Monte de Herminio, con las ruinas de un castillo llamado Herminsburgo; y en el mismo condado del Lippa, á la orilla del Weser, se halla el *Varenholz*, Bosque de Varo. Estos lugares son tambien célebres en la historia de Carlo Magno, porque allí fué de donde arrancó el Ermensul, ídolo de los germanos, cuyo nombre y figura de guerrero han hecho creer algunos que era un vestigio del culto tributado por los germanos á su libertador.

(14) Puede verse en Federico Schlegel (*Cuadro de la Historia moderna*) con cuanto entusiasmo habla de Herminio, *tipo el más noble y elevado de la antigua Germania.*

« Apenas hubo muerto Herminio, cuando sus proezas, fecundas en resultados inmensos, fueron coronadas con ópimos frutos. Apagó la muerte toda envidia, y con razon celebraron al héroe los pueblos alemanes en sus poesias y en sus himnos de gloria: con razon se han remontado entre los modernos á Herminio todos los historiadores y poetas na-

Su muerte facilitó una nueva espedicion de Germánico (año 16) que alcanzó una señalada victoria (15) sobre Idistaviso (*Hastenbeck*); pero á su vuelta una violenta tempestad le hizo perder parte de su ejército y de su escuadra; y luego la envidia de Tiberio ascendido á emperador, vino á detenerle en medio de los triunfos y á obligarle á dejar á los germanos en reposo. Aun cuando esta espedicion no fuera coronada con el buen éxito, se incurriria en notable yerro calificándola de temeraria, pues quizá retardó la invasion que debia echar abajo el imperio.

---

cionales en sus obras. Considerado como conservador, fundador verdadero, segundo padre del pueblo aleman y de su libertad, constituye en cierto modo el principio y la base de toda la historia moderna de los Estados libres y civilizados de Europa. Con efecto, sin sus trabajos y su perseverancia, nada de esto hubiera acontecido. Puede afirmarse sin dificultad que la vida heróica de Herminio, tan corta y agitada, llena de combates y fatigas, produjo en la historia del mundo mayores frutos, efectos más ciertos, más hondos y duraderos que las conquistas de Alejandro y las sangrientas victorias de César.

»El primer poeta de Germania ha celebrado la memoria de este héroe, en una especie de composicion dramática, magníficamente. La poesia es digna de admiracion, no solo por el sentimiento patrióticò y la dignidad y sublimidad que ornan todas las obras de Klopstock, sino tambien por ciertos pasajes de tanta belleza que conmueven el corazon. Es no obstante estraño que esta apologia del primer héroe aleman esté escrita en el estilo artificial, trabajado y sentencioso de un Séneca, ó en general de un romano, en vez de estar con ese sentimiento sencillo y ese amor sin arte que pudieran trasladarnos mentalmente á Herminio y á la sencillez de los antiguos tiempos.»

(15) Sobre Herminio dicen otros que su muerte acaeció el año 19 de J. C.

CAPÍTULO XXIII

FIN DE AUGUSTO.

Apenas turbaban las guerras distantes la *inmensa majestad de la paz romana* (PLINIO) debida á Augusto, quien por tercera vez desde la fundacion de Roma, cerraba el templo de Jano (1).

Semejante sosiego, que en último resultado no era más que una ilimitada sumision á sus voluntades, pareció un grande alivio después de tan furiosas tormentas. Entonces á lo menos todo el que poseia algo, disfrutaba de seguridad en su hacienda, los pobres tenian pan y espectáculos, y las artes de la paz tomaban incremento Al fin los republicanos que habian sobrevivido á las batallas y á las proscripciones, comprendian que el establecimiento del antiguo órden de cosas, sumergiria de nuevo el pais en sangrientas convulsiones. No se disimulaban las personas cautas que si el gobierno de Augusto no era perfecto, era el mejor que se podia adoptar para un pueblo corrompido. Vióse, pues, proclamado el emperador por voz unánime, padre y dios, bienhechor y redentor; y parecia grande á sus contemporáneos y á la posteridad, cuando no era más que afortunado.

Familia de Augusto.—La única infidelidad de la fortuna respecto de este astuto favorito fué negarle herederos de su propia sangre, cuando los hubiera deseado vivamente, aunque no fuera más que por estorbar las tramas contra su vida. Se habia casado primeramente con Escribonia para conciliarse la familia de Pompeyo; pero tan luego como dejó de ver su interés en este matrimonio, la repudió por Livia, ya madre de Tiberio y en cinta de Druso, la que arrancó á su marido Claudio Tiberio Neron. Augusto tuvo de Escribonia á Julia, casada por él con Marcelo su sobrino, á quien pensaba hacer sucesor suyo. Pero cuando parecia que todo sonreia sus esperanzas, Marcelo murió á la edad de diez y nueve años (2) y Julia fué unida á Agripa, aquel general célebre y ministro que hubo de repudiar á Marcela, hija de la virtuosa Octavia. Augusto siguió en esto el consejo de Mecenas, quien le hizo presente que en el grado de poder á que habia llegado Agripa, era necesario desembarazarse de él ó adherírsele con un indisoluble lazo. Augusto prefirió el segundo partido, y no contento con darle su hija, le hizo gobernador de Roma. Julia tuvo de él dos hijos, Cayo César y Lucio (12 antes de J. C.), adoptados por Augusto, y después de la muerte de Agripa hizo Augusto casar á la viuda con Tiberio, hijo de Livia, pero Julia no pudo amarle y deshonró su lecho.

Habíase complacido Augusto en velar por sí mismo en la educacion de aquella hija única, á la cual inspiraba principios de moral y amor á las

(1) Opinamos (lib. III, cap. XXIX) que el templo de Jano se alzaba primero en el confin que separaba las dos razas que después se unieron para formar la nacion romana; de modo que en tiempo de guerra estuviese abierto con el fin de prestarse apoyo una á otra, y en tiempo de paz cerrado para que la comunicacion demasiado fácil no suscitase contiendas. Cerróse en tiempo de Numa y después de la primera guerra púnica; y Augusto lo cerró tres veces: 1.ª después de vencer á Marco Antonio y Cleopatra; 2.ª cuatro años después al tornar vencedor de los cántabros, y 3.ª los santos Padres están acordes en que Jesucristo nació en tiempo de paz.

(2) Todo el mundo conoce los versos que Virgilio consagra á Marcelo en el libro VI de la *Eneida*. Dícese que Octavia, su madre, después de habérselos oido leer al poeta, mandó que le dieran mucho oro por cada uno de ellos. Pero este hecho referido solamente por Donato y por Servio, está contradicho por Séneca y por la comparacion de fechas. Véase MONGEZ, *Acad. de inscripciones*, tomo VII, 1824.

letras, acostumbrándola á los trabajos domésticos, á hilar por su propia mano lana con que hacia sus vestidos: se tenia por feliz cuando los hombres de letras hacian elogios de su discípula querida y le escribian de este modo: *¡Oh castidad, diosa tutelar del palacio, tú velas de continuo sobre los penates de Augusto y cerca del lecho de Julia!* (3). Pero hubo un momento en que estas lisonjas no estorbaron que llegara á oidos de Augusto su desenfreno, escandaloso hasta para una ciudad tan corrompida. Acordándose entonces menos de su título de padre que de su investidura de tutor oficial de las costumbres, resolvió hacer morir á Julia; luego retrocediendo á sentimientos más dulces le señaló un lugar de destierro en la isla Pandataria, prohibiéndole el uso del vino y de todo manjar delicado. Además, condenó á muerte ó á destierro á muchos de los cómplices de su libertinaje. No la perdonó durante su vida, y hasta prohibió en su testamento que fuese depositada en el sepulcro de los Césares. Solia esclamar á menudo: *¡Ojalá hubiera yo vivido sin esposa ó hubiera muerto sin ningun hijo!*

Dispuso que fueran educados esmeradamente los dos hijos de Julia y Agripa, á quienes instruyó por sí mismo aspirando á preservarles del orgullo, sentimiento de harto fácil desarrollo en el que creciendo en medio del fausto y de las adulaciones de una corte, debe creerse más que hombre. Su sitio en la mesa era á los piés de su lecho, y le precedian en litera siempre que viajaba; espresó al pueblo su descontento porque les llamaba señores, y jamás les proponia á los sufragios de los comicios sin añadir: *con tal de que lo merezcan.* No obstante, fué el primero en violar sus propias prescripciones, confiriéndoles antes de la edad requerida honores y magistraturas y adoptándoles como sucesores. Tiberio concibió por ello tal despecho, que abandonó la corte; y acaso no fué estraña Livia á la muerte prematura de aquellos, como hemos dicho. Entonces Augusto, aunque conocia y aborrecia á Tiberio, se decidió á adoptarle, á condicion de que él mismo adoptaria á Druso Germánico, hijo del muerto Druso (4 de J. C.); y enseguida hizo que se le asociara al poder tribunicio por el pueblo y al imperio por el Senado, con prerogativas iguales á las suyas.

Háse dicho que la eleccion de semejante malvado sucesor fué dictada á Augusto por el deseo de que se deplorara su muerte, y esta es una suposicion que concordaria bastante con su carácter, pues estudiando al emperador no debe pasar desapercibido el hombre. Respecto de sus costumbres no estuvo exento de gravísimas imputaciones (4), y su adopcion por César fué atribuida á motivos infames. En un tiempo en que Roma era víctima del hambre, dió un banquete en que figuraban los doce dioses y las doce diosas, insultando á la miseria pública y á las creencias nacionales con desórdenes tan escandalosos, de manera que un epígrama que circuló entonces decia que Júpiter habia apartado los ojos (5). Sus adúlteras intrigas le fueron sugeridas primeramente por la política como un medio de iniciarse en los secretos de las familias; pero no renunció á ellas ni aun después de haber adquirido el poder supremo. La amistad que le unia con Mecenas no le impidió galantear á su mujer Terentila; y el benigno ministro sobrellevaba tranquilamente el ultraje, con tal de que nada llegare á perturbar su voluptuosa indolencia, paraiso de los epicureos.

Después de la muerte de este ministro, á quien se debió la moderacion que manifestó el emperador luego que pasó el triunvirato, y á quien corresponden tambien las alabanzas concedidas al soberano por los escritores; cuando Agripa hubo dejado de vivir así mismo, Augusto se dejó dirigir enteramente por Livia, que haciendo el sacrificio de su amor propio á trueque de conservar su valimiento, secundó las inclinaciones viciosas de su marido proporcionándole queridas, oficio á que no se desdeñaban descender los amigos del príncipe. Cuenta la tradicion á propósito de esto, que cierto dia en que aguardaba en palacio á una dama de quien estaba enamorado, vió salir de la litera cerrada que debia conducirla, á un hombre con la espada desnuda en la mano. Era el filósofo Atenodoro, que queria darle una leccion: *Ved*, le dijo, *á lo que os esponeis. ¿No temeis que un republicano ó un marido ofendido se aproveche de una ocasion semejante para arrancaros la vida?* Este era para Augusto un argumento incontrovertible; pero nada acredita que le hiciera variar de conducta.

De su inhumanidad ya hemos citado suficientes ejemplos, y apuntaremos no obstante algunos otros. Nombrado cónsul por la vez primera, merced al apoyo de Quinto Gelio, le confirió en recompensa el proconsulado de Africa; pero enseguida por haber concebido simples sospechas de su persona, mandó que le pusieran preso y le aplicaran el tormento como á un esclavo; y aun cuando persistiera en negar, le arrancó los ojos con sus propias manos, y luego le entregó al verdugo (6). Haciendo degollar trescientos senadores de Perusa en el ara de César, profanaba la memoria de este hom-

---

(3) Palabras de Valerio Máximo, VII, 1.

(4) Aurelio Victor dice: *Cum esset luxuriæ serviens, erat ejusdem vitii severissimus ultor, more hominum, qui in ulciscendis vitiis, quibus ipsi vehementer indulgent, acres sunt.—Serviebat libidini usque ad probrum vulgaris famæ: nam inter duodecim catamitos, totidem accubare solitus erat.* Cap. I.

(5) *Impia dum Phœbi Cæsar mendacia ludit,*
Dum nova divorum cœnat adulteria,
Omnia se a terris tunc numina declinarunt,
Fugit et auratos Jupiter ipse toros.
Ap. SUETONIO.

(6) SUETONIO, en *Augusto.*

bre magnánimo que tenia horror á los sacrificios de sangre. Esta barbarie, que por carácter ó por cálculo, acreditó durante el triunvirato, tornó á mostrarse de vez en cuando durante su vida y sólo cedia por consideraciones de prudencia. Con ocasion del destierro de Julia hizo dar muerte á muchos individuos que le hacian sombra: de la misma manera procedió cuando purgó el Senado, con la idea de que aquellos que quedaban escluidos podian conspirar contra su vida.

Lucio Murena y Fannio Cepion, el primero ciudadano virtuoso y considerado, libertino y deshonrado el otro, conspiraron contra el tirano de Roma designándole con este nombre. Su trama fué descubierta, y Mecenas hizo vanos esfuerzos por ablandar á Augusto, el cual, por parecerle inobedientes á sus órdenes, les mandó prohibir el fuego y el agua. Cepion consiguió escaparse, pero llegado á Cumas fué vendido por un esclavo y decapitado; Murena fué asesinado dentro de Roma; mas habiendo votado su absolucion algunos jueces, asustado Augusto de aquellas apariencias de indulgencia, erigió en ley que en lo sucesivo serian los contumaces castigados como convictos, y que en los asuntos criminales votarian los jueces en alta voz y no por escrito.

Pero luego que la consolidacion de su poder le hubo disminuido el miedo, móvil supremo de sus acciones, se mostró más clemente. Acusábase á cierto Emilio Eliano de haber proferido en contra suya espresiones injuriosas: *Yo le probaré.* dijo, *que tengo lengua para hablar de él dos veces peor.* A Casio Patavino, á quien no faltaba voluntad ni valor para libertar á Roma y no lo disimulaba, le impuso por único castigo salir de la ciudad. Castigó con una leve multa á Junio Novato, autor de un libelo en que le destrozaba ofensivamente. En una revista se volvió á un caballero y le llenó de improperios tan acerbos como falsos: este le dejó acabar y luego repuso: «César, cuando querais exactos informes de personas honradas, buscadlos en personas honradas.» (7) Augusto agradeció la leccion, buena aun hoy para los que desean espias. La conjuracion más peligrosa fué la que formó en contra suya Cornelio Cinna, sobrino de Pompeyo, con muchos ilustres personajes. Fué descubierta, y vacilante Augusto acerca del partido que habia de tomar, se dejó inducir por Livia á obrar con clemencia. Hizo que se le presentara Cinna, le probó que estaba informado de los más mínimos pormenores de la trama, le recordó los beneficios de que le habia colmado, y acabó por declarar que le perdonaba: llegó hasta nombrarle cónsul (8).

Esto hubiera sido proceder como rey, si la generosidad no hubiera sido resultado del miedo, que le aconsejara besar la mano que no podia ver cortada; de aquel miedo que le siguió á tantas batallas en que le hizo vencedor la fortuna, de aquel miedo, en fin, que le hizo tan supersticioso. Si rugia el trueno, se refugiaba en subterráneos envuelto en una piel de becerro marino. Se regocijaba como de un feliz agüero cuando en el momento de salir caia algun ligero chaparron. Al revés, era un presagio que le entristecia, si se calzaba el pié izquierdo antes que el derecho; y escribia á Tiberio que no emprendiera nada en los dias de nonas, ni se pusiera en camino al dia siguiente de una féria. Sin embargo, en la guerra contra Nápoles perdió su escuadra y por ello insultó á Neptuno, prohibiendo que en adelante se llevase en procesion su estátua.

El amor de la justicia tampoco era desinteresado en Augusto. Asaltado de quejas contra Licinio, su liberto y su confidente, arrendatario de los impuestos en la Galia, le manda formar proceso; y ya está el reo á punto de oir su condena, cuando abre su tesoro á su amo, diciéndole que para él lo ha acumulado, á fin de que los galos no abusaran de aquel dinero; y se le absuelve.

Sabia ocultar á los ojos y á la admiracion de los romanos aquello en que su interés le prescribia ficcion ó disimulo: este era un arte en que sobresalia; pues ningun príncipe acreditó mejor el *oficio de rey*, sin esceptuar tan siquiera á Luis XIV. Vestido siempre de una manera sencilla, tenia de reserva para las ceremonias públicas espléndidos trajes, y calzado con altos tacones para suplir la pequeñez de su estatura. Tuvo suficiente imperio sobre sí mismo para conservar, en medio de sus dolores de nervios, de hígado y de la vejiga, un semblante constantemente sereno. Ningun adulador podia hacerle la corte más á su gusto que aquel cuyos ojos se bajaban ante sus miradas, como si se sintiera deslumbrado por tanto brillo. Cada diez años renovó la comedia de suplicar postrado de hinojos que se le relevara del gobierno del mundo, y de hacerse rogar para conservarlo. Acometido de una enfermedad que le puso en peligro de muerte, congregó á los magistrados curules y á los principales miembros del Senado y del órden ecuestre; luego cuando todos aguardan que va á designar su sucesor ó á recomendarles el nombre de Marcelo, se limita á entregar á los cónsules su testamento con el registro de las rentas y de las fuerzas del imperio, lo cual persuadió á todo el mundo que su intencion era volver la república á su estado primi-

(7) MACROBIO, *Sat.*, II, 4.

(8) Este hecho lo refieren Dion (LV, 14) y Séneca (*De clementia*, I, 9); pero el uno le llama Cneyo, y dice que el hecho acaeció en Roma el año 4 de J. C.: el otro le dá el nombre de Lucio y pone le escena en la Galia en el año 14 de J. C.: Suetonio, que consagra un párrafo á las conspiraciones contra Augusto, no dice una palabra de esta. Muchos críticos se han fundado en este silencio para poner en duda semejante rasgo de generosidad: nosotros nos complacemos en admitirlo, porque hay muy pocos parecidos en la historia, y ha dado asunto á una de las mejores tragedias de Corneille.

tivo. Así cuando le curó su médico Musa, se halló consolidada su autoridad por esta generosa conducta, cuya sinceridad no se podia poner en duda en momentos tan solemnes.

Hemos visto bajo qué condiciones protegia las letras. Embelleció á Roma con objeto de adular el orgullo nacional: debióle la ciudad la plaza y el templo de Marte vengador, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, el de Apolo Palatino con la biblioteca, el Pórtico y la Basílica de Cayo y Lucio, los pórticos de Livia y de Octavia, el teatro de Marcelo, y otros muchos edificios; de manera que pudo vanagloriarse de haber dejado de mármol lo que habia recibido de ladrillo. Dió con frecuencia juegos en el circo prohibiendo á las demás ciudades esta facultad, y mandó erigir en medio de la arena un obelisco llevado de Egipto. Fué secundado además en esta tarea por los dos hombres cuya amistad le fué tan provechosa. Mecenas construyó un palacio con deliciosos jardines; Agripa trajo de lejos aguas salubres que todavia subvienen á las necesidades de la ciudad. Levantó un magnífico templo á Neptuno; el Panteon que queda en pié como para suministrarnos un espléndido testimonio de los que producian las artes en aquella época; más de cien fuentes, adornadas con trescientas estátuas y con cuatrocientas columnas de mármol. Tambien fueron dones de su munificencia termas enriquecidas con admirables cuadros y dotadas á perpetuidad con bienes raices. Una invitacion de Augusto equivalente á un precepto, determinó á los senadores opulentos á reparar á sus espensas ciertos parajes de las vias públicas. Cornelio Balbo mandó construir un teatro, Estatilio Tauro un anfiteatro, Lucio Cornificio un templo á Diana, Munacio Planco uno á Saturno, Tiberio otros templos á la Concordia, á Castor y Pólux, Filipo un museo, Asinio Polion un santuario á la libertad. Mientras se distraian con poemas, construcciones y espectáculos pomposos, no se ocupaban del gobierno, que iba consolidando el tiempo poco á poco. No se engañaba el actor Pilades cuando aludiendo á sus querellas con el bailarin Batilo decia á Augusto: *Tranquilízate, oh César, porque el pueblo se ocupa de mí y de Batilo.*

Augusto gobernó cuarenta y cuatro años y vivió setenta y siete. Hallábase en Nola, cuando conociendo que su fin se acercaba (19 de Agosto, 14 de J. C.), pidió un espejo, mandó que le vistieran como para una ceremonia y volviéndose á sus amigos les dijo: *¿He representado bien mi comedia?* y sin aguardar su respuesta añadió: *Aplaudidme.*

Para él la humanidad entera no era más que una comedia, ni más que un actor el hombre. Efectivamente, toda su existencia no habia sido más que una comedia, en la que habia aspirado más bien á parecer que á ser. Su carácter propio se habia acomodado á las circunstancias, indiferente á la virtud y al vicio, dispuesto á proscribir á Ciceron como á perdonar á Cinna, á ser tigre en el triunvirato ó cordero en el imperio. Es fuerza convenir efectivamente en que representó bien su papel, si pudo hacer que se le reputara por humano después de las proscripciones; por valiente después de tantas fugas y sustos; por necesario cuando todas las instituciones habian perecido; por restaurador de la república cuando la demolia; por conservador de las costumbres que hollaba; por hacer en fin que algunos de sus sucesores pudieran complacerse dándole el nombre de Augusto sin ver en ello una ironia.

Instituyó por herederos en su testamento á Tiberio y á Livia, y en su defecto á Druso y á Germánico. Escusábase de lo módico de ciertas mandas con lo módico de su fortuna, que no pasaba de 150.000,000 de sextercios (30.000,000 ptas.): afirmaba haber consagrado al bien del Imperio los patrimonios de Cayo Octavio y de Julio César y 4.000.000,000 de sextercios procedentes de mandas que le habian hecho sus amigos en los últimos veinte años. Legó al pueblo romano 40 000,000 de sextercios; á las tribus 3.500,000: 1,000 á cada pretoriano; la mitad á cada soldado de las cohortes urbanas; 300 á cada legionario. Hizo á senadores, á personajes ilustres, y aun á reyes extranjeros mandas, de las cuales una ascendia á 2.000,000 de sextercios. No fué olvidado ninguno de sus amigos y hasta mencionó algun enemigo suyo. Habia unido á su testamento una estadística del imperio, instrucciones relativas á sus funerales, y una recapitulacion de sus actos, espresando el deseo de que fuera grabada sobre su mausoleo (9). El testamento fué tambien una escena de su comedia. Aplaudámosle, pues.

---

(9) Gran parte de ella nos ha sido conservada en el *Mármol de Ancira*, que puede verse en las *Inscripciones* de Gruter y en el *Tácito* de Lemaire.

CAPÍTULO XXIV

ELOCUENCIA Y FILOSOFIA ROMANA (1).

En aquella tumultuosa plenitud de vida fué considerado el estudio por los romanos, menos como una ocupacion digna de un hombre, que como una distraccion ó como un adorno. *El más prudente y discreto*, dice Salustio, *se dedicaba á los negocios: nadie ejercitaba el espíritu sin el cuerpo: todo hombre de importancia queria menos decir que hacer, y estimaba más que otros narrasen sus proezas que narrar él las de otros.*

Aquella necesidad artística de sentir y comunicar á los demás los propios sentimientos, necesidad que da orígen á toda literatura, fué poco sentida de los romanos á quienes faltaba el vuelo ideal y la intuicion tranquila de la naturaleza, cuyas bellezas tan profundamente conocieron los griegos por el espíritu artístico que los animaba. El elemento religioso quedaba completamente subordinado al político, y únicamente se manifestaba grandioso en el entusiasmo patriótico que excitaba en ellos el engrandecimiento de la república. A pesar de esto, en los últimos tiempos de la libertad se generalizó mucho el estudio de las letras, como si toda clase de talentos rivalizasen á porfia para dar á la patria la dominacion del mundo; sin embargo, aun entonces hubo poquísima espontaneidad en los romanos, asi en el arte como en las ciencias; tan cierto es que el saber se elevó con la libertad, y con ésta decayó tan pronto como á los estímulos del favor popular sucedieron la atmósfera de la corte, la obligacion de reprimir la espansion de los fuertes sentimientos, la imitacion, en fin, de los griegos de la escuela de Alejandria.

Mucho tiempo fué mirada la lengua latina como vulgar é indigna de las personas cultas: Sila y Lúculo escribieron sus memorias en griego; en griego hablaban todas las familias distinguidas; griegos eran los preceptores y ayos, griegos los esclavos y libertos más queridos, griegos los retóricos y gramáticos, y este era el idioma generalizado en todos los paises cultos, mientras que el romano estaba limitado á pocas provincias de Italia (2). Por consiguiente la literatura romana quedó unida á la griega, creció sobre el tronco de ésta, y con ésta decayó. Nunca fueron los romanos iguales á los griegos en poesia, ni en aquellos escritos en que

(1) Obras que tratan en general de la literatura romana:

Jo. Alb. Fabricii. —*Bibliotheca latina, sive notitia auctorum veterum latinorum quorum, scripta ad nos pervenerunt.* Hamburgo, 1772, 3 tomos en 4.°, y Leipzig, 1773, 6 tomos.

—*Bibliotheca latina mediæ et infimæ ætatis.* Hamburgo, 1734, 6 tomos.

Jo. Nic. Funcii.—*De origine.—De pueritia.—De adolescentia.—De virili ætate.—De imminenti senectute.—De vegeta senectute.—De inerti ac decrepita linguæ latinæ senectute.* Tratados impresos en Marburgo de 1735 á 1758.

Jo. Jorg. Walchii.—*Historia critica linguæ latinæ.* Leipzig, 1729.

Wilg. Dav. Fuhrmann.—*Handbuch der Classischen der Litteratur der Römer, oder Anleitung zur Kentniss der römischen classischen Schriftsteller, ihren Schriften und der besten Ausgaben und Übersetzungen derselben.* Rudolfstadt, 1809.

J. Tiraboschi.—*Historia de la literatura italiana.* Módena, 1772-81, en 14 tomos: otra se hizo en 1787-93 en 16 tomos.

Schaaf.—*Enciclopädie der classischen Alterthumskunde.*

F. Schöll.—*Historia abreviada de la literatura romana.* Paris, 1815, 4 tomos en 8.°

Bahr.—*Geschichte der römischen Litteratur.* Heidelberg, 1835.

(2) *Græca leguntur in omnibus fere gentibus; latina suis finibus, exiguis sane, continentur*, segun Ciceron en su oracion *pro Archia.*

era necesaria una imaginacion activa; poquísimas veces supieron enlazar lo sencillo y lo natural con lo ideal; y cayeron fácilmente en el error y en una sublime carencia de ideas, esto es, en lo declamatorio. No consideraban la naturaleza más que como un objeto de la actividad humana, sin meterse en indagar su esencia y armonía, por lo cual hicieron adelantar muy pocos pasos á las ciencias naturales.

Era su campo el desarrollo práctico de la vida humana, y particularmente en la parte política, tendiendo á esto únicamente su cultura. Para tener entrada en la fastuosa aristocracia, aprovechaban mucho el nacimiento y las gloriosas genealogías, mucho tambien la riqueza, pero aun más el talento militar y político necesarios para mantener las conquistas que habian hecho las armas.

Asombra mucho más hallar escritores de nota en hombres absorbidos por la cosa pública, ó que llamados á seguir todas las carreras, se nos muestran en ellas más consumados. Entre nosotros Franklin no posee cualidades militares, ni Montecuculli las de la tribuna: Grocio no se pone al frente del gobierno; Galileo no dirige el ataque de las plazas. Al revés en Grecia, y más todavía en Roma, un mismo hombre es sacerdote, orador, jurisconsulto, administrador, y guerrero: el pretor administraba justicia en la ciudad y mandaba los ejércitos fuera: administraba el cuestor en tiempo de paz las rentas públicas y proveia en campaña á las necesidades de las tropas: el cónsul ofrecia sacrificios, deliberaba en el Senado, convocaba las asambleas, combatia al enemigo y gobernaba las provincias. César, el más insigne capitan de su tiempo, hubiera sido el más ilustre orador, si hubiera aspirado á ello: pasaba de la conquista de las Galias á la consumacion de los sacrificios, y de la discusion de una causa á la compilacion y reforma del calendario. Ciceron, poeta, filósofo, hombre de Estado, jurisconsulto, rentista, hombre de negocios y de estudios, el primero, ó uno de los primeros en el arte de abogar en una causa, dirige por largo tiempo el Senado, lidia contra los partos, y se ve saludado con el título de emperador por los soldados, á quienes ha conducido á la victoria.

Ciceron.—Este hombre nació en Arpino (3 de Enero de 106), en la region de los Marsos el mismo año que Pompeyo (3); pertenecia á una ilustrísima familia ecuestre, si bien permanecia separada de los negocios. Entregado su padre completamente al cultivo de sus campos y al de las letras, dirigió con solícito esmero los estudios de Marco Tulio, que se señaló desde muy temprano en las escuelas por su pasion al estudio y por su conocimiento del griego. Aplicóse mucho tiempo á perfeccionarse en este idioma, que era entre los romanos el lenguaje de los literatos, el de los maestros y el de los modelos. El arte es siempre el mismo en toda lengua; y los jóvenes se ejercitaban además en el que les era propio, conversando cotidianamente entre sí y oyendo los públicos debates. Un tal Lucio Plocio fué el primero que abrió una escuela de retórica latina, y la juventud acudió en tropel á ella. Pero la autoridad de gravísimos personajes, apartó al jóven Ciceron de contarse entre el número de alumnos, profesando la opinion, resultante quizá de la costumbre, de que el talento sacaba más provecho del estudio de los autores griegos (4). Sea como quiera, aquellas escuelas en que se hablaba latin, vinieron á ser como en Grecia palestras de sutiles querellas, de artificial facundia y de descaro; de tal suerte, que los censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso creyeron estar en el deber de prohibirlas, como contrarias á la costumbre de sus mayores, sin que su prohibicion consiguiera estirparlas.

Ciceron se estrenó en el foro á la edad de veinte y seis años en la defensa de Roscio de Ameria; y su elocuencia, llena de imágenes y de colorido, encantó á sus oyentes, aunque posteriormente su depurado gusto hizo que se le tachara de sobrado florido. En vez de dormirse sobre su primer triunfo, fué á perfeccionarse á Atenas, donde quiso ser iniciado en los misterios de Eleusis. En Rodas oyó á Molon Apolonio, *actor de escenas verdaderas, y á la par escritor escelente no menos hábil en señalar los errores del espíritu y en instruirlo*. De él aprendió á moderar la estremada abundancia de su decir, mérito que no es siempre buena señal en los principiantes. Apolonio suspiró al oirle declamar, previendo que este jóven arrebataria á Grecia la única gloria que le quedaba, la del saber y de la elocuencia.

Entre nosotros la elocuencia, aun en los paises en que la vida política le deja el campo libre, no es otra cosa que el arte de esponer su opinion con claridad y precision; y no pensamos que hayan estudiado de una manera especial el arte de bien

---

(3) Véanse Conyer Middleton.—*Historia de Ciceron* (inglés).

Jac. Facciolati.—*Vita Ciceronis litteraria*. Paris, 1760.

H. Chr. Fr. Hulsemann.—*De indole philosophica Ciceronis, ex ingenio ipsius et aliis rationibus æstimanda*. Luneburgo, 1799.

Gautier de Siber.—*Exámen de la filosofía de Ciceron*. Memorias de la Academia de Inscripciones, tomos XLI y XLIII.

Cris. Meiners.—*Oratio de philosophia Ciceronis, ejusque in universam philosophiam meritis*.

Rafael Kuhner.—*M. T. Ciceronis in philosophiam ejusque partes merita*. Hamburgo, 1825, y todos los historiadores de la filosofía.

Lo mejor que ha recogido la erudicion acerca de Ciceron, se encuentra en el «Onomasticum Tullianum, continens M. T. Ciceronis vitam, historiam litterariam, indicem geographico-historicum, indices legum et formularum, indicem græco-latinum, fastos consulares. Curaverunt Jo. Casp. Orellius et Jo. Jorg. Raiterius, profesores turicenses, 1837.

(4) Suetonio.—*De cl. rhet.*, II.

decir los que han adquirido una gran reputacion en las dos tribunas de Inglaterra y Francia. Al revés entre los antiguos, idólatras de lo bello, un jóven debia aprender elocuencia con no menos cuidado que el arte de la guerra: estos eran los dos caminos que conducian al primer puesto. Pericles antes de hablar al pueblo, rogaba á los dioses que no permitieran saliese de sus labios nada que pudiera desagradarle. Focion meditaba al pié de la tribuna sobre el modo de espresar su opinion con las menos palabras que fuera posible. El más insigne y austero de los oradores griegos hubo de escusarse por haber faltado á la elegancia ática, y de suplicar al pueblo que no hiciera depender la suerte del Estado de un gesto oratorio. No debe, pues, causar estrañeza que Ciceron fuera á estudiar á las mejores escuelas de elocuencia, ni que de vuelta en Roma tomara lecciones de declamacion del cómico Roscio.

Sus oraciones.—Fruto son de estos trabajos preparatorios las arengas llenas de flexibilidad y de vivacidad, sin que dejen nada que desear en cuanto á la perfeccion de la forma. No ha de creerse que fueron realmente pronunciadas tales como las leemos. El mismo aconseja al orador preparar de antemano algunos exordios, abandonándose al ímpetu de la improvisacion luego que se siente animado. Este era el sistema que habia adoptado (5), haciendo sobre una ligera indicacion largos discursos que estenografiaban sus libertos (6), y que corregia y limaba después con la cabeza descansada.

No hay que buscar en aquellas esos vivos rasgos que, con especialidad entre los modernos, sorprenden y avasallan de repente. Su mérito consiste en una claridad distribuida igualmente en todas sus partes, en una elocuencia contínua y siempre grande. Háse dicho que Demóstenes era un orador, y Ciceron un abogado. Sin duda conocia el último á fondo el arte de poner de relieve las razones que alegaba, y á la par que el griego, más generosamente consagrado á la causa que sustenta va recto al fin con menos arte y más conviccion, no aspirando más que á persuadir, pretende agradar el romano, y se detiene en prolijas descripciones, se engolfa en digresiones sobre las leyes, la filosofia y los usos (7); se mofa de los demás y aun de sí mismo: sobresale especialmente en conmover las pasiones, lo cual prohibian las leyes al ateniense

Demóstenes, ardoroso patriota, se olvida de sí mismo por el interés de la cosa pública: al revés Ciceron se coloca siempre en primer término. Demóstenes es el último grito de la libertad, que se esfuerza en vano por salvarla del golpe violento con que el furor macedónico la amenaza. Ciceron es tambien la última espresion de una libertad espirante que ayuda á encadenar el mismo. Nada se puede quitar en Demóstenes, nada se puede añadir á Ciceron. Podrian pasar las arengas del primero por improvisadas, entre los que ignoran cuan difícil es escribir naturalmente. Cada periodo, cada palabra de los discursos de Ciceron deja aparecer el arte incesante, el asíduo trabajo. De aquí la maravillosa pureza de su estilo, lo bien acabado de cada una de sus partes; de aquí tanto relieve en las ideas, de las que no produce una sin revestirla con nobleza; de tal modo, que se puede decir de él que ningun orador tiene menos defectos y más bellezas. Demóstenes puede ser traducido: no así Ciceron en nuestro concepto. El primero puede servir de modelo aun con las formas positivas y apremiantes de las tribunas modernas. El que discutiera actualmente en las cámaras ó ante el tribunal á estilo de Ciceron, seria silbado infaliblemente (8).

Pero Demóstenes se lanza contra los obstáculos como un torrente contra sus diques; arroja espuma, se hincha, se eleva hasta lo verdadero y sublime y se conoce en él la pujanza del hombre; antes de subir á la tribuna, ha creido deber ejercitarse en dominar el rugido de las olas en la playa. Ciceron carece de obstáculos, y la rotunda facilidad de su palabra jamás le hace tocar en el verdadero sublime. Conoce por una larga práctica auxiliada

---

(5) Sábese que en sus momentos de ocio redactaba Ciceron preámbulos y exordios, destinados á encabezar sus composiciones futuras; aconteciéle á veces emplear uno mismo para dos trabajos diferentes. *Nunc negligentiam meam cognosce. De Gloria librum ad te misi: at in eo præmium id est quod in Academico tertio. Id evenit ob eam rem, quod habeo volumem proœmiorum: ex eo eligere soleo, cum aliquod συγγράμμα institui: itaque jam in Tusculano, qui non meminissem me abusum isto proœmio, conjeci id in eum librum quem tibi misi. Cum autem in navi legerem Academicos, agnovi erratum meum, itaque statim novum proœmium exaravi etc.* Ad Atico, XVI, 6. La distraccion de Ciceron resalta aun de otro hecho. En el tratado *De finibus*, libro V, finge que los interlocutores hallan en Atenas á Papio Pison; pero éste se refiere en su conversacion á discursos sostenidos anteriormente y á los cuales ha supuesto no haber asistido.

(6) Se atribuye á Tiron, su liberto, la invencion de las notas ó abreviaciones taquigráficas.

(7) Ciceron hacia consistir en esto segun parece, la perfeccion del arte, pues le vemos tomar la falta de digresiones por signo de tosquedad entre los antiguos, cuando dice hablando de ellos, que *nemo delectandi gratia, digredi parumper á causa posset.* Bruto, pár. 91.

(8) Cuando se preguntó á Ciceron á cual de las arengas de Demóstenes daba la preferencia, respondió:—«A la más larga.»— No obstante, esplicó su juicio al traducir la *de la Corona*. El discurso de Ciceron á que daba más importancia Quintiliano, es la filípica 2.ª.

Cuando Middleton publicó su *Vida de Ciceron* le impugnaron Jeremias Markland, Tunstall y otros por no haber reconocido más que cuatro oraciones como de Ciceron y haber creido que todas sus cartas á Bruto eran apócrifas y escritas en tiempo de la baja latinidad. Orelli y otros defendieron la autenticidad de aquellas lo mismo que Hausmann en una disertacion á la Academia de Gotinga. Las arengas que podrian negarse, son la I y la II, *Post reditum*, *Pro domo sua* y *De haruspicinis responsionibus*.

por un útil análisis, todos los recursos por medio de los cuales se deducen, se arreglan y se trastruecan las palabras, de las cuales dispone como soberano; pero se descubre que se ha educado en la escuela y se encuentran en vez de aquellos torrentes de una luz fecundante derramados del seno de un sol inagotable, los reflejos de la luna que esparce sobre todo armónicos fulgores.

Y á la luna debemos compararlo si consideramos sus sentimientos. Al ver sus obras seria imposible señalar una sentencia que atestigue un modo de ver ingénuo, un partido resuelto, sin encontrar en otra parte otro que se le oponga diametralmente. Ya hemos señalado en el curso de nuestra narracion sus contradicciones, y hubiéramos podido fácilmente estendernos más en estos contrastes, limitándonos á sus arengas, en las cuales el calor del discurso y el deseo de persuadir le hacian menos escrupuloso en la espresion concienzuda de la verdad.

Sus tratados. — Sus escritos didácticos, de un estilo más sobrio, son por la misma razon objeto de más elogios por parte de sus severos contemporáneos: allí reina verdaderamente el aticismo, aunque el diálogo diste mucho de la naturalidad y holgura de los diálogos de Platon; porque con la costumbre de la declamacion, rara vez se abandona á la fantasia y á la rapidez de la conversacion, cosas que los romanos no hacian aprender en las discusiones como los griegos. Fáltanle á menudo el vocablo propio y la exactitud de la frase, y se vé obligado á tomar del griego la espresion que necesita, ó á perderse en las perífrasis con detrimento de la precision.

Se refieren á la filosofía teórica el tratado *De la naturaleza de los dioses*, el *De la adivinacion y del destino*, el *De las leyes*, y el fragmento *De la república*. Tienen mucho de moral las *Cuestiones tusculanas*, especialmente el libro *De los oficios*, las *Paradojas*, y los pequeños tratados *De la amistad y de la vejez*. Pertenecen á la dialéctica los *Tópicos*, y son concernientes á la elocuencia los tratados *Del orador*, *De los oradores ilustres*, *De la distribucion oratoria*.

Libros retóricos.—Estos últimos y con especialidad los tres libros del orador ofrecen, no una série de áridos preceptos, sino un notabilísimo modelo de crítica.

Tanto como disgusta esta cuando usurpan insolentemente su nombre la frivolidad y la petulancia, adquiere un carácter de grandeza y de dignidad cuando sus fallos están formulados por hombres que hacen desaparecer la diferencia que existe entre el arte de juzgar y el talento de componer, que ingieren una especie de creacion en el exámen de lo bello. Parece que inventan por la fuerza instintiva del genio, cuando no hacen más que observar y pueden decir con el aplomo de un mérito reconocido: *Y yo tambien soy pintor*. Tal fué Aristóteles, cuando después de haber fijado las leyes de la sociedad y del pensamiento, no creyó incurrir en falta trazando los límites de la razon poética y del gusto literario: tal fué Ciceron cuando reveló los secretos de su arte en escritos llenos de agudeza y chiste, en que se aspira el perfume de la más pura latinidad. Segun él no debe el orador afectar palabras ó frases diversas de las usuales, y todo su arte consiste en aplicarlas con propiedad y darles cierta colocacion y cadencia que produzcan gracia, dulzura, fuerza, magestad ó elocuencia conforme convenga (9). Es una pretension necia ó ridícula querer dictar preceptos sobre el modo de emplear lo más personal que tiene el hombre, la lengua que aprendió en la cuna, la espresion de los íntimos sentimientos. No obstante se leen con gusto en Ciceron aquellas reglas necesariamente incompletas, si bien dictadas en virtud de una larga y magnífica esperiencia.

En vez de limitarse Ciceron á indicar los mejores modelos, y á revelar la manera con que podian aprovecharse á fin de preparar á los nuevos oradores, dándoles donde quiera preceptos de moral y de probidad oratoria, acostumbrado como estaba por una larga práctica del arte á tener en cuenta todos los medios, por decirlo así, materiales de bien hablar, grandes y pequeños, y hasta los más mínimos pormenores del estilo y del ritmo, atribuyéndoles sus propios triunfos, y los de los demás, acometió la empresa de analizarlos con su sutileza intempestiva. Así se ocupa con cierta especie de puerilidad del tono de voz conveniente al principio y en el curso de la arenga, del instante en que conviene permanecer inmóvil ó darse una palmada en la frente, del desórden en que se deben tener los cabellos, enjugándose el sudor, y otras pequeñeces, que al poco tiempo fueron consideradas como lo más importante.

Sus preceptos giran, pues, en gran parte sobre los medios de fingir, con estudio y trabajo, lo que se haria naturalmente espresando cada uno sus sentimientos personales: y en parte tambien sobre la formacion de las frases. Habiendo cambiado el lenguaje y los diversos modos de que hace uso, son inútiles sus preceptos, y á veces ni aun siquiera son inteligibles sus consejos acerca del arreglo de los vocablos, sobre las consonancias de los miembros y la distribucion de los periodos, alternar las sílabas

---

(2) *Nihil est tam tenerum, neque tam flexibile, neque quod tam facile sequatur quocumque ducat, quam oratio. Ex hac versus, ex eadem dispares numeri conficiuntur: ex hac etiam hæc soluta variis modis multorumque generum oratio. Non enim sunt alia sermonis, alia contentionis verba: neque ex alio genere ad usum quotidianum, alio ad scenam pompamque sumuntur; sed ea nos cum jacentia sustulimus e medio, sicut mollissimam ceram ad nostrum arbitrium formamus et fingimus. Itaque ut tum graves sumus, tum medium quiddam tenemus; sic institutam nostram sententiam sequitur orztionis genus; idque ad omnem rationem et aurium voluptatem et animorum motum mutatur et flectitur.* De orat., III, 45.

largas y breves con el final por gambo más bien que por espondeo; y es imposible que participemos de su admiracion por la palabra *comprobavit*. Pero lo que es para nosotros frívolo debia tener suma importancia en un pueblo enmedio del cual hacia Graco que le diera el tono un tocador de flauta, y en que un periodo bien combinado de Marco Antonio hizo estallar entusiastas aplausos. Censuróse no obstante á Ciceron por emplear demasiado arte en redondear los periodos, y aun á nosotros mismos nos choca su predileccion por ciertos finales sonoros, como tambien la repeticion frecuente de esta cadencia, *esse videatur*.

Historia de la elocuencia.—Nadie podria poner en duda que este gran maestro en todos los secretos de la palabra fuese muy capaz de señalar minuciosamente los méritos y defectos de sus rivales y de sus predecesores, pues los eclipsó á todos. Se puede, pues, deducir, de sus escritos la historia de la elocuencia latina. Ante todo aparecen aquellos antiguos oradores que á la solidez de pruebas y al calor de la esposicion no juntaban bastante arte y elegancia. Aun se poseian en tiempo de Ciceron, ciento cincuenta discursos de Caton el Viejo, que ya no se leian: sabemos por otra parte, que este republicano severo se ocupaba no de las palabras sino de las cosas, y creia fácil esplicar lo que conocia á fondo (10). Se encomiaba muy particularmente á los Gracos. Quintiliano los cita como modelos de diccion varonil. Cayo es, en sentir de Ciceron, el más ingenioso y el más elocuente de los oradores latinos (11): y con efecto, en los escasos fragmentos que de él nos quedan, se conoce un no sé qué de viril y de aplomado que sin duda desapareceria en el estilo sabiamente trabajado de Ciceron y de Tito Livio para no manifestarse más que en César. Con frecuentar á los griegos habia atenuado lo áspero y forzado que tenian Escipion Africano el menor y Lelio sin destruirlo enteramente: hasta ellos la elocuencia recorrió aquel primer periodo, en que procede naturalmente y con la energia de las pasiones que conocen instintivamente el medio de cautivar la atencion, conmover las almas, é insinuarse en el espíritu, sin tener necesidad de preparacion ninguna. Tal habia sido la elocuencia griega hasta Pericles: después de él vino la elocuencia artificial que no solo medita acerca de lo que tiene que decir sino sobre la manera de espresarla; que se ejercita en recitar largas tiradas de versos, en trepar por pendientes escarpadas, en tener piedrecitas en la boca y en gesticular delante

---

(10) «In hanc rem constat Catonis præceptum pene divinum, qui ait; Rem tene, verba sequentur.» Así se lee este pasaje en el *Arte de Retórica* de Julio Víctor, encontrado por Mai en un manuscrito de la Biblioteca del Vaticano. El mismo prelado en los *Fragmentos de Frontone* (Roma, 1823), trae una carta en que el mismo autor presenta á Marco Aurelio, como un escelente ejemplo de preterición, este fragmento de un discurso de Caton, que reproducimos porque, como nuevo, se ha omitido en todas las historias de la elocuencia: «Jussi caudicem proferri, ubi mea oratio scripta erat. De ea re quod sponsionem feceram cum M. Cornelio, tabulæ prolatæ; majorum benefacta perlecta: deinde quæ ego pro republica fecissem, leguntur. Ubi id utrumque perlectum est, deinde scriptum erat in oratione. Numquam ego pecuniam neque meam, neque sociorum per ambitionem dilargitus sum. Atat noli scribere, inquam: istud nolunt audire. Deinde recitavit. Num quos præfectus per sociorum vestrorum oppida imposui, qui eorum bona, liberos diriperent? Istut quoque dele: nolunt audire. Recita porro. Numquam ego prædam, neque quod de hostibus captum esset, neque manubias inter paculos amicos meos divisi, ut illis eriperem, qui cepissent. Istut quoque dele. Nihilo minus volunt dici; non opus est: recitato. Numquam ego evectionem datavi, quo amici mei per symbolos pecunias magnas caperent. Perque istuc quoque uti cum maxime delere. Numquam ego argentum pro vino congiario inter apparitores atque amicos meos disdidi, neque eos malo publico divites feci. Enimvero usque istuc ad lignum dele. Vide sis quo loco respublica siet, uti quod reip. benefecissem, unde gratiam capiebam, nunc idem illud memorare non audeo, ne invidiæ siet. Ita inductum est male facere impæne, bene facere non impæne, licere.»—Aulo Gelio, X, 3, nos ha conservado otro escelente fragmento de Caton, en que se queja de Q. Termo: «Dicit a decemviris parum sibi bene cibaria curata esse; jussit vestimenta detrahi atque flagro cædi. Decemviros Bruttiani verberavere, videre multi mortales. Quis hanc contumeliam, quis hoc imperium, quis hanc servitutem ferre potest? Nemo hoc rex ausus est facere. Eane fieri bonis, bono genere natis, boni consulitis? Ubi societas, ubi fides majorum? insignitas injurias, plagas, verbera, vibices, eos dolores atque carnificinas, per decus atque maximam contumeliam, inspectantibus popularibus suis atque multis mortalibus se facere ausum esse? Sed quantum luctum, quantumque gemitum, quid lacrymarum quantumque fletum factum audivi? Servi injurias nimis ægre ferunt; quid illos bono genere natos, magna virtute præditos, opinamini animi habuisse atque habituros dum vivent?

(11) «Estat oratio hominis, ut opinio mea fert, nostrorum hominum longe ingeniosissimi atque eloquentissimi, Caji Gracchi.» Orat, pro Fonteyo. Aulo Gelio para refutar á los que daban la preferencia á C. Graco sobre Ciceron copia un fragmento del discurso donde espone los repugnantes escesos de los magistrados de las provincias, sirviéndose de palabras muy dulces, sin calor y sin ornamento de estilo. Héle aquí: «Nuper Theanum Sidicinum consul venit, uxor ejus dixit in balneis virilibus lavari velle. Quæstori Sidicino a M. Mario datum est negotium, uti balneis exigerentur qui lavabantur. Uxor renunciat viro, parum cito sibi balneas traditas esse, et parum lautas fuisse. Idcirco palus destitutus est in foro, eoque adductus suæ civitatis nobilissimus homo M. Marius; vestimenta detracta sunt, virgis cæsus est. Caleni, ubi id audiverunt edixerunt ne quis in balneis lavisse vellet, cum magistratus romanus ibi esset. Ferentini ob eamdem causam prætor noster quæstores arripi jussit. Alter se de muro dejecit, alter prehensus et virgis cæsus est... Quanta libido, quantaque intemperantia sit hominum adolescentium, unum exemplum vobis ostendam. His annis paucis ex Asia missus est qui per id tempus magistratum non ceperat, homo adolescens pro legato. Is in lectica ferebatur; ei obviam bubulcus de plebe venusina advenit, et per jocum, cum ignoraret quid ferretur, rogavit num mortuum ferrent. Ubi id audivit, lecticam jussit deponi, stuppis quibus lectica deligata erat, usque adeo verberari jussit, dum animam efflavit.» Noct. Att., X, 3.

de un espejo. Adelantando los romanos en la carrera se aplicaron con grande esmero á todos estos accesorios; se exigió que el orador tuviera lengua suelta, órgano sonoro, pecho fuerte (12) y un largo estudio de los recursos oratorios.

Ejercicio.—Antes de arrostrar el terrible fallo del público, se ejercitaban los jóvenes en las escuelas y en las reuniones, discutiendo diferentes asuntos. Así Ciceron se dedicó á la declamacion hasta su pretura, y tornó á consagrarse á ella cuando, ya cargado de laureles, fué alejado del foro por las tempestades civiles. Hircio y Dolabela iban á su casa á tomar parte en sus ejercicios (13). Antes de las guerras y mientras César guiaba á sus legiones á la victoria, Pompeyo se habituaba á vencer con la palabra, conjeturando que de este modo podria decidir del imperio aun en medio del tumulto de las armas. Marco Antonio se esforzó por sobresalir en ella para hacer frente á Ciceron; y Octaviano hizo en este punto un estudio particular durante la guerra de Módena, como para buscar una compensacion á su poca habilidad guerrera.

A mayor abundamiento se necesitaba una memoria á toda prueba para recitar tan prolijos discursos, sin perturbarse entre el popular tumulto; y todos pueden juzgar, por ejemplo de la de Ciceron, si pronunció su discurso de una tirada en pró de la ley de Manilia. Se atribuia á algunos un gran mérito de poder saludar á cada ciudadano por su nombre, cuando habia elecciones sin necesidad del servidor encargado de auxiliar los recuerdos del amo.

Cuéntase que habiendo oido uno de aquellos oradores la lectura de un poema, acusó por chanza al autor de habérselo robado, y para probar su aserto lo recitó desde el principio hasta el fin. Hortensio, después de haber asistido un dia entero á una venta pública de muebles; recapituló por la noche todos los objetos puestos á subasta, artículo por artículo, mencionando sus defectos, sus precios y el nombre de los compradores. Marco Anneo Séneca, de Córdoba, repetia dos mil palabras sueltas en el órden con que habian sido pronunciadas. Se aprovechó de esta facultad para recoger los trozos que habia oido en los ejercicios de declamacion, y se los dejó á sus hijos y á la posteridad en veinte libros de *Controversias;* pero no han llegado hasta nosotros más que cinco; además están incompletos y carecen de lectores.

Segunda época de elocuencia.—A través de estos artificios de lenguaje, y no por ellos, llegó á su madurez la elocuencia con Marco Antonio y Lucio Licinio Craso. Estudió el primero denominado el *Orador* y muerto en los tumultos de Mario en Atenas y en Rodas; pero tenia el talento de no manifestar arte, de modo que parecia que trataba sin preparacion los asuntos sobre que habia meditado más detenidamente. Solo Craso marchaba á la par con él: orador grave, rico en conocimientos científicos y jurídicos así como en esperiencia política, exacto en las espresiones, de natural elegancia y grave, sin carecer de chistes y agudezas, que jamás degeneraban en bufonadas, era preciso en la espresion y naturalmente elegante.

No será inútil contar de él un hecho que puede dar una idea de la época. Estrenándose un tal Bruto como de costumbre en la carrera oratoria por una acusacion, asestó sus tiros contra Craso, é insistió particularmente en un paralelo que establecia entre dos pasajes de sus arengas, de los cuales el uno contradecia al otro. Ofendido Craso en lo más vivo hizo leer en alta voz los exordios de tres diálogos compuestos por el padre de Bruto, en los que hacia la descripcion de una quinta; luego dirigiéndose al acusador de repente, le preguntó qué habia hecho de la propiedad; y partió de allí para dirigir al jóven acusador violentas invectivas. Quiso entonces la casualidad que pasara por el foro la comitiva fúnebre de una dama romana. Aprovechándose Craso de la ocasion, se vuelve á su adversario y esclama:—«¿Qué haces ahí tranquilamente sentado? ¿Qué es lo que quieres que esa mujer respetable diga á tu padre? ¿Y qué dirá á aquellos cuyas efigies lleva á su lado? ¿Qué dirá á Junio Bruto, que emancipó á este pueblo de la dominacion real? ¿Le dirá lo qué haces? ¿De qué intereses, de qué gloria, de que virtud te has ocupado? ¿De aumentar tu patrimonio? Aunque poco noble te pasaré esa pretension. Pero á la sazon nada te queda, si el libertinage lo ha absorbido todo. ¿Te aplicas al menos á las cosas de la guerra? Pero si nunca has visto un campamento ¿Te consagras á la elocuencia? Pero ni sombra tienes de tal cosa, ni jamás has empleado tu voz ni tu lengua sino en este innoble comercio de la calumnia. ¿Cómo osas mostrarte á la luz del dia? ¿Cómo osas mirarnos, aparecer en el foro, residir en la ciudad, ni presentarte á los ojos de los ciudadanos? ¿No te asusta esa mujer muerta, así como las imágenes, á que no has reservado ningun puesto, no ya para imitarlas, sino para conservarlas?»

Otra escena nos dará á conocer con cuanto calor se entregaban entonces á la elocuencia. Habiéndose permitido decir el cónsul Filipo que con semejante Senado era imposible gobernar la república, le contestó Craso con sin igual energia. Filipo creyó asustarle ordenando que fueran secuestrados sus bienes; pero el orador dando á su palabra una inusitada violencia, redujo al cónsul al silencio y le obligó á reconocer que la fidelidad y prudencia de los senadores no habian faltado jamás á la república. Tal fué la fuerza, la violencia de su palabra que le atacó un dolor de costado y murió á los siete dias (14). Defendiendo Marco Antonio á

(12) *Solutam linguam, canoram vocem, latera firma.*

(13) *Hirtium et Dollabelan dicendi discipulos habeo cœnandi magistros. Puto enim te audisse... illos apud me declamitare, me apud illos cenitare.* Ad fam., IX, 16.

(14) CICERON. *De oratore.*

Aquilio desgarró las vestiduras de su cliente para descubrir su pecho, y derramó lágrimas, que escitaron las de los asistentes (15). Ciceron lo elogia por la animada energia de su decir, su impetuosidad, el dolor que se pintaba en sus ojos, en sus facciones, en su gesto, en el movimiento de su dedo, mientras que derramaba un torrente de graves y escelentes palabras (16).

Craso era igualado en elocuencia y superado en la ciencia de las leyes por Mucio Escévola, y ¡cosa rara entre letrados! esta rivalidad no engendró entre ellos emulacion envidiosa, sino amistad. Aurelio Cotta y Sulpicio Rufo fueron tambien famosos Florido el primero y castigado en su estilo, lleno de flexibilidad en las ideas, de un gusto sano é ilustrado, persuadia á fuerza de habilidad á los jueces; pero la debilidad de su pecho le impedia levantar la voz y agitar las pasiones. Al revés Sulpicio Rufo era noble y trágico, poseia un órgano vivo ó suave segun lo requeria el caso, y jamás era amanerado su gracioso gesto.

Tercera época de la elocuencia, Hortensio. — A fines de la república, cuando florecian César, Bruto, Mesala, Hortensio (n. 113) llegó al más alto esplendor la elocuencia. El último disputaba la palma á Ciceron como Esquines á Demóstenes. Se estrenó á los diez y nueve años con una arenga en favor de los africanos, y aquella fué, dice Ciceron, como una obra de Fidias, que al primer golpe de vista arrancó los sufragios de los espectadores (17). Una memoria imperturbable, un escelente decir, una estremada facilidad le hacian árbitro de la tribuna, atrayendo á que le escucharan los más célebres actores; al mismo tiempo que la claridad, la elegancia, el sabio esmero de su estilo hacian que fuera leido con el mayor gusto. Introdujo el método de dividir la materia en muchos puntos, y hacer un resúmen de la discusion al terminar el discurso; medio escelente para que se comprenda bien una causa y adquieran vigor las pruebas. De él no nos queda nada; pero sabemos que superó á todos sus contemporáneos hasta que se retiró del foro, deseoso de abandonarse á su propension natural por una vida agradable y apacible, en compañia de hombres instruidos, enmedio de casas de recreo y de jardines magníficos con vastos viveros poblados de esquisitos peces. Rindió homenage al gusto de su siglo escribiendo versos licenciosos. Se adhirió al partido de Sila, y de buena fé á lo que parece; pues jamás auxilió á los que, destruyendo las leyes de este dictador, se abrian camino al poder supremo. Viósele, pues, oponerse á Pompeyo cuando restableció los tribunos, y cuando pedia comisiones estraordinarias. Hizo condenar á Opimio á su salida del tribunado y se asoció á Ciceron para defender á Rabirio y para reprimir á Catilina y á Clodio: difirió, no obstante, de su dictámen en diferentes circunstancias, porque no amaba á Pompeyo; y defendió á Verres, sobre lo cual no cabe escusa. Lo que le honra especialmente á nuestros ojos es haber permanecido amigo de Ciceron, aunque perteneciendo á otro partido; haberle designado para las funciones de augur después de haberse puesto á la cabeza de los caballeros para protegerle cuando fué llamado á juicio (18).

Seria imposible emitir una opinion acertada respecto de estos oradores con arreglo á los fragmentos y aun á los discursos que nos quedan de ellos; porque cuando ponian sus ideas por escrito faltaba á menudo aquella regularidad, aquel esmero que satisface á la reflexion. Pero, cuando apoderándose de su asunto, se abandonaban á la improvisacion y á ese ardor de sentimiento que no pertenece más que á la palabra instantánea, entonces influian poderosamente en la imaginacion y subyugaban las voluntades. «Ciceron (decia Apio en el diálogo *De la corrompida elocuencia*, que se atribuye á Tácito) fué el primero en hablar con regularidad, elegir las palabras y disponerlas con arte; empleó agudos chistes; introdujo sentencias en las oraciones últimas que compuso cuando el juicio y la práctica le habian dado á conocer lo mejor; pues las primeras no carecen de defectos antiguos, proémios flojos, narraciones largas; termina y no acaba, se apasiona tarde y se entusiasma de repente;

---

(15) Ciceron hace contar el hecho en estas palabras al mismo Marco Antonio. «No creais que en la causa de Manio Aquilio, en que no tenia que referir las aventuras de los antiguos héroes, ni sus fabulosas proezas, ni que representar un papel de teatro, sino que hablar en mi propio nombre, pude hacer lo que he hecho para conservar á este ciudadano su patria, sin esperimentar una vehemente impresion de dolor. Viendo delante de mí á un hombre, de quien recordaba que habia sido cónsul, un general de ejército á quien el Senado habia concedido subir al Capitolio con una pompa poco diferente de un triunfo; viéndole, repito, abatido, consternado, afligido, espuesto á perderlo todo, no bien empecé á hablar para conmover á los demás, cuando me sentí profundamente enternecido. Entonces me apercibí en efecto del estremado enternecimiento de los jueces, cuando haciendo que se levantara aquel anciano afligido y vestido de luto, arranqué la vestidura que cubria su pecho, y puse de manifiesto sus cicatrices. No fué aquel un efecto de arte, sino de una emocion profunda en un alma presa del dolor. Al contemplar á Cayo Mario allí sentado, y cuyas lágrimas hacian más enternecedor el tono lastimero de mi discurso; cuando me volví hácia él dirigiéndole frecuentes apóstrofes para recomendarle su colega é implorar su apoyo en una causa, que era la de todos los generales, aquellos rasgos patéticos, y la invocacion que hice á los dioses y á los hombres, tanto ciudadanos como aliados, no podian menos de ser acompañados de un estremo dolor y de lágrimas por mi parte. Algunas palabras que hubiese dicho sin estar apasionado, lejos de escitar compasion mi discurso, hubiera provocado la risa de los oyentes.» *De oratore*, II, 45.

(16) *De oratore.*

(17) *Bruto*, párrafo 64.

(18) Luis Gaspar Luzac. — *De Quinto Hortensio Hortalo oratore Ciceronis æmulo.* Leida, 1810.

pocos conceptos termina con perfeccion y cierto esplendor; no hay en él vaciedades ni ripios; es como fuerte muro duradero, pero que no tiene revoco ni brillantez. Quiero que el orador sea como rico y bondadoso padre de familia que no solamente tenga casa y techo donde guarecerse del agua y del viento, sino tambien que deleite y alegre la vista; no solo los muebles que llene las necesidades, sino otros objetos de oro y plata, joyas para adornarse y multiplicar los alicientes y la variedad. No debe emplear palabras anticuadas, ni capítulos á estilo de los anales sin piés ni cabeza, y déjese de bufonadas, y use cláusulas enteramente regulares.»

No era, sin embargo, la elocuencia política, como se creeria á primera vista, la principal ni la más estudiada. El mismo Ciceron nos enseña que no era más que un juego comparado con la elocuencia forense. Tratábase en efecto con esta última de vencer el inflexible rigor de la forma y el testo literal de las leyes; mezclábanse á ellas las pasiones políticas y escitaban la compasion, la palidez del acusado, los gemidos de la familia, las súplicas de los clientes. Con vivo interés se observaba como haria prevalecer el orador sobre todo esto su opinion á la justicia. En efecto, el arte del abogado no se reducia, como debia ser, á buscar lo que era justo y pedirlo, sino en hacer que tuviera visos de tal lo que no lo era, en derramar hiel y sarcasmo sobre las cosas inocentes, en mezclar un relato verdadero con embustes y calumnias: se necesitaba saber sostener con la ironia lo que no se podia racionalmente. Afectar gravedad y moralidad en el momento de emitir principios inmorales, proferir el escarnio hasta el punto de convencer al auditorio de que el que merecia ser puesto en ridículo de aquella manera no podia menos de estar falto de razon, poner en fin en conmocion todas las pasiones ruines, la vanidad, el miedo, el interés, la envidia. Estos eran los medios de la elocuencia antigua, tales como pueden verse analizados por Ciceron con gran gusto.

Tópica. —Encontrar argumentos debia ser, pues, un arte especial en un tiempo en que la elocuencia propendia menos á ilustrar la verdad que á hacer triunfar un partido, una causa, un hombre. Ya Aristóteles habia indicado en la *Tópica*, los lugares comunes de donde se podian deducir razones: y Tulio hizo la esposicion detallada que dirigió al jurisconsulto Trevacio, para uso de los jóvenes que se dedicaban al estudio del derecho.

Sobre el mismo asunto existe un libro de *Retórica á Herennio*, atribuido por algunos á Ciceron y por otros á Cornificio: es una obra clara y familiar y no menos útil que limada.

Nos detendremos aquí reservando para el libro siguiente nuestras observaciones sobre el decaimiento de la elocuencia, comenzado por los preceptores y consumado por la caida de la constitucion.

Filosofia romana.— «Dedicados exclusivamente á la accion y á las conquistas los romanos, no conocieron la filosofia hasta que la importaron en su pais los griegos.» Esta es una de las máximas demasiado generales que la historia adopta sin exámen ni escepciones, por más que los hechos la desmientan.

Ignoramos que filosofia enseñarian los etruscos; pero la primitiva latina debió de componerse de la suya y de la de los pitagóricos. Esta primitiva filosofia estaba escrita en muchos libros que todos se han perdido, porque la posteridad, deslumbrada por el esplendor de las ciencias griegas, no se cuidó de conservar las doctrinas nacionales, ó las confundió con las epicureas y las estóicas. Sin embargo, se atribuye dicha filosofia á dos fuentes principales que son el lenguaje y la jurisprudencia. Vico fué el primero que en su «*Antiquísima sabiduria de los Italianos*,» observando la profunda filosofia que contenian las palabras latinas, sacó de aquí por induccion que los primeros moradores de Italia habian debido ser grandes pensadores, y se propuso estraer de sus espresiones y voces su sistema de metafísica, física y moral, y llegó á demostrar que segun los latinos primitivos *la verdad y el hecho* eran una sola cosa. Segun esto, Dios conocia las verdades físicas, el hombre solo alcanzaba las matemáticas, hallándose de este modo en contradiccion así con los dogmáticos que todo creian saberlo, como con los escépticos que de nada tenian certidumbre. Dios era la verdad perfecta que conocia los elementos intrínsecos y estrínsecos de las cosas; y el hombre por el contrario, no procedia en su inteligencia sino por medio de la division, y deducia de la ciencia el sér y la unidad. En el alma del hombre dominaba la inteligencia, en la inteligencia el pensamiento, y sobre el pensamiento Dios, quien con solo obrar queria, y cuyas obras conformes con el órden eterno de las cosas, no eran efectos del hado ó del acaso.

Si el método de Vico es para todos muy incierto y congetural, aun menor mérito debe tener para nosotros, que suponemos que en el lenguaje se hallan depositadas las primeras revelaciones del Criador, necesarias para esclarecer el entendimiento y desarrollar la razon. Y como los idiomas no son obra de los filósofos, sino del pueblo, resulta que en ellos se encuentra consignado, no el grado de saber, sino las verdades del sentido comun; siendo imposible separar lo que puso de sí cada pueblo de lo que recibió por tradicion.

Más sólidos argumentos puede presentar la jurisprudencia, en la cual (sin mencionar la fábula de las XII Tablas), es un error ver solamente las inspiraciones de la secta estóica; pues además de que contiene observaciones opuestas del todo á dicha secta, ya está demostrado que estriba en principios de mucha mayor antigüedad, recopilados despues por los decenviros.

Segun ellos, el hombre es un sér racional y libre por naturaleza, y la persona es el hombre en su propio estado. El estado del hombre es natural ó

civil, por lo cual el esclavo aunque hombre, no es persona (19). La libertad del hombre consiste en poder hacer lo que ni la fuerza ni el derecho prohiben, y es por su índole innegable. Admitian, sin embargo, en su derecho civil el principio de esclavitud, condenando al esclavo á la *capitis diminutio* (20). La debilidad es cualidad de la mujer, y la dignidad del varon, á quien pertenecen esclusivamente la patria potestad y el desempeño de los empleos. Reconociéndose solo por hijo al que nace de nupcias legítimas, resulta la prohibicion del adulterio, del incesto y del concubinato. Miraban como cosas todo lo que podia considerarse como bienes, inclusos los derechos, los cuales, sin embargo, no eran corpóreos, sino unos por escelencia, indivisibles, inextinguibles; y sobrevivian al objeto con que tenian relacion, no pudiéndose adquirir ni perder derecho alguno, á no ser por voluntad ó consentimiento. Además del grande esmero con que se dedicaron los jurisperitos á fijar la significacion verdadera de las palabras y la rigorosa exactitud de las frases, se manifestaron superiores á todos en presentar pruebas y en los indicios.

No tenemos á la vista una filosofia de escuelas como las de Grecia y Alejandria, sino una filosofia práctica y dirigida ante todo á la ciencia de la vida, objeto que tenian ya por blanco los italianos desde Pitágoras, sin que desde entonces lo llegaran á desatender los mejores filósofos.

Penetraron después en la filosofia romana las ideas extranjeras; y á la historia de la filosofia se refiere el exámen de las demás obras de Ciceron, quien sin crear nada, lo resumió y hermoseó todo. Cuanto habia allí de original, no tardó en hallarse mezclado con el torrente griego hácia el cual corrian todos á tomar modelos. Los filósofos griegos estaban en decadencia por aquella época por los motivos que ya conocemos; no peroraban sin embargo ya en la sola Atenas, habiéndose esparcido por el Asia Menor, el Egipto, la Grecia, el Africa y la Europa. En Rodas enseñaba Posidonio, filósofo estóico, que era la secta que mayor aceptacion tenia en Roma. Ciceron veia florecer en Atenas la escuela de Epicuro bajo la direccion de Fedro y Patrono; la académica bajo la de Antíoco y Aristo; la peripatética bajo la de Cratipo; y hasta á Marsella enviaban los romanos á educar sus hijos. Cuando los filósofos griegos se vieron llamados á instruir á tales alumnos, se remontaron á las fuentes, y se renovó el estudio de Platon y de Aristóteles. Así, más que un impulso espontáneo hácia la verdad, era ésta una escuela de erudicion; de tal suerte, que se despertaron entonces varias sectas ya olvidadas en Grecia. Prevalecian, sin embargo, las cuatro de los nuevos académicos, peripatéticos, estóicos y epicúreos, bastante diversas entre sí.

Epicúreos.—Los epicúreos predicaban la conveniencia de gozar los placeres del cuerpo y del espíritu; no abandonarse á los sentidos de una manera repugnante á la razon, ni dejar que esta se convirtiera en tirana de aquella; evitar las sensaciones dolorosas y procurar las agradables, porque el placer era en su concepto la verdadera sabiduria. Pero aconsejaban que se evitara como enemigo del placer el esceso, que produce disgusto y debilidad; por lo cual no se puede encontrar aquel más que en la virtud, que consiste en moderar las pasiones. Mientras los hombres, decian, abandonados al amor, á la ambicion y á la avaricia pecan y se deshonran, mira el sabio desde la orilla sus tempestades, y se aleja cuanto más le es posible de los negocios públicos que ocasionan peligros y dolorosos desastres.

Estóicos.—Impias parecian tales máximas al rígido estóico, el cual decia: «Los sentidos son lo que tenemos de comun con los brutos; lo que de estos nos distingue es la inteligencia pura, inmaterial, que nos aproxima á la divinidad, de la cual emana. La virtud consiste en emancipar el alma de los sentidos, hacerla independiente de las pasiones, y conservarle el libre albedrío. Los dolores, las enfermedades, la muerte, no son males, pues solamente es malo aquello que contraria el órden eterno de la Providencia. Todo lo que altera nuestra divina existencia es vicio, y virtud lo que la mantiene pura. No hay, pues, gradacion alguna entre el vicio y la virtud, y todo vicio es una impiedad, porque ultraja á la divinidad. Virtuoso es el que conserva el imperio de su inteligencia, hace independiente á su alma, y con inperturbable conciencia y previsora razon sigue impertérrito cuanto una y otra le prescriben. La Providencia asignó al hombre un lugar en este admirable universo, donde no ha nacido para sí solo, sino para la pátria, la familia y los amigos. Debe, por consiguiente, tomar parte en los asuntos públicos á fin de que triunfen las leyes y la libertad, aquella libertad sin la cual no hay decoro ni moralidad. Para asegurarla, ha de hacer el sabio cuanto le sea posible, y viviendo así, habrá cumplido su mision, haya ó no otra vida.»

Platónicos.—Esta confianza en sí mismos era tenido por orgullo entre los platónicos, quienes afirmaban que no en el hombre, sino solo en la divinidad, puede hallarse la verdadera sabiduria y que sólo en la contemplacion de ésta, puede obtenerse la fuerza que hace al alma capaz de alcanzar en otra vida aquella felicidad que en esta no se consigue. Conviene por lo tanto, decian, estudiar las maravillas del universo, que son para el que las comprende, como la escala para subir hasta el supremo Hacedor, y con la adoracion de su omnipotencia elevarse á ese éxtasis que es el preludio de los goces celestes reservados á la virtud. La vida, añadian, es un

(19) La definicion de la persona es: *Homo cum statu quodam consideratus;* entendiéndose por estado: *Qualitas, cujus ratione homines diverso jure utuntur.*

(20) Véase el Libro V, cap. 4.

soplo, y una lucha contra el vicio, la desgracia y la muerte. Haceos superiores á las pasiones y á los cuidados del mundo, indignos del sabio, y que lo apartarian de su fin. Todo emana de Dios; á Dios vuelve todo: en él solo está la virtud; fuera de él, no hay nada más que delito y error.

Escépticos —Pero este elevado platonismo ya no tenia entonces prosélitos y habia venido á parar en una nueva escuela, que conducia al escepticismo y á la probabilidad de todas las opiniones. No proclamaba esta escuela la contemplacion, sino la razon y el exámen de los principios, con lo cual concluia mostrando la vanidad de todos los sistemas, y afirmando que nada habia en ellos de cierto, á lo menos nada que la razon humana pudiera demostrar. La moral misma en su concepto no se asentaba sobre bases sólidas; lo que habia sido vicio en una época se llamaba virtud en otra; el clima, el tiempo y la edad, cambiaban la medida del bien y del mal. Fuera, pues, las ilusiones, fuera las preocupaciones de escuela ó de educacion: examinemos, decian, la naturaleza de las cosas y su orígen de manera que nos proporcionen las nociones más aproximadas á la verdad, dispuestos no obstante á repudiarlas apenas se nos demuestre lo contrario. Fortalecida en esta contínua gimnástica, aprenderá nuestra razon á discernir mejor las causas y los efectos y lo que conviene ó nó á nuestra naturaleza y al bien de la sociedad.

Los cínicos no podian hacerse á las refinadas costumbres de las clases elevadas, únicas que se dedicaban á la filosofía. El escepticismo se avenia mal con el espíritu de gente práctica como lo era la romana; y sin embargo, nacia del modo mismo de considerar las escuelas como diversos puntos de vista de la verdad misma. Más activa influencia tuvo la escuela estóica, porque su severidad moral se acomodaba mejor al sentido práctico de los romanos.

Pero en resúmen estos sistemas eran más bien de escuela que de práctica; ejercicios de penetracion más bien que verdadero amor á la ciencia, y sus diferencias dependian del diverso punto de vista que cada escuela adoptaba. Se venia, pues, á parar en el eclecticismo, eligiendo cada uno lo que le parecia mejor en la secta que adoptaba, lo cual conduce á un sistema sin conexion alguna, á descuidar el encadenamiento científico, y á detenerse en lo verosímil. Si resulta una ventaja de este método, es el impedir la falsa interpretacion propia de una filosofía parcial, y llegar á una moderacion de resultados, ignorada de los mayores filósofos, moderacion que sin embargo proviene de debilidad, y por consecuencia es vacilante. Por lo demás, escuela propiamente dicha no se formó en Roma; se estudiaba la filosofía como necesario elemento de cultura, como conveniente para formar al orador, como fuente de firmeza y consuelo en las calamidades; y por eso se preferia la escuela estóica, que pudo considerarse una preparacion á las virtudes evangélicas.

El epicurismo era más bien practicado que enseñado: quien en Roma lo cultivó con más fama fué Filodemo de Celesiria, más culto de lo que solian ser los de su secta, y autor de poesías muy ingeniosas (21); y parece que el último que lo enseñó como escuela, fué Siron, maestro de Virgilio y de Varo. Lucrecio puso después en verso sus teorías que agradaban aun á muchos hombres ilustres y que preparaban contra los males políticos una defensa negando que hubiese otra vida después de la terrena y aconsejando que con la moderacion se evitasen en esta en lo posible los dolores. Aun cuando Sila llevó á Roma (22) las obras de Aristóteles, permanecieron encerradas en su biblioteca hasta que el gramático Tiranion las publicó. Corregidas luego y adicionadas por Andrónico de Rodas, contemporáneo de Ciceron, se multiplicaron sus copias; pero continuaron siendo tan poco comunes, que hasta personas eruditas no conocian á dicho filósofo (23).

Entre los muchos autores latinos (24) que se han ocupado de filosofía, ninguno tiene suficiente ciencia ni bastante elegancia. Los libros mismos de Varron en vez de instruir escitaban á instruirse (25), hasta el momento en que Ciceron divulgó la Grecia en Roma, llevando á los últimos descendientes de Pompilio y de Cincinato todos los refinamientos de la filosofía griega. Cuando le disgustaban los negocios, se refugiaba en la filosofía, y esceptuados los trabajos juveniles (traducciones del griego ó discusiones retóricas), compuso las demás obras en los obligados descansos ó enmedio de los grandes peligros, en tiempo del primer

---

(21) Ciertamente á él alude Ciceron en la arenga contra Pison, y lo llama *non philosophia solum, sed etiam literis, quod fere ceteros epicureos negligere dicunt, perpolitus. Poema porro fecit ita festivum, ita concinnum, ita elegans, nihil ut fieri possit argutius.* Acaso alude á los epígramas que tenemos de él en la *Antología*.

En las escavaciones de Herculano se encontraron tres tratados de Filodemo, *de la Música, de la Retórica, de la Virtud y de los Vicios,* que se esperaba diesen á conocer mejor el epicureismo; pero añadieron poco los fragmentos descifrados.

(22) Véase tom. I, pág. 535, nota35.

(23) *Rhetor autem ille magnus, ut opinor, hæc aristotelica se ignorare respondit. Quod quidem minime sum admiratus, quum ab ipsis philosophis, præter admodum paucos, ignorarentur.* Cic., *Topic.*, I.

(24) Ciceron habla de aquellos *qui voluerunt se philosophos appellari, quorum dicebantur esse latini sane multi libri.*

Entre los filósofos latinos no queremos olvidar á Cerelia alabada por Ciceron como *mirifice studio philosophiæ flagrans,* y amada por él demasiado si creemos á Dion, XLVI.

(25) *Multi jam esse latini libri dicuntur, scripti inconsiderate ab optimis illis quidem viris, sed non satis eruditis. Fieri autem potest ut recte quis sentiat, sed id quod sentit, polite eloqui non possit.. Philosophiam multis locis inchoasti (o Varro) ad impellendum satis, ad edocendum parum.* Quæst. acad., I.

triunvirato y bajo la dictadura de César. En vano, sin embargo, se prometia la paz en los estudios, comprendiendo que si estos robustecen más al espíritu, no dan sin embargo un remedio duradero; antes por el contrario hacen más sensibles los padecimientos. Cuando le halagaba la esperanza de poder con gloria ocuparse en los negocios del Estado, volvia á la vida pública. Porque en la filosofia como en toda su educacion, se proponia un fin político y literario; queria ejercitarse en escribir, cuando ya no le daban ocasion para ello las arengas. En el proemio de las *Tusculanas* confiesa el pesar que le causaba ver que muchas obras latinas estaban escritas descuidadamente por hombres sabios, y que muchos que pensaban bien, no sabian después esponerlo elegantemente, lo cual era á su juicio abusar del tiempo y de la palabra. En los *Oficios* recomienda á su hijo la lectura de sus discusiones filosóficas: «En cuanto al fondo piensa lo que quieras; pero esta lectura no podrá menos de darte un estilo más fluido y rico. Sin vanidad puedo decir que si bien cedo á muchos en punto á ciencia filosófica, por lo que hace al arte del orador, esto es, á la pureza y elegancia del estilo, he consumido la vida en este ejercicio, por lo que no hago más que usár un derecho mio reclamando el honor de la primacia.» Amaba la gloria romana, y le disgustaba que en la literatura quedase algun vacio, por lo que pensaba llenarlo (26): los griegos mezclaban versos en sus obras, y él hizo otro tanto, no disimulando que los suyos eran traducciones (27).

Disertador elegantísimo, lo espone, traduce é ilustra todo. Bosqueja la historia de la filosofia griega con una suavidad y una claridad admirables (28); y sin embargo, careciendo de la fuerza de ingenio que crea, eligió las opiniones más adecuadas á su carácter, á su siglo y á su nacion. De esta manera no podia llegar más que á un moderado escepticismo en los escritos, y en las acciones á una vida regular, sin los grandes sacrificios para los cuales se requiere mucho mayor ánimo. Filósofo por casualidad, adquiere importancia por haberse perdido las obras donde aprendió. Lo más á que aspira con los lectores es al mérito de haberles dado método; y haber añadido su propio juicio al de aquellos. Con este intento, no copia tanto de Aristóteles y Platon como de los estóicos, de los epicúreos, de los nuevos académicos, más inmediatos á él, cuyas obras no era difícil mejorar. Crisipo, jefe de los nuevos estóicos, que introdujo un método indeclinable, una verdad absoluta y sin gradaciones, el geométrico sorites que excluye toda probabilidad, debia desagradar á Ciceron que veia con esto ahogada la elocuencia, la inventiva, la inspiracion, aquellas conjeturas por las cuales se aventura el espíritu humano en la senda de los descubrimientos.

Nuevos académicos.—La escuela preponderante entonces, los nuevos académicos, mostraba con ligereza como se llegaba á consecuencias opuestas, deduciendo razones en pro y en contra de las otras sectas. Esta manera se acomoda al gusto general, que quiere tener una tintura de muchas cosas, más bien que profundizar una. Y precisamente para difundir tal gusto, Ciceron, discípulo de aquella escuela, no manifiesta de una manera absoluta su opinion y halla verosímiles varias de las otras: solo alguna vez se mantiene servil á la autoridad de Sócrates, Platon y Arcesilao, ó hace elogios de los estoicos, porque esto se adapta á la filosofia popular que quiere defender, fuera de que sus máximas generales sirven bastante oportunamente á la elocuencia, si bien tiende á escarnecerlas cuando se burla del severo Caton. En el fondo, por lo tanto, es la filosofia para él, como para sus contemporáneos, una coleccion de trozos escogidos particulares sobre cuestiones dadas (29); y asi la divide en *lugares*, de los cuales trata con independencia unos de otros. Y si con esto deja de examinar frecuentemente los fundamentos de la investigacion y el método, en cambio huye de las consecuencias exageradas: quiere una filosofia con la que pueda acomodarse la vida; no la filosofia del sabio, sino la del hombre bien educado.

Satisfecho con la probabilidad y ecléctico en grado supremo, sin convicciones propias, afirma tantas cosas en sus escritos, que se duda si verdaderamente habia meditado alguna: ni persuade al entendimiento ni determina la voluntad. Asi como varia de estilo, de lenguaje, y de tono, segun que sigue á uno ú otro, así tambien con demasiada frecuencia cambia de dictámen segun el partido á que se acerca; y no se apura demasiado cuando le falta la lógica en su intento de conciliar opiniones diferentes. Muchos fueron los pensadores que entre las exageraciones de las escuelas escogian un término medio. Ciceron propendia á elevarse con Platon en alas de la inteligencia hácia el idealismo y lo abstracto, pero templaba sus ímpetus ó con el método experimental de Aristóteles ó con la austeridad estóica. Conocia que para alcanzar poco es preciso haber estudiado mucho; que es difícil filosofar sobre un punto, y que debe abrazarlos todos el que quiera conocer en el encadenamiento general, el valor y el sentido de cada parte. Se eleva, pues, á la investigacion del supremo bien; pero

(26) *Sic parati ut... nullum philosophiæ locum esse pateremur, qui non latinis litteris illustratus pateret.* De divin., II, 2.

(27) Απογραφα *sunt, minore labore fiunt; verba tantum affero, quibus abundo.* A Atico, XII, 52.

(28) De sus diversos pasajes se compiló una historia de la filosofia griega con el título de *M. T. Ciceronis historia philosophiæ antiquæ, ex omnibus illius scriptis collegit, disposuit, etc.* F. GEDICKE. Berlin, 1801.

(29) *Tusc.*, V, 7.

siempre quiere que los deberes resultantes de la sociedad sean preferidos á los que se derivan de la indagacion científica, y opina que se debe prescindir de toda investigacion, apenas se presente ocasion de obrar.

Si entre sus contradicciones aspiramos á recomponer su sistema, hallamos que considera el alma y el cuerpo como operando el uno sobre la otra, admitiendo no obstante el predominio del alma, á la cual los sentidos advierten y mantienen despierta. Tan pronto afirma que el juicio de estos es claro y cierto, aunque esten espuestos á la ilusion, como atribuye á la mente ó á la idea la apreciacion soberana de la verdad. Coloca el alma en la razon, como su principio, en la cabeza como su asiento; desde donde impera sobre la cólera que existe en el pecho y sobre la codicia que reside en la region precordial. Se ve que sigue en esto á Platon, á quien (sin dejar de venerar á Aristóteles) profesa tanto respeto, que le somete hasta su propio raciocinio (30). Piensa con él que el alma tiene algo de celeste ó de divino y por consiguiente de eterno; que la principal facultad es el entendimiento; que está dotado de ciertas cualidades involuntarias, como la aptitud para aprender y retener, y de la llamada talento; que posee otras voluntarias, tales como la prudencia, la fortaleza, la justicia. Participando del sér divino debiera ser inmortal; pero considera las penas del Tártaro como necedades de mujercillas.

Refuta la adivinacion de los sueños, aunque la admiten los platónicos, así como los espectros y las apariciones, colocando la causa de las visiones nocturnas en nosotros mismos, en nuestra mente, como si hubiera presentido que la vida del alma, durante el sueño, es independiente de los sentidos, y que los sueños tienen su causa en la asociacion de las ideas.

Parécele débilmente probada la existencia de Dios por los argumentos de los estóicos, y se apoya en el consentimiento de los pueblos, el presentimiento de las cosas venideras, la combinacion admirable de las cosas celestes y terrestres, el movimiento de la naturaleza y en el órden que reina en ella; y esta nocion es para él como un principio de verdad necesario para la argumentacion. Quiere que se profese la religion de los antepasados; pero que la filosofía tenga el derecho de buscar sus pruebas, y la considera como un recurso social fundado en cierta verdad general, que no es bueno dar á conocer al pueblo, porque solo conduce á la duda. Si á veces enseña que la regla de toda obra meritoria es Dios, cuando en otro lugar dice que es la razon, conviene reflexionar antes de tacharle de que se contradice (31), que los antiguos suponian en la razon humana un elemento á que daban el nombre de Dios; de suerte que para ellos seguir la razon equivale frecuentemente á seguir á Dios. Identificando, pues, á Dios con la luz de la razon, Tulio decia: «La ley verdadera es la recta razon conforme á la naturaleza esparcida en todos: no hay necesidad de buscarle otro intérprete, y no cambia con los tiempos ni con los lugares: el solo señor comun y soberano es Dios, autor, juez y promulgador de esta ley (32).» El destino no es una necesidad sino un órden de cosas produciendo sus efectos; la causa primera es la razon, la materia es el efecto; el fondo es eterno, infinito, impulsado por un movimiento perpétuo.

Emplea la dialéctica en buscar el medio de distinguir lo verdadero de lo falso con el auxilio de axiomas, de la discusion, de la razon, y halla que la verdad reside en el bien, en la virtud, en la honradez, en la justicia.

Moral.—Platon, que sirviéndose de la filosofía como arte, no dejó un sistema completo, no podia servir de regla á Ciceron en la moral, como tampoco los académicos, cuya filosofía no recibieron los romanos, y que frecuentemente se habian dormido en el escepticismo (33). Atiénese, pues, á los estoicos, ó bien tiende la mano á Aristóteles cuando les encuentra escesivamente severos; pero combate constantemente á los epicureos y á las demás escuelas, que llama plebeyas (34). En efecto, si todos los sectarios de Epicuro no dedujeron las consecuencias estremas de una teoria que propone el placer como objeto definitivo de todas las acciones; si algunos entendieron por placer no los goces sensuales, sino un estado de contentamiento interior exento del dolor, concordaron todos, no obstante, en permanecer separados de los negocios públicos y en atrincherarse detrás del egoismo. No

---

(30) *Errare mehercule amo cum Platone, quam cum istis vera sentire:..... Ut enim rationem Plato nullam afferret ipsa auctoritate me frangeret.* Tusculanas, I. San Agustin está tambien por los platónicos, si bien solo porque distan menos de la verdad. *Isti philosophi ceteros nobilitate et auctoritate vicerunt, non ob aliud, nisi quod longo quidem intervallo, verumtamen reliquis propinquiores sunt veritati.* De civ. Dei, XI, 5.

(31) Sucede lo mismo con Platon, que hace consistir el principio moral tan pronto en la semejanza con Dios (ὁμοίωσις Θεῷ), como en la razon (φρόνησις).

(32) Este pasaje precioso nos ha sido conservado por Lactancio, VI, 8. «Est quidem vera lex recta ratio, naturæ congruens, difussa in omnes; neque est quærendus explanator, aut interpres ejus allius; nec erit alia lex Romæ, alia Athenis, alia nunc, alia posthac; sed unus erit communis quasi magister et imperator omnium Deus: ille legis hujus inventor, disceptator lator.» En el lib. I. de las leyes escribe: «Constituendi vero juris ab illa summa lege capiamus exordium, quæ seculis omnibus ante nata est, quam scripta lex ulla, ante quam omnino civitas constituta.»

(33) «Cum Academicis incerta luctatio est, qui affirmant, et quasi disperata cognitione certi, id sequi volunt quodcumque verisimile videatur.» *De finibus*, II, 14.

(34) «Plebi philosophi, qui á Platone et Socrate te ab ea familia dissident, appellandi videntur.» *Tuscul.*, I, 22.

se necesitaba más para que los desechara Ciceron, patriota eminente. Enseña que segun el parecer de los más sabios, la ley moral no proviene del pensamiento de los hombres, ni de un tratado, ni de un decreto de los pueblos, sino que es eterna, es una sabiduria que manda y prohibe (35) y cuya sancion está en la conciencia. El sumo bien, objeto de la moral y regla suprema de la vida, consiste en la virtud ó en la honradez, ó en fin, en lo que es laudable en sí mismo sin idea de utilidad, y aunque la honradez aparece algunas veces en oposicion con lo útil, lo es casi siempre.

Erasmo decia que se encontraba mejor cada vez que acababa de leer á Ciceron. Es en efecto un consuelo en medio de los pesares de la vida oir esponer y elogiar la virtud con elocuentes palabras; alienta además á proceder bien. Pero si demandais á Ciceron una regla práctica, no apercibireis sino demasiado vacio ó estraordinario esceso. Y en prueba de la verdad de nuestro aserto ¿cuáles son las paradojas estóicas que sostiene? «El sabio no perdona ninguna falta, porque mira la compasion como debilidad y locura. El sabio, solo por ser sabio es hermoso, aun siendo contrahecho; rico, aun cuando se muera de hambre; rey, aunque sea esclavo: el que no es sabio, es loco, proscrito ó desterrado, enemigo.—Es un delito igual matar un pollo para una comida necesaria que al autor de sus dias.—El sabio de nada duda; jamás se arrepiente, ni se engaña, ni muda de consejo, ni se retracta.»

Ahora bien, ¿cabe en lo posible, que tales principios habituen el espíritu á la verdad, y á la bondad el corazon? Si el epicúreo atribuye al placer la felicidad suprema, cumple que el filósofo, intérprete del sentido comun, refute una proposicion antisocial con el ausilio de preceptos destinados á contrabalancear la inclinacion mala ó frágil de la naturaleza; que establezca la distincion entre lo agradable y lo honrado, cuya confusion mina la base de todos los deberes. Pero cuando el estóico ha negado que estribe el bien en el deleite, ¿dónde le encontrará, dado que no haya propension en el alma más que al placer? Si supone la existencia de un bien absoluto, y la moral consiste en la adhesion de la voluntad del hombre á este bien (36), ¿cómo puede estar de acuerdo con él cuando dice que Régulo no padecia (*non æsumnorum*) al torturarle los cartagineses, y que el hombre virtuoso puede ser feliz hasta dentro del toro de Falaris? Esto era sin duda dar del sabio una idea sublime. Pero cuando se preguntaba á Ciceron ó á los demás estóicos si era posible encontrar uno en realidad que llenase en todo estas condiciones, uno lo dudaba, otro respondia negativamente. Así la fuerza lógica hacia que su moral se destruyera á sí propia. Con efecto, la virtud y la felicidad son de distinta esencia (37), y la una no implica necesariamente la otra, puesto que un hombre virtuoso puede yacer en la miseria, y el impio nadar en la prosperidad aquí abajo, donde es cierto que no acaba todo. En general Ciceron no parte de principios generales en sus preceptos, sino de la observacion de la vida; quiere ser útil al pueblo romano y por eso no da reglas demasiado extrictas. No incluye la honestidad en la moral; además del asentimiento del pueblo quiere el de la conciencia; pero recomienda no salir demasiado de las vias comunes aun cuando no estén de acuerdo con la severa moral. El abogado puede sostener una causa que no sea en todo justa, y en pró de los amigos pueden hacerse cosas que no haríamos en favor nuestro (38).

Une por tanto la honradez con la conveniencia, de modo tal que á veces no las distingue; y dice que cada cual en sus propios actos debe tener en cuenta su naturaleza en la cual siempre hay algun defecto; que nadie está obligado á lo imposible, y uno es más idóneo para esta virtud, y otro para aquella. En los *Oficios* no marca bastante la distincion entre la eleccion de un estado y de los principios morales.

Desde el principio hemos anunciado nuestra intencion de adherirnos más particularmente al exámen de las doctrinas concernientes á la conducta del hombre; no tenemos, pues, porque alegar escusas si insistimos en las del filósofo que hizo resúmen de la moral más pura de que era capaz el mundo pagano, moral que influyó tanto en las leyes y en las costumbres de Roma. A pesar de todo no consiguió borrar el carácter dominante de todas las filosofias de los gentiles, para quienes ya hemos dicho que no tenia el hombre un valor absoluto, sino solamente relativo y subordinado á la sociedad (39). Bias esclamando al escaparse de las

(35) «Hanc video sapientissimorum fuisse sententiam, legem neque hominum ingeniis excogitatam, nec scitum aliquod esse populorum, sed æternum quiddam, quod universum mundum regeret, imperandi prohibendique sapientia.» *De legibus*, II, 4.

(36) «Quid est igitur bonum? Si quid recte fit et honeste et cum virtute, id bene fieri vere dicitur; et quod rectum et honestum et cum virtute est, id solum opinor bonum.» *Paradox.*, I. Esto es un paralogismo.

(37) Ciceron fulmina esta proposicion contra Zenon: «Qui nihil utile quod non idem honestum, nihil honestum quod non idem utile sit, sæpe testatur: negatque ullam pestem majorem in vitam hominum invasisse, quam eorum opinionen qui ista distraxerint.» *De off.*, III, 7.

(38) «Quæ in nostris rebus non satis honeste, in amicorum fide honestissime... ut etiam si qua fortuna acciderit, ut minus juste amicorum voluntates adjuvandæ sint, in quibus eorum aut caput agatur aut fama, declinandum sit de via, modo ne summa turpitudo sequatur.» *De amic.*, 16 y 17.

(39) A las pruebas alegadas en otra parte añadiremos la autoridad de Platon, que al mismo tiempo que prohibe proferir una mentira, y considerando el acusado en la obligacion de decir la verdad al juez, dispensa á los magistrados de observar esta conducta cuando se trata de la salvacion de la república. *De repub.*, V.

ruinas de su patria: *Llevo conmigo cuanto poseo*, es modelo de virtud individual, tal como convenia al verdadero estóico. Ahora bien, asociando á esta doctrina, segun la cual son indiferentes el bien y el mal padecidos por otro, y que de consiguiente miraria como inútil el socorro y el consuelo, las de Aristóteles y Platon fundadas en la sociabilidad, hace Ciceron una amalgama defectuosa; y peca además contra la lógica cuando toma por tipo de la virtud al hombre que se propone como fin de todas las obras el engrandecimiento de la patria. En efecto, aunque la sociabilidad sea uno de los elementos de la virtud, no la constituye exclusivamente; y el que adopta por única planta la ventaja de su patria incurre en un error grave. ¿No hemos visto á Roma justificar con ayuda de esta moral las mayores iniquidades? Sin embargo, sirve á Ciceron de punto de partida cuando quiere ofrecer el ideal de un perfecto ciudadano. «Imitemos, dice, á nuestros Brutos, á nuestros Camilos, Aalas, Decios, Curios, Fabricios, Máximos, Escipiones, Léntulos, los Paulos Emilios y á los innumerables que consolidaron esta república, y á quienes colocó en la categoria de los dioses inmortales; amemos á la patria; obedezcamos al Senado; sostengamos á los buenos; descuidemos las ventajas presentes á fin de servir á la posteridad y de merecer la gloria; juzguemos por escelente lo más justo; esperemos lo que nos agrada, pero soportemos lo que sobrevenga; pensemos, en fin, que el cuerpo de los fuertes y de los grandes hombres es mortal, si bien la gloria del alma y de la virtud es eterna.» (40)

Ya en estas ultimas palabras, se puede presentir otro error de Ciceron, error que se manifiesta más á las claras cuando al sustentar que el hombre virtuoso debe bastarse á sí mismo, llega á la objecion de la muerte y niega que sea un mal, puesto que la *gloria sobrevive* (41). ¿Y cómo puede bastarse á sí mismo el hombre que tiene necesidad de gloria y de alabanza? Hé aquí á lo que conduce el eclecticismo.

Tampoco le dejaba el patriotismo juzgar con rectitud acerca de las iniquidades que cotidianamente se cometian á su vista. Le hemos visto mostrar más compasion por los elefantes que por los hombres en los combates del circo: hemos señalado la inconsecuencia del orador que reconvenia á Verres por considerar como el colmo de la impiedad *crucificar á un ciudadano*, cuando millares de *hombres*, entregados cada dia á crueles tormentos, no escitaban su indignacion en ningun caso (42). Refiere en la misma arenga que, siendo pretor Lucio Domicio en Sicilia, un esclavo mató á un jabalí de enorme corpulencia, lo cual hizo desear al pretor ver un hombre tan diestro y tan vigoroso; pero al saber que no se habia servido más que de un chuzo para tamaña empresa, en vez de otorgarle aplauso, sintió tal zozobra, que le mandó crucificar al punto, bajo el bárbaro pretesto de estar prohibido á los esclavos hacer uso de ninguna arma. No obstante, esta cruel sentencia hará que sea menor nuestro estremecimiento, conociendo la implacable legalidad de los romanos, que el que escita la fria tranquilidad con que Ciceron añade: «Esto podrá parecer severo á algunos; no diré que sí ni que nó por mi parte (43).»

En el libro mismo *De los oficios*, objeto de tantos encomios, no se ocupa del hombre sino del ciudadano, y prescindiendo de la muchedumbre útil y laboriosa, no da preceptos más que al general y al magistrado. Enseña como se adquieren los cargos eminentes del Estado, como conviene proceder en el gobierno de las provincias, como se debe obrar con dignidad y alcanzar respeto; pero nada dice de la familia, nada de las relaciones cotidianas de hombre á hombre. Además, allí se conoce perfectamente que faltó algo de suma importancia, y estamos más dispuestos á culpar de ello á Ciceron que á Panecio (44), á quien traduce ó comenta en este punto (45): queremos hablar de la omision de los deberes del hombre respecto de la divinidad. Sin esto los principios de la honradez no bastan para imponer eficazmente el deber, ni para determinarlo siempre, y mucho menos para sancionarlo.

Sentando en este mismo libro que los deberes de hombre deben sacrificarse á los de ciudadano, escribe: «el que mata á un tirano no es reo, aunque se trate de un amigo suyo; antes bien, el pueblo romano considera ese acto como un esfuerzo de virtud. No hay sociedad posible entre nosotros y los tiranos, sino completa oposicion. Es un deber esterminar esta sacrílega canalla. Como se corta un miembro que perjudica al cuerpo todo, así tambien es menester cortar estas fieras que tienen de hombre tan solo la figura.» (46) Esta salida violenta causaba mas sensacion por estar en un libro compuesto de principios medios y frio análisis; de modo que hubo de obrar poderosamente sobre la juventud ateniense, entre la que estaba muy difun-

(40) *Pro Sextio*, 68.
(41) *Laus.* Paradox., II.
(42) Véase págs. 366 y 390.

(43) «Durum hoc fortasse videatur, neque ego in ullam partem disputo.» *In Verrem*, V, 3.
(44) Panecio, como estóico, no podia echar en olvido los deberes religiosos. Ciceron creyó poder omitirlos; y luego haciendo memoria de que nada dice de ellos, cuando al fin del libro I compendia los diferentes deberes, coloca en primer término los que tiene el hombre respecto de Dios, refiriéndose á lo que cree haber enunciado anteriormente: «Prima diis inmortalibus, secunda patriæ, tertia parentibus... Quibus ex rebus breviter disputatis intelligi potest etc.»
(45) Véase Ep. ad Att., XVI, 11 y *De officis*, II, 3. Lleva el mismo título el libro de Panecio, περὶ καθήκοντος.
(46) Libro III, 6, 21.

dido, y sin duda sirvió para impulsar á muchos al partido de los tiranicidas; pero Ciceron no tardó en disgustarse de estos y vió que otros ambiciosos sustituirian á César sin atesorar sus méritos.

En suma, en la filosofia de Ciceron se hallan pocas opiniones que le sean propias, si acaso existe alguna. Es indeciso, como todos sus contemporáneos, respecto de las opiniones agenas. Reconoce el error de las creencias vulgares, si bien confunde á menudo con ellas hasta las cosas de más certidumbre, y aun la existencia de Dios y la inmortalidad del alma (47). Para él las proposiciones sacadas de la experiencia y del conocimiento del mundo son verdaderas, finas, evidentes; pero cuando es necesario investigar el fundamento de la verdad se vé apurado y viene á ser oscuro. Prevaliéndose de las definiciones griegas, aunque los vocablos no tengan el mismo valor en los idiomas, y respetando las conclusiones de los filósofos griegos, aunque deducidas de diferentes premisas, rompe el hilo del recto raciocinio, y se muestra incapaz de penetrar en el fondo de la ciencia. A lo más la cultivaba como un simple pasatiempo, ó como auxiliar de la elocuencia, y como medio de ilustrar las ideas prácticas y espresarlas (48). Frecuentemente son sus aplicaciones generosas. Si pone algo de su índole cuando profesa que se debe seguir la

---

(47) «Sæpissime et legi et audivi, nihil male esse in morte, in qua si resideat sensus, inmortalitas illas potius quam mors ducenda est: sin sit amissus, nulla videri miseria debeat quæ non sentiatur (*Ad fam.*, V, 16). Una ratio videtur, quidquid evenerit ferre moderate, præsertim cum omnium rerum mors sit extremum (VI, 2). Sed de illa..... sors viderit, aut siquis est qui curet Deus (*Ad Att.*, IV, 10).» Después en plena asamblea decia: «Si quid animi ac virtutis habuisset, mortem sibi conscisset. Nam nunc quidem quid tandem illi mali mors attulit? Nisi forte fabulis ac ineptis ducimur, ut existimemus illum apud inferos impiorum suplicia perferre... Quæ si falsa sunt, id quod omnes intelligunt, quid et tandem aliud mors eripuit præter sensum doloris?» *Pro Cluentio;* pero en el discurso *pro Rabirio*, dice todo lo contrario.

(48) «El mismo Ciceron confiesa que el tratado de los *Oficios* está compilado teniendo á la vista un original griego: griegas son las ideas filosóficas desenvueltas en él: sus distinciones se fundan en el idioma griego: si espone proposiciones debidas á la esperiencia y al conocimiento del mundo, lo hace con claridad y por medio de observaciones finas y dotadas de una verdad que sorprende; pero cuando se requieren profundas investigaciones sobre los primeros principios de la verdad, y un análisis más exacto de nuestras ideas ordinarias, como en todo lo que se refiere á las sutilezas propias de las diferentes escuelas griegas, no es ni tan claro ni tan lógico.

»La observacion de los casos ordinarios del mundo físico y social ofrece cierta cantidad de ideas comunes á todas las naciones, y por consiguiente todo idioma posee voces propias para significarlas; pero los descubrimientos debidos á la sagacidad de algunos pensadores, y las investigaciones que los hombres no han hecho por necesidad, sino por curiosidad ó en virtud de disposiciones particulares, pertenecen á una nacion más bien que á otra, y pueden por lo mismo expresarse mejor en un idioma que en otro.

»La ciencia entre los griegos se habia formado con su filosofia; y las ideas admitidas por ellos eran frutos naturales del genio de un pueblo dispuesto á la especulacion; de modo que su lengua, por decirlo así, llegó á ser el testimonio de esas ideas. No sucedió lo mismo entre los romanos que trasladaron á un idioma ya formado una filosofia extranjera, adoptando sin modificacion alguna las definiciones de los griegos, aunque las palabras para expresar las ideas definidas no tenian igual significado, y respetando todas sus conclusiones á pesar de deducirlas de premisas menos exactamente ó de diverso modo determinadas, de donde debió necesariamente resultar oscuridad en las ideas, y vacíos en la demostracion, máxime en el tiempo en que la lengua latina fué aplicada á la filosofia.

»En cuanto á Ciceron, por lo que aparece de su vida y de las obras que nos ha dejado, era hombre de lúcido entendimiento, de sano juicio, y de mucha actividad, cualidades muy convenientes para cultivar la razon y suministrarle asuntos en que meditar: no poseia el espíritu especulativo que penetra en los primeros principios de las ciencias, y le faltaban así la calma necesaria como la inclinacion á estos estudios. Hombre de Estado y habiéndose entregado después de los ejercicios de la juventud á multitud de ocupaciones, el único objeto de sus estudios era el prepararse á representar el papel que debia sostener en la escena política. Habia cultivado la elocuencia como un medio de llegar á los honores, y la filosofia como un auxiliar de aquella, no inspirándole interés las ciencias especulativas, sino en cuanto servian para ilustrar sus ideas acerca de objetos prácticos y políticos, ó para facilitarle el modo de espresarlas. Relacionado con muchísimas personas y con las primeras clases de la nacion, vivió cuando la república se hallaba en el apogeo de su poder y de su influencia política, en la época de las más grandes revoluciones y de los hombres de más elevado carácter; y tomó parte en ellas, ligado íntimamente con los personajes más insignes de su época. Si ha de juzgarse solo por sus escritos, se ve con cuantos de ellos tenia cierta familiaridad y de cuantos hechos, acciones y manejos estaba instruido en su carrera. Ningun filósofo tuvo mejor oportunidad de reunir experimentos sobre la naturaleza de la sociedad civil, la diversidad de los caractéres, la influencia ejercida por ciertas cualidades en la opinion pública, los efectos de las pasiones, y las ventajas de la virtud; pero su situacion era poco á proposito para profundizar ideas abstractas ó meditar sobre la naturaleza de las fuerzas invisibles, cuyos resultados visibles no se advierten sino en la sociedad y en las transacciones de la vida.

»Igual espíritu encontramos en el libro de los *Oficios*, é igual influencia de las circunstancias exteriores. Cuando el autor no examina la naturaleza moral del hombre en general, sino que esplica solamente los deberes que la sociedad le ha impuesto, se ve que ha comprendido bien la filosofia de su modelo, exponiéndola con claridad; y hasta puede creerse que la enriqueció con sus descubrimientos. Pero en las investigaciones meramente teóricas, en el desarrollo de las ideas abstractas, cuando trata de descubrir las partes simples de ciertas cualidades morales, ó de resolver ciertas dificultades con que tropieza, no consigue ser claro aun copiando: y si se fia de sus alas, sus ideas no se remontan mucho, sino que se quedan en la superficie.

»¿Habla de la beneficencia, del decoro, de las reglas de buena crianza, de la sociedad y del modo de vivir en ella, del plan que se ha de seguir para hacerse amar y respetar?

virtud de modo que no se ponga en peligro la existencia; que es cordura acomodarse á los tiempos y no luchar contra la tempestad (49), se complace uno en oirle proclamar en la Roma de César y de Marco Antonio, que el objeto de la guerra es la paz, y que se debe recurrir á ella solamente para rechazar una ofensa (50).

Si en la filosofía es demasiado romano, ¿qué debe ser en la política? Sus ideas medias lo hacian representante de los nuevos conceptos de moral y equidad que se abrian camino á través de la severidad del antiguo sistema jurídico. Más que la filosofía habian podido romper el buen sentido popular y las necesidades de los oprimidos aquellas aristocráticas barreras, no habiendo podido el espanto de los defensores de las costumbres antiguas detener su irrupcion.

Los teoremas de las escuelas habian pasado tambien á la tribuna, donde César negaba francamente la inmortalidad del alma, al paso que el estoicismo oponia á la voluptuosa indiferencia máximas austeras, que en vez de consolidar el órden antiguo lo derrocaban con el fatal refugio del suicidio, merced al cual era fácil sustraerse á la ley.

Carácter de Ciceron.—Su posicion política hacia de Ciceron como diríamos hoy, un conservador, un doctrinario; no tanto, sin embargo, que contuviese sus arrebatos críticos. Dirigió su humor jovial y su fácil gracia contra los jurisconsultos, apegados todos á los fórmulas y adoradores supersticiosos del órden de las palabras y de las sílabas, de los ritos, de las acciones, y de las arbitrarias ficciones de su derecho (51). Se reia de los augurios, aun siendo augur: favoreció la justicia en perjuicio del derecho estricto, vanagloriándose de colocarla á la cabeza de sus edictos pretorios (52): declaraba que no se debia buscar la fuente ó la regla del derecho en las XII Tablas, sino en la profundidad de la razon (53); que la ley era la equidad, la razon suprema esculpida en nuestra alma, (54), inmutable, eterna, de la cual el Senado no podia dispensarse y que habia sido concebida, discutida y publicada por el mismo Dios (55),

Pero aun cuando Tulio pasó toda su vida en los negocios, no inventó nada nuevo respecto del Estado ni de las leyes. Animado como se sentia de un ardiente patriotismo Ciceron era poco idóneo para juzgar bien de las instituciones nacionales, comparativamente á las de los extranjeros. Su libro de las *Leyes* no es más que la espresion continua de su admiracion hacia las antiguas costumbres de Roma. El

---

Entonces es instructivo por su claridad y precision, é interesante por la verdad de lo que dice, y hasta por las nuevas ideas que nos parece encontrar en él. Pero las doctrinas de la virtud perfecta é imperfecta (I, 3), del doble decoro (I, 24), y del buen órden (εὐταξία I, 40), la demostracion de la tésis que sostiene de que la virtud social es la primera de todas, demostracion fundada en la idea de la sabiduria (I, 45), y principalmente la teoria de las colisiones, que ocupa todo el lib. III, no están ni espuestas con claridad ni tan bien desarrolladas.

»La situacion política de Ciceron, que se asemejaba en algunos puntos á aquella en que se encontraron los más antiguos filósofos griegos, da á su moral un carácter especial: esta se dirige casi siempre á personas de alta categoría, destinadas á tomar parte en la administracion del Estado: si desciende, llega cuando más á la gente que se ocupa en la instruccion y en las ciencias: las demás clases de la sociedad, que proveen á sus necesidades físicas, esa porcion de la humanidad tan numerosa, tan necesaria, tan estimable, encuentran en ella, es verdad, los preceptos generales de las virtudes comunes á todos los hombres, en cuanto participan de la misma naturaleza, pero inútilmente buscarian allí la aplicacion de estas reglas á las circunstancias que les son propias, hallando por el contrario multitud de preceptos de que en ningun tiempo necesitarán hacer uso.

»¡Cosa singular! mientras que las constituciones de las antiguas repúblicas abatian el orgullo político haciendo depender á los grandes del favor popular, las preocupaciones del mundo antiguo alimentaban el orgullo filosófico, convirtiendo á la instruccion en un privilegio de los hombres destinados por su nacimiento ó su riqueza á gobernar á sus semejantes. *(El autor no se sorprenderia tanto, si reflexionase que el pueblo no lo formaban entonces los pobres, ni los trabajadores; sino otra clase de aquellos ciudadanos para quienes solo estaban hechas las instituciones antiguas).* Por consecuencia de este modo de ver, los preceptos morales de Ciceron degeneran muchas veces en máximas de política; si pone límites á la curiosidad, es para que no impida ocuparse en los intereses políticos; recomienda ante todo aquella especie de justicia que se ejerce por los administradores con imparcialidad y desinterés, y censura principalmente las injusticias cometidas por los que dirigen ejércitos ó gobiernos. De ahí proviene el que sea tan difuso cuando habla de los modos de congratularse con el pueblo, de la elocuencia como senda que conduce á los honores, de los derechos de la guerra; y por eso el amor del pueblo y las distinciones le parecen cosas de suprema utilidad; por eso deduce siempre sus ejemplos de la historia política.

»De semejante modo de ver nace tambien la desigualdad en que incurre Ciceron al desenvolver las varias especies de deberes: indica brevemente aquellos por medio de los cuales perfecciona el hombre su naturaleza moral ó su estado exterior; toma en consideracion la vida doméstica solo como tránsito á la vida civil y base del estado social; y guarda completo silencio acerca de los deberes religiosos, mirando únicamente como importantes las relaciones que presenta la sociedad civil, algunas de las cuales están tratadas en su obra con una minuciosidad, que es más propia de la ciencia política.» CH. GARVE, *Philos. Anmerkungen und Abhandlungen zu Ciceros Büchern von den Pflichten.*

(49) «Ita sequi virtutem debemus, ut valetudinem non in postremis ponamus.—Temporibus assentiri sapientis est.—In navigando tempestati obsequi artis est.»

(50) «Bellum ita suscipiatur, ut nihil aliud nisi pax quæsita videatur... Suscipienda bella sunt ob eam causam, ut sine injuria in pace vivatur.» *De officiis.*

(51) *Pro Murena.*

(52) *Ad Attico*, VI, 1.

(53) *De leg.*, I, 5.

(54) Id., 6.

(55) *De rep.*, III, 17.

reciente descubrimiento de los libros *De Republica* escitó la más viva espectativa. ¿Pero qué nuevas ideas se hallan en su texto? Siguiendo la huella de Platon, idólatra de Roma, no piensa el autor más que en remontarse á las fuentes del derecho, y no se le ocurre cosa mejor que traducir el sesto libro de las historias de Polibio, donde se halla espuesta la constitucion romana, no obstante haber prometido dar cosas sacadas de su propia esperiencia y de las tradiciones de los antepasados, las cuales serian superiores en mucho á cuanto habian dicho los griegos (56). Del concepto de la justicia espresado de una manera insigne por Platon, se habian alejado los políticos tomando por norma lo positivo como Aristóteles. Eso mismo hizo Ciceron dando por modelo la república romana, que alaba más de lo que debian permitirle los males de que era testigo y cuyas causas y remedios no vislumbraba.

Entre las constituciones pospone la democrática porque no da á las personas ilustres más que un grado superior de dignidad; y prefiere la monarquia que nivela la turba de las pasiones bajo una razon sola; pero acaba por admitir una mezcla de tres formas, la cual entraña la idea de los tres poderes (57) ya indicada por el pitagórico Hipodamas y adoptada después por los modernos pueblos de Europa. Así le parece la república romana, donde el elemento monárquico reside en los cónsules, el aristocrático en el Senado y el democrático en las asambleas. Pero desea restringir el poder del pueblo y aconseja la manera de concederle una libertad aparente quitándole en efecto dicho poder.

No por eso deja de ser cierto que este tratado, así como los libros del *Orador*, el *Bruto* y los *Tópicos*, y con especialidad las *Arengas*, son un precioso manantial de datos para la historia del derecho. Este hombre ilustre nos ofrece de este modo la *Enciclopedia* de los romanos. Además la ventaja del estilo elegante y claro hace eternas las palabras del ingenio y las difunde. Las obras de Ciceron eran una introduccion á la filosofia sobre la que ejercieron suma influencia no solo en lo tocante á la sucesiva escuela romana, sino tambien en la de los siglos modernos, más de lo que ha sido dable á filósofos profundos (58).

Tiron su liberto hizo más tarde una coleccion de sus agudezas que sirvió de modelo á aquellos *ana* que tanta boga han tenido en Francia.

Esta coleccion ha perecido: afortunadamente no ha sucedido lo mismo con la que hizo el propio liberto de sus *epístolas* á Atico, á su hermano Quinto y á diferentes personajes. Esto es lo más interesante para la posteridad de todas las obras de Ciceron: sin embargo, no era la posteridad á quien dirigia estos escritos. Así, á diferencia de tantas otras colecciones, el hombre no se muestra en esta con traje de etiqueta, sino con su usual vestido; no tal como aparecia en la tribuna, sino como se revelaba á sus amigos, con sus temores, con sus esperanzas, con sus virtudes, con sus debilidades, con mil cosas que hubiera callado el amor propio, si hubiera pensado que otros ojos que los de la amistad podian fijarse en su texto. Como todas las cartas, estaban escritas las suyas alternativamente, segun las impresiones de los sucesos. Entonces se hallaba Roma en circunstancias fatales; se preparaban ó se manifestaban hechos de gravedad suma, y así se complace uno en ver las ideas y las reflexiones de un hombre insigne y de sus contemporáneos más ilustres, unidos en el sentimiento del dolor comun á todos, en oirles narrar lo que cada uno de ellos padece por su parte con los públicos infortunios, en conocer la ira á que les mueve contemplar á César reduciéndoles á una nulidad absoluta, la congoja que les abate siendo blanco de las sospechas y de las persecuciones de sus vengadores (59).

---

(56) Lib. I, 22 y 23.

(57) «Quartum quoddam genus reipublicæ maxime probandum esse sentio, quod est ex his quæ primo dixi moderatum et permixtum tribus..... Placet esse quiddam in republica præstans et regale; esse aliud auctoritati principum partum ac tributum; esse quasdam res servatas judicio voluntatique multitudinis.» *De Republica.*

(58) La primera edicion completa de las obras de Ciceron en las que incluyeron tambien los fragmentos por Mai en 1814 á 1822, por Niebuhr en 1829, por Peyron en 1824 es la de Leclerc en latin y francés 1821 á 25. en 30 tomos en 8.°; y 1823 á 27, en 35 tomos en 18.° La que hizo Pompa de 1823 á 34 tiene 16 tomos en 8.°

(59) **Palimsestos** — Sábese que muchas obras de los antiguos perecieron en el momento en que el encarecimiento del papiro, que se habia prohibido sacar de Egipto, indujo á raspar los manuscritos, para borrar los antiguos caractéres y sustituirlos con otros nuevos. Comunmente se atribuye á los monjes este deplorable procedimiento. Puede uno convencerse de que ya se practicaba en tiempo de Ciceron, segun el texto de una de sus cartas. «Ut ad epistolas tuas redeam, cætera belle; nam quod in palimpsesto, laudo equidem parcimoniam; sed miror quid in illa chartula fuerit, quod delere malueris quam exscribere, nisi forte tuas formulas; non enim puto te meas epistolas delere, ut deponas tuas. An hoc significas nil fieri? frigere te ¿ne chartam quidem tibi suppeditare? *Ad fam.*, VII, 18. Volveremos á tocar este punto en el capítulo I, del libro XVIII, sobre los palimsestos.

Estas epístolas nos suministran tambien la prueba del poco respeto que se tenia al secreto de las cartas, y de la estremada dificultad que habia en distinguir la escritura de cada cual. Ciceron encarga á Atico que escriba en su nombre: «Tu velim et Basilio, et quibus præterea videbitur, conscribus nomine meo (XI, 5, XII, 19). Quod literas, quibus putas opus esse curas dandas, facis commode.» XI 7, 8, 12 y en otros pasajes. A veces advierte que escribe de su propio puño, como si su íntimo amigo no pudiera apercibirse de ello; *Hoc manu mea* XIII, 28. En otro lugar dice al mismo Atico: «He creido reconocer en tu epístola la mano de Alexis,» XVI, 15. Y Alexis era el que escribia hab tualmente por Atico. Bruto escribe á Ciceron desde el campamento de Verceli: «Lee la carta que escribo al Senado; y si lo juz-

Allí no hay ningun artificio de elocuencia, es el corazon que habla con toda libertad; la misma lengua, no sujeta al periodo oratorio, adquiere uncion y se aproxima á la conversacion familiar. Aunque á veces hagan el estilo menos claro las alusiones multiplicadas, los proverbios, las reticencias comunes á esta clase de escritos, ¡cuánto asombro y recreo no deben causar la elegancia natural, la erudicion espontánea, el giro, la concision, la feliz armonia del ingenio y del gusto!

---

gas oportuno, haz alteraciones.» *Ad fam.*, XI, 16, ¡Un general encargando á un amigo suyo que altere un despacho oficial! Esta es una reflexion muy justa que hace De Maistre. El mismo Ciceron abre una carta de su hermano Quinto, creyendo encontrar en ella grandes secretos, y la dirige á Atico, diciéndole: «Envíala á su destino: vá abierta pero eso no importa, porque creo que tu hermana Pomponia tiene el sello de que hace uso.»

Por eso se daba mucha más importancia al sello que á la firma. Con efecto, independientemente de lo mucho que se parecian todos los caractéres de escritura, porque se empleaban letras iniciales, era fácil falsificarlas, ya sobre tablillas preparadas con cera, ya sobre el pergamino. Acontecia que se fabricaban testamentos falsos de todo punto, como se vé en el código de Justiniano. *De lege Cornelia de falsis*, libro IX. tít. 22.

CAPÍTULO XXV

ERUDITOS É HISTORIADORES.

Generalmente nos han dejado una idea muy poco favorable de su erudicion los libros de los romanos. Para referir los títulos de gloria de su pais, Tito Livio sigue, y á menudo se limita á traducir, á Polibio. Ni aun se toma el trabajo de entrar en los templos de Roma para leer y examinar los tratados y monumentos antiguos conocidos por Polibio y Dionisio. Aun entre los más instruidos, muy pocos fijaron los ojos en Aristóteles, de quien existian copias en Roma. Hasta el mismo Ciceron, que lo supo todo, no conoció más que de oidas á los latinos que se ocuparon antes que él de filosofia (1). Los antiguos ignoraban en general las lenguas extranjeras, y los intérpretes no servian más que para los negocios. César, que por tanto tiempo hizo la guerra en las Galias, ignoraba su idioma, y en la correspondencia, queriendo servirse de un cifra para que no entendiese el enemigo sus comunicaciones, adoptaba el alfabeto griego (2). Por esta razon daban escasas é inexactas noticias sobre las costumbres, y aun peores respecto de las religiones extranjeras: Esquilino mostró ignorar enteramente la de los persas; Herodoto no los considera sino bajo el aspecto helénico. No sabemos tampoco que los filósofos griegos hiciesen traducir las obras de los filósofos extranjeros, como los persas, los indios y los hebreos. Así es que daban á las traducciones é imitaciones un mérito igual al de las obras originales, y era gloria lo que hoy reputariamos nosotros plagio.

Bibliotecas.—No obstante, en Roma se habian formado muchas bibliotecas. Paulo Emilio trasladó allí la de Perseo rey de Macedonia, para distraccion de sus hijos. Cornelio Sila llevó la de Apelicon Tejo desde Atenas. Púsola en órden Tiranion, que reunió para sí una de treinta mil volúmenes. La del fastuoso Lúculo fué todavia más rica, y se la facilitó á los sabios de su tiempo que se reunian allí para dedicarse á doctas conferencias. Atico juntó una muy considerable, probablemente con auxilio de muchos esclavos á quienes empleaba en copiar manuscritos, atendido que no habia nadie que no supiera escribir dentro de su casa; y no procedia así por erudicion propia, sino más bien por un objeto de tráfico, como se vé en las epístolas de Ciceron, que le ruega mil veces no vender ciertas obras, porque espera podérselas comprar él mismo (3), para unirlas á las que ya se ha proporcionado con otras muchas cosas antiguas. Es probable que todo romano opulento tuviera su biblioteca, y la aumentara con el trabajo de sus esclavos. Pero aunque se encargara á gramáticos el cuidado de coleccionar, de corregir y de vigilar la tarea de los copistas, es fuerza reconocer que fueron descuidadísimos en la suya: con tal incorreccion fueron reproducidos los testos! (4)

---

(1) Véase lo que decimos en el cap. anterior, nota 24.

(2) «Hanc græcis conscriptam literis mittit, ne intercepta epistola nostra ab hostibus consilia cognoscantur; CÉSAR, *De bel. gal.*, V. Y en el lib. I refiere que cuando quiere hablar de los asuntos de rivalidad con Doviciaco, «quotidianis interpretibus remotis, per C. Valerium Tracillum principem Galliæ provinciæ, cum eo colloquitur.»

(3) «Libros tuos conserva, et noli desperare eos me meos facere posse; quod si assequero, supero Crasum divitiis, atque omnium vicos et prata contemno. *Ad Att.*, I, 4. Bibliothecam tuam cave cuiquam despondeas, quamvis acrem amatorem inveneris; nam omnes vindemiolas eo reservo, ut illud subsidium senectuti parem. *Ad Att.*, 10. No era esto un ingeniosísimo modo de pedir?

(4) «De latinis (libris) quo me vertam nescio; ita mendose et scribuntur et veneunt.» CICERON, *ad Quintum*, III, 5.

César tuvo antes que nadie el pensamiento de crear una biblioteca pública, y confió á Varron este encargo; y habiéndole impedido la muerte dar feliz remate á su proyecto, fué ejecutado por Asinio Polion. Posteriormente Augusto formó una en el templo de Apolo Palatino, y otra en el pórtico de Octavia (5). Generalmente tenian los baños públicos un gabinete de lectura.

Sea como quiera, nadie habrá estudiado detenidamente los escritos de los romanos, sin quedar sorprendido de su negligencia en escudriñar la antigüedad, y en recurrir á los documentos, que son los ojos de la historia. Precedidos por una civilizacion poderosa tal como la de los pelasgos, amoldados por la de los etruscos, no se curaron de la una ni de la otra, por orgullo nacional ó por una ciega predileccion hácia lo bello, con detrimento de lo verdadero.

Varron, n. 116.—Nos presentan como un prodigio de erudicion á Marco Terencio Varron, que á la edad de setenta y ocho años habia escrito cuatrocientos noventa libros sobre varias materias. Ciceron le concede el mérito de haber enseñado en fin á conocer en Roma á los ciudadanos, que antes se encontraban allí como extranjeros (6): y los antiguos concuerdan en darle el título de *sapientísimo*. Solo nos han quedado tres libros de los veinte y cuatro que habia escrito sobre la lengua latina, y aun están incompletos: y tres sobre la agricultura con algunos fragmentos. Si por ellos hemos de juzgarle, se muestra poco erudito, privado de crítica, pueril en la indicacion de las etimologías, y muy anhelante por buscar lejos lo que tiene á la mano (7). Tambien habia compuesto su tratado sobre el orígen de Roma, y él fué el primero en fijar la cronología, empezando á contar los años desde su fundacion (*æra Varronis*): además, una coleccion de setecientas vidas de hombres ilustres de Grecia y Roma, con figuras, lo cual induciria á creer que existia ya algun procedimiento para multiplicar los dibujos.

Tito Livio, n. 59.—Las obras históricas anteriores á este siglo son más bien ensayos que verdaderas historias (8); viéronse, no obstante, á fines, escritores dignos de figurar en primera línea, y á su cabeza se halla Tito Livio de Padua. El desagrado con que los grandes hombres de entonces observaban el decaimiento de su patria, ó no tocó á Tito Livio, ó le afectó de distinta manera que á los otros. A la par que Salustio, Suetonio y Tácito hacen ver que los vicios han empujado á la república á su caida, él se complace en demostrar que la virtud la levantó á tan alto punto de grandeza (9), que á la sazon se doblega bajo el peso de su gloria. Su ídolo es Roma: su amor á ella es la musa que le dicta su relato, y, deslumbrándole con su eternidad en que cree firmemente, no le permite discernir la verdad ni la justicia. Disimula perfidias y opresiones, y si no alcanza á disimularlas, exagera los desafueros de los vencidos, entre cuyas obligaciones quiere poner la que han de creer á Roma cuando se proclame de orígen divino (10). De este modo se muestra menos hombre que ciudadano, y bajo este aspecto deja en zaga á todos los historiadores paganos.

Siente la duda, más no le inquieta; pues se propone repetir, sin afirmarlas ni combatirlas, las fábulas de los tiempos primitivos (11): tiene cerca de sí inmensos archivos: solo necesita subir al Capitolio para interrogar las antiguas inscripciones, y no se cura de ello porque á su cuadro no le interesa: halla más cómodo copiar, y á veces traducir á Polibio, no siempre tomándole en su sentido literal (12). Le pareceria amenguar la grandeza de su

---

(5) C. Julio Higino, que escribió sobre las abejas y sobre las colmenas, fué su bibliotecario. Julio Atico y Grecino trataron del cultivo de las viñas.

(6) *Quest. acad.* I, 3. «No éramos más que viajeros, casi extranjeros en nuestra ciudad propia: tus libros nos han conducido, por decirlo así, á nuestra casa, para hacernos conocer quienes éramos y en que lugar estábamos. A tí debemos el conocimiento de la edad de nuestra patria, las descripciones de los tiempos, el orígen de las cosas sagradas y de los sacerdotes, la disciplina doméstica y guerrera, la situacion del país y de los lugares; tú nos has enseñado de las cosas humanas los nombres, los géneros, las relaciones, las causas, etc.»

(7) Las etimologías de Varron fueron puestas ya en ridículo por Quintiliano: «Cui non post Varronem sit venia? qui *agruæ* quod in eo *agatur* aliquid, et *gratulos* quia *gregatiæ* volent, dictos Ciceroni persuadere voluit; cum alterum ex græco sit manifestum duci, alterum ex vocibus avium? Sed huic tanti fuit vertere, ut merula, quæ sola volat, quasi mera volans, nominaretur.» *Inst. orat.*, I, 6.

(8) Cornelio Nepote en uno de sus fragmentos confiesa la inferioridad de los historiadores romanos, y cree que solo Ciceron era capaz de remediarla: «Non ignorare debes, unum hoc genus latinarum litterarum adhuc non modo non respondere græcis, sed omnino rude atque inchoatum morte Ciceronis relictum. Ille enim fuit unus qui potuerit et etiam debuerit historiam digna voce pronuntiare, quippe qui oratoriam eloquentiam rudem á majoribus acceptam perpoliverit, philosophiam ante eun incomptam, latina sua conformaveris oratione. Ex quo dubito, interitu illius, utrum respublica an historia magis doleat.»

(9) Ad illa mihi pro se quisque, acriter intendat animum, quæ vita, qui mores fuerint, per quos viros, quibusque, domi militiæque, et partum et auctum imperium sit; labente deinde paullatim disciplina, velut desidentes primo mores sequatur animo; deinde ut magis magisque lapsi sint, tum ire cæperint præcipites, donec ad hæc tempora, quibus nec vitia nostra, nec remedia pati possumus, perventum est.» *Præf.*

(10) «Ea belli gloria est populo romano, ut, quum suum, conditorisque sui parentem Martem ferat, tam et hoc gentes humanæ patiantur æquo animo, quam et imperium patiuntur.» *Præf.*

(11) «Quæ ante conditam condendamque urbem, poeticis magis decora fabulis, quam incorruptis rerum gestarum monumentis traduntur, ea nec affirmare nec refellere in animo est.» *Præf.*

(12) Grandes distracciones se encuentran en Tito Livio.

tarea, descendiendo á pormenores acerca de la forma de gobierno; por eso los descuida, á menos que los disturbios producidos por el espíritu de igualdad y de libertad le obliguen á bajar hasta ese punto. Y entonces como siempre, se adhiere á un partido y juzga los hechos con sujecion á las miras de éste. Casi se escusa de interrumpir la narracion de la guerra púnica para hablar de los debates suscitados con motivo del lujo, reprimido por la ley Oppia (13).

Lleno de un convencimiento que tiene mucho de inspirado y sintiendo una admiracion candidísima, es en la concepcion poeta: el estilo de su narracion es vasto y magestuoso, tal como conviene en un pais en que la elocuencia poética se hermana con la del foro. En la uniforme belleza de su estilo, evita toda trivialidad, todo arcaismo de lenguaje y de pensamiento, de manera que, como en ciertas tragedias modernas siempre nos presenta tan solo contemporáneos de Augusto que expresan con acento demasiado rudo las pasiones de edades vigorosas. Sus caractéres pertenecen siempre á lo ideal, tanto en los vicios como en las virtudes. No sabria plegarse á comprender ni á revelar los pueblos y los tiempos, segun el carácter de cada uno; por eso los dibuja á todos con arreglo á un modelo concebido de antemano. Su inclinacion le arrastra á la república, ó por mejor decir, á la antigua aristocracia, lo cual hace que Augusto le llame *mi pompeyano* (14): sin embargo, no derrama hiel contra las nuevas formas gubernamentales, y hasta procura disimular sus propios sentimientos y reconciliar á los ciudadanos con el nuevo órden de cosas. A condicion de que no atente á la legalidad, ama la monarquia. En consecuencia los seis primeros reyes de Roma son á sus ojos príncipes justos, y el séptimo un tirano por no haber consultado al Senado, haciéndose superior á la voluntad general. «No es dudoso, añade, que aquel Bruto, que se cubrió de tanta gloria con la espulsion de un tirano, se hubiera hecho reo de un atentado contra la causa pública, si un deseo prematuro de libertad le hubiera inducido á arrancar el cetro á uno de los monarcas precedentes.» (15) Ni aun siquiera concede á aquel Bruto, fundador de la república, una sola alabanza de las que tiene costumbre de dicernir siempre que pasa de un héroe á otro. Aplaude lo que es virtud á sus ojos, sin fulminar anatemas contra el vicio: como es más poético lo maravilloso y da magnificencia al relato (16), finge creer en las causas divinas más que en las causas terrestres, aun cuando habia ya muchos siglos que en nada se creia dentro de Roma.

Pero considerándolo solo bajo este aspecto del arte, ¡cuánto goza uno con la brillantez de su frase, siempre elevada! A pesar de todo, ni un solo instante olvidó la gravedad que se impuso. ¡Qué claridad que nada deja indeciso en las ideas ni fatigoso á la atencion! ¡Qué sencilla elegancia para dar gracia al pensamiento y viveza á los sentimientos, qué armonia penetrante para difundir en la historia toda la amenidad de la poesia! ¡Qué sucesion de cuadros admirables, de caractéres grandiosos, de soberbias arengas! ¡Cuánta habilidad en la eleccion de los detalles, qué perfeccion de estilo, qué multitud de bellezas se advierten á cada nueva lectura de sus escritos!

Esta es la razon porque pocas obras de la antigüedad deben echarse de menos tanto como aquellos de sus libros (17) que se han perdido, y porque el mundo literario acogió con alborozo de vez en cuando la esperanza siempre fallida de encontrarlos, ya en algun serrallo de Constantinopla, ya en los conventos de Escocia (18).

Salustio, n. 86.—Cayo Crispo Salustio, caballero romano, natural de Amiterno, mereció mala reputacion por sus costumbres privadas, y todavia peor en la administracion pública, á la que tomó el partido de renunciar. Entonces se aplicó á las letras, escusándose de esta ociosidad estudiosa con proclamar que hay tanta gloria en narrar las grandes acciones como en darles cima; y que todavia era más penoso lo primero, por la necesidad que tenia el escritor de sostener su estilo al nivel de los hechos, y de aspirar cuando más á la malevolencia, á la incredulidad, á la envidia.

Hace que un legado romano vaya á los etolios en las Termópilas, dando tormento á las palabras de Polibio ἐπὶ τὴν τῶν Θερμικῶν σύνοδον, que indican la ciudad de Termi en Etolia. Un tratado con los macedonios, referido con exactitud por Polibio, es mal entendido por Livio. Refiere dos tradiciones sobre la muerte de Pleminio, dando las razones porque prefiere una, y enseguida adopta la otra sin hablar palabra de la primera. Repite dos veces el triunfo de Fulvio Nobilior, casi con las mismas palabras Y esto callando los errores de fecha, la general negligencia para indicar sus autoridades, etc.

(13) «Inter bellorum magnorum... curas, intercessit res parva dictu, sed quæ studiis in magnun certamen excesserit.» Lib. XXXIV, al principio.

(14) Pudiera suceder que esta imputacion causara la escasez de ejemplares de su historia y facilitara que se perdiera, con especialidad la parte concerniente á las guerras civiles. Bajo Domiciano, Mecio Pompeyano tomaba de Tito Livio las arengas de los reyes y de los generales, é iba recitándolas, lo cual prueba que era raro el libro. Pero tambien esta predileccion costó la vida á Pompeyano.

(15) *Hist.*, II, 1.

(16) «Datur hæc venia antiquitati, ut miscendo humana divinis, primordia urbium augustoria faciat.» *Præf.*

(17) Su número ascendia á ciento cuarenta y llegaban hasta la muerte de Druso Germánico. Nos quedan treinta y cinco, aunque no seguidos: esto es, los diez primeros de la fundacion de Roma hasta el 490; la segunda década falta, luego tenemos desde el libro XXI al XXIV, ó sea desde el principio de la segunda guerra púnica hasta 589, y del resto los sumarios que se suponen de Floro.

(18) En 1853, en Lóndres, de un palimsesto, se obtuvieron fragmentos de los Anales de Grajo Liciniano que floreció al principio del siglo VIII de Roma; especie de crónica que parece concluye á la muerte de César (1862).

Llegó precisamente en ocasion de ver al pueblo sumido en la corrupcion y en el envilecimiento, al Senado vendido, á los caballeros especulando sobre las lágrimas y sobre la justicia. Era el instante en que toda virtud estaba hollada, el derecho de gentes sacrificado al interés ó al favor; ya no tenia la república por apoyo las instituciones, sino solo el mérito de ciertos hombres que aspiraban á dominarla, Caton con las leyes, Ciceron con la elocuencia, Craso con el oro, Pompeyo con la popularidad, César con las armas, Catilina con las conjuraciones. Esta decadencia fué bosquejada por Salustio con vigoroso estilo, dejándonos la narracion de la *guerra contra Yugurta* y de la *conjuracion de Catilina*. Además habia escrito la *Historia de la república romana* durante el tiempo transcurrido entre estos dos grandes episodios; pero estos cinco libros se han estraviado (19). A decir verdad no nos manifiesta el objeto que con su conjuracion se proponia Catilina; pues la ambicion de *rivalizar con Sila en autoridad*, no basta á esplicar un incendio que puso en combustion el Piceno, los Abruzzos y la Apulia. Acaso el deseo de paz indujo á Salustio á guardar un prudente silencio sobre los planes en que habia sido iniciado. Pero, ¡cuán grande aparece en su perversidad, á semejanza de Satanás, Catilina al lado del mediano Ciceron que obtuvo la alabanza mezquina de haber sido un hábil orador y escelente cónsul! César fué amigo de Salustio, Caton, su adversario: ahora bien, véase en que términos habla de ambos: «Cuando por efecto del lujo y de la indolencia fué la ciudad corrompida, casi enervada, estuvo mucho tiempo sin producir hombres de gran valia. Pero en mi concepto P. Caton y C. César fueron personajes de virtud insigne, aunque de costumbres diferentes. Casi iguales en nacimiento, en edad y en elocuencia, lo fueron tambien en magnanimidad y gloria. César tenia reputacion de grande por sus beneficios y sus liberalidades, Caton por su vida íntegra. Hízose el primero ilustre por su dulzura y su benevolencia, con su severidad acrecentó el segundo su renombre. César adquirió gloria dando, consolando, perdonando; Caton sin desembolsar nada: uno fué refugio de los desventurados, otro azote de los perversos: se encomiaba la constancia de este y la afabilidad de aquel. César se habia impuesto por tarea las fatigas y las vigilias, ocupándose en los asuntos de sus amigos, descuidando los suyos propios, y no negando nada de lo que era hacedero. El fin de todos sus deseos era tener un gran mando, un ejército, una nueva guerra en que pudiera resplandecer su mérito con grande brillo. Caton hizo estudio de modestia, de dignidad, y de austeridad especialmente. No pretendia competir en riquezas con los opulentos, ni en intrigas con los facciosos, sino en denuedo con los valientes, en reserva con los modestos, en desinterés con los honrados; y cuanta menos gloria ambicionaba, más conseguia.»

Asunto seductor ofrecia la guerra de Yugurta para describir nuevos lugares, facciones nuevas y presentar el contraste de la astucia de Africa con la corrupcion de Roma; porque el escritor popular no desperdicia ocasion ninguna de poner en relieve los desafueros de los patricios, desafueros llevados entonces á un estremo que debia producir la ruina de su bando. Revélase la política de Salustio en el discurso que pone en boca de Mario, elegido cónsul por el favor entusiasta de la plebe:

«¡Oh quirites! La mayor parte no practican en el consulado los medios á que han recurrido para alcanzarlo de vosotros. Primero se muestran afanosos, suplicantes, moderados: luego consumen el tiempo en la pereza y el orgullo. Yo entiendo obrar de distinta manera, porque veo fijas todas las miradas en mi persona. Habeis querido que haga la guerra á Yugurta, lo cual ha causado á los nobles gran disgusto. Ved si vale más confiar esta espedicion á un hombre de antigua estirpe, de ilustres ascendientes, sin experiencia alguna de la milicia, que tiembla, se asusta, y escoge á algun plebeyo para consultarle; porque acontece á menudo que aquel á quien nombrais general elige otro. Yo sé de algunos que después de haber sido elegidos cónsules han emprendido la lectura de las espediciones de nuestros antepasados y de las de los griegos para instruirse (20). Yo, hombre nuevo, he visto lo que ellos leen: lo que ellos aprenden en los libros, yo lo he aprendido haciendo la guerra. Menosprecian mi falta de nobleza, yo menosprecio su indolencia. Echéseme á mí en cara el acaso de mi nacimiento, á ellos sus faltas personales. Más si se pudiese preguntar á sus ascendientes á quien hubieran querido engendrar, á mí ó á ellos, ¿no presumis que desearian tener por hijo al que más vale? Cuando os hablan, no cesan de ensalzar á sus abuelos, creyendo hacerse más ilustres con citar sus altos hechos; pero, al revés, son como una luz que hace resaltar hasta que punto han degenerado. No me jacto yo de hazañas agenas, si bien puedo narrar mis propias acciones. Tampoco me es dado reproducir imágenes ni genealogias, sino lanzas, estandartes, donativos militares, honrosas cicatrices; mis títulos son estos: no los he heredado, me los he adquirido. Ignoro tambien la manera de hablar con arte: no he aprendido el griego, sino á herir enemigos, á hacer maniobrar batallones, á no temer más que la infamia, á soportar el calor y el frio, el hambre y la fatiga. A esto acostumbraré á mis soldados, aunque no

(19) El Petrarca dice en sus cartas que estos libros se perdieron en su tiempo. Asegura haber leido en autores fidedignos que para escribir con más verdad acerca de los asuntos concernientes al Africa, consultó Salustio los libros púnicos, y aun estudió los sucesos sobre el terreno, cuidado que rara vez se tomaba entre los romanos.

(20) ¿Alude á Lúculo?

dejándoles toda la fatiga para reservarme la molicie, porque así es uno amo de su ejército en vez de ser su comandante. Llámanme hombre grosero porque no sé tratar fastuosamente, ni hago más caso del bufon y del cocinero que del mayordomo. Convengo en ello, pues he oido decir á mi padre que el adorno sienta bien á las mujeres, y á los hombres el trabajo; que los hombres de bien tienen más necesidad de gloria que de riquezas, y están mejor engalanados con las armas que con ricos ornamentos. Entréguense, pues, á las ocupaciones que les enamoran tanto, al amor y á los banquetes; pasen las horas jóvenes y ancianos en festines, dejándonos el sudor, el polvo del campo de batalla y otros placeres de la misma clase que nos son más gratos que los suyos. Pero esto es lo que no pueden llevar con paciencia, y después de haberse cubierto de baldon y de ignominia, arrebatan su galardon á los valientes. No son para ellos impedimento las delicadezas de la ociosidad y del lujo; son sí para la república causa de ruina.»

Hemos copiado estos pasajes tanto porque derraman mucha luz sobre la historia, como porque ponen la intencion del autor muy á las claras. Con efecto Salustio enlaza con admirable arte los hechos á sus causas, demostrando como Roma debió engendrar necesariamente con sus vicios á un Catilina, y esperimentar por parte de Yugurta, adversario poco temible, un sacudimiento tan rudo como si fuera de parte del gran Anibal. Lo que de él nos queda, inspira doble sentimiento por lo que se ha perdido: tanto vigor hay en sus caractéres, sobriedad en sus ornamentos, *inmortal concision*, y nervio en su estilo, que enriquece con voces ya anticuadas en su tiempo (21) con trasposiciones audaces y frases esencialmente griegas (22).

Diríase que aun en esto pensaba volver á su patria á los antiguos tiempos: en su narracion no cesa de alabar á los hombres de otras edades, que religiosos y sóbrios decoraban los templos con su piedad y sus casas con la gloria; que solo arrebataban el poder de ser perjudiciales á los vencidos, mientras que posteriormente la victoria de Sila habia empujado bajo todos aspectos á la molicie, á buscar por mar y tierra los más delicados manjares, á dormir antes de la hora de sueño, á sustituir al pudor, á la abstinencia, á la virtud, el desórden, la glotoneria, el descaro.

Al oirle ¿quién no habia de creerle un Fabricio ó un Cincinato? Fué, no obstante, un desenfrenado libertino (23), rival en lujo de aquel Lúculo á quien dedicó sus historias: tomó parte en las orgias y en los tramas facciosas de Clodio y de Catilina. Sorprendido por Milon en flagrante delito de adulterio tuvo que padecer por castigo azotes y una multa. En Roma hizo construir palacios con suntuosos jardines que conservaron su nombre: cubrian gran parte del valle que separa el Quirinal de la opuesta colina (*collis hortulorum*) y aparecieron más tarde dignos de ser mansion de los emperadores (24). En la guerra yugurtina acumuló grandes tesoros. Nombrado gobernador de la Numidia vencida, la arruinó con las concusiones y las violencias. Después entregó á César un millon para conciliarse de este modo un cómplice ilustre, y sin que haya necesidad de estenderse sobre este punto, bastará decir que en una ciudad tan corrompida fué borrado su nombre del registro de los senadores.

Gusta sin duda ver á un autor mostrarse en sus escritos tal como fué en sus obras, y ofrecer de este modo aquella maravillosa armonia entre el pensamiento, la palabra y las acciones, única que constituye un espíritu sano y vigoroso. De ser de otra manera, nos toca admitir lo menos la hipocresia á título de homenaje que el vicio tributa á la virtud.

César, n. 100.—El monumento más notable de aquella época nos le suministra César con sus *Comentarios*, única historia verdaderamente original por los romanos trasmitida, sin que pueda comparársele más que la *Retirada de los diez mil* de Jenofonte, que á pesar de sus bellezas es de muy débil importancia en cuanto al hecho narrado y al narrador mismo. Actualmente no hay hombre que haya tomado parte en los negocios públicos que no quiera escribir sus memorias y esplanarlas en muchos tomos: ahí está la imprenta para hacer su publicacion fácil y sencilla. Al revés, la dificultad que esperimentaban los antiguos respecto de la propagacion de los manuscritos, les obligaba á escribir de una manera breve y compendiosa: por otra parte sabian reunir mejor en grandes masas los accidentes sueltos, al paso que se detallan y descomponen ahora.

César mejor informado que nadie de que su pais tenia en su tiempo las fuerzas y defectos, bosquejó grandes empresas en un volúmen poco abultado, con sencillo y natural estilo, tan límpido como conciso, y en que nada sobra. Por eso aquel pequeño libro formaba ya las delicias de sus con-

---

(21) Et verba antiqui multum furate Catonis.
Crispus romana primus in historia.
MARCIAL.

(22) Quintiliano cita por ejemplo esta: *Vulgus amat fieri*. Suetonio en sus *Vidas de los gramáticos* cuenta que Salustio encargó al filólogo griego Ateyo recoger arcaismos y anécdotas para sembrarlas en su historia.

(23) Tutior at quanto merx est in classe secunda!
Libertinarum dico, Sallustius in quas
Non minus insanit, quam qui mæchatur, etc.
HORACIO, Ep. II, 46.

(24) De sus jardines se desenterró el grupo del *Fauno* y el *vaso Borghese*. En la casa que tenia en el recinto de Pompeya se encontraron una porcion de objetos preciosos y de escelente trabajo.

temporáneos (25) y desde entonces no puede parangonarse con este escrito ninguna obra de su clase (26).

La calma que forma la grandeza de la historia griega, nunca se encuentra en los romanos, anhelantes de pasiones políticas é inclinados al juicio moral personal, mejor que al juicio histórico; nunca escepto en los *Comentarios*.

Solo el que no conozca el corazon humano puede creer que César se atuvo á la imparcialidad refiriendo sus propias acciones. Aun cuando carezcamos de historiadores para hacer contrapeso á su relato, basta una atenta lectura para descubrir en lo que narra su segundo pensamiento, y para adivinar lo que omite; ayuda á penetrarlo el mismo arte que emplea en poner de manifiesto ciertas circunstancias, á la par que deja las otras en la sombra. Pero como ha pensado y sentido todo lo que dice, no adolece de la incertidumbre de las formas, que en los demas autores latinos se advierten de lo que copian de otros. Si leyendo á Salustio, á Tito Livio, á Ciceron, no es posible prescindir de acordarse de Tucídides, Herodoto, Demóstenes, Platon, examinando los *Comentarios* no se tiene delante de los ojos más que á César el general invencible, el escritor inimitable.

Sabido es que además de muchos discursos compuso César tragedias, dos libros sobre las analogias gramaticales, tratados sobre los arúspices, auspicios y el movimiento de los astros: un poema titulado *Iter* y otras poesias; nos queda suyo un epígrama sobre un jóven tracio que se cayó en el Ebro, patinando sobre el hielo, y es uno de los más delicados que poseemos de los latinos (27).

C. Nepote.—Cornelio Nepote de Hostilia, habia escrito una historia universal en tres libros (28) y otras obras que se han perdido. Solo nos quedan algunos de sus fragmentos, y las vidas de Caton y de Atico, especialmente recomendables por la elegancia del estilo.

Las vidas de los generales ilustres de Grecia, que actualmente llevan su nombre, parecen una compilacion de una época de decadencia por estar llenas de pensamientos heterogéneos, de estrañas construcciones, de inusitadas formas y hasta de solecismos. Su autor conoce poco los hechos, los elige mal y no sabe pintar sus personajes: sin colorido en el relato, falto de originalidad en los pensamientos y no teniendo vigor de estilo, nada añade al conocimiento de los tiempos ni de los hombres (29).

---

(25) Nudi sunt, recti et venusti, omni ornato orationis, tanquam veste, detracto: sed dum voluit alios habere parata unde sumerent qui vellent scribere historiam, ineptis gratum fortasse fecit qui volunt illa calamistris inurere: sanos quidem homines a scribendo deterruit: nihil enim est in historia pura et illustri brevitate dulcius. CICERON, *de Orat* 75. «Summus autorum divus Julius.» TÁCITO.—Tanta in eo vis est, in acumen, ea concitatio ut illum eodem animo dixisse, quo bellavit, appareat. QUINTILIANO, *Inst.*, X, 1.

(26) El octavo libro de la *guerra de las Galias* se atribuye generalmente á Aulo Hircio, quien escribió tambien comentarios sobre las guerras de Alejandria, de Africa y de España.

(27) Thrax, puer astricto glacie dum ludit in Hebro,
Pondere concretas frigore rupit aquas;
Dumque imæ partes rapido traherentur ab amni,
Presecuit tenerum lubrica testa caput;
Orba quod inventum mater dum conderet urna,
«Hoc peperi flammis cætera (dixit) aquis.»

Pero otros lo atribuyen á C. Germánico.

(28) ....Ausus est, unus Italorum,
Omne ævun tribus explicare chartis.
Doctis, Jupiter! et laboriosis.
CÁTULO.

(29) Siendo Cornelio Nepote uno de los autores que más suelen ponerse en manos de los adolescentes, indicaremos algunos de sus errores de hechos.

En la *Vida de Milciades*, confunde al Milciades hijo de Cimon, con el hijo de Cipselo. Este último llevó una colonia ateniense al Quersoneso y fundó allí una tirania. Tuvo por hermano á Cimon, quien engendró á Esteságoras y á Milciades II, vencedor de Platea. Asi lo cuenta Herodoto, VI, 34; pero Pausanias, VI, 19, 3, cae en el mismo error que Cornelio.

En la *Vida de Pausanias*, cap. I, confunde á Dario con Jerjes. Mardonio era yerno del primero y cuñado del segundo. Véase HERODOTO, VI, 43.

En *Cimon*, cap. II, se confunde la batalla de Micala, en que fueron vencedores Xantipo y Leotíquides, en 479, con la que Cimon dió cerca del Eurimedon nueve años más tarde.

En *Pausanias* al fin del primero y al principio del tercer capítulo, está invertido el órden de los hechos, y hay confusion en los sucesos que puede desvanecerse con Tucídides, I, 130—134.

Otro tanto es necesario decir del capítulo III de *Lisandro*, en el cual juntó en uno solo los dos viajes hechos al Asia por este general, con siete años de diferencia. Puede corregirse con JENOFONTE, *Helénicas*, III, 4, 7, 10: DIODORO, XIV, 13.

Aun reina más desórden en el cap. II de *Cabrias*: hace ir á Agesilao á Egipto, cuando tanto tenia en que ocuparse en Beocia, y no menciona esta espedicion ni aun en la misma vida de *Agesilao*. El rey á quien prestaron ayuda Cabrias y luego Agesilao, no fué Nectanebo, sino Taco.

En Agesilao, cap. V, atribuye á este rey la victoria de Corinto, debida por el contrario á Aristodemo. Véase JENOFONTE, *Hel.* IV, 2, 9, 5.

A fin de no incurrir en yerro por la confusion que reina en el cap. II de *Dion*, conviene advertir que Platon hizo tres viajes á Sicilia: el primero en tiempo de Dionisio el Viejo, quien le hizo vender como esclavo, cuando Dion no tenia más que catorce años; el segundo después de la muerte de Dionisio: el tercero cuando reconcilió á Dion con Dionisio el Jóven, al cual, y no al Viejo, se atribuye haberle llamado á su lado *magna ambitione*.

Aníbal no marchó sobre Roma inmediatamente después de la batalla de Cannas, sino con posterioridad á su permanencia en Capua (*in Ann.*, cap. 5). La mayor parte de las estratagemas que se atribuyen á este héroe, son niñerias y estravagancias. Entre otras ocupa este lugar la de haber aconsejado á Antíoco que echara centenares de vasijas

Trogo Pompeyo.—Solo nos son conocidas las *Historias filípicas* de Trogo Pompeyo por el compendio de Justino, del cual se puede sacar muy poca sustancia. Si el compilador ha seguido el órden de la obra original, fuerza será deducir que el autor ignoraba el arte de disponer y de encadenar los hechos. Tambien hemos perdido los trabajos históricos de Sexto y de Cneo Gelio, de Clodio Licinio, de Julio Graccano, de Otacilio Petito, el primer liberto que osara dedicarse á un género de composicion en que la ingenuidad es tan indispensable: tampoco se ha conservado nada de los escritos de Lucio Sisenna, amigo de Pomponio, de Hortensio y de Polion, ni de las genealogías de las familias ilustres, recogidas por Pomponio Atico y Mesala Corvino. Augusto, Emilio Escauro, Lutacio Cátulo, Sila, Ciceron, Vipsanio Agripa, escribieron tambien, los más en griego, el relato de sus propios hechos; pero no ha sobrevivido nada.

Juba, hijo del que fué vencido por César, dejó una geografía de Africa y de Arabia, y tambien una historia romana, que bajo el aspecto de la exactitud elogia Plutarco. Julio Higinio trató del orígen de las ciudades de Italia; pero su falta de crítica dá márgen á que lamentemos que Plinio se haya creido en el deber de seguirle, al paso que descuidaba cerca de veinte libros de historia etrusca redactados por el emperador Claudio.

Desde una época muy antigua se anotaban los hechos públicos en los anales de los pontífices, dia por dia; pero se interrumpió este uso en tiempo de los Gracos. César instituyó el primero un registro diario de los actos del Senado, y otro para los del pueblo, á fin de que ambos se conservaran y fueran publicados. Augusto mandó continuar el primero, y él mismo eligió al que habia de redactarlo; pero ¡desventurado de aquel que hubiera publicado lo que él queria guardar oculto! (30) En el registro del pueblo se anotaban las acusaciones entabladas ante los tribunales, sus fallos, la instalacion de los diversos magistrados, la construccion de los edificios públicos: posteriormente la época del nacimiento de los príncipes y los diferentes sucesos que les atañian. Estos registros tenian, pues, alguna semejanza con nuestros periódicos modernos, aunque distaban mucho de tener su difusion y su importancia (31).

Dionisio de Halicarnasio.—Este escribió en griego una historia *(Antigüedades romanas)* que comprende desde la toma de Troya hasta el año en que comienza la de Polibio. Nó nos quedan más que once libros que acaban en el año 306 de Roma, al terminar los decenviros sustituidos por los cónsules. Basta hacerle sospechoso su intento de exaltar la grandeza de Roma, dando importancia á su débil principio: luego cuando se advierte la ordenacion simétrica de su trabajo, no cabe creer que haya sacado de crónicas toscas é indigestas tan regular conjunto, en todas sus partes tan perfecto, sin que su imaginacion le haya ayudado considerablemente. Freret y otros han juzgado que es pura invencion cuanto dice de los primeros habitantes de Italia. No obstante, si se reflexiona que llegó á Italia poco después de la muerte de Ciceron, en vida de Varron, cuando Caton acababa de escribir los orígenes de la ciudad reina del mundo; que parece haber copiado los anales y las inscripciones de cada uno de los paises, se siente uno impelido á creerle tan verídico como á los demás historiadores (32); pues conviene no perder de vista que cabalmente por la circunstancia de estar regidas municipalmente aquellas ciudades, sus anales y sus inscripciones monumentales no corrian riesgo de ser alteradas por la mania sistemática de combinarlas con otras.

Sea como quiera, por lo mismo que Dionisio es extranjero en Roma, nos describe el gobierno con muchos detalles, aunque no siempre se embeba en su espíritu; lo cual hace que se acuda á sus escritos como á una de las más ricas fuentes del antiguo derecho. Justo es decir que por una parte el amor á su país le induce á dar á cada institucion un orígen griego, y por otra, sea á causa de admiracion sentida, ó del deseo de hacerse agradable, convierte á los romanos, á quienes se complace en

---

llenas de víboras á los buques del enemigo. ¡Fáciles eran de recoger tantas víboras!

En la *Vida de Conon*, cap. I, dice que este general no asistió á la batalla de Egos-pótamos; pero Jenofonte afirma lo contrario. *Hel.*, II, 1, 28, 29.

De las voces ἔμφυλος τίς, es decir, *uno de su tribu*, que leyó sin duda en algun autor griego, hace un nombre propio, que latiniza en Emphiletus. Este yerro se halla en la *Vida de Focion*.

Son tan difíciles de destruir los primeros errores, que seria muy oportuno anotar estos diversos descuidos en las antologías destinadas á la juventud con las rectificaciones que se pueden sacar de P. H. TZSCHUCKE, *Comm. perpetuus in Cornel. Nepotis excell. imp. vitas*. Gotinga.

(30) SUETONIO, *César*, 20: *Octaviano*, 36.

(31) Leclerc, en su obra de *Los periódicos entre los romanos* (Paris, 1838), trata no solo de probar que tenian efemérides como las nuestras, sino que con el auxilio de estos datos y de los anales de los pontífices, es posible restituir á la historia de los primeros tiempos, la certidumbre que la crítica quiere arrebatarle. Véanse además:

LIEBERKUEN.—*Commentatio de actis Romanorum diurnis*. Weimar, 1840.

SCHMIDT.—*Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*. Berlin, 1864.

HUEBER.—*De senatus populique r. actibus*. Leipzig, 1860.

(32) (Véase tomo I, pág...) El cardenal May ha descubierto en la Biblioteca Ambrosiana muchos fragmentos de Dionisio: á la edicion que ha sido publicada de ellos, precede una correcta disertacion sobre el historiador de Halicarnasio y sobre su mérito. Petit-Radel en una disertacion impresa en 1820 entre las Memorias de la Academia, ha aspirado á demostrar que este autor es verídico y posee escelentes informes; pero aun haciéndole esta concesion en lo concerniente á los pelasgos y las ciudades itálicas, es evidente su parcialidad en favor de Roma.

ensalzar hásta las nubes, en el pueblo más justo y moderado, elogiándoles estraordinariamente por no haber ensangrentado jamás el foro en quinientos años de encarnizadas luchas, por no haber llevado nunca á cabo más que obras de justicia respecto de tantos conquistados pueblos y avasalladas naciones. Encontró gentes que le prestaran asenso, si bien que supo hacer uso de la crítica, ya que no para comprobar lo que refería, á lo menos para refutar á los demás.

Vió que la elocuencia se habia deteriorado en Grecia, y que después de Alejandro se habia introducido como una concubina, para ocupar en el hogar el puesto de la mujer legítima, una superabundancia asiática, una muelle elegancia que no compensaba la pérdida de lo verdaderamente bello. Aunque retórico, se eleva hasta apreciar con exactitud una situacion política que por el peligro á que se esponia el que hablaba, mataba necesariamente la elocuencia. Hasta se felicita de que haya adquirido algun realce en Grecia, merced á los buenos ejemplos de Roma; pero sin duda trata de adular á los dominadores. Para auxiliar el renacimiento del arte oratorio compuso obras de retórica de que nos quedan algunos fragmentos. Gran parte de las teorías que espone son, como ya hemos dicho de las de Ciceron, inaplicables actualmente; algunas hasta son ininteligibles, especialmente en el tratado *De la disposicion de las palabras*. Cuando examina el *carácter de los escritores antiguos*, se eleva á veces á la verdadera idea de lo bello; pero frecuentemente su crítica se pierde en las cosas de detalle que pueden admitirse como ejercicio de escuela, si bien mueven á lástima cuando se aplican á Platon y á Tucídides.

Diodoro de Sicilia.—En esta época se supone que vivió, aunque nada lo atestigua exactamente, Diodoro, nacido en Argirio de Sicilia (*S. Filippo d' Argirone*). Como llegó el último pudo aprovecharse de los trabajos de los historiadores griegos sus predecesores, y se deberia esperar hallarlos compendiados en su obra, sin esceptuar á los que se han perdido. Preparóse con treinta años de investigaciones al trabajo que queria emprender, viajó para instruirse, y residió largo tiempo en Roma, centro entonces de la civilizacion y punto de reunion de todas las naciones.

Fué el primero, á lo menos entre los historiadores que han llegado á nuestra noticia, que abarcó la historia no de un pueblo solo, sino la universal, estimando que este era el único medio de ensanchar su punto de vista. Diríase, no obstante, que no ha esplicado en la historia (33) bellos y nobles pensamientos más que para probar cuanta distancia existe entre conocer y cumplir los deberes del escritor. Para él es caprichosa la division de los periodos, y la distribucion de la obra está demasiado dividida: cuando llega Alejandro se alboroza

(33) «Viendo el aprecio que se hace de los historiadores nos sentimos impulsados á rivalizar en su estudio. Mas al considerar á los escritores que nos precedieron, si bien aprobamos su consejo, comprendemos que sus escritos no estaban al nivel de la utilidad ni de la buena composicion. Porque la utilidad del que lee, reclama que se comprendan muchas circunstancias, mientras que la mayor parte de aquellos se limitó á narrar por estenso las guerras de una sola nacion ó ciudad. Pocos se consagraron después á escribir sobre las cosas comunes á todos los pueblos, desde los antiguos llegando hasta su tiempo; y aun entre ellos dejaron algunos de espresar las épocas convenientes, y otros omitieron la historia de los bárbaros: hubo tambien otros que conociendo la dificultad de tratar de la fábula, pasaronla por alto, como si de este modo la reprobasen; y otros, sorprendidos por la muerte, no llevaron á cima sus obras. Así, pues, ninguno dilató la historia hasta los tiempos posteriores á los macedonios, terminando unos en las proezas de Filipo, otros en las de Alejandro y algunos en las de sus herederos y descendientes. Y al paso que muchas é importantes cosas han quedado en el olvido hasta nuestra edad, ninguno de los historiadores emprendió la tarea de compilarlas en un solo cuerpo, dominado por la grandeza del argumento, á la vez que hallándose espuestos los tiempos y los sucesos en varios volúmenes escritos por diversos autores, difícilmente puede comprenderlos la inteligencia ni retenerlos la memoria.

»Nosotros, pues, habiendo examinado las obras de cada uno, nos hemos resuelto á componer una historia que sea útil al que la lea, causándole el menor fastidio posible; en atencion á que si alguno se aplicare á escribir con todas sus fuerzas la historia de las cosas del mundo de que queda memoria, como si fuese la de una sola ciudad, desde los tiempos más remotos hasta aquel en que vive, se habrá fatigado mucho, pero habrá compuesto una obra utilísima á su estudioso lector; pudiendo todos obtener de ella para su uso particular las mismas ventajas que obtendria empleando un gran trabajo. Así pues, el que quiera dedicarse á desenvolver los muchos monumentos de los autores, en primer lugar no tendrá facilidad de encontrar el número de libros necesarios, y en segundo, atendiendo á su variedad y multitud, se verá rodeado de grandes dificultades para comprender la verdadera inteligencia de las cosas. Por el contrario, una historia que encierre en un solo cuerpo la série de los hechos consecutivos, suministrará una lectura expedita y se presentará fácil y clara á todos los entendimientos. Este modo de tratar la historia es tanto mejor que los demás, cuanto es más útil conocer el todo que una sola parte, un conjunto bien ordenado que las porciones separadas y tener una exacta determinacion del tiempo para cada suceso.

»Viendo, pues, nosotros que este plan seria muy útil, pero que demandaba mucho tiempo y fatiga, no dudamos emplear en él cerca de treinta años, viajando no sin peligros y padecimientos, por grandes espacios de Asia y de Europa para observar con nuestros ojos la mayor parte de los lugares, con especialidad aquellos más necesarios al objeto que nos habiamos propuesto. Podemos asegurar que se han cometido muchos errores en punto á no conocer los lugares, no diré por los escritores vulgares, sino hasta por algunos que gozan de gran celebridad. En esta empresa ha sido nuestro principal sosten el vivo deseo del buen éxito, que es por lo comun el medio más seguro de llevar á efecto lo que de otra manera pareceria imposible. Tambien nos ha sido de grande utilidad la abundancia de materiales que nos ha suministrado Roma casi espontáneamente, durante nuestra larga residencia en esta capital, cuya magestad y poder se extiende hasta los confines del mundo. Habiendo

porque su reinado va á permitirle agrupar los acaecimientos ocurridos en otras partes, y luego no sabe conseguirlo. A veces toma un tono declamatorio y se pierde en una profusion de palabras tanto más intempestivas cuando más árida es su materia.

De los cuarenta libros de que se componia su biblioteca histórica, solo nos quedan los cinco primeros, y luego los que siguen desde el undécimo hasta el vigésimo, si bien el décimo sesto y el décimo séptimo están incompletos. Diodoro sigue el método etnográfico al principio, y se hace analista á contar desde el libro quinto. Los cuatro primeros tratan de las religiones y de los hechos anteriores á la guerra de Troya: en el quinto se ocupa de las islas: estaban consagrados los cinco siguientes á los antiguos reinos de Oriente y á los negocios de la Grecia, hasta la espedicion de Jerjes: es tanto más lamentable su pérdida cuanto que de aquellos tiempos poseemos muy pocos datos. Describe en el undécimo la espedicion del rey de Persia y los acontecimientos sucesivos hasta Filipo de Macedonia. Comprende el décimo octavo la espedicion de Alejandro; en los tres siguientes se halla la narracion de los sucesos que tuvieron lugar bajo sus sucesores. Llegaban los veinte últimos hasta el momento en que César puso el Océano Británico por límite al imperio de Roma, y sin duda dijo allí acerca de los romanos todo lo que juzgó á propósito de lo que les concernia en las demás partes de su obra. Su historia abarcaba once siglos y debemos muchos datos á sus primeros libros; pero Diodoro no sabia encadenar los hechos ni comunicarles vida. Le han llamado juicioso por dos ó tres críticas, doctas en verdad, pero sobre puntos insignificantes, á la vez que es ilógico en el resto y no solo cree las consejas populares, sino que se indigna con quien las pone en duda, haciéndolas resaltar más y más al exponerlas en todo su absurdo. Es difícil de esplicar el elogio que le hace Plinio diciendo que fué el primer griego en dejar de hacer niñerías: no se refiere más que al título de las obras, ya que antes se llamaban pandectas, musas, enquiridion (34). Por lo demás, introduce por doquiera las fábulas griegas, encontrando siempre los Júpiter y los Apolos. Está confuso en la cronología. Visitó los lugares, y á pesar de ello no hace más que reproducir lo que escribieron sus predecesores, contar lo que ha oido, sin añadir siquiera la espresion de su modo de ver. Aun hubiera podido sacar más provecho de los materiales que debian abundar en su tiempo, especialmente de aquellos cuya inteligencia aun no se habia confundido. Como no indica las fuentes donde bebe, quita á la crítica todo medio de evaluar hasta que punto merecen confianza.

El estilo de Diodoro, dice Sainte-Croix (35), es facil, claro, sencillo, sin afectacion ninguna; pero se hace figurado y metafórico cuando habla de los dioses, porque entonces copia á los mitólogos y á los poetas.

No corre en pos del aticismo, ni afecta servirse de voces anticuadas, y se atiene al estilo templado, tal como conviene á la historia. Llega á ser á veces laso y difuso dejando que desear, bajo este aspecto, conexion y órden. Su narracion es amenudo confusa, porque ignora el arte de desenvolver los hechos, de derramar luz sobre ellos segun requiere el caso, y de hacer surgir un suceso de otro suceso. Cuando se sirve de la narracion de algun historiador antiguo, le despoja de su encanto, y nunca es dramático ó animado; narrador frio y monótono descuida los recursos de la elocuencia, y critica el abuso que se hacia de las arengas en su tiempo. No obstante, su juicio es bastante sano y con imparcialidad elogia y censura. Sus consideraciones, que son comunes sin ser triviales, le acreditan de hombre de buen sentido y honrado.

Otros muchos griegos aplicaron su talento á la historia: Castor de Rodas fué de los primeros en ocuparse de cronología (36); Teofanes de Mitilene escribió las memorias de Pompeyo su amigo, de quien obtuvo gracia para los lesbios sus compatriotas. Cara costó á éstos la apoteosis que le dedicaron en recompensa, porque Tiberio en su recelosa envidia hizo perecer á sus descendientes. Timagenes de Alejandria, llevado á Roma por Gabinio (55), fué cocinero, luego portador de litera, retórico y por último historiógrafo de Augusto, que ofendido de una palabra picante le espulsó de su córte. Entonces se retiró al lado de Asinio Polion, donde compuso la historia de Alejandro y sus sucesores, de la cual se sirvió mucho Quinto Curcio, y que se ha perdido como las obras de los escritores anteriormente citados, y la continuacion de Polibio por Posidonio de Rodas. Es posible que Memnon de Heraclea en el Ponto, autor de una historia de su patria, comprendiendo digresiones sobre los pueblos, que estuvieron en relaciones con ella, corresponda tambien á este siglo.

---

nacido en Argirio, ciudad de Sicilia, y hallándonos versados, á causa del comercio de los romanos con nuestra isla, en su lengua, hemos recogido con diligencia de las memorias conservadas hace largo tiempo entre ellos las noticias de las empresas de este imperio; y en cuanto á las relaciones fabulosas, sea de los griegos, ó de los bárbaros, todo lo que se ha divulgado en cada uno de aquellos pueblos acerca de los tiempos antiguos, lo hemos examinado segun nuestras fuerzas.»

Eso promete en la *Introduccion* y véase cuan poco lo cumple.

(34) «Primus apud Græcos desiit nugari Diodorus.» *Præf.*

(35) *Examen de los historiadores de Alejandro.*

(36) Χρονικὰ ἀγνοήματα περὶ θαλασσοκρατησάντων.

CAPÍTULO XXVI

POESIA ROMANA.

Así la poesia, como todo lo romano, habia debido su desarrollo, no tanto á la inspiracion, como á la imitacion de los griegos: empezó á conquistar su libertad con la sátira, género nuevo de que se hace honor á Lucilio.

Lucrecio, n. 95.—Tito Lucrecio Caro es un poeta verdaderamente romano, esto es, nacional en el estilo, en la robustez de las ideas y en el modo de espresarlas. Asi como supera á todos los demás escritores latinos en sublimidad y númen, cede á los más ilustres entre ellos en el arte de acumular bellezas sobre bellezas, de producir de un solo rasgo variados afectos, sin atenuar la impresion con intempestivas prolijidades, y en la energia rápida del estilo, que á la vez desenvuelve y compendia.

A estilo de los antiguos pitagóricos, y más especialmente de Empedocles, Lucrecio puso en verso la filosofia (*De rerum natura*). Aquellos que califican de belleza la dificultad vencida, encontrarán mérito en revestir con frases, ó á lo ménos con números poéticos, la aridez de un asunto didáctico en un todo. Pero si se esceptua la esposicion del poema, el exordio del libro segundo, la descripcion de la peste y el fin del libro tercero, en el cual reconviene la naturaleza á los hombres porque tienen miedo á la muerte, lo demás no es otra cosa que fria argumentacion y árida doctrina. Prueba lo difícil que es profesar la ciencia en verso el escaso número de poetas que han sobresalido en este género. El arte ó la facultad de asociar la meditacion, que se enriquece penetrando en el fondo de los sentimientos y de las ideas, á la inspiracion que se despierta al aspecto de las grandes escenas de la naturaleza, no basta á Lucrecio. Y sin embargo, tiene á veces armonias que no desdeñaria el mismo Virgilio: acontece tambien al cantor de las Geórgicas tomar varios pasajes de su poema.

Si consideramos á Lucrecio como filósofo, proclama la doctrina de Epicuro en Roma, que aun no se ha despojado de toda creencia. Sepárase, no obstante, de ella admitiendo el destino ó una fuerza secreta de las cosas; y se aproxima de vez en cuando á Jenofanes, á Zenon de Elea y á Empedocles, suponiendo que por el amor son engendradas y regidas todas las cosas. Repudia ciertos errores de Aristóteles, como el horror al vacio y la generacion espontanea. Situa los colores en la luz más bien que en los cuerpos (1), y esplica por las leyes de la hidrostática como ciertos cuerpos caen en el vacio con más rapidez que otros (2). En su concepto ciertos átomos primitivos, imperceptibles á los sentidos, aunque concebibles por la mente, sólidos, indivisibles, sin forma ni otra cualidad sensible, produjeron moviéndose en un espacio sin límites, el mundo, que es infinito, siendo los átomos del mismo modo. Compuesta así el alma de semillas redondas, en estremo ténues, está sujeta á la sensacion en la vigilia y en el sueño por medio de fantasmas que vagan por los aires.

Nada existe fuera de los cuerpos. No hay, pues, Dios ni Providencia (3). Hánse elevado los hom-

---

(1) Præterea, quoniam nequeunt sine luce colores
Esse, neque in lucem existunt primordia rerum....
L. II, 794.

(2) Nunc locus est, ut opinor, in his illud quoque rebus
Confirmare tibi, nullam rem posse sua vi
Corpoream sursum ferri, sursumque meari...
L. II, 184.

(3) Omnis enim per se Divûm natura necesse est
Inmortali ævo summa cum pace fruatur,
Semota a nostris curis sejunctaque longe;
Nam privata dolore omni, privata periclis,
Ipsa suis pollens opibus, nihil indiga nostris...
Nec bene pro meritis cogitur, nec tangitur ira.

bres accidentalmente y poco á poco del estado de brutos al estado de séres capaces de civilizacion. Teoria cómoda en poesia, si bien absurda cuando debe aplicarse á la filosofia. Produjo el miedo las religiones; y Epicuro ha merecido mejor de la humanidad que Baco, Céres y Hércules, emancipando á las almas del espanto que inspiraban séres tenidos por superiores al hombre (4).

¿Después de esto qué significado puede darse á las alabanzas que tributa á la virtud y á la moderacion? ¿No ha de pedirle cuenta la posteridad de haber roto con semejante ostentacion de doctrinas impias el último freno que podia aun contener á la juventud de Roma, predispuesta ya al desprecio de las cosas sagradas? Acaso no se encuentra al abrigo de toda censura, si es verdad que la poesia se hizo en Roma cómplice de la depravacion pública, en vez de hacer oir generosos consejos, de sostener la virtud en sus luchas ó de gemir á causa de su decadencia.

Cátulo, n. 86.—Cayo Valerio Cátulo, nacido en Verona, siguió á Bitinia al pretor Mummio. Enamoróse de los poetas griegos y especialmente de Safo, cuyas odas tradujo, así como la *Cabellera de Berenice*, poema de Calímaco; quizá es tambien traduccion las *Bodas de Tetis y Peleo*. Los romanos, á cuya lengua trasmitió la erudicion extranjera, se creyeron en el deber de concederle el título de sabio. Enrique Estéban pretende que se le considere no como á un antiguo poeta, sino como á un imitador de los antiguos. Con efecto, no teniendo los romanos poetas espontáneamente, y habiéndolo sido por imitacion, en el decaimiento de la república sus versificadores debieron imponer al lenguaje formas métricas y gramaticales, desconocidas hasta entonces. Fué, pues, el idioma poético una amalgama mal digerida hasta el instante en que se desterraron las composiciones de palabras y las construcciones, en desacuerdo con el carácter propio del idioma latino. Este último mérito recae principalmente sobre Cátulo, que hizo con la lengua latina lo que ejecutó posteriormente Petrarca respecto de la lengua italiana, despojándola de sus más ásperas formas y revistiéndola con nuevas gracias, á la par que la inducia á trocar las materias graves por asuntos alegres y amorosos. No obstante, se hace sentir alli demasiado la dureza: su verso pentámetro no acaba todavia con un vocablo bisílabo, como en las elegias posteriores, ni remata el sentido: el encuentro de elisiones produce frecuentes hiatos, y abunda todavia en palabras compuestas. De aquí resulta que Cátulo parece á un mismo tiempo desaliñado y afectado. Cuando se le compara con Virgilio, á quien apenas precedió en diez y seis años, se halla casi otra lengua, y choca que pueda haberse hecho tan inmenso adelanto en un intérvalo tan corto (5).

Pero si Petrarca cubria la desnudez del amor con un velo de inocencia, Cátulo le presenta con todo el descaro de la Vénus terrestre. Desagrada sobremanera encontrar en las pocas composiciones que nos quedan suyas, la elegancia de la espresion mezclada á un verdadero fango, no solamente de sentimientos de una desatentada impudencia, sino tambien de palabras bajamente obscenas. Alega por escusa que cuando el poeta es irreprensible, poco importa que sus versos estén impregnados de impureza (6). ¡Infeliz, diga lo que quiera, del que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, no un apostolado social, sino un instrumento de seducciones impúdicas ó de alabanzas venales! Depravóla en gran parte entre los antiguos, y dió tanta causticidad á la sátira, la circunstancia de haber escluido á las mujeres de las pláticas de los hombres, y de no haberlas admitido en sus reuniones más que como objetos de deleite; nunca se insistirá bastante sobre este punto. Siendo incompatible el amor verdadero con el libertinaje, solo aparecen en Cátulo escasas chispas de ese puro sentimiento; en su lugar se halla una doctrina voluptuosa que pone en boca de su Lesbia: *No hagamos caso de las murmuraciones de los viejos. El sol muere y renace; nosotros, cuando acaba nuestra corta carrera, nos dormimos para siempre. Hagamos, pues, que se sucedan los besos á los besos.*

Poetas eróticos.—Otros poetas eróticos se hallan tambien mancillados con la depravacion de su tiempo y no se recrean más que con los goces materiales; todo se vuelven perjurios (7), fruslerias, sospechas de espíritus celosos (8), burlas, despechos amorosos, lágrimas estudiadas, propósitos lascivos. Celebran cada perfeccion, cada atractivo misterioso de sus bellas, sus labios rojos, sus dientes de marfil, sus ojos brillantes; pero nunca ensal-

---

(4) Humana ante oculos fœde cum vita jaceret
In terris oppressa gravi sub religione...
Primus grajus homo mortales tollere contra
Est oculos ausus, primusque obsistere contra,
Quam nec fama Deûm, nec fulmina, nec minitanti
Murmure compressit cælum....
Quare religio, pedibus sujecta vicissim,
Obteritur, nec exequat victoria cælo.

(5) Scaligero dice de Cátulo: *Nihil non vulgare est in ejus libris! ejus autem syllabæ cum dure sunt, tum ipse non raro durus; aliquando vero adeo mollis ut fluat neque consistat. Multa impudica, quorum pudet: multa languida, quorum miseret; multa coacta, quorum piget; nam invitum tractum esse, et multum et sæpe constat á suis verbis.*

(6) Nam castum esse decet, pium, poetam
Ipsum; versiculos nihil necesse est,
Qui tum denique habent salem ac leporem,
Si sunt molliculi et parum pudici.—XVI.

(7) Nec jurare time; Veneris perjuria venti
Irrita per terras et freta summa ferunt.
TIBULO, I, 4.

(8) Quator ille beatus,
Quo tenera irato flere puella potest.
I, III.

zan su talento, su conversacion, las cualidades de su alma, y mucho menos todavia ese pudor tímido, que es el más dulce encanto de las mujeres: beben y se entregan con ellas á mil escesos. Fieles á los ejemplos dados por Fulvia, por Cleopatra y por Julia se imponen como ley huir de las mujeres castas (9), y malgastan su vida en fáciles buenas fortunas: se dejan pegar y morder por sus queridas ébrias (10), y no vacilan en pegarles á su vez (11). Ovidio desvanece las sospechas de Corina, celosa de su doncella, prodigándole juramentos en una elegia; y la que viene después está dirigida á esta misma criadita, á quien censura por dejarse penetrar y por hacerse traicion á sí propia con su sonrojo; reconvenciones, en pos de las cuales viene una cita para la siguiente noche. Cátulo dirige á Lesbia, Tibulo á Delia, Propercio á Cintia, Ovidio á Corina, injurias que sublevarian actualmente á la última de las prostitutas (12). Por lo demás, todos se lamentan de la avaricia de sus bellas (13); y si Ovido aconseja á la suya que no se muestre avara, el motivo es todavia más insultante que la acusacion (14).

Tibulo, n. 44.—Habla la pasion en Albio Tíbulo, de familia ecuestre pero en el sentido más material y grosero. Pasa con encantador desórden de la cólera á la ternura, de la risa al llanto, de la censura á la alabanza, del ruego á la amenaza, á estilo de los amantes, cuya versátil índole reproduce mejor que otro alguno.

Propercio, n. 55.— Sexto Aurelio Propercio de Mevania (Umbria), llenó sus versos de dulces querellas (15), y al mismo tiempo que confiesa que las reconvenciones causan á las bellas enojo, que es necesario no ver ni oir cuando el caso lo requiere (16), se arrebata de vez en cuando contra su Cintia al dia siguiente de una noche, cuyo recuerdo quiere consagrar en el templo de Venus (17). Abandónala al fin por cinco años, si bien vuelve en su busca á su voluptuosa casa de campo; ella torna á la carga y no le concede la paz sino á condicion de que no ha de pasearse bajo el pórtico de Pompeyo, punto de reunion ordinario de las hermosuras romanas, de que en los espectáculos retraerá sus miradas demasiado incitantes y no irá ya nunca en carruaje descubierto. Así como Propercio supera en lozania de imaginacion y de espresion á Tíbulo y Cátulo, cede al primero en espontaneidad y gracia, y en facilidad y ardor al segundo. Al cantar á aquella á quien ama, jamás olvida el arte. No cesando de limár y de pulir, nunca se aparta de la huella de los griegos (18), y sobrecarga sus versos de erudicion, de mitologia, de alusiones, cosas todas que dañan á la pasion en gran manera. Si llora Cintia, caen de sus ojos más lágrimas que de los de Niobe, convertida en roca, de los de Briseida robada y de los de Andrómaca cautiva. Si duerme, se asemeja á la hija de Minos abandonada en la playa, ó á la de Cefeo libertado del mónstruo, ó lo que es más estraño á una bacante del monte Edonio, cuando abrumada de fatiga, se reclina en las riberas del Apidano. Anhela inspirar amor á las sencillas hermosuras de la naturaleza, á las flores que produce la tierra por sí misma, á las conchas que cubren la playa, al dulce gorgeo de las aves; y mezcla con estas graciosas pinturas á Febe y á Hilaris, que no debieron á prestados hechizos el amor de Castor y Pólux, y á Hipodamia, que su-

---

(9) Donec me docuit castas odisse puellas
Improbus, et nullo vivere consilio.
PROPERCIO, I, 1.

(10) Dum furibunda mero mensam propellis, et in me
Projicis insana cymbia plena manu,
Tu vero nostros audax invade capillos,
Et mea formosis unugibus ora nota.
III, 8.

(11) Flet mea resana læsa puella manu...
Ergo eo digestos potui laniare capillos?
OVIDIO, *Am.*, I, 7.

(12) Véanse en Cátulo: estas son de las menos fuertes:
Cæli, Lesbia nostra, Lesbia illa,
Illa Lesbia, quam Catulus unam
Plusquam se, atque suos amavi omnes,
Nunc in quadrivis et angiportis
Glubit magnanimos Remi nepotes.—LV.
Propercio dice á su querida:
At tu etiam juvenem adisti me perfida, cum sis,
Ipsa anus, haud longa curva futura die.
II, 18.

(13) Quæritis unde avidis nox sit pretiosa puellis,
Et Vænere exhauste damnas querantur opes?...
Luxuriæ nimium libera facta via est...
Hæc etiam clausas expugnant arma pudicas...
Matrona incedit census induta nepotum,
Et spolia opprobrii nostra per ora trahit.
PROPERCIO, III, 13.

(14) Non equa munus equum, non taurum vacca poposcit,
Non ovis placitam munere captat ovem.

---

(15) Nos, ut consuemus, nostros agitamus amores;
Atque aliquid duram quærimus in dominam.
I, 7.
Aut in amore dolere volo, aut audire dolentem:
Siva meas lacrymas, siva videre tuas,
III, 8.

(16) Asisduæ multis odium peperere querelæ;
Frangitur in tacito fæmina sæpe viro.
Siquid vidisti, semper vidisse negato;
Aut siquid doluit forte, dolere nega.
II, 18.

(17) O me felicem! o nox mihi candida! etc.
II, 15.
Has pono ante tuam tibi, diva, Propertius, aram
Exuvias, tota nocte receptus amans.
II, 14.

(18) Se jacta él mismo de ello, III, 1 y 8.
Callimachi manes, et coii sacra Philetæ.
In vestrum, quæso, me sinite ire nemus.
Primus ego ingredior puro de fonte sacerdos
Itala per grajos orgia ferre choros.
Inter Callimachi sat erit placuisse libellos,
Et cecinisse modis, dure poeta, tuis.

bida en extraño carro, no agradó á Pelopo por sus artificiales colores, y á la hija del rio Eveno, que tenia su beldad por único adorno, cuando Apolo é Ida llegaron á ser rivales por ella.

Obtuvo el valimiento de Augusto y de Mecenas, á quienes tributó inciensos, al paso que Tíbulo no solicitó sus favores. Poseedor de riquezas y hábil en disfrutarlas (19), vivia el amante de Delia pacíficamente en su casa de campo, celebrando en su estilo elegante á Mesala Corvino, á quien habia acompañado en sus espediciones.

Ovidio, n. 43.— Adviértense en Ovidio Nason más brillantez, más númen y más delicados rasgos que en los poetas ya citados. Nacido en Sulmona, de una familia ecuestre, es Ovidio el poeta más fácil de comprender por la naturalidad de sus ideas, la limpieza de la espresion, el brillo que caracteriza su diccion y sus pensamientos. Mas no supo unir á esto el cuidado tan penoso como necesario de retocar sus obras: él mismo se acusaba de este defecto de que no pudo corregirse (20). Por eso en medio de su estremada facilidad de improvisador, se busca vanamente la esquisita elegancia de Tíbulo y el grave tono de Propercio. Se repite á menudo y se pierde en enojosos detalles (21). Hasta viola á veces las reglas de la gramática (22), y sorprende que diste tanto de la correccion, de la variedad, del encanto de Virgilio, á quien conoció sobradamente (23). Los asuntos que trata son más bien del dominio de la erudicion y de la teologia que de la poesia, esceptuando sus elegias á pesar de todo. Siempre le faltó un fin elevado, y aunque vivió en tiempo de Augusto, se le cuenta entre los escritores de la decadencia. Ahí están sus obras para dar testimonio de que el favor imperial no es capaz de crear un buen poeta, y de que hasta es impotente para conservar el gusto (24). Pero queria ante todo ser leido, y á trueque de alcanzarlo con sus defectos, lo demás le importaba muy poco (25)

Ajeno á la *ambicion inquieta*, aunque su distinguida cuna le allanara el sendero de los honores, prefirió á todo una vida de placeres. No menos bien acogido primero en la córte que posteriormente en la compañia de libertinos, fué desterrado de repente á Tomas (8 de C.) (26), destierro suavizado, sin confiscacion de bienes, no impuesto por el Senado, sino por el padre de la patria, por el amigo de los hombres de letras, sin proceso, sin enunciacion de motivos. Murmuró el pueblo en voz baja

---

(19) Horacio, Ep. 4, 1.

(20) Non eadem ratio est sentire et demere morbos...
Sæpe aliquod verbum cupiens mutare, relinquo,
Judicium vires destituuntque meum.
Sæpe piget (quid enim dubitem tibi vera fateri?)
Corrigere, et longi ferre laboris onus...
Corrigere at refert tanto magis ardua, quanto
Magnus Aristarcho major Homerus erat.
De Ponto, III, 9.

(21) Os homini sublime dedit, cælumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus...
Met., I, 85.
. ...Polumque
Effugito australem, junctamque aquilonibus arcton.
II, 231.

A cada paso se encuentran repeticiones de esta especie. Júpiter llega á alojarse á casa de Baucis y Filemon; el anciano prepara la comida:

Furca levat ille bicorni
Sordida terga suis, nigro pendentia tigno;
Servatoque diu resecat de tergore partem
Exiguam, sectamque domat ferventibus undis
..... Mensæ sed erat pes tertius impar;
Testa parem fecit: quæ postquam subdita clivum
Sustulit, etc.
VIII, 630.

Esos minuciosos detalles de la escuela flamenca son los que afean frecuentemente los más bellos cuadros de Ovidio: á propósito del diluvio, dice al principio:

Expatiata ruunt per apertos flumino campos,
....pressæque labant sub gurgite turres;
Omnia pontus erat, deerant quoque litora ponto.

Luego cae en inútiles particularidades y por lo mismo dañosas al efecto, como la siguiente:

Nat lupus inter oves, fulvos vehit unda leones.

(22) Se censura á sí propio en este verso:
Tum didici getice sarmaticeque loqui.
No pudiendo intercalar *mori* en un verso, dice:
Ad strepitum, mortemque timens, cupidusque moriri.
Met., XIV, 215.
En otro lugar se espresa de este modo:
Denique quisquis erat castris jugulatus achivis,
Frigidius glacie pectus amantis erat.
Complácese frecuentemente en juegos de palabras.
In precio precium nunc est...
Cedere jussit aquam, jussa recessit aqua...
Speque timor dubia, spesque timore cadit...
Quæ bos ex homine est, ex bove facta dea...
Semibovemque virum, semivirumque bovem
Y la descripcion del caos, sea dicho con perdon de sus admiradores, no es sustancialmente más que un juego de palabras.

(23) Virgilium vidi tantum.

(24) He aquí el juicio que emite sobre muchos poetas anteriores:
Dum fallax servus, durus pater, improba lena
Vivent, dum meretrix blanda, Menandros erit.
Ennius arte carens, animosique Ennius oris,
Casurum nullo tempore nomen habent.
Varronem primamque ratem quæ nesciat ætas,
¿Aureaque Æsonio terga petita duci?
Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti
Exitio terris cum dabit una dies.
Tityrus et fruges, Æneiaque arma legentur,
Roma triumphati dum caput orbis erit.
Donec erunt ignes, arcusque Cupidinis arma,
Discentur numeri, culte Tibulle, tui.
Gallus et Hesperiis, et Gallus notus Eois,
Et sua cum Gallo nota Lycoris erit.
Am., I, 15.

(25) Dumodos sic placeam, dum toto canar in orbe,
Quod volet, impugnent unus et alter opus.
Rem. am., 363.

(26) La elegia en que describe su partida revela un dolor verdadero.

de la ausencia de su poeta; mas no osó investigar los motivos del decreto, y en breve olvidó con los gemidos de la víctima la ilegalidad del castigo.

Han discutido largamente los eruditos, como si se tratara de un interés de la humanidad, para averiguar porque falta murió Ovidio en la desgracia de Augusto. Uno pretende que se hizo cómplice de la conducta de Julia; otro que fué testigo de las intimidades de su padre con ella y no supo callarlo: algunos piensan que llegó á desagradar á Augusto la licencia de sus versos (27). Todos estos motivos son insuficientes, y el último más que ninguno; aun cuando él mismo acusa á sus versos de su infortunio, y se reconviene por no haber sabido guardar silencio (28). Es un hecho constante que á pesar de las cartas llenas de lamentos y súplicas que no dejó de dirigir á Augusto y luego á Tiberio, quedaron sus huesos en estraña tierra, donde ni aun siquiera realizó su deseo, repetido en sus poesias críticas muchas veces, de espirar en medio de las proezas del amor (29).

Propúsose en sus *Metamórfosis*, poema de doce mil exámetros, cantar las alteraciones de las formas atribuidas á los dioses y á los hombres, desenlace harto uniforme de todos los episodios; cualquiera que sea la variedad de las circunstancias. Por otra parte no supo enlazar de otro modo que por el órden de sucesion las doscientas cuarenta y seis fábulas reunidas en esta obra, y eso con ayuda de combinaciones y de transiciones poco naturales. Vanamente, pues, se buscará en ellas la *sencillez y la unidad* exigidas por Horacio. Y como tomó todas aquellas aventuras de los poemas y dramas, tanto antiguos como contemporáneos, ni aun siquiera le queda el mérito de la invencion (30). Solamente el episodio de Píramo y Tisbe no se encuentra en autor alguno, y si le ha inventado, bastaria á acreditarle de poeta (31).

En los *Fastos* dá á conocer el calendario (32) y el orígen de las fiestas romanas, siguiendo el ejemplo ya dado por otros en Alejandria y por Propercio y Aulo Sabino en Roma. Mas no revela á la memoria nada sublime ni oculto: deja dominar demasiado la leyenda y la mentira, consagradas por los sacerdotes y por el vulgo, sin disfrazar siquiera que ni él ni los demás creen en nada. Como los dioses y la religion eran en su tiempo viejos oropeles, en vez de tomarlos en sério, hizo lo que Ariosto, que tiene con él tantos puntos de semejanza, con la caballeria, un asunto de broma. Por lo demás, las tablas astronómicas de Meton, de Eudoxio y de otros griegos, calculadas todas por el horizonte de Alejandria, le sirvieron de forma, y de aquí resulta que indica á menudo falsamente la salida y puesta de los astros.

En sus *Eróidas*, cartas que supone escritas por personajes de la antigüedad, no supo revestir el sentimiento de la época, ni adivinar el sentimiento de las antiguas edades: agréguese á esto que la erudicion sofoca allí toda inspiracion afectuosa. Sus elegias amorosas están dictadas por el sentimiento que produjo las de los demás poetas eróticos: son un diario de sus galantes aventuras, distinguiéndose de los precedentes en su ligero y festivo tono, sustituido á las insulseces lloronas de sus cofrades. Es verdad que no cita nombres propios descaradamente como Cátulo, Marcial y Horacio; que no hace alarde como ellos de infamias contra la naturaleza; pero lo selecto de las palabras no impide que sea el más obsceno de todos los poetas latinos, é inspiran desagrado las brutales proezas de que se jacta. Sus *Tristes* y sus *Pónticas*, continuos lamentos por su patria y por sus amigos ausentes, tienen algo de muelle y de afeminado. Es la espresion de un dolor sin fin ni dignidad, que no sabiendo resignarse, erige altares y quema inciensos en obsequio del perseguidor. Solo en lo más superficial encuentra recuerdos, y á fuerza de prorumpir en lágrimas pone estorbo á lo verdaderamente patético.

---

(27) Se presume asimismo que tenia conocimiento sin querer, de un secreto de Estado, relativo al jóven Agripa, heredero natural de Augusto.

(28) Perdiderint cum me duo crimina, carmen et error,
Alterius facti culpa silenda mihi.....
Vive tibi et longe nomina magna fuge
Hæc ego si monitor monitus prius ipse fuissem
In qua debebam forsitan urbe forem.....
Inscia quod crimen viderunt lumina plector,
Peccatumque oculos est habuisse meum.....
Cuique ego narrabam, secreti quidquid habebam,
Excepto quod me perdidit unus erat.....
Cur aliquid vidi? cur noxia lumina feci?
Cur imprudenti cognita culpa mihi?
Inscius Acteon vidit sine veste Dianam,
Præda fuit canibus non minus ille suis

(29) Félix quem Veneris certamina mutua perdunt!
Di faciant leti causa sit ista mei!...
At mihi contingant Veneris languescere motu:
Cum moriar, medium solvar et inter opus.
Am., II, 10.

(30) Muchos escritores han compuesto μεταμορφώσεις, ἑτεροιώσεις, ἀλλοίωσεις, como Corina, Calístenes, Antígono, Didímaco, Nicandro, Partenio: y se cree que Ovidio sacó las suyas de los dos últimos.

(31) ¿Quién creeria que un poema tan prolijo como las *Metamórfosis* pudiera hallar un traductor que fuera capaz de desleirlo más todavia y con buen éxito? Esto se ha verificado no obstante en Italia, en que se han hecho en el discurso de un siglo treinta ediciones de la traduccion de Anguillara.

(32) Cuando Apio Claudio hizo público el calendario se grabó en piedra ó en bronce, y se colocó, tanto en Roma como en los municipios, en los edificios públicos y en las casas particulares. Indicaba los dias fastos y nefastos, las fiestas religiosas, los aniversarios de la dedicacion de los templos, y los hechos más notables de la república. Grævio imprimió uno, en que tambien están señalados los trabajos de cada uno de los meses. Por ejemplo: —*Mensis Januar. —Dies XXXI.—Non Quint.—Dies hor. IX.—Nox hor. XIV.—Sol Capricornio.—Tutela Junonis.—Palus aquitur.—Salix harundoœ ditur.—Sacrificant diis penatibus.*

Esos melancólicos cantos carecen de interés para la historia, si se esceptua la descripcion del pais donde está desterrado, tierra bárbara é infortunada, en su concepto (33), siendo no obstante, uno de los lugares más risueños de la Bulgaria, junto á un brazo del mar Negro. Su *Arte de Amar*, que pudiera haber titulado *Arte de seducir*, con más acierto, es una pintura de costumbres mucho mejor que todas las obras precedentes. Muéstrase como de ordinario, verboso y abundante hasta el esceso, empleando hasta mil versos para pintar á aquella á quien puede decirse: *Sola tú me agradas* (34), como si esta eleccion fuera cosa de cálculo. Rondar las calles, hacer arrumacos en las plazas, comparar entre sí rubias y morenas, pasar en Baya la estacion de los baños, ganar especialmente á las acompañantes á costa de oro y de caricias, insinuarse en el valimiento del marido, insistir sin hacerse fastidioso ni desalentarse por las repulsas, mostrarse sufrido, habérselas con un rival que no existe, saber especialmente ser callado, é imaginar no haber incurrido en falta siempre que la falta pueda negarse (35): tales son los recursos que enseña este ingenioso intérprete de la corrupcion de su siglo; de un siglo en que podia tratar de tonto al marido que pretendia tener mujer casta dentro de una ciudad cuyos fundadores debieron la luz á una violacion (36).

Frecuente todo el que vaya en pos de amores los bosquecillos de Pompeyo ó los pórticos de Livia y las fiestas melancólicas de Adonis y los sábados del judío; pero asista sobre todo á los teatros y á los circos, donde corre una encantadora muchedumbre de mujeres para ver y ser vistas con grave peligro de la castidad (37). Aplauda allí á los caballos, á los actores preferidos por aquella á quien ama, sacuda de su seno el más leve grano de polvo, aunque no lo tenga, sacúdalo siempre, y no desperdicie ocasion de prestarle servicios, como arreglar su cogin y sostener su manto si arrastra:

(33) Styx quoque, si quid ea est, bene commutabitur Istro,
Siquid et inferius, quam Styge, mundus habet.

(34) Elige cui dicas, tu mihi sola places.

(35) Fertilior seges est alienis semper in agris..
Quod refugit multæ cupiunt, odere quod instat...
Palleat omnis amans, color est hic aptus amanti...
Non peccat quæcumque potest peccasse negare...

(36) Rusticus est nimium quem lædit adultera conjux,
Et notos mores non satis urbis habet,
In qua Martigenæ non sunt sine crimine nati
Romulus iliades, iliadesque Remus.
Am., III, 4.

(37) Sed tu præcipue curvis venare theatris,
Hæc loca sunt votis fertiliorá tuis.
Illic invenies quod ames, quod ludere posis,
Quodque semel tangas, quodque tenere velis.
Sic ruit in celebres cultissima fœmina ludos,
Copia judicium sæpe morata meum.
Spectatu veniunt, veniunt spectentur ut ipsæ:
Ille locus casti damna pudoris habet.

no permita que detrás de ella nadie la estreche con la rodilla, ni le haga aire, ni apueste sobre las victorias. Estas niñadas, á que se atienen los espíritus mezquinos, se recomiendan allí sériamente.

Tambien enseña el poeta á las mujeres á cautivar á sus amantes. Cada tiempo, cada lugar requiere un especial tocado: hasta la risa tiene sus límites determinados: deben ostentar siempre humor festivo y dejando las querellas á las esposas (38); pero la licencia del cantor de los amores y la de la sociedad, para quien escribia, se revelan suficientemente cuando les propone por modelo á Pasifae, prendaba de amor por el toro cretense.

No debe causar estrañeza si con tales mujeres estriba el mejor modo de agradar en los regalos; si piensa que el que puede dar no necesita de otros talentos (39); se les enseña á sacar de su amante el mayor provecho posible, á exigirles dones si es rico, á recomendarles clientes si es magistrado, á confiarle causas si es jurisconsulto, á contentarse con versos si es poeta. Pero las que iban de este modo en busca de regalos, solian ser chasqueadas por un elegante petardista: y el profesor de galantería les advierte que no caigan en las redes de una cabellera bien peinada, de una toga de fina tela y de numerosos anillos, atendido á que suele ser más rapaz aquel que va mejor adornado y corteja con preferencia las galas y las joyas (40). Lo cual hace que se oiga gritar á más de una:—¡A ese ladron!

Estos son de seguro estraños amores y preceptos todavia más estraños.

Fedro, n. 30.—Fedro, que se dice nacido en Macedonia y se titula liberto de Augusto, deseoso de crearse una reputacion y hallando ya imitados ó traducidos todos los asuntos de la literatura griega (41), adoptó el partido de traducir las fábulas de Esopo. Consiste su mérito en un estilo puro, sembrado á trechos de alusiones que le valieron ser perseguido por Tiberio: á pesar de todo carece de invencion, de flexibilidad y de estro (42).

Babrio.—Parece Babrio anterior á Fedro. Redujo á diez libros las fábulas de Esopo, pero los sucesi-

(38) Lis decet uxores; dos est uxoria lites.

(39) Non ego divitibus venio præceptor amoris
Nil opus est illi, qui dabit, arte mea.

(40) Sunt qui mendaci specie grassentur amoris,
Perque aditus tales lucra pudenda petant.
Nec coma vos fallat liquido nitidissima nardo,
Nec brevis in rugas cingula pressa suas;
Nec toga decipiat filo tenuissima, nec si
Annulus in digitis alter et alter erit:
Forsitan ex horum numero cultissimus ille
Fur sit, ut matur vestis amare tuæ.
Ars. am., III, 441.

(41) Quoniam occuparat alter ne primus forem,
Ne solus esset, studui, quod super fuit.

(42) Algunos creen que Fedro, cuyo nombre no cita ningun escritor antiguo, á escepcion de Marcial, jamás ha existido, y que sus fábulas son una obra apócrifa. Solo se descubrió el manuscrito en 1562, siendo entrado á saco un convento de Alemania. La primera edicion es de 1596.

vos copistas, incapaces de comprender y sentir la elegancia de sus versos, lo copiaron en prosa, sobre la cual se esforzaron en balde los modernos para versificarlas.

Léese poco el *Cinegético* de Gracio Falisco: acontece lo propio con los libros astronómicos de Manilio. Este último, aunque hallara estrechez entre la severidad del asunto y las exigencias de los versos (43), no vaciló á pesar de ello (44); pero rara vez compensa con lo agradable del estilo la aridez del precepto, dado que alguna vez lo consiga.

Teatro.—Poco tenemos que añadir á lo dicho del teatro en la época precedente. Casi se abandonaron totalmente las composiciones regulares (45) para ceder el puesto á pantomimas, mezcladas con bailes y trozos de poesia dramática: ninguna de estas piezas ofrecia una accion completa, sino escenas sueltas, en las que se ponia en ridículo un carácter plebeyo en diferentes situaciones. No suministraba el poeta al actor mas que el tema, dejándole que improvisara gestos y palabras: el autor era tambien actor muchas veces. Afectábase en estas piezas el uso del lenguaje vulgar y de concisiones incorrectas, lo cual hacia que el pueblo, reconociéndose á sí propio, las oyera con estremado gusto. Laberio y Sirio fueron los mímicos más famosos. Ya hemos hablado del primero; quédannos del otro, enumerado entre los más hábiles de su arte, ochocientas cuarenta y dos sentencias morales, siendo costumbre preparar de antemano gran número de ellas para usarlas en ocasion oportuna. Cneo Mattio, amigo de César y de Ciceron, escribió asimismo *mimiambos* muy estimados, independientemente de una Iliada.

Si los romanos fueron muy inferiores á los griegos en el drama, les superaron considerablemente en la declamacion, si hemos de prestar asenso al tono de admiracion con que hablan de Esopo y de Roscio. Sin embargo, eran generalmente esclavos ó libertos, que tenian que sujetarse á pronunciar bien el latin á fuerza de estudio. Sabemos además que los teatros romanos eran sumamente espaciosos, lo cual obligaba al actor á esforzar la voz para ser oido por ochenta mil espectadores. Desempeñaban los papeles de mujer los hombres, y como todos representaban cubriéndose con una máscara el rostro, no puede esplicarse el efecto que producian segun el dicho de Ciceron y de Quintiliano.

Esopo y Roscio acostumbraban á asistir al foro siempre que se debatia allí algun negocio de interés sumo, á fin de observar los movimientos del orador, del acusado y de los asistentes. Tanto dinero ganó el primero de ambos que, á pesar de ser espléndido hasta el esceso, dejó á su hijo veinte millones de sextercios (46). Ciceron tomó lecciones de Roscio, que fué posteriormente amigo suyo; y ambos se desafiaban sobre quien espresaria mejor un pensamiento dado, uno con la palabra y otro con el gesto. Recibia anualmente quinientos grandes sextercios, es decir 100,000 francos. Nada hay, pues, de nuevo en las profusiones modernas.

Se han perdido las obras de muchos poetas latinos. Solo conocemos de nombre las comedias de Fundonio, las tragedias de Polion y de Vario, las epopeyas de este, de Rabirio, de Cornelio Severo, de Ciceron, de Pedus Albinovano, los poemas dialécticos de Marco, los versos de Julio Calido, reputado como el poeta más elegante después de Cátulo (47). Cornelio Galo, confidente de Virgilio lidió contra Antonio y fué investido con el gobierno de Egipto; pero cayó en desgracia y se dió muerte. Dedicóle Partenio de Nicea el libro griego de las *Pasiones amorosas*, coleccion de aventuras trágicas sacadas de diversos autores. Este Partenio que fué maestro de Virgilio, escribió tambien metamórfosis que sugirieron á Ovidio la idea de las suyas, y un poema de que es imitacion el *Moretum* de Virgilio (48).

Por las obras que nos quedan, podemos juzgar las que han perecido. Nos dan á conocer que una literatura de imitacion y de tradicion era la dominante en Roma, ejercitándose todos los talentos en los mismos asuntos, y casi en los mismos sentimientos. Una vez reducida al silencio la elocuencia, se hace la poesia instrumento de la corrupcion para tener derecho de sobrevivirle: adula la opinion pública, con el encanto de una suave armonia habitua á oir las alabanzas del venturoso advenedizo, que proteje por interés á sus aduladores, á pesar de que le causan fastidio: les concede insignificantes honores, les admite á su mesa, les dirige una sonrisa en sus antesalas, les permite ser aplaudidos en las escuelas y en el teatro. Aunque en todos los autores esté tomada de los griegos la contestura de los versos, se percibe allí una sociedad impregnada en los vicios de todo el mundo conquistado por ella, abrumado por las guerras civiles, arrullado por un elegante despotismo, indiferente á los intereses públicos y á los severos deberes, ávido de reposo, para entregarse en el seno de los goces del lujo, á los apetitos sensuales y á la embriaguez de las pasiones. Esméranse los poetas en cubrir las iniquidades pasadas con un barniz brillante, en escusar y aun justificar la injusticia, en

---

(43) .....Duplici circumdatus æstu
Carminis et rerum.

(44) Omne genue rerum doctæ cecinere sorores:
Omnis ad accessus Heliconis semita trita est,
Et jam confusi manent de fontibus amnes,
Nec capiunt haustum, turbamque ad nota ruentem.
Integra quæremus rorantes prata per herbas.

(45) Lange (*Vindiciæ tragœdiæ romanæ*. Leipzig, 1822) ha contado cuarenta autores trágicos romanos. No se investigue, pues, la causa de que los romanos no hayan tenido tragedias.

(46) Plinio, *Hist. nat.*, X, 72.

(47) *Vida de Atico.*

(48) Así se lee en el manuscrito del *Moretum*, que existe en la Biblioteca Ambrosiana.

estraviar o pervertir la opinion. Nadie se atreverá á encomiar al que caiga en desgracia del soberano: si espanta al pueblo la aparicion de un cometa, los poetas proclamarán que es la estrella de Julio César (49); si tiene miedo Augusto, repetirán que es necesario que viva y se eleve lo más tarde posible á los merecidos honores del Olimpo; encomiarán (cosa estraña sin ser rara) la felicidad de su tiempo, cuando los historiadores concuerdan en deplorar la decadencia de todas las virtudes cívicas.

Por lo demás, estos poetas no necesitan esforzarse en mostrar constancia en opiniones meditadas y concienzudas: son libres de pasar de una escuela á otra, y de desflorarlo todo sin profundizar nada; pero importa que se consagren especialmente á imbuir la idea de que gozar de la vida es el colmo del saber humano. Sus exhortaciones serán de suma eficacia, porque emplearán en justa medida locuciones nacionales y extranjeras, uniendo á esto la correccion de las formas y la delicadeza del gusto, que habian de de tardar muy poco en perderse.

Horacio, n. 66.—Esta direccion viciosa se descubre hasta en los dos poetas latinos más insignes, Virgilio y Horacio. De los escritos de Quinto Horacio Flacco, se podria sacar la historia de su vida. Nació en Venusa de un padre liberto, que, aunque recaudador de impuestos, hizo que le educaran esmeradamente con el producto de su *pequeño campo*. Envióle á Roma á estudiar como los hijos de los caballeros y de los patricios, dándole vestidos y criados á fin de que no hiciera mal papel al lado de sus compañeros. Siendo Horacio soldado nombrósele para el mando de una legion en calidad de tribuno militar á la edad de veinte y tres años solamente (50). Hallábase en las filas de los republicanos; pero, poco idóneo para el oficio de guerrero y para el de Tirteo, arrojó su espada en la jornada de Filipos. Durante la tempestad habia perdido Horacio la modesta herencia de su padre (51): solo le quedaban las letras. Virgilio y Varo le introdujeron cerca de Mecenas (52), quien acordándose de la amistad del recien llegado con Bruto, le acogió con frialdad al principio; pero cuando pudo comprender toda la estension de su talento, le otorgó su intimidad con afectuosos modales y le presentó á Augusto. Fué gratificado el poeta epicúreo con un dominio en las colinas de Tivoli que hubiera bastado para la subsistencia de cinco familias (53). Alli disfrutaba tranquilamente de la vida, pensando solo en saborear dulzuras, tan desprovisto de ambicion y odiando de tal manera toda especie de sujecion, que no quiso ser secretario de Augusto; mas no pudo rehusar alabanzas á quien le trataba con tal benevolencia: hízose, pues, el poeta de la corte, y su musa tuvo cantares para todas las circunstancias.

Quizá no hay en lengua alguna un poeta tan variado como Horacio. Diciendo que Simónides es melancólico, de Tirteo que es belicoso, de Píndaro que se remonta con atrevido vuelo, de Arquílocuo que es mordaz; atribuyendo á Anacreonte la perfeccion en las pinturas voluptuosas, á Safo la delicadeza, á Ovidio la facilidad y la abundancia, define la clase de talento de cada uno de ellos; pero Horacio reunió todas estas cualidades; y lo que le distingue de todos los demás líricos, es que junta al genio el gusto más esquisito. El uno le empuja á tomar raudo vuelo, el otro jamás le permite traspasar límites tan indeterminados y sin embargo tan absolutos, habiendo falta más allá y más acá de ellos. Siempre fiel á estos dos guias pasa en su lira de un tono á otro y recorre todos los matices del sentimiento (54). Tan pronto corteja á Cloe, doncella de Tracia, á despecho de la romana Lidia, é insulta los envejecidos encantos de Lice y los sortilegios poco temibles de Canidia, como encomia la suave mediania de Licinio ó entona un himno á los dioses. Aquí clama contra el lujo de la Persia, contra el marfil y los dorados artesones y hace votos para que Tívoli brinde á su ancianidad reposo después de las fatigas de los campos: luego con la misma facilidad reflexiva gime acerca

---

(49) Micat inter omnes Julium sidus. HORACIO.

(50) Quod mihi pareret legio romana tribuno.
Sat. I, 4.

(51) . . . . . Inopemque paterni
Et laris et fundi. Paupertas impulit audax
Ut versus facerem.
Ep. II, 2

(52) Un poeta de una época posterior, y cuyos versos han sido colocados en los *Analecta* de Virgilio, entona las alabanzas de Mecenas en un panegírico dirigido á Pison: allí entre otras cosas se lee lo que sigue:

Ipse per ausonias æneia carmina gentes
Qui sonat, ingenti qui nomine pulsat Olympum,
Mæoniumque senem romano provocat ore,
Forsitan illius nemoris latuisset in umbra
Quod canit, et sterili tantum cantasset avena
Ignotus populis, si Mæcenate careret.
Qui tamen haud uni patefecit limina vati,
Nec sua Virgilio permisit numina soli.
Mæcenas tragico quattentem pulpita gestu
Erexit Varium, Mæcenas alta Thoantis
Eruit, et populis ostendit nomina Grais.
Carmina romanis etiam resonantia chordis,
Ausoniamque chelym gracilis patefecit Horati.
O decus, et toto merito venerabilis ævo
Pierii tutela chori, quo præside tuti
Non unquam vates inopi timuere senectæ.

En vez de Thoantis ¿Por qué no se lee Thyestis, titulo de la tragedia de Vario, de la cual Quintiliano dice: «cuilibet Græcorum comparari potest?» *Inst. or.*, X, 1.

(53) Epístola XIV, lib. I, v. 3.

(54) Nullius addicti jurare in verba magistri,
Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes.
Nunc agilis fio et merror civilibus undis,
Virtutis veræ custos, rigidusque satelles;
Nunc in Aristippi furtim præcepta relabor,
Et mihi res, non me rebus, submittere conor.

de la renovacion de las guerras civiles y rasga el velo que cubre los misterios de la política. Le acaece describir una vez con tanto entusiasmo la ventura de la vida campestre que se le creeria próximo á abandonar la ciudad, y por último dos versos vienen á desengañaros y á enseñaros que todo aquel risueño cuadro es pura ironia (55).

Repite á Mecenas, su protector y su gloria, que no sabria vivir sin él y que con él quiere morir. Pero su genio le dice que se ha erigido un monumento más duradero que el bronce: se mofa de su escudo arrojado en los campos de Filipos y se califica de cerdo de los jardines de Epicuro, si bien al mismo tiempo recomienda que se habitue á la juventud romana á sufrir la dura pobreza. Quiere que haga temblar á la consorte del tirano, cuando se lanza enmedio de los enemigos como el leon á través de un rebaño de ovejas. Se guarda muy bien de elogiar á Ciceron, sabiendo que sus palabras son pesadas para Augusto. Exhorta á los Ofelios, reducidos á la condicion de arrrendatarios, por haberles despojado de su propiedad las liberalidades del triunviro, y que opongan un alma fuerte á la adversa fortuna (56). Trata de loco al gran jusrisconsulto Labeon (57), porque no ha humillado la cerviz delante del emperador. Mientras Casio de Parma goza de favor, le califica de gran poeta, y le pone en ridículo luego que cae en desgracia. Júzguese acerca de si estos lunares están compensados con las alabanzas concedidas en momentos de impetuoso arranque á las virtudes de Régulo y de Caton, á los que sacrificaron generosamente su vida por la patria; y ni un verso dedica á los pueblos víctimas del delirio de los reyes. Esos accesos de entusiasmo nos inducirian á pensar que Horacio se abandonó á la musa lírica solo para no verse arrastrado á entonar cantos épicos. De seguro demuestra muchas más disposiciones para la epopeya que ningun otro poeta latino; pero aquella carrera le estaba vedada por el olvido en que el siglo de oro queria sofocar los grandes recuerdos de los siglos anteriores.

En todo imitó y aun frecuentemente tradujo á los griegos; lo cual, repetimos, no era un defecto á los ojos de los romanos. Dice en alguna parte que intentar rivalizar con Píndaro, equivale á empeñarse en renovar el vuelo de Icaro con alas de cera. En efecto, dígase lo que se quiera, no se halla en nuestro concepto, al nivel suyo, pues aun cuande se sienta uno más deslumbrado que conmovido por los acentos del poeta griego, su oda se reviste siempre con cierto carácter social, aunque tenga por objeto ensalzar á un individuo: al revés Horacio se atiene generalmente á la personalidad de los afectos y de las sensaciones.

Satíricos.— Es más original su giro en sus *Epístolas* y en sus *Sátiras*. Tomando en éstas la medida libre y el tono familiar de Lucilio, se acreditó de maestro en el arte de hacer trabajosamente fáciles versos. La sátira es verdaderamente la poesia de los tiempos de revoluciones, porque ayuda á destruir ó á reformar. Si se asocia á la elegia raya en el más alto punto de la poesia social, si no se contenta con reir y con instruir deleitando. Horacio adoptó este último partido, pues frecuentando la sociedad se descubren sus ridiculeces: solo la vida solitaria es la que revela sus vicios. Estos eran sin duda numerosísimos en Roma, pero la prosperidad pública tendia un brillante velo sobre la depravacion general, y aun habia medio de sonreirse de lo que en tiempo de Juvenal solamente podia inducir á blasfemar de todo hombre honrado. Además, las monarquias propenden á propagar

---

(55) Seria imposible apetecer un trabajo más acabado sobre Horacio que el de WALCKENAER, *Vida y poesias de Horacio*. Paris, 1840. Esta es la cronologia que da de las obras de ese autor:

Año de Roma		
713	24	Sat. I, 7
714	25	Sat. I, 2; Epod. 16, 15, 8, 12.
715	26	Sat. I, 8: Ep. 5, 6, 10, 4, 2, 13, 17; Od. IV, 12.
716	27	Sat. I, 3; Ep. 3.
717	28	Sat. I, 5; Ep. 11; Od. I, 28.
718	29	Sat. I, 6, 2; Od. I, 10.
719	30	Sat. I, 1.
720	31	Sat. I, 9; Od. I, 5; III, 10.
721	32	Sat. II, 3; Ep. 14.
722	33	Ep. 7; Od. I, 7; II, 1.
723	34	Ep. I, 9; Od. I, 14, 15.
724	35	Sat. I, 4, 10; II, 6, 8, 4; Od. I, 37, 9, 11, 22; II, 5, 8.
725	36	Sat. II, 7, 5; Od. I, 27, 28; II, 3; Epist. I, 11.
726	37	Sat. II, 1; Od. I, 31, 18; II, 15, 12; III, 25, 6, 12, 24.
727	38	Od. I, 38, 17, 8, 35, 16, 6; III, 21; Epist. 2.
728	39	Od. I, 13, 33; II, 4; Epist. I, 4.
729	40	Od. I, 29, 23; III, 14.
730	41	Od. I, 36, 24, 32, 34; II, 18; III, 9; Epist. I, 6.
731	42	Od. I, 26, 12, 30, 19; II, 14, 2, 10; III, 17, 19, 13; Epist. I, 15, 7, 9.
732	43	Od. I, 2, 4, 21; II, 16; III, 16, 28; Epist. I, 14.
733	44	Od. I, 25; II, 17, 13; III, 18, 22, 23, 27, 7, 26, 29, 2, 3, 11; Ep. I, 20, 5.
734	45	Od. I, 19; II, 11, 9; III, 5, 8; Epist. I, 3, 8, 12, 18, 17.
735	46	Od. I, 3, 20, 1; II, 19, 20; III, 4, 15; IV, 13.
736	47	Od. III, 1, 30; Ep. I, 13.
737	48	Od. IV, 6, *Carmen seculare*, Epist. I, 10.
738	49	Od. IV, 7, 11, 9; Ep. I, 16.
739	50	Od. IV, 1, 10, 4; Ep. I, 19, 1.
740	51	Od. IV, 5.
741	52	Od. IV, 2, 14.
742	53	Od. IV, 3.
743	54	Od. IV, 8.
744	55	Od. IV, 15; Ep. II, 2.
745	56	Ep. II, 3. *Ars poetica*.

(56) . . . . . Vivite parvo
Fortiaque adversis opponite pectora rebus.

(57) «Labeone insanior.» Sat. I, 3.

cierto espíritu de moderacion; y como Augusto lo infundia elogiando las antiguas costumbres á la par que adoptaba las modernas, le secundó Horacio arañando sin ahondar la herida, describiendo más bien que criticando, y colocándose á sí propio en primera línea entre los pecadores.

Sin embargo, al dibujar el lado ridículo y vergonzoso de la sociedad, no deja de asestar sus tiros contra el vicio, aunque sin manifestar que le horroriza; exhorta á la virtud sin enamorarse de ella fervorosamente; censura la omnipotencia atribuida al dinero (58), pero hace la corte á los que lo tienen, y demanda banquetes y donativos, se crea una moral que, sin ser pura, es enemiga de los escesos, y con arreglo á ella propone disfrutar una existencia holgada, acomodar sus deseos á los medios que haya para satisfacerlos, vivir contento de sí propio y jovial con los demás. Elogia de buen grado á Virgilio y á Tibulo, y hasta á Valgio y á Vario (59), como él poetas; y robusto y envuelto en carnes, con la tez sonrosada, aseado en su persona, se abandona alegremente á los deleites sin curarse de lo venidero. Tan distante del estoicismo desolador de Persio como del humor atrabiliario de Juvenal, y del cinismo en que hacen consistir ciertos hombres la fuerza de la sátira, nunca se aparta de ese fino tacto, de esa propiedad de espresion, que solo se puede adquirir en la conversacion y en las grandes ciudades. Siempre la mediania en el bien y en el mal es el patrimonio del mayor número; á esto se debe que sus retratos de costumbres conserven enteramente el mérito de la semejanza, y que hallemos sus originales en los que nos rodean cotidianamente.

Una de sus más notables obras por la autoridad que le han atribuido algunos, es su epístola á los Pisones, impropiamente intitulada *Arte poético;* hay en efecto didáctica en la esencia, pero es puramente epistolar la forma, y está mezclada con episodios satíricos: allí se asocia armoniosamente una causticidad festiva á la familiaridad del discurso, el arte al precepto. Con la libre unidad adecuada á la epístola, platica el poeta de diversos puntos de literatura y especialmente de la parte dramática. Al paso que parece que con arbitrarias reglas pone trabas al génio, propende á emanciparle del miedo á los pedantes que pretendian entonces circunscribir la lengua á los límites de una época, y limitarla á los ejemplos suministrados por ciertos autores, en vez de reconocer el uso por soberano maestro (60). A los ojos de los pedantes era tambien un delincuente sacrilegio tanto el no respetar á los antiguos como hacer justicia á aquellos cuyo renombre aun no habia consagrado la muerte (61), y segun ellos la decision de un crítico charlatan y petulante valia más que el fallo modesto del corto número de esclarecidos varones.

Virgilio, n. 70.—Publio Virgilio Maron, nacido cerca de Mantua, fué educado en Cremona y en Milan. Presentóse en Roma á reclamar el pequeño dominio paternal en la época en que los soldados de Augusto se distribuyeron las tierras que les habia abandonado. Bien acogido por el triunviro, le consideró como á un dios y recibió sus favores (62). Sencillo, elegante, amigo del arte y de la paz, parece como si hubiera nacido espresamente para ser el poeta de aquel tiempo. Conservando en medio de contínuas guerras el genio romano su primitivo sello, se habia complacido siempre en las cosas pastoriles. Entonces importaba distraer los ánimos de los recientes disturbios, llamándolos nuevamente á los placeres del campo, á la tranquilidad laboriosa de las ocupaciones rurales. Mecenas estrechó, pues, á Virgilio con instancia (63) para que reanimara en los romanos la aficion á la vida campestre, á ennoblecer á sus ojos la agricultura, y á hacer comprender á los legionarios que nada habia más honroso que soltar la espada por el arado. Compuso, pues, las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, obras maestras de gusto, de buen sentido y de estilo. Son el monumento más acabado de la literatura antigua, son la desesperacion de los que obstinándose en cultivar la poesia didáctica, triunfan sin gran trabajo de las aparentes dificultades

---

(58) Vilius argentum est auro, virtutibus aurum...
O cives, cives, quærenda pecunia primum est,
Virtus post nummos.
Omnis enim res,
Virtus, fama, decus, divina humanaque pulchris
Divitiis parent, quas qui construxerit, ille
Clarus erit, justus, fortis, sapiens etiam et rex,
Et quidquid volet...
Et genus, et virtus, nisi cum re, vilior alga est.

(59) Valgius æterno propior non alter Homero.
Varius, Virgiliusque
. . . . Animæ quales neque candidiores
Terra tulit, neque queis me sit conjunctior alter.

(60) . . . . . Usus
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

(61) Qui redit ad fastos, et virtutem æstimat annis,
Miraturque nihil, nisi quod Libitina sacravit.
. . . . Si tam Graiis novitas invisa fuisset
Quam nobis, quid nunc esset vetus? . . . .
Jam saliare carmen qui laudat . . .
Ingeniis non ille favet, plauditque sepultis
Nostra sed impugnat, nos nostraque lividus odit.

(62) Los antiguos autores que han escrito la vida de Virgilio, hacen subir sus riquezas á diez millones de sextercios (2.000,000 de pesetas). Sin creer nosotros que se elevaran precisamente á este guarismo, es lo cierto que el poeta se dejó remunerar ámpliamente y vivió en la opulencia; á lo cual alude Juvenal en la sátira VII, 69. Horacio se prevale de esta circunstancia para elogiar á Augusto (Ep. I, lib. II, 245):

At neque dedecorant tua de se judicia atque
Munera, quæ, multa dantis cum laude, tulerunt
Dilecti tibi Virgilius Variusque poetæ.

(63) Haud mollia jussa.
Accipe jussis
Carmina cæpta tuis.

si se les contempla aisladamente, aun cuando quedan en una enorme inferioridad en comparacion de Virgilio.

Acaso ningun poeta estuvo más profundamente iniciado en los artificios más fáciles del estilo, en el cual introdujo una variedad de espresion prodigiosa; una inagotable riqueza de ritmo. Al mismo tiempo que halaga el oido del lector, cuya atencion desdeñosa no quiere que se entibie un solo punto, no cuida de buscar efectos preparados ni tiene reparo en abandonar el tono natural para deslumbrar con el auxilio de la falsedad brillante. Se conoce en sus escritos al hombre que después de haber conversado en la elegante córte de Augusto, depura en la soledad lo que allí ha recogido y lo refina con un delicado sentimiento.

Desde el magestuoso giro de su exámetro hasta la eleccion de voces en que las vocales se equilibran con las consonantes, los sonidos suaves con las sílabas ásperas, todo propende á demostrar en sus obras que el pensamiento y la espresion han brotado simultáneamente. Conoce que su tarea no es inventar, sino hacer un poema completo. Comprende las bellezas de sus predecesores, y lejos de obstinarse en un deseo de originalidad que le aparte de ellos, los copia añadiendo alguno de aquellos finísimos rasgos que le son peculiares. Mejora con el estudio lo que debe á su instinto, elimina toda aspereza, toda inconveniencia, y adula con el más exquisito gusto al lector, enamorado de un poeta que consagra todo su esmero á producirle encanto.

Pero este anhelo de agradar que absorbe á Virgilio, no le hace olvidar jamás á su querida Roma, que desde su orígen humilde ha llegado á ser maravilla del mundo. Hasta los mismos pastores harán alusiones contínuas á las prosperidades de Roma, á las magnificencias de Augusto. Sus pastores son hombres de talento cultivado y de buen tono, que expresan sus propios sentimientos, pues no supo, á semejanza de Teócrito, hace olvidar la ficcion, variar los caractéres y encerrarse en los límites de la poesia pastoril (64).

Eneida.—Entretanto sus protectores le pedian una composicion más excelente, una obra que permitiera á Roma no envidiar ninguno de los tesoros de Grecia, una epopeya. Se necesita una disposicion de talento esencialmente distinta para leer las epopeyas primitivas y verdaderamente nacionales, como las de Homero, de Dante y de los Nibelungos, y los poemas que solo son fruto del estudio y del arte; pues estos no se hallan dictados como los otros por la necesidad de bosquejar una época de la civilizacion y de reunir todas las tradiciones populares: se emprenden con propósito deliberado, como la Jerusalen del Taso, que ignoraba si cantaria la primera ó la segunda cruzada.

La epopeya es la historia de las naciones que todavia carecen de crítica y de anales. Refinándose los pueblos pierden aquella sencilla creencia de la intervencion inmediata de los dioses, que representan un gran papel en las epopeyas primitivas: esplica la ciencia lo que tenia visos de misterio, y el arte llega á arrebatar á las habitudes familiares de la sociedad naciente toda su infantil gracia. Entonces deben suceder á la grandiosa epopeya de Homero los numerosos trabajos de erudicion que hemos visto ejecutados por la escuela de Alejandria; trabajos ricos de bellezas, regularmente concluidos, razonados en todas sus partes, si bien agenos á ese generoso desden de las reglas, á ese ímpetu magnánimo de los poemas populares y nacionales. Sustituyen á la fé ciega, la alegoria, la discusion, la curiosidad científica: bajo el imperio de los recuerdos líricos mezcla allí el poeta sus sentimientos personales, como sus recuerdos dramáticos le inducen á buscar las situaciones y las emociones de la tragedia.

Virgilio, que llegaba en pos de los imitadores y al tiempo de la mayor cultura literaria, no podia engendrar una epopeya natural, aun cuando le arrastrara á ella su genio. A fuerza de arte, de estudios y de conocimientos debia producir una que, en su armonioso conjunto, reuniera lo más perfecto que se habia engendrado hasta entonces.

Ya se habia hecho mucho de esto en Roma; pues si debe considerarse como un ensueño de erudicion la existencia de poemas nacionales primitivos, en que se hubieran personificado las ideas en tipos, como los siete reyes y los diferentes héroes hasta la batalla del lago Regilo, no cabe duda que Nevio y Ennio cantaron la primera guerra púnica el uno, y el otro la segunda y la de Etolia (65). Ya en su tiempo se escribia historia; no podia ser de consiguiente su epopeya más que la esposicion en verso de hechos humanos. Tampoco era dado emplear con fé los recursos épicos de Ennio, que traducia á Eveemero y á Epicarmo, quienes esplicaban la mitologia por símbolos y apoteósis. Con el objeto de adular la vanidad nacional se remontaron ambos poetas hasta el orígen de Roma, mas no cuadrando á la índole de su asunto estos accesorios épicos, debian producir una asociacion de ideas heterogéneas.

Posteriormente se consumaron grandes hechos, que semejaban brindar asuntos dignos de la epopeya; pero ya habia separado la crítica aquellos dos elementos, cuya reunion era necesaria para comunicarle vida, á lo menos segun las formas griegas; queremos hablar de los hechos históricos y de

---

(64) Cesar Scaligero (*Poetices liber V, quit et Criticus*) señala los hurtos de Virgilio á Homero, á Píndaro, á Apolodoro y á otros muchos, pero demostrando, plagio por plagio, que supera á todos: Scaliger manifiesta la erudicion de un gran crítico y la insistencia de un pedante.

(65) Ennio hace alusion á otros poetas:

Scripsere alli rem
Versibus quos olim Fauni vatesque canebant.

los medios sobrenaturales. Algunos continuaban recurriendo á la mitologia (66), y así se alejaban completamente de su siglo. Propercio se burlaba de ellos al mismo tiempo que les prodigaba inciensos (67), porque se atenian á asuntos que á la falta de estar trillados, juntaban la de no inspirar ya la suficiente creencia para servir á la poesía.

Al reves, otros acometian la empresa de celebrar las glorias recientes de Roma; la guerra de los cimbros, el consulado de Ciceron, las espediciones de Lúculo y de Pompeyo, las conquistas de César, las victorias de Antonio y de Octaviano. Esto es lo que verificaron Ostio, abuelo de la Cintia de Propercio, dos Furios, dos Cicerones, Varron, Anser, ensalzado en la córte de Antonio, y objeto de befa en la de Augusto, Vario y otros diferentes. Pero hallándose por una parte muy cercanas las proezas que se proponian cantar estos poetas, su imaginacion se veia ligada en su vuelo, no quedándoles más que el papel de historiógrafos: por otra parte su cualidad de clientes ó de protegidos de tal ó cual personaje ilustre les restringia á la necesidad de adular á una faccion ó á un hombre, en vez de consentirles exaltar á la nacion toda ó interesar á la humanidad misma.

Otro manantal de poesia brindaban los recuerdos de su pais á los romanos en el contraste del débil orígen de Roma y de su actual poderio. Un tal Sabino bebió allí la inspiracion de sus cantos, interrumpidos por la muerte (68), y es tambien la de los *Fastos* de Ovidio. Propercio se propuso cantar las fiestas antiguas y los antiguos nombres de los lugares (69); y acaso muchas partes de su cuarto libro son fragmentos del poema que anunciaba. Se vuelve á encontrar la idea en la elegia á Roma, en que se espresa de este modo. «Todo cuanto ves ¡oh extranjero! en esta gran Roma, no era más que colinas cubiertas de céspedes antes del frigio Eneas. Descansaron los bueyes fugitivos de Evandro, donde se alzan ahora palacios consagrados á Febo. Se han erigido estos templos de oro para divinidades de barro: tronaba el dios Tarpeyo desde la cumbre de la desnuda roca, y á orillas del Tíber vagaban nuestros rebaños. El cuerno pastoril convocaba á los primeros quirites, y sentados en una pradera ciento de ellos componian el Senado. Entonces no se hallaban suspendidos flotantes velos en el fondo del teatro, ni exhalaban perfume de azafran sus palcos; no habia necesidad de ir en busca de extranjeros dioses, cuando atenta la muchedumbre temblaba en la celebracion de los sagrados ritos.» (70)

Fuerza es contar además la costumbre convertida en necesidad, de seguir á los griegos paso á paso, no solo en el verso y en la forma esterior, sino tambien en la sustancia y especialmente en las creencias.

Nada de esto se escapó á la penetrante vista de Virgilio y tuvo bastante habilidad para combinar los diferentes elementos de que se habian utilizado los otros separadamente. Homero le suministró el asunto, los héroes, hasta la disposicion de su poema, la entonacion, el verso. Asociando entonces en su mente la Iliada y la Odisea imaginó un poema de guerras como aquel, y de viajes como este. Hubieran podido inspirar recelo los recuerdos republicanos al pacificador venturoso, y si á semejanza de Lucano, hubiera emprendido cantar armas teñidas de sangre no espiada todavia, ajara seguramente numerosas afecciones. No era nuevo el pensamiento de enlazar la fábula iliaca con las antiguas tradiciones de Italia: acariciaba la vanidad de la nacion, animaba especialmente el orgullo de aquella familia Julia, que se habia engrandecido sobre las ruinas de toda la aristocracia. En semejante lontananza, favorable á la imaginacion, se halla más fácil presentar por medio de episodios los nombres de aquellos á quienes debia el poder romano su consolidacion y acrecentamiento. Podia conducir el episodio de Dido á la guerra púnica, cuyo resultado decidió acerca de la grandeza de Roma: antiguos motivos de odio, las imprecaciones de Elisa clamando venganza y un rencor irreconciliable contra los descendientes de Eneas debian justificar la destruccion de Cartago. Por último, allí habia todo el efecto del contraste entre la Roma que iba á nacer junto á la choza real de Evandro, y la marmórea ciudad de Augusto, en quien se reconcentraria todo el esplendor, tanto de la historia italiana como del tiempo de los semidioses.

Así se podia ofrecer esta combinacion poética al escepticismo filosófico sin escitar la risa, puesto que no se podia desconocer allí un espediente literario, ni uno de los medios que se complacia en emplear el gobierno.

¡Cuán inferior debia quedar una fábula tan sabiamente calculada á la inspiracion espontánea de Homero! Es todavia el meonio un hombre de los tiempos heróicos ó creyentes: reuniendo la tierra

---

(66) Quis aut Eurysthea durum,
Aut inlaudati nescit Busiridis aras?
Cui non dictus Hylas puer et Latonia Delos,
Hippodameque, humeroque Pelops insignis eburno,
¿Acer equis?
Georg., III, 4.

(67) Dum tibi cadmeæ ducuntur, Pontice, Thebæ
Armaque fraternæ tristia militiæ,
Atque (ita sin felix) primo contendis Homero.....
Me laudent doctæ solum placuisse puellæ.
Tu cave nostra tuo contemnas carmina fastu:
Sæpe venit magno fœnere tardus amor.
Eleg. I, 7.

(68) Imperfectumque dierum
Deseruit celeri morte Sabinus opus.
OVID., *De Ponto*, IV, 14.

(69) Sacra diesque canam et cognomina prisca locorum.
Eleg. IV, 1.

(70) Eleg. IV, 1.

y el cielo pone de manifiesto la voluntad celeste y la voluntad humana que conspiran á un mismo fin, las divinidades que intervienen de contínuo en las acciones y en los proyectos de los mortales. En los tiempos de Virgilio se ha estinguido ya esta especie de iniciacion divina, no tienen las hazañas relacion ninguna con el cielo, y rara vez es social su destino. Si de vez en cuando aparecen los dioses, es solo por un efecto de mecanismo artificial, y escribiendo el poeta para un pueblo, que no cree, suple la inspiracion con la esencia. No le basta ya cantar el orígen de la nacion romana, necesita comprobarlo; examina en la tradicion, escoje y ordena; se entrega á un ejercicio de arte, no á una poesia de primer impulso, y queda su trabajo para atestiguar las tradiciones antiguas.

Aun lo que podria parecer una concepcion de su musa no es más que una reminiscencia. Nevio, en su poema sobre la guerra púnica, habia ya narrado la llegada de Eneas á Italia: canta tambien tempestades suscitadas por Juno, quejas de Vénus á Júpiter, esperanzas del padre de los dioses para consolarlos. Es así mismo probable que Nevio llevara á Eneas á Cartago, pues sabemos con certidumbre que creó el personaje de Ana, hermana de Dido (71). Varron menciona la piedad de Eneas, salvando á su padre y á sus penates: añade que ya no desapareció el rastro de Vénus de las miradas de los troyanos fugitivos hasta que abordaron á la ribera indicada por el oráculo de Dodona. Largos pasajes de la Eneida no son más que fragmentos traducidos de Apolonio de Rodas. Estesicoro proporcionó á Virgilio el desenlace del drama iliaco. Si hemos de creer á uno de los interlocutores de las *Saturnales* de Macrobio, todo el segundo libro hubo de tomarlo de Pisandro; y la *Crestomatia* de Proclo nos enseña que la intervencion del caballo de madera es debida á Lesqueo y á Aratino.

Virgilio no fué, pues, un poeta de inspiraciones personales, y sin volar jamás con sus propias alas, siguió á Teócrito en las *Eglogas*, en la *Geórgicas* á Hesiodo, y á Homero en la *Eneida*.

No pudo dar la última mano á este poema, y cuando murió en la fuerza de su edad recomendó á Augusto que lo quemara, deseo que el emperador no se prestó á cumplir de ningun modo. Tal como nos ha dejado la Eneida, mal ordenada en su conjunto, y no satisfaciendo ni con mucho el general deseo tanto en la representacion de los personajes como en la eleccion de la espresion, es ese poema un trabajo escelente; y la forma que allí recibió la epopeya ha servido de pauta á los poetas épicos posteriores, para quienes ha sido á veces una traba. Cuando se estudia á tan armónico y buen ingenio, causa pena que no haya querido ó sabido ser más nacional; que en vez de imitar separadamente á los poetas didácticos de Alejandria y al cantor de Meonia, no haya aspirado á reunirlos; que al bosquejar la antigua civilizacion itálica (tarea en que se ha quedado muy en zaga), no haya dado cabida, y no en forma de enseñanza, sino como retratos, á las sencillas pinturas de la vida campestre, tan natural á la antigua Italia, como la industria y la navegacion á la Grecia. De este modo hubiera producido una obra, no solo romana, sino itálica, evitando una semejanza harto visible con los poetas á quienes imitaba, y el contraste que se vislumbraba, tanto en él como en los demás poetas latinos: de lo que es de cosecha propia y de lo que toman de lo ajeno.

Estudiad á Virgilio desde la infancia, nos ha dicho un gran poeta; y hemos dedicado un amor apasionado á contemplar aquella forma tan templada, tan púdica en su belleza; más no podemos adherirnos al parecer de los que repiten con escolásticas frases que el cantor de Eneas ha superado á sus modelos. Cuando Homero es tan sencillo en la descripcion de los juegos, Virgilio amontona en la pintura de los suyos tantos recursos de arte, que se necesitarian muchos menos para contar la destruccion de un imperio. ¿Quién no ha sentido la sublimidad de los combates de Homero? Cada guerrero que cae arranca un quejido, á la par que todo es un estruendo, una terrible refriega del cielo y de la tierra, con que retumban los versos y las palabras. ¡Qué resorte tan mezquino es en cambio el caballo de madera! Cien valientes encerrándose en una máquina y entregando su vida á merced del enemigo: Sinon forjando la más inverósimil mentira; los troyanos tan ciegos que no envian á Tenedos, ó que no suben á una torre para asegurarse de si la escuadra enemiga se ha hecho al mar en el Helesponto; tan enorme masa arrastrada en pocas horas desde la playa hasta la ciudadela de Troya, atravesando dos rios y una brecha en los baluartes; pero ni aun aquí para: apenas abre Sinon esta máquina, es tomada é incendiada Troya, vasta ciudad que contiene un pueblo y un ejército completo, y en la que Eneas, casi solo, piensa en defender su morada. Toda resistencia ha cesado antes de que asome el alba: han reunido los vencedores el botin y los prisioneros; y por otra parte los vencidos han logrado poner á cubierto cuanto han podido preservar de las llamas.

¿Hablaremos ahora de los caractéres? Los furores de Juno al comenzar el primer libro, su monólogo enfatico y sus cumplimientos al dios de las tempestades ¿dicen por ventura tanto en muchos versos como Homero en el corto número de ellos que emplea al mostrarnos el viejo sacerdote tornando á lo largo de la costa, implorando la venganza celeste, y obteniéndola del dios, que desciende á su voz, tan formidable y tan majestuoso? Evandro, en su despedida de Palas, parece una mujer en comparacion de Priamo á los pies de Aquiles. Hector dando un beso á Astianax tiene una dignidad muy distinta que Eneas saludando á su hijo en el momento de ir á batirse con Turno. Priamo reina circundado de respeto y se muestra

(71) HERMANN, *Elementa doctrinæ metricæ*, pág. 629.

grande hasta en su infortunio, al paso que Latino es en sus dias de gloria una mezcla de credulidad y de inepcia. No se ve ya á Hector lidiando por los sagrados muros de Troya, sino á un extranjero príncipe que invade el territorio ageno, que roba la mujer de otro: no obstante triunfa, y le justifica la victoria. Tal era el derecho romano.

Quizá no tiene Virgilio un solo carácter bien concebido y que se sostenga constantemente. No se sabe de Acato que es *fiel*, sino por el epíteto unido á su nombre. El de *piadoso* aplicado á Eneas, si no se entiende al principio en el sentido de religioso y dócil á la voluntad de los dioses, debe escitar el mayor asombro, contemplándolo atribuido á un hombre que, acogido con hospitalidad en estraña tierra, seduce á una mujer á quien tiene proyecto de abandonar luego, y que, desembarcando en otro lugar posteriormente, arrebata á otro su prometida. Pero todo encuentra su motivo supremo en la voluntad de los dioses, que destinaban al héroe á ser tronco de los reyes de Alba, á fundar los altos muros de Roma y la grandeza de Italia.

Virgilio no se propuso pintar ninguna época particularmente, ni la suya, ni la que describe tampoco (72): tuvo por único objeto abrir un nuevo sendero á sus sucesores: en él fué todo amor al arte y predileccion á Roma. Sus lisonjas no fueron tan descaradas como aquellas con que Ariosto pagó á sus indignos Mecenas: fué ingeniosa y fina tal como convenia á la pulida corte de Augusto.

La sociedad en cuyo seno vive, le induce á derramar sobre sus héroes cierta especie de elegancia. Eneas depone su pelásgica rudeza (73); no es ya la mujer una Briseida que pasa á los brazos del vencedor, ni una Andrómaca que, viuda de Hector, se contenta con llegar á ser esposa de Heleno, sino una reina que, habiendo jurado fidelidad á las cenizas de su esposo, no cede más que al poder del amor, no sabe sobrevivir al amor defraudado. En el *Infierno* de Homero, Aquiles echa de menos amargamente la vida; en el *Eliseo* de Virgilio, Dido dirige una mirada silenciosa á aquel que le ha hecho traicion y pasa de largo.

Este último rasgo nos revela un mérito peculiar de Virgilio, y que se hará caro de contínuo á todo el que sabe sentir. Entre tantos poetas como hemos visto cantar sus amores, no hay uno que bosqueje con verdad los progresos de la pasion: todos se contentan con describir algunos de sus accidentes ó de sus más notables crisis: hacen ostentacion de sentencias, de lamentaciones más ó menos ingeniosas, de ricos cuadros, y solo se limitan á las esterioridades. Para los modernos debia proceder de otra fuente el conocimiento reflexivo de la vida interior; pero Virgilio moduló sus preludios, y cuando su siglo le impedia ser sencillo, se hizo natural, patético, elocuente. Trasmitió su propio corazon á la poesia y trasformó en subjectivo lo que solo habia sido objectivo hasta entonces. Insistió sobre un sentimiento, se insinuó en el fondo de los corazones para arrancarles los secretos más rebeldes, y seguir paso á paso el curso de una pasion, desde su nacimiento hasta su decadencia. Puede verse la prueba en este amor de Dido, cuyo primer gérmen es la compasion hácia la gloria infortunada, que crece con la vista, con la conversacion, con la costumbre, con la reflexion, hasta el instante en que defraudado no puede estinguirse sino con la vida.

Virgilio debe á esta delicadeza en el modo de sentir un nuevo género de bellezas. Tal es la variedad de cuadros que desarrolla alternativamente á la vista. Así del desastre de Troya incendiada pasa á una escena de familia: Eneas en un acceso de cólera desesperada, la suspende al ver á Elena; después de la tempestad viene la tranquila pintura del puerto y la acogida hospitalaria. La hazaña puramente guerrera de la explosion nocturna del campamento está animada por el tierno episodio de Niso y Euriale.

Uno de los más seductores encantos de este amable poeta es su facilidad de traducir la idea en imágenes, que presenta vivas delante de los ojos. Aquella jóven que arroja á su pastor una fruta y se esconde entre los sauces, deseosa de no ser des-

---

(72) Por eso es fácil encontrar en su epopeya muchas inexactitudes de costumbres. Eneas y Dido van á perseguir en Africa al ciervo, y allí los montes están cubiertos de abetos (libro IV). Eneas se dirige de Africa á Italia con el viento aquilon (libro V). Plinio dice que *iliacis temporibus nec thure supplicabatur*, y hallamos que en el libro V se hace mencion del incienso. Tambien hallamos adalides á caballo con clarines, cosa desconocida en tiempo de Homero. Háblase tambien de triremes (*Terno consurgunt ordine remi*, V, 120) á la par que Tucídides dice que se hizo uso de ellos mucho más tarde.

(73) Para conocer la diferencia de sentimientos respecto de las mujeres entre antiguos y modernos, basta observar que Eneas es representado por Virgilio como no prestando atencion á los dolores de Dido; y aun le manifiesta dando señales de su indiferencia con un hecho en que pareceria prescindir de aquella rectitud de juicio y de gusto que le distinguia en tan alto grado. En el libro IV trata Eneas de huir secretamente; pero Dido descubre su proyecto, y le suplica que no la abandone, por cuanto hay más sagrado en su amor, en cielo y en tierra: al fin se desmaya: sus mujeres la llevan á su lecho, y el piadoso Eneas torna á su escuadra:

At pius Æneas, quamquam lenire dolentem
Solando cupit...
Jussa tamen divum exsequitur, classemque revisit.

¿No parece este *piadoso* una cruel burla? Ana va á conjurarle:

Miserrima fletus
Fertque refertque soror: sed nullis ille movetur
Fletibus, aut voces ullas tractabilis audit.
Fata obstant, placidasque viri deus obruit aures.

Más todavia; mientras Dido se desespera y hace los preparativos de su muerte:

Æneas, celsa in puppi, jam certus eundi,
Carpebat somnos.

cubierta: aquel niño que en la primera sonrisa conoce á su madre (74); aquel Apolo que tira al poeta de la oreja para advertirle que no salga del dominio de lo pastoril (75); aquel mancebo que llega con trabajo á las frágiles ramas (76); aquella idea de la esperanza, representada en Dafne que engerta perales cuyos frutos comerán sus nietos (77); aquellos jóvenes pastores grabando nombres queridos en los árboles que crecerán con sus amores (78), son idilios completos que puede trasladar el pintor á otros tantos lienzos.

Tambien conoce Virgilio que, por bello que sea un pasaje, le falta algo, si no lo anima la presencia del hombre. No descuidará, pues, colocar cerca del manantial sagrado, ya á un anciano venturoso descansando bajo la sombra (79), ya á un afligido abandonándose á la tristeza al abrigo de las espesas hayas, y dirigiendo sus inútiles quejas á las selvas y á los collados (80); y las risueñas praderas, las límpidas fuentes, los verdes bosques no tienen para él encantos, sino por la idea de vivir allí eternamente al lado de su Licoris (81).

Estos detalles de estilo y de sentimiento, estas púdicas gracias, estas delicadezas intuitivas constituirán el mérito inmortal de Virgilio. Compensan sus plagios con usura, le imprimen un carácter particular en un todo, y formarán por siempre las delicias de todo el sentimiento de lo bello.

Deslizóse su vida más apacible de lo que comunmente acaece á los poetas. Amado de Augusto y recompensado generosamente por su munificencia, no se curaba de los *asuntos romanos*, ni de *los reinos que iban á perecer*, sino que retirado cerca de Tarento, *en medio de las selvas de pinos del umbroso Galeno* (82) cantaba á Tirse y á Dafne. Era blanco de los tiros de Mevio, y de Babio, esa peste de todos los tiempos, si bien le ensalzaban á porfía los más insignes talentos de su siglo (83): iba á buscarle la admiracion curiosa á su sosegado retiro: y un dia á su entrada en el teatro vió al pueblo levantarse en masa como á la llegada del emperador (84). Estudiaba mucho á los trágicos (85), solicitaba erudicion y practicaba las doctrinas epicúreas, proclamaba feliz al que hollara todo temor al destino y al infierno (86), y aconsejaba gozar de la vida, mientras fuera posible, sin cuidarse del mañana (87).

---

(74) Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem.

(75) Cum canerem reges et prælia. Cynthius aurem.
Vellit et admonuit: Pastorem, Tityre, pingues
Pascere oportet oves, deductum dicere carmen.

(76) Jam fragiles poteram á terra contingere ramos.

(77) Insere, Daphni, piros: carpent tua poma nepotes.

(78) Tenerisque meos incidere amores
Arboribus; crescent illæ, crescetis amores.

(79) Fortunate senex! hic inter flumina nota
Et fontes sacros, frigus captabis opacum.

(80) Tantum inter densas, umbrosa cacumina, fagos
Assidue veniebat: ibi hæc incondita solus
Montibus et sylvis studio jactabat inani.

(81) Hic gelidi fontes, hic mollia prata, Lycoris
Hic nemus: hic ipso tecum consumerer ævo.

(82) Tu canis umbrosi subter pineta Galesi
Thyrsin, et attritis Daphnin arundinibus.
PROPERCIO, II, 34.

Estos versos prueban que allí escribió sus *Bucólicas*; en cuanto á las *Geórgicas*, dice el mismo en el libro IV, 125:
Namque sub Oebaliæ memini me turribus arcis
Qua niger humectat flaventia culta Galesus etc.

(83) Cedite, Romani scriptores, cedite graii;
Nescio quid majus nascitur Iliade
PROPERCIO, II, ult.
Tytirus et segetes Æneiaque arma legentur,
Roma, triumphati dum caput orbis erit.
OVID., *Am*, I, 15.

(84) DONATO, *Vita Virgilii*, párrafo 5.

(85) Est ingens ei cum tragediorum scriptoribus familiaritas. MACROBIO, *Saturn.*, V, 18.

(86) Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis averni.
Georg.

(87) Pone merum et talos; pereant qui crastina curant!
Mors aurem vellens, vivite, ait, venio.
Catalecta.

En medio de la límpida facilidad de las Bucólicas de Virgilio, se halla uno sorprendido de súbito en la égloga IV, tan misteriosa, que todos los esfuerzos hechos hasta el dia para comprender su pensamiento general, han salido infructuosos. Allí celebra el nacimiento próximo de un niño que, hijo del cielo, renovará el mundo y rescatará las culpas de los hombres.

Jam nova progenies cælo demititur alto. . .
Ille deum vitam accipiet. . .
Cara deum soboles, magnum Jovis incrementum. . .
Magnus ab integro seculorum nascitur ordo. . .
Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
Invita perpetua solvent formidine terras.

¿A quién podian hacer referencia tan magníficos presagios?

Señalan los críticos á esta oda la fecha del año 714 de Roma, y atribuyen las grandezas que profetiza, á un hijo de aquel Polion á quien va dirigida, como al autor de la paz celebrada aquel mismo año en Brindis entre Antonio y Octaviano.

Pero en primer lugar nada indica que naciera al cónsul un hijo en aquel mismo año; en segundo, aun admitiendo el hecho, ¿cómo esplicar tan escelsos augurios acumulados sobre la cabeza de un recien nacido, por aquel Virgilio que acreditó tanta circunspeccion en sus alabanzas á Augusto y á su familia?

Por eso otros comentadores, contra el aserto de Servio, han supuesto que aludia á Marcelo, de quien estaba en cinta á la sazon la hermana de Augusto, Octavia, que se iba á casar con Antonio. Pero aun cuando parezca que esta prenda de paz pudo haber merecido cantos, conviene considerar que no era engendro del triunviro, sino del primer marido de Octavia, y por consiguiente nada tenia que ver con el futuro pacificador del mundo.

Han pensado algunos que Virgilio aludia al matrimonio de Octaviano y de Escribonia, que se celebró entonces; pero ¿cómo se podia profetizar el imperio del mundo al hijo del que acababa de partir las provincias con sus dos cólegas, y dejaba esperar el restablecimiento de la república en vez de una monarquia?

No sabiendo hallar un niño á quien convinieran semejan-

Hemos nombrado solamente á un corto número de escritores, y sin embargo, dentro del círculo de pocos años hemos hallado á Cátulo todavia áspero y tosco y á Ovidio ya corrompido; tan rápidos fueron los esplendorosos dias de la literatura romana. Con justicia se la censura por haber abandonado la originalidad y por arrastrarse en pos de las huellas de los griegos. Efectivamente en vez de atenerse á la imitacion natural en cualquiera que, llegado el último, hereda de sus predecesores, sin perder lo que es propio en materia de talento y de lengua, de tradiciones, de carácter nacional, se hicieron esclavos los romanos de las formas artísticas peculiares de una nacion extranjera: así vanamente intentaron á fuerza de arte rayar en una altura á que solo puede conducir el vuelo natural del genio.

Juzgamos que lo que precede basta para arrancarnos toda creencia respecto de los poemas nacionales con que ciertos críticos modernos han dotado

---

tes presagios, se supuso que el poeta habia indicado una generacion entera, mejor que la existente, y que su imaginacion le infundió esperanzas de verla. Cuantos albergan esta opinion, deberian tomarse la molestia de esplicarnos estas frases:

Tu modo nascenti puero...
Casta, fave, Lucina.
Incipe, parve, puer, risu cognoscere matrem;

y la cuna bajo que nacen la yedra y el acanto, y los héroes y dioses entre quienes debe pasearse el jóven ántes de poner freno á los vencidos y de pacificar el mundo.

De Vignoles opina que el poeta canta la era alejandrina, adoptada en 724 por el senado romano. Si se repara en que no fué introducida hasta el 29 de agosto de 729, se podria responder que la égloga se refiere á este año; pero ¿qué motivo habia para exaltar de tal modo una era arbitraria y del todo especial á un pueblo que acababa de ser vencido? ¿Qué habia que aguardar de nuevo? ¿Quién habia de bajar del cielo?

No siendo sostenible ninguna de estas suposiciones volvieron algunos eruditos á la interpretacion antigua, que veia en aquel niño al mismo Cristo. No quiere decir esto que Virgilio fuera profeta, sino que la tradicion de la venida próxima de un redentor, estaba por aquella época muy divulgada en Oriente. Virgilio podia haber oido hablar de ella, sirviéndole de asunto para un canto poético, en que se hubiera complacido en hacer estensiva al mundo entero la felicidad que otorgaba de buen grado á sus pastores.

Virgilio sacó todas ó casi todas sus églogas de los poetas alejandrinos que nos son conocidos ¿Quién se atreverá á afirmar que no está tomada tambien esta de alguno de ellos no conocido por nosotros, y que habiendo oido hablar á los judios, numerosos á la sazon en Alejandria, del Mesias esperado, pintara segun ellos la edad nueva con colores empleados por Isaias y por los profetas? Bien considerado, está égloga está impregnada de pensamientos y colores que tienen mucho de Oriente y aun algo de profético. Virgilio mismo declara que reproduce los oráculos de la Sibila de Cumas.

Asocia á estos elementos otra tradicion de un gran año operando su revolucion, en que los etruscos, y por consiguiente los romanos fundaban grandes esperanzas, como puede verse en el sueño de Escipion. Tal es el hombre que, en su concepto, una gran innovacion de los fenómenos celestes debe ir acompañada de una mudanza ó de una modificacion en las cosas humanas.

Esta interpretacion cristiana fué adoptada por los Padres de la Iglesia, y Constantino en su discurso pronunciado en presencia de los obispos congregados en Cesarea, recitó la 4.ª égloga traducida del griego, como un argumento en favor de la mision divina de Cristo, probada hasta por testimonios paganos. Omitiendo hablar de todos los escritores de los tiempos intermedios, Dante presenta á Estacio como convertido á la verdad por la luz que derramaron en su mente los oráculos contenidos en esta misma égloga: hace decir á Virgilio:

. . . . . Tu prima m' inviasti.
Verso Parnaso á ber nelle sue grotte
E prima appreso Dio m' alluminasti.
Facesti come quei che va di notte
Me porta il lume dietro e sé non giova,
Ma dopo sé fa le persona dotte,
Quando dicesti: Secol si rinnova,
Torna giustizia e primo tempo umano,
E progenie discende dal ciel nuova.
Per te poeta fui, per te cristiano.

«Tú el primero me infundiste osadia para refrigerarme en el Parnaso, tú me iluminaste, guiando hácia Dios mi planta. Hiciste como el que camina de noche, y lleva una antorcha, de cuya luz no disfruta, á la par que alumbra á los que siguen su huella, cuando dijiste: Brilla un siglo nuevo, torna á resplandecer la justicia y con ella el primitivo tiempo humano. De la celeste altura desciende una nueva prole. Por ti fuí un poeta, por tí fuí un cristiano.» Purgatorio.

Es cosa digna de reflexion que un poeta, tan poco popular como Virgilio, adquiriera en la Edad Media la veneracion del pueblo y fuera casi objeto de su culto. Cuentan los napolitanos mil historias respecto de la gruta de Pausilipo, donde enseñan la escuela de Virgilio. Allí es, dicen, donde se retiraba para entregarse á los sortilegios, para enseñar á algunos adeptos secretos prácticos, por cuyo medio hacian especialmente prosperar los campos. Con auxilio de esta ciencia abrió el poeta en una sola noche la famosa galeria que cruza la montaña. En Mántua pasaba alternativamente por un mágico y por un santo; y allí se cantó hasta el siglo XV en la misa de San Pablo, un himno en que á su llegada á Nápoles se consideraba al apóstol de las naciones como dirigiendo sus ojos hácia Pausilipo, donde descansaban las gloriosas cenizas de Virgilio; lamentándose de no haber llegado á tiempo para conocerle y convertirle.

Ad Maronis mausoleum
Ductus fudit super eum
Piæ spem lacrymæ;
Quem te, inquit, reddisem,
Si te vivum invenissem,
Poetarum maxime

Un tal Bonamento Alipandro, escritor de los más incultos, que vivia en el siglo XIV, compuso una crónica de Mántua, en que se hallan reunidas las fábulas más absurdas sobre Virgilio en un estilo que contrasta estrañamente con el órden y la armonia del gran poeta. Tanto el conocimiento de Virgilio como el de los demás poetas antiguos llegó á Dante á través de las tradiciones de la Edad Media. No creyó que podia escoger mejor guia para llegar por medio de los peligros del mundo á los lugares, donde padecen los réprobos, donde se purifican los pecadores, y hasta á aquellos donde se adquiere el conocimiento de las cosas celestes, al seno de la verdadera bienaventuranza

la infancia de Roma, y de donde han supuesto que se derivaban las narraciones novelescas aceptadas como verdaderas por la historia. Un pueblo totalmente imbuido en la legalidad y en la jurisprudencia, cuyas principales acciones son luchas por los derechos; un pueblo donde propenden á resultados prácticos de continuo los patricios en su orgullo y los plebeyos en su abatimientos; un pueblo que por todo poema ha dejado fragmentos de las XII Tablas, en que una disposicion especial castigaba con estremado rigor la libertad de los cantos, no parece que haya salido jamás de una cuna poética, ni haber poseido ese sentimiento sublime de la existencia de que los poemas heróicos son el más insigne producto.

Si hubiera prevalecido la Etruria, conservara Italia una poesia original con una forma y un lenguaje esencialmente suyos. Al revés, Roma se resignó desde un principio á la imitacion, y aceptando los dioses de la Grecia, hubo tambien de recibir su arte que, fundado en la religion, no podia cambiar sino cuando esta mudase.

Pero entre los griegos era la religion á la vez un culto y un dogma; para los romanos era fábula y convencion puramente, y no aparece de otra manera en toda su poesia. Jamás creerá nadie que Virgilio, Horacio, Ovidio tuvieran la menor fé en las divinidades que empleaban como mecanismo poético y como ornamento. Nunca surgió de la lira latina un himno en que resplandeciera la más leve chispa, no ya de la inspiracion hebráica, sino del convencimiento que respiran los cantos de Homero, de Esquilo, de Pindaro ó de Orfeo.

No sentia, pues, el poeta la divinidad dentro de su corazon: no tenia en torno suyo un pueblo que le prestara oido, por absorber los intereses positivos completamente á los romanos. De consiguiente, se hallaba solo reducido al arte, y en este no podia hacer nada mejor que imitar á los griegos, quienes habian ofrecido los más acabados modelos (88).

Hojear noche y dia á los escritores de Grecia (89): hé aquí lo que se recomendaba á los jóvenes que daban esperanzas, y no meditar por sí mismos sobre la naturaleza, sobre el mundo que les rodeaba. Lisonjeábanse de adquirir eterna gloria no tanto fiándose de sus propias fuerzas, como por haber estraido los modelos de los maestros, por haber estraido, á semejanza de una abeja, el jugo, y por haber obligado á las almas, que les inspiraban, á hablar con inteligencia la lengua del Lacio. Si reflexionamos sobre esta moderada pretension de los autores romanos, hallaremos menos vanidad en su continua certeza de alcanzar la inmortalidad, asociando su nombre á la eternidad de la fortuna romana (90).

Si se esceptua la sátira, en que el verso épico recibió más libertad y un estudiado desaliño, cuyo pensamiento fué nacional en un todo puesto que versaba sobre las costumbres y el carácter de Roma, los latinos no abrieron ningun nuevo sendero en la literatura, ni rayaron á la altura que sus modelos, en los que ya estaban versados. Asi no poseyeron teatro propio, pudiéndoles servir de base solamente las tradiciones y los sentimientos nacionales. Hubo de padecer de resultas la poesia lírica especialmente; porque si debe ser la espresion armónica de los sentimientos íntimos, nada puede serle más nocivo que encontrar reminiscencia donde se busca inspiracion, y sentir interrumpida toda emocion por la idea de que el poeta, no canta, ni hace otra cosa que recordar.

No obstante, sella sus obras cierta originalidad que las daria á conocer entre otras mil composiciones; y esto proviene del pensamiento predominante en todos acerca de Roma: este suple á falta del tipo particular que distingue el trabajo de cada uno de los escritores insignes de la Grecia. Tan enorme es la diferencia natural que resulta de la

---

(88) Para embellecer la paz general dada por Augusto al mundo romano, y en compensacion de la servidumbre, casi debian tener la literatura y la poesia su edad de oro, en cuanto era posible al mundo pagano ya decadente. Plauto y Terencio no pueden ser considerados más que como fieles imitadores de los griegos: el carácter poético y el hermoso estilo de Virgilio y de Horacio, no pueden fijar las miradas del historiador universal sino con relacion á la lengua de que se sirvieron, y que en toda la época moderna, ha sido, como es actualmente, comun á todos los pueblos. Todo esto, sin esceptuar la fecunda imaginacion de Ovidio, solo puede ser considerado por la posteridad como un insignificante rebusco en pos de la rica cosecha recogida entre los griegos por el genio de las artes y de la poesia. No se debe buscar la poesia del pueblo romano en sus poemas, como acontece con los griegos; se encontrará pasiva y patente en sus sangrientos juegos, que se guardaba muy bien de abolir el prudente Augusto; en las luchas en que el gladiador espirante debia saber caer y morir con dignidad y gracia, si queria alcanzar los aplausos de la muchedumbre; en el circo que resonó tan frecuentemente con los gritos de un ódio implacable contra los cristianos y en estas palabras homicidas: «¡Cristianos á los leones!» FEDERICO SCHLEGEL. *Filosofia de la Historia*: Leccion IX.

(89) Vos exemplaria græca
Nocturna versate manu, versate diurna.
HORACIO.

(90) No solo Virgilio y Horacio, sino tambien Fedro, se manifiestan ciertos de una imperecedera gloria.
Fedro dice:
Habebunt certe quo se oblectent posteri. . .
Ergo hinc abesto, livor, ne frustra gemas,
Quoniam solemnis mihi debetur gloria
Prólogo del libro III.
Ovidio dice en las *Metamórfosis* al final del libro XV.
Jamque opus exegi, quod nec Jovis ira, nec ignes,
Nec poterit ferrum, nec edax abolere vetustas. . .
Parte tamen meliore super alta mei perennis
Astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum.
Quaque patet domitis, romana potentia terris,
Ora legar populi; perque omnia secula fama,
(Si quid habent veri vatum præsagia vivam.

diversidad del género de vida de ambos pueblos: uno eminentemente individual, y libre de ejercitar las fuerzas de espíritu como mejor le cumpla: otro preocupado ante todo de la idea de la grandeza de su patria y sacrificándolo todo á ella.

Grandemente contribuyó á imprimir este carácter á la literatura romana la circunstancia de deber particularmente su brillo á los principales ciudadanos. Abarcando su espíritu todo el conjunto de la asociacion nacional, consideraban cada cosa en sus más estensas relaciones. De otro modo acaece á los que no siendo más que escritores, amenguan la literatura reduciéndola á un verdadero oficio, como lo veremos en los siglos siguientes, y como anhelarian hacerlo en nuestros dias algunos hombres á quienes repugna todo lo que es elevado.

CAPÍTULO XXVII

CIENCIAS.—BELLAS ARTES.

La aficion natural de los egipcios á lo maravilloso y sobrehumano hizo que se desviaran del recto camino que la tradicion antigua ó la proteccion generosa, aunque no siempre prudente, de los Tolomeos, habian transplantado á su seno. Este pueblo frívolo, sumido sin cesar, como le acusa Dion Crisóstomo, en la embriaguez de los placeres y del juego, repugnando toda ocupacion seria, no conocia mayor desgracia que ver á un conductor dirigir mal su carro en la arena ú oir á un músico poco hábil. Semejábase á los pájaros que no saben más que gorgear y andar á saltitos, y era incapaz de toda accion noble y grande. Sobrevinieron las discordias fratricidas, y después el baldon de la dominacion extranjera; y el olivo helénico, engertado en las palmeras del Nilo, tardó poco en marchitarse bajo el filo del acero romano.

Matemáticas.—Estuvo sujeta á los mismos reveses Siria, foco tambien de ciencia en el precedente siglo. Así, por todas partes retumbaba el estruendo de las armas, y la blasfemia ó la adulacion se adherian dondè quiera al nombre de Roma, la que habíase hecho centro de toda vida, de todo movimiento, punto de reunion de los maestros en todas las ciencias. Pero aplicado únicamente este pueblo á lo que era de utilidad inmediata, no hacia caso más que de las armas, del arte oratorio y de la jurispudencia. Tan poca geometria supieron los romanos, que sus jurisconsultos supusieron la superficie del triángulo equilátero igual á la mitad del cuadrado elevado sobre uno de sus lados (1). Sulpicio Galo fué considerado como un prodigio por haber vaticinado eclipses. Mucho tememos que la ponderada sabiduria de Varron se redujera solo á una erudicion filológica: Nigidio Fígulo, á quien Ciceron ensalza hasta las nubes, parece no haber sido más que un astrólogo astuto, que envolvia en palabras místicas su ciencia. En Roma los ensueños astrológicos valieron celebridad á los que auguraban á Pompeyo, á Craso y á César que moririan de viejos, siendo ilustres y disfrutando reposo en sus hogares (2); en dos distintas ocasiones fueron espulsados de la ciudad por Augusto, si bien no por eso cesaron de pulular en su recinto. César, el hombre más sabio de su tiempo, que tuvo nociones de astronomia, y aun escribió sobre esta materia, hubo de recurrir á Sosígenes de Alejandria para remediar el desórden que habia reconocido en el calendario.

Calendario.—Los antiguos estuvieron acordes sobre la diversidad entre el año solar y el lunar, y para ponerlos de acuerdo intercalaban los dias sobrantes de un modo diferente, segun las distintas distribuciones del año y de los meses, de modo que así cada pueblo usaba calendario propio. Los italianos adoptaron al principio el itálico de 304 dias, distribuidos en 10 meses; Roma enseñó uno lunar de 355 dias, que se ponia en armonia con el solar intercalando á cada bienio una vez 22 y otra 23 dias. Tales intercalaciones incumbian á los sacerdotes, quienes así podian á su antojo prolongar ó acortar el tiempo de las magistraturas y beneficiar ó perjudicar á los asentistas. De ahí una confusion que duró hasta Julio César, que reformó el calendario el año 45 antes de Cristo. Fijóse de ese modo el año en 365 dias y 6 horas, con las cuales se formaba cada cuatro años un dia más, de donde procedió el año bisiesto. La diferencia de 11 mi-

(1) En vez de hacer esta superficie $=\frac{a^2}{4}\sqrt{3}$ (llamando a el lado) Columela la supone $=\frac{13a}{30}$, lo cual da $\sqrt{3}=\frac{26}{15}$, ó bien $\sqrt{675}=26$

(2) CICERON, *De divinat.*, II, 47, 9.

nutos 12 segundos del año verdadero produjo á la vuelta de siglos nueva confusion, que más adelante fué corregida bajo Gregorio XIII el año 1582.

Fuera de Roma citan los matemáticos honoríficamente á Gemino de Rodas, que distinguió las líneas en rectas, circulares y espirales cilíndricas, y enseñó la generacion de la concoide y de la cisoide; como tambien á Teodosio de Trípoli, que reunió todas las observaciones hechas hasta entonces sobre las curvas, fundó en los principios geométricos muchos cálculos astronómicos y demostró los fenómenos que deben ser visibles para los habitantes de las diversas latitudes.

Era la jurisprudencia la parte más importante de la filosofía romana. Hablaremos de ella en otro lugar (3).

Economía rural.—Terencio Varron trató de la economía rural en una obra dividida en tres libros y titulada: *De re rustica.* En el primero habla, adaptándose á reglas generales, de las viñas, de los olivares, de los huertos: se ocupa en el segundo de la cria de ganados, y tambien de los quesos y de la lana; es concerniente el tercero á los animales de corral, á la caza y á la pesca. Hágase memoria de la sencillez con que Caton entra en materia (4) sobre el mismo asunto y compárese al modo con que Varron principia: «Si tuviera tiempo, escribiria con holgura lo que ahora te bosquejo de la manera que me es posible, persuadido de que conviene darse prisa; porque si el hombre no es más, segun se dice, que una burbuja de aire, esto puede decirse todavía más fundadamente con relacion á un viejo. Mis ochenta años me advierten que haga mis preparativos para el gran viaje. Puesto que tú ó tu mujer Fondania habeis comprado un dominio que deseas hacer fecundo con buen cultivo, procuraré enseñarte lo útil en este punto, á fin de que lo practiques no solo mientras vivo, sino después de mi muerte... No invocaré el auxilio de las musas, como Homero y Ennio, sino á las doce grandes divinidades; no á los doce dioses de la ciudad, seis varones y seis hembras, cuyas estátuas están colocadas en el Foro, sino á los doce que presiden á la agricultura. Primeramente á Júpiter y á la Tierra, que en el cielo y aquí abajo encierran todos los productos de agricultura, lo cual hace que se les llame grandes *genitores*. Luego al sol y á la luna, cuyo curso se observa para la siembra y el plantío; después á Ceres y á Liber, cuyos frutos son indispensables para la vida.» De este modo prosigue la enumeracion hasta el instante en que se pone á narrar las conversaciones que ha tenido sobre el objeto de que trata.

Geografía.—El comercio y las conquistas estendieron el conocimiento que se tenia del mundo. Mitrídates y Pompeyo abrieron un nuevo camino para la India. Vióse á las nómadas del norte de la Iberia, de la Albania y de los paises del Cáucaso, llevar á las inmediaciones del mar Caspio las mercancías indianas. Continuaron los negociantes romanos en seguir por la Mesopotamia y á través del desierto el camino que, como hemos dicho, estaba espedito desde los primeros tiempos de la sociedad; camino á que debió Palmira su prosperidad é importancia adquirida en tiempo de los Seléucidas, á pesar de su situacion solitaria. No la perdió cuando los romanos sometieron la Siria, antes bien se esforzaron por conservar su amistad en competencia con los partos. Juba, rey de Mauritania, envió una flota en busca de las islas Afortunadas, y dirigió á Augusto la relacion de este viaje. Por otra parte César y Germánico abrian el Norte de Europa; y el primero inducia al Senado á mandar que fuera medido en toda su estension el imperio. Xenodoxo fué encargado de esta operacion en Oriente, Policleto en el Mediodía, Teodoto en el Norte, y emplearon muchos años antes de llevarla á feliz remate. Posteriormente Vipsanio Agripa reunia, de órden de Augusto, todas las noticias sueltas acerca del mundo romano, y mapas que se proponia esponer públicamente; pero la muerte interrumpió este trabajo.

Bellas artes.— Una vez vencida la Grecia vió desaparecer sus artes, y da testimonio de su decadencia el estilo de sus medallas. Ya no tenia libertad ni pueblo que pudieran inspirar noblemente á los artistas, y solo podia proporcionarlas pésimas la lisonja que erigia templos y estátuas á los procónsules ménos rapaces. Por encargo ejecutaban algunos trabajos, si bien con más frecuencia se limitaban á vender las antiguas obras.

No se suele enumerar á los romanos entre los artistas, porque encontraron más cómodo y digno enriquecerse en este punto con los despojos de otros paises. Plinio menciona muy pocos artistas de Roma, y Virgilio concede fácilmente á los extranjeros la gloria de pintar bien, esculpir y pronosticar sobre los astros, y (el cortesano de Augusto debia callar á Ciceron) hasta arengar, con tal que se conceda á Roma la alabanza de domeñar los pueblos y dar leyes (5). Algun noble se habia dedicado á las artes, como Fabio el pintor; pero la mayor parte de las cosas artísticas eran etruscas ó hechas por etruscos. Conocida la cultura griega, se buscaron las artes de Siracusa, Capua y del vencido Oriente. Atico mandó hacer en Grecia los hermes para su Tusculano (6). Allí compró estátuas

(3) Libro VI, cáp. XIV.
(4) Véase pág. 219.

(5) *Excudent alii spirantia mollius æra,*
Credo equidem; vivos ducent de marmore vultus,
Orabunt melius causas...
Verdaderamente Horacio, *Ep.* I, 4, cantaba:
Pingimus atque
Psallimus, et luctamur Achivis doctius unctis; pero es notable esa disposicion á pintar con la carrera del músico y del guerrero.

(6) CICERON, *ad Attico*, lib. I, 4, 6, 8.

para las casas de recreo de Ciceron, y Verres mandó fundir muchos vasos en Siracusa no empleando más que oro.

El nombre de Verres debe traer á la memoria el medio más habitual entre los romanos para adquirir las obras maestras del arte, la concusion y la rapiña. Lucio Escipion tomó mil cuatrocientas veinte y cuatro libras de plata en vasos, y mil veinte y cuatro en oro. Doscientas ochenta estátuas de bronce y doscientas treinta de mármol embellecieron el triunfo de Marco Fulvio sobre los etolios. Sila redujo á Atenas al estado de un esqueleto: saqueó los tres templos más ricos de Grecia, á saber: el de Apolo en Delfos, el de Esculapio en Epidauro, el de Júpiter en Elide, trasladando á Roma hasta las columnas de este último y el quicio de bronce de la puerta. Fulvio Flaco descubrió el templo de Júpiter Lacinio cerca de Crotona, para emplear sus marmóreas tejas en la techumbre del templo de la Fortuna Ecuestre. Varron y Murena llegaron hasta el punto de mandar cortar las paredes para arrebatar á Esparta ciertas pinturas al fresco (7). Augusto compró estátuas para ornato de plazas y calles; tambien formó colecciones de diferentes objetos raros. Ya habia fundado un museo de este género Escauro, yerno de Sila: debíanse seis á César y uno á Marcelo hijo de Octavia.

Cuando se reflexiona sobre ese modo de enriquecerse la Italia á espensas de la desolacion de otros ¿pueden felicitarse los italianos? Llega para los pueblos como para los individuos la hora de las compensaciones, y pagaron y aun pagan los italianos las violencias ejercidas por sus antecesores.

Hubo tambien muchos artistas extranjeros conducidos en calidad de esclavos á Roma: otros se dirigieron allí libremente, como Arcesilao, Zopiro, aquel Praxiteles que escribió sobre todas las obras de arte conocidas en aquel tiempo, un Lala de Cizico, retratista en la galeria de Varron, un Valerio de Ostia que inventó el medio de cubrir los anfiteatros. Las monedas romanas, toscas al principio, desde el año 700 de Roma rivalizan con las de Pirro y Agatocles. ¿Pero eran italianos los artistas grabadores? Así como Antíoco Epifanio habia llamado á Atenas al arquitecto Cosucio para edificar el templo de Júpiter Olímpico, Ariobarzanes, rey de Capadocia, envió á buscar á Roma á los dos hermanos Cayo y Marco Estalio para reconstruir el Odeon de Atenas, destruido durante el asedio de la ciudad por Sila. ¿Quién nos asegura que en esas comisiones no tuvieron parte la adulacion ó la recomendacion de los poderosos? Han perecido hasta los nombres de los demás arquitectos romanos, así como los libros de Fusisio, de Varron y de Septimio.

Durante la segunda guerra púnica fué erigido un templo á Juno Ericina y otro á la Concordia: después fué construido el del Honor y el de la Virtud fuera de la puerta Capena (205 a. C.) por Cayo Mucio, sobre el plano de Marcelo, vencedor de Siracusa, que los quiso simbólicamente contiguos de modo que no se pudiera entrar en el uno sin pasar por el otro; luego los de Juno Sospita, de Fauno, de la Fortuna Primigenia. Más tarde tuvo Júpiter dos más en el Cápitolio, y se consagró uno á la Madre de los dioses y otro á la Juventud. En el año 181 se levantó el de la Piedad en el circo Máximo y el de Vénus Ericina. Erigióse en 173 el de la Fortuna Ecuestre en cumplimiento de un voto hecho por Fulvio Flaco durante la guerra contra los celtíberos. ¡Tantos templos recordamos en solo la ciudad!

Cuando se trata de los antiguos templos de Grecia y Roma conviene guardarse de compararlos en grandeza con la catedral de Milan, el Vaticano, ó San Pablo de Lóndres. Los de Júpiter Olímpico, de Diana en Efeso, de Serapis, parecerian poca cosa al lado de los nuestros. Eran pequeños edificios los que cita Pausanias en gran número como pertenecientes á la Grecia; y lo que aun queda de los templos de Vesta, de la Sibila Tiburtina, de Júpiter Clitumno en la campiña de Roma, nos los presentan de muy reducidas proporciones. Los templos romanos de Vesta y de la Fortuna Viril no cubren un espacio igual al del Panteon de Roma, que como todo el mundo sabe, se elevó para formar la cúpula de San Pedro. Junto al Capitolio se levantaban sesenta templos dentro de un recinto que no podria contener actualmente al Vaticano. Habia gran número de ellos en rededor del Foro. Plinio dice que tenia quince piés de longitud el de Júpiter Feretrio; y no se necesita más que fijar la vista en el plano de Roma para considerar cuanta estrechez habia en el espacio ocupado por los templos.

Pero no se necesitaban vastos recintos allí donde el pueblo no era admitido á presenciar las sagradas funciones reservadas á los sacerdotes ó á las matronas, bastando que depositara al umbral las guirnaldas ó donativos. La misma religion obligaba á formar en poco espacio los edificios sagrados, siendo además ritual prescripcion la clase de marmol que á cada númen se consagrase: los granitos á Júpiter, Marte y Hércules, el mármol blanco de Paros, el verde y el variado jaspe, lo mismo que el alabastro, á Vénus, las Gracias, Flora y Diana.

En vano se buscarian en cada uno de los templos las diversas partes que de algunos se recuerdan, como area, atrio, nave, basílica, entrada, tribuna, santuario y capilla. Consistian la mayor parte en simples celdas, con pequeño pórtico delante, de dos, cuatro ó seis columnas, adornándolos con esculturas y pinturas tan preciosas como se quiera. Los serapeos servian quizás tambien para casas de salud, como el de Pozuolo.

Quinto Metelo Macedónico mandó construir el primer templo de mármol, lujo que fué con posterioridad generalmente imitado, porque se revistie-

(7) Vitrubio, II, 8.

ron con esta piedra los muros que eran primitivamente de ladrillo, y su uso se propagó hasta las habitaciones particulares. El templo de la Fortuna en Prenestes, erigido por Sila, sobrepujó en magnificencia á cuanto se habia admirado hasta entonces. Palestrina ha sido edificada con sus vestigios. Subíase á su recinto por siete mesetas, de las cuales la primera y la última estaban engalanadas con receptáculos de agua: el pavimento de la cuarta lo formaba un mosáico que, al decir de Plinio, fué el primero ejecutado en Italia. Actualmente enriquece el palacio de Barberini en Roma.

Sila hizo restaurar tambien el templo de Júpiter Capitolino; Mario el del Honor y el de la Virtud; Pompeyo el de Vénus Victoriosa; César los de Marte, Apolo y Vénus Genitora. El panteon (8) de Agripa es redondo: preferian los antiguos esta figura para sus templos, quizá por imitar el globo terrestre: allí penetra la luz por una abertura practicada en el centro de la bóveda. Es con especialidad admirable el pronaos, que lo forman diez y seis marmóreas columnas de órden corintio, cada cual de una sola pieza de cinco piés de espesor y de treinta y siete piés de altura, y el transcurso de tantos siglos no las ha arrancado de su base.

El teatro de Emilio Escauro preparado el año 694, tenia tres órdenes de columnas uno sobre otro; detrás de ellos paredes de mármol en el primer piso, de vidrio en el segundo y de tablas doradas en el tercero. Completaban tres mil estátuas de bronce su ornato, más rico que de buen gusto, y que debia durar solamente el tiempo que Escauro fuese edil, porque un senadoconsulto del 597 prohibia los teatros permanentes, y Pompeyo fué el primero que hizo uno de piedra en el año 697, que podia contener cuarenta mil espectadores. Cesar construyó la primera naumaquia, ó sea un palenque para los combates navales; Augusto otra mayor en el circo Máximo, que se remontaba á la época de los reyes (pág. 207), fué ensanchado por César, que embelleció tambien el Capitolio y edificó un foro riquísimo.

Orden toscano.—Después del triunvirato se empezaron á decorar con cariátides los sepulcros: erigiéronse estátuas de reyes prisioneros y de hombres ilustres ó poderosos, si bien ignoramos si fueron ó no obra del cincel romano. En esta época se inventó, ó más bien se propagó el uso del órden toscano, que cede en elegancia y riqueza á los órdenes griegos, tanto como en solidez los supera. Desnudo de esculturas y de ornamentos, son de estremada sencillez el capitel y la base.

Orden compuesto.— Al revés, es riquísimo el orden compuesto ó triunfal introducido tambien entonces, porque reuniendo la hoja corintia á la voluta jónica, eleva la columna hasta nueve diámetros, y adorna la cornisa con dentellones.

Probablemente suministra el primer ejemplo de órden compuesto y de este lujo de ornamentos en boga por entonces, el templo erigido en Milaso de Caria en honor de Augusto y de la diosa Roma. Tambien es de este género el pequeño templo de Tívoli dedicado á Vesta. En tiempo de Augusto se aumentó considerablemente la magnificencia de las construcciones públicas y privadas, y muy especialmente para las casas de recreo.

Como carácter de la arquitectura romana, las pilastras y los arcos sustituyen á las columnas y al arquitrave, y los unos se unen á los otros, segun una ley positiva, de manera que un órden parezca independiente del otro. Por lo general los arcos se hallan en el interior, las columnas en la parte exterior del edificio; y aun cuando no sostenga un techo, está adornado de estátuas el arquitrave. Puede decirse que son propios de los romanos los edificios en que domina el arco; pero con frecuencia empleaban el arte griego, con tanto mayor motivo cuanto que eran griegos los arquitectos. Alguna vez estaba cubierta la nave del templo por una ancha bóveda, mientras que en el exterior se reproducian las columnatas griegas y las alas adaptadas á una cubierta en pendiente. La columna no es ya el elemento característico y esencial de la construccion, sino que el muro adquiere predominio y las columnas vienen á ser su adorno, colocadas demasiado lejos para darle fuerza, levantadas sobre pedestales para corresponder á la elevacion del arco, y sosteniendo alguna vez una gran cornisa que no sostiene nada.

A pesar de los rígidos adoradores del arte griego, se mezclaban los órdenes (en el teatro de Marcelo los encajes jónicos con los triglifos dóricos); se elevaban las columnas hasta nueve y nueve y más diámetros, como en el arco de Tito, y se introdujo el capitel compuesto, en el cual todo el capitel jónico angular está colocado sobre dos tercios inferiores del capitel corintio. En otros edificios las pilastras, que los griegos empleaban solo como sosten, se prolongaban todo á lo largo de la pared, y en ella se fijaban las columnas medio empotradas. Los romanos, en suma, usaban la columna con gran libertad, y en Pompeya frecuentemente variaban de un órden á otro, con capas de estuco, alterando asi las proporciones. Muchas variedades se originaron de haber mezclado las columnas con los arcos, lo cual varió los intercolumnios y destruyó las cornisas, como se ve en Balbeck y Palmira.

Vitrubio.—Quédannos muchos monumentos de aquel siglo; pero en materia de escritores que hayan tratado del arte, solo tenemos á Marco Vitrubio Polion, de quien se ignora la familia y la patria: solo se sabe que le ocupó Augusto en las máquinas de guerra. Aparece en su obra más profesor que artista, más ingeniero que arquitecto, y la basílica de Fano, la cual ha descrito, no acredita

(8) Mandado construir (26 a. C.), dedicado á Júpiter Ultor y llamado así porque á las dos estátuas de Marte y Venus estaban agregados los atributos de todas las divinidades.

habilidad suma (9). De todos modos su *Tratado de arquitectura*, único que la antigüedad nos ha trasmitido, abunda en preciosos datos y aun en escelentes preceptos, adquiridos en la observacion de las obras maestras. Es probablemente una compilacion poco diferente de la de Plinio, hecha por un mal práctico que no habia visto con sus propios ojos los monumentos de Grecia.

Prescindiendo de los errores originados por los amanuenses, este libro se consulta con gran cautela y se confronta con los edificios que todavia pueden examinarse. Pero es servilismo querer seguir en absoluto sus preceptos. Recomienda especialmente la lealtad y el desinterés al arquitecto, y se hace digno de estimacion Vitrubio por el candor que allí respira. Su estilo se resiente de sus habituales relaciones con los artesanos, y de consiguiente ni es elegante ni correcto: hasta incurre en la oscuridad á veces. Sus siete primeros libros tratan de la arquitectura propiamente dicha, á saber: el primero del arte en general, el segundo de los materiales, el tercero de los templos, el cuarto de los órdenes arquitectónicos, el quinto de los edificios públicos, el sexto de las casas de la ciudad y del campo, el séptimo de los decorados. Están consagrados los tres siguientes á la arquitectura hidráulica, á la gnómonica y á la mecánica.

Pintura.—Ningun miembro de la nobleza romana cultivó la pintura desde los primeros ensayos hechos en este arte, salvo en tiempo de Plinio, un caballero llamado Turpilio, que era oriundo de Venecia. Tambien hace mencion Plinio de un tal Amulio, autor de una Minerva, que miraba al observador desde cualquiera punto de vista en que se colocara (10), mérito bien miserable por cierto. Además las bellas artes nos atestiguan cuan general era la inmoralidad de las costumbres: ornábanse los templos con esculturas y cuadros en que la indecencia de los actos dejaba muy en zaga á la imaginacion más lúbrica. Las aventuras de los dioses y sus amores hicieron siempre admitir en los lugares consagrados al culto estas representaciones deshonestas; y cuando recomienda Aristóteles alejar de la vista de la juventud las obscenidades, esceptua aquellas que la religion tolera. En Atenas el impudor (Ἀναίδεια) tenia un templo: una clase de genios priápicos estaban en relacion con Afrodita, y en las *afrodisias* se formaban coros ortofálicos. Acompañaban á las orgias de Baco las más lascivas demostraciones. Cuando empezaron á depravarse las costumbres ofrecieron los sacerdotes á las pasiones este cebo: después cuando la sociedad hubo perdido todo pudor, no se paró el arte en escrúpulo ninguno. Hasta los vasos de las mesas fueron adornados con indecentes figuras; todavia las vemos en las puertas de Pompeya, y no habia aposento conyugal cuyas paredes no se mostraran atestadas de pinturas obscenas. A cada instante recuerda Ovidio pornográficos cuadros (11). Cuéntase que Horacio tenia una cámara enteramente tapizada con estas imágenes lúbricas y hasta Propercio tiene por escandaloso encontrarlas en todas partes (12).

Acueductos.—Más magníficos ejemplos nos dejaron los romanos en obras de carácter civil. Abrieron muchos canales, sirviéndose alguna vez del trabajo de los soldados; y para conducir las aguas á la ciudad y extraer sus inmundicias, habia tantos acueductos subterráneos, que Plinio llama á Roma

---

(9) La nave del medio tenia ciento veinte piés de largo y sesenta de ancho y estaba sostenida en derredor por diez y ocho columnas corintias de cincuenta piés de altura. Las naves laterales se alargaban veinte piés. Habia fijas en las columnas de la parte de las navecillas pilastras de veinte piés de alto, de dos y medio de ancho y uno y medio de grueso, que servian para sostener las vigas de su techo. Encima de aquellas pilastras se levantaban otras de diez y ocho piés de alto, para sostener el techo de las navecillas, que quedaba mas bajo que el de la mayor. Los espacios entre los intercolumnios desde el arquitrave de las pilastras hasta el de las columnas, servian para las ventanas. Enfrente de uno de los lados mayores estaba el tribunal en forma de semicírculo disminuido, de cuatro piés de ancho y quince de profundidad; hecho á fin de que los negociantes, que se reunian en la basílica, no estorbasen á los que disputaban ante los magistrados.

(10) «Spectantem aspectans quocumque aspiceret.»

(11) OVIDIO. En los *Tristes*, II, 51:

Scilicet in domibus vestris, ut prisca virorum
Artifici fulgent corpora picta manu;
Sic quæ concubitus varios Venerisque figuras
Exprimat, est aliquo parva tabella loco.

En el *Ars amandi*, II, 679:

Utque velis Venerem jungunt per milla figuras,
Inveniat plures nulla tabella modos.
Anonim. apud Brouckhus ad Prop. II, 5.
Inque modos omnes, dulces imitata tabellas
Transeat, et lecto pendeat illa meo.

PROPERCIO:

Non istis olim variabant tecta figuris,
Tum paries nullo crimine pictus erat. . .
Illa puellarum ingenuos corrupit ocellos,
Nequitiæque suæ noluit esse rudes etc.

(12) SUETONIO in Oracio: *Ad res venereas intemperantior traditur; nam speculato cubiculo scorta dicitur habuisse disposita, ut quoqumque respexisset, ibi ei imago coitus referetur etc.*

El mismo en Tiberio: *Tiberius Cæsar tabulam Parrhasii, in qua Meleagro Atalanta ore morigeratur, legatum sibi sub conditione, ut si argumento offenderetur, decies pro ea* HS *acciperet, non modo prætulit, sed et cubili dedicavit.*

CLEMENTE ALESS., in Protrep., pág. 53: παρ' αὐτὰς ἐπὶ τὰς περιπλοκὰς ἀφορῶσιν εἰς τὴν Ἀφροδίτην ἐκείνην, τὴν γυμνὴν, τὴν ἐπὶ συμπλοκῇ δεδεμένην, καὶ τῇ Λήδᾳ περιπετώμενον τὸν ὄρνιν τὸν ἐρωτικὸν... πανίσκοι τινὲς, καὶ γυμναὶ κόραι, καὶ σάτυροι μεθύοντες.

Hay en Nápoles un gabinete de arte obsceno únicamente, y su descripcion se estampó en Paris: *Cabinet secret du musée royal de Naples in-4.°, orné de soixante planches coloriées, representant les peintures, bronzes et statues érotiques, qui existent dans ce cabinet.*

urbs pensilis; y no carece de razon Frontino cuando juzga que los acueductos romanos eran superiores á las pirámides egipcias. El primero de ellos, trazado por Apio Claudio (311 a C.), conducia el agua desde ocho millas de distancia; por 43,000 pasos, sostenidos por 702 arcos, la conducia el de Curio Dentato, posterior al otro en 40 años; Quinto Marcio Rex condujo desde Subiaco por 611,000 pasos el agua Marcia, á la cual se agregaron luego la Tépula y la Julia. Agripa canalizó el agua Vírgen; se debe la Claudia al emperador Claudio, y la Trajana á Trajano. En tiempo de este último vivia Sexto Julio Frontino, que (*De aquæductibus*) nos informa de la construccion de tales obras.

Muchos puentes habia sobre el Tíber en Roma: pero nunca se pensó en canalizar este rio ni retener las crecidas, que en alguna época inundaron la ciudad hasta doce veces en un año. En su embocadura queria construir César un puerto que fué ejecutado por Claudio, y se atribuye á Augusto el muy famoso de Miseno y el de Rávena con un magnífico faro.

Caminos.—Importaba mucho á la unidad á que aspiraba Roma el construir caminos, y en efecto quedan todavia algunos para atestiguar cuán bien merecieron su antiguo renombre. Partiendo del *miliario aureo* en medio del foro romano se estendian estos hasta las columnas de Hércules, el Éufrates y el Nilo, superando dificultades de todas clases, y formando una cadena, por la cual se unian las provincias á la metrópoli.

Los mayores eran de cinco metros de anchura. Dos surcos indicaban al principio lo ancho del camino: se hacia el terraplen, y se llenaba la escavacion de materiales elegidos, hasta la altura que se queria dar á la via, segun que recorria la llanura, la montaña ó un terreno pantanoso. Bergier cita caminos romanos en Francia que tenian hasta veinte piés de altura sobre el llano. La capa más baja (*statumen*) se componia de pedazos de piedras ligados con cal y puzolana; la segunda capa (*rudus*) era de chinas mezcladas con cal; la tercera (*nucleus*) era una mezcla de cal, de creta y de tierra, y alguna vez tambien de arena gruesa y cal. Encima de esta capa se colocaba la cuarta (*summum dorsum, summa crusta*), compuesta de guijarros y de piedras planas, cortadas en polígonos irregulares ó cuadradas. Alguna vez en lugar de la capa cuarta habia una mezcla de cal y de arena menudísima; y sustituian otras veces con la tierra fuerte aquella argamasa, pero haciendo el mismo número de pisos ó capas, que batian con pisones herrados, de cuya manera resultaban más sólidas y compactas. Las escarpas de los caminos más elevados estaban sostenidas por muros de contrafuerte.

Estos cubos eran regulares en las ciudades; son de lava en Pompeya y en Herculano con liga de cal y de puzolana: están tiradas las calles á cordel con aceras. Magníficas eran la via Sacra y la via Triunfal en Roma. Empezaba la primera al oriente del Foro, y tocando en el Coliseo seguia á lo largo del templo de Antonio y Faustina, hasta subir al Capitolio á través de los arcos de Constantino, de Tito y de Septimio Severo (construcciones posteriores). Por la otra via entraban los generales vencedores, á lo largo de los campos del Vaticano y del Janículo; pasando luego el puente y la puerta triunfal, ganaban la via Recta, el campo de Marte, el teatro de Pompeyo, el circo de Flaminio, los teatros de Octavia y de Marcelo, y el circo Máximo; torciendo entonces hácia la via Apia salian por el Coliseo á la via Sacra, que les conducia al Capitolio. Por ambos lados decoraban aquellas magníficas calles que hoy conceptuamos angostas, irregulares y tortuosas, las estátuas arrebatadas á las naciones vencidas, las de los reyes arrastrados en triunfo, las de los grandes hombres y las de los dioses.

En el año 312 fué terminada por el censor Apio Claudio la via Apia, toda de gruesos pedruscos: arrancaba de la puerta Capena, y se prolongaba guarnecida de templos y sepulcros, ya levantándose sobre el fangoso terreno, ya á través de las hendidas rocas del Apenino. César la reparó acometiendo la empresa de secar las lagunas Pontinas: mantuviéronla y la mejoraron los emperadores que le sucedieron, y por último Pio VI la restauró á pesar de las injurias de veinte y un siglos. Prolongóse con el nombre de via Campana, desde Capua hasta el Oriente de Aversa, donde se dividia en dos. El camino que se dirigia al Mediterráneo, bajaba á Pozuolo por el monte Cauro; el que seguia la costa llegaba á Cumas, á lo largo de los pantanos de Linterno. Al salir de Cumas por el arco Felix guiaba otra ramificacion á Pozzuolo y se juntaba á la via *Mediterránea* para desembocar en Nápoles, á través de la galeria subterránea de Posilipo.

La via Flaminia, abierta por el cónsul Flaminio Nepote en 223, partia de la puerta Flaminia, cruzaba el Apenino pasando por Espoleto y Nócera, trasponia el monte de Asdrubal por la galeria denominada actualmente de Furlo, y siguiendo el valle del Metauro hasta Fano, costeaba el Adriático para llegar á Rímini. Allí tomaba el nombre de Emilia, y pasaba por Cesena, Forli, Imola, Bolonia. Separábase de allí la via Casia junto al puente Milvio y se dirigia por Viterbo á Etruria.

La inspeccion de los caminos atañia á los censores que á menudo tomaron el nombre propio de los caminos; luego á los tribunos de la plebe, y más tarde á empleados especiales. Cayo Graco mandó colocar á lo largo de los caminos las piedras miliares que indicaban las distancias de Roma ó de las principales ciudades, y á las márgenes se alzaban sepulcros ó se abrian subterráneos como los de los antiguos italianos.

CAPÍTULO XXVIII

INDIA.—SIGLO DE VICRAMADITIA.

Entre el número de embajadores que de todas partes acudieron cerca del venturoso Augusto, llegaron de la India á fin de celebrar alianza; y como á la sazon se hallaba en España, tornaron á ponerse en camino sin concluir nada. Algunos años después volvieron á Samos, y Nicolás de Damasco los vió en Antioquia, donde habitaban en la aldea de Dafne, reducidos á tres de toda la legacion que era numerosa, por haber sucumbido los demás á las fatigas del viaje. Acompañábanlos ocho esclavos, llevaban por única vestidura cierta especie de calzones y hacian mucho uso de perfumes. Entre otros estraños regalos, habian traido serpientes de quince piés de largo, y una tortuga de rio larga de cinco piés y una perdiz del tamaño de un buitre. Sus credenciales en idioma griego y escritas en pergamino procedian del rey Poro Pandion, señor soberano de seiscientos príncipes, que solicitaba la amistad de César, brindándole paso espedito por sus Estados para dirigirse donde mejor le conviniera, y su asistencia para todo lo que le juzgara útil.

Tenian consigo un hombre que habia nacido sin brazos y que se servia de los piés para tender el arco, dispararle y tocar la flauta; acompañábales tambien el bramin Zarmano Schegan, que después de haber pasado treinta y siete años viviendo frugalmente en una comunidad en medio de un bosque, conferenciando con sus cofrades sobre asuntos importantes, completaba viajando el caudal de sabiduría que habia adquirido Consideraba la vida como un estado análogo al de un niño en el seno de su madre, estado de que sale el hombre con auxilio de la ciencia á fin de entrar por la muerte en la verdadera y perdurable vida. Llegado á Atenas renovó Zarmano ante Augusto el espectáculo ofrecido por Calano á Alejandro; demasiado venturoso, decia, por no tener que temer ninguna desgracia, resolvió quemarse. Después de haberse hecho iniciar en los misterios de Eleusis, se despojó de su vestidura, se untó con aceite y subió sonriendo á la hoguera. Púsose esta inscripcion sobre su sepulcro: «*Zarmano Schegan, indio de Bargosa, que se inmortalizó ateniéndose al antiquísimo uso de su patria.*» (1)

Cualquiera que sea el valor positivo de este relato, nos conduce á un pais sobre el cual se ha fijado ya nuestra atencion ampliadamente. Este Pandion puede representar la antigua dinastia de los Pandos que dominó durante siglos en aquel pais de Manduras, llamado en el idioma de los naturales Panda-Mandala, y correspondiente al actual Malabar.

Ya hemos mencionado anteriormente las vicisitudes de Sandracoto (pág. 89) respecto del cual refieren las tradiciones indianas los más disparatados hechos. En su más razonable forma creemos poderlos reducir á lo siguiente. En tiempo de Alejandro reinaba en el Magada (Behar Septentrional) el príncipe Nanda, descendiente de Crisna. Declaró guerra á los diferentes hijos del sol que dominaban en los paises contiguos á sus Estados. Fuerte con la simpatia del pueblo, á quien arrancaba de un ominoso yugo, esterminó á aquellos tiranos, de los cuales no dejó sobrevivir á descendientes ni á deudos, como acaeció en nuestros dias en Egipto respecto de los mamelucos: de este modo se hizo dueño de todo el pais de los prasis, es decir, del Oriente, desde el Alahabad hasta el estremo oriental de la India: dilatóse tambien su dominacion sobre Bengala, vasto reino cuya capital era Balipatra (Palibotra) situada en la confluencia del Ganges y del Cosey, donde se halla Rai-Mahal ahora.

---

(1) Estrabon XV, cap. 1, § 43 y 52.

Después de haber esterminado á los chatrias, señores de estas comarcas, reinó con justicia. Como se habia casado con dos mujeres, una de real estirpe y otra de la casta de los sudras, llamó á la sucesion á los hijos de la primera, y señaló un patrimonio á los otros. Entre el número de los últimos se contaba Sandracoto (Chandragupta) que dotado de grandes cualidades y ambicion, se veia con disgusto aventajado por sus hermanos, superiores á él en nacimiento, aunque en capacidad muy inferiores. Tal era el caso de Ugradanva, que habia sustituido á Nanda en el trono. Cierto dia que habia solicitado á un bramin para celebrar el sacrificio funeral de *Srada*, le pareció que se habia presentado de silvestre y repugnante traza, y le despidió con menosprecio.

En su devoto orgullo estuvo muy lejos el bramin de llevar en paciencia tamaño insulto: profirió imprecaciones contra el profano monarca, y salió gritando por las calles que le siguiera el que anhelara ser rey en lugar de Ugrandava. Sandracoto que solo aguardaba una ocasion propicia, se le incorporó con ocho camaradas. Pasaron el Ganges, y habiendo entrado en el Nepal, apremiaron á Parastevara, rey de aquel pais, para que les ayudara á conquistar el imperio de los prasis, prometiendo cederle la mitad de la conquista. Este príncipe armó, pues, á sus súbditos y vasallos, y merced á su asistencia, destruyó Sandracoto la descendencia de Nanda y se asentó en el trono de los prasis. A su lado conservó á algunos griegos que le habian ausiliado en su usurpacion y de quienes se sirvió para disciplinar á los indios.

Lejos de dividir sus Estados con el rey de Nepal, no desperdició manera de reducirlos á una estrechísima unidad, y se acreditó de no menos hábil que poderoso, aunque sus fuerzas eran inferiores á las de Poro (Puvara) (2), que reinaba en el mismo pais más allá del Indo. Tambien resistió á Seleuco I Nicator, segun dijimos arriba; Antíoco el Grande invadió igualmente la India, donde recibió elefantes y dinero del rey Sopagaseno, con el cual celebró un tratado de paz.

Seleuco habia enviado á Sandracoto en calidad de embajador á Megástenes, que habia acompañado en su espedicion á Alejandro, y residido muchos años en Palibotra: hasta habia hecho una descripcion del pais, en que parece haber adquirido datos de Diodoro de Sicilia, Estrabon y Arriano. Alejandro no llevó su marcha más allá de las orillas del Ravei (*Hidraotes*), donde se alza actualmente Lahora, ni penetró en el pais que se estiende desde allí hasta Alahabad, una de las más ricas comarcas. Megástenes, primer europeo que fijó en ella la vista, quedó poseido de asombro. Sin embargo, no tuvo bastante con la verdad é introdujo fábulas en su relato. Contaba haber visto allí hombres con tan largas orejas que les servian como de manto para envolver sus hombros; cíclopes sin nariz y sin boca, solo con un ojo, y con unos piés de longitud estraordinaria, cuyo dedo gordo estaba vuelto hácia dentro; pigmeos que apenas llegaban á tres palmos; otros hombres de cabeza cónica; hormigas del tamaño de zorras, que arañando la tierra estraian oro (3).

Sandracoto le dió audiencia al frente de un ejército de cuatrocientos mil guerreros; Palibotra, lugar de su residencia, tenia diez millas de longitud y dos de anchura: su recinto lo fortificaba una muralla con sesenta torres y sesenta y cuatro puertas.

Daimaco fué tambien enviado á Alitróquidas, hijo de Sandracoto, y en Ateneo leemos que Amitócrates, otro rey indio, rogó á uno de los Antíocos que le enviara vino dulce, higos secos y un sofista griego, añadiéndole que se lo pagaria todo. Satisfízole el rey de Siria en cuanto á los dos primeros artículos; pero respecto del tercero le respondió que las leyes griegas le prohibian vender un filósofo.

Sesenta y siete años después de la muerte de Alejandro, tornó á ser independiente la Bactriana, (pág. 90) y llevando sus reyes las conquistas más allá que el héroe macedonio, recuperaron el pais inmediato á la embocadura del Indo. Unos ciento veinte y seis años antes de J. C. una horda de tártaros, repelida de los alrededores de la China hácia el Occidente cruzó el Yaxartes, inundó la Bactriana, y destruyó allí enteramente la dominacion de los griegos, que tuvo de duracion ciento treinta años. Ignórase como acabaron los demás reinos, porque fueron tan poco conocidos en el Asia occidental y en Europa, que apenas nos trasmitieron los escritores griegos el nombre de algunos de sus príncipes.

Como todos sus contemporáneos, habian acuñado monedas con leyendas griegas. Cuando los primeros aventureros fueron después arrojados por otros, indígenas ó procedentes del Tíbet y de la Tartaria, conservaron estos las leyendas griegas, les unieron luego otras indígenas, y por último se redujeron solo á las bárbaras. Conocíanse solo dos ó tres de estas medallas, cuando algunos oficiales franceses que militaron allí, y varios agentes ingleses trajeron muchas de ellas, por cuyo motivo se concibió esperanza de poder arreglar la série de sus reyes, como se habia hecho con otros de la alta Asia. Pero como si fuese fatal que la historia de la India careciese de cronologia, estas monedas dejan ver perfectamente el busto y los atributos, pero las fechas no, por lo cual es imposible fijar la sucesion de los príncipes.

Pero en la época en que rayaba Roma en su más alto punto de grandeza, tuvo tambien la India

(2) «Sandracoto, poderosísimo rey de la India, y Poro que fué más poderoso que el mismo Sandracoto.» ARRIANO, *Hist. indiana*, 3.

(3) ESTRABON, XX.

su siglo de oro bajo el rajá Vicramaditia (*Bekermajit*). Se nos presenta como rey de toda la India, quizá porque habia sometido á muchos rajás independientes, pero sus principales Estados se estendian á las orillas del Ganges, y residia alternativamente en Palibotra y Canogia. Juntó á los bramines en Benarés, hizo reconstruir á Ayodia, ciudad celebérrima en la antigua historia de la India, y comenzó la décimasesta dinastia de Bengala. Su poder se estendia hasta el pais de Cachemira, cuyos gobernadores se le sometieron espontáneamente y recibieron por rajá á Matarket, cuando se estinguió la familia reinante. Avasalló asimismo el Dekan septentrional hasta Tagara.

Eras de la India.—A la toma de Delhi, después del restablecimiento de la paz, empezó una nueva era que los naturales llaman *Samvat* y que corresponde al año 56 antes de J. C. Se ha adoptado generalmente en la India septentrional, á la par que se halla en uso en el resto de la India, otra era llamada de Saha, empezando con Salivahana el año 76 de J. C. Además de estas dos eras que son las más generalmente admitidas, hay otras conocidas solo de Panditos, y que reunimos aquí como raros fragmentos de la cronologia de este pueblo. En el año 355 antes de J. C., Mahabali ascendió al trono; murió en 327, y su familia fué esterminada en 315. Las espiaciones de Sianaquia se ponen en el año 312. En el 191 de la era vulgar subieron al trono Suraca, llamado tambien Aditia y Vicrama. En 441 otro Vicramaditia, hijo de Gandarupa, se ciñe la real corona. El apostolado de Mahabhat, es decir de Mahoma, tiene lugar en 622. En el año 1000 empieza el reinado de Bhodia, llamado tambien Vicramaditia: Pitaura es derrotado y muerto en 1192, y Diaya-Chandra asciende á rey en 1194 (4).

(4) WILFORD, *Investigaciones asiáticas*, t. IX.

Sin embargo, estas diferentes eras son conjeturales; porque después de la claridad con que la India se ilumina en tiempo de Vicramaditia, contemporáneo de Augusto, empiezan á condensarse otra vez las tinieblas; y aunque anheláramos penetrarlas, no hallaríamos en aquel pais nada que haya contribuido al progreso de la humanidad. Si intentamos, no obstante, sacar de la historia romana algunos datos sueltos, diremos que poco después de Augusto, impelieron los vientos á la isla de Taprobana (*Ceilan*) á Annio Plocamo, arrendatario de los impuestos en los puertos del mar Rojo. Allí permaneció seis meses, y el rey quiso que le instruyera en lo concerniente al imperio romano. Como observara que las monedas de que era portador su huésped eran de un mismo peso, aunque de cuño y fabricacion diferentes, concibió buena idea de la lealtad romana, y bajo el reinado de Claudio envió á Roma un rajá de la isla al frente de una embajada.

Sin duda fué asunto de grande asombro para los romanos saber que la Taprobana, isla ignorada hasta entonces aun de nombre, contenia quinientas ciudades; que Plasimonda, su capital estaba estremadamente poblada, y que el comercio acumulaba allí increibles riquezas. Cuéntase que los indios tuvieron relaciones con algunos otros emperadores. Sabemos especialmente respecto de Antonino, que los sármatas y los reyes del Bósforo, de la Cólquide, de la Iberia y de la Albania, de la Bactriana y otros paises contiguos á la India, le enviaron embajadores para anudar nuevamente los vínculos de amistad y de comercio con el imperio. Bajo el reinado de Justiniano, Cosmas Indicopleustes viajó por la India, donde ya se habia introducido el cristianismo, y escribió una descripcion de ella.

Pero si los occidentales no pensaron ya más en la conquista de la India, no dejaron de sacar ventaja de su comercio con aquellas comarcas.

CAPÍTULO XXIX

LITERATURA INDIANA.—ARTE DRAMÁTICO.

En la época en que la literatura latina resplandecia con más brillo, bajo el patrocinio de Augusto, era tambien el gran siglo de la literatura indiana en la corte de Vicramaditia, donde brillaban, por valernos de la espresion de los naturales, siete piedras preciosas, en otros términos, siete poetas ilustres. Un consejero de este rey llamado Amarasina, compuso un diccionario sistemático de la lengua sanscrita, en que hemos podido adquirir importantes datos.

Otro ornamento de la córte era Batrihari, hermano del soberano, de quien han quedado algunas poesías líricas.

Calidasa.—Pero el más esplendente joyel de la corona de Vicramaditia era Calidasa. Este perfeccionó la lengua, restauró los antiguos monumentos de la literatura, separó de la religion la poesia descriptiva en sus *Estaciones*, donde se hallan de contínuo bellezas, y á veces hasta lozanias. Lleno está el tono elegiaco de sus versos de ese dulce sentimiento de la naturaleza, que hemos reparado en las más antiguas obras indianas (1).

Pero el triunfo de Calidasa es la composicion dramática. En el curso del último siglo viendo representar un bramin en Calcuta dramas ingleses, dijo, que los indios tenian producciones muy semejantes en su lengua. Estas palabras pusieron en camino de tesoros ignorados y guiaron al descubrimiento de una poesía dramática tan original como rica.

Supónenla tambien los indios emanada de Brama; por eso la consideran exenta de toda depravacion y propendiendo á un objeto moral por su propia naturaleza: comparan el placer que proporcionan las representaciones teatrales, á la miel que hace saludable una bebida. Comunmente los héroes de sus dramas son un dios, un semi-dios ó un gran rey, animados de tiernos y generosos sentimientos. Los personajes de segundo órden son tan solo ministros, bramines ó negociantes. Hasta la pasion conserva allí un lenguaje digno: menos sensual el amor que entre los romanos, menos metafísico que entre los modernos, rechaza allí las fórmulas de baja

---

(1) «Aquella, Calidasa canta, que ocupa mi pensamiento, solo aversion me consagra: por el contrario arde de amor por un rival que languidece á su vez víctima de los desdenes de otra; y una mujer á quien no puedo sufrir, me ama con delirio. ¡Caigan mil maldiciones sobre una y otra, y sobre mi rival, y sobre el amor, y sobre mi propio!»

En este idilio de Mosco se halla un pensamiento semejante:

«El dios Pan se abrasaba por Eco, que vivia en el contorno; pero Eco amaba á un jóven sátiro petulante: el sátiro languidecia por Lida. Eco se sentia continuamente atormentado por Pan, como el sátiro por Eco, y Lida por el sátiro; y el amor se reia de todos. Cada uno de los enamorados detestaba al que le amaba, tanto como era aborrecido del objeto amado. Produzca este ejemplo sus frutos. A todos os lo digo: No ameis á las que os aman, á fin de que seais amados por aquellas á quienes amais.»

Asca, poeta árabe, se esplica en el mismo tono:

«Una mirada casual encendió la llama que me devora, mientras el corazon de Horaireh arde por un rival, á quien aleja otra. Esta á su vez es objeto de una pasion á que permanece indiferente, y el amante á quien desdeña, causa con sus desvios la muerte de una infeliz, esclava de sus encantos. Tambien yo soy amado por una persona que no me agrada. Así una comunidad deplorable nos asocia en una misma suerte. Sujeto á los mismos tormentos cada uno de nosotros, cerca ó lejos del objeto de su pasion ardorosa, es víctima de sus amores y se halla preso en los lazos en que hay otro cautivo.»

Hé aquí tres poetas que se encontraron, sin que se hayan copiado positivamente uno á otro.

adoracion y no puede ser representado más que legítimo, es decir, con una persona libre: no seria tolerada una intriga con la mujer agena. Si el héroe está ya casado y se enamora nuevamente, se compone el desenlace casándose tambien con la que le ha prendado. En nada contrastan las más voluptuosas pinturas de su amor, cuyo único objeto es el deleite, con la moral ni con la religion, pues ambas consideran como el acto más agradable á los ojos de Dios saborear las delicias con que ha querido encantar nuestro terrenal destierro.

Se esplican en sanscrito los héroes y los principales personajes; la heroina y las mujeres en pracrito, es decir, en el dialecto que probablemente estuvo en uso en otro tiempo; los personajes inferiores en un idioma más vulgar, aunque tampoco se usa. De aquí pareceria resultar que estos dramas habian sido compuestos, no para la masa de la nacion, sino para la clase más distinguida de los bramines y de los chatrias; y de consiguiente no podia operar de una manera viva sobre las pasiones generales. Allí no buscaban los indios una especie de interés universal é instantáneo, sino, por decirlo así, un interés de escuela; el que gran número de poetas se satisfacen de escitar en composiciones de imitacion sistemática. Añadamos que estas piezas no se representaban, como las de los griegos, sino en raras ocasiones, en las fiestas solemnes, en la boda ó nacimiento de los príncipes, en las grandes ferias, ó en otras reuniones numerosas. Pero los autores indios no eran fecundos como los griegos, y su riqueza dramática no es tanta como afirma Jones en el entusiasmo del primer descubrimiento. Calidasa y Bavabuti apenas compusieron tres tragedias cada uno, y mucho es si las que han quedado esceden del número de sesenta: es verdad que son la flor de cuantas allí se han escrito. No hablamos de las farsas que los charlatanes representan en las plazas, improvisando el diálogo á que mezclan canciones vulgares; diversion que complace á los indios de una manera estraordinaria, y que les prohiben demasiado los dominadores extranjeros.

Hubo más abundancia entre los escritores que á fuerza de preceptos aspiraron á enseñar al genio á trabajar esmeradamente, y á la mediania á competir con el genio. Causaria fastidio repetir aquí las distinciones que establecen acerca de los héroes, de las pasiones y del estilo. Denominan generalmente á los dramas *rupa ó rupaka*, por estar destinados á dar un cuerpo ó una forma á caractéres y sentimientos. Definenlos: *poema hecho para ser visto*; lo cual dice relacion con el significado de nuestro *espectáculo*.

De la mitologia está sacado el asunto de la mayor parte de las piezas indianas. Redúcense las cualidades que se han de buscar en ellas á una intriga sencilla, á incidentes bien eslabonados, á una accion natural, que no llegan á interrumpir multiplicados episodios, á un estilo puro y elegante. Jamás deben oirse en la escena imprecaciones ni sentencias de degradacion ó de destierro, ni relatos de desgracias nacionales. Está prohibido morder, abrazarse, dormir, comer en el teatro, bañarse, untarse el cuerpo con perfumes, casarse, derramar sangre, hacer desaparecer á uno de los personajes á consecuencia de una catástrofe. De aquí se puede deducir que no tienen tragedias en el sentido riguroso y admitido de esta palabra. Ni aun siquiera distinguen entre sí los diferentes géneros de dramas, á medida que representan los crímenes ó los caprichos de la especie humana, los accidentes cotidianos de la vida, los terrores que despiertan el infortunio, ó el júbilo que engendra la ventura. Al revés, mezclándolo todo procuran escitar una emocion que no les aleje demasiado de aquella tranquilidad en que hacen consistir el colmo de la dicha. Importa especialmente, dice *Sahitya-Darpana*, que el desenlace nazca del mismo relato, como la planta de la semilla que la produce. No han pensado en mantener siempre la accion en una elevada esfera, ni en representar solo la naturaleza humana bajo el aspecto heróico, á estilo de los dramaturgos franceses é italianos, sino que á semejanza de los españoles y de los ingleses, han asociado lo serio á lo jocoso, lo sombrío á lo burlesco. Todo héroe tiene á su lado el *vita*, especie de confidente harto semejante al parásito griego, que rie, bebe, toca un instrumento, canta y sostiene el alborozo entre la compañia. Además tienen el bufon (*vidusaka*) que habla por retruécanos y proverbios, dá y recibe bromas, y con tal de que no le falte que comer, hasta sufre palos. Cuando están próximas las lágrimas á perturbar aquella habitual calma, distrae al auditorio, recordando que es hora de sentarse á la mesa.

Jamás han tenido los indios un teatro verdadero, sino la *sanguita sala* ó salon de canto (2) en los palacios de los príncipes. Sirven de escenario los anchos patios de las habitaciones reales: por lo demás carecen de trajes, decoraciones y de todo el aparato mecánico de nuestras empresas teatrales.

Comunmente empieza el drama por un prólogo en que el director se junta á uno de los actores, para informar al auditorio de los hechos anteriores á la intriga y del pensamiento del poeta: dirige al público halagüeñas espresiones, al que dá la representacion y á la compañia. De este modo más venturosos sus poetas que los nuestros, se encuentran exentos del embarazo de dar á conocer en el curso de la accion los sucesos que la han precedido. Cada vez que sale á las tablas un personaje, es anunciado por su nombre; recurso tosco sin duda, si bien vale poco más ó ménos tanto como hacer decir á sus héroes: *Hete ya en Roma, Graco; hete ya en Tebas, Argio*. Al prólogo sucede constantemente una invocacion á la divinidad y por ello se ter-

(2) *Sanguita sala*. Hallamos en la lengua alemana *singen*, cantar, como tambien *saal y sala* en español é italiano.

mina la representacion asimismo, y se desea toda clase de felicidades á los asistentes, lo cual equivale al *valete et plaudite* de los latinos. En estas composiciones no se observan las unidades de lugar y tiempo; aun la de accion falta á menudo. Tienen de cinco á diez actos; y, aunque los legisladores del gusto recomiendan no comprender en un acto más del espacio de un dia, abarcan á veces un año entero. Mucho más largo es el intérvalo entre acto y acto; lo hay de doce años y aun más en algunas piezas, como por ejemplo en la de Siva, en que aparece en cinta en el primer acto, y al principio del segundo ya son héroes sus hijos. Pero estas entran en el número de aquellas licencias que la pedanteria apenas perdona ni aun siquiera al genio: lo más frecuente es que se haga contar á un actor los acontecimientos que no hubiere sido posible encerrar dentro del tiempo prescrito.

Lo largo de estas piezas escede hasta á los dramas alemanes. En Chenduli, patria de Calidasa, se emplea una noche entera en representar cada año uno de los dramas del Shakespeare indio, que reunen lo gracioso y lo terrible, lo sentimental y lo sublime, al mismo tiempo que se sostiene un lenguaje de una armonia y de una magnificencia indecibles. Está el diálogo en prosa; pero lo que se requiere ser declamado, todo lo que es reflexion y descripcion se halla en verso, cuyas sílabas, varian en número desde ocho á veinte y siete (3); siempre acompañan á la representacion danzas y cantos. Especialmente son admirables las plegarias en que se implora á la divinidad al principio y al fin del drama.

Continuaremos observando el sistema que hemos adoptado, ateniéndonos con preferencia á la parte dramática, que, revelando con más sinceridad y lozania los pormenores de la existencia de un pueblo, es mucho más interesante cuando dá á conocer una civilizacion ignorada. Pero no cabria en lo posible columbrar ni la mitad de las bellezas de las composiciones indianas, sin hacer memoria de lo que hemos narrado anteriormente relativo al influjo formidable de las maldiciones de los bramines, á la participacion de la naturaleza entera en todo goce ó padecimiento, á la perpétua fusion de las cosas divinas y humanas.

El *Reconocimiento de Sacontala*, obra maestra de Calidasa, está escrita en tres lenguas diferentes, segun la categoria y el carácter de los interlocutores: los bramines y el príncipe hablan en sanscrito, las mujeres y los autores del segundo órden se espresan en pracrito; y emplean una jerga particular los personajes inferiores.

En el *Mahabarata*, Dusmanta rey de las Indias, llega á la ermitá del piadoso Kanna, padre adoptivo de Sacontala, hija de la ninfa Menaca; se enamora de ella, y se casa estando ausente Kanna. Al dar su mano pone la jóven por condicion que, si da á luz un hijo, le conferirá el rey el título de *yuva raja*, es decir, jóven rey, y le declarará sucesor suyo. Dusmanta se separa de Sacontala, prometiéndole que muy en breve se presentará una espléndida comitiva para llevarla á su córte; mas lejos de suceder así, la olvida el ingrato. Ya madre, espera infructuosamente muchos años, y acaba por llegar á presencia de su real esposo con su hijo de edad de dos lustros. Dusmanta se niega á reconocerlos hasta que una voz celeste declara que aquel es realmente su hijo. Entonces le recibe en sus brazos, pide perdon á Sacontala, diciéndole que habia disimulado por miedo de que sus súbditos creyeran á aquel hijo nacido de un ilegítimo enlace, y esplica el júbilo que esperimenta en obedecer el mandato de los dioses.

Tal es el asunto del drama. Se abre con un prólogo en que el director estimula á una actriz á representar bien su papel por respeto á tan selecto auditorio. Sigue la bendicion pronunciada por un bramin en estos términos: «El agua fué la primera obra del creador; el fuego recibió las ofrendas prescritas por las leyes; el sacrificio se celebra con solemnidad; los dos luminares del cielo dividen el tiempo; el éter, sutil vehículo del sonido, llena el universo; la tierra es madre natural de todo incremento; el aire anima á cuanto respira. Visible bajo estas ocho formas Indra, dios en la naturaleza, os bendiga y sostenga.»

En el primer acto está el rey de caza persiguiendo á una gacela: vá á herirla, cuando le grita una voz: «¡Detente! Ese tierno animal pertenece á nuestra ermita; no debe ser muerto: ¡Oh! no.» El carro del rey hace alto, y un ermitaño se adelanta diciendo: «Vuelve á tu carcaj la mortal flecha; tus armas ¡oh rey! deben proteger al débil, y no herir al inocente.» No hay clásico que no pueda envidiar una prótasis tan sencilla, y en que tan pequeño incidente revele más pormenores de costumbres.

Dusmanta obedece con respeto, y el ermitaño le conduce al retiro de Kanna, *maestro del talento*, que ha ido á Sumatirta á suplicar á los dioses que aparten de Sacontala, su hija adoptiva, los infortunios de que está amenazada. Basta al rey ver á aquella jóven para prendarse de sus hechizos. «Sus labios están teñidos con el carmin de la rosa: sus brazos se enroscan muellemente como dos tiernas ramas; y la encantadora frescura de la juventud derrama sobre su persona un inesplicable atractivo.» Solo le detiene el pensamiento de que pertenece á la secta de Kanna, y no puede en consecuencia enlazarse con un miembro de la casta de los chatrias.

En este momento empieza á gritar Sacontala perseguida por una abeja: *¡Compañeras, libertadme de este audaz insecto!* Y responden ellas: *¿Y qué podemos hacer nosotras? Llama en tu socorro á Dusmanta. ¿No corresponde al rey proteger á los habitantes de esta ermita?*

Preséntase luego el rey fingiendo ser un magis-

(3) En la época de la decadencia se llegaron á hacer versos hasta de ciento noventa y cuatro sílabas.

trado, y sabe que Sacontala es hija del santo rey Cosica y de la ninfa Menaca. Puede pues, casarse, con ella, estando ya seguro de agradarle. A este tiempo se anuncia que el rey se adelanta con caballos y elefantes, y que especialmente uno de estos últimos causa grandes estragos en el sagrado bosque. Asustadas las jóvenes se ponen en salvo, y se pone el rey á delirar amores.

Anúdase la accion en el segundo acto. Acompañado Dusmanta de algunos cortesanos, busca un medio de penetrar en la cabaña de aquella á quien ama, cuando llegan á rogarle dos ermitaños que permanezca algunos dias con ellos para alejar con su presencia á los malos genios que desde la partida de Kanna perturban sus santos ejercicios. Consiente en ello con gusto. Vanamente le envia á llamar la reina madre con un espreso, por ser indispensable su presencia en la ceremonia del ayuno religioso: hace el rey que en su lugar vayan otros hombres, y se agrega á los ermitaños.

En el tercer acto han cesado las tentaciones de los malignos genios; mas informada Sacontala de que es rey su amante, padece y abre su corazon á dos amigas. Oculto Dusmanta detrás de un matorral oye su confidencia y el consejo que Sacontala recibe de una de sus amigas, reducido á deslizar, en una flor un billete y presentárselo á título de homenaje. El contenido del billete, escrito en verso, dice lo siguiente: «Tu corazon no le conozco: acaso es inacesible á la compasion; el mio languidece de amor noche y dia. ¡Oh! toda mi existencia es tuya.»

Saliendo entonces de la espesura el rey declara sus sentimientos á Sacontala, y su lenguaje respira á la vez pasion y delicadeza: tímida la jóven resiste; pero al alejarse, clama: *Sacontala os ruega que no la olvideis nunca.*

Se retira para observar á su amante, que, habiendo encontrado el brazalete que llevaba, lo estrecha contra su pecho. Vuelve ella á pedirle aquella prenda: Dusmanta solicita ajustarla á su brazo, y la jóven consiente en ello. Aquí se anima la escena; pero se oye la voz de Gotami, venerable guardiana de Sacontala, y el rey se esconde. Preguntada la jóven por su anciana compañera acerca de como se siente, contesta: *Mucho mejor, respetable matrona.* Luego al partir se espresa de este modo: *¡Y ojalá vosotras, sombras queridas bajo las cuales he podido ya aplacar parte del fuego que me inflama, seais en breve testigos de mi cabal ventura!*

En el cuarto acto se ha casado ya el rey con Sacontala y ha tomado la vuelta de su palacio; pero Kanna continua todavia ausente. Durvasa, uno de los santos ermitaños de la India, se presenta en la ermita, y Sacontala no le recibe con los miramientos que debiera por estar absorta en el pensamiento de sus amores; la cólera que él esperimenta le hace proferir contra ella el deseo de que el rey olvide á su nueva esposa. Luego se apacigua y declara que cesará el efecto de esta maldicion tan luego como se presente á Dusmanta un objeto que le haga reconocer á aquella á quien ha jurado su fé.

Kanna regresa á su ermita, y como ha encontrado presagios favorables, dice á su hija que se disponga á marchar cerca de su real esposo. Una voz celeste le ha dicho: *Sabe, virtuoso bramin, que en el seno de tu hija ha penetrado un rayo de la gloria de Dusmanta para felicidad del mundo.* Sacontala se despide con ternura de sus amigas, de los árboles, de las flores, de su gacela, de su cervatillo. *Buen padre,* dice á Kanna, *cuando esta querida gacela que no me atrevo á separar de la ermita, por hallarse detenida en su carrera á consecuencia del peso que lleva en su seno, llegue á ser madre, no olvideis, os ruego, darme noticias de ella.*

Sus compañeras la dicen: *Si tarda el rey en reconocerte, muéstrale el anillo en que está grabado su nombre.* Es el anillo que habia recibido de Dusmanta al tiempo de su partida, diciéndole: *Sea esta una prenda de mi memoria.*

Nos traslada el quinto acto á Hastinapura y al recinto del real palacio. Sacontala llega acompañada por los ermitaños, que anuncian á Dusmanta la aprobacion dada por Kanna á su enlace con Sacontala: invítanle de consiguiente á acojerla como á una esposa que lleva en su seno el fruto de sus amores.

Pero la imprecacion de Durvasa empieza á producir su efecto: Dusmanta no reconoce á su consorte; ella desesperada quiere recurrir á su anillo, y no lo encuentra en su dedo, porque lo ha perdido al hacer sus abluciones en el estanque consagrado á la diosa Sati.

Después de intentar esterilmente Sacontala enternecer al rey, desearia partir de nuevo; mas el bramin le dice: *Si te crees inocente y pura, debes soportar con aliento tu condicion cerca de tu esposo, aun cuando te tratara como esclava.*

Vaticinado está que el primer hijo varon de Dusmanta anunciará en la disposicion de las líneas marcadas en la palma de la mano una alta fortuna. Se propone, pues, al rey que aguarde á que Sacontala dé á luz al niño que lleva en sus entrañas, á fin de asegurarse de si tiene el profetizado signo. Asiente á ello: Sacontala se retira llena de desconsuelo; pero poco después se sabe que ha sido arrebatada por un esplendente genio. Dusmanta queda poseido de asombro, aunque sin ablandarse por eso, pues continua el prestigio causado por la imprecacion bramínica en producir su efecto.

En el sesto acto se reduce á prision un pescador como delincuente de haber robado un anillo con la cifra del rey; pero el infeliz protesta haberlo encontrado dentro del seno de un pescado. Apenas el rey fija en aquel anillo sus ojos, se desvanece el encantamiento, y recuerda con amor á su jóven esposa; esta ha desaparecido. Hace suspender la festividad de la primavera, y quiere que le lleven el retrato de Sacontala; cuando le contempla, torna á enardecerse su amor de manera que le parece estar delante de su adorada.

En el intérvalo del sesto al sétimo ha sido vencida por Dusmanta, subido en el carro de Indra, la raza de los Danavas. Vuelto de la corte de este dios á la tierra se encamina á la solitaria mansion del gran dios Kasiapa. Allí encuentra á un mancebo jugando con un leon cachorro; y como le acaricia con un sentimiento de simpatia, descubre que su mano presenta las líneas misteriosas, presagio de su soberania. Le dirije preguntas y acaba reconociéndole por hijo suyo. En el momento en que se arroja á los pies de Sacontala, ella le dice: *Levántate, querido esposo, levántate. Sí, fuí por largo tiempo infortunada, pero ahora mi alegria escede con mucho á todos los sinsabores padecidos.*

El rey, su mujer y su hijo son trasladados á la celeste morada, donde Sacontala sabe que el error de su esposo tuvo por origen las imprecaciones de Durvasa, y que su hijo está destinado á ser dueño de todo el mundo. Termina el drama con este voto de Dusmanta: *¡No deseen el poder los reyes de la tierra sino para hacer felices á los pueblos!*

Una composicion de esta especie solo podia ser ensalzada hasta las nubes por un auditorio muy civilizado. Ofrece tanta regularidad (entendemos hablar del encadenamiento y progresion de sus partes) que cuando Schlegel publicó una traduccion latina de ella, aquellos mismos que admitian á cierra ojos la poesia apócrifa de Osian, se negaron á prestar asenso á la lealtad del escritor aleman. Creyóse que él mismo habia compuesto aquel drama, para ofrecer, como llegado de los confines de Oriente, un estímulo á las doctrinas románticas que habia pregonado.

En el drama de *Jaideva* vive Crisna, á semejanza de Apolo, á orillas de Anfriso, en medio de pastores, y se hace amar de muchas mortales. Entre su número corresponde la palma de la hermosura á Rada que, celosa de las caricias que el dios prodiga á las demás, le dirige amargas querellas; pero una amiga los reconcilia y se consagran á su ternura. Este drama, el más antiguo de todos, está casi desprovisto de formas escénicas; respira en él en toda su desnudez la pasion más vehemente, y sin embargo, acaba con un canto religioso á Visnú.

Entre los dramas monólogos puede ser colocado *La Nube mensajera*, de Calidasa. Un devi al servicio de Kuvera, en la ciudad de Alaca, es relegado á los montes del Himalaya por haber permitido que devastara el jardin de su amo el elefante de Indra. En su destierro descubre una nube que avanza del Mediodia al Norte, hácia los lugares que habita su jóven esposa, y ruega á la aérea viajera que le dé noticias suyas. Describe los paises que se hallan en el camino, y aunque la multiplicidad de los nombres extranjeros, á que nuestros primeros estudios no han asociado las risueñas ideas de los nombres griegos y latinos, tenga algo de fatigoso, enternece aquel piadoso sentimiento de la patria: conmueve el devi cuando se imagina á su consorte sumida en la tristeza y contando los dias de su ausencia, cuando dice á la nube las palabras que debe murmurar á su oido para consolarla: *La planta seca levanta hácia tí sus miradas, y una amena lluvia es tu única respuesta.* Este es ciertamente un pensamiento que no desdeñaria clásico ninguno.

Entre el número de los dramas pertenecientes á la segunda clase, la de los *Uparupaka*, figura el *Vikrama y Urvasi* ó *el Héroe y la Ninfa*, del poeta Calidasa, muy semejante á nuestras óperas. La ninfa Urvasi, *el más bello ornamento del cielo y que eclipsa los atractivos de Sri*, ha sido arrebatada por el genio Kesi á las cumbres del Himalaya; llóranla sus amigos. Pururava, rey de Pratistana, uno de los descendientes del sol, va en pos del raptor y liberta á la hermosa Urvasi. Chitrasena, rey de los músicos de la corte de Indra, canta el valor del héroe. Pero el libertador se enamora de los encantos de la ninfa, que lejos de ser ingrata corresponde á su ternura. La delicadeza con que estos dos amantes espresan sus sentimientos, hace palidecer nuestras más sentidas escenas. Sin embargo, la ninfa vuela en breve con el celeste coro, y deja á su amante en la tierra.

Pasa el segundo acto en el palacio de Pururava: empieza por una escena cómica en la que figura uno de los bufones ó *vidusakas* de que hemos hablado: «Es un suceso grave, dice, es un gran fastidio para un bramin como yo, que tanto apetece no hacer nada, encontrarse en situacion semejante. Poseo un secreto y es el secreto de un rey. Si hablo, muero, y callar me es imposible. ¿Qué hacer en este caso? Todos me buscan, todo el mundo me quiere. Buena pasta de hombre; picotero, soy incapaz de guardar un solo instante mi pensamiento dentro de mí mismo. ¡Cuánto me pesa este secreto! Se estremecen todos mis miembros. ¡Ea, valor, Manava! ¡Prudencia! Siéntate en este rinconcito y aguarda á que venga el rey, tu señor y amigo.

En vez del rey llega una sierva de la reina, que hábilmente induce á hablar al bramin y le arranca su secreto; enseguida corre ella á revelar á la reina la infidelidad de su esposo. Cuando sobreviene el rey forma singular contraste su melancolia profunda con los gestos del bramin, que le aconseja como el mejor espediente dormirse y soñar con la ninfa.

Urvasi, invisible, ha oido su plática y convencida del amor del rey, le tira una hoja en que se hallan trazados estos versos: «Una llama igual, aunque oculta y misteriosa, abrasa dos corazones. La pura y fresca brisa que hace flotar las nubes y ondear mi cabellera en el fondo de las grutas celestiales, no tiene ya para mí dulzura, ni me ofrece tampoco salud y vida: el céfiro más suave y embalsamado es para mí un soplo de muerte. Sécanse las flores y mueren bajo mis plantas, como mi alma consumida de amor, como mi forma delicada y celeste por el amoroso fuego minada.»

Encuentra la reina este billete, y siente celos; su marido le pide perdon, y Manava esclama: «Ella está iracunda, él apurado; si yo anunciara que está pronta la comida, seria para ellos y para mi la mejor manera de salir de apuros.»

Urvasi es llamada al cielo en el tercer acto para representar un drama; pero cuando le preguntan en el curso de la accion como se llama aquel á quien su corazon se inclina, en vez del nombre de Purusotama, primer agente de la naturaleza, pronuncia el de Pururava. Semejante profanacion le hace pasible de un enorme castigo; pero Indra teniendo en cuenta el agradecimiento que á su libertador debe, la conmuta en destierro sobre la tierra cerca del príncipe amado. En esto ha hecho voto la reina de continencia y ayuno: para dar tregua á sus celos invita á su esposo á acudir al terrado y ver la entrada de la luna en la constelacion *Rohini*. Mientras él la aguarda en aquel punto Urvasi y su compañera llegan invisiblemente á su lado. Sobreviene la reina y se reconcilia con su esposo, le promete ser buena y complaciente con la ninfa, y le permite amarla. Luego que se aleja, aparece Urvasi, y ya no tiene motivos para dolerse de la pérdida del cielo.

El cuarto acto, completamente lírico, está lleno de música y de recuerdos nacionales. Mientras que los dos amantes vagan por las riberas del Mandakini, llama la atencion del príncipe una sílfide, que juguetea en las ondas. Concibe celos la ninfa, se aleja de su lado, y olvida la ley que prohibe á las mujeres penetrar en el encantado bosque de las Cartikeias. De aquí resulta que en el momento en que sienta allí su planta, se trasforma en viña. A su colmo llega la desolacion de Pururava, que va en su busca y encuentra una suave simpatia por su dolor en todos los séres animados; en el cisne, que melancólico y lento hiende las ondas; en el solitario elefante, que tal vez ha perdido á su compañera; en la errante nube. Por último, llega en su ayuda un sér sobrenatural que le entrega el rubí de la reunion. Urvasi vuelve á su primera forma en los brazos de su amante, y arrebata á ambos una nube. «Ondean entorno de ellos, como penachos, relámpagos encendidos, y llevan por pabellon el fulgurante y vaporoso arco con que Indra pinta el cielo.»

En el quinto acto roba un halcon el rubí salvador; pero le hiere una flecha en que va escrito: *Ayu, hijo de Urvasi y de Pururava*. Enloquece de júbilo el rey, que no sabia que era padre; mas turba su alborozo el llanto de Urvasi, que obedeciendo al destino, debe subir nuevamente al cielo tan luego como él haya visto á su hijo. Desconsolada ella con el temor de ser olvidada y de que busque él con preferencia las soledades del Himalaya para recrearse en los recuerdos queridos, perseguir el gamo ó los demonios raptores de las mujeres, desciende Narada del cielo, cuyo perdon les anuncia. En el colmo de su alegria y ventura, termina el rey haciendo votos porque cesen de ser enemigos el saber y la fortuna, y porque su union produzca el bien verdadero de la humanidad.

Esta intriga se halla sembrada con una porcion de pormenores cuya reproduccion fuera ociosa, y que le añaden interés sumo, por estar en relacion con las creencias del pais y revestidos con una poesia encantadora.

Después de Calidasa fué declinando el teatro entre los indios. Sin embargo, el rey Sudraka compuso dramas dignos de estima: y si Bavabuti, escritor muy posterior á Calidasa, le cede en poesia, no así en pasion. Bramin de nacimiento, vástago de sangre ilustre, recibió de sus contemporáneos el sobrenombre de *Srikanta* (de hablar dulce). En vez de detenerse, como se hacia en su tiempo, á describir minuciosamente la naturaleza en sus más mínimas particularidades, se complace en ámplias y sublimes miras, en el estruendo del rayo y de los aquilones, en las terribles luchas de los elementos, en los combates de elefantes en las proezas de los monarcas. A los tres dramas que nos han quedado suyos, podria dárseles el nombre de epopeyas dialogadas: Son *Malati* y *Madhava*, *Uttara-Rama-Siaritra* (4) y *Maha-Vira-Siaritra*.

Además de los análisis y de los estractos de otras muchas producciones indianas ha dotado Wilson á Europa con una coleccion de los más selectos dramas sanscritos, todos inferiores en plan y en estilo al *Sacontala*. No deben ser mirados á pesar de eso con indiferencia, pues á falta de otro mérito, agradan por su fisonomia nacional en un todo, y por ese diferente giro del que caracteriza nuestras obras europeas, más ó menos modeladas siempre sobre el tipo griego.

El *Mricchacati* ó Carro de arcilla, al que convendria mejor el título de la *Cortesana enamorada*, es obra del rey Sudraka, y se reputa por anterior al décimo siglo. Es la aventura de Palaka, rey de Ujani, destronado por un pastor, á quien prestan ayuda los bramines; pero á este incidente se mezcla el amor de la cortesana Vasantasena hácia el bramin Charudata. Cambia el amor á aquella mujer, que ha ganado tesoros en su vil oficio, y le hace renunciar á sus antiguas inclinaciones, mostrándose pura y generosa. En vano intenta seducirla un cuñado del rey empleando los halagos del poder y del oro. «¿Por qué, le dice el confidente del príncipe, reniegas de tu caracter, Vasantasena? Entra libremente la juventud en la mansion de la cortesana: es una planta que crece en medio del camino público: su persona es un género, su amor puede comprarse por oro. Debe acoger al hombre que le repugna como al que le agrada. Se bañan en la misma fuente el sabio y el ignorante, el bramin y el paria. Sobre las ramas del mismo árbol se posan el pavo real y el cuervo; en el mismo bagel bogan el bramin, el chatria y el vasia. A semejanza del bagel, del árbol, de la fuente, es la cortesana comun á todos.»

---

(4) Colebrooke ha publicado el análisis de esta pieza. Wilson dió seis dramas y el análisis de veinte y tres, y además un ensayo sobre el sistema dramático de los indios. Langlois, autor de los *Monumentos literarios de la India*, los ha traducido al francés.

Conoce la infeliz cuanta verdad hay en el fondo de esta reconvencion amarga, y sin embargo, se resiste. Pero cuando procura apelar á la fuga, se equivoca tomando el *carro de arcilla del rey* por el suyo. Así cae en manos de aquel pérfido príncipe, quien la amenaza con darle muerte.

—¡Morir tan pronto! esclama ella; voy á pedir socorro. Pero ¡ah! se oiria lejos la voz de Vasantasena y esto me deshonraria. No, solo pronunciaré estas palabras. ¡Bendito seas, sí, bendito seas, mi querido Charudata?

El príncipe. ¿Has de repetir de contínuo ese nombre? pronúncialo otra vez, si te atreves. *(La ase por la garganta).*

Vasantasena (con voz ahogada). ¡Bendito seas, Charudata mio!

Ahógala el príncipe y acusa de su propio delito á Charudata, jóven bramin de acrisolada virtud y de una severa conducta. Es citado á juicio, y cuando se le pregunta si ha tenido alguna intimidad con la cortesana, se sonroja y titubea. Estrechado entonces, responde: «Si fué amiga mia, acusad á mi juventud y no á mis costumbres.» En su defensa compara el tribunal á un mar proceloso; los abogados á las alboratadas olas; los procuradores á los reptiles insidiosos que se deslizan ocultamente bajo las aguas; los delatores á las conchas bajo las cuales crecen yerbas venenosas, y el acusador á la lechuza acechando siempre á su presa para asirla y devorarla. No obstante, fuera inevitable su ruina, si no sobreviniera una revolucion que derroca al rey y al príncipe su desleal cuñado. Ademas Vasantasena, vuelta en su acuerdo del desmayo que habia hecho creer en su muerte, comparece á justificar á su amante. Tiene el jóven bramin una mujer y un hijo; pero esto no es un obstáculo para Vasantasena, que tampoco escita los celos de la legítima esposa: esta la abraza y la saluda como á una hermana bienvenida.

Dista, sin embargo, mucho esta mujer de abrigar indiferencia por su marido; pues en el momento en que se le habia anunciado que iba á recibir muerte, se habia puesto en camino para arrojarse á la hoguera, segun costumbre de las viudas afectas á su esposo. Charudata, que llega á tiempo para estorbar aquel sacrificio, esclama: «¿Qué frenesí te inducia á buscar la destruccion cuando tu esposo está vivo? En tanto que el sol resplandece en el cielo nunca cierra el loto sus enamoradas hojas.

—Es verdad, responde ella; pero solo sus ardientes besos son los que dan al loto seguridad de que el objeto de su amor está presente.»

Lejos de pensar Charudata en vengarse de su perseguidor poderoso, dice: «Un enemigo humillado que implora vuestro perdon de hinojos á vuestras plantas, no debe sentir el peso de vuestra cuchilla.»

El drama de *Mudra-Racsaca* ó el Sello del Ministro, es histórico y político, y se cree que es del duodécimo siglo. El héroe es Chandragupta, probablemente el Sandracoto de los griegos, que se ciñe la corona después del asesinato de Nanda, rey de Pataliputra. Racsaca, primer ministro del rey difunto, se ha refugiado á la córte del rey de los melectas ó bárbaros, á quienes escita en contra del usurpador; pero el bramin Sianaquia, jefe de la trama que ha costado la vida á Nanda, se compromete á ganar al leal ministro con el auxilio de hábiles agentes. Dirigiéndose estos á su lado en el momento de reunir tropas contra el usurpador, le pintan la situacion del reino en el estado que conviene al deseo del bramin. Sandracoto tiene por *guru*, ó comodiríamos nosotros, por director espiritual, á aquel mismo Sianaquia. Desempeñan frecuentemente este papel los bramines, dándoles derecho para hacer á sus ovejas espirituales las más estrañas preguntas y para exigir una veneracion de que se contentarian los dioses. Soma, dios de la luna, fué precipitado desde el cielo al mar por su guru, á consecuencia de haber seducido á su esposa.

Cuando Sianaquia aconseja á Chandragupta fingir que le mire con desagrado, éste le responde: «Mi venerable maestro y amigo quiere que me muestre descontento de él y que me dirija sin sus consejos ¿cómo he de sostener yo un papel que repugna á mi corazon? Pero tal es su voluntad; sea obedecida. El discípulo digno de este nombre, se atempera á los deseos de su maestro; si se engaña, es contra su voluntad; la voz del maestro le llama al recto camino. A diferencia de los que no pueden decidirse por sí mismos y de los que siguen únicamente su propio capricho, el hombre cuerdo y virtuoso no se apercibe de la sujeccion identificando su deseo con el de su prudente director.»

Aquí se revela el poder bramínico. Pero volviendo á la intriga del drama, Chandragupta, sometido enteramente al bramin, á quien se reconoce deudor del trono, conviene con él en fingir que le ha retirado su gracia, y quiere tomar por ministro á Racsaca. El rumor que se propaga hace sospechoso el desterrado á los ojos del rey que le ha brindado acogida. Auméntanse aun más las sospechas de este príncipe cuando le presentan despachos timbrados con su propio sello, que cree haber sido entregado por el ministro á quien se lo ha confiado. Asediado después por otro manejos, acaba reconociendo la superioridad de Sianaquia y se une á él para sostener la usurpacion. Vése, pues, que la política entra por mucho en este drama, y que pasa en él por cosa naturalísima el más vergonzoso fraude, sin ser anatematizado con desaprobacion de ninguna especie.

Por la version del profesor Taylor, de Bombay, conocemos la *Salida de la luna intelectual*, drama del género de las piezas metafísicas que gozaron de gran crédito en la Edad Media. Así el *Prabòdha Schandrodaia* recuerda las moralidades de la misma época, porque se vé allí á la Razon argumentar desde la cumbre de su trono contra la Ignorancia, y encargarse de educar el Alma que, niña aun, el Eterno acaba de confiarle.

Aunque estas composiciones pertenezcan á otros tiempos, no hemos vacilado en hacer mencion de ellas, pues fuerza es repetir que todo es estable en la India: se camina allí tan despacio que todos los siglos se esplican unos por otros, aun remontándose á los más distantes.

Estos dramas corresponden á las dos primeras especies de *rupakas:* se clasifican en la tercera ciertos monólogos en que un solo actor describe y representa distintos sucesos que le han acaecido ó en que han sido actores otros. Comprende la cuarta los asuntos militares, que no ofrecen cabida á las mujeres. Se refiere la quinta á los héroes, á los demonios y á las divinidades: trata con más frecuencia de los hechos relativos á las diferentes encarnaciones, de qué modo echó Rama el puente en el mar para atacar el reino de Ravana (Tomo I, pág. 204). Enseguida vienen los melodramas, luego las sátiras contra el rey, los ricos, los bramines y los devotos.

Hallamos en una de estas composiciones el sentimiento que, apoyándose en el ejemplo de los dioses, alentó el vicio en los teatros griego y latino, ó le despojó de toda vergüenza. En efecto, hé aquí un pasaje del *Kotuka Sarvasva*: «Dice la ley: *no seas adúltero*. ¡Insensata palabra! Tomemos por guias á los sabios y á los mismos dioses en lo que observan y no en los preceptos de que no hacen caso. Indra abusó de la mujer de Goyama: Chandra robó á la prometida de su maestro: Jama sedujo á la esposa de Pandú bajo la figura de su marido; y Mahadeva corrompió á las mujeres de todos los pastores de Vrindavano. Solo los insensatos panditos, reputándose grandes sabios, tuvieron por delitos estas cosas.—Y me dirán ellos: *Tales son los preceptos de los Rischis*.—¡Pues bien! eran unos impostores; condenaban placeres que la vejez les vedaba, y por envidia prohibian á los demás los goces que les estaban negados.—Es verdad, es verdad; nunca hemos oido predicar una doctrina tan ortodoxa.»

Reglas minuciosas, prescripciones invariables de lugar, de tiempo, de condicion, de intriga, de conducta hacen subdividir estos géneros en otros muchos, como tambien los *uperapakas*. Sin embargo, esto no es nada comparado con las distinciones metafísicas que resultan del asunto. Efectivamente, así como Aristóteles, tratando de la retórica ha hablado de las pasiones en cuanto al modo de escitarlas, los doctores indios han determinado los *bavas* y los *rasas*, modificaciones intelectuales y físicas, inclinaciones ó necesidades: subdivídenlas además en permanentes ó transitorias, principales ó accesorias, y todo cuanto puede suministrar á un poeta colores para su cuadro, se halla así clasificado por ellos. Vienen enseguida las reglas más precisas é inviolables sobre lo que conviene á cada personaje, segun su condicion, edad, sexo, y las más mínimas gradaciones de cada uno de estos accidentes. Bastará decir que hay cuarenta y ocho maneras de ser héroe: luego esto va hasta ciento cuarenta y cuatro: respecto de la divinidad se necesita contar por millones sus diversos matices. Debe poseer la mujer perfecta veinte atractivos (*anankara*) y entre ellos además de la hermosura, juventud, opulencia, igualdad de carácter, fidelidad encantos de todos los tiempos y paises, la prontitud en conmoverse, estremecerse, sonrojarse, palidecer y en entregar su corazon al guia elegido, en hacer mofa de las maneras y protestas de un amante; además el arte de espresar su deseo con el gesto, con la voz, con los ojos dulcemente trémulos de amor, el desinterés en sí propia, en el adorno, en todo; y esto os conducirá al último término (*lolitam*), que es el éxtasis del alma y de los sentidos en una recíproca ventura.

Fácil es de descubrir que todavia nos hallamos en aquellas mismas regiones de la India que observamos con relacion á los primeros siglos del mundo, entregadas á estrambóticos ensueños y á sutilezas metafísicas. Por eso allí se asocia la libertad más aventurera á la más completa servidumbre. Dotado el pueblo de una imaginacion imponderablemente fecunda, se somete á trabas que fueran insoportables para otros; y los artífices de preceptos imponen las más ominosas trabas al genio, cuyas poderosas alas no por eso toman menos atrevido vuelo. Esta es una de las numerosas contradiciones todavia no esplicadas respecto de un pueblo tan viejo y tan niño, tan profundo en la filosofia y tan delicado en la poesia, con tan esquisitos sentimientos y con ideas tan groseras y vergonzosas. Une á las proporciones gigantescas del pensamiento la perfeccion de los detalles: goza con pasion de las bellezas de cuanto le circunda, y luego niega su existencia. Se compadece al oir el lastimero quejido del insecto hollado con la planta, y ordena á la viuda que suba á una hoguera: busca anhelante el deleite y se petrifica en cierto modo en medio de abnegaciones y espasmódicas penitencias. En suma, carece de esa armonia que constituye lo eternamente bello de la vida moral, intelectual y social de la Grecia, de esa armonia que dá á las obras y á la mente lozania, grandeza y buen gusto.

EPÍLOGO

Encontramos, pues, á la India tal como la dejamos veinte siglos antes, encadenada en sus castas, fantástica, indolente, devota, orgullosamente ignorante ó sabia, sin hacer adelanto alguno. Allí se satisfacen las necesidades intelectuales y morales señalando á cada uno su porcion de verdad, sin que sea lícito á nadie formársela á sí propio. De consiguiente la sencillez del sistema teocrático produjo en la India, como en Egipto, una inmovilidad monótona: allí subsiste la sociedad, pero subsiste en el entorpecimiento, sin deseos ni esperanzas.

Al revés, en Occidente ciertas libertades individuales adquieren un inmenso acrecentamiento, si bien de una manera desigual y desordenada: entre las agitaciones de una guerra casi continua viene á ser una especie de necesidad la violencia, y el que no es fuerte se vé oprimido. En el momento en que la escena histórica se esclarece, hallamos constituidos los paises occidentales ora en monarquías, ora en repúblicas; fundadas las primeras sobre los principios de la fé y del amor, sobre la razon las segundas. Sin embargo, algunas de estas, fieles á las leyes y á las costumbres antiguas, y manteniéndose encerradas dentro de las barreras tradicionales, se diferenciaban muy poco de las monarquias: ocupábanse especialmente en el mantenimiento de la paz y en el cuidado de conservarla: organizadas las otras en favor de la libertad y de la igualdad propendian á estender y divulgar sus máximas fundamentales.

En las monarquias, donde el vínculo supremo es la adhesion á la dinastia reinante, importa con especialidad no destruir la fé que infunden los derechos antiguos y las costumbres consagradas por el tiempo. En otras donde la arbitrariedad del príncipe se halla restringida por las constituciones semejantes á transaciones aceptadas por dos partidos iguales, se halla establecida la autoridad monárquica sobre bases científicas y racionales.

No seamos tan niños que vayamos á confundir la monarquia con la servidumbre y la república con la libertad: no puede sostenerse el gobierno absoluto en las repúblicas ni en las monarquias sino por la fuerza: toda república constituida de este modo se apoya en la ambicion de conquistas, toda monarquia con este carácter se funda en el despotismo militar.

Roma, república absoluta, se trasforma por sí propia, después de haber ahogado á todas las demás, en monarquia absoluta, que no puede encontrar apoyo más que en la fuerza, ni se halla refrenada en cierto modo más que por la fuerza, ni tampoco asegura su existencia material más que por la fuerza.

Toda la sociedad antigua está dominada por el espíritu de raza, celoso, esclusivo, que fuera de la familia y del templo induce á ver en todo hombre á un estranjero, en todo extranjero, á un enemigo (*hostis*), en el enemigo una presa. Esta fué la doctrina formulada por el romano en aquel terrible proverbio: *Homo homini ignoto est lupus* (1).

Cierto es que algunos sabios hicieron oir sus quejas contra los que hacian esclavos á sus propios conciudadanos: cuéntase que los dioses se irritaron contra los moradores de la isla de Chio, porque fueron los primeros en violar con la pirateria los derechos recíprocos de la familia helénica: incurrieron en censura los lacedemonios por haber oprimido á los mesenios, tambien helenos, pero nadie les atribuyó á ignominia envilecer todavia más cruelmente á los ilotas, nacion pelásgica. Mucho menos se hubiera levantado una voz para

(1) PLAUTO, *Asinaria*, acto II, escena IV.

protestar á nombre de la humanidad en favor de los bárbaros. Solon en el himno á las musas invoca ser «dulce con los amigos, áspero con los enemigos para ser honrado por aquellos y temido por estos.» Tambien Teognides da este consejo: «Engaña al enemigo con tus palabras; y una vez lo tengas en poder tuyo, castígalo sin aceptar disculpas;» y en otros puntos lo repite (versos 441, 605, 795, 829). Véase como se esplica el jurisconsulto Pomponio en el libro que fué denominado *La razon escrita*, y en una época en que los sentimientos de equidad vivian en todas las almas. «No son enemigos nuestros los pueblos con quienes no tenemos amistad, hospitalidad, ni alianza: no obstante, si cae en sus manos una cosa que nos pertenece, son dueños de ella; las personas libres vienen á ser sus esclavos; lo mismo les acaece respecto de nosotros (2).

Era, pues, la esclavitud en la sociedad antigua un hecho natural, justo, inevitable. Aristóteles declara que el esclavo está sujeto al hombre como al espíritu la materia. Esquilo dice que los esclavos no tienen dioses. Establece la jurisprudencia romana que asiste derecho al amo para usar y abusar de ellos. Si á la vista de hombres condenados á dar continuamente vueltas á un molino, desojados para que trabajaran sin distraccion de ninguna especie, hubiera ocurrido á alguien lamentarse y clamar contra iniquidad tan atroz, se le hubiera contestado tranquilamente: *¿Pues qué, hemos de renunciar á moler el grano?*

A veces se interpone la ley, no para que no haya esclavos, sino para protejerlos como propiedad, como cosa, y á fin de que el hábito de tratarlos inhumanamente no haga demasiado crueles á los amos, ni causen perjuicio al Estado dejando fuera de servicio á aquellas máquinas animadas.

Una sociedad cimentada en la esclavitud debia ser implacable por su naturaleza, cuando los hombres que la componian pensaban que todo les era lícito contra hombres. Por su parte los esclavos adquirian de una manera estraordinaria en su condicion áspera y ruda, sentimientos feroces y rencorosos, que solo podia reprimir la muerte. Por eso se habla tan á menudo de la cruz y de los suplicios en las comedias y en las narraciones. A esta atrocidad privada permanente se agregaba la atrocidad pública con su lujo de penas legales. Reducíase el principal objeto de la sociedad á sostener y multiplicar aquellas máquinas humanas; y el medio más cómodo de conseguirlo era la guerra. Debian de consiguiente enderezar á ella sus esfuerzos los antiguos Estados, como á un manantial de poder y de gloria. Siempre debian aspirar los héroes á las conquistas; y en esterminar ó someter á los extranjeros estribaba la principal ciencia del gobierno. El amor de la patria (nombre pomposo y de que tanto se ha abusado) propendia incesantemente á renovar y á fomentar la fuerza del ciudadano y del Estado; pero esta ley aislada de la naturaleza enseñaba á inmolar á la grandeza de un pueblo la felicidad de todas las naciones. Educado el niño en estos sentimientos menosprecia y aborrece todo lo que está fuera de su pais, y la ventaja de la república le sirve para justificar todas las iniquidades.

No habia menester Caton deducir otros motivos para sostener su eterno *Delenda Carthago;* pues tenia en su favor la imperturbable tirania de las consecuencias lógicas. Paulo Emilio vende á subasta sobre las ruinas de setenta ciudades del Epiro, ciento cincuenta mil ciudadanos, para distribuir entre sus soldados el producto de la venta. Horacio presenta á Atilio Régulo contando, á fin de despertar el patriotismo romano, que ha visto cultivar nuevamente en los alrededores de Cartago las campiñas devastadas por las legiones. En el momento en que deliberaba el Senado acerca de las quejas de los pueblos aliados, declarándolas Curion justas, añadia: *Triunfe y prevalezca la utilidad á pesar de todo* (3). Mario decia á Mitridates: *Hazte más fuerte que los romanos ó sujétate á todas sus voluntades.* Antipatro terminaba todas sus arengas á los hebreos con estas palabras: *Los romanos quieren ser obedecidos.* Cuando Fabricio oye esplicar las doctrinas epicúreas en la mesa de Pirro, suplica á los dioses que las hagan siempre apetecibles á los enemigos de Roma, y Tácito cuenta que, en la guerra de Germánico, se refugiaron algunos germanos en las copas de los árboles, y eran heridos con las flechas por los romanos por via de diversion (4). «En la oscuridad de la noche, dice, se precipitan los romanos sobre los marsos y los germanos; dividen en cuatro cuerpos sus legiones ávidas de sangre, á fin de que sea más extensa la devastacion, y recorren cincuenta mil pasos á hierro y fuego, sin consideracion á edad ni sexo. Por parte de los romanos no se vertió una gota de sangre, porque el soldado mataba á los enemigos medio dormidos, desarmados y errantes á la ventura.» (5) Germánico escitaba á los soldados á continuar la carniceria y á no ocuparse en hacer prisioneros, pues que solo con el esterminio de todo el pueblo se podria finalizar la guerra (6). El mismo Tácito no sabe augurar al imperio mayor fortuna que la perpetuidad de las enemistades entre las naciones enemigas (7).

No, la sociedad no absorbe al hombre en un todo; existe dentro de él alguna cosa más sublime

---

(2) Leg. 5. párrafo 2, *de captivis.*

(3) *Semper autem addebat, Vincat utilitas.* Cic. De off. III, 22.

(4) Tácito, *Ann.*, II, 16.

(5) Id., I, 51.

(6) Id., II, 21.

(7) *Maneat, quæso, duretque gentibus, si non amor nostri, at certe odium sui; quando urgentibus imperii fatis, nihil jam præstare fortuna majus potest, quam hostium discordiam.*

que no le sujeta á la ley de la asociacion. Fuera de las obligaciones terrestres aspira á un objeto más sublime, á un destino superior al de los Estados que viven y mueren. Ignorándolo los gentiles, pusieron por base de la moral la sociabilidad limitada por el patriotismo, cuyas virtudes no son otra cosa que un egoismo algo más estenso.

De aquí la esclavitud, de aquí los ilotas, el espíritu de esterminio, las inmolaciones legales, las prostituciones religiosas, la esposicion de los niños, la matanza de los prisioneros, las luchas de los gladiadores, la guerra á muerte. Acaso en ninguna parte se presenta todo con regularidad más formidable que entre los romanos (8), quienes deificando la república, sacrificaron en el ara de la inexorable divinidad la independencia y la sangre de todas las naciones. Por lo demás, divididos patricios y plebeyos en todo, coincidian en un mismo deseo de conquistas. Efectivamente, agricultores en su orígen, hacian consistir la principal riqueza en la posesion de tierras, único medio de alcanzar la plenitud de derechos. Ahora bien, los plebeyos esperaban adquirirlas con la guerra, y los patricios querian aumentar las suyas. Desde la reducida colina en que luchaba con sus vecinos, vencida y victoriosa alternativamente, Roma destruyó primero los gobiernos municipales de toda Italia anexionándoselos como partes de un municipio más vasto, y enseguida con pasmosa rapidez estendió los brazos al universo conocido para estrecharlo en una gran unidad, la unidad de la fuerza.

Por eso al paso que el anhelo de gloria militar no se hacia sentir en los demás pueblos sino por accesos vehementes y pasajeros, casi era un elemento natural en Roma. Aquellos republicanos parecia como si estuvieran organizados en una escuela militar permanente y admirablemente disciplinada; soportaban los reveses con una resignacion inflexible; preparaban las conquistas con una lentitud calculada é imperturbable, y luego lanzaban con indómito denuedo la masa de sus legiones para aniquilar á todo el que tuviera la audacia de oponerles resistencia.

Una guerra engendraba otra guerra. Sostenían se los diferentes Estados, desmembraciones del imperio de Alejandro, recíprocamente por medio de alianzas y de un equilibrio positivo (como lo hicieron los Estados europeos de los dos últimos siglos); y este vacilante sistema debia sucumbir ante la obstinacion vigilante de Roma, idolatrada por sus hijos, prontos siempre á sacrificarse por ella á los dioses infernales, ó arrojarse á candentes abismos: debia prevalecer por la fuerza de las cosas sobre todas las naciones.

El amor al poder y á la riqueza impelen á las conquistas que al principio fueron generales, si bien después los caudillos quisieron que les reportasen particular ventaja, como sucedió con Mario, Sila, Catilina, Pompeyo, César, Antonio y más que todos con el venturoso Octaviano.

Luego que estallaron las guerras civiles, nadie podia aspirar á ser caudillo de una faccion, á menos de haberse ganado un ejército con la matanza de una multitud de extranjeros. César, el mejor y el más grande, se jactará de haber dado muerte á un millon y doscientos mil hombres; las disensiones suscitadas entre sus asesinos estendieron aun más la dominacion de Roma, que desde lo alto de la cumbre del Capitolio consideraba la tierra como una mina de plata y un mercado de esclavos. Para ellos está dividida en dos partes la especie humana, una compuesta de un pueblo privilegiado, otra de todas las naciones tratadas de bárbaras, y á las que no reune lazo alguno. Estas se hallan destinadas al hierro de los soldados y á la codicia de los procónsules, que desconocen los derechos del hombre, y violan los de la sociedad. A semejanza del dios Gradivo, del cual deducen su orígen, se adelantan los romanos gritando en medio de los pueblos: *¡Ay de los vencidos!*

Sin embargo, el carácter romano habia sido amoldado desde un principio por leyes y por ideas religiosas que le imprimieron hondamente el sentimiento del deber y de la justicia, y le enseñaron á tributar á la ley una especie de culto, á respetarla tanto en la forma como en la esencia. Pero una vez deificada la republica, su palabra es sagrada, no porque sea verdadera, sino porque está proferida: no es la justicia, sino la legalidad la que prevalece. Esta se sustituyó á aquella en el derecho de gentes, y cuando el fecial se habia presentado en la frontera enemiga gritando con la frente velada: *Oigame Júpiter; óiganme los confines, óigame el buen derecho,* esto bastaba para que se reputase como justa la guerra. Del mismo modo si la ley prohibe matar á los niños, los triunviros hacen que sean ornados con la toga viril antes de degollarlos. Tambien prohibe matar á las vírgenes: pues bien, la doncella de Sejan será violada por el verdugo encargado de cortarle la cabeza (9). Si la ley prohibe interrogar al esclavo contra su amo, se elude comprando al esclavo. Cuando las leyes Porcia y Sempronia se oponen á que se castigue á un ciudadano con el postrer suplicio, merced á una ficcion son eludidas: el reo de un delito capital es declarado *esclavo de la pena.*

Este respeto religioso, ó mas bien supersticioso hácia las leyes, *cosa sorda é inexorable* (10), es el carácter especial de los romanos, que después de haber hollado toda justicia, crearon la más admirable jurisprudencia. Habilísimos en revestir con jurídicas formas las injusticias, á fin de salvar las apariencias, permitieron que sus tiranos se entregaran á los más audaces escesos en la esencia, con

(8) *Terrarum dea gentiumque Roma.* MARCIAL.

(9) DION, lib. XLVII.

(10) *Leges, rem surdam, inexorabilem esse.* TITO LIVIO, II, 3.

tal de que respetaran los nombres. Cuando la marcha de los tiempos y el cambio de las circunstancias hacen inaplicable una ley, no debe ser derogada, sino que se ha de perpetuar su imágen y su recuerdo con ayuda de fórmulas legales y ficciones, aunque carezcan ya de sentido. Son espulsados los reyes, pero queda uno elegido para la celebracion de los sacrificios (11). Ciertos ritos del matrimonio recuerdan las violencias primitivas, personificadas en el mito del robo de las sabinas. Cuando ya no se reunan las treinta curias, serán dados los sufragios por los treinta lictores, encargados antiguamente de recogerlos. Será inmutable la severidad homicida de las primeras instituciones, mas llegará á modificarla el edicto del pretor.

Mientras que disputaban los filósofos, señalando unos á la ley un orígen divino, en la que veian, no una concepcion de la inteligencia humana, no la voluntad del pueblo ó del legislador, sino la razon suprema comunicada á nuestra naturaleza, la eterna pauta de lo justo y de lo injusto, la reina de los mortales y de los inmortales (12), se atenia el Estado á la razon práctica y á la opinion arraigada; los patricios guardaban ó recobraban lo que habian poseido en el orígen, los plebeyos lo que habian adquirido con tanto trabajo, cuidándose por lo demás muy poco de si los antiguos nombres significaban otra cosa.

Tambien el arte de Augusto consistió cabalmente en disimular su usurpacion. ¿No era, como en tiempo de la libertad, *imperator* del ejército? El tribunado de la plebe es sublime invencion del sentido práctico y del instinto político tan eminente en los romanos: su oposicion patriótica tuvo mucha más eficacia que las elegantes legislaciones de Grecia, y que la de los verbosos debates de nuestros parlamentos modernos. Pues bien, Augusto no destruirá el tribunado, sino que se investirá á sí propio con tal cargo. Con la intencion de impedir la plebe que las familias privilegiadas derrocasen aquel frágil baluarte, habia investido á sus tribunos con un carácter sagrado: castigábase con la muerte la más leve injuria hecha á uno de ellos, y por no haber saludado un ciudadano en la plaza pública á un tribuno, fué precipitado desde lo alto de la roca Tarpeya. No querrá el pueblo que se anule aquel poder en lo más insignificante, y Augusto se guardará muy bien de anularlo; pero lo reconcentrará en sí propio, declarándose tutor de la plebe, y con éste título será inviolable y omnipotente. Estas leyes habian sido grabadas en los templos de los dioses, y los ciudadanos habian jurado por aquel formidable Júpiter que consagró la emancipacion del pueblo romano, observarlas eternamente. Augusto y sus sucesores poseen de consiguiente el derecho de oponer el *veto* á la decision de todo magistrado, como tribunos del pueblo y representantes suyos; de llamar á sí la apelacion que se alegaba primeramente ante el pueblo; de castigar con el más estremado rigor todo acto ofensivo á la inviolabilidad de su persona, identificada con la república.

Así la libertad legal engendra y consolida la tirania de la misma especie; la proteccion obtenida sobre el monte Sacro impondrá al mundo un Calígula y un Caracalla. Tiberio se rodeará de los mejores jurisconsultos y se remontará de continuo á las antiguas leyes y á las antiguas costumbres, cuando necesite hacer alguna injuria ó matanza entre el pueblo ó en las filas de los patricios; ó herirá igualmente á aquellos que las hicieron y á aquellos contra quienes fueron hechas.

La república es Dios; Dios no debe nada al hombre, y el hombre le debe su propia existencia y la de los demás. Inmólese, pues, el individuo á la república deificada; sacrifíquese no solo cuando en las terribles conmociones de la guerra, se degüellen millares de hombres por una causa que ignoran, sino tambien cuando la supersticion ordena arrancar la vida sin entusiasmo á un hombre, no acusado de ninguna falta, para aplacar á una divinidad en que no cree nadie.

Así, pues, los griegos se habian civilizado por medio de la educacion, y los romanos con el órden soberano. La civilizacion griega concedia á lo bello la preferencia sobre lo útil y lo justo; la romana queria ante todo la legalidad. Los griegos superaron muy pronto en saber á sus maestros; los romanos fueron siempre inferiores á éstos; aquellos estaban divididos en muchísimos Estados independientes, en ninguno de los cuales habia plenitud de vida y de actividad en provecho de la civilizacion comun; Roma conocia una sola forma ideal, la propia, y queria extenderla á todos uniformemente. Constituida con las armas, su grandeza era puramente militar; la veneracion tradicional hácia la antigüedad impedia esa emulacion que impele al porvenir; la rápida adquisicion de las riquezas pervirtió de improviso las costumbres; y la religion, fria, prosáica y legal, no se proponia otro interés más que el del Estado.

Una vez roto este lazo político no existia otro para unir entre sí á los ciudadanos. No constituye la familia una comunidad de existencia afectuosa y santa, sino un despotismo político sumamente rigoroso. Ejércense los actos de enemistad públicamente; y es casi un deber ejecutarlos. Al principio de su carrera tiene cada cual sus enemigos hereditarios, ó se les escoje. Se declara á alguno que se ha dejado de ser su amigo, y á fin de crearle embarazos, se afilia en el partido opuesto. Se hace gala de permanecer constante en el odio, y Ciceron se escusa si en obsequio del interés público, se le vé hacer causa comun con sus enemigos; ó procura justificarse citando algunos ejemplos (13). Lejos

(11) *Rex sacrificulus.*
(12) CICERON, *De legibus*, lib. II.
(13) *Oratio de provinciis consularibus.*

de considerar la humanidad como una virtud, la declararon los estóicos indigna del sabio (14), que, al decir del dulce Virgilio, no debe alimentar envidia hácia el rico ni conmiseracion respecto del pobre.

¿Quién pensaria, con semejante órden de cosas, en oponer al poder su conviccion personal y su palabra? ¿No seria una demencia arrostrar la persecucion ó la muerte por sustentar uno su opinion propia? Cada cual se ocupa de lo que le ofrece más ventaja; lo demás no le importa. Buscando tambien de este modo los hombres de letras lo útil en lo bello, se harán aliados y cómplices de la tirania. Encontrando el sabio la desesperacion en lugar de la Providencia, hará consistir la virtud suprema en saber sustraerse intrépidamente á la muerte, á las angustias que, en su apreciacion individual, juzga superiores á sus fuerzas; y el hombre caerá en un envilecimiento cada vez más hondo, á medida que la prosperidad material suba de punto.

No avanzará, pues, la nacion hácia su mayor bien por el amor y por la concordia, sino por el antagonismo. Patricios y plebeyos no se nos presentan en Roma solo como dos clases separadas, cual acaece en los demás pueblos, sino como dos partidos políticos que aspiran á la preponderancia en el foro y en el Estado. Trasmítense los plebeyos de generacion en generacion la sagrada mision de adquirir participacion en los derechos de ciudadania, y los patricios se consagran á negársela: tienen los primeros en vista el progreso: anhelan los otros estorbarlo, adhiriéndose á lo pasado y defendiendo el reinado de la violencia y de la conquista.

El progreso, tal es su ley, derroca los obstáculos y los arrastra en pos de sí, ensancha cada vez más la brecha abierta en las barreras tras de las cuales y con detrimento de los demás pretendieron las familias, ó las ciudades, ó las naciones, levantar un baluarte en favor de sus privilegios. Cada vez se aproximan más las instituciones aristocráticas á la democracia: el principio de la igualdad ante la ley se estiende: sin perder su esencia nacional adopta la civilizacion romana las formas griegas: fuera de Italia vienen á ser pueblos enteros súbditos de Roma, que por todas partes propaga su dominacion y su derecho. Donde quiera deja su inestinguible huella y sofoca el egoismo particular de las naciones avasalladas para hacer triunfar el suyo, que ella misma debilita al fin en fuerza de desenvolverlo demasiado.

De este modo (¡admirables vias de la Providencia!) viene el acero en ayuda de una fraternal avenencia: se suspende por un instante la lucha entre los pueblos, y Roma no encontrando ya á quien herir entorno, pone su espada en manos de Augusto. Estendiendo igualmente su poder el heredero de César sobre patricios y plebeyos, sobre vencedores y vencidos, hace cesar el combate y adjudica los derechos en comun á unos y á otros.

En toda la sociedad antigua no se habia visto hasta entonces más que la comunidad de los pocos y la union accidental de muchas comunidades. Roma solamente procuró reunir, fundir y organizar. Logró la union, mas no la fusion, porque ni siquiera tenia aquella unidad religiosa en la que pueden solamente hermanarse los pueblos. Su unidad fué, pues, violenta, material, momentánea; aquel nombre de paz, que Augusto hace resonar fuertemente en medio de pueblos incapaces de oponer más resistencia, es una cruel ironia: y mientras fuera preparan estos una reaccion terrible, continua en lo interior un conflicto más vehemente, aunque menos visible, el de las creencias. En política, en filosofia, en religion no hay un solo punto en que exista comun acuerdo. Ignora el vulgo lo que puede y lo que debe hacer y sufrir: vacila el hombre instruido entre el aliciente de un placer presente y el compromiso de un deber mal determinado: la mayor parte no piensa más que en gozar de la vida y en desembarazarse de ella tan luego como le pesa.

De aquí la inmensa corrupcion de una época que los hombres idólatras de la forma denominan el siglo de oro.

Sin embargo, nunca habia existido tanta riqueza ni tan inmenso poderio. A la vista de todos descollaban numerosos ejércitos, talentos insignes, esplendor en las bellas artes y en la industria, suntuosos palacios, elegancia y bienestar de la vida, magníficos caminos, estenso comercio, prósperas rentas.

¿Pero basta acaso la civilizacion material al hombre? ¿Propenden á un fin social más elevado aquellos cuyos deseos no van mas lejos? ¿No son para el hombre una necesidad, sino mayor, tan urgente, la verdad y la justicia? ¿Qué terruño guarda sus preciosos gérmenes en medio de las áridas estepas del mundo? ¿Quién ha de fecundarlas para la regeneracion de la especie humana? De seguro no ha de ser la fuerza, porque Roma la envolverá muy pronto en las comunes ruinas. ¿No ha de ser la legalidad? pues la de Roma es tan tenaz y vigorosa, que no dejará crecer á su lado otra ninguna. No ha de ser la ciencia, que en su decrepitud, lejos de producir frutos, sustenta con trabajo el tesoro antiguamente adquirido. Esta grande empresa solo el amor puede llevarla á cabo.

Abranse, pues, los cielos y dejen caer el rocio: rasgue una voz humilde, si bien poderosa con el influjo de la verdad, el velo que oculta al mundo la perdida doctrina; enséñele que la justicia tiene raices más hondas que todos los pactos ó leyes humanas; que el hombre, hálito de Dios, no tiene solamente importancia con relacion á la sociedad,

---

(14) *Misericordia est ægritudo animi... Sapiens non miseretur, non ignoscit. Numquam boni viri miserendum.* CICERON, *Tuscul.*, 4; SÉNECA, *De clem.*, II, 4.

sino que posee en patrimonio una dignidad propia que le obliga á perfeccionarse á sí mismo, y á comunicar á su conciencia nueva energia, brindándole el apoyo de una ley suprema.

Condenado es á muerte el hijo del artesano de Nazaret, que viene á realzar al mundo por este camino; y fiel el gobierno romano á la antigua política, á pesar de reconocerle inocente, halla bueno hacer morir á un hombre por la salud del pueblo. Muera, pues, y enfrente de la idolatria de la patria exagerada hasta no poderle negar la menor cosa, surja la prerogativa de la razon para examinar la justicia de las leyes, y en contra del fastuoso Capitolio, donde están escritas estas palabras: *Sea la salud del pueblo la ley suprema*, álcese el ignominioso Calvario para imponer el silencio á la antigua razon inhumana, proclamando: *Perezca el mundo; pero cúmplase la justicia.*

NOTAS AL LIBRO V

(PÁG. 306)

MONEDAS, MEDIDAS, VALORES ENTRE LOS ROMANOS.

El as, primera unidad monetaria romana, era una libra de doce onzas de bronce no acuñado, *æs rude*. Se le añadió una marca en tiempo de Numa ó Servio Tulio, que fué una oveja (*pecora*) de donde provino el nombre de *pecunia* (dinero).

La primera moneda de plata se acuñó el año 485 de Roma y era el dinero (*dena æris*) equivalente á diez ases de bronce: su mitad fué el quinario, su cuarto el sextercio *(sesquitertius)*, ó sea dos ases y medio. Para comodidad del cambio hubo la libra=1 as ó una libra de cobre; la sembela=$^1/_2$ libra; el teruncio=$^1/_4$ de libra. En una libra habia 40 dineros de plata, y se necesitaban diez ases para formar un dinero, de modo que la proporcion del cobre con la plata era :: 400 : 1.

A últimos de la primera guerra púnica el as se redujo de doce onzas á dos; y por tanto el dinero á $^1/_{84}$ de la libra, ó sea á 73'333 granos: siendo el grano de marco=0'0535 gramo del peso métrico. La proporcion, pues, entre la plata y el cobre acuñado era :: 84×10 : 6, ó sea :: 140 : 1. En el año 536 de Roma el as se redujo al peso de una onza, y el dinero, sin alterar su peso, se elevó á diez y seis ases, el quinario á ocho, el sextercio á cuatro, y de ahí que la proporcion de la plata con el cobre acuñado fuese :: 112 : 1. La ley Papiria del 562 bajó el as á media onza de cobre; el dinero quedó igual y valió todavia diez y seis ases; siendo así la proporcion entre el cobre acuñado y la plata :: 1 : 56. Mas no era un valor mercantil, sino arbitrario: el as quedó como moneda de cuenta, viniendo á ser el sextercio el tipo de la unidad monetaria.

Los romanos acuñaron la primera moneda de oro en 547 á razon de un escrúpulo por veinte sextercios, y tenemos monedas de esa clase con la marca del XX, XL, LX. La libra romana tiene doscientos ochenta y ocho escrúpulos, por lo que, conociendo el peso del escrúpulo se tendrá el de la libra. Los esperimentos más esmerados dieron 6154 granos.

Mientras que al principio en Roma el *aureus* se referia al escrúpulo, después se refirió á la libra como el dinero. No sabemos cuando se operó este cambio, pero parece que fué después de César, aun cuando Eckhel *(Doctrina nummorum vetera)* niegue que durante la república se acuñasen monedas de oro, por la razon de que el cuño era demasiado hermoso y se parece al de los sicilianos y campanios. Pero ¿no podia Roma emplear en tal trabajo algun griego?

Después de 705 la moneda de oro fué la cuadragésima parte de la libra y valia veinte y cinco dineros. Luego, la proporcion entre los dos metales era próximamente :: 12 : 1.

En tiempo de Herodoto el oro valia trece veces la plata; en el de Platon, doce; á la muerte de Alejandro, diez, lo mismo que en la época del tratado entre los etolios y los romanos.

No encontramos en Italia antiguas minas de oro y plata, de modo que hasta 247 años a. C. no corre en la septentrional más que monedas de cobre, y parece que las colonias de la meridional sacaron de Grecia la plata para su moneda. Roma exigia los tributos en plata, lo cual mantuvo el oro en una proporcion superior á la griega. En tiempo de los emperadores que reinaron después de Adriano,

la moneda estuvo en desórden: la proporcion del oro con la plata bajo Domiciano era de 11 $^{1}/_{2}$. En el reinado de Póstumo desaparece la plata, y después reaparece con Diocleciano. Usándose entonces moneda decadente, debia el oro aumentar de una manera enorme y salir de Italia, por cuya razon en tiempo de Constantino la proporcion llegaba á 1 : 15; bajo Teodosio el Joven á 1 : 18 ; pero en la época de Justiniano volvemos á encontrarla de 1 : 15.

Si bien se deterioraba el peso de las monedas, su valor ó tipo quedó casi igual, entre 0'998 y 0'991 para el oro, y de 0'993 á 0'965 para la plata. Regulador del valor era el oro, como hoy en Inglaterra; por cuya razon se conservaba inalterado de peso y tipo, y una Novela de Valentiniano III lleva: «La integridad é inviolabilidad del tipo favorecen el comercio y mantienen la estabilidad del precio de las cosas venales.»

Evaluando así, pero sin contar los gastos de acuñacion, A. Letronne encontró el dinero de plata de la república hasta Domiciano que representaba un valor de 82 céntimos hasta 70, ó sea precisamente.

MONEDAS.		ÉPOCAS.				
Sestertii	*Denaria*	Del 536 al 720	Augusto	Tiberio-Claudio	Neron	Galba-Domiciano
4	1	Ptas. 0'82	Ptas. 0'79	Ptas. 0'78	Ptas. 0'73	Ptas. 0'70
8	2	1'64	1'59	1'56	1'47	1'41
12	3	2'46	2'38	2'34	2'20	2'12
16	4	3'27	3'18	3'12	2'94	2'83
(*scrupulum*) 20	5	4'09	3'97	3'89	3'67	3'55
24	6	4'91	4'77	4'67	4'41	4'24
28	7	5'73	5'56	5'45	5'14	4'95
32	8	6'55	6'36	6'23	5'88	5'66
36	9	7'36	7'15	7'01	6'62	6'36
(*aureus* 40	10	8'19	7'95	7'79	7'35	7'08
ó *solidus*). 100	25	20'47	19'87	19'48	18'38	17'79
400	100	81'88	79'52	77'93	73'52	70'77
800	200	163'77	159'04	155'87	147'04	141'44
1,200	300	245'65	238'55	233'80	220'57	212'32
1,600	400	327'53	318'07	311'73	294'09	283'09
2,000	500	409'42	397'60	389'67	367'62	355'86
2,400	600	491'30	477'11	467'60	441'14	464'64
2,800	700	573'19	556'63	545'54	514'67	495'41
3,200	800	655'07	636'15	623'47	588'19	566'18
3,600	900	736'95	715'67	701'41	661'71	636'95
4,000	1,000	818'33	795'19	779'34	735'34	707'73
40,000	10,000	8,183'33	7,951'91	7,793'42	7,352'39	7,077'29
400,000	100,000	81,833'33	79,519'10	77,934'24	73,523'92	70,772'90
4.000,000	1.000,000	818,333'33	795,191'—	779,342'45	735,239'20	707,729'06
40.000,000	10.000,000	8.183,333'33	7.951,910'—	7.793,424'50	7.352,392'—	7.077,290'60

Pero las tablas hechas por Dureau de la Malle, que trató espresamente de la *Economia de los romanos*, hacen el dinero á principios de la república=pesetas 1'63; bajo César=1'12; bajo Augusto=1'08; bajo Tiberio=1; bajo Claudio=1'05; bajo Neron=1'02 y bajo los Antoninos=1.

Reinando Constantino Magno, el sueldo, del que se contaban setenta y dos en libra de oro, puede evaluarse en 15'53 libras y el resto á proporcion: bajo sus sucesores, ó sea en el Bajo Imperio, á pesetas 15'10.

La libra de oro poco há mencionada, puede evaluarse en pesetas 900; en 75 la de plata. Al declinar el imperio valió la libra de oro 1066 pesetas.

En el tratado de Antíoco con los romanos, referido por Polibio y Tito Livio, se estipula que se pague el tributo en talentos áticos de buen peso, y que el talento pese ochenta libras romanas. Sabiendo por otra parte que el talento era seis mil dracmas, obtendremos el peso de la dracma=82 $^{1}/_{7}$ granos. El talento ático se puede aproximar á seis mil pesetas.

Hé aquí ahora las tablas de los pesos y medidas de Roma segun Letrone:

Pesos.

	gramos.
Scripulum	1'136
Sextula	4'544
Sicilicus	6'816
Duella	9'088
Semuncia	13'633
Uncia	27'265
Sescuncia 1 1/2 *unc.*	40'898
Sextans 2 *unc.*	54'531
Quadrans 3 —	81'797
Triens 4 —	109'062
Quincunx 5 —	136'328
Semis 6 —	163'593
Septunx 7 —	190'859
Bes 8 —	218'125
Dodrans 9 —	245'390
Dextans 10 —	272'656
Deunx 11 —	299'922
As (libra romana)	327'187

	kilóg.	gr.
Dupondium 2 *asses*	—	654' 347
Tressis 3 —	—	981' 516
Quadrussis 4 —	1'308	—
Quincussis 5 —	1'636	—
Sexcussis 6 —	1'963	—
Septussis 7 —	2'290	—
Octussis 8 —	2'617	—
Nonussis 9 —	2'945	—
Decussis 10 —	3'272	—
Vigessis 20 —	6'544	—
Trigessis 30 —	9'815	—
40 —	13'087	—
50 —	16'359	—
60 —	19'631	—
70 —	22'903	—
80 —	26'175	—
90 —	29'447	—
Centussis 100 —	32'718	—

Medidas lineales.

Uncia	*Palmus*	*Pes* (unidad de medida)	*Cubitus*	*Passus*	*Decempeda*	*Actus*	*Milliarum*	Kilómetros	Metros
1									
3	1								
12	4	1	—	—	—	—	—		0'295
18	6	1 1/2	1	—	—	—	—		0'442
60	20	5	3 1/3	1	—	—	—		1'475
120	40	10	6 2/3	2	1	—	—		2'950
1,441	480	120	80	24	12	1	—		354
60,000	20,000	5,000	3,333 1/3	1,000	500	41 2/3	1	1	475
							2	2	950
							3	4	425
							4	5	900
							5	7	375
							6	8	850
							7	10	325
							8	11	790
							9	13	275
							10	14	750

Medidas de superficie.

Pedes q.	*Scripulum*	*Clima*	*Actus*	*Jugerum*	*Heredium*	*Centuria*	*Saltus*	Hectáreas	Areas	Metr. cuad.
100	1	—	—	—	—	—	—			8
3,600	36	1	—	—	—	—	—		3	8
14,400	144	4	1	—	—	—	—		12	34
28,800	188	8	2	1	—	—	—		24	68
57,600	576	16	4	2	1	—	—		49	36
				4	2	—	—		98	72
				6	3	—	—	1	48	8
				8	4	—	—	1	97	44
				10	5	—	—	2	46	80
				12	6	—	—	2	96	16
				14	7	—	—	3	45	52
				16	8	—	—	3	94	88
				18	9	—	—	4	44	24
				20	10	—	—	4	93	60
				200	100	1	—	49	36	
				800	400	4	1	197	44	

La unidad de superficie cuadrada era la yugada, en cuya division recorre las partes del as en onzas y sus fracciones. La yugada era una área de 240 piés sobre 120, es decir 28,800 piés cuadrados.

Medida de capacidad.

Ligula	*Cyathus*	*Acetabulum*	*Quartarius*	*Hemina*	*Sextarius*	*Congius*	*Modius*	*Urna*	*Amphora*	*Culeus*	Hectólitros	Decálitros	Litros	Decilitros	Centilitros
1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—				1	14
4	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—				4	58
6	1 1/2	1	—	—	—	—	—	—	—	—				6	87
12	3	2	1	—	—	—	—	—	—	—			1	3	75
24	6	4	2	1	—	—	—	—	—	—			2	7	5
48	12	8	4	2	1	—	—	—	—	—			5	5	
288	72	48	24	12	6	1	—	—	—	—		3	3		
384	96	64	32	16	8	1 1/3	1/2	—	—	—		4	4		
768	192	128	64	32	16	2 1/3	1	—	—	—		8	8		
1,152	288	192	96	48	24	4	1 1/2	1	—	—		13	2		
2,304	578	384	192	96	48	8	3	2	1	—		26	3	9	9
46,080	11,520	7,680	3,840	1,920	960	160	60	40	10	—	2	64			
									20	1	5	28			
									30	—	7	92			
									40	2	10	56			
									50	—	13	20			
									60	3	15	84			
									70	—	18	8			
									80	4	21	12			
									90	—	23	76			
									100	5	26	39	9	5	

La unidad de medida de capacidad era la *ánfora* que primero se llamó *quadrantal*, como la que contenia un pié cúbico. Su peso, segun Festo, era igual á 80 libras de vino, que sube á 26'3995 litros, suponiendo el peso específico del vino=0'9915.

Por los años 410 a. C. en Grecia el dozavo del medimno de trigo valia un óbolo, ó sea dos dracmas el medimno. Quizás seria en tiempo de abundancia, pues otras veces encontramos 3 dracmas por medimno. El medimno es al modio de Paris : : 7 : 2; por lo que se infiere que el valor seria un tercio del actual.

Hacianse en Roma distribuciones de trigo á bajos precios, que si bien son conocidos no dan la verdadera relacion entre el trigo y el dinero. La relacion media parece que era de tres sextercios al modio. El modio de trigo pesaba diez y seis libras francesas, estando pues con el *bustelo* (12'50 litros) en la proporcion de 1 : 15 (hectólitro 0'101). Por eso el bustelo (*busolo* ó *busellus*) habria costado en Roma 45 sextercios ó $11^1/_4$ dineros, es decir 825 granos de plata. Luego, en tiempo de la república la proporcion entre la plata y el trigo era : : 2681 : 1.

Puede creerse que Italia en los tiempos de sus principales conquistas poseia mayores riquezas que cualquier otro pais de Europa. Pero pronto dejaron de entrar nuevos tributos, mientras crecia la esportacion de metales á la Arabia, India y Persia, para obtener en ellas su delicadeza. Después los emperadores pagaron tributo á los bárbaros, luego los bárbaros mismos entraron á saquear la Italia; bajando en consecuencia el precio del trigo. Una ley de Valentiniano III estableció en 446 que el *sueldo* itálico tiene el valor de cuarenta modios de trigo, lo cual da entre el oro acuñado y el trigo la proporcion de 73'911 : 1, y estando entonces el oro acuñado á la plata en barras : : 18 : 1, resulta que la plata era con respecto al trigo : : 4'106 : 1; ó sea el bustelo de trigo valia apenas 538 granos de plata y no ya 825 como á principios de la era vulgar.

En los tres siglos anteriores al descubrimiento de América el bustelo de trigo se cambió en general por la novena parte del marco de plata ó 512 granos de plata fina, esto es ó pesetas. Luego, los metales de América disminuyeron el valor de la plata de 4 á 1.

Por consiguiente puede adoptarse esta tabla para las relaciones del trigo con el dinero.

		en Grecia 400 a. C.	*en Roma 50 a. C.*	*en Francia en 1520*	*hoy*
El trigo es á.	plata, como 1 á	3'146	2'681	4'320	1'050
	oro, como 1 á.	37'752	32'172	51'840	15'800
Tomada como unidad la relacion de los metales preciosos con el trigo en nuestro tiempo se tiene para la de. .	plata.	2'996	2'555	4'114	
	oro.	2'389	2'389	3'277	1
Tomada como unidad en 1520, se tiene para la de.. .	plata.	0'728	0'625		0'243
	oro.	0'728	0'625	1	0'304

(Véase LETRONNE, *Consideraciones generales sobre la evolucion de las monedas griegas y romanas, y sobre el valor del oro y la plata, antes del descubrimiento de las Américas*, insertas en las actas de la Academia francesa).

NOTA B. PÁG. 467.

ESTADÍSTICA DE LA ANTIGUA ITALIA.

Ha sido la historia romana ilustrada con muchos escritos: la constitucion, la política, las oscilaciones del poder del Senado y del pueblo, los medios de gobierno, la legislacion, la disciplina de los ejércitos, en fin las causas de los sucesos, de la duracion, decadencia y caida del imperio romano. han sido profundizadas por inteligencias superiores. Polibio y Tácito entre los antiguos, Maquiavelo en Italia, Bossuet y Montesquieu en Francia, han asociado su nombre al de Roma, y la aureola de gloria de la ciudad eterna aparece espléndida con todos los rayos de su genio.

Los resortes internos de la máquina, el movimiento y la distribucion de sus partes, la marcha de la administracion, la exactitud y precision de sus medios, el órden y regularidad del conjunto, la estadística, en fin, y la economia política del imperio romano nos son poco conocidas: por lo cual trataré de llenar este vacio que se encuentra en las ciencias históricas.

Roma, guerrera en su orígen, parece haber sido fundada para conquistar, regir y disciplinar el universo. Posteriormente las divisiones de plebeyos y patricios, aquellas luchas, disensiones y contínuas rivalidades que demostraron la necesidad de distraer al pueblo buscándole ocupaciones en lo esterior, hicieron de la guerra un sistema, un medio, un resorte del gobierno romano.

Viviendo los romanos en una guerra contínua y siempre violenta, se dedicaron á buscar y consiguieron descubrir los medios de vencer y conquistar. Estudiando el diverso modo de proceder de los pueblos con quienes combatian, adoptaron aquellos inventos que juzgaron útiles, perfeccionando incesantemente la disciplina, el órden, las maniobras, las armas y las máquinas. Desde los primeros tiempos de su monarquia tenian un cuerpo de ingenieros entre sus legiones: y fueron el primer pueblo de la Europa que mantuvo ejércitos permanentes, estipendiados, equipados y provistos constantemente de vestidos, víveres y armas, con extrema vigilancia.

La necesidad de conocer el número de hombres y de dinero de que podian disponer creó en aquel pueblo guerrero la estadística, el catastro, los registros de nacimientos y defunciones, todo lo cual se

comprendió en la institucion del *censo*, base fundamental del gobierno y del poder romano, debida á Servio Tulio, su sexto rey.

El reconocimiento de los ciudadanos aptos para las armas se hizo exactamente de cinco en cinco años por los censores, y como las centurias, los grados y el derecho de eleccion estaban fundados en la propiedad y la renta, fué indispensable tener listas exactas de estadística. En semejante órden de cosas, los nacimientos, las muertes, el número de ciudadanos por edades y sexos, la situacion, naturaleza, extension y producto de las tierras y de los capitales poseidos por cada ciudadano, eran registrados diligentemente y comprobados al vencimiento de cada lustro; y los censores, cuyo poder duraba cinco años, tenian á su disposicion todos los medios de establecer una estadística regular debiendo los particulares presentar sus títulos de cualquier clase que fuesen, *acta*, á los censores que registraban la exactitud de sus declaraciones bajo juramento. Las ciudades municipales de Italia tenian registros por el estilo, como lo probó Ciceron en su oracion á favor de Archias (cap. IV). En otra parte cita los registros públicos que contenian el estado de todas las propiedades de la Italia y de la Sicilia (*Agrar.*, I, 2). Suetonio lo dice formalmente (*Calig.*, 5). Y aunque no tuviésemos ni estos preciosos testimonios, ni el de Floro (lib. I, 6), el cual prueba que la república se conocia perfectamente á si misma, y que el gobierno de un grande imperio era ejercido en todos sus pormenores con el mismo cuidado que la administracion de una pequeña casa por la diligencia de un simple particular, podríamos asegurar que existian semejantes registros.

Siendo éste un uso admitido en muchos pueblos de la Grecia, las colonias de esta nacion, trasladadas á Italia, es natural que lo conservasen teniendo tanto de los griegos. Era además imposible, con tales instituciones, que sucediese de otra manera. Los veinte mil ciudadanos de Atenas, los cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos romanos del tiempo de César, eran realmente una nobleza privilegiada, aunque llevase el nombre de pueblo; los esclavos, los extranjeros no participaban de los mismos derechos. Así como el libro de oro en Venecia contenia el estado de todas las familias patricias, y el genealógico de las casas nobles de Francia, comprendia el nombre y los troncos de las ochenta mil familias nobles existentes antes de la Revolucion; del mismo modo los registros de nacimientos y defunciones, clasificados segun el sexo y la edad, eran indispensables en Roma y en Italia. Constaba de ellos la edad que debia tener un ciudadano para vestir la pretesta y la toga viril; sin esto, ¿cómo se hubiera podido fijar su admision á los diversos cargos públicos? La ley establecia una edad para salir de tutela, otra para entrar en el órden ecuestre ó senatorial, otra para ser nombrado tribuno del pueblo, cuestor, edil, pretor, censor ó cónsul. Fijábase tambien la edad para contraer matrimonio, para servir de testigo, celebrar contratos y jurar en los asuntos judiciales. Pudieran censurarse como hiperbólicas las palabras que hemos citado de Floro; pero Ulpiano (*Digest.*, lib. L, tít. XV, 1, 2, 3, 4), tratando del censo, nos ha trasmitido la forma de estas listas de censo *(censuales)*, que constituian una estadística minuciosa apoyada, respecto de los individuos libres de ambos sexos en registros de poblacion, segun el nombre, órden, edad, estado, pais, y renta, divididas en padres de familia, madres, hijos é hijas, comprendiendo además los esclavos así varones como hembras, el empleo, la profesion y el producto de su trabajo.

En cuanto á bienes inmuebles, estas listas estaban fundadas en un catastro y un justiprecio comprobados cada lustro. Comprendian la calidad del campo, la naturaleza del cultivo, el grano, el forraje, las viñas, los olivos, los pastos, los bosques tallares ó los de árboles para construccion, los estanques, los puertos, las salinas, etc. Los campos se distinguian por sus nombres, por la cantidad de *yugadas*, y por el número de los árboles, cepas y olivos que contenian. La ciudad, la aldea vecina, los confines, los arrendatarios ó colonos de cada porcion, y por último, sus productos estaban indicados tambien en ellas.

Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.*, IV) nos ha conservado esta preciosa indicacion, que debo citar entera, porque suministra una sólida base para los cálculos que se podrán establecer sobre los resultados esparcidos en los autores antiguos, mostrando que éstos han deducido sus consecuencias de elementos seguros.

Dice: «Servio Tulio, después de haber dividido el territorio entre las tribus del campo, hizo fortificar las aldeas (πάγους) para que sirviesen de refugio á los labradores en las incursiones. Estos alojamientos eran dispuestos por magistrados encargados de registrar los nombres de los que buscaban asilo en cada aldea, y conocer las propiedades de donde sacaban con que sostenerse. Siempre que era necesario llamar á las armas á los ciudadanos, ó exigir los impuestos á cada contribuyente, los jefes sumaban los tributos y las personas. Además, para conocer y calcular más fácilmente el número de aquellos habitantes, Servio consagró en cada aldea altares á los dioses, guardas y protectores del lugar, mandando que cada año fuesen todos los habitantes á honrarlos con sacrificios hechos en comun. Instituyó fiestas con el nombre de *pagonales*, cuyas ceremonias ordenó por sí, las mismas que observan hasta el dia los romanos. Tambien quiso que á estos sacrificios y á esta reunion llevasen todos los habitantes una moneda determinada, pero diferente, segun fuesen varones ó hembras, ó niños impúberes. Estas monedas, numeradas por los que presidian los sacrificios, daban exactamente el número de

la poblacion dividida por sexos y edades (κατὰ γένη καί καθ ἡλικίας), Lucio Pison (continúa Dionisio) refiere en el libro primero de sus *Anales*, que Servio quiso sacar tambien el número de los que nacian y morian, y de los que vestian la toga viril en la ciudad de Roma. Con este objeto señaló una suma que los padres debian entregar, por cada hijo que les naciese, en el tesoro de Ilitia; por cada individuo que fallecia, se verificaba lo propio en el de Libitina; y en el de la diosa de la Juventud lo ejecutaban todos los que vestian la toga viril: esto suministraba el medio de conocer cada año el número total de los ciudadanos, y el parcial de los que tenian la edad capaz para la guerra. En las tribus de la ciudad y del campo estableció jefes semejantes á los *fularcos* y los *comarcos*, destinados á conocer exactamente el domicilio de cada ciudadano. Fundadas estas instituciones, mandó á todos los ciudadanos romanos que manifestasen sus nombres, que valuasen sus bienes en dinero, que declarasen su edad, los nombres de su padre y su madre, de sus mujeres é hijos, y el barrio de la ciudad ó la aldea del territorio en que cada uno habitaba. Fijó enseguida una pena severa para los que no se sometiesen al censo: se confiscaban sus bienes, se les azotaba con varas, y se les vendia en almoneda como si fuesen esclavos, é instituyó la revista, estando obligados todos los ciudadanos á presentarse á ella con sus armas en el campo de Marte. Esta revista dió por resultado ochenta y cuatro mil setecientos ciudadanos, cuyos bienes estaban sometidos al censo.»

La sexta clase, la de los proletarios, las mujeres, los niños, los jóvenes menores de diez y siete años y los esclavos no estaban comprendidos en esta numeracion; pero se conoce que Dionisio, escritor laborioso y exacto, habia sacado sus pruebas de las mejores fuentes, de aquellas listas de catastro y estadística que formaban la base de la administracion de los censores y del gobierno romano; se toma el cuidado de decirnos que estas tablas censorias, τιμητικὰ ὑπομνήματα, pasaban de padres á hijos entre los romanos, y que cada familia las trasmitia á su descendencia con tanto celo como la religion de sus mayores.

El cuidado de llevar los registros del estado civil en el imperio romano, que habia empezado con los reyes y se habia conservado con la república, no fué desatendido por los emperadores que reemplazaron á los censores en su título y funciones; y Tito Livio (XXX, 37) y Suetonio (*Calig.*, 8) nos advierten que estos registros existian en las provincias. Este último y Tácito nos aseguran que Augusto habia escrito de su puño el epílogo de la estadística del imperio romano. Este registro que Tácito llama simplemente *libellum*, pero que Suetonio (*in Aug.*, cap. 102) señala con más precision bajo el título de *rationarium imperii*, *breviarium totius imperii*, comprendia el estado de los medios que tenia el imperio, el número de los ciudadanos y de los aliados que estaban sobre las armas, el estado de las escuadras, de las provincias, de los reinos, de los tributos, de los impuestos directos ó indirectos, de los gastos necesarios y de las gratificaciones.

No nos trasmitieron el contenido; pero es útil é interesante establecer con los testimonios históricos y los hechos positivos hasta donde se extendieron este catastro y este censo general, formados en tiempo de Augusto.

La época de este censo coincide con la más célebre del mundo, la del nacimiento de Jesucristo. San Lúcas nos dice (*Evang.*, cap. II, 1, 3) que cuando Augusto decretó el censo de todos los paises sujetos á los romanos, los judios, aunque gobernados por un rey de su nacion, obedecieron dirigiéndose todos á su pais nativo. Josefo refiere (*Ant. Jud.*, XVIII, 1) que Quirino, senador y varon consular, fué enviado por Augusto con algunos soldados á la Siria y á la Judea anexa á la Siria, para administrar allí justicia, tasar y registrar todas las propiedades. Vemos en Tácito á los clitos, nacion sometida al rey Arquelao, refugiarse en el Tauro, porque los obligaron á someterse al censo ó catastro (*Anal.*, VI, 41) y á pagar los tributos, segun la costumbre romana.

Claudio en su discurso al Senado (TÁCITO, *Anal.*, lib. XI, 24) alaba á los galos por haber permanecido fieles á su padre Druso, que hacia la guerra á los germanos, después de verificado el censo, nueva y desusada operacion entonces entre aquellos. La Galia narbonense hacia ya mucho tiempo que estaba subyugada, y aunque esta operacion, añade Claudio, no tenga por objeto sino dar á conocer públicamente el estado de nuestros medios, la esperiencia nos ha hecho ver que es muy difícil. Vemos luego otro censo (era el tercero entre los galos) empezado por Germánico y concluido al año siguiente por Vitelio y Curcio. Tácito refiere estos hechos, demostrando que el censo, ó sea el catastro escrupuloso de las personas y de las propiedades, era la base de la administracion romana.

El uso de que cada habitante fuese empadronado en el lugar de su nacimiento, existia ya 183 años antes de J. C.; pues Tito Livio dice que cuando los censores quisieron cerrar el censo, el cónsul Postumio mandó, desde lo alto de la tribuna, que todos los aliados del nombre latino volviesen á su pais, pues cada uno debia ser empadronado en su respectivo distrito (XLII, 60).

Estas tablas de censo juntamente con los pormenores, establecidas por Servio Tulio, se continuaron formando de época en época en tiempo de la república: así lo prueba el censo formado por Quincio (LIV., III, 3) el año 289 de Roma, en el cual se verificó el reconocimiento de ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, además de los padres que habian perdido su prole, y que quedaban sin posteridad; *præter orbos orbasque*. Dionisio de Halicarnaso nos presenta de esto un ejemplo muy

notable (lib. V): «Largio, dice, manda á todos los romanos, conforme á la sabia y útil ley expedida por Tulio, el más popular de los reyes, que declaren tribu por tribu el valor de sus bienes, añadiendo los nombres y la edad de sus mujeres é hijos. Concluido prontamente el censo (pues se aplicaban graves penas á los contraventores, cuales eran la confiscacion de los bienes y la pérdida del título de ciudadano) se encontraron ciento cincuenta mil setecientos ciudadanos, además de los que se hallaban en la pubertad.»

Citaré este otro pasaje de Dion (lib. LXIII, cap. 25). «El año 708 de Roma el número de los ciudadanos romanos se habia disminuido considerablemente á causa de los que habian perecido, como se advierte á primera vista, habiéndose convencido César de ello con las tablas de censo que mandó formar en calidad de censor. Concedió privilegios á la fecundidad de los matrimonios.»

Augusto tuvo la gloria de ejecutar con exactitud el censo y el catastro circunstanciado de la Italia, de las provincias, de las ciudades libres y de los reinos que se hallaban bajo su dominio, lo que le valió el título que le dieron sus contemporáneos de padre de familia de todo el imperio.

Estas reglas se conservaron de manera que en tiempo de Galieno, Alejandria despues de un sitio quedó tan despoblada por el hambre y las enfermedades, como dice Eusebio, testigo ocular (*Historia cel.*, lib. VIII, cap. 21), que se encontró un número menor de habitantes de los cuatro á los ochenta años del que antes habia de los cuarenta á los sesenta. «Se conocen, dice, estas diferencias por los registros formados para la distribucion gratuita del trigo.»

Plutarco, en la vida de Caton el censor (cap. XVIII) nos da una idea de la extension de las funciones de los censores, y de la minuciosa exactitud con que formaban el censo, esto es, el inventario y tasacion general de todas las propiedades muebles é inmuebles. «Caton, dice, ordenó una tasacion de los vestidos, de los carruajes, de los adornos mujeriles, de las alhajas y de los utensilios de casa.» ¿Cuáles son los pueblos modernos que puedan alabarse de igual exactitud en sus cuadernos estadísticos y en sus registros de poblacion? ¿Cuáles los que poseen un conocimiento tan perfecto de sus medios de todo género?

Julio Capitolino (*Marcus Antoninus*, cap IX) nos demuestra la existencia y perfeccion de los registros del estado civil bajo el imperio del filósofo Marco Aurelio, quien mandó que cada ciudadano declarase ante los prefectos del tesoro de Saturno el nacimiento de cada uno de sus hijos, poniéndoles un nombre antes del trascurso de treinta dias; é instituyó además en las provincias el uso de los escribanos públicos, ante los cuales se notificasen los nacimientos.

Alejandro Severo adoptó estas sabias reglas de administracion (LAMPRIDIO, *en Alexand. Sever.*, capítulo XXI): sus tablas de estadística y sus registros de revista y confrontacion respecto del ejército, estaban en el mejor órden y leia sin interrupcion su resúmen. Su prefecto del pretorio, Domicio Ulpiano, publicó la tabla de las probabilidades de la vida humana que nos han conservado las Pandectas, y que fija en treinta años su duracion media en aquella época.

El año 305 de J. C. se hizo otro censo general mandando Galerio; y Lactancio nos ha dejado un testimonio de la exactitud con que se formó. *Agri globatim metiebantur, vites et arbores numerabantur, animalia omnis generis scribantur; hominum capita notabantur; unusquisque cum liberis, cum servis aderant*, etc.

En tiempo de Constantino se repetia este minucioso catastro cada quince años. Eumenes dice formalmente: *Habemus et hominum numerum qui delati sunt, et agrorum modum. (Paneg. vet.*, VIII, página 6). El Código Teodosiano (lib. XIII, tit. X y XI, ley 1) prueba que una declaracion falsa se castigaba con la muerte y confiscacion de bienes: *Siquis declinet fidem censuum, et mentiatur callide paupertatis ingenium, mox detectus (capitale subibit exitium) et bona ejus in fisci jus migrabunt.*

Da gusto poder probar que estos documentos estadísticos eran publicados con regularidad y que los historiadores griegos y latinos poseyeron todos los medios de trasmitirnos noticias exactas y fidedignas. Los romanos tenian en el último siglo de la república y bajo los emperadores, boletines ó periódicos diarios y semanales que correspondian á nuestras actas de las Cámaras, á nuestro boletin de las leyes, á una parte de nuestro *Anuario*, y á nuestras gacetas de los tribunales. Julio César, si creemos á Suetonio (*J. César*, 2) fué el fundador de tales publicaciones en su primer consulado: *Primus omnium instituit, ut tam senatus quam populi diurna acta conficerentur et publicarentur.* Estas *actas* de las sesiones del Senado eran compiladas bajo la vigilancia de un senador, por esclavos públicos estenógrafos, llamados *tabularii, scribæ, logographi, actuarii* (*Cod.*, lib. X, tít. L; TERTUL., *Apoll.*, 20). El oficio de compilador de las sesiones del Senado se tenia sin duda por honroso, pues Adriano lo ejerció por encargo de Trajano. Si la sesion debia ser secreta, algunos senadores hacian las veces de estos taquígrafos.

Las actas del pueblo, que se llamaban *publica acta* ó *diurna*, porque salian todos los dias, tenian bastante circulacion: *Diurna populi romani per provincias, exercitus curatius leguntur*, dice Tácito y contenian cuanto podia interesar al pueblo romano, el estado civil, los juicios públicos, las penas, el resultado de los comicios, los nacimientos, defunciones, matrimonios, divorcios, y finalmente, todo lo perteneciente á la construccion de los edificios, y las noticias del dia.

En realidad, el estado civil debia estar aun mejor ordenado, especialmente después de las leyes Julia y Papia, que imponian penas á los célibes y concedian privilegios á los romanos que tenian hijos. Parece tambien que al principio se registraban los matrimonios y divorcios, y así lo indica la sétima carta de Celio á Ciceron (*Ad. fam.*, VII, 7): Juvenal lo prueba, respecto de los nacimientos, con el verso (IX, 84):

Tolles enim et libris actorum spargere gaudes
Argumenta viri;

y en cuanto á los matrimonios con el otro (II, 136):

Fient ista palam, cupient et in acta referri.

Escévola demuestra que estas actas servian para probar el estado de las personas (*De probationib.* XXVIII): *Mullier gravida repudiata, absente marito filium enixa, ut spurium in actis professa est.* Capitolino dice (*in Gordianis*, cap. V): *Filium Gordianum nomine Antonini et signo illustravit, cum apud præfectum ærarii, more romano, professus filium publicis actis ejus nomen inserens.*

Parece que estas actas eran ordenadas por esclavos escribanos y actuarios públicos, y se conservaban en los archivos del atrio del templo de la Libertad (Tito Livio, XLIII, 16). Sabemos por Tácito que la custodia de estos registros públicos fué transferida sucesivamente de los cuestores á los prefectos del tesoro (*Annal.*, XIII, 28).

Lampridio (*in Alex. Sever.*, cap. 82) nos da una idea de la exactitud con que se compilaban estos registros y nos demuestra que los magistrados más calificados presidian á aquella compilacion: *Fecit Romæ ceratores urbis* XIV, *sed exconsulares viros, quos audire negotia urbis jussit, ut omnes aut magna pars adessent cum acta fierent.* De otros registros dice Vopisco (*in Probo*, cap. II) que se sirvió para su historia: *Usus sum etiam* regestis *scribarum porticus porfireticæ*, actis *etiam* senatus ac populi.

Basta lo dicho para indicar el grado de confianza que debemos conceder á los historiadores griegos y latinos que los consultaban, y que las narraciones, resultados y cifras de los historiadores graves han debido apoyarse en las bases fijas y sólidas del censo, del catastro, de la capitacion y de un estado civil llevado con regularidad.

Abrazando en mi asunto la poblacion libre de la Italia, creo inútil discutir todos los censos ejecutados en Roma por los reyes, cónsules y censores, y solo haré mencion aquí del trigésimo quinto antes de la primera guerra púnica, hecho por los censores Blasio y Rutilio. Se reconocieron, dice Eutropio (II, 10), doscientos noventa y dos mil trescientos veinte y cuatro ciudadanos romanos, aunque no habia cesado nunca la guerra desde la fundacion de la república.

Poco antes de la segunda guerra púnica, Roma, que habia conquistado ya toda la Italia superior, hizo el reconocimiento de sus fuerzas y de las de los aliados, temiendo un terrible ataque de los galos cisalpinos. Polibio nos dice (II, 23) que el Senado mandó que le llevasen los registros de la poblacion clasificada por edades, formados en toda la Italia sometida al poder romano, para conocer con verdad sus fuerzas.

Así, el catastro y la estadística romana se aplicaban sucesivamente á todos los paises subyugados, suministrándonos una nueva idea de la sabiduria y de los conocimientos administrativos de aquel Senado, que con sus tablas podia gobernar la república tan facilmente como cada senador su casa, y que conociendo exactamente sus fuerzas, poseia todas las probabilidades del buen éxito, no emprendia cosa alguna que excediese á sus facultades, atreviéndose solo á lo posible, y no empezando una guerra sino después de haber contado con los medios de sostenerla, y casi con la seguridad de la victoria.

«Los pueblos italianos (dice Polibio) alarmados por las irrupciones y la vecindad de los galos, no combatian como auxiliares de los romanos, ni pensaban que la guerra se dirigiese solo contra el poder de sus señores, sino que entendian que ellos mismos, sus ciudades y sus campos estaban amenazados de un inmenso peligro; por eso daban pruebas de obediencia y de celo.» Y aquí refiere Polibio el censo de las fuerzas activas ó de reserva que poseian los romanos el año 529.

Con los cónsules habia cuatro legiones romanas, cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Además de éstos se contaban treinta mil hombres de á pié y dos mil caballos de los aliados; y más de cincuenta mil infantes y cuatro mil ginetes sabinos y tirrenos, que acudieron en auxilio de Roma, y á los cuales se dió por jefe un pretor, situándolos en las fronteras de la Tirrenia. Los umbrios y los sarsinatos, habitantes del Apenino, suministraron veinte mil hombres, é igual número los vénetos y los chenomanos. En Roma habia de reserva un cuerpo de veinte mil infantes y de mil quinientos ginetes elegidos entre los ciudadanos romanos, y además treinta mil hombres de á pié y dos mil de á caballo, tomados de los aliados. Las listas de conscripcion ofrecian tambien entre los latinos una suma de ochenta mil infantes y cinco mil caballos; entre los samnitas setenta mil infantes y siete mil caballos; entre los yapigios y los mesapios, cincuenta mil hombres de á pié y diez y seis mil caballos; entre los lucanios treinta mil infantes y cuatro mil ginetes; y entre los marsos, marrucinos, feren-

tinos y vestinos, veinte mil infantes y cuatro mil caballos. Los romanos tenian además en la Sicilia y en Tarento dos legiones, cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos ginetes. Finalmente, se enumeraron como aptos para la guerra en la poblacion de Roma y del campo doscientos cincuenta mil hombres de á pié, y veinte y tres mil de caballeria. Total de las fuerzas militares á disposicion de los romanos:

infantes.	699,200
ginetes.	69,100

Polibio cuenta en número redondo:

infanteria.	700,000
caballeria.	70,000

Fabio Pictor (*apud* OROS., lib., IV, 15; EUTROP., III, 2), escritor contemporáneo y presente en aquella guerra, refiere que los dos cónsules podian disponer de ochocientos mil hombres, de los cuales los romanos y los campanios habian dado trescientos cuarenta y ocho mil para la infanteria y veinte y seis mil seiscientos para la caballeria; el resto era de los aliados.»

Nótese que los campanios estaban unidos á los romanos, porque en aquella época tenian el derecho de ciudadania, aunque sin voto.

Este número de romanos y campanios en estado de manejar las armas, conviene con el que resultó del censo que siguió al año 534 de Roma, el cual asciende á doscientos setenta mil doscientos trece ciudadanos.

Plinio ofrece una pequeña diferencia, aumentando el número de los ginetes hasta ochenta mil (III, 24), y escluyendo de la suma de los infantes, que hace sin embargo, subir á setecientos mil, á los traspadanos, entre quienes habia contado Polibio á los vénetos y chenomanos.

Diodoro (II, V) presenta un número mayor, y se contradice con las siguientes expresiones: «Los romanos, poco antes de la guerra de Aníbal, previendo las gravedad del peligro, formaron el censo de los hombres que en Italia eran capaces del servicio militar, y el número total, así de los ciudadanos como de los aliados, se acercó á un millon.»

O Diodoro se equivocó en este primer cálculo, que enmendó después en el libro XXV, ó comprendió en este número toda la poblacion apta para la guerra de los vénetos y chenomanos, de los cuales no calculó Polibio sino el ejercito en activo servicio; pero es más probable la primera suposicion.

Por lo demás la conformidad de Polibio, Fabio y Diodoro, y el resultado casi igual conservado por Orosio y Eutropio y comprobado con el número de los censos anteriores y posteriores á aquella época, nos deben hacer admitir como auténtico el total de setecientos setenta mil en número redondo, setecientos sesenta y ocho mil y trescientos en número exacto, porque fué sacado de los registros de poblacion clasificada por edades, cuya constante existencia y escrupulosa exactitud he dilucidado. Estos registros, citados dos veces por Polibio que podia conocerlos á fondo, eran comunes á toda la Italia sometida á los romanos, y dan con exactitud la poblacion libre de este pais en aquel tiempo.

Pero no fué toda la Italia hasta los Alpes, ya que la dominacion romana estaba limitada hácia el Norte en la línea que desde la desembocadura del Rubicon en el Adriático corta la Italia y termina en el puerto de Luni. Es menester rebajar los veinte mil hombres con que contribuyeron los vénetos y chenomanos, y queda reducida á setecientos cincuenta mil la poblacion militar de la Italia hasta Luni y el Rubicon.

Hume (*Essai*, XI pág. 440. Lóndres 1784) encuentra exagerado este número; pero no pone en duda la exactitud de Polibio ni la de los resultados. La poblacion que de aquí se puede deducir, le parece aproximarse á la que esta parte de Italia presenta en el dia; pero su discernimiento le hace entrever que entonces debian de ser pocos los esclavos, escepto en Roma y en las grandes ciudades. Con estos antecedentes todo entra en los límites de lo probable; porque siendo los esclavos en corto número y estando el terreno cultivado por manos libres, se comprende fácilmente que los registros de conscripcion presentasen una gran cantidad de hombres capaces de llevar las armas.

Es cierto que semejante número pareceria increible, si se calculase el resto de la poblacion italiana segun la proporcion moderna, la suma de los soldados bajo las banderas y la poblacion total; pero estas levas anuales se verifican en las circunstancias ordinarias, y aquí se trataba de la vida ó muerte de la república, de la existencia y de la libertad de la Italia: era el *tumultus gallicus;* se proclamaba el *justitium,* ó la suspension de todo oficio civil; se dejaba la toga por el sayo; se anulaba toda exencion del servicio, y se llamaba á las armas á cuantos eran capaces de empuñarlas. Una invasion armada exigia otras precauciones que el de una guerra ordinaria, y en este caso Polibio lo dice, el Senado hizo el resúmen de toda la poblacion capaz de combatir contenida en los registros, ἀπογραφαῖς καταγραφαῖς.

Generalmente se conviene en multiplicar por cuatro el número de los hombres aptos para llevar las armas á fin de obtener el numero total de la poblacion. Dos ejemplos probarán que entre los pueblos antiguos esta relacion es á veces exacta, aunque falla en ciertas circunstancias.

Se ha demostrado con las tablas de probabilidades de la vida ordenadas en Roma, que la ley de la poblacion era poco diferente de la que se observa entre nosotros «Augusto, dice Estrabon, se vió precisado á destruir la pequeña tribu de los salasios, habitantes del valle de Aosta, que eran incorregibles ladrones, vendiéndolos á todos como esclavos en Eporedia, en número de treinta y seis mil, sin calcular ocho mil personas en estado de llevar las armas.» Este número es menos de la cuarta parte que asciende á nueve mil; pero los salacios habian perdido á muchos soldados antes de ser reducidos á la esclavitud.

Un texto de Julio César prueba que el uso de los registros de poblacion y de las tablas estadísticas existia tambien en una nacion bárbara: «Se encontraron en el campo de los helvecios tablas escritas en letras griegas, que fueron llevadas á César. Expresaban nominativamente (*nominatim*) el número de los helvecios en edad de manejar las armas que habian abandonado su pais, y además con separacion (*et item separatim*), el de los niños, ancianos y mujeres: el número de los individuos capaces de llevar las armas era de noventa y dos mil; y el total de cada sexo y de cada edad ascendia á trescientos sesenta y ocho mil.» (*Bell. gall.*, I, 29).

Se ve en este ejemplo, que el número de los hombres aptos para el servicio militar está en razon de 92 á 368, exactamente la cuarta parte.

Apliquemos el cálculo á los setecientos cincuenta mil individuos en edad de llevar las armas, inscritos el año 529 de Roma en los registros de poblacion de la parte de Italia sujeta entonces á los romanos. Multiplicando por cuatro tendremos tres millones de habitantes libres de cada sexo y edad como poblacion de esta parte de Italia escluyendo quizá la península de los Bruzos no citada por Polibio.

Pero este número es evidentemente escaso: porque los proletarios, los padres sin hijos, los pupilos no estaban sujetos al censo ó servicio militar en Roma, en las colonias ni en las demás ciudades de Italia.

Tito Livio nos ha conservado esta preciosa noticia (lib. III, cap. 3): «El año 289 de Roma formó el censo el consul Quincio, y encontro ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, sin calcular los padres y las madres que habian perdido á sus hijos: *præter orbos orbasque.*» El año 622 de Roma Pompeyo y Metelo, primeros censores plebeyos, formaron el censo, que dió por resultado trescientos diez y siete mil ochocientos veinte y tres ciudadanos, además de los pupilos y las viudas, *præter pupilos et viduas* (*Epit.*, LIX, 5).

Estos dos pasajes parecen implicar la idea de que las madres que tenian hijos ó marido, eran inscritas en union de los ciudadanos, y quizá se las sujetaba al servicio militar, con la obligacion de pagar un suplente: sin esto ¿á qué la excepcion respecto de las viudas y de las madres que habian perdido su prole, *orbas et viduas?* Inútilmente he buscado en el derecho romano una autoridad en apoyo de mi conjetura; por lo menos nos es permitido presentarla como dudosa, reservando á jurisconsultos expertos el dilucidarla.

Dionisio de Halicarnaso, citando el número de los esclavos, mercaderes, artífices, mujeres y niños de Roma el año 278, aumenta la dificultad, pues excluye formalmente á las mujeres del censo de los ciudadanos romanos. ¿Por qué entonces, en los dos censos citados por Tito Livio, eran exceptuadas tan solo las viudas y las que no tenian hijos?

Al paso que este punto deja en pié justas dudas, el texto formal del erudito historiador de las antigüedades romanas derrama una viva luz sobre las relaciones de profesion, edad y sexo en Roma. «Habia entonces (dice) más de ciento diez mil ciudadanos romanos en la edad de la pubertad, como resultaba del último censo; y componian un número triple del primero las mujeres y niños, los esclavos, mercaderes y extranjeros que ejercian profesiones mecánicas, pues no es lícito á ningun romano dedicarse al comercio ó á la industria manual.» (IX, 383). Este erudito historiador asegura que tomó de las tablas censuales las pruebas de que hace uso. Podemos, pues, prestarle en la materia entera fe.

Sábese que la edad fijada para entrar en el servicio militar era de los diez y siete á los sesenta años. Así la poblacion de Roma y de su territorio, ascendia el 34 después de la expulsion de los reyes, á cuatrocientos cuarenta mil individuos, cuya cuarta parte, desde diez y siete años hasta sesenta, pertenecia al sexo masculino, propio para los empleos civiles y militares, y como tal inscrito en el censo; el resto, ó sea trescientos treinta mil, se componia de ancianos, mujeres, niños de condicion libre, esclavos, mercaderes ó artesanos, extranjeros.

Partiendo de estos datos y tomando como base las listas de poblacion calculadas por los señores Duvillard y Matthieu, é insertas en el *Anuario* de 1828, encontramos que Roma tenia en aquella época:

Ciudadanos varones de diez y siete á sesenta años.	110,000
Menores de diez y siete y mayores de sesenta.	85,145
Mujeres libres y ciudadanos de todas edades..	195,145
Total.	390,290

Restando este número de 440,000, total de la poblacion, quedan 49,710, entre esclavos y extranjeros.

Los extranjeros libres, pero privados de los derechos de ciudadania y de sufragio, ejercian las profesiones industriales ó mercantiles; pero entonces Roma tenia poco comercio. Suponiendo que en 278 la relacion de los extranjeros con los ciudadanos estuviese en Roma de uno á doce, resultan 32,524 extranjeros, total 422,814 hombres libres, y de consiguiente 17,186 esclavos.

La relacion de la poblacion libre con la esclava era, pues, de 422,814 á 17,186 ó de veinte y cinco á uno.

Tan pequeño número de esclavos dejará de causarnos sorpresa, si consideramos que las leyes de las XII Tablas, restablecidas por la ley Licinia que se expidió el año 377, limitaban de un modo terminante la cantidad de los esclavos que podian emplearse en el cultivo de los terrenos, ó preferian para estos trabajos á hombres libres.

Este resultado nuevo me sorprendió; pero siendo incontestable, preciso es admitirlo, y derramará una viva luz sobre la historia de las relaciones de la poblacion libre con los esclavos en los seis primeros siglos de la república romana. Nos puede conducir á apreciar con mayór exactitud la relacion de las edades y los sexos, y la de los hombres libres con los esclavos, el año 529 de Roma, en la Italia superior, cuya poblacion libre nos ha dado á conocer Polibio con tanto esmero. Igualmente nos demuestra que á pesar de las pérdidas, ocasionadas en Roma y en la Italia por las guerras, el número de los jóvenes en edad de manejar las armas era mucho mayor, respecto de la poblacion total, que lo es en los Estados menos belicosos. «Es probable (dice Malthus) que las pérdidas constantes ocasionadas por la guerra diesen orígen á la costumbre de no sujetar el principio activo de poblacion á casi ninguna molestia. Esta rápida sucesion de jóvenes, fué sin duda lo que puso á aquellos pueblos en estado de reemplazar los ejércitos destruidos con otros nuevos, sin que se notase quebranto.»

El número que presenta Polibio, segun las tablas del censo, en el año 529, es de setecientos cincuenta mil hombres desde los diez y siete á los sesenta años.

He buscado en las citadas tablas de la poblacion el número de individuos, que contando sobre diez millones, se hallaba en la edad de diez y siete á sesenta años: este número es de cinco millones seiscientos treinta y seis mil ochocientos veinte y cuatro. Mediante una simple proporcion obtenemos el siguiente resultado.

Poblacion masculina de diez y siete á sesenta años.	750,000
Idem, desde el nacimiento hasta los diez y siete años, ó desde sesenta hasta la muerte. .	580,536
Poblacion femenina en total.	1.330,536
Ciudadanos de todos sexos y edades.	2.661,072

Suponiendo en toda Italia, desde el Estrecho hasta el 44° paralelo, la relacion de los extranjeros domiciliados, con los ciudadanos, como 2 : 7, tendremos 760,306 extranjeros.

Poblacion libre; total.	3.421,378
Esclavos, calculados en la décima parte de la poblacion libre.	342,138
Poblacion total.	3.763,516

He supuesto que la relacion de los extranjeros con los ciudadanos era en 529 en Roma y la Italia como 2 : 7, y que en 278 esta misma relacion, solo en Roma y su territorio, era como 1 : 12. He calculado tambien en un décimo en la época de 529, la relacion de los esclavos con los hombres libres, relacion que en 278 era solo de $^1/_{25}$. El aumento de las riquezas y del poder de Roma y la agregacion de las colonias griegas á su imperio me ha parecido que exigian esta suposicion.

Aun admitiendo que semejante hipótesis pueda producir acerca de los esclavos y extranjeros reunidos un error en menos de la mitad, ó de quinientos cincuenta y un mil doscientos diez y siete individuos, la poblacion total de esta parte de la Italia no ascenderia aun á cuatro millones trescientos quince mil almas. He supuesto, en razon de la guerra, el número de los hombres existentes igual al de las mujeres, aunque su relacion en Francia sea de quince mujeres por diez y seis hombres. Además, respecto del número de los extranjeros y de los esclavos, he llevado más lejos la suposicion, porque los ciudadanos libres de Italia no estaban en aquella época, como los ciudadanos romanos, excluidos de los oficios mecánicos ó mercantiles, y es probable que este pais en masa tuviese un número de esclavos proporcionalmente tan grande, como una capital de la importancia de Roma.

Por lo demás, he presentado circunstanciadamente la marcha de mis raciocinios y cálculos para que todos puedan comprobar su exactitud, en atencion á que estos hechos establecidos por primera vez, son de grande importancia para el exacto conocimiento de la historia y de las fuerzas del imperio romano: y nos conducirán á nuevos resultados en el curso de estas investigaciones, y podrán además ilustrar la teoria de la poblacion de los antiguos tiempos, sustituyendo el rigor de los métodos y la exactitud del lenguaje en los cálculos á la vaguedad de las hipótesis y de los raciocinios.

Los romanos y los demás pueblos de la Italia llevaban entonces una vida sencilla, frugal, ocupada en la agricultura, en la guerra y en las artes de primera necesidad. La reproduccion de los hombres libres les era esencial para repararse de las contínuas y destructoras guerras. Guardábanse, pues, de

tener esclavos que consumiesen los productos destinados á alimentar á los conquistadores y defensores. Dejaremos de sorprendernos del pequeño número de esclavos en aquella época, relativamente á la poblacion libre, si consideramos la fuerza de las circunstancias que así lo exigieron como condicion indispensable para la existencia de la república romana.

Una rápida ojeada por la historia romana desde la expulsion de los reyes hasta el principio de la segunda guerra púnica, hará evidente esta verdad.

En tiempo de los reyes poseyeron los patricios todo el poder. Después que los Tarquinos fueron expulsados, y se establecieron las magistraturas anuales, creció sucesivamente el pueblo en autoridad. Los grandes lo habian aniquilado con la usura, y él se libró de sus deudas retirándose al Monte-Sacro, obteniendo así la apelacion al pueblo, y el establecimiento de los tribunos y de los ediles plebeyos. La ley de las XII Tablas redujo el interés del dinero al uno por ciento anual. Las violencias de los decenviros patricios ocasionaron el establecimiento de los tribunos, y poco después el permiso de los matrimonios entre familias plebeyas y patricias y la admision de los plebeyos á los grandes destinos. Desde entonces todo se encaminó á nivelar ambas clases y á realizar la igual division de las propiedades.

Las leyes agrarias, propuestas por primera vez el año 268 de Roma, eran renovadas de contínuo. Fijaban en dos á siete yugadas la extension de las propiedades de cada ciudadano, y se eludian distribuyendo entre el pueblo las tierras conquistadas. Mil quinientos colonos, enviados á Labico, el año 339 de Roma, recibieron dos yugadas (un arpende) por cabeza.

El año 360 se mandó al pais de los volscos una colonia de tres mil ciudadanos, dándoles tres yugadas y media á cada uno (un arpende y 3/4). El año 362 un edicto del Senado concedió siete yugadas (tres arpendes y $^1/_2$) en el territorio de los veyos, no solo á cada jefe de familia plebeya, sino á cada uno de los hombres libres que estaban en su casa, para obligarles á contraer nupcias y procurar hijos que un dia fuesen útiles á la república (Liv., IV, 27; V, 30). Tal fué el máximum de la propiedad inmueble de un plebeyo. La necesidad de crear una poblacion libre, de tener soldados y defensores, está expresada en esta ley.

Licinio Estolon (año 377) hizo luego aprobar la ley que prohibia á todo ciudadano poseer más de quinientas yugadas (doscientas cincuenta fanegas de tierra), mandando que el excedente se quitase á los ricos y fuese distribuido entre los que carecian de propiedad territorial (Liv., VI, 35; Caton, *De re rust.*, I, 2; Val. Max., VIII, 6; Plin., XVIII, 4; Apian., 1, 8). La misma ley fijó cierto número de siervos y esclavos para hacer fructificar estas tierras así divididas, y mandó que el trabajo se hiciese por italianos y hombres libres. Diez años después fué condenado Estolon conforme á la ley que él mismo habia hecho, porque poseia más de quinientas yugadas, y el pueblo le impuso además una multa de diez mil ases (Liv., XII, 16).

Estolon, siendo tribuno, hizo la ley sobre deudas, y la que arreglaba los límites de la propiedad territorial: quitó el consulado á los patricios, acarreándose así su excesivo odio; y ellos se aprovecharon con mucha destreza de la culpa que la avaricia y la codicia habian hecho cometer al primer plebeyo consular. Por eso se les vió competir con el pueblo en desinterés y frugalidad: la moderacion en los deseos y el desprecio de las riquezas, que no eran tal vez sino amor á los honores y al poder astutamente disimulado, se convirtieron en sus manos en un medio poderoso para granjearse de nuevo el favor del pueblo y recobrar la autoridad.

Esta noble é ingeniosa emulacion produjo el siglo ilustre de las costumbres y de las virtudes de los romanos. «Entonces (dice Valerio Max., IV, 4), aquellos cónsules que se iban á buscar al pié del arado, se complacian en fertilizar el terreno estéril y mal sano de Papírica, é ignorantes de nuestras delicadezas, roturaban á costa de sus sudores la tierra dura y rebelde. Hay más: aquellos á quienes el peligro de la república llamaba á ejercer el mando supremo, tenian por su pobreza (¿por qué no he de dar su nombre á la verdad?) necesidad de ser agricultores.»

Cincinato vió reducidas las siete yugadas de tierra que habia poseido, á cuatro; y estas labradas con sus manos, le produjeron para sostener la dignidad de padre de familia, haciéndose además digno de la dictadura. Fabricio y Paulo Emilio no poseian en plata sino una pequeña copa y un salero, consagrados al culto de los dioses: los cónsules y los generales de su tiempo no tenian más, y el mismo Fabricio nos dice que poseia solamente un pequeño campo cultivado con sus manos y sin esclavos (Plin., XXXIII, 54; Dion., *Excerpt. legat).*

Curio Dentato, el vencedor de Pirro, rehusó la parte del botin y el regalo de cincuenta yugadas (veinte y cinco fanegas de terreno), que el pueblo le ofrecia en reconocimiento de sus grandes servicios, pareciéndole escesiva esta liberalidad. En su discurso, cuyo compendio nos ha trasmitido Valerio Máximo (IV, 3) y Plinio (XVIII, 4), dice que un senador, ó más bien un personaje consular y un triunfador que posee más de veinte y cinco yugadas, es digno de censura, y que reputa por ciudadano dañoso á aquel á quien no le bastan siete yugadas. Uniendo el ejemplo al precepto, aceptó solamente la porcion que se asignaba á cada plebeyo.

Atilio Régulo vencedor en Africa, nombrado procónsul, solicitó su separacion, escribiendo al Se-

nado que el administrador de las siete yugadas que poseia en Papírica habia muerto, y que el labrador mercenario, aprovechando la ocasion se habia fugado, llevándose consigo los instrumentos rurales, por tanto pedia que se mandase quien le sustituyera porque si no cultivaba su campo, no tendria con qué alimentar á su mujer y á sus hijos. El Senado decretó que el campo de Régulo fuese inmediatamente dado en arrendamiento y cultivado, que se le repusiera á expensas del Estado los instrumentos robados, y que la república se encargase de alimentar á la mujer y á los hijos del procónsul (VAL. MÁXIMO, IV, 4; SENEC., *Consol. ad Helviam*, c. 12).

Con tales costumbres y leyes, Roma debia tener pocos esclavos; conclusion que el conjunto de los hechos nos autoriza á deducir, y que veremos convertirse en certeza con el testimonio de un historiador que vivió solamente dos siglos después, que nos presenta Valerio Máximo, el siguiente cuadro general del siglo quinto de Roma: «Nada ó casi nada en dinero, *pocos esclavos*, siete yugadas de tierra mediana, la indigencia en las familias, los funerales pagados por el Estado, hijas que se casan sin dote; pero en cambio ilustres consulados, admirables dictaduras, inumerables triunfos: tal es el conjunto de las costumbres y de los hechos.»

Estas costumbres sencillas y frugales durabán aun en la primera mitad del siglo VI de Roma; fijo con cuidado la época y reclamo la atencion sobre este punto, porque desde el fin de la segunda guerra púnica, y en especial desde la toma de Cartago y de Corinto, cambia enteramente el cuadro.

«Diez y seis Elios vivian juntos en una pequeña casa situada en el mismo paraje donde ahora están los monumentos de Mario. No poseian sino un solo campo, el cual exigia menos cultivadores que dueños; pero en recompensa ocupaban en el circo y en los espectáculos el puesto de honor señalado á sus virtudes.

El dictador Fabio Máximo rescató algunos de los prisioneros hechos por Aníbal, conviniéndose antes en el precio: pero habiéndose negado el Senado á dar el dinero, mandó Fabio á Roma á su hijo para vender su única posesion, cuyo importe remitió inmediatamente á Aníbal. Esta posesion dice Valerio Máximo (IV, 8, § 1), constaba de siete yugadas, situadas en el árido territorio de Pupinia; pero en ella consistia toda la fortuna de Fabio; y este gran personaje prefirió sacrificar su patrimonio á ver á su patria gerder la fama de fiel á sus promesas.

En la segunda guerra púnica, Cneo Escipion escribió desde España al Senado pidiendo un sucesor, por tener una hija núbil y serle necesario estar en Roma para formarle un dote: el Senado hizo las veces de padre, constituyó el dote de concierto con la madre y con los parientes de Escipion, dió el dinero del tesoro público, y casó á la doncella. Este dote fué de once mil ases (ochocientas ochenta pesetas), lo que da á conocer, dice Valerio Máximo (IV, 4, § 10), la humanidad del Senado, y el valor de los antiguos patrimonios

Eran estos tan escasos, que se consideró muy grande el dote de diez mil ases (ochocientas pesetas), que Fócia, hija de Cesina, aportó al matrimonio, y á Magulia, que llevó cincuenta mil (cuatro mil pesetas), se le dió el sobrenombre de dotada.

Paulo Emilio, cuando venció á Perseo, dió á Elio Tuberon, por su parte del botin, cinco libras de plata, segun Valerio (IV, § 9) y Plutarco (*in Paulo Emilio*, cap V). Plinio (XXXIII, 50), añade que Tuberon no poseyó en toda su vida en vajilla de plata, sino dos copas, pública y honrosa recompensa de su valor y de sus servicios.

El mismo Paulo Emilio, murió tan pobre, que para pagar el dote de su mujer, fué preciso vender su campo, única propiedad que habia dejado.

En fin, testimonios positivos y exactos establecen que desde el año 550 de Roma al 557, la agricultura se ejercia casi del todo por los propietarios y por los hombres libres mercenarios.

Caton lo dice (*De re rust.*, I, 2), dándonos la razon política de ello. «Nuestros antepasados, para indicar un buen ciudadano, decian que era un buen colono, buen agricultor, pues estos son los que suministran los más valientes y robustos soldados. El provecho que se reporta de la agricultura es el más honroso, el de más larga duracion, y está menos sujeto que ningun otro á la censura y á la envidia.»

Hablando de la situacion de un predio, recomienda tomarlo en pais sano, donde haya muchos jornales (cap. IV). Más abajo dice: «Sé benévolo con tus vecinos: si te miran con ojos favorables, venderás más fácilmente tus productos, y más fácilmente encontrarás trabajadores.» Ahora bien, este término de *operarius*, no ha significado jamás los esclavos, *mancipia, ergastula, servos;* y Caton hace entre ellos una distincion positiva (*De re rust.*, I, 17, 18).

Para el cultivo de cien yugadas de viña (cincuenta fanegas ó veinte y cinco hectáreas), advierte Caton (XI, §. 1), que se necesita un mayordomo, su mujer, diez mercenarios, un gañan, un asnero, un *salictarius* encargado del cultivo y uso de los mimbres, un porquero, total diez y seis hombres; para el de doscientas cuarenta yugadas en olivos (X, § 1), el mayordomo, su mujer, cinco mercenarios, tres gañanes, un porquero, un asnero, un pastor de ganado; total trece hombres.

En ninguno de estos pasajes se habla de esclavos. Ahora bien, si tal era el cultivo en la vejez de Caton, después de la derrota de los cartagineses, de Antíoco y de la conquista de Macedonia, es evidente que antes de la segunda guerra púnica el trabajo, caro y poco activo, de los esclavos, no debia

ser empleado con preferencia. Finalmente, una ley de necesidad, la insalubridad de muchos lugares fértiles de la Italia, exigia para su cultivo hombres libres, robustos avezados al clima, condiciones raras en la clase de los esclavos, que se reproducian en el pais en corto número, y que en el estado de debilidad á que los reducia el mal alimento, la habitacion en las cárceles, la falta de aire y el cruel tratamiento, se hallaban más espuestos á la influencia del clima (1).

El testimonio de Caton (*De re rust.*, 1, 17), contemporáneo de César y de Ciceron, debe cambiar las ideas admitidas sobre el método de cultivo en Italia en una época en que Roma era señora del mundo, y en que se habia aumentado considerablemente el número de los esclavos. «Todas las tierras están cultivadas por hombres libres ó esclavos, ó por una mezcla de estas dos clases: por hombres libres, sea que ellos mismos las cultiven, como la mayor parte de los pequeños propietarios, con ayuda de sus hijos, sea con la de mercenarios ó jornaleros libres, alquilados enel momento de los grandes trabajos, como la siega del heno y las vendimias; ó por aquellos que llamamos *oberati*,» (los oberati eran hombres que se obligaban á trabajar por un tiempo determinado en pago de sus deudas; se les llamaba tambien *nexi*, *vincti*, y aunque arrastraban cadenas no eran esclavos.) Digo de todas las tierras en general que es más ventajoso cultivar los lugares mal sanos con jornaleros *mercenarios*, que con los esclavos; y que aun en los lugares salubres los grandes trabajos rústicos, como la recoleccion de los frutos, las siegas y vendimias, deben confiarse á esta clase de gente.» (2)

En tiempo del mismo Trajano no se hacia uso de esclavos para el cultivo en la Galia Cisalpina, á lo menos en la parte situada hácia el lago de Como. Plinio el jóven lo dice (lib. III, 19): «En ninguna parte empleo esclavos para el cultivo de mis tierras, y este uso es absolutamente desconocido en el pais.»

Es evidente, el número de los esclavos empleados en el cultivo de las tierras, era menor del que se cree comunmente; el servicio doméstico en las ciudades era el que ellos deseaban principalmente, y es fácil comprender que los galos, los germanos, los sirios, los habitantes del África ó del Asia hubieran sucumbido pronto bajo las influencias de un clima tan diverso del suyo, de un aire pestilencial, y de la postracion ocasionada por fatigas muy rudas y por el escaso alimento. Así, el precio medio de un esclavo jornalero en tiempo de Caton, ascendia á mil quinientos dracmas (*denarios*), ó sean mil doscientas pesetas.

Julio César obligaba á los italianos á tener entre los pastores una tercera parte de habitantes libres; y sin embargo, este género de servicio parecia por su naturaleza más propio de la clase, condicion y facultades de los esclavos.

El pasage citado, en que dice Caton que los colonos suministraban los más fuertes y valerosos soldados, y que el provecho reportado de la agricultura era el más honroso, seguro, y menos sujeto á la crítica, conduce naturalmente á esta reflexion: En un pais y en una época en que el interés legal estaba establecido á uno y medio por ciento al año, y en que el tráfico y el comercio, la industria y las artes mecánicas estaban prohibidas á los ciudadanos, el cultivo de la tierra era el único medio de sostener ó de aumentar algo la fortuna individual. Las propiedades debian estar divididas, porque habia mucha competencia por ellas; division que permitia á cada uno cultivar su parte con sus manos ó con los brazos de su familia. Quedaba pues, poco que hacer á los esclavos; y un pueblo sencillo y frugal no busca cosas inútiles. Tal fué, en mi concepto, el estado de la sociedad en Roma y en la Italia en los primeros cuatrocientos cincuenta años, y esta opinion se funda en una multitud de hechos y de testimonios suministrados por la historia. Esto respecto de los tiempos anteriores.

En la otra época de que he hablado (año 529 de Roma), después de una guerra pertinaz que duró sesenta y dos años, los romanos subyugaron á los samnitas, á los lucanios, á los brucios, y conquistaron en fin toda la Italia superior. La mayor parte de los esclavos obtenidos por medio de estas guerras habian muerto ya y no podian quedar sino algunos viejos. Se vé, pues, que la guerra constituia el el único medio de adquirir esclavos; para ellos no existia el comercio, y Roma en los cinco primeros siglos no tuvo sino monedas de cobre, señal evidente de que los cambios eran excesivamente limitados.

Además, de este prudente sistema de reunion que después de la conquista convertia á los pueblos subyugados en ciudadanos romanos ó colonos, destruia el semillero de la eslavitud.

En la misma Sicilia la pronta alianza de Hieron, rey de Siracusa, con los romanos, y el pronto avasallamiento de casi toda la isla, les quitaron la ocasion de hacer prisioneros, que hubieran sido convertidos en esclavos.

---

(1) Hemos aducido bastantes razones en el texto para poder disentir de este halagüeño modo de ver. Valerio Máximo es panegirista no historiador. Con este último argumento se podria impugnar la esclavitud en América, donde el clima es tan mortífero para los pobres negros.

(2) Adviértase que aquí no se habla de los esclavos en general, sino de los *vincti*, hechos esclavos por deudas. En el capítulo IV hemos visto á los siervos insurreccionarse por doquiera á millares. Hechos son estos que contradicen toda presuncion.

En la primera guerra púnica debió necesariamente disminuirse el número de los hombres de esta clase, si se considera la cantidad de las escuadras que perdieron los romanos, ya en las guerras, ya á causa de las tempestades, ya por su inesperiencia; pues los bajeles tenian dos terceras partes de remeros por cada tercera de soldados, y este trabajo de manos, indigno de los hijos de Marte y de Rómulo, recaia casi todo en los manumitidos y de condicion servil. Agréguese á esto que en la primera guerra púnica los romanos y cartagineses cangearon con mucha frecuencia sus prisioneros de guerra. No aparece, pues, ninguna causa en virtud de la cual desde el áño 278 de Roma hasta el 529, hubiese podido aumentarse mucho el número de los esclavos en Italia.

Hemos visto, mediante el censo exacto trasmitido por Dionisio de Halicarnaso, que la relacion de la poblacion esclava con la libre era, á lo más de 1 á 25, y este número está sacado de los registros de poblacion clasificada por edades, sexos y condiciones.

Me fijo la relacion de 1 á 10 para la época del año 529 de Roma, en el cual nos da Polibio, segun las tablas oficiales, el estado de la poblacion libre de Italia, desde el estrecho hasta el 44.° paralelo, y es seguro que mi cálculo más bien excede que baja de la efectiva cantidad.

Extracto de una memoria de DUREAU DE LA MALLE, *inserta entre las de la Academia francesa, tomo* X, 1833).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO II

Capítulos.		Págs.
XXIV.	ITALIA.—Primeros habitantes.	5
XXV.	Instituciones de los pueblos italianos.	16
XXVI.	Magna Grecia.	30
XXVII.	Sicilia.	36
XXVIII.	Islas menores de Italia.	47
XXIX.	El Lacio.	49
XXX.	Los galos.	66
XXXI.	Política esterior.—Italia subyugada.	69
Epílogo.		73

LIBRO CUARTO

SUCESORES DE ALEJANDRO.—Seléucidas.—Tolomeos.—Eácidas.—Guerras púnicas.—Sumision de Grecia.—Destruccion de Cartago.—Cultura.—La CHINA.

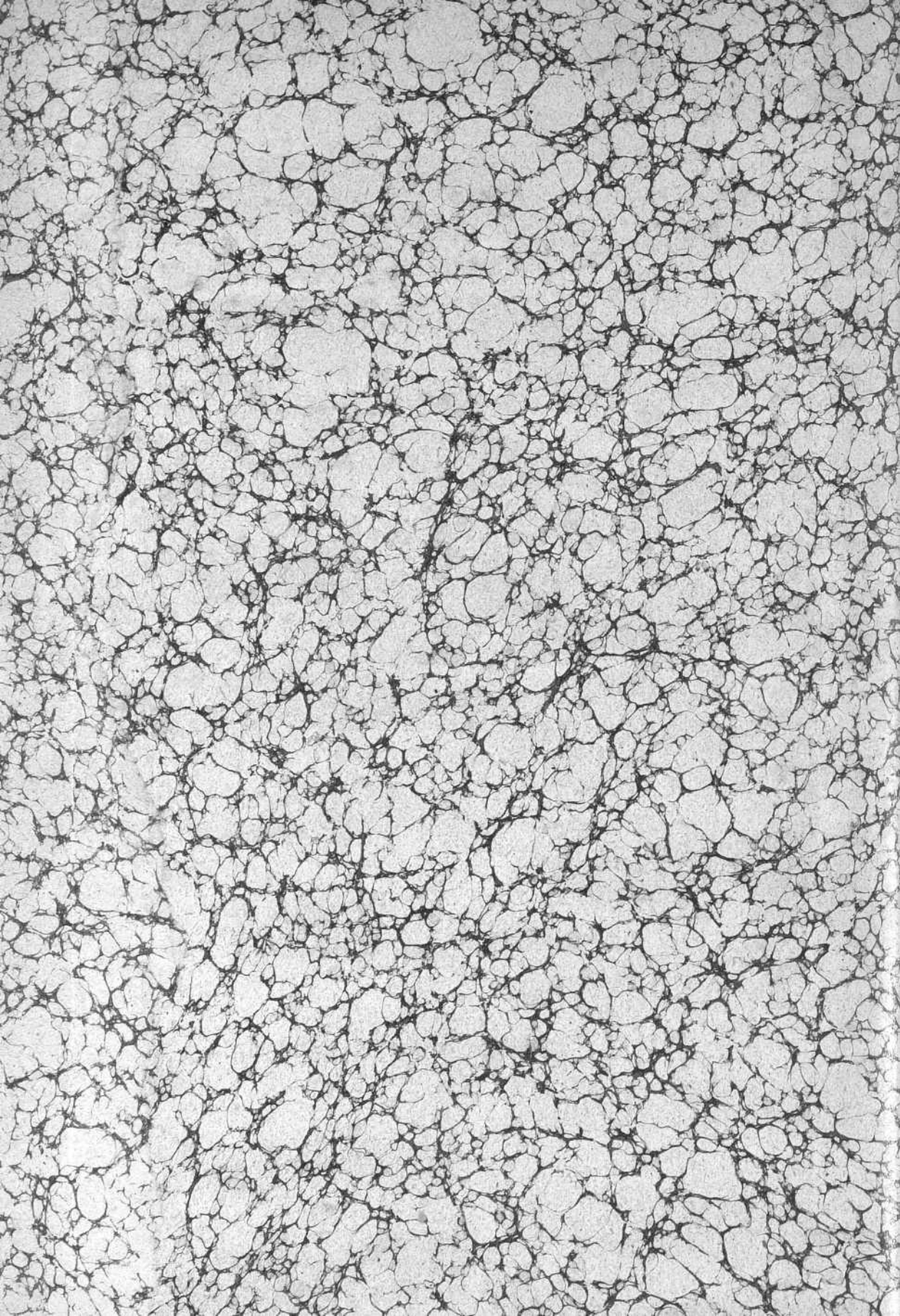
Cap.		
I.	Sucesores de Alejandro.	77
II.	Siria.—Los Seléucidas.	89
III.	Los Lágidas en Egipto.	93
IV.	Macedonia y Grecia.	99
V.	Magna Grecia.	109
VI.	AFRICA.—Cartago.	113
VII.	Primera guerra púnica.	125
VIII.	Engrandecimiento de Roma.	130
IX.	Segunda guerra púnica.	132
X.	Guerras de Roma en Europa y en Asia.	141
XI.	Roma en el interior.	148
XII.	Los aqueos.—Segunda guerra de Macedonia.	153
XIII.	Consecuencias de la guerra de Macedonia.	158
XIV.	Los hebreos.	163
XV.	Sumision de Grecia.—Envilecimiento de Siria.	171
XVI.	Tercera guerra púnica.	177
XVII.	Cultura griega.	183
XVIII.	Artes y ciencias.	193
XIX.	Estravio de la filosofia.	205
XX.	Artes del diseño.	208
XXI.	Cultura intelectual de los romanos.	211
XXII.	CHINA.—El pais y sus habitantes.	220
XXIII.	Tiempos antiquísimos.	229
XXIV.	Consideraciones sobre las antigüedades de la China.	234
XXV.	Primera, segunda y tercera dinastias.	240
XXVI.	Filosofia china.—Lao-Seu.	244
XXVII.	Confucio-Mencio.	248
XXVIII.	Constitucion de la China.	254
XXIX.	Lengua y escritura de la China.	259
XXX.	Artes y ciencias.	263
XXXI.	Literatura.	270
XXXII.	Costumbres chinas.	279
Epílogo.		288

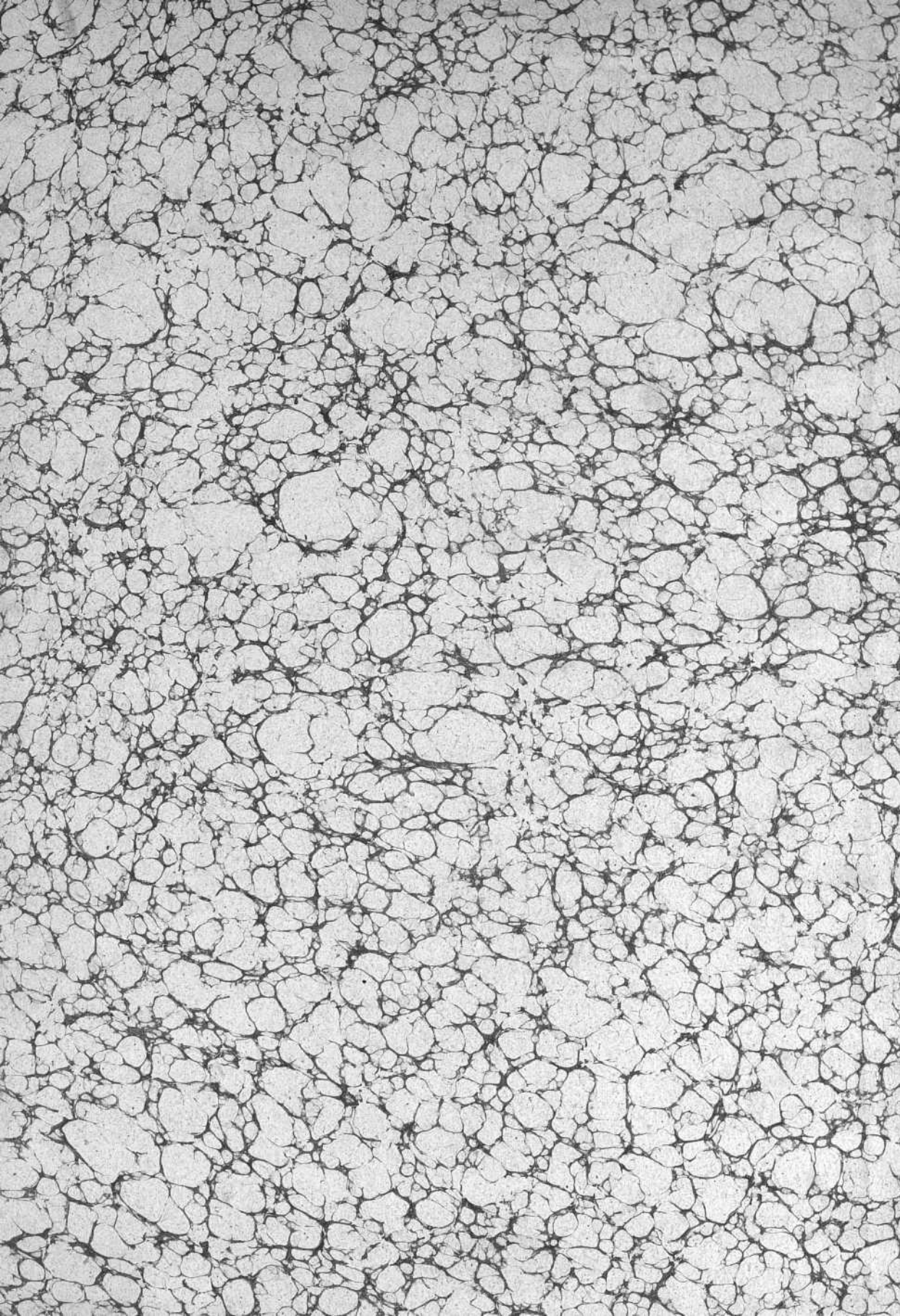
LIBRO QUINTO

ROMA.—Conquistas esteriores; discusiones intestinas.—Leyes agrarias.—Las proscripciones.—Los triunviratos.—Las guerras civiles.—Triunfo de la plebe con el imperio.—Siglo de oro de la literatura romana.—Artes y ciencias.—INDIA.—Siglo de oro de la literatura indiana.

Cap.		
I.	España y Pérgamo.	291
II.	Constitucion y economia de Roma.	296
III.	Leyes agrarias.—Los Gracos.	312
IV.	Los esclavos.—Guerras serviles.	319
V.	Guerras esteriores.—Mario.—Los cimbros.	327
VI.	Guerra social.—Sila.	333
VII.	Bitinia, Armenia, Georgia, El Ponto.—Guerra civil.	338
VIII.	Dictadura de Sila.	346
IX.	Sertorio.—Segunda y tercera guerra contra Mitrídates.	350
X.	Los gladiadores.—Los piratas.—Creta.	358
XI.	Pompeyo.—Los caballeros.—Verres.—Caton.—Craso.—César.	363
XII.	Situacion de la Italia.—Catilina.	371
XIII.	Primer triunvirato.—César en las Galias.	379
XIV.	Roma durante el primer triunvirato.	392
XV.	Los partos.	398
XVI.	Segunda guerra civil.	402
XVII.	El Egipto.—Dictadura de César.	409

Capítulos.		Págs.
XVIII.	Situacion de Roma á la muerte de César.	419
XIX.	Asesinos y vengadores de César.	436
XX.	Guerras civiles hasta el imperio.	445
XXI.	Augusto.	458
XXII.	Guerras de Augusto.	468
XXIII.	Fin de Augusto.	477
XXIV.	Elocuencia y Filosofía romana.	481
XXV.	Eruditos é historiadores.	499
XXVI.	Poesia romana.	508
XXVII.	Ciencias.—Bellas artes.	526
XXVIII.	India.—Siglo de Vicramaditia.	532
XXIX.	Literatura indiana.—Arte dramático.	535
Epílogo.		543
Notas al libro v (Pág. 306).—Monedas, medidas, valores entre los romanos.		549
Nota B (Pág. 467).—Estadística de la antigua Italia.		553





Cantú
HISTORIA
UNIVERSAL

2

D-1
917